ULISES

James Joyce

La obra monumental de James Joyce. *Ulises* es el relato de un día en la vida de tres personajes: Leopold Bloom, su mujer Molly y el joven Stephen Dedalus. Un viaje de un día, una *Odisea* inversa, en la que los temas tópicamente homéricos se invierten y subvierten a través de un grupo decididamente antiheroico cuya tragedia raya la comicidad.

Relato paródico de la épica de la condición humana y de Dublín y sus buenas costumbres cuya estructura, desbordantemente vanguardista, avisa a cada rato de su dificultad y exige la máxima dedicación. *Ulises* es un libro altisonante, soez y erudito donde los haya, que ofrece una literatura distinta, extraña, ocasionalmente molesta y sin duda excepcional.

James Joyce

Ulises

ePub r1.4
Rob_Cole 01.09.2019

Título original: *Ulysses*
James Joyce, 1922
Traducción: José María Valverde
Retoque de cubierta: ariblack

Editor digital: Rob_Cole
Primer editor: Klein1965 / MuadDib (r1.0 a 1.2)
ePub base r2.1

Prólogo

La mejor manera de leer *Ulises* sería zambullirse directamente en sus páginas, dejándose llevar por el poderío musical y ambiental de su palabra, y encomendando confiadamente sus oscuridades a la esperanza de una gradual familiarización con la obra. Sólo para la relectura —esencial, como en toda gran cima de la literatura universal— sería ya plenamente lícito utilizar informaciones y referencias externas. De hecho, lo relatado en *Ulises* es sencillísimo, y aun vulgar: la dificultad del libro radica en que su autor, como gran poeta que es, aunque en prosa, tiene una viva memoria verbal —incluso auditiva—, y no sólo incorpora las innumerables asociaciones lingüísticas que hay en su mente —citas literarias, trozos de óperas, canciones, vocablos extranjeros, chistes y juegos de palabras, términos teológicos y científicos, etc.—, sino que supone que su lector ha de tener el mismo don de buena memoria —aparte de que, lo que ya es demasiado pedir, ha de poseer su mismo archivo de recuerdos sonoros. Y ese requerimiento de buena memoria verbal es hoy día aún más aventurado que cuando se escribió *Ulises*: la educación y la técnica contemporáneas están debilitando y desprestigiando la memoria— sobre todo en cuanto memoria verbal. Ya los niños no aprenden versos de memoria en la escuela, y se considera elegante, y aun típico de un intelectual, presumir de mala memoria (nadie presume de mala inteligencia, en cambio).

A cada momento, en efecto, hay en *Ulises* frases y expresiones cuyo sentido radica en que son repeticiones o parodias de alguna frase que apareció antes —a lo mejor, quinientas páginas antes. Por supuesto, esto resulta más grave en el lenguaje en sordina de una traducción, aun suponiendo que el traductor, por su parte, tenga suficiente memoria verbal como para haber reconocido la repetición en el original. Y no le era dado al traductor— ni para este problema, ni para ningún otro de los muchos que hay en *Ulises*— recurrir a las notas a pie de página: una traducción de *Ulises* no puede llevar notas porque, en caso de darlas con un mínimo de homogeneidad informativa, alcanzarían mayor extensión que el texto mismo (sólo para las alusiones literarias existe un índice de más de quinientas páginas: Weldon Thornton, *Allusions in «Ulysses»*, Nueva York, 1973). El lector ha de suponer que en cualquier momento Joyce puede estar citando o caricaturizando un texto previo —que ni siquiera reconoce la inmensa mayoría de los lectores de lengua inglesa. En otro sentido, tampoco hubiera valido la pena poner la nota de «En español en el original» en los casos en que van aquí en cursiva palabras por lo demás normales— especialmente claro es el caso cuando se reproducen en forma gramaticalmente incorrecta. Tampoco había verdadera necesidad de poner nota en el caso de los innumerables juegos de palabras: a veces, se ha logrado reproducir el juego en español, o sustituirlo por otro

parecido; otras veces, ha habido que dejarlo perder; en algunos casos, había que mantener a toda costa el juego de palabras como tal, porque luego reaparecería como *leitmotiv*, pero, a la vez, no se encontraba un chiste equivalente: entonces se ha dejado el juego en inglés, acompañándolo de su versión literal y sin gracia, para que el lector sepa a qué atenerse (al fin y al cabo, Cortázar y Carlos Fuentes nos han acostumbrado a los juegos de palabras en inglés en boca de hispanohablantes). Al final del libro, en el Apéndice, para quien quiera entretenerse en semejantes crucigramas, se incluye el esquema de interpretación simbólica que trazó el propio Joyce para uso de amigos, pero prohibiéndoles que lo publicaran: hubo siempre un conflicto entre el Joyce creador —narrador poético y musical de la sencilla realidad humana en su Dublín familiar— y el Joyce aficionado a los juegos de palabras, los paralelismos y los simbolismos historico-culturales, que serían pedantescos si no fueran humorísticos. Djuna Barnes cuenta que, en vísperas de la publicación de *Ulises*, James Joyce le confió, en el café Les Deux Magots: «Lo malo es que el público pedirá y encontrará una moraleja en mi libro, o peor, que lo tomará de algún modo serio, y, por mi honor de caballero, no hay en él una sola línea en serio».

Aquí, en estas páginas de información previa, procuraremos atenernos a lo directamente dado en *Ulises* y a la circunstancia histórica en que surge y que retrata, reduciendo a su mínimo inevitable las referencias homéricas (en rigor, sólo presentes en el título de la obra: los títulos de alusión a la *Odisea* que presidían los capítulos publicados en revistas, fueron suprimidos en el libro). Sabemos que Joyce recomendaba a sus amigos que releyeran despacio la *Odisea* antes de abordar *Ulises*, pero no hay ninguna razón para que las referencias externas aconsejadas por un autor sean realmente convenientes para la lectura. Más bien parece obvio que al lector de *Ulises* le conviene conocer una buena parte de la obra anterior de James Joyce, es decir, *Dublineses*, como estampas de ambiente y presentación de algunas de las figuras de *Ulises*, y, sobre todo, *A Portrait of the Artist as a Young Man*, que en la memorable traducción de Alfonso Donado (Dámaso Alonso) se tituló *El artista adolescente*, pero cuyo título quizá convenga entender poniéndolo dentro de la terminología de la historia del arte, algo así como *Retrato del artista joven* o *Autorretrato juvenil*. Casi cabe considerar el *Autorretrato* como el primer volumen de *Ulises*: su protagonista, Stephen Dedalus, contrafigura del autor (en su juventud), será protagonista de los tres primeros capítulos y del noveno de *Ulises* y deuteragonista de algunos de los restantes, en contrapunto con Leopold Bloom, «autorretrato» de un posible y malogrado «artista ya no joven» y ya no artista —autocaricatura, en realidad, del Joyce maduro.

Pero con esto estamos preludiando ya la apoyatura informativa que, en todo caso, no le viene mal tener al lector de *Ulises*, bien sea para usar antes de la lectura, o, mejor, después, en recapitulación preparatoria a la relectura, o, aún mejor, nunca, simplemente sabiendo que está ahí y la podría consultar si quisiera. Tras la información sucinta sobre la circunstancia histórica, vida del autor, y génesis de

Ulises, damos una síntesis de los capítulos de la obra, a modo de plano o guía: por cierto que, al aludir a los capítulos, lo haremos siempre mediante su número de orden, puesto entre corchetes, ya que el autor no los numeró, y, en el libro, apenas indicó su separación, sino que sólo los agrupó en tres secuencias: 1, que comprende los capítulos [*1*] a [*3*]; 2, de [*4*] a [*15*]; y 3, de [*16*] a [*18*]. Es de notar cómo van creciendo en extensión los capítulos: así, los tres primeros, sumados (o sea, toda la secuencia 1) no equivalen ni a la mitad de la extensión del capítulo [*15*]. Los críticos acostumbran a designar las tres secuencias y los dieciocho capítulos de *Ulises* por sus respectivas referencias a episodios o entidades de la *Odisea*, según hizo Joyce al publicar en revista algunos de esos capítulos. Pero, como ya se advirtió, Joyce suprimió esos títulos en el libro, por lo que preferimos indicarlos sólo de pasada en estas informaciones previas, para no imponer demasiado al lector tal referencia clásica —a veces, como se señalará, traída por los pelos. Después, en el cuerpo del libro mismo, también nos hemos permitido añadir esos números entre corchetes en la cabecera de los capítulos para que el lector pueda hacer más fácil uso de las informaciones que aquí ofrecemos, si es que así lo desea.

Ulises cuenta lo que les ocurre a esos dos personajes de James Joyce —Stephen Dedalus y Leopold Bloom— en Dublín, desde las 8 de la mañana del jueves 4 de junio de 1904 hasta las 2 de la madrugada siguiente (las tres primeras horas, por separado, duplicando el relato), con un apéndice, desde las 2 hasta alrededor de las 3 de esa madrugada, en la mente en duermevela de Molly Bloom, esposa de Leopold. La ciudad y la vida del autor, pues, forman el material del libro: un material que Joyce hace maravillosamente perceptible a sus lectores, pero sin duda contando con que éstos supieran de su propio mundo más de lo que cabe pedir que sepa un lector hispano actual. Aunque Joyce no se propone hacer «novela social», su Dublín resulta tan palpable como el Londres de Dickens o el París de Balzac o el de Zola: sin ánimo especial de exponer luchas por el dinero y el poder —o, simplemente, la subsistencia —, como los clásicos de la novela decimonónica, nos sumerge directamente en la sensación de las estrecheces de la pequeña clase media dublinesa, con el alcohol, la música —y, tal vez, la mujer— como únicas aperturas de evasión y olvido. Cierto que esto, que hubiera sido suficiente para otros novelistas, en Joyce no es más que el telón de fondo, pero también cuenta mucho como tal.

Irlanda era entonces —con poco más de cinco millones de habitantes— parte del Reino Unido británico, bajo una peculiar autonomía presidida por un virrey que residía en «el Castillo»: su comitiva recorre las calles en los capítulos [*10*] y [*11*]. En comparación con la gran expansión económica inglesa durante el siglo XIX, Irlanda había quedado rezagada —salvo en el Ulster, la zona del nordeste que no se independizaría de Inglaterra y que aún es famosa por la endémica guerra civil que los medios informativos presentan como guerra religiosa entre católicos y protestantes,

callando el hecho de que aquéllos sean la clase oprimida y éstos la opresora. La secular miseria irlandesa no se había resuelto más que a medias durante el siglo XIX—uno de sus más sólidos progresos fue la difusión de la patata como alimento humano (es curioso que Leopold Bloom lleve siempre en el bolsillo, como talismán heredado de su madre, una pequeña patata vieja y arrugada). La emigración a Norteamérica, en los famosos «barcos-ataúd», tomaba caracteres desesperados en los años de mala cosecha de patata (una de las informaciones de la prensa dublinesa del 16 de junio de 1904, aludida en *Ulises*, es la vista judicial de una estafa prometiendo pasaje barato al Canadá).

En Irlanda, dejada así atrás por Inglaterra, como proveedora de productos agrícolas y ganado, crece durante el siglo XIX un movimiento autonomista que llega a adquirir gran energía en los años ochenta bajo el liderazgo de Charles Stewart Parnell —uno de los *leitmotiv* de *Ulises*: su hermano sobreviviente, John, aparece en varios capítulos, y en el [*16*] Leopold Bloom recuerda cómo, en su juventud, conoció al gran jefe en una revuelta, con asalto a un periódico, y le recogió el sombrero que se le cayó en la refriega. El proyecto de reconocimiento legal de la autonomía irlandesa *(Home Rule)* fue aprobado en 1886 por la Cámara de los Comunes, pero no por la de los Lores, a pesar del apoyo del *premier* Gladstone: por otra parte, Parnell cayó en desprestigio al ser llevado a los tribunales por un marido ofendido. El clero, y muchos de sus secuaces, le abandonaron— se alude a ello repetidamente en *Ulises*—, pero al morir poco después Parnell, se difundió la leyenda de que no había muerto sino que esperaba el retorno en el destierro, y en su tumba (descrita en [*6*]) se había enterrado un ataúd lleno de piedras.

El partido autonomista se desvaneció con Parnell, reemplazándole varias fuerzas: ante todo, la tan mencionada en *Ulises*, los del Sinn Fein («Nosotros Solos», en lengua vernácula), inicialmente de carácter no-violento y pequeño-burgués; el laborismo irlandés, que quería extender las agitaciones de protesta hacia el proletariado urbano y rural; la hermandad secreta Irish Republican Brotherhood; y, como movimiento intelectual y literario, la Gaelic League, que afluye a la gran reviviscencia del teatro y la lírica irlandesa —en lengua inglesa, sin embargo, principalmente—, que tuvo en Lady Gregory su principal promotora y en W. B. Yeats su más característico y alto poeta —sin olvidar a A. E. (George Moore), presentado sarcásticamente en [*10*]. (La tragedia de este movimiento literario fue que sus figuras más sólidas se ausentaran del país: G. B. Shaw, para triunfar en Londres; el propio Joyce, como exilado voluntario en el continente).

En 1904, cuando se desarrolla la acción de *Ulises*, los movimientos irlandeses no habían alcanzado aún su punto de ebullición, pero en 1916, a los dos de los ocho años que tardó Joyce en escribir *Ulises*, se produce una rebelión armada que es dominada por las fuerzas británicas, ajusticiando a sus jefes, pero que hace evidente la imposibilidad de mantener el estado de cosas frente al crecimiento de los laboristas y los cada vez más radicalizados Sinn Fein. En las elecciones de 1918 triunfa el Sinn

Fein, flanqueado y desbordado por la aún hoy famosa I.R.A.: a fines de 1921, Inglaterra accede a dar a Irlanda una independencia apenas vinculada por la condición llamada de *Dominion*. En 1949, Irlanda se separaría incluso de la Commonwealth.

James Joyce no sólo no se identificó con el nacionalismo irlandés sino que lo atacó de modo sarcástico y a veces brutal. Dentro de *Ulises*, tal actitud tiene su condensación más extremosa en [*12*], caricatura de un innominado «Ciudadano», monomaníaco exaltador de lo irlandés, en contraste con Bloom, que, hijo de un judío húngaro y desarraigado incluso de su propia raza, resulta un verdadero apátrida, mirado con recelo y distanciamiento por los dublineses, por más que proclame que su patria es Irlanda. En ese capítulo, la fantasía sobre la ejecución del joven rebelde irlandés resulta quizá demasiado cruel si se piensa que se escribió después de la ejecución de los jefes rebeldes de 1916.

No es extraño que James Joyce haya tenido en su propio país una mala prensa que todavía colea: desde 1904, como veremos en seguida con más detalle, abandona Irlanda, para volver sólo en alguna visita ocasional, hasta 1912: morirá, en 1941, sin haber vuelto a poner los pies en Irlanda —y sólo muy fugazmente en Inglaterra. Pero esa falta de sentido nacionalista está en significativo contraste con su monomaníaca obsesión— a la vez amor y odio— por Dublín, tema único de toda su vida.

James Augustine Joyce nació el 2 de febrero de 1882 en las afueras de Dublín —en Rathmines—. Vale la pena anotar esa fecha —la Candelaria— porque en ella, cuarenta años exactos después, recibiría Joyce los primeros ejemplares de *Ulises*, enviados urgentemente por medio de un maquinista de tren para que le llegasen en el día de su cumpleaños; vale la pena anotar también su segundo nombre porque él le añadiría en su confirmación el de Aloysius (Luis Gonzaga), como buen escolar que era entonces de los jesuitas —entre 1888 y 1891, en el colegio Clongowes—. Por dificultades económicas, el padre de Joyce, John Stanislaus —retratado en *Autorretrato* y *Ulises* como Simon Dedalus—, trasladó a James a otro colegio más modesto —humillante episodio que Joyce silenció siempre—, pero que da materia al primer trozo de [*10*], con la actitud condescendiente del jesuita Conmee ante los chicos de las Escuelas Cristianas. El P. Conmee, figura real, fue profesor de Joyce en Clongowes, y pasó luego de rector a la escuela media jesuítica Belvedere, donde hizo entrar a Joyce como becario. Joyce declararía siempre deber a sus educadores jesuitas el entrenamiento en «reunir un material, ordenarlo y presentarlo»: de hecho, para bien o para mal, lo que recibió de los jesuitas fue tan vasto y complejo, que no sería arbitrario decir que la obra joyceana es la gran contribución —involuntaria, y aun como tiro salido por la culata— de la Compañía de Jesús a la literatura universal. Y no pensamos ahora en la crisis de fe y la problemática moral, entretejida con disquisiciones sobre el pensamiento estético de Santo Tomás de Aquino, en

Autorretrato: ateniéndonos a *Ulises*, aparte de la inmensa masa de material teológico y litúrgico que utiliza Joyce sin el menor compromiso religioso ni antirreligioso, cabría decir que se trata de un examen de conciencia al modo jesuítico, llevado hasta el último extremo, sólo que, claro está, sin «dolor de corazón» ni «propósito de enmienda». Pues el más típico examen de conciencia jesuítico es —como *Ulises*— el repaso de un día, al terminarlo, asumiendo uno mismo la acusación y la defensa —si por un lado con exhaustivo rigor, por otro lado con flexibilidad casuística, atendiendo a atenuantes—, pero no la valoración ni el juicio —que se dejan «tal como esté en la presencia de Dios»—: es decir, obteniendo el «relato» como cabría decirlo ante un confesor, proceso tan literario como psicológico. Conviene dejar al menos insinuado este tema, porque empieza a resultar un poco añejo ya, incluso para católicos, después del Concilio Vaticano II, y con la actual crisis de los jesuitas como pedagogos por excelencia del catolicismo.

Los jesuitas de Belvedere, aplaudiendo a su escolar James Joyce por su brillantez retórica y literaria, y sin llegar a darse cuenta, al final, de su radical crisis de fe y moral, contribuyeron a que su padre, aunque rodando por una pendiente de sucesivos desastres económicos, enviara a James al *college* católico de la Universidad de Dublín (University College), cuyo primer rector había sido el Cardenal Newman —para Joyce, el mejor prosista inglés— y donde había enseñado lenguas clásicas aquel jesuita Hopkins que después de su muerte sería conocido como gran poeta. En 1902 llegó a ser Joyce Bachelor of Arts —«Licenciado en Letras» diríamos aproximadamente—, y, flanqueado por su brillante hermano Stanislaus —también hombre literario, luego eficaz ayudador en su vida práctica, y, tras la muerte de James, autor de un libro de memorias *My Brother's Keeper*—, empezó a tomar parte, con polémica arrogancia, en la vida literaria dublinesa. Su primera publicación, en una revista londinense, fue un elogio a Ibsen, escándalo de la época (aprendería el dano-noruego para leerle mejor, como Unamuno): además, atacó el nacionalismo, para él de vía estrecha, del Irish National Theatre, la más sagrada de las vacas del movimiento nacionalista irlandés. Ya licenciado en Artes, Joyce sondea vagamente otras carreras más prácticas: elige estudiar medicina, pero, significativamente, no en la facultad dublinesa, sino en París, a donde se traslada en otoño de 1902. Fracaso y regreso son inmediatos: vuelve, sin embargo, a París, a fines de 1902, con el proyecto de vivir de corresponsalías y colaboraciones, así como de clases particulares: de hecho, la mayor parte de su tiempo se repartió entre lecturas literarias en la biblioteca Sainte-Geneviève y las visitas a lugares menos santos —de todo lo cual hay frecuentes ecos en *Ulises*—. Un telegrama le hace volver junto a su madre, que muere en agosto de 1903, de cáncer de hígado ([*1*]). En 1904 entra Joyce en su *anno mirabili*; el 7 de enero escribe un largo ensayo autobiográfico, *A Portrait of the Artist*, que, al no poder publicar, convierte en algo con pretensiones de novela, *Stephen Hero*, a su vez transformado en el Retrato propiamente dicho —el episodio final de *Stephen Hero*, eliminado en esta metamorfosis, será reabsorbido en el comienzo de

Ulises—. Además, Joyce escribe entonces numerosas poesías —luego incluidas en el librito *Chamber Music*—, publica *Las hermanas*, primera de las estampas de *Dublineses*, y, sobre todo, conoce por la calle a una criada de hotel, que va a ser la compañera de su vida: Nora Barnacle (y si el nombre Nora era ibseniano, resulta muy joyceano que *barnacle* sea «lapa» y «percebe», buenos símbolos de la adhesión fidelísima y paciente con que aquella inculta e importante mujer supo siempre aguantar y ayudar a su difícil compañero, cuya obra no leyó jamás). James Joyce pone pronto a prueba a su amada dándole la imagen más intranquilizadora de sí mismo, en una carta:

> *…conviene que conozcas mi ánimo en la mayor parte de las cosas. Mi ánimo rechaza todo el presente orden social y el cristianismo —el hogar, las virtudes reconocidas, las clases en la vida y las doctrinas religiosas—. ¿Cómo podría gustarme la idea del hogar? Mi hogar ha sido simplemente un asunto de clase media echado a perder por hábitos de derroche que he heredado. A mi madre la mataron lentamente los malos tratos de mi padre, años de dificultades, y la franqueza cínica de mi conducta. Cuando le miré a la cara, tendida en el ataúd —una cara gris, consumida por el cáncer—, comprendí que miraba la cara de una víctima y maldije el sistema que la había hecho ser víctima. Éramos diecisiete en la familia. Mis hermanos y hermanas no son nada para mí. Sólo un hermano [Stanislaus] es capaz de comprenderme. Hace seis años dejé la Iglesia Católica odiándola con el mayor fervor. Encontraba imposible para mí seguir en ella a causa de los impulsos de mi naturaleza. Le hice la guerra en secreto cuando era estudiante y rehusé aceptar las posiciones que me ofrecía. Con eso, me he hecho un mendigo pero he conservado mi orgullo. Ahora le hago la guerra abiertamente con lo que escribo y digo y hago. No puedo entrar en el orden social sino como vagabundo. He empezado a estudiar medicina tres veces, derecho una vez, música una vez. Hace una semana estaba arreglando marcharme como actor ambulante. No pude poner energía en el plan porque no dejabas de tirarme del codo…*

(Es curioso que el rompimiento de Joyce con el catolicismo se planteara a nivel meramente ético —y aun biológico— y no doctrinal: luego, en la época de *Ulises*, Joyce será fríamente neutral ante lo cristiano y lo religioso en general, sólo atento a usarlo a efectos de lenguaje —y, por un malentendido estético e intelectual, concediendo siempre preferencia al catolicismo, «absurdo coherente», sobre el

protestantismo, «absurdo incoherente»—. En otro orden de convicciones, Joyce se consideró inicialmente socialista —y no sólo por esperanzas de un Estado que subvencionara a escritores y artistas—: luego perdió todo interés por lo político —en [*17*], a través de Bloom, su interés por las mejoras de la sociedad estará enfriado por la convicción de que la humanidad siempre lo echará a perder todo con sus tonterías, «vanidad de vanidad»).

Pero cerremos este paréntesis y volvamos a la primavera de 1904: la carta que citábamos es del 29 de agosto: el 16 de junio había sido la primera vez que James y Nora salieron a dar un paseo nocturno, y ésa sería la fecha del día de *Ulises* —*Bloomsday*, se le suele llamar, a la vez como alusión al protagonista, señor Bloom, y al *Doomsday*, Día del Juicio—; fecha conmemorada hoy día por algunos joyceanos con ritos tales como comer un riñón de cerdo con el desayuno de té y tostadas ([*4*]). Sin embargo, en «reorganización retrospectiva» —frase también dilecta en *Ulises*—, Joyce trasladará a esa fecha algo que de hecho ocurrió en septiembre, y que, adscrito a la personalidad de Stephen Dedalus, forma el episodio inicial de *Ulises*: con su amigo el estudiante de medicina y alevín literario Oliver St. John Gogarty (en *Ulises*, Buck Mulligan) y un estudiante inglés interesado en la lengua y las tradiciones irlandesas (Trench: Haines en el libro), se instaló, cerca de Dublín, en una de las torres llamadas «Martello», fortificaciones cilíndricas construidas en 1804, en número de varios centenares, por las costas británicas, contra posibles desembarcos napoleónicos, y entonces, un siglo después, cedidas en barato alquiler a quien tuviera la humorada de meterse en tales construcciones. Por lo que se puede ver en [*1*], la idea de los jóvenes era establecer en esa redonda morada el *ómphalos*, el ombligo de una gestación cultural, una helenización de Irlanda con signo anticasticista. Pero la convivencia no duró más que una semana, y, según se alude en el libro, terminó literalmente a tiros, dirigidos contra unas cacerolas que colgaban sobre la cabecera de Joyce. Gogarty fue luego importante médico y ocasional escritor —autor subterráneo de poesías irreverentes y/u obscenas, como la «Balada del Jovial Jesús», algunas de cuyas estrofas vemos recitar a Buck Mulligan en [*1*]: en *Ulises*, además de propenso al humor impío, aparece como el Judas traidor a Stephen Dedalus— a quien deja a la intemperie, sin llave ni posibilidades de volver a la torre Martello, después de pelearse a puñetazos con él, en episodio no presentado directamente en *Ulises*, pero aludido en [*15*] y [*16*]. En la vida real, Joyce atribuyó a instigaciones de Gogarty cierto episodio posterior, uno de los más amargos de su vida: la calumniosa pretensión de cierto común amigo de haber disfrutado de los favores de Nora mientras ésta empezaba a salir con Joyce. Su *vendetta* literaria contra Gogarty fue eternizarle en forma de Buck Mulligan.

Pero, volviendo a junio de 1904, seis días después de su primer paseo con Nora, y al parecer todavía sin ánimo de guardarle a ésta fidelidad corporal, Joyce tuvo otra aventura nocturna cargada de porvenir: al dirigirse a una muchacha —«en vocativo femenino», dirá en [*15*]— su miopía no le dejó advertir que iba seguida por un

acompañante militar, que le derribó de un puñetazo. De su desplome le ayudó a salir —«de la manera más ortodoxamente samaritana» [*16*]— cierto judío famoso por las infidelidades de su mujer. Más adelante, Joyce, estando en Roma, como empleado bancario, entre julio de 1906 y febrero de 1907, pensó utilizar este episodio para una nueva estampa de la serie *Dublineses*, bajo el título *Ulises*: un noctámbulo, vagabundo como *Ulises*, vuelve a su Ítaca doméstica con ayuda de un judío. La tentación de la caricatura cultural y literaria era muy fuerte: el Judío Errante se hermana con el Griego Navegante para salvarle y restituirle a su *ómphalos*: la síntesis cultural judeo-helénica, etc., etc. Pero quizá ese mismo título, *Ulises*, sacaba el proyectado relato fuera del punto de vista inmediato y directo de *Dublineses*: el hecho es que Joyce lo dejó en su memoria hasta que se convirtió en el germen de su libro, donde se sitúa hacia el final de [*15*].

En septiembre de 1904, James Joyce, desahuciado de la torre Martello, peleado con los devotos del renacimiento cultural irlandés, y terriblemente —pero aún castamente— apasionado por Nora, decidió marcharse de Irlanda de cualquier modo, llevándose sólo a su amada. Por un anuncio de un agente, creyó encontrar un empleo enseñando inglés en la Berlitz School de Zürich, a donde llegó, con la ya definitiva compañía de Nora, sin preocuparse de formalizaciones matrimoniales —que no tendrían lugar hasta 1931, siendo ya mayores sus dos hijos, el bajo cantante Giorgio y la artista demente Lucia—. Llegados a Zürich, resultó que no había tal empleo: sí lo había, en cambio, en la Berlitz School de Pola, la ciudad adriática entonces austrohúngara, luego italiana, hoy yugoslava. Poco después, Joyce mejoró ligeramente pasando a la cercana Trieste, donde también fue a enseñar su ayudador hermano Stanislaus —y una hermana, que se casó con un banquero austríaco—. Por suerte, James Joyce, siempre gran lingüista, hablaba ya fluidamente el italiano, aprendido por gusto con un jesuita en Dublín: un elemento más de su gradual apego a Trieste. El italiano fue el idioma de la familia Joyce, incluso cuando se trasladaron luego a Zürich y a París: en italiano serían las desesperadas conversaciones de Joyce con su hija Lucia cuando ésta fue hundiéndose, en Francia, en una progresiva demencia a la que quizá contribuyeron su atmósfera de desarraigo, su identificación con su padre y la bizquera que estropeaba su belleza —alguien habla, pero no parece comprobado, de una tragedia sentimental, un fracasado amor, en París, por el gran discípulo de su padre, Samuel Beckett.

En Trieste, Joyce se encontró en gran estrechez económica: mientras tanto, su lanzamiento editorial tropieza con dificultades: *Dublineses* había sido aceptado por un editor de Londres, pero no se publica por diversos tabús —miedo a reacciones locales, puritanismos británicos, y sobre todo, temor por algunas alusiones a la realeza. En 1912 son quemados sus ejemplares ya impresos, y no saldrá hasta 1914, con otro editor.

Mientras tanto, en 1905, ha nacido su hijo, Giorgio. Entre 1906 y 1907, según se indicó, Joyce intentó consolidar su posición trabajando en un banco en Roma, pero le

ahogaba el empleo oficinesco, y volvió a su ya imprescindible Trieste, donde, ese mismo año 1907, nació su hija Lucia, en el pabellón de pobres del hospital, mientras Joyce estaba gravemente enfermo con fiebres reumáticas —tal vez por infecciones dentales que, con su afición constante al alcohol, contribuyeron al mal estado de sus ojos, a la larga, casi ceguera. También en 1907 se publica en Londres la primera colección de versos de Joyce, *Chamber Music*, no sin vacilaciones de última hora del autor, que se da cuenta de lo atrasadas que quedan esas poesías al lado de sus empeños narrativos de entonces.

Entre 1909 y 1912, Joyce hace tres viajes a Irlanda, uno de ellos con un proyecto práctico digno del señor Bloom, pero que efectivamente hubiera podido sacarle de su pobreza: establecer una sala de cine, la primera de Dublín —Cine Volta—, un buen negocio si Joyce se hubiera quedado atendiéndolo en Dublín. Pero regresó a Trieste, donde, en 1912, la familia Joyce se habría visto puesta de patitas en la calle de no ser por los préstamos del buen hermano Stanislaus. Algo mejora luego la posición de Joyce al obtener una cátedra de inglés en la escuela comercial Revoltella —que, después de la guerra, sería parte de la Universidad de Trieste, *my revolver University*, diría Joyce, jugando con *rivoltella*, «revólver»—. También publica algunos artículos sobre la cuestión irlandesa en el periódico local *Il Piccolo*, escritos en su atildadísimo italiano, y da varias conferencias públicas —notables las dedicadas a su predilecto Daniel Defoe, y a Blake—. También da clases particulares, a veces a alumnos de gran categoría personal: así, a un gran industrial judío, Ettore Schmitz, al cual y a su mujer —que luego sería la Anna Silvia Plurabelle de *Finnegan's Wake*—, les leyó un día Joyce el relato final de *Dublineses*. Schmitz, impresionado por la calidad literaria de su *mercante di gerundi*, como le llamaba, le confió que había publicado hacía tiempo dos novelas que no habían tenido ningún eco, *Una vita y Senilità*, bajo el seudónimo —el lector ya habrá caído en la cuenta— de Italo Svevo. Joyce, después de leerlas, citó de memoria con elogio algunos pasajes, afirmando que ni el mismo Anatole France los mejoraría. Schmitz, estimulado, volvió al ejercicio de la literatura, publicando unos años después *La coscienza di Zeno*, que Joyce, entonces en París, hizo leer a su propio «lanzador», Valéry Larbaud, obteniendo el aplauso no sólo de éste, sino, a través de éste, de Eugenio Montale, con lo que Italo Svevo empezó a contar para la conciencia literaria italiana.

Otro hecho, al que acabamos de aludir, iba tomando creciente importancia en la vida de Joyce: desde siempre dado a la bebida, como buen dublinés, adopta el vino como recurso y evasión —no sin discriminar y matizar en sus calidades—, aparte de preferirlo como elemento de la buena mesa, cuyos placeres compartía con Nora, también de apetito realmente homérico. A Joyce no le gustaba el vino tinto —«bistec licuefacto», le llamaba—, sino el blanco —«electricidad», según él—, procurando ser fiel a alguna determinada especie local: en Zürich elegiría, para su monogamia alcohólica cierto Fendant de Sion, con vago saborcillo a mineral metálico, en alemán *Erz*, que él extendió a *Erzherzogin* («archiduquesa») para dar una interpretación de su

color a tono con el *Ulises* en que trabajaba, y siguiendo la sugerencia de un amigo italiano: *«Sí, è pipí, ma è pipí di arciduchessa»*.

Por desgracia, el alcohol dañaba a Joyce en su punto débil, los ojos, afectos de varios trastornos que, a pesar de diez delicadísimas operaciones durante los veinte años siguientes, le dejarían casi ciego. Cierto que parecía haber en ello algo de predestinación —*kismet*, diría el señor Bloom—: Joyce era poco visual y muy musical, con una excelente voz de tenor, probada con éxito en conciertos, y literariamente pendiente siempre del oído —en *Ulises*, piénsese sobre todo en [*11*]—, mientras que sobre pintura se conservan muy pocas, aunque buenas, observaciones suyas, a la vez que su sentido óptico de la tipografía y la corrección de pruebas era desastroso. Incluso, hay quizá siempre cierta torpeza en la descripción joyceana de movimientos, desplazamientos y referencias en el espacio: por ejemplo, en el comienzo de *Ulises*, quizá sea eso uno de los factores que lo hacen ser el punto más débil y oscuro de todo el libro.

1914 es el año literariamente decisivo para James Joyce, no tanto porque al fin se publique *Dublineses*, cuanto por la aparición en su horizonte de un providencial agente literario: Ezra Pound. El poeta exilado americano, entonces secretario de W. B. Yeats en Londres, desarrollaba su especial talento de buscador de talentos, procurando colaboraciones para revistas inglesas y norteamericanas. Al invitar a Joyce, por sugerencia de Yeats, a que enviara algo para la londinense *The Egoist*, aquél le envía parte del *Retrato del artista*, que, desde el número de febrero, va apareciendo, hasta su totalidad, en entregas mensuales: desde entonces, Joyce se siente alguien en la auténtica sociedad literaria, gracias a ese «cónsul general» que era Pound. Termina así el *Retrato*, bajo el estimulante apremio de los plazos fijos, después que, en un momento de desánimo, había tirado el manuscrito al fuego, de donde lo salvó su hermana. Al utilizar para el *Retrato* ese borrador que había sido *Stephen Hero*, deja fuera —como ya dijimos— su episodio final: ahora, publicado el *Retrato*, lo convertirá en la primera secuencia de lo que será *Ulises* ([*1*]-[*3*]). El estirón de la estatura literaria de Joyce es notable, pero, increíblemente, en ese punto, en vez de seguir adelante, se echa atrás una temporada para escribir un opaco dramón neoibseniano ventilando pleitos personales, *Exiliados*. Con todo, es como si así soltara lastre muerto: a partir de ahí, combina la nueva andadura de Stephen Dedalus con la vieja idea de un *Ulises* asistido por un judío-samaritano —sólo que ahora el judío se vuelve uliseico él mismo.

Y no está solo Pound —*il signor Sterlina*, traduce su protegido— en asistir a Joyce: la editora de *The Egoist*, Harriet Shaw Weaver, fascinada por la genialidad del *Retrato*, se convierte en ángel custodio de Joyce, mucho tiempo a distancia y a menudo en secreto, mientras duran los años de gestación y lanzamiento de *Ulises*. Entre tanto, precisamente cuando Joyce se está entregando con energía a su gran

creación, estalla la Primera Guerra Europea —la «Gran» Guerra—, que, en su ánimo, le deja indiferente: después, preguntado cómo se las había arreglado durante ese tiempo, se limitaría a exclamar con indolencia: «Ah sí, he oído decir que ha habido una guerra por ahí». Pero, materialmente, la guerra termina con su trabajo y su residencia en Trieste, ciudad entonces austrohúngara, donde Joyce era, pues, ciudadano de país enemigo. Su hermano Stanislaus, soltero y más joven y más político, es internado en un campo de concentración, mientras que James, padre de familia y militarmente inútil por su mala vista, puede pasar con los suyos a la neutral Suiza, sin más que dar su palabra de honor de que no actuaría por la causa militar aliada. Y bien dispuesto estaba el antimilitarista Joyce a guardar esa palabra, pero, de modo pacífico, no se negó a contribuir al prestigio cultural británico en Zürich apoyando un grupo dramático inglés donde actuó su mujer —para terminar en seguida peleándose con el cónsul británico por un motivo trivial.

Zürich, centro del oasis suizo entre países combatientes, hervía de espías y de figuras variopintas: en el café Pfauen, Joyce conoció fugazmente a aquel revolucionario ruso, Vladímir Uliánov, que, cuando ya no esperaba nada, se vio invitado a volver a su patria por los alemanes, con la maquiavélica esperanza de que fomentaría el desorden en la retaguardia zarista —y era Lenin, claro—. En cambio, no llegó a conocer —cartas cantan— a aquel desertor alemán, Hugo Ball, que compró el Cabaret Voltaire para dar espectáculos literarios en colaboración con un poeta rumano, Tristan Tzara, francés de lengua adoptada —y ahí nació *Dada*. Algunos se sentirían tentados a imaginar contactos entre el dadaísmo y el que entonces escribía *Ulises*, pero no creemos que a éste le hubiera podido interesar aquel movimiento, pues *Ulises* contiene de sobra, sólo que en forma «aplicada», como elemento de un relato coherente, todo lo que el dadaísmo quiso aislar en forma químicamente pura.

Desde junio de 1915 hasta octubre de 1919, la familia Joyce residió en Zürich —hay un vago episodio sentimental sin materializar, con una tal Martha Fleischmann (Martha será la corresponsal pseudónima de Bloom en *Ulises*). En 1916 se publica el *Retrato* en forma de libro en Nueva York (un año después, en Londres); en 1918, también en ambas orillas, la obra teatral *Exiliados*. Joyce, en Zürich, vive absorto en su creciente obra: cuanto pasa o se dice en su horizonte encuentra o no resonancia en su ánimo según que pueda insertarse en el complejo tejido de su libro. Los numerosos amigos judíos y griegos que hace entonces no imaginaban que estaban sirviendo de materia para su trabajo. A veces, se le va una jornada entera de labor en determinar el mejor orden de las palabras en sólo dos frases —pensamos en Flaubert, maestro de Joyce no sólo en esto, sino en su fascinación por las tonterías del lenguaje corriente y las pedanterías de los hombres vulgares—: como señalaría Pound, el señor Bloom tiene mucho de Bouvard y Pécuchet, a la vez que de autocaricatura de Joyce, y ahí —y eso ya lo señalamos nosotros— radica el problema de la verosimilitud psicológica de Bloom, demasiado rico en el material verbal de su pensamiento para poder ser, sin más, ese señorín semiculto de opiniones risibles.

Cada episodio surgía en torno a un término de referencia a la *Odisea* —que se indicará luego en resumen—: referencia a veces muy remota, y, a menudo, con algo de *private joke*, de chiste que sólo entiende el que lo hace, si no da especial información al contarlo. Más importante que ese andamiaje es el hecho de que cada episodio tenga una técnica y una voz diferentes —si se quiere, «un punto de vista» diferente. De hecho, algunos de los dieciocho capítulos tienen más de una voz, bien sea sucesivamente [*13*], bien sea en alternancia [*12*]. Por lo que toca al «punto de vista», hay capítulos —los menos— en que el señor Bloom aparece visto —o entrevisto fugazmente— desde alguna otra persona, o desde un narrador impersonal: más frecuente es que el relato incluya —o aun tenga como base— el proceso mental del señor Bloom en su verbalización básica, sin necesidad de hacer explícitas las conexiones lógicas ni explicar las referencias. Esto es lo que suele designarse con el término de Henry James «corriente de conciencia», y lo que llamó Valéry Larbaud, al presentar *Ulises*, «monólogo interior»: el propio Joyce lo llamó «palabra interior» al declararse deudor de tal técnica a la olvidada novela de Edouard Dujardin *Les lauriers sont coupés* —recientemente traducida en España. Quizá silenciaba James Joyce hasta qué punto debía esa técnica a su hermano Stanislaus, quien, en un esbozo psicológico-narrativo, intentó imitar el monólogo interior de un moribundo tal como se lo había sugerido Tolstoi en el personaje Praskujin de los *Apuntes de Sebastopol*. En todo caso, Joyce sacó así de su olvido a Dujardin: ya antes de publicarse *Ulises*, en 1921, Valéry Larbaud imitó esa técnica en sus *Amants, heureux amants*, señalando debérsela a Dujardin, a través de Joyce, en su prólogo a la reedición de *Les lauriers* en 1924. Dujardin dedicó esta reedición a Joyce como milagroso autor de su resurrección literaria; y, en efecto, no sólo escribió otra posterior novela, sino que se hizo teórico de su técnica (en 1931 publicó un libro titulado *Le monologue interior*). Por su parte, Joyce, cuando aparece la traducción francesa de *Ulises*, envía un ejemplar a Dujardin así dedicado: «A E. D., annonciateur de la parole intérieure. Le larron impénitent, James Joyce».

A finales de 1917, Joyce creía tener ya una gran parte del libro —tal vez, sin embargo, no sería ni la mitad del resultado final, que no preveía tan largo—: entonces pensó en ir publicando ya lo escrito, en forma serial, tal vez como manera de estimularse y obligarse a sí mismo a llevar la novela, a plazo fijo, a un término que todavía no veía muy claro. Naturalmente, Joyce brindó la publicación a Harriet Shaw Weaver, en *The Egoist*, donde había aparecido el *Retrato*. Pero aquí se iba a plantear más agudamente el problema que ya había previsto Joyce cuando trabajaba en el *Retrato*, según escribió a Stanislaus: «Lo que escribo con las intenciones más lúgubres, será considerado como obsceno».

El puritanismo anglosajón no podía —entonces— admitir la franqueza absoluta de la obra joyceana, que anota todas las tonterías e indecencias que pudieran írseles pasando por las mentes a sus criaturas narrativas. Probablemente una tradición católica —y aún más si jesuítica, como la de Joyce— da ciertas facilidades para

semejante franqueza de cinismo total —que, en definitiva, es también franqueza para con nosotros mismos, en cuanto que reconocemos que nuestra mente tiene no poco de semejante con cualquier mente que se destape—: y no sólo por la costumbre de la confesión, con su examen previo, incluso de pensamientos, sino por la conciencia de que siempre estamos pasando de justos a pecadores y viceversa, por lo que no importa demasiado reconocer las propias faltas y vicios, y, en concreto, la tendencia de nuestro pensamiento a la deriva, en su impunidad solitaria, a pararse en lo que no debe. Como ya dijo el vulgo, o sea Campoamor, la vida es

pecar, hacer penitencia,
y luego vuelta a empezar.

Basta que la muerte no sea «supitaña» y deje un momento para el trámite final, pues, como dijo Don Juan Tenorio,

un punto de contrición
da al alma la salvación.

(Los italianos saben llegar aún más lejos que los españoles en el uso de la autoacusación como hábil coartada: «Sono un porco!» grita Aldo Fabrizi en el final de *Prima Communione*, y queda así como un señor, dispuesto a recomenzar sus pequeñas porquerías).

En cambio, en la tradición calvinista puritana, con su intenso sentido de predestinación, entre los «santos» y los que se van a condenar, resulta más escandaloso semejante destape total de la conciencia, porque, a ese nivel básico, en la «palabra interior», el lector puede desconfiar de pertenecer a los «santos» al descubrirse tan parecido en su mecanismo mental a los personajes literarios —por más que procure reprimir y limpiar su pensamiento—:

Hyppocrite lecteur, mon semblable, mon frère!

Para la publicación de la obra joyceana —lo mismo en Inglaterra que en los Estados Unidos— las barreras eran múltiples y temibles (hablamos en pretérito porque, aunque tal vez las leyes sigan siendo las mismas, hoy no se suele pensar en los países anglosajones que un libro tenga el menor efecto en la moral pública). Ante todo, la acusación de obscenidad se juzgaba referida a pasajes, e incluso frases, e incluso palabras sueltas, sin poder apelar al contexto —criterio éste según el cual la Biblia debería estar prohibida, al menos en su Antiguo Testamento. Además, los impresores eran los primeros responsables de toda posible indecencia, sin poder descargarse en editores o autores. Después venían —y vienen, con toda actualidad— las autoridades postales, que de hecho funcionan como censura gubernativa, con atentos lectores y

activos hornos crematorios, en cuestiones de obscenidad y de subversión política. Y, por encima de todo, la autoridad judicial, dispuesta a actuar a requerimiento de individuos o sociedades dedicadas a la persecución de la indecencia.

Harriet Shaw Weaver, despreciando su propio riesgo, hubo de pasar un año buscando tipógrafo, hasta que encontró uno que se atrevió a imprimir —y eso con algunos cortes— los capítulos [*2*], [*3*], [*6*] y [*10*]. (El matrimonio Virginia-Leonard Woolf rechazó la oferta de ser coeditores e impresores, en su prensa de mano de la Hogarth Press). Para entonces, Joyce, impaciente, ya había recurrido a Ezra Pound, con la esperanza de hallar más libertad en Estados Unidos. Pound envió los tres primeros capítulos a la *Little Review*, nacida en Chicago en 1914 y recién trasladada a Nueva York, bajo la inspiración de Margaret Anderson, quien, apenas leyó el primer párrafo del capítulo [*3*], dijo «Lo imprimiremos aunque sea el último esfuerzo de nuestra vida». Pero tampoco fue fácil encontrar un tipógrafo igualmente entusiasta: al fin, un serbocroata, insensible a los atrevimientos verbales en inglés, se prestó a ello. Lo malo de la publicación por capítulos en la revista era que si una sola de las entregas era condenada, ya no podría publicarse el libro en su integridad, pero Joyce desoyó el prudente consejo de abandonar la serialización y reservar toda la batalla para el libro entero una vez acabado. Y, en efecto, los censores de Correos, verdaderos Argos de asombrosa capacidad de lectura, no tardaron en caer sobre la minoritaria revistilla, confiscando y quemando los números donde iban los capítulos [*8*], [*9*] y [*12*]. Si el lector observa de cuáles se trata —sobre todo [*9*] y [*12*]— se asombrará de tal quema: el caso de [*8*] es especialmente interesante, porque, aparte de algún vago ensueño erótico de Bloom, lo que escandalizó debió ser la crudeza con que se pinta el acto de comer y beber, amén de las ventosidades finales.

Joyce, cuyos inocentes *Dublineses* ya habían ardido inéditos en su primera edición, comentó: «Es la segunda vez que me queman en este mundo, así que espero pasar por el fuego del purgatorio tan deprisa como mi patrono San Luis Gonzaga». Pero aún hubo algo peor: el capítulo [*13*], con exhibicionismo distante de ropa interior de Gerty MacDowell, fue denunciado por la Sociedad para la Prevención del Vicio, de Nueva York, y, a pesar de brillantes defensas de orden literario, fue condenado a multa y abandono de la publicación. Era en 1921: las víctimas tuvieron conciencia de un paralelo con los procesos en que —en un mismo año (1875) y con el mismo fiscal, por cierto, secreto autor de versos pornográficos— fueron condenados *Les fleurs du mal* y *Madame Bovary*. Pero la obra de Baudelaire pudo seguir editándose con la exclusión de las *pièces condamnées*, y la condena de *Madame Bovary* fue más bien una reprimenda, incluso buena propaganda para las posteriores ventas del libro —con horror de Flaubert ante tal malentendido.

Quedaba una última posibilidad: París. James Joyce, en 1920, se había instalado en París, con su familia, tras un intento de restablecimiento en Trieste, y pensando detenerse sólo unos días de camino a Londres. Ezra Pound, ya establecido en París, aconsejó a Joyce asentarse allí, uniéndose así los dos a la multitud de americanos

literarios de los años veinte —Hemingway, Faulkner…—, presidida por la exilada de antes de la guerra, Gertrude Stein —quien, por cierto, sentiría luego grandes celos de Joyce, reivindicando su primacía en ciertas invenciones técnicas.

El consejo de Pound resultó ser tan sano como todos los suyos —y no sólo con Joyce: es sabido qué bien corrigió a Eliot su *Waste Land*, precisamente por entonces. En efecto, James Joyce, apenas llegado, conoció a Sylvia Beach, una joven americana que acababa de abrir una librería de lengua inglesa, Shakespeare & Co., a la vuelta de la esquina de la célebre Maison des Amis du Livre, de su amiga Adrienne Monnier. Sylvia Beach, al saber los problemas censoriales de Joyce, empezó a actuar como su propagandista, buscándole el apoyo de la crítica francesa. Ante todo, hizo leer el *Retrato* a Valéry Larbaud, comprensivo y abierto a diversas literaturas del mundo —en España, Gabriel Miró y Ramón Gómez de la Serna disfrutaron de su aplauso y su amistad—, aparte de fino creador él mismo —su *Fermina Márquez* es una de esas novelas menores que no se olvidan. Larbaud, impresionado por el *Retrato*, quiso conocer al autor, lo cual organizó hábilmente Sylvia Beach en una fiesta navideña, cantando *carols* en cordial reunión: allí, Larbaud pidió los capítulos de *Ulises* ya aparecidos en revista. Apenas recibidos, escribió a Sylvia Beach: «Estoy leyendo *Ulises*. En realidad no puedo leer otra cosa, no puedo ni pensar en otra cosa». Acabada la lectura, una semana después, volvía a escribir: «Estoy loco delirante por *Ulises*. Desde que leí a Whitman, a mis 18 años, ningún libro me ha entusiasmado tanto… ¡Es prodigioso! Tan grande como Rabelais: el señor Bloom es inmortal como Falstaff». Y se puso a traducir unos fragmentos para la *Nouvelle Revue Française*.

Esto ocurría un poco antes de la condena judicial en Nueva York: al producirse ésta, Sylvia Beach decidió editar ella misma *Ulises* en París, tarea a la que iba a dedicar sus próximos años, bien absorbidos por las exigencias y meticulosidades de Joyce: el rechazo judicial angloamericano contrastaba con la devoción sin límites de aquella mujer —devoción a *Ulises*, no a todo lo de su autor sin discriminación: cuando conoció *Finnegan's Wake* lo definió sarcásticamente con un juego de palabras también muy joyceano, como a *Wholesale Safety-Pun* Factory, con alusión a *safety-pin*: «una fábrica de juegos de palabras de seguridad [imperdibles] al por mayor». Para ayudar a la financiación del libro, se buscaron mil suscriptores de una primera edición de lujo, cuya lista incluía nombres tan curiosos como el de Winston Churchill. En cambio Bernard Shaw, después de contestar a la petición haciendo un gran elogio de lo que había leído de Joyce, concluía: «Pero no conoce usted lo que es un irlandés, y de edad, si cree que está dispuesto a pagar 150 francos por un libro».

La impresión se anunciaba compleja —ya la copia a máquina había sido épica: Joyce empezó por pedir seis juegos de pruebas, en todos los cuales se lanzó a hacer añadidos y correcciones que a menudo extraviaba y enredaba, también por culpa de su vista, cada vez peor. (Todavía en 1975 no se dispone de un texto de *Ulises* limpio de errores: hay noticias de que se prepara para antes de 1980, ¡en Alemania!). Además, el impresor de Sylvia Beach, Darantière, estaba en Dijon, con los

consiguientes enredos de envíos y comunicaciones. Y lo más curioso es que, a todo esto, el libro no estaba terminado: Joyce tenía aún pendiente mucho trabajo en los capítulos finales mientras corregía pruebas de los primeros. Y, para acabar de complicar, Joyce estaba empeñado en que el libro saliera el día que él cumplía cuarenta años —y ya adelantamos que lo consiguió: gracias al maquinista del tren de Dijon, pudo festejar su cumpleaños con un ejemplar de esa edición, para cuya cubierta se había ido ensayando cuidadosamente el color hasta lograr el azul que, como fondo de la tipografía en blanco, representaba para Joyce lo griego —mar y espuma, y la bandera griega—, así como, quizá, la ropa interior de Gerty MacDowell en [*13*].

Las reediciones se fueron sucediendo con frecuencia y regularidad. Empezó entonces la ridícula historia de los intentos de introducir *Ulises* en los países de lengua inglesa —aparte de los ejemplares contrabandeados por turistas o filtrados por correo. Harriet Shaw Weaver, invocando contratos previos con Joyce, se puso de acuerdo con Shakespeare & Co. para que la segunda y sucesivas ediciones llevaran el sello de The Egoist Press, aunque inevitablemente impresas en Francia: de los 2000 ejemplares de la segunda, se envían a Nueva York 500, confiando en el país de la libertad, pero son quemados todos: la tercera edición consta de 500 ejemplares, enviados a Inglaterra y confiscados —todos menos uno— por los aduaneros. Las ediciones 4.ª a 12.ª vuelven a tener el sello de Shakespeare & Co.: en 1932, una firma surgida en Hamburgo bajo el apropiado nombre The Odyssey Press se hace cargo del libro —de la 13ª edición, en dos volúmenes, impresa en Leipzig, es nuestro ejemplar.

A todo esto, en 1926, un editor poco escrupuloso de Nueva York lleva a cabo la ocurrencia de editar *Ulises*, jurídicamente mostrenco, en entregas mensuales de una revista, suprimiendo todo lo que pudiera ofender los castos ojos postales. Se organiza una protesta firmada por escritores de diversos países —muchos de los cuales, sin duda, no habían leído el libro; así, Unamuno. Comienzan también las traducciones, ante todo la alemana, luego la francesa, de compleja elaboración en grupo («traduction d'Auguste Morel revue par Valéry Larbaud, Stuart Gilbert et l'auteur»), que, a fuerza de argot, exagera y aun desvía el sentido del estilo original; la checa; dos japonesas en 1930 —año en que sale el libro de Stuart Gilbert, *James Joyce's «Ulysses»* en que cita abundantemente el prohibido texto, ensalzándolo como obra maestra. Poco a poco, la situación parece madura para una prueba legal en los tribunales norteamericanos, que se provoca en 1933 enviando un ejemplar por correo y avisando a las autoridades para que lo confisquen. El juez neoyorquino de la causa, J. M. Woolsey, admitió el libro en un veredicto con coartadas de buena gracia literaria: «Respecto a las repetidas emersiones del tema sexual en las mentes de los personajes, debe recordarse siempre que el ambiente era céltico y su estación la primavera». Y añadía «Me doy cuenta sobradamente de que, debido a ciertas escenas, *Ulises* es un trago más bien fuerte para pedir que lo tomen ciertas personas sensitivas, aunque normales. Pero mi meditada opinión, tras larga reflexión, es que, si bien en

diversos pasajes el efecto de *Ulises* en el lector es sin duda un tanto emético [vomitivo], en ningún lugar tiende a ser afrodisíaco». Random House lanza entonces rápidamente el libro: en vano la autoridad fiscal lleva el asunto a un tribunal superior, cuya mayoría también admite el libro.

Todavía hubo que esperar a otoño de 1936 para que Inglaterra permitiera la edición del libro proscrito (y es curioso que su entusiástico admirador T. S. Eliot, por miedo, perdiera la oportunidad de que lo sacara la editorial de que él era asesor).

No es mera curiosidad retrospectiva señalar, con forzosa brevedad, cómo se fue viendo y enjuiciando *Ulises*. Y es ésta una historia que, significativamente, empieza antes incluso de la publicación del libro: ya Valéry Larbaud lo anunció en París, en resonante conferencia de diciembre de 1921 —recogida en la *Nouvelle Revue Française* de abril siguiente, junto con la traducción de un fragmento—, bajo la óptica de la referencia a la *Odisea*, clave comunicada por el propio autor a Larbaud, pero que el lector no encuentra en el libro, salvo en el título. En cambio, los primeros críticos ingleses, libres del esquema *Odisea*, fueron más al grano —y es de notar que recensionaban un libro de publicación prohibida en su propio país, auténtica propaganda de una mercancía de contrabando. Ya antes de la aparición de *Ulises*, en abril de 1921, basándose sólo en los capítulos publicados en la *Little Review*, R. Aldington, en *English Review*, había preludiado, a elegante altura, el general conflicto de sentimientos de la crítica británica —admiración literaria, susto ante la total franqueza sin tapujos—:

> *… cuando el Sr. Joyce, con sus dones maravillosos, los usa para darnos asco de la humanidad, hace algo que es falso y calumnioso para la humanidad… Ha logrado escribir un libro muy notable, pero desde el punto de vista de la vida humana, estoy seguro de que está equivocado.*

Y el crítico se asusta de pensar lo que serán los imitadores de Joyce:

> *Él produce asco con una razón; otros producirán asco sin razón. Él es oscuro y justifica su oscuridad, pero ¿cuántos otros escribirán mera confusión pensando que es sublime?… Él no es uno de esos superficiales que adoptan un artificio superficial como canon de una nueva forma de arte; él caerá en manos de las capillitas, pero él mismo está muy por encima de ellas…*

La primera recensión periodística (S. B. Mais, *Daily Express*, 25 Marzo 1922) pone el dedo en la llaga:

> *… La mayor parte de los escritores jóvenes desafían las reticencias convencionales en cuanto que describen todo lo que la mayor parte de nosotros hacemos y decimos. Mr. Joyce va mucho más lejos: de sus páginas saltan hacia nosotros todos nuestros más secretos e inconvenientes pensamientos íntimos.*

Incluso un recensionador anónimo (*Evening News*, 8 Abril 1922) sabe mirar de frente *Ulises*:

> *Mr. Joyce es tan cruel e inexorable como Zola con la pobre humanidad. Su estilo está en la nueva vena cinematográfica a la moda, muy sacudido y elíptico.*

El primer estudio realmente importante es el de J. Middleton Murry (*Nation and Atheneum*, 22 Abril 1922), quien, después de dejar a un lado las objeciones moralistas («la cabeza que sea bastante fuerte como para leer *Ulises* no se dejará trastornar por él»), apunta a algo literariamente esencial en el libro: su naturaleza humorística:

> *Esta bufonería trascendental, esta súbita irrupción de la vis comica en un mundo donde se encarna la trágica incompatibilidad de lo práctico y lo instintivo, es un logro muy grande. Ése es el centro vital del libro de Mr. Joyce, y la intensidad de vida que contiene basta para animar su totalidad…*

Especial agudeza mostró también la recensión de Holbrook Jackson (*To-Day*, Junio 1922):

> *[*Ulises*] es un insulto y un logro. No es indecente. No hay en él una sola línea sucia. Sencillamente está desnudo… No es ni moral ni inmoral. Mr. Joyce escribe, no como si la moral no hubiera existido nunca, sino como quien deliberadamente prescinde de códigos y convenciones morales. Una franqueza como la suya habría sido imposible si no hubiera estado prohibida tal franqueza… Él es el primer narrador no-romántico, pues, al fin y al cabo, los realistas no eran más que románticos que trataban de liberarse del medievalismo… No pretende divertir, como George Moore,… ni criticar, como Meredith, ni satirizar, como Swift. Sencillamente, anota, como Homero, o incluso Froissart. Esta actitud tiene sus peligros. Mr. Joyce se ha enfrentado con ellos, o mejor dicho, ha hecho como si no existieran. Ha sido totalmente lógico. Lo ha anotado todo…*

Unos meses después, W. B. Yeats, en un debate público en Dublín, además de declarar a Joyce «el escritor más original e influyente de nuestro tiempo», dijo que *Ulises* llegaba al «alcance último del realismo». Por su parte, Ezra Pound (*Mercure de France*, Junio 1922), hablando de Flaubert, se refería a Joyce en cuanto flaubertiano, no sólo en su sentido del arte estilístico, sino en su realismo crítico, especialmente irritado por la estupidez humana, trazando un paralelo entre Bloom y Bouvard-Pécuchet. Esta observación de Pound fue deformada como objeción por Edmund Wilson, dentro de un ensayo (en *New Republic*, 1922) que sigue siendo, por lo demás, una de las grandes piezas de la crítica joyceana. Wilson, en realidad, no nombra a Pound al poner su observación junto a la obtusa incomprensión de un novelista rastrero como era Arnold Bennett:

> *No puedo estar de acuerdo con Mr. Arnold Bennett en que J. J. tenga un colosal resentimiento contra la humanidad. Me parece que lo que le choca a Mr. Bennett es que Mr. Joyce haya dicho toda la verdad. Fundamentalmente,* Ulises *no es en absoluto como Bouvard et Pécuchet (como algunos han intentado defender). Flaubert viene a decir que nos va a demostrar que la humanidad es mezquina enumerando todas las bajezas de que ha sido capaz. Pero Joyce, incluyendo todas las bajezas, hace que sus figuras burguesas conquisten nuestra comprensión y respeto dejándonos ver en ellas los dolores de parto de la mente humana siempre esforzándose por perpetuarse y perfeccionarse, y del cuerpo siempre trabajando y palpitando para hacer surgir alguna belleza desde su sombra.*

Edmund Wilson, después, entraría por primera vez a plantear el gran problema que hay en la valoración de la expresión joycena, el contraste entre un lado magistralmente sólido —la presentación directa de hechos y pensamientos: así, en *Ulises*, «el modo como se le hace notar al lector, sin afirmar abiertamente el hecho, que Bloom es diferente de sus vecinos»—, y otro lado débil —la hinchazón caricatural, la complacencia en los juegos meramente verbales, en las parodias de estilo—; como ejemplo extremo, pondríamos nosotros la crónica de la «boda vegetal» en [*12*]. La objeción de Wilson era no sólo justa, sino necesaria: el punto débil de Joyce, en *Ulises*, es que se divertía demasiado con sus propias bromas «literarias» —de chiste y de imitación estilística—, sin fatigarse nunca en hinchar semejantes perros —más grave sería aún esa tendencia en *Finnegan's Wake*. Cabe imaginar cuánto mejor sería *Ulises* si se hubieran suprimido o reducido los pasajes de ese segundo estilo —hasta descargar, quizá, más de un tercio de la extensión total del libro—, pero Joyce, desde *Ulises* en adelante, fue incapaz de cortar o comprimir nada de lo que escribía: toda corrección era siempre añadido. Y, al fin y al cabo, cada libro, como cada persona, tiene «los defectos de sus virtudes». Pero Wilson señala que, aun con esos pasajes hinchados, Joyce elevó la calidad expresiva en la novelística a la altura de la poesía:

> *Desde que he leído* Ulises, *la calidad de los demás novelistas me parece de insoportabilidad floja y descuidada.*

Y se pregunta en seguida:

> *La única cuestión ahora es si Joyce escribirá alguna vez una obra maestra trágica que poner al lado de ésta cómica.*

Pero este debate crítico tan bien establecido hasta entonces por la crítica de lengua inglesa, con la doble perspectiva del sentido moral y la técnica expresiva, se va a escapar por la tangente por obra del gran mandarín T. S. Eliot —aprovechando las noticias sobre el cañamazo de la *Odisea* en *Ulises*, dadas por Valéry Larbaud. *Ulises* constituía un grave problema para Eliot y los de su mundo —digamos «Bloomsbury» para simplificar: Virginia Woolf llamó a *Ulises* un libro *underbred* («ineducado», «de clase baja»), el libro de «un trabajador que se ha instruido a sí mismo», el entretenimiendo de un estudiantillo (*undergraduate*) «que se rasca con grima sus sarpullidos». (En cambio, antes, el 26 de septiembre de 1920, había anotado en su diario: «Lo que hago yo probablemente lo está haciendo mejor Mr. Joyce»). Con todo, esa impresión negativa fue la primera reacción, horrorizada de que «el gran Tom» (T. S. Eliot) comparara *Ulises* con *Guerra y Paz*:

> *Si se puede tener la carne guisada, ¿por qué tomarla cruda? Pero creo que si uno está anémico, como Tom, hay cierta gloria en la sangre. Yo, siendo bastante normal, pronto estoy dispuesta a volver a los clásicos. Quizá revise esto más tarde. No comprometo mi sagacidad crítica. Clavo un palo en el suelo para señalar la página 200.*

Cuando murió Joyce, pocas semanas antes que ella se suicidara, anota en el *Diario* (15 Enero 1941):

> *Me acuerdo de Mrs. Weaver, con guantes de lana, trayendo* Ulises *copiado a máquina a nuestra mesa de té en Hogarth House. ¿Dedicaríamos nuestras vidas a imprimirlo? Las indecentes páginas tenían un aire incongruente: ella era muy solterona, abotonada hasta arriba. Y las páginas rezumaban indecencia. Lo metí en un cajón… Un día vino Katherine Mansfield y lo saqué. Ella empezó a leer, ridiculizándolo: luego, de repente, dijo: Pero aquí hay algo: una escena que supongo que habría de figurar en la historia de la literatura… Luego recuerdo a Tom… diciendo —se publicó entonces— ¿cómo podía volver a escribir nadie después del inmenso prodigio del último capítulo? Por primera vez, que supiera yo, estaba arrebatado, entusiástico. Compré el libro azul y lo leí aquí un verano, creo, con espasmos de maravilla, de descubrimiento, y luego también con largos trechos de intenso aburrimiento…*

T. S. Eliot se sentía invadido y desbordado por *Ulises* («De un modo egoísta, querría no haberlo leído», dijo). Aun cuando no parece que al escribir *Prufrock* (1917) pudiera haber recibido nada todavía de Joyce, luego fue siguiendo las entregas de *Ulises* en *Little Review* (en junio-julio de 1918 ya habla de Joyce en *The Egoist*): la huella es visible en *The Waste Land*, aunque este poema se publicara a la vez que el volumen de *Ulises*. La reacción de Eliot, a la larga —«reacción», incluso en el sentido «reaccionario» de la palabra— fue sutilmente hábil y consiguió dominar la crítica joyceana, incluso hasta nuestros días. En noviembre de 1923 (*The Dial*) publicaba un ensayo titulado elocuentemente «*Ulises*, orden y mito», que comenzaba con un gran sombrerazo, para bien o para mal: «Considero que este libro es la expresión más importante que ha encontrado nuestra época; es un libro con el que todos estamos en deuda, y del que ninguno de nosotros puede escapar».

Ulises sería, formalmente, el descubrimiento de una nueva forma literaria —equivalente a la concepción de la relatividad en física—: muerta la novela en manos

(¿o «a manos»?) de Flaubert y Henry James, Joyce había hallado «un modo de controlar, de ordenar, de dar forma y significación al inmenso panorama de futilidad y anarquía que es la historia contemporánea».

¿Cuál era ese modo? El recurrir al mito clásico —en este caso, a la *Odisea*— como canon, no sólo para imitar alejandrinamente o parodiar, sino para rehacer, en nueva variación del viejo motivo (a ver si —y esto ya lo añadimos nosotros— la forma de la vieja fe era capaz de avivar una fe nueva).

El lector apreciará por sí mismo si, efectivamente, *Ulises* es o no «la *Odisea* contada al siglo XX». Por nuestra parte, creemos que a nadie se le ocurriría tal idea si no fuera por el título del libro —ya dijimos que los títulos de los capítulos los suprimió Joyce al publicar el libro, por instintivo y acertado orgullo de creador original—, y porque, a través de Valéry Larbaud, se llegaron a conocer los paralelismos —más o menos arbitrarios— que habían servido a Joyce como andamiajes o incitaciones divertidas, pero que sólo comunicó a unos pocos amigos bajo promesa de secreto. En cambio, el lector sí encontrará, no como falsilla literaria, sino en carne y hueso, el tema judío —y también el tema Shakespeare, expuesto por Stephen Dedalus con irónica pedantería. Si Joyce hubiera evitado sus propias indiscreciones, *Ulises* no se habría visto degradado a *puzzle* académico, mera alegoría histórico-cultural, en vez de obra de carne y hueso.

Cierto que no toda la crítica joyceana se rindió a la lectura en clave propugnada por T. S. Eliot: en Alemania, aparte de algún crítico menor —como Yvan Goll, que, en 1927, dijo de Joyce: «Se divierte sobre todo parodiando a Dios», y que definió exactamente *Ulises* «no novela, sino más bien un poema escrito en prosa»—, el gran E. R. Curtius escribió en dos ocasiones sobre *Ulises* en perspectiva integral: en 1928, en presentación general de la obra de Joyce, acertaba, entre otras cosas, al subrayar su *character indelebilis* jesuítico, con «un catolicismo negativo que sólo conoce el infierno» y con un personaje —Stephen— que piensa según el método escolástico; en 1929 añadía fecundadas perspectivas formales sobre *Ulises*:

> *Debemos leer* Ulises *como una partitura musical, y así podría imprimirse. Para entender realmente* Ulises *tendríamos que tener conciencia de todas las frases de la obra.*

La lectura «en clave» de *Ulises*, siguiendo a Larbaud y a Eliot, sirvió para crear un clima de expectación en torno a la que hasta su publicación en 1939 se conoció como *Obra en marcha* (desde entonces, Finnegan's Wake), reforzando así su vigencia canónica. Sin embargo, los joyceanos de la primera hora no se dejaron subyugar por esa hermenéutica: Ezra Pound, en mayo de 1933 (*English Journal*), decía, pensando en quien leyera *Ulises* «como un libro y no como un diseño o como una demostración o un poco de arqueología»: «Los paralelos con la *Odisea* son mera mecánica; cualquier idiota puede volver atrás a rastrearlos».

Y propugnaba, incluso, ver *Ulises*, con la perspectiva de los años, como testimonio de una época histórica:

> *… un resumen de la Europa de pre-guerra, la negrura y el enredo y la confusión de una «civilización» movida por fuerzas disfrazadas y una prensa comprada, el deslavazamiento general… Bloom es, en mucho, ese enredo.*

Para Pound, *Dublineses*, el *Retrato* y *Ulises* formaban un ciclo unitario, que quien no fuera tonto debía leer por gusto, y quien no lo leyera, no debería ser autorizado a enseñar literatura. En cambio la *Obra en progreso* le parecía muy poca cosa, no sólo por su exceso de chistes: «no veo en ella ni una comprensión ni una gran preocupación por el presente».

Por entonces, Joyce estaba ya demasiado absorbido en su nueva obra para seguir ocupándose de *Ulises* —alguna vez dijo: «Tengo que convencerme a mí mismo de que he escrito ese libro». Le seguía divirtiendo la idea de tener intrigados a los lectores con claves («he escrito *Ulises*», dijo en una entrevista, «para tener ocupados a los críticos durante 300 años»), como parte de su pretensión de una atención total, según dijo a Max Eastman: «Lo que yo pido a mi lector es que dedique su vida entera a leer mis obras».

Pero en algún momento de lucidez profesional, entrevió el daño que podía haber hecho a *Ulises* con las mal escondidas claves de interpretación odiseica: su discípulo predilecto, Samuel Beckett (en texto no publicado hasta 1954), cuenta que una vez Joyce le confió: «Quizá he sistematizado demasiado *Ulises*».

Y, por otra parte, aunque los críticos más o menos académicos se entregaran a la lectura en clave, no hay que perder de vista que los escritores mismos conservaban otro modo más integral de leer *Ulises*. Vale la pena citar un agudo texto de un novelista bien poco joyceano, Orwell (*Inside the Whale*):

> *Lo verdaderamente notable de* Ulises*… es lo corriente de su material. Claro que en* Ulises *hay mucho más que esto, porque Joyce es una especie de poeta y también un pedante elefantino, pero su auténtico logro ha sido poner en el papel lo conocido. Se atrevió —pues es asunto de atrevimiento tanto como de técnica— a poner al descubierto las imbecilidades de la mente interior, y al hacerlo así descubrió una América que todo el mundo tenía delante de sus narices. Ahí hay todo un mundo de materia que uno creía incomunicable por naturaleza, y alguien se las ha arreglado para comunicarla. El efecto es disolver, al menos momentáneamente, la soledad en que vive el ser humano. Cuando se leen ciertos pasajes de* Ulises*, uno nota que la mente de Joyce y la de uno mismo están identificadas, que él lo sabe todo sobre uno, aunque jamás haya oído nuestro nombre, que existe algún mundo fuera del tiempo y del espacio donde estamos juntos con él.*

¿Cuál es, o puede ser, hoy y en el mañana inmediato, el modo dominante de leer *Ulises*? Al menos en el mundo de nuestra lengua, no es necesario meterse a profetas para sugerir algo: ya tenemos notorios ejemplos de celebradas novelas hispánicas surgidas en la estela de *Ulises* —así, aunque parcialmente, *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos, o, con mayor riqueza y altura, el mexicano *José Trigo*, de Fernando del Paso, especie de *Ulises* en negativo, en búsqueda de un personaje alusivo. Parece evidente que, como ocurrió para los críticos anteriores o al margen de T. S. Eliot, el interés por lo técnico —esa veintena de voces, estilos y puntos de vista — no tiene por qué quedar en divergencia con el interés por el valor moral y humano de *Ulises*, documento exhaustivo de la vida de un «hombre de la calle» —y «de su casa»—. Como señala Harry Levin, en el caso de *Ulises* no existe el tradicional dilema entre la literatura como *tranche de vie* y la literatura como *art pour l'art*.

Y aún nos atreveríamos a añadir —y ya no pensando sólo en el ámbito de nuestra lengua—, que si *Ulises*, a más de medio siglo de aparecer, queda sólidamente como el hecho central de la narrativa de nuestro mundo contemporáneo, es porque en él se expresa claramente la gran toma de conciencia de nuestro siglo, en cuanto a la mente misma: que el hombre es, para empezar y siempre, el ser que habla, y que su mundo, su vida y su pensamiento sólo alcanzan realidad y sentido humano en cuanto que encuentran cuerpo de palabra.

Desde que existe reflexión abstracta en el mundo, el desarrollo intelectual de la humanidad se ha basado en el supuesto implícito de que el pensamiento estaría por encima y aparte de la palabra —de ahí el carácter incorregiblemente «infantil» y «primitivo» atribuido a la literatura. Pero en nuestra época se está disipando tal ilusión, con el reconocimiento de que no hay pensamiento si no va humildemente

encarnado en material articulable. Y tal toma de conciencia constituye una revolución total, formalmente previa a todos los demás aspectos de la revolución mental de nuestro siglo —tales como, quizá, la conciencia, en lo mental y lo material, de las alienaciones económicas y sociales; o la conciencia del carácter inimaginable e inefable de la ciencia física, etc. *Ulises* podría ser la más alta expresión creativa de ese nuevo —y prístino— modo de la conciencia humana: quizá cabría decir que su verdadero protagonista no es el señor Bloom, sino el lenguaje, esa extraña manera de ser que nos hace únicos entre y ante el mundo, esa espontaneidad creativa, incontenible y —cuando no queremos usarla para algo concreto— a la deriva, en marcha siempre sin vacíos —aunque sea saltando «de tontería en tontería, como el pájaro de rama en rama», para aplicar la expresión machadiana—, ese modo de existir necesitado de hablar, aunque sea en soliloquio.

Cierto que la autoconciencia lingüística —sin la cual no hay poesía— lleva consigo el peligro de un excesivo saboreo de los juegos de palabras, de los chistes incluso sólo fonéticos —peligro que Joyce parece heredar de su gran maestro Shakespeare, capaz de echar a perder una buena escena por un juego sucio de palabras.

Pero así es como *Ulises* —monumento de humor, como el *Quijote*, es decir, de distanciamiento, de toma de perspectiva más amplia, de ironía crítica y sin moralejas ante el hombre en general—, trasciende lo que a primera vista pudiera parecer pesimismo o suciedad en la presentación de la vida. Acaba el libro, y damos por supuesto que la vida —y las conversaciones y los soliloquios de los señores Bloom, de Stephen, y de los demás— van a seguir poco más o menos igual: si, por un lado, nos humilla reconocer que hay tanto nuestro en ellos, por otro lado, tampoco son mala gente, y, en definitiva, ¿qué sentido tendría juzgarles (y juzgarnos)? Vivir es ir hablando, y el hablar nos sitúa más allá de nuestro propio juicio, de nuestra individualidad: en un ámbito de impersonalidad, en esa última universalidad —nuestra y ya no nuestra— que ninguna filosofía puede justificar, pero cuya maravillada conciencia —para todos— está en la palabra poética —como lo es la de *Ulises*—, por ser la palabra más universal.

El impacto más hondo y duradero de la lectura de *Ulises*, pues, quizá sea hacer que nos demos cuenta de que nuestra vida mental es, básicamente, un fluir de palabras, que a veces nos ruborizaría que quedara al descubierto, no tanto porque tenga algo que «no se deba decir», cuanto porque, si se lo deja solo, marcha tontamente a la deriva, en infantil automatismo, en «juego de palabras». Seguramente nos humilla reconocernos como «el animal de lenguaje» —la expresión es de George Steiner—; una toma de conciencia que puede incluso cohibirnos en nuestra relación con nosotros mismos si no tenemos la modestia necesaria para reírnos un poco de nuestro propio ser. Pero ahí radica precisamente el valor de *Ulises*.

José María Valverde

Nota del traductor (1988)

En esta nueva edición he podido retocar mi traducción, en dos sentidos: ante todo, he corregido algún error tipográfico y he modificado alguna palabra o frase en forma que ahora me ha parecido más feliz. Además, he tenido en cuenta las variantes del texto crítico (1984) de la editorial Garland. Este texto, que en el prólogo de nuestra primera edición preveíamos que estaría listo antes de 1980, es debido a Hans Walter Gabler, de la Universidad de Munich, quien, con la ayuda de Wolfhard Steppe y Claus Melchior, y de un ordenador, ha cumplido su larga tarea en la norteamericana Universidad de Virginia. En efecto, el Departamento de Inglés de esa universidad, diseñada por Jefferson, ha adquirido especial fama en la ciencia del tratamiento de los textos, bajo el magisterio, entre otros, de Fredson Bowers, y con el flanqueo de la sofisticada revista *New Literary History*, creada por Ralph Cohen. El criterio de Gabler, según él mismo, ha sido reconstruir mentalmente el proceso creativo del propio Joyce para lograr el texto ideal. Con todo, las novedades de este texto no son muchas, sobre todo para mi traducción: su mayor número lo forman las cuestiones de puntuación, que en gran parte ya había yo corregido por mi cuenta y que en otra parte no hay por qué corregir, dado el diferente sistema gráfico de cada lengua. Luego hay 110 pocos detalles que ya estaban resueltos por otros investigadores cuando traduje, o que yo mismo enderecé por sentido común. Y quedan, eso sí, unas docenas de frases o trozos de frase que se habían perdido por las buenas en el proceso productivo: Joyce, casi ciego y empedernido modificador de sus borradores y sus galeradas, dejó caer algo a veces, creando puntos oscuros que, por otra parte, no chocaron demasiado en un contexto siempre difícil y a menudo falto de eslabones informativos que vendrían muy bien al lector —algunos, he procurado proporcionarlos en mis resúmenes. Por supuesto, mientras hago esta revisión y mientras escribo estas líneas, ya se publican objeciones y observaciones críticas al texto de Gabler, tan impresionante en sus tres tomos de un nítido papel, cuya duración se garantiza —¿a qué posteridad?— para 250 años.

Esta discusión filológica será el cuento de nunca acabar, dado el carácter ideal —y por tanto, personal— del establecimiento del texto. Yo mismo me he sentido libre para, en algún momento, diferir de él y atender a alguna otra lectura previa. *Ulises* sigue siendo prácticamente lo que era.

José María Valverde

Esquema de capítulos

Ofrecemos ahora un breve esquema de cada capítulo, procurando dejar fuera toda interpretación —griega, judía, shakesperiana o teológica— excepto, al final de cada uno, el mero rótulo de la referencia a la *Odisea*: con ello el lector, si lo desea, puede remitirse al complejo esquema de interpretaciones trazado por Joyce para uso de unos pocos amigos, e incluido como Apéndice al final del volumen.

1 (Telemaquíada)

[*1*]

Son las 8 de la mañana del jueves 4 de junio de 1904, en la plataforma superior de una vieja torre redonda de fortificación, en Sandycove, afueras de Dublín; torre habitada por tres jóvenes, Stephen Dedalus —el protagonista del *Retrato del artista*—, licenciado en «Artes» y profesor privado; Malachi (Buck) Mulligan, estudiante de medicina; y Haines, un estudiante inglés interesado en la temática y la lengua vernácula irlandesas. Al empezar, Buck Mulligan sale a la redonda cubierta de la torre y empieza a afeitarse, ceremonia que convierte en una parodia de la misa, pensando escandalizar a Stephen. Pero éste se ha rezagado en salir, y Mulligan le llama para que acabe de subir y vea su «afeitado-misa», que deja impasible a Stephen, por más que Buck le acuse de jesuítico. Conversando, se quejan de su huésped inglés, dado a las pesadillas; saltando de un tema a otro —«el mar», sobre todo—. Mulligan recuerda a Stephen que se negó a cumplir el ruego de su madre agonizante cuando ésta le pedía que se arrodillara a rezar. En la conversación, tan pedante como ingeniosa, se menciona que Stephen espera cobrar esa mañana su paga quincenal, por lo que surge el plan de reunirse a mediodía en un bar. Bajados al espacio que les sirve de cuarto general y cocina, preparan el desayuno: Mulligan fríe una tortilla, que distribuye también con parodias de liturgia. Llega, impacientemente esperada, una vieja que les trae la leche y —todo esto a lo largo de un continuo juego de ingenio en chistes culturales, introduciendo especialmente el tema «Hamlet» («hijo-padre»), luego frecuente en el libro— los tres se marchan —Stephen llevando la gran llave de la torre, así como su bastón de fresno. Las brillantes y burlescas discusiones —en medio de las cuales Mulligan canta su *Balada del Jovial Jesús*— acaban cuando llegan a una ensenada, donde Mulligan, y Haines van a nadar: Stephen sigue hacia su escuela, aunque el motivo alegado para no nadar con ellos sea su aversión natural al agua. (Hay otros bañistas: así, un joven que alude a una muchachita que trabaja en fotografías —la hija de

Bloom, sabremos luego). Stephen se aleja pensando que, dada la actitud molesta de Mulligan, más le valdría abandonar la torre a ese «usurpador».

TÉCNICA: *Presentación objetiva, dramática, alternada con vetas de palabra interior en la mente de Stephen.*
REFERENCIA HOMÉRICA: *Telémaco (hijo de Ulises).*

[*2*]

De 9 a 10 Stephen, de muy mala gana, está dando clase de historia, y luego de literatura, en un colegio de muchachos ricos, situado no lejos de la torre. A las 10, por ser jueves, se suspenden las clases para jugar al hockey, pero Stephen se queda prestando ayuda a un muchachito torpe en matemáticas. Después, va al despacho del director, el señor Deasy, anciano reaccionario y antisemita, que le abona sus honorarios entre grandes discursos, invitándole a ahorrar. Además, sabiendo que Stephen tiene vinculaciones literarias, le entrega una carta para que la haga publicar en la prensa, a propósito de la epidemia de glosopeda (en inglés, *foot and mouth*, «pata y boca», conviene señalar a efectos de posteriores juegos verbales).

TÉCNICA: *Como en el capítulo anterior*.
REFERENCIA HOMÉRICA: *Néstor (el sabio anciano a quien visitó Telémaco, recibiendo consejo).*

[*3*]

De 10 a 11. Desde el colegio, Stephen va andando hacia Dublín por la playa de Sandycove. Al empezar el capítulo, camina con los ojos cerrados, reflexionando de modo más poético que filosófico, sobre la «ineluctable modalidad de lo visible»: a la deriva en el lenguaje, su teorización se ilustra con imágenes, a veces cómicas, de la historia cultural y religiosa, recibidas en una educación jesuítica de la que, sin embargo, se ha distanciado irónicamente. Al abrir los ojos, observa dos comadronas que van a pasear por la playa, y hace comentarios interiores sobre nacimiento, Eva, creación divina. Por un momento considera si será cosa de visitar a su tía Sara, cuya casa le queda entonces a mano, con lo que desfilan por su mente estampas de aquella rama de su familia. La deriva de su lenguaje interior le distrae de esa misma idea, haciéndole pensar en su abandonada posibilidad de haber sido sacerdote y aun santo («Primo Stephen, nunca serás santo», refleja el «Primo Swift, nunca serás poeta» de Dryden). Sin dejar de andar, cuando vuelve a pensar en la posible visita a su tía, encuentra que ya se ha alejado demasiado de su casa, por lo que decide desviar su camino hacia la Pigeon House (La Pichonera), que lleva a su mente un irreverente chiste francés sobre el

Espíritu Santo. De ahí, pasa a recordar su época en París. Acercado a la orilla, vuelve a ver su torre y piensa que no ha de volver a ella. Sentado en una piedra, observa en torno: un cadáver de perro, un perro que se acerca, una pareja en busca de berberechos —la mujer, sucia y agitanada, le provoca burlescas reflexiones eróticas—. El pensar en la marea y la luna le hace entrar en trance rítmico y desea escribir versos: falto de mejor papel, arranca el final de la carta del señor Deasy, y se entrega a su trance lírico en desbordada inundación de imágenes sonoras y ópticas, centradas en el mar. Sin pañuelo, que dio a Mulligan para que limpiara su navaja de afeitar, deja en las rocas el producto de hurgarse la nariz. Luego siente que detrás de él puede haber alguien: se vuelve, y sólo ve un velero de tres palos —tres cruces— llegando al puerto.

TÉCNICA: *Palabra interior, como totalidad mental en contenido y duración (el tiempo transcurrido viene a ser el que se tarda en leer en voz alta el capítulo).*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Proteo (el ser cambiante de forma —como el mar, y, también, como la mente de Stephen— cuya captura cuenta Menelao a Telémaco).*

2 (*Odisea*, en cuanto Uliseida)

[*4*]

Otra vez de las 8 a las 9 de la mañana del mismo día. El señor Leopold Bloom está en la cocina de su casa. El señor Bloom, como iremos sabiendo luego, es hijo de un judío húngaro, Rudolf Virag, que, llegado a Irlanda, adaptó su apellido —*bloom* es la traducción del húngaro *virag* «flor», «floración»— y se hizo protestante, y luego católico con vistas a su matrimonio, del que nació Leopold en 1866. El abuelo, Lipoti Virag, fue pionero de la fotografía —saldrá en [*15*]. Rudolph Bloom se dedicó a diversos negocios, así la venta de bisutería, en que Leopold le ayudó eficazmente; una dudosa lotería con privilegio real húngaro, que estuvo a punto de llevarle a la cárcel; un hotel, cuya quiebra le condujo al suicidio… Leopold Bloom, por su parte, después de variados empleos —corredor de papelería, empleado de un tratante de ganados, etc.— trabaja, aunque no mucho, como agente de publicidad para el diario *Freeman*. Está casado con Marion (Molly) Bloom, nacida en Gibraltar en 1870, del comandante Brian Tweedy, ascendido desde soldado raso por méritos en la guerra de Crimea, y de una no bien identificada española, Lunita Laredo, judía o de aspecto judío, y al parecer fallecida muy pronto. Molly Bloom, cantante profesional, limita ahora su actividad a ocasionales actuaciones: en ese momento está en

proyecto una gira de conciertos por provincias, organizada por el promotor Hugh (Blazes) Boylan —su amante, pero no el único en haber disfrutado de sus favores. *Blazes* es, a la vez, «fulgores», «chispazos», «llamaradas» y «manchas blancas en la frente de algunos caballos».

El señor Bloom, a las 8, está totalmente vestido (de negro, para asistir luego a un entierro) y se encuentra en la cocina de su domicilio, Eccles 7, Dublín (casa que existe, o existió realmente: en ella vivió un amigo de Joyce). (Por cierto, la disposición interna de esas casas de clase media dublinesa resulta un tanto extraña para nosotros: aparte de un tercer piso, visible en las fotografías, pero que no se menciona en la novela, está el piso de arriba, con el cuarto de estar y la alcoba principal, más algún otro cuarto, y el piso de abajo, con la cocina y alguna otra pieza —como, el cuarto de la criada, cuando la hay. La escalera, entre estos dos pisos, tiene dos tramos: en el descansillo donde cambia la dirección hay un cuartito trastero —en casa de los Bloom, dedicado a *water-closet*, aunque el señor Bloom prefiere usar otro retrete situado en una caseta al fondo del jardincillo trasero, al que se sale por la parte de la cocina. El piso bajo queda en situación de semisótano respecto a la calle: delante hay una franja de terreno más bajo, separado de la calle por una verja).

El señor Bloom, acompañado por su gata, ha encendido el fogón para preparar el desayuno —también para su esposa, a quien se lo llevará en una bandeja a la cama, una vieja cama traída de Gibraltar, con arandelas de latón sueltas, cuyo tintineo resonará por todo el libro mezclándose con el del calesín de Blazes Boylan. Mientras se calienta el agua, Bloom se inclina a seguir su afición a reforzar el desayuno con algún despojo, y sale a comprar un riñón de cerdo: al tomar el sombrero, comprueba llevar dentro, escondida, la tarjeta con que, bajo nombre falso, sostiene correspondencia sentimental con una desconocida. También comprueba llevar su talismán: una patata, ya arrugada, que heredó de su madre. Le falta, en cambio, el llavín, dejado en otro traje: arrimando la puerta para que parezca cerrada, sale a su compra. En la calle, su pensamiento va a la deriva, arrastrado por todo lo que ve: así, un anuncio de plantaciones en Palestina —Agendath Netaim. Pero le interesan más las sólidas ancas de la criada de al lado, que también está en la salchichería. Al volver a casa, encuentra el correo: para él, una carta de su hija Milly —quince años, empleada con un fotógrafo en un pueblo cercano—; para Molly, una postal de Milly y una carta que luego sabrá Bloom que es de Boylan, anunciando su visita esa tarde para llevar a Molly el programa del concierto proyectado (y seguramente para algo más, como intuye dolorosamente Bloom, muy al tanto de las exuberancias de su esposa). Bloom pone a asar el riñón y lleva el té a Molly, quien le pregunta el significado de una palabra que ha encontrado en un libro (*metempsicosis*), y que, en su

versión malentendida, se convierte en insistente *leitmotiv* verbal en el libro. Bloom comenta con Molly ciertos libros, de barata indecencia, que suele darle a leer, mientras mira la oleografía sobre la cama, *El baño de la ninfa*. Un olor a quemado le hace volver a la cocina para salvar el riñón y comérselo, mientras lee la carta de su hija, que desata en su mente amplias asociaciones de ideas y palabras. Luego toma un número atrasado de una revista y se dirige al retrete del jardín, donde hace de vientre mientras lee un cuento premiado, *El golpe maestro de Matcham*, con una «risueña brujita» que será otro *leitmotiv* del libro. Tras usar el cuento para limpiarse, Bloom se arregla y sale a la calle, pensando en el entierro, presagiado por las campanas de una iglesia cercana: ¡Ay-oh!

TÉCNICA: *Presentación objetiva alternada con la palabra interior en la mente de Leopold Bloom.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Calypso (la ninfa que retuvo siete años a Ulises, hasta que Mercurio incitó a éste a seguir su viaje de regreso a Ítaca. Como se ve, la referencia es apenas un lejano chiste).*

[*5*]

De 9 a 10 de la mañana. El señor Bloom sale flaneando por las calles, periódico en mano, con tiempo de sobra por delante —no va a hacer nada especial hasta el entierro, que es a las 11. El día es soleado y moderadamente caluroso: el té en un escaparate le hace pensar en la indolencia de la vida tropical, imagen que se disuelve en la corriente de otras que se van presentando en su paseo. En la lista de correos de una estafeta, con su tarjeta seudónima Henry Flower (*Flower/Bloom*), recoge una carta de una que firma Martha, con la que ha entablado un carteo mediante un anuncio en el periódico, escarceo platónico que no desea llevar más allá. Con la carta en el bolsillo, y notando con los dedos que lleva algo sujeto al papel —será una flor prendida con un alfiler— sale a la calle y encuentra a un amigo charlatán, a quien ha de explicar que va de luto para el entierro de un común amigo, Dignam, mientras intenta observar a una atractiva señora a lo lejos: un inoportuno tranvía le priva de un atisbo de sus pantorrillas. Liberado de su amigo, que en vano intenta hacerse prestar una maleta con pretexto de una gira de conciertos de su mujer —igual que la de Bloom—, y después de haber observado en el periódico un anuncio de carne en conserva que se hará *leitmotiv* en el resto del libro, Bloom sigue andando. Los carteles de un *Hamlet* le llevan a pensar en su padre, suicida, entre otras muchas imágenes. Al fin, en una calle solitaria, abre la carta, con su flor: Martha desea conocerle en persona —hay un error mecanográfico que se hará *leitmotiv*: «no me gusta

el otro mundo», *world* en vez de *word* «palabra». Roto el sobre —con reflexiones sobre cheques rotos y ganancias de cerveceros— el señor Bloom se siente atraído por el fresquito que emana de una iglesia católica, donde entra: están dando la comunión. La mente de Bloom revolotea sobre la ceremonia, a la vez como experto en el lenguaje de la liturgia y la teología —por ser antiguo alumno de colegio religioso— y fríamente remoto en cuanto al sentido de lo que ve. En todo caso, la eficacia de la organización eclesiástica le admira, como agente de publicidad. Piensa en el organista y en las actuaciones de su mujer Molly cantando en la iglesia: recuerda entonces que ella le ha encargado una loción. Por haber olvidado la receta, Bloom hace que el farmacéutico la encuentre en sus libros, y, al dejarla encargada, compra un jabón de limón con ánimo de ir a un establecimiento de baños. De camino a éste, encuentra a su amigo Bantam Lyons, que le pide prestado el periódico para ver las perspectivas de las carreras de caballos de esa tarde. Bloom se lo da, repitiendo que iba a tirarlo «por ahí», lo que Lyons entiende como consejo a favor de un caballo llamado *Por Ahí* —que, en efecto, ganará inesperadamente, con las apuestas a veinte a uno en su contra. Y Bloom se aleja hacia los baños, episodio —de 10 a 11— que no se cuenta en el libro: posteriormente, a través de los recuerdos de Bloom, se entrevé que releyó la carta de Martha sumergido en el agua del baño y se sintió inclinado a experimentar el onanismo acuático, pero no lo hizo —por fortuna, dirá en [*13*].

TÉCNICA: *Predominantemente, palabra interior.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Muy vaga, los Lotófagos (comedores de la flor del olvido).*

[*6*]

De 11 a 12. Entierro de Paddy Dignam. Bloom entra en un coche —de caballos, claro, estamos en 1904— con Simon Dedalus, padre de Stephen, y otros dos caballeros, Jack Power y Martin Cunningham, los que le tratarán con sutil distanciamiento, como judío que es —su matrimonio con la famosa y admirada Molly tampoco le prestigia mucho. Bloom va reflexionando pasivamente sobre la mortalidad humana y sobre lo que ve desde el coche —señala al señor Dedalus el paso de su hijo Stephen, que le hace sentir la falta de su propio hijito Rudy, muerto aún de pocos días. Los ocupantes del coche conversan divagatoriamente. De pronto, Bloom ve pasar al elegante Blazes Boylan: con dolor piensa que esa tarde visitará a su mujer Molly. Sobre ésta, y sus proyectados conciertos, le preguntan cortésmente a Bloom sus acompañantes. Ven luego a cierto prestamista, Reuben J. Dodd, y se cuenta una cómica historia sobre su tacañería: dio dos chelines al que salvó la vida a

su hijo. Pero las risas son reprimidas por el recuerdo del difunto. Otras visiones distraen a Bloom: así, un ganado para exportar, que le sugiere la conveniencia de una línea tranviaria al puerto —y quizá, tranvías para entierros. Piensa también si hacer un viaje a ver a su hija —pero no sin avisar. Se habla también del lugar de un famoso crimen. Al fin, llegan al cementerio: a través de la mente de Bloom se siguen todos los detalles, mezclados con los comentarios de los demás. Se habla de la apurada situación de la familia del difunto, abriéndose una suscripción para la que Bloom entrega cinco chelines, y se entra a la capilla, donde un sacerdote grazna un responso. Se traslada el ataúd a la fosa: Bloom piensa en la muerte física y la putrefacción. Les saluda el gerente del cementerio. Junto a la fosa, un periodista anota los nombres de los presentes, más el de un desconocido que, vestido con un *macintosh*, será apuntado como señor MacIntosh —y reaparecerá enigmáticamente por todo el libro—, así como los nombres de algunos ausentes que se suponen presentes. Bloom, durante la inhumación, sigue mezclando graves filosofías con ocurrencias y asociaciones más frívolas, a veces prácticas —posibles invenciones para que nadie sea enterrado vivo. Una vez rellena la fosa, el grupo se aleja, visitando de paso la tumba de Parnell, el gran autonomista irlandés, y comentando las estatuas de otras tumbas: mejor sería —piensa Bloom— conservar discos de gramófono con la voz de los difuntos. Llama su atención una gruesa rata, sin duda alimentada de cadáveres. Y por fin sale del cementerio con alivio —recordando la errata de Martha: «no me gusta el otro mundo». Cortésmente, hace notar al abogado Menton la abolladura de su sombrero: éste, que acaba de caer en la cuenta de quién es él, y de que está casado con Molly, de quien Menton fue apasionado admirador, le da las gracias con elocuente sequedad: Bloom no es uno de ellos. (Por alguna alusión posterior se entiende que Bloom hará luego —entre las 6 y las 8— una visita de pésame a la viuda Dignam: episodio saltado en la narración).

TÉCNICA: *Mezcla de palabra interior y descripción objetiva*.

REFERENCIA HOMÉRICA: *Hades (el infierno clásico, que Ulises visita)*.

[*7*]

De 12 a 1, en el edificio del periódico *Freeman's Journal and National Press*, de su correspondiente semanario, y su asociado vespertino *Evening Telegraph*. El relato está cortado por epígrafes que imitan titulares de Prensa (algunos de ellos, al parecer, tomados de números antiguos del *Freeman*, diario existente en la realidad). En torno al edificio, hay tráfico de tranvías eléctricos y grandes carros —el motor de gasolina es todavía rarísimo. Bloom pide en las oficinas del *Freeman* el recorte de un anuncio que quiere pasar también al *Evening Telegraph*. Sube las escaleras el propietario, cuya cara

hace pensar a Bloom en el tenor que cantaba *M'appari* de *Martha* —luego en [*8*]— y en Nuestro Salvador. Bloom habla con el administrador Nannetti, italiano de origen, concejal de Dublín y diputado en Londres: en medio del estrépito de las máquinas, Nannetti, hombre silencioso, permitirá un entrefilet en el vespertino si se renueva el anuncio en el *Freeman* por tres meses. Bloom habla con el dibujo que piensa tomar de un periódico de provincias —en la Biblioteca Nacional—: unas llaves que aludan al apellido del comerciante anunciado. Bloom, entre el tráfago del periódico, va a telefonear al anunciado la propuesta: un impresor, leyendo al revés, le hace recordar a su padre leyendo hebreo. El teléfono —entonces objeto raro— está en el despacho del director, donde Bloom no encuentra a éste, sino al «profesor» MacHugh, a Simon Dedalus —otra vez— y a Ned Lambert, riéndose de un discurso que publica el *Freeman*. Entra también J. J. O'Molloy, golpeando con la puerta a Bloom, en el escaso espacio: luego, llega el director, Myles Crawford, alcohólico y chillón. Hay entre ellos un clima ruidoso y confianzudo, a que es ajeno Bloom, el cual pide permiso para telefonear desde el despacho interior. Llegan las pruebas del extraordinario deportivo, donde se habla de la inminente Copa de Oro, de caballos —favorito, *Cetro*. Bloom sale para ir en busca de su anunciado, que ha sabido que está en una sala de subastas. Por la ventana, el grupo le mira alejarse por la calle, comentando cómo los golfillos vendedores del periódico remedan sus andares. El señor Dedalus y Lambert se marchan a tomar un trago. Sigue la conversación, lamentando la sumisión de Irlanda a ese imperio romano que es Inglaterra. Entran Stephen Dedalus, que entrega al director la carta de Deasy sobre la glosopeda —le acompaña el «señor» O'Madden Burke. Sigue la charla, sobre temas clásicos en paralelo con Irlanda, y en divagación sobre otros temas: Lenehan consigue hacer oír un pésimo chiste, tras mucho insistir: ¿Qué ópera se parece a una línea férrea? *The Rose of Castille* (*rows of cast steel*, «hileras de acero fundido»): eso se convertirá en *leitmotiv* verbal —intraducible— a lo largo del libro. Sigue la conversación: Crawford invita al joven Stephen a escribir en el periódico; luego recuerda un ingenioso recurso con que se envió por telégrafo el plano de un crimen, en lo que le interrumpe, para su irritación, una llamada de Bloom, el cual no tendrá más remedio que volver en persona para hacerse oír. Así lo hará: mientras tanto, hay una larguísima divagación en que se compara el destino de Irlanda con el de la raza judía, etc. Al fin, Stephen propone ir a tomar un trago —no ha ido a la cita con Mulligan, a las doce y media—, y empieza a contar una larga historia sobre dos solteronas que subieron a la columna de Nelson, en Dublín. En el momento menos oportuno, reaparece Bloom con la contrapropuesta de su comerciante: dos meses de renovación si hay entrefilet en el vespertino. El director dice a Bloom que diga a su comerciante que «le bese su real culo irlandés», y con ello se marchan todos,

consiguiendo así Stephen llegar al final de su cuento —que, a pesar del retintín de escabrosidad, resulta tener muy poca gracia.

TÉCNICA: *Anotación objetiva, con reproducción de conversaciones. Bloom aparece sólo visto desde fuera, y fugazmente, entre una atmósfera burlona y despectiva*.

REFERENCIA HOMÉRICA: *Eolo (el dios de los vientos, como posible símbolo de la Prensa: la redacción del diario sería la cueva donde el dios tenía amarrados a los vientos).*

[*8*]

De 1 a 2. Bloom se dirige a almorzar, cambia de idea y se limita a un breve tentempié. La sucesión de temas en la mente de Bloom —a remolque de lo que ve— es tan rápidamente cambiante, que daremos apenas unas claves de identificación: Se venden dulces: proveedor de Su Majestad: un prospecto que tirar «por ahí» de un predicador americano [*14*], «¡Elías viene!»: buena publicidad: la religión. Ve a la hermana de Stephen Dedalus: son quince hijos: la anticoncepción. Cruza el puente O'Connell: ahogarse: el hijo del prestamista salvado en [*6*]. Bloom hace un barquito con el prospecto: al agua: gaviotas famélicas: compra algo que darles de comer. Barca en el agua con anuncio: anuncios ilegales: médicos de venéreas anunciados en urinarios. ¿Y si él (Boylan) tuviera…? «Mejor no pensar». Oficina marítima: el reloj. Astronomía, ¿qué es *paralaje*? *Metempsicosis*: Molly no entendía. Ingenio de Molly: lista de sus admiradores. Hombres-sandwich anunciando «Hely's». A Bloom le costaba cobrar, trabajando con Hely: así, en los conventos. ¿Fecha? Cuando se casó con Molly. Luego, 1894, murió Rudy: desde entonces Molly no quiere relación sexual con Bloom. Ese año, fiesta con el alcalde: gran éxito de Molly. Pasa un tipo de nombre no recordado. Nombre de un admirador de Molly: el tenor Bartell d'Arcy. Encuentra a la señora Breen (Josie Powell), viejo amor de Bloom: su marido está chiflado. Pregunta por la señora Beaufoy (en realidad, Purefoy) que lleva tres días con dolores de parto en el hospital (a donde irá Bloom en [*14*]). Un lunático les hace apartarse: la señora Breen cuenta sobre su marido lunático. *Irish Times*: anuncio por el que le escribe Martha —Bloom rechazó otra corresponsal, demasiado literaria. Éxitos del *Irish Times*: sus crónicas de cacerías. Bloom admira a las amazonas, a las mujeres enérgicas —una sudamericana, Mirim Dandrade, que conoció. La señora Purefoy: marido metodista, dolores de parto. Un sistema de seguros nacionales para ingresos mínimos. Vuelan palomas, bien alimentadas; bien alimentados guardias salen de comer; entran otros. Estatua sobre urinario. Guardias; recuerdos de choques con estudiantes. Se nubla el sol: «el sol de la autonomía irlandesa»: Bloom deprimido: irrealidad del

mundo. Reaparece el sol: ve al hermano de Parnell. Pasa el poeta A. E. (George Moore) con una literata desastrada. Escaparate de óptica: gemelos: ¿qué es *paralaje*? ¿Preguntarle al profesor Joly? Luna llena hace quince días: él, Molly y Boylan paseaban —estos dos, cantando un dúo de amor, sus manos tocándose. Ve a Bob Doran: viejos tiempos mejores: cuando él tenía 28 años y ella 23: muerte de Rudy, ya no más relación sexual. Calle Grafton: comprar: ¿un acerico para Molly?: ropa interior, joyería, frutas, plantaciones en Palestina [*4*]; deseo voluptuoso de erotismo; hambre: almorzar; ir al restaurante Burton. Repelente aspecto de los hombres comiendo en el Burton. Mejor un tentempié en Byrne (en el futuro, socialización del acto de comer): vegetarianismo y sus ventajas. Entra en Byrne: está Nosey Flynn, bebedor, siempre sorbiéndose la moquilla. Pide borgoña y emparedado de gorgonzola (reflexiones sobre el alimento). Nosey pregunta por la señora Bloom: los conciertos, ¿los organiza Boylan? Boylan, promotor de boxeo. *Cetro* favorito: otros recuerdos: reflexiones sobre alimentación: banquetes, hoteles elegantes, señoras escotadas. Molly, cuando se le entregó en el monte Howth: contraste con ahora. Buen tipo: «música helada de la escultura»: las diosas del museo, ¿tienen agujero posterior? Bloom va a orinar. Davy Byrne pregunta a Nosey sobre Bloom: es masón. Entran Paddy Leonard, Bantam Lyons y Tom Rochford, pidiendo de beber. Sale Bloom y se marcha por la calle. Ve un perro vomitando. Cenar: *Don Giovanni*. Perspectivas de cobrar los anuncios: comprar enaguas para Molly. Un muchacho ciego por la calle: injusticia cósmica: Justicia: pasa el juez Falkiner. Anuncio de la tómbola Myrus. Pasa «alguien» (Boylan). Bloom se refugia en el museo: nota que lleva en el bolsillo el jabón junto a la patata-talismán.

TÉCNICA: *Palabra interior, en la mente de Bloom, excepto en el intervalo en que éste se retira a orinar, en la taberna de Byrne*.

REFERENCIA HOMÉRICA: *Los Lestrigones (unos caníbales, por los clientes del restaurante Burton)*.

[*9*]

De 2 a 3. En el despacho del director de la Biblioteca Nacional, Dublín. Stephen, sin almorzar, pero con unos tragos en el cuerpo, expone sus teorías sobre Shakespeare ante un grupo: Bloom sólo aparece un par de momentos, muy en segundo término. (El lector hispano no especialmente interesado en Shakespeare tal vez prefiera saltar este capítulo, que le resultará un tanto oscuro, si bien con ello perderá parte de los *leitmotiv* —sobre todo, el «padre-hijo», en *Hamlet*, y el tema de los cuernos conyugales. Es de notar que las teorías en que Stephen dice no creer, a pesar de exponerlas brillantemente, eran tomadas bastante en serio por el propio Joyce y empiezan a serlo por

algunos especialistas en Shakespeare). Están presentes el poeta A. E. (George Moore) —personaje real, según ya se dijo—, John Eglinton, Lyster —bibliotecario cuáquero—, y luego, el bibliotecario Best —cuyo apellido, «mejor», sirve para juegos de palabras con el testamento en que Shakespeare legó a su mujer su *second-best bed* su «segunda cama»: más tarde, aparece Buck Mulligan, a quien Stephen ha enviado un telegrama en vez de acudir a la cita con él en un bar. Sin detallar las entradas y salidas, ni las fases de discusión, resumimos las hipótesis de Stephen: Shakespeare no debe identificarse tanto con Hamlet cuanto con el espectro del padre de Hamlet: para él, Hamlet vino a ser una versión literaria de su hijito Hamnet —muerto prematuramente, como el de Rudy de Bloom—. La adúltera madre de Hamlet, Ann, tendría algo de Ann Hathaway, la mujer de Shakespeare, de más edad que éste, y que probablemente le sedujo —el poema *Venus y Adonis* lo expresaría: luego, ausente el poeta en Londres, Ann le habría sido infiel con los hermanos del poeta, Gilbert, Richard y Edward (Richard tendría reflejo en *Ricardo III*; Edward en el hijo traidor del rey Lear). *El rey Lear* y *La tempestad* expresarían la reconciliación final entre los cónyuges, gracias a una nieta: sin embargo, el poeta no había olvidado sus agravios, y en el testamento legó a su mujer, no su mejor cama, sino su «segunda cama». Todo esto, en la exposición de Stephen, se apoya en doctrinas estéticas tomadas de Santo Tomás de Aquino —como en el *Retrato del artista*—, y se combina con consideraciones teológicas —ortodoxas o no— sobre el Padre y el Hijo en la Trinidad cristiana. Mulligan, que ha recibido un telegrama de Stephen con una cita de Meredith —en vez de su presencia en la cita—, llega dispuesto a burlarse de sus teorías, y compone un esbozo de parodia de «moralidad» dramática —la forma del teatro antiguo inglés—, como «inmoralidad». Los bibliotecarios y literatos presentes discuten seriamente las opiniones de Stephen —a quien, sin embargo, A. E. no invita a una posterior reunión literaria. Finalmente, Stephen se declara escéptico ante sus propias teorías, aunque dispuesto a que alguien las publique en forma de interviú, si le paga una guinea. Al marcharse, encuentran a Bloom —que apareció antes, fugazmente, pidiendo un periódico para copiar su anuncio—: es «el Judío Errante», según Mulligan. Una cita final de *Cimbelino* expresa sardónicamente una voluntad de aceptación de la realidad.

TÉCNICA: *Más dramática que narrativa, con predominio del diálogo, pero también con vetas de palabra interior en la mente de Stephen*.

REFERENCIA HOMÉRICA: *Escila y Caribdis: el dilema entre dos peligros: el remolino que se traga los barcos y el monstruo que se traga a los navegantes —no vemos muy claro por qué—.*

Según Frank Budgen, la filosofía platónica —la de los oponentes de Stephen— y la aristotélica —la del propio Stephen — son «los monstruos que acechan al pensador en los estrechos» [?].

[*10*]

De 3 a 4. Este capítulo consiste en 19 descripciones de personajes moviéndose a través de Dublín, a lo largo de itinerarios que a veces se cruzan unos con otros.

1. El Padre Conmee —figura real, como se dijo, rector del colegio Belvedere, donde hizo becario a Joyce—, descrito mediante su palabra interior, con mente benévola, devota y bien ordenada, se dirige a pedir asilo para uno de los huérfanos de Dignam, a cuyo entierro asistió antes Bloom. Va observando personas y edificios: ya en el campo, ve —y bendice— a una pareja de enamorados —luego se identifica al muchacho como Lynch.
2. Corny Kelleher, el funerario del entierro de Dignam, está en su establecimiento. Un brazo (de Molly Bloom) asoma por una ventana para echar una limosna a un inválido.
3. El inválido avanza sobre sus muletas, cruzándose con otros personajes.
4. Dos hermanas de Stephen llegan a casa: otra hermana está hirviendo unas camisas —para lavarlas— y tiene poco que darles de cenar: una de ellas alude a su padre, bebedor y arruinado. (El prospecto que Bloom tiró «por ahí», en forma de barco, navega bajo un puente.)
5. Blazes Boylan envía un cesto de fruta y vino a Molly Bloom, preparando su visita. Bloom, mientras, examina un carrito de libros usados.
6. Stephen habla en italiano con un maestro de música que quiere convencerle de que se haga profesional del canto.
7. La secretaria de Boylan alterna la lectura de una novela con el trabajo: Boylan llama y se entera de que Lenehan quiere verle a las cuatro —hora en que él piensa visitar a Molly Bloom— en el bar del hotel Ormond.
8. Ned Lambert enseña a un clérigo una antigua cámara en la abadía de Santa María. Aparece J. O. Molloy. Instantánea del hermano de Parnell jugando al ajedrez. Instantánea de la pareja sorprendida por el Padre Conmee. Ned y O'Molloy se van, pasando junto a unos caballos.
9. Tom Rochford enseña a unos amigos una máquina que indica qué número está en marcha en su *music-hall*. Pasa Richie Goulding, con la bolsa de documentos de su oficina legal. Se dispersan los amigos de Rochford contando diversas historias. Lenehan cuenta algo picaresco a propósito de Molly Bloom, pero M'Coy sostiene que Bloom «tiene un toque de artista».

10. Bloom busca un libro para regalar a Molly: se queda con *Dulzuras del pecado*, del que le atraen unos párrafos de barata obscenidad.
11. El portero de la sala de subastas toca la campanilla. Empieza una carrera de bicicletas. Una hermana de Stephen, Dilly, encuentra a su padre, quien, bebido, se niega a ir con ella a casa, y muy de mala gana le da parte del dinero que le han prestado. Pasa la cabalgata del Virrey.
12. Tom Kernan, viajante de comercio, satisfecho de sus éxitos, repasa su conversación con un amigo. Se cruzan otras figuras, o son observadas —así, el cortejo del Virrey.
13. Stephen observa un escaparate de joyería. Sigue andando y encuentra a su hermana Dilly, sintiendo remordimientos de conciencia de no ayudarla, al notar su desnutrición, su mala ropa y sus pobres ilusiones —lleva un manual para aprender francés.
14. Simon Dedalus encuentra al llamado «Padre» Cowley —no es clérigo —, que se queja de estar amenazado de deshaucio por deudas. Aparece su amigo Ben Dollard, habiéndole obtenido un respiro.
15. Martin Cunningham y Jack Power van hablando, entre otras cosas, de la difícil situación de la familia del fallecido Dignam —aludiendo a la generosidad de Bloom. Pasa la comitiva del Virrey.
16. Buck Mulligan y Haines toman té con *scones*: aquél dice que Stephen está chiflado. Hay instantáneas de otros elementos anteriores.
17. El maestro de música que hablaba con Stephen va andando: detrás de él, va un chiflado ya visto en [*8*], quien tropieza con el muchacho ciego a quien ayudó Bloom en [*8*].
18. Un huérfano de Dignam va a comprar unas salchichas, entreteniéndose en mirar escaparates, sin ganas de volver a su triste casa. Se cruza con un elegante —Boylan—: reflexiones sobre la muerte de su padre.
19. El Virrey —o Lugarteniente General— recorre Dublín en su comitiva, recibiendo las miradas, y a veces los saludos, de casi todos los personajes del capítulo.

TÉCNICA: *La lacónica descripción objetiva alterna con trozos de palabra interior —también bastante lacónica— en algunos personajes —Stephen y Bloom, sobre todo*.

REFERENCIA HOMÉRICA: *Las Rocas Errantes (de que Circe habla a Ulises como peligro en la navegación)*.

Estructuralmente, pero sólo en tal sentido, este capítulo asume un carácter de síntesis del elenco humano del libro y de la ciudad.

[*11*]

De 4 a 5. Este capítulo empieza enumerando cincuenta y siete elementos verbales que irán apareciendo a lo largo de él, como los motivos anunciados

en la obertura de una ópera —el capítulo es de intención y temática musicales.

En el bar del hotel Ormond hay dos camareras detrás de la barra: Lydia Douce, de pelo de bronce, y Mina Kennedy, de pelo de oro. No hay clientes: ellas miran por la ventana la comitiva del Virrey —y a Bloom que pasa. El camarero del comedor les trae té. Mientras Bloom mira un escaparate con imágenes de la Virgen, ellas se ríen de él. Entra Simon Dedalus, pidiendo whisky: luego Lenehan, que espera a Boylan y trata de coquetear con Mina, absorta en un libro, imitando a un maestro que enseña a leer. Simon nota que han cambiado el piano de sitio: lo ha afinado el muchacho ciego de antes. (Bloom compra papel para escribir a Martha: ve el calesín de Boylan). Simon Dedalus se sienta al piano. Entra Boylan. Luego entra Bloom, con Richie Goulding, para hacer su retardada comida y observar a Boylan, sonreído por las camareras y ya en retraso para su visita a Molly Bloom. Lydia Douce, rogada, hace chascar una liga en el muslo. Se va Boylan, seguido por Lenehan. Entran «Padre» Cowley y Ben Dollard, que piden a Simon Dedalus que cante. Recordando un concierto, hablan de Molly Bloom, sin advertir a Bloom en el comedor, sumido en errantes pensamientos que se centran en Molly y Boylan. Simon Dedalus canta *M'appari*, de la ópera *Martha*, de Flotow. (Entran el abogado Lidwell, y otros clientes). Bloom, mientras habla con Goulding, piensa amargamente que Boylan, en su tintineante calesín, ya va a visitar a Molly: con ello se mezclan otras cosas, el aria cantada por Simon Dedalus, de *Martha*, cuando él iba a escribir a su Martha: en el clímax de la emoción musical los nombres de Simon, el Lionel de la romanza, y Leopold, se funden en «Siopold». (Boylan avanza tintineando hacia su visita). Bloom se pone a escribir a Martha. (Boylan deja discretamente su calesín y continúa en un coche de alquiler hacia casa de Molly Bloom). Bloom escribe. Lydia Douce hace oír a Lidwell una caracola que ha traído de sus vacaciones: Bloom recuerda cierta canción sobre bañistas, popularizada por Boylan. «Padre» Cowley toca el minuet de *Don Juan* —tema de seducción, en la errante mente de Bloom, que juega también con música de cámara (*chamber music*) y el ruido de Molly en la bacinilla nocturna (*chamber pot*). (Boylan llama a la puerta de Molly: golpes del bastón del afilador ciego, al caminar). Ben Dollard canta *El muchacho rebelde*, cuya letra se mezcla con lo que ocurre en torno: el muchacho rebelde había perdido a su padre y sus hermanos luchando por la libertad: «último de su nombre», antes de unirse a los rebeldes de Wexford, se confiesa, pero el confesor resulta ser un militar disfrazado, que le hace ejecutar. Mientras Dollard canta la balada, Bloom paga para irse, pensando en Molly y Boylan —traición, como en la balada—: todos escuchan con placer. Imágenes del cuerpo femenino, perfecto instrumento musical. Mientras todas aplauden el final, Bloom sale a la calle,

sintiendo los gases de la sidra que tomó en la comida. Para evitar que le vea una prostituta conocida, mira un escaparate con un retrato de un patriota, mártir de su causa, cuyas palabras finales, impresas en el retrato, tienen como contrapunto la descarga de sus ventosidades.

TÉCNICA: *Palabra interior, en la mente de Bloom, alternada con entrecortadas imágenes objetivas, todo ello en efectos de contrapunto casi musical*.

REFERENCIA HOMÉRICA: *Las Sirenas (no sólo por el predominio del canto y la música en el capítulo, sino, concretamente, por las dos camareras, bellas mujeres de medio cuerpo arriba —lo que asoma por encima del mostrador del bar—; descuidado y en chancletas el resto).*

[*12*]

De 5 a 6. En este capítulo —sátira del nacionalismo irlandés— la plebeya voz de un Narrador sin nombre alterna con numerosas interpolaciones en parodia de estilos épicos o administrativos, centrándose en la figura del Ciudadano —también sin nombre—, obseso patriota.

El narrador habla con Joe Hynes, cobrador de deudas difíciles.

INTERPOLACIÓN: *Un contrato*.

Se van a la taberna de Barney Kiernan para informar al Ciudadano sobre una reunión.

INTERPOLACIÓN: *El mercado general de Dublín, recibiendo víveres de todo el país*.

El Ciudadano, con un perro gruñón, está bebiendo.

INTERPOLACIÓN: *Parodia de antiguas epopeyas para describir al Ciudadano como un mítico gigante heroico*.

Joe Hynes convida: ha ganado gracias a lo que él creyó sugerencia de Bloom, de que apostara a favor de *Por Ahí*. Comentarios sobre Bloom: el Ciudadano se irrita porque el periódico, en nacimientos y fallecimientos, tiene demasiados nombres no irlandeses. Aparece Alf Bergan —cuya entrada se describe primero en parodia de epopeya, luego en jerga local—: viene riéndose del chiflado Breen, que acaba de pasar, seguido por su mujer.

INTERPOLACIÓN: *Elogio de la cerveza, en parodia de epopeya céltica*.

Se habla de que van a ahorcar a un reo, y Alf saca unas cartas de verdugos, pero antes de comentarlas, al oír que ha muerto Dignam, asegura haberle visto hace un momento por la calle.

INTERPOLACIÓN: *Comunicación espiritista con los muertos, primero en tono «espiritualista», luego en tono de negocios, y, al fin, en parodia de*

épica.

Comentarios emocionados sobre la muerte de Dignam. Entra Bloom, preguntando por Martin Cunningham. Joe Hynes lee una carta de verdugo: discusión sobre ahorcamientos, en que Bloom ofrece explicaciones científicas sobre la erección por estrangulamiento.

INTERPOLACIÓN: *Parodia de estilo científico*.

Se habla de mártires independentistas, y dan unas galletas al perro. Bloom empieza a hablar con el Ciudadano, despectivo hacia él, por judío. El innominado Narrador también desprecia a Bloom, recordando cuando vivía en un hotelucho y trataba de capturar la herencia de una vieja. El Ciudadano brinda por los caídos de la causa irlandesa.

INTERPOLACIÓN: *La ejecución de uno de esos mártires, en caricatura hinchada*.

Sigue la discusión entre Bloom y el Ciudadano, aquél a favor de una liga de templanza, que disuade de invitar a beber —él no acepta allí de beber, pero sí un cigarro—: el perro apoya a su amo con sus gruñidos.

INTERPOLACIÓN: *Transformación del Ciudadano en perro sabio, capaz de componer poesías al modo de los antiguos bardos celtas. Estilo de revista*.

Se va Doran; se caricaturiza su ruego a Bloom de que dé su pésame a la viuda Dignam. Beben: Bloom se entera de que Nannetti, con quien debería hablar de su anuncio, se marcha a Londres, al Parlamento.

INTERPOLACIÓN: *Grotesco debate parlamentario sobre la glosopeda y los juegos irlandeses*.

Joe Hynes elogia al Ciudadano por su contribución a los tradicionales juegos irlandeses: Bloom amonesta sobre los peligros del exceso de ejercicio.

INTERPOLACIÓN: *Crónica de un match*.

Se habla de la próxima gira de conciertos: elogio de la señora Bloom, en imitación de antigua epopeya. En el mismo estilo, se anuncia la llegada de J. J. O'Molloy y Ned Lambert. Se habla del chiflado Breen y del buen juez Falkiner.

INTERPOLACIÓN: *Sobre el juez, en estilo arcaico*.

El Ciudadano quiere provocar a Bloom, pero éste no hace caso, ocupado en negocios con Hynes. El Ciudadano menciona adulterios fatales para la historia irlandesa: alguien saca un recorte de prensa sobre un adulterio en Chicago. Entran John Wyse y Lenehan: aquél cuenta un debate municipal sobre el uso de la lengua irlandesa, lo que enfurece al Ciudadano.

INTERPOLACIÓN: *Parodia de épica*.

Lenehan cuenta que ha perdido su apuesta por el caballo *Por Ahí*. El Ciudadano sigue en diatribas antiinglesas: John Wyse Nolan asiente, en cuanto a los daños causados a los bosques.

INTERPOLACIÓN: *En estilo de crónica de sociedad, una boda con nombres arbóreos*.

El Narrador, aparte, hace saber que el Ciudadano sacrificó los intereses de su causa cuando interfirieron con los de su bolsillo. Beben más: leen en el periódico sobre el linchamiento de un negro en Georgia —tema Otello, en Bloom: tema de la crucifixión. El Ciudadano, entre más rondas de bebida, ataca a Bloom, judío poco irlandés, que apela al amor universal: en vista de que Cunningham tarda en llegar, Bloom sale a buscarle en el juzgado.

INTERPOLACIÓN: Graffiti *en una pared, sobre el amor*.

Criticando el colonialismo inglés, se lee una sátira del periódico sobre la visita de un cacique negro. Lenehan dice que Bloom seguramente ha ido a cobrar una apuesta a favor de *Por Ahí*, fingiendo otra cosa para no convidarles: mayor furia del Ciudadano. El Narrador se retira un rato al urinario: soliloquio. Al volver el Narrador, hablan todos del padre de Bloom y sus estafas. Llegan Martin Cunningham, Jack Power y un protestante orangista.

INTERPOLACIÓN: *Parodia de estilo medieval*.

Se brinda, pidiendo la bendición de Dios.

INTERPOLACIÓN: *Inmensa procesión religiosa*.

Vuelve Bloom, todos creen que de cobrar sus ganancias. La hostilidad contra él aumenta: Martin Cunningham y Jack Power se retiran prudentemente con él en un coche de alquiler.

INTERPOLACIÓN: *En estilo poético helenizante, el coche es un hermoso bajel*.

El Ciudadano les sigue, y, al ver que Bloom se marcha en el coche, le insulta y vuelve a entrar en busca de algo que tirarle.

INTERPOLACIÓN: *En estilo periodístico, Bloom se despide de Hungría*.

El Ciudadano sale con la caja de galletas, ya vacía, que le tira, sin darle.

INTERPOLACIÓN: *Efectos sísmicos de la caja tirada, casi destruyendo la ciudad*.

El perro persigue al coche.

INTERPOLACIÓN FINAL: *Bloom como Elías, subiendo al cielo en un carro de fuego. Estilo Biblia Inglesa*.

TÉCNICA: *Se ha ido indicando*.

REFERENCIA HOMÉRICA: *El Cíclope (el gigante de un solo ojo —así el Ciudadano, obseso, no puede ver los dos lados de las cosas—, quien, en su cueva —la taberna, aquí— quiso aniquilar a Ulises: éste, cegándole, escapó en su nave, sin que le alcanzaran las rocas lanzadas por el gigante)*.

[*13*]

De 8 a 9, al anochecer. (Suponemos que, entre las 6 y las 8, Bloom ha ido a dar el pésame a la viuda Dignam: faltan estas horas en el relato). Este capítulo tiene dos partes: la primera presenta a una muchachita tal como la describiría la barata literatura sentimental a que ella es aficionada —según Joyce, en un estilo «ñoño mermeladoso braguitoso (*alto là*) con efectos de mariolatría de incienso, masturbación, berberechos estofados, paleta de pintor, cháchara, circunlocuciones…»—; la segunda parte se sitúa en la mente de Bloom. Gerty Mac Dowell está sentada en las rocas junto a la playa de Sandycove, con sus amigas (¡y enemigas!) Cissy Caffrey y Edy Boardman, los dos hermanitos de Cissy —gemelos, de cuatro años—, y un hermanito de Edy, bebé en cochecito. Al fondo, se ve el monte Howth (donde los Bloom se unieron por primera vez); más cerca, la iglesia de Nuestra Señora Estrella del Mar, de donde llegan rumores de órgano y de rezos —se celebran las devociones de una sociedad de templanza. Mientras los niños juegan y riñen, Gerty está sentada, consciente de su belleza, y pensando en cierto preferido de su corazón, un estudiante aficionado al ciclismo. En estilo de novela rosa se van describiendo sus facciones, sus ropas y sus secretitos; sus problemas familiares —el padre, alcohólico—, sus ilusiones de amor. Uno de los niños lanza la pelota hacia un caballero enlutado —Bloom—, que, sentado en una roca cercana, observa a Gerty, la cual se siente emocionada por el interesante aire exótico de aquel maduro admirador. Sus sueños toman otro cariz: románticos, atrevidos, dispuestos a una aventura, a pesar del qué dirán. Cissy, quizá porque es tarde, quizá por cortar aquella admiración, se acerca a preguntar la hora al caballero, quien, sacando nerviosamente la mano del bolsillo, encuentra que se le había parado el reloj (a las 4.30, momento fatídico de la visita de Boylan). Se intercalan visiones de la ceremonia devota, con la exposición, *Tantum ergo*, etc. Edy y Cissy, preparando marcharse, punzan a Gerty sobre su estudiante, un tanto frío últimamente. Pero Gerty les contesta con energía, fortalecida por la admiración del enlutado —atento sobre todo a sus pantorrillas y «bajos»—: la pasión crece en su pecho. Cuando termina la ceremonia en la iglesia, empiezan los fuegos artificiales de una tómbola: Edy y Cissy se alejan corriendo hacia ellos, con sus hermanitos, pero Gerty sigue sentada, y, echándose atrás para ver mejor, va poniendo de manifiesto su ropa interior azul celeste ante la ávida mirada del enlutado, mientras una oleada erótica la envuelve. El trance pasa pronto: acaban los cohetes y Gerty se levanta: tras una mirada de reproche al enlutado que la ha seducido a distancia, deja caer un algodón con perfume y… se aleja cojeando; pues ésa es la tragedia de Gerty, su pie lisiado. Pasamos a la mente de Bloom, que, en adoración ante la ropa interior de Gerty, se ha desahogado en onanismo. Comentando consigo mismo la picardía de aquella doncellita y su

inesperada cojera —que no le parece mal, como condimento erótico— siente las consecuencias de su desahogo —humedad, somnolencia—, mientras inundan su mente recuerdos y ensueños. Al fin, tras recoger el algodón perfumado y esbozar un posible mensaje en la arena, que borran las olas, Bloom queda adormilado un rato. Mientras, en la casa del sacerdote que ofició en la ceremonia, en un reloj regalado por Gerty, un cuco asoma a dar las nueve. (*Cuckoo*, en inglés, hace pensar en *cuckold*, «cornudo»).

TÉCNICA: *Se ha ido indicando*.

REFERENCIA HOMÉRICA: *Cruelmente, Nausicaa (la princesita de Feacia que, yendo a la playa a lavar sus ropas, encontró a Ulises, náufrago y desnudo, y le llevó a su palacio —puro episodio sentimental del asendereado héroe).*

[*14*]

De 10 a 11 de la noche. En el Hospital de Maternidad. Bloom llega a preguntar por la señora Purefoy, con dolores desde hace tres días, y cuyo parto llegará a término precisamente en esa hora. Hay un grupo de estudiantes de medicina —Buck Mulligan entre ellos, acompañado de Stephen Dedalus —, en alegre charla: invitado a beber con ellos, Bloom se queda —aunque apenas bebe. (Mientras, fuera, descarga un aguacero tormentoso). Bloom, recordando la muerte de su hijito, en contraste con los nacimientos en el hospital, proyecta hacia Stephen una suerte de paternidad espiritual, y quiere acompañarle desde ese momento. Joyce dijo que la idea del capítulo era «el delito que se comete contra la fecundidad al esterilizar el acto del coito». Pero esto no pasa de ser una tesis irónica: lo que más cuenta es que el verdadero protagonista resulta el estilo, transformado para ir imitando las sucesivas fases de la prosa inglesa, a través de la historia, en paralelo con la gestación del feto. Primero hay una triple invocación («Vamos al sur, a la calle Holles»), una exhortación a Horne, director del hospital, y el grito de la comadrona al nacer el niño. Luego, una alabanza de la organización de los hospitales de maternidad irlandeses, en estilo latinizante. Pero vale más citar la carta de Joyce a Budgen (22 Marzo 1920) en que señala algunas de las referencias estilísticas del capítulo —no todas—: Técnica: un episodio en nueve partes sin divisiones introducido por un preludio a lo Salustio-Tácito (el óvulo sin fecundar), luego, a la manera del anglosajón y el más antiguo inglés aliterativo y monosilábico («Aún no nacido niño nadaba en ventura…»), luego a la manera de Mandeville («Y allí se entró al sitio que estaban un joven caballero de estudios…»), luego la *Morte d'Arthur de Malory* («el gentilhombre Lenehan andaba pronto en escanciar de modo que al menos no faltara regocijo…»), luego el «estilo de crónicas» elisabetiano

(«Para aquel tiempo el joven Stephen llenó todas las copas…»), luego un paisaje solemne, como de Milton, Taylor y Hooker, seguido por un trozo entrecortado, de cotilleo latino, estilo Burton-Browne, luego un pasaje a lo Bunyan («la cuestión era que por el camino cayó con una cierta puta de exterior placentero cuyo nombre, dijo, es Pájaro-en-Mano…»). Tras un trozo de diario estilo Pepys-Evelyn («Leop. Bloom, sentado muy a gusto con una banda de gente alegre…») y Landor-Pater-Newman, hasta que eso acaba en un enredo terrible de *pidgin English*, inglés de negro, *cockney*, irlandés, jerga del Bowery, verso ramplón… Curiosamente, no cita entonces Joyce —quizá por no haberlos imitado todavía, cuando escribía esa carta— otros estilos claramente visibles, como los de Gibbon, Goldsmith, Lamb, Dickens, De Quincey, Carlyle, Ruskin… y el estilo final, el del evangelista americano de «¡Elías viene!». Por supuesto que en traducción se pierde el chiste del *pastiche*: con todo, el capítulo no deja de tener algún interés para el lector hispano, incluso por los posibles paralelismos con la historia de la prosa española.

TÉCNICA: *Se ha ido indicando*.

REFERENCIA HOMÉRICA: *Los Bueyes del Sol —Joyce se dio cuenta muy bien de que no eran «bueyes» sino «terneras» o «vacas», pero siguió la tradición establecida. (Ulises, en la isla del Sol, advierte a su compañeros que no maten y se coman las terneras sagradas, símbolos de fecundidad: ellos le desobedecen, y Júpiter hundirá su nave con un rayo, pereciendo todos menos Ulises. Como se ve, hay sólo una vaga alusión a los peligros de estorbar la fecundidad).*

[*15*]

De 11 a 12 de la noche. Entre el capítulo anterior y éste, ha ocurrido algo que sólo inferimos indirectamente: Stephen, Lynch, Mulligan y el inglés Haines han tomado algún tranvía o tren suburbano que, cambiando en una estación, les llevó al barrio de los prostíbulos, pero en esa estación Mulligan intentó dar esquinazo a Stephen, surgiendo una pelea entre ellos, de resultas de la cual Stephen tiene la mano dolorida y ha perdido la llave de la torre. Por su parte, Bloom, movido por su súbita «paternidad» adoptiva hacia Stephen, ha querido seguir a éste para evitarle los peligros de las prostitutas, pero, rezagado, se ha equivocado de tren o de tranvía, y llega al barrio de mala fama sin saber dónde encontrarle. El capítulo se desarrolla en forma dramática —diálogos y acotaciones—, pero, obviamente, no es representable, por lo fantástico de las mutaciones. Para la mente actual, sería claramente cinematográfico —aunque el carácter literario de las acotaciones no sea fácil

de trasladar a visión—: incluso, en algunos momentos, haría pensar en obras como *8 y 1/2*, de Fellini. Sin embargo, para Joyce, la falsilla formal caricaturizada fue *La tentation de St. Antoine*, de Flaubert. Aun con su enorme extensión —casi el doble que los otros capítulos más largos— éste es quizá el capítulo al que le sobra menos: sin duda, el corazón del libro y su cumbre. Lo que va ocurriendo en la realidad se mezcla con escenas simbólicas y con estampas del pasado, que sólo en ocasiones cabe situar en la mente de Bloom —o de Stephen—: más a menudo están sólo en la mente del autor. Nuestro resumen, por fuerza, ha de ser más oscuro que en los capítulos anteriores.

En el barrio de los prostíbulos (*Nighttown*, «ciudad nocturna»). Monstruos —¿alusión biológica?—, miserables y prostitutas —con cruel inverosimilitud, entre ellas, la Cissy Caffrey de [*13*]. Dos soldados borrachos, Carr y Compton. Stephen y Lynch avanzan, discutiendo sobre el lenguaje: un peón caminero caricaturiza sus palabras. Avanza luego Bloom, metiéndose pan y chocolate en el bolsillo y comprando despojos; un tranvía de obras casi le atropella: discute agriamente con un posible espía enviado por el Ciudadano. Surge ante él su difunto padre, con reproches sobre el pasado. También se le deja ver Molly, voluptuosamente vestida a lo árabe. Bloom se le excusa por haber olvidado la loción: el jabón que compró se transforma en sol del porvenir. Vuelta a la realidad: una celestina ofrece una muchachita virgen. Bloom recuerda su primer episodio sexual. También en visión, la señora Breen le reprocha andar por allí: retorno al pasado, cuando Bloom estaba enamorado de ella, antes que de Molly. Bloom se ve llegando a casa, ante Molly: al justificar los despojos que lleva en el bolsillo, la escena vuelve a la comida en el hotel Ormond. Reaparece la señora Breen, con reproches: ella y Bloom reviven una antigua escena de coqueteo. Otra vez, el barrio con sus miserables, pero fantásticamente exagerados y deformados: alguien cuenta cómo una vez Bloom se orinó en el cubo de cerveza de unos albañiles. Bloom recapacita sobre su búsqueda de Stephen, perplejo: un perro le acosa, transformándose en el perro del Ciudadano, y Bloom le echa los despojos que lleva. Dos guardias —en la fantasía— le quieren detener por arrojar desperdicios: Bloom se defiende, y apela a las gaviotas que alimentó en [*5*]: por contraste, aparece el cruel domador de una novela que leía Molly en [*4*]. Bloom se ve capturado y acusado: en vano ofrece nombres falsos, coartadas, excusas, lisonjas: la Martha de sus cartas aparece para acusarle de seducción. Cuando afirma que es escritor, el Matcham del cuento de [*4*] le acusa de plagiario e ignorante. Peores acusaciones surgen: hay un careo con una criada que intentó seducir en su casa. Sale otra vez el episodio en que se orinó en la cerveza de unos albañiles: en vano le defiende J. J. O'Molloy como elocuente abogado, alegando su irresponsabilidad por mongolismo: Bloom aparece

transformado en una especie de chinito bobo. También alega sus dificultades económicas (invirtió en plantaciones en Palestina [*4*]): el alegato pasa a ser el discurso citado por MacHugh en el *Freeman* [*7*] (aunque Bloom, curiosamente, no lo oyó), y el del propio J. J. O'Molloy en la vista del crimen mencionado en [*8*]. Bloom apela a quienes conocen su moralidad personal: pero aparecen tres aristocráticas damas a acusarle de haberles escrito cartas con propuestas obscenas, tales como la de ser azotado masoquísticamente —lo que ejecuta una de ellas, una elegante amazona, llamándole cornudo. Se forma un jurado, que determina su culpabilidad —sobre todo, por el pecado original, y el pecado del mundo. Bloom es declarado «Judas Iscariote». El verdugo de [*12*] le va a ejecutar. Bloom alega desesperadamente pruebas de su buen corazón en el fondo: echó de comer a las gaviotas, estuvo en un entierro, no puso ninguna bomba sino que tiró los despojos a un perro. El difunto Dignam, tomando la forma del perro en cuestión, confirma la coartada, rodeado de caricaturas de la demás gente del entierro. Se desvanece el juicio acusatorio: Bloom sigue andando, rodeado de ruidos de besos. Zoe, una prostituta, le indica dónde están Stephen y Lynch en la casa de Bella Cohen —conocida de Bloom. Zoe le acaricia y lisonjea: Bloom, transfigurado, se ve convertido en alcalde de Dublín, aclamado en una inmensa fiesta ciudadana, coronado como sucesor de Parnell, constructor de la «Nueva Bloomusalén». Hay quien disiente —el desconocido del *macintosh* —, pero es aniquilado por Bloom, quien revela ahora su generosidad —dando limosnas, besando— y su sabiduría legislativa, judicial y política. Después, divierte a todos con músicas y chistes: muchas mujeres se suicidan por su amor. Sin embargo, algunos empiezan a acusarle de hipócrita: se leen informes médicos en que Bloom aparece como modelo de hombre femenil: más aún, está a punto de ser madre —noticia que causa entusiasmo a su favor. En efecto, da a luz ocho hermosos niños prodigio. Una voz le proclama Mesías: Bloom realiza peculiares milagros. Pero otra vez le acusan, le ponen en la picota para ridiculizarle —parodia de la Crucifixión, en que toman parte, con nuevos papeles, muchos de los personajes ya conocidos—: las «hijas de Erín» le rezan una adaptación de la letanía de la Virgen que va resumiendo los episodios anteriores. (Por un momento, de vuelta en la realidad, Zoe se burla de que Bloom charle tanto). Bloom, hablando como un campesino del teatro de Synge, se dispone a irse a casa. De nuevo en la realidad, discute con Zoe, que por fin le hace entrar en la casa. (Visiones de los que han poseído ya a Zoe). Dentro están Stephen y Lynch con dos prostitutas. Charlan, fuman, Stephen toca el piano y se extiende en complejas filosofías de base musical. Florry, una de las putas, comenta que ha leído en el periódico sobre la próxima venida del Anticristo —que vemos encarnado en la figura del prestamista Reuben J. Dodd [*6*]: llega el Fin del Mundo, en

forma de pulpo de dos cabezas —alusión a unos versos de A. E., en [*8*]. Se oye otra vez al evangelista americano de [*14*]: las tres putas se confiesan —en forma que hace pensar en un pasaje de *The Waste Land* («The Fire Season»). Bajo nuevos nombres, ahora son antepasadas de Bloom. También aparecen las Bienaventuranzas: los que bebían con Bloom en el hospital de maternidad. Vuelven también figuras de la discusión en la Biblioteca Nacional, como el poeta A. E., cuya voz sibilante resulta ser el siseo de la luz de gas del burdel —que Zoe arregla. Lynch le levanta la falda: entonces cae por la chimenea Lipoti Virag, abuelo de Bloom, el científico de su estirpe, para recomendar técnicas afrodisíacas. Pero, a la vez, Bloom se transforma cada vez más en el romántico Henry Flower de sus cartas a Martha. Stephen, mientras, piensa en sí mismo como el hijo pródigo. Florry le pregunta si es seminarista: conversación sobre el clero y la sexualidad, con irreverentes sugerencias sobre el nacimiento de Jesús. Mientras, Lipoti Virag se ha convertido en una bestia diabólica: aparece también Ben Dollard en forma animalizada, y se marchan los dos, mientras Henry Flower asume poses románticas. En el plano real, Stephen y las putas siguen hablando del clero: Stephen se imagina convertido en cardenal. Bloom se inquieta por la presencia de otro hombre en la casa —¿quizá Boylan?—: Zoe le convida a chocolate. Aparece Bella Cohen, la *madame* de la casa: su abanico habla con el silencioso Bloom, quien, dominado por la presencia de Bella, se deshace en recuerdos y sentimientos, hasta caer a sus pies para desatarle los zapatos. Pero Bella le pisa y le oprime, convirtiéndose en un macho dominador —«Bello»— mientras Bloom se feminiza —en el original, eso se expresa con el posesivo *her* en vez de *his*. «La» Bloom se esconde con miedo debajo del sofá, pero Bella-Bello (le/la) hace salir, transformándolo(la) en criada de la casa y en una prostituta más. Se recuerdan pasadas aberraciones sexuales de Bloom, imaginándose mujer poseída por hombres: Bloom echa la culpa a un amigo que acabó siendo homosexual. Bloom confiesa las más lamentables suciedades en su pasado sexual. Queda condenado, pues, a ser criada de día y puta de noche: sus favores son subastados con éxito. Luego Bella le compara con Boylan, tan superior a él, en su visita a Molly. Aunque Bloom pida perdón a Molly, es tarde: es un nuevo Rip van Winkle, que durante mucho tiempo ha dormido —mejor dicho, que se ha desviado tras otras mujeres. Bella le dice que haga testamento y muera. Bloom, muerto, es llorado por los judíos, y conversa con los inmortales: así, con la Ninfa cuya imagen preside su alcoba [*4*], la cual le acusa de sus faltas. Bloom le pide perdón por ellas y por el desorden de su alcoba. La bacinilla y sus ruidos le hacen pensar en las cascadas de Poulaphouca, junto a Dublín, y en una excursión de Bloom allí, siendo estudiante, en que se entregó al onanismo: las chicas no le querían. (Imágenes de suicidio y rechazo). La Ninfa —ofendida y marmórea ahora una

de las diosas del museo que Bloom quiso observar si tenían orificio posterior: mientras, las putas bromean sobre un almohadón calentado con el trasero. A Bloom se le salta el botón de un bolsillo de atrás: a la Ninfa se le humedece la túnica con la virilidad recobrada por Bloom, quien se vuelve contra Bella, enfrentándose con ella en insultos mutuos. Bella —en la realidad— pide que le paguen, lo que hace Stephen: pero Bloom paga la parte de éste, devolviéndosela: sin embargo, como Stephen está cada vez más incoherente, Bloom se hace cargo de su dinero. (Se mezclan diversos *leitmotiv* del libro, en Stephen: su adivinanza en [*2*], temas shakespearianos…). Zoe les lee la mano a Stephen y a Bloom: a éste le hace recordar un episodio de su vida escolar, y le adivina su desgracia marital. Zoe va encantando a Bloom: Bloom, en su fantasía, ve a Boylan presumiendo ante Lenehan de su hazaña sexual con Molly. Bloom se ve reducido a lacayo cornudo en su propia casa, dejando entrar a Boylan para repetidos retozos con Molly: con una cita shakespeariana sobre «el espejo de la naturaleza», Stephen y Bloom se ven reflejados como un Shakespeare cornudo. Bloom vuelve un momento a la realidad, pero una pregunta le hace ver a la viuda Dignam en términos shakespearianos: Stephen, por una cita bíblica, habla de cuernos y de Pasífae, la enamorada del toro. Lynch le excusa aludiendo a su reciente regreso de París, de cuyas orgías cuenta Stephen, en sintaxis afrancesada, haciendo reír a las mujeres. En el recuerdo de un sueño, Bloom es acosado como en cacería: cacería que luego se transforma en la Copa de Oro. Mientras —en la realidad— pasan por la calle los soldados Compton y Carr, con Cissy Caffrey, cantando *Mi chiquilla es de Yorkshire*. Stephen baila con Zoe —imágenes del profesor Goodwin tocando el piano, y del maestro de baile Maginni, aparecidos antes [*10*]. Este último organiza una Danza de las Horas: Stephen, cada vez más exaltado, baila solo, viendo visiones y hablando con incoherencia. De pronto, ve a su madre muerta, aún reprochándole y amonestándole: él, siempre rebelde —*non serviam!*—, levanta el bastón y rompe la lámpara de gas, con estrépito de catástrofe cósmica. Gran agitación: Stephen huye, pero Bloom hace ver que sólo ha roto el manguito del gas —que paga en el acto—, con lo que evita el escándalo, saliendo luego de la casa tras Stephen. En ese momento llega el funerario Kelleher con clientes para Bella; Bloom huye, no queriendo ser reconocido: su huida se convierte en una fantástica persecución, acosada por todos los que han ido apareciendo en su jornada. Junto a unos andamiajes —donde Bloom se había orinado en la cerveza de unos albañiles—, alcanza a Stephen, que está a punto de enredarse en una riña, por haberse dirigido a Cissy Caffrey en un momento que los soldados que la acompañaban se habían rezagado. Stephen, borracho, sin advertir el peligro, discute pedantemente con los soldados. Además, se ven las imágenes que pasan por su mente —Lord Tennyson, etc. Bloom trata de salvar a Stephen llamándole «profesor»; éste

sigue sus discursos, que parecen antipatrióticos a los soldados —sale otra vez la balada del *Muchacho rebelde* [*11*], entre otras fantasías sobre mártires por la patria y el rey, mientras aparece el Rey en persona, bajo figura grotesca. Los soldados, suspicaces, preguntan a Stephen: vemos ahora, como dos patriotismos enfrentados, al Ciudadano y al comandante Tweedy, padre de Molly Bloom. Hay atmósfera de pelea patriótica: en vano Bloom apela a Cissy Caffrey, que adopta el papel de víctima. Imágenes de catástrofe cósmica y bíblica —hay paralelismos con la Crucifixión—: se celebra una misa negra, con términos litúrgicos dichos al revés. La Abuela Desdentada —caricatura de la lechera de [*1*] —exhorta a Stephen en nombre de Irlanda. El peligro crece; Lynch —nuevo Judas— se aleja; Stephen ve todo aquello como «una fiesta de la razón pura». Por fin, el soldado Carr le derriba de un puñetazo —fantasmal, el comandante Tweedy ha hecho disparar a su pelotón de ejecución. Los concurrentes toman partido y empiezan a pelear también entre ellos. Por suerte, aparecen dos guardias, ante los que Bloom echa la culpa de todo a los soldados. Llega también el funerario Kelleher, que lo arregla todo diplomáticamente con los guardias: Bloom y él se mienten mutuamente excusando su presencia en tal barrio. Quedan solos Bloom y Stephen —éste, aún caído y semiinconsciente, gruñendo incoherencias y citas sobre los hechos del día. Bloom, paternal, le ayuda a recuperarse: ante él, surge la figura de su hijito Rudy, con la edad y aspecto que tendría si no hubiera muerto.

TÉCNICA: *Diálogo en forma teatral.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Circe (la bella hechicera que transforma en cerdos a los compañeros de Ulises: éste los salva con ayuda de una droga que le ha dado Hermes contra los encantos de Circe).*

3 (Nostos, el retorno a Ítaca)

[*16*]

De 12 a 1 de la madrugada. El capítulo (ya en la secuencia de las primeras horas del viernes 17, con su temprano amanecer de junio irlandés) contrasta con el aquelarre del anterior; desarrollándose en tono deliberadamente aburrido y retardado. Bloom acompaña y ayuda a Stephen a recuperar el equilibrio, llevándole al Refugio del Cochero —una especie de café no-alcohólico para socorro de noctámbulos—: al acercarse allí, ve a un guarda de una cantera dormido en su garita —un conocido de su padre. Otro conocido llama a Stephen; un pobre echado a perder, que le saca algún dinero ponderando su mala situación. Bloom pregunta a Stephen sobre su propia

situación inmediata: está demasiado lejos de su albergue y tampoco quiere volver con su padre y hermanas. Bloom le habla mal de Mulligan: pasan junto a unos italianos que discuten: Bloom elogia la lengua italiana, por poética, pero Stephen le advierte que están peleando por dinero. Llegan al Refugio del Cochero, a cargo de un tipo que tiene fama de ser Fitzharris el Desuellacabras, famoso por su complicidad en un crimen aludido en [*7*]. Entre los tipos del refugio, destaca un viejo farsante que afirma ser marinero y haber navegado por todo el mundo, con increíbles cuentos exóticos. Bloom medita sobre el mar, y se esconde tras un periódico cuando asoma al Refugio la prostituta mencionada en el final de [*11*]. Stephen está reacio a la conversación que le ofrece Bloom: cuando surge un tema de cierta altura, se hace evidente que Bloom no entiende bien y no puede estar al nivel de Stephen. Los demás hablan de naufragios. El Desuellacabras ensalza los recursos naturales de Irlanda —lo que hace que Bloom mencione a Stephen su encuentro con el Ciudadano y plantee el tema judío, elogiando la tolerancia: luego se lanza a sus utopías sociales y económicas, que no interesan a Stephen, enemigo de todo trabajo y amigo de las paradojas. Bloom, desconcertado, piensa en casos de demencia juvenil, a veces con aberraciones sexuales —incluso entre personas de la realeza: luego lee el periódico de la tarde, edición deportiva, con el triunfo de *Por Ahí*. Los demás hablan del inevitable tema Parnell, el autonomismo irlandés, y el escándalo conyugal que hundió al líder. Bloom, a propósito de sangre caliente y de españoles, exhibe a Stephen una apetitosa foto de Molly, años atrás. De ahí, reflexiones sobre *ménages-à-trois*: otra vez el tema Parnell: Bloom recuerda cómo él le devolvió a Parnell el sombrero caído en una refriega, y con qué cortesía se lo agradeció el jefe. Preocupado por Stephen y sus disipaciones, se entera con horror de que no ha comido desde —propiamente— anteayer, el miércoles. Es hora de marchar. Bloom se lleva a Stephen para, al menos, invitarle a tomar algo en su casa: no a quedarse, por no estar seguro de la aprobación de Molly. En marcha ya, encuentran un tema de afinidad, la música, por más que sus gustos sean muy diferentes: los de Bloom., entre vulgares y confusos: los de Stephen, refinados y snobs. Observan despacio un caballo que tira de una barredera —mientras Bloom sugiere a Stephen la grandiosidad de su porvenir si cultiva su voz profesionalmente. Stephen no responde: el caballo lanza unas boñigas mientras ellos se alejan.

>TÉCNICA: *El estilo del capítulo está basado en innumerables clisés y circunlocuciones sólo útiles para alargar lo que se dice; comparaciones manidas, recursos de periodismo aburrido, retórica administrativa y burocrática: una exhibición de vulgaridad en la expresión.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Eumeo (cuando volvía ya a Ítaca, Ulises, disfrazado de mendigo, llegó a la cabaña del porquerizo Eumeo. Aparecido allí Telémaco, Ulises se le dio a conocer y el padre y el hijo planearon juntos la destrucción de los pretendientes de Penélope).*

[*17*]

De 1 a 2 de la madrugada. En este capítulo —el predilecto de Joyce, el «patito feo»— Bloom llega a su casa en compañía de Stephen, el cual, tras de tomar una taza de cacao, y sin aceptar quedarse a dormir, se va sin destino —no puede volver a la torre, privado de la llave y peleado con Mulligan: no quiere volver con su familia. El capítulo está escrito en forma de catecismo —preguntas y respuestas, en tono objetivo y exhaustivo, con impersonalidad científica: como dijo Joyce, «una sublimación matemático-astronómico-físico-mecánico-geométricoquímica de Bloom y Stephen». Se pregunta primero el itinerario de los noctámbulos y sus temas de conversación, más algo sobre el sentir general de Bloom sobre la vida: al llegar, Bloom no tiene la llave —dejada en otro traje, según advirtió él mismo en [*4*]—, así que entra saltando la verja al semisótano. Abre la puerta a Stephen y, en la cocina, pone agua a hervir —largas respuestas sobre las conducciones de aguas y las virtudes generales del agua. Hervida ya el agua —que podría haber servido para afeitarse— Bloom prepara el cacao, dando ocasión a un inventario de la cocina: unos tíquets rotos de apuestas de caballos —dejados por Boylan— le hacen recapitular los hechos del día. Compartiendo el cacao con Stephen, se examina la mente literaria de éste y sus propios escasos intentos literarios: la relación entre sus edades, la época en que conoció a Stephen niño, sus diferencias de carácter, sus problemas de la publicidad, ideas publicitarias de Bloom —y lo que una de ellas sugiere a Stephen—, la anécdota de las solteronas en la columna de Nelson, en [*7*]; ciertos aspectos de la relación de Bloom con Molly, tratando de educarla, grandes figuras de la raza judía… En un momento dado, se ven uno a otro como pasado y futuro, y —teológicamente— como Padre e Hijo: Bloom evoca sueños y proyectos de juventud; Stephen, por su parte, canta una horrible balada sobre un niño muerto por una judía —lo que perturba a Bloom, judío. Bloom pasa a pensar en estados propicios al crimen, tales como alucinaciones, y de ahí, a su hija, a la que recuerda con cariño. Luego ofrece albergue por esa noche a Stephen, que no lo acepta; piensa Bloom que Stephen podría interesar a Molly —incluso distraerla de Boylan; se esboza en su mente, sin disgusto, la posibilidad de que su «hijo adoptivo» establezca una *liaison* con Molly y/o con su hija. Bloom expone sus ideales sobre mejoras de la sociedad (pero la humanidad será siempre frívola y vana): Stephen responde con sofisticación

excesiva para Bloom, disponiéndose luego a salir. Reflexiones de Bloom ante el espectáculo de la noche estrellada, al abrir la puerta. Hay luz en la ventana de Molly. Los dos orinan a la vez, y se despiden. Primeros indicios de amanecer en el cielo. Bloom, al entrar, se da un golpe: los muebles del cuarto de estar han cambiado de sitio (sabremos luego que Molly se los ha hecho cambiar a Boylan). Bloom enciende un cono de incienso, y observa la habitación modificada. Empieza a desvestirse: se arranca un trozo de uña del pie y lo huele antes de tirarlo. Ese olor desencadena en él recuerdos infantiles, con todas las ilusiones que no ha realizado: sobre todo, la casa que le gustaría tener —y que es descrita en minucioso inventario— y la posición social que le gustaría alcanzar, con medios adecuados. Bloom abre sus cajones personales: inventario. Recuerdos de su padre suicida. Temores sobre desgracias y ruina. Fatigado, va a la cama. Inventario mental del día. Molly en la penumbra: huella de un cuerpo anterior junto a Molly: catálogo de —posibles o reales— amantes de Molly; envidia a Boylan: resignación.

Entra en la cama por los pies, con la cabeza junto a los pies de Molly. Besa las nalgas de Molly, desahogándose sexualmente en ellas. Molly despierta: interrogatorio a Bloom, que éste responde a su manera. Molly piensa en el largo tiempo en que no ha querido ella tener plena relación sexual con Bloom: él piensa en la falta de comunicación mental en que han estado desde que Milly se hizo mujer: desde entonces, se siente acosado y vigilado por su mujer, aunque lo lleva con paciencia. El navegante ha vuelto y va a dormir: como Simbad el Marino, está en su punto de partida. (Punto final).

TÉCNICA: *Catecismo de preguntas y respuestas*.

REFERENCIA HOMÉRICA: *Por una vez obvia, Ítaca*.

[*18*]

De 2 a 3 de la madrugada. Este capítulo final, o apéndice, es el monólogo interior de Molly Bloom en duermevela, después que se ha dormido Bloom. Consta de ocho grandes fases cuya ausencia de puntuación corresponde al fluir vago de esa mente —tan libre de inhibiciones morales—. Joyce dijo de ella que, al contrario que el Mefistófeles goethiano, «espíritu que siempre niega», era «la carne que siempre afirma».

1. Molly está asombrada porque Bloom, antes de dormirse, le ha encargado que, al revés de lo habitual, ella le traiga a la cama el desayuno, y con un par de huevos: recuerdos de Bloom haciéndose el enfermo: sospechas de que haya tenido un enredo sexual el día antes: recuerdos de la criada con quien Bloom quiso tener que ver: Boylan: sin duda Leopold lo sospecha: ¿y seducir a algún muchacho?: placeres y límites del acto sexual: detesta confesarse: Boylan con ella esa tarde,

poderoso y grosero: luego ella se durmió, y la despertó la tormenta, como voz celeste amenazando castigo: detalles de la potencia sexual de Boylan: destino de ser mujer: ¿y tener otro hijo? —no de Boylan, mejor de Leopold—: Leopold y su antiguo amor, Josie Powell, hoy esposa del chiflado Breen: Bloom sabe muchas cosas: ¿y un triángulo con Josie?: mujer desgraciada: Bloom no es tan malo como Breen.

2. Primer encuentro con Boylan, que la miraba a los pies: aventura con el tenor Bartell d'Arcy: Bloom cortejando, obseso por bragas, de ella o no: primeros avances mutuos: Bloom no besaba tan bien como el teniente Gardner: ¿volverá Boylan el lunes a las 4?: visitantes que no avisan: dentro de una semana, gira de conciertos, con Boylan: menos mal que sin Bloom: recuerdos de viajes: perspectivas eróticas de la gira: cómo engañó Bloom a los curas, aunque masón, para que ella cantara en la iglesia: no le interesa la guerra: el teniente Gardner, muerto en la Guerra de los Bóers: el padre de Boylan en negocios de guerra: posibles regalos de Boylan, buen amante, irritado por su pérdida en las apuestas: consejo de Lenehan, que la admiró: un banquete con Lenehan: qué mal anda de trajes: se está poniendo gorda: Bloom le compra cosas: mejor sería dinero propio: su edad, 33 años —de hecho, 34—: mujeres que se conservan bien: incapacidad de Bloom para tener un buen empleo: cómo ella trató de ayudarle: su jefe, impresionado por el busto de Molly…
3. Belleza de su busto: fealdad de los órganos masculinos: los exhibicionistas: Bloom, torpe: su propio busto, otra vez: Bloom lactando de él: vuelta a Boylan: impaciencia hasta el lunes.
4. Silbido de un tren: calor: Gibraltar: recuerdos de allí, una corrida, una amiga, libros, aburrimiento, su padre militar: intento de seducir a un estudiante: aburrimiento de la vida en general: falta de cartas: una amiga escribió que se casaba: Boylan, emoción en su vida: posibilidad de correspondencia con él.
5. El teniente Mulvey en Gibraltar: cartas, experiencia erótica ante el mar —pero dejándole a medias—: dónde estará ahora: despedida, misa con sermón contra las faldas-pantalón (*bloomers*), de ahí, a ser señora Bloom: no es mal nombre: otra vez Mulvey: su anillo, luego regalado al teniente Gardner: silbido del tren: la «vieja canción de amor»: éxitos de amor: próximos conciertos: reformas de un vestido…
6. Digestión, recuerdos infantiles: Bloom va demasiado con estudiantes: menú para mañana: idea de un pícnic —con Boylan—: fallos de Bloom: casa destartalada en que viven: proyectos de Bloom para usarla mejor: Milly, echada de menos, pero estaba de más, interfería con Boylan: celos de Molly, irritación por la creciente personalidad de Milly: escasez de servicio doméstico. Interrumpen sus pensamientos las molestias menstruales —que interferirán en la cita del lunes. Molly se levanta de la tintineante cama —con Boylan, prefirió el suelo—, y usa la bacinilla.

7. Período antes de tiempo: temores de alguna dolencia: recuerdo de su visita a un médico: se excitaba a sí misma con las cartas de Bloom: primer encuentro con Bloom: incomodidad de la bacinilla: paños: otra vez a la cama: cuántas mudanzas de casa en esos años: dan las dos en la iglesia: por qué llegaría tan tarde Bloom: ahora duerme: enredándose con otras: recuerdos de un banquete: Simon Dedalus: Stephen Dedalus: recuerdos de éste, niño: su visita acompañando a Bloom: lo presintió echando las cartas: valor de Stephen para un amor romántico: comparación con la estatuilla de la sala de estar.
8. Comparado con Stephen, Boylan es un grosero: conciencia de lo deseable de su propio cuerpo: envidia a los hombres por poseer mujeres: Bloom no sabe tratarla, y pide el desayuno en la cama: Stephen irá camino de su casa: pensamientos sobre su hijito que murió: posibles lecciones con Stephen: *ménage-à-trois*: quizá reanudar vida sexual con Bloom: comprarle algo del mercado, excitarle, revelarle que es un cornudo, incitarle a suciedades: pero ahora la menstruación: suena el reloj: la gente de todo el mundo se levantará: preparar posible visita de Stephen —flores—: belleza del mundo: primera unión con Bloom, en el monte Howth, recordando Gibraltar, pero abrazándole, aceptándole, diciéndole «sí» —la misma palabra con que empezó el capítulo.

TÉCNICA: *Según se ha indicado, palabra interior en Molly*.

REFERENCIA HOMÉRICA: *Penélope (no sin sarcasmo, si se piensa en la infidelidad de Molly)*.

1

[1]

Solemne, el gordo Buck Mulligan avanzó desde la salida de la escalera, llevando un cuenco de espuma de jabón, y encima, cruzados, un espejo y una navaja. La suave brisa de la mañana le sostenía levemente en alto, detrás de él, la bata amarilla, desceñida. Elevó en el aire el cuenco y entonó:

—*Introibo ad altare Dei*.

Deteniéndose, escudriñó hacia lo hondo de la oscura escalera de caracol y gritó con aspereza:

—¡Sube acá, Kinch! ¡Sube, cobarde jesuita!

Avanzó con solemnidad y subió a la redonda plataforma de tiro. Gravemente, se fue dando la vuelta y bendiciendo tres veces la torre, los campos de alrededor y las montañas que se despertaban. Luego, al ver a Stephen Dedalus, se inclinó hacia él y trazó rápidas cruces en el aire, gorgoteando con la garganta y sacudiendo la cabeza. Stephen Dedalus, molesto y soñoliento, apoyó los brazos en el remate de la escalera y miró fríamente aquella cara sacudida y gorgoteante que le bendecía, caballuna en su longitud, y aquel claro pelo intonso, veteado y coloreado como roble pálido.

Buck Mulligan atisbó un momento por debajo del espejo y luego tapó el cuenco con viveza.

—¡Vuelta al cuartel! —dijo severamente.

Y añadió, en tono de predicador:

—Porque esto, oh amados carísimos, es lo genuinamente cristino: cuerpo y alma y sangre y llagas. Música lenta, por favor. Cierren los ojos, caballeros. Un momento. Hay algo que no marcha en estos glóbulos blancos. Silencio, todos.

Echó una ojeada a lo alto, de medio lado, y lanzó un largo y grave silbido de llamada: luego se detuvo un rato en atención arrebatada, con sus dientes blancos e iguales brillando acá y allá en puntos de oro. Chrysóstomos. Dos fuertes silbidos estridentes respondieron a través de la calma.

—Gracias, viejo —gritó con animación—. Así va estupendamente. Corta la corriente, ¿quieres?

Bajó de un salto de la plataforma de tiro y miró gravemente al que le observaba, recogiéndose por las piernas los pliegues flotantes de la bata. Su gruesa cara sombreada y su hosca mandíbula ovalada hacían pensar en un prelado, protector de las artes en la Edad Media. Una grata sonrisa irrumpió silenciosamente en sus labios.

—¡Qué broma! —dijo alegremente—. ¡Ese absurdo nombre tuyo, un griego antiguo!

Le apuntó con el dedo, en befa amistosa, y se fue hacia el parapeto, riendo para adentro. Stephen Dedalus, con su mismo paso, le acompañó cansadamente hasta medio camino y se sentó en el borde de la plataforma de tiro, sin dejar de observarle

cómo apoyaba el espejo en el parapeto, mojaba la brocha en el cuenco y se enjabonaba mejillas y cuello.

La alegre voz de Buck Mulligan continuó:

—Mi nombre también es absurdo: Málachi Múlligan, dos dáctilos. Pero tiene un son helénico, ¿no? Saltarín y solar como el mismísimo macho cabrío. Debemos ir a Atenas. ¿Vienes si consigo que la tía suelte veinte pavos?

Dejó a un lado la brocha y, riendo de placer, gritó:

—¿Vendrá éste? ¡El gesticulante jesuita!

Interrumpiéndose, empezó a afeitarse con cuidado.

—Dime, Mulligan —dijo Stephen suavemente.

—¿Qué, cariño mío?

—¿Cuánto tiempo se va a quedar Haines en esta torre?

Buck Mulligan enseñó una mejilla afeitada sobre el hombro derecho.

—Dios mío, pero ése es terrible, ¿verdad? —dijo, desahogándose—. Un pesado de sajón. Cree que tú no eres un caballero. Vaya por Dios, ¡esos jodidos ingleses! Reventando de dinero y de indigestión. Porque viene de Oxford. De veras, Dedalus, tú sí que tienes los verdaderos modales de Oxford. A ti no te entiende. Ah, el nombre que te tengo yo es el mejor: Kinch, el pincho.

Se afeitó cautamente la barbilla.

—Ha estado delirando toda la noche sobre una pantera negra —dijo Stephen—. ¿Dónde tiene la pistolera?

—¡Un loco temible! —dijo Mulligan—. ¿Te entró pánico?

—Sí —dijo Stephen con energía y con creciente miedo—. Ahí en la oscuridad, con uno que no conozco, y que delira y gime para sus adentros que le va a pegar un tiro a una pantera negra. Tú has salvado a algunos de ahogarse. Yo no soy ningún héroe, sin embargo. Si ése se queda aquí, yo me voy.

Buck Mulligan miró ceñudamente la espuma de la navaja. Bajó de un brinco de donde estaba encaramado y empezó a registrarse apresuradamente los bolsillos.

—¡Mierda! —gritó con voz pastosa.

Pasó hasta la plataforma de tiro y, metiendo la mano en el bolsillo de arriba de Stephen, dijo:

—Otórgame un préstamo de tu moquero para limpiar mi navaja.

Stephen consintió que le sacara y exhibiera por una punta un pañuelo sucio y arrugado. Buck Mulligan limpió con cuidado la navaja de afeitar. Luego, observando el pañuelo, dijo:

—¡El moquero del bardo! Un nuevo color artístico para nuestros poetas irlandeses: verdemoco. Casi se saborea, ¿no?

Subió otra vez al parapeto y miró allá, toda la bahía de Dublín, con el claro pelo roblepálido ligeramente agitado.

—¡Dios mío! —dijo a media voz—. ¿No es verdad que el mar es como lo llama Algy: una dulce madre gris? El mar verdemoco. El mar tensaescrotos. *Epi oinopa*

pontos. ¡Ah, Dedalus, los griegos! Tengo que instruirte. Tienes que leerlos en el original. *Thalatta! Thalatta!* La mar es nuestra gran madre dulce. Ven a mirar.

Stephen se irguió y se acercó al parapeto. Asomándose sobre él miró, allá abajo, el agua y el barco correo que salía por la boca del puerto de Kingstown.

—¡Nuestra poderosa madre! —dijo Buck Mulligan.

Bruscamente, volvió sus grises ojos inquisitivos desde el mar a la cara de Stephen.

—La tía cree que mataste a tu madre —dijo—. Por eso no quiere que tenga nada que ver contigo.

—Alguien la mató —dijo Stephen, sombrío.

—Podías haberte arrodillado, maldita sea, Kinch, cuando te lo pidió tu madre agonizante —dijo Buck Mulligan—. Yo soy tan hiperbóreo como tú. Pero pensar que tu madre te pidió con su último aliento que te arrodillaras y rezaras por ella. Y te negaste. Tienes algo siniestro…

Se interrumpió y volvió a enjabonar ligeramente la otra mejilla. Una sonrisa tolerante curvó sus labios.

—Pero un farsante delicioso —murmuró para sí—. ¡Kinch, el más delicioso de los farsantes!

Se afeitó por igual y con cuidado, en silencio, seriamente.

Stephen, con un codo apoyado en el granito rugoso, apoyó la palma de la mano en la frente y se observó el borde deshilachado de la manga de la chaqueta, negra y lustrosa. Un dolor, que no era todavía el dolor del amor, le roía el corazón. Silenciosamente, ella se le había acercado en un sueño después de morir, con su cuerpo consumido, en la suelta mortaja parda, oliendo a cera y palo de rosa: su aliento, inclinado sobre él, mudo y lleno de reproche, tenía un leve olor a cenizas mojadas. A través de la bocamanga deshilachada veía ese mar saludado como gran madre dulce por la bien alimentada voz de junto a él. El anillo de bahía y horizonte contenía una opaca masa verde de líquido. Junto al lecho de muerte de ella, un cuenco de porcelana blanca contenía la viscosa bilis verde que se había arrancado del podrido hígado en ataques de ruidosos vómitos gimientes.

Buck Mulligan volvió a limpiar la navaja.

—¡Ah, pobre cuerpo de perro! —dijo con voz bondadosa—. Tengo que darte una camisa y unos cuantos moqueros. ¿Qué tal son los calzones de segunda mano?

—Me sientan bastante bien —contestó Stephen.

Buck Mulligan atacó el entrante de debajo del labio.

—Qué ridículo —dijo, satisfecho—. De segunda pierna, deberían ser. Dios sabe qué sifilicólico los habrá soltado. Tengo un par estupendo a rayas, gris. Quedarás fenómeno con ellos. En serio, Kinch. Tienes muy buena pinta cuando te arreglas.

—Gracias —dijo Stephen—. No puedo ponérmelos si son grises.

—No puede ponérselos —dijo Buck Mulligan a su propia cara en el espejo—. La etiqueta es la etiqueta. Mata a su madre pero no puede ponerse pantalones grises.

Plegó con cuidado la navaja y se palpó la piel lisa dando golpecitos con las yemas.

Stephen volvió los ojos desde el mar hacia la gruesa cara de móviles ojos azul humo.

—El tipo con el que estuve anoche en el Ship —dijo Buck Mulligan— dice que tienes p.g.a. Está en Villatontos con Conolly Norman. ¡Parálisis general de los alienados!

Dio vuelta al espejo en semicírculo por el aire para hacer destellar la noticia a lo lejos, en la luz del sol ya radiante sobre el mar.

Rieron sus plegados labios afeitados y los filos de sus blancos dientes fúlgidos. La risa se apoderó de todo su fuerte tronco bien trabado.

—¡Mírate a ti mismo —dijo—, bardo asqueroso!

Stephen se inclinó a escudriñar el espejo que se le ofrecía, partido por una raja torcida, y se le erizó el pelo. Como me ven él y los demás. ¿Quién eligió esta cara para mí? Este cuerpo de perro que limpiar de gusanera. Todo esto me pregunta también a mí.

—Lo he mangado del cuarto de la marmota —dijo Buck Mulligan—. A ella le va bien. La tía siempre tiene criadas feas, por Malachi. No le dejes caer en la tentación. Y se llama Úrsula.

Volviendo a reír, apartó el espejo de los inquisitivos ojos de Stephen.

—¡Qué rabia la de Calibán por no verte la cara en un espejo! —dijo—. ¡Si estuviera vivo Wilde para verte!

Echándose atrás y señalando con el dedo, Stephen dijo amargamente:

—Es un símbolo del arte irlandés. El espejo partido de una criada.

Buck Mulligan, de repente, dio el brazo a Stephen y echó a andar con él dando una vuelta a la torre, con la navaja y el espejo traqueteando en el bolsillo donde los había metido.

—No está bien hacerte rabiar así, ¿verdad, Kinch? —dijo cariñosamente—. Bien sabe Dios que tú tienes más espíritu que cualquiera de ésos.

Otra vez paró la estocada. Teme el bisturí de mi arte como yo temo el del suyo. La fría pluma de acero.

—¡Espejo partido de una criada! Díselo a ese buey, el tío de abajo, y dale un sablazo de una guinea. Está podrido de dinero y cree que no eres un caballero. Su viejo hizo sus perras vendiendo jalapa a los zulús o con no sé qué otra jodida estafa. Válgame Dios, Kinch, si tú y yo pudiéramos trabajar juntos, a lo mejor haríamos algo por la isla. Helenizarla.

El brazo de Cranly. Su brazo.

—Y pensar que tengas que mendigar de estos cerdos. Yo soy el único que sabe lo que eres tú. ¿Por qué no te fías más de mí? ¿Por qué me miras con malos ojos? ¿Es por lo de Haines? Como haga ruido aquí, traigo a Seymour y le damos un escarmiento peor que el que le dieron a Clive Kempthorpe.

Griterío juvenil de voces adineradas en el cuarto de Clive Kempthorpe. Rostros pálidos: se sujetan la tripa de la risa, agarrándose unos a otros. ¡Ay, que me muero! ¡Ten cuidado cómo le das la noticia a ella, Aubrey! ¡Me voy a morir! Azotando el aire con tiras desgarradas de la camisa, brinca y renquea dando vueltas a la mesa, los pantalones caídos por los talones, perseguido por Ades el de Magdalen, con las tijeras de sastre. Una asustada cara de becerro, dorada de mermelada. ¡Quietos con mis pantalones! ¡No juguéis conmigo al buey mocho!

Gritos por la ventana abierta, sobresaltando el atardecer en el patio. Un jardinero sordo, con delantal, enmascarado con la cara de Matthew Arnold, empuja la segadora por el césped ensombrecido observando atentamente el vuelo de las briznas de hierba.

Para nosotros… nuevo paganismo… *ómphalos*.

—Déjale que se quede —dijo Stephen—. No le pasa nada malo sino de noche.

—Entonces, ¿qué ocurre? —preguntó Buck Mulligan con impaciencia—. Desembucha. Soy sincero contigo. ¿Qué tienes ahora contra mí?

Se detuvieron, mirando el chato cabo de Bray Head que se extendía en el agua como el morro de una ballena dormida. Stephen se soltó del brazo suavemente.

—¿Quieres que te lo diga? —preguntó.

—Sí, ¿qué es? —contestó Buck Mulligan—. Yo no recuerdo nada.

Miró a la cara de Stephen mientras hablaba. Una leve brisa le pasaba por la frente, abanicando suavemente su claro pelo despeinado y agitando puntos plateados de ansiedad en sus ojos.

Stephen, deprimido por su propia voz, dijo:

—¿Te acuerdas de la primera vez que fui a tu casa después que murió mi madre?

Buck Mulligan arrugó el ceño vivamente y dijo:

—¿Qué? ¿Dónde? No me acuerdo de nada. Sólo recuerdo ideas y sensaciones. ¿Por qué? ¿Qué pasó, en nombre de Dios?

—Estabas haciendo té —dijo Stephen— y yo crucé el descansillo para buscar más agua caliente. Tu madre y una visita salían de la sala. Ella te preguntó quién estaba en tu cuarto.

—¿Sí? —dijo Buck Mulligan—. ¿Y qué dije? Se me ha olvidado.

—Dijiste —contestó Stephen—: «Ah, no es más que Dedalus, que se le ha muerto su madre como una bestia».

Un rubor que le hizo más joven y atractivo invadió las mejillas de Buck Mulligan.

—¿Eso dije? —preguntó—. Bueno, ¿y qué tiene de malo eso?

Se sacudió de encima el cohibimiento con nerviosismo.

—¿Y qué es la muerte —preguntó—, la de tu madre o la tuya o la mía? Tú sólo has visto morir a tu madre. Yo los veo reventar todos los días en el Mater y Richmond, y cómo les sacan las tripas en la sala de autopsia. Es algo bestial, y nada más. Sencillamente, no importa. Tú no quisiste arrodillarte a rezar por tu madre en la agonía cuando ella te lo pidió. ¿Por qué? Porque llevas dentro esa maldita vena jesuítica, sólo que inyectada al revés. Para mí todo es ridículo y bestial. A ella no le

funcionan ya los lóbulos cerebrales. Llama al doctor Sir Peter Teazle y coge flores de la colcha. Pues síguele la corriente hasta que se acabe. Le llevaste la contraria en su último deseo al morir, y sin embargo andas de malas conmigo porque no gimoteo como una llorona alquilada de Lalouette. ¡Qué absurdo! Supongo que sí lo dije. No quería ofender la memoria de tu madre.

A fuerza de hablar se había envalentonado. Stephen, tapando las anchas heridas que esas palabras habían dejado en su corazón, dijo con mucha frialdad:

—No estoy pensando en la ofensa a mi madre.

—¿Pues en qué? —preguntó Buck Mulligan.

—En la ofensa a mí —contestó Stephen.

Buck Mulligan se dio vuelta sobre los talones.

—¡Ah, eres imposible! —exclamó.

Echó a andar rápidamente, siguiendo la curva del parapeto. Stephen se quedó en su sitio, contemplando el mar tranquilo, hacia el promontorio. Mar y promontorio ahora se ensombrecían. Le latía la sangre en los ojos, velándole la vista, y notaba la fiebre de sus mejillas.

Una voz desde dentro de la torre gritó fuerte:

—¿Estás ahí arriba, Mulligan?

—Ya voy —contestó Buck Mulligan.

Se volvió a Stephen y dijo:

—Mira al mar. ¿Qué le importan las ofensas? Quítate de encima a Loyola, Kinch, y ven para abajo. El sajón quiere sus tajadas matinales de tocino.

Su cabeza se volvió a detener un momento en la entrada de la escalera, al nivel del techo.

—No te pases el día rumiándolo —dijo—. Yo soy un inconsecuente. Déjate de cavilaciones malhumoradas.

Su cabeza desapareció, pero el bordoneo de su voz, al bajar, siguió retumbando desde el hueco de la escalera:

No te arrincones más a cavilar
sobre el misterio amargo del amor,
pues Fergus rige los broncíneos carros.

Sombras boscosas se veían pasar flotando silenciosamente a través de la paz mañanera, desde la entrada de la escalera, hacia el mar, a donde él contemplaba. En la orilla y hacia lo hondo, el espejo de agua se blanqueaba, agitado por presurosos pies levemente calzados. Blanco pecho del sombrío mar. Los acentos emparejados, de dos en dos. Una mano pulsando las cuerdas de arpa y fundiendo sus acordes emparejados. Palabras casadas, blancodeola, rielando sobre la sombría marea.

Una nube empezó a cubrir lentamente el sol, ensombreciendo la bahía en verde más profundo. Se extendía a su espalda cuenco de aguas amargas. La canción de

Fergus: él la cantaba en casa, a solas, sosteniendo los largos acordes sombríos. Ella tenía la puerta abierta: quería oír mi música. Silencioso de respeto y lástima, me acerqué a su cabecera. Lloraba en su mísera cama. Por esas palabras, Stephen: misterio amargo del amor.

¿Ahora dónde?

Los secretos que ella tenía: viejos abanicos de plumas, carnets de baile con borlas, un adorno de cuentas de ámbar en el cajón cerrado. Cuando era niña, había una jaula de pájaro colgando en la soleada ventana de su casa. Había oído cantar al viejo Royce en la pantomina de Turko *el Terrible*, y se rió con los demás cuando él cantaba:

Yo soy un mozo
que gozo
de invisibilidad.

Júbilo fantasmal, plegado y apartado: perfumado de almizcle.

No te arrincones más a cavilar.

Plegado y apartado en la memoria de la naturaleza con los juguetes de ella. Asaltaban recuerdos su mente cavilosa. Su vaso de agua en el grifo de la cocina, cuando había recibido la comunión. Una manzana rellena de azúcar moreno, asándose para ella en la chimenea, una oscura tarde de otoño. Sus lindas uñas enrojecidas por la sangre de piojos aplastados, de las camisas de los niños.

En un sueño, silenciosamente, se le había acercado, con su cuerpo consumido, en la suelta mortaja parda, oliendo a cera y palo de rosa: su aliento, inclinado sobre él con mudas palabras secretas, tenía un leve olor a cenizas mojadas.

Sus ojos vidriosos, mirando fijamente desde más allá de la muerte, para agitar y doblegar mi alma. A mí solo. El cirio fantasmal sobre la cara torturada. Su ronca respiración ruidosa estertorando de horror, mientras todos rezaban de rodillas. Sus ojos puestos en mí para derribarme. *Liliata rutilantium te confessorum turma circumdet: iubilantium te virginum chorus excipiat*.

¡Vampiro! ¡Masticador de cadáveres!

¡No, madre! Déjame ser y déjame vivir.

—¡Kinch, a bordo!

La voz de Buck Mulligan cantaba desde dentro de la torre. Se acercaba, escalera arriba, llamando una y otra vez. Stephen, todavía temblando del clamor de su alma, oyó el cálido correr de la luz del sol y, en el aire de detrás de él, palabras amigas.

—Dedalus, sé buen chico y baja. El desayuno está listo. Haines se excusa por habernos despertado anoche. Todo está muy bien.

—Ya voy —dijo Stephen, volviéndose.

—Ven, por lo que más quieras —dijo Buck Mulligan—. Hazlo por mí y por todos nosotros.

Su cabeza desapareció y reapareció.

—Le dije lo de tu símbolo del arte irlandés. Dice que es muy ingenioso. Dale un sablazo de una libra, ¿quieres? Una guinea, mejor dicho.

—Me pagan esta mañana —dijo Stephen.

—¿Tu burdel de escuela? —dijo Buck Mulligan—. ¿Cuánto? ¿Cuatro libras? Préstame una.

—Si te hace falta —dijo Stephen.

—Cuatro resplandecientes soberanos —gritó Mulligan con placer—. Nos tomaremos unos fenomenales tragos como para asombrar a los druídicos druidas. Cuatro omnipotentes soberanos.

Agitó las manos en lo alto y bajó zapateando los escalones de piedra, mientras cantaba desafinado con acento *cockney*:

¡Ah, qué día, qué día divino,
bebiendo whisky, cerveza y vino,
en la ocasión
de la Coronación!
¡Ah, qué día, qué día divino,
bebiendo whisky, cerveza y vino!

Tibio fulgor solar en regocijo sobre el mar. La bacía de níquel brillaba, olvidada, en el parapeto. ¿Por qué tendría que bajarla? ¿Y dejarla allí todo el día, amistad olvidada?

Llegó hasta ella, y la sostuvo un rato entre las manos, tocando su frescura, oliendo la baba pegajosa de la espuma en que estaba metida la brocha. Así llevaba yo el incensario entonces en Clongowes. Ahora soy otro y sin embargo el mismo. Un sirviente. Siervo de los siervos.

En el sombrío cuarto de estar abovedado, en la torre, la figura de Buck Mulligan en bata se movía con viveza de un lado para otro de la chimenea, ocultando y revelando su fulgor amarillo. Desde las altas troneras caían dos lanzadas de suave luz del día: en la intersección de sus rayos flotaba, dando vueltas, una nube de humo de carbón y vapores de grasa frita.

—Nos vamos a asfixiar —dijo Buck Mulligan—. Haines, abre esa puerta, ¿quieres?

Stephen dejó la bacía en el aparador. Una alta figura se levantó de la hamaca donde estaba sentada, se acercó a la entrada y abrió de un tirón las puertas interiores.

—¿Tienes la llave? —preguntó una voz.

—Dedalus la tiene —dijo Buck Mulligan—. Janey Mack, ¡me asfixio!

Sin levantar la mirada del fuego, aulló:

—¡Kinch!

—Está en la cerradura —dijo Stephen, adelantándose.

La llave dio dos vueltas, arañando ásperamente, y, cuando estuvo entreabierta la pesada puerta, entraron, bien venidos, la luz y el aire claro. Haines se quedó en la entrada, mirando afuera. Stephen tiró de su maleta, puesta vertical, hasta la mesa, y se sentó a esperar. Buck Mulligan echó la fritanga en el plato que tenía al lado. Luego llevó a la mesa el plato y una gran tetera, los dejó pesadamente y suspiró con alivio.

—Me estoy derritiendo —dijo—, como dijo la vela cuando… Pero silencio. Ni una palabra más sobre el tema. Kinch, despierta. Pan, mantequilla, miel. Haines, entra. El rancho está listo. Bendecidnos, Señor, y bendecid estos dones. ¿Dónde está el azúcar? Ah, jodido, no hay leche.

Stephen trajo del aparador la hogaza y el tarro de la miel y la mantequera. Buck se sentó con repentina irritación.

—¿Qué burdel es éste? —dijo—. Le dije que viniera después de las ocho.

—Lo podemos tomar solo —dijo Stephen—. Hay un limón en el aparador.

—Maldito seas tú con tus modas de París —dijo Buck Mulligan—: yo quiero leche de Sandycove.

Haines se acercó desde la entrada y dijo tranquilamente:

—Ya sube esa mujer con la leche.

—¡Las bendiciones de Dios sobre ti! —gritó Buck Mulligan, levantándose de la silla de un salto—. Siéntate. Echa el té ahí. El azúcar está en la bolsa. Ea, no puedo seguir enredándome con los malditos huevos.

Dio unos tajos a través de la fritanga de la fuente y la fue estampando en tres platos, mientras decía:

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*.

Haines se sentó a servir el té.

—Os doy dos terrones a cada uno —dijo—. Pero oye, Mulligan, tú haces fuerte el té, ¿no?

Buck Mulligan, sacando gruesas rebanadas de la hogaza, dijo con mimosa voz de vieja:

—Cuando hago té, hago té, como decía la abuela Grogan. Y cuando hago aguas, hago aguas.

—Por Júpiter, que es té —dijo Haines.

Buck Mulligan siguió cortando y hablando con mimos de vieja:

—«Eso hago yo, señora Cahill», dice. «Caramba, señora», dice la señora Cahill, «Dios le conceda no hacerlo en el mismo cacharro».

Tendió a cada uno de sus comensales, por turno, una gruesa rebanada de pan, empalada en el cuchillo.

—Ésa es gente para tu libro, Haines —dijo con gran seriedad—. Cinco líneas de texto y diez páginas de notas sobre el pueblo y los dioses-peces de Dundrum. Impreso por las Hermanas Parcas en el año del gran viento.

Se volvió a Stephen y preguntó con sutil voz intrigada, levantando las cejas:

—¿Recuerdas, hermano, si el cacharro del té y del agua de la vieja Grogan se mencionan en el Mabinogion, o si es en los Upanishads?

—Lo dudo —dijo Stephen gravemente.

—¿De veras? —dijo Buck Mulligan en el mismo tono—. Por favor, ¿qué razones tienes?

—Se me antoja —dijo Stephen, comiendo— que no existió ni dentro ni fuera del Mabinogion. La vieja Grogan, es de imaginar, era parienta de Mary Ann.

El rostro de Buck Mulligan sonrió con placer.

—¡Encantador! —dijo con dulce voz afeminada, mostrando sus blancos dientes y parpadeando amablemente—. ¿Crees que lo era? ¡Qué encanto!

Luego, nublando de repente sus facciones, gruñó con voz ronca y rasposa, mientras volvía a dar vigorosas tajadas a la hogaza:

A la vieja Mary Ann
no le importa el qué dirán
sino que, levantándose la enagua…

Se atascó la boca de fritura y fue mascando y bordoneando.

El hueco de la puerta se ensombreció con una figura que entraba.

—¡La leche, señor!

—Pase, señora —dijo Mulligan—. Kinch, toma la lechera.

Una vieja se adelantó y se puso al lado de Stephen.

—Hace una mañana estupenda, señor —dijo—. Bendito sea Dios.

—¿Quién? —dijo Mulligan, lanzándole una ojeada—. ¡Ah, claro!

Stephen se echó atrás y acercó del aparador el jarro de la leche.

—Los isleños —dijo Mulligan a Haines, como de paso—, hablan frecuentemente del recaudador de prepucios.

—¿Cuánta, señor? —preguntó la vieja.

—Dos pintas —dijo Stephen.

La observó echar en la medida, y luego en la jarra, blanca leche espesa, no suya. Viejas tetas encogidas. Volvió a echar una medida y una propina. Anciana y secreta, había entrado desde un mundo mañanero, quizá mensajera. Alababa la excelencia de la leche, mientras la vertía. Acurrucada junto a una paciente vaca, al romper el día, en el fértil campo, bruja sentada en su seta venenosa, con sus arrugados dedos rápidos en las ubres chorreantes. Mugían en torno a ella, y la conocían; ganado sedoso de rocío. Seda de las vacas y pobre vieja: nombres que se le dieron en tiempos antiguos. Una anciana errante, baja forma de un ser inmortal, sirviendo al que la conquistó y alegremente la traicionó; la concubina común de ellos, mensajera de la secreta mañana. Si para servir o para reprender, no sabía él decirlo: pero desdeñaba solicitarle sus favores.

—Está muy bien, señora —dijo Buck Mulligan, sirviendo leche en las tazas.

—Pruébela, señor —dijo ella.

Él bebió, tal como le rogaba.

—Si pudiéramos vivir de buenos alimentos como éste —le dijo a ella, en voz algo alta—, no tendríamos el país lleno de dentaduras podridas y tripas podridas. Viviendo en una ciénaga infecta, comiendo alimentos baratos y con las calles cubiertas de polvo, boñigas de caballo y escupitajos de tuberculosos.

—¿Es usted estudiante de medicina, señor? —preguntó la vieja.

—Sí, señora —contestó Buck Mulligan.

—¡Hay que ver! —dijo ella.

Stephen escuchaba en desdeñoso silencio. Ella inclina su vieja cabeza hacia una voz que le habla ruidosamente, su arreglahuesos, su curandero: a mí, ella me desprecia. A la voz que confesará y ungirá para la tumba todo lo que haya de ella, excepto sus impuros lomos de mujer, de carne de hombre no hecha a semejanza de Dios, la presa de la serpiente. Y a la ruidosa voz que ahora la manda callar, con asombrados ojos inquietos.

—¿Entiende usted lo que le dice éste? —le preguntó Stephen.

—¿Es francés lo que habla usted, señor? —dijo la vieja a Haines.

Haines volvió a dirigirle un discurso más largo, confiado.

—Irlandés —dijo Buck Mulligan—. ¿Sabe usted algo de gaélico?

—Me pareció que era irlandés —dijo ella—, por el sonido que tiene. ¿Es usted del oeste, señor?

—Soy inglés —contestó Haines.

—Es inglés —dijo Buck Mulligan— y cree que en Irlanda deberíamos hablar irlandés.

—Claro que deberíamos —dijo la vieja—, y a mí me da vergüenza no hablar yo misma esa lengua. Me han dicho quienes la saben que es una lengua de mucha grandeza.

—Grandeza no es la palabra —dijo Buck Mulligan—. Es una maravilla, por completo. Echaos más té, Kinch. ¿Quiere usted una taza, señora?

—No, gracias, señor —dijo la vieja, deslizando el asa de la lechera por el antebrazo y disponiéndose a marchar.

Haines le dijo:

—¿Tiene la cuenta? Más vale que le paguemos, ¿no es verdad, Mulligan?

Stephen llenó las tres tazas.

—¿La cuenta, señor? —dijo ella, deteniéndose—. Bueno, son siete mañanas una pinta a dos peniques, que son siete de a dos, que son un chelín y dos peniques que llevo y estas tres mañanas dos pintas a cuatro peniques son un chelín y uno y dos que son dos y dos, señor.

Buck Mulligan suspiró y después de llenarse la boca con una corteza bien untada de mantequilla por los dos lados, estiró las piernas y empezó a registrarse los bolsillos

del pantalón.

—Paga y pon buena cara —le dijo Haines, sonriendo.

Stephen se llenó la taza por tercera vez, con una cucharada de té coloreando levemente la espesa leche sustanciosa. Buck Mulligan sacó un florín, le dio vueltas en los dedos y gritó:

—¡Milagro!

Lo pasó a lo largo de la mesa hacia la vieja, diciendo:

Más no me pidas, querida mía,
te he dado todo lo que tenía.

Stephen le puso la moneda en su mano nada ávida.

—Le deberemos dos peniques —dijo.

—Hay tiempo de sobra, señor —dijo ella, tomando la moneda—. Hay tiempo de sobra. Buenos días, señor.

Hizo una reverencia y se marchó, seguida por la tierna salmodia de Buck Mulligan:

Corazón mío, si más hubiera
ante tus pies se te pusiera.

Se volvió a Stephen y dijo:

—En serio, Dedalus. Estoy en seco. Date prisa a tu burdel de escuela y tráenos dinero. Hoy los bardos deben beber y hacer festín. Irlanda espera que cada cual cumpla hoy con su deber.

—Eso me recuerda —dijo Haines, levantándose— que hoy tengo que visitar vuestra biblioteca nacional.

—Primero nuestra nadada —dijo Buck Mulligan.

Se volvió a Stephen y preguntó suavemente:

—¿Es hoy el día de tu lavado mensual, Kinch?

Luego dijo a Haines:

—El impuro bardo pone empeño en bañarse una vez al mes.

—Toda Irlanda está bañada por la Corriente del Golfo —dijo Stephen, dejando gotear miel en una rebanada de la hogaza.

Haines habló desde el rincón donde se anudaba tranquilamente una bufanda sobre el ancho cuello de su camisa de tenis:

—Pienso hacer una colección de tus dichos si me lo permites.

Me habla a mí. Ellos se lavan y se embañeran y se restriegan. *Agenbite of inwit*, remordimiento. Conciencia. Todavía hay aquí una mancha.

—Eso de que el espejo partido de una criada sea el símbolo del arte irlandés, es endemoniadamente bueno.

Buck Mulligan dio una patada a Stephen en el pie por debajo de la mesa y dijo en tono cálido:

—Espera hasta que le oigas hablar de Hamlet, Haines.

—Bueno, lo digo en serio —dijo Haines, todavía dirigiéndose a Stephen—. Pensaba en ello precisamente cuando entró esa pobre vieja criatura.

—¿Ganaría dinero yo con eso? —preguntó Stephen.

Haines se rió, y tomando su blando sombrero gris del gancho de la hamaca, dijo:

—No sé, la verdad.

Se dirigió lentamente hacia la salida. Buck Mulligan se inclinó hacia Stephen y le dijo con áspera energía:

—Ya has metido la pata. ¿Para qué dijiste eso?

—¿Y qué? —dijo Stephen—. El problema es sacar dinero. ¿A quién? A la lechera o a él. Cara o cruz, me parece.

—Le hincho la cabeza hablando de ti —dijo Buck Mulligan— y luego sales con tus asquerosas muecas y tus bromas lúgubres de jesuita.

—Veo poca esperanza —dijo Stephen—, ni en ella ni en él.

Buck Mulligan suspiró trágicamente y le puso la mano en el brazo a Stephen.

—En mí, Kinch —dijo.

En tono bruscamente cambiado, añadió:

—Para decirte la verdad más sagrada, creo que tienes razón. Maldito para lo que sirven si no es para eso. ¿Por qué no los enredas como yo? Al diablo con todos ellos. Vámonos del burdel.

Se puso de pie y se desciñó y se desenvolvió gravemente de su bata, diciendo con resignación:

—Mulligan es despojado de sus vestiduras.

Vació los bolsillos en la mesa.

—Aquí tienes tu moquero —dijo.

Y, al ponerse el cuello duro y la rebelde corbata, les hablaba, les reprendía, así como a la balanceante cadena de su reloj. Sus manos se sumergieron y enredaron en el baúl mientras reclamaba un pañuelo limpio. *Agenbit of inwit*, remordimiento de conciencia. Dios mío, no habrá más remedio que caracterizarse según el papel. Necesito guantes color pulga y botas verdes. Contradicción. ¿Me contradigo? Pues muy bien, me contradigo. Mercurial Malachi. Un blando proyectil negro salió volando de sus manos habladoras.

—Y ahí tienes tu sombrero del Barrio Latino —dijo.

Stephen lo recogió y se lo puso. Haines les gritó desde la puerta:

—¿Vais a venir, muchachos?

—Estoy listo —contestó Buck Mulligan, yendo hacia la puerta—. Sal, Kinch. Ya te has comido todas nuestras sobras, supongo.

Resignado, salió fuera con graves palabras y andares, diciendo:

—Y al salir al campo se halló con Butterfly.

Stephen, tomando su bastón de fresno de donde estaba apoyado, les siguió y, mientras ellos bajaban la escalera, tiró de la lenta puerta de hierro, la cerró y se metió la enorme llave en el bolsillo interior.

Al pie de la escalera, Buck Mulligan preguntó:

—¿Trajiste la llave?

—Ya la tengo —dijo Stephen, yendo por delante de ellos.

Siguió andando. Detrás de él, oyó a Buck Mulligan azotar con su pesada toalla de baño los brotes más altos de los helechos y las hierbas.

—¡Alto ahí, señor! ¿Cómo se atreve usted?

Haines preguntó:

—¿Pagáis alquiler por esta torre?

—Doce pavos —dijo Buck Mulligan.

—Al Secretario de Guerra del Estado —añadió Stephen, por encima del hombro.

Se detuvieron mientras Haines observaba bien la torre, y decía al fin:

—Más bien desolada en invierno, diría yo. ¿Martello la llaman?

—Las hizo construir Billy Pitt —dijo Buck Mulligan— cuando los franceses andaban por el mar. Pero la nuestra es el *ómphalos*.

—¿Cuál es tu idea sobre Hamlet? —preguntó Haines a Stephen.

—No, no —gritó Buck Mulligan, con dolor—. No estoy a la altura de Tomás de Aquino y las cincuenta y cinco razones que se ha buscado para apuntalarlo. Esperad a que tenga dentro de mí unas cuantas pintas.

Se volvió a Stephen y, tirando para abajo cuidadosamente de los picos de su chaleco color prímula, le dijo:

—¿No te arreglarías con menos de tres pintas, verdad, Kinch?

—Si eso ha esperado tanto —dijo Stephen con indolencia—, bien puede esperar más.

—Cosquilleáis mi curiosidad —dijo Haines, amigablemente—. ¿Es alguna paradoja?

—¡Bah! —dijo Buck Mulligan—. Se nos han quedado pequeños Wilde y las paradojas. Es muy sencillo. Éste demuestra por álgebra que el nieto de Hamlet es el abuelo de Shakespeare y que él mismo es el espectro de su padre.

—¿Cómo? —dijo Haines, empezando a señalar a Stephen—. ¿Este mismo?

Buck Mulligan se echó la toalla al cuello como una estola y, soltando la risa hasta doblarse, dijo a Stephen al oído:

—¡Ah, sombra de Kinch el Viejo! ¡Jafet en busca de padre!

—Siempre estamos cansados por las mañanas —dijo Stephen a Haines—. Y es más bien largo de contar.

Buck Mulligan, volviendo a avanzar, levantó las manos.

—Sólo el sagrado trago puede desatar la lengua de Dedalus —dijo.

—Quería decir —explicó Haines a Stephen mientras seguían— que esta torre y estas escolleras, no sé por qué, me recuerdan a Elsinore. «Que avanza desde su base mar adentro», ¿no es eso?

Buck Mulligan se volvió de pronto por un instante hacia Stephen pero no habló. En el claro instante de silencio, Stephen vio su propia imagen en barato luto polvoriento entre las alegres vestimentas de los otros.

—Es una historia prodigiosa —dijo Haines, haciéndoles detenerse otra vez.

Ojos, pálidos como ese mar que el viento había refrescado, más pálidos, firmes y prudentes. Señor de los mares, miraba al sur a través de la bahía, vacía salvo por el penacho de humo del barco correo, vago en el luminoso horizonte, y por una vela dando bordadas por los Muglins.

—He leído no sé dónde una interpretación teológica de eso —dijo, meditabundo —. La idea del Padre y el Hijo. El Hijo esforzándose por reconciliarse con el Padre.

Buck Mulligan, al momento, asumió una cara gozosa de ancha sonrisa. Les miró, con su bien formada boca abierta alegremente, y sus ojos, de los que había retirado de repente todo aire de astucia, pestañearon de loco regocijo. Movió de un lado para otro una cabeza de muñeco, haciendo temblar las alas de su jipijapa, y empezó a salmodiar con estúpida y tranquila voz feliz:

Soy el chico más raro de que se ha oído hablar.
Mi madre era judía y mi padre era un pájaro.
Con José el ebanista no puedo andar de acuerdo:
Brindo por mis discípulos, brindo por el Calvario.

Levantó un índice en admonición:

Si alguno es de opinión de que no soy divino,
cuando haga el vino yo, no podrá beber gratis.
Tendrá que beber agua, y la querría clara
cuando ese vino en agua se convierta otra vez.

Dio un vivo tirón al bastón de fresno de Stephen, como despedida, y adelantándose a la carrera hacia un borde del acantilado, agitó las manos junto al cuerpo como aletas o como alas de alguien que fuera a subir por el aire, y entonó:

¡Adiós ahora, adiós! Escribid lo que dije
y contadles a todos que yo he resucitado.
Lo que nació en mis huesos me dejará volar,
y en el monte Olivete hay buena brisa… Adiós.

Dio unas cabriolas ante ellos, inclinándose hacia el Agujero de los Cuarenta Pies, agitando sus aladas manos, con ágiles saltos, mientras su caduceo temblaba en el fresco viento que llevaba hasta ellos sus breves gritos de dulzura pajaril.

Haines, que había estado riendo con disimulo, echó a andar al lado de Stephen y dijo:

—No deberíamos reírnos, me parece. Este hombre es bastante blasfemo. Yo mismo no soy creyente, es la verdad. Con todo, su alegría le quita la malicia a esto, no sé por qué. ¿Cómo dijo que se llamaba? ¿José el Ebanista?

—*La balada del Jovial Jesús* —contestó Stephen.

—Ah —dijo Haines—, ¿ya la habías oído antes?

—Tres veces al día, después de las comidas —dijo Stephen con sequedad.

—Tú no eres creyente, ¿verdad? —preguntó Haines—. Quiero decir, creyente en el sentido estricto de la palabra. La creación desde la nada, los milagros y un Dios personal.

—No hay más que un sentido en esa palabra, me parece —dijo Stephen.

Haines se detuvo para sacar una lisa pitillera de plata en que chispeaba una piedra verde. Hizo saltar su resorte con el pulgar y la ofreció.

—Gracias —dijo Stephen, tomando un cigarrillo.

Haines se sirvió y cerró la pitillera con un chasquido. Se la volvió a meter en el bolsillo lateral y sacó del bolsillo del chaleco un encendedor de níquel, lo abrió haciendo saltar también el resorte y, una vez encendido su cigarrillo, tendió a Stephen la yesca llameante en la concha de las manos.

—Sí, claro —dijo, mientras seguía otra vez—. O se cree o no se cree, ¿no es verdad? Personalmente, yo no podría tragar esa idea de un Dios personal. Tú no lo aceptas, supongo.

—Observas en mí —dijo Stephen con sombrío disgusto— un horrible ejemplo de librepensamiento.

Siguió andando, en espera de que se le hablara, llevando a rastras a su lado el bastón. La contera le seguía con ligereza por la vereda, chirriando en sus talones. Mi demonio familiar, detrás de mí, llamando ¡Steeeeeeeeeephen! Una línea vacilante por el camino. Éstos andarán por ella esta noche, viniendo acá en lo oscuro. Él quiere esa llave. Es mía, yo pagué el alquiler. Ahora yo como su pan salado. Darle la llave también. Todo. La pedirá. Se le veía en los ojos.

—Después de todo… —empezó Haines.

Stephen se volvió y vio que la fría mirada que le había tomado medida no era del todo malintencionada.

—Después de todo, yo diría que uno es capaz de liberarse. Uno es su propio amo, me parece.

—Yo soy siervo de dos amos —dijo Stephen—, uno inglés y una italiana.

—¿Italiana? —dijo Haines.

Una reina loca, vieja y celosa. Arrodillaos ante mí.

—Y hay un tercero —dijo Stephen— que me necesita para trabajos ocasionales.

—¿Italiana? —volvió a decir Haines—. ¿Qué quieres decir?

—El estado imperial británico —contestó Stephen, enrojeciendo—, y la santa Iglesia católica, apostólica y romana.

Haines desprendió de debajo del labio unas hebras de tabaco antes de hablar.

—Puedo entender eso muy bien —dijo tranquilamente—. Un irlandés tiene que pensar así, me atrevería a decir. En Inglaterra nos damos cuenta de que os hemos tratado de un modo bastante injusto. Parece que la culpa la tiene la historia.

Los altivos títulos poderosos hacían resonar en la memoria de Stephen el triunfo de sus campanas broncíneas: *et unam sanctam catholicam et apostolicam ecclesiam*: el lento crecimiento y cambio de rito y dogma como sus propios preciosos pensamientos, una química de estrellas. Símbolo de los Apóstoles en la misa del Papa Marcelo, las voces bien conjuntadas, cantando cada una bien alto en afirmación: y detrás de su cántico el ángel vigilante de la Iglesia militante desarmaba y amenazaba a sus heresiarcas. Una horda de herejías huyendo con mitras de medio lado: Focio y todo el linaje de burlones de los que Mulligan era uno más, y Arrio, guerreando toda su vida contra la consubstancialidad del Hijo con el Padre, y Valentín, despreciando el cuerpo terrenal de Cristo, y el sutil heresiarca africano Sabelio, que sostenía que el Padre era él mismo Su propio Hijo. Palabras que Mulligan había dicho hacía un momento burlándose del forastero. Vana burla. El vacío aguarda sin duda a todos esos que tejen el viento: una amenaza, un desarme y una derrota por parte de esos alineados ángeles de la Iglesia, la hueste de Miguel, que la defiende siempre en la hora de la discordia con sus lanzas y escudos.

Muy bien, muy bien. Aplausos prolongados. *Zut! Nom de Dieu!*

—Claro, yo soy británico —dijo la voz de Haines— y también lo son mis sentimientos. No quiero tampoco ver caer a mi país en manos de judíos alemanes. Ése es nuestro problema nacional ahora mismo, me temo.

Dos hombres estaban erguidos en el borde de la escollera, observando: hombre de negocios, hombre de mar.

—Va rumbo al puerto de Bullock.

El hombre de mar inclinó la cabeza hacia el norte de la bahía con cierto desdén.

—Ahí hay cinco brazas —dijo—. Cuando entre la marea, hacia la una, se lo va a llevar. Hoy ya son nueve días.

El hombre que se ahogó. Una vela virando en la bahía vacía, en espera de que un bulto hinchado saliera a flote, y volviera hacia el sol una cara abotargada blanca de sal. Aquí estoy.

Siguieron el camino ondulante, bajando a la caleta. Buck Mulligan se irguió en una piedra, en mangas de camisa, con su corbata sin prender ondeando sobre el hombro. Un joven, agarrado a una roca, cerca de él, movía lentamente, como una rana, la piernas verdes en la honda jalea del agua.

—¿Está contigo tu hermano, Malachi?

—Allá en Westmeath. Con los Bannon.

—¿Todavía allá? Recibí una postal de Bannon. Dice que ha encontrado por allí una monada. Una chica de fotografía, la llama.

—Instantánea, ¿eh? Exposición breve.

Buck Mulligan se sentó a desatarse las botas. Un anciano asomó cerca de la punta de la roca una cara roja y resoplante. Gateó subiendo por las piedras, con agua reluciendo en la coronilla y en su guirnalda de pelo gris, agua en arroyos por el pecho y la barriga, y chorros saliendo por su negro taparrabos colgón.

Buck Mulligan se echó a un lado para dejarle pasar gateando, y con una ojeada a Haines y a Stephen, se santiguó piadosamente con el pulgar en la frente, labios y esternón.

—Ha vuelto Seymour a la ciudad —dijo el joven, volviendo a agarrarse a su punta de roca—. Ha colgado la medicina y se va al ejército.

—¡Ah, que se vaya con Dios! —dijo Buck Mulligan.

—La semana que viene se marcha a pringar. ¿Conoces a esa chica Carlisle, la pelirroja, Lily?

—Sí.

—Anoche andaba con él por el muelle, metiéndose mano. El padre está podrido de dinero.

—¿Ya la han hecho?

—Mejor pregúntaselo a Seymour.

—¡Seymour, un jodido oficial! —dijo Buck Mulligan.

Asintió con la cabeza para sí mismo, mientras se quitaba los pantalones, y se incorporó diciendo con obviedad:

—Las pelirrojas, en cuanto las cojas.

Se interrumpió alarmado, tocándose el costado bajo la camisa aleteante.

—He perdido la duodécima costilla —gritó—. Soy el *Uebermensch*. El desdentado Kinch y yo, los superhombres.

Se liberó de la camisa, luchando, y la tiró atrás, donde estaba su ropa.

—¿Vas a entrar aquí, Malachi?

—Sí. Déjame sitio en la cama.

El joven se echó hacia atrás por el agua y alcanzó el centro de la cala en dos limpias brazadas largas. Haines estaba sentado en una piedra, fumando.

—¿No te metes? —preguntó Buck Mulligan.

—Más tarde —dijo Haines—. No recién desayunado.

Stephen se dio la vuelta.

—Me marcho, Mulligan —dijo.

—Dame esa llave, Kinch —dijo Mulligan—, para sujetar mi camisa extendida.

Stephen le alargó la llave. Buck Mulligan la puso atravesada en su montón de ropa.

—Y dos peniques —dijo— para una pinta. Échalos ahí.

Stephen echó los dos peniques en el blando montón. Vistiéndose, desnudándose. Buck Mulligan erguido, con las manos unidas y adelantadas, dijo solemnemente:

—Aquel que robare al pobre prestará al Señor. Así hablaba Zaratustra.

Su rollizo cuerpo se zambulló.

—Ya te volveremos a ver —dijo Haines, volviéndose hacia Stephen que subía por el sendero, y sonriendo de esos salvajes irlandeses.

Cuerno de toro, pezuña de caballo, sonrisa de sajón.

—En el Ship —gritó Buck Mulligan—. A las doce y media.

—Bueno —dijo Stephen.

Siguió andando por el sendero, curvado en la subida.

Liliata rutilantium.

Turma circumdet.

Iubilantium te virginum.

El nimbo gris del sacerdote en el escondrijo donde se vestía discretamente. No quiero dormir aquí esta noche. Tampoco puedo ir a casa.

Una voz, dulce de tono y prolongada, le llamó desde el mar. Doblando el recodo, agitó la mano. La voz volvió a llamar. Una lisa cabeza parda, de foca, allá lejos en el agua, redonda.

Usurpador.

[2]

—Usted, Cochrane, ¿qué ciudad le mandó a buscar?

—Tarento, profesor.

—Muy bien. ¿Y qué más?

—Hubo una batalla, profesor.

—Muy bien. ¿Dónde?

La cara vacía del muchacho preguntó a la ventana vacía.

Fabulada por las hijas de la memoria. Y sin embargo fue de algún modo, si es que no como lo fabuló la memoria. Una frase, entonces, de impaciencia, desplome de las alas de exceso de Blake. Oigo la ruina de todo el espacio, cristal roto y mampostería derrumbándose, y el tiempo hecho una sola llama lívida y definitiva. ¿Qué nos queda entonces?

—No me acuerdo del sitio, profesor. 279 antes de Cristo.

—Asculum —dijo Stephen, echando una ojeada al nombre y la fecha en el libro arañado con sangrujos.

—Sí, señor. Y dijo: «Otra victoria como ésta y estamos perdidos».

Esa frase la había recordado el mundo. Opaco tranquilizamiento de la mente. Desde una colina que domina una llanura sembrada de cadáveres, un general hablando a sus oficiales, apoyado en su lanza. Cualquier general a cualesquiera oficiales. Le prestan oído.

—Usted, Armstrong —dijo Stephen—. ¿Cómo acabó Pirro?

—¿Que cómo acabó Pirro, profesor?

—Yo lo sé, profesor. Pregúnteme a mí —dijo Comyn.

—Espere. Usted, Armstrong. ¿Sabe algo de Pirro?

En la cartera de Armstrong había, bien guardada, una bolsa de higos secos. Él los doblaba entre las manos de vez en cuando y se los tragaba suavemente. Se le quedaban migas adheridas a la piel de los labios. Aliento endulzado de muchacho. Gente bien, orgullosos de que su hijo mayor estuviera en la Marina. Vico Road, Dalkey.

—¿Pirro, profesor? Pirro, *pier*, espigón.

Todos se rieron. Ruidosa risa maliciosa sin regocijo. Armstrong miró a sus compañeros, alrededor, estúpido júbilo de perfil. Dentro de un momento se reirán más fuerte, conscientes de mi falta de autoridad y de los honorarios que pagan sus padres.

—Dígame ahora —dijo Stephen, dándole una metida en el hombro al muchacho con el libro—, qué es eso de *pier*.

—*Pier*, profesor, espigón —dijo Armstrong—, una cosa que sale entre las olas. Una especie de puente. El de Kingstown, profesor.

Algunos se volvieron a reír: sin regocijo pero con intención. Dos en el banco del fondo cuchichearon. Sí. Sabían: nunca habían aprendido ni habían sido nunca inocentes. Todos. Con envidia observó sus caras. Edith, Ethel, Gerty, Lily. Sus parecidos: sus alientos, también, endulzados con té y mermelada, sus pulseras riendo en la pelea.

—El espigón de Kingstown —dijo Stephen—. Sí, un puente fracasado.

Esas palabras turbaron sus miradas.

—¿Cómo, profesor? Un puente es a través de un río. Para el libro de dichos de Haines. Aquí, nadie para escuchar. Esta noche, con destreza, entre beber locamente y charlar, a perforar la pulida cota de malla de su mente. ¿Y luego qué? Un bufón en la corte de su señor, consentido y despreciado, obteniendo la clemente alabanza del señor. ¿Por qué habían elegido todos ellos ese papel? No del todo por la suave caricia. Para ellos también, la historia era un cuento como cualquier otro, oído demasiadas veces, y su país era una almoneda.

¿Y si Pirro no hubiera caído por mano de una arpía o si Julio César no hubiera muerto apuñalado? No se les puede suprimir con el pensamiento. El tiempo les ha marcado y, encadenados, residen en el espacio de las infinitas posibilidades que han desalojado. Pero ¿pueden éstas haber sido posibles, visto que nunca han sido? ¿O era posible solamente lo que pasó? Teje, tejedor del viento.

—Cuéntenos un cuento, profesor.

—Ah, sí, profesor, un cuento de fantasmas.

—¿Por dónde íbamos en éste? —preguntó Stephen, abriendo otro libro.

—«No llores más» —dijo Comyn.

—Siga entonces, Talbot.

—¿Y la historia, profesor?

—Después —dijo Stephen—. Siga, Talbot.

Un chico atezado abrió un libro y lo sujetó hábilmente bajo el parapeto de la cartera. Recitó tirones de versos con ojeadas de vez en cuando al texto:

No llores más triste pastor, no llores,
pues Lycidas, tu pena, no está muerto,
aunque hundido en el suelo de las olas…

Debe ser un movimiento, entonces, una actualización de lo posible en cuanto posible. La frase de Aristóteles se formó sola entre los versos farfullados y salió flotando hacia el estudioso silencio de la biblioteca de Sainte Geneviève donde noche tras noche había leído él, defendido del pecado de París. A su lado, un delicado siamés consultaba un manual de estrategia. Cerebros alimentados y alimentadores a mi alrededor: bajo lámparas de incandescencia, pinchados, con antenas levemente palpitantes: y en la oscuridad de mi mente, un perezoso del mundo inferior, reluctante, huraño a la claridad, removiendo sus pliegues escamosos de dragón.

Pensamiento es el pensamiento del pensamiento. Tranquila luminosidad. El alma es en cierto modo todo lo que es: el alma es la forma de las formas. Tranquilidad súbita, vasta, incandescente: forma de las formas.

Talbot repetía:

Por el poder amado del que anduvo en las olas,
por el poder amado…

—Pase la hoja —dijo suavemente Stephen—. No veo nada.

—¿Qué, profesor? —preguntó simplemente Talbot, inclinándose adelante.

Su mano pasó la hoja. Se echó atrás y siguió adelante, recién habiéndose acordado. Del que anduvo en las olas. Aquí también, sobre estos corazones cobardes, se extiende su sombra, y sobre el corazón y los labios de quien se burla de él, y sobre los míos. Se extiende sobre las ávidas caras de los que le ofrecieron una moneda del tributo. A César lo que es de César, a Dios lo que es de Dios. Una larga mirada de ojos oscuros, una frase en adivinanza para ser tejida y tejida en los telares de la Iglesia. Eso es.

Adivina adivinanza.
Mi padre me dio semillas de la labranza.

Talbot deslizó su libro cerrado dentro de la cartera.

—¿Ya lo he oído todo? —preguntó Stephen.

—Sí, profesor. Hay hockey a las diez.

—Media fiesta, profesor. Es jueves.

—¿Quién sabe contestar una adivinanza?

Retiraban sus libros en montones, chascando los lápices, sacudiendo las páginas. Apiñados, pasaron las correas y cerraron las hebillas de las carteras, charloteando alegremente todos:

—¿Una adivinanza, profesor? Pregúnteme a mí.

—A mí, profesor.

—Una difícil, profesor.

—Ésta es la adivinanza —dijo Stephen:

El gallo canta,
el sol se levanta:
las campanas del cielo
están tocando a duelo.
Es hora de que esta pobre alma
se vaya al cielo.

—¿Eso qué es?

—¿Qué profesor?

—Otra vez, profesor. No oímos.

Los ojos se les pusieron más grandes al repetirse los versos. Después de un silencio, Cochrane dijo:

—¿Qué es, profesor? Nos damos por vencidos.

Stephen, con la garganta picándole, contestó:

—El zorro enterrando a su abuela bajo una mata de acebo.

Se levantó y lanzó una risotada nerviosa a la que ellos hicieron eco con gritos de consternación.

Un palo golpeó en la puerta y una voz en el pasillo gritó:

—¡Hockey!

Se dispersaron, deslizándose de sus bancos, saltándoselos. Rápidamente desaparecieron y desde el cuarto trastero llegó el entrechocar de los palos y el estrépito de las botas y lenguas.

Sargent, el único que se había rezagado, se adelantó despacio, enseñando un cuaderno abierto. Su pelo enredado y su cuello descarnado daban testimonio de impreparación, y a través de sus nebulosas gafas, unos débiles ojos levantaban una mirada suplicante. En su mejilla, mortecina y exangüe, había una leve mancha de tinta, en forma de dátil, reciente y húmeda como una huella de caracol.

Alargó su cuaderno. En la cabecera estaba escrita la palabra *Operaciones*. Debajo había cifras en declive y al pie una firma retorcida, con algunos ojos de las letras cegados y un borrón. Cyril Sargent: firmado y sellado.

—El señor Deasy me dijo que las volviera a escribir todas otra vez —dijo— y que se las enseñara a usted, profesor.

Stephen tocó los bordes del cuaderno. Inutilidad.

—¿Las entiende ahora cómo se hacen? —preguntó.

—Los ejercicios del once al quince —contestó Sargent—. El señor Deasy dijo que tenía que copiarlos de la pizarra, profesor.

—¿Sabe hacerlos ahora usted mismo? —preguntó Stephen.

—No, señor.

Feo e inútil: cuello flaco y pelo espeso y una mancha de tinta, una huella de caracol. Sin embargo, una le había amado, le había llevado en brazos y en el corazón. De no ser por ella, la carrera del mundo le habría aplastado pisoteándolo, estrujado caracol sin hueso. Ella había amado esa débil sangre aguada sacada de la suya. ¿Era eso entonces real? ¿La única cosa verdadera en la vida? Sobre el postrado cuerpo de su madre cabalgó el fogoso Columbano con sagrado celo. Ella ya no existía: el tembloroso esqueleto de una ramita quemada en el hogar, un olor de palo de rosa y cenizas mojadas. Ella le había salvado de ser aplastado y pisoteado, y se había ido, habiendo sido escasamente. Una pobre alma ida al cielo: y en el brezal, bajo el

parpadeo de las estrellas, un zorro, el rojo hedor de rapiña en la piel, escuchaba, escarbaba la tierra, escuchaba, escarbaba y escarbaba.

Sentado junto a él, Stephen resolvió el problema. Demuestra por álgebra que el espectro de Shakespeare es el abuelo de Hamlet. Sargent escudriñaba de medio lado a través de sus gafas inclinadas. Palos de hockey se entrechocaban en el cuarto trastero: el golpe hueco de una bola y gritos desde el campo.

A través de la página los símbolos se movían en grave danza morisca, en la mascarada de sus letras, con raros gorros de cuadrados y cubos. Darse la mano, atravesar, inclinarse ante la pareja: así: duendes nacidos de la fantasía de los moros. Desaparecidos también del mundo, Averroes y Moisés Maimónides, hombres oscuros en gesto y movimiento, destellando en sus espejos burlones la sombría alma del mundo, una tiniebla brillando en claridad que la claridad no podía comprender.

—¿Entiende ahora? ¿Puede hacer el segundo usted mismo?

—Sí, señor.

Con largos trazos sombreados, Sargent copió los datos. Esperando siempre una palabra de ayuda, su mano movía fielmente los inseguros símbolos, con un leve color de vergüenza entreviéndose tras su piel sombría. *Amor matris*: genitivo subjetivo y objetivo. Ella, con su débil sangre y su leche agria de suero, le había alimentado y había escondido a la vista de los demás sus pañales.

Como él fui yo, esos hombros caídos, esa falta de gracia. Mi niñez se inclina a mi lado. Demasiado lejos para que yo apoye una mano en ella por una vez o ligeramente. La mía está lejos y la suya secreta como nuestros ojos. Hay secretos, silenciosos y pétreos, sentados en los oscuros palacios de nuestros dos corazones: secretos fatigados de su tiranía: tiranos, deseosos de ser destronados.

La operación estaba hecha.

—Es muy sencillo —dijo Stephen, levantándose.

—Sí, señor. Gracias —contestó Sargent.

Secó la página con una hoja de delgado secante y se volvió a llevar el cuaderno a su banco.

—Más vale que busque su palo y salga con los demás —dijo Stephen, seguido hasta la puerta por la figura sin gracia del muchacho.

—Sí, señor.

En el pasillo se oyó su nombre, gritado desde el campo de juego.

—¡Sargent!

—Corra —dijo Stephen—. El señor Deasy le llama.

Se quedó en la galería y observó al rezagado apresurarse hacia el pelado terreno donde reñían estridentes voces. Les separaban en equipos y el señor Deasy avanzaba moviendo los pies con botines sobre matas sueltas de hierba. Volvía su enojado bigote blanco.

—¿Qué pasa ahora? —gritaba sin escuchar.

—Cochrane y Halliday están en el mismo equipo, señor Deasy —gritó Stephen.

—¿Quiere esperarme un momento en mi despacho —dijo el señor Deasy— mientras restablezco el orden aquí?

Y avanzando otra vez atareadamente a través del campo, su voz de viejo gritaba severamente:

—¿Qué pasa? ¿Qué hay ahora?

Las voces agudas le gritaban por todas partes: las muchas figuras se apretaban a su alrededor, mientras el sol chillón blanqueaba la miel de su cabeza mal teñida.

Rancio aire de humo se cernía en el despacho, con el olor del descolorido y desgastado cuero de las sillas. Como en el primer día que regateó conmigo aquí. Como era en el principio, así es ahora. En el aparador, la bandeja de monedas Estuardo, vil tesoro de una turbera: y será siempre. Y bien acomodados en su caja de cucharas de terciopelo violeta, los doce apóstoles después de predicar a todos los gentiles: mundo sin fin.

Un paso apresurado en la galería de piedra y en el pasillo. Soplando hacia fuera su ralo bigote, el señor Deasy se detuvo junto a la mesa.

—Primero, nuestro pequeño arreglo financiero —dijo.

Sacó de la chaqueta una cartera sujeta con una correa de cuero. Se abrió de golpe y él sacó dos billetes, uno de mitades pegadas, y los puso cuidadosamente en la mesa.

—Dos —dijo poniendo la correa y volviendo a guardar la cartera.

Y ahora a su caja fuerte para el oro. La mano cohibida de Stephen se movió sobre las conchas amontonadas en el frío mortero de piedra: buccinos y conchas monedas, cauris y conchas leopardo: y aquélla, en remolino como el turbante de un emir, y ésa, la venera de Santiago. Una reserva de viejo peregrino, tesoro muerto, conchas vacías.

Cayó un soberano, brillante y nuevo, en el blando pelo del tapete.

—Tres —dijo el señor Deasy, dando vueltas en la mano a su cajita de ahorros—. Estas cosas son prácticas de tener. Vea. Esto es para los soberanos. Esto para los chelines, las monedas de seis peniques, las medias coronas. Y aquí las coronas. Vea.

Hizo saltar de la caja dos coronas y dos chelines.

—Tres con doce —dijo—. Me parece que lo encontrará exacto.

—Gracias, señor Deasy —dijo Stephen, reuniendo el dinero con tímida prisa y metiéndoselo todo en un bolsillo del pantalón.

—No hay de qué —dijo el señor Deasy—. Se lo ha ganado.

La mano de Stephen, otra vez libre, volvió a las conchas vacías. Símbolos también de belleza y de poder. Un bulto en mi bolsillo: símbolos manchados por la codicia y la desgracia.

—No lo lleve de esa manera —dijo el señor Deasy—. Lo sacará en algún sitio de un tirón y lo perderá. Cómprese simplemente uno de estos trastos. Lo encontrará muy práctico.

Contestar algo.

—El mío estaría vacío con frecuencia —dijo Stephen.

El mismo sitio y hora, la misma sabiduría: y yo el mismo. Tres veces ya. Tres lazos alrededor de mi cuello aquí. ¿Bueno? Los puedo romper en este momento si quiero.

—Porque no ahorra —dijo el señor Deasy, señalándole con el dedo—. Todavía no sabe lo que es el dinero El dinero es poder. Cuando haya vivido tanto como yo. Ya sé, ya sé. *Si la juventud supiera*. Pero ¿qué dice Shakespeare? *«Basta que metas dinero en tu bolsa»*.

—Iago —murmuró Stephen.

Levantó los ojos de las conchas abandonadas, hasta la mirada fija del viejo.

—Él sabía lo que era el dinero —dijo el señor Deasy—. Poeta, pero también inglés. ¿Sabe usted qué es el orgullo del inglés? ¿Sabe cuáles son las palabras más orgullosas que oirá usted salir de la boca de un inglés?

El dueño de los mares. Sus ojos fríos como el mar miraban la bahía vacía: la culpa la tiene la historia: sobre mí y sobre mis palabras, sin odiar.

—Que sobre su imperio —dijo Stephen— nunca se pone el sol.

—¡Bah! —gritó el señor Deasy—. Eso no es inglés. Un celta francés dijo eso.

Tamborileó con su cajita contra la uña del pulgar.

—Se lo diré yo —dijo solemnemente—, de qué presume con más orgullo: *«He pagado siempre»*.

Buen hombre, buen hombre.

—*«He pagado. Nunca he pedido prestado un chelín en mi vida»*… ¿Lo puede sentir usted? *«No debo nada»*. ¿Puede usted?

A Mulligan, nueve libras, tres pares de calcetines, un par de botas, corbatas. A Curran, diez guineas. A McCann, una guinea. A Fred Ryan, dos chelines. A Temple, dos almuerzos. A Russell, una guinea, a Cousins, diez chelines, a Bob Reynolds, media guinea, a Kohler, tres guineas, a la señora McKernan, cinco semanas de pensión. El bulto que tengo es inútil.

—Por el momento, no —contestó Stephen.

El señor Deasy se rió con rico placer, guardando su caja.

—Ya sabía que no podía —dijo, con regocijo—. Pero algún día tiene que sentirlo. Somos un pueblo generoso, pero también debemos ser justos.

—Me dan miedo esas grandes palabras —dijo Stephen— que nos hacen tan infelices.

El señor Deasy se quedó mirando fijamente unos momentos, sobre la repisa de la chimenea, la bien formada corpulencia de un hombre con falda escocesa: Alberto Eduardo, Príncipe de Gales.

—Usted me cree un viejo chocho y un viejo conservador —dijo su voz pensativa —. He visto tres generaciones desde los tiempos de O'Connell. Me acuerdo de la gran hambre. ¿Sabe usted que las logias Orange se agitaban por la revocación de la unión veinte años antes que O'Connell, y antes que los prelados de la religión de usted le denunciaran como demagogo? Ustedes los fenianos olvidan algunas cosas.

Gloriosa, piadosa e inmortal memoria. La logia de Diamond en Armagh la espléndida, empavesada de cadáveres papistas. Roncos, enmascarados y armados, la alianza de los terratenientes. El norte negro y la Biblia azul de los presbiterianos. Campesinos rebeldes, echaos por tierra.

Stephen esbozó un breve gesto.

—Yo también tengo sangre rebelde en mí —dijo el señor Deasy—. Por la parte de la rueca. Pero desciendo de Sir John Blackwood, que votó por la unión. Somos todos irlandeses, todos hijos de reyes.

—Ay —dijo Stephen.

—*Per vias rectas* —dijo con firmeza el señor Deasy— era su lema. Votó a favor, y para ello se puso las botas altas y cabalgó hasta Dublín, desde las Ards of Down.

La ra la ra la
el pedregoso camino a Dublín.

Un rudo hidalgo a caballo con relucientes botas altas. ¡Hermoso día, Sir John! ¡Hermoso día, Señoría…! Día… Día… Dos botas altas patean colgando hasta Dublín. La ra la ra la, tralaralá.

—Eso me recuerda algo —dijo el señor Deasy—. Usted puede hacerme un favor, señor Dedalus, con algunos de sus amigos literarios. Tengo aquí una carta para la prensa. Siéntese un momento. No me falta copiar más que el final.

Se acercó al escritorio junto a la ventana, dio dos tirones a la silla para acercarla y releyó unas palabras de la hoja en el rodillo de la máquina de escribir.

—Siéntese. Perdóneme —dijo, por encima del hombro—, *«los dictados del sentido común»*. Sólo un momento.

Escudriñó, bajo sus híspidas cejas, el manuscrito que tenía al lado y, mascullando, empezó a pinchar lentamente los rígidos botones del teclado, a veces soplando mientras daba vuelta al rodillo para borrar un error.

Stephen se sentó en silencio ante la presencia principesca. Alrededor, enmarcadas en las paredes, se erguían en homenaje imágenes de desaparecidos caballos, con sus mansas cabezas en vilo en el aire: *Repulse*, de Lord Hastings; *Shotover*, del Duque de Westminster; *Ceylon*, del Duque de Beaufort, *prix de Paris*, 1866. Fantasmales jockeys los cabalgaban, atentos a una señal. Vio su rapidez, defendiendo los colores reales, y gritó con los gritos de desvanecidas multitudes.

—Punto y aparte —ordenó el señor Deasy a sus teclas—. *Pero el ventilar rápidamente esta extraordinariamente importante cuestión…*

Donde me llevó Cranly para enriquecerme deprisa, cazando sus ganadores entre los cochecillos embarrados, entre los aullidos de los corredores de apuestas en sus bancos, y el vaho de la cantina, sobre el abigarrado fango. *¡Fair Rebel! ¡Fair Rebel!* A la parel favorito: diez a uno los demás. Jugadores de dados y fulleros junto a los que pasamos deprisa, siguiendo los cascos de los caballos, las gorras y chaquetillas

rivales, dejando atrás a aquella mujer de cara de carne, la mujer de un carnicero, que hozaba sedienta en su trozo de naranja.

Gritos estridentes resonaron desde el campo de los chicos, y un silbido vibrante.

Otra vez: un tanto. Estoy entre ellos, entre sus cuerpos trabados en lucha, el torneo de la vida. ¿Te refieres a ese patizambo mimado de su mamá, con cara de dolor de estómago? Torneos. El tiempo sacudido rebota, choque a choque. Torneos, fango y estrépito de batallas, el helado vómito de muerte de los que caen, un clamor de hierros de lanzas cebadas con tripas ensangrentadas de hombres.

—Ya está —dijo el señor Deasy, levantándose.

Se acercó a la mesa, sujetando las hojas con un alfiler. Stephen se levantó.

—He expuesto la cuestión en forma sucinta —dijo el señor Deasy—. Es sobre la glosopeda. Échele una ojeada solamente. No puede haber diferencias de opinión sobre ello.

¿Me permite invadir su valioso espacio? Esa doctrina del *laissez faire* que tantas veces en nuestra historia. Nuestro comercio ganadero. A la manera de todas nuestras antiguas industrias. La camarilla de Liverpool que saboteó el proyecto del puerto de Galway. La conflagración europea. Suministro de granos a través de las estrechas aguas del Canal. La pluscuamperfecta imperturbabilidad del Departamento de Agricultura. Excusada una alusión clásica. Casandra. Por una mujer que no era ningún modelo. Para venir al punto en discusión.

—No me muerdo la lengua, ¿eh? —preguntó el señor Deasy mientras Stephen seguía leyendo.

Glosopeda. Conocida como preparación de Koch. Suero y virus. Porcentaje de caballos inmunizados. Pestilencia entre el ganado. Los caballos del Emperador en Mürzsteg, Baja Austria. El señor Henry Blackwood Price. Cortés ofrecimiento de una experimentación sin prejuicio. Dictados del sentido común. Cuestión de importancia suprema. Tomar el toro por los cuernos, en todos los sentidos de la palabra. Agradeciendo la hospitalidad de sus columnas.

—Quiero que eso se imprima y se lea —dijo el señor Deasy—. Ya verá que en la próxima epidemia ponen un embargo al ganado irlandés. Y se puede curar. Se cura. Mi primo, Blackwood Price, me escribe que en Austria lo curan los veterinarios de allí con regularidad. Y se ofrecen a venir aquí. Yo estoy tratando de ejercer influencia sobre el Departamento. Ahora voy a probar la publicidad. Estoy rodeado de dificultades, de… intrigas, de… influencias de camarillas, de…

Levantó el índice y azotó el aire con gesto anciano antes de que su voz hablara.

—Fíjese en lo que le digo, señor Dedalus —dijo—. Inglaterra está en manos de los judíos. En todos los lugares más elevados: en sus finanzas, en su prensa. Y son la señal de la decadencia de una nación. Dondequiera que se reúnen, se comen la fuerza vital del país. Les estoy viendo venir desde hace unos años. Tan cierto como que estamos aquí, los mercachifles judíos ya están en su trabajo de destrucción. La vieja Inglaterra se muere.

Se alejó con pasos rápidos, y sus ojos adquirieron una vida azul al pasar por un ancho rayo de sol. Dio media vuelta y volvió otra vez.

—Se muere —dijo— si es que no se ha muerto ya.

De la ramera el grito, por las calles,
teje el sudario a la vieja Inglaterra.

Sus ojos, bien abiertos ante la visión, miraban fijamente con severidad el rayo de sol en que se detuvo.

—Un mercachifle —dijo Stephen— es uno que compra barato y vende caro, judío o gentil, ¿no es verdad?

—Han pecado contra la luz —dijo gravemente el señor Deasy—. Y se les ven las tinieblas en los ojos. Y por eso van errando por la tierra hasta el día de hoy.

En las escaleras de la Bolsa de París, los hombres de piel dorada cotizando precios con sus dedos enjoyados. Parloteo de gansos. En enjambre ruidoso, dando vueltas torpemente por el templo, las cabezas en espesas conspiraciones bajo desacertados sombreros de copa. No suyos: esos trajes, ese lenguaje, esos gestos. Sus lentos ojos rebosantes desmentían las palabras, los gestos ansiosos y sin ofensa, pero conocían los rencores acumulados en torno a ellos y sabían que su celo era en vano. Vana paciencia en amontonar y atesorar. El tiempo sin duda lo dispersaría todo. Un tesoro acumulado junto al camino: saqueado, y adelante. Sus ojos conocían los años de errar y, pacientes, conocían los deshonores de su carne.

—¿Quién no lo ha hecho? —dijo Stephen.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el señor Deasy.

Se adelantó un paso y se quedó junto a la mesa. Su mandíbula cayó abriéndose hacia un lado, con incertidumbre. ¿Es eso antigua sabiduría? Espera oírlo de mí.

—La historia —dijo Stephen— es una pesadilla de la que trato de despertar.

Desde el campo de juego, los muchachos levantaron un griterío. Un silbato vibrante: gol. ¿Y si esa pesadilla te tirase una coz?

—Los caminos del Creador no son nuestros caminos —dijo el señor Deasy—. Toda la historia se mueve hacia una gran meta, la manifestación de Dios.

Stephen sacudió el pulgar hacia la ventana, diciendo:

—Eso es Dios.

¡Hurra! ¡Ay! ¡Jurrují!

—¿Qué? —preguntó el señor Deasy.

—Un grito en la calle —contestó Stephen encogiéndose de hombros.

El señor Deasy bajó los ojos y durante un rato mantuvo las aletas de la nariz sujetas entre los dedos. Al levantar la vista otra vez, las soltó.

—Yo soy más feliz que usted —dijo—. Hemos cometido muchos errores y muchos pecados. Una mujer trajo el pecado al mundo. Por una mujer que no era ningún modelo, Helena, la escapada esposa de Menelao, los griegos hicieron la

guerra a Troya durante diez años. Una esposa infiel fue la primera que trajo a los extranjeros aquí a nuestra orilla, la mujer de MacMurrough y su concubino O'Rourke, príncipe de Breffni. Una mujer también hizo caer a Parnell. Muchos errores, muchos fallos, pero no el pecado único. Yo soy ahora un luchador hasta el fin de mis días. Pero lucharé por la justicia hasta el final.

Pues el Ulster luchará
y el Ulster justicia obtendrá.

Stephen levantó las hojas que tenía en la mano.

—Bueno, señor Deasy —empezó.

—Preveo —dijo el señor Deasy— que usted no se va a quedar aquí mucho tiempo en este trabajo. Usted no ha nacido para enseñar, me parece. Quizá me equivoque.

—Para aprender, más bien —dijo Stephen.

Y aquí ¿qué más vas a aprender?

El señor Deasy movió la cabeza.

—¿Quién sabe? —dijo—. Para aprender hay que ser humilde. Pero la vida es la gran maestra.

Stephen volvió a hacer ruido con las hojas.

—Por lo que toca a éstas… —dijo.

—Sí —dijo el señor Deasy—. Ahí tiene dos copias. Si puede, hágalas publicar en seguida.

Telegraph. *Irish Homestead*.

—Lo intentaré —dijo Stephen— y mañana le haré saber algo. Conozco un poco a dos consejeros.

—Eso bastará —dijo el señor Deasy con viveza—. Anoche escribí al señor Field, el diputado. Hoy hay una reunión de la asociación de tratantes de ganado en el hotel City Arms. Le pedí que diera a conocer mi carta a la reunión. Usted vea si la puede colocar en sus dos periódicos. ¿Cuáles son?

—El *Evening Telegraph*…

—Eso basta —dijo el señor Deasy—. No hay tiempo que perder. Ahora tengo que contestar esa carta de mi primo.

—Buenos días, señor Deasy —dijo Stephen, metiéndose las hojas en el bolsillo —. Gracias.

—No hay de qué —dijo el señor Deasy, rebuscando entre los papeles de su mesa —. Me gusta romper una lanza con usted, viejo como soy.

—Buenos días, señor Deasy —volvió a decir Stephen, inclinándose hacia su espalda encorvada.

Salió por el portón abierto y bajó por el sendero de gravilla al pie de los árboles, oyendo el clamoreo de voces y el chascar de los palos desde el campo de juego. Los

leones acurrucados sobre las columnas, al salir por la verja; terrores desdentados. Sin embargo, le ayudaré en esta lucha. Mulligan me encajará un nuevo mote: el bardo bienhechor del buey.

—¡Señor Dedalus!

Corriendo tras de mí. No más cartas, espero.

—Un momento nada más.

—Sí, señor —dijo Stephen, volviéndose hacia la verja.

El señor Deasy se detuvo, respirando fuerte y tragando el aliento.

—Sólo quería decir —dijo—. Irlanda, dicen, tiene el honor de ser el único país que nunca ha perseguido a los judíos. ¿Lo sabe? No. ¿Y sabe por qué?

Frunció severamente el ceño hacia el aire claro.

—¿Por qué, señor Deasy? —preguntó Stephen, empezando a sonreír.

—Porque nunca los dejó entrar —dijo el señor Deasy solemnemente.

Una bola de tos de risa saltó de su garganta, llevando detrás a rastras una traqueteante cadena de flemas. Se volvió de prisa, tosiendo, riendo, agitando en el aire los brazos elevados.

—Nunca los dejó entrar —volvió a gritar a través de su risa, mientras sus pies con botines pateaban la gravilla del sendero—. Por eso.

Sobre sus sabios hombros, a través del ajedrezado de hojas, el sol lanzaba lentejuelas, monedas danzantes.

[3]

Ineluctable modalidad de lo visible: por lo menos eso, si no más, pensado a través de mis ojos. Las signaturas de todas las cosas estoy aquí para leer; huevas y fucos marinos, la marea que se acerca, esa bota herrumbrosa. Verdemoco, platazul, herrumbre: signos coloreados. Límites de lo diáfano. Pero añade él: en los cuerpos. Entonces, se daba cuenta de ellos, de los cuerpos, antes que de ellos coloreados. ¿Cómo? Golpeando contra ellos la mollera, claro. Despacito. Calvo era y millonario, *maestro di color che sanno*. Límite de lo diáfano en. ¿Por qué en? Diáfano, adiáfano. Si se pueden meter los cinco dedos a través suyo, es una verja; si no, una puerta. Cierra los ojos y ve.

Stephen cerró los ojos para oír sus botas aplastando crujientes fucos y conchas. Caminas a través de ello, sea como sea. Yo, una zancada a cada vez. Un cortísimo espacio de tiempo a través de cortísimos espacios de tiempo. Cinco, seis: el *Nacheinander*. Exactamente: y ésa es la ineluctable modalidad de lo audible. Abre los ojos. No. ¡Dios mío! Si me cayera por una escollera que avanza sobre su base, caería a través del *Nebeneinander* ineluctablemente. Voy saliendo adelante bastante bien en la oscuridad. Mi espada de fresno pende a mi costado. Ve tentando con ella: así lo hacen ellos. Mis dos pies en sus botas están en el extremo de mis piernas, nebeneinander. Suena a macizo: hecho por el mazo de *Los Demiurgos*. ¿Estoy marchando hacia la eternidad a lo largo de la playa de Sandymount? Chaf, crac, cric, cric. Silvestre dinero de mar. El dómine Deasy se lo sabe tó.

¿No vienes a Sandymount,
Madelin la jaca?

Empieza un ritmo, ya ves. Ya oigo. Un tetrámetro cataléctico de yambos en marcha. No, al galope: *delin la jaca*.

Abre ahora los ojos. Ya voy. Un momento. ¿Se ha desvanecido todo mientras tanto? Si los abro y estoy para siempre en lo negro adiáfano. *¡Basta!* Voy a ver si veo.

Veo ahora. Ahí, todo el tiempo sin ti: y será para siempre, mundo sin fin.

Bajaban prudentemente los escalones de Leahy's Terrace, *Frauenzimmer*: y por la orilla en declive abajo, blandamente, sus pies aplastados en la arena sedimentada. Como yo, como Algy, bajando hacia nuestra poderosa madre. La número uno balanceaba pesadamente su bolsa de comadrona, la sombrilla de la otra pinchada en la playa. Desde el barrio de las Liberties, en su día libre. La señora Florence MacCabe, sobreviviente al difunto Patk MacCabe, profundamente lamentado, de la calle Bride. Una de las de su hermandad tiró de mí hacia la vida, chillando. Creación desde la nada. ¿Qué tiene en la bolsa? Un feto malogrado con el cordón umbilical a

rastras, sofocado en huata rojiza. Los cordones de todos se eslabonan hacia atrás, cable de trenzados hilos de toda carne. Por eso es por lo que los monjes místicos. ¿Queréis ser como dioses? Contemplaos el ombligo: Aló. Aquí Kinch. Póngame con Villa Edén. Aleph, alfa: cero, cero, uno.

Cónyuge y compañera asistente de Adán Kadmón: Heva, Eva desnuda. No tenía ombligo. Contemplad. Barriga sin mancha, hinchada y grande, broquel de tenso pergamino, no, trigo en blanco montón, auroral e inmortal, irguiéndose por los siglos de los siglos. Vientre de pecado.

Enventrado en pecado, tiniebla fui yo también, creado, no engendrado. Por ellos, el hombre con mi voz y mis ojos y una mujer fantasma con cenizas en el aliento. Se agarraron y se separaron, cumplieron la voluntad del emparejador. Desde antes de los siglos Él me quiso y ahora no puede querer que no sea, ni nunca. Una *lex eterna* permanece en torno a Él. ¿Es eso entonces la divina substancia en que Padre e Hijo son consubstanciales? ¿Dónde está el pobre del bueno de Arrio para poner a prueba las conclusiones? Guerreando toda la vida contra la contransmagnificandijudibangtancialidad. Heresiarca de mala estrella. Exhaló su último aliento en un retrete griego: euthanasia. Con mitra llena de lentejuelas y con báculo, atascado en su trono, viudo de una sede viuda, con el omophorion erecto, con el trasero coagulado.

Las brisas caracoleaban a su alrededor, brisas mordientes y ansiosas. Ahí vienen, las olas. Los caballos marinos de blancas crines, tascando el freno, embridados en claros vientos, los corceles de Mananaan.

No tengo que olvidarme de su carta para la prensa. ¿Y después? El Ship, a las doce y media. Por cierto, vamos despacio con ese dinero, como buen joven idiota. Sí, tengo que.

Aflojó el paso. Aquí. ¿Voy a casa de tía Sara o no? La voz de mi padre consubstancial. ¿Has visto últimamente a tu hermano Stephen el artista? ¿No? ¿Seguro que no está en Strasburg Terrace con tía Sally? ¿No podría picar un poquito más alto que eso, eh? Y y y y dinos, Stephen ¿cómo está tío Si? Oh, sufridísimo Dios, ¡con qué me he casado! Loh chiquilloh en lo alto del henil. El pequeño chupatintas borracho y su hermano, el trompetista. ¡Altamente respetables gondoleros! Y Walter el de los ojos bizcos tratando de señor a su padre, ¡nada menos! Señor. Sí, señor. No, señor. Jesús lloró, y no es extraño, ¡por Cristo!

Tiro de la asmática campanilla de su casita con las persianas cerradas: y espero. Me toman por un acreedor, atisban desde un rincón escondido.

—Es Stephen, señor.

—Hazle pasar. Haz pasar a Stephen.

Un cerrojo corrido y Walter me da la bienvenida.

—Creíamos que eras alguien diferente.

En su ancha cama el tío Richie, entre almohadas y mantas, extiende sobre la colina de sus rodillas un sólido antebrazo. Limpio de pecho. Se ha lavado la mitad de

arriba.

—Buenas, sobrino. Siéntate y acércate.

Echa a un lado la bandeja en que hace sus notas de gastos a la atención de Maese Hoff y Maese Shapland Tandy, protocolizando poderes, atestados y un mandato de comparecencia. Un marco de encina negra sobre su cabeza calva: el *Requiescat* de Wilde. El bordoneo de su engañoso silbido hace volver a Walter.

—¿Qué, señor?

—Whisky para Richie y Stephen, díselo a madre. ¿Dónde está?

—Bañando a Crissie, señor.

Compañerita de cama de papá. Terroncito de amor.

—No, tío Richie…

—Llámame Richie. Al diablo esta agua de lithines. Te echa abajo. ¡Whisky!

—Tío Richie, de verdad…

—Siéntate, o si no, qué demonios, te echo abajo de un golpe, Harry.

Walter bizquea en vano buscando una silla.

—No tiene en qué sentarse, señor.

—No tiene dónde ponerlo, idiota. Trae la butaca Chippendale. ¿Quieres un bocado de algo? Nada de esos malditos melindres aquí. ¿Una buena tajada de tocino frito con un arenque? ¿De veras que no? Tanto mejor. No tenemos en casa más que píldoras contra el dolor de riñones.

All'erta!

Bordonea compases del *aria di sortita* de Ferrando. El número más grandioso, Stephen, de la ópera entera. Escucha.

El afinado silbido vuelve a sonar, sutilmente matizado, con chorros bruscos de aire, mientras sus puños aporrean un bombo en sus rodillas almohadilladas.

El viento es más dulce.

Casas de ruina, la mía, la suya y todas. Decías a la gente bien de Clongowes que tenías un tío juez y un tío general del ejército. Sal fuera de ellos, Stephen. La belleza no está ahí. Tampoco en la empantanada bahía de la biblioteca de Marsh donde leíste las desteñidas profecías del abad Joaquín. ¿Para quién? La chusma de cien cabezas del recinto de la catedral. Odiador de su especie, salió corriendo del bosque de la locura, con la melena espumeando bajo la luna, los globos de los ojos hechos estrellas. *Houyhnhnm*, narices de caballo. Las ovales caras caballunas. Temple, Mulligan, Foxy Campbell. Abba Padre, furioso deán, ¿qué agravio incendió sus cerebros? ¡Paf! *Descende, calve, ut ne nimium decalveris*. Una guirnalda de pelo gris en su amenazada cabeza, mirádmele bajar gateando hasta el escalón inferior (*descende!*), agarrando una custodia, con ojos de basilisco. ¡Baja, cholla calva! Un coro devuelve amenaza y eco, ayudando en torno a los cuernos del altar, con el latín nasal de los curapios removiéndose rollizos en sus albas, tonsurados y ungidos y castrados, gordos de la grasa de los riñones del trigo.

Y en el mismo instante quizá un sacerdote a la vuelta de la esquina elevándolo. ¡Tilintilín! Y dos calles más allá otro encerrándolo en una píxide. ¡Tilintilín! Y en una capilla de la Virgen otro engulléndose toda la comunión él solo. ¡Tilintilín! Abajo, arriba, adelante, atrás. Dan Occam ya lo pensó, doctor invencible. Una neblinosa mañana inglesa, el duende de la hipóstasis le cosquilleó los sesos. Al bajar la hostia y arrodillarse oyó entrelazarse con su segundo campanillazo el primer campanillazo del transepto (ése está elevando la suya), y al levantarse, oyó (ahora yo estoy elevando) sus dos campanillazos (ése se está arrodillando) tintineando en diptongo.

Primo Stephen, nunca serás santo. Isla de santos. Eras terriblemente piadoso, ¿no es verdad? Rezabas a la Santísima Virgen para no tener la nariz roja. Rezabas al diablo en Serpentine Avenue para que la viuda regordeta de delante de ti se levantara un poco más las faldas, en la calle mojada. *O si, certo!* Vende tu alma por eso, ea, trapos teñidos sujetos con alfileres alrededor de una mujer pielroja. ¡Más, dime, más aún! En la imperial del tranvía de Howth, solo, gritando a la lluvia: *¡Mujeres desnudas! ¡Mujeres desnudas!* ¿Y de eso qué, eh?

¿Y de eso qué? ¿Para qué otra cosa se han inventado?

Leyendo dos páginas a cada vez de siete libros cada noche, ¿eh? Yo era joven. Te hacías reverencias a ti mismo en el espejo, adelantándote al aplauso seriamente, con cara impresionante. ¡Hurra por el condenado idiota! ¡…Rra! Nadie lo ha visto: no se lo digas a nadie. Libros que ibas a escribir con letras por títulos. ¿Ha leído usted su F? Ah, sí, pero prefiero Q. Sí, pero W es estupendo. Ah, sí, W. ¿Recuerdas tus epifanías en hojas verdes ovaladas, profundamente profundas, copias para enviar, si morías, a todas las bibliotecas del mundo, incluida Alejandría? Alguien las había de leer al cabo de unos pocos miles de años, un mahamanvantara. Como Pico della Mirandola. Sí, muy parecido a una ballena. Cuando uno lee esas extrañas páginas de uno que desapareció hace mucho uno se siente uno con uno que una vez…

La arena granujienta había desaparecido de sus pies. Sus botas volvían a pisar húmedo magma crujiente, conchas de navajas, guijarros chirriantes, todo lo que choca en los innumerables guijarros, madera cribada por la carcoma marina, perdida Armada Invencible. Mefíticos bancos de arena esperaban chupar sus suelas hollantes, exhalando hacia arriba aliento de alcantarilla. Los costeó, andando cautamente. Una botella de cerveza se erguía, encajada hasta la cintura, en la masa pastelosa de la arena. Un centinela: isla de la sed temible. Rotos aros de tonel en la orilla: en tierra, un laberinto de oscuras redes astutas: más allá, lejos, puertas falsas garrapateadas de tiza, y en lo más alto de la playa, una cuerda de secar ropa con dos camisas crucificadas. Ringsend: wigwams de atezados pilotos y patrones de barcos. Conchas humanas.

Se detuvo. He dejado atrás el camino a casa de tía Sara. ¿No voy a ir allí? Parece que no. Nadie por aquí. Se volvió al nordeste y cruzó la arena más firme hacia la Pichonera.

—*Qui vous a mis dans cette fichue position?*

—C'est le pigeon, Joseph.

Patrice, en casa con permiso, lamía leche caliente conmigo en el bar MacMahon. Hijo del pato salvaje, Kevin Egan de París. Mi padre es un pájaro, lamía la dulce *lait chaud* con joven lengua rosa, gorda cara de conejito. Lamer, lap, lap, *lapin*. Sobre la naturaleza de las mujeres, había leído en Michelet. Pero tiene que mandarme *La Vie de Jésus* de Léo Taxil. Se la prestó a su amigo.

—C'est tordant, vous savez. Moi je suis socialiste. Je ne crois pas en l'existence de Dieu. Faut pas le dire à mon père.

—Il croit?

—Mon père, oui.

Schluss. Lame.

Mi sombrero de Barrio Latino. Dios mío, sencillamente hay que caracterizarse según el papel. Necesito guantes color pulga. ¿Eras estudiante, no es verdad? ¿De qué, en nombre del otro demonio? Peceene. P.C.N., ya sabes: *physiques, chimiques et naturelles*. Ajá. Te comías tus pocos cuartos de *mou en civet*, ollas de carne de Egipto, entre codazos de cocheros eructantes. Basta que digas en el tono más natural: Cuando yo estaba en París, *boul'Mich*, solía. Sí, solía llevar encima tickets perforados para probar la coartada si me detenían por asesinato en algún sitio. Justicia. En la noche del diecisiete de febrero de 1904 el encartado fue visto por dos testigos. Otro tipo lo hizo: otro yo. Sombrero, gabán, nariz. *Lui, c'est moi*. Parece que lo pasaste muy bien.

Caminando orgullosamente. ¿Cómo quién intentabas caminar? Lo he olvidado: un desheredado. Con el giro postal de madre, ocho chelines, la retumbante puerta del correo estampada en tus narices por el portero. Dolor de muelas de hambre. *Encore deux minutes*. Mire el reloj. Tengo que entrar. *Fermé*. ¡Perro a sueldo! A tiros, hacerle pedacitos sangrientos con, bum, una escopeta de perdigones, pedacitos hombre espachurrado paredes todo botones dorados. Pedacitos todos jrrrrclac a su sitio vuelven chascando. ¿No se ha hecho daño? Oh, todo está perfectamente. ¿Ve lo que quiero decir? Choque esos cinco. Bueno, está muy bien todo.

Ibas a hacer milagros, ¿eh? Misionero en Europa siguiendo al fogoso Columbano. Fiacre y Escoto en sus taburetes de castigo en el cielo hacen desbordar sus potes de cerveza, riendoruidosolatín: *Euge! Euge!* Fingiendo hablar mal el inglés cuando arrastrabas la maleta, tres peniques un maletero, a través del limoso muelle, en Newhaven. *Comment?* Con rico botín te volviste: *Le Tutu*, cinco números desgarrados de *Pantalon Blanc et Culotte Rouge*: un telegrama francés, azul, curiosidad para enseñar: —Madre muriéndose vuelve casa padre.

La tía cree que mataste a tu madre. Por eso no quiere.

Por la tía de Mulligan un brindis,
la razón en seguida se verá:
ella fue la que siempre hizo a los Hannigan

con decencia tener la familia.

Sus pies marchaban con súbito ritmo orgulloso sobre los surcos de la arena, a lo largo de los pedruscos de la muralla sur. Los miraba fijamente con orgullo, apilados cráneos de mamut de piedra. Luz dorada en el mar, en la arena, en los pedruscos. El sol está ahí, los esbeltos árboles, las casas limón.

París despertando en crudo, cruda luz de sol en sus calles limón. Miga húmeda de panecillos humeantes, al ajenjo verderrana, su incienso matinal, cortejan el aire. Belluomo se levanta de la cama de la mujer del amante de su mujer, el ama de casa empañuelada se afana, una bandeja de ácido acético en las manos. En Rodot, Yvonne y Madeleine renuevan sus bellezas tumbadas, destrozando con dientes de oro *chaussons* de pastelería, las bocas amarilleadas por el *plus* de *flan bretón*. Pasan caras de hombres de París, sus complacidos complacedores, rizados conquistadores.

El mediodía dormita. Kevin Egan enrolla cigarrillos de pólvora entre dedos pringados de tinta de imprenta, sorbiendo su hada verde, como Patrice la suya blanca. Alrededor de nosotros, engullidores se echan tenedoradas de judías picantes tragadero abajo. *Un demi setier!* Un chorro de vapor de café desde la bruñida caldera. Ella me sirve, a la señal de él. *Il est irlandais. Hollandais? Non fromage. Deux irlandais, nous, Irlande, vous savez? Ah oui!* Creyó que querías un queso *hollandais*. Tu postprandial, ¿conoces esa palabra? Un tipo que conocí una vez en Barcelona, un tipo raro, solía llamarlo su postprandial. Bueno: *slainte!* En torno a los bloques marmóreos de las mesas, el enredo de alientos vinosos y gaznates gorgoteantes. El aliento de él pende sobre platos manchados de salsa, el colmillo verde de hada despuntando entre sus labios. De Irlanda, los Dalcasianos, de esperanzas, conspiraciones, de Arthur Griffith ahora, AE, guía, buen pastor de hombres. Enyugarme como compañero suyo de yugo, nuestros delitos nuestra causa común. Tú eres el hijo de tu padre. Conozco la voz. Su camisa de fustán, floreada color sangre, hace temblar sus borlas españolas por sus secretos. M. Drumont, famoso periodista, Drumont, ¿sabes cómo llamó a la reina Victoria? Vieja bruja de dientes amarillos. *Vieille ogresse* con los *dents jaunes*. Maud Gonne, hermosa mujer, *la Patrie*, M. Millevoye, Félix Faure, ¿sabes cómo murió? Hombres licenciosos. La *froeken, bonne à tout faire*, que restriega desnudez masculina en el baño en Upsala. *Moi faire,* dijo. *Tous les messieurs*. No este *monsieur,* dije. Costumbre muy licenciosa. El baño es una cosa muy íntima. No le dejaría a mi hermano, ni siquiera a mi propio hermano, cosa muy lasciva. Ojos verdes, os veo. Colmillo, lo noto. Gente lasciva.

La yesca azul arde muriendo entre las manos y arde clara. Sueltas hebras de tabaco se inflaman: una llama y un humo acre iluminan nuestro rincón. Crudos huesos de la cara bajo su sombrero de conspirador. Cómo escapó el cabecilla, versión auténtica. Disfrazado de novia, hombre, velo flores de azahar, salió disparado por el camino a Malahide. Así lo hizo, de veras. De jefes perdidos, los traicionados, fugas locas. Disfraces, agarrados, desaparecidos, no aquí.

Enamorado despreciado. Yo era entonces un muchachote espléndido, te lo aseguro. Te enseñaré algún día mi retrato. Sí que lo era, de veras. Enamorado, por amor de ella rondó con el coronel Richard Burke, jefe hereditario de su clan, bajo los muros de Clerkenwell y, acurrucados, vieron una llama de venganza lanzarles a lo alto en la niebla. Cristal roto y mampostería desmoronándose. En el alegre París se esconde, Egan de París, no buscado por nadie sino por mí. Haciendo sus estaciones diarias, la mísera caja de tipografía, sus tres tabernas, la cueva de Montmartre donde duerme su corta noche, *rue de la Goutte-d'Or*, tapizada con rostros de los desaparecidos, cagados de moscas. Sin amor, sin tierra, sin esposa. Ella está tan fenomenalmente a gusto sin su proscrito, madame, en *rue Gît-le-Coeur*, canario y dos huéspedes de postín. Mejillas de albaricoque, una falda cebrada, vivaz como la de una muchachita. Despreciado y sin desesperar. Di a Pat que me viste, ¿quieres? Una vez quise encontrarle un trabajo al pobre Pat. *Mon fils*, soldado de Francia. Le enseñé a cantar *Los muchachos de Kilkenny son unos tíos valientes y ruidosos.* ¿Conoces esa vieja canción? Le enseñé a Patrice ésa. Viejo Kilkenny: San Canice, castillo de Strongbow sobre el Nore. Es así, oh, oh. Me toma de la mano, Napper Tandy:

Oh, oh, los muchachos
de Kilkenny…

Débil mano consumida en la mía. Han olvidado a Kevin Egan, él no a ellos. Recordándote ¡oh Sión!

Se había acercado al borde del mar y húmeda arena abofeteaba sus botas. El nuevo aire le saludaba, con arpegios en sus nervios locos, viento de loco aire de semillas de luminosidad. Eh, no estaré andando afuera, hacia el barco faro de Kish, ¿no? Se detuvo de repente, con los pies empezando a hundirse lentamente en el suelo tembloroso. Volver atrás.

Volviéndose, escrutó la orilla sur, los pies hundiéndose otra vez lentamente en nuevos agujeros. Aguarda el frío espacio abovedado de la torre. A través de las troneras, las lanzadas de luz se mueven siempre, lentamente siempre, tal como se hunden mis pies, deslizándose hacia la oscuridad sobre la esfera de reloj del suelo. Oscuridad azul, caída de la noche, profunda noche azul. En la oscuridad de la bóveda esperan, las sillas echadas atrás, mi maleta en obelisco, en torno a una mesa de vajilla abandonada. ¿Quién va a recogerla? Él tiene la llave. No voy a dormir allí cuando llegue la noche. Una puerta cerrada de una torre silenciosa sepultando sus cuerpos ciegos, el sahib de la pantera y su perro perdiguero. Llamar: sin respuesta. Levantó los pies de la absorción y volvió atrás siguiendo el muelle de pedruscos. Tomar todo, conservar todo. Mi alma camina conmigo, forma de las formas. Así en mitad de las velas de la luna mido con mis pasos el sendero sobre las rocas, plateadas en color sable, oyendo la tentadora creciente de Elsinore.

La creciente me sigue. Puedo observarla pasar desde aquí. Vuelve atrás entonces por el camino de Poolbeg hasta la playa, ahí abajo. Trepó sobre los juncos y los viscosos bejucos y se sentó en una banqueta de roca, apoyando el bastón de fresno en un saliente de la roca.

La carcasa hinchada de un perro yacía repantigada en los sargazos. Delante, la regala de un bote, hundida en la arena. *Un coche ensablé* llamó Louis Veuillot a la prosa de Gautier. Esas pesadas arenas son lenguaje que la marea y el viento han sedimentado aquí. Y ahí, los túmulos de constructores muertos, un laberinto de madrigueras de ratas comadrejas. Esconder oro ahí. Pruébalo. Lo tienes. Arenas y piedras. Pesadas del pasado. Juguetes de Sir Lout. Fíjate que no recibas una, pam, en la oreja. Yo soy el muy jodido gigante que echa a rodar todos esos jodidos pedruscos, huesos para mis piedras pasaderas. ¡Fiifoofum! Juelo la jangre de un jirlandej.

Un punto, un perro vivo, creció ante la vista corriendo a través de la extensión de arena. Señor, ¿me irá a atacar a mí? Respeta sus fueros. No serás señor de otros ni esclavo suyo. Tengo mi bastón. Quédate bien sentado. Desde más lejos, caminando hacia la orilla a través de las crestas de la marea, figuras, dos. Las dos Marías. Lo han metido en sitio seguro entre los juncos. Veo, veo. ¿Qué ves? No, el perro. Vuelve corriendo a ellas. ¿Quién?

Las galeras de los Lochlanns corrían aquí a la playa, en busca de presa, con sus proas de picos sangrientos cabalgando una baja rompiente de peltre fundido. Vikingos daneses, con collares de tomahawks reluciendo sobre el pecho cuando Malachi llevaba el collar de oro. Una bandada de balenópteros varados en el caluroso mediodía, lanzando chorros, revolcándose en los bajíos. Luego, desde la hambrienta ciudad de jaulas, una horda de enanos con jubones de cuero, mi gente, con cuchillos de desollar, corriendo, encaramándose, dando tajos en la verde carne de ballena, revestida de grasa. Hambruna, peste y matanzas. Su sangre está en mí, sus lujurias son mis olas. Me moví entre ellos por el Liffey helado, aquel yo, cambiado en la cuna, entre las crepitantes hogueras resinosas. A nadie hablé: nadie a mí.

El ladrido del perro corría hacia él, se detuvo, retrocedió corriendo. Perro de mi enemigo. Sencillamente me quedé pálido, silencioso, acorralado. *Terribilia meditans*. Un justillo color prímula, la sota de la fortuna, sonreía de mi miedo. ¿Por eso te angustias, el ladrido de su aplauso? Pretendientes: vivir sus vidas. El hermano de Bruce, Thomas Fitzgerald, caballero sedoso, Perkin Warbeck, falso retoño de York, en calzones de seda de marfil rosablanco, prodigio de un día, y Lambert Simnel, con una escolta de maritornes y buhoneros de guerra, barrendero coronado. Todos los hijos del rey. Paraíso de pretendientes entonces y ahora. Él salvó a algunos de ahogarse y tú tiemblas ante el ladrido de un chucho. Pero los cortesanos que se burlaron de Guido en Or San Michele estaban en su casa propia. Casa de… No queremos que nos vengas con tus abstrusidades medievales. ¿Harías lo que hizo él? Habría cerca una barca, un salvavidas. *Natürlich*, puesto allí para ti. ¿Lo harías o no? El hombre que se ahogó hace nueve días al largo de Maiden's Rock. Le esperan

ahora. La verdad, desembúchala. Yo querría. Intentaría. No soy un nadador muy bueno. Agua fría blanda. Cuando metía la cara en ella en la palangana en Clongowes. ¡No veo! ¿Quién está detrás de mí? ¡Fuera deprisa, deprisa! ¿Ves la marea fluyendo deprisa por todos los lados, ensabanando deprisa los bajos de las arenas, color cáscara de cacao? Si tuviera tierra bajo los pies. Quiero que su vida siga siendo suya, y la mía siga siendo mía. Un hambre que se ahoga. Sus ojos humanos me gritan desde el horror de su muerte. Yo… Con él hundiéndome del todo… A ella no pude salvarla. Aguas: amarga muerte: perdida.

Una mujer y un hombre. Le veo las enaguas. Sujetas en alto con alfileres, apuesto.

El perro de ellos corría contoneándose en torno a un banco de arena invadido por el agua, al trote, olfateando por todas partes. Buscando algo perdido en una vida pasada. De repente salió disparado como una liebre que salta, las orejas echadas atrás, en persecución de la sombra de una gaviota en vuelo raso. El silbido chillón del hombre le hirió las flojas orejas. Se dio vuelta, volvió de un salto, se acercó, trotó sobre ancas chispeantes. En campo de gules, un ciervo pasante, de color natural, sin astas. En el borde de encaje de la marea se detuvo, con las patas delanteras rígidas, las orejas aguzadas hacia el mar. Su hocico levantado ladró al ruido de olas, manadas de morsas. Serpenteaban hacia sus patas, rizándose, desplegando muchas crestas, una de cada nueve rompiéndose, salpicando, desde lejos, desde aún más afuera, olas y olas.

Buscadores de berberechos. Vadearon un trecho en el agua y, agachándose, sumergieron sus bolsas, y volviéndolas a levantar, salieron vadeando. El perro ladró corriendo hacia ellos, se irguió y les manoteó, cayó a cuatro patas, y otra vez se irguió hacia ellos con muda adulación de oso. Sin que le hicieran caso, se mantuvo junto a ellos mientras se acercaban hacia la arena más seca, con un andrajo de lengua de lobo jadeando roja desde sus quijadas. Su cuerpo a manchas se contoneaba por delante de ellos, y luego echó a correr en un trote de becerro. El cadáver estaba en su camino. Se detuvo, olfateó, dio vueltas majestuosamente, hermano, acercó la nariz, giró en torno, olfateando deprisa perrunamente por completo todo el pelaje arrastrado del perro muerto. Cráneo de perro, olfatear de perro, ojos en el suelo, avanza hacia una sola gran meta. Ah, pobre cuerpo de perro. Aquí yace el cuerpo del pobre cuerpo de perro.

—¡Andrajos! Fuera de ahí, chucho.

El grito le hizo volver furtivamente a su amo y un sordo puntapié sin bota le lanzó sano y salvo a través de una lengua de arena, encogido en el vuelo. Volvió disimulándose en curva. No me ve. A lo largo del borde del muelle, arrastró las patas, vagabundeó, olió una roca y, por debajo de una pata trasera, orinó brevemente hacia una roca que no olió. Los sencillos placeres del pobre. Sus zarpas traseras entonces desparramaron arena: luego las zarpas delanteras hurgaron y ahondaron. Algo enterró allí, a su abuela. Hozó en la arena, hurgando, ahondando, y se detuvo a escuchar el

aire, volvió a rascar la arena con una furia en sus garras que cesó pronto, leopardo, pantera, engendrado quebrantamiento conyugal, buitreando a los muertos.

Después que él me despertó anoche el mismo sueño, ¿o no? Espera. Portal abierto. Calle de prostitutas. Recuerda. Harún al-Raschid. Lo estoy casi casi. Aquel hombre me guiaba, hablaba. Yo no tenía miedo. El melón que tenía, me lo acercó a la cara. Sonreía: olor de fruta cremosa. Ésa era la regla, decía. Adentro. Venga. Alfombra roja extendida. Ya verá quién.

Con las bolsas al hombro, avanzaban fatigosamente, los rojos egipcios. Los pies lívidos de él, saliendo de unos pantalones remangados, azotaban la arena pegajosa; una bufanda ladrillo oscuro estrangulando su cuello sin afeitar. Ella, con mujeriles pasos, le seguía: el gachó y su gachí. El botín colgado a la espalda de ella. Arena suelta y trozos de conchas formaban costra en sus pies descalzos. El pelo le flotaba al aire, tras la cara, áspera del viento. Detrás de su señor, compañera ayudante, tira allá, a la gran urbe. Cuando la noche esconde los defectos de su cuerpo, llama bajo su chal pardo, desde un soportal ensuciado por los perros. Su hombre está invitando a dos del Royal Dublin en O'Loughlin de Blackpitts. Besuquéala, cómetela, en la jerga pringosa del pícaro, por, Oh, mi chupadora tía cachonda. Una blancura de diabla bajo sus andrajos rancios. El callejón de Fumbally aquella noche: los olores de la tenería.

Blancas tus patas, roja tu jeta,
y tus magras son bien duras.
Ven al catre ahora conmigo.
Agárrate y besa a oscuras.

Delectación morosa llama a eso Panzo Tomás de Aquino, *frate porcospino*. Adán antes de la caída montaba y no se ponía cachondo. Déjale que brame: *tus magras son bien duras*. Lenguaje ni pizca peor que el suyo. Palabras de monje, cuentas de rosario charloteando sobre sus cinturones: palabras de pícaro, duras pepitas se entrechocan en sus bolsillos.

Pasan ahora.

Una mirada de reojo a mi sombrero de Hamlet. ¿Y si de repente estuviera desnudo, aquí mismo donde estoy sentado? No lo estoy. A través de las arenas de todo el mundo, seguida por la espada flamígera del sol, hacia occidente, marchando hacia tierras de poniente. Camina penosamente, schleppea, arrastra, remolca, trascina su carga. Una marea occidentalizante, tirada por la luna, sigue su estela. Mareas, de miríadas de islas, dentro de ella, sangre no mía, *oinopa ponton*, un mar vinoso oscuro. He aquí la esclava de la luna. En sueño, el signo húmedo marca su hora, la manda levantarse. Cama de esposa, cama de parto, cama de muerte, con velas espectrales. *Omnis caro ad te veniet*. Viene él, pálido vampiro, a través de la tempestad sus ojos, sus alas de murciélago ensanguinolando el mar, boca al beso de la boca de ella.

Ea. Clávale un alfiler, ¿quieres? Mis tabletas. Boca para el beso de ella. No. Debe haber dos. Pégalos para el beso de la boca de ella.

Sus labios labiaron y boquearon labios de aire sin carne: boca para el vientre de ella. Entre, omnienventrador antro. Su boca molde moldeó aliento que salía, inverbalizado: uuiijáh: rugido de planetas cataráticos, globados, incandescentes, rugiendo allávaallávaallávaallávaallávaallá. Papel. Los billetes, malditos sean. La carta del viejo Deasy. Aquí. Agradeciendo su hospitalidad arrancar el final en blanco. Volviendo la espalda al sol se inclinó sobre una mesa de roca y garrapateó palabras. Es la segunda vez que me he olvidado de llevarme papelitos de notas del mostrador de la biblioteca.

Su sombra se extendía sobre las rocas mientras él seguía inclinado, terminando. ¿Por qué no sin fin hasta la más remota estrella? Oscuramente están ahí detrás de esta luz, oscuridad brillando en la claridad, Delta de Casiopea, mundos. Yo, aquí sentado, con la vara augural de fresno, con sandalias prestadas, de día junto a un mar lívido, inobservado, en la noche violeta caminando bajo un reino de insólitas estrellas. Arrojo de mí esta sombra finita, ineluctable forma de hombre, la llamo para que vuelva a mí. Sin fin, ¿sería mía, forma de mi forma? ¿Quién me observa aquí? ¿Quién, jamás, en algún sitio, leerá estas palabras escritas? Signos en campo blanco. En algún sitio a alguien, con tu más aflautada voz. El buen obispo de Cloyne sacó el velo del templo de dentro de su sombrero de teja: velo de espacio con emblemas coloreados tachonando su campo. Aguanta bien. Coloreados en un plano: sí, está bien. Plano lo veo, luego pienso la distancia, cerca, lejos, plano lo veo, oriente, atrás. ¡Ah, ya lo veo! Se echa atrás de repente, congelado en el estereoscopio. Chac, y ya está el truco. Encuentras oscuras mis palabras. La oscuridad está en nuestras almas, ¿no crees? Más aflautada. Nuestras almas, heridas de vergüenza por nuestros pecados, se nos aferran aún más, una mujer aferrándose a su amante, más cuanto más.

Ella se fía de mí, su mano suave, los ojos de largas pestañas. Ahora ¿a dónde demonios la estoy llevando más allá del velo? A la ineluctable modalidad de la ineluctable visualidad. Ella, ella, ella. ¿Cuál ella? La virgen en el escaparate de Hodges Figgis el lunes buscando uno de los libros alfabéticos que ibas a escribir. Ojeada penetrante le lanzaste. La muñeca a través del lazo bordado de su sombrilla. Vive en Leeson Park, con un dolor y cachivaches, dama literaria. Habla de eso con alguna otra, Stevie: una mujer fácil. Apuesto a que lleva esos malditos corsé ligas y medias amarillas, zurcidas con lana desigual. Háblale de tartas de manzanas, *piuttosto*. ¿Dónde tienes la cabeza?

Tócame. Ojos suaves. Mano suave suave suave. Estoy muy solo aquí. Ah, tócame pronto, ahora. ¿Cuál es esa palabra que saben todos los hombres? Estoy quieto aquí solo. Triste también. Toca, tócame.

Se echó atrás, tendido del todo sobre las rocas puntiagudas, metiéndose de mala manera en un bolsillo el apunte garrapateado y el lápiz, con el sombrero inclinado sobre los ojos. Es el movimiento de Kevin Egan el que he hecho, dando cabezadas al

echar la siesta, sueño sabático. *Et vidit Deus. Et erant valde bona*. ¡Hola! *Bonjour*. Bienvenido como las flores en mayo. Bajo el ala del sombrero observó el sol sureante a través de pestañas trémulas a lo pavo real. Estoy cogido en esta ardiente escena. La hora de Pan, el mediodía faunesco. Entre plantas serpientes cargadas de goma, frutos rezumando leche, donde las hojas se abren anchamente sobre las aguas flavas. El dolor está lejos.

No te arrincones más a cavilar.

Su mirada caviló sobre sus botas de ancha puntera, desechos de un becerro, *nebeneinander*. Contó los pliegues de cuero arrugado donde el pie de otro había tenido tibio nido. *El pie que golpeó el suelo en orgía, ese pie yo desamo*. Pero te encantó cuando te pudiste poner el zapato de Esther Osvalt: chica que conocí en París. *Tiens, quel petit pied!* Amigo de veras, alma hermana: el amor de Wilde, que no se atreve a decir su nombre. Él me dejará ahora. ¿Y la culpa? Yo soy así. Todo o nada.

Desde el lago Cock, el agua fluía de lleno, en largas lazadas, cubriendo verdidoradas lagunas de arena, subiendo, fluyendo. Mi bastón de fresno se lo llevará la corriente. Tengo que esperar. No, pasarán allá, pasarán rozando las rocas bajas, remolineando, pasando. Mejor acabar pronto este asunto. Escucha: un habla de olas en cuatro palabras: siisuu, jrss, rssiiess, uuus. Aliento vehemente de aguas entre serpientes de mar, caballos encabritados, rocas. En copas de rocas se empoza: plof, chop, chlap: embridado en barriles. Y, agotado, cesa su habla. Fluye cayendo pesadamente, fluyendo anchamente, flotante remolino de espuma, desplegada flor.

Bajo la marea hinchada vio las algas retorcidas elevarse lánguidamente y balancear brazos reluctantes, subiéndose las enaguas, en agua susurrante meciendo y volviendo a lo alto esquivas frondas de plata. Día tras día: noche tras noche: elevadas, sumergidas y dejadas caer. Señor, están fatigadas: y, en respuesta al susurro, suspiran. San Ambrosio lo oyó, suspiro de hojas y olas, esperando, aguardando la plenitud de sus tiempos, *diebus ac noctibus iniurias patiens ingemiscit*. Reunidas para ningún fin: vanamente soltadas luego, fluyendo allá, volviéndose atrás: telar de la luna. Fatigadas también a la vista de amantes, hombres lascivos, una mujer desnuda resplandeciendo en su reino, ella atrae hacia sí una redada de aguas.

Cinco brazas allá. *A cinco brazas de fondo yace tu padre*. A la una dijo. Hallado ahogado. Marea alta en la barra de Dublín. Empujando por delante un suelto aluvión de broza, bancos de peces en abanico, conchas tontas. Un cadáver subiendo blanco de sal, meciéndose hacia tierra, paso a paso una marsopa hacia tierra. Ahí está. Échale el anzuelo pronto. *Aunque hundido en el suelo de las olas*. Ya le tenemos. Despacio ahora.

Bolsa de gas cadavérico macerándose en sucia salmuera. Un temblor de pececillos, gordos de esponjosa golosina, sale como un relámpago por los intersticios de su bragueta abotonada. Dios se hace hombre se hace pez se hace lapa ganso se hace montaña de edredón. Alientos muertos respiro yo viviente, piso polvo muerto,

devoro un urinoso excremento de todos los muertos. Izado rígido sobre la borda alienta hacia arriba el hedor de su tumba verde, con el leproso agujero de la nariz roncando hacia el sol.

Un cambio marino éste, ojos pardos azulsalado. Muertemarina, la más suave de todas las muertes conocidas del hombre. Viejo Padre Océano. *Prix de Paris*: cuidado con las imitaciones. Simplemente póngalo a prueba. Nos hemos divertido enormemente.

Ven. Tengo sed. Se está nublando. No hay nubes negras en ninguna parte, ¿verdad? Tormenta. Cae todo él luz, orgulloso rayo del intelecto. *Lucifer, dico, qui nescit occasum*. No. Mi sombrero con venera y mi bordón y sus mis sandalias. ¿A dónde? A tierras de poniente. El poniente se encontrará a sí mismo.

Tomó el puño de su fresno, esbozando suavemente unas fintas, demorándose todavía. Sí, el poniente se encontrará a sí mismo en mí, sin mí. Todos los días llegan a su fin. Por cierto, el siguiente, ¿cuándo es? El martes será el día más largo. De todo el alegre año nuevo, madre, tralará lará. Lawn Tennyson, caballero poeta. *Già*. Para la vieja bruja de dientes amarillos. Y Monsieur Drumont, caballero periodista. *Già*. Mis dientes están muy mal. ¿Por qué, digo yo? Toca. Ése se pierde también. Conchas. ¿Debería ir a un dentista, quizá, con este dinero? Éste. El desdentado Kinch, el superhombre. ¿Por qué es eso, me pregunto, o quizá significa algo?

Mi pañuelo. Él lo tiró. Me acuerdo. ¿No lo recogí?

Su mano hurgó vanamente en los bolsillos. No, no lo recogí. Mejor comprar uno.

Dejó el moco seco sacado de la nariz en el filo de una roca, cuidadosamente. Por lo demás, que mire quien quiera.

Detrás. Quizá hay alguien.

Volvió la cara por sobre un hombro, retrorregardante. Moviéndose a través del aire, altas vergas de un barco de tres palos, las velas recogidas en las crucetas, en arribada, a contracorriente, moviéndose silenciosamente, barco silencioso.

2

[4]

El señor Leopold Bloom comía con deleite los órganos interiores de bestias y aves. Le gustaba la sopa espesa de menudillos, las mollejas, de sabor a nuez, el corazón relleno asado, las tajadas de hígado rebozadas con migas de corteza, las huevas de bacalao fritas. Sobre todo, le gustaban los riñones de cordero a la parrilla, que daban a su paladar un sutil sabor de orina levemente olorosa.

En riñones pensaba mientras andaba por la cocina suavemente, preparándole a ella las cosas del desayuno en la bandeja abollada. La luz y el aire en la cocina eran gélidos, pero fuera, por todas partes, hacía una suave mañana de verano. Un poco de vacío en el estómago le daba.

Los carbones se enrojecían.

Otra rebanada de pan con mantequilla: tres, cuatro: está bien. A ella no le gustaba llenarse el plato. Está bien. Dejó a un lado la bandeja, levantó el cacharro del agua de la parte de atrás del fogón y lo puso de medio lado al fuego. Allí se quedó asentado, opaco y rechoncho, con el pico saliendo para arriba. Taza de té pronto. Muy bien. Boca seca.

La gata andaba rígidamente dando la vuelta a una pata de la mesa, cola en alto.

—¡Mkñau!

—Ah, estás ahí —dijo el señor Bloom, apartándose del fuego.

La gata maulló en respuesta y anduvo de nuevo rigidamente alrededor de una pata de la mesa, maullando. Igual que como anda por mi mesa de escribir. Prr. Ráscame la cabeza. Prr.

El señor Bloom observó con benévola curiosidad la flexible forma negra. Limpia de ver: el brillo de su lustrosa piel, el lunar blanco bajo la punta de la cola, la ojos verdes destellantes. Se inclinó hacia ella, con las manos en las rodillas.

—Leche para la michina —dijo.

—¡Mrkñau! —gritó la gata.

Les llaman estúpidos. Ellos entienden lo que decimos mejor de lo que nosotros les entendemos a ellos. Ésta entiende todo lo que quiere. Vengativa también. Cruel. Su naturaleza. Curioso que los ratones nunca chillen. Parece que les gusta. No sé qué le pareceré a ella. ¿Altura de una torre? No, puede saltar por encima de mí.

—Miedo de las gallinas, es lo que tiene —dijo, burlón—. Miedo de las pitas-pitas. Nunca he visto una michina tan estúpida como esta michina.

Cruel. Su naturaleza. Curioso que los ratones nunca chillen. Parece que les gusta.

—¡Mrkrñau! —dijo la gata, fuerte.

Miró a lo alto, cerrando de vergüenza en un guiño sus ojos ávidos, maullando largo y quejumbroso, enseñándole los dientes blancoleche. Él observó las oscuras estrías de las pupilas estrechándose de avidez hasta que los ojos fueron unas piedras

verdes. Entonces se acercó al aparador, tomó el jarro que el lechero de Hanlon acababa de llenarle, y echó leche de tibias burbujas en un platillo, que dejó despacio en el suelo.

—¡Gurrjr! —gritó la gata, corriendo a lamer.

Él observó cómo le brillaban los bigotes como cables en la débil luz, al inclinarse tres veces a lamer con ligereza. No sé si será verdad que si se los cortan ya no pueden cazar ratones. ¿Por qué? Brillan en la oscuridad, quizá, las puntas. O una especie de tentáculos en la oscuridad, quizá.

La escuchó lam-lamer. Huevos con jamón, no. No hay huevos buenos con esta sequía. Necesitan agua dulce pura. Jueves: tampoco buen día para un riñón de cordero en Buckley. Frito en mantequilla, un poquito de pimienta. Mejor un riñón de cerdo en Dlugacz. Mientras hierve el agua. La gata lamía más despacio, dejando luego limpio el platillo con la lengua. ¿Por qué tienen la lengua tan áspera? Para lamer mejor, toda agujeros porosos. ¿Nada que pueda comer ésta? Echó una ojeada alrededor. No. Con suave crujir de las botas subió la escalera hasta la entrada, y se detuvo junto a la puerta de la alcoba. A ella le podría gustar algo sabroso. Rebanadas finas con mantequilla, eso le gusta por la mañana. Sin embargo, quizá, por una vez.

Dijo a media voz en el recibidor destartalado:

—Doy una vuelta hasta la esquina. Vuelvo en un momento.

Y cuando hubo oído a su voz decirlo, añadió:

—¿No quieres nada para el desayuno?

Un blando gruñido soñoliento contestó:

—Mn.

No. No quería nada. Oyó entonces un caliente suspiro profundo, más blando, al darse vuelta ella, con un tintineo de las arandelas de latón sueltas, en el jergón. Tengo que mandarlas arreglar, realmente. Lástima. Desde Gibraltar, nada menos. Ha olvidado el poco español que sabía. No sé cuánto pagaría su padre por esto. Estilo antiguo. Ah sí, claro. Lo compró en la subasta del gobernador. Adjudicado en seguida. Duro como una piedra para regatear, el viejo Tweedy. Sí, señor. Fue en Plevna. He ascendido desde soldado raso, señor, y a mucha honra. Sin embargo, tuvo bastante cabeza como para hacer aquel negocio de los sellos. Bueno, eso sí que fue previsión.

Su mano descolgó del gancho el sombrero, encima del abrigo grueso con las iniciales, y el impermeable de segunda mano, de oficina de objetos perdidos. Sellos: estampas de revés pegajoso. Estoy seguro de que hay un montón de oficiales metidos en negocios. Claro que sí. La sudada inscripción en la coronilla del sombrero le dijo mudamente: Plasto's Sombrero Alta Cal. Atisbó rápidamente dentro de la badana. Tira blanca de papel. Bien segura.

En el umbral, se tocó el bolsillo de atrás buscando el llavín. Ahí no. En los pantalones que dejé. Tengo que buscarla. La patata sí que la tengo. El armario cruje. No vale la pena molestarla. Mucho sueño al darse vuelta, ahora mismo. Tiró muy

silenciosamente de la puerta del recibidor detrás de sí, más, hasta que la cubierta de la rendija de abajo cayó suavemente sobre el umbral, fláccida tapa. Parecía cerrada. Está muy bien hasta que vuelva, de todos modos.

Cruzó al lado del sol, evitando la trampilla suelta del sótano en el número setenta y cinco. El sol se acercaba al campanario de la iglesia de San Jorge. Va a ser un día caluroso, me imagino. Especialmente, con este traje negro lo noto más. El negro conduce, refleja (¿o refracta?) el calor. Pero no podía ir con ese traje claro. Ni que fuera un pícnic. Los párpados se le bajaron suavemente muchas veces mientras andaba en feliz tibieza. La camioneta del pan de Boland entregando en bandejas el nuestro de cada día, pero ella prefiere las hogazas de ayer, tostadas por los dos lados crujientes cortezas calientes. Te hace sentirte joven. En algún sitio, por el este: ponerse en marcha al amanecer, viajar dando la vuelta por delante del sol, robarle un día de marcha. Seguir así para siempre, sin envejecer nunca un día, técnicamente. Caminar a lo largo de una plaza, en país extraño, llegar a las puertas de una ciudad, un centinela allí, también un veterano, los grandes bigotes del viejo Tweedy apoyándose en una especie de larga jabalina. Caminar por calles con celosías. Caras enturbantadas pasando. Oscuras cuevas de tiendas de alfombras, un hombretón, Turko el Terrible, sentado con las piernas cruzadas fumando una pipa retorcida. Pregones de vendedores por las calles. Beber agua perfumada con hinojo, sorbete. Andar errando todo el día. Podría encontrar algún que otro ladrón. Bueno, pues a encontrarlo. Se acerca la puesta del sol. Las sombras de las mezquitas a lo largo de las columnas: sacerdote con un pergamino en lo alto, enrollado. Un estremecimiento de los árboles, señal, el viento del anochecer. Sigo adelante. Cielo de oro que se desvanece. Una madre observa desde la puerta. Llama a casa a sus niños en su oscuro idioma. Alto muro: detrás, cuerdas pulsadas. Noche cielo luna, violeta, color de las ligas nuevas de Molly. Cuerdas. Escuchar. Una muchacha tocando uno de esos instrumentos, cómo se llaman: dulcémeles. Paso.

Probablemente no es ni pizca así en la realidad. Tipo de cosa que se lee: tras las huellas del sol. Estallido de sol en la portada. Sonrió, complaciéndose a sí mismo. Lo que dijo Arthur Griffith de la cabecera sobre el artículo de fondo en el *Freeman*: un sol de autonomía elevándose en el noroeste desde el callejón de detrás del Banco de Irlanda. Prolongó su sonrisa complacida. Toque judaico ése: sol de autonomía elevándose en el noroeste.

Se acercaba a donde Larry O'Rourke. De la reja del sótano subía flotando el flojo gorgoteo de la cerveza. A través de la puerta abierta el bar lanzaba efluvios de gengibre, polvo de té, masticaduras de galleta. Buena casa, sin embargo: al final mismo del tráfico de la ciudad. Por ejemplo, M'Auley ahí abajo: nada bien como situación. Claro que si hicieran pasar una línea de tranvía a lo largo de la Circunvalación Norte desde el mercado de ganado a los muelles, el valor subiría como un cohete.

Cabeza calva sobre la persiana. Listo viejo loco. Inútil trabajárselo para un anuncio. Sin embargo, él conoce mejor su negocio. Ahí está, por supuesto, mi valiente Larry, apoyado en mangas de camisa contra el cajón del azúcar, observando al dependiente con mandil que friega con escobón y cubo. Simon Dedalus le imita clavado bizqueando los ojos para arriba. ¿Sabe lo que le voy a decir? ¿Qué, señor O'Rourke? ¿Sabe qué? Los rusos, no serían más que un aperitivo para los japoneses.

Párate y di una palabra: sobre el funeral quizá. Triste cosa lo del pobre Dignam, señor O'Rourke.

Al doblar a la calle Dorset, dijo con viveza, saludando a través de la puerta:

—Buenos días, señor O'Rourke.

—Buenos días tenga usted.

—Un tiempo delicioso.

—Ya lo creo.

¿De dónde sacan el dinero? Llegan acá, mozos pelirrojos del condado de Leitrim, enjuagando los cascos vacíos y echando los fondos en la bodega. Y luego, míralos ahí, florecen como si fueran unos Adam Findlaters o unos Dan Tallons. Además piensa en la competencia. Sed universal. Buen rompecabezas sería cruzar Dublín sin pasar por delante de una taberna. Ahorrarlo, no pueden. Se lo sacan a los borrachos, quizá. Ponen tres y sacan cinco. ¿Qué es eso? Un chelín acá y allá, rebañando. Quizá en los pedidos al por mayor. Haciendo el doble juego con los corredores en plaza. Cuádralo con el jefe y nos partimos el trabajo, ¿entiendes?

¿Cuánto sería eso sobre la cerveza en un mes? Digamos diez barriles de mercancía. Digamos que sacara el diez por ciento. O más. Quince. Pasó por delante de San José, Escuela Nacional. Clamor de chiquillos. Ventanas abiertas. El aire libre ayuda a la memoria. O un sonsonete. Abeecee deefege kaelemene opecú erreseteuuve uvedoble. ¿Son chicos? Sí. Inishturk. Inishboffin. En su jografía. La mía. Monte Bloom.

Se detuvo delante del escaparate de Dlugacz, mirando absorto las madejas de salchichas, morcillas, negras y blancas. Cincuenta multiplicado por. Las cifras se blanqueaban en su mente sin resolver: disgustado, las dejó extinguirse. Las relucientes tripas atestadas de carne picada le alimentaban la mirada y respiraba en tranquilidad el aliento tibio de la sangre de cerdo cocida con especias.

Un riñón rezumaba gotas de sangre en el plato con adornos en hoja de sauce: el último. Se detuvo ante el mostrador junto a la criada de al lado. ¿Lo compraría también ella, pidiendo las cosas con una tira de papel en la mano? Agrietada: la sosa de lavar. Y una libra y media de salchichas de Denny. Los ojos de Bloom descansaron en sus vigorosas caderas. Woods se llama él. No sé qué hace. La mujer es de cierta edad. Sacudiendo una alfombra en la cuerda de la ropa. Sí que la sacude, caramba. El modo como se le agita a cada sacudida su falda torcida.

El salchichero de ojos de hurón dobló las salchichas que había descolgado con dedos manchados, rosasalchicha. Carne sana ahí: como de ternera de establo.

De un montón de hojas cortadas, tomó una. La granja modelo de Kinnereth, a orillas del Tiberíades. Puede convertirse en un ideal sanatorio de invierno. Moisés Montefiore. Creí que era él. La casa de la granja, con la tapia alrededor, el borroso ganado pastando. Alejó la hoja; interesante; leyó más de cerca, el borroso ganado pastando, la hoja crujiendo. Una joven ternera blanca. Aquellas mañanas en el mercado de ganado las reses mugiendo en sus corrales, ovejas marcadas, chaf, caída de estiércol, los ganaderos con botas claveteadas abriéndose paso entre la suciedad, palmeando con la mano un cuarto trasero de carne madurada, aquí hay una de primera, varas sin pelar en la mano. Pacientemente sostenía la hoja al sesgo, inclinando los sentidos y la voluntad, y con su blanda mirada subyugada en reposo. La falda torcida balanceándose golpe a golpe a golpe.

El salchichero arrebató dos hojas del montón, le envolvió sus salchichas de primera y le hizo una mueca roja.

—Aquí tiene, señorita mía —dijo.

Ella le alargó una moneda, sonriendo descarada, con su gruesa muñeca extendida.

—Gracias, señorita mía. Y un chelín y tres peniques de vuelta. ¿Y para usted, si tiene la bondad?

El señor Bloom señaló rápidamente. Alcanzarla y andar detrás de ella si iba despacio, detrás de sus jamones en movimiento. Agradable de ver primera cosa por la mañana. Date prisa, maldita sea. Aprovechar la ocasión mientras dura. Ella se quedó quieta a la puerta de la tienda al salir al sol y luego derivó perezosamente a la derecha. Él lanzó un suspiro por la nariz: ellas nunca comprenden. Manos cortadas de la sosa. Uñas de los pies con costras, también. Escapularios pardos en jirones, defendiéndola por delante y por detrás. El aguijón de la indiferencia se encendió en su pecho hasta ser débil placer. Para otro: un guardia franco de servicio la abrazaba en Eccles Lane. A ellos les gustan de buen tamaño. Salchicha de primera. Oh, por favor, señor policía, me he perdido en el bosque.

—Tres peniques, por favor.

Su mano aceptó la tierna glándula húmeda y la deslizó en un bolsillo de la chaqueta. Luego hizo subir tres monedas del bolsillo del pantalón y las dejó sobre el erizo de goma. Allí quedaron, fueron leídas rápidamente y rápidamente deslizadas, disco tras disco, al cajón.

—Gracias, señor. Hasta otra vez.

Una chispa de afanoso fuego de ojos zorrunos le dio las gracias. Retiró la mirada al cabo de un momento. No; mejor no; otra vez.

—Buenas días —dijo, marchándose.

—Buenas días, caballero.

Ni señal. Desaparecida. ¿Qué importa?

Volvió por la calle Dorset, leyendo con seriedad. Agendath Netaim: sociedad de plantadores. Para adquirir al gobierno turco vastas extensiones yermas de arena y plantarlas de eucaliptos. Excelentes para sombra, combustible y construcción.

Naranjales e inmensos melonares al norte de Jaffa. Usted paga ocho marcos y ellas plantan un dunam de terreno para usted con olivos, naranjos, almendras o limoneros. Los olivos, más baratos: los naranjos necesitan riego artificial. Cada año le mandan un envío de la cosecha. Su nombre queda registrado para toda la vida como propietario en los libros de la asociación. Puede pagar diez al contado y el resto en plazos anuales. Bleibtreustrasse 34, Berlín, W. 15.

Nada que hacer. Sin embargo, hay una idea ahí.

Miró el ganado, borroso en calor plateado. Plateados olivos empolvados. Largos días tranquilos: podar, madurar. Las aceitunas se meten en tarros, ¿no? Me quedan unas pocas de Andrews. Molly las escupía. Ahora conoce el sabor. Naranjas en papel de seda embaladas en cajas. Cidras también. No sé si el pobre Citron seguirá vivo, en la avenida Saint Kevin. Y Mastiansky con la vieja cítara. Veladas agradables que teníamos entonces. Molly en el sillón de mimbre de Citron. Buena de agarrar, fresca fruta cérea, elevarla a las narices y oler el perfume. Así, pesado, dulce, perfume silvestre. Siempre el mismo, año tras año. Sacaban precios altos también me dijo Moisel. Arbutus Place; Pleasant Street; placeres de los tiempos antiguos. No tienen que tener defectos, dijo. Viniendo desde tan lejos: España, Gibraltar, el Mediterráneo, Levante. Cajas amontonadas en el muelle de Jaffa, tipo registrándolas en un libro, estibadores manipulándolas descalzos en monos sucios. Ahí va como se llame que sale de. ¿Qué tal? No me ve. Tipo que uno conoce lo justo como para saludarle un poco latoso. Tiene la espalda como aquel capitán noruego. A lo mejor me lo encuentro hoy. Carro de riego. Para provocar la lluvia. Así en la tierra como en el cielo.

Una nube empezó a cubrir el sol del todo despacio, por entero. Gris. Lejos.

No, así no. Una tierra baldía, pelado yermo. Lago volcánico, el mar muerto: nada de peces, sin algas, hundido en lo profundo de la tierra. Sin viento que levante esas olas, metal gris, venenosas aguas neblinosas. Azufre llamaban a lo que llovía; las ciudades de la llanura; Sodoma, Gomorra, Edom. Nombres muertos todos. Un mar muerto en una tierra muerta, gris y vieja. Vieja ahora. Parió a la más vieja raza, la primera. Una bruja encorvada cruzó desde Cassidy, agarrando por el cuello una botella de una pinta. La gente más vieja. Se fue errante muy lejos por toda la tierra, de cautiverio en cautiverio, multiplicándose, muriendo, naciendo en todas partes. Ahora yacía ahí. Ahora ya no podía parir más. Muerto: el hundido coño gris del mundo.

Desolación.

Un gris horror le quemó la carne. Doblando la hoja en el bolsillo dobló hacia la calle Eccles, apresurándose a casa. Fríos aceites se deslizaban por sus venas, congelándole la sangre: la vejez con la costra de una capa de sal. Bueno, ya estoy aquí. Boca sucia de por la mañana malas imaginaciones. Me he levantado de la cama por el lado malo. Tengo que volver a empezar esos ejercicios de Sandow. Manos en el suelo. Manchadas casas de ladrillo pardo. El número ochenta todavía sin alquilar.

¿Por qué será eso? La valoración es sólo veintiocho. Towers, Battersby, North, MacArthur: ventanas de la salita emparchadas de letreros. Parches en un ojo enfermo. Oler el suave humo del té, vapores de la sartén, mantequilla crepitante. Estar cerca de su amplia carne tibiamente encamada. Sí, sí.

Rápida luz tibia del sol llegaba corriendo desde Berkeley Road, velozmente, en ágiles sandalias, siguiendo el sendero que se iluminaba. Corre, ella corre a mi encuentro, una muchacha con pelo dorado al viento.

Dos cartas y una postal estaban por el suelo en el recibidor. Se paró a recogerlas. Sra. Marion Bloom. Su rápido corazón se refrenó al momento. Caligrafía impetuosa. Señora Marion.

—¡Poldy!

Al entrar en la alcoba mediocerró los ojos y avanzó a través de una tibia media luz amarilla hacia su cabeza encrespada.

—¿Para quién son las cartas?

El las miró. Mullingar. Milly.

—Una carta de Milly para mí —dijo con cuidado— y una postal para ti. Y una carta para ti.

Le dejó la postal y la carta en la colcha cruzada, cerca de la curva de las rodillas.

—¿Quieres que levante la persiana?

Al subir la persiana hasta medio camino con suaves tirones, la vio con el rabillo del ojo lanzar una ojeada a la carta y meterla debajo de la almohada.

—¿Está bien así? —preguntó él, volviéndose.

Ella leía la postal, apoyada en el codo.

—Milly recibió las cosas —dijo ella.

Él esperó hasta que ella dejó a un lado la postal y se recostó otra vez lentamente con un suspiro de comodidad.

—Date prisa con ese té —dijo—. Estoy reseca.

—El agua está hirviendo —dijo él.

Pero se retardó despejando la silla; su enagua a rayas, ropa sucia tirada; y levantó todo en una brazada al pie de la cama.

Cuando bajaba por las escaleras de la cocina, ella le llamó:

—¡Poldy!

—¿Qué?

—Calienta antes la tetera.

Hirviendo, ya lo creo: un penacho de vapor por el pico. Echó agua hirviendo en la tetera y la enjuagó y puso cuatro cucharadas colmadas de té, inclinando luego el cacharro del agua hasta que fue cayendo dentro. Habiendo dejado el té a hacerse, puso a un lado el cacharro del agua y aplastó con la sartén las ascuas, observando cómo resbalaba y se fundía el trozo de mantequilla. Mientras desenvolvía el riñón la gata maullaba hacia él con hambre. Darle demasiada carne no cazará ratones. Dicen que no quieren comer cerdo. Kosher. Aquí está. Dejó caer hacia ella el papel untado

de sangre y echó el riñón entre la crepitante mantequilla fundida. Pimienta. La esparció por entre los dedos en círculo sacándola de la huevera agrietada.

Luego hendió y abrió la carta, echando una ojeada por la hoja abajo y por el revés. Gracias; nueva gorra; el señor Coghlan; excursión al lago Owel: joven estudiante: las bañistas de Blazes Boylan.

El té estaba hecho. Llenó su taza con bigotera, imitación Crown Derby, sonriendo. Regalo de cumpleaños de su Millyfilili. Sólo cinco años tenía entonces. No espera; cuatro. Le di el collar de símil ámbar que rompió. Echando pedazos de papel de estraza doblados en el buzón para ella. Sonrió, sirviéndose el té.

Oh Milly Bloom, tú eres mi dulce amor,
mi espejo en el poniente y el albor.
Ya te prefiero a ti sin un florín
que a Katey Keogh, con burro y con jardín.

Pobre viejo, el profesor Goodwin. Un caso terrible, hacía mucho. Sin embargo, era un viejo muy bien educado. Modales a la antigua solía hacer reverencias a Milly desde el escenario. Y el espejito en su sombrero de copa. La noche que Milly lo trajo al salón. ¡Eh, mirad lo que he encontrado en el sombrero del profesor Goodwin! Todos se rieron. Ya entonces, el sexo que despuntaba. Sinvergüencilla que era.

Clavó un tenedor en el riñón y lo hizo chascar dándole vuelta: luego encajó la tetera en la bandeja. La panza chocó al levantarla. ¿Está todo? Pan y mantequilla, cuatro, azúcar, cucharilla, su leche. Sí. La subió por las escaleras, con el pulgar enganchado en el asa de la tetera.

Abriendo la puerta con la rodilla, hizo entrar la bandeja y la puso en la silla junto a la cabecera.

—¡Cuánto has tardado! —dijo ella.

Hizo tintinear las arandelas al incorporarse con viveza, un codo en la almohada. Él bajó los ojos tranquilamente hacia su volumen, y entre sus grandes tetas blandas en pendiente dentro del camisón como las ubres de una cabra. La tibieza de su cuerpo acostado se elevó por el aire, mezclándose con la fragancia del té que se servía.

Un jirón de sobre roto se escapaba de debajo de la almohada con hoyos. Él, cuando ya se marchaba, se detuvo a alisar la colcha.

—¿De quién era la carta? —preguntó.

Caligrafía atrevida. Marion.

—Ah, de Boylan —dijo—. Va a traer el programa.

—¿Qué vas a cantar?

—*Là ci darem,* con J. C. Doyle —dijo ella— y *Dulce y vieja canción de amor*.

Sus labios carnosos, bebiendo, sonrieron. Olor más bien rancio que deja el incienso al día siguiente. Como el agua enturbiada de un florero.

—¿Quieres que abra un poco la ventana?

Ella dobló una rebanada de pan en la boca, preguntando:

—¿A qué hora es el entierro?

—A las once, creo —dijo él—. No he visto el periódico.

Siguiendo su dedo que señalaba, él levantó de la cama una pernera de sus bragas sucias. ¿No? Entonces una liga gris retorcida, anudada en torno a una media: planta deformada y reluciente.

—No: ese libro.

Otra media. Su enagua.

—Se debe haber caído —dijo ella.

Él tocó acá y allá. *Voglio e non vorrei*. No sé si ella lo pronuncia bien eso: *voglio*. En la cama no. Se debe haber resbalado abajo. Se agachó y levantó la colcha. El libro, caído, despatarrado contra la panza del orinal con greca anaranjada.

—Enséñame aquí —dijo—. Le he puesto una señal. Hay una palabra que quería preguntarte.

Tragó un sorbo de té sosteniendo la taza por el lado sin asa, y después de secarse los dedos deprisa en la manta, empezó a buscar en el texto con la horquilla hasta encontrar la palabra.

—¿Mete en qué? —preguntó él.

—Aquí está —dijo ella—. ¿Qué quiere decir eso?

Él se inclinó y leyó junto a la pulida uña del pulgar.

—¿Metempsicosis?

—Sí. ¿Con qué se come eso?

—Metempsicosis —dijo él, frunciendo el ceño—. Es griego; del griego. Eso quiere decir la transmigración de las almas.

—¡A, diablos! Dilo en palabras sencillas.

Él sonrió, mirando de soslayo los ojos burlones de ella. Los mismos ojos jóvenes. La primera noche después de las charadas. El Granero del Delfín. Pasó las hojas mugrientas. *Ruby: el orgullo de la pista*. Hola. Ilustración. Un italiano feroz con látigo de cochero. Debe ser Ruby orgullo de la en el suelo desnuda. Sábana prestada bondadosamente. *El monstruo Maffei desistió y lanzó a su víctima de sí con un juramento*. Crueldad detrás de todo. Animales drogados. Trapecio en Hengler. Tuve que mirar a otra parte. La gente con la boca abierta. Pártete el cuello y nos partiremos el pecho de risa. Familias enteras de ellos. Los desarticulan de pequeños para que se metempsicoseen. Que vivimos después de la muerte. Nuestras almas. Que el alma de un hombre después que muere. El alma de Dignam…

—¿Lo has terminado? —preguntó él.

—Sí —dijo ella—. No tiene nada indecente. ¿Sigue ella enamorada todo el tiempo del primer tipo?

—No lo he leído nunca. ¿Quieres otro?

—Sí. Busca otro de Paul de Kock. Un nombre bonito que tiene.

Ella se echó más té en la taza, observándolo fluir de reojo.

Tengo que renovar ese libro de la biblioteca de la calle Capel o escribirán a Kearney, mi fiador. Reencarnación: esa es la palabra.

—Alguna gente cree —dijo— que seguimos viviendo en otro cuerpo después de la muerte, y que hemos vivido antes. Eso lo llaman reencarnación. Que todos hemos vivido antes en la tierra, hace miles de años, o en algún otro planeta. Dicen que lo hemos olvidado. Algunos dicen que se acuerdan de sus vidas pasadas.

La perezosa leche devanaba espirales cuajadas por su té. Mejor recordarle la palabra: metempsicosis. Un ejemplo sería mejor. ¿Por ejemplo?

El *Baño de la ninfa* sobre la cama. Lo regalaban con el número de Pascua de *Photo Bits*: Espléndida obra maestra en reproducción en color. Té antes de echar leche. No muy distinta de ella con el pelo suelto: más delgada. Tres con seis di por el marco. Ella dijo que haría bonito sobre la cama. Ninfas desnudas; Grecia; y por ejemplo toda la gente que vivía entonces.

Hojeó el libro hacia atrás.

—Metempsicosis —dijo— es como lo llamaban los antiguos griegos. Creían que uno se podía cambiar en un animal o en un árbol, por ejemplo. Lo que llamaban ninfas, por ejemplo.

La cuchara de ella dejó de remover el azúcar. Se quedó mirando fijamente al aire, inhalando con las aletas de la nariz ensanchadas.

—Huele a quemado —dijo—. ¿Dejaste algo al fuego?

—¡El riñón! —gritó él de repente.

Se encajó el libro de mala manera en un bolsillo interior y, golpeándose los dedos de los pies contra la cómoda rota, salió deprisa hacia el olor, por las escaleras abajo, con piernas de cigüeña asustada. Un humo picante subía en iracundo chorro de un lado de la sartén. Empujando una punta del tenedor bajo el riñón lo despegó y lo volcó del revés como una tortuga. Sólo un poco quemado. Lo sacó de la sartén y lo echó en un plato, haciendo gotear encima el escaso jugo pardo.

Taza de té ahora. Se sentó, cortó y untó de mantequilla una rebanada de la hogaza. Raspó la carne quemada y se la echó a la gata. Luego se metió en la boca una tenedorada, mascando con discernimiento la sabrosa carne blanda. En su punto. Un buche de té. Luego cortó dados de pan, mojó uno en la salsa y se lo metió en la boca. ¿Qué era eso de un estudiante joven y una merienda? Alisó la carta junto al plato, leyéndola despacio mientras masticaba, mojando otro pedazo de pan en la salsa y llevándoselo a la boca.

Queridísimo Papi:

Muchísimas gracias muchísimas por el maravilloso regalo de cumpleaños. Me está muy bien. Todo el mundo dice que estoy hecha una belleza con mi gorra nueva. Recibí la maravillosa caja de chocolatinas de

mamá y le escribo. Son maravillosas. Me está yendo muy bien ahora en el asunto de las fotos. El Sr. Coghlan me sacó ayer una a mí y a la Sra. La mandará cuando la revelen. Ayer tuvimos mucho trabajo. Un día muy bueno y estaban todas las elegancias de patas gordas. Vamos el lunes al lago Owel con unos cuantos amigos a hacer una merienda de cualquier cosa. Mi cariño para mamá y para ti un beso muy grande y gracias. Les oigo tocar el piano abajo. Va a haber un concierto en el Greville Arms el sábado. Hay un estudiante joven que viene por aquí algunas tardes se llama Bannon y sus primos o no sé quién son peces gordos y canta la canción de Boylan (casi iba a poner Blazes Boylan) sobre esas bañistas. Dile que Milly filili le manda sus mejores saludos. Ahora tengo que terminar con todo mi cariño.

Tu hija que te quiere,

MILLY

P.D. Perdona la mala letra, tengo mucha prisa. Adiós.

Quince años ayer. Curioso, el quince del mes también. Su cumpleaños fuera de casa. Separación. Me acuerdo de la mañana de verano cuando nació, corriendo a sacar de la cama a la señora Thornton en la calle Denzille. Vieja divertida. Cantidades de niñitos ha tenido que ayudar a venir al mundo. Desde el principio supo que el pobre Rudy no iba a vivir. Bueno, Dios es bueno, señor. Lo supo en seguida. Tendría ahora once años si hubiera vivido.

Su rostro vacío se quedó mirando fijamente, con compasión, la postdata. Perdona la mala letra. Prisa. El piano abajo. Va saliendo del cascarón. Pelea con ella en el café XL por lo de la pulsera. No quiso comerse los pasteles ni hablar ni mirar. Descarada. Mojó otros pedazos de pan en la salsa y comió trozo tras trozo de riñón. Doce con seis por semana. No es mucho. Sin embargo, podría irle peor. Teatro de varieté. Joven estudiante. Tomó un trago de té más fresco para bajar la comida. Luego volvió a leer la carta de nuevo: dos veces.

Ah bueno: sabe cuidarse ella misma. Pero ¿y si no? No, no ha pasado nada. Claro que podría. Esperar en todo caso hasta que pase. Una chiquilla de mucho cuidado. Sus finas piernas subiendo a la carrera las escaleras. Destino. Madurando ahora. Presumida: mucho.

Sonrió con turbado afecto hacia la ventana de la cocina. El día que la sorprendí en la calle pellizcándose las mejillas para enrojecérselas. Un poco anémica. Le dieron leche demasiado tiempo. En *El Rey de Erín* aquel día alrededor del Kish. Aquella condenada vieja cáscara de nuez se sacudía bien. Ni pizca de canguelo. Su bufanda azul claro suelta al viento con su pelo.

Todas rizos y hoyitos, su belleza
va a hacer que un día os hierva la cabeza.

Bañistas. Sobre roto. Las manos metidas en los bolsillos del pantalón, cochero en su día libre, cantando. Amigo de la familia. *Os yerva la cabeza*, dice. Muelle con faroles, atardecer de verano, banda.

Esas bañistas, esas bañistas,
esas bañistas tan guapas y tan listas.

Milly también. Besos jóvenes: los primeros. Lejos ahora pasados. Sra. Marion. Leyendo repantigada ahora, separándose las mechas del pelo, sonriendo, trenzándolas.

Un suave espasmo de pena le bajó corriendo por el espinazo, aumentando. Ocurrirá, sí. Evitarlo. Inútil: no me puedo mover. Dulces labios leves de muchacha. Ocurrirá también. Sintió la corriente de espasmo extenderse por él. Inútil moverse ahora. Labios besados, besando besados. Carnosos pegajosos labios de mujer.

Mejor donde está allá abajo: lejos. Ocuparla. Quería un perro para pasar el tiempo. Podría hacer un viajecito allá. En el puente de mitad de agosto, sólo dos con seis ida y vuelta. Seis semanas faltan, sin embargo. Podría agenciarme un carnet de prensa. O a través de M'Coy.

La gata, habiéndose limpiado toda la piel, volvió al papel manchado de carne, lo olisqueó y caminó despacio hacia la puerta. Se volvió a mirarle, maullando. Quiere salir. Espera delante de una puerta alguna vez se abrirá. Dejarla esperar. Está agitada. Eléctrica. Truenos en el aire. Estaba lavándose la oreja dando la espalda al fuego, también.

Se sintió pesado, lleno: luego un suave aflojamiento de las tripas. Se puso de pie, desabrochándose el cinturón de los pantalones. La gata le maulló.

—¡Miau! —dijo él, en respuesta—. Espera a que esté listo.

Pesadez: viene un día de calor. Demasiada molestia arrastrarse escaleras arriba hasta el descansillo.

Un periódico. Le gustaba leer en el retrete. Espero que ningún cretino venga a llamar a la puerta justo cuando estoy.

En el cajón de la mesa encontró un número viejo del *Titbits*. Se lo dobló bajo el sobaco, fue hasta la puerta y la abrió. La gata subió en suaves brincos. Ah, quería subir al piso de arriba, acurrucarse hecha una bola en la cama.

Escuchando, la oyó decir:

—Ven, ven, michina. Ven.

Salió al jardín por la puerta de atrás: se detuvo para escuchar hacia el jardín de al lado. Ningún ruido. Quizá colgando ropa a secar. La criada estaba en el jardín. Muy

buena mañana.

Se inclinó a observar una esmirriada hilera de menta que crecía junto a la pared. Hacer aquí un invernadero. Trepadoras rojas. Enredaderas de Virginia. Hace falta abonar todo el terreno, es una tierra sarnosa. Una capa de hígado de azufre. Todos los terrenos son así sin estiércol. Aguas de fregar. Greda, ¿eso qué es? Las gallinas en el jardín de al lado: la gallinaza es muy buen abono para encima. Pero lo mejor de todo es el ganado, especialmente cuando se alimentan con esas tortas de semillas aceitosas. Capa de estiércol. Lo mejor para limpiar guantes de cabritilla de señora. Lo sucio limpia. Cenizas también. Regenerar todo el terreno. Criar guisantes en ese rincón. Lechuga. Entonces tener siempre verdura fresca. Sin embargo, los huertos tienen sus inconvenientes. Esa abeja o moscardón aquí el lunes de Pentecostés.

Siguió andando. ¿Dónde tengo el sombrero, por cierto? Debo haberlo vuelto a colgar en el perchero. O estará tirado por el suelo. Curioso, no me acuerdo de esto. El perchero está demasiado lleno. Cuatro paraguas, su impermeable. Recogiendo las cartas. La campanilla de la tienda de Drago sonando. Qué raro estaba pensándolo en ese momento. Pelo castaño brillantinado sobre el cuello de la camisa. Nada más que un lavado y un cepillado. No sé si tendré tiempo para un baño esta mañana. Calle Tara. El tipo de la caja de allí dicen que ayudó a fugarse a James Stephens. O'Brien.

Voz profunda que tiene ese tipo Dlugacz. Agenda ¿qué va a ser? Ea, señorita mía. Entusiasta.

Abrió de una patada la puerta desquiciada del retrete. Más vale tener cuidado no mancharme estos pantalones para el funeral. Entró, inclinando la cabeza en el bajo dintel. Dejando la puerta entreabierta, entre el hedor de enjalbegado mohoso y telas de araña rancias, se desabrochó los tirantes. Antes de sentarse atisbó por una rendija hacia la ventana de la casa de al lado. El rey contaba sus tesoros. Nadie.

Encuclillado sobre la tabla redonda desplegó el periódico pasando las hojas sobre las rodillas desnudas. Algo nuevo y fácil. No hay mucha prisa. Retenerlo un poco. Nuestra colaboración premiada. *El golpe maestro de Matcham*. Escrito por el señor Philip Beaufoy, Club de los Espectadores, Londres. Al autor se le ha pagado a razón de una guinea por columna. Tres y media. Tres libras con tres. Tres libras, trece con seis.

Tranquilamente leyó, conteniéndose, la primera columna, y cediendo pero resistiendo, empezó la segunda. A medio camino, rindiendo su última resistencia, permitió a sus tripas liberarse tranquilamente mientras leía; aún leyendo pacientemente, ese ligero estreñimiento de ayer ha desaparecido del todo. Espero que no sea demasiado grande no vuelvan las almorranas. No, exactamente lo conveniente. Así. ¡Ah! Estreñido, una tableta de cáscara sagrada. La vida podría ser así. No le conmovía ni afectaba pero era algo vivo y bien arreglado. Imprimen cualquier cosa ahora. Temporada estúpida. Siguió leyendo sentado en calma sobre su propio olor que subía. Bien arreglado, eso sí. *Matcham piensa a menudo en el golpe maestro con que conquistó a la risueña brujita que ahora*. Empieza y termina con moralidad.

Juntos de la mano. Listo. Volvió a echar una ojeada a lo que había leído, y a la vez que sentía sus aguas fluir silenciosamente, envidió benévolamente al señor Beaufoy que había escrito eso y recibido pago de tres libras, trece con seis.

Podría arreglármelas para un esbozo. Por el señor y la señora L. M. Bloom. Inventar una historia sobre algún refrán. ¿Cuál? En otros tiempos solía anotar en el puño de la camisa lo que decía ella vistiéndose. No me gusta lo de vestirnos juntos. Me corté afeitándome. Ella se mordía el labio, al engancharse el cierre de la falda. Contándole el tiempo. 9.15. ¿No te ha pagado Roberts todavía? 9.20. ¿Cómo iba vestida Gretta Conroy? 9.23. ¿Cómo se me habrá ocurrido comprar este peine? 9.24. Me siento hinchada con esa col. Una mota de polvo en el charol de su bota: frotándose vivamente por turno la punta de cada zapato contra la media en la pantorrilla. La mañana después del baile de beneficencia donde la banda de May tocó la *Danza de las horas* de Ponchielli. Explicar eso: horas de la mañana, mediodía, luego el anochecer viniendo, luego horas de la noche. Lavándose los dientes. Eso fue la primera noche. Su cabeza al bailar. Las varillas de su abanico chascando. ¿Ese Boylan anda bien de medios? Tiene dinero. ¿Por qué? Noté que le olía bien el aliento al bailar. Inútil canturrear entonces. Aludir a eso. Extraña clase de música esa última noche. El espejo estaba en sombra. Frotaba vivamente su espejo de mano en el chaleco de lana contra su teta llena y ondulante. Atisbándolo. Arrugas en sus ojos. No era posible estar seguro, no sé por qué.

Horas del anochecer, muchachas en tul gris. Horas de la noche luego con puñales y antifaces. Idea poética rosa luego dorado luego gris luego negro. Sin embargo, también fiel a la realidad. Día, luego la noche.

Arrancó bruscamente la mitad del cuento premiado y se limpió con él. Luego se ciñó los pantalones, se puso los tirantes y se abotonó. Tiró de la puerta del retrete, agitada en sacudidas, y salió de lo sombrío al aire.

En la luz clara, iluminado y refrescado de miembros, observó cuidadosamente sus pantalones negros, los bajos, las rodillas, las bolsas de las rodillas. ¿A qué hora es el entierro? Mejor mirarlo en el periódico.

Un rechinar y un sombrío zumbido en el aire, allá arriba. Las campanas de la iglesia de San Jorge. Daban la hora: sonoro hierro oscuro.

Ay-oh, ay-oh.
Ay-oh, ay-oh.
Ay-oh, ay-oh.

Menos cuarto. Otra vez ahí: los armónicos siguiendo por el aire. Una tercera.

¡Pobre Dignam!

[5]

El señor Bloom avanzaba con seriedad, junto a grandes carros de carga, pasando ante Windmill Lane, el molino de linaza de Leask, la central de correos y telégrafos. También podía haber dado esa dirección. Y ante el hogar de los marineros. Se apartó de los ruidos mañaneros del muelle y entró por la calle Lime. Junto a las casas baratas de Brady, vagueaba un chico de la tenería, con su cubo de desperdicios al brazo, fumando una colilla masticada. Una niña más pequeña con un eczema en la frente le lanzó una mirada, sujetando distraída un aro de tonel. Dile que si fuma no va a crecer. ¡Ah, déjale! Su vida no es ningún lecho de rosas. Esperando a la puerta de las tabernas para llevar a padre a casa. Vuelve a casa con madre, padre. Hora muerta: no habrá muchos aquí. Cruzó la calle Townsend, pasó junto a la cara ceñuda de la capilla Bethel. Él, sí; casa de; Aleph, Beth. Y dejó atrás la funeraria de Nichol. A las once es. Suficiente tiempo. Estoy seguro de que Corny Kelleher le ha pescado ese trabajo a O'Neill. Cantando con los ojos cerrados. Cornudo. La encontré una vez en los jardines. En lo oscuro. Qué pillines. Un espía: policía. Ella dijo su nombre y dirección con el tororón tororón pon pon. Ah sí, seguro que se lo ha pescado. Enterrarle barato en un comosellame. Con el tororón tororón tororón tororón.

En Westland Row se detuvo ante el escaparate de la Belfast and Oriental Tea Company y leyó las etiquetas de los paquetes en papel de estaño: mezcla selecta, la mejor calidad, té de familia. Bastante caliente. Té. Tengo que pedirle un poco a Tom Kernan. Pero no podría pedírselo en un entierro. Mientras sus ojos seguían leyendo vagamente se quitó el sombrero inhalando su brillantina y elevó la mano derecha con lenta gracia por la frente y el pelo. Una mañana muy calurosa. Bajo los párpados caídos sus ojos encontraron el diminuto lazo de la badana de dentro de su Sombrero Alta Cal. Ahí precisamente. Su mano derecha descendió al hueco del sombrero. Los dedos encontraron en seguida una tarjeta detrás de la badana y la trasladaron al bolsillo del chaleco.

Qué calor. Se pasó la mano derecha una vez más, más despacio, por la frente y el pelo. Luego se volvió a poner el sombrero, aliviado; y volvió a leer: mezcla selecta, preparada con las mejores marcas de Ceilán. El Extremo Oriente. Debe ser un sitio delicioso: el jardín del mundo, grandes hojas perezosas en que flotar a la deriva, prados floridos, lianas serpentinas las llaman. No sé si será así. Esos cingaleses vagabundeando por ahí al sol en *dolce far niente*. No dando golpe en todo el día. Duermen seis meses de cada doce. Demasiado calor para pelearse. Influencia del clima. Letargia. Flores del ocio. El aire les alimenta sobre todo. Ázoes. Invernadero en el Jardín Botánico. Plantas sensitivas. Nenúfares. Pétalos demasiado cansados para. La enfermedad del sueño en el aire. Andar sobre pétalos de rosa. Imagínate tratando de comer callos y uña de vaca. ¿Dónde estaba aquel tipo que vi en esa foto

no sé dónde? Ah, sí, en el Mar Muerto, flotando tumbado, leyendo un libro con una sombrilla abierta. No se podría hundir aunque lo intentara: tan denso de sal. Porque el peso del agua, no, el peso del cuerpo en el agua es igual al peso del ¿qué? ¿O es el volumen lo que es igual al peso? Es una ley más o menos así. Vance en la escuela media, haciendo crujir las coyunturas de los dedos, enseñando. El currículum de estudios. Currículum crujiente. ¿Qué es el peso realmente cuando se dice el peso? Treinta y dos pies por segundo por segundo. Ley de la caída de los cuerpos: por segundo por segundo. Todos caen al suelo. La tierra. Es la fuerza de la gravedad de la tierra lo que es el peso.

Se dio vuelta y cruzó la calle lentamente. ¿Cómo andaba esa de las salchichas? Así más o menos. Andando, sacó del bolsillo de la chaqueta el *Freeman* doblado, lo desdobló, lo enrolló a lo largo como una batuta y golpeó con él la pernera del pantalón a cada lento paso. Aire descuidado: sólo dejarme caer por ahí dentro a ver. Por segundo por segundo. Por segundo por cada segundo, quiere decir. Desde el bordillo disparó un agudo vistazo a través de la puerta de la estafeta. Buzón de alcance. Depositar aquí. Nadie. Adentro.

Adelantó la tarjeta a través de la reja de latón.

—¿Hay cartas para mí? —preguntó.

Mientras la empleada buscaba en un casillero, él miró al cartel de reclutamiento con soldados de todas las armas en desfile, y se aplicó el extremo de la batuta contra los agujeros de la nariz, oliendo papel de trapos recién impreso. No hay respuesta probablemente. Me excedí demasiado la última vez.

La empleada le devolvió la tarjeta a través de la reja con una carta. Él dio las gracias y echó una rápida ojeada al sobre a máquina.

Sr. D. Henry Flower
Lista de Correos, Westland Row.
Ciudad

Contestó, de todas maneras. Deslizó en el bolsillo de la chaqueta tarjeta y carta, volviendo a pasar revista a los soldados en desfile. ¿Dónde está el regimiento del viejo Tweedy? Soldado licenciado. Ahí: gorro de piel de oso y penacho. No, ése es un granadero. Puños en punta. Ahí está: fusileros reales de Dublín. Casacas rojas. Demasiado vistosas. Por eso debe ser por lo que les persiguen las mujeres. El uniforme. Más fáciles de alistar y de instruir. La carta de Maud Gonne para que se los lleven de la calle O'Connell por la noche: deshonra para nuestra capital irlandesa. El periódico de Griffith machacando ahora el mismo clavo: un ejército podrido de enfermedades venéreas: imperio ultramarino ultramarrano. Parecen a medio cocer: hipnotizados o algo así. Vista al frente. Marcar el paso. Izquierdo: cerdo. Derecho: pecho. Regimiento del Rey. Nunca verle vestido de bombero o de guardia. Masón, sí.

Salió con indolencia de la estafeta y dobló a la derecha. Hablar: como si eso arreglara las cosas. Metió la mano en el bolsillo y el índice se abrió paso bajo el cierre del sobre, abriéndolo en desgarrones a sacudidas. Las mujeres hacen mucho caso de eso, no creo. Los dedos sacaron la carta y apelotonaron el sobre en el bolsillo. Algo sujeto con un alfiler; foto quizá. ¿Pelo? No.

M'Coy. Quítatele de encima deprisa. Me desvía de mi camino. Me fastidia estar acompañado cuando uno.

—Hola, Bloom. ¿A dónde vas?

—Hola, M'Coy. A ningún sitio especial.

—¿Qué tal va ese cuerpo?

—Muy bien. ¿Cómo estás tú?

—Se va viviendo —dijo M'Coy.

Con los ojos en la corbata y el traje negro preguntó respetuoso en voz baja:

—¿Ocurre algo… ninguna desgracia, espero? Veo que vas…

—Ah, no —dijo el señor Bloom—. El pobre Dignam, ya sabes. Hoy es el entierro.

—Claro, pobre chico. Así que es eso. ¿A qué hora?

Una foto no es. Quizá una insignia.

—A… a las once —contestó el señor Bloom.

—Tengo que intentar llegarme por allí —dijo M'Coy—. ¿A las once, no? No me enteré hasta anoche mismo. ¿Quién me lo dijo? Holohan. ¿Conoces al cojito Hoppy?

—Sí, le conozco.

El señor Bloom miraba al otro lado de la calle el coche de punto estacionado a la puerta del Grosvenor. El portero izaba la maleta hasta el hueco tras el pescante. Ella estaba quieta, esperando, mientras el hombre, marido, hermano, parecido a ella, buscaba suelto en el bolsillo. Muy elegante ese abrigo de cuello redondeado, caliente para un día como éste, parece tela de manta. Descuidada postura de ella con las manos en esos bolsillos de parche. Como aquella altiva criatura en el partido de polo. Las mujeres, todas espíritu de casta hasta que tocas el sitio. Bien está lo que bien parece. Reservada a punto de rendirse. La honorable Señora y Bruto es un hombre honorable. Poseerla una vez le quita el almidonado.

—Estaba yo con Bob Doran, anda en una de sus temporadas de líos, y ese como se llame Bantam Lyons. Ahí mismo en Conway estábamos.

Doran Lyons en Conway. Ella se llevó al pelo una mano enguantada. Entró Hoppy. A echar un trago. Inclinando atrás la cabeza y mirando a lo lejos desde sus párpados velados vio la luminosa piel de cierva brillar en el fulgor del sol, las trenzas en moños. Hoy veo con claridad. La humedad por ahí quizá da larga vista. Hablando de unas cosas y otras. La mano de la dama. ¿Por qué lado subirá?

—Y dice él: *¡Qué cosa más triste lo de nuestro pobre amigo Paddy! ¿Qué Paddy?* digo yo. *El pobrecillo Paddy Dignam*, dice él.

Al campo: probablemente a Broadstone. Botas altas castañas con cordones colgando. Pie bien torneado. ¿Qué anda enredando ése con el suelto? Ella me ve que estoy mirando. Siempre con el ojo listo por si algún otro tipo. Buen repuesto. Dos cuerdas para su arco.

—*¿Por qué?* digo yo. *¿Qué le pasa de malo?* digo.

Orgullosa; rica; medias de seda.

—Sí —dijo el señor Bloom.

Se echó un poco a un lado de la cabeza parlante de M'Coy. Sube en un momento.

—*¿Qué le pasa de malo?* dice él. *Que se ha muerto*, dice. Y, palabra, se llenó el vaso. *¿Es Paddy Dignam?* digo yo. No lo podía creer cuando lo oí. Estuve con él el viernes mismo, o fue el jueves, en el Arch. *Sí*, dice. *Se ha muerto. Se murió el lunes, pobre chico.*

¡Mira! ¡Mira! Destello de seda ricas medias blancas. ¡Mira!

Se interpuso un pesado tranvía tocando la campanilla.

Me lo perdí. Maldita sea tu jeta charlatana. Se siente uno como si hubieran cerrado dejándole fuera. El Paraíso y la Peri. Siempre pasa así. En el mismo instante. La chica en el portal de la calle Eustace. El lunes era, arreglándose la liga. Su amiga cubría la exhibición de. *Esprit de corps*. Bueno, ¿qué hace ahí con la boca abierta?

—Sí, sí —dijo el señor Bloom tras un sordo suspiro—. Otro que se va.

—Uno de los mejores —dijo M'Coy.

Pasó el tranvía. Ellos iban hacia el puente de la Circunvalación, la rica mano enguantada de ella en el agarradero de acero. Brilla, brilla: el fulgor de encaje de su sombrero al sol: brilla, bri.

—La mujer bien, supongo —dijo la voz cambiada de M'Coy.

—Ah sí —dijo el señor Bloom—. De primera, gracias.

Desenrolló la batuta de periódico distraídamente y distraídamente leyó:

¿Qué es un hogar que no tiene
carne en conserva Ciruelo?
Incompleto. ¿Y cuando viene?
Una antesala del cielo.

—A mi costilla le acaban de ofrecer una actuación. Mejor dicho, todavía no está formalizado eso.

Otra vez la historia de la maleta. De todos modos, no ocurre nada malo. No estoy para eso, gracias.

El señor Bloom volvió sus ojos de grandes párpados con amabilidad sin prisa.

—A mi mujer también —dijo—. Va a cantar en una cosa muy elegante en el Ulster Hall de Belfast, el veinticinco.

—¿Ah sí? —dijo M'Coy—. Me alegro de saberlo, viejo. ¿Quién lo organiza?

Sra. Marion Bloom. Todavía no levantada. La reina estaba en su alcoba comiendo pan con. Sin libro. Ennegrecidos naipes extendidos a lo largo del muslo de siete en siete. Dama morena y hombre rubio. La gata pelosa bola negra. Tira desgarrada de sobre.

La dulce y
vieja
canción
de amor
viene dea-mor, la dulce…

—Es una especie de gira, ¿sabes? —dijo Bloom, pensativo—. *Dulce canción*. Se ha formado un comité. Participan en los gastos y en los beneficios.

M'Coy asintió, pellizcándose el rastrojo del bigote.

—Bueno —dijo—. Es una buena noticia.

Se puso en movimiento para marcharse.

—Bueno, me alegro de verte tan bien —dijo—. Ya te veré por ahí.

—Sí —dijo el señor Bloom.

—¿Sabes una cosa? —dijo M'Coy—. Podrías hacer poner mi nombre en el entierro, ¿quieres? Me gustaría ir pero a lo mejor no puedo, ya comprendes. Hay un caso de un ahogado en Sandycove que podría aparecer y entonces el forense y yo tendríamos que bajar si se encuentra el cadáver. Simplemente metes mi nombre si no estoy, ¿eh?

—Lo haré —dijo el señor Bloom, poniéndose en marcha—. Quedará bien.

—Eso —dijo M'Coy radiante—. Gracias, viejo. Yo iría si me fuera posible. Bueno, hasta otra. Con poner C. P. M'Coy basta.

—Se hará —contestó el señor Bloom con firmeza.

No me ha pillado dormido ese truco. El toque rápido. Punto débil. Ya me habría gustado. Maleta por la que tengo un especial antojo. Cuero. Esquinas reforzadas, bordes con remaches, cierre doble de seguridad. Bob Cowley le prestó la suya para el concierto de la regata de Wicklow el año pasado y no ha vuelto a tener noticias de ella desde aquel buen día hasta hoy.

El señor Bloom, paseando hacia la calle Brunswick, sonreía. A mi costilla le acaban de ofrecer una. Chillona soprano pecosa. Nariz para cortar queso. No está mal a su manera: para una baladita. No tiene nervio. Tú y yo, ¿no sabes? En el mismo bote. Dando jabón. Ponerte frito, eso es lo que pasa. ¿No oyes la diferencia? Me parece que él tira un poco a ese lado. No sé por qué, me cae mal. Pensé que lo de Belfast le impresionaría. Espero que la viruela de allí no vaya a peor. Suponte que no se quiere revacunar. Tu mujer y mi mujer.

¿No será que me anda celestineando?

El señor Bloom se paró en la esquina, con los ojos errando por los carteles multicolores. Ginger Ale aromática Cantrell y Cochrane. Liquidación de verano en Clery. No, tira derecho. Hola. Esta noche *Leah*: la señora Bandman Palmer. Me gusta verla en eso otra vez. El *Hamlet*, hizo anoche. En traje de hombre. Quizá era una mujer. ¿Por qué se suicidó Ofelia? ¡Pobre papá! ¡Cómo hablaba de Kate Bateman en ese papel! A la puerta del Adelphi en Londres hizo cola toda la tarde para entrar. El año antes de que naciera yo fue eso: el sesenta y cinco. Y la Ristori en Viena. ¿Cuál es el nombre, exactamente? Por Mosenthal es. *Rachel*, ¿no? La escena de que siempre hablaba él, donde el viejo Abraham, ciego, reconoce la voz y le pone los dedos en la cara.

¡La voz de Natán! ¡La voz de su hijo! Oigo la voz de Natán que dejó morir a su padre de dolor y pena en mis brazos, que dejó la casa de su padre y dejó al Dios de su padre.

Cada palabra es tan profunda, Leopold.

¡Pobre papá! ¡Pobre hombre! Me alegro de no haber entrado en su cuarto a verle la cara. ¡Aquel día! ¡Vaya por Dios! ¡Fuu! Bueno, quizá fue lo mejor para él.

El señor Bloom dobló la esquina y pasó ante los lánguidos rocines de la parada de coches. Es inútil seguir pensando en eso. Hora del saco de pienso. Siento haberme encontrado a ese tipo M'Coy.

Se acercó más y oyó un crujir de avena dorada, las plácidas dentelladas. Los grandes ojos de ciervo le contemplaron pasar, entre el dulce hedor avenoso del orín de caballo. Su Eldorado. ¡Pobres bestias! Maldito lo que saben ni les importa con las largas narices encajadas en los sacos de pienso. Demasiado llenos para hablar. Sin embargo tienen de comer todo lo que necesitan y para tumbarse. Castrados además: un muñón de gutapercha negra oscilando flojo entre las ancas. Podrían ser felices así, de todos modos. Unos buenos pobres brutos parecen. Sin embargo, su relincho puede ser muy irritante.

Sacó la carta del bolsillo y la metió dentro del periódico que llevaba. Podría tropezarme con ella aquí mismo. El callejón es más seguro.

Pasó por delante del Refugio del Cochero. Curiosa esa vida de a la deriva de los cocheros, haga el tiempo que haga, en todas partes, por horas o por carrera, sin voluntad propia. *Voglio e non*. Me gustaría darles algún cigarrillo que otro. Sociables. Gritan unas pocas sílabas al vuelo cuando pasan. Canturreó:

Là ci darem la mano
la la lala la la.

Dobló a la calle Cumberland y, dando unos cuantos pasos, se detuvo al socaire de la pared de la estación. Nadie. La serrería de Meade. Vigas amontonadas. Ruinas y viviendas. Pisando con cuidado pasó por encima de un juego de rayuela con el tejo olvidado. Ni un alma. Cerca de la serrería un chico en cuclillas jugaba al guá, solo,

disparando la bola con hábil pulgar. Un sabio gato atigrado, esfinge parpadeante, le observaba desde su tibio alféizar. Lástima molestarles. Mahoma cortó un trozo de su manto para no despertarla. Ábrela. Y en otros tiempos yo jugaba a las canicas cuando iba a la escuela de aquella vieja. Le gustaba el resedá. Sra. Ellis. ¿Y el Sr.? Abrió la carta dentro del periódico.

Una flor. Creo que es una. Una flor amarilla con pétalos aplanados. ¿No se ha enfadado entonces? ¿Qué dice?

Querido Henry:

Recibí tu última carta y te la agradezco mucho. Siento mucho que no te gustara mi última carta. ¿Por qué metiste los sellos? Estoy terriblemente irritada contigo. De veras que me gustaría poderte castigar por esto. Te llamé niño malo de ese modo porque no me gusta ese otro mundo. Por favor dime qué quiere decir de verdad eso otro. ¿No eres feliz en tu casa pobrecito niño malo? De veras que me gustaría poder hacer algo por ti. Por favor dime qué piensas de mí, pobrecilla de mí. Muchas veces pienso en ese nombre tan bonito que tienes. Querido Henry ¿cuándo nos vamos a encontrar? Pienso en ti tantas veces como no tienes ni idea. Nunca me he sentido tan atraída por un hombre como contigo. Estoy tan trastornada con esto. Por favor escríbeme una carta larga y cuéntame más. Acuérdate de que si no te voy a castigar. Así que ya sabes lo que voy a hacer contigo, niño malo, si no me escribes. Oh qué deseos siento de conocerte. Henry querido mío, no te niegues a mi súplica antes que se me agote la paciencia. Entonces te lo contaré todo. Adiós ahora, querido niño malo. Hoy me duele mucho la cabeza y escribe a vuelta de correo a tu anhelosa

MARTHA

P.D. Dime qué clase de perfume usa tu mujer. Quiero saberlo.

XXXX

Arrancó gravemente la flor de su alfiler, olió su casi noolor y se la metió en un bolsillo sobre el corazón. El lenguaje de las flores. A ellas les gusta porque nadie puede oírlo. O un ramillete envenenado hacerle caer desplomado. Luego, avanzando despacio, volvió a leer la carta, murmurando de vez en cuando una palabra. Irritada tulipanes contigo querido amor-de-hombre castigar tu cactus si no por favor pobre nomeolvides qué deseos siento violetas a querido rosas cuándo nosotros pronto

anémona nos encontraremos todos malo belladona tu mujer de Martha perfume. Una vez leída entera la sacó del periódico y se la volvió a meter en el bolsillo de la chaqueta.

Una débil alegría le abrió los labios. Cambiada desde la primera carta. No sé si la ha escrito ella misma. Haciéndose la indignada: una chica de buena familia como yo, una persona respetable. Podríamos encontrarnos un domingo después del rosario. Gracias: paso. Acostumbradas escaramuzas del amor. Luego a perseguirse tras las esquinas. Malo como una pelea con Molly. El cigarro tiene un efecto calmante. Narcótico. La próxima vez ir más lejos. Niño malo; castigar; miedo a las palabras, claro. Brutal ¿por qué no? Probarlo de todos modos. Cada vez un poco más.

Palpando todavía la carta en el bolsillo le sacó el alfiler. Alfiler corriente, ¿eh? Lo tiró a la calzada. Sacado de su ropa de no sé dónde: sujeta con alfileres. Extraño la cantidad de alfileres que tienen siempre. No hay rosas sin espinas.

Chatas voces dublinesas le retumbaban en la cabeza. Aquellas dos bribonas esa noche en el Coombe, enlazadas bajo la lluvia.

Ah, Mary perdió el alfiler de la braga.
No sabía qué hacer
para sostenerla en alto
para sostenerla en alto.

¿Sostenerla? Sostenerla. Duele mucho la cabeza. Estará con sus asuntos probablemente. O todo el día sentada escribiendo a máquina. Enfocar los ojos es malo para los nervios del estómago. ¿Qué perfume usa tu mujer? Bueno, ¿podrías explicar semejante cosa?

Para sostenerla en alto.

Martha, Mary, Marta, María. Vi aquel cuadro no sé dónde se me ha olvidado ahora un antiguo maestro o falsificado por dinero. Él está sentado en casa de ellas, hablando. Misterioso. También las dos bribonas en el Coombe escucharían.

Para sostenerla en alto.

Agradable especie de sensación de atardecer. No más errar por ahí. Simplemente quedarse ahí quieto; penumbra tranquila; que siga corriendo todo. Contar sobre sitios donde uno ha estado, costumbres extrañas. La otra, el cántaro en la cabeza, preparaba la cena: fruta, aceitunas, deliciosa agua fresca sacada del pozo frío de piedra como el agujero de la pared en Ashtown. Tengo que llevar un vasito de papel la próxima vez

que vaya a las carreras al trote. Ella escucha con grandes ojos oscuros suaves. Contarle: más y más: todo. Luego un suspiro: silencio. Largo largo largo descanso.

Pasando bajo el puente del ferrocarril sacó el sobre, lo rompió rápidamente en jirones y los esparció hacia la calzada. Los jirones se echaron a revolotear, se desplomaron en el aire húmedo: un revoloteo blando, luego se desplomaron todos.

Henry Flower. De la misma manera uno podría romper un cheque de cien libras. Simple trozo de papel. Lord Iveagh una vez cobró un cheque de siete cifras por un millón en el Banco de Irlanda. Lo que demuestra el dinero que se puede sacar de la cerveza. Sin embargo el otro hermano Lord Ardilaun se tiene que cambiar de camisa cuatro veces al día, dicen. La piel le cría piojos o bichos. Un millón de libras, espera un momento. Dos peniques la pinta, cuatro peniques el cuarto, ocho peniques un galón de cerveza, no, uno con cuatro peniques el cuarto, ocho peniques un galón de cerveza, no, uno con cuatro peniques el galón de cerveza. Uno con cuatro a cuánto cabe en veinte: alrededor de quince Sí, exactamente. Quince millones de barriles de cerveza.

¿Qué digo barriles? Galones. De todos modos, alrededor de un millón de barriles.

Un tren que llegaba le traqueteó pesadamente sobre la cabeza, vagón tras vagón. Barriles se le entrechocaban en la cabeza: opaca cerveza chapoteaba y se le arremolinaba dentro. Las bocas de los barriles se abrieron reventando y una enorme inundación opaca se desbordó, fluyendo toda junta, en meandros, a través de bancos de barro sobre toda la tierra lisa, un perezoso remolino encharcado de bebida llevándose adelante las flores de anchas hojas de su espuma.

Había alcanzado la puerta trasera de Todos los Santos, abierta. Entrando en el porche se quitó el sombrero, sacó la tarjeta del bolsillo y la volvió a meter detrás de la badana. Maldita sea. Podía haber intentado trabajarme a M'Coy para un pase a Mullingar.

El mismo aviso en la puerta. Sermón por el Reverendísimo John Conmee S.J. sobre San Pedro Claver y las misiones en África. Oraciones por la conversión de Gladstone hicieron también cuando él estaba casi inconsciente. Los protestantes lo mismo. Convertir al Dr. William J. Walsh D. D. a la verdadera religión. Salvad a los millones de China. No sé cómo se lo explican a los chinitos paganos. Prefieren una onza de opio. Celestiales. Herejía podrida para ellos. Buda el dios de ellos tumbado de lado en el museo. Tomándolo con tranquilidad la mano en la mejilla. Palitos de perfume ardiendo. No como Ecce Homo. Corona de espinas y cruz. Idea ingeniosa San Patricio y el trébol. ¿Palillos para comer? Conmee: Martin Cunningham le conoce: aspecto distinguido. Lástima que no me le trabajé para que metiera a Molly en el coro en vez de ese Padre Farley, que parecía tonto pero no lo era. Les enseñan a eso. No va a ir por ahí con gafas azules y el sudor chorreándole a bautizar negros, ¿verdad? Las gafas les impresionarían la fantasía, centelleando. Me gustaría verlos sentados alrededor en corro con sus labios gordos, en trance, escuchando. Naturaleza muerta. Se lo meten dentro con los labios como leche, supongo.

El frío olor de la piedra sagrada le llamó. Pisó los gastados escalones, empujó la puerta con resorte y entró suavemente por detrás.

Algo en marcha: alguna ceremonia. Lástima tan vacío. Bonito sitio discreto para tener alguna chica próxima. ¿Quién es mi prójima? Atestado a las horas de música solemne. Aquella mujer en la misa de medianoche. Séptimo cielo. Mujeres arrodilladas en los bancos con escapularios carmesí al cuello, las cabezas inclinadas. Un grupo de ellas arrodilladas ante la balaustrada del altar. El sacerdote pasaba por delante de ellas, murmurando, sosteniendo la cosa en las manos. Se detenía ante cada una, sacaba una comunión, le sacudía alguna que otra gota (¿están en agua?) y se la ponía limpiamente en la boca. El sombrero y la cabeza se inclinaban. Luego la siguiente: una vieja diminuta. El sacerdote se inclinó para ponérselo en la boca, todo el tiempo murmurando. Latín. La siguiente. Abre la boca y cierra los ojos. ¿Qué? *Corpus*: cuerpo. Cadáver. Buena idea el latín. Los deja atontados primero. Asilo para agonizantes. No parece que lo mastiquen: se lo tragan solamente. Idea rara: comer pedacitos de cadáver. Por eso lo entienden los caníbales.

Se quedó a un lado observando pasar sus máscaras ciegas por el pasillo abajo, una por una, y buscar sus sitios. Se acercó a un banco y se sentó poniendo en el regazo el sombrero y el periódico. Estos pucheros que tenemos que llevar puestos. Deberíamos hacernos modelar los sombreros en la cabeza. Estaban alrededor de él acá y allá, con las cabezas aún inclinadas en sus escapularios carmesí, esperando a que se les fundiera en el estómago. Algo como esos mazzoth; es esa clase de pan; panes de la presentación sin levadura. Míralas. Ahora apuesto a que las hace sentirse felices. Chupachup. Sí que las hace. Sí, lo llaman el pan de los ángeles. Hay detrás de eso una idea muy grande, una especie de sensación de que el reino de Dios está dentro de uno. Primeras comuniones. Abracadabra a penique el trozo. Luego se sienten todos como una reunión de familia, lo mismo que en el teatro, todos en el mismo embarque. Sí que se sienten. Estoy seguro de que sí. No tan solos. En nuestra confraternidad. Luego salen como emborrachados. Sueltan presión. La cosa es si uno realmente cree en ello. La curación en Lourdes, aguas de olvido, y la aparición de Knock, estatuas sangrando. Un viejo dormido junto a ese confesionario. De ahí esos ronquidos. Fe ciega. A salvo en brazos del reino futuro. Adormece todo dolor. Despiértenme a esta hora el año que viene.

Vio al sacerdote dejar guardada la copa de la comunión, bien metida, y arrodillarse un momento delante de ella, enseñando una gran suela gris de bota por debajo del asunto de encajes que llevaba puesto. Suponte que perdiera el alfiler de la. No sabría qué hacer. Calva por detrás. Letras en la espalda. ¿I.N.R.I? No: I.H.S. Molly me lo dijo una vez que se lo pregunté: Ingratos Hemos Sido. O no: Inocente Ha Sufrido. ¿Y lo otro? Inocente Nos Restituyó Inmortalidad.

Encontrarnos un domingo después del rosario. No te niegues a mi súplica. Aparecer con un velo y un bolso negro. El anochecer y la luz detrás de ella. Podría estar aquí con una cinta al cuello y hacer lo otro sin embargo a escondidas. Sus

reputaciones. Aquel tipo que traicionó a los Invencibles solía recibirla, Carey se llamaba, la comunión todas las mañanas. En esta misma iglesia. Peter Carey. No, pensaba en Pedro Claver. Denis Carey. Imagínatelo un poco. La mujer y seis chicos en casa. Y todo el tiempo preparando aquel crimen. Esos meapilas, ese sí que es un buen modo de llamarles, siempre tienen un aire escurridizo. No son tampoco hombres de negocios por las buenas. Ah, no, ella no está aquí; la flor; no, no. Por cierto ¿rompí ese sobre? Sí: debajo del puente.

El sacerdote enjuagaba el cáliz: luego se echó adentro los restos limpiamente. Vino. Hace más aristocrático que por ejemplo si bebiera lo que ellos están acostumbrados, cerveza Guinness o alguna bebida no alcohólica: el bitter Wheatley de Dublín o el ginger ale (aromático) de Cantrell y Cochrane. No les da nada de él; vino de presentación: sólo lo otro. Triste consuelo. Piadoso engaño pero con mucha razón: si no no harían más que venir viejos borrachos a cuál peor, a echar un trago. Es extraño toda esta atmósfera del. Muy bien. Perfectamente bien, eso es.

El señor Bloom volvió los ojos hacia el coro. No va a haber música. Lástima. ¿Quién tocará aquí el órgano? El viejo Glynn sabía hacer hablar al instrumento, el *vibrato*: cincuenta libras al año dicen que ganaba en la calle Gardiner. Molly estaba muy bien de voz aquel día, en el *Stabat Mater* de Rossini. Primero el sermón del Padre Bernard Vaughan. ¿Cristo o Pilatos? Cristo, pero no nos tenga toda la noche con eso. Música es lo que querían. Dejaron de patear. Se oía volar una mosca. Le dije que dirigiera la voz hacia aquel rincón. Sentía la vibración en el aire, el lleno, la gente mirando a lo alto:

Quis est homo.

Alguna de esa música sacra antigua es espléndida. Mercadante: las Siete Palabras. La duodécima misa de Mozart: aquel *Gloria* que tiene. Aquellos viejos papas tenían afición a la música, al arte y estatuas y cuadros de todas clases. Palestrina, por ejemplo, también. Lo pasaron estupendamente mientras les duró. Sano también el salmodiar, las horas bien reguladas, luego destilar licores. Benedictine. Chartreuse verde. Sin embargo, lo de tener eunucos en su coro resultaba un poco excesivo. ¿Qué clase de voz es? Debía ser curioso oírla después de sus propios bajos fuertes. Entendidos. Supongo que después no sentirían nada. Especie de plácido. Sin inquietudes. Echan carnes, ¿no? Glotones, altos, piernas largas. ¿Quién sabe? Eunuco. Un modo de salir del asunto.

Vio al sacerdote inclinarse y besar el altar y luego darse vuelta y bendecir a toda la gente. Todos se santiguaron y se pusieron de pie. El señor Bloom lanzó una ojeada alrededor y luego se puso de pie, mirando por encima de los sombreros ascendidos. Ponerse de pie al Evangelio por supuesto. Luego todos se volvieron a arrodillar y él se sentó otra vez tranquilamente en el banco. El sacerdote bajó del altar, sosteniendo

la cosa apartada de él, y él y el monaguillo se contestaron uno a otro en latín. Luego el sacerdote se arrodilló y empezó a leer un tarjetón:

—Oh Dios, nuestro refugio y fortaleza…

El señor Bloom adelantó la cara para captar las palabras. En inglés. Echarles el hueso. Recuerdo vagamente. ¿Cuánto hace de tu última misa? Gloria y la Inmaculada Virgen. San José su castísimo esposo. San Pedro y San Pablo. Más interesante si uno entendiera de qué trata todo. Admirable organización, sin duda, funciona como un reloj. Confesión. Todo el mundo quiere. Entonces se lo contaré todo. Penitencia. Castígueme, por favor. Gran arma en manos de ellos. Más que médico ni abogado. Mujer muriéndose por. Y yo chschschschschschs. ¿Y ha chachachachacha? ¿Y por qué lo hizo? Ella baja la mirada a su anillo para encontrar una excusa. Galería de los susurros las paredes tienen oídos. El marido se entera para su sorpresa. La bromita de Dios. Luego sale ella. Arrepentimiento a flor de piel. Deliciosa vergüenza. Rezar ante un altar. Ave María y Santa María. Flores, incienso, velas derritiéndose. Ocultar sus rubores. El Ejército de Salvación barata imitación. Prostituta arrepentida dirigirá la palabra a la reunión. Cómo encontré al Señor. Tipos de cabeza equilibrada deben ser los de Roma: organizan toda la función. ¿Y no arramblan con el dinero también? Legados además: al P. P. a su absoluta discreción de modo vitalicio. Misas por el descanso de mi alma que se han de decir públicamente a puerta abierta. Monasterios y conventos. El sacerdote en el pleito del testamento Fermanagh declarando como testigo. No había modo de bajarle la cresta. Tenía respuesta lista para todo. Libertad y exaltación de nuestra Santa Madre Iglesia. Los doctores de la Iglesia: levantaron los mapas de toda la teología de eso.

El sacerdote rezó:

—Arcángel San Miguel, defiéndenos en la batalla y sé nuestro refugio contra las iras y asechanzas del demonio. Reprímale Dios, pedimos suplicantes, y tú, príncipe de la celestial milicia, por el poder divino lanza al infierno a Satanás y los otros espíritus malignos que discurren por el mundo para la perdición de las almas.

El sacerdote y el monaguillo se pusieron de pie y se marcharon. Se acabó todo. Las mujeres se quedaron atrás: dando gracias.

Mejor será ahuecar. Hermano Zumbido. Se da una vuelta con la bandeja quizá. Pagad vuestro precepto pascual.

Se puso de pie. Hola. ¿Estaban abiertos todo el tiempo estos dos botones de mi chaleco? A las mujeres les encanta. Se enfadan si uno no. Por qué no me lo dijiste antes. No te lo dicen nunca. Pero nosotros. Perdone, señorita, tiene una (fffu) nada más que una (fffu) pelusa. O la falda por detrás, la abertura desenganchada. Atisbos de la luna. Sin embargo me gustas más desarreglada. Buena suerte que no era más al sur. Pasó, abotonándose discretamente, por el pasillo y salió por la puerta principal a la luz. Se quedó un momento sin ver junto a la fría pila de mármol negro mientras delante y detrás de él dos devotas mojaban manos furtivas en la bajamar de agua bendita. Tranvías; un carro de la tintorería Prescott; una viuda en sus crespones. Me

doy cuenta porque yo también voy de luto. Se cubrió. ¿Qué hora va siendo? Y cuarto. Todavía hay bastante tiempo. Mejor que me hagan esa loción. ¿Dónde está eso? Ah sí, la última vez. Sweny, en Lincoln Place. Los farmacéuticos rara vez se mudan. Aquellos tarros verde y oro son demasiado pesados de mover. Hamilton Long, fundada en el año del diluvio. El cementerio hugonote aquí cerca. Visitarlo algún día.

Se encaminó al sur por Westland Row. Pero la receta está en los otros pantalones. Ah, y también se me olvidó ese llavín. Qué fastidio este asunto del entierro. Bueno, pobre chico, no es culpa suya. ¿Cuándo fue la última vez que lo mandé hacer? Espera. Cambié un soberano, recuerdo. El primero de mes debió ser o el segundo. Ah, él puede mirarlo en el libro de las recetas.

El farmacéutico pasó hoja tras hoja. Un olor arenoso y marchito parece que tiene. Cráneo encogido. Y viejo. Búsqueda de la piedra filosofal. Los alquimistas. Las drogas te envejecen después de la excitación mental. Letargia entonces. ¿Por qué? Reacción. Una vida entera en una noche. Poco a poco te cambia el carácter. Viviendo todo el día entre hierbas, pomadas, desinfectantes. Todos sus morteros de alabastro. Almirez y mano de almirez. Aq.Dist. Fol.Laur. Te Virid. El olor casi le cura a uno como la campanilla de la puerta del dentista. Doctor Probatura. Debería medicarse un poco a sí mismo. Lectuario o emulsión. El primer tipo que cogió una hierba para curarse tuvo bastante valor. Ingredientes. Hace falta tener cuidado. Aquí hay bastante como para cloroformizarle a uno. Prueba: vuelve rojo el papel de tornasol azul. Cloroformo. Dosis excesiva de láudano. Pociones para dormir. Filtros de amor. El jarabe paragórico de amapola malo para la tos. Atasca los poros o las flemas. Los venenos son las únicas curas. Remedio donde menos se espera. Lista la naturaleza.

—¿Hace unos quince días, señor?

—Sí —dijo el señor Bloom.

Esperó ante el mostrador, inhalando el agudo olor de drogas, el polvoriento olor seco de esponjas y *loofahs*. La mar de tiempo ocupado en contar los dolores y molestias de uno.

—Aceite de almendras dulces y tintura de benjuí —dijo el señor Bloom— y también agua de azahar…

La verdad es que a ella le ponía la piel tan delicadamente blanca como cera.

—Y cera blanca también —dijo.

Hace resaltar lo oscuro de sus ojos. Mirándome a mí, con la sábana hasta los ojos, española, oliéndose a sí misma, mientras yo me arreglaba los gemelos de los puños. Esas recetas caseras son muchas veces las mejores: fresas para los dientes: ortigas y agua de lluvia: avena dicen empapada en leche sin descremar. Alimento para la piel. Uno de los hijos de la vieja reina, ¿era el duque de Albany?, tenía sólo una piel. Leopold, sí. Tres tenemos nosotros. Arrugas, juanetes y granos para empeorar la cosa. Pero también tú quieres un perfume. ¿Qué perfume usas tú? *Peau d'Espagne*. Esa flor de azahar. Jabón de pura crema de leche. El agua está tan fresca. Buen olor tienen estos jabones. Es hora de tomar un baño a la vuelta de la esquina. Hammam. Turco.

Masaje. La suciedad se le reúne a uno en el ombligo. Más bonito si lo hiciera una chica bonita. También me parece que yo. Sí yo. Hacerlo en el baño. Curioso estas ganas yo. Agua al agua. Combinar la utilidad con el placer. Lástima que no hay tiempo para un masaje. Entonces sentirse fresco todo el día. El entierro será más bien deprimente.

—Sí, señor —dijo el farmacéutico—. Fueron dos con nueve. ¿Ha traído una botella?

—No —dijo el señor Bloom—. Hágalo, por favor. Yo volveré hoy más tarde y me llevaré uno de estos jabones. ¿Cuánto son?

—Cuatro peniques, señor.

El señor Bloom se llevó una pastilla a la nariz. Dulce cera limonosa.

—Me llevo éste —dijo—. Así serán tres con un penique.

—Sí, señor —dijo el farmacéutico—. Puede pagarlo todo junto cuando vuelva.

—Muy bien —dijo el señor Bloom.

Salió de la tienda paseando, la batuta de periódico bajo el sobaco, el jabón en fresco envoltorio en la mano izquierda.

En su sobaco, la voz y la mano de Bantam Lyons dijeron:

—Hola, Bloom, ¿qué hay de bueno? ¿Es el de hoy? Déjate ver un momento.

Se ha vuelto a afeitar el bigote, ¡por Dios! Largo frío labio superior. Para parecer más joven. Parece fragante. Más joven que yo.

Los amarillos dedos con uñas negras de Bantam Lyons desenrollaron la batuta. También necesita un lavado. Quitarse lo peor de la suciedad. Buenos días, ¿ha usado usted el jabón Pears? Caspa en los hombros. El cuero cabelludo requiere engrasarse.

—Quiero ver lo de ese caballo francés que corre hoy —dijo Bantam Lyons—. ¿Dónde está ese maricón?

Restregó las hojas llenas de pliegues, sacudiendo la barbilla sobre su alto cuello duro. Prurito de barbería. El cuello apretado, perderá el pelo. Mejor dejarle el periódico y quitármelo de encima.

—Puedes quedártelo —dijo el señor Bloom.

—Ascot. Copa de Oro. Espera —masculló Bantam Lyons—. Un momentito. Máximo un segundo.

—Precisamente iba a tirarlo por ahí —dijo el señor Bloom.

Bantam Lyons levantó los ojos de repente, con un débil guiño.

—¿Qué es eso? —dijo su voz aguda.

—Digo que te lo puedes quedar. En este momento iba a tirarlo por ahí.

Bantam Lyons dudó un momento, mirando de medio lado: luego volvió a echar las hojas extendidas en los brazos del señor Bloom.

—Me voy a arriesgar a eso —dijo—. Toma, gracias.

Salió a toda prisa hacia la esquina de Conway. Vete con Dios.

El señor Bloom volvió a doblar las hojas en un cuadrado exacto y metió dentro el jabón, sonriendo. Estúpidos labios los de ese tipo. Apostando. Una verdadera

epidemia, últimamente. Chicos de recados que roban para apostar seis peniques. Rifa de un gran pavo tierno. Su fiesta navideña por tres peniques. Jack Fleming desfalcando para jugar, luego escapado de contrabando a América. Ahora lleva un hotel. Nunca vuelven. Las ollas de Egipto.

Caminó alegremente hacia la mezquita de los baños. Le recuerda a uno una mezquita, ladrillos rojos, los minaretes. Mira, hoy deportes en el College. Lanzó una ojeada al cartel en herradura sobre la verja del parque del College: un ciclista encorvado como una pescadilla. Anuncio horriblemente malo. En cambio si lo hubieran hecho redondo como una rueda. Luego los radios; deportes, deportes, deportes; y el cubo del eje, en grande; College. Algo para atraer la mirada.

Ahí está el matasiete parado delante de la caseta del portero. Cultivarle: podría darme una vuelta por ahí dentro de fiado. ¿Qué tal está, señor Matasiete? ¿Qué tal, señor?

Tiempo celestial realmente. Si la vida fuera siempre así. Tiempo para jugar al cricket. Sentarse por ahí bajo grandes sombrillas. Partido tras partido. Fuera. No pueden jugar a eso aquí. Cero a seis tantos. Sin embargo el capitán Buller rompió una ventana en el club de la calle Kildare con un golpe que iba a *square leg*. La feria de Donnybrook está más en su línea. Y los cráneos que partíamos cuando salió al campo M'Carthy. Ola de calor. No durará. Siempre pasando, la corriente de la vida, aquello que perseguimos en la corriente de la vida nos es más caro que todo lo demás.

Disfruta ahora de un baño: limpia tina de agua, fresco esmalte, la suave corriente tibia. Esto es mi cuerpo.

Preveía su pálido cuerpo reclinado en él del todo, desnudo, en un útero de tibieza, aceitado por aromático jabón derretido, suavemente lamido por el agua. Veía su tronco y sus miembros cubiertos de oliolitas y sosteniéndose, subiendo levemente a flote, amarillo limón; el ombligo, capullo de carne; y veía los oscuros rizos enredados de su mata flotando, flotante pelo de la corriente en torno al flojo padre de millares, lánguida flor flotante.

[6]

Martin Cunningham fue el primero en meter la cabeza enchisterada en el crujiente coche y, entrando ágilmente, se sentó. El señor Power le siguió, curvando su altura con cuidado.

—Vamos, Simon.

—Usted primero —dijo el señor Bloom.

El señor Dedalus se cubrió rápidamente y entró diciendo:

—Sí, sí.

—¿Estamos todos ya? —preguntó Martin Cunningham—. Venga acá, Bloom.

El señor Bloom entró y se sentó en el sitio vacío. Tiró de la portezuela tras de sí y dando con ella un portazo la cerró bien apretada. Pasó un brazo por la correa de apoyo y se puso a mirar con seriedad por la ventanilla abierta del coche hacia las persianas bajadas de la avenida. Alguien se echó a un lado: una vieja atisbando. Nariz blanca de aplastarse contra el cristal. Dando gracias a su destino porque la habían pasado por alto. Extraordinario el interés que se toman por un cadáver. Contentas de vernos marchar les damos tanta molestia llegando. La tarea parece irles bien. Cuchicheos por los rincones. Chancletean por ahí en pantuflas de felpa por miedo a que despierte. Luego dejándolo listo. Adecentándolo. Molly y la señora Fleming haciendo la cama. Tire más de su lado. Nuestra mortaja. Nunca sabes quién te va a tocar muerto. Lavado y champú. Creo que cortan las uñas y el pelo. Guardan un poco en un sobre. De todas maneras crece después. Trabajo nada limpio.

Todos esperaban. No se decía nada. Cargando las coronas probablemente. Estoy sentado en algo duro. Ah, ese jabón en el bolsillo de atrás. Mejor sacarlo y cambiarlo de ahí. Espera una oportunidad.

Todos esperaban. Luego se oyeron ruedas allá delante, girando; luego más cerca; luego cascos de caballos. Una sacudida. Su coche empezó a moverse, crujiendo y meciéndose. Otros cascos y ruedas crujientes arrancaron detrás. Fueron pasando las persianas de la avenida y el número nueve con el llamador encresponado, la puerta medio cerrada. Al paso.

Siguieron esperando, con las rodillas oscilantes, hasta que doblaron y fueron siguiendo las vías del tranvía. Tritonville Road. Más deprisa. Las ruedas traqueteaban rodando por la calzada de guijarros y los cristales desquiciados se agitaban traqueteando en las portezuelas.

—¿Por dónde nos lleva? —preguntó el señor Power a través de ambas ventanillas.

—Irishtown —dijo Martin Cunningham—. Ringsend. Calle Brunswick.

El señor Dedalus asintió, asomándose.

—Es una buena costumbre antigua —dijo—. Me alegro de ver que no se ha extinguido.

Todos observaron durante un rato por las ventanillas las gorras y sombreros levantados por los transeúntes. Respeto. El coche se desvió de las vías del tranvía a un camino más liso, después de Watery Lane. El señor Bloom en observación vio un joven delgado, vestido de luto, sombrero ancho.

—Ahí ha pasado un amigo suyo, Dedalus —dijo. —¿Quién es?

—Su hijo y heredero.

—¿Dónde está? —dijo el señor Dedalus, estirándose al otro lado.

El coche, pasando zanjas abiertas y montones de pavimento excavado delante de las casas baratas, dio un vaivén al doblar una esquina y, volviendo a desviarse hacia las vías del tranvía, siguió rodando ruidosamente con ruedas charlatanas. El señor Dedalus se echó atrás en el asiento, diciendo:

—¿Estaba con él ese bribón de Mulligan? ¡Su *fidus Achates*!

—No —dijo el señor Bloom—. Estaba solo.

—En casa de su tía Sally, supongo —dijo el señor Dedalus—, el bando de los Goulding, ese borrachón de contable y Crissie, la boñiguita de su papá, la niña sabia que conoce a su padre.

El señor Bloom sonrió sin alegría hacia Ringsend Road. Wallace Hnos; fábrica de botellas; Puente Dodder.

Richie Goulding y su cartera jurídica. Goulding, Collis and Ward llama a la agencia. Sus chistes se están quedando un poco mojados. Era un buen punto. Valsando en la calle Stamer con Ignatius Gallaher un domingo por la mañana, los dos sombreros de la patrona sujetos con alfileres en la cabeza. De juerga por ahí toda la noche. Se le empieza a notar ahora: ese dolor de espalda suyo, me temo. La mujer planchándole la espalda. Cree que se lo va a curar con pastillas. Son todas miga de pan. Alrededor del seiscientos por ciento de ganancia.

—Anda con una pandilla muy baja —gruñó el señor Dedalus—. Ese Mulligan es un jodido infecto rufián de siete suelas, por donde quiera que se le mire. Su nombre hiede por Dublín entero. Pero con ayuda de Dios y de su Santísima Madre yo me ocuparé de escribirle una carta un día de estos a su madre o a su tía o a quien sea para abrirle los ojos de par en par. Le voy a organizar la catástrofe, créame.

Gritaba por encima del estrépito de las ruedas.

—No quiero que el hijoputa de su sobrino me eche a perder a mi hijo. El hijo de un hortera. Vendía sebo en la tienda de mi primo, Peter Paul M'Swiney. Ni hablar.

Se calló. El señor Bloom lanzó una ojeada desde su iracundo bigote a la bondadosa cara del señor Power y los ojos y la barba de Martin Cunningham, en grave oscilación. Estrepitoso hombre terco. Lleno de su hijo. Tiene razón. Algo que transmitir. Si el pobrecito Rudy hubiera vivido. Verle crecer. Oír su voz por la casa. Andando al lado de Molly en traje Eton. Mi hijo. Yo en sus ojos. Extraña sensación sería. De mí. Sólo una casualidad. Debe haber sido aquella mañana en Raymond

Terrace que ella estaba en la ventana viéndoselo hacer a dos perros junto a la pared de la cárcel. Y el sargento mirando para arriba y sonriendo. Ella tenía aquella bata crema con el desgarrón que nunca se cosía. Dame un toquecito, Poldy. Dios mío, me muero de ganas. Cómo empieza la vida.

Quedó embarazada entonces. Tuvo que renunciar al concierto de Greystones. Mi hijo dentro de ella. Yo podía haberle ayudado a salir adelante en la vida. Podía. Hacerle independiente. Aprender alemán también.

—¿Vamos con retraso? —preguntó el señor Power.

—Dos minutos —dijo Martin Cunningham, mirando el reloj.

Molly. Milly. Lo mismo, aguado. Sus juramentos de muchachote. ¡Escúpiter Júpiter! ¡Oh dioses y pececillos! Sin embargo, es un encanto de chica. Pronto será una mujer. Mullingar. Queridísimo papi. Estudiante joven. Sí, sí: una mujer también. La vida, la vida.

El coche daba bandazos, con sus cuatro cuerpos oscilando.

—Corny nos podía haber dado una carreta más cómoda —dijo el señor Power.

—Podía —dijo el señor Dedalus— si no fuera por ese bizqueo que tanto le estorba. ¿Me entienden?

Cerró el ojo izquierdo. Martin Cunningham empezó a sacudirse migas de debajo de los muslos.

—¿Qué es esto —dijo—, por lo más sagrado? ¿Migas?

—Alguien ha debido estar organizando una merienda aquí dentro hace poco —dijo el señor Power.

Todos levantaron los muslos, examinando con disgusto el enmohecido cuero sin botones de los asientos. El señor Dedalus, retorciendo la nariz, inclinó el ceño y dijo:

—Si no estoy muy equivocado… ¿Qué te parece a ti, Martin?

—También me lo ha parecido —dijo Martin Cunningham.

El señor Bloom bajó el muslo. Me alegro de haberme bañado. Me noto los pies bien limpios. Pero me gustaría que la señora Fleming hubiera zurcido mejor esos calcetines.

El señor Dedalus suspiró resignado.

—Después de todo —dijo— es lo más natural del mundo.

—¿Apareció Tom Kernan? —preguntó Martin Cunningham, retorciéndose suavemente la punta de la barba.

—Sí —contestó el señor Bloom—. Está atrás con Ned Lambert y Hynes.

—¿Y el mismo Corny Kelleher? —preguntó el señor Power.

—En el cementerio —dijo Martin Cunningham.

—Encontré esta mañana a M'Coy —dijo el señor Bloom—. Dijo que trataría de venir.

El coche se detuvo de pronto.

—¿Qué pasa?

—Nos hemos parado.

—¿Dónde estamos?

El señor Bloom sacó la cabeza por la ventanilla.

—El gran canal —dijo.

Los gasómetros. La tos ferina dicen que cura. Buena suerte que Milly nunca la tuvo. ¡Pobres niños! Los dobla, negros y azules, en convulsiones. Una vergüenza realmente. Ha escapado bastante bien de enfermedades, en comparación. Sólo sarampión. Té de semillas de lino. Escarlatina, epidemia de gripe. Buscando encargos para la muerte. No pierda esta oportunidad. Ahí el asilo de perros. ¡Pobre viejo *Athos*! Sé bueno con *Athos*, Leopold, es mi último deseo. Hágase tu voluntad. Les obedecemos en la tumba. Un garrapato en la agonía. Le llegó al alma, se murió de pena. Animal tranquilo. Los perros de los viejos suelen serlo.

Una gota de lluvia le escupió el sombrero. Se echó atrás y vio un instante de chaparrón esparcir puntos en las losas grises. Separados. Curioso. Como a través de un colador. Me parecía que iba a ser así. Las botas me crujían lo recuerdo ahora.

—Está cambiando el tiempo —dijo suavemente.

—Lástima que no haya seguido bueno —dijo Martin Cunningham.

—Hacía falta para el campo —dijo el señor Power—. Ya sale el sol otra vez.

El señor Dedalus, escudriñando el sol velado a través de las gafas, lanzó una muda maldición al cielo.

—Inquieto como culo de niño —dijo.

—Otra vez arrancamos.

El coche hizo girar otra vez sus rígidas ruedas y los cuerpos se balancearon suavemente. Martin Cunningham se retorció más deprisa la punta de la barba.

—Tom Kernan estuvo inmenso anoche —dijo—. Y Paddy Leonard imitándole en sus mismas narices.

—A ver, hazle un poco, Martin —dijo ávidamente el señor Power—. Espera a oírle, Simon, sobre Ben Dollard cantando *El mozo rebelde*.

—Inmenso —dijo Martin Cunningham pomposamente—. *Su versión de esa sencilla balada, Martin, es la más incisiva interpretación que jamás he oído en todo el transcurso de mi experiencia*.

—*Incisiva* —dijo el señor Power, riendo—. Está chiflado por esa palabra. Y la *reorganización retrospectiva*.

—¿Han leído el discurso de Dan Dawson? —preguntó Martin Cunningham.

—Yo no —dijo el señor Dedalus—. ¿Dónde está?

—En el periódico de esta mañana.

El señor Bloom sacó el periódico del bolsillo interior. Ese libro que le tengo que cambiar a ella.

—No, no —dijo el señor Dedalus rápidamente—. Más tarde, por favor.

La mirada del señor Bloom fue bajando por el borde del periódico, examinando los fallecimientos: Callan, Coleman, Dignam, Fawcett, Lowry, Naumann, Peake, ¿qué Peake es ése? ¿Es el tipo que estaba en Crosbie y Alleyne? No, Sexton,

Urbright. Caracteres de tinta borrándose deprisa en el papel arrugado que se rompe. Gracias a la Florecilla. Dolorosa pérdida. Con el inexpresable dolor de su. A la edad de 88 años tras larga y penosa enfermedad. Misa del mes: Quinlan. El dulce Jesús tenga misericordia de su alma.

Hace ya un mes que nuestro Henry amado
voló arriba, a la patria celestial.
Su familia le llora en la esperanza
de unirse a él allá en vida inmortal.

¿Rompí el sobre? Sí. ¿Dónde metí la carta después que la leí en el baño? Se palpó el bolsillo del chaleco. Ahí, muy bien. Henry amado voló. Antes que se me agote la paciencia.

Escuela Nacional. Serrería Meade. La parada de coches. Sólo dos ahora ahí. Asintiendo con la cabeza. Hinchado como una garrapata. Demasiado hueso en sus cráneos. El otro trotando por ahí con un cliente. Hace una hora yo pasaba por ahí. Los cocheros se quitaron el sombrero.

La espalda de un guardaagujas se enderezó de repente contra un poste del tranvía junto a la ventanilla del señor Bloom. ¿No podrían inventar algo automático para que la rueda misma mucho más fácil? Bueno pero ¿ese tipo perdería entonces su empleo? Bueno pero entonces ¿otro tío tendría un empleo haciendo el nuevo invento?

Salón de conciertos Antient. No dan nada ahí. Un hombre en traje claro con un brazalete de luto. No mucho dolor ahí. Un cuarto de luto. Pariente político quizá.

Dejaron atrás el desolado púlpito de San Marcos, bajo el puente del ferrocarril, pasado Queen's Theatre: en silencio. Carteles. Eugene Stratton. La señora Bandman Palmer. No sé si podría ir a ver *Leah* esta noche. Yo, decía yo. ¿O *El lirio de Killarney*? La compañía de ópera de Elster Grimes. Un cambio formidable. Carteles húmedos brillantes para la semana que viene. Alegría en el Bristol. Martin Cunningham podría conseguirse un pase para el Gaiety. Tener que pagarle unos tragos. Lo que no va en lágrimas va en suspiros.

Él vendrá esta tarde. Las canciones de ella.

Plasto's. El busto en la fuente a la memoria de Sir Philip Crampton. ¿Quién era ése?

—¿Qué tal? —dijo Martin Cunningham, llevándose la palma de la mano a la frente en saludo militar.

—No nos ve —dijo el señor Power—. Sí que nos ve. ¿Qué tal?

—¿Quién? —preguntó el señor Dedalus.

—Blazes Boylan —dijo el señor Power—. Ahí va a ventilarse la melena.

Precisamente en el momento en que yo estaba pensando.

El señor Dedalus se inclinó al otro lado a saludar. Desde la puerta del Red Bank, el disco blanco de un sombrero de paja destelló una respuesta; figura esbelta; pasado.

El señor Bloom pasó revista a las uñas de su mano izquierda y luego a las de la derecha. Las uñas, sí. ¿Hay algo más en él que ellas ven? Fascinación. El peor hombre de Dublín. Eso le mantiene vivo. A veces ellas notan lo que es una persona. Instinto. Pero un tipo así. Mis uñas. Las estoy mirando precisamente: bien cortadas. Y después: sola pensando. El cuerpo se está aflojando un poco. Me doy cuenta de eso porque recuerdo. ¿Qué lo causa? Supongo que la piel no se puede contraer lo bastante deprisa cuando la carne decae. Pero la forma sigue ahí. La forma sigue estando ahí. Hombros. Caderas. Bien de carnes. La noche del baile vistiéndose. La camisa metida entre los mofletes de atrás.

Se apretó las manos entre las rodillas y, satisfecho, envió su mirada vacía por las caras de ellos.

El señor Power preguntó:

—¿Cómo va la gira de conciertos, Bloom?

—Ah muy bien —dijo el señor Bloom—. Tengo noticias muy buenas. Es una buena idea, ya ve…

—¿Va usted mismo?

—Bueno, no —dijo el señor Bloom—. En realidad, tengo que ir al condado de Clare para un asunto particular. Ya comprende, la idea es hacer una gira por las principales ciudades. Lo que se pierda en una se puede compensar en otra.

—Eso es —dijo Martin Cunningham—. Mary Anderson está ahora allí. ¿Tienen buenos artistas?

—Louis Werner le organiza la tournée —dijo el señor Bloom—. Ah, sí, tenemos de lo mejor. J. C. Doyle y John MacCormack, espero y. Lo mejor, en fin.

—Y *madame* —dijo el señor Power—. La última pero no la menor.

El señor Bloom desapretó las manos en un gesto de blanda cortesía y las volvió a apretar. Smith O'Brien. Alguien ha dejado ahí un ramo de flores. Mujer. Debe ser su aniversario. Que cumpla muchos. El coche, dando la vuelta a la estatua de Farrell, les unió en silencio sus rodillas sin resistencia.

Coor: un viejo de ropa desteñida ofrecía su mercancía desde el bordillo, con la boca abierta: coor.

—Cordones de botas, cuatro por un penique.

No sé por qué le echaron del Colegio de Abogados. Tenía el despacho en la calle Hume. La misma casa del homónimo de Molly, Tweedy, procurador de la Corona en Waterford. Desde entonces conserva siempre esa chistera. Reliquias de antigua dignidad. Luto también. Terrible bajón, pobre desgraciado. Pasándoselo de uno en otros como tabaquera en un velorio. O'Callaghan en las últimas.

Y *madame*. Once y veinte. Levantada. Está la señora Fleming para la limpieza. Arreglándose el pelo, canturreando: *voglio e non vorrei*. No: *vorrei e non*. Mirándose las puntas del pelo a ver si están partidas. *Mi trema un poco il*. Hermosa su voz en ese

tre: acento de llorar. Una punción. Un pinzón. Hay una palabra pinzón que lo expresaba.

Sus ojos pasaron levemente sobre la agradable cara del señor Power. Encaneciendo sobre las orejas. *Madame*: sonriendo. Devolví la sonrisa. Una sonrisa se abre mucho camino. Quizá cortesía sólo. Tipo simpático. ¿Quién sabe si es verdad lo de esa mujer que mantiene? No es agradable para su mujer. Sin embargo dicen, quién fue el que me lo dijo, que no hay cosa carnal. Uno se imaginaría que esa broma se acabaría en seguida. Sí, fue Crofton el que le encontró una noche que le llevaba a ella una libra de filetes. ¿Qué es lo que había sido ella? Camarera en el Jury. ¿O en el Moira?

Pasaron bajo la figura del Libertador con su enorme capote.

Martin Cunningham dio un codazo al señor Power.

—De la tribu de Rubén —dijo.

Una alta figura, con barba negra, apoyada en un bastón, doblaba a tropezones la esquina de los Almacenes del Elefante, de Elvery, mostrándoles una mano encorvada extendida sobre el espinazo.

—En toda su prístina belleza —dijo el señor Power.

El señor Dedalus siguió con la mirada la figura a tropezones y dijo benévolamente:

—¡Que el diablo te rompa el sujetador del espinazo!

El señor Power, derrumbándose de risa, escondió la cara a un lado de la ventanilla mientras el coche pasaba ante la estatua de Gray.

—Todos hemos estado en eso —dijo Martin Cunningham rotundamente.

Sus ojos encontraron los del señor Bloom. Se acarició la barba y añadió:

—Bueno, casi todos nosotros.

El señor Bloom empezó a hablar con repentino afán mirando a las caras de sus compañeros.

—Anda por ahí una historia muy buena a propósito de Reuben J. y el hijo.

—¿La del barquero? —preguntó el señor Power.

—Sí. ¿No es estupenda?

—¿Cómo es? —preguntó el señor Dedalus—. Yo no la he oído.

—Había una chica en el asunto —empezó el señor Bloom—, y él decidió mandarle a la isla de Man para ponerle a salvo pero cuando estaban los dos…

—¿Cómo? —preguntó el señor Dedalus—. Aquel famoso jodido mocoso…

—Sí —dijo el señor Bloom—. Los dos iban al barco y él intentó ahogar…

—¡Ahogarse Barrabás! —gritó el señor Dedalus—. Ojalá lo quisiera Dios.

El señor Power lanzó una larga risotada por las narices, cubriéndoselas con la mano.

—No —dijo el señor Bloom—, el hijo mismo…

Martin Cunningham le sofocó groseramente la voz.

—Reuben J. y el hijo bajaban por el muelle junto al río hacia el barco de la isla de Man y el bromista del muchacho de repente se soltó y allá se fue por encima del parapeto al Liffey.

—¡Vaya por Dios! —exclamó el señor Dedalus asustado—. ¿Y murió?

—¡Morir! —gritó Martin Cunningham—. Lo que es él, no. Un barquero agarró un palo y le pescó por el fondillo del pantalón y le echaron a tierra delante del padre en el muelle. Más muerto que vivo. Media ciudad estaba allí.

—Sí —dijo el señor Bloom—. Pero lo divertido es que…

—Y Reuben J. —dijo Martin Cunningham— le dio al barquero un florín por salvarle la vida a su hijo.

Un suspiro sofocado salió de debajo de la mano del señor Power.

—Sí, de veras —afirmó Martin Cunningham—. Como un héroe. Un florín de plata.

—¿No es verdad que es estupendo? —dijo el señor Bloom con empeño.

—Un chelín y ocho peniques de más —dijo secamente el señor Dedalus.

La risa ahogada del señor Power estalló suavemente en el coche.

La columna de Nelson.

—¡Ocho ciruelas por un penique! ¡Ocho por un penique!

—Deberíamos poner una cara un poco más seria —dijo Martin Cunningham.

El señor Dedalus asintió.

—Por otra parte, desde luego —dijo—, el pobrecillo Paddy no nos escatimaría unas risas. Muchos cuentos buenos contaba él también.

—¡Dios me perdone! —dijo el señor Power, secándose los ojos mojados con los dedos—. ¡Pobre Paddy! Poco me lo imaginaba hace una semana, la última vez que le vi, y estaba tan bueno como de costumbre, que iría detrás de él de esta manera. Se nos ha ido.

—Un hombre tan decente como cualquiera que gaste sombrero —dijo el señor Dedalus—. Se fue muy de repente.

—Un síncope —dijo Martin Cunningham—. El corazón.

Se golpeó el pecho tristemente.

Cara inflamada: al rojo vivo. Demasiado empinar el codo. Cura para una nariz roja. Beber como un demonio hasta que se ponga azul. Un montón de dinero gastó en teñirla.

El señor Power miró las casas que pasaban, con arrepentida preocupación.

—Tuvo una muerte repentina, pobre hombre —dijo.

—La mejor muerte —dijo el señor Bloom.

Le miraron con ojos muy abiertos.

—Sin sufrir —dijo—. Un momento y todo pasó. Como morir durmiendo.

Nadie habló.

Parte muerta de la calle, ésta. Poco negocio de día, agentes inmobiliarios, hotel para abstemios, la guía de ferrocarriles Falconer, escuela de funcionarios, Gill, el club

católico, instituto de trabajo de los ciegos. ¿Por qué? Alguna razón. Sol o viento. De noche también. Militares y criadas. Bajo el patrocinio del difunto Padre Mathew. Primera piedra por Parnell. Síncope. Corazón.

Caballos blancos con penachos blancos en la frente doblaron la esquina de la Rotunda, al galope. Un pequeño ataúd pasó como un destello. Con prisa por enterrar. Un coche fúnebre. Soltero. Negro para los casados. Fío para los solteros. Toronja para la monja.

—Qué triste —dijo Martin Cunningham—. Un niño.

Una cara de enano malva y arrugada como la del pobrecito Rudy. Cuerpo de enano, débil como masilla, en una caja de abeto forrada de blanco. Paga la Sociedad Mutua de Entierros. Un penique por semana por un terrón de turba. Nuestro. Pequeño. Pobre. Niñito. No significaba nada. Error de la naturaleza. Si está sano sale a la madre. Si no al hombre. Mejor suerte la próxima vez.

—Pobrecillo —dijo el señor Dedalus—. Ya está del otro lado.

El coche trepó más lentamente por la cuesta de Rutland Square. Sacudir sus huesos. Sobre las piedras. Sólo un pobre. Carga para todos.

—En mitad de la vida —dijo Martin Cunningham.

—Pero lo peor de todo —dijo el señor Power— es el hombre que se quita la vida.

Martin Cunningham sacó el reloj con vivacidad, tosió y lo volvió a guardar.

—La mayor deshonra que cabe en la familia —añadió el señor Power.

—Locura momentánea, por supuesto —dijo Martin Cunningham—. Hay que mirarlo desde un punto de vista caritativo.

—Dicen que quien hace eso es un cobarde —dijo el señor Dedalus.

—No nos toca a nosotros juzgar —dijo Martin Cunningham.

El señor Bloom, a punto de hablar, volvió a cerrar los labios. Los grandes ojos de Martin Cunningham. Ahora desviando la mirada. Hombre humanitario y comprensivo que es. Inteligente. Como la cara de Shakespeare. Siempre una buena palabra que decir. No tienen misericordia con eso aquí ni con el infanticidio. Niegan sepultura cristiana. Solían clavarle una estaca a través del corazón en la tumba. Como si no lo tuviera ya partido. Sin embargo a veces se arrepienten demasiado tarde. Encontrado en la orilla del río agarrando juncos. Me miraba. Y esa horrible borracha de su mujer. Poniéndole la casa a ella una vez y otra y luego ella empeñándole los muebles casi todos los sábados. Dándole una vida de infierno. Le consumiría el corazón a una piedra, eso. El lunes por la mañana empezar de nuevo. El hombro a la rueda. Señor, qué espectáculo debió ser ella aquella noche, Dedalus me dijo que él estuvo allí. Borracha por toda la casa bailoteando con el paraguas de Martin:

Y me llaman la joya de Asia,
de Asia,
la geisha.

Ha desviado la mirada de mí. Lo sabe. Sacudir sus huesos.

La tarde del atestado. La botella de etiqueta roja en la mesa. El cuarto del hotel con cuadros de caza. Aire sofocante. Luz del sol por entre las tiras de las persianas. Las orejas del forense, grandes y peludas. El limpiabotas prestando declaración. Creyó al principio que dormía. Luego vio como franjas amarillas en la cara. Se había resbalado a los pies de la cama. Veredicto: dosis excesiva. Muerte accidental. La carta. Para mi hijo Leopold.

No más dolor. No despertar más. Carga para todos.

El coche traqueteó rápidamente por la calle Blessington. Sobre las piedras.

—Vamos a toda marcha, me parece —dijo Martin Cunningham.

—Quiera Dios que no nos vuelque por el camino —dijo el señor Power.

—Espero que no —dijo Martin Cunningham—. Va a ser una gran carrera la de mañana en Alemania. La Gordon Bennett.

—Sí, caramba —dijo el señor Dedalus—. Será digna de ver, seguro.

Al entrar en la calle Berkeley un organillo junto al estanque les mandó por encima y tras de ellos una canción chillona y picarona de café concierto. ¿Ha visto alguien a Kelly por aquí? Ka e ele ele y griega. Marcha fúnebre de *Saúl*. Más malo que el viejo Antonio. Que me ha mandado al demonio. ¡Pirueta! El *Mater Misericordiae*. Calle Eccles. Mi casa allí abajo. Sitio grande. Pabellón para incurables allí. Muy animador. El Hospital de Agonizantes de Nuestra Señora. La casa de los muertos a mano, allí abajo. Donde murió la vieja Sra. Riordan. Las mujeres son terribles de ver. La taza de alimentarla y le restregaban la boca con la cuchara. Luego la mampara alrededor de la cama para que muriera. Simpático el joven estudiante que me curó la picadura de aquella abeja. Me han dicho que ha pasado al hospital de maternidad. De un extremo al otro.

El coche dobló una esquina al galope: se detuvo.

—¿Qué pasa ahora?

Una manada dispersa de ganado herrado pasaba ante las ventanillas, mugiendo, avanzando perezosamente sobre almohadilladas pezuñas, azotándose lentamente con la cola las huesudas grupas embarradas. Alrededor y por en medio de ellos corrían ovejas enalmagradas balando su miedo.

—Emigrantes —dijo el señor Power.

—¡Uuuuh! —gritó el que los llevaba, chascándoles el látigo en los costados—. ¡Uuuuh! ¡Fuera de ahí!

Jueves, por supuesto. Mañana es día de matadero. Novillos. Cuffe los vendía a alrededor de veintisiete libras cada. Para Liverpool probablemente. Rosbif para la vieja Inglaterra. Compran todos los jugosos. Y entonces se pierde la quinta parte: todo lo que no se puede comer, piel, pelo, cuernos. Al cabo del año sale por mucho. Comercio de carne muerta. Subproductos de los mataderos para tenerías, jabón, margarina. No sé si sigue funcionando aquel truco de descargar del tren en Clonsilla la carne averiada.

El coche siguió avanzando a través del ganado.

—No comprendo por qué el ayuntamiento no pone una línea de tranvías desde la puerta del parque a los muelles —dijo el señor Bloom—. Se podría llevar a todos esos animales en furgones hasta los barcos.

—En vez de tapar el paso —dijo Martin Cunningham—. Es cierto. Deberían.

—Sí —dijo el señor Bloom—, y otra cosa que he pensado muchas veces es poner tranvías fúnebres municipales como tienen en Milán, ya sabe. Extender la línea hasta las puertas del cementerio y tener tranvías especiales, coche fúnebre, coche para el duelo y todo eso. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sería un asunto fenomenal —dijo el señor Dedalus—. Coche butacas y vagón restaurante.

—Una perspectiva pobre para Corny —añadió el señor Power.

—¿Por qué? —preguntó el señor Bloom, volviéndose hacia el señor Dedalus—. ¿No sería más decente que galopar de dos en fondo?

—Bueno, a lo mejor no estaría mal —concedió el señor Dedalus.

—Y —dijo Martin Cunningham— no tendríamos escenas como aquella cuando se volcó el coche fúnebre al dar la vuelta en Dunphy y tiró el ataúd por la calle.

—Aquello fue terrible —dijo la cara trastornada del señor Power— y el cadáver se cayó por ahí por la calle. ¡Terrible!

—En cabeza al dar la vuelta en Dunphy —dijo el señor Dedalus, asintiendo—. Copa Gordon Bennett.

—¡Dios nos libre! —dijo Martin Cunningham piadosamente.

¡Bum! Volcado. Un ataúd rebotado por la calle. Estallado abriéndose. Paddy Dignam sale disparado y dando vueltas tieso en el polvo con un hábito pardo demasiado grande para él. Cara roja: ahora gris. Boca abierta al caer. Preguntando qué pasa ahora. Hacen muy bien en cerrarla. Resulta horrible abierta. Luego las entrañas se descomponen deprisa. Mucho mejor cerrar todos los orificios. Sí, también. Con cera. El esfínter suelto. Sellarlo todo.

—Dunphy —anunció el señor Power mientras el coche doblaba a la derecha.

La esquina de Dunphy. Coches de duelo en fila, ahogando su dolor. Una pausa junto al camino. Estupenda situación para un bar. Espero que nos pararemos aquí a la vuelta para beber a su salud. Una ronda de consuelo. Elixir de vida.

Pero supongamos ahora que ocurriera. ¿Sangraría si un clavo digamos le pinchara al sacudirlo por ahí? Sí y no, supongo. Depende de dónde. La circulación se detiene. Sin embargo algo podría rezumar de una arteria. Sería mejor enterrarles de rojo: un rojo oscuro.

En silencio, siguieron por el camino de Phibsborough. Un coche fúnebre vacío les pasó trotando al lado, volviendo del cementerio: parece aliviado.

El puente Crossguns: el canal real.

El agua se precipitaba con ruido a través de las compuertas. Un hombre de pie, en su barcaza arrastrada por la corriente, entre bloques de turba. En el camino de sirga,

junto a la esclusa, un caballo con flojos atalajes. A bordo del Coco.

Ellos le observaron. Por el lento canal herboso había bajado a la deriva en su balsa hacia la costa cruzando Irlanda tirado por un cable de sirga, entre riberas de juncos, sobre fango, botellas ahogadas de barro, carroñas de perro. Athlone, Mullingar, Moyvalley, podrían hacer una excursión a pie siguiendo el canal para ver a Milly. O bajar en bicicleta. Alquilar un cacharro viejo, para la seguridad. Wren tenía el otro día uno en la subasta pero de señora. Desarrollando los canales. La diversión de James M'Cann de transbordarme remando. Transporte más barato. En etapas cómodas. Casas flotantes. Acampando al aire libre. También fúnebres. Al cielo por agua. Quizá vaya sin escribir. Llegar como sorpresa, Leixlip, Clonsilla. Bajar hasta Dublín, esclusa tras esclusa. Con turba de pantanos del centro. Saludo. Levantó el sombrero de paja pardo, saludando a Paddy Dignam.

Siguieron adelante, junto a la casa de Brian Boroimhe. Cerca ya de ello.

—No sé cómo le irá a nuestro amigo Fogarty —dijo el señor Power.

—Más vale preguntarle a Tom Kernan —dijo el señor Dedalus.

—¿Cómo es eso? —dijo Martin Cunningham—. Le dejó llorando, supongo.

—Aunque perdido de vista —dijo el señor Dedalus— caro a la memoria.

El coche dobló a la izquierda hacia el camino de Finglas.

El terreno del cantero a la derecha. Última etapa. Agolpadas en la franja de tierra aparecieron figuras silenciosas, blancas, apenadas, extendiendo manos tranquilas, arrodilladas en dolor, señalando. Fragmentos de figuras, esbozadas. En blanco silencio: suplicantes. Lo mejor a disposición. Thomas H. Dennany, constructor de monumentos y escultor.

Pasado.

En el bordillo ante la casa de Jimmy Geary el enterrador, estaba sentado un viejo vagabundo, gruñendo, vaciando la tierra y las piedras de su gran bota bostezante, color polvo. Después del viaje de la vida.

Sombríos jardines pasaron entonces, uno tras otro: casas sombrías.

El señor Power señaló.

—Allí es donde asesinaron a Childs —dijo—. La última casa.

—Eso es —dijo el señor Dedalus—. Un caso horrible. Seymour Bushe le liquidó. Asesinó a su hermano. O eso decían.

—El fiscal no tenía pruebas —dijo el señor Power.

—Sólo indicios —dijo Martin Cunningham—. Ése es el principio del derecho. Mejor que escapen noventa y nueve culpables antes que condenar por error a una persona inocente.

Miraron. La finca del asesino. Quedó atrás, oscura. Persianas cerradas, sin inquilinos, jardín lleno de hierbajos. El sitio entero se ha ido al demonio. Condenar por error. Asesinato. La imagen del asesino en el ojo del asesinado. Les encanta leer sobre eso. Cabeza de hombre encontrada en un jardín. Ella iba vestida con. Cómo

recibió la muerte. Violación reciente. El arma usada. El asesino todavía oculto. Pistas. Un cordón de zapato. El cadáver va a ser exhumado. El asesinato será esclarecido.

Apretados en este coche. A ella no le gustaría que llegara de esa manera sin hacérselo saber. Hay que tener cuidado con las mujeres. Las pillas una vez en un descuido. Nunca te lo perdonan después. Quince años.

Las altas verjas de Prospects pasaron ondulando ante sus miradas. Chopos oscuros, raras formas blancas. Formas cada vez más frecuentes, blancos bultos apiñados entre los árboles, blancas formas y fragmentos pasando en silencio uno tras otro, manteniendo vanos gestos en el aire.

La llanta de hierro raspó, áspera, el bordillo: se detuvieron. Martin Cunningham sacó el brazo y, tirando atrás del pestillo, abrió la puerta de un empujón con la rodilla. Salió. El señor Power y el señor Dedalus le siguieron.

Cambiar ese jabón ahora. La mano del señor Bloom desabotonó rápidamente el bolsillo de atrás y trasladó el jabón pegado al papel al bolsillo interior de la chaqueta. Salió del coche, volviendo a poner en su sitio el periódico que sostenía todavía con la otra mano.

Mezquino entierro: coche fúnebre y tres coches de duelo. Da lo mismo. Cordones de féretro, riendas doradas, misa de réquiem, salvas de cañonazos. Pompa de la muerte. Detrás del último coche, había un vendedor ambulante junto a su carrito de bollos y fruta. ¿Quién los comía? Los del duelo al salir.

Siguió a sus compañeros. El señor Kernan y Ned Lambert les siguieron, con Hynes detrás. Corny Kelleher se detuvo junto al coche fúnebre abierto y sacó las dos coronas. Entregó una al muchacho.

¿A dónde ha desaparecido el entierro de ese niño?

Una pareja de caballos que venía de Finglas pasó con paso fatigoso y penoso, arrastrando a través del fúnebre silencio un carro crujiente con un bloque de granito. El carrero, que andaba por delante de ellos, saludó. El ataúd ahora. Llegó aquí antes de nosotros, muerto y todo. El caballo volviéndose a mirarlo con su penacho de plumas de medio lado. Ojo opaco: la collera apretada en el cuello, oprimiéndole un vaso sanguíneo o algo así. ¿Saben lo que acarrean aquí todos los días? Deben ser unos veinte o treinta entierros cada día. Además Mount Jerome para los protestantes. Entierros por todo el mundo en todas partes cada minuto. Les echan abajo a paletadas por carretadas a gran velocidad. Millares por hora. Demasiados en el mundo.

Unas enlutadas salieron por la verja: mujer y una niña. Arpía de quijadas flacas, mujer dura para regatear, con el sombrero torcido. Cara de la niña manchada de suciedad y lágrimas, del brazo de la mujer levantando los ojos hacia ella en busca de una señal para llorar. Cara de pez, lívida y sin sangre.

Los ayudantes tomaron a hombros el ataúd y lo llevaron adentro por la verja. Sólo peso muerto. Me sentía más pesado yo mismo al salir de ese baño. Primero el fiambre: después los amigos del fiambre. Corny Kelleher y el muchacho seguían con las coronas. ¿Quién es el que va a su lado? Ah, el cuñado.

Todos les siguieron.

Martin Cunningham susurró:

—Estaba mortalmente angustiado cuando usted habló de suicidio delante de Bloom.

—¿Qué? —susurró el señor Power—. ¿Por qué?

—Su padre se envenenó —susurró Martin Cunningham—. Tenía el hotel Queen's en Ennis. Ya le oyeron decir que iba a Clare. Aniversario.

—¡Dios mío! —susurró el señor Power—. La primera vez que lo oigo. ¿Se envenenó?

Lanzó una ojeada hacia atrás, a donde una cara con sombríos ojos pensativos les seguía hacia el mausoleo del cardenal. Hablando.

—¿Estaba asegurado? —preguntaba el señor Bloom.

—Creo que sí —contestó el señor Kernan—, pero la póliza estaba muy hipotecada. Martin está intentando meter al muchacho en Artane.

—¿Cuántos chicos dejó?

—Cinco. Ned Lambert dice que tratará de meter a una de las chicas en Todd.

—Un triste caso —dijo el señor Bloom suavemente—. Cinco chicos pequeños.

—Un gran golpe para la pobre mujer —añadió el señor Kernan.

—Sí por cierto —asintió el señor Bloom.

Ahora le toca a ella reírse de él.

Se miró las botas que había ennegrecido y abrillantado. Ella le había sobrevivido a él, perdido su marido. Más muerto para ella que para mí. Uno tiene que sobrevivir al otro. Dicen los sabios. Hay más mujeres que hombres en el mundo. Condolerse con ella. Su terrible pérdida. Espero que usted le seguirá pronto. Para las viudas hindúes sólo. Ella se casaría con otro. ¿Con él? No. Sin embargo ¿quién sabe después? La viudez no está de moda desde que murió la vieja reina. Transportada en una cureña. Victoria y Alberto. Funerales conmemorativos en Frogmore. Pero al fin se puso unas pocas violetas en el sombrero. Vanidosa en lo más íntimo de su corazón. Todo por una sombra. Consorte ni siquiera rey. Su hijo era la sustancia. Algo nuevo en que tener esperanza no como el pasado que ella quería recobrar, esperando. Nunca llega. Uno tiene que partir primero: solo bajo el suelo: y no volver a yacer en el tibio lecho de ella.

—¿Cómo estás, Simon? —dijo suavemente Ned Lambert, estrechándole la mano —. Hace siglos que no te veo.

—Nunca he estado mejor. ¿Cómo están todos en la mismísima Cork?

—Estuve allá para las carreras en el parque, el lunes de Pascua —dijo Ned Lambert—. Los mismos seis chelines y ocho peniques de siempre. Me quedé con Dick Tivy.

—¿Y cómo está Dick, el hombre de una pieza?

—No hay nada entre él y el cielo —contestó Ned Lambert.

—¡Por San Pablo! —dijo el señor Dedalus, refrenando su asombro—. ¿Calvo Dick Tivy?

—Martin va a hacer una colecta para los chicos —dijo Ned Lambert, señalando hacia delante—. Unos pocos chelines por barba. Sólo para que vayan tirando hasta que se arregle el seguro.

—Sí, sí —dijo el señor Dedalus dudoso—. ¿Es el chico mayor ese de delante?

—Sí —dijo Ned Lambert— con el hermano de la mujer. John Henry Menton está detrás. Se ha apuntado con una guinea.

—Estaba seguro —dijo el señor Dedalus—. Muchas veces le dije al pobre Paddy que debería cuidar ese trabajo. John Henry no es lo peor de este mundo.

—¿Cómo lo perdió? —preguntó Ned Lambert—. La bebida, ¿eh?

—El defecto de muchos hombres buenos —dijo el señor Dedalus con un suspiro.

Se detuvieron delante de la puerta de la capilla mortuoria. El señor Bloom se quedó de pie detrás del muchacho con la corona, mirándole el pelo peinado liso y el flaco pescuezo con hoyos dentro del cuello flamante. ¡Pobre chico! ¿Estaba allí cuando el padre? Los dos inconscientes. Reanimarse en el último momento y reconocer por última vez. Todo lo que habría podido hacer. Le debo tres chelines a O'Grady. ¿Comprendería? Los ayudantes trasladaron el ataúd a la capilla. ¿De qué lado es la cabeza?

Al cabo de un momento siguió a los demás adentro, parpadeando en la luz velada. El ataúd estaba en su catafalco a la entrada del coro, cuatro altos cirios amarillos en las esquinas. Siempre delante de nosotros. Corny Kelleher, poniendo una corona en cada esquina de delante, hizo señal al chico de arrodillarse. Los del duelo se arrodillaron acá y allá en reclinatorios. El señor Bloom se quedó de pie atrás junto a la pila y, cuando todos se habían arrodillado, dejó caer cuidadosamente su periódico sin desplegar desde el bolsillo y dobló la rodilla derecha sobre él. Acomodó suavemente el sombrero negro en la rodilla izquierda y, sujetándolo por el ala, se inclinó piadosamente.

Un monaguillo, llevando un cubo de latón con algo dentro, salió por una puerta. El sacerdote, con un blusón blanco, salió tras él arreglándose la estola con una mano y llevando en equilibrio con la otra un librito contra su panza de sapo. ¿Quién lee el legajo? Yo, contestó el grajo.

Se detuvieron junto al catafalco y el sacerdote empezó a leer en el libro con un graznar fluido.

Padre Malamud. Sabía que se llamaba como ataúd. *Domine-namine*. Tiene cara de chulo con esa jeta. Domina la función. Cristiano musculoso. Ay de aquel que le mire de mala manera: sacerdote. Tú eres Pedro. Estallando por los costados como una oveja en el trébol, así dice Dedalus que acabará. Con una panza encima como un cachorro envenenado. Qué expresiones más divertidas encuentra ese hombre. Hum: estallando por los costados.

—*Non intres in judicium cum servo tuo, Domine*.

Les hace sentirse más importantes que les recen encima en latín. Misa de réquiem. Penas de crespón. Papel de cartas con orla negra. Su nombre en la lista del altar. Sitio helado es éste. Necesitan comer bien, sentados aquí toda la mañana en lo oscuro golpeando con los pies esperando el siguiente por favor. Ojos de sapo también. ¿Qué es lo que le hincha así? Molly se hincha cuando come coles. El aire de este sitio quizá. Parece lleno de gas malo. Debe haber una cantidad infernal de gas malo por este sitio. Los matarifes por ejemplo: se ponen como filetes crudos. ¿Quién me lo decía? Mervyn Browne. Abajo en la cripta de San Werburgh un estupendo órgano viejo y ciento cincuenta tienen que perforar un agujero en los ataúdes a veces para que se escape el gas malo y quemarlo. Sale a chorro: azul. Como lo aspires un momento, estás liquidado.

Me duele la rótula. Ay. Así está mejor.

El sacerdote sacó del cubo del muchacho un palo con una bola en la punta y lo agitó sobre el ataúd. Luego marchó al otro extremo y lo volvió a sacudir. Luego volvió y lo dejó otra vez en el cubo. Como eras antes que reposaras. Está todo escrito: tiene que hacerlo.

—*Et ne nos inducas in tentationem.*

El monaguillo flauteaba las respuestas en falsete. Muchas veces he pensado que sería mejor tener muchachos como criados. Hasta los quince años más o menos. Después de eso, claro…

Agua bendita era, espero. Sacudiendo sueño de eso. El debe estar harto de ese trabajo, sacudiendo esa cosa por encima de todos los cadáveres que le traen al trote. Qué tendría de malo si pudiera ver sobre qué lo sacude. Cada día toda la vida una nueva hornada: hombres de media edad, viejas, niños, mujeres muertas de parto, hombres con barba, hombres de negocios con la cabeza calva, muchachas tuberculosas con pechitos de gorrión. Durante el año entero él rezaba la misma cosa sobre ellos y les sacudía agua encima: dormir. Ahora sobre Dignam.

—*In paradisum.*

Dijo que iba al paraíso o que está en el paraíso. Lo dice encima de todo el mundo. Un trabajo bien fatigoso. Pero algo tiene que decir.

El sacerdote cerró el libro y se marchó, seguido por el monaguillo. Corny Kelleher abrió las puertas laterales y entraron los sepultureros, volvieron a izar el ataúd y lo echaron en su carretón. Corny Kelleher dio una corona al chico y otra al cuñado. Todos les siguieron por las puertas laterales saliendo al suave aire gris. El señor Bloom fue el último en salir, volviendo a doblar el periódico en el bolsillo. Miró gravemente al suelo hasta que el carretón del ataúd se fue rodando por la izquierda. Las ruedas de metal aplastaron la grava con un agudo chillido raspante y el grupo de botas romas siguió a la carreta por una avenida de sepulcros.

Tiri tara tiri tara taró. Dios mío, aquí no debo canturrear.

—La glorieta O'Connell —dijo el señor Dedalus a los de alrededor.

Los blandos ojos del señor Power subieron a la punta del elevado obelisco.

—Reposa —dijo— en medio de su pueblo, el viejo Dan O'. Pero su corazón está enterrado en Roma. ¡Cuántos corazones rotos hay enterrados aquí, Simon!

—La tumba de ella está por ahí, Jack —dijo el señor Dedalus—. Pronto estaré tendido a su lado. Que el Señor me lleve en cuanto le plazca.

Abatido, empezó a llorar para sí mismo silenciosamente, tropezando un poco al andar. El señor Power le dio el brazo.

—Ella está mejor donde está —dijo bondadosamente.

—Eso supongo —dijo el señor Dedalus con un débil jadeo—. Supongo que está en el cielo si hay cielo.

Corny Kelleher se echó fuera de su fila y dejó que los del duelo le pasaran al lado lentamente.

—Momentos tristes —empezó cortésmente el señor Kernan.

El señor Bloom cerró los ojos e inclinó tristemente la cabeza dos veces.

—Los demás se están poniendo el sombrero —dijo el señor Kernan—. Supongo que también nosotros podemos. Somos los últimos. Este cementerio es un sitio traidor.

Se cubrieron la cabeza.

—El reverendo caballero leyó el servicio demasiado deprisa, ¿no le parece? —dijo el señor Kernan con reproche.

El señor Bloom asintió valientemente, mirando los ojos vivos, inyectados de sangre. Ojos secretos, ojos buscando secretos. Masón, creo: no estoy seguro. A su lado otra vez. Los últimos. En el mismo bote. Espero que diga algo más.

El señor Kernan añadió:

—El servicio de la Iglesia Irlandesa, usado en Mount Jerome, es más sencillo, más impresionante, debo decir.

El señor Bloom asintió prudentemente. La lengua naturalmente era otra cosa.

El señor Kernan dijo con solemnidad:

—*Yo soy la resurrección y la vida*. Eso le toca a uno el fondo del corazón.

—Eso es —dijo el señor Bloom.

Tu corazón quizá pero ¿qué le importa al tipo en el seis pies por dos con los dedos de los pies en las margaritas? Eso no lo toca. Sede de los afectos. Corazón partido. Una bomba después de todo, bombeando miles de galones de sangre por día. Un buen día se atasca y ya estamos. Montones de ellos yaciendo por aquí: pulmones, corazones, hígados. Viejas bombas oxidadas: al cuerno lo demás. La resurrección y la vida. Una vez estás muerto estás muerto. La idea del último día. Levantándoles a todos de un golpe de sus tumbas. ¡Sal fuera, Lázaro! Y salió el quinto y perdió el trabajo. ¡Levantaos! ¡El día final! Entonces cada quisque hurgando por ahí en busca de su hígado y sus tripas y el resto de sus asuntos. Encontrar todas sus malditas cosas por sí mismo esa mañana. Un pennyweight de polvo en una calavera. Doce gramos son un pennyweight. Medida Troy.

Corny Kelleher se le puso a su paso al lado.

—Todo ha salido de primerísima —dijo—. ¿No?

Les miraba con sus ojos soñolientos. Hombros de policía. Con el tororón tororón.

—Como debía ser —dijo el señor Kernan.

—¿Cómo? ¿Eh? —dijo Corny Kelleher.

El señor Kernan le tranquilizó.

—¿Quién es ese tipo detrás de Tom Kernan? —preguntó John Henry Menton—. Conozco esa cara.

Ned Lambert echó atrás una ojeada.

—Bloom —dijo—. *Madam* Marion Tweedy que era, mejor dicho, que es la soprano, es su mujer.

—Ah, claro —dijo John Henry Menton—. Hace tiempo que no la veo. Era una mujer muy guapa. Bailé con ella, espere, hace sus buenos quince o diecisiete años, en Mat Dillon, en Roundtown. Y bien que le llenaba a uno los brazos.

Echó una mirada atrás a través de los demás.

—¿Qué es él? —preguntó—. ¿Qué hace? ¿No andaba en cosas de papelería? Una noche tuve un disgusto con él, me acuerdo, en los bolos.

Ned Lambert sonrió.

—Sí que andaba —dijo—, en Wisdom Hely. Viajante de papel secante.

—Pero, por los clavos de Cristo —dijo John Henry Menton—, ¿para qué se casó ella con un desgraciado como ése? Entonces tenía mucho juego que dar.

—Todavía lo tiene —dijo Ned Lambert—. Él es agente de anuncios.

Los grandes ojos de John Henry Menton miraron fijamente al vacío.

El carretón dobló a una avenida lateral. Un hombre corpulento, emboscado entre las hierbas, se levantó el sombrero en homenaje. Los sepultureros se tocaron las gorras.

—John O'Connell —dijo el señor Power, complacido—. Nunca olvida a un amigo.

El señor O'Connell dio la mano a todos en silencio. El señor Dedalus dijo:

—Voy a venir a hacerte otra visita.

—Querido Simon —dijo el administrador—. No quiero en absoluto que seas mi cliente.

Saludando a Ned Lambert y a John Henry Menton, avanzó al lado de Martin Cunningham, jugueteando con dos llaves a la espalda.

—¿Han oído —les preguntó— lo de Mulcahy el del Coombe?

—Yo no —dijo Martin Cunningham.

Inclinaron las chisteras en armonía y Hynes acercó el oído. El administrador colgó los pulgares en las curvas de la cadena del reloj de oro y habló en tono discreto hacia sus sonrisas vacías.

—Cuentan la historia —dijo— de que dos borrachos vinieron aquí un atardecer con niebla buscando la tumba de un amigo de ellos. Preguntaron por Mulcahy el del Coombe y les dijeron dónde estaba enterrado. Después de andar tropezando por ahí

en la niebla encontraron la tumba, claro que sí. Uno de los borrachos fue leyendo el nombre: Terence Mulcahy. El otro borracho estaba mirando una estatua del Salvador que había hecho poner la viuda.

El administrador echó una mirada a uno de los sepulcros que dejaban atrás. Continuó:

—Y después de mucho mirar a la figura sagrada, dice, *No se parece a él ni pizca jodida. Ése no es Mulcahy*, dice, *lo haya hecho quien lo haya hecho*.

Recompensado por sonrisas se quedó atrás hablando con Corny Kelleher, recibiendo de éste unas fichas, repasándolas y examinándolas mientras andaba.

—Todo eso lo hace con una intención —explicó Martin Cunningham a Hynes.

—Ya sé —dijo Hynes—, ya lo sé.

—Para animarle a uno —dijo Martin Cunningham—. Es pura bondad de corazón: al cuerno lo demás.

El señor Bloom admiró el próspero volumen del administrador. Todos quieren estar en buenas relaciones con él. Un tipo decente, John O'Connell, de los buenos de verdad. Llaves, como el anuncio de Llavees; no hay miedo de que nadie se escape; no hay control de salida. *Habeas corpus*. Tengo que ver lo de ese anuncio después del entierro. ¿Escribí Ballsbridge en el sobre que cogí para tapar cuando ella me interrumpió mientras escribía a Martha? Espero que no la hayan echado a la oficina de cartas extraviadas. Estaría mejor si se afeitara. Barba gris y dura. Ésa es la primera señal cuando el pelo sale gris y el carácter se empieza a agriar. Hebras de plata entre el gris. Imagínate ser su mujer. No sé cómo tendría cara para declararse a ninguna chica. Vente conmigo a vivir en el cementerio. Exhibírselo por delante. Al principio la podría emocionar. Cortejando a la muerte. Sombras de la noche cerniéndose aquí con todos los muertos tendidos por ahí. Las sombras de las tumbas cuando los cementerios bostezan y Daniel O'Connell debe ser un descendiente supongo quién es el que solía decir que era mariquita garañón gran católico sin embargo como un enorme gigante en la oscuridad. Fuego fatuo. Gas de las tumbas. Hace falta que ella no piense en eso para poder quedar embarazada. Las mujeres especialmente son tan delicadas. Contarle una historia de fantasmas en la cama para hacerla dormir. ¿Has visto alguna vez un fantasma? Bueno, pues sí. Era una noche negra como la pez. El reloj iba a dar la medianoche. Sin embargo capaces de besar como es debido si se las pone a punto. Las putas en los cementerios turcos. Aprenden cualquier cosa si se las pilla jóvenes. Podría uno encontrar una viudita joven aquí. Los hombres son así. Amor entre las lápidas. Romeo. Condimento del placer. En medio de la muerte estamos en vida. Los extremos se tocan. Dándoles envidia a los pobres muertos. Olor de filetes a la parrilla para muertos de hambre. Royéndoles las entrañas. Deseo de encandilar a la gente. Molly queriendo hacerlo en la ventana. De todos modos éste tiene ocho hijos.

Ha visto caer una buena porción en sus años, tendidos a su alrededor, campo tras campo. Camposantos. Más sitio si los enterraran de pie. Sentados o de rodillas no se

podría. ¿De pie? Podría salirle un día la cabeza fuera en un deslizamiento de tierras con la mano señalando. El terreno debe estar como un panal: celdas alargadas. Y bien arreglado que lo tiene además, recorta la hierba y los bordes. Su jardín, así llama el Comandante Gamble a Mount Jerome. Bueno, pues sí lo es. Deberían ser adormideras. Los cementerios chinos con amapolas gigantes creciendo producen el mejor opio, me dijo Mastiansky. El Jardín Botánico está ahí mismo. Es la sangre hundiéndose en tierra lo que da nueva vida. La misma idea que esos judíos que dicen que mataron al niño cristiano. A cada cual su precio. Cadáver de caballero bien conservado gordo, epicúreo, valiosísimo para huerta. Una ganga. Por la carcasa de William Wilkinson, inspector y contable, tres libras con tres chelines y seis. Con agradecimiento.

Estoy seguro de que el terreno se pondría muy sustancioso con abono de cadáver, huesos, carne, uñas, fosas comunes. Terrible. Volviéndose verdes y rosados, descomponiéndose. Se pudren deprisa en tierra húmeda. Los viejos flacos más duros. Luego una especie de sebosa especie de queso. Luego empiezan a ponerse negros, rezumando una melaza. Luego secos del todo. Mariposas de los muertos. Desde luego las células o lo que sea siguen viviendo. Cambiándose. Viven para siempre prácticamente. Nada de qué comer comen de sí mismas.

Pero deben criar una cantidad endemoniada de gusanos. El terreno debe estar sencillamente hirviendo de ellos. Que un día os hierva la cabeza. Todas rizos y hoyitos, su belleza. Con todo eso él parece bastante alegre. Le da una sensación de poder viendo a todos los demás bajar primero. No sé cómo mirará la vida. Haciendo sus chistes también: le calienta las válvulas del corazón. El del boletín. Spurgeon salió para el cielo a las 4 esta madrugada. 11 de la noche (hora de cerrar). No llegó todavía. Pedro. A los muertos en todo caso a los hombres les gustaría oír de vez en cuando un chiste o a las mujeres saber qué está de moda. Una pera jugosa o un ponche para señoras, caliente, fuerte y dulce. Evitar la humedad. Hay que reírse a veces así que más vale hacerlo así. Enterradores en *Hamlet*. Muestra el profundo conocimiento del corazón humano. No se atreven a hacer chistes con los muertos por lo menos en dos años. *De mortuis nil nisi prius*. Primero quitarse el luto. Difícil imaginar su entierro. Parece una especie de chiste. Leer tu propio aviso de fallecimiento dicen que vives más. Te da cuerda otra vez. Nuevo arriendo de vida.

—¿Cuántos tiene para mañana? —preguntó el administrador.

—Dos —dijo Corny Kelleher—. Diez y media y once.

El administrador se metió los papeles en el bolsillo. El carretón había dejado de rodar. Los del duelo se dividieron poniéndose a los lados del hoyo, pisando con cuidado alrededor de las tumbas. Los enterradores trasladaron el ataúd y lo pusieron con la cabecera en el borde, enlazando las cuerdas alrededor.

Sepultarle. Venimos a sepultar a César. Sus idus de marzo o junio. No sabe quién hay aquí ni le importa.

Pero ¿quién es ese tío larguirucho de ahí con el *macintosh*? Pero ¿quién es? Me gustaría saberlo. Daría algo por saberlo. Siempre aparece alguien que uno no se imaginaba nunca. Uno podría vivir solo toda la vida. Sí que podría. Pero tendría que tener alguien para enterrarle cuando muriera aunque podría cavar su propia tumba. Todos lo hacemos. Solamente el hombre entierra. No, las hormigas también. Lo primero que le impresiona a cualquiera. Enterrar a los muertos. Dicen que Robinsón es como de verdad. Bueno pues entonces le enterró Viernes. Todo viernes entierra a un jueves, si bien se mira.

Oh mi pobre Robinsón
cómo fue tu solución.

¡Pobre Dignam! La última vez que se tumba en la tierra en su caja. Cuando se piensa en todos ellos parece un desperdicio de madera. Todo carcomido. Podrían inventar un bonito ataúd con una especie de panel corredizo descargarlo así. Ya, pero podrían objetar a ser enterrados, desde el de otro. Son tan picajosos. Sepultadme en mi tierra natal. Trozo de barro de Tierra Santa. Sólo una madre y un niño nacido muerto se han enterrado alguna vez en el mismo ataúd. Ya veo lo que significa. Ya veo. Para protegerle todo el tiempo posible incluso en la tierra. La casa del irlandés es su ataúd. Embalsamando en catacumbas, momias, la misma idea.

El señor Bloom se quedó atrás, lejos, sombrero en mano, contando las cabezas descubiertas. Doce. Yo soy el trece. No. El tipo del *macintosh* es trece. Número de la muerte. ¿De dónde demonios ha salido? No estaba en la capilla, lo juraría. Estúpida superstición la del trece.

Bonito paño suave tiene Ned Lambert en ese traje. Un toque de violeta. Yo tenía uno así cuando vivíamos en la calle Lombard West. Un tipo elegante era él en otros tiempos. Se cambiaba tres veces al día de traje. Tengo que hacer que Mesias me vuelva ese traje gris. Anda. Es teñido. Su mujer se me olvidaba que no está casado o su patrona le debía haber quitado esos hilos.

El ataúd se zambulló perdiéndose de vista, dejado resbalar por los hombres, con las piernas abiertas en las tablas de alrededor de la tumba. Se incorporaron con fatiga y se retiraron, y todos se descubrieron. Veinte.

Pausa.

Si de repente todos fuéramos alguien diferente.

Muy lejos rebuznó un burro. Lluvia. No hay tal burro. Nunca se ve uno muerto, dicen. Vergüenza de la muerte. Se esconden. También el pobre papá se marchó.

Suave aire dulce sopló con un susurro en torno a las cabezas descubiertas. Susurro. El muchacho junto a la cabecera de la tumba sostenía la corona con las dos manos mirando tranquilamente el negro espacio abierto. El señor Bloom se situó detrás del corpulento administrador. Una levita bien cortada. Quizá les sopesa para ver a quién le toca el siguiente. Bueno, es un largo descanso. No sentir más. Es el

momento lo que se siente. Debe ser condenadamente desagradable. No se puede creer al principio. Un error debe ser: algún otro. Pruebe en la casa de enfrente. Espere, quería. Todavía no he. Luego cuarto fúnebre oscurecido. Luz quieren. Susurrando alrededor de uno. ¿Querrías ver un sacerdote? Luego divagando y delirando. Delirio: todo lo que escondiste toda la vida. La lucha con la muerte. Su sueño no es natural. Apretarle el párpado inferior. Observando si tiene la nariz afilada si se le cae la mandíbula si las plantas de los pies se le ponen amarillas. Echar a un lado la almohada y dejar terminar la cosa en el suelo puesto que está condenado. El diablo en esa estampa de la muerte del pecador enseñándole una mujer. Muriéndose de ganas de abrazarla en camisa. Último acto de *Lucia. ¿No te volveré a contemplar jamás?* ¡Pam! expira. Se fue por fin. La gente habla de uno un poco: se olvidan. No os olvidéis de rezar por él. Recordadle en vuestras oraciones. Incluso Parnell. El Día de la Hiedra se está extinguiendo. Luego siguen ellos: cayendo en un agujero, uno tras otro.

Rezamos ahora por el descanso de su alma. Con esperanzas de que estés muy bien, no en el infierno sino en el Edén. Buen cambio de aires. De la sartén de la vida al fuego del purgatorio.

¿Piensa alguna vez en el agujero que le espera? Dicen que eso pasa cuando uno tirita al sol. Alguien cruza por encima de él. El aviso del traspunte. Cerca de ti. La mía por ahí hacia Finglas, el terreno que he comprado. Mamá, la pobre mamá y el pobrecillo Rudy.

Los sepultureros cogieron las azadas y lanzaron pesados terrones de barro sobre el ataúd. El señor Bloom volvió la cara. ¿Y si siguiera vivo todo el tiempo? ¡Brrr! Demonios, eso sería terrible. No, no: está muerto, por supuesto. Por supuesto está muerto. Murió el lunes. Debería haber una ley de perforar el corazón para estar seguros o un reloj eléctrico o un teléfono en el ataúd y una especie de respiradero de lona. Bandera de peligro. Tres días. Bastante largo para guardarlos en verano. Más vale quitárselos de encima tan pronto como se está seguro de que no hay.

El barro caía más blandamente. Empezar a ser olvidado. Ojos que no ven corazón que no siente.

El administrador se apartó unos pocos pasos y se puso el sombrero. Ya tenía bastante con eso. Los del duelo fueron tomando ánimos, uno por uno, y se cubrieron sin que se notara mucho. El señor Bloom se puso el sombrero y vio la corpulenta figura atravesando hábilmente el laberinto de tumbas. Tranquilamente, seguro de su terreno, atravesaba los funestos campos.

Hynes anotando algo en su agenda. Ah, los nombres. Pero los sabe todos. No: viene hacia mí.

—Estoy apuntando los nombres nada más —dijo Hynes en voz baja—. ¿Cómo es su nombre de pila? No estoy muy seguro.

—L —dijo el señor Bloom—, Leopold. Y podría también poner el nombre de M'Coy. Me lo pidió.

—Charley —dijo Hynes escribiendo—. Ya sé. Estuvo en otros tiempos en el *Freeman*.

Así que estuvo antes de encontrar el empleo en el depósito de cadáveres a las órdenes de Louis Byrne. Buena idea la autopsia para los médicos. Encuentran lo que imaginan que saben. Ha muerto un martes. Echado. Se escapó con el dinero de unos pocos anuncios. Charley, tú eres mi cariño. Por eso me pidió. Ah bueno, no es nada malo. Ya me ocupé de eso, M'Coy. Gracias, viejo: muy agradecido. Hacerle quedar agradecido: no cuesta nada.

—Y díganos —dijo Hynes—, ¿conoce a ese tipo del, el tipo que estaba ahí con un…?

Miró alrededor.

—Macintosh. Sí, le vi —dijo el señor Bloom—. ¿Dónde está ahora?

—MacIntosh —dijo Hynes, garrapateando—. No sé quién es. ¿Es así como se llama?

Se apartó, mirando a su alrededor.

—No —empezó el señor Bloom, volviéndose y deteniéndose—. ¡Oiga, Hynes!

No oyó. ¿Qué? ¿A dónde ha desaparecido? Ni señal. Bueno por todos los. ¿Ha visto alguien aquí? Ka e ele ele. Se ha vuelto invisible. Dios mío, ¿qué ha sido de él?

Un séptimo sepulturero llegó al lado del señor Bloom a buscar una azada que no usaban.

—Ah, perdone.

Se echó a un lado ágilmente.

Un barro, pardo, húmedo, empezaba a verse en el hoyo. Subía. Casi terminado. Un montículo de terrones húmedos subió más, subió, y los sepultureros dejaron las azadas. Todos se volvieron a descubrir unos momentos. El muchacho apoyó la corona contra una esquina: el cuñado la suya en un montón. Los sepultureros se pusieron las gorras y se llevaron las azadas embarradas al carretón. Luego golpearon ligeramente los filos en la hierba: limpios. Uno se inclinó a quitar del mango un largo mechón de hierba. Otro, dejando a sus compañeros, echó a andar lentamente con el arma al hombro, la hoja en reflejos azules. Silenciosamente, a la cabecera de la tumba, otro enrollaba las cuerdas del ataúd. Su cordón umbilical. El cuñado, apartándose, le puso algo en la mano libre. Gracias en silencio. Lo siento, señor: molestia. Sacudida de cabeza. Ya lo sé. Para ustedes nada más.

Los del duelo se fueron retirando lentamente, sin objetivo, por caminos en rodeos, parándose un rato a leer un nombre en una tumba.

—Vamos a dar una vuelta por la tumba del jefe —dijo Hynes—. Tenemos tiempo.

—Vamos —dijo el señor Power.

Se volvieron a la derecha, siguiendo sus lentos pensamientos. Con reverencia, habló la voz vacía del señor Power.

—Algunos dicen que no está en absoluto en esa tumba. Que llenaron el ataúd de piedras. Que volverá algún día.

Hynes movió la cabeza.

—Parnell no volverá nunca —dijo—. Está ahí, todo lo que era mortal en él. Paz a sus cenizas.

El señor Bloom avanzó junto a un seto sin ser observado, entre ángeles entristecidos, cruces, columnas rotas, panteones familiares, esperanzas de piedra que rezaban con los ojos elevados, viejos corazones y manos de Irlanda. Más sensato gastar el dinero en alguna caridad para los vivos. Rogad por el reposo del alma de. ¿Reza alguien realmente? Le plantan y han acabado con él. Como por una rampa de carbón abajo. Luego los amontonan juntos para ahorrar tiempo. Día de difuntos. El veintisiete estaré en su tumba. Diez chelines para el jardinero. Lo tiene libre de hierbajos. El mismo viejo. Encorvado con la podadera chascando. Cerca de la puerta de la muerte. Que falleció. Que partió de esta vida. Como si lo hicieran por su propia iniciativa. Les dieron la patada, a todos ellos. Que estiró la pata. Más interesante si le dijeran a uno lo que eran. Fulano, carretero. Yo era viajante de linóleum. Yo pagaba cinco chelines por libra. O una mujer con su cacerola. Yo guisaba un buen estofado irlandés. Elogio en un cementerio de campo es como debería llamarse ese poema de quién es de Wordsworth o de Thomas Campbell. Entró en el descanso así dicen los protestantes. La del viejo doctor Murren. El Gran Médico le llamó a casa. Bueno, es camposanto para ellos. Bonita residencia de campo. Recién revocada y pintada. Lugar ideal para echar un cigarro en paz y leer el *Church Times*. Los anuncios matrimoniales, ellos nunca tratan de embellecerlos. Coronas mohosas, colgadas en remates, guirnaldas de hoja de bronce. Mejor valor eso por el precio. Sin embargo, las flores son más poéticas. Lo otro se hace fatigoso, sin marchitar nunca. No expresa nada. Siemprevivas.

Un pájaro estaba posado mansamente en una rama de chopo. Como disecado. Como el regalo de boda que nos hizo el concejal Hooper. ¡Uh! No se le saca un movimiento. Sabe que no hay tiradores con que dispararle. El animal muerto es aún más triste. Milly fililí enterrando el pajarito muerto en la caja de cerillas de cocina, una coronita de margaritas y trozos de collares rotos en la tumba.

El Sagrado Corazón es ése: enseñándolo. Con el corazón en la mano. Debería estar de lado y rojo: tendría que estar pintado como un corazón de verdad. Irlanda le está dedicada o como se diga. Parece cualquier cosa menos satisfecho. ¿Por qué infligirme esto? Entonces vendrían los pájaros a picar como el chico con el cesto de fruta pero él dijo que no porque tendrían que haberse asustado del muchacho. Apolo fue.

¡Cuántos! Todos estos de aquí estuvieron en otro tiempo dando vueltas por Dublín. Fieles ausentados. Como sois ahora así fuimos nosotros en otro tiempo.

Además ¿cómo podría uno recordar a todo el mundo? Ojos, andares, voz. Bueno, la voz, sí: un gramófono. Tener un gramófono en cada tumba o guardarlo en casa. Después de la comida, el domingo. Pon al pobrecillo bisabuelo. ¡Craahaare! Holaholahola mealegromuchísimo craarc mealegromuchísimodeverosotravez

holahola gromuchisi copzsz. Recordar la voz como la fotografía recuerda la cara. Si no uno no podría recordar la cara al cabo de quince años, digamos. Por ejemplo, ¿quién? Por ejemplo alguien que murió cuando yo estaba en Wisdom Hely.

¡Rtststr! Un crujido de gravilla. Esperar. ¡Alto! Bajó los ojos atentamente a una cripta de piedra. Algún animal. Esperar. Ahí va.

Una obesa rata gris trotó por un lado de la tumba, moviendo las piedras. Tiene muchas tablas; bisabuela; conoce el paño. El vivo gris se aplastó bajo el plinto, retorciéndose hasta meterse debajo. Buen escondite para un tesoro.

¿Quién vive ahí? Yacen los restos de Robert Emery. A Robert Emmet le enterraron aquí alumbrándose con linternas, ¿no es verdad? Haciendo la ronda.

La cola ha desaparecido ya.

Una de estas acabaría pronto con cualquiera. Dejan los huesos limpios sin importar quién era. Carne corriente para ellas. Un cadáver es carne echada a perder. Bueno ¿y qué es el queso? Cadáver de leche. Leí en esos *Viajes a la China* que los chinos dicen que los blancos huelen a cadáver. Mejor la cremación. Los curas están emperrados en contra. Guisando a la diabla para la otra empresa. Quemadores al por mayor y negociantes en hornos holandeses. En el tiempo de la epidemia. Fosas de cal viva. Cámara letal. Cenizas a las cenizas. O sepultar en el mar. ¿Dónde está esa torre del silencio parsi? Comidos por los pájaros. Tierra, fuego, agua. Ahogarse dicen que es lo más agradable. Ver tu vida entera en un relámpago. Pero al ser devueltos a la vida no. No se puede sepultar en el aire sin embargo. Desde una máquina voladora. No sé si se corre la noticia cuando dejan caer uno nuevo. Comunicación subterránea. Aprendimos eso de ellos. No me sorprendería. Alimentación normal completa para ellos. Las moscas llegan antes que esté bien muerto. Les llegó el pálpito de Dignam. No les importa el olor de eso. Papilla blancosal de cadáver desmigándose: olor, sabor como nabos blancos crudos.

Las verjas relucían delante: aún abiertas. De vuelta al mundo otra vez. Basta de este sitio. A cada vez te acerca un poco más. La última vez que estuve aquí fue en el entierro de la señora Sinico. El pobre papá también. Amor que mata. E incluso escarbando la tierra de noche con una linterna como en aquel caso que leí para conseguir hembras recién sepultadas o incluso podridas con llagas abiertas por la tumba. Verás mi fantasma después de la muerte. Mi fantasma te perseguirá después de la muerte. Hay otro mundo después de la muerte llamado infierno. No me gusta el otro mundo escribió ella. Ni a mí. Mucho que ver y oír y tocar todavía. Sentir seres vivos calientes cerca de uno. Dejadles dormir en sus lechos gusanientos. No me van a pescar de esta hecha. Camas calientes: vida caliente llena de sangre.

Martin Cunningham salió de un sendero lateral.

Abogado, me parece. Conozco esa cara. Menton, John Henry, abogado, procurador para declaraciones juradas y atestados. Dignam solía estar en su despacho. Con Mat Dillon hace mucho. El alegre Mat. Las noches de convite. Aves fiambres, cigarros, los vasos Tántalo. Corazón de oro realmente. Sí, Menton. Se puso furioso

aquella noche en la bolera porque le metí mi bola por en medio. Pura chiripa mía: el desnivel. Por qué le entró una antipatía tan arraigada contra mí. Odio a primera vista. Molly y Floey Dillon del brazo bajo el árbol de lilas, riendo. Ese tipo siempre así, mortificado si hay mujeres delante.

Se le ha abollado el sombrero por un lado. El coche probablemente.

—Perdone, señor —dijo el señor Bloom junto a ellos.

Se detuvieron.

—Tiene el sombrero un poco aplastado —dijo el señor Bloom, señalando.

John Henry Menton se le quedó mirando fijamente un momento sin moverse.

—Ahí —ayudó Martin Cunningham, señalando también.

John Henry Menton se quitó el sombrero, empujó fuera la abolladura y alisó el pelo cuidadosamente con la manga. Se volvió a encajar el sombrero en la cabeza.

—Ahora está muy bien —dijo Martin Cunningham.

John Henry Menton inclinó la cabeza de una sacudida en reconocimiento.

—Gracias —dijo secamente.

Siguieron andando hacia las verjas. El señor Bloom, alicaído, se echó atrás unos pasos para no oír lo que hablaban. Martin dictando la ley. Martin sabía enredar a un imbécil como ése, sin que él se diera cuenta.

Ojos de ostra. Qué más da. Lo sentirá después quizá cuando caiga en la cuenta. Tener entonces ventaja sobre él de ese modo.

Gracias. ¡Qué grandes estamos esta mañana!

[7]

En el corazón de la metrópoli hiberniana

Ante la columna de Nelson los tranvías iban más despacio, entraban en agujas, cambiaban el trole, arrancaban hacia Blackrock, Kingstown y Dalkey, Clonskea, Rathgar y Terenure, Palmerston Park y Upper Rathmines, Sandymount Green, Rathmines, Ringsend y Sandymount Tower, Harold's Cross. El ronco controlador de la Compañía Unida de Tranvías de Dublín les daba la salida aullando:

—¡Rathgar y Terenure!

—¡Tira allá, Sandymount Green!

A derecha e izquierda paralelos campaneantes tintineantes un tranvía de dos pisos y otro de uno se pusieron en marcha desde su comienzo de línea, se desviaron hacia la línea descendente y se deslizaron paralelamente.

—¡Salida, Palmerston Park!

El mensajero de la corona

Bajo el pórtico de la oficina central de correos unos limpiabotas voceaban y abrillantaban. Aparcados en la calle North Prince los coches postales de Su Majestad, ostentando en sus costados las iniciales reales, E. R., recibían, lanzadas ruidosamente, sacas de cartas, postales, avisos, paquetes, certificados de respuesta pagada, con destino local, provincial, británico y de ultramar.

Esos señores de la prensa

Carreteros de torpes botas sacaban rodando barriles de sordo retumbo del almacén Prince y los subían entrechocándolos al carro de la cervecería. En el carro de la cervecería se entrechocaban barriles de sordo retumbo sacados rodando del almacén de Prince por carreteros de torpes botas.

—Aquí está —dijo Red Murray—. Alexander Llavees.

—Recórtelo por favor, ¿no? —dijo el señor Bloom—, y yo me daré una vuelta por las oficinas del *Telegraph* para llevarlo.

La puerta del despacho de Ruttledge volvió a crujir. Davy Stephens, diminuto en un gran gabán con esclavina, con un pequeño sombrero de fieltro coronándole los rizos, pasó de largo con un rollo de papeles bajo el gabán, correo del rey.

Las largas tijeras de Red Murray desprendieron el anuncio del periódico en cuatro golpes limpios. Tijeras y pegamento.

—Pasaré por la imprenta —dijo el señor Bloom, llevándose el cuadrado cortado.

—Claro que si quiere un entrefilet —dijo seriamente Red Murray, con una pluma en la oreja—, se lo podemos hacer.

—Muy bien —dijo el señor Bloom, con una cabezada—. Me lo trabajaré.

Nosotros.

EL CABALLERO WILLIAM BRAYDEN, DE OAKLANDS, SANDYMOUNT

Red Murray le tocó al señor Bloom el brazo con las tijeras y susurró:

—Brayden.

El señor Bloom se volvió y vio al portero con librea quitándose la gorra mientras una solemne figura entraba entre los tablones de noticias de la edición semanal del *Freeman and National Press* y el *Freeman's Journal and National Press*. Barriles de sordo retumbo de Guinness. Pasó, importante, escaleras arriba pilotado por un paraguas, rostro solemne enmarcado en barba. La espalda de paño peinado subía a cada escalón: espalda. Lleva los sesos todos en la nuca, dice Simon Dedalus. Refuerzos de carne por detrás en él. Gordo pliegue de cuello, gordo, cuello, gordo, cuello.

—¿No cree que esa cara es como la de Nuestro Salvador? —susurró Red Murray.

La puerta del despacho de Ruttledge susurró: ii: criii. Siempre construyen una puerta enfrente de otra para que el viento. Entrada. Salida.

Nuestro Salvador; rostro ovalado enmarcado en barba; hablando en el oscurecer María, Marta. Pilotado por un paraguas espada hacia las candilejas: Mario el tenor.

—O como la de Mario —dijo el señor Bloom.

—Sí —asintió Red Murray—. Pero decían que Mario era la imagen de Nuestro Salvador.

Jesús Mario con mejillas de colorete, jubón y piernas de huso. En *Martha*.

Ve-en tú, perdida,
ve-en tú, querida.

EL BÁCULO Y LA PLUMA

—Su Eminencia telefoneó dos veces esta mañana —dijo gravemente Red Murray.

Observaron desaparecer las rodillas, piernas, botas. Cuello.

Un repartidor de telegramas entró rápido, lanzó un sobre en el mostrador y se marchó a la carrera con una palabra.

—*¡Freeman!*

El señor Bloom dijo lentamente:

—Bueno, éste es también uno de nuestros salvadores.

Una mansa sonrisa le acompañó al levantar la tabla del mostrador, al entrar dentro por la puerta lateral, por las calientes escaleras oscuras y el pasillo, y por las tablas que ahora resonaban. Pero ¿salvará la tirada? Retumbando, retumbando.

Empujó la puerta oscilante de cristal y entró, pasando sobre papel de embalaje esparcido. A través de un callejón de rotativas traqueteantes se dirigió al cuartito de lectura de Nannetti.

Hynes aquí también: información de entierro probablemente. Retumbando. Tumb.

CON EL MÁS SINCERO DOLOR ANUNCIAMOS LA DESAPARICIÓN DE UN RESPETADÍSIMO CIUDADANO DUBLINÉS

Esta mañana los restos del difunto señor Patrick Dignam. Máquinas. Deshacen a un hombre en átomos si le pillan. Rigen el mundo hoy. Sus maquinarias también están descuajándose. Como éstas, se fue de la mano: fermentando. Trabajando hasta deshacerse. Y aquella vieja rata gris deshaciéndose para entrar.

CÓMO SE PRODUCE UN GRAN ÓRGANO DIARIO

El señor Bloom se detuvo detrás del flaco cuerpo del regente, admirando una reluciente coronilla.

Extraño que nunca vio su verdadero país. Irlanda mi país. Diputado por College Green. Hinchó todo lo que pudo aquella campaña del trabajador a jornal. Son los anuncios y las informaciones secundarias lo que hacen venderse un semanario no las noticias rancias de la gaceta oficial. Ha muerto la reina Ana. Publicado con autorización en el año mil y. Finca situada en el término de Rosenallis, baronía de Tinnachinch. A quien pueda interesar estadística con arreglo a las disposiciones legales dando cuenta del número de mulas y jacas exportadas desde Ballina. Cuaderno de la naturaleza. Chistes. El cuento semanal de Pat y Bull por Phil Blake. La página del Tío Toby para los pequeñuelos. Consultorio del rústico ingenuo. Querido Director, ¿qué buen remedio hay para la flatulencia? Me gustaría esa parte. Aprender la mar enseñando a los demás. Los ecos de sociedad. T. F. Especialmente Todo Fotografías. Bien formadas bañistas en dorada playa. El mayor aerostato del mundo. Celebrada doble boda de unas hermanas. Los dos novios riéndose cordialmente uno de otro. Cuprani, también, impresor. Más irlandés que los irlandeses.

Las máquinas chascaban en compás de tres por cuatro. Dale, dale, dale. Y si se quedara paralizado allí y nadie supiera pararlas seguirían chascando y chascando todo el tiempo lo mismo, imprimiéndolo una vez y otra y arriba y abajo. Una estupidez todo. Hace falta una cabeza serena.

—Bueno, métalo en la edición de la noche, concejal —dijo Hynes.

Pronto le llamará alcalde. Dicen que le apoya Long John.

El regente, sin contestar, garrapateó tírese en una esquina de la hoja e hizo una señal a un tipógrafo. Le entregó la hoja en silencio por encima de la sucia mampara de cristal.

—Eso es: gracias —dijo Hynes, poniéndose en marcha.

El señor Bloom le cerró el paso.

—Si quiere cobrar el cajero se va a ir a almorzar —dijo, señalando atrás con el pulgar.

—¿Y usted cobró?

—Hm —dijo el señor Bloom—. Dese prisa y le pescará.

—Gracias, viejo —dijo Hynes—. También yo le pincharé.

Se apresuró ansiosamente hacia el *Freeman's Journal*.

Tres chelines le presté en Meagher. Tres semanas. Tercera alusión.

VEMOS AL CORREDOR DE PUBLICIDAD EN SU TRABAJO

El señor Bloom puso el recorte en la mesa del señor Nannetti.

—Perdone, concejal —dijo—. Este anuncio, ¿comprende? Llavees, ¿recuerda?

El señor Nannetti consideró el recorte un rato y asintió.

—Lo quiere para julio —dijo el señor Bloom.

El regente acercó el lápiz al recorte.

—Pero espere —dijo el señor Bloom—. Lo quiere cambiar. Llaves, ya comprende. Quiere dos llaves encima.

Demonio de estrépito que hacen. No lo oye. Nan-nan. Nervios de hierro. Quizá no entiende lo que yo.

El regente se volvió para escuchar pacientemente y, levantando el codo, empezó a rascarse lentamente el sobaco de su chaqueta de alpaca.

—Así —dijo el señor Bloom, cruzando los índices encima.

Que se entere primero de esto.

El señor Bloom, lanzando una ojeada de lado, desde la cruz que había hecho, vio la cara amarillenta del regente, me parece que tiene un poco de ictericia, y más allá las obedientes bobinas dando en alimento vastas telas de papel. Chasca. Chasca. Millas de eso desembobinado. ¿Qué se hace de eso después? Ah, envolver carne, paquetes: usos diversos, mil y una cosas.

Deslizando sus palabras hábilmente en las pausas del chascar dibujó rápidamente sobre el tablero lleno de cicatrices.

La casa de las llaves

—Así, mire. Dos llaves cruzadas aquí. Un círculo. Luego aquí el nombre Alexander Llavees, comercio de té, vino y bebidas. Etcétera.

Mejor no enseñarle su propio oficio.

—Ya sabe usted mismo, concejal, lo que él quiere exactamente. Luego en una orla arriba en tipos grandes: La Casa de las Llaves. ¿Comprende? ¿No le parece una buena idea?

El regente trasladó hacia las costillas inferiores la mano que rascaba y siguió rascando allí en silencio.

—La idea —dijo el señor Bloom— es la casa de las llaves. Ya sabe, concejal: el parlamento de la Isla de Man. Insinuación sobre la autonomía. Ya sabe usted, los turistas de la Isla de Man. Llama la atención, ya comprende. ¿Puede hacerlo?

Quizá podría preguntarle cómo se pronuncia ese *voglio*. Pero entonces si no lo supiera sólo le dejaría mal. Mejor que no.

—Podemos hacerlo —dijo el regente—. ¿Tiene el dibujo?

—Puedo buscarlo —dijo el señor Bloom—. Estaba en un periódico de Kilkenny. Tiene también una casa ahí. Haré una escapada a pedírselo. Bueno, puede hacer eso y un pequeño entrefilet para llamar la atención. Ya sabe, lo de costumbre. Establecimiento registrado para bebidas de alta calidad. Necesidad sentida hace mucho tiempo. Etcétera.

El regente lo pensó un momento.

—Lo podemos hacer —dijo—. Pero que nos renueve por tres meses.

Un tipógrafo le trajo una floja galerada. Él empezó a corregirla silenciosamente. El señor Bloom esperó, oyendo los ruidosos latidos de las maquinarias y observando a los silenciosos tipógrafos ante sus cajas.

Ortografía

Quiere estar seguro de su ortografía. Fiebre de las pruebas. Martin Cunningham se olvidó de darnos su adivinanza de ortografía esta mañana. Es divertido observar el horrible hache o erre doble aburrimiento be u erre doble de un vagabundo absorto en la visión de un bello ejemplo de simetría bajo una valla de cementerio. Estúpido, ¿no es verdad? Cementerio claro está puesto a causa de simetría.

Yo habría podido decir cuando se encajó la chistera. Gracias. Debería haber dicho algo sobre un sombrero viejo o algo así. No. Podría haber dicho. Parece como nuevo

ahora. Ver qué cara ponía entonces.

Sllt. El cilindro inferior de la primera máquina empujó adelante su tablero móvil con sllt con la primera hornada de hojas dobladas en resma. Sllt. Casi humano el modo de llamar la atención. Haciendo todo lo que puede por hablar. Esa puerta sllt crujiendo, pidiendo que la cierren. Todo habla a su manera. Sllt.

COLABORADOR OCASIONAL UN CONOCIDO ECLESIÁSTICO

El regente devolvió de repente la galerada diciendo:

—Espere. ¿Dónde está la carta del arzobispo? Hay que repetirla en el *Telegraph*. ¿Dónde está como se llame?

Miró a su alrededor por sus ruidosas máquinas sin respuesta.

—¿Monks, dice usted? —preguntó una voz desde la caja de tipos.

—Eso. ¿Dónde está Monks?

—¡Monks!

El señor Bloom recogió su recorte. Hora de marcharse.

—Entonces me buscaré el dibujo, señor Nannetti —dijo—, y usted lo pondrá en buen sitio, ya lo sé.

—¡Monks!

—Sí, señor.

Renovación por tres meses. Voy a tener que gastar mucha saliva primero. Probarlo de todos modos. Insistir en agosto; buena idea; el mes de la feria de caballos. Ballsbridge. Vienen forasteros a la feria.

UN CRONISTA EN JEFE

Atravesó por la sala de cajas, pasando junto a un viejo, inclinado, con gafas, con mandil. El viejo Monks, el cronista en jefe. Curiosa cantidad de material que ha debido pasar por sus manos en su vida: avisos de fallecimiento, anuncios de tabernas, discursos, pleitos de divorcio, encontrados ahogados. Ahora acercándose al extremo de sus fuerzas. Hombre decente y serio con su poco en la caja de ahorros diría yo. Su mujer buena cocinera y lavandera. La hija cosiendo a máquina en la salita. Una fea Andrea, sin fantasías idiotas.

Y ERA LA FIESTA DE LA PASCUA HEBREA

Se paró por el camino a observar a un tipógrafo distribuyendo limpiamente los tipos. Lo lee primero hacia atrás. Lo hace muy deprisa. Debe requerir cierta práctica.

mangiD. kcirtaP. El pobre papá con su libro de la Hagadah, leyéndome con el dedo marcha atrás. Pessach. El año que viene en Jerusalén. ¡Ay, Dios mío, ay! Todo ese largo asunto que nos trajo de la tierra de Egipto y a la casa de servidumbre *alleluia*. *Shema Israel Adonai Elohenu*. No, eso es lo otro. Luego los doce hermanos, hijos de Jacob. Y luego el cordero y el gato y el perro y el palo y el agua y el carnicero y luego el ángel de la muerte mata al carnicero y éste mata al buey y el perro mata al gato. Suena un poco estúpido hasta que se llega a ver bien lo que es. Justicia es lo que significa pero es que todos se comen a otros. Eso es la vida después de todo. Qué deprisa hace este trabajo. La práctica le hace a uno perfecto. Parece que ve con los dedos.

El señor Bloom pasó adelante, saliendo desde los chasquidos estrepitosos por la galería hasta el descansillo. ¿Voy ahora a hacer todo ese camino en tranvía para luego quizá encontrarle fuera? Mejor telefonearle primero. ¿Número? El mismo de la casa Citron. Veintiocho. Veintiocho cuatro cuatro.

SÓLO UNA VEZ MÁS ESE JABÓN

Bajó por las escaleras de la casa. ¿Quién demonios ha garrapateado por todas las paredes con cerillas? Parece como si lo hubieran hecho por una apuesta. Pesado olor a grasa hay siempre en estas imprentas. Cola tibia de la puerta de al lado en casa de Thom cuando estuve allí.

Sacó el pañuelo para aplicárselo a la nariz. ¿Citrón-limón? Ah, el jabón que me metí ahí. Lo pierdes en ese bolsillo. Al meter otra vez el pañuelo sacó el jabón y lo puso a buen recaudo, abotonándose el bolsillo de atrás del pantalón.

¿Qué perfume usa tu mujer? Podría ir a casa todavía; en tranvía; algo que olvidé. Sólo para ver; antes; vistiéndose. No. Aquí. No.

Una carcajada repentina salió de la oficina del *Evening Telegraph*. Sé quién es. ¿Qué pasa? Me meteré un momento a telefonear. Es Ned Lambert.

Entró suavemente.

ERÍN, VERDE GEMA DEL MAR DE PLATA

—El espectro avanza —murmuró el profesor MacHugh, suavemente, rebosando galleta, hacia el polvoriento cristal de la ventana.

El señor Dedalus, mirando con fijeza desde la vacía chimenea a la cara intrigante de Ned Lambert, preguntó agriamente a esa cara:

—Por los clavos de Cristo, ¿no es como para darle a uno ardores de estómago en el culo?

Ned Lambert, sentado a la mesa, siguió leyendo:

—*O bien, poned atención en los meandros de algún rumoroso arroyuelo que avanza charloteando, abanicado por los más gentiles céfiros si bien querellándose con los pedregosos obstáculos, hacia las tumultuosas aguas de los azules dominios de Neptuno, por entre musgosas riberas, bajo el juego de la luz del sol o bajo las sombras proyectadas sobre su pensativo seno por el embovedado follaje de los gigantes de la floresta*. ¿Qué me dices de eso, Simon? —preguntó por encima del margen del periódico—. ¿Qué tal eso como elevación?

—Cambiando de trago —dijo el señor Dedalus.

Ned Lambert, riendo, golpeó el periódico en las rodillas, repitiendo:

—*El pensativo seno y el abobado follaje*. ¡Ah qué gente, qué gente!

—Y Jenofonte miró a Maratón —dijo el señor Dedalus, volviendo a mirar a la chimenea y a la ventana—, y Maratón miró al mar.

—Basta con eso —gritó el profesor MacHugh desde la ventana—. No quiero oír más tales cosas.

Terminó de comerse la media luna de galleta que había estado mordisqueando y, con el apetito abierto, se dispuso a mordisquear la galleta que tenía en la otra mano.

Alta retórica. Globos hinchados. Ya veo que Ned Lambert se está tomando un día de descanso. Un entierro le trastorna a uno bastante el día, ¿no es verdad? Éste tiene influencia, dicen. El viejo Chatterton, el vicecanciller, es tío abuelo suyo o tío bisabuelo. Cerca de los noventa dicen. El artículo de fondo por su muerte quizá escrito hace mucho tiempo. Viviendo para fastidiarles. Podría morirse él mismo primero. Johnny, hazle sitio a tu tío. El muy honorable Hedges Eyre Chatterton. Estoy seguro de que de vez en cuando le extiende temblorosamente algún cheque que otro en momentos de apuro. Qué golpe de suerte cuando estire la pata. Alleluia.

—Otro espasmo nada más —dijo Ned Lambert.

—¿Eso qué es? —preguntó el señor Bloom.

—Un fragmento de Cicerón descubierto recientemente —contestó el profesor MacHugh en tono pomposo—. *Nuestra hermosa patria*.

Breve pero apropiado

—¿La patria de quién? —preguntó con sencillez el señor Bloom.

—Una pregunta muy pertinente —dijo el profesor mientras masticaba—. Con acento en el de quién.

—La patria de Dan Dawson —dijo el señor Dedalus.

—¿Es su discurso de anoche? —preguntó el señor Bloom.

Ned Lambert asintió.

—Pero escuchen esto —dijo.

El pestillo de la puerta golpeó al señor Bloom en los riñones al abrirse de un empujón.

—Perdón —dijo J. J. O'Molloy, entrando.

El señor Bloom se echó a un lado, ágilmente.

—Perdone usted —dijo.

—Buenos días, Jack.

—Adelante. Adelante.

—Buenos días.

—¿Cómo está usted, Dedalus?

—Bien. ¿Y usted?

J. J. O'Molloy movió la cabeza.

TRISTE

Era el más listo de los abogados jóvenes. En decadencia pobre tipo. Esos accesos febriles significan el final de un hombre. Está de mírame y no me toques. Qué se masca en el aire, me pregunto. Preocupaciones de dinero.

—*O bien basta que trepemos a los dentados picos de las montañas*.

—Tiene usted muy buena cara.

—¿Se puede ver al director? —preguntó J. J. O'Molloy, mirando a la puerta interior.

—Ya lo creo que sí —dijo el profesor MacHugh—. Se le puede ver y se le puede oír. Está en su sancta sanctórum con Lenehan.

J. J. O'Molloy se acercó lentamente al inclinado pupitre y empezó a pasar las hojas rosas de la carpeta.

La clientela disminuye. Uno que podría haber sido. Perdiendo ánimos. Jugando. Deudas de honor. Cosechando tempestades. Solía recibir buenas comisiones de D. y T. Fitzgerald. Sus pelucas para exhibir su materia gris. Los sesos de manifiesto como el corazón de la estatua de Glasnevin. Creo que tiene algún trabajo literario para el *Express* con Gabriel Conroy. Un tipo muy leído. Myles Crawford empezó en el *Independent*. Es curioso de qué modo estos periodistas dan un viraje en cuanto se huelen una nueva oportunidad. Veletas. Caliente y frío en el mismo soplo. No sabría uno qué creer. Una historia es buena hasta que oyes la siguiente. Se arrancan los pelos unos a otros en los periódicos y luego aquí no ha pasado nada. Hola chico me alegro de verte un momento después.

—Ah, escuchen esto, por lo que más quieran —suplicó Ned Lambert—. *O bien basta que trepemos a los dentados picos de las montañas*…

—¡Hinchazón! —interrumpió iracundo el profesor—. ¡Basta ya de ese saco de viento inflado!

—*Montañas* —continuó Ned Lambert—, *remontándose cada vez más altas, para que nuestras almas se bañen, por decirlo así*…

—Sus labios se bañen —dijo el señor Dedalus—. ¡Bendito y eterno Dios! ¿Y qué? ¿Saca algo con eso?

—*Por decirlo así, en el panorama impar del álbum de Irlanda, inigualado, a pesar de sus alabadísimos prototipos en otras privilegiadas regiones, afamadas por su misma belleza, de espesura boscosa y planicie ondulante y lujuriantes pastos de primaveral verdor, empapados en el transcendente fulgor transluciente de nuestro suave y misterioso crepúsculo irlandés*…

—La luna —dijo el profesor MacHugh—. Se le olvidó Hamlet.

SU HABLA NATAL

—*Que reviste la perspectiva en lontananza y en toda la amplitud en espera de que la refulgente esfera de la luna resplandezca irradiando su efulgencia plateada*.

—¡Ah! —gritó el señor Dedalus, desahogando un gemido desesperado—. ¡Mierda con cebollas! Ya está bien, Ned. La vida es demasiado corta.

Se quitó la chistera y, levantando con resoplidos de impaciencia su espeso bigote, se peinó el pelo a lo galés con los dedos en rastrillo.

Ned Lambert tiró a un lado el periódico, risoteando con deleite. Un momento después un ronco ladrido de risa estalló por la cara, sin afeitar y con gafas negras, del profesor MacHugh.

—¡Zoquetito! —gritó.

LO QUE DIJO WETHERUP

Muy bonito reírse de eso ahora que está en letras de molde, pero se lo engullen como pan caliente. Trabajaba en cosas de panadería, ¿no es verdad? Por eso le llaman Zoquetito. De todos modos, se ha puesto bien las botas. La hija es novia de aquel tipo de la oficina de impuestos, que tiene coche. Le ha echado bien el anzuelo. Reuniones a casa abierta. A hincharse. Wetherup siempre lo dijo. Agárralos por el estómago.

La puerta interior se abrió violentamente y una cara escarlata y con pico, crestada por un mechón de pelo plumoso, se metió adentro. Los atrevidos ojos azules miraron con pasmo alrededor y la áspera voz preguntó:

—¿Qué es eso?

—Y aquí llega el falso hidalgo en persona —dijo en tono grandioso el profesor MacHugh.

—¡Quita de ahí, viejo pedagogo jodido! —dijo el director a modo de reconocimiento.

—Vamos, Ned —dijo el señor Dedalus, poniéndose el sombrero—. Tengo que echar un trago después de eso.

—¡Un trago! —gritó el director—. No se sirven bebidas antes de la misa.

—Mucha verdad también —dijo el señor Dedalus, saliendo—. Vamos allá, Ned.

Ned Lambert se deslizó de lado desde la mesa. Los ojos azules del director vagaron hacia la cara del señor Bloom, velados por una sonrisa.

—¿Viene con nosotros, Myles? —preguntó Ned Lambert.

En que se evocan memorables batallas

—¡La milicia de North Cork! —gritó el director, dando zancadas hacia la chimenea —. ¡No hubo una vez que no ganáramos! ¡North Cork y oficiales españoles!

—¿Dónde fue eso, Myles? —preguntó Ned Lambert con una ojeada reflexiva hacia sus punteras.

—¡En Ohio! —gritó el director.

—Es verdad, pardiez —asintió Ned Lambert.

Al marcharse, susurró a J. J. O'Molloy:

—Principios de delirium tremens. Un triste caso.

—¡Ohio! —graznó el director en agudo falsete levantando su cara escarlata—. ¡Mi Ohio!

—¡Un crético perfecto! —dijo el profesor—. Larga, corta y larga.

¡Oh arpa eólica!

Sacó del bolsillo del chaleco un carrete de sedal dental, y arrancando un trozo, lo hizo vibrar hábilmente entre dos y dos de sus resonantes dientes sin lavar.

—Bingbang, bingbang.

El señor Bloom, viendo la costa despejada, se dirigió a la puerta interior.

—Un momento sólo, señor Crawford —dijo—. Quiero telefonear por un anuncio.

Entró.

—¿Qué hay del artículo de fondo de esta noche? —pregunto el profesor MacHugh, acercándose al director y poniéndole la mano con firmeza en el hombro.

—Se arreglará muy bien —dijo Myles Crawford más tranquilo—. No se inquiete. Hola, Jack. Está muy bien.

—Buenos días, Myles —dijo J. J. O'Molloy, dejando resbalar flojamente otra vez a la carpeta las hojas que tenía en la mano—. ¿Va hoy ese caso de estafa del Canadá?

El teléfono zumbó dentro.

—Veintiocho. No, veinte. Cuatro cuatro. Sí.

Señalar al ganador

Lenehan salió de la oficina interior con las pruebas confeccionadas del extraordinario deportivo.

—¿Quién quiere la fetén para la Copa de Oro? —preguntó—. *Cetro*, montado por O. Madden.

Echó las pruebas en la mesa.

Se acercaron de golpe en el vestíbulo unos chillidos de vendedores descalzos y la puerta se abrió de par en par.

—Silencio —dijo Lenehan—. Oigo pateos.

El profesor MacHugh cruzó el cuarto a zancadas y agarró por el cuello a un golfillo que se encogió mientras los demás salían disparados del vestíbulo, escaleras abajo. Las pruebas se agitaron en la corriente, hicieron flotar suavemente en el aire sus garabatos azules y llegaron a tierra debajo de la mesa.

—No fui yo, señor. Fue ese grande que me empujó.

—Échele fuera y cierre la puerta. Sopla un huracán.

Lenehan empezó a recoger del suelo las pruebas, gruñendo al inclinarse por segunda vez.

—Estamos esperando el extraordinario de las carreras —dijo el chico—. Fue Pat Farrell el que me empujó, señor.

Señaló dos caras que atisbaban a los lados de la puerta.

—Ése, señor.

—Fuera de aquí contigo —dijo furioso el profesor MacHugh.

Empujó fuera al muchacho y cerró de un portazo.

J. J. O'Molloy hojeaba las carpetas haciéndolas crujir, buscando y murmurando:

—Continuación en página seis, columna cuatro.

—Sí, aquí el *Evening Telegraph* —telefoneaba el señor Bloom, desde la oficina de dentro—. ¿Está el jefe…? Sí, el *Telegraph*… ¿A dónde? ¡Ah, ya! ¿Qué subastas? … ¡Ah, ya! Entiendo. Muy bien. Le pescaré.

TIENE LUGAR UN CHOQUE

El timbre volvió a repicar cuando colgó. Entró rápidamente y se tropezó con Lenehan que se incorporaba fatigosamente con la segunda prueba.

—*Pardon, Monsieur* —dijo Lenehan agarrándole un momento y haciendo una mueca.

—Culpa mía —dijo el señor Bloom, consintiendo su agarrón—. ¿Se hizo daño? Tengo mucha prisa.

—La rodilla —dijo Lenehan.

Puso una cara cómica y gimió, frotándose la rodilla.

—La acumulación de los *anno Domini*.

—Lo siento —dijo el señor Bloom.

Fue a la puerta y, sosteniéndola entreabierta, se detuvo. J. J. O'Molloy pasaba las hojas con pesado golpear. Los ruidos de dos voces agudas y una armónica resonaron en la destartalada entrada, lanzados por los vendedores, en cuclillas en los escalones:

Somos los muchachos de Wexford
que lucharon con brazo y corazón.

MUTIS DE BLOOM

—Me acercaré de una carrera a Bachelor's Walk —dijo el señor Bloom—, para lo de ese anuncio de Llavees. Quiero arreglarlo. Me han dicho que está por allí, en Dillon.

Les miró a la cara, indeciso, unos momentos. El director, que contra la repisa de la chimenea, había apoyado la cabeza en la mano, de repente extendió un brazo con gesto amplio.

—¡Vaya! —dijo—. Tiene el mundo por delante.

—Vuelvo en seguida —dijo el señor Bloom, saliendo a toda prisa.

J. J. O'Molloy le tomó de la mano las pruebas a Lenehan y las leyó, soplando suavemente para separarlas, sin comentarios.

—Conseguirá ese anuncio —dijo el profesor, mirando fijamente a través de sus gafas de montura negra por encima de la persiana—. Mire esos granujillas que le siguen.

—¡A ver! ¿Dónde? —gritó Lenehan, corriendo a la ventana.

UN DESFILE POR LA VÍA PÚBLICA

Los dos sonrieron por encima de la persiana a la fila de vendedores que iban haciendo piruetas detrás del señor Bloom, el último de ellos llevando en la brisa una cometa de broma, en zigzagueos blancos, con una cola de nudos en mariposa.

—Mire ese golfillo detrás de él burlándose y gritando —dijo Lenehan—, y se partirá de risa. ¡Ay, mis costillas! Le imita los pies planos y los andares. Zapatitos ajustados. Para cazar pajaritos.

Empezó a bailar una mazurca en rápida caricatura a través del cuarto, resbalando los pies, más allá de la chimenea, hasta J. J. O'Molloy, que le puso las pruebas en las manos tendidas para recibirlas.

—¿Esto qué es? —dijo Myles Crawford con sobresalto—. ¿Dónde se han ido los otros dos?

—¿Quién? —dijo el profesor, volviéndose—. Se han ido a dar una vuelta hasta el Oval, a tomar un trago. Paddy Hooper está allí con Jack Hall. Vinieron por acá anoche.

—Vamos allá entonces —dijo Myles Crawford—. ¿Dónde tengo el sombrero?

A sacudidas, entró en la oficina interior, separando los faldones de la chaqueta y haciendo tintinear las llaves en el bolsillo de atrás. Luego tintinearon en el aire y contra la madera al cerrar el cajón de su mesa.

—Ya está bastante colocado —dijo el profesor MacHugh en voz baja.

—Eso parece —dijo J. J. O'Molloy, sacando una petaca de cigarrillos en meditación murmurante—, pero no siempre es lo que parece. ¿Quién tiene más cerillas?

La pipa de la paz

Ofreció un cigarrillo al profesor y cogió él otro. Lenehan, prontamente, les encendió una cerilla dándoles fuego a los cigarrillos uno tras otro. J. J. O'Molloy volvió a abrir la petaca y se la ofreció.

—*Gracié à vous* —dijo Lenehan, sirviéndose.

El director salió de la oficina de dentro, con un sombrero de paja ladeado sobre la frente. Declamó cantando y señalando severamente al profesor MacHugh:

Honor y fama fue lo que ostentó,
os sedujo el imperio el corazón.

El profesor sonrió, apretando sus largos labios.

—¿Eh? ¿Tú, jodido antiguo imperio romano? —dijo Myles Crawford.

Sacó un cigarrillo de la petaca abierta. Lenehan, encendiéndoselo con rápida gracia, dijo:

—¡Silencio para mi flamante adivinanza!

—*Imperium romanum* —dijo J. J. O'Molloy suavemente—. Suena más noble que británico o Brixton. La palabra no sé por qué le recuerda a uno la grasa al fuego.

Myles sopló violentamente la primera bocanada hacia el techo.

—Eso es —dijo—. Nosotros somos la grasa. Tú y yo somos la grasa en el fuego. No tenemos ni las esperanzas de una bola de nieve en el infierno.

Aquella grandeza que fue Roma

—Esperen un momento —dijo el profesor MacHugh, levantando las tranquilas zarpas —. No nos debemos dejar engañar por las palabras, por los sonidos de las palabras. Pensamos en Roma, imperial, imperiosa, imperativa.

Extendió unos brazos en elocución saliendo de puños sucios y deshilachados, con una pausa:

—¿Qué fue su civilización? Vasta, lo admito: pero vil. *Cloacae*: alcantarillas. Los judíos en el desierto y en la cumbre del monte dijeron: *Es bueno que nos quedemos aquí. Construyamos un altar a Jehová.* El romano, como el inglés que le sigue las huellas, llevó a toda nueva orilla en que puso pie (en nuestra orilla no lo puso jamás) sólo su obsesión cloacal. Miró a su alrededor, en su toga, y dijo: *Es bueno que nos quedemos aquí. Construyamos un retrete*.

—Y así lo hicieron —dijo Lenehan—. Nuestros viejos antepasados de antaño, según leemos en el primer capítulo del libro de Guinness, tenían debilidad por el agua corriente.

—Eran caballeros de la naturaleza —murmuró J. J. O'Molloy—. Pero tenemos también el derecho romano.

—Y Poncio Pilato es su profeta —respondió el profesor MacHugh.

—¿Saben la historia del presidente del Tribunal de Cuentas, Palles? —preguntó J. J. O'Molloy—. Era en el banquete real de la Universidad. Todo marchaba estupendamente…

—Primero mi adivinanza —dijo Lenehan—. ¿Están preparados?

El señor O'Madden Burke, alto en abundante paño gris de Donegal, entró desde el vestíbulo. Stephen Dedalus, detrás de él, se descubrió al entrar.

—*Entrez, mes enfants!* —gritó Lenehan.

—Escolto a un suplicante —dijo melodiosamente el señor O'Madden Burke—. La Juventud guiada por la Experiencia visita a la Celebridad.

—¿Cómo estás? —dijo el director, tendiendo la mano—. Entra. Tu progenitor se acaba de ir.

? ? ?

Lenehan les dijo a todos:

—¡Silencio! ¿Cuál es la ópera que se parece a una línea férrea? Reflexionen, ponderen, excogiten, respondan.

Stephen entregó las hojas a máquina, señalando al título y la firma.

—¿Quién? —preguntó el director.

Trozo arrancado.

—El señor Garrett Deasy —dijo Stephen.

—Aquel viejo chocho —dijo el director—. ¿Quién lo ha roto? ¿Tuvo ganas de repente…?

Flameando en rauda vela
del sur, en tormenta loca,
viene, pálido vampiro,
a unir su boca a mi boca.

—Hola, Stephen —dijo el profesor, acercándose a atisbar por encima de los hombros de los dos—. ¿Glosopeda? ¿Te has vuelto…?

El bardo bienhechor del buey.

Escándalo en un afamado restaurante

—Buenos días, profesor —contestó Stephen, ruborizándose—. Esta carta no es mía. El señor Garrett Deasy me pidió que…

—Ah, ya le conozco —dijo Myles Crawford—, y conocí también a su mujer. La más jodida vieja avinagrada que ha hecho nunca Dios. Qué demonios, ésa sí que tenía la glosopeda, sin discusión. La noche que le tiró la sopa a la cara a un camarero del Star and Garter. ¡Jo jo!

Una mujer trajo el pecado al mundo. Por Helena, la fugitiva esposa de Menelao, diez años los griegos. O'Rourke, príncipe de Breffni.

—¿Está viudo? —preguntó Stephen.

—Sí, por ahora —dijo Myles Crawford, recorriendo con los ojos el texto a máquina—. Caballos del Emperador. Habsburgo. Un irlandés le salvó la vida en las murallas de Viena. ¡No lo olvidéis! Maximilian Karl O'Donnell, conde de Tirconnel en Irlanda. Mandó a su heredero a que hiciera del rey ahora un mariscal de campo austríaco. Va a haber problemas aquí algún día. Patos salvajes. Ah sí, a cada vez. ¡No olviden eso!

—La cuestión crucial es si lo ha olvidado él —dijo tranquilamente J. J. O'Molloy, dando vueltas a un pisapapeles en herradura—. Salvar príncipes es un trabajo por el que se reciben sólo las gracias.

El profesor MacHugh se volvió hacia él.

—¿Y si no? —dijo.

—Les diré cómo fue —empezó Myles Crawford—. Fue un húngaro, que un día…

Causas perdidas
Se menciona a un noble marqués

—Siempre fuimos leales a las causas perdidas —dijo el profesor—. El éxito para nosotros es la muerte del intelecto y de la imaginación. Nunca fuimos leales a los que tuvieron éxito. Les servimos. Yo enseño la resonante lengua latina. Hablo la lengua de una raza cuya mentalidad tiene su cima en la máxima: el tiempo es dinero. Dominación material. *Dominus!* ¡Señor! ¿Dónde está la espiritualidad? ¿El Señor Jesús? ¿Lord Salisbury? Un sofá en un club del West End. ¡Pero los griegos!

Una sonrisa luminosa aclaró sus ojos bordeados de oscuro y alargó sus largos labios.

—¡Los griegos! —dijo otra vez—. *Kyrios!* ¡Palabra refulgente! Las vocales que no conocen los semitas y los sajones. *Kyrie!* La radiosidad del intelecto. Yo debería dedicarme al griego, la lengua de la mente. *Kyrie eleison!* El constructor del water-closet y el constructor de la cloaca nunca serán señores de nuestro espíritu. Somos leales súbditos de la caballería católica de Europa que se fue a pique en Trafalgar, y del imperio del espíritu, no un *imperium*, que se hundió con la flota ateniense en Egospótamos. Sí, sí. Se hundieron. Pirro, descaminado por un oráculo, hizo un último intento por salvar la suerte de Grecia. Leal a una causa perdida.

Se apartó de ellos hacia la ventana.

—Marcharon a la batalla —dijo en tono gris el señor O'Madden Burke—, pero siempre cayeron.

—¡Uuuuh! —lloró Lenehan con poco ruido—. Debido a un ladrillo en la cabeza en la segunda mitad de la *matinée*. ¡Pobre, pobre Pirro!

Luego susurró al oído de Stephen:

EL EPIGRAMA DE LENEHAN

Un tal MacHugh, de grave redondez,
lleva unos lentes negros como pez.
Y no sé para qué
pues casi siempre ve
doble. ¿Entiendes el chiste o la idiotez?

De luto por Salustio, dice Mulligan. Que se le acaba de morir su madre como una bestia.

Myles Crawford se metió las hojas en un bolsillo de la chaqueta.

—Ya está bien —dijo—. Leeré lo demás después. Está bien.

Lenehan extendió las manos protestando.

—Pero ¿y mi adivinanza? —dijo—. ¿Cuál es la ópera que se parece a una línea férrea?

—¿Ópera? —la cara de esfinge del señor O'Madden Burke readivinó.

Lenehan anunció alegremente:

—*The Rose of Castille*. ¿Comprenden la cosa? *Rows of cast steel*, hileras de acero fundido. ¡Je!

Le dio una suave metida al señor O'Madden Burke en el brazo. El señor O'Madden Burke se dejó caer hacia atrás con gracia sobre el paraguas, fingiendo un

estertor.

—¡Socorro! —suspiró—. Siento una fuerte debilidad.

Lenehan, poniéndose de puntillas, le abanicó la cara rápidamente con las crujientes pruebas.

El profesor, regresando por al lado de las carpetas, rozó con la mano las corbatas desanudadas de Stephen y el señor O'Madden Burke.

—París, pasado y presente —dijo—. Parecéis de la *Commune*.

—Como tíos que hubieran hecho volar la Bastilla —dijo J. J. O'Molloy con tranquilo sarcasmo—. ¿O fuisteis vosotros los que matasteis a tiros entre los dos al lugarteniente general de Finlandia? Parece como si hubierais sido los autores del hecho. El general Bobrikoff.

—Lo estábamos pensando, nada más —dijo Stephen.

DE TODO UN POCO

—Todos los talentos —dijo Myles Crawford—. El derecho, los clásicos…

—Las carreras de caballos —añadió Lenehan.

—La literatura, la prensa.

—Si estuviera aquí Bloom —dijo el profesor—. El amable arte de la publicidad.

—Y Madame Bloom —añadió el señor O'Madden Burke—. La musa vocal. La gran favorita de Dublín.

Lenehan tosió con ruido.

—¡Ejem! —dijo muy suavemente—. ¡Ah, una bocanada de aire libre! He pillado un resfriado en el parque. La verja estaba abierta.

«¡TÚ PUEDES HACERLO!»

El director le puso la mano en el hombro a Stephen, nerviosamente.

—Quiero que escribas algo para mí —dijo—. Algo con garra. Puedes hacerlo. Te lo veo en la cara. *En el léxico de la juventud*…

Verlo en tu cara. Verlo en tus ojos. Perezoso intrigantuelo ocioso.

—¡Glosopeda! —gritó el director en desdeñosa invectiva—. ¡Gran reunión nacionalista en Borris-in-Ossory! ¡Qué mierda! ¡Avasallando al público! Darles algo con garra. Métanos dentro a todos, maldita sea. Padre, Hijo y Espíritu Santo y Water-Closet MacCarthy.

—Podemos todos proporcionar pábulo mental —dijo el señor O'Madden Burke.

Stephen levantó los ojos a su atrevida mirada desatenta.

—Te quiere para su pandilla de la prensa —dijo J. J. O'Molloy.

—Puedes hacerlo —repitió Myles Crawford, apretando el puño al enfatizar—. Espera un momento. Paralizaremos a Europa, como solía decir Ignatius Gallaher cuando andaba hecho un desastre, marcando tantos de billar en el Clarence. Gallaher, ése sí que era un periodista. Eso sí que era una pluma. ¿Sabes cómo dio el golpe? Te lo diré. Fue el número más listo de periodismo que se ha visto nunca. Fue el ochenta y uno, el seis de mayo, en la época de los Invencibles, un crimen en el Phoenix Park, antes de que nacieras tú, supongo. Te lo enseñaré.

Les dejó atrás a empujones para llegar a las carpetas.

—Mira aquí —dijo, volviéndose—. El *New York World* mandó un cable pidiendo un servicio especial. ¿Se acuerdan de aquellos tiempos?

El profesor MacHugh asintió.

—El *New York World* —dijo el director, echando atrás con emoción el sombrero de paja—. En el lugar del suceso. Tim Kelly, o mejor dicho Kavanagh, Joe Brady y los demás. Donde Desuellacabras llevó el coche. Todo el camino, ¿comprenden?

—Desuellacabras —dijo el señor O'Madden Burke—. Fitzharris. Tiene ese Refugio del Cochero, dicen, ahí abajo en el puente Butt. Me lo dijo Holohan. ¿Conocen a Holohan?

—¿Salta y lleva una, no? —dijo Myles Crawford.

—Y el pobre Gumley también está ahí abajo, según me dijo, cuidando piedras para el ayuntamiento. Vigilante nocturno.

Stephen se volvió sorprendido.

—¿Gumley? —dijo. ¡No me diga! Un amigo de mi padre, ¿verdad?

—Déjate de Gumley —gritó iracundo Myles Crawford—. Deja a Gumley que cuide las piedras, no se le vayan a escapar. Mire aquí. ¿Qué hizo Ignatius Gallaher? Te lo diré. Inspiración del genio. Telegrafió en seguida. ¿Tienen el *Freeman* semanal del 17 de marzo? Eso es. ¿Lo tienen?

Fue pasando atrás hojas de las carpetas y plantó el dedo en un lugar.

—Tomen página cuatro, digamos, el anuncio del Café Bransome. ¿Lo tienen ya? Muy bien.

El teléfono repiqueteó.

UNA VOZ LEJANA

—Yo contestaré —dijo el profesor marchándose.

—B es la vera del parque. Muy bien.

Su dedo saltaba y se plantaba punto tras punto, vibrando.

—T es la residencia del virrey. C donde tuvo lugar el crimen. K es la entrada a Knockmaroon.

Se le agitaba la suelta carne del cuello como barba de gallo. La pechera mal almidonada se le salió: él se la volvió a meter en el chaleco con un gesto violento.

—¿Aló? Aquí el *Evening Telegraph*… ¿Aló?… ¿Quién es?… Sí… Sí… Sí…

—F a P es el camino por donde llevó el coche Desuellacabras para tener una coartada. Inchicore, Roundtown, Windy Arbour, Palmerston Park, Ranelagh. F, A, B, P. ¿Lo ven? X es la taberna de Davy en la calle Upper Leeson.

El profesor se asomó a la puerta interior.

—Bloom está al teléfono —dijo.

—Dígale que se vaya al demonio —dijo el director rápidamente—. X es la taberna de Burke, ¿ven?

LISTO, MUCHO

—Listo —dijo Lenehan—. Mucho.

—Se lo sirvió en caliente —dijo Myles Crawford—, toda la jodida historia.

Pesadilla de que jamás despertarás.

—Yo lo vi —dijo el director con orgullo—. Yo estaba presente. Dick Adams, el jodido de Cork de mejor corazón que Dios haya creado nunca, y yo mismo.

Lenehan hizo una reverencia a una figura de aire, anunciando.

—*Madam, I'm Adam*. Dábale arroz a la zorra el abad.

—¡Historia! —gritó Myles Crawford—. La vieja de la calle Prince llegó antes. Hubo llanto y rechinar de dientes por eso. Y todo por un anuncio. Gregor Grey hizo el croquis. Y eso le dio un punto de apoyo. Luego Paddy Hooper se trabajó a Tay Pay que le tomó en el *Star*. Ahora está con Blumenfeld. Así es la prensa. Así es el talento. ¡Pyatt! Ése fue el papaíto de todos ellos.

—El padre del periodismo sensacionalista —confirmó Lenehan—, y el cuñado de Chris Callinan.

—¿Aló?… ¿Está usted ahí?… Sí, aquí sigue. Venga para acá usted mismo.

—¿Dónde se encuentra ahora un periodista como ése? —gritó el director.

Dejó caer las hojas.

—Condenadagente intelimente —dijo Lenehan al señor O'Madden Burke.

—Muy listo —dijo el señor O'Madden Burke.

El profesor MacHugh salió del despacho interior.

—Hablando de los Invencibles —dijo—, han visto que unos vendedores ambulantes han ido a parar al juzgado…

—Ah sí, sí —dijo J. J. O'Molloy ávidamente—. Lady Dudley volvía andando a casa por el parque para ver todos esos árboles que derribó el huracán el año pasado y se le ocurrió comprar una vista de Dublín. Y resultó ser una postal conmemorativa de Joe Brady o del Número Uno o de Desuellacabras. Delante mismo de la residencia del virrey, ¡imagínese!

—No son más que una porquería —dijo Myles Crawford—. ¡Bah! ¡La prensa y el foro! ¿Dónde hay ahora un abogado como aquellos tíos, como Whiteside, como Isaac Butt, como O'Hagan, el de la lengua de plata? ¡Ah, qué jodida estupidez! ¡Gente de nada!

Siguió retorciendo la boca sin hablar en nerviosas curvas de desprecio.

¿Querría alguna esa boca para su beso? ¿Cómo lo sabes? ¿Por qué lo has escrito entonces?

RIMAS Y RAZONES

Boca, roca. ¿Es la boca una roca de alguna manera? ¿O la roca una boca? Roca, loca, oca, toca, choca. Rimas: dos hombres vestidos igual, con igual cara, de dos en dos.

…… la tua pace
…… che parlar ti place
Mentre che il vento, come fa, si tace.

Las vio de tres en tres, muchachas aproximándose, de verde, de rosa, de bermejo, entrelazándose, *per l'aer perso*, de malva, de violeta, *quella pacifica orifiamma*, de oro de oriflama, *di rimirar fè più ardenti*. Pero yo viejos, penitentes, de pies de plomo, deoscurobajo de la noche; boca, roca; entre vientre.

—Hable por usted mismo —dijo el señor O'Madden Burke.

A CADA DÍA LE BASTA…

J. J. O'Molloy, sonriendo pálidamente, recogió el desafío.

—Mi querido Myles —dijo, echando a un lado la petaca—, usted ha interpretado falsamente mis palabras. Yo no ostento la representación, como se echará de ver de inmediato, de la tercera profesión en cuanto tal profesión, sino que son sus piernas de Cork, de corcho, las que le hacen correr demasiado. ¿Por qué no traer a colación a Henry Grattan y a Flood y a Demóstenes y a Edmund Burke? A Ignatius Gallaher le conocemos todos y a su jefe de Chapelizod, a Harmsworth el de la prensa de perra chica, y su primo americano, el del papelucho de alcantarilla de la Bowery, para no mencionar el *Paddy Kelly's Budget*, el *Pue's Occurrences* y nuestro vigilante amigo *The Skibereen Eagle*. ¿Por qué traer a cuento a un maestro de la elocuencia forense como Whiteside? A cada día le basta su periódico.

VÍNCULOS CON LOS PRETÉRITOS DÍAS DE ANTAÑO

—Grattan y Flood escribieron para este mismo periódico —les gritó a la cara el director—. Voluntarios irlandeses. ¿Dónde estáis ahora? Fundado en 1763. Dr. Lucas. ¿A quién tienen ustedes ahora como John Philpot Curran? ¡Bah!

—Bueno —dijo J. J. O'Molloy—, a Bushe, procurador real, por ejemplo.

—¿Bushe? —dijo el director—. Bueno, sí. Lo lleva en la sangre. Kendal Bushe, mejor dicho, Seymour Bushe.

—Ya sería juez hace mucho tiempo —dijo el profesor— si no fuera por… Pero no importa.

J. J. O'Molloy se volvió a Stephen y dijo con calma y lentitud:

—Uno de los párrafos más torneados que creo haber escuchado en mi vida cayó de los labios de Seymour Bushe. Era en aquel caso de fratricidio, el crimen de Childs. Le defendió Bushe.

Y en los pórticos de mi oído vertió.

Por cierto, ¿cómo lo averiguó? Murió mientras dormía. ¿O la otra historia, el animal de las dos espaldas?

—¿Qué fue eso? —preguntó el profesor.

ITALIA, *MAGISTRA ARTIUM*

—Habló de la legislación sobre pruebas indiciales —dijo J. J. O'Molloy— en el derecho romano, en comparación con el anterior código de Moisés, la *lex talionis*. Y mencionó el Moisés de Miguel Ángel en el Vaticano.

—Ah.

—Unas pocas palabras bien seleccionadas —prologó Lenehan—. ¡Silencio!

Pausa. J. J. O'Molloy sacó la petaca.

Falsa calma. Algo absolutamente corriente.

El mensajero sacó la caja de cerillas pensativamente y encendió el cigarro.

He pensado más de una vez, volviendo la vista a aquella extraña época, que fue aquel pequeño acto, trivial en sí, de encender esa cerilla, lo que determinó el posterior transcurso de nuestras dos vidas.

UN PÁRRAFO TORNEADO

J. J. O'Molloy continuó, modelando sus palabras:

—Dijo sobre eso: *Esa pétrea efigie en música congelada, terrible y con cuernos, de la divina forma humana, ese símbolo eterno de sabiduría y profecía, que si hay algo, transfigurada por el alma y transfigurador del alma, que la imaginación o la*

mano del escultor haya plasmado en mármol hasta hacerlo merecedor de vida, podemos decir que sí que merece vivir.

Su delgada mano, con una ondulación, agració el eco y la caída.

—¡Bello! —dijo en seguida Myles Crawford.

—El divino hálito —dijo el señor O'Madden Burke.

—¿Le gusta? —preguntó J. J. O'Molloy a Stephen.

Stephen, cortejada su sangre por la gracia del lenguaje y el gesto, se ruborizó. Sacó un cigarrillo de la petaca. J. J. O'Molloy ofreció su petaca a Myles Crawford. Lenehan les encendió los cigarrillos como antes y tomó su trofeo diciendo:

—*Muchibus gracibus*.

UN HOMBRE DE ELEVADA MORAL

—El profesor Magennis me hablaba de usted —dijo J. J. O'Molloy a Stephen—. ¿Qué piensa usted de verdad sobre esa caterva de herméticos, los poetas de los silencios opalescentes: A. E. el maestro de místicos? Fue aquella Blavatsky la que lo empezó. Era una estupenda enredadora. A. E. ha contado a no sé qué entrevistador yanqui que usted fue a verle a altas horas de la madrugada a preguntarle sobre planos de conciencia. Magennis cree que usted le estaría tomando el pelo a A. E. Es un hombre de moral muy elevada, Magennis.

Hablando de mí. ¿Qué dijo? ¿Qué dijo? ¿Qué dijo de mí? No preguntes.

—No, gracias —dijo el profesor MacHugh, desviando a un lado la petaca—. Espere un momento. Permítame decirle una cosa. La más bella exhibición de oratoria que he oído nunca fue un discurso pronunciado por John F. Taylor en la Sociedad Histórica de la Universidad. El juez Fitzgibbon, el actual magistrado de apelación, había hablado ya y el estudio sometido a debate era un ensayo (nuevo para aquellos días) abogando por la reviviscencia de la lengua irlandesa.

Se volvió a Myles Crawford y dijo:

—Usted conoce a Gerald Fitzgibbon. Entonces puede imaginarse el estilo de su discurso.

—Se rumorea —dijo J. J. O'Molloy— que ocupa un puesto junto a Tim Healy en la comisión administrativa de Trinity College.

—Ocupa un puesto junto a una personita deliciosa con traje de niña —dijo Myles Crawford—. Adelante. ¿Y qué?

—Fue el discurso, fíjese —dijo el profesor—, de un orador consumado, lleno de cortés altivez y vertiendo en exquisita dicción, no diré las ánforas de su ira, pero sí vertiendo la contumelia de un hombre orgulloso sobre el nuevo movimiento. Entonces era un nuevo movimiento. Éramos débiles, y por consiguiente sin valor.

Cerró los largos labios finos un momento, pero, ávido de seguir, levantó la mano abierta a las gafas, y, con el pulgar y el anular tocando temblorosamente los aros

negros, los consolidó en un nuevo enfoque.

Improvisación

En tono ferial se dirigió a J. J. O'Molloy:

—Taylor había llegado, usted debe saberlo, levantándose de la cama donde estaba enfermo. Que hubiera preparado su discurso, no lo creo, pues ni siquiera había un taquígrafo en la sala. Una barba de varios días rodeaba su oscuro rostro macilento. Llevaba una corbata floja y en conjunto parecía (aunque no lo era) un hombre en la agonía.

Su mirada se volvió de pronto pero lentamente desde J. J. O'Molloy hacia la cara de Stephen y luego se inclinó en seguida al suelo, buscando. Su cuello blanco sin almidonar apareció tras su cabeza inclinada, manchado por su marchito pelo. Aún buscando, dijo:

—Cuando acabó el discurso de Fitzgibbon, se levantó John F. Taylor para contestar. Brevemente, en cuanto puedo traerlas a la memoria, sus palabras fueron éstas.

Elevó la cabeza firmemente. Sus ojos volvieron a ponerse pensativos. Bobos moluscos nadaban en las gruesas lentes de un lado para otro, buscando escape.

Empezó:

—*Señor Presidente, señoras y señores: Grande fue mi admiración al escuchar las observaciones dirigidas a la juventud de Irlanda hace un momento por mi docto amigo. Me pareció haber sido transportado a un país muy lejano de este país, a una edad remota de esta edad: que me encontraba en el antiguo Egipto y escuchaba el discurso de algún alto sacerdote de esa tierra dirigiéndose al joven Moisés*.

Sus oyentes sostenían sus cigarrillos en vilo para oír, con el humo ascendiendo en frágiles tallos que florecían con su discurso. *Y que nuestros tortuosos humos*. Nobles palabras viniendo.

¿Podrías probar tú también?

—*Y me pareció que oía la voz de ese alto sacerdote egipcio elevarse en un tono de análoga altivez y análogo orgullo. Oía sus palabras y su significado me fue revelado*.

De los padres

Me fue revelado que son buenas aquellas cosas que sin embargo están corrompidas, las cuales no podrían corromperse si fueran supremamente buenas o si no fueran buenas. ¡Ah, maldito seas! Eso es San Agustín.

—¿Por qué los judíos no aceptáis nuestra cultura, nuestra religión y nuestra lengua? Vosotros sois una tribu de pastores nómadas: nosotros somos un pueblo poderoso. No tenéis ni ciudades ni riqueza: nuestras ciudades son colmenas de humanidad, y nuestras galeras, trirremes y cuatrirremes, cargadas con toda clase de mercancías, surcan las aguas de todo el globo conocido. No habéis más que emergido de condiciones primitivas: nosotros tenemos una literatura, un sacerdocio, una historia secular y una organización política.

Nilo.

Niño, hombre, efigie.

Junto a la orilla del Nilo se arrodillan las nodrizas, cuna de juncos: un hombre ágil en combate: cuernos de piedra, barba de piedra, corazón de piedra.

—Rezáis a un oscuro ídolo local: nuestros templos, majestuosos y misteriosos, son las moradas de Isis y Osiris, de Horus y Ammon Ra. Vuestra es la esclavitud, el temor y la humildad: nuestro el trueno y los mares. Israel es débil y pocos son sus hijos. Egipto es una hueste y terribles son sus armas. Vagabundos y mercenarios se os llama: el mundo tiembla ante nuestro nombre.

Un sordo eructo de hambre partió su discurso. Elevó la voz por encima de él, valientemente:

—Pero, señoras y caballeros, si el joven Moisés hubiera prestado oídos y aceptado ese modo de ver la vida, si hubiera inclinado la cabeza e inclinado su espíritu ante esa arrogante admonición, nunca habría sacado al pueblo elegido de su casa de servidumbre ni seguido durante el día a la columna de nube. Nunca habría hablado con el Eterno entre relámpagos en la cumbre del Sinaí ni tampoco habría bajado con la luz de la inspiración refulgiendo en su rostro y llevando en sus brazos las tablas de la ley, grabadas en la lengua de los proscritos.

Terminó y les miró, disfrutando el silencio.

DE MAL AGÜERO ¡PARA ÉL!

J. J. O'Molloy dijo, no sin pesar:

—Y sin embargo, murió sin haber entrado en la tierra prometida.

—Un repentino-en-el-momento-aunque-por-prolongada-enfermedad-a-menudo-anteriormente-expectorado-fallecimiento —dijo Lenehan—. Y con un gran porvenir por detrás de él.

Se oyó el tropel de pies descalzos precipitarse por el vestíbulo y subir pateando la escalera.

—Eso es oratoria —dijo el profesor, sin hallar contradicción.

Lo que el viento se llevó. Las huestes de Mullaghmast y la Tara de los reyes. Millas de oídos en los pórticos. Las palabras del tribuno aulladas y esparcidas a los cuatro vientos. Un pueblo cobijado dentro de su voz. Ruido muerto. Vestigios

acásicos de todo lo que fue jamás en algún sitio en cualquier sitio. Amadle y alabadle: ya no más a mí.

Tengo dinero.

—Señores —dijo Stephen—. Como propuesta inmediata en el orden del día, ¿puedo sugerir que se levante la sesión?

—Me dejas sin aliento. ¿No es por ventura un cumplido a la francesa? —preguntó el señor O'Madden Burke—. Ésta es la hora, se me antoja, cuando la jarra de vino, metafóricamente hablando, resulta más placentera en la antigua posada.

—Se resuelve resueltamente que sea así por la presente. Todos los que estén a favor digan que sí —anunció Lenehan—. Los contrarios, que no. Declaro aprobada la propuesta. ¿A qué determinado local de tragos?… Mi voto decisivo es: ¡A Mooney!

Abrió paso, amonestando:

—Rehusaremos estrictamente ingerir bebidas fuertes, ¿no es verdad? Sí, no lo haremos. De ningún modo de maneras.

El señor O'Madden Burke, siguiendo de cerca, dijo, con un golpe de complicidad de su paraguas:

—¡En guardia, Macduff!

—¡De tal palo, tal astilla! —gritó el director, dando una palmada a Stephen en el hombro—. Vamos. ¿Dónde están esas malditas llaves?

Hurgó en el bolsillo, sacando las aplastadas hojas a máquina.

—Glosopeda. Ya sé. Irá bien. Lo meteremos. ¿Dónde están? Está bien.

Volvió a guardar las hojas y entró a la oficina de dentro.

TENGAMOS ESPERANZAS

J. J. O'Molloy, a punto de seguirle adentro, dijo en voz baja a Stephen:

—Espero que vivirá bastante como para verlo publicado. Myles, un momento.

Entró a la oficina de dentro, cerrando la puerta tras él.

—Vamos allá, Stephen —dijo el profesor—. Es estupendo, ¿no? Eso tiene la visión profética. *Fuit Ilium!* El saqueo de la tempestuosa Troya. Reinos de este mundo. Los dueños del Mediterráneo son hoy fellahin.

El primer vendedor de periódicos bajó pisándoles los talones por la escalera y salió precipitado a la calle, aullando:

—¡Extraordinario de las carreras!

Dublín. Tengo mucho, mucho que aprender.

Doblaron a la izquierda por la calle Abbey.

—Yo también tengo una visión —dijo Stephen.

—¿Sí? —dijo el profesor, dando un salto para ponerse al paso—. Crawford nos seguirá.

Otro vendedor de periódicos les adelantó disparado, gritando mientras corría:

—¡Extraordinario de las carreras!

QUERIDA SUCIA DUBLÍN

Dublineses.

—Dos vestales de Dublín —dijo Stephen—, maduras y piadosas, llevan viviendo cincuenta y cincuenta y tres años en el callejón de Fumbally.

—¿Dónde está eso? —dijo el profesor.

—Pasado Blackpitts.

Húmeda noche con hedor a masa que da hambre. Contra la pared. Cara refulgiendo sebo bajo el chal de lana. Corazones frenéticos. Vestigios acásicos. ¡Más pronto, guapo!

Adelante ahora. Atreverse. Hágase la vida.

—Quieren ver la vista de Dublín desde lo alto de la columna de Nelson. Ahorran tres chelines y diez peniques en una hucha un buzón rojo de lata. Sacudiéndolo, sacan fuera las tres piezas de chelín y consiguen extraer los peniques con la hoja de un cuchillo. Dos con tres en plata y uno con siete en cobres. Se ponen los sombreros y sus mejores vestidos, y llevan los paraguas por temor a que empiece a llover.

—Vírgenes sabias —dijo el profesor MacHugh.

VIDA EN CRUDO

—Compran un chelín y cuatro peniques de carne en conserva y cuatro rebanadas de pan en el restaurante North City, calle Marlborough, propietaria señorita Kate Collins. Adquieren veinticuatro ciruelas maduras a una chica al pie de la columna de Nelson para quitarse la sed de la carne en conserva. Dan dos monedas de tres peniques al caballero del torniquete y empiezan a subir balanceándose por la escalera de caracol, gruñendo y animándose la una a la otra, con miedo a la oscuridad jadeando, la una preguntando a la otra tienes tú la carne, alabando a Dios y a la Virgen bendita, amenazando bajar, atisbando por los respiraderos. Gloria a Dios. No tenían idea de que fuera tan alto.

Se llaman Anne Kearns y Florence MacCabe. Anne Kearns tiene un lumbago para el cual se frota con agua de Lourdes que le dio una señora que recibió una botella de un padre pasionista. Florence MacCabe se toma de cena todos los sábados un pie de cerdo y una botella de cerveza doble.

—Antítesis —dijo el profesor, asintiendo dos veces—. Vírgenes vestales. Me parece verlas. ¿Qué es lo que retiene a nuestro amigo?

Se dio vuelta.

Un enjambre de vendedores de periódicos se precipitó escaleras abajo, dispersándose en todas direcciones, aullando, con los blancos periódicos al viento. Inmediatamente después de ellos apareció Myles Crawford en las escaleras, con el sombrero aureolándole la cara escarlata, hablando con J. J. O'Molloy.

—Vamos allá —gritó el profesor, agitando el brazo.

Echó a andar otra vez al lado de Stephen.

—Sí —dijo—. Me parece verlas.

Retorno de bloom

El señor Bloom, sin aliento, aprisionado en un remolino de salvajes vendedores de periódicos cerca de las oficinas del *Irish Catholic* y el *Dublin Penny Journal*, gritó:

—¡Señor Crawford! ¡Un momento!

—¡El *Telegraph*! ¡Extraordinario de las carreras!

—¿Qué es eso? —dijo Myles Crawford, retrasándose un paso.

Un vendedor le gritó a la cara al señor Bloom:

—¡Terrible tragedia en Rathmines! ¡Un chico mordido por un fuelle!

Entrevista con el director

—Es sólo este anuncio —dijo el señor Bloom, abriéndose paso a empujones, soplando y sacando el recorte del bolsillo—. Hablé ahora mismo con el señor Llavees. Hará una renovación por dos meses, dice. Después ya verá. Pero quiere un entrefilet para llamar la atención también en el *Telegraph*, en la hoja rosa del sábado. Y lo quiere, si no es muy tarde, se lo dije al concejal Nannetti, como en el *Kilkenny People*. Puedo mirarlo en la Biblioteca Nacional. Casa de las Llaves, ¿comprende? Él se llama Llavees. Es un juego con el nombre. Pero ha prometido prácticamente que haría la renovación. Sólo que quiere un poco de bombo. ¿Qué le digo, señor Crawford?

B.E.C.

—¿Quiere decirle que me bese el culo? —dijo Myles Crawford, extendiendo el brazo para dar énfasis—. Dígale eso derechito de parte mía.

Un poco nervioso. Cuidado con la tormenta. Todos van a beber. Del brazo. La gorra de marino de Lenehan allá atrás a ver quién paga. El jaleo de costumbre. No sé si es el joven Dedalus el espíritu animador. Llevaba hoy puestas unas buenas botas.

La última vez que le vi enseñaba los talones al aire. Había andado por el barro no sé dónde. Tipo descuidado. ¿Qué hacía en Irishtown?

—Bueno —dijo el señor Bloom, volviendo a mirarle—, si puedo conseguir el dibujo supongo que vale la pena un entrefilet. Tomaría el anuncio, me parece. Se lo diré…

B.M.R.C.I.

—Me puede besar mi real culo irlandés —Myles Crawford gritó ruidosamente por encima del hombro—. En cualquier momento, dígaselo.

Mientras el señor Bloom se quedaba ponderando la cuestión y a punto de sonreír, él siguió adelante a zancadas nerviosas.

A LEVANTAR PASTA

—*Nulla bona*, Jack —dijo, llevándose la mano a la barbilla—. Estoy hasta aquí. Yo también he pasado mi apuro. Buscaba un tipo que me aceptase una letra la semana pasada sin ir más lejos. Tiene que contentarse con la buena voluntad. Lo siento, Jack. De todo corazón si pudiera levantar la pasta de algún modo.

J. J. O'Molloy puso una cara larga y siguió andando en silencio.

Alcanzaron a los demás y avanzaron al lado de ellos.

—Después de comerse la carne en conserva y el pan y de limpiarse los veinte dedos en el papel en que estaba envuelto el pan, se acercan a la baranda.

—Algo para usted —explicó el profesor a Myles Crawford—. Dos viejas de Dublín en lo alto de la columna de Nelson.

¡VAYA COLUMNA!

ES LO QUE DIJO LA PRIMERA FULANA

—Eso es nuevo —dijo Myles Crawford—. Eso es publicable. Saliendo a celebrar San Crispín. Dos viejas locas, ¿no?

—Pero tienen miedo de que se caiga la columna —siguió Stephen—. Ven los tejados y discuten dónde están las diferentes iglesias: la cúpula azul de Rathmine, Adán y Eva, San Lorenzo de O'Toole. Pero les da vértigo mirar, así que se suben las faldas…

ESAS FÉMINAS LIGERAMENTE ESTREPITOSAS

—Despacito todos —dijo Myles Crawford—, sin licencias poéticas. Aquí estamos en la archidiócesis.

—Y se sientan en sus enaguas rayadas, mirando a lo alto, a la estatua del adúltero manco.

—¡El adúltero manco! —exclamó el profesor—. Me gusta eso. Ya veo la idea. Ya entiendo lo que quiere decir.

Damas donan a ciudadanos dublineses píldoras de velocidad creídas veloces aerolitos

—Les da tortícolis —dijo Stephen— y están demasiado cansadas para mirar arriba o abajo o para hablar. Ponen en medio la bolsa de ciruelas y se van comiendo las ciruelas una tras otra, limpiándose con el pañuelo el zumo que les rebosa de la boca y escupiendo los huesos lentamente por entre la baranda.

Como remate lanzó una ruidosa carcajada juvenil. Lenehan y el señor O'Madden Burke, al oírlo, se volvieron, hicieron una seña y cruzaron por delante de ellos hacia Mooney.

—¿Se acabó? —dijo Myles Crawford—. Mientras no hagan cosa peor…

Sofista golpea a altiva Helena en misma trompa. Los espartanos rechinan las muelas. Los de Ítaca juran que Pen es campeona.

—Me recuerda a Antístenes —dijo el profesor—, un discípulo de Gorgias, el sofista. Se dijo de él que nadie podía decir si estaba más amargado con los demás que consigo mismo. Era hijo de un noble y de una esclava. Y escribió un libro en que le quitaba la palma de la belleza a la argiva Helena para entregársela a la pobre Penélope.

Pobre Penélope. Penélope Rich.

Se dispusieron a cruzar la calle O'Connell.

¡Oiga, oiga, Central!

En diversos puntos, a lo largo de las ocho líneas, había tranvías con troles inmóviles, quietos en las vías, con destino a o procedentes de Rathmines, Rathfarnham, Blackrock, Kingstown y Dalkey, Sandymount Green, Ringsend y Sandymount Tower, Donnybrook, Palmerston Park y Upper Rathmines, todos quietos, en la calma de un cortocircuito. Coches de punto, cabriolets, carros de reparto, furgones postales,

coches privados, carros de agua mineral gaseosa con traqueteantes cajas de botellas, traqueteaban, rodaban, tirados por caballos, rápidamente.

¿QUÉ? —Y ASIMISMO— ¿DÓNDE?

—Pero ¿cómo lo titula? —preguntó Myles Crawford—. ¿Dónde compraron las ciruelas?

VIRGILIANO, DICE EL PEDAGOGO.
NOVATO VOTA POR EL VIEJO MOISÉS

—Llámelo, espere —dijo el profesor, abriendo a todo lo ancho sus largos labios para reflexionar—. Llámelo, vamos a ver. Llámelo: *Deus nobis haec otia fecit*.

—No —dijo Stephen—, lo llamo *Vista de Palestina desde el Pisgah* o *La Parábola de las Ciruelas*.

—Ya entiendo —dijo el profesor.

Se rió con rica sonoridad.

—Ya entiendo —dijo otra vez con nuevo placer—. Moisés y la tierra prometida. Esa idea se la dimos nosotros —añadió, para J. J. O'Molloy.

HORACIO ES PUNTO DE MIRA ESTE HERMOSO DÍA DE JUNIO

J. J. O'Molloy lanzó una cansada mirada de medio lado hacia la estatua y no dijo nada.

—Ya entiendo —dijo el profesor.

Se detuvo en la isla de tráfico de Sir John Gray y atisbó al aire hacia Nelson a través de las redes de su amarga sonrisa.

DISMINUIDOS DEDOS RESULTAN DEMASIADO COSQUILLEANTES PARA MUCHACHAS LOCUELAS.
ANNE VACILA, FLO SE BALANCEA — PERO ¿QUIÉN PUEDE ACUSARLAS?

—El adúltero manco —dijo sombríamente—. Eso me cosquillea, debo decir.

—También cosquilleó a las viejas —dijo Myles Crawford— si se supiera toda la santa verdad.

[8]

Roca de piña, limón escarchado, caramelos blandos. Una niña pegajosa de azúcar paleando cucharonadas de helado para un Hermano de las Escuelas Cristianas. Algún convite escolar. Malo para sus barriguitas. Proveedores de confites y caramelos para Su Majestad el Rey. Dios. Salve. A. Nuestro. Sentado en su trono, chupando yuyubas rojas hasta dejarlas blancas.

Un sombrío joven de la Y. M. C. A., vigilante entre los dulces humos tibios de Graham Lemon, le puso un prospecto en la mano al señor Bloom.

Conversaciones de corazón a corazón.

Bloo… ¿Yo? No.

Blood of the Lamb, sangre del Cordero.

Sus lentos pies le transportaron hacia el río, leyendo. ¿Estás salvado? Todos están lavados en la sangre del Cordero. Dios quiere víctimas en sangre. Nacimiento, himeneo, martirio, guerra, fundación de un edificio, sacrificio, ofrecimiento de riñón quemado, altares de los druidas. Elías viene. El Dr. John Alexander Dowie, restaurador de la Iglesia en Sión, viene.

¡Viene! ¡¡Viene!! ¡¡¡Viene!!!
Todos cordialmente bienvenidos

Un juego que da dinero. Torry y Alexander el año pasado. Poligamia. Su mujer acabará con ese asunto. ¿Dónde estaba aquel anuncio de una empresa de Birmingham, el crucifijo luminoso? Nuestro Salvador. Despertarse en plena noche y verle en la pared, colgado. La idea del fantasma de Pepper. Inocente Nos Restituyó Inmortalidad.

Con fósforo debe hacerse eso. Si se deja un poco de bacalao por ejemplo. Vi el plateado azulado por encima. La noche que bajé a la despensa de la cocina. No me gustan todos esos olores dentro esperando a salir disparados. ¿Qué es lo que quería ella? Pasas de Málaga. Pensando en España. Antes que naciera Rudy. La fosforescencia, ese verdoso azulado. Muy bueno para el cerebro.

Desde la esquina de la casa monumento de Butler, lanzó una ojeada por Bachelor's Walk. La hija de Dedalus todavía ahí, delante de la sala de subastas de Dillon. Debe estar rematando algunos muebles viejos. Le conocí los ojos en seguida por su padre. Dando vueltas por ahí esperándole. La casa siempre se deshace cuando desaparece la madre. Quince hijos tuvo él. Un nacimiento casi cada año. Eso está en su teología o el cura no le dará a la pobre mujer la confesión, la absolución. Creced y multiplicaos. ¿Se ha oído nunca semejante cosa? Te comen vivo hasta dejarte sin casa ni hogar. Ellos mismos no tienen familias que alimentar. Viviendo de la sustancia de

la tierra. Sus despensas y bodegas. Me gustaría verles hacer el ayuno negro del Yom Kippur. Panecillos con la cruz. Una comida y una colación por temor a que se desmayara en el altar. Una ama de llaves de uno de esos tipos, si se le pudiese hacer desembuchar. Nunca se les saca nada. Como sacarle cuartos a él. Se conserva bien. Nada de invitados. Todo para el número uno. Observando su orina. Traiga su propio pan con mantequilla. Su reverencia: chitón.

Dios mío, el traje de esa pobre niña en jirones. También parece mal alimentada. Patatas y margarina, margarina y patatas. Después es cuando lo notan. A la larga se verá. Socava el organismo.

Al poner el pie en el puente O'Connell una bola de humo subió como un penacho desde el parapeto. Una gabarra de la cervecería con cerveza de exportación. Inglaterra. El aire del mar la echa a perder, he oído decir. Sería interesante algún día conseguir un pase a través de Hancock para ver la fábrica. Un mundo completo por sí mismo. Toneles de cerveza, estupendo. También se meten los ratones. Beben hasta hincharse, flotando, grandes como un perro de pastor. Muertos de borrachera de cerveza. Beben hasta vomitar como cristianos. ¡Imagínate beber eso! Ratones: toneles. Bueno, claro que si lo supiéramos todo.

Mirando abajo, vio gaviotas aleteando con fuerza, girando entre las sombrías paredes del muelle. Mal tiempo afuera. ¿Y si me tirara abajo? El hijo de Reuben J. tuvo que tragar una buena panzada de esa agua de alcantarilla. Un chelín y ocho peniques de más. Hummmm. Es la gracia con que sale con esas cosas. Sabe contar una historia también.

Daban vueltas más bajo. Buscando qué zampar. Espera.

Tiró en medio de ellas una bola de papel aplastado. Elías viene a treinta y dos pies por segundo. Ni pizca. La bola subió y bajó inobservada siguiendo los remolinos y derivó bajo el puente entre los pilones. No son tan malditas idiotas. También el día que tiré el pastel pasado del Erin's King lo recogieron en la corriente cincuenta yardas más abajo. Viven de su ingenio. Dieron vueltas, aleteando.

La famélica gaviota
sobre el agua turbia flota.

Así es como escriben los poetas, con los sonidos semejantes. Pero en cambio Shakespeare no tiene rimas: verso blanco. El fluir de la lengua, eso es. Los pensamientos. Solemnes.

Hamlet, soy el espectro de tu padre
condenado a vagar por este mundo.

—¡Dos manzanas un penique! ¡Dos por un penique!

Su mirada pasó por las lustrosas manzanas alineadas en el puesto. Deben ser australianas en esta época del año. Cáscaras relucientes: les saca brillo con un trapo o con un pañuelo.

Espera. Esos pobres pájaros.

Se volvió a detener y le compró a la vieja de las manzanas dos pasteles de Banbury por un penique y rompió la pasta quebradiza y tiró los pedazos al Liffey. ¿Lo ves? Las gaviotas se dejaron caer en silencio, dos, después todas, desde sus alturas, precipitándose sobre la presa. Desapareció. El último bocado. Consciente de su codicia y su astucia, se sacudió las migas polvorientas de las manos. Nunca se lo esperaban. Maná. Viven de carne de pez, no tienen más remedio, todas las aves marinas, gaviotas, somormujos. Los cisnes de Anna Liffey bajan nadando hasta aquí a veces para alisarse las plumas. Sobre gustos no hay nada escrito. No sé de qué clase será la carne de cisne. Robinsón Crusoe tuvo que vivir de ellos.

Dieron vueltas, aleteando débilmente. No voy a tirar más. Un penique ya es de sobra. Las muchas gracias que me dan. Ni un graznido. También contagian la glosopeda. Si se ceba a un pavo, digamos, con pasta de castañas sabe así. Come cerdo y te vuelves cerdo. Pero entonces ¿por qué los peces de agua salada no son salados? ¿Cómo es eso?

Sus ojos buscaron respuesta en el río y vieron una barca de remos anclada balanceando perezosamente en la melaza de las ondulaciones un tablón enlucido.

Kino.

11 chelines.

Pantalones.

Buena idea esa. No sé si pagará alquiler al ayuntamiento. Realmente, ¿cómo puede uno ser propietario de agua? Siempre está fluyendo en corriente, nunca la misma que en la corriente de la vida perseguimos. Porque la vida es una corriente. Todos los sitios son buenos para anuncios. Aquel curandero de las purgaciones solía estar pegado en todos los urinarios. Nunca se le ve ahora. Estrictamente confidencial. Dr. Hy Franks. No le costaba una perra como la autopublicidad de Maginni, el maestro de baile. Tenía unos tíos que los pegaran o los pegaría él mismo, a lo mejor, con disimulo al entrar a la carrera para hacer aguas. Braguetazo con nocturnidad. El sitio apropiado también. CARTELES NO. CÓRTESELO. Algún tío abrasado de purgaciones.

¿Si él…?

¡Oh!

¿Eh?

No… No.

No; no. No creo. Seguro que no lo haría, ¿verdad?

No, no.

El señor Bloom avanzaba levantando sus ojos inquietos. No pienses en eso. Más de la una. Está baja la bola de la hora en la capitanía del puerto. Hora de Dunsink. Un librito fascinante es el de Sir Robert Ball. Paralaje. Nunca lo entendí exactamente. Ahí hay un cura. Podría preguntarle. Par es griego: paralelo, paralaje. Métense cosas lo llamó ella, hasta que le expliqué lo de la transmigración. ¡Qué estupidez!

El señor Bloom sonrió qué estupidez a dos ventanas de la capitanía del puerto. Tiene razón ella después de todo. Sólo palabras grandiosas para cosas corrientes por el gusto del sonido. No es que ella sea ingeniosa precisamente. También puede ser grosera. Echar fuera lo que yo estaba pensando. Sin embargo, no sé. Solía decir ella que Ben Dollard tiene una voz de barríltono. Tiene las piernas como barriles y uno diría que cantaba dentro de un barril. Bueno, ¿no es eso ingenio? Solían llamarle Big Ben. Ni la mitad de ingenioso que llamarle barríltono. Un apetito como un albatros. Se engulle un cuarto de buey. Tenía gran energía para meterse entre pecho y espalda cerveza Bass Número Uno. Barril de Bass. ¿Ves? Resulta muy bien.

Una procesión de hombres con blusones blancos avanzó lentamente hacia él siguiendo el bordillo, con fajines escarlata a través de sus tablones. Gangas. Están como aquel cura el de esta mañana: ingratos hemos sido: inocentes hemos sufrido. Leyó las letras escarlatas en sus cinco chisteras blancas: H, E, L, Y, S. Wisdom Hely's. Y, rezagándose atrás, sacó un zoquete de pan de debajo del tablón de delante, se lo encajó en la boca y mascó sin dejar de andar. Nuestro alimento básico. Tres chelines al día, andando por los bordillos, calle tras calle. Sólo para conservar juntos huesos y carne, pan y sopa. No son de Boyl: no, gente de MacGlade. Tampoco atrae negocio. Le sugerí un carro transparente de exhibición con dos chicas elegantes sentadas dentro escribiendo cartas, cuadernos, sobres, papel secante. Apuesto a que eso habría dado en el blanco. Unas chicas elegantes escribiendo algo llaman la atención en seguida. Todo el mundo muriéndose de ganas de saber qué escribe ésa. Si uno mira fijamente a nada se le reúnen veinte alrededor. Meter cuchara en el asunto. Las mujeres también. Curiosidad. Estatua de sal. Claro que no lo quiso aceptar porque no se le había ocurrido a él antes. O el tintero que sugerí con una mucha falsa de celuloide negro. Sus ideas de anuncios son como la carne Ciruelo en conserva debajo de los fallecimientos, departamento de fiambres. Chúpate ésa. ¿Qué? La goma de nuestros sobres. ¡Hola, Jones!, ¿a dónde vas? No puedo pararme, Robinson, voy a toda prisa a adquirir el único borratintas de confianza, *Kansell,* en venta en Hely's Limited, calle Dame 85. Ya estoy bien libre de esa porquería. Era un trabajo endemoniado el cobrarles las cuentas a aquellos conventos. El convento Tranquilla. Había allí una monja muy simpática, una cara de veras dulce. La toca le sentaba muy bien en la cabecita. ¿Hermana? ¿Hermana? Estoy seguro de que había tenido disgustos de amor, por sus ojos. Muy difícil regatear con esa clase de mujer. La interrumpí en sus devociones esa mañana. Pero contenta de comunicar con el mundo exterior. Nuestro gran día, dijo. Fiesta de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Dulce nombre también: caramelo. Lo sabía, creo que lo sabía por la manera como. Si se

hubiera casado habría cambiado. Supongo que realmente andaban escasas de dinero. Sin embargo lo freían todo en la mejor mantequilla. Nada de grasa para ellas. El corazón se me abrasa comiendo y goteando grasa. Les gusta quedar untuosas por dentro y por fuera. Molly probándolo, con el velo levantado. ¿Hermana? Pat Claffey, la hija del de los empeños. Dicen que fue una monja la que inventó el alambre de espino.

Cruzó la calle Westmoreland cuando apóstrofo S acabó de pasar arrastrando los pies. La tienda de bicicletas de Rover. Esas carreras son hoy. ¿Cuánto tiempo hace de eso? El año que murió Phil Gilligan. Estábamos en la calle Lombard West. Espera, yo estaba en Thom. Encontré el empleo en Wisdom Hely's el año que nos casamos. Seis años. Hace diez años: murió el noventa y cuatro, sí, eso es, el gran incendio en Arnott. Val Dillon era alcalde. El banquete de Glencree. El concejal Robert O'Reilly se echó el oporto en la sopa antes que arriaran bandera. Bobbob lamiendo bien para sus tripas de concejal. No podía oír lo que tocaba la banda. Por lo que acabamos de recibir que el Señor nos haga. Milly era una chiquilla entonces. Molly tenía aquel vestido gris elefante con pasamanería trenzada. Traje sastre con botones forrados de tela. No le gustaba porque me torcí el tobillo el día que lo estrenó en el pícnic del coro en el Pan de Azúcar. Como si eso. La chistera del viejo Goodwin arreglada con algo pegajoso. Un pícnic para las moscas también. Nunca se echó encima un traje como ése. Le sentaba como un guante, hombros y caderas. Empezaba a estar bien metida en carnes entonces. Hubo aquel día pastel de conejo. La gente la seguía con la mirada.

Feliz. Más feliz entonces. Un cuartito agradable era aquel del papel de pared rojo. Dockrell, un chelín y nueve peniques la docena. La noche de baño de Milly. Compraba jabón americano: flor de saúco. Lindo olor el de su agua de baño. Estaba graciosa toda enjabonada. También de buen tipito. Ahora, la fotografía. El estudio de daguerrotipo de que me hablaba el pobre papá. Gustos hereditarios.

Avanzó siguiendo el bordillo.

Corriente de la vida. ¿Cómo se llamaba aquel tío de cara de cura que siempre echaba dentro una ojeada bizca cuando pasaba? Ojos débiles, de mujer. Se alojaba en Citron, Saint Kevin's Parade. Pen no sé cuántos. ¿Pendennis? Mi memoria empieza a. ¿Pen…? Claro, hace años. El ruido de los tranvías probablemente. Bueno, si ése no era capaz de recordar el nombre del cronista en jefe al que está viendo todos los días.

Bartell d'Arcy era el tenor, entonces empezando a destacar. La acompañaba a casa después del ensayo. Un tipo presumido con el bigote engomado. Le dio aquella canción *Los vientos que soplan del sur*.

Qué noche de viento era aquella cuando fui a buscarla había esa reunión de la logia por esos billetes de lotería después del concierto de Goodwin en la sala de banquetes o en la sala de recepciones del ayuntamiento. Él y yo detrás. Una hoja de su música se me voló de la mano contra la barandilla de la escuela media. Suerte que no. Una cosa así le echa a perder el efecto de una noche a ella. El profesor Goodwin

delante enganchándose a ella. Tembloroso en las zancas, pobre viejo chocho. Sus conciertos de despedida. Absolutamente última aparición en ninguna escena. Puede ser cuestión de meses o puede ser nunca. La recuerdo riendo al viento, con el cuello de las neviscas levantado. Esquina a Harcourt Road recuerdo aquella ráfaga. ¡Brrfu! Le levantó todas las faldas y su boa casi le asfixió al viejo Goodwin. Sí que se puso colorada con el viento. Recuerdo cuando llegamos a casa reanimando el fuego y friendo aquellos pedazos de falda de cordero para que cenara, con la salsa Chutney que le gustaba a ella. Y el ron caliente. La vi en la alcoba desde la chimenea desatándose el corpiño del corsé: blanca.

El zumbido en el aire y el blando desplome del corsé en la cama. Siempre caliente de ella. Siempre le gustaba soltarse. Sentada ahí después hasta casi las dos, quitándose las horquillas. Milly arropadita en la cuna. Ésa fue la noche…

—Ah, señor Bloom, ¿qué tal está?

—Ah, ¿cómo está usted, señora Breen?

—No me puedo quejar. ¿Cómo le va a Molly últimamente? Hace siglos que no la veo.

—Fenomenal —dijo alegremente el señor Bloom—. Milly tiene un empleo ahí en Mullingar, sabe.

—¡No me diga! ¡Qué suerte tiene!

—Sí, hay un fotógrafo allí. Tirando adelante a toda marcha. ¿Cómo están todos sus pequeños?

—Dando que hacer al panadero —dijo la señora Breen.

¿Cuántos tiene? No hay otro a la vista.

—Veo que va de negro. ¿No tendrá…?

—No —dijo el señor Bloom—. Acabo de venir de un entierro.

Va a salir a relucir todo el día, ya lo preveo. ¿Quién se ha muerto, cuándo y de qué se murió? Vuelve como una moneda falsa.

—Ah, vaya —dijo la señora Breen—. Espero que no fuera algún pariente cercano.

No estaría mal que me acompañara en el sentimiento.

—Dignam —dijo el señor Bloom—. Un viejo amigo mío. Se murió de repente, pobre chico. Cosa de corazón, creo. El entierro ha sido esta mañana.

Tu entierro será mañana
cuando pases por el centeno.
Tralarala tururum
tralarala…

—Triste perder viejos amigos —dijeron melancolirialmente los mujeriles ojos de la señora Breen.

Bueno, ya hay más que de sobra con esto. Suavemente: el marido.

—¿Y su dueño y señor?

La señora Breen levantó sus grandes ojos. No los ha perdido, de todos modos.

—Ah, no me hable —dijo—. Es un tipo de cuidado. Está ahora ahí dentro con sus códigos buscando las leyes sobre difamación. Me tiene quemada la sangre. Espere y se lo enseñaré.

Caliente vapor de sopa de cabeza de ternera y vaho de bollos con mermelada recién sacados del horno brotaban de Harrison. El pesado efluvio de mediodía le cosquilleó al señor Bloom la parte alta de la garganta. Para hacer buena repostería hace falta mantequilla, la mejor harina, azúcar de caña, o si no, lo notan con el té caliente. ¿O viene de ella? Un golfillo descalzo estaba sobre la reja inhalando los vapores. Así mata el roer del hambre. ¿Es placer o dolor? Comida de a penique. Cuchillo y tenedor encadenados a la mesa.

Ella abre el bolso, cuero agrietado. Alfiler de sombrero: esas cosas deberían llevar un guardapuntas. Se le mete a uno en el ojo en el tranvía. Enredando. Abierto. Dinero. Por favor tome uno. Como demonios si pierden seis peniques. Arman un escándalo. El marido metiendo la nariz. ¿Dónde están los diez chelines que te di el lunes? ¿Estás alimentando a la familia de tu hermanito? Pañuelo sucio: frasquito de medicina. Una pastilla lo que cayó. ¿Qué es lo que?…

—Debe ser la luna nueva —dijo—. Siempre anda mal entonces. ¿Sabe lo que hizo anoche?

Su mano dejó de enredar. Sus ojos se le clavaron, abiertos de alarma, pero sonriendo.

—¿Qué? —preguntó el señor Bloom.

Que hable. Mirarla derecho a los ojos. Te creo. Ten confianza en mí.

—Me despertó en plena noche —dijo—. Había tenido un sueño, una pesadilla.

Indigestión.

—Dijo que el as de piques estaba subiendo por las escaleras.

—¡El as de piques! —dijo el señor Bloom.

Ella sacó del bolso una postal doblada.

—Lea eso —dijo—. Lo recibió esta mañana.

—¿Qué es eso? —preguntó el señor Bloom, cogiendo la postal—. ¿V. E.?

—V. E.: ve —dijo ella—. Alguien le está tomando el pelo. Es una vergüenza quienquiera que sea.

—Sí que lo es —dijo el señor Bloom.

Ella recogió la postal, suspirando.

—Y ahora se ha dado una vuelta por el despacho del señor Menton. Va a poner un pleito por diez mil libras, dice.

Dobló la postal en su desarreglado bolso y chascó el cierre.

El mismo traje de lana azul que llevaba hace dos años, con el pelo destiñéndose. Ya han pasado sus mejores días. El pelo en mechones sobre las orejas. Y ese

sombrerito cursi: tres uvas viejas para que parezca menos mal. Miseria decorosa. Solía vestirse con gusto. Arrugas alrededor de la boca. Sólo un año o dos más que Molly.

Fíjate la mirada que le ha lanzado esa mujer, al pasar. Cruel. El sexo nada gentil.

Siguió mirándola, escondiendo su descontento detrás de la mirada. Picante cabeza de ternera rabo de buey sopa al curry. Yo también tengo hambre. Migas de repostería en la pechera de su vestido: un toque de azúcar harinosa pegado en su mejilla. Pastel de ruibarbo con abundante relleno, rico interior de fruta. Josie Powell era. En Luke Doyle hace mucho. Dolphin's Barn, las charadas. V. E.: ve.

Cambiar el tema.

—¿Ve alguna vez a la señora Beaufoy? —preguntó el señor Bloom.

—¿Mina Purefoy? —dijo ella.

Estaba pensando en Philip Beaufoy. El Club de los Espectadores. Matcham piensa a menudo en el golpe maestro. ¿Tiré de la cadena? Sí. El último acto.

—Sí.

—Precisamente entré un momento de camino para ver si ya lo había pasado. Está en el hospital de maternidad de la calle Holles. La hizo entrar el doctor Horne. Lleva ya tres días mal.

—Ah —dijo el señor Bloom—. Lo siento mucho.

—Sí —dijo la señora Breen—. Y aquel montón de chicos en casa. Viene un parto muy duro, me dijo la enfermera.

—Ah —dijo el señor Bloom.

Su pesada mirada compasiva absorbía sus noticias. Chascó la lengua con compasión. ¡Nt! ¡Nt!

—Lo siento mucho —dijo—. ¡Pobrecilla! ¡Tres días! Es terrible para ella.

La señora Breen asintió.

—Le empezaron los dolores el martes…

El señor Bloom le tocó suavemente la punta del codo, avisándola.

—¡Cuidado! Deje pasar a este hombre.

Una figura huesuda avanzaba a lo largo del bordillo, desde el río, mirando fijamente a la luz del sol con ojos arrebatados a través de una pesada lente sujeta con un cordón. Pegado como un solideo, un sombrerito se le agarraba a la cabeza. Un guardapolvo doblado, un bastón y un paraguas le colgaban del brazo balanceándose a su paso.

—Fíjese en él —dijo el señor Bloom—. Siempre anda por la parte de fuera de las farolas. ¡Fíjese!

—¿Quién es, si se puede preguntar? —preguntó la señora Breen—. ¿Está chocho?

—Se llama Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell —dijo el señor Bloom, sonriendo—. ¡Fíjese!

—No tiene pocos nombres —dijo ella—. Denis se va a quedar así cualquier día de estos.

Se interrumpió de repente.

—Ahí está —dijo—. Tengo que buscarle. Adiós. Recuerdos a Molly, ¿eh?

—De su parte —dijo el señor Bloom.

La observó abrirse paso a través de los transeúntes hacia los escaparates. Denis Breen, con su pobre levitón y sus zapatos de lona azul, salía resoplando de Harrison, con dos pesados tomos abrazados contra las costillas. Caído de la luna. Como en tiempos antiguos. La dejó sin sorpresa que le alcanzase y estiró hacia ella su opaca barba gris, con la mandíbula caída temblándole al hablar.

Meshuggah. Mal de la chimenea.

El señor Bloom siguió andando tranquilamente, mirando allá delante a la luz del sol el apretado casquete, el bastón, paraguas y guardapolvos colgando. Su manía. ¡Fíjate en él! Ahí va otra vez. Un modo de salir adelante en el mundo. Y aquel otro viejo chiflado y canoso con sus andrajos. Qué mal lo ha debido pasar ella con él.

V. E.: ve. Juraría que es Alf Bergan o Richie Goulding. Lo escribió por broma en la taberna, apostaría cualquier cosa. Darse una vuelta por el despacho de Menton. Sus ojos de ostra pasmados ante la postal. Un espectáculo para los dioses.

Pasó por delante del *Irish Times*. Podría haber otras respuestas esperando ahí. Me gustaría contestarlas todas. Buen sistema para los criminales. Código. Están ahora almorzando. El empleado ese de las gafas no me conoce. Ah, dejémoslas ahí que se cuezan. Bastante molestia abrirme paso a través de cuarenta y cuatro de ellas. Necesítase hábil mecanógrafa para ayudar caballero en trabajo literario. Te llamé niño malo de ese modo porque no me gusta el otro mundo. Por favor, dime qué quiere decir de verdad del otro modo. Por favor, dime qué clase de perfume usa tu mujer. Dime quién hizo el mundo. De qué manera le echan a uno encima esas preguntas. Y la otra, Lizzie Twigg. Mis esfuerzos literarios han tenido la buena suerte de recibir la aprobación del eminente poeta A. E. (Sr. Geo Russell). Sin tiempo para arreglarse el pelo bebiendo té aguanoso con un libro de poesías.

El mejor periódico con gran ventaja para un anuncio por palabras. Ahora tiene las provincias. Cocinera y para todo, exc. cocina, hay doncella. Búscase hombre activo para barra. Resp. señorita (católica) desea hallar empleo en frutería o salchichería. James Carlisle lo lanzó. Seis y medio por ciento de dividendo. Hizo un gran negocio con las acciones de Coates. Listo. Astutos viejos avaros de escoceses. Todas las noticias halagadoras. Nuestra graciosa y popular virreina. Comprado ahora el *Irish Field*. Lady Mountcashel se ha restablecido completamente después de dar a luz y ayer participó a caballo en la cacería de ciervos con sabuesos de Ward Union al levantarse la veda en Rathoath. Zorro incomestible. También cazadores para la olla. El miedo inyecta unos jugos la hace suficientemente tierna para ellos. Cabalgando a horcajadas. Monta a caballo como un hombre. Cazadora sin hándicap. Nada de silla de señora ni de grupera para ella, ni para su abuela. Primera en la reunión de cazadores y presente en el golpe de gracia. Fuertes como yeguas algunas de esas amazonas. Se exhiben alrededor de las cuadras. Se engullen un vaso de brandy

limpiamente en un decir amén. La de esta mañana en el Grosvenor. Arriba con ella al coche: ¡aúpa! Hace saltar su montura sobre un muro de piedra o un obstáculo de cinco barras. Creo que ese cochero chato lo hizo por fastidiar. ¿A quién se parecía ella? ¡Ah sí! A la señora Miriam Dandrade que me vendió sus trapos viejos y su ropa interior negra en el Hotel Shelbourne. Una divorciada hispanoamericana. No pestañeó porque yo lo manoseara. Como si yo fuera su perchero. La vi en la fiesta del virrey cuando Stubbs el guarda del parque me dejó entrar con Whelan el del *Express*. Espigando lo que dejó la gente bien. Té bien acompañado. Me eché mayonesa en las ciruelas creyendo que eran natillas. Le debieron zumbar los oídos durante unas semanas. Le hace falta un toro. Cortesana de nacimiento. Nada de trabajos de niñera, gracias.

¡Pobre señora Purefoy! El marido metodista. Método en su locura. Almuerzo con bollo de azafrán y leche y seltz en la lechería modelo. Comiendo con un cronómetro, treinta y dos masticaciones por minuto. Sin embargo le han crecido las patillas en chuleta. Se dice que tienen parientes influyentes. El primo de Theodore en el Castillo de Dublín. Un pariente decorativo en cada familia. La obsequia con uno de ellos como regalo anual. Le vi delante de los Tres Alegres Bebedores que iba sin sombrero y su chico mayor llevando uno en una red de la compra. Los llorones. ¡Pobrecilla! Y luego teniendo que dar el pecho año tras año a todas horas de la noche. Egoístas que son esos abstemios. El perro del hortelano. Sólo un terrón de azúcar en el té, por favor.

Se detuvo en el cruce de la calle Fleet. ¿Un rato para almorzar por seis peniques en Rowe? Tengo que mirar ese anuncio en la Biblioteca Nacional. Uno a ocho peniques en Burton. Mejor. De camino.

Siguió andando por delante de la casa Westmoreland de Bolton. Té. Té. Té. Se me olvidó darle una metida a Tom Kernan.

Sss. ¡Nt! ¡Nt! ¡Nt! Tres días imagino gimiendo en una cama con un pañuelo mojado en vinagre alrededor de la frente, la barriga hinchada. ¡Uf! ¡Terrible, sencillamente! La cabeza del niño es demasiado grande: fórceps. Doblado dentro de ella tratando de abrirse paso a empujones ciegamente, buscando a tientas la salida. Eso me mataría. Suerte que Molly pasó los suyos fácilmente. Deberían inventar algo para parar eso. La vida con trabajos forzados. Esa idea del sueño crepuscular: a la reina Victoria le dieron eso. Nueve tuvo. Buena ponedora. La vieja que vivía en una bota y tenía tantos hijos. Suponte que él estuviera tuberculoso. Ya es hora de que alguien pensara algo sobre eso en vez de andar fastidiando con cómo era eso el pensativo seno de la argentina efulgencia. Majaderías para alimentar estúpidos. Podrían poner fácilmente grandes establecimientos. Todo el asunto sin dolor de todos esos impuestos dar a cada niño que nazca cinco libras a interés compuesto hasta los veintiún años, cinco por ciento son cien chelines y las cinco libras de marras multiplicar por veinte sistema decimal, animar a la gente a que deje a un lado dinero

ahorre ciento diez y pico veintiún años hace falta que lo calcule bien en un papel sale una bonita suma más de lo que uno se imagina.

No a los que nazcan muertos claro. Ésos ni siquiera se registran. Molestia para nada.

Divertido verlas las dos juntas con las panzas fuera. Molly y la señora Moisel. Reunión de Madres. La tuberculosis se retira durante ese tiempo, luego vuelve. ¡Qué lisas parecen después de repente! Ojos pacíficos. Se les ha quitado un peso del ánimo. La vieja señora Thornton era una vieja divertida. Todos mis niñitos, decía. La cuchara de papilla en su boca antes de darles de comer. Ah, esto está ñam-ñam. Le aplastó la mano el hijo del viejo Tom Wall. Su primer saludo al público. La cabeza como una calabaza de primer premio. El doctor Murren y su rapé. La gente despertándoles a todas horas. Por Dios doctor. Mi mujer con los dolores. Luego haciéndoles esperar meses para los honorarios. Por servicios profesionales a su esposa. No tiene gratitud la gente. Los médicos son humanitarios, la mayor parte.

Ante el gran pórtico del Parlamento irlandés echó a volar una bandada de palomas. Su pequeña diversión después de las comidas. ¿A quién se lo hacemos encima? Yo elijo al de negro. Ahí va. Ahí la buena suerte. Debe ser emocionante desde el aire. Apjohn, yo mismo y Owen Goldberg subidos a los árboles cerca de Goose Green jugando a los monos. Me llamaban escombro.

Un pelotón de guardias salió de la calle College, marchando en fila india. Paso de la oca. Caras calentadas de comer, cascos sudorosos, dando golpecitos a las porras. Después de zampar con una buena carga de sopa sustanciosa bajo los cinturones. A menudo el destino del policía es feliz. Se dividieron en grupos y se dispersaron, saludando, hacia sus recorridos. Sueltos a pacer. El mejor momento de atacar a uno a la hora del postre. Un puñetazo en su comida. Otro pelotón, marchando irregularmente, dio la vuelta a las verjas de Trinity dirigiéndose a la comisaría. Camino del pesebre. Preparados a recibir a la caballería. Preparados a recibir la sopa.

Cruzó bajo el dedo pícaro de Tommy Moore. Hicieron muy bien en ponerle sobre un urinario: confluencia de aguas. Debería haber sitios para mujeres. Entrando a la carrera en las confiterías. A enderezarme el sombrero. *No hay en este ancho mundo un valle*. Gran canción de Julia Morkan. Sostuvo la voz hasta el mismo final. Alumna de Michael Balfe, ¿no es verdad?

Siguió con la vista el último ancho uniforme. Gente difícil de tratar. Jack Power podría contar muchas cosas: su padre era de la secreta. Si un tío les da problemas cuando le agarran se lo hacen pagar bien en chirona. Después de todo no se les puede tomar a mal con el trabajo que tienen especialmente con los gamberros. Aquel policía a caballo el día en que le dieron el título a Joe Chamberlain en Trinity las pasó negras. ¡Palabra! Los cascos de su caballo retumbando detrás de nosotros por la calle Abbey abajo. Suerte que tuve la presencia de ánimo de zambullirme en Manning, o si no estaba listo. Se dio un buen trastazo, caray. Debió partirse la cabeza en el empedrado. No debía haberme dejado arrastrar por aquellos de medicina. Y los

chicos de Trinity con sus gorros cuadrados. Buscándose líos. Sin embargo conocí a aquel joven Dixon que me curó la picadura en el Mater y ahora está en la calle Holles donde la señora Purefoy. El engranaje. El silbato de la policía todavía en los oídos. Todos por piernas. Por qué la tomó conmigo. Meterme en chirona. Aquí mismo empezó la cosa.

—¡Vivan los bóers!

—¡Tres hurras por De Wet!

—¡Joe Chamberlain a la horca!

Niños idiotas: una pandilla de cachorros echando las tripas fuera a fuerza de chillar. Vinegar Hill. La Banda de los Lecheros. Al cabo de pocos años la mitad de ellos son magistrados y funcionarios. Viene la guerra; al ejército a ver quién llega antes; los mismos que decían que ni aunque fuera en lo alto del patíbulo.

Nunca sabe uno con quién habla. Corny Kelleher tiene ojos de hipócrita. Como ese Peter o Denis o James Carey que dio el soplo contra los Invencibles. También miembro del ayuntamiento. Pinchando a los jóvenes inexpertos para enterarse de todo mientras tanto recibiendo paga del servicio secreto del Castillo. Lo dejaron caer como si les quemara. Por qué esos de la secreta siempre cortejando a las marmotas. Es fácil calar a un hombre acostumbrado al uniforme. Empujarla contra una puerta trasera. Maltratarla un poco. Luego el plato siguiente del menú. ¿Y quién es ese señor que viene de visita aquí? ¿Decía algo el señorito? Espiando por el ojo de la cerradura. Señuelo. Estudiantillo de sangre caliente que le anda tonteando alrededor de sus gruesos brazos cuando plancha.

—¿Son tuyas, Mary?

—Yo no llevo esas cosas… Cállese o le acuso a la señora. Fuera hasta media noche.

—Vienen grandes tiempos, Mary. Espera y verás.

—Ah, quite de ahí con sus grandes tiempos que vienen.

También a las camareras. Dependientas de tabaquería.

La idea de James Stephens era la mejor. Los conocía. Círculos de diez de modo que ninguno pudiera cantar sobre más que su propio círculo. Sinn Fein. Si te echas atrás te meten el cuchillo. Mano oculta. Si te quedas, el pelotón de ejecución. La hija del carcelero le sacó de Richmond, se embarcó en Lusk. Se alojó en el hotel Buckingham Palace en sus mismas narices. Garibaldi.

Hay que tener cierta fascinación: Parnell. Arthur Griffith es un tío de cabeza equilibrada pero no lleva dentro eso para las masas. Hace falta cacarear lo de nuestra amable patria. Majaderías. El salón de té de la Compañía Panificadora de Dublín. Sociedad de debates. El republicanismo es la mejor forma de gobierno. Que la cuestión de la lengua deba tener precedencia sobre la cuestión económica. Arreglad a vuestras hijas para que los atraigan a casa. Hinchadles de comer y beber. El pato por San Miguel. Aquí tiene un buen pedazo de relleno al tomillo debajo de la pechuga. Tome otro poco de jugo del pato antes que se enfríe. Entusiastas a medio alimentar.

Un panecillo de a penique y a andar detrás de la banda. No hay piedad para el trinchador. La idea de que el otro paga es la mejor salsa del mundo. Se sienten completamente en su casa. Échenos acá esos albaricoques, queriendo decir melocotones. El día no muy lejano. El sol de la autonomía levantándose en el noroeste.

La sonrisa se le desvaneció mientras seguía andando: una pesada nube cubría el sol lentamente, sombreando la ceñuda fachada de Trinity. Pasaban tranvías uno tras otro, al centro, a las afueras, campanilleando. Palabras inútiles. Las cosas siguen lo mismo, día tras día; pelotones de policías saliendo, volviendo; tranvías yendo, viviendo. Aquellos dos chiflados vagando por ahí. Dignam, quitado de en medio a toda marcha. Mina Purefoy con la barriga hinchada en una cama gimiendo para que le saquen a tirones un niño. Nace uno por segundo en algún sitio. Otro muere cada segundo. Desde que eché de comer a los pájaros cinco minutos. Trescientos estiraron la pata. Otros trescientos nacidos, lavándoles la sangre, todos están lavados en la sangre del cordero, balando meee.

Una ciudad entera pasa allá, otra ciudad entera viene, pasando allá también: otra viniendo, pasando. Casas, filas de casas, calles, millas de pavimentación, ladrillos en pilas, piedras. Cambiando de manos. Este propietario, ése. El dueño de la casa no se muere nunca, dicen. Otro se mete en su ropa cuando le llega el aviso de dejarlo. Compran todo el sitio a fuerza de oro y sin embargo siguen teniendo todo el oro. Hay una estafa ahí, no sé dónde. Amontonados en ciudades, erosionados siglo tras siglo. Pirámides en la arena. Construidas sobre pan y cebolla. Esclavos. Muralla de la China. Babilonia. Grandes piedras que han quedado. Torres redondas. El resto escombros, suburbios extendiéndose, chabolas. Las casas de Kerwan saliendo como hongos, construidas de viento. Refugio para la noche.

Nadie es nada.

Ésta es realmente la peor hora del día. La vitalidad. Apagada, sombría: odio esta hora. Me siento como si me hubieran comido y vomitado.

La casa del preboste. El reverendo Dr. Salmon: salmón en lata. Bien en lata ahí. Como una capilla de funeraria. No viviría ahí aunque me pagaran. Espero que hoy tengan hígado con tocino. La naturaleza odia el vacío.

El sol se liberó lentamente y alumbró vetas de luz entre la platería del escaparate de Walter Sexton delante de la cual pasaba John Howard Parnell sin ver.

Ahí está: el hermano. Imagen de él. Cara que obsesiona. Bueno, vaya coincidencia. Claro que cientos de veces uno piensa en una persona y no se la encuentra. Como uno que anda dormido. Nadie le conoce. Debe haber hoy una reunión del Ayuntamiento. Dicen que no se ha puesto nunca el uniforme de jefe de la policía municipal desde que le dieron el cargo. Charley Kavanagh solía salir en su gran caballo, con el tricornio, engalanado, empolvado y afeitado. Mira qué andares de entierro. Ha comido un huevo podrido. Ojos escalfados a lo fantasma. Tengo un dolor. El hermano del gran hombre: el hermano de su hermano. Haría muy bonito en

el caballo municipal. Se deja caer por el D. B. C., seguramente a tomar café, juega al ajedrez allí. Su hermano usaba a los hombres como peones. Que se vayan todos a pique. Con miedo de comentar nada sobre él. Los deja a todos helados con esa mirada suya. Eso es fascinación: el hombre. Todos un poco tocados. La loca Fanny y su otra hermana la señora Dickinson por ahí a caballo con arneses rojos. Derecho y tieso como el cirujano MacArdle. Sin embargo David Sheehy la ganó la elección por South Meath. Abandonar su puesto en los Comunes y retirarse a la función pública. El banquete del patriota. Comiendo mondas de naranja en el parque. Simon Dedalus dijo cuando le hicieron entrar en el Parlamento que Parnell volvería de la tumba y le sacaría de la Cámara de los Comunes llevándole del brazo.

—Del pulpo de dos cabezas, una de cuyas cabezas es la cabeza en que los polos del mundo han olvidado encontrarse mientras la otra habla con acento escocés. Los tentáculos…

Adelantaron desde atrás al señor Bloom por el bordillo. Barba y bicicleta. Mujer joven.

Y ahí está ése también. Ahora sí que es realmente una coincidencia: segunda vez. Los acontecimientos venideros proyectan sus sombras delante. Con la aprobación del eminente poeta señor Geo. Russell. Ésa podría ser Lizzie Twigg con él. A. E.: ¿qué significa eso? Iniciales quizá. Albert Edward, Arthur Edmund, Alphonsus Eb Ed El Esquire. ¿Qué iba diciendo ése? Los polos del mundo con un acento escocés. Tentáculos: pulpo. Algo oculto: simbolismo. Venga de hablar. Ella lo absorbe todo. Sin decir una palabra. Para ayudar a caballero en trabajo literario.

Sus ojos siguieron la elevada figura vestida de *homespun*, barba y bicicleta, con una mujer escuchando a su lado. Viniendo de los vegetarianos. Sólo verduramen y fruta. No te comas un filete. Si no, los ojos de esa vaca te perseguirán por toda la eternidad. Dicen que es más sano. Flatulento y aguanoso, sin embargo. Lo probé. Le tiene a uno en marcha todo el día. Malo como un arenque ahumado. Sueños toda la noche. ¿Por qué le llaman filete de nuez a eso que me dieron? Nuecetarianos. Frutarianos. Para darle a uno la idea de que come solomillo. Absurdo. Salado además. Cuecen con soda. Le tienen a uno sentado toda la noche junto al grifo.

Lleva las medias flojas por los tobillos. Me molesta eso: tan sin gusto. Esa etérea gente literaria son todos. Soñadores, nubosos, simbolistas. Estetas es lo que son. No me sorprendería que fuera esa clase de comida de ahí lo que produce como ondas del cerebro lo poético. Por ejemplo uno de esos policías sudando por la camisa estofado irlandés no se le podría exprimir ni un verso. No saben ni qué es poesía. Hay que estar en cierto estado de ánimo.

La famélica gaviota
sobre el agua turbia flota.

Cruzó por la esquina de la calle Nassau y se quedó delante del escaparate de Yeates e Hijo, viendo los precios de los gemelos. ¿Y si me dejo caer por el viejo Harris a charlar con el joven Sinclair? Tipo bien educado. Probablemente estará almorzando. Tengo que arreglar esos gemelos viejos. Lentes Goerz, seis guineas. Los alemanes se están abriendo paso por todas partes. Venden con buenas condiciones para capturar el comercio. Con rebaja. Podría encontrar por casualidad unos en la oficina de objetos perdidos de los trenes. Es asombroso las cosas que se deja la gente en los trenes y los guardarropas. ¿En qué están pensando? Las mujeres también. Increíble. El año pasado yendo de viaje a Ennis tuve que recoger el bolso de aquella hija de un campesino y entregarlo en el empalme de Limerick. Dinero sin reclamar también. Hay un relojito allá arriba en el tejado del banco para probar esos gemelos.

Sus párpados descendieron hasta los bordes inferiores de sus iris. No lo veo. Si uno se imagina que está ahí casi lo puede ver. No lo veo.

Se dio vuelta y, parado bajo los toldos, levantó la mano derecha hacia el sol con todo el brazo extendido. Muchas veces tenía ganas de probarlo. Sí, completamente. La punta de su meñique tapaba el disco del sol. Debe ser el foco donde se cruzan los rayos. Si tuviera gafas negras. Interesante. Hubo mucho que hablar con esas manchas del sol cuando estábamos en la calle Lombard West. Mirando a lo alto desde el jardín de atrás. Son explosiones terribles. Habrá un eclipse total este año: en otoño no sé cuándo.

Ahora que lo pienso, esa bola cae a la hora de Greenwich. Es que el reloj funciona por un cable eléctrico desde Dunsink. Tengo que ir allí algún primer sábado del mes. Si pudiera conseguir una presentación para el profesor Joly o enterarme de algo sobre su familia. Eso bastaría: un hombre siempre se siente cumplimentado. Halago donde menos se espera. Noble orgulloso de descender de la amante de un rey. Su antepasada. Un buen revoque. Con buena educación se llega muy lejos. No entrar y echar fuera lo que uno sabe que no debe: ¿qué es paralaje? Acompañe a la puerta a este caballero.

Ah.

Su mano volvió a caer junto al cuerpo.

Nunca sabremos nada de eso. Pérdida de tiempo. Bolas de gas que giran por ahí, cruzándose unas con otras, adelantándose. Siempre la misma música. Gas, luego sólido, luego mundo, luego frío, luego cáscara muerta dando vueltas a la deriva, roca helada como esa roca de piña. La luna. Debe ser la luna nueva, dijo ella. Creo que sí.

Pasó por delante de La Maison Claire.

Espera. La luna llena fue la noche cuando estábamos el domingo hace dos semanas exactamente hay una luna nueva. Bajando por el Tolka. No está mal para una luna en Fairview. Ella canturreaba. Está brillando, amor, la primera luna de mayo. Él al otro lado de ella. Codo, brazo. Él. La lu-uz de la luciérnaga está brillando, amor. Tocar. Dedos. Pregunta. Respuesta. Sí.

Basta. Basta. Si ha sido ha sido. Debes.

El señor Bloom, respirando deprisa, andando más despacio, pasó por delante de Adam Court.

Con un alivio de tranquilo estate tranquilo sus ojos tomaron nota: ésta es la calle aquí a mediodía los hombros de botella de Bob Doran. En su ronda anual, dijo M'Coy. Beben para decir o hacer algo o *cherchez la femme*. Arriba en el Coombe con compadres o corretonas y luego el resto del año sobrios como un juez.

Sí. Me lo parecía. Encaminándose al Empire. Se fue. Agua de seltz sola le sentaría bien. Donde Pat Kinsella tuvo su Teatro del Arpa antes que Whitbred dirigiera el Queen. Un pedazo de pan. Cosas a lo Dion Boucicault con su cara de luna llena en sombrerito de chica. Tres Lindas Muchachitas de la Escuela. Cómo vuela el tiempo, ¿eh? Enseñando largos calzones rojos por debajo de las faldas. Bebedores, bebiendo, se reían salpicando, la bebida atragantada. Más fuerte, Pat. Rojo áspero; diversión para borrachos; risotada y humo. Quítate ese sombrero blanco. Sus ojos de pescado hervido. ¿Dónde está ahora? Mendigando por algún sitio. El arpa que en otros tiempos nos hizo morir de hambre.

Yo era entonces más feliz. ¿O era yo eso? ¿O soy yo ahora yo? Veintiocho años tenía. Ella tenía veintitrés cuando dejamos la calle Lombard West algo cambiado. No le pudo gustar otra vez después de Rudy. No se puede volver atrás el tiempo. Como sujetar agua en la mano. ¿Volverías atrás entonces? Sólo empezando entonces. ¿Volverías? ¿No eres feliz en tu casa pobrecito niño malo? Quiere coserme los botones. Tengo que contestar. Escribiré en la biblioteca.

La calle Grafton alegre con sus toldos desplegados le excitó los sentidos. Muselinas estampadas, seda, señoras y viudas, tintineo de atalajes, golpes de cascos de caballos con sordo retumbo en el pavimento recocido. Qué pies tan gruesos tiene esa mujer de las medias blancas. Ojalá que la lluvia se las enfangue encima. Una cometocino de campo. Estaban todas las elegancias de patas gordas. Siempre le da pies torpes a una mujer. Molly parece fuera de la vertical.

Pasó, flaneando, ante los escaparates de Brown Thomas, tejidas de seda. Cascadas de cintas. Vaporosas sedas chinas. Un ánfora inclinada vertía por la boca una inundación de popelín color sangre: sangre lustrosa. Los hugonotes lo introdujeron aquí. *Lacaus esant tará tará*. Gran coro es ése. *Tarí tará*. Debe estar lavada con agua de lluvia. Meyerbeer. *Tará: pom pom pom*.

Acericos. Hace mucho tiempo que amenazo con comprar uno. Las pincha por toda la casa. Agujas en las cortinas de las ventanas.

Se descubrió ligeramente el antebrazo izquierdo. Arañazo: casi desaparecido. Hoy no, en todo caso. Tengo que volver por esa loción. Para su cumpleaños quizá. Juniojulioagostoseptiembre ocho. Casi faltan tres meses. Además a lo mejor no le gusta. Las mujeres no recogen los alfileres. Dicen que trae mala suerte.

Sedas brillantes, enaguas en finas varillas de latón, fulgores de medias de seda en hileras.

Inútil volver atrás. Tenía que ser. Dímelo todo.

Voces altas. Seda tibia de sol. Atalajes tintineantes. Todo para una mujer, hogar y casas, tejidos de seda, plata, ricas frutas, aromáticas de Jaffa. Agendath Netaim. Riqueza del mundo.

Una tibia carnosidad humana se le asentó en el cerebro. Su cerebro se rindió. Perfume de abrazos le asaltó entero. Con carne hambreada oscuramente, mudante ansiaba adorar.

Calle Duke. Ya estamos. Tengo que comer. El Burton. Me sentiré mejor después.

Dobló la esquina de Combridge, aún acosado. Tintineantes golpes de cascos de caballo. Cuerpos perfumados, tibios, llenos. Todos, besados, se rendían: en profundos campos de verano, enredada hierba aplastada, en goteantes galerías de casas pobres, a lo largo de sofás, camas crujientes.

—¡Jack, cariño!

—¡Querido mío!

—¡Bésame, Reggy!

—¡Guapo mío!

—¡Amor!

Con el corazón agitado empujó la puerta del restaurante Burton. El hedor le agarró el tembloroso aliento: punzante jugo de carne, aguanosidad de verduras. La comida de las fieras.

Hombres, hombres, hombres.

Encaramados en altos taburetes ante la barra, los sombreros echados atrás, en las mesas pidiendo más pan a discreción, echando tragos, engullendo masas de comida caldosa, con los ojos hinchados, limpiándose bigotes mojados. Un pálido joven de cara de sebo limpiaba su vaso, cuchillo, tenedor y cuchara con la servilleta. Nuevo repuesto de microbios. Un hombre con servilleta de niñito manchada de salsa remetida alrededor paleaba sopa gorgoteante por el gaznate. Un hombre volviendo a escupir en el plato; cartílagos semimasticados; sin dientes con que mastic-tic-ticarlo. Masca chuleta a la parrilla. Atiborrándose para acabar con ello. Tristes ojos de bebedor. Mordió más de lo que puede masticar. ¿Soy yo así? Vernos a nosotros mismos como nos ven los demás. Hombre hambriento es hombre violento. Trabajando con diente y quijada. ¡No! ¡Ah! ¡Un hueso! Aquel último rey pagano de Irlanda, Cormac, de la poesía de la escuela se ahogó en Sletty al sur del Boyne. No sé qué estaría comiendo. Algo guluptuoso. San Patricio le convirtió al Cristianismo. Sin embargo, no se lo pudo tragar todo.

—Rosbif con col.

—Un estofado.

Olores de hombres. Se le sublevó el tragadero. Serrín escupido, humo de cigarrillo dulzón y templaducho, hedor de tabaco de mascar, cerveza derramada, orina cervezosa de hombres, el rancio del fermento.

Se le sublevó el tragadero.

No podría comer ni un bocado aquí. Un tipo afilando cuchillo y tenedor para comerse todo lo que tiene por delante, un viejo hurgándose los dientes. Ligero espasmo, lleno, rumiando lo tragado. Antes y después. Acción de gracias después de las comidas. Mira esta estampa y después esa otra. Rebañando la salsa del estofado con tropezones absorbentes de pan. ¡Lámelo del plato, hombre! Fuera de aquí.

Echó una ojeada alrededor a los que comían en taburetes y en mesas, apretando las aletas de la nariz.

—Dos cervezas negras aquí.

—Una de carne salada con col.

Ese tipo empujando para abajo la carga de col del cuchillo lleno como si le fuera en ello la vida. Buen golpe. Me da grima mirarlo. Más seguro comer con las tres manos. Desgarrarlo miembro a miembro. Una segunda naturaleza para él. Ha nacido con un cuchillo de plata en la boca. Eso es chistoso, me parece. O no. Plata significa nacido rico. Nacido con un cuchillo. Pero entonces se pierde la alusión.

Un camarero mal ceñido recogía pegajosos platos chasqueantes. Rock, el alguacil, de pie ante la barra soplaba el colmo espumoso de su jarro. Bien rasado: salpicó amarillo junto a la bota. Uno de los que comían, cuchillo y cuchara enhiestos, los codos en la mesa, preparado para repetir un plato miraba fijamente al montacargas de las comidas por encima de su manchado rectángulo de periódico. Otro tipo diciéndole algo con la boca llena. Oyente comprensivo. Charlas de mesa. Lem ñim el luñmeñm eñ elñ Ñamco Uñsterñ. ¿Ah, sí? ¿De veras?

El señor Bloom, dudoso, se llevó dos dedos a los labios. Sus ojos dijeron:

—Aquí no. No lo veo.

Fuera. Me fastidian los que comen sucio.

Retrocedió hacia la puerta. Tomaré algo ligero en Davy Byrne. Un tentempié. Sostenerme en marcha. Desayuné bien.

—Asado con puré de patata aquí.

—Una pinta de cerveza negra.

Cada cual para sí, diente y uña. Glub. Ñam. Glub. Engullir.

Salió a un aire más claro y se volvió atrás hacia la calle Grafton. Comer o ser comido. ¡Mata! ¡Mata!

Supongamos esa cocina común quizá dentro de años. Todos llegando al trote con escudillas y cazuelas que llenar. Devorando el contenido por la calle. John Howard Parnell por ejemplo el preboste de Trinity cada quisque no hablemos de prebostes ni del preboste de Trinity mujeres y niños, cocheros, curas, párrocos, mariscales de campo, arzobispos. Desde Ailesbury Road, Clyde Road, los barrios obreros, del asilo de Dublín Norte, el Lord Alcalde en su carroza de pan de gengibre, la vieja reina en una silla con ruedas. Tengo el plato vacío. Usted primero con nuestro vaso corporativo. Como la fuente de Sir Philip Crampton. Quitar los microbios restregando con el pañuelo. El siguiente vuelve a meter otra hornada restregando con el suyo. El padre O'Flynn les haría correr como liebres a todos. Habría peleas de todos modos.

Cada cual por su menda. Los niños peleando por las rebañaduras del puchero. Haría falta una olla de sopa tan grande como Phoenix Park. Sacando con arpones filetes y cuartos traseros. Me molesta la gente rodeando por todas partes. En el Hotel City Arms la *table d'hôte* como la llamaba ella. Sopa, asado, dulce. Nunca se sabe de quién son los pensamientos que mascas. Pero ¿quién fregaría todos los platos y tenedores? Para entonces a lo mejor todos se alimentan de pastillas. Las dentaduras poniéndose cada vez peor.

Después de todo hay mucho de bueno en ese fino sabor vegetariano de las cosas de la tierra ajo por supuesto apesta los organilleros italianos crujiendo de cebollas setas trufas. Dolor para el animal también. Desplumar y vaciar pollos. Las desgraciadas bestias ahí en el mercado de ganado esperando a que el hacha les parta el cráneo. Muu. Pobres terneras temblorosas. Meeh. Lechal vacilante, *staggering bob*. Burbujeando y rechinando. Los cubos de los matarifes con despojos oscilantes. Deme ese trozo de pecho colgado del gancho. Pluf. Cabeza pelada y huesos sangrientos. Desolladas ovejas de ojos vidriosos colgando de las piernas, hocicos de ovejas empapelados en sangre moqueando jalea de nariz en serrín. Fuera desechos y riñonadas. No destroces esos cortes, muchacho.

Sangre fresca caliente recetan para la tuberculosis. Siempre hace falta sangre. Insidiosa. Lamerla, humeando caliente espesa azucarosa. Fantasmas hambrientos.

Ah, tengo hambre.

Entró en Davy Byrne. Taberna decente. Él no charla. De vez en cuando convida a un trago. Pero en bisiesto una vez de cada cuatro. Una vez me aceptó un cheque.

¿Qué voy a tomar ahora? Sacó el reloj. Vamos a ver ahora. ¿Cerveza de gengibre?

—¡Hola, Bloom! —dijo Nosey Flynn desde su rincón.

—Hola, Flynn.

—¿Cómo van las cosas?

—Fenomenal… Vamos a ver. Voy a tomar un vaso de borgoña y… vamos a ver.

Sardinas en los estantes. Casi se nota el sabor mirándolas. ¿Un bocadillo? El patriarca Cerdo y sus descendientes alineados y enmostazados ahí. Carnes en conserva. ¿Qué es el hogar que no tiene carne en conserva Ciruelo? Incompleto. ¡Vaya anuncio estúpido! Los metieron debajo de las necrologías. Todos subidos al ciruelo. La carne en conserva de Dignam. A los caníbales les gustaría con limón y arroz. El misionero blanco demasiado salado. Como cerdo en vinagreta. Supongo que el jefe consume las partes de honor. Debería estar duro por el ejercicio. Sus mujeres en fila observando el efecto. *Había un viejo y majestuoso negro. Que se comió o no sé qué los no sé qués del reverendo Allegro*. Cuando viene una antesala del cielo. Dios sabe qué guisote. Membranas tripas mohosas tráqueas retorcidas y picadas. Un jeroglífico encontrar la carne. Kosher. La carne y la leche que no vayan juntas. Higiene lo llaman ahora. El ayuno de Yom Kippur limpieza de primavera de lo de dentro. La paz y la guerra dependen de la digestión de algún tío. Las religiones. Pavos y gansos de Navidad. Matanza de inocentes. Comed, bebed y estad alegres.

Entonces las casas de socorro llenas después. Cabezas vendadas. El queso lo digiere todo menos él mismo. Mal bicho, todo bichos.

—¿Tiene un bocadillo de queso?

—Sí, señor.

Me gustaría unas pocas aceitunas si las tuvieran. Italianas las prefiero. Un buen vaso de borgoña: quita allá eso. Lubrifica. Una buena ensalada, fresca como un pepino; Tom Kernan sabe aliñar. Le da el toque. Puro aceite de oliva. Milly me sirvió aquella chuleta con un ramita de perejil. Tomar una cebolla española. Dios hizo la comida, y el diablo, los cocineros. Cangrejo a la diabla.

—¿La mujer bien?

—Muy bien, gracias… Un bocadillo de queso, entonces. ¿Tiene gorgonzola?

—Sí, señor.

Nosey Flynn sorbía su grog.

—¿Sigue cantando ahora?

Mira qué boca. Podría silbarse en su propio oído. Orejas como aletas para hacer juego. Música. Entiende tanto de eso como mi cochero. Sin embargo mejor decirle. No hace daño. Anuncio gratis.

—Se ha comprometido para una gran gira a fin de este mes. Quizá lo haya oído decir.

—No. Vaya, así es como se debe. ¿Quién lo organiza?

El mozo de la barra sirvió.

—¿Cuánto es?

—Siete peniques, señor… Gracias, señor.

El señor Bloom cortó el emparedado en tiras más finas. *El reverendo Allegro*. Más fácil que esa materia crema de sueños. *Y sus quinientas mujeres. Tuvieron grandes placeres.*

—¿Mostaza, señor?

—Gracias.

Encajó grumos amarillos debajo de cada tira levantada. *Grandes placeres*. Ya lo tengo. *Y se hizo más y más grande*.

—¿Quién lo organiza? —dijo—. Bueno, es como la idea de una compañía, mire. Participación en los gastos y en los beneficios.

—Ah sí, ya me acuerdo —dijo Nosey Flynn, metiéndose la mano en el bolsillo para rascarse la ingle—. ¿Quién fue el que me lo dijo? ¿No anda Blazes Boylan metido en eso?

Un caliente golpe de aire color de mostaza mordió el corazón del señor Bloom. Levantó los ojos y encontró la mirada fija de un reloj bilioso. Las dos. Reloj de taberna cinco minutos adelantado. El tiempo que pasa. Las manecillas se mueven. Las dos. Todavía no.

Su diafragma anheló entonces hacia arriba, se hundió dentro de él, anheló más largamente, ansiosamente.

Vino.

Oliosorbió el generoso jugo y, ordenando enérgicamente a su garganta acelerarlo, dejó delicadamente el vaso de vino.

—Sí —dijo—. Él es el organizador, en realidad.

No hay miedo: no tiene sesos.

Nosey Flynn sorbió con la nariz y se rascó. Una pulga tomándose una buena comida.

—Tuvo un buen golpe de suerte, me contaba Jack Mooney, con aquel combate de boxeo que volvió a ganar Myler Keogh contra ese soldado del cuartel de Portobello. Qué caramba, se llevó a aquel muchachito al condado Carlow, me decía…

Esperemos que esa gota de rocío no le caiga en el vaso. No, se la ha sorbido para arriba.

—Casi un mes, oiga, antes de la cosa. Sorbiendo huevos de pato, qué carajo, hasta nueva orden. Para tenerlo alejado del trago, ¿comprende? Qué carajo, Blazes es un tío de pelo en pecho.

Davy Byrne salió de detrás del mostrador en mangas de camisa con alforzas, limpiándose los labios con dos pasadas de su servilleta. Rubor de arenque. Cuya sonrisa juguetea sobre cada rasgo con tal y tal repleto. Demasiada grasa en los rábanos.

—Y aquí está éste en persona y con su pimienta encima —dijo Nosey Flynn—. ¿Puede darnos algún buen consejo para la Copa de Oro?

—Yo ya no estoy en eso, señor Flynn —contestó Davy Byrne—. Nunca apuesto nada a un caballo.

—Hace muy bien —dijo Nosey Flynn.

El señor Bloom se comió sus tiras de emparedado, limpio pan reciente, con gusto de disgusto picante mostaza, y el sabor de pies del queso verde. Sorbos del vino le suavizaron el paladar.

Nada de palo campeche, esto. Tiene un sabor más en este tiempo ahora que se ha quitado el frío.

Simpático bar tranquilo. Simpático trozo de madera en este mostrador. Planeado de modo simpático. Me gusta el modo cómo se curva ahí.

—Yo no haría nada en absoluto por ese camino —dijo Davy Byrne—. Han arruinado a muchos hombres esos mismos caballos.

Quinielas de tabernero. Registrado para despachar cerveza, vino y licores a consumir en el local. Cara gano yo cruz pierdes tú.

—Tienes razón —dijo Nosey Flynn—. A no ser que esté uno en el ajo. Hoy día no hay ningún deporte que vaya de un modo honrado. Lenehan tiene alguna buena fija. Hoy da *Cetro*. *Zinfandel* es el favorito, cuadra de Lord Howard de Walden, ganó en Epsom. Lo monta Morny Cannon. Yo podría haber sacado siete a una contra Saint Amant hace quince días.

—¿Ah sí? —dijo Davy Byrne.

Se acercó a la ventana y, tomando el libro de caja, fue pasando las páginas.

—Podría, de veras —dijo Nosey Flynn sorbiendo—. Era una hermosa yegua. Hija de Saint Frusquin. Ganó en una tormenta, la potranca de Rothschild, con algodones en las orejas. Chaquetilla azul y gorra amarilla. Mala suerte para Ben Dollard y su John O'Gaunt. Él me lo desaconsejó. Eso.

Bebió resignadamente de su vaso, bajando los dedos por los acanalados.

—Eso —dijo, suspirando.

El señor Bloom, mascando de pie, observó su suspiro. Tontarras de Nosey. ¿Le digo de ese caballo que Lenehan? Ya lo sabe. Mejor que se olvide. Va y pierde más. El tonto y su dinero. La gota de rocío vuelve a bajar. Qué nariz fría tendría besando a una mujer. Sin embargo a ellas a lo mejor les gustaría. Les gustan las barbas pinchosas. Las narices frías del perro. La vieja señora Riordan con el terrier Skye de tripas ruidosas en el Hotel City Arms. Molly acariciándole en el regazo. ¡Ah el perrazo guauguauguau!

El vino empapó y ablandó miga apelotonada de pan mostaza un momento queso nauseabundo. Simpático vino éste. Lo saboreo mejor porque no tengo sed. Por causa del baño desde luego. Sólo un bocado o dos. Luego hacia las seis puedo. Las seis, las seis. El momento habrá pasado entonces. Ella.

Suave fuego de vino le encendió las venas. Me hacía mucha falta. Me sentía tan decaído. Sus ojos sin hambre vieron estantes de latas: sardinas, coloridas pinzas de langostas. Todas las cosas raras que elige la gente para comer. Sacadas de conchas, littorinas con un alfiler, arrancadas de árboles, caracoles comen los franceses sacándolos del suelo, sacándolos del mar con cebo en un anzuelo. Los idiotas de los peces no aprenden nada en mil años. Si no lo conoces es peligroso meterse cualquier cosa en la boca. Bayas venenosas. Serbal de los pájaros. Una redondez que uno cree buena. El color chillón te avisa que no. Uno se lo dijo a otro y así sucesivamente. Pruébalo con el primer perro. Guiados por el olfato o el aspecto. Fruta tentadora. Helados en cono. Crema. Instinto. Los naranjales por ejemplo. Necesitan riego artificial. Bleibtreustrasse. Sí pero ¿y las ostras, qué? Feas de ver como un grumo de flemas. Conchas sucias. El demonio abrirlas también. ¿Quién las descubrió? La basura, el agua de alcantarilla de que se alimentan. Champán y ostras de la Costa Roja. El efecto en lo sexual. Afrodisíaco. Él estuvo en la Costa Roja esta mañana. Fue él ostras pez viejo en la mesa quizá él es carne joven en la cama no junio no tiene erre nada de ostras. Pero hay gente que le gustan las cosas fuertes. Caza bien pasada. Liebre a la cazadora. Primero caza tu liebre. Los chinos comen huevos de hace cincuenta años, azules y verdes otra vez. Comida de treinta platos. Cada plato inofensivo podrían mezclarse dentro. Idea para una novela de misterio con veneno. ¿Fue el archiduque Leopoldo no sí, o fue Otto, uno de esos Habsburgos? ¿O quién era el que se comía la caspa de la cabeza? El almuerzo más barato de la ciudad. Claro, aristócratas. Luego los demás copian para estar a la moda. Milly también aceite mineral y harina. La repostería cruda me gusta a mí también. La mitad de las ostras

las vuelven a echar al mar para sostener el precio. Baratas nadie las compraría. Caviar. A hacer el grande. Vino del Rhin en vasos verdes. Panzada fenomenal. Lady Tal. Pecho empolvado de perlas. *La élite. Crème de la crème*. Quieren platos especiales para hacer como que son. Un ermitaño con un plato de legumbres secas para reprimir el aguijón de la carne. Conóceme ven a comer conmigo. Esturión real el primer magistrado municipal, Coffey, el matarife, tiene derecho a la caza en el bosque de su ex. Debería mandarle la mitad de una vaca. El banquetazo que vi en las cocinas del Presidente de la Audiencia. El *chef* con gorro blanco como un rabino. Pato combustible. Col rizada *à la duchesse de Parme*. Más vale apuntarlo en la lista del menú para poder saber qué ha comido uno, demasiadas especias estropean el caldo. Lo sé muy bien. Le echan un poco de sopa desecada Edwards. Patos cebados para ellos hasta idiotizarlos. Langostas cocidas vivas. Ptome un ptoco de ptarmigan. No me importaría ser camarero en un hotel de postín. Propinas, traje de etiqueta, señoras medio desnudas. ¿Me permite tentarla a que tome un poco más de filetes de lenguado con limón, señorita Dubedot? Sí, cómonot. Y aceptót cómonot. Hugonote ese apellido, supongo. Una señorita Dubedot vivía en Killiney, me acuerdo. *Du de la* francés. Sin embargo es el mismo pescado quizá el viejo Micky Hanlon de la calle Moore venga a sacar tripas, venga a ganar dinero venga a meter mano el dedo en las agallas de los peces no sabe firmar un cheque, se creía que estaba pintando el paisaje con la boca torcida. Miiichel A Hache Ha ignorante como un leño, y no le ahorcan por cincuenta mil libras.

Pegadas al cristal dos moscas zumbaban, pegadas.

El fulgurante vino se le demoraba en el paladar, tragado. Pisando en los lagares uvas de Borgoña. El calor del sol, eso es. Parece como un toque secreto que me dice un recuerdo. Tocados sus sentidos se humedecieron recordaron. Escondidos bajo los helechos salvajes en Howth debajo de nosotros, bahía cielo dormido. Ni un ruido. El cielo. La bahía violeta hacia la punta Lion. Verde junto a Drumleck. Verdiamarilla hacia Sutton. Campos submarinos, las líneas de un leve pardo en hierba, ciudades sepultadas. Haciendo almohada de mi chaqueta ella tenía el pelo, tijeretas en las matas de brezo mi mano bajo su nuca me vas a desarreglar toda. ¡Oh, prodigio! Blandafresca de lociones su mano me tocó, me acarició: sus ojos en mí sin apartarlos. Arrebatado yací sobre ella, sus carnosos labios abiertos, besé su boca. Ñam. Suavemente me dio en la boca la galleta de anís caliente y masticada. Pulpa nauseabunda que su boca había mascado dulce y agria de su saliva. Alegría; lo comí; alegría. Vida joven, sus labios que me dio en hociquito. Labios blandos calientes pegajosos gelatinogomosos. Flores eran sus ojos, tómame, ojos aceptadores. Unos guijarros cayeron. Ella siguió tumbada. Una cabra. Nadie. Arriba entre los rododendros de Ben Howth andaba una cabra con paso seguro, dejando caer sus pasas. Emboscada tras helechos ella se rió en caliente abrazo. Locamente yací sobre ella, la besé: los ojos, los labios, el cuello estirado, latiendo, pechos de mujer llenando

su blusa de velo de monja, gruesos pezones erguidos. Caliente la lamí. Me besó. Fui besado. Cediendo toda me alborotó el pelo. Besada, me besó.

A mí. Y yo ahora.

Pegadas, las moscas zumbaban.

Bajando los ojos siguió las silenciosas venas del mostrador de roble. Belleza; se curva; las curvas son belleza. Diosas bien formadas, Venus, Juno: curvas que admira el mundo. Se las ve en el museo de la biblioteca erguidas en el vestíbulo redondo, diosas desnudas. Ayuda a la digestión. No les importa qué hombre es el que mira. Todos a ver. Nunca hablando. Quiero decir con gente como Flynn. Suponiendo que ella hiciera Pigmalión y Galatea, ¿qué es lo primero que habría dicho ella? ¡Mortal! Le pondría a uno en su sitio. Engullendo néctar en las comidas con dioses platos de oro, todo ambrosiano. No como estos almuerzos nuestros a precio fijo, cordero hervido, zanahorias y nabos, botella de Allsop. Néctar imagínate beber electricidad: alimento de dioses. Deliciosas formas de mujer esculpidas junónicas. Inmortales deliciosas. Y nosotros cargándonos comida por un agujero y afuera por detrás; comida, quilo, sangre, excremento, tierra, comida: hay que alimentarlo como quien carga una locomotora. Ellas no tienen. Nunca lo he mirado. Lo miraré hoy. El vigilante no me verá. Me agacharé dejaré caer algo. A ver si ella.

Gota a gota llegó un silencioso mensaje de su vejiga de ir a hacer no hacer allí hacer. Como hombre y bien dispuesto apuró el vaso hasta las heces y se puso en marcha, a hombres también se entregaban ellas mismas, virilmente conscientes, yacían con hombres amantes, un joven la gozó, hacia el patio.

Cuando cesó el ruido de sus botas, Davy Byrne dijo desde su libro:

—¿Qué es ése? ¿No trabaja en algo de seguros?

—Hace mucho que no está en eso —dijo Nosey Flynn—. Busca anuncios para el *Freeman*.

—Le conozco mucho de vista —dijo Davy Byrne—. ¿Ha tenido alguna desgracia?

—¿Desgracia? —dijo Nosey Flynn—. No que yo sepa. ¿Por qué?

—Me he fijado que iba de luto.

—¿Ah sí? —dijo Nosey Flynn—. Pues sí que es verdad. Le pregunté qué tal estaban todos en casa. Tienes razón. Sí que iba de luto.

—Yo nunca toco el tema —dijo Davy Byrne, humanitario—, si veo que un caballero tiene esa clase de desgracia. No hace más que volvérselo a traer de nuevo al ánimo.

—No es su mujer, en todo caso —dijo Nosey Flynn—. Le encontré anteayer y salía de esa lechería irlandesa que tiene la mujer de John Wyse Nolan en la calle Henry, con un jarrito de nata en la mano llevándosela a casa a su media naranja. Está bien alimentada, lo puedo asegurar. Canapés de codorniz.

—¿Y él trabaja con el *Freeman*? —dijo Davy Byrne.

Nosey Flynn frunció los labios.

—No compra la nata con los anuncios que saca por ahí. Puedes estar seguro.

—¿Y eso? —dijo Davy Byrne, dejando su libro.

Nosey Flynn hizo en el aire rápidos pases con dedos ilusionistas. Guiñó el ojo.

—Está en la hermandad —dijo.

—¿De veras? —dijo Davy Byrne.

—Ya lo creo —dijo Nosey Flynn—. Una orden antigua, libre y prestigiosa. Es un excelente hermano. Luz, vida y amor, qué caray. Le echan una mano. Me lo dijo un, bueno, no voy a decir quién.

—¿Es cierto eso?

—Ah, es una orden muy buena —dijo Nosey Flynn—. No se apartan de uno cuando uno anda mal. Sé de un tío que estaba intentando entrar en ella, pero son más cerrados que maldita sea. Pero qué caray han hecho muy bien en dejar a las mujeres fuera de eso.

Davy Byrne sonriobostezoasintió todo en uno:

—¡Iiiiichaaaach!

—Hubo una mujer —dijo Nosey Flynn— que se escondió en un reloj para averiguar lo que andan haciendo. Pero joder la olfatearon y la sacaron fuera y le tomaron juramento allí mismo como maestre de masones. Era una Saint Legers de Doneraile.

Davy Byrne, saciado de bostezar, dijo con ojos bañados de lágrimas:

—¿Y eso es verdad? Es un hombre decente y tranquilo. Muchas veces le he visto por aquí y ni una sola vez le he visto… ya comprendes, excederse.

—Ni Dios Todopoderoso le podría emborrachar —dijo Nosey Flynn firmemente —. Se escapa en cuanto la juerga se acalora demasiado. ¿No le viste mirar el reloj? Ah, no estabas ahí. Si le pides que eche un trago lo primero que hace es sacar el reloj para ver qué debería tomar. Como que nos ve Dios que es verdad.

—Hay algunos así —dijo Davy Byrne—. Es un hombre seguro, diría yo.

—No está demasiado mal —dijo Nosey Flynn, sorbiéndoselo para arriba—. Se ha sabido de él que ha echado una mano para ayudar a alguien. Hay que darle lo suyo hasta al diablo. Vaya, Bloom tiene sus lados buenos. Pero hay algo que no hará nunca.

Su mano garrapateó una firma en seco al lado del grog.

—Ya lo sé —dijo Davy Byrne.

—Nada por escrito —dijo Nosey Flynn.

Entraron Paddy Leonard y Bantam Lyons. Les siguió Tom Rochford, frunciendo el ceño, alisándose con una mano el chaleco color vino rosado.

—Buenas, señor Byrne.

—Buenas, caballeros.

Se detuvieron ante el mostrador.

—¿Quién convida? —preguntó Paddy Leonard.

—Con vida estoy yo, en todo caso —contestó Nosey Flynn.

—Bueno, ¿qué va a ser? —preguntó Paddy Leonard.

—Yo tomaré una gaseosa de gengibre —dijo Bantam Lyons.

—¿Cuánto? —gritó Paddy Leonard—. ¿Desde cuándo, por lo más sagrado? ¿Tú qué tomas, Tom?

—¿Qué tal está la tubería principal? —preguntó Nosey Flynn, sorbiendo.

Como respuesta Tom Rochford se apretó con la mano el esternón e hipó.

—¿Puedo pedirle la molestia de un vaso de agua fresca, señor Byrne? —dijo.

—Claro que sí, señor.

Paddy Leonard echó una ojeada a sus compañeros de cerveza.

—Válgame Dios —dijo—. ¡Miren a quién convido a beber! Agua fría y gaseosa. Dos tíos que chuparían whisky de una pierna herida. Éste tiene en la manga algún jodido caballo de la Copa de Oro. Impepinable.

—¿Es *Zinfandel*? —preguntó Nosey Flynn.

Tom Rochford echó polvos de un papel retorcido en el agua que le pusieron delante.

—Esta maldita dispepsia —dijo antes de beber.

—El bicarbonato es muy bueno —dijo Davy Byme.

Tom Rochford asintió y bebió.

—¿Es *Zinfandel*?

—No digas nada —guiñó Bantam Lyons—. Voy a echar cinco chelines por mi cuenta.

—Dínoslo si eres hombre y vete al cuerno —dijo Paddy Leonard—. ¿Quién te lo ha dicho?

El señor Bloom, saliendo, levantó tres dedos como saludo.

—¡Hasta otra! —dijo Nosey Flynn.

Los demás se volvieron.

—Ése de ahí es el que me lo ha dicho —susurró Bantam Lyons.

—¡Puaf! —dijo Paddy Leonard con desprecio—. Señor Byrne, oiga, vamos a tomar dos de esos Jamesons pequeños después y un…

—Una gaseosa de gengibre —añadió Byrne cortésmente.

—Eso —dijo Paddy Leonard—. Un biberón para el niñito.

El señor Bloom salió hacia la calle Dawson, restregándose los dientes con la lengua. Algo verde tendría que ser: espinacas, por ejemplo. Luego con un reflector de esos rayos X uno podría.

En Duke Lane un terrier voraz vomitó con esfuerzo una asquerosa mascada de huesos en las piedras del pavimento y la lamió con nuevo celo. Sobrante. Devuelto con agradecimiento una vez digerido plenamente el contenido. Primero el dulce después lo salado. El señor Bloom se desvió cautamente. Rumiantes. Su segundo plato. Mueven la mandíbula de arriba. No sé si Tom Rochford conseguirá algo con ese invento suyo. Pérdida de tiempo el explicárselo a ese bocazas de Flynn. La gente

flaca tiene boca larga. Debería haber una sala o un sitio donde los inventores pudieran entrar a inventar gratis. Claro que entonces todos los chiflados irían a molestar.

Canturreó, prolongando en solemne eco las últimas notas de los compases:

Don Giovanni, a cenar teco
M'invitasti.

Me siento mejor. El borgoña. Buen tentempié. ¿Quién fue el primero que destiló? Alguno que andaba triste. El valor de la desesperación. Ese *Kilkenny People* en la Biblioteca Nacional ahora tengo que.

Tazas de retrete descubiertas, limpias, en el escaparate de William Miller, fontanería, hicieron retroceder sus pensamientos. Podrían: y observarlo bajar todo el camino, al tragar un alfiler a veces sale por las costillas años después, una gira alrededor del cuerpo, cambiando al conducto biliar, el bazo como cañerías. Pero el pobre desgraciado tendría que estar de pie todo el tiempo con las entrañas de manifiesto. La ciencia.

—*A cenar teco*.

¿Qué quiere decir *teco*? Esta noche, quizá.

Don Giovanni, tú me has invitado
a venir a cenar esta noche,
tralará laralá.

No marcha como es debido.

Llavees; dos meses si convenzo a Nannetti. Eso será dos libras con diez, cerca de dos libras con ocho. Tres me debe Hynes. Dos con once. El camión de la tintoreria Presscott por ahí. Si consigo el anuncio de Billy Prescott: dos con quince. Cerca de cinco guineas. Viento en popa.

Podría comprarle a Molly una de esas enaguas de seda, del color de sus ligas nuevas.

Hoy. Hoy. Ni pensarlo.

Luego una excursión al sur. ¿Y qué tal las playas inglesas? Brighton, Margate. Los muelles a la luz de la luna. Su voz flotando por el aire. Esas bañistas tan guapas. Contra la tienda de John Long un vagabundo soñoliento estaba ocioso en profundos pensamientos, royéndose un costroso nudillo. Hombre habilidoso busca trabajo. Jornal modesto. Come de todo.

El señor Bloom se volvió hacia el escaparate de Gray el pastelero, lleno de tartas sin comprar, y pasó por delante de la librería del reverendo Thomas Connellan. *Por qué dejé la Iglesia de Roma*. El nido de aves las mujeres manejan. Dicen que daban sopa a los niños pobres en tiempos de la escasez de patatas. Más allá la sociedad para

la conversión de judíos pobres donde iba papá. El mismo cebo. *Por qué dejamos la Iglesia de Roma*.

Un muchacho ciego estaba parado golpeando el bordillo con su delgado bastón. No hay ni un tranvía a la vista. Quiere cruzar.

—¿Quiere usted cruzar? —preguntó el señor Bloom.

El muchacho ciego no contestó. Su cara de pared se puso débilmente ceñuda. Movió la cabeza con incertidumbre.

—Está usted en la calle Dawson. Tiene enfrente la calle Molesworth. ¿Quiere cruzar? No hay nada por en medio.

El bastón se movió temblando hacia la izquierda. Los ojos del señor Bloom siguieron su línea y volvieron a ver el carro de la tintorería detenido delante de Drago. Allí es donde vi su cabeza con brillantina precisamente cuando iba yo. El caballo con la cabeza colgando. El cochero en John Long. Apagando la sed.

—Hay un carro ahí —dijo el señor Bloom—, pero no se mueve. Ya le cruzaré yo. ¿Quiere ir a la calle Molesworth?

—Sí —contestó el muchacho—. A la calle Frederick South.

—Venga —dijo el señor Bloom.

Le tocó suavemente el flaco codo: luego le tomó la floja mano vidente para guiarla adelante.

Decirle algo. Mejor no ser condescendiente. Desconfían de lo que les dice uno. Hacer una observación corriente.

—La lluvia sigue sin llegar.

Manchas en la chaqueta. Se salpica cuando come, supongo. Todo le sabrá diferente a él. Primero le tuvieron que alimentar con cuchara. Su mano es como una mano de niño. Como era la de Milly. Sensitiva. Tomándome las medidas, estoy seguro, por mi mano. No sé si se llamará de algún modo. El carro. Tener su bastón separado de las patas del caballo: cansada bestia echando un sueñecito. Ya está bien. Libres. Con un toro, detrás, con un caballo, delante.

—Gracias, señor.

Sabe que soy un hombre. La voz.

—¿Está bien ahora? La primera esquina a la izquierda.

El muchacho ciego golpeó el bordillo y siguió adelante, llevando atrás el bastón y volviendo a tocar.

El señor Bloom caminó detrás de los pies sin ojos, un traje demasiado ancho de paño en espiguilla. ¡Pobre muchacho! ¿Cómo diablos sabía que estaba ahí ese carro? Debió sentirlo. Ven cosas en la frente quizá. Una especie de sentido del volumen. Peso o tamaño de ello, algo más negro que lo oscuro. No sé si notaría si quitaran algo de en medio. Notar un hueco. Extraña idea de Dublín debe tener, andando por ahí a golpecitos por el empedrado. ¿Podría andar en línea recta si no tuviera ese bastón? Cara exangüe piadosa como la de uno que fuera a ser cura.

¡Penrose! Así se llamaba aquél.

Mira cuántas cosas pueden aprender a hacer. Leer con los dedos, afinar pianos. O es que nos extraña que tengan sesos. Bueno pensamos que una persona deforme o un jorobado son listos si dicen algo que podemos decir. Claro que los demás sentidos son más. Bordar. Trenzar cestos. La gente debería ayudar. Una cesta de labores le podría comprar a Molly para su cumpleaños. Le fastidia coser. Podría tomarlo a mal. Les llaman hombres en la oscuridad.

El sentido del olfato debe ser más fuerte también. Olores por todas partes, en gavilla. Cada calle un olor diferente. Cada persona también. Luego la primavera, el verano: olores. Sabores. Dicen que no se pueden saborear los vinos con los ojos cerrados o con un resfriado. También fumar en la oscuridad dicen que no da gusto.

Y con una mujer, por ejemplo. Más desvergonzados no viendo. Aquella chica que pasaba delante del Asilo Stewart, con la cabeza a lo alto. Mírame a mí. Los tengo a todos encima. Debe ser extraño no verla. Una especie de forma en los ojos de su mente. La voz, temperaturas: cuando él la toca, con los dedos deben casi ver las líneas, las curvas. Las manos de él en su pelo, por ejemplo. Digamos que sea negro por ejemplo. Bueno. Lo llamamos negro. Luego pasando por su piel blanca. Diferente tacto quizá. Sensación de blanco.

La Oficina de Correos. Tengo que contestar. Qué lata hoy. Mandarle un giro postal de dos chelines, media corona. Acepta mi pequeño obsequio. Una papelería aquí mismo también. Espera. Lo pensaré.

Con un dedo suave se tocó muy despacio el pelo peinado hacia atrás sobre las orejas. Otra vez. Fibras de paja fina fina. Luego suavemente su dedo tocó la piel de su mejilla derecha. También ahí hay pelusa. No está bastante liso. La barriga es lo más suave. No hay nadie por aquí. Ahí va ése a la calle Frederick. Quizá al piano de la academia de baile Levenston. Podría estar arreglándome los tirantes.

Pasando por delante de la taberna de Doran deslizó la mano entre el chaleco y los pantalones y, echando suavemente a un lado la camisa, tocó un flojo pliegue de su barriga. Pero ya sé que es blancoamarillo. Quiero probar en la oscuridad a ver.

Retiró la mano y se estiró el traje.

¡Pobre hombre! Un verdadero muchacho. Terrible. Realmente terrible. ¿Qué sueños tendrá, no viendo? La vida es sueño para él. ¿Dónde está la justicia de que haya nacido así? Todas esas mujeres y niños en excursión de fiesta quemados y ahogados en Nueva York. Holocausto. Karma se llama esa transmigración por los pecados que uno hizo en una vida pasada la reencarnación métense cosas. Vaya, vaya, vaya. Lástima, claro: pero no sé por qué uno no está a gusto con ellos.

Sir Frederick Falkiner entrando en la logia masónica. Solemne como Troya. Después de su buen almuerzo en Earlsfort Terrace. Viejos compadres leguleyos abriendo una botella grande de champán. Cuentos del juzgado y anales de la escuela de huérfanos. Le sentencié a diez años. Supongo que torcería la nariz ante eso que he bebido yo. Para ellos vino de marca, con el año de la vendimia señalado en una botella polvorienta. Tiene sus ideas propias sobre la justicia cuando está en el

tribunal. Viejo bien intencionado. Atestados de la policía rebosantes de casos con su tanto por ciento en la manufactura del delito. Los manda al cuerno. Una furia con los prestamistas. A Reuben J. le echó una buena peluca. Pero ése es realmente lo que llaman un sucio judío. El poder que tienen esos jueces. Viejos cascarrabias beodos con pelucas. Un oso herido en la garra. Y que el Señor tenga misericordia de tu alma.

Hola, un cartel. Tómbola de beneficencia. Su excelencia el Lord lugarteniente. Hoy es dieciséis. Para recoger fondos para el hospital Mercer. *El Mesías* se dio por primera vez para esto. Sí. Haendel. Y qué tal ir allá: Ballsbridge. Dejarme caer por Llavees. No sirve para nada pegársele como una sanguijuela. Me echo a perder la bienvenida. Seguro que conozco a alguien en la entrada.

El señor Bloom llegó a la calle Kildare. Primero tengo que. Biblioteca.

Sombrero de paja a la luz del sol. Zapatos claros. Pantalones con vuelta. Es. Es.

Su corazón se aceleró suavemente. A la derecha. El museo. Diosas. Se desvió a la derecha.

¿Es? Casi seguro. No voy a mirar. El vino en mi cara. ¿Por qué lo tomé? Demasiado fuerte. Sí, sí que es. Los andares. No ver. No ver. Tirar adelante.

Dirigiéndose a la puerta del museo con largas zancadas airosas levantó los ojos. Bonito edificio. Lo proyectó Sir Thomas Deane. ¿No me sigue?

Quizá no me vio. Le daba la luz en los ojos.

El sofoco de su aliento salía en cortos suspiros. Deprisa. Estatuas frías: tranquilo aquí. A salvo en un momento.

No, no me vio. Más de las dos. En la puerta mismo.

¡Mi corazón!

Sus ojos latiendo miraban fijamente curvas cremosas de piedra. De Sir Thomas Deane fue la arquitectura griega.

Buscando algo que yo.

Su mano apresurada entró deprisa en un bolsillo, sacó, leyó desplegado Agendath Netaim. ¿Dónde he?

Atareado buscando.

Volvió a meter deprisa Agendath. Por la tarde dijo ella.

Lo estoy buscando. Sí, eso. Probar en todos los bolsillos. Pañue. *Freeman*. ¿Dónde lo he? Ah, sí. Pantalones. Patata. Portamonedas. ¿Dónde lo he?

Deprisa. Andar tranquilamente. Un momento más.

Mi corazón.

Su mano buscando el dónde lo he puesto encontró en el bolsillo de atrás jabón loción tengo que recoger tibio papel pegado. Ah, el jabón ahí yo sí. La verja.

¡A salvo!

[9]

Bien educado, para hacerles sentirse a gusto, el bibliotecario cuáquero ronroneó:

—Y tenemos, ¿no es verdad?, aquellas inestimables páginas del *Wilhelm Meister*. Un gran poeta sobre un gran poeta hermano. Un alma vacilante tomando armas contra un mar de dificultades, desgarrado por dudas contradictorias, tal como uno lo ve en la vida real.

Avanzó un paso en paso de danza sobre crujiente cuero de vaca y retrocedió un paso en paso de danza sobre el solemne enmaderado.

Un auxiliar sin ruido, abriendo la puerta muy ligeramente, le hizo una señal sin ruido.

—En seguida —dijo, crujiendo en su marcha, aunque demorándose—. El bello soñador ineficaz que llega a estrellarse contra la dura realidad. Uno siempre tiene la impresión de que los juicios de Goethe son tan verdaderos. Verdaderos en un análisis muy amplio.

Dosvecescrujiendo análisis, desapareció a paso de *courante*. Calvo, muy celoso, junto a la puerta prestó sus grandes oídos a las palabras del auxiliar; las oyó; y se marchó.

Dos quedaron.

—Monsieur de la Palisse —se burló Stephen— estaba vivo quince minutos antes de su muerte.

—¿Ha encontrado a esos seis valientes estudiantes de medicina —preguntó John Eglinton con bilis de anciano— para dictarles el *Paraíso perdido*? *Las penas de Satán* lo llama él.

Sonríe. Sonríe la sonrisa de Cranly.

Primero le hizo cosquillas,
luego le dio golpecitos,
luego le metió la sonda femenina
porque estudiaba medicina
un pícaro estu…

—Tengo la impresión de que usted necesitaría uno más para el *Hamlet*. El siete es caro a la mente mística. Los fúlgidos siete, los llama W. B.

Con ojos destellantes, el cráneo rojizo cerca de su lámpara de mesa con casquete verde, barbado entre sombra más verdeoscura, un sagrado bardo, ojos sagrados. Se reía por lo bajo; una risa de becario de Trinity; no respondida.

El orquestal Satán lloró un buen trecho
lágrimas tales como llora un ángel.
Ed egli avea del cul fatto trombetta.

Tiene mis locuras en rehenes.

Los once de Cranly, fieles hombres de Wicklow para liberar su tierra padre. La mellada Kathleen, sus cuatro hermosos campos verdes, el forastero en su casa. Y una más para saludarle; *ave, rabbi*; los doce de Tinahely. En la sombra del barranco él les llama con grito de paloma. La juventud de mi alma le di a él, noche tras noche. Vete con Dios. Buena caza.

Mulligan ha recibido mi telegrama.

Locura. Persistir.

—Nuestros jóvenes bardos irlandeses —censuró John Eglinton— todavía no han creado una figura que el mundo ponga junto al Hamlet del sajón Shakespeare, aunque yo le admire, como el viejo Ben, sin llegar a la idolatría.

—Todas esas cuestiones son puramente académicas —oraculeó Russell desde su sombra—. Quiero decir, si Hamlet es Shakespeare o Jacobo I o Essex. Discusiones de clérigos sobre la historicidad de Jesús. El arte tiene que revelarnos ideas, esencias espirituales sin forma. La cuestión suprema sobre una obra de arte es desde qué profundidad de vida emerge. La pintura de Gustave Moreau es la pintura de ideas. La más profunda poesía de Shelley, las palabras de Hamlet ponen a nuestra mente en contacto con la sabiduría eterna, el mundo de las ideas de Platón. Todo lo demás es la especulación de escolares para escolares.

A. E. le ha contado a algún entrevistador yanqui. ¡Vaya, que el diablo me lleve!

—Los escolásticos fueron primero escolares —dijo Stephen supercortésmente—. Aristóteles fue un tiempo escolar de Platón.

—Y no ha dejado de serlo, cabría esperar —dijo reposadamente John Eglinton—. Se le ve, un escolar modelo con el diploma bajo el brazo.

Se volvió a reír hacia la cara barbuda ahora sonriente.

Espirituales sin forma. Padre, Hijo y Aliento Santo. Padre universal, el hombre celestial. Hiesos Kristos, mago de lo bello, el Logos que sufre en nosotros en cada momento. Esto en verdad es aquello. Yo soy el fuego sobre el altar. Yo soy la manteca sacrificial.

Dunlop, Juez, el más noble romano de todos ellos, A. E., Arval, el Nombre Inefable, en lo alto del cielo, K. H., el maestro de ellos, cuya identidad no es ningún secreto para los adeptos. Hermanos de la gran logia blanca siempre observando a ver si pueden ayudar. El Cristo con la hermanaesposa, esperma de luz, nacido de una virgen enalmada, *sophia* arrepentida, partida hacia el plano de los *buddhi*. La vida esotérica no es para la persona común. O. P. debe primero trabajar para quitarse de encima el mal *karma*. La señora Cooper Oakley una vez vio un atisbo de lo elemental de nuestra ilustrísima hermana H. P. B.

¡Ah, qué vergüenza! ¡Fuera con eso! *Pfuiteufel!* No está bien mirar, señora mía, no está bien, cuando una dama enseña su elemental.

Entró el señor Best, alto, joven, suave, ligero. Llevaba en la mano con gracia un cuaderno, nuevo, grande, limpio, claro.

—Ese escolar modelo —dijo Stephen— encontraría las cavilaciones de Hamlet sobre la vida futura de su alma principesca, ese inverosímil, insignificante y nada dramático monólogo, tan superficiales como las de Platón.

John Eglinton, frunciendo el ceño, dijo con enojo:

—Palabra de honor que me hierve la sangre cuando oigo a alguien comparar a Aristóteles con Platón.

—¿Cuál de los dos —preguntó Stephen— me habría desterrado de su república?

Desenvaina tus definiciones-puñales. La caballidad es la quiddidad del caballo universal. Corrientes de tendencia y eones es lo que ellos adoran. Dios; ruido en la calle; muy peripatético. Espacio: todo eso maldito sea que hay que ver. A través de espacios más pequeños que glóbulos rojos de sangre humana se deslizarrastran tras las nalgas de Blake penetrando en la eternidad de que este vegetal mundo no es sino una sombra. Agárrate al ahora, al aquí, a través de lo cual todo futuro se zambulle en el pasado.

El señor Best se adelantó, amigable, hacia su colega.

—Haines se ha ido —dijo.

—¿Ah sí?

—Le estaba enseñando el libro de Jubainville. Está entusiasmado, sabe, con los *Cantos de amor de Connacht*, de Hyde. No le pude hacer entrar aquí a oír la discusión. Se ha ido a Gill a comprarlo.

Obrilla mía, deja ya mi mano:
ve a saludar al público inhumano.
Te escribí, aunque en verdad bien que me pesa,
en la triste y acerba lengua inglesa.

—El humo de turba se le está subiendo a la cabeza —opinó John Eglinton.

Tenemos la impresión en Inglaterra. Ladrón arrepentido. Se fue. Fumé su mataquintos. Piedra verde centelleante. Una esmeralda engastada en el anillo del mar.

—La gente no sabe qué peligrosas pueden ser las canciones de amor —avisó ocultamente el huevo áureo de Russell—. Los movimientos que producen revoluciones en el mundo nacen de los sueños y visiones en el corazón de un campesino en la ladera. Para ellos la tierra no es un terreno explotable sino la madre viva. El aire enrarecido de la academia y del terreno de competición producen la novela de seis chelines, la canción de café cantante, Francia produce la más bella flor

de corrupción en Mallarmé pero la vida deseable se les revela sólo a los pobres de corazón, la vida de los feacios de Homero.

A partir de estas palabras, el señor Best volvió a Stephen una cara sin ofensa.

—Mallarmé, sabe —dijo—, ha escrito esos maravillosos poemas en prosa que me solía leer Stephen MacKenna en París. Aquel sobre Hamlet. Dice: *il se promène, lisant au livre de lui-même,* sabe, *leyendo el libro de sí mismo*. Describe el Hamlet dado en una ciudad francesa, sabe, una ciudad de provincia. Lo anunciaron.

Su mano libre escribió con gracia diminutos signos en el aire.

HAMLET

ou

LE DISTRAIT

Pièce de Shakespeare

Repitió hacia el ceño nuevamente fruncido de John Eglinton:

—*Pièce de Shakespeare,* sabe. Es tan francés, el punto de vista francés. *Hamlet ou…*

—El mendigo distraído —terminó Stephen.

John Eglinton se rió.

—Sí, supongo que eso sería —dijo—. Gente excelente, sin duda, pero lamentablemente miopes en algunas cuestiones.

Suntuosa y detenida exageración del asesinato.

—Un verdugo del alma, le llamó Robert Greene —dijo Stephen—. No por nada era hijo de un matarife que manejaba el hacha de sacrificar escupiéndose en la palma de la mano. Nueve vidas se quitan por la de su padre. Padre Nuestro que estás en el purgatorio. Los Hamlets de caqui no vacilan en disparar. El matadero desbordante de sangre en el quinto acto es un presagio del campo de concentración por el señor Swinburne.

Cranly, y yo su mudo ordenanza, siguiendo batallas desde lejos.

Madres y cachorros de sanguinarios enemigos
a quienes sólo nosotros habríamos dejado a salvo…

Entre la sonrisa sajona y el ladrido americano. La espada y la pared.

—Se empeña en que Hamlet es un cuento de fantasmas —dijo John Eglinton para beneficio del señor Best . Como el muchacho gordo en Pickwick, quiere ponernos carne de gallina.

¡Escucha! ¡Escucha! ¡Escucha!

Mi carne le oye: erizándose, oye.

Si alguna vez…

—¿Qué es un fantasma? —dijo Stephen con vibrante energía—. Uno que se ha desvanecido en impalpabilidad a través de la muerte, a través de la ausencia, a través de un cambio de modos. El Londres elisabetiano estaba tan lejos de Stratford como el corrompido París lo está de la virginal Dublín. ¿Quién es el fantasma que viene del *limbo patrum*, regresando al mundo que le ha olvidado? ¿Quién es el rey Hamlet?

John Eglinton desplazó su delgado cuerpo, echándose atrás para juzgar.

Elevado.

—Es a esta hora del día en mitad de junio —dijo Stephen, rogando con una rápida ojeada que le oyeran—. La bandera está izada en el teatro junto a la orilla del río. El oso Sackerson ruge en la arena de al lado, el teatro Paris. Lobos de mar que navegaron con Drake mascan sus salchichas entre los espectadores del patio.

Color local. Mete ahí todo lo que sabes. Hazles cómplices.

—Shakespeare ha salido de la casa del hugonote en la calle Silver y va andando por la orilla del río, junto a los recintos de los cisnes. Pero no se detiene a echar de comer a la hembra que antecoge a sus patitos hacia los juncos. El cisne de Avon tiene otras cosas en qué pensar.

Composición de lugar. ¡Ignacio de Loyola, corre en mi ayuda!

—Empieza la representación. Avanza un actor en la sombra, vestido con la cota que dejó un elegante de la corte, un hombre bien plantado con voz de bajo. Es el fantasma, el rey, rey y no rey, y el actor es Shakespeare que ha estudiado *Hamlet* todos los años de su vida que no fueron vanidad, para representar el papel del fantasma. Dice sus palabras a Burbage, el joven actor que está delante de él, más allá de la tela encerada, llamándole por su nombre:

Hamlet, soy el fantasma de tu padre,

mandándole prestar atención. A un hijo habla, el hijo de su alma, el príncipe, el joven Hamlet y al hijo de su cuerpo, Hamnet Shakespeare, que ha muerto en Stratford para que su homónimo viva para siempre.

—¿Es posible que ese actor Shakespeare, fantasma por ausencia, y con las ropas del sepultado rey de Dinamarca, fantasma por muerte, diciendo sus propias palabras al nombre de su propio hijo (si hubiera vivido Hamnet Shakespeare habría sido mellizo del príncipe Hamlet), es posible, quiero saber, o probable, que no sacara ni previera la

conclusión lógica de esas premisas; tú eres el hijo desposeído; yo soy el padre asesinado; tu madre es la reina culpable, Ann Shakespeare, de soltera Hathaway?

—Pero ese hurgar en la vida familiar de un gran hombre —empezó Russell con impaciencia.

¿Estás ahí, buena pieza?

—Es interesante sólo para el funcionario del registro. Quiero decir, tenemos las obras. Quiero decir, cuando leemos la poesía de *Rey Lear* ¿qué nos importa cómo vivió el poeta? En cuanto a vivir, nuestros criados pueden hacerlo por nosotros, dijo Villiers de l'Isle. Curioseando y hurgando en los comadreos entre bastidores de aquel tiempo, que si bebía el poeta, que si tenía deudas. Tenemos el *Rey Lear*: y es inmortal.

La cara del señor Best, apelada, asintió.

Fluye sobre ellos con tus olas y tus aguas,
Mananaan, Mananaan MacLir…

Pardiez, mozo, ¿y esa libra que os prestó cuando teníais hambre? A fe mía, la había menester.

Tomad vos este doblón.

¡Andad allá! Gastasteis la mayor parte de ella en el lecho de Georgina Johnson, hija de un clérigo. *Agenbite of inwit*, remordimiento de conciencia.

¿Os proponéis devolverla?

Oh, sí.

¿Cuándo? ¿Ahora?

Pues… no.

¿Cuándo, entonces?

He pagado siempre. He pagado siempre.

Pasito. Él es de la otra orilla del Boyne. El rincón del nordeste. Lo tienes a deber.

Espera. Cinco meses. Todas las moléculas cambian. Soy otro ahora. Otro recibió la libra.

Zumba. Zumba.

Pero yo, entelequia, forma de formas, soy yo por la memoria porque bajo formas siempre cambiantes.

Yo que pequé y recé y ayuné.

Un niño que salvó Conmee de los correazos.

Yo, yo y yo. Yo.

A. E. I. O. U. *I owe you*, le debo.

—¿Pretende enfrentarse con la tradición de tres siglos? —preguntó la voz capciosa de John Eglinton—. Por lo menos el fantasma de ella reposa en paz para siempre. Ella murió, al menos para la literatura, antes de haber nacido.

—Murió —replicó Stephen— sesenta y siete años después de nacer. Ella le vio entrar y salir del mundo. Ella recibió sus primeros abrazos. Ella concibió sus hijos y le puso a él peniques en los ojos para sujetarle cerrados los párpados cuando yacía en su lecho de muerte.

Lecho de muerte de madre. Vela. El espejo cubierto. Quien me trajo a este mundo yace ahí, bajo tapa de bronce, bajo unas pocas flores baratas. *Liliata rutilantium*.

Lloré solo.

John Eglinton miró el retorcido gusano de luz de su lámpara.

—El mundo cree que Shakespeare cometió un error —dijo— y salió de él lo antes y lo mejor que pudo.

—¡Bah! —dijo Stephen groseramente—. Un hombre de genio no comete errores. Sus errores son voluntarios y son los pórticos del descubrimiento.

Pórticos del descubrimiento se abrieron para dejar paso al bibliotecario cuáquero, pies suavemente crujientes, calvo, orejudo y asiduo.

—Una furia —dijo astutamente John Eglinton— no es un pórtico de descubrimiento muy útil, uno imaginaría. ¿Qué descubrimiento útil aprendió Sócrates de Xantipa?

—La dialéctica —contestó Stephen—, y de su madre, cómo traer al mundo pensamientos. Lo que aprendió de su otra esposa Myrto (*absit nomen!*), el Epipsychidion de Socratididion, ni hombre ni mujer lo sabrán jamás. Pero ni el saber tradicional de la comadrona ni lo que ella le hizo tragar le salvaron de los arcontes del Sinn Fein y de su cáliz de cicuta.

—Pero ¿y Ann Hathaway? —dijo con olvido la tranquila voz del señor Best—. Sí, parece que la olvidamos, como la olvidó el propio Shakespeare.

Su mirada pasó de la barba del cavilador al cráneo del capcioso, para recordar, para regañarles no sin benevolencia, luego a la calvarrosa mollera del Lollardo, inocente aunque calumniado.

—Tenía su buen maravedí de ingenio —dijo Stephen—, y una memoria nada infiel. Llevaba un recuerdo en la bolsa cuando marchó a la capital silbando *La moza que dejé atrás.* Aunque el terremoto no lo situara en el tiempo, sabríamos dónde poner al pobre Wat, gazapo acurrucado en su madriguera, con el aullar de las jaurías, las bridas con tachuelas y las ventanas azules de ella. Esa memoria, *Venus y Adonis*, estaba en la alcoba de todas las frescas de Londres. ¿Es poco agraciada Catalina la furia? Hortensia la llama joven y bella. ¿Creen que el autor de *Antonio y Cleopatra*, apasionado peregrino, tenía los ojos en la nuca para elegir a la putilla más fea de todo Warwickshire y acostarse con ella? Bueno: la dejó y ganó el mundo de los hombres. Pero sus mujeres-muchachos son las mujeres de un muchacho. Sus vidas, pensamientos y habla se los prestan los varones. ¿Eligió mal? Fue elegido, me parece. Si otros se salen con la suya, Ann *hath a way*, se las arregla. Qué demonios, ella tuvo la culpa. Ella le metió la sonda, dulce y de veintiséis años. La diosa de ojos grises que se inclina sobre el mozo Adonis, humillándose para conquistar, como prólogo a la

hinchazón del acto, es una descarada moza de Stratford que revuelca en un trigal a un amante más joven que ella.

¿Y mi turno? ¿Cuándo?

¡Vamos!

—Campo de centeno —dijo el señor Best, claro, alegre, levantando su cuaderno nuevo, con clara alegría.

Murmuró luego con rubio placer para todos:

Por entre aquellos campos de centeno
los campesinos prueban qué es lo bueno.

Paris: el complacido complacedor.

Una alta figura vestida de peludo *homespun* se elevó de la sombra y desveló su cooperativo reloj.

—Me temo que es hora de que vaya al *Homestead*.

¿A dónde se marcha? Terreno explotable.

—¿Se va? —preguntaron las activas cejas de John Eglinton—. ¿Le veremos esta noche en Moore? Viene Piper.

—¡Piper! —pió el señor Best—. ¿Ha vuelto Piper?

Peter Piper picó una pizca de pico de pizca de picante picadillo.

—No sé si podré. El jueves. Tenemos nuestra reunión. Si me puedo escapar a tiempo.

Caja de coco yogui en las habitaciones de Dawson. *Isis desvelada*. Su libro Pali que intentamos empeñar. Cruzado de piernas bajo un árbol-quitasol está entronizado, un Logos azteca, funcionando en niveles astrales, la superalma de ellos, mahamahatma. Los fieles hermetistas aguardan la luz, maduros para el noviciado búdico, en anillo alrededor de él. Louis H. Victory. T. Caulfield Irwin. Damas del loto se ofrecen a sus ojos, con las glándulas pineales encendidas. Lleno de su dios está entronizado, Buda bajo el llantén. Engullidor de almas, engolfador. Ánimos, ánimas, manadas de almas. Engullidas con aullantes chillidos llorones, en torbellino, torbellineando, se quejan.

En quintaesencial trivialidad
durante años un alma hembra residió en esta envoltura de carne.

—Dicen que vamos a tener una sorpresa literaria —dijo el bibliotecario cuáquero, amigable y serio—. El señor Russell, según se rumorea, está reuniendo un manojo de versos de nuestros poetas jóvenes. Todos aguardamos ansiosamente.

Ansiosamente lanzó una ojeada al cono de luz de lámpara donde brillaban tres caras, iluminadas.

Mira esto. Recuerda.

Stephen bajó los ojos hacia un ancho chambergo acéfalo, colgado del puño de su bastón sobre la rodilla. Mi casco y mi espada. Toca ligeramente con dos dedos índices. El experimento de Aristóteles. ¿Uno o dos? Necesidad es lo que en virtud de lo cual es imposible que una cosa pueda ser de otra manera. *Ergo*, un sombrero es un sombrero.

Escucha.

El joven Colum y Starkey. George Roberts se ocupa de la parte comercial. Longworth le dará bombo en el *Express*. ¿Ah, de veras? Me gustó el *Drover* de Colum. Sí, creo que tiene esa cosa rara, genio. ¿Crees realmente que tiene genio? Yeats admiraba ese verso suyo: *Como en tierra salvaje un vaso griego*. ¿Lo admiraba? Espero que pueda venir esta noche. Malachi Mulligan viene también. Moore le pidió que trajera a Haines. ¿Habéis oído el chiste de la señorita Mitchell sobre Moore y Martyn? ¿Que Moore es la locura juvenil de Martyn? Muy ingenioso, ¿verdad? Le recuerdan a uno a Don Quijote y Sancho Panza. Nuestra epopeya nacional está todavía por escribir, dice el doctor Sigerson. Moore es el hombre para eso. Un caballero de la triste figura aquí en Dublín. ¿Con una falda escocesa azafrán? ¿O'Neill Russell? Ah sí, debe hablar la grandiosa lengua antigua. ¿Y su Dulcinea? James Stephens está haciendo algunos esbozos muy agudos. Nos volvemos importantes, parece.

Cordelia. *Cordoglio*. La más solitaria hija de Lir.

Acorralado. Ahora vuestro mejor barniz francés.

—Muchas gracias, señor Russell —dijo Stephen, levantándose—. Si tiene la bondad de darle la carta al señor Norman…

—Ah, sí. Si la considera importante, se publicará. Tenemos tanta correspondencia.

—Ya comprendo —dijo Stephen—. Gracias.

Dios se lo pague. El periódico de los cerdos. Benefactor del buey.

—Synge me ha prometido un artículo para el *Dana*, también. ¿Vamos a ser leídos? Tengo la impresión de que sí. La Liga Gaélica quiere algo en irlandés. Espero que se dé una vuelta por allí esta noche. Traiga a Starkey.

Stephen se sentó.

El bibliotecario cuáquero se acercó desde los que se despedían. Ruborizándose, su máscara dijo en voz baja:

—Señor Dedalus, sus opiniones son muy iluminadoras.

Crujió de acá para allá, de puntillas, más cercano al cielo en la altura de un chapín, y cubierto por el ruido de los que salían, dijo en voz baja:

—¿Su opinión es, entonces, que ella no le fue fiel al poeta?

Una cara alarmada me pregunta. ¿Por qué ha venido? ¿Cortesía o luz interior?

—Donde hay una reconciliación —dijo Stephen— debe haber primero una separación.

—Sí.

Zorro-cristo John Fox con calzón de cuero, escondido, fugitivo entre ramajes de árboles asolados, huyendo del griterío de persecución. Sin conocer zorras, caminando solitario en la persecución. Mujeres que ganó para él, gente tierna, una puta de Babilonia, esposas de jueces, mujeres de taberneros chulos. Zorro y gansos. Y en New Place un flojo cuerpo deshonrado que en otro tiempo fue hermoso, en otro tiempo tan dulce, tan fresco como canela, ahora todas sus hojas cayendo, despojado, asustado de la estrecha tumba y sin perdonar.

—Sí. Así que usted cree…

La puerta se cerró detrás del que salía.

La calma repentinamente tomó posesión de la discreta celda abovedada, calma de aire tibio y meditativo.

Una lámpara de vestal.

Aquí pondera él cosas que no fueron: lo que César habría vivido para hacer si hubiera creído al adivino; lo que podría haber sido; posibilidades de lo posible en cuanto posible; cosas no conocidas; qué nombre tomó Aquiles cuando vivía entre mujeres. Pensamientos en ataúd alrededor de mí, en cajas de momia, embalsamados en especias de palabras. Toth, dios de las bibliotecas, un dios-pájaro, coronado de luna. Y oí la voz de ese sumo sacerdote egipcio. *En pintadas cámaras cargadas de libros de ladrillería*.

Están quietos. En otro tiempo vivos en cerebros de hombres. Quietos: pero hay en ellos una picazón de muerte, por contarme al oído una historia llorona, por apremiarme a cumplir su voluntad.

—Ciertamente —meditó John Eglinton—, de todos los grandes hombres, él es el más enigmático. No sabemos nada más sino que vivió y sufrió. Ni aun eso. Otros admiten nuestra pregunta. Una sombra se cierne sobre todo lo demás.

—Pero Hamlet es tan personal, ¿verdad? —arguyó el señor Best—. Quiero decir, una especie de documento privado, sabe, de su vida privada. Quiero decir, me importa un pito, sabe, a quién le matan o quién es culpable…

Apoyó un inocente libro en el borde de la mesa, sonriendo su desafío. Sus documentos privados en el original. *Ta an bad ar an tir. Taim in mo shagart*. Métele un poco de inglés, mi pequeño John Bull.

E dixo John Bull Eglinton:

—Estaba preparado para cualquier paradoja por lo que nos dijo Malachi Mulligan pero me permito advertirle también que si quiere destruir mi creencia de que Shakespeare es Hamlet, tiene por delante una tarea difícil.

Tengan paciencia conmigo.

Stephen resistió el veneno de los ojos incrédulos, refulgiendo severos bajo cejas fruncidas. Un basilisco. *E quando vede l'uomo l'attosca*. Messer Brunetto, os doy gracias por esta palabra.

—Tal como nosotros, o la madre Dana, tejemos y destejemos nuestros cuerpos —dijo Stephen—, con sus moléculas de acá para allá en lanzadera, así el artista teje y desteje su imagen. Y tal como la verruga en mi tetilla izquierda está donde estaba cuando nací, aunque todo mi cuerpo se ha tejido de nuevo material una vez y otra, así a través del padre inquieto resplandece la imagen del hijo que no vive. En el intenso instante de la imaginación, cuando la mente, dice Shelley, es un ascua que se extingue, eso que era yo es lo que soy y lo que en posibilidad puedo llegar a ser. Así en el futuro, el hermano del pasado, me puedo ver a mí mismo tal como estoy sentado aquí pero por reflejo desde eso que seré entonces.

Drummond de Hawthornden te ha ayudado a pasar esa valla.

—Sí —dijo juvenilmente el señor Best—, noto que Hamlet es muy joven. La amargura podría venirle del padre pero los pasajes con Ofelia son sin duda del hijo.

De medio a medio. Está en mi padre. Yo estoy en su hijo.

—Esa verruga es lo último en irse —dijo Stephen, riéndose.

John Eglinton hizo una mueca nada agradable.

—Si eso fuera la señal de nacimiento del genio —dijo—, el genio se vendería en el mercado. Las obras de los últimos años de Shakespeare, que tanto admiraba Renan, alientan otro espíritu.

—El espíritu de reconciliación —alentó el bibliotecario cuáquero.

—No puede haber reconciliación —dijo Stephen— si no ha habido separación.

Ya está dicho eso.

—Si quiere saber cuáles son los acontecimientos que proyectan su sombra sobre el infierno del tiempo del *Rey Lear*, *Otelo*, *Hamlet*, *Troilo y Crésida*, mire a ver cuándo y cómo se levanta la sombra. ¿Qué ablanda el corazón de un hombre, naufragado en crueles tormentas, puesto a prueba, como otro Ulises, Pericles, príncipe de Tiro?

Cabeza, cubierta de cono rojo, zarandeada, cegada de agua salada.

—Una criatura, una niña puesta en sus brazos, Marina.

—La inclinación de los sofistas hacia los vericuetos de los apócrifos es una cantidad constante —descubrió John Eglinton—. Los caminos principales son aburridos pero llevan a la ciudad.

Buen Bacon: enmohecido. Shakespeare, la locura juvenil de Bacon. Juglares de enigmas yendo por los caminos principales. Buscadores en la gran búsqueda. ¿Qué ciudad, buenos señores? Enmascarados en nombres: A. E., eon: Magee, John Eglinton. Al este del sol, al oeste de la luna: *Tir na n-og*. Con botas ambos y bordón.

¿Cuántas millas hasta Dublín?

Cinco docenas y diez, señor.

¿Llegaremos al oscurecer?

—El señor Brandes lo acepta —dijo Stephen— como la primera obra del período final.

—¿Ah sí? ¿Y qué dice de eso el señor Sidney Lee, o el señor Simon Lazarus, como algunos aseveran que se llama?

—Marina —dijo Stephen—, una hija de la tormenta, Miranda, un admirable prodigio, Perdita, la que estaba perdida. Lo que se había perdido le es devuelto: la niña de su hija. *Mi queridísima esposa*, dice Pericles, *era como esta doncella*. ¿Habrá algún hombre que ame a la hija si no ha amado a la madre?

—El arte de ser abuelo —el señor Best empezó a murmurar—. *L'art d'être grandp*…

—¿No verá renacido en ella, con el recuerdo añadido de su propia juventud, otra imagen?

¿Sabes de qué hablas? Amor, sí. Palabra conocida de todos los hombres. *Amor vero aliquid alicui bonum vult unde et ea quae concupiscimus*…

—Para un hombre con esa cosa rara, el genio, su propia imagen es la norma de toda experiencia, material y moral. Semejante apelación le afectará. Las imágenes de otros varones de su sangre le repelerán. Verá en ellas grotescos intentos de la naturaleza por predecirle o repetirle a él mismo.

La benigna frente del bibliotecario cuáquero se encendió rosadamente de esperanza.

—Espero que el señor Dedalus elaborará esa teoría para ilustración del público. Y deberíamos mencionar a otro comentador irlandés, el señor George Bernard Shaw. Y tampoco deberíamos olvidar al señor Frank Harris. Sus artículos sobre Shakespeare en la *Saturday Review* fueron brillantes, sin duda. Curiosamente, él también traza para nosotros una relación infeliz con la dama morena de los sonetos. El rival favorecido es William Herbert, conde de Pembroke. Confieso que si debe ser rechazado el poeta, tal rechazo parecería más en armonía con, ¿cómo lo diré?, nuestras nociones de lo que no debería haber sido.

Feliz, cesó de hablar manteniendo erguida entre ellos su mansa cabeza, huevo de alca, premio de su contienda.

La trata a ella con el solemne «tú» cuáquero, con graves palabras maritales. ¿Amas, Miriam? ¿Amas a tu esposo?

—También puede ser verdad eso —dijo Stephen—. Hay un dicho de Goethe que al señor Magee le gusta citar. Ten cuidado con lo que deseas en tu juventud porque lo obtendrás en tu media edad. ¿Por qué a una qué es una *buonaroba*, una jaca que todos los hombres cabalgan, una doncella de honor con una doncellez escandalosa, le manda a un señorón para que la corteje por él? Él mismo era señor del lenguaje y se había hecho paje caballero y había escrito *Romeo y Julieta*. ¿Por qué? La creencia en sí mismo ha sido muerta prematuramente. Fue derrotado primero en un trigal (un campo de centeno, debería decir) y nunca en lo sucesivo será un vencedor ante sus propios ojos ni jugará victoriosamente el juego de reír y tumbarse. El asumir el

donjuanismo no le salvará. No habrá posterior deshacimiento que deshaga el primer deshacimiento. El colmillo del jabalí le ha herido allí donde amor yace sangrando. A la furia, aunque sea vencida, sin embargo, le queda el arma invisible de la mujer. Hay, lo noto en las palabras, algún aguijón de la carne que le empuja a una nueva pasión, una sombra más oscura de la primera, oscureciendo incluso su propio entendimiento de sí mismo. Un hado semejante le aguarda y las dos furias se mezclan en un torbellino.

Escuchan. Y en los pórticos de sus oídos vierto.

—El alma ha sido herida mortalmente antes, un veneno vertido en el pórtico de un oído dormido. Pero los que reciben la muerte durante el sueño no pueden conocer el modo de su extinción a no ser que su Creador dote a sus almas con ese conocimiento en la vida futura. El envenenamiento y el animal de las dos espaldas que lo apremió no los habría podido conocer el fantasma del rey Hamlet si no estuviera dotado de conocimiento por su creador. Por eso el discurso (su triste y acerba lengua inglesa) siempre se dirige hacia otro punto, hacia atrás. Violador y violado, lo cual él lo quería pero no lo quería, va con él desde las ebúrneas esferas cercadas de azul de Lucrecia hasta el pecho de Imogene, descubierto, con su verruga de cinco manchas. Él regresa, fatigado de la creación que ha amontonado para que le esconda de sí mismo, viejo perro lamiendo una vieja llaga. Pero, puesto que el perder es su ganancia, avanza allá hacia la eternidad, en personalidad no disminuida, sin ser aleccionado por la sabiduría que él ha escrito ni por las leyes que ha revelado. Su celada está levantada. Es un fantasma, una sombra ahora, el viento junto a las rocas de Elsinore o lo que os parezca bien, la voz del mar, una voz oída sólo en el corazón de aquel que es la substancia de su sombra, el hijo consubstancial con el padre.

—¡Amén! —se respondió desde el umbral.

¿Me has descubierto, oh mi enemigo?

Entr'acte.

Con cara pícara, sombría como la de un decano, Buck Mulligan avanzó entonces, bufón abigarrado, hacia el saludo de sus sonrisas. Mi telegrama.

—¿Hablabas del vertebrado gaseoso, si no me equivoco? —preguntó a Stephen.

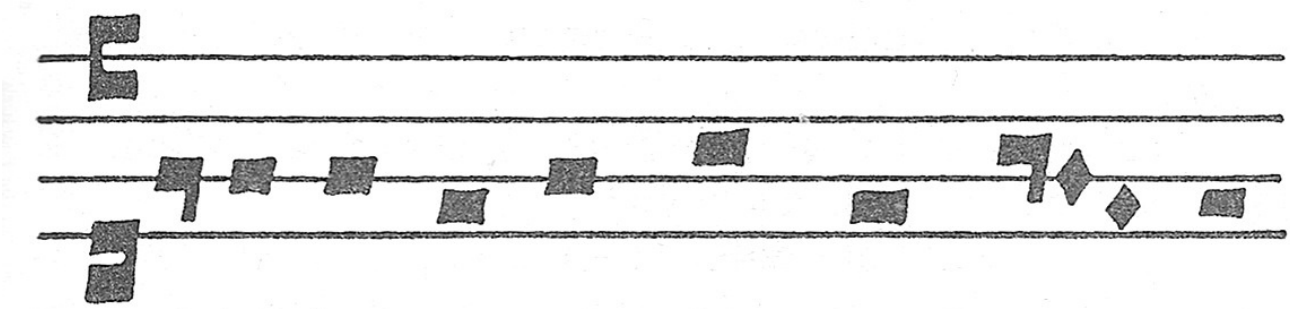
Chaleco color prímula, saludó alegremente con el jipijapa que se había quitado como con un sonajero.

Le dan la bienvenida. *Was Du verlachst wirst Du noch dienen*.

Camada de burlones: Focio, Pseudomalaquías, Johann Máximo.

El que se engendró a Sí mismo con la mediación del Espíritu Santo y Sí mismo se envió a Sí mismo, Rescatador entre Sí mismo y los demás, Quien, insultado por sus demonios, desnudado y azotado, fue clavado como un murciélago en la puerta de un granero, dejado morir de hambre en el árbol de la cruz, Quien se dejó sepultar, resucitó, violó el infierno, se trasladó al cielo y allí estos mil novecientos años está

sentado a la derecha de Su Propio Yo pero aún ha de venir el último día a juzgar a los vivos y a los muertos cuando todos los vivos ya estén muertos.



Glo - o - ri - a ex - cel - sis De - o

Eleva las manos. Caen los velos. ¡Oh, flores! Campanas campanas y campanas en coro.

—Sí, efectivamente —dijo el bibliotecario cuáquero—. Una discusión muy instructiva. El señor Mulligan, lo juraría, tiene también su teoría sobre el drama y sobre Shakespeare. Todos los lados de la vida deberían estar representados.

Sonrió a todos los lados por igual.

Buck Mulligan pensó, perplejo:

—¿Shakespeare? —dijo—. Me parece que conozco ese nombre.

Una volandera sonrisa soleada irradió en sus tranquilas facciones.

—Ah, claro —dijo, recordando luminosamente—. Ese tío que escribe como Synge.

El señor Best se volvió hacia él.

—Haines le echaba de menos —dijo—. ¿Le ha encontrado? Le espera luego en el D.B.C. Ha ido a Gill a comprar las *Canciones de amor de Connacht*, de Hyde.

—He venido por el museo —dijo Buck Mulligan—. ¿Estaba allí?

—Los conterráneos del bardo —contestó John Eglinton— quizás están más bien cansados de nuestras brillanteces de teorización. He oído decir que una actriz ha representado Hamlet anoche en Dublín por la cuatrocientas octava vez. Vining sostenía que el príncipe era una mujer. ¿Nadie le ha hecho ser un irlandés? El juez Barton, creo, está buscando algunas pistas. Jura (Su Alteza, no Su Señoría) por San Patricio.

—La más brillante de todas es ese relato de Wilde —dijo el señor Best, elevando su brillante cuaderno—. Ese *Retrato de W. H.* en que demuestra que los sonetos fueron escritos por un tal Willie Hughes, hombre de muchos colores.

—Para Willie Hughes, ¿no? —preguntó el bibliotecario cuáquero.

O Hughie Wills. William *Himself*, el mismo William. *W. H.: who?* ¿quién? ¿quién soy yo?

—Quiero decir, para Willie Hughes —dijo el señor Best, enmendando su glosa tranquilamente—. Claro que es todo paradoja, ya comprenden, Hughes y *hews*, carta

y *hues*, colores, pero es típico el modo como lo elabora. Es la mismísima esencia de Wilde, de veras. El toque ligero.

Su mirada les tocó levemente las caras mientras sonreía, rubio efebo. Domesticada esencia de Wilde.

Estás condenadamente ingenioso. Tres vasos de whisky que te bebiste con los ducados de Dan Deasy.

¿Cuánto he gastado? Ah, unos pocos chelines.

Para una porción de periodistas. Humor húmedo y seco. Sentido del humor. Darías tus cinco sentidos por la orgullosa librea de juventud en que se pavonea. Facciones de deseo saciado.

Quedan otros mu. Tómala por mí. En el momento de aparearse, Júpiter, envíales una fresca época de celo. Sí, arrúllala.

Eva. Desnudo pecado vientre de trigo. Una serpiente la envuelve, colmillo en su beso.

—¿Creen que es sólo una paradoja? —preguntaba el bibliotecario cuáquero—. Al burlador no le toman nunca en serio cuando se pone más serio.

Hablaron seriamente de la seriedad del burlador.

Buck Mulligan, de nuevo con rostro pesado, observó a Stephen un rato. Luego, balanceando la cabeza, se acercó y sacó del bolsillo un telegrama doblado. Sus móviles labios leían, sonriendo con nuevo placer.

—¡Telegrama! —dijo— ¡Prodigiosa inspiración! ¡Telegrama! ¡Una bula papal!

Se sentó en una esquina de la mesa no alumbrada, leyendo gozosamente en voz alta.

—*El sentimentalista es el que querría disfrutar sin incurrir en la inmensa deuda de la cosa hecha*. Firmado: Dedalus. ¿Desde dónde lo has lanzado? ¿Desde el burdel? No. Desde College Green. ¿Te has bebido las cuatro libras? La tía va a hablar con tu padre insubstancial. ¡Telegrama! Malachi Mulligan, Ship, calle Lower Abbey. ¡Ah, farsante sin par! ¡Ah, bufón curificado!

Gozosamente, se echó mensaje y sobre en un bolsillo pero lloriqueó en quejoso bable:

—Es lo que te estoy diciendo, señor miel, estábamos raros y mareados, Haines y yo, en el momento en que él mismo lo trajo. Rogábamos en murmullo por un brebaje como para levantar a un fraile, digo yo, y él flojo de sus lujurias. Y nosotros una hora y dos horas y tres horas sentados en Connery como es debido esperando una pinta por cabeza.

Gimió:

—Y nosotros venga a estar ahí, guapito, y tú como quien no quiere la cosa mandándonos tus conglomeraciones y nosotros con una yarda de lengua fuera como clérigos en sequía, que nos desmayábamos por un sorbito.

Stephen se rió.

Rápidamente, en aviso, Buck Mulligan se inclinó:

—El vagabundo de Synge te está buscando, dice, para asesinarte. Ha oído decir que te measte en su puerta en Glasthule. Anda por ahí en pantuflas para asesinarte.

—¡A mí! —exclamó Stephen—. Esto ha sido tu contribución a la literatura.

Back Mulligan, jubiloso, se echó atrás, riendo hacia el oscuro oído indiscreto del techo.

—¡Asesinarte! —se rió.

Áspera cara de gárgola que guerreó contra mí sobre nuestro plato de picadillo de despojos en rue Saint André des Arts. En palabras de palabras por palabras, *palabras*. Oisin con Patricio. El hombre fauno que se encontró en los bosques de Clamart, blandiendo una botella de vino. *C'est vendredi saint!* Irlandeses asesinos. Su imagen, errando, encontró. Yo la mía. Encontré un loco en el bosque.

—Señor Lyster —dijo un auxiliar desde la puerta entreabierta.

—… en que cada cual puede encontrar lo suyo. Así el señor Juez Madden en su *Diario del Maestro William Silence* ha encontrado los términos de caza… ¿Eh? ¿Qué hay?

—Hay ahí un caballero —dijo el auxiliar, adelantándose y ofreciendo una tarjeta —. Del *Freeman*. Quiere ver la colección del *Kilkenny People* del año pasado.

—Claro, claro, claro. ¿Ese señor…?

Tomó la ansiosa tarjeta, le echó una ojeada, no vio, la dejó, retiró la ojeada, miró, preguntó, crujió, preguntó:

—¿Es…? ¡Ah, ahí está!

Vivaz, en una *gaillarde*, arrancó y salió. En el pasillo con luz del día, habló con volubles esfuerzos de celo, sometido al deber, el más equitativo, el más benévolo, el más honrado sombrero cuáquero.

—¿Este caballero? ¿El *Freeman's Journal*? ¿El *Kilkenny People*? Por supuesto. Buenos días, señor. El *Kilkenny*… Claro que lo tenemos.

Una silueta paciente aguardaba, escuchando.

—Los más importantes de las provincias… El *Northern Whig*, el *Cork Examiner*, el *Enniscorthy Guardian.* El año pasado. 1903… ¿Tiene la bondad?… Evans, lleve a este señor… Puede seguir al au… O por favor permítame… Por aquí… Por favor…

Voluble, concienzudo en su deber, abrió camino hacia todos los periódicos de las provincias, con una oscura figura inclinada siguiendo sus apresurados talones.

Se cerró la puerta.

—¡El hebreo! —gritó Buck Mulligan.

Se puso en pie de un salto y arrebató la tarjeta.

—¿Cómo se llama? ¿Isaac Moisés? Bloom.

Siguió disparado.

—Jehová, el recaudador de prepucios; ya no existe. Le encontré a ése ahí en el museo cuando fui a saludar a Afrodita, nacida de la espuma. La boca griega que nunca se ha contorsionado en oración. Todos los días debemos rendirle homenaje. *Vida de la vida, tus labios inflaman.*

De repente se volvió a Stephen:

—Ése te conoce. Conoce a tu viejo. Ah, me temo que sea más griego que los griegos. Sus pálidos ojos galileos estaban en el surco mesial de ella. Venus Calipigia. ¡Ah, el trueno de esos lomos! *El dios persiguiendo a la doncella escondida*.

—Queremos saber más —decidió John Eglinton con la aprobación del señor Best —. Empezamos a estar interesados en la señora S. Hasta ahora la habíamos imaginado, si es que la habíamos imaginado, como una paciente Griselda, una Penélope de estarse en casa.

—Antístenes, discípulo de Gorgias —dijo Stephen— le quitó la palma de la belleza a la ponedora de Kyrios Menelaos, la argiva Helena, la yegua de madera de Troya en que durmieron una veintena de héroes, y se la dio a la pobre Penélope. Veinte años vivió él en Londres, y durante parte de ese tiempo, recibió un salario igual al del Lord Canciller de Irlanda. Su vida fue rica. Su arte, más que el arte del feudalismo, como lo llamó Walt Whitman, es el arte del hartazgo. Pasteles calientes de arenque, jarros verdes de jerez, salsas de miel, azúcar de rosas, mazapán, pichones rellenos de grosellas, confites de gengibre. Sir Walter Raleigh, cuando le detuvieron, llevaba encima medio millón de francos, incluidos un par de corsés de fantasía. La usurera Eliza Tudor tenía bastante ropa interior como para competir con la reina de Saba. Veinte años mariposeó él entre el amor conyugal con sus castos deleites y el amor putañero con sus turbios placeres. Ya saben lo que cuenta Manningham de la mujer del burgués que invitó a Dick Burbage a su cama cuando le vio en *Ricardo III* y cómo Shakespeare, que lo oyó, sin más ruido por nada, tomó la vaca por los cuernos, y cuando Burbage llamó a la puerta, contestó desde las mantas del capón: *Guillermo el Conquistador llegó antes que Ricardo III*. Y la alegre damita, la señora Fitton, salta y grita ¡Oh!, y su delicado pajarito, Lady Penélope Rich, una limpia mujer de calidad es apropiada para un actor, y las furcias de junto al río, a penique por cada vez.

Cours la Reine. *Encore vingt sous. Nous ferons de petites cochonneries. Minette? Tu veux?*

—La crema de la buena sociedad. Y Sir William Davenant, con una madre de Oxford, con su vaso de vino canario para el primer pájaro que la toque.

Buck Mulligan, sus piadosos ojos vueltos a lo alto, rezó:

—¡Bienaventurada Margarita María Latoque!

—Y la hija de Enrique el de las seis mujeres y otras damas amigas de residencias cercanas, como canta Lawn Tennyson, caballero poeta. Pero en todos esos veinte años ¿qué suponen que hacía la pobre Penélope en Stratford detrás de los cristales en rombo?

Hacer y hacer. Cosa hecha. En una rosaleda del herborista Gerard, en Fetter Lane, él pasea, castañoagrisado. Una campanilla azulada como las venas de ella. Párpados de los ojos de Juno, violetas. Él pasea. Una vida lo es todo. Un cuerpo. Haz. Pero hazlo. A lo lejos, en un hedor de lujuria y suciedad, se ponen manos en la blancura.

Buck Mulligan golpeó la mesa de John Eglinton.

—¿De quién sospecha? —desafió.

—Digamos que él es el amante despreciado de los sonetos. Una vez despreciado, dos veces despreciado. Pero la coqueta de la corte le despreció por un Lord, el queridísimoamor de él.

Amor que no se atreve a decir su nombre.

—Como buen inglés, quieres decir —intercaló John Brutal Eglinton—, él amó a un Lord.

Viejo muro donde relampaguean repentinos lagartos. En Charenton los observé.

—Eso parece —dijo Stephen—, puesto que quiere hacer a favor de él, y por todos y cada uno en particular de los demás vientres sin surcar, el santo oficio que el mozo de cuadra hace por el garañón. Quizá, como Sócrates, tuvo una comadrona por madre, igual que tuvo una furia por mujer. Pero ella, la risueña coqueta, no quebrantó el voto del tálamo. Hay dos acciones hediondas en el ánimo del fantasma: un voto quebrantado y el animal duro de mollera a quien ella ha concedido sus favores, hermano del difunto marido… La dulce Ana, estoy seguro, era de sangre caliente. Una vez amante, dos veces amante.

Stephen se volvió en la silla con vivacidad.

—La obligación de probar es suya, no mía —dijo, frunciendo el ceño—. Si usted niega que en la quinta escena de *Hamlet* él la marca a fuego con infamia, dígame por qué no hay mención de ella durante los treinta y cuatro años entre el día que se casó con él y el día en que le enterró. Todas aquellas mujeres vieron enterrados a sus maridos: Mary, a su buen John; Ann, a su pobre querido William, cuando fue y se le murió encima, furioso de ser el primero en marcharse; Joan, a sus cuatro hermanos; Judith, a su marido y a todos sus hijos; Susan, a su marido también, mientras que la hija de Susan, Elizabeth, para usar las palabras del abuelito, se casó con su segundo habiendo matado a su primero. Ah sí, sí que hay mención. En los años en que él vivía con riqueza en el real Londres, para pagar una deuda tuvo que pedir prestados cuarenta chelines al pastor de su padre. Explíquenme entonces. Explíquenme el canto de cisne en que la ha encomendado a ella a la posteridad.

Se enfrentó con el silencio de ellos.

Aquel a quien así Eglinton:

Se refiere usted a la última voluntad.

Eso lo han explicado, creo, los juristas.
Ella tenía derecho a su parte de viuda
según la ley. El sabía mucho de derecho
dicen nuestros jueces.

De él se ríe Satán, burlón:

Y por consiguiente omitió el nombre de ella
del primer borrador pero no se dejó fuera
los regalos para su nieta, para sus hijas,
para su hermana, para sus viejos compadres de Stratford
y de Londres. Y por consiguiente cuando le apremiaron,
según creo, a mencionarla
le dejó su
secondbest bed
segunda cama.

Punkt

Ledejosu
segundaca
ledejosu
camagunda
gundacama
dejocama.

¡So!

—Los buenos de los campesinos tenían entonces poco mobiliario —observó John Eglinton— y siguen teniéndolo, si es que nuestros dramas rurales son fieles a la realidad.

—Él era un rico caballero de campo —dijo Stephen— con un escudo de armas y fincas en Stratford y una casa en Ireland Yard, un accionista capitalista, un promotor de proyectos de ley, un arrendatario de diezmos. ¿Por qué no le dejó a ella su mejor cama para que pasara el resto de sus días roncando en paz?

—Está claro que había dos camas, la mejor y la no tan buena, *best and secondbest* —dijo agudamente el señor Secondbest Best.

—*Separatio a mensa et a thalamo* —mejoró Buck Mulligan y fue sonreído.

—La antigüedad menciona camas famosas —dijo No-Tan-Bueno Eglinton, con boca en puchero, camasonriendo—. Déjenme pensar.

—La antigüedad menciona a aquel escolar golfo, el Estagirita, calvo sabio pagano —dijo Stephen—, quien al morir en exilio libera y dota a sus esclavos, rinde tributo a sus viejos, dispone ser sepultado en tierra junto a los huesos de su querida mujer, y ruega a sus amigos que sean bondadosos con una vieja amante (no se olviden de Nell Gwynn Herpyllis) y la dejen vivir en su casa de campo.

—¿De veras murió así? —preguntó el señor Best con leve preocupación—. Quiero decir…

—Murió muerto de borrachera —culminó Buck Mulligan—. *Un cuartillo de cerveza es un plato de rey*. ¡Ah, tengo que decirles lo que dijo Dowden!

—¿Qué? —preguntó Mejor-Eglinton.

William Shakespeare y Compañía, Sociedad Anónima.

William del Pueblo. Para condiciones dirigirse a E. Dowden, Highfield House…

—¡Delicioso! —suspiró amorosamente Buck Mulligan—. Le pregunté qué pensaba de la acusación de pederastia dirigida contra el bardo. Él levantó las manos y dijo: *Lo único que podemos decir es que en aquellos tiempos se vivía intensamente*.

¡Delicioso!

Ganimedes.

—El sentido de la belleza nos extravía —dijo Best, hermoso en tristeza, al afeado Eglinton.

El firme John replicó severo:

—El médico puede decirnos qué significan esas palabras. No puede uno comerse el pastel y conservarlo.

¿Así lo decís vos? ¿Nos arrancarán, me arrancarán, la palma de la belleza?

—Y el sentido de la propiedad —dijo Stephen—. Se sacó a Shylock de sus propios largos bolsillos. Hijo de un negociante de cebada y usurero, él mismo fue negociante de cebada y usurero con diez medidas de grano acaparadas en los motines del hambre. Sus deudores son sin duda esos de diversas creencias que menciona Chettle Falstaff, el cual informa sobre su rectitud en los tratos. Puso pleito a un colega actor por el precio de unos pocos sacos de cebada y extrajo su libra de carne en intereses por cada dinero que prestó. ¿Cómo, si no, pudo enriquecerse deprisa el mozo de establo y traspunte de Aubrey? Todos los acontecimientos llevaban el agua a su molino. En Shylock resuenan las persecuciones contra los judíos que sucedieron al ahorcamiento y descuartizamiento del sanguijuela de la reina, López, siéndole arrancado su corazón de judío mientras el hebreo estaba todavía vivo: en *Hamlet* y *Macbeth*, la subida al trono de un filosofastro escocés con aficiones a asar brujas. La Armada perdida es de lo que se burla en *Trabajos de amor perdidos*. Sus espectáculos, las historias, navegan a toda vela sobre una marea de entusiasmo a lo Mafeking. Se juzga a las jesuitas de Warwickshire y ya tenemos la teoría de un portero sobre la reserva mental. Vuelve de las Bermudas la Sea Venture, y se escribe la obra que admiró Renan, con Patsy Calibán, nuestro primo americano. Los sonetos azucarados siguen a los de Sidney. En cuanto al hada Elizabeth, alias Bess Zanahoria, la grosera virgen que inspiró *Las alegres casadas de Windsor*, dejemos que algún *meinherr* de Teutonia escarbe toda su vida en busca de significados hondamente escondidos en lo hondo del cesto de la colada.

Creo que vas marchando adelante estupendamente. Simplemente, mezcla una mixtura de lo teolologicofilololológico. *Mingo, minxi, mictum, mingere*.

—Pruebe que era judío —desafió John Eglinton, expectante—. Su decano de estudios sostiene que era un santo católico romano.

Sufflaminandus sum.

—Fue producto de Alemania —contestó Stephen—, como el campeón francés de abrillantamiento de escándalos italianos.

—Un hombre de espíritu en miríadas —recordó el señor Best—. Coleridge le llamó de espíritu en miríadas.

Amplius. In societate humana hoc est maxime necessarium ut sit amicitia inter multos.

—Santo Tomás… —empezó Stephen.

—*Ora pro nobis* —gimió Fray Mulligan, desplomándose en una butaca.

Allí entonó una runa quejumbrosa.

—*Pogue mahone! Acushla machree!* ¡Destruidos es lo que estamos a partir de hoy! ¡Destruidos sin duda!

Todos sonrieron sus sonrisas.

—Santo Tomás —dijo Stephen, sonriendo—, cuyas panzudas obras disfruto leyendo en el original, al escribir sobre el incesto desde un punto de vista diferente del de la nueva escuela vienesa de que hablaba el señor Magee, lo compara, en su sabia y curiosa manera, a una avaricia de las emociones. Quiere decir que el amor dado así a alguien cercano en la sangre es codiciosamente sustraído a alguien desconocido que, quizá, tiene hambre de él. Los judíos, a quienes los cristianos acusan de avaricia, son los más dados de todas las razas al matrimonio consanguíneo. Las acusaciones se hacen por ira. Las leyes cristianas que edificaron los tesoros de los judíos (para quienes, como para los lolardos, la tempestad fue refugio) también ataron sus afectos con cercos de acero. Si son pecados o virtudes, el viejo Papá-Nadie nos lo dirá en la audiencia del día del juicio. Pero un hombre que se agarra tan fuerte a lo que él llama sus derechos sobre lo que él llama sus deudas se agarrará también fuerte a lo que él llama sus derechos sobre la que él llama su mujer. Ningún vecino Don Sonrisas codiciará su buey o su mujer o su criado o su criada o su burro.

—O su burra —antifonó Buck Mulligan.

—Están tratando ásperamente al gentil Will —dijo gentilmente el señor Best.

—¿Qué Will? —intercaló dulcemente Buck Mulligan—. Nos estamos haciendo un lío.

—*Will to live,* la voluntad de vivir —filosofó John Eglinton—, pues la pobre Ana, la viuda de Will, es la voluntad de morir, *will to die*.

—*Requiescat!* —rezó Stephen.

La voluntad de hacer, ¿en qué acabó?
Hace mucho que se desvaneció…

—Yace compuesta en recia rigidez en esa segunda cama, la reina bien tapada, aunque usted demuestre que una cama en aquellos días era tan rara como lo es hoy un automóvil y que sus tallas eran la maravilla de las siete parroquias. En su vejez se dio a los predicadores (uno se quedó en New Place y se bebió un cuarto de jerez que pagó

el ayuntamiento, pero en qué cama durmió no es cosa de preguntarlo) y se enteró de que tenía alma. Leyó o se hizo leer los libritos de cordel de él, prefiriéndolos a las Alegres casadas y, haciendo aguas de noche en el orinal, meditó sobre *Ojales y corchetes para calzones de creyentes* y *La más espiritual tabaquera para hacer estornudar a las más devotas almas*. Venus le había contorsionado los labios en oración. *Agenbite of inwit*: remordimiento de conciencia. Es una época de agotada putañería buscando a tientas su dios.

—La historia muestra que eso es cierto —*inquit Eglintonus Chronolologos*—. Las edades se suceden unas a otras. Pero sabemos por elevada autoridad que los peores enemigos de un hombre serán los de su propia casa y familia. Me parece que Russell tiene razón. ¿Qué nos importan su mujer y su padre? Yo diría que sólo los poetas de familia tienen vidas de familia. Falstaff no era padre de familia. Entiendo que el gordo caballero es su suprema creación.

Flaco, se arrellanó. Tímido, niega tu parentela, los autojustificados. Tímido, cenando con el sin-dios, hurta la copa. Un padre en Antrim del Ulton se lo ordenó. Le visita allí los días de cumplirse el trimestre. Señor Magee, aquí hay un caballero que le quiere ver. ¿A mí? Dice que es su padre, señor. Denme mi Wordsworth. Entra en escena Magge Mor Matthew, un rudo y áspero paleto de cabeza dura, en calzones con bragueta de botones, los bajos de las medias sucios de barro de diez bosques, una varita de nogal en la mano.

¿El tuyo? Conoce a tu viejo. El viudo.

Apresurándome al miserable rincón donde ella moría, desde el alegre París junto al muelle, toqué la mano de él. La voz, con nuevo calor, hablando. El doctor Bob Kenny la está atendiendo. Los ojos que me desean bien. Pero no me conoce.

—Un padre —dijo Stephen, batallando contra la desesperación— es un mal necesario. Él escribió el drama en los meses que siguieron a la muerte de su padre. Si usted afirma que él, hombre de pelo gris con dos hijas casaderas, con treinta y cinco años de vida, *nel mezzo del cammin di nostra vita*, con cincuenta de experiencia, es el imberbe estudiantillo de Wittenberg, entonces debe sostener que su madre, con sus setenta años, es la reina lujuriosa. No. El cadáver de John Shakespeare no anda por ahí de noche. De hora en hora se pudre y se pudre. Descansa, desarmado de paternidad, habiendo transmitido ese estado místico a su hijo. El Calandrino de Boccaccio fue el primer y último hombre que se sintió preñado. La paternidad, en sentido de engendrar conscientemente, le es desconocida al hombre. Es un estado místico, una sucesión apostólica, del único engendrador al único engendrado. Sobre ese misterio, y no sobre la Madonna que el astuto intelecto italiano echó a las masas de Europa, está fundada la Iglesia, y fundada irremoviblemente por estar fundada, como el mundo, macrocosmos y microcosmos, sobre el vacío. Sobre la incertidumbre, sobre la improbabilidad. *Amor matris*, genitivo subjetivo y objetivo, quizá sea la única cosa verdadera de la vida. La paternidad quizá sea una ficción

legal. ¿Quién es el padre de cualquier hijo para que cualquier hijo tenga que amarle, ni él a cualquier hijo?

¿A dónde diablos quieres ir a parar?

Ya lo sé. Cierra el pico. Vete al cuerno. Tengo mis razones.

Amplius. Adhuc. Iterum. Postea.

¿Estás condenado a hacer esto?

—Están separados por una vergüenza corporal tan sólida que los registros criminales del mundo, manchados con todos los demás incestos y bestialidades, apenas anotan su quebrantamiento. Hijos con madres, progenitores con hijas, hermanas lesbianas, amores que no se atreven a decir su nombre, sobrinos con abuelas, presidiarios con ojos de cerraduras, reinas con toros premiados. El hijo no nacido estropea la belleza: nacido, trae dolor, divide el cariño, aumenta la preocupación. Es un macho: su crecimiento es la decadencia de su padre, su juventud la envidia de su padre, su amigo el enemigo de su padre.

Lo pensé en rue Monsieur le Prince.

—¿Qué les vincula en la naturaleza? Un instante de ciego celo.

¿Soy ya padre? ¿Y si lo fuera?

Encogida mano insegura.

—Sabelio, el Africano, el más sutil heresiarca de todas las bestias del campo, sostenía que el Padre era Él Mismo Su Propio Hijo. El mastín de Aquino, para quien ninguna palabra ha de ser imposible, le refuta. Bueno: si el padre que no tiene un hijo no es un padre ¿puede ser hijo el hijo que no tiene padre? Cuando Rutlandbaconsouthamptonshakespeare u otro poeta del mismo nombre en la comedia de los errores escribió *Hamlet*, no era meramente el padre de su propio hijo sino que, no siendo ya hijo, era y se sentía ser el padre de toda su raza, el padre de su propio abuelo, el padre de su nieto por nacer, quien, según el mismo criterio, nunca nació, pues la naturaleza, según la entiende el señor Magee, aborrece la perfección.

Ojosdeglinton, animados de placer, levantaron la mirada claratímidamente. En ojeada alegre, jubiloso puritano, a través de la retorcida eglantina.

Adular. Rara vez. Pero adular.

—Él mismo su propio padre —se dijo Mulliganhijo—. Espera. Estoy preñado. Tengo en mi cerebro un hijo por nacer. ¡Palas Atenea! ¡Un drama! ¡El drama es la realidad! ¡Permitidme parir!

Se apretó el frentevientre con ambas manos comadronas.

—En cuanto a su familia —dijo Stephen— el apellido de su madre vive en el bosque de Arden. Ella, al morir, le inspiró la escena con Volumnia en *Coriolano*. La muerte de su muchachito es la escena de muerte del joven Arthur en *El rey Juan*. Hamlet, el príncipe negro, es Hamnet Shakespeare. Sabemos quiénes son las niñas de *La tempestad*, de *Pericles*, del *Cuento de invierno*. Podemos suponer quiénes son Cleopatra, la olla de carne de Egipto, y Crésida y Venus. Pero hay otro miembro de la familia que está registrado.

—El enredo se espesa —dijo John Eglinton.

El bibliotecario cuáquero, temblando, entró de puntillas, temblor, su máscara, temblor, con prisa, temblor, tem.

Puerta cerrada. Celda. Día.

Escuchan. Tres. Ellos.

Yo tú él ellos.

Vamos, señ.

STEPHEN: Él tenía tres hermanos, Gilbert, Edmund, Richard. Gilbert en su vejez dijo a unos caballeros que el Maestre Cobrador le había dado un pase gratis ¡por la misa! y vio a su hermano Maestre Wull el autor de comedias allá en Lonnes en una comedia de luchar con un tío a la espalda. Los mosqueteros del teatro le llenaron el alma a Gilbert. No está en ninguna parte: pero un Edmund y un Richard están anotados en las obras del dulce William.

MAGEEGLINJOHN: ¡Nombres! ¿Qué hay en un nombre?

BEST: Ése es mi nombre, Richard, ¿no sabes? Espero que dirás algo bueno para Richard, sabes, en atención a mí.

(risas)

BUCK MULLIGAN: *(Piano, diminuendo)*

Entonces Dick, estudiante de medicina,
sermoneó a su compañero Davy…

STEPHEN: En su trinidad de negros Wills, los malvados sacudepanzas, Iago, Richard Crookback, Edmund de *El Rey Lear*, dos llevan los nombres de los malignos tíos. Más aún, ese último drama se escribió o lo estaba escribiendo mientras su hermano Edmund agonizaba en Southwark.

BEST: Espero que Edmund se quede con él. No quiero que Richard, mi nombre…

(risas)

LYSTERCUÁQUERO: *(a tempo)*. Pero el que me hurta mi buen nombre…

STEPHEN: *(stringendo)*. Ha escondido su propio nombre, un hermoso nombre, William, en los dramas, aquí un comparsa, allí un bufón, como un pintor de la antigua Italia escondiendo su cara en un rincón oscuro de su lienzo. Lo ha revelado en los sonetos donde hay Will de sobra. Como John O'Gaunt, su nombre le es caro, tan caro como el escudo que obtuvo a fuerza de adular, sobre banda de sable una lanza con punta argentada, honorificabilitudinitatibus, más caro que su gloria del mayor sacude-escenas del país. ¿Qué hay en un nombre? Eso es lo que nos preguntamos en la niñez cuando escribimos el nombre que nos dicen que es el nuestro. Una estrella, una estrella diurna, un meteoro surgió en su nacimiento. Brillaba de día en los cielos,

solo, más claro que Venus de noche, y de noche brillaba sobre la Delta de Casiopea, la constelación recumbente que es la firma de su inicial entre las estrellas. Sus ojos lo observaron, bajo sobre el horizonte, al este de la Osa, al caminar por los soñolientos campos de verano a medianoche, volviendo de Shottery y de los brazos de ella.

Los dos satisfechos. Yo también.

No les digas que tenía nueve años cuando se extinguió.

Y de los brazos de ella.

Espera a ser cortejado y conquistado. Eso es, bobo. ¿Quién te va a cortejar?

Lee los cielos. *Autontimerumenos. Bous Stephanoumenos*. ¿Dónde está tu configuración? Stephen, Stiven, de los que viven. *S. D.: sua donna. Già: di lui. Gelindo risolve di non amar S. D.*

—¿Qué es eso, señor Dedalus? —preguntó el bibliotecario cuáquero—. ¿Era un fenómeno celeste?

—Una estrella de noche —dijo Stephen—, una columna de nube de día.

¿Qué más hay que decir?

Stephen miró su sombrero, su bastón, sus botas.

Stephanos, mi corona. Mi espada. Sus botas me están echando a perder la forma de los pies. Cómprate un par. Agujeros en mis calcetines. Un pañuelo también.

—Hace usted buen uso del nombre —admitió John Eglinton—. Su propio nombre es bastante extraño. Supongo que explica su humor fantasioso.

A mí, Magee y Mulligan.

Fabuloso artífice, el hombre semejante al halcón. Volaste. ¿A dónde? Newhaven-Dieppe, pasajero de tercera. París y vuelta. Avefría. Ícaro. *Pater, ait*. Empapado de mar, caído, a la deriva. Avefría eres. Avefría sé.

El señor Best levantó el libro silenciasoafanoso para decir:

—Eso es muy interesante porque ese motivo del hermano, saben, lo encontramos también en los antiguos mitos irlandeses. Exactamente lo que dice usted. Los tres hermanos Shakespeare. En Grimm también, saben, los cuentos de hadas. El tercer hermano que se casa con la belleza durmiente y gana el mejor premio.

Mejor, *best* de los hermanos Best. Bueno, mejor, *best*.

El bibliotecario cuáquero se detuvo saltando cerca.

—Me gustaría saber —dijo— cuál hermano usted… Entiendo que usted sugiere que hubo una desviación de conducta con uno de los hermanos… ¿Pero quizá me estoy adelantando? Se sorprendió a sí *mismo infraganti;* miró a todos; se contuvo.

Un auxiliar llamó desde la entrada:

—¡Señor Lyster! El Padre Dineen quiere…

—¡Ah! ¡El Padre Dineen! Inmediatamente.

Rápidamente rectamente crujiente rectamente rectamente se marchó rectamente.

John Eglinton cruzó el florete.

—Vamos —dijo—. Oigamos qué tiene que decirnos usted de Richard y Edmund. Los ha dejado para el final, ¿no es verdad?

—Al pedirles que recordaran a esos dos nobles parientes, el tito Richard y el tito Edmund —respondió Stephen—, me doy cuenta de que les pido demasiado. Un hermano se olvida tan fácilmente como un paraguas.

Avefría.

¿Dónde está tu hermano? Gremio de los boticarios. Mi piedra de afilar. Él, luego Cranly, Mulligan: ahora éstos. Lenguaje, lenguaje. Pero actúa. Actúa lenguaje. Se burlan para ponerte a prueba. Actúa. Padece.

Avefría.

Estoy cansado de mi voz, la voz de Esaú. Mi reino por un trago.

Adelante.

—Dirán ustedes que esos nombres ya estaban en las crónicas de donde tomó el material de sus dramas. ¿Por qué tomó ésas en vez de otras? Richard, un jorobado hijodeputa, malnacido, le hace el amor a una recién viuda Ann (¿qué hay en un nombre?), la corteja y la conquista, una viuda alegre hijadeputa. Richard el conquistador, tercer hermano, llegó después de William el conquistado. Los otros cuatro actos de ese drama cuelgan flojamente de ese primero. De todos sus reyes, Richard es el único rey no protegido por la reverencia de Shakespeare, ángel del mundo. ¿Por qué la acción secundaria del *Rey Lear*, donde aparece Edmund, está tomada de la *Arcadia* de Sidney e incrustada en una leyenda céltica más vieja que la historia?

—Así era la costumbre de Will —defendió John Eglinton—. Ahora no combinaríamos una saga noruega con el resumen de una novela de George Meredith. *Que voulez-vous?* diría Moore. Él pone a Bohemia en la orilla del mar y hace que Ulises cite a Aristóteles.

—¿Por qué? —se contestó a sí mismo Stephen—. Porque el tema del hermano falso, o usurpador, o adúltero, o las tres cosas en uno, siempre lo tendrá consigo Shakespeare, lo que no le pasa con los pobres. La nota del destierro, destierro del corazón, resuena ininterrumpidamente desde *Los dos caballeros de Verona* en adelante, hasta que Próspero rompe su vara, la sepulta a varias brazas en la tierra y sumerge su libro. Se redobla en la mitad de su vida, se refleja en otra, se repite, prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe. Se repite otra vez cuando está cerca de la tumba, cuando su hija casada Susan, de tal palo tal astilla, es acusada de adulterio. Pero fue el pecado original lo que oscureció su entendimiento, debilitó su voluntad y dejó en él una fuerte inclinación al mal. Las palabras son las de sus señorías los obispos de Maynooth: un pecado original y, como pecado original, cometido por otro en cuyo pecado ha pecado él también. Está entre las líneas de sus últimas palabras escritas, está petrificado en su lápida, bajo la cual no han de yacer los cuatro huesos de ella. El tiempo no lo ha marchitado. La belleza y la paz no lo han borrado. Está, en variedad infinita, en todas las partes del mundo que ha creado, en *Mucho ruido para nada*, dos veces en *Como gustéis*, en *La tempestad*, en *Medida por medida*, y en las demás obras que no he leído.

Se rió para liberar su mente de la servidumbre de su mente.

El juez Eglinton resumió.

—La verdad está a medio camino —afirmó—. Él es el fantasma y el príncipe. Es todo en todo.

—Lo es —dijo Stephen—. El muchacho del primer acto es el hombre maduro del quinto acto. Todo en todo. En *Cimbelino*, en *Othello*, es chulo y cornudo. Actúa y sufre. Enamorado de un ideal o de una perversión, mata, como José a la verdadera Carmen. Su intelecto inexorable es el Iago, loco de cuernos, deseando incesantemente que sufra el moro que hay en él.

—¡Cu-cú! *¡Cocu!* —cloqueó Cuck Mulligan con chulería—. ¡Oh palabra temible!

La oscura cúpula recibió, reverberó.

—¡Y qué personaje es Iago! —exclamó, impertérrito, John Eglinton—. Al fin y al cabo, tiene razón Dumas *fils* (¿o es Dumas *père*?). Después de Dios, Shakespeare es quien más ha creado.

—El hombre no le complace, ni tampoco la mujer —dijo Stephen—. Vuelve tras una vida de ausencia a ese punto de la tierra donde nació, donde estuvo siempre, hombre y niño, testigo silencioso, y allí, acabado el viaje de su vida, planta en la tierra su morera. Luego muere. Se acabó el movimiento. Unos enterradores sepultan a Hamlet *père* y Hamlet *fils*. Rey y príncipe por fin en la muerte, con música de fondo. Y, aunque asesinado y traicionado, es llorado por todos los tiernos corazones frágiles, porque, danés o dublinés, la pena por los muertos es el único marido de quien se niegan a divorciarse. Si les gusta el epílogo, mírenlo despacio: próspero Próspero, el hombre bueno recompensado, Lizzie, terroncito de amor del abuelito, y el tito Richie, el hombre malo arrebatado por la justicia poética al sitio a donde van los negros malos. Telón rápido. Encontró en el mundo exterior como real lo que estaba como posible en su mundo interior. Maeterlinck dice: *Si Sócrates se marcha hoy de casa encontrará al sabio sentado en su umbral. Si Judas sale esta noche, es hacia Judas hacia donde le llevarán sus pasos.* Toda vida consiste en muchos días, día tras día. Caminamos a través de nosotros mismos, encontrando ladrones, fantasmas, gigantes, viejos, jóvenes, esposas, viudas, cuñados adulterinos, pero siempre encontrándonos a nosotros mismos. El dramaturgo que escribió la edición folio de este mundo, y la escribió mal (nos dio primero la luz y el sol dos días después), el señor de las cosas como son, a quien los más romanos de los católicos llaman *dio boia*, dios verdugo, es indudablemente todo en todo en todos nosotros, mozo de establo y matarife, y sería chulo y cornudo también si no fuera porque en la economía del cielo, predicha por Hamlet, ya no hay más matrimonios, dado que el hombre glorificado, ángel andrógino, es esposa de sí misma.

—*Eureka!* —gritó Buck Mulligan—. *Eureka!*

Repentinamente hecho feliz, se levantó de un salto y alcanzó de una zancada la mesa de John Eglinton.

—¿Me permite? —dijo—. El Señor ha hablado a Malaquías.

Empezó a garrapatear en un papelito.

Llevarme unos papelitos del mostrador al salir.

—Los que están casados —dijo el señor Best, dulce heraldo—, todos, salvo uno, vivirán. Los demás se quedarán como están.

Rió, *bachelor* en soltería, por Eglinton Johannes, *bachelor* en letras.

Sin casar, sin ser favorecidos, cuidándose de trampas, por la noche ellos van hojeando con los dedos cada cual su edición *variorum* de *La doma de la furia*.

—Usted es un engaño —dijo rotundamente John Eglinton a Stephen—. Nos ha hecho recorrer todo este camino para enseñarnos un *ménage-à-trois*. ¿Cree usted en su propia teoría?

—No —dijo Stephen, prontamente.

—¿La va a escribir? —preguntó el señor Best—. Debería hacer un diálogo, ¿sabe?, como los diálogos platónicos que escribió Wilde.

John Eclecticon sonrió doblemente.

—Bueno, en ese caso —dijo— no veo por qué espera que le paguen por ello, puesto que usted mismo no lo cree. Dowden cree que hay algún misterio en *Hamlet* pero no quiere decir más. Herr Bleibtreu, ese que conoció Piper en Berlín, que está preparando la teoría de Rutland, cree que el secreto está escondido en la tumba de Stratford. Va a ir a ver al actual duque, dice Piper, y a demostrarle que su antepasado escribió esas obras. Será una sorpresa para Su Gracia. Pero él cree en su teoría.

Creo, Señor, ayuda mi incredulidad. Esto es, ¿ayúdame a creer o ayúdame a descreer? ¿Quién ayuda a creer? *Egomen*. ¿Quién a descreer? El otro tío.

—Usted es el único colaborador de *Dana* que pide piezas de plata. Además no sé nada del próximo número. Fred Ryan quiere espacio para un artículo sobre economía.

Tururú. Dos piezas de plata me prestó. Para sacarte adelante. Economía.

—Por una guinea —dijo Stephen— puede publicar esta entrevista.

Buck Mulligan se incorporó de su reír garrapatear reír; y entonces dijo gravemente, melificando malicia:

—Visité al bardo Kinch en su residencia estival de la calle Upper Mecklenburgh y le encontré sumergido en el estudio de la *Summa contra gentiles* en compañía de dos damas gonorreicas, Nelly la Fresca y Rosalie, la puta del muelle del carbón.

Se dispuso a marcharse.

—Ven, Kinch. Ven, errante Ængus de las aves.

Ven, Kinch, ya te has comido todo lo que dejamos. Sí, te serviré tus sobras y residuos.

Stephen se levantó.

La vida es muchos días. Éste se va a acabar.

—Nos vemos esta noche —dijo John Eglinton—. *Notre ami* Moore dice que Malachi Mulligan debe ir.

Buck Mulligan blandió su papelito y su jipijapa.

—Monsieur Moore —dijo—, conferenciante sobre letras francesas para la juventud de Irlanda. Allí estaré. Ven Kinch, los bardos deben beber. ¿Puedes andar derecho?

Riendo, él…

Empinar el codo hasta las once. Diversión de las Mil y Una Noches irlandesas.

Imbécil…

Stephen siguió a un imbécil…

Un día en la Biblioteca Nacional tuvimos una discusión. Shakes. Después. Su espalda de imbé: le seguí. Le piso los talones.

Stephen, saludando, luego todo mortecino, siguió a un bufón imbécil, una cabeza bien peinada, recién afeitada, saliendo de la celda en bóveda, a una abrumadora luz diurna sin pensamientos.

¿Qué he aprendido? ¿De ellos? ¿De mí? Andar como Haines ahora.

La sala de los lectores constantes. En el registro de lectores Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell parrafea sus polisílabos. Ítem: ¿estaba loco Hamlet? La cholla del cuáquero con un curapio en charla de libros.

—Sí, por favor… Tendré muchísimo gusto…

Divertido Buck Mulligan revirtió a sí mismo un murmullo gustoso, asintiéndose:

—Un trasero con gusto.

El torniquete.

¿Es ése?… ¿Sombrero con cinta azul…? ¿Escribiendo perezosamente…? ¿Qué? ¿Miró?

La balaustrada curva, Mincio deslizándose suave.

Puck Mulligan, con casco de jipi, bajó escalón tras escalón, canturreando yámbicamente:

John Eglinton, mi Jo, John,
cásate por compasión.

Esputó al aire:

—¡Ah el chino sin mentón! Chin Chong Eg Lin Ton. Fuimos por ese teatrillo que tienen, Haines y yo, en el local de los fontaneros. Nuestros actores están creando un nuevo arte para Europa, como los griegos o *Monsieur* Maeterlinck. ¡Teatro Abbey! Huelo el sudor púbico de los monjes.

Escupió de fogueo.

Olvidado: no más de lo que él olvidó los latigazos que le dio la piojosa Lucy. Y dejó a *la femme de trente ans*. ¿Y por qué no nacieron más hijos? ¿Y el primer hijo una hija? *Esprit de l'escalier*. Vuelve atrás.

El agrio recluso sigue ahí (tiene su porción) y el dulce mozalbete, mancebito de placer, claro pelo acariciable de Fedón.

Ah… nada más… quería… se me olvidó… este…

—Longworth y Mac Curdy Atkinson estaban ahí…

Puck Mulligan zapateó cuidadosamente, trinando:

Si escucho que me llaman por ahí
o que al pasar un quinto habla de mí,
mis pensamientos van en procesión
hacia el gran F. Mac Curdy Atkinson,
famoso por su pata artificial,
y hacia el filibustero en delantal
cuya sed nunca halló satisfacción,
Magee, el hombre de cara sin mentón:
porque tenían de casarse horror,
se masturbaban a más y mejor.

Sigue con las burlas. Conócete a ti mismo.

Detenido debajo de mí, me mira, inquisitivo. Me detengo.

—Fúnebre farsante —gimió Buck Mulligan—. Synge ha dejado de vestirse de luto para estar como la naturaleza. Sólo los cuervos, los curas y el carbón inglés son negros.

Una risa le danzó por los labios.

—Longworth tiene ganas de vomitar —dijo— después de lo que escribiste sobre esa vieja bruja Gregory. ¡Ah, tú, borracho judijesuita inquisicional! Ella te consigue un empleo en el periódico y entonces allá que vas y le echas abajo sus beaterías. ¿No lo podrías hacer con un toque a lo Yeats?

Siguió adelante, bajando, haciendo muecas, salmodiando con graciosa agitación de brazos:

—El libro más hermoso que ha salido de nuestro país en mi tiempo. Uno piensa en Homero.

Se detuvo al pie de la escalera.

—He concebido una comedia para los farsantes —dijo solemnemente.

El vestíbulo con columnas moriscas, sombras entrelazadas. Se acabó la danza morisca de las nueve con gorros de exponentes.

Con voces dulcemente variables Buck Mulligan leyó su tablilla:

Cada Cual Su Propia Mujer
o
Una Luna de Miel en la Mano
(una inmoralidad nacional en tres orgasmos).
Por

Volvió a Stephen un hocico feliz de bufón, diciendo:

—El disfraz, me temo, es transparente. Pero escucha.

Leyó, *marcato*:

—Personajes:

TOBY ALLAVÁ (un polaco muy corrido)
LADILLO (un guardabosques)
DICK, ESTUDIANTE DE MEDICINA
y
DAVY, ESTUDIANTE DE MEDICINA (dos pájaros de un tiro)
ABUELA GROGAN (una aguadora)
NELLY LA FRESCA
y
ROSALIE (la puta del muelle del carbón).

Se rió, balanceando una cabeza balanceante, siguiendo adelante, seguido por Stephen: y jubilosamente dijo a las sombras, almas de hombres:

—¡Oh, aquella noche en Camden Hall cuando las hijas de Erín tuvieron que levantarse las faldas para pasar por encima de ti, que estabas tumbado en tu vómito color morera, multicolor, multitudinario!

—El más inocente hijo de Erín —dijo Stephen— por quien jamás se las levantaron.

A punto de salir por la puerta, notando alguien detrás, se echó a un lado.

Separarse. Ahora es el momento. ¿Dónde luego? Si Sócrates se marcha hoy de casa, si Judas sale esta noche. ¿Por qué? Eso está en el espacio a que debo llegar con el tiempo, ineluctablemente.

Mi voluntad: su voluntad que se me pone delante. Mares entre medio.

Un hombre salió entre ellos, inclinándose, saludando.

—Buenos días otra vez —dijo Buck Mulligan.

El pórtico.

Aquí observé las aves en busca de augurios. Ængus de las aves. Van y vienen. Anoche volé. Volé fácilmente. Los hombres se extrañaban. Calle de las putas después. Un melón cremoso me alargó. Dentro. Ya verá.

—El judío errante —susurró Buck Mulligan con respeto de payaso—. ¿Viste sus ojos? Te miró con lujuria por ti. Por vos temo, oh viejo marinero. Ah, Kinch, vos estáis en peligro. Buscaos un refuerzo para los calzones.

Modales de Oxenford.

Día. Sol carretilla sobre arco de puente.

Una espalda oscura andaba delante de ellos. Paso de leopardo, bajando, saliendo por la verja, bajo dardos de las rejas.

Ellos siguieron.

Oféndeme todavía. Sigue hablando.

Un aire benévolo definía los ángulos de las casas en la calle Kildare. Nada de pájaros. Frágiles, desde lo alto de las casas, dos penachos de humo subían, despenachándose, y eran barridos suavemente en un soplo de suavidad.

Cesa de esforzarte. Paz de los sacerdotes druídicos de Cimbelino; hierofánticos; desde la ancha tierra un altar.

Loemos a los dioses
y que nuestros humos en volutas suban hasta sus narices
desde nuestros sagrados altares.

[10]

El superior, el Muy Reverendo John Conmee, S. J., volvió a meterse el liso reloj en el bolsillo interior mientras bajaba los escalones del presbiterio. Las tres menos cinco. Justo el tiempo para ir andando a Artane. Por cierto, ¿cómo se llamaba ese muchacho? Dignam, sí. *Vere dignum et justum est*. El Hermano Swan era la persona que ver. La carta del señor Cunningham. Sí. Hacerle quedar contento, si es posible. Buen católico practicante: útil en la época de las misiones.

Un marinero con una pierna de menos, balanceándose hacia adelante en perezosas sacudidas de sus muletas, gruñía unas notas. Se paró en una sacudida ante el convento de las Hermanas de la Caridad y extendió una gorra de visera puntiaguda pidiendo limosna al Muy Reverendo John Conmee, S. J. El Padre Conmee le bendijo dejándole plantado al sol, pues su bolsa contenía, bien lo sabía él, una sola corona de plata.

El Padre Conmee cruzó a Mountjoy Square. Pensó, pero no por mucho tiempo, en soldados y marineros, cuyas piernas habían sido cortadas por balas de cañón, yendo a acabar sus días en algún asilo de mendigos, y en las palabras del Cardenal Wolsey: *Si hubiera servido yo a mi Dios como he servido a mi rey no me habría abandonado en los días de mi vejez*. Caminaba a la sombra arborescente de hojas que guiñaban sol: hacia él se acercó la esposa del señor David Sheehy, Miembro del Parlamento.

—Muy bien, de veras, Padre. ¿Y usted, Padre?

El Padre Conmee estaba maravillosamente bien, de veras. Iría probablemente a Buxton a tomar las aguas. Y los chicos, ¿les iba bien en Belvedere? ¿Ah, sí? El Padre Conmee se alegraba muchísimo de saberlo. ¿Y el propio señor Sheehy? Todavía en Londres. El Parlamento seguía todavía en sesión, claro que sí. Un tiempo estupendo que hacía, realmente delicioso. Sí, era muy probable que viniera otra vez a predicar el Padre Bernard Vaughan. Ah sí, un éxito enorme. Un hombre extraordinario, realmente.

El Padre Conmee estaba muy contento de ver que la esposa del señor David Sheehy, Miembro del Parlamento, tenía tan buen aspecto y rogaba que le enviara recuerdos al señor David Sheehy, Miembro del Parlamento. Sí, claro que haría una visita.

—Adiós, señora Sheehy.

El Padre Conmee, al despedirse, inclinó su sombrero de seda hacia las cuentas de azabache de la mantilla de ella brillando en tinta al sol. Y volvió a sonreír al marcharse. Se había limpiado los dientes, lo sabía, con pasta de nuez de palma.

El Padre Conmee siguió andando y, mientras andaba, sonreía, pues pensaba en el Padre Bernard Vaughan con sus ojos cómicos y su acento *cockney*.

—¡Pilatos! ¿Por qué no echa atrás a esa turba aullante?

Hombre con mucho celo, sin embargo. De veras que sí. Y realmente hacía mucho bien a su manera. Sin duda ninguna. Amaba a Irlanda, decía, y amaba a los irlandeses. De buena familia también, ¿quién lo diría? Eran de Gales, ¿no?

Ah, no se fuera a olvidar. Esa carta al Padre Provincial.

El Padre Conmee detuvo a tres pequeños colegiales en la esquina de Mountjoy Square. Sí: eran de Belvedere. La casita: ah. ¿Y eran buenos chicos en la escuela? Oh. Eso estaba muy bien. ¿Y él cómo se llamaba? Jack Sohan. ¿Y el otro? Gah. Gallaher. ¿Y el otro hombrecito? Se llamaba Brunny Lynam. Ah, un nombre muy bonito.

El Padre Conmee se sacó una carta del pecho y se la dio al señorito Brunny Lynam, señalando el buzón rojo en la esquina de la calle Fitzgibbon.

—Pero ten cuidado no te vayas a echar dentro del buzón, gran hombre —dijo.

Los chicos seisojearon al Padre Conmee y se rieron.

—Ah, Padre.

—Bueno, vamos a ver si sabes echar una carta —dijo el Padre Conmee.

El señorito Brunny Lynam cruzó corriendo la calle y echó la carta del Padre Conmee al Padre Provincial en la boca del buzón rojo, el Padre Conmee sonrió y asintió y sonrió y siguió andando por el lado este de Mountjoy Square.

El señor Denis J. Maginni, profesor de danza, etc., con chistera, levita color pizarra con vueltas de seda, plastrón blanco, pantalones ajustados color lavanda, guantes canario y botas puntiagudas de charol, caminando con grave porte, se desvió muy respetuosamente hacia el bordillo cediendo el paso a Lady Maxwell en la esquina de Dignam's Court.

¿No era aquella la señora MacGuinness?

La señora MacGuinness, solemne, de pelo plateado, se inclinó hacia el Padre Conmee desde la acera de enfrente por donde navegaba. Y el Padre Conmee sonrió y saludó. ¿Cómo estaba?

Un hermoso porte tenía. Como María, reina de Escocia, algo así. Y pensar que era una prestamista. ¡Vaya, vaya! Con ese… ¿cómo lo diría él?… con ese aire de reina.

El Padre Conmee bajó por la calle Great Charles y lanzó una ojeada a la iglesia protestante, toda cerrada, a su izquierda. Hablará (D. V.) el Reverendo T. R. Green, B. A. El incumbente, le llamaban. Entendía que le incumbía decir unas pocas palabras. Pero había que tener caridad. Ignorancia invencible. Actuaban conforme a sus luces.

El Padre Conmee dobló la esquina y caminó por la Circunvalación Norte. Era sorprendente que no hubiera una línea de tranvía en una arteria tan importante. Claro que tendría que haberla.

Una bandada de escolares con carteras cruzó desde la calle Richmond. Todos se levantaron las gorras arrugadas. El Padre Conmee les saludó repetidamente con benignidad. Chicos de los Hermanos Cristianos.

El Padre Conmee olió incienso a mano derecha mientras andaba. La iglesia de San José, Portland Row. Para ancianas virtuosas. El Padre Conmee se levantó el

sombrero hacia el Santísimo Sacramento. Virtuosas: pero algunas veces también eran de mal carácter.

Cerca del palacio Aldborough, el Padre Conmee pensó en aquel noble derrochón. Y ahora era una oficina o algo así. El Padre Conmee empezó a andar por North Strand Road y fue saludado por el señor William Gallagher, que estaba en la entrada de su tienda. El Padre Conmee saludó al señor William Gallagher y percibió los olores que lanzaban hojas de tocino y amplias bolas de manteca. Pasó por delante del estanco de Grogan, en que se apoyaban tablones de noticias diciendo de una terrible catástrofe en Nueva York. En América siempre estaban pasando esas cosas. Gente con mala suerte, morir así, sin preparación. Sin embargo, un acto de contrición perfecta.

El Padre Conmee pasó delante de la taberna de Daniel Bergin, ante cuyos cristales vagueaban dos desocupados. Le saludaron y fueron saludados.

El Padre Conmee pasó delante de la funeraria de H. J. O'Neill donde Corny Kelleher alineaba cifras en el libro diario mientras mascaba una brizna de heno. Un guardia en su ronda saludó al Padre Conmee y el Padre Conmee saludó al guardia. En Youkstetter, la salchichería, el Padre Conmee observó los embutidos, blancos y negros y rojos, extendidos limpiamente curvados en tubos.

Amarrada bajo los árboles de Charleville Mall, el Padre Conmee vio una barcaza de turba, a su lado un caballo de sirga con la cabeza colgando, y un barquero con un sombrero de paja sucio sentado a bordo, fumando y mirando fijamente una rama de chopo encima de él. Era algo idílico: y el Padre Conmee reflexionó sobre la providencia del Creador que había hecho que la turba estuviera en los pantanos donde los hombres pudieran sacarla y llevarla a ciudades y aldeas para encender fuego en las casas de los pobres.

En el puente de Newcomen el Muy Reverendo John Conmee, S. J., de la iglesia de San Francisco Javier, calle Upper Gardiner, subió a un tranvía en dirección a las afueras.

De un tranvía en dirección al centro se apeó el Reverendo Nicholas Dudley, C. C., de la iglesia de Santa Ágata, calle North William, hacia el puente Newcomen.

En el puente Newcomen el Padre Conmee subió a un tranvía en dirección a las afueras, pues no le gustaba atravesar a pie la triste calle a lo largo de Mud Island.

El Padre Conmee se sentó en un rincón del tranvía, el billete azul encajado con cuidado en el ojal de un regordete guante de cabritilla, mientras cuatro chelines, una moneda de seis peniques y otros cinco peniques caían a su portamonedas desde su otra palma regordeta de guante. Al pasar por delante de la iglesia cubierta de hiedra, reflexionó que el inspector de los billetes solía hacer la visita cuando uno había tirado descuidadamente el billete. La solemnidad de los ocupantes del coche le pareció excesiva al Padre Conmee para un trayecto tan corto y barato. Al Padre Conmee le gustaba un decoro alegre.

Era un día tranquilo. El caballero con gafas enfrente del Padre Conmee había acabado una explicación y tenía los ojos bajos. Su mujer, suponía el Padre Conmee. Un diminuto bostezo abrió la boca a la mujer del caballero de gafas. Levantó su pequeño puño enguantado, bostezó con la mayor suavidad, dándose golpecitos en la boca abierta con su pequeño puño enguantado y sonrió diminutamente, dulcemente.

El Padre Conmee percibió su perfume en el tranvía. Percibió también que el hombre torpe de al otro lado de ella estaba sentado en el borde del asiento.

El Padre Conmee en la balaustrada del altar tenía dificultades para ponerle la hostia en la boca al viejo torpe que tenía la cabeza temblorosa.

En el puente Annesley se detuvo el tranvía y, cuando estaba a punto de arrancar, una anciana se levantó de repente de su asiento para apearse. El cobrador tiró de la correa del timbre para hacerle detener el tranvía. Ella se marchó con su cesta y una red de compras; y el Padre Conmee vio que el cobrador la ayudaba a bajar a ella y la cesta y la red; y el Padre Conmee pensó que, como ella casi se había pasado del final del trayecto de a penique, era una de esas buenas almas a las que siempre hay que decirles dos veces *vaya en paz, hija mía*, que ya han recibido la absolución, *rece por mí*. Pero tenían tantos disgustos en la vida, tantas preocupaciones, pobres criaturas.

Desde los carteles, el señor Eugene Stratton sonreía al Padre Conmee con gordos labios de negro.

El Padre Conmee pensó en las almas de negros y pardos y amarillos y en su sermón de San Pedro Claver S. J. y las misiones en África y la propagación de la fe y los millones de almas negras y pardas y amarillas que no habían recibido el bautismo de agua cuando les llegaba su última hora como un ladrón en la noche. Aquel libro del jesuita belga, *Le nombre des élus*, le parecía al Padre Conmee una tesis razonable. Eran millones de almas humanas creadas por Dios a Su imagen y semejanza, a las que no se les había llevado la fe (D. V.). Pero eran almas de Dios creadas por Dios. Le parecía al Padre Conmee una lástima que se perdieran todas, un desperdicio, si pudiera decirse.

En la parada de Howth Road se apeó el Padre Conmee, fue saludado por el cobrador y saludó a su vez.

El camino de Malahide estaba tranquilo. Le gustaba al Padre Conmee, el camino y el nombre. Campanas de Alegría repicaban en el alegre Malahide. Lord Talbot de Malahide, Lord Almirante de Malahide y los mares circundantes como heredero inmediato. Luego vino la llamada a las armas, y ella fue doncella, esposa y viuda en un día. Aquellos eran días del mundo antiguo, tiempos de lealtad en alegres villas, viejos tiempos en la baronía.

El Padre Conmee, caminando, pensaba en su librito *Viejos tiempos en la Baronía*, y en el libro que podría escribirse sobre las casas de jesuitas y sobre Mary Rochfort, hija de Lord Molesworth, primera condesa de Belvedere.

Una dama desganada, ya no joven, paseaba sola por la orilla del Lough Ennel, Mary, primera condesa de Belvedere, desganadamente caminando en el atardecer, sin

sobresaltarse cuando se zambullía una nutria. ¿Quién podría saber la verdad? ¿Ni el celoso Lord Belvedere ni su confesor, si ella no había cometido plenamente adulterio, *eiaculatio seminis inter vas naturale mulieris*, con el hermano de su marido? Se confesaría a medias si no había pecado del todo, como hacían las mujeres. Sólo lo sabía Dios y ella y él, el hermano de su marido.

El Padre Conmee pensó en esa tiránica incontinencia, necesaria sin embargo para la raza de los hombres en la tierra, y en que los caminos del Señor no eran nuestros caminos.

Micer John Conmee caminando se movía en tiempos de antaño. Era humanitario y recibía allí honores. Llevaba en su mente secretos confesados y sonreía a nobles rostros sonrientes en un salón con cera de abejas, de techos enguirnaldados de frutas maduras. Y las manos de una esposa y un esposo, noble con noble, eran unidas, palma con palma, por Micer John Conmee.

Hacía un día encantador.

La cancilla de un campo enseñaba al Padre Conmee extensiones de coles, que le hacían reverencias con amplias hojas inferiores. El cielo le mostraba un rebaño de nubecillas blancas avanzando lentamente viento abajo. *Moutonner*, decían los franceses. Una palabra casera y justa.

El Padre Conmee, leyendo su oficio, observaba un rebaño de nubes-*moutons* sobre Rathcoffey. Sus tobillos de finos calcetines eran cosquilleados por el rastrojo del campo de Clongowes. Andaba por allí, leyendo en el atardecer, y oía los gritos de los grupos de chicos jugando, gritos jóvenes en el atardecer tranquilo. Él era su rector: su reinado era benigno.

El Padre Conmee se quitó los guantes y sacó su breviario de cantos rojos. Una señal de marfil le decía la página.

Nona. Debería haber leído eso antes del almuerzo. Pero había venido Lady Maxwell.

El Padre Conmee leyó en tono secreto Pater y Ave y se santiguó sobre el pecho. *Deus in adiutorium*.

Caminó tranquilamente leyendo en silencio nona, caminando y leyendo hasta que llegó a *Res* en *Beati immaculati*:

Principium verborum tuorum veritas: in eternum omnia iudicia iustitiae tuae.

Un joven sofocado salió de una grieta en un cercado y tras de él salió una joven llevando en la mano margaritas silvestres que asentían. El joven se levantó la gorra bruscamente: la joven se inclinó bruscamente y con lento cuidado se quitó una ramita agarrada a su falda clara.

El Padre Conmee les bendijo a los dos gravemente y pasó una fina página de su breviario. *Sin*:

Principes persecuti sunt me gratis: et a verbis tuis formidavit cor meum.

* * *

Corny Kelleher cerró su largo libro diario y echó una mirada con sus ojos caídos a una tapa de ataúd de pino puesta de centinela en un rincón. Se estiró incorporándose, se acercó a ella y, haciéndola girar sobre el eje, observó su forma y sus adornos de latón. Mordiendo su brizna de heno, puso a un lado la tapa de ataúd y salió a la puerta. Allí inclinó el ala del sombrero para dar sombra a los ojos y se apoyó contra el quicio, mirando afuera ociosamente.

El Padre John Conmee subió al tranvía de Dollymount en el puente de Newcomen.

Corny Kelleher cruzó sus grandes botas y miró largamente, el sombrero echado adelante, mascando su brizna de heno.

El guardia 57C, en su ronda, se detuvo a perder un rato.

—Hace muy buen día, señor Kelleher.

—Ya lo creo —dijo Corny Kelleher.

—Mucho bochorno —dijo el guardia.

Corny Kelleher disparó un silencioso chorro de jugo de heno desde la boca mientras un generoso brazo blanco lanzaba una moneda desde una ventana de la calle Eccles.

—¿Qué hay de bueno? —preguntó.

—Anoche vi a esa determinada persona —dijo el guardia en voz baja.

* * *

Un marinero con una pierna de menos dobló la esquina de MacConnell sobre sus muletas, contorneando el carro de helados de Rabaiotti, y entró a sacudidas por la calle Eccles. De mal humor gruñó hacia Larry O'Rourke, en mangas de camisa a su puerta:

—*Por Inglaterra*…

Con una sacudida violenta adelantó a Katey y Boody Dedalus, se detuvo y gruñó:

—… *el hogar y la belleza*.

A la cara de J. J. O'Molloy, blanca y consumida de preocupaciones, le dijeron que estaba el señor Lambert en el almacén con un visitante.

Una gruesa señora se detuvo, sacó del bolso una moneda de cobre y la dejó caer en la gorra extendida hacia ella. El marinero gruñó gracias y lanzó una ojeada agria a las ventanas desatentas; abatió la cabeza y avanzó a sacudidas cuatro zancadas.

Se detuvo y gruñó iracundo:

—*Por Inglaterra*…

Dos golfillos descalzos, chupando largos bastones de regaliz, se detuvieron cerca de él, mirándole el muñón con las bocas abiertas babeando amarillo.

Él se balanceó hacia delante en vigorosas sacudidas, se detuvo, levantó la cabeza hacia una ventana y ladró con voz profunda:

—… *el hogar y la belleza*.

El alegre y dulce trino que silbaba desde dentro avanzó un compás o dos y cesó. Se corrió a un lado la cortina de la ventana. Un letrero *habitaciones sin amueblar* se deslizó de la ventana de guillotina y cayó. Un grueso brazo generosamente desnudo resplandeció y se hizo visible, saliendo del canesú de una enagua con tensas hombreras. Una mano de mujer lanzó una moneda por encima de la verja de delante. Cayó en la acera.

Uno de los golfillos corrió hacia ella, la recogió y la echó en la gorra del ministril, diciendo:

—Aquí tiene, señor.

* * *

Katey y Boody Dedalus entraron empujando la puerta de la cocina llena de vapor.

—¿Colocaste los libros? —preguntó Boody.

Maggy, ante el fogón, empujó hacia abajo dos veces con la paleta una masa gris bajo espuma burbujeante y se limpió la frente.

—No quisieron dar nada por ellos —dijo.

El Padre Conmee caminaba por el campo de Clongowes, sus tobillos de finos calcetines cosquilleados por el rastrojo.

—¿Dónde probaste? —preguntó Boody.

—En MacGuinness.

Boody dio un pisotón y tiró la cartera sobre la mesa.

—¡Así reventase la caragorda! —gritó.

Katey se acercó al fogón y atisbó con los ojos bizcos.

—¿Qué hay en la olla? —preguntó.

—Camisas —dijo Maggy.

Boody gritó con ira:

—¡Qué asco! ¿No tenemos nada que comer?

Katey, levantando la tapa de la cazuela con un pico de su falda manchada, preguntó:

—¿Y qué hay aquí?

Una pesada humareda se exhaló en respuesta.

—Sopa de guisantes —dijo Maggy.

—¿De dónde la sacaste? —preguntó Katey.

—La Hermana Mary Patrick —dijo Maggy.

El portero tocó su campanilla.

—¡Talán!

Boody se sentó a la mesa y dijo hambrienta:

—Échanos aquí.

Maggy echó espesa sopa amarilla de la cazuela a un cuenco. Katey, sentada enfrente de Boody, dijo suavemente, mientras se llevaba a la boca con la punta del dedo unas migas sueltas:

—Menos mal que tenemos esto. ¿Dónde está Dilly?

—Ha ido a buscar a padre —dijo Maggy.

Boody, partiendo grandes pedazos de pan en la sopa amarilla, añadió:

—Padre nuestro que no estás en los cielos.

Maggy, echando sopa amarilla en el cuenco de Katey, exclamó:

—¡Boody! ¡Qué vergüenza!

Un barquichuelo, un prospecto arrugado, Elías viene, bogaba ligeramente Liffey abajo, bajo el puente de Circunvalación, disparándose por los rápidos donde el agua se arremolinaba en torno de barcos y cadenas de anclas, entre el embarcadero viejo de la Aduana y el muelle de George.

* * *

La chica rubia en la tienda de Thornton cubrió el fondo del cesto de mimbre con fibras crujientes. Blazes Boylan le alargó la botella envuelta en papel de seda rosa y un tarrito.

—Ponga esto primero, ¿quiere? —dijo.

—Sí, señor —dijo la chica rubia—, y la fruta encima.

—Así va bien, queda estupendo —dijo Blazes Boylan.

Ella puso en orden gruesas peras, bien arregladas, cabeza contra rabo, y por en medio maduros albaricoques ruborosos.

Blazes Boylan paseaba de un lado para otro, con zapatos claros nuevos, por la tienda olorosa a fruta, levantando frutas, jóvenes tomates rojos jugosos arrugados y gordos, olfateando olores.

H. E. L. Y. 'S desfilaron por delante de él, enchisterados de blanco, cruzando la bocacalle de Tangier, avanzando pesadamente hacia su meta.

Se volvió de pronto, desde un cestito de fresas, sacó un reloj de oro del bolsillo del chaleco y lo extendió a todo lo largo de la cadena.

—¿Puede mandarlo por tranvía? ¿Ahora?

Una figura de espalda oscura bajo el arco de Merchant examinaba los libros en el carro de un vendedor ambulante.

—Claro que sí, señor. ¿Es en la ciudad?

—Ah, sí —dijo Blazes Boylan—. A diez minutos.

La chica rubia le tendió un bloc y lápiz.

—¿Hace el favor de escribir la dirección, señor?

Blazes Boylan escribió en el mostrador y empujó el bloc hacia ella.

—Mándelo en seguida, por favor —dijo—. Es para una persona inválida.

—Sí, señor. Sin falta, señor.

Blazes Boylan tintineó alegre dinero en el bolsillo del pantalón.

—¿Cuánto son mis pérdidas? —preguntó.

Los finos dedos de la chica rubia calcularon las frutas.

Blazes Boylan miró dentro del escote de la blusa. Una pollita. Tomó un clavel rojo del alto tallo de cristal.

—¿Éste para mí? —preguntó con galantería.

La chica rubia le lanzó una ojeada de medio lado, ruborosa: un tipo arreglado a la última, con la corbata un poco torcida.

—Sí, señor —dijo.

Inclinándose con malicia volvió a calcular gruesas peras y ruborosos albaricoques.

Blazes Boylan miró dentro de su blusa con más complacencia, el tallo de la flor roja entre sus dientes sonrientes.

—¿Puedo decir unas palabritas por su teléfono, señorita mía? —preguntó con picardía.

* * *

—*Ma!* —dijo Almidano Artifoni.

Por encima del hombro de Stephen observaba la cholla juanetuda de Goldsmith.

Dos coches llenos de turistas pasaron lentamente, con sus mujeres sentadas delante, agarrándose sin disimulo a los brazales. Caras pálidas. Brazos de hombres sin disimulo alrededor de sus formas encogidas. Pasaron las miradas desde Trinity al ciego pórtico columnado del Banco de Irlanda donde arrullaban las palomas.

—*Anch'io ho avuto ni queste idee* —dijo Almidano Artifoni—, *quand'ero giovine come Lei. Eppoi mi sono convinto che il mondo è una bestia. È peccato. Perchè la sua voce… sarebbe un cespite di rendita, via. Invece, Lei si sacrifica*.

—*Sacrifizio incruento* —dijo Stephen sonriendo, meciendo su bastón en lento vaivén desde su centro, ligeramente.

—*Speriamo* —dijo la redonda cara bigotuda agradablemente— *Ma, dia retta a me. Ci rifletta*.

Junto a la severa mano de piedra de Grattan, que ordenaba alto, un tranvía de Inchicore descargó dispersos soldados *highlanders* de una banda.

—*Ci rifletterò* —dijo Stephen, bajando su mirada por la sólida pernera del pantalón.

—*Ma sul serio, eh?* —dijo Almidano Artifoni.

Su pesada mano tomó firmemente la de Stephen. Ojos humanos. Miraron con curiosidad un instante y se volvieron rápidamente hacia un tranvía de Dalkey.

—*Eccolo* —dijo Almidano Artifoni con amigable prisa—. *Venga a trovarmi e ci pensi. Addio, caro*.

—*Arrivederla, maestro* —dijo Stephen, levantando el sombrero cuando tuvo la mano libre—. *E grazie*.

—*Di che?* —dijo Almidano Artifoni—. *Scusi, eh? Tante belle cose!*

Almidano Artifoni, levantando como señal una batuta de música enrollada, trotó con sus robustos pantalones tras el tranvía de Dalkey. En vano trotó, haciendo señales

en vano entre la turba de escoceses de rodillas al aire que metían de matute instrumentos musicales a través de las verjas de Trinity.

⁎ ⁎ ⁎

La señorita Dunne escondió en lo hondo del cajón el ejemplar de *La mujer de blanco* de la biblioteca de la calle Capel y enrolló una hoja de llamativo papel de cartas en su máquina de escribir.

Tiene demasiados asuntos de misterio. ¿Está enamorado él de esa, de Marion? Cambiarlo y sacar otro de Mary Cecil Haye.

El disco bajó disparado por el surco, se tambaleó un momento, se detuvo y se les quedó mirando elocuentemente: seis.

La señora Dunne repiqueteó en el teclado:

—16 de junio de 1904.

Cinco hombres sandwich con altas chisteras blancas se deslizaron como una anguila entre la esquina de Monypeny y el pedestal donde no estaba la estatua de Wolfe Tone, haciendo girar H. E. L. Y. 'S, y se volvieron pesadamente atrás tal como habían venido.

Entonces ella se quedó mirando el gran cartel de Marie Kendall, encantadora vedette, y recostándose distraída, garrapateó en el bloc varios dieciséis y eses mayúsculas. Pelo color mostaza y mejillas empolvadas. No es guapa, ¿verdad? El modo cómo se levanta un poquito de falda. No sé si ése estará oyendo la banda esta noche. Si pudiera conseguir que esa modista me hiciera una falda acordeón como la de Susy Nagle. Resultan fenomenales. Shannon y todos los presumidos del club de remo no le quitaban los ojos a la de ella. Espero por lo más santo que no me tenga aquí plantada hasta las siete.

El teléfono le retumbó groseramente junto al oído.

—Aló. Sí, señor. No, señor. Les llamaré después de las cinco. Sólo esos dos, para Belfast y Liverpool. Muy bien. Entonces me puedo ir después de las seis si no ha vuelto usted. Seis y cuarto. Sí, señor. Veintisiete con seis. Se lo diré. Sí: uno, siete, seis.

Garrapateó tres cifras en un sobre.

—¡Señor Boylan! ¡Oiga! Ese señor del *Sport* estuvo buscándole. El señor Lenehan, eso es. Dijo que estará en el Ormond a las cuatro. No, señor. Sí, señor. Les llamaré después de las cinco.

⁎ ⁎ ⁎

Dos caras rosadas se volvieron al resplandor de la diminuta antorcha.

—¿Quién es? —preguntó Ned Lambert—. ¿Es Crotty?

—Ringabella y Crosshaven —contestó una voz, buscando a tientas dónde apoyar el pie.

—Hola, Jack, ¿eres tú mismo? —dijo Ned Lambert, levantando como saludo su listón flexible entre los arcos chispeantes— Vamos allá. Fijaos dónde pisáis.

La bengala, en la mano levantada del clérigo, se consumió en una larga llama suave y fue dejada caer. Su chispa roja murió a los pies de ellos: un aire mohoso se cerró a su alrededor.

—¡Qué interesante! —dijo en la tiniebla un refinado acento.

—Sí, señor —dijo animadamente Ned Lambert—. Nos encontramos en la histórica sala de consejos de la abadía de Santa María, donde Thomas *el Sedoso* se proclamó rebelde en 1534. Éste es el punto más histórico de todo Dublín. O'Madden Burke va a escribir algo sobre eso uno de estos días. El antiguo Banco de Irlanda estaba ahí enfrente hasta los tiempos de la unión y también el primer templo de los judíos estuvo aquí, antes de que construyeran la sinagoga ahí en Adelaide Road. Tú nunca habías estado aquí, ¿verdad, Jack?

—No, Ned.

—Bajó a caballo por Dame Walk —dijo el acento refinado—, si la memoria no me falla. La mansión de los Kildares estaba en Thomas Court.

—Eso es —dijo Ned Lambert—. Exactamente, señor.

—Entonces si tiene la bondad —dijo el clérigo— de permitirme la próxima vez quizá…

—Claro que sí —dijo Ned Lambert—. Traiga la cámara siempre que quiera. Yo haré quitar esos sacos de las ventanas. Puede tomarlo desde aquí o desde ahí.

En la luz aún débil, dio vueltas por alrededor, golpeando con el listón los sacos de semillas amontonados y los mejores puntos de vista en el suelo.

Una barba y una mirada fija colgaban de una cara larga sobre un tablero de ajedrez.

—Le estoy profundamente agradecido, señor Lambert —dijo el clérigo—. No quiero seguirle quitando su precioso tiempo.

—No faltaba más, señor —dijo Ned Lambert—. Venga por aquí siempre que le parezca. La semana que viene, digamos. ¿Ve usted?

—Sí, sí. Buenas tardes, señor Lambert. Mucho gusto de haberle conocido.

—El gusto es el mío, señor —contestó Ned Lambert.

Siguió a su visitante hasta la salida y luego hizo chascar el listón pasándolo por las columnas. Con J. J. O'Molloy, entró lentamente a la abadía de Santa María donde unos carreteros cargaban largos carros con sacos de harina de algarroba y de nuez de palma, O'Connor, Wexford.

Se detuvo para leer la tarjeta que tenía en la mano.

—Reverendo Hugh C. Love, Rathcoffey. Dirección actual: San Miguel, Sallins. Es un joven simpático. Está escribiendo un libro sobre los Fitzgerald, me dijo. Está muy enterado de historia, de veras.

La joven con lento cuidado se quitó una ramita agarrada a su falda clara.

—Creí que andaban en una nueva conspiración de la pólvora —dijo J. J. O'Molloy.

Ned Lambert chascó los dedos en el aire.

—¡Vaya por Dios! —gritó—. Me olvidé de decirle aquello del conde de Kildare después que pegó fuego a la catedral de Cashel. ¿Lo sabe? *Siento una burrada haberlo hecho,* dice, *pero juro por Dios que creí que estaba dentro el arzobispo.* A lo mejor no le habría gustado, sin embargo. ¿Qué? Vaya por Dios, de todos modos se lo voy a contar. Ése fue el gran conde, el Fitzgerald Mor. Sangre caliente tenían todos ellos, los Geraldines.

Los caballos ante los que pasaba se estremecieron nerviosamente bajo sus flojos arneses. Dio una palmada a un anca pía que tembloteaba cerca de él y gritó:

—¡Anda, hijito!

Se volvió a J. J. O'Molloy y preguntó:

—Bueno, Jack. ¿Qué es eso? Alguna molestia. Espera un poco. Aguanta sin moverte.

Con la boca abierta y la cabeza echada muy atrás, él se quedó quieto y, al cabo de un momento, estornudó ruidosamente.

—¡Achú! —dijo—. ¡Vete al demonio!

—El polvo de esos sacos —dijo J. J. O'Molloy con cortesía.

—No —jadeó Ned Lambert—, anoche he… pillado un resfriado… vete al demonio… anteanoche… y había mucha corriente …

Levantó el pañuelo preparado para el inminente…

—Estuve… esta mañana… el pobrecillo… como se llame… ¡Achú!… ¡Válgame Dios!

* * *

Tom Rochford tomó el disco de encima de la pila que apretaba contra su chaleco rosado.

—¿Ven? —dijo—. Digamos que sale el seis. Aquí dentro, vean. Número En Curso.

Para que lo vieran, lo deslizó en la ranura izquierda. Bajó disparado por el surco, se tambaleó un momento, se detuvo y se les quedó mirando elocuentemente: seis.

Abogados a la antigua, altaneros, perorantes, observaron pasar a Richie Goulding desde la oficina general de impuestos al tribunal Nisi Prius llevando la bolsa de Goulding, Collis y Ward, y oyeron a una anciana señora avanzando en frufús desde la Sección del Almirantazgo de la Procuradoría de la Corona hasta el Tribunal de Apelación, con dientes falsos que sonreían incrédulos y una falda de seda negra de gran amplitud.

—¿Ven? —dijo—. Ya ven cómo el último que he metido ha ido a parar ahí. Números Aparecidos. El impacto. Una palanca, ¿ven?

Les enseñó la columna de discos que iba subiendo a la derecha.

—Una buena idea —dijo Nosey Flynn, sorbiendo—. Así que uno que llegue tarde puede ver qué número está en curso y qué números han salido ya.

—¿Ven? —dijo Tom Rochford.

Deslizó un disco por su cuenta y lo observó dispararse, tambalearse, quedarse mirando elocuentemente: cuatro. Número En Curso.

—Le veré ahora en el Ormond —dijo Lenehan—, y le sondearé. Una buena jugada se merece otra.

—Eso es —dijo Tom Rochford—. Dile que estoy boylando de impaciencia.

—Adiós muy buenas —dijo bruscamente M'Coy—, cuando empezáis los dos…

Nosey Flynn se inclinó hacia la palanca, sorbiendo ante ella.

—Pero ¿cómo funciona aquí, Tommy? —preguntó.

—Abur —dijo Lenehan—. Hasta pronto.

Siguió a M'Coy cruzando la diminuta plaza de Crampton Court.

—Ése es un héroe —dijo con sencillez.

—Ya lo sé —dijo M'Coy—. Te refieres a la alcantarilla.

—¿Alcantarilla? —dijo Lenehan—. Era un pozo de registro.

Pasaron delante del music-hall de Dan Lowry, donde Marie Kendall, encantadora vedette, les sonrió desde un cartel una sonrisa empolvada.

Bajando por la acera de la calle Sycamore, junto al musichall del Empire, Lenehan enseñó a M'Coy cómo era todo el asunto. Uno de esos jodidos pozos de registro, como una tubería del gas, y allí se quedó el pobre diablo atascado abajo, medio asfixiado de los gases de las alcantarillas. Sin embargo, Tom Rochford bajó, con su chaleco de *bookie* y todo, con la cuerda alrededor. Y qué demonios, pero le echó la cuerda alrededor al pobre diablo y les izaron para arriba a los dos.

—Un acto heroico —dijo.

En el Dolphin se detuvieron para dejar que el coche ambulancia pasara al galope por delante de ellos hacia la calle Jervis.

—Por aquí —dijo, tirando a la derecha—. Quiero asomarme un momento a Lynam a ver la cotización de salida de *Cetro*. ¿Qué hora es en tu reloj y cadena de oro?

M'Coy atisbó en el sombrío despacho de Marcus Tertius Moses, y luego hacia el reloj de O'Neill.

—Las tres pasadas —dijo—. ¿Quién la monta?

—O. Madden —dijo Lenehan—. Una buena jaquita que es.

Mientras esperaba en Temple Bar, M'Coy apartó una cáscara de plátano con suaves empujones del pie desde la acera a un sumidero. Sería muy fácil que alguno se diera una mala caída al pasar por aquí bebido y de noche.

Las verjas de la avenida se abrieron de par en par para dar salida al cortejo del virrey.

—A la par —dijo Lenehan al volver—. Me tropecé con Bantam Lyons que iba ahí a apostar por un jodido caballo que alguien le ha aconsejado y no vale cuatro perras.

Por Aquí.

Subieron los escalones, pasando bajo el arco de Merchant. Una figura de espalda oscura examinaba los libros en el carro de un vendedor ambulante.

—Ahí está —dijo Lenehan.

—No sé qué estará comprando —dijo M'Coy, echando una ojeada atrás.

—*Leopoldo o La blusa de blondas* —dijo Lenehan.

—Está chiflado por los saldos —dijo M'Coy—. Estuve con él un día y le compró un libro a un viejo de la calle Liffey por dos chelines. Tenía unos grabados estupendos que valían el doble de dinero, con estrellas y la luna y cometas de cola larga. Era de astronomía.

Lenehan se río.

—Te voy a contar uno muy bueno sobre colas de cometas —dijo—. Pasemos al lado del sol.

Cruzaron el puente de hierro y siguieron por el muelle de Wellington junto al parapeto del río.

El señorito Patrick Aloysius Dignam salía de Mangan, sucesor de Fehrenbach, llevando una libra y media de chuletas de cerdo.

—Hubo un gran festín en el reformatorio de Glencree —dijo Lenehan con empeño—. El banquete anual, ya sabes. Cosa de pechera almidonada. Estaba allí el Lord Alcalde, que era Val Dillon, y Sir Charles Cameron y Dan Dawson habló y hubo música. Cantaron Bartell D'Arcy y Benjamin Dollard…

—Ya sé —intervino M'Coy—. Mi mujer cantó allí una vez.

—¿De veras? —dijo Lenehan.

Un letrero HABITACIONES SIN AMUEBLAR volvió a aparecer en la ventana de guillotina del número 7 de la calle Eccles. Detuvo su historia un momento, pero estalló en una risotada asmática.

—Pero espera que te cuente —dijo—. El banquete lo había preparado Delahunt, el de la calle Camden, y un servidor era el encargado en jefe del bebercio. Bloom y la mujer estaban allí. Nos pusimos morados: oporto y jerez y curaçao, a los que se hizo justicia ampliamente. A todo meter les entramos. Después de los líquidos vinieron los sólidos. Carne fiambre a tutiplén y empanadillas…

—Ya lo sé —dijo M'Coy—. El año que estuvo mi mujer…

Lenehan le apretó el brazo cálidamente.

—Pero espera que te cuente —dijo—. A medianoche también hicimos otra cenita después de toda la juerga y cuando arrancamos de allí eran las mil y gallos de la mañana de la resaca. De vuelta a casa hacía una espléndida noche de invierno como para las Montañas del Colchón. Bloom y Chris Callinan estaban en un lado del coche y yo con su mujer en el otro. Empezamos a cantar serenatas y dúos: *Ved, el primer fulgor del alba*. Ella iba más que colocada con su buena carga del oporto de Delahunt entre pecho y espalda. A cada sacudida que daba el coche ya la tenía viniéndoseme encima. ¡Placeres del demonio! Tiene ese buen par que Dios le dio. Así de grandes.

Extendió las manos cóncavas a un codo de distancia de él, frunciendo el ceño:

—Yo le arreglaba la manta por debajo y le colocaba bien el boa todo el tiempo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Sus manos modelaban amplias curvas de aire. Apretó fuerte los ojos con deleite, encogiendo el cuerpo, y sopló un dulce trino entre los labios.

—De todos modos, el chico andaba atento —dijo, con un suspiro—. Ella es una jaquita con mucho juego, no cabe duda. Bloom iba señalándoles a Chris Callinan y al cochero las estrellas y los cometas del cielo: la Osa Mayor y Hércules y el Dragón y toda la tira. Pero válgame Dios, yo me había perdido, como quien dice, en la Vía Láctea. Él las conoce todas, de veras. Por fin ella se fijó en un puntito de nada a no sé cuántas millas. *¿Y qué estrella es esa, Poldy?* dice. Válgame Dios, dejó a Bloom acorralado. *Ésa, ¿no?* dice Chris Callinan, *seguro que no es nada más que lo que se podría llamar un pinchazo*. Vaya que no daba muy lejos del blanco.

Lenehan se detuvo y se apoyó en el parapeto del río, jadeando de suave risa.

El blanco rostro de M'Coy sonrió y por momentos se fue poniendo serio. Lenehan echó a andar otra vez. Levantó su gorra de yate y se rascó deprisa la nuca. De medio lado, echó una ojeada a M'Coy a pleno sol.

—Es un hombre completo, de mucha cultura, ese Bloom —dijo seriamente—. No es uno de esos corrientes, un cualquiera… ya comprendes… Tiene algo de artista, ese viejo Bloom.

* * *

El señor Bloom pasaba perezosamente páginas de *Las terribles revelaciones de María Monk*, y luego de la *Obra maestra* de Aristóteles. Impresión torcida y echada a perder. Ilustraciones: niñitos encogidos en bola dentro de úteros rojos de sangre como hígados de vacas del matadero. Montones de ellos así en ese momento por todo el mundo. Todos golpeando con los cráneos para salir de ahí. Un niño nacido cada minuto en algún sitio. La señora Purefoy.

Dejó a un lado los dos libros y echó una ojeada al tercero: *Relatos del ghetto*, por Leopold von Sacher Masoch.

—Ése lo he leído —dijo, empujándolo a un lado.

El vendedor dejó caer dos volúmenes en el mostrador.

—Estos dos sí que son buenos —dijo.

A través del mostrador llegaron cebollas de su aliento saliendo de su boca echada a perder. Se inclinó para hacer un paquete con los otros libros, los abrazó bajo el chaleco abotonado y se los llevó detrás de la sucia cortina.

En el puente O'Connell muchas personas observaban el grave porte y la gaya vestimenta del señor Denis J. Maginni, profesor de danza, etc.

El señor Bloom, solo, miró los títulos. *Bellas tiranas*, por James Lovebirch. Ya sé de qué clase es. ¿Lo he leído? Sí.

Lo abrió. Ya me parecía.

Una voz de mujer tras la sucia cortina. Escucha: el hombre.

No: a ella no le gustaría mucho ése. Se lo llevé una vez.

Leyó el otro título: *Las dulzuras del pecado*. Más en su línea. Vamos a ver.

Leyó donde abrió con el dedo.

—Todos los dólares que le daba su marido eran gastados en los grandes almacenes en suntuosos tocados y en las más caras ropas interiores. ¡Para él! ¡Para Raoul!

Sí. Esto. Aquí. Probar.

—Ella pegó su boca a la de él en un lascivo beso voluptuoso mientras él le buscaba con las manos sus opulentas curvas dentro del déshabillé.

Sí. Me llevaré éste. El final.

—Llegas tarde —dijo él roncamente, observándola con miradas de sospecha. La bella mujer se quitó de encima la capa forrada de martas, exhibiendo sus regios hombros y su palpitante opulencia. Una imperceptible sonrisa jugueteaba en torno a sus perfectos labios al dirigirse a él con calma.

El señor Bloom volvió a leer: *La bella mujer*…

Una tibieza se le vertió suavemente encima, acobardándole la carne. La carne cedía entre ropas en desorden. El blanco de los ojos elevándose en desmayo. Las aletas de la nariz se le ensanchaban buscando presa. Derretidas lociones del escote (*¡para él! ¡para Raoul!*). Sudor cebolloso de los sobacos. Lodo cola de pescado (*¡su palpitante opulencia!*). ¡Tocar! ¡Apretar! ¡Aplastada! ¡Estiércol sulfúreo de leones!

¡Joven! ¡Joven!

Ya no joven, una anciana señora salió del edificio de los Tribunales de la Cancillería, Procuradoría de la Corona, Hacienda y Primera Instancia, después de haber asistido en el Tribunal del Lord Canciller a la causa de Potterton, alienación mental, en el Departamento del Almirantazgo al comparecimiento, a petición de parte, de los propietarios del *Lady Cairns* contra los propietarios de la gabarra *Mona*, y en el Tribunal de Apelación al aplazamiento de juicio en la causa de Harvey contra la Ocean Accident and Guarantee Corporation.

Toses flemosas sacudieron el aire de la librería, hinchando las sucias cortinas. Asomó la despeinada cabeza gris del vendedor con su enrojecida cara sin afeitar, tosiendo. Se rascó duramente la garganta, y escupió flema en el suelo. Puso la bota sobre lo que había escupido, restregando la suela a lo largo de ello, y se inclinó, enseñando una coronilla de piel en vivo, con escasos pelos.

El señor Bloom lo observó.

Dominando su agitado aliento, dijo:

—Me llevaré éste.

El vendedor levantó unos ojos legañosos viejo catarro.

—*Las dulzuras del pecado* —dijo, dándole unos golpecitos—. Éste es bueno.

* * *

El portero a la entrada de la sala de subastas Dillon agitó de nuevo dos veces la campanilla y se miró en el espejo del armarito marcado con tiza.

Dilly Dedalus, en escucha junto al bordillo, oyó los golpes de la campanilla y los gritos del subastador dentro. Cuatro con nueve. Estas estupendas cortinas. Cinco chelines. Cortinas hogareñas. Vendiéndose nuevas por dos guineas. ¿Quién da más de cinco chelines? Adjudicadas por cinco chelines.

El portero levantó la campanilla y la agitó:

—¡Talán!

El tan de la campana de la última vuelta espoleó al sprint a los ciclistas de la media milla. J. A. Jackson, W. E. Wylie, A. Munro y H. T. Gahan, con los cuellos estirados agitándose, negociaron la curva ante la biblioteca del College.

El señor Dedalus, tirándose de los largos bigotes, dobló la esquina de William's Row. Se detuvo junto a su hija.

—Ya era hora —dijo ella.

—Ponte derecha, por amor de Dios —dijo el señor Dedalus—. ¿Tratas de imitar a tu tío John el trompetista, con la cabeza metida entre los hombros? ¡Dios misericordioso!

Dilly se encogió de hombros. El señor Dedalus le puso las manos en ellos y se los echó atrás.

—Ponte derecha, chica —dijo—. Vas a acabar con curvatura de la columna vertebral. ¿Sabes lo que pareces?

Hundió la cabeza de repente hacia abajo y adelante, jorobando los hombros y dejando caer la mandíbula.

—Basta, padre —dijo Dilly—. Te está mirando toda la gente.

El señor Dedalus se puso derecho y volvió a tirarse del bigote.

—¿Has sacado dinero? —preguntó Dilly.

—¿De dónde iba a sacar dinero? —dijo el señor Dedalus—. No hay en Dublín quien me preste cuatro peniques.

—Tienes algo —dijo Dilly, mirándole a los ojos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el señor Dedalus, con la lengua en la mejilla.

El señor Kernan, satisfecho con el pedido que le habían hecho, avanzaba ufanamente por la calle James.

—Te conozco —dijo Dilly—. ¿Estabas ahora en la Scotch House?

—Pues no estaba —dijo el señor Dedalus, sonriendo—. ¿Han sido las monjitas quienes te han enseñado a ser tan desvergonzada? Toma.

Le alargó un chelín.

—Mira a ver si puedes hacer algo con eso —dijo.

—Apuesto a que te han dado cinco —dijo Dilly—. Dame algo más que esto.

—Espera un momento —dijo el señor Dedalus, amenazador—. Tú eres como los demás, ¿verdad? Una pandilla insolente de perritas desde que se murió vuestra pobre madre. Pero espera un poco. Os voy a dar a todas una buena lección. ¡Qué

criminales! Me voy a librar de vosotras. No os importaría que estirara la pata. Se ha muerto. Se ha muerto el de arriba.

La dejó y echó andar. Dilly le siguió con rapidez y le tiró de la chaqueta.

—Bueno, ¿qué pasa? —dijo él, deteniéndose.

El portero tocó la campanilla a sus espaldas.

—¡Talán!

—Maldita sea tu jodida alma estrepitosa —gritó el señor Dedalus, volviéndose hacia él.

El portero, dándose cuenta del comentario, agitó el oscilante badajo de la campanilla, pero débilmente:

—¡Tan!

El señor Dedalus se le quedó mirando.

—Mírale —dijo—. Es algo instructivo. No sé si nos permitirá hablar.

—Tienes más que eso, padre —dijo Dilly.

—Os voy a enseñar un truco nuevo —dijo el señor Dedalus—. Os voy a dejar a todos donde Jesús dejó a los judíos. Mira, eso es todo lo que tengo. Jack Power me dio dos chelines y me gasté dos peniques en afeitarme para el entierro.

Sacó nerviosamente un puñado de monedas de cobre.

—¿No podrías buscar dinero por alguna parte? —dijo Dilly.

El señor Dedalus lo pensó y asintió.

—Sí —dijo gravemente—. He mirado por todo el arroyo de la calle Connell. Voy a probar ahora con éste.

—Eres muy gracioso —dijo Dilly, con una mueca.

—Toma —dijo el señor Dedalus, alargándole dos peniques—. Tómate un vaso de leche con algo que mojar. Yo estaré en casa dentro de poco.

Se metió las otras monedas en el bolsillo y echó a andar.

El cortejo del virrey salió por las verjas del parque, saludado por obsequiosos guardias.

—Estoy segura de que tienes otro chelín —dijo Dilly.

El portero hizo sonar la campanilla estrepitosamente.

El señor Dedalus se alejó entre el estruendo, murmurando para sí mismo con la boca fruncida delicadamente:

—¡Las monjitas! ¡Qué bonitas! ¡Ah, claro que ellas no harían nada! ¡Claro que no lo harían, por supuesto! ¡Es la hermanita Mónica!

* * *

Desde el reloj de sol hacia James Gate, el señor Kernan avanzaba ufanamente, satisfecho del pedido que había conseguido para Pulbrook Robertson, a lo largo de la calle James, por delante de las oficinas de Shackelton. Me le he trabajado muy bien. ¿Cómo está usted, señor Crimmins? De primera, señor. Temía que estuviera usted en el otro establecimiento en Pimlico. ¿Cómo van las cosas? Tirando nada más. Estamos

teniendo un tiempo estupendo. Sí, es verdad. Bueno para el campo. Esos campesinos siempre están gruñendo. Tomaría nada más que un dedito de su mejor ginebra, señor Crimmins. Una ginebrita. Sí, señor. Un terrible asunto esa explosión del *General Slocum*. ¡Terrible, terrible! Mil víctimas. Y escenas desgarradoras. Hombres pisoteando a mujeres y niños. La cosa más brutal. ¿Cuál dicen que fue la causa? Combustión espontánea: la revelación más escandalosa. No flotaba ni un solo bote de salvamento y la manga de incendios toda reventada. Lo que no puedo comprender es que los inspectores permitieran jamás a un barco así… Ahora sí que habla usted con franqueza, señor Crimmins. ¿Sabe por qué? Untados. ¿Es verdad eso? Sin ninguna duda. Pues vaya, hay que ver. Y dicen que América es la tierra de los hombres libres. Creí que estábamos mal aquí.

Le sonreí. América, dije, en voz baja, así precisamente. *¿Qué es? Las barreduras de todos los países incluido el nuestro. ¿No es verdad?* Es un hecho.

La corrupción, señor mío. Bueno, claro que donde hay dinero siempre hay alguien que se lo queda.

Le vi mirarme el chaqué. Todo está en vestirse. No hay cosa como ir elegante. Les deja por el suelo.

—Hola, Simon —dijo Padre Cowley—. ¿Qué tal van las cosas?

—Hola, Bob, viejo —contestó el señor Dedalus, deteniéndose.

El señor Kernan se detuvo a adecentarse ante el espejo inclinado de Peter Kennedy, peluquero. Una chaqueta a la moda, sin duda. Scott, calle Dawson. Vale la pena el medio soberano que le di a Neary por ella. No la habrán hecho por menos de tres guineas. Me está que ni pintada. Probablemente ha sido de algún elegante del club de la calle Kildare. John Mulligan, el director del Banco Hiberniano, se me quedó mirando ayer en el puente de Carlisle como si me recordara.

¡Ejem! Hay que vestirse de acuerdo con el papel para esa gente. Caballero de industria. Un señor. Y ahora, señor Crimmins, esperamos que nos honre siendo otra vez nuestro cliente. La copa que alegra pero no embriaga, como en el antiguo dicho.

Por el muro del Norte y el muelle de Sir John Rogerson, con cascos de barcos y cadenas de ancla, rumbo hacia el oeste, pasaba bogando un barquichuelo, un prospecto arrugado, sacudido por la estela del transbordador. Elías viene.

El señor Kernan lanzó una ojeada de despedida a su imagen. Color encendido, claro. Bigote entrecano. Oficial retirado de la India. Valientemente hacía avanzar su cuerpo amuñonado sobre pies embotinados, ensanchando los hombros. ¿Es aquel el hermano de Lambert, ahí enfrente, Sam? ¿Qué? Sí. Se le parece que ni clavado. No. El parabrisas de ese auto al sol, allí. Sólo un destello así. Clavado como él.

¡Ejem! Caliente espíritu de jugo de junípero le entibiaba las entrañas y el aliento. Una buena gotita de ginebra había sido eso. Los faldones del chaqué hacían guiños al claro sol con su gordo contoneo.

Allá abajo colgaron a Emmer, le partieron y le descuartizaron. Cuerda negra engrasada. Los perros lamían la sangre de la calle cuando la esposa del Lord

Lugarteniente pasó por allí en su cochecillo.

Malos tiempos eran esos. Bueno, bueno. Pasaron y se acabó. Grandes bebedores, además. Tíos de cuatro botellas.

Vamos a ver. ¿Está enterrado en San Michan? O no, hubo un entierro a media noche en Glasnevin. Metieron el cadáver por una puerta secreta en la tapia. Allí está ahora Dignam. Se fue en un soplo. Bueno, bueno. Mejor doblar por aquí. Dar un rodeo.

El señor Kernan dobló y bajó por la pendiente de la calle Watling, por la esquina de la sala de espera de visitantes en Guinness. Delante de los almacenes de la Compañía de Destiladores de Dublín estaba parado un simón descubierto sin pasajero ni cochero, las riendas anudadas a la rueda. Cosa peligrosísima. Algún desgraciado de Tipperary que pone en peligro las vidas de los ciudadanos. Caballo desbocado.

Denis Breen con sus tomos, cansado de haber esperado una hora en la oficina de John Henry Menton, acompañaba a su mujer por el puente O'Connell, dirigiéndose al despacho de los señores Collis y Ward.

El señor Kernan se acercaba a la calle Island. En tiempos de los disturbios. Tengo que pedirle a Ned Lambert que me preste esos recuerdos de Sir Jonah Barrington. Cuando ahora se vuelven los ojos hacia todo aquello en una especie de reordenación retrospectiva. La timba de Daly. Entonces no cabían trampas. A uno de esos tipos le clavaron la mano a la mesa con un puñal. En alguna parte, por aquí, Lord Edward Fitzgerald se escapó del comandante Sirr. Las cuadras detrás de Moira House.

Qué ginebra más fenomenal era ésa.

Un guapo joven noble con mucho garbo. Buena raza, claro. Ese rufián, ese falso hidalgo, con sus guantes violeta, le traicionó. Claro que estaban de la parte del mal. Se sublevaron en días oscuros y malos. Hermosa poesía aquella: Ingram. Aquéllos sí que eran caballeros. Ben Dollard sí que canta la balada de un modo emocionante. Interpretación magistral.

En el sitio de Ross cayó mi padre.

Una cabalgata al trote ligero pasó por el muelle de Pembroke, los batidores dando saltos, saltos en sus, en sus sillas. Chaqués. Sombrillas crema.

El señor Kernan se apresuró, soplando a dos carrillos.

¡Su Excelencia! ¡Lástima! Me lo he perdido por un pelo. ¡Maldita sea! ¡Qué pena!

* * *

A través de una ventana con telarañas, Stephen Dedalus observó los dedos del joyero probando una cadena empañada por el tiempo. El polvo entelarañaba los escaparates y las bandejas expuestas. El polvo oscurecía los dedos afanosos, con sus uñas de

buitre. El polvo dormía en rollos mates de bronce y plata, losanges de cinabrio, rubíes, piedras leprosas y de color vino oscuro.

Nacidos todos en la oscura tierra gusanienta, frías chispas de fuego, luces malas brillando en la oscuridad. Donde arcángeles caídos se sacudieron de la frente las estrellas. Fangosos hocicos de cerdo, cavan y cavan, agarran y se los llevan luchando.

Ella baila en una turbia penumbra donde arden resina y ajo. Un marinero, de barba herrumbrosa, bebe ron en un jarrillo y le echa el ojo. Celo silencioso, largamente alimentado por el mar. Ella baila, hace cabriolas, contoneando las ancas y las caderas de cerda, con un huevo de rubí agitándose en su vientre grosero.

El viejo Russell, con un trapo de gamuza untado, volvía a abrillantar su piedra preciosa, le daba vueltas y la sostenía junto a la punta de su barba de Moisés. Mono abuelo regocijándose con un tesoro robado.

¿Y vosotros que arrancáis viejas imágenes de la tierra sepulcral? Las palabras dementes de los sofistas: Antístenes. Un saber de drogas. Trigo surgente e inmortal por los siglos de los siglos.

Dos viejas recién vueltas de tomar una bocanada de aire marino avanzaban penosamente por Irishtown a lo largo de la calle de London Bridge, la una con un paraguas lleno de arena, la otra con una bolsa de comadrona en que rodaban once conchas de berberecho.

El crepitar aleteante de correas de cuero y el zumbido de dinamos de la fábrica de electricidad apremiaron a Stephen a seguir adelante siendo. Seres sin ser. ¡Alto! Latido siempre fuera de ti y el latido siempre dentro. Tu corazón de que cantas. Yo en medio de ellos. ¿Dónde? Entre los dos mundos rugientes donde se arremolinan, yo. Aplastarlos, uno y los dos. Pero aturdirme a mí mismo también en el golpe. Aplastadme vosotros que podéis. Fulana y matarife, eran las palabras. ¡Eh, oíd! Todavía no, durante un tiempo. Una mirada alrededor.

Sí, muy cierto. Muy grande y estupendo y marca la hora de maravilla. Tiene usted razón, señor. Un lunes por la mañana. Así fue, en efecto.

Stephen bajó por Bedford Row, el puño del bastón golpeando contra la paletilla. En el escaparate de Clohissey, atrajo su mirada un desteñido grabado de 1860, de Heenan boxeando con Sayers. Los segundos, mirando pasmados, con chisteras, rodeaban el cuadrilátero de cuerdas. Los pesos pesados con ligeros taparrabos se ofrecían amablemente el uno al otro los puños bulbosos. Y laten: corazones de héroes.

Se volvió y se detuvo junto al inclinado carro de libros.

—Dos peniques cada uno —dijo el vendedor—. Cuatro por seis peniques.

Páginas desgarradas. *El apicultor irlandés. Vida y milagros del Santo Cura de Ars. Guía de bolsillo de Killarney*.

Podría encontrar aquí alguno de los premios de la escuela que empeñé. *Stephano Dedalo, alumno optimo, palmam ferenti*.

El Padre Conmee, leídas las primeras horas canónicas, avanzaba por la aldea de Donnycarney, murmurando vísperas.

La encuadernación era demasiado buena probablemente, ¿esto qué es? Libro octavo y noveno de Moisés. Secreto de todos los secretos. Sello del Rey David. Páginas sobadas: leer y leer. ¿Quién ha pasado por aquí antes que yo? Cómo suavizar las manos agrietadas. Receta para vinagre blanco de vino. Cómo conquistar el amor de una mujer. Para mí éste. Decir la siguiente fórmula tres veces con las manos juntas:

—*Se el yilo nebrakada femininum! Amor me solo! Sanktus! Amen*.

¿Quién lo escribió? Conjuros e invocaciones del beatísimo abad Pedro Salanka, divulgados para todos los verdaderos creyentes. Tan buenos como los conjuros de cualquier otro abad, como el mascullante Joaquín. Abajo, calvirocho, o te esquilamos la lana.

—¿Qué haces aquí, Stephen?

Los altos hombros y el desastrado vestido de Dilly. Cierra deprisa el libro. No dejes ver.

—¿Qué haces tú? —dijo Stephen.

Una cara Estuardo de Carlos el sin par, lánguidos rizos cayendo por los lados. Se encendía cuando ella se agachaba a alimentar el fuego, con sus botas rotas. Le conté de París. Remolona para levantarse bajo un cobertor de gabanes viejos, jugueteando con una pulsera de oropel, recuerdo de Dan Kelly. *Nebrakada femininum*.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Stephen.

—Lo compré en el otro carro por un penique —dijo Dilly, riendo nerviosamente —. ¿Vale para algo?

Mis ojos, dicen que tiene ella. ¿Me ven así los demás? Vivos, atrevidos y mirando lejos. Sombra de mi mente.

Tomó de la mano de ella el libro sin tapas. Chardenal, *Prontuario de francés*.

—¿Para qué lo has comprado? —preguntó él—. ¿Para aprender francés?

Ella asintió, enrojeciendo y apretando los labios.

—Toma —dijo Stephen—. Está muy bien. Mira que no te lo empeñe Maggy. Supongo que han desaparecido todos mis libros.

—Algunos —dijo Dilly—. No tuvimos más remedio.

Se está ahogando. Remordimiento. Salvarla. Remordimiento. Todos contra nosotros. Me ahogará con ella, ojos y pelo. Lánguidos rizos de pelo de algas en torno a mí, mi corazón, mi alma. Verde muerte salada.

Nosotros.

Remordimiento de conciencia. Mordisco en la conciencia.

¡Desdicha! ¡Desdicha!

* * *

—Hola, Simon —dijo Padre Cowley—. ¿Cómo van las cosas?

—Hola, Bob, viejo —contestó el señor Dedalus, deteniéndose.

Chocaron ruidosamente las manos delante de Reddy e Hija. Padre Cowley se cepillaba a menudo el mostacho hacia abajo con la mano en cuchara.

—¿Qué hay de bueno? —dijo el señor Dedalus.

—Pues no mucho —dijo Padre Cowley—. Estoy parapetado en casa, Simon, con dos hombres que rondan alrededor intentando abrirse una entrada.

—Sí que es bueno —dijo el señor Dedalus—. ¿Quién los manda?

—Ah —dijo Padre Cowley—. Cierto usurero que conocemos.

—¿Con la espalda rota, no? —preguntó el señor Dedalus.

—El mismo, Simon —contestó Padre Cowley—. Reuben de la tribu de lo mismo. Estoy esperando a Ben Dollard. Le va a decir unas palabras a Long John para convencerle de que quite a esos dos de por ahí. Lo único que necesito es un poco de tiempo.

Miró con vaga esperanza a un lado y a otro del muelle, con una gran nuez abultándole en el cuello.

—Ya lo sé —dijo el señor Dedalus, asintiendo—. ¡Pobre viejo encervezado de Ben! Siempre está haciendo algo bueno para alguien. ¡No se mueva!

Se puso las gafas y miró por un momento hacia el puente de hierro.

—Ahí va ese, por Dios —dijo—, el mismo que viste y calza.

El ancho chaqué azul de Ben Dollard y su chistera, sobre grandes calzones, cruzaron el muelle con toda solemnidad. Avanzó hacia ellos contoneándose y rascándose activamente por detrás de los faldones.

Cuando se acercaba, el señor Dedalus saludó:

—Agárrenme a ese tipo de los pantalones echados a perder.

—Agárrenle ya —dijo Ben Dollard.

El señor Dedalus observó con frío desprecio errante diversos puntos de la figura de Ben Dollard. Luego, volviéndose a Padre Cowley con un ademán de la cabeza, masculló con sorna:

—Es una vestimenta muy bonita para un día de verano, ¿no?

—Vaya, que Dios maldiga eternamente su alma —gruñó Ben Dollard con furia—. He tirado en mis tiempos más ropa que la que usted ha visto nunca.

Se quedó quieto a su lado sonriendo primero fulgurantemente hacia ellos y luego a sus espaciosas ropas, de algunos puntos de las cuales el señor Dedalus sacudió pelusas, diciendo:

—Lo hicieron para uno que tenía salud, Ben, de todos modos.

—Mala suerte para el judío que lo hizo —dijo Ben Dollard—. Gracias a Dios todavía no ha cobrado.

—¿Y cómo va ese *basso profondo,* Benjamin? —preguntó Padre Cowley.

Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell, murmurando, con ojos vidriosos, pasaba a zancadas por delante del club de la calle Kildare.

Ben Dollard frunció el ceño y, poniendo de repente boca de cantor, emitió una nota profunda.

—¡Ooo! —dijo.

—Ése es el estilo —dijo el señor Dedalus, asintiendo hacia su ronconear.

—¿Y esto qué? —dijo Ben Dollard—. ¿No está nada mal, eh?

Se volvió hacia ellos.

—Vale —dijo Padre Cowley, también asintiendo.

El reverendo Hugh C. Love caminaba, desde la vieja sala capitular de la abadía de Santa María, dejando atrás James y Charles Kennedy, refinería, acompañado por Geraldines altos y bien parecidos, hacia el Tholsel más allá del vado de Hurdles.

Ben Dollard, con una fuerte escora hacia los escaparates, les llevó hacia delante, con los alegres dedos al aire.

—Vengan conmigo al despacho del sub-sheriff —dijo—. Quiero enseñarles la nueva belleza que tiene Rock por ordenanza. Es un cruce entre Lobengula y Lynchehaun. Vale la pena verlo, de veras. Vengan allá. He visto por casualidad a John Henry Menton en la Bodega ahora mismo y me va a dar un ataque si no… esperen un poco… Estamos sobre la pista, Bob, créeme.

—Por unos pocos días, dígale —dijo ansiosamente Padre Cowley.

Ben Dollard se detuvo y se quedó mirando, con su orificio ruidoso abierto, un botón colgante del chaqué balanceándose con brillos por detrás, mientras, para oír bien, se despejaba las pesadas costras que le atascaban los ojos.

—¿Cómo unos pocos días? —ululó—. ¿El casero no ha hecho un embargo por el alquiler?

—Sí lo ha hecho —dijo Padre Cowley.

—Entonces el documento de nuestro amigo no vale ni el papel donde está impreso —dijo Ben Dollard—. El casero tiene preferencia. Le di todos los detalles. 29 Windsor Avenue. ¿Se llama Love?

—Eso es —dijo Padre Cowley—. El reverendo señor Love. Es ministro en el campo, no sé dónde. ¿Pero está usted seguro de eso?

—Puede decirle a Barrabás de mi parte —dijo Ben Dollard— que se puede meter ese documento donde la mona se metió las nueces.

Llevó adelante impetuosamente a Padre Cowley, enganchado a su mole.

—Avellanas me parece que eran —dijo el señor Dedalus, dejando caer los lentes delante de la chaqueta y siguiéndoles.

* * *

—El muchacho estará muy bien —dijo Martin Cunningham, cuando salían de la verja de Castleyard.

El guardia se llevó la mano a la frente.

—Dios le bendiga —dijo Martin Cunningham, animado.

Hizo una señal al cochero en espera, que sacudió las riendas y se puso en marcha hacia la calle Lord Edward.

Bronce junto a oro, la cabeza de la señorita Kennedy junto a la cabeza de la señorita Douce, aparecieron sobre las cortinillas del Hotel Ormond.

—Sí —dijo Martin Cunningham, hurgándose la barba—. Escribí al Padre Conmee y le planteé toda la cuestión.

—Podría probar con nuestro amigo —sugirió el señor Power hacia atrás.

—¿Boyd? —dijo con brevedad Martin Cunningham—. No me fastidie.

John Wyse Nolan, rezagado leyendo la lista, les siguió rápidamente bajando la cuesta de Cork.

En las escaleras del Ayuntamiento, el concejal Nannetti, que bajaba, saludó al asesor Cowley y al concejal Abraham Lyon, que subían. La carroza del Castillo, vacía, daba vuelta hacia la calle Upper Exchange.

—Mira aquí, Martin —dijo John Wyse Nolan, alcanzándoles junto a las oficinas del *Mail*—. Veo que Bloom se ha apuntado con cinco chelines.

—Es verdad —dijo Martin Cunningham, tomando la lista—. Y ha dado los cinco chelines, además.

—Sin añadir ni una palabra siquiera —dijo el señor Power.

—Extraño pero cierto —añadió Martin Cunningham.

John Wyse Nolan abrió mucho los ojos.

—Digo que hay mucha bondad en el judío —citó elegantemente.

Bajaban por la calle Parliament.

—Ahí va Jimmy Henry —dijo el señor Power—, camino de Kavanagh.

—Sí señor —dijo Martin Cunningham—. Ahí va.

Delante de *La Maison Claire* Blazes Boylan salió al encuentro del cuñado de Jack Mooney, jorobado, bebido, de camino al barrio de las Liberties.

John Wyse Nolan se rezagó con el señor Power, mientras Martin Cunningham agarraba del codo a un hombrecito atildado, de traje granizado, que caminaba inseguro con pasos apresurados por delante de la relojería de Micky Anderson.

—Al auxiliar del secretario del ayuntamiento le molestan los juanetes —dijo John Wyse Nolan al señor Power.

Siguieron adelante, doblando la esquina hacia la taberna de James Kavanagh. La carroza vacía del Castillo estaba parada delante de ellos en la puerta de Essex. Martin Cunningham, hablando mientras tanto, enseñaba muchas veces la lista sin que Jimmy Henry le echara una ojeada.

—Y John Fanning *el Largo* también está ahí —dijo John Wyse Nolan—, de tamaño natural.

La alta figura de John Fanning *el Largo* llenaba la puerta donde estaba parado.

—Buenos días, señor sub-sheriff —dijo Martin Cunningham, mientras todos se paraban a saludar.

John Fanning *el Largo* no se desvió para dejarles paso. Se quitó de la boca con gesto decidido el Henry Clay y sus grandes ojos feroces fueron pasando revista inteligentemente a sus caras.

—¿Prosiguen sus pacíficas deliberaciones los padres conscriptos? —dijo, hacia el auxiliar del secretario del ayuntamiento, con jugosa entonación agria.

Estaban armando una del demonio, dijo Jimmy Henry, irritado, con eso de la maldita lengua irlandesa. Quería saber él dónde estaba el jefe de la guardia municipal, para mantener el orden en la sala de consejos. Y el viejo Barlow, el macero, había caído con asma, no había maza en la mesa, nada en orden, ni siquiera quórum, y Hutchinson, el Lord Alcalde, en Llandudno, y el pequeño Lorcan Sherlock haciendo *locum tenens* por él. Maldita lengua irlandesa, de nuestros antepasados.

John Fanning *el Largo* lanzó un penacho de humo por los labios.

Martin Cunningham hablaba, alternativamente, retorciéndose la punta de la barba, hacia el auxiliar del secretario del ayuntamiento y hacia el sub-sheriff, mientras John Wyse Nolan guardaba silencio.

—¿Qué Dignam ha sido? —preguntó John Fanning *el Largo*.

Jimmy Henry hizo una mueca y levantó el pie izquierdo.

—¡Ah, mis juanetes! —dijo, quejumbroso—. Vamos arriba, por Dios, que me siente en algún sitio. ¡Uf! ¡Uuuh! ¡Cuidado!

De mal humor, se hizo sitio al lado de John Fanning *el Largo* y entró escaleras arriba.

—Vamos arriba —dijo Martin Cunningham al sub-sheriff—. Me parece que usted no le conocía, aunque a lo mejor sí, sin embargo.

Con John Wyse Nolan, el señor Power les siguió adentro.

—Era un buen chico, muy decente —dijo el señor Power hacia la enérgica espalda de John Fanning *el Largo* en el espejo.

—Más bien pequeño de tamaño, Dignam, de la oficina de Menton, ése era —dijo Martin Cunningham.

John Fanning *el Largo* no podía recordarle.

Un estrépito de cascos de caballo llegó sonando por el aire.

—¿Eso qué es? —dijo Martin Cunningham.

Todos se volvieron, donde estaban: John Wyse Nolan bajó otra vez. Desde la fresca sombra del umbral, vio pasar los caballos por la calle Parliament, arneses y cuartos traseros resplandeciendo al sol. Alegremente pasaron por delante de sus fríos ojos hostiles, no deprisa. En las sillas de los delanteros, brincantes delanteros, brincaban los gastadores.

—¿Qué era eso? —preguntó Martin Cunningham, mientras subían por la escalera.

—El Lord Lugarteniente General y Gobernador General de Irlanda —contestó John Wyse Nolan desde el arranque de la escalera.

* * *

Cuando cruzaban, pisando la espesa alfombra, Buck Mulligan susurró a Haines detrás de su jipi:

—El hermano de Parnell. Ahí en el rincón.

Eligieron una mesita junto a la ventana, frente a un hombre de cara larga, cuya barba y mirada estaban atentamente pendientes de un tablero de ajedrez.

—¿Es ése? —preguntó Haines, retorciéndose en su asiento.

—Sí —dijo Mulligan—. Ése es John Howard, el hermano, nuestro jefe de la guardia municipal.

John Howard Parnell trasladó un alfil blanco silenciosamente y volvió a elevar la garra gris a la frente, donde se apoyó.

Un momento después, bajo esa pantalla, sus ojos miraron rápidamente, con brillo espectral, a su adversario, y volvieron a caer otra vez sobre un sector de las maniobras.

—Voy a tomar un café vienés —dijo Haines a la camarera.

—Dos cafés vieneses —dijo Buck Mulligan—. Y tráiganos unos *scones* con mantequilla, y algunas pastas también.

Cuando ella se marchó, dijo, riendo:

—Lo llamamos D. B. C. porque Dan Bodrios Calientes. Ah, pero te perdiste a Dedalus hablando de *Hamlet*.

Haines abrió su cuaderno recién comprado.

—Lo siento —dijo—. Shakespeare es el feliz coto de caza de todas las mentes que han perdido el equilibrio.

El marinero con una pierna de menos gruñó ante la verja del 14 de la calle Nelson:

—*Inglaterra espera*…

El chaleco prímula de Buck Mulligan se agitó alegremente con su risa.

—Tendrías que verle —dijo— cuando su cuerpo pierde el equilibrio. El Ængus errante, le llamo yo.

—Estoy seguro de que tiene una *idée fixe* —dijo Haines, pellizcándose la barbilla pensativamente con el pulgar y el índice—. Ahora estoy especulando cuál podría ser. Las personas así la tienen siempre.

Buck Mulligan se inclinó sobre la mesa gravemente.

—Le hicieron perder el juicio —dijo— con visiones del infierno. Nunca capturará la nota ática. La nota de Swinburne, de todos los poetas, la blanca muerte y el bermejo parto. Ésa es su tragedia. Nunca podrá ser un poeta. El gozo de la creación…

—Castigo eterno —dijo Haines, asintiendo secamente—. Ya entiendo. Esta mañana le he explorado sobre la fe. Tenía algo en el ánimo, me di cuenta. Es bastante interesante, porque el Profesor Pokorny de Viena lo trata de un modo interesante.

Los ojos vigilantes de Buck Mulligan vieron llegar a la camarera. La ayudó a descargar la bandeja.

—No puede encontrar huellas del infierno en la antigua mitología irlandesa —dijo Haines, entre las alegres tazas—. Parece que falta la idea moral, el sentido del destino, de la retribución. Bastante raro que tenga precisamente esa idea fija. ¿Escribe algo para vuestro movimiento?

Hundió diestramente los terrones de azúcar que bajaron a través de la nata batida. Buck Mulligan partió en dos un *scone* echando vapor y untó mantequilla en la miga humeante. Con hambre, mordió un blando pedazo.

—Diez años —dijo, masticando y riendo—. Escribirá algo dentro de diez años.

—Parece un plazo largo —dijo Haines, levantando la cucharilla, pensativo—. Sin embargo, no me extrañaría que acabara por hacerlo.

Probó una cucharada del cono de nata de su taza.

—Ésta es nata irlandesa auténtica, supongo —dijo con condescendencia—. No quiero que me enreden.

Elías, barquichuelo, ligero prospecto arrugado, navegaba al este junto a los flancos de buques y barcas de pesca, entre un archipiélago de corchos, ahora más allá de la calle Wapping, junto al transbordador de Benson y junto al *schooner* de tres palos *Rosevean*, llegado de Bridgwater con ladrillos.

* * *

Almidano Artifoni avanzó más allá de la calle Holles y de los talleres de Sewell. Detrás de él, Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell, con bastonparaguasguardapolvos colgando, esquivó el farol de delante de la casa del señor Law Smith y, cruzando, siguió por Merrion Square. Lejos, detrás de él, un mozalbete ciego avanzaba dando golpecitos junto al muro del parque del College.

Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell siguió andando hasta los alegres escaparates del señor Lewis Werner, luego se volvió y retrocedió a zancadas por Merrion Square, con su bastonparaguasguardapolvos colgando.

En la esquina de Wilde se detuvo, frunció el ceño ante el nombre de Elías anunciado en el Metropolitan Hall, frunció el ceño a los lejanos parterres del jardín de Duke. Su ojo de cristal centelleó ceñudo al sol. Descubriendo dientes de rata murmuró:

—*Coactus volui*.

Volvió a andar hacia la calle Clare, rechinando sus fieras palabras.

Al pasar dando zancadas delante de las vidrieras del dentista señor Bloom, el balanceo de su guardapolvos rozó y desvió violentamente de su ángulo un fino bastón golpeante, y siguió adelante con ímpetu, tras de haber chocado con un cuerpo flojo. El mozalbete ciego volvió su cara enfermiza hacia la figura que andaba a zancadas.

—¡Dios te maldiga —dijo agriamente—, seas quien seas! ¡Estás más ciego que yo, hijo de puta!

* * *

Enfrente de Ruggy O'Donohoe, el señorito Patrick Aloysius Dignam, aferrando de Mangan, sucesor de Fehrenbach, la libra y media, las chuletas de cerdo que le habían mandado a buscar, continuó por la caliente calle Wicklow, holgazaneando. Era horriblemente aburrido estar sentado en la salita con la señora Stoer y la señora Quigley y la señora MacDowell, la cortinilla echada, y todas sorbiendo los mocos y tomando sorbos del jerez oloroso superior que trajo de Tunney el tío Barney. Y ellas comiendo migas de la tarta casera de fruta, dándole a la lengua todo el tiempo maldito y suspirando.

Después de Wicklow Lane, le detuvo el escaparate de Madam Doyle, modista de la Corte. Se quedó mirando a los dos boxeadores desnudos hasta la cintura y levantando los puños. Desde los espejos laterales, dos señoritos Dignam de luto miraban en silencio con la boca abierta. Myler Keogh, el favorito de Dublín, se enfrentará con el sargento mayor Bennett, el pegador de Portobello, por una bolsa de cincuenta esterlinas, Dios mío, ése sería un buen combate de boxeo que ver. Myler Keogh, ése es el tío que le dispara el puño, el de la faja verde. Dos chelines la entrada, los militares mitad de precio. Podría hacérselos soltar fácilmente a mamá. El señorito Dignam de la izquierda se volvió cuando él se volvió. Ése soy yo de luto. ¿Cuándo es? El veintidós de mayo. Vaya, ese maldito asunto ya ha pasado. Se volvió a la derecha, y a la derecha se volvió el señorito Dignam, la gorra torcida, el cuello subido. Echándoselo abajo para abotonarlo, la barbilla levantada, vio la imagen de Marie Kendall, encantadora vedette, junto a los dos boxeadores. Una de esas tías de las que hay en los paquetes de cigarrillos que fuma Stoer que su viejo le armó una del demonio por una vez que le descubrió.

El señorito Dignam se bajó el cuello y siguió adelante perezosamente. El mejor boxeador, en fuerza, era Fitzsimons. Un puñetazo de ese tío en el estómago te dejaría a oscuras para unos cuantos días, caray. Pero el mejor boxeador, en ciencia, era Jem Corbet antes que Fitzsimons le sacara los hígados, con su juego de piernas y todo.

En la calle Grafton, el señorito Dignam vio una flor roja en la boca de un presumido, con un estupendo par de calcetines, y él escuchando lo que le decía el borracho y sonriendo todo el tiempo.

Ningún tranvía de Sandymount.

El señorito Dignam avanzó por la calle Nassau y se pasó a la otra mano las chuletas de cerdo. Se le volvía a subir el cuello y tiró de él para abajo. El maldito botón era demasiado pequeño para el ojal de la camisa, maldita sea. Encontró colegiales con carteras. Tampoco voy a ir mañana, me quedaré hasta el lunes. Encontró otros colegiales. ¿Se dan cuenta de que estoy de luto? El tío Barney dijo que lo sacaría en el periódico esta noche. Entonces lo verán todos en el periódico y leerán mi nombre impreso y el nombre de papá.

La cara se le puso toda gris en vez de roja como estaba, y había una mosca que le subía andando hasta el ojo. Cómo rechinaba aquello cuando atornillaban los tornillos en la caja: y las sacudidas cuando lo bajaban por las escaleras.

Papá estaba dentro y mamá llorando en la salita y el tío Barney diciéndoles a los hombres cómo darle vuelta por la escalera. Era una gran caja, y alta, y parecía pesada. ¿Cómo fue eso? La última noche cuando se emborrachó papá y estaba ahí en el descansillo gritando que le dieran las botas para ir a Tunney a beber más y parecía pequeño y gordo en camisa. Nunca le veré más. La muerte, es así. Papá está muerto. Mi padre está muerto. Me dijo que fuera un buen hijo con mamá. No oí lo demás que me dijo pero vi la lengua y los dientes que trataban de decirlo mejor. Pobre papá. Era el señor Dignam, mi padre. Espero que esté en el purgatorio porque se confesó con el Padre Conroy el sábado por la noche.

* * *

William Humble, conde de Dudley, y Lady Dudley, acompañados por el coronel Hesseltine, salieron en carroza de la residencia virreinal, después de la comida. En la carroza siguiente iban la Honorable señora Paget, la señorita De Courcy y el Honorable Gerald Ward, Ayudante de Campo de servicio.

La comitiva salió por la verja de abajo de Phoenix Park, saludada por obsequiosos guardias, y avanzó más allá de Kingsbridge siguiendo los muelles del norte. El virrey era saludado muy cordialmente al pasar por la metrópoli. En el puente Bloody, el señor Thomas Kernan, al otro lado del río, le saludó en vano desde lejos. Entre los puentes Queen y Whitworth las carrozas vicerreales de Lord Dudley pasaron sin ser saludadas por el señor Dudley White, B. L., M. A., que estaba en el muelle Arran, delante de la tienda de empeños de la señora M. E. White, en la esquina de la calle Arran, restregándose la nariz con el índice, indeciso sobre si llegaría más deprisa a Phibsborough con un triple cambio de tranvías o llamando un coche o a pie atravesando Smithfield, Constitution Hill y el terminal de Broadstone. En el pórtico del Palacio de Justicia, Richie Goulding, con la bolsa de Goulding, Collis y Ward, lo vio con sorpresa. Más allá del puente Richmond, a la entrada de las oficinas de Reuben J. Dodd, abogado, representante de la Compañía Patriótica de Seguros, una señora de cierta edad a punto de entrar cambió de idea y volviendo sobre sus pasos junto a los escaparates de King sonrió crédulamente al representante de Su Majestad. Desde su compuerta en el muro del muelle de Wood, al pie de las oficinas de Tom Devan, el río Poddle dejó caer en homenaje feudal una lengua de basura líquida. Por encima de las cortinillas del Hotel Ormond, oro junto a bronce, la cabeza de la señorita Kennedy junto con la cabeza de la señorita Douce observaron y admiraron. En el muelle Ormond, el señor Simon Dedalus, en rumbo desde el urinario al despacho del sub-sheriff, se quedó parado en mitad de la calle y se quitó el sombrero hasta abajo. Su Excelencia devolvió graciosamente el saludo al señor Dedalus. Desde la esquina de Cahill el reverendo Hugh C. Love, M. A., hizo una reverencia no observada, recordando a los representantes de la nobleza cuyas benignas manos en tiempos de antaño habían discernido pingües prebendas. En el puente Grattan, Lenehan y M'Coy, despidiéndose, observaron pasar las carrozas. Por delante de los

despachos de Roger Greene y la gran imprenta roja de Dollard, Gerty MacDowell, que llevaba las cartas de la Catesby Linoleum para su padre que estaba en cama, comprendió por el estilo que eran el Lord Lugarteniente y la Lady pero no pudo ver cómo iba vestida Su Excelencia porque el tranvía y el gran carro amarillo de mudanzas de Spring se tuvieron que parar delante de ella porque se trataba del Lord Lugarteniente. Más allá de Lundy Foot, desde la puerta entoldada de la taberna de Kavanagh, John Wyse Nolan sonrió con frialdad inobservada hacia el Lord Lugarteniente General y Gobernador General de Irlanda. El Muy Honorable William Humble, conde de Dudley, G. C. V. O., pasó por delante de los relojes de Micky Anderson tictaqueando todas las horas y los maniquíes de cera de Henry y James, de elegantes trajes y frescas mejillas, el caballero Henry, *dernier cri* James. Dando la espalda a Dame Gate, Tom Rochford y Nosey Flynn observaron a la comitiva acercándose. Tom Rochford, viendo los ojos de Lady Dudley puestos en él, se sacó rápidamente los pulgares de los bolsillos del chaleco rosado e inclinó el sombrero hacia ella. Una encantadora vedette, la gran Marie Kendall, con las mejillas empolvadas y la falda subida, sonreía empolvadamente desde su cartel hacia William Humble, conde de Dudley, y hacia el teniente coronel H. G. Hesseltine y también hacia el Honorable Gerald Ward, A. D. C. Desde el escaparate de la D. B. C., Buck Mulligan alegremente y Haines gravemente, dejaron caer su mirada hacia el séquito virreinal, por encima de los hombros de clientes curiosos, cuya masa de cuerpos oscureció el tablero de ajedrez que miraba atentamente John Howard Parnell. En la calle Fownes, Dilly Dedalus, esforzando la vista al levantarla del primer *Prontuario de francés* de Chardenal, vio sombrillas abiertas y radios de ruedas dando vueltas en el resplandor. John Henry Menton, llenando la entrada de los Edificios Comerciales, miró fijamente con ojos de ostra, hinchados de vino, sosteniendo un grueso reloj de oro de cazador sin mirarlo, en su gruesa mano izquierda, sin notarlo. Donde la pata delantera del caballo de King Billy bajaba por el aire, la señora Breen agarró a su apresurado marido echándole atrás de debajo de los cascos de los caballos delanteros. Le gritó al oído las noticias. Él, comprendiendo, desplazó los tomos al lado izquierdo del pecho y saludó a la segunda carroza. El Honorable Gerald Ward, A. D. C., agradablemente sorprendido, se apresuró a responder. En la esquina de Ponsonby, se detuvo un exhausto frasco blanco H., y cuatro frascos blancos enchisterados se detuvieron detrás de él, E. L. Y. 'S., mientras los gastadores caracoleaban y pasaban las carrozas. Enfrente de la tienda de música de Pigott, el señor Denis J. Maginni, profesor de danza etc., con gaya vestimenta, caminaba gravemente, adelantado por un virrey y sin ser observado. Junto al muro del Provost, llegó animadamente Blazes Boylan, caminando con zapatos claros y calcetines de fantasía azul celeste al son de *Mi chiquilla es de Yorkshire.* Blazes Boylan presentó a las pecheras azul celeste y al animado brincar de los caballos delanteros, una corbata azul celeste, un sombrero de paja de ala ancha picarescamente ladeado y un traje de sarga añil. Las manos en los bolsillos de la chaqueta se olvidaron de saludar pero ofreció a las tres señoras la

atrevida admiración de sus ojos y la flor roja entre sus labios. Mientras las carrozas seguían por la calle Nassau, Su Excelencia llamó la atención de su inclinada cónyuge sobre el programa de música que se ejecutaba en College Park. Fieros muchachotes invisibles de los Highlands estrepitaban y aporreaban tras el cortejo:

Aunque sea una chica de taller
y no tenga vestidos elegantes.
Porrompón.
Siento un gran querer
como se quiere en Yorkshire
por mi rosa de Yorkshire.
Porrompón.

Más allá del muro, los corredores del cuarto de milla liso, M. C. Green, T. M. Patey, C. Scaife, J. B. Jeffs, G. N. Morphy, F. Stevenson, C. Adderly y W. C. Huggard arrancaban uno tras otro. Pasando ante el Hotel Finn a grandes zancadas, Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell miraba fijamente a través de una feroz lente, más allá de las carrozas, a la cabeza del señor E. M. Solomons en la ventana del viceconsulado austrohúngaro. En lo hondo de la calle Leinster, junto a la poterna de Trinity, un leal súbdito del rey, Hornblower, se llevó la mano a su gorra de batidor. Mientras los relucientes caballos piafaban por Merrion Square, el señorito Patrick Aloysius Dignam, esperando, vio que se enviaban saludos al caballero de la chistera, y él también se levantó la gorra negra nueva con dedos engrasados por el papel de las chuletas de cerdo. También el cuello se le saltó para arriba. El virrey, dirigiéndose a inaugurar la tómbola de Mirus a beneficio del Hospital Mercer, avanzaba con su séquito hacia la calle Lower Mount. Adelantó a un muchacho ciego frente a Broadbent. En Lower Mount, un peatón con *macintosh* pardo, comiendo pan seco, cruzó la calle rápidamente e incólume por delante del virrey. En el puente del Royal Canal, desde su cartel, el señor Eugene Stratton, con sus abultados labios en sonrisa, daba la bienvenida a todos los que llegaban al barrio de Pembroke. En la esquina de Haddington Road dos mujeres sucias de arena se detuvieron, con un paraguas y una bolsa en que rodaban once conchas de berberecho, para observar maravilladas al Lord Alcalde con su Lady Alcaldesa y sin su cadena de oro. En las calles Northumberland y Landsdowne, Su Excelencia devolvió puntualmente saludos a los raros transeúntes masculinos, al saludo de dos colegiales pequeños en la verja del jardín de la casa que se decía que fue admirada por la difunta reina cuando visitó la capital irlandesa con su marido, el príncipe consorte, en 1849, y al saludo de los robustos pantalones de Almidano Artifoni engullidos por una puerta que se cerró.

[11]

Bronce junto a Oro, oyeron los herrados cascos, resonando aceradamente.

Impertintín tntntn.

Astillas, sacando astillas de pétrea uña de pulgar, astillas.

¡Horror! Y Oro se ruborizó más.

Una ronca nota de pífano sopló.

Sopló. *Bloom*, flor azul hay en el.

Pelo de oro en pináculo.

Una rosa brincante en sedoso seno de raso, rosa de Castilla.

Trinando, trinando: Aydolores.

¡Cu-cú! ¿Quién está en el… cucudeoro?

Tinc clamó a Bronce compasiva.

Y una llamada, pura, larga y palpitante. Llamada lentaenmorir.

Señuelo. Palabra blanda. ¡Pero mira! Las claras estrellas se desvanecen. ¡Oh rosa! Notas gorjeando respuesta. Castilla. Ya quiebra el albor.

Tintín tintín en calesín tintineante.

Resonó la moneda. Campaneó el reloj.

Confesión. *Sonnez*. No podría. Rebote de liga. Dejarte.

Chasquido. *La cloche*. Chascar muslo. Confesión. Caliente. ¡Amor mío, adiós!

Tintín. Bloo.

Retumbaron bombardeantes acordes. Cuando el amor absorbe. ¡Guerra! ¡Guerra! El tímpano.

¡Una vela! Un velo ondulante sobre las ondas.

Perdido. Un tordo flauteó. Todo está perdido ya.

Cuerno. Cocuerno.

La primera vez que vi. ¡Ay!

A tope. A todo latir.

Gorjeando. ¡Ah, atracción! Atrayendo.

¡Marta! Ven.

Pla-Plá. Pliplá. Pla-pi-plá.

Buendios elnun caoyó decir.

El sordo calvo Pat trajo carpeta cuchillo quitó.

Llamada nocturna bajo la luna: lejos: lejos.

Me siento tan triste. P. D. A solas floreciendo Bloom *blooming*.

¡Escucha!

El frío cuerno marino pinchoso y retorcido. ¿Tiene la? Cada cual y para el otro, chasquido y silencioso estruendo.

Perlas: cuando ella. Las rapsodias de Liszt. Ssss.

¿Usted no?

Yo no; no, no; creo; Lidilid. Con un toc con un carrac.

Negro.

Resonando hondo. Eso, Ben, eso.

Sirve a un servidor. Ji ji. Sirve a un ji.

¡Pero sirve!

Abajo en el oscuro centro de la tierra. Incrustado en la ganga.

Naminedamine. Predicador es él.

Todos se fueron. Todos cayeron.

Diminutos, sus trémulos rizos de helecho de pelo de doncellez.

¡Amén! Rechinó con furia.

Para acá. Para allá, para acá. Una fresca batuta asomando.

Bronce-Lydia junto a Mina-Oro.

Junto a Bronce, junto a Oro, en océano de verdor de sombra. Bloom. El viejo Bloom.

Uno dio un toque, uno tocó con un carrac, con un coc.

¡Rezad por él! ¡Rezad, buena gente!

Sus dedos gotosos chascando. Big Benaben. Big Benben.

Última rosa Castilla del verano dejado *bloom* floración me siento tan triste solo.

¡Puii! Vientecito flauteó uii.

Hombres leales. Lid Ker Cow De y Doll. Eso, eso. Como vosotros los hombres. Levantarán ustedes su clinclin lleno de clanc.

¡Pff! ¡Uu!

¿Dónde Bronce desde cerca? ¿Dónde Oro desde lejos? ¿Dónde cascos?

Rrrpr Craa. Craandl.

Entonces, no hasta entonces. Mi epprripfftaf. Sea escpfrrit.

Terminado.

¡Empiecen!

Bronce junto a Oro, la cabeza de la señorita Douce junto a la cabeza de la señorita Kennedy, sobre la cortinilla del bar del Ormond oyeron los cascos de caballos virreinales pasando, resonante acero.

—¿Es ella? —preguntó la señorita Kennedy.

La señorita Douce dijo que sí, sentada junto a Su Ex., gris perla y *eau de Nil*.

—Exquisito contraste —dijo la señorita Kennedy.

Cuando toda excitada, la señorita Douce dijo afanosamente:

—Mire ese tipo de la chistera.

—¿Quién? ¿Dónde? —preguntó Oro más afanosamente.

—En la segunda carroza —dijeron los labios húmedos de la señorita Douce, riendo al sol—. Está mirando. Atienda hasta que mire yo.

Salió como una flecha, Bronce, hasta el rincón opuesto, aplastando la cara contra el cristal en un halo de aliento apresurado.

Sus labios húmedos risotearon:

—Se mata a mirar atrás.

Se rió:

—¡Válgame Dios! Los hombres son unos idiotas de miedo.

Con tristeza.

La señorita Kennedy se apartó de la luz clara con un triste trotecillo torciendo un pelo suelto detrás de la oreja. Con un triste trotecillo, ya no Oro, retorció torcido un pelo. Tristemente retorció trotando pelo de Oro tras una oreja curva.

—Ésos son los que lo pasan bien —tristemente dijo luego.

Un hombre.

Blooquién pasaba delante de las pipas de Moulang, llevando en su pecho las dulzuras del pecado, delante de las antigüedades de Wine, llevando en la memoria dulces palabras pecaminosas, delante de la opaca plata abollada de Carroll, para Raoul.

El limpiabotas, hacia ellas, hacia las del bar, hacia las chicas del bar, se acercó. Para ellas, desatentas a él, hizo retumbar en el mostrador su bandeja de china charladora. Y

—Aquí están sus tés —dijo.

La señorita Kennedy, con buenos modales, trasladó la bandeja del té abajo, a un cajón de agua mineral vuelto del revés, a salvo de miradas, bajo.

—¿Qué es eso? —preguntó el ruidoso limpiabotas sin modales.

—Averígualo —replicó la señorita Douce, abandonando su punto de espionaje.

—Su enamorado, ¿eh?

Bronce con altivez respondió:

—Me voy a quejar a la señora De Massey como sigas con tu insolencia impertinente.

—Impertinente tntntn —gruñó hocico de limpiabotas groseramente, mientras se retiraba, mientras ella amenazaba, como había venido.

Bloom.

Frunciendo el ceño a su flor dijo la señorita Douce:

—Es inaguantable ese muchachillo. Como no se porte bien le voy a poner las orejas así de largas.

Señorial en exquisito contraste.

—No haga caso —sugirió la señorita Kennedy.

Echó té en una taza, luego otra vez té en la tetera. Se acurrucaron bajo su escollera de mostrador, atendiendo a banquetas altas, cajones vueltos del revés, atentas a que se hiciera el té. Se alisaban las blusas, las dos de raso negro, dos con nueve la yarda, atentas a que se hiciera el té, y dos con siete.

Sí, Bronce desde cerca, junto a Oro desde lejos, oían acero desde cerca, cascos resonando desde lejos, y oían cascos acerados resonarcascos resonaracero.

—Estoy terriblemente quemada, ¿no?

La señorita Bronce se desblusó el cuello.

—No —dijo la señorita Kennedy—. Luego se pone moreno. ¿Probó el bórax con agua de laurel y cerezo?

La señorita Douce medio se levantó a ver su piel de medio lado en el espejo del bar con letras doradas donde refulgían vasos de vino clarete y del Rhin, y en medio de ellos una concha.

—Pues no le digo las manos —dijo.

—Pruebe con glicerina —aconsejó la señorita Kennedy.

Despidiéndose de su cuello y manos la señorita Douce.

—Esas cosas sólo le dan a una erupciones —contestó, vuelta a sentar—. Le pedí algo para mi cutis a ese viejo chocho de Boyd.

La señorita Kennedy, echando ahora té hecho del todo, hizo una mueca y rogó:

—¡Ah, no me lo recuerde por lo que más quiera!

—Pero espere que le cuente —rogó la señorita Douce.

Habiendo echado dulce té con leche la señorita Kennedy se tapó los dos oídos con los meñiques.

—No, no —gritó.

—No quiero oírlo —gritó.

¿Pero Bloom?

La señorita Douce gruñó en tono de viejo chocho tabacoso:

—¿Para su qué? —dice él.

La señorita Kennedy se destaponó los oídos para oír, para hablar; pero dijo, pero volvió a rogar:

—No me haga pensar en él, que me muero. ¡Asqueroso viejo desgraciado! Aquella noche en la sala de conciertos Antient.

Sorbió con desagrado su brebaje, té caliente, un sorbo, sorbió, té dulce.

—Ahí estaba —dijo la señorita Douce, echando a un lado en tres cuartos la cabeza de bronce, arrugando las aletas de la nariz— ¡Uf! ¡Uf!

Agudo chillido de risa brotó de la garganta de la señorita Kennedy. La señorita Douce bufaba y resoplaba por las narices que temblaban impertintín igual que un chillido al acecho.

—¡Ah! —chillando, la señorita Kennedy gritó—. ¿Quién puede olvidarse de su ojo salido?

La señorita Douce le hizo eco en profunda risa de bronce, gritando:

—¡Y el otro ojo!

Bloocuyo ojo oscuro leyó el nombre de Aaron Figatner. ¿Por qué siempre me parece Figather? *Gathering figs*, recogiendo higos me parece. Y el nombre hugonote de Prosper Loré. Por las vírgenes benditas de Bassi pasaron los oscuros ojos de

Bloom. Túnica azul, blanco debajo, venid a mí. Dios creen ellos que es: o diosa. Las de hoy. No pude ver. Habló aquel tipo. Un estudiante. Después con el hijo de Dedalus. Podría ser Mulligan. Todas vírgenes hermosas. Eso atrae a esos pervertidos: el blanco.

Sus ojos pasaron allá. Las dulzuras del pecado. Dulces son las dulzuras.

Del pecado.

En un campanilleo de risas se mezclaban jóvenes voces bronceoro, Douce con Kennedy, el otro ojo. Echaban atrás jóvenes cabezas, bronce risoteodero, para dejar volar libremente su risa, chillando, el otro, señas una a la otra, agudas notas penetrantes.

Ah, jadeo, suspirar. Suspirar, ah, agotado su júbilo se extinguió.

La señorita Kennedy llevó de nuevo los labios a la taza, la elevó, tomó un sorbo y risorisoteó. La señorita Douce, volviendo a inclinarse hacia la bandeja del té, volvió a arrugar la nariz y revolvió cómicos ojos gordezuelos. Otra vez Kennerisas, inclinando sus rubios pináculos de pelo, inclinándose, enseñó su peineta de tortuga, espurreó el té de la boca, ahogándose en té y risas, tosiendo con ahogo, gritando:

—¡Ojos grasientos! ¡Imagínese estar casada con un hombre así! —gritó—. ¡Con su poquito de barba!

Douce dio pleno desahogo a un espléndido chillido, chillido entero de mujer entera, placer, gozo, indignación.

—¡Casada con ese nariz grasienta! —chilló.

Estridentes, con honda risa, Oro tras de Bronce, se apremiaron una a otra a carcajada tras carcajada, resonando en cambios, bronceoro orobronce, hondamente estridentes, a risa tras risa. Y luego rieron más. Al nariz grasienta le conozco yo. Agotadas, sin aliento, apoyaron las cabezas, la trenzada y pinaculada junto a la de reluciente peineta, en el borde del mostrador. Todas sofocadas (¡ah!), jadeando, sudando (¡ah!), todas sin aliento.

Casada con Bloom, con el grasiensientobloom.

—¡Por todos los Santos! —dijo la señorita Douce, y suspiró sobre su rosa brincante—. He hecho mal en reírme tanto. Estoy toda empapada.

—¡Vamos, señorita Douce! —protestó la señorita Kennedy—. ¡Es usted un horror!

Y se ruborizó más (¡qué horror!), más doradamente.

Por delante de las oficinas de Cantwell vagaba Grasientobloom, delante de las vírgenes de Ceppi, brillantes de sus aceites. El padre de Nannetti vendía por ahí esas cosas, andando de puerta en puerta como yo. La religión da dinero. Tengo que verle para lo del entrefilet de Llavees. Comer antes. Quiero. Todavía no. A las cuatro, dijo ella. El tiempo siempre pasando. Las agujas del reloj siempre dando vueltas. Adelante. ¿Dónde comer? El Clarence, Dolphin. Adelante. Para Raoul. Comer. Si saco cinco guineas con esos anuncios. Las enaguas violetas de seda. Todavía no. Las dulzuras del pecado.

Menos sofocada, cada vez menos, doradamente palideció.

En su bar entró, indolente, el señor Dedalus. Astillas, sacando astillas de una de sus pétreas uñas de pulgar. Astillas. Entró indolente.

—Ah, me alegro de verla de vuelta, señorita Douce.

Retuvo su mano. ¿Lo había pasado bien en sus vacaciones?

—Fenomenal.

Esperaba que hubiera tenido buen tiempo en Rostrevor.

—Estupendo —dijo ella—. Mire qué pinta tengo. Tumbada en la playa todo el día.

Blancura de bronce.

—Se ha portado como una pícara —le dijo el señor Dedalus y le apretó la mano indulgentemente—. Tentando a los pobres hombres ingenuos.

La señorita Douce dulcemente de raso retiró el brazo.

—Ande, ande. ¿Ingenuo usted? No lo creo.

Lo era.

—Bueno, pues sí que lo soy —dijo caviloso—. En la cuna tenía tanta cara de ingenuo que me bautizaron Simón *el bobo*.

—Debía ser usted una monada —respondió la señorita Douce—. ¿Y qué le ha recetado hoy el médico?

—Bueno, pues —caviló— lo que usted diga. Creo que hoy la voy a molestar pidiendo agua y medio vaso de whisky.

Tintineo.

—Con la mayor diligencia —asintió la señorita Douce.

Con gracia de diligencia se volvió hacia el espejo dorado Gilt y Cantrell. Con gracia sacó del barrilete de cristal una medida de dorado whisky. Del faldón de su chaqueta sacó el señor Dedalus bolsa y pipa. Diligencia ella sirvió. Él sopló por el tubo dos roncas notas de pífano.

—Por Júpiter —caviló—. Muchas veces he querido ver las montañas del Mourne. Debe ser un gran tónico el aire de allí. Pero un largo anhelo siempre acaba por cumplirse al fin, dicen. Sí, sí.

Sí. Con el dedo él apretaba jirones de pelo, su pelo de doncella, de sirena, en la cazoleta. Astillas. Jirones. Cavilando. Mudo.

Ninguno decía nada. Sí.

Alegremente la señorita Douce limpiaba un vaso, trinando:

—*¡Oh Aydolores, reina, de los mares de oriente!*

—¿Ha estado hoy por aquí el señor Lidwell?

Entró Lenehan. En torno atisbó Lenehan. El señor Bloom alcanzó el puente de Essex. Sí, el señor Bloom cruzó el puente de Sussex. A Martha tengo que escribir. Comprar papel. Daly's. La chica de allí amable. Bloom. Viejo Bloom. *Bloom*, flor azul hay en el centeno.

—Estuvo a la hora de almorzar —dijo la señorita Douce.

Lenehan se adelantó.

—¿Estuvo a buscarme el señor Boylan?

Preguntó él. Ella respondió.

—Señorita Kennedy, ¿estuvo por aquí el señor Boylan mientras yo estaba arriba?

Preguntó ella. La señorita voz de Kennedy contestó, una segunda taza de té en vilo, la mirada en una página.

—No. No estuvo.

La señorita mirada de Kennedy, oída no vista, siguió leyendo. Lenehan alrededor de la campana de los sándwiches dio la vuelta a su redondo cuerpo en redondo.

—¡Cu-cú! ¿Quién está en el rincón?

Ninguna mirada de Kennedy recompensándole sin embargo hizo avances. Que se fijara en los puntos. Leer sólo las negras: la o redonda y la ese torcida.

Tintineo calesín tintineo.

Chicadeoro leía y no lanzaba ojeada. Sin fijarse. No se fijó mientras él leía de memoria una fábula en solfa para ella, salmodiando sin color:

—Uuuna zorra encontró a uuuna cigüeña. Dijo laa zorra aaa laa cigüeña: ¿Me quieres meter el piiico en la booca y sacarme un hueeso?

En vano siguió ronconeando. La señorita Douce se volvió a su té a un lado.

Él suspiró, aparte:

—¡Ay de mí! ¡Oh, ay!

Saludó al señor Dedalus y obtuvo una inclinación de cabeza.

—Saludos del famoso hijo de un famoso padre.

—¿Quién puede ser ése? —preguntó el señor Dedalus.

Lenehan abrió los jovialísimos brazos. ¿Quién?

—¿Quién puede ser ése? —preguntó—. ¿Y lo pregunta? Stephen, el juvenil bardo.

Seco.

El señor Dedalus, famoso padre, dejó a un lado su seca pipa llena.

—Ya veo —dijo—. No le había reconocido de momento. He oído decir que anda siempre con compañías muy selectas. ¿Le ha visto usted últimamente?

Sí le había visto.

—Apuré el cáliz del néctar con él hoy mismo —dijo Lenehan—. En Mooney *en ville* y en Mooney *sur mer*. Había recibido la pasta por los esfuerzos de su musa.

Sonrió a los labios bañados en té de Bronce, a los labios y ojos en escucha.

—La élite de Erín estaba pendiente de sus labios. El ponderoso bonzo Hugh MacHugh, el más brillante escriba y periodista de Dublín, y el joven ministril del salvaje oeste a quien se conoce con el eufónico apelativo de O'Madden Burke.

Al cabo de un rato el señor Dedalus levantó su vaso y

—Debió de ser muy divertido —dijo—. Ya veo.

Ve. Bebió. Con remotos ojos montañosos de luto. Dejó el vaso.

Miró a la puerta del salón.

—Veo que han cambiado de sitio el piano.

—Estuvo hoy el afinador —contestó la señorita Douce—, afinándolo para el concierto público y nunca he oído un pianista tan exquisito.

—¿De veras?

—¿No es verdad, señorita Kennedy? De lo clásico de verdad, ya comprende. Y ciego además, el pobre. Ni veinte años estoy segura que tuviera.

—¿De veras? —dijo el señor Dedalus.

Bebió y se alejó.

—Tan triste mirarle a la cara —se condolió la señorita Douce.

Dios maldiga a ese hijo de puta.

Tinc clamó a su compasión la campanilla de un cliente. A la puerta del comedor llegó el calvo Pat, llegó el afligido Pat, llegó Pat, camarero del Ormond. Cerveza para el comedor. Cerveza sin diligencia ella sirvió.

Con paciencia Lenehan esperaba a Boylan con impaciencia, el tintineante calesín del Blazes Playboylan.

Levantando la tapa él (¿quién?) miró en la caja (¿caja?) las oblicuas cuerdas triples (¡piano!). Apretó (el mismo que apretó indulgentemente su mano), con suave pedal un trío de teclas para ver la espesura del fieltro avanzando, para oír el amortiguado caer de los martillos en acción.

Dos hojas de papel vitela una de reserva dos sobres cuando yo estaba en Wisdom Hely's el prudente Bloom en Daly's Henry Flower compró. ¿No eres feliz en tu casa? Flor para consolarme y un alfiler pincha el am. Significa algo, lenguaje de las flo. ¿Era una margarita? Inocencia es eso. Chica respetable encontrarla después de misa. Muchísimas gracísimas. El prudente Bloom observó en la puerta un cartel, una sirena meciéndose y fumando entre bonitas olas. Fumad sirenas, la bocanada más fresca. Pelo ondulante: perdida de amor. Por algún hombre. Por Raoul. Observó y vio allá lejos en el puente de Essex un alegre sombrero montado en un calesín. Es. Tercera vez. Coincidencia.

Tintineando sobre flexibles gomas es trasladado desde el puente al muelle de Ormond. Seguir. Arriesgarse a ello. Ir deprisa. A las cuatro. Cerca ya. Fuera.

—Dos peniques, señor —se atrevió a decir la dependienta.

—Ajá… Se me olvidaba… Perdone…

—Y cuatro.

A las cuatro ella. Seductoramente sonrió a Blooaquelque. Bloo sonr depr se mar. Tardes. ¿Te crees la única en el mundo? Lo hace con todos. Para hombres.

En silencio amodorrado Oro se inclinaba sobre la página. Del salón llegó una llamada, lenta en morir. Era un diapasón que tenía el afinador que había olvidado que ahora tocaba él. Una llamada otra vez. Que él ahora tenía en vilo que ahora palpitaba. ¿Oyes? Latía, pura, más puramente, suave y más suavemente, sus cuernos zumbando. Llamada más lenta en morir.

Pat pagó la botella de estallante tapón para el cliente del comedor: y por encima de vaso bandeja y botella de estallante tapón antes de marcharse susurró, calvo y afligido, con la señorita Douce.

—*Las claras estrellas se desvanecen*…

Un canto sin voz cantó desde dentro, cantando:

—… *ya quiebra el albor*.

Una docena de notas pajariles gorjearon clara respuesta tiple bajo manos sensitivas. Claramente las teclas, todas chispeantes, enlazadas, todas clavicordiantes, invocaban una voz que cantara la melodía del alba con rocío, de la juventud, de la despedida de amor, de la vida, del alba del amor.

—*El aljófar del rocío*…

Los labios de Lenehan sobre el mostrador cecearon un sordo silbido de señuelo.

—Pero mire para acá —dijo—, rosa de Castilla.

Tintineo de calesín junto al bordillo se paró.

Ella se levantó y cerró su lectura, rosa de Castilla. Agitada, perdida, soñadoramente se levantó.

—¿Se cayó ella o la empujaron? —él le preguntó.

Ella contestó, despreciativa:

—No haga preguntas y no oirá mentiras.

A lo señora, señorial.

Los elegantes zapatos claros de Blazes Boylan crujieron en el suelo del bar al pasar. Sí, Oro desde cerca junto a Bronce desde lejos. Lenehan oyó y conoció y le saludó:

—Ved cómo viene el héroe conquistador.

Entre el coche y la cristalera, caminando cautamente, pasó Bloom, héroe sin conquistar. Podría verme él. El asiento en que se sentó: caliente. Negro, cauto gatazo, avanzó hacia la bolsa jurídica de Richie Goulding, levantada al aire en saludo.

—*Y yo de ti*…

—Había oído decir, que andaba usted por aquí —dijo Blazes Boylan.

Hacia la señorita Kennedy, se tocó el borde de su sombrero de paja ladeado. Ella le sonrió. Pero hermana Bronce la superó en sonrisa, alisando para él su más rico pelo, seno y una rosa.

Boylan encargó brebajes.

—¿Qué va a tomar? ¿Un vaso de bítter? Un vaso de bítter, por favor, y para mí un licor de endrina. ¿No hay cable todavía?

Todavía no. A las cuatro él. ¿Quién dijo cuatro?

Los rojos soplillos y la nuez de Cowley en la puerta del despacho del sheriff. Evitar. Goulding, una oportunidad. ¿Qué hace éste en el Ormond? El coche esperando. Espera.

Hola. ¿A dónde se va? ¿Algo de comer? Yo también precisamente. Aquí mismo. ¿Cómo, el Ormond? Lo más arreglado de Dublín. ¿De veras? Salón comedor.

Sentarse ahí quieto. Ver, sin ser visto. Creo que le voy a acompañar. Vamos allá. Richie entró el primero. Bloom siguió a la bolsa. Menús dignos de un príncipe.

La señorita Douce extendió arriba el brazo para alcanzar un tarro, extendiendo su brazo de raso, su busto, bien robusto, tan alto.

—¡Ah! ¡Ah! —se agitó Lenehan, jadeando a cada estirón—. ¡Ah!

Pero fácilmente agarró ella su presa y la bajó en triunfo.

—¿Por qué no crece? —preguntó Blazes Boylan.

Ellabronce, sacando del tarro espeso jarabe de licor para los labios de él, lo miró fluir (flor en la chaqueta, ¿quién se la dio?), y jarabeó con la voz:

—Lo bueno si breve dos veces bueno.

O sea que ella. Limpiamente escanció licor lentamente jaraboso.

—A su salud —dijo Blazes.

Echó una gran moneda. Resonó la moneda.

—Espere —dijo Lenehan— a que yo…

—Salud —deseó, levantando su vaso espumoso.

—*Cetro* va a ganar en un paseo —dijo.

—Se me ha ido un poco la mano —dijo Boylan, guiñando y bebiendo—. No por mi cuenta, sabe. Una ocurrencia de un amigo mío.

Lenehan siguió bebiendo y sonrió a su bebida inclinada y a los labios de la señorita Douce, que casi canturreaban, sin cerrarse, el canto oceánico que sus labios habían trinado. Aydolores. Los mares de oriente.

Zumbó el reloj. La señorita Kennedy pasó a la parte de ellos (la flor, quién se la dio), llevándose la bandeja del té. Campaneó el reloj.

La señorita Douce tomó la moneda de Boylan, dio un golpe vivo en la máquina registradora. Tintineó el reloj. La bella de Egipto enredó y distribuyó en el cajón y canturreó y entregó monedas de vuelta. Mirar al oeste. Un chasquido. Para mí.

—¿Qué hora es ésa? —preguntó Blazes Boylan—. ¿Las cuatro?

En punto.

Lenehan, sus ojillos hambrientos en el canturreo, busto canturreante, le tiró del codo por la manga a Blazes Boylan.

—Oigamos la hora —dijo.

La bolsa de Goulding, Collis, Ward guió entre las mesas en flor de centeno a Bloom. Incierto eligió con agitada elección, el calvo Pat sirviendo, una mesa junto a la puerta. Estar cerca. A las cuatro. ¿Se le ha olvidado? Quizás un truco. No ir: aguza el apetito. Yo no podría. Atención, atención. Pat atendía atento.

Bronce miraba en chispeante azur los azules ojos y corbata de Blazur.

—Vamos allá —apremió Lenehan—. No hay nadie. No ha oído.

—… *a los labios de Flora se apresuraba*.

Alta, una alta nota, retiñó en el agudo, clara.

Doucebronce, en comunión con su rosa airosa subiendo y bajando, buscó la flor y los ojos de Blazes Boylan.

—Por favor, por favor.

Él invocó a través de repetidas frases de confesión.

—*No podría dejarte*…

—Un poquito después —prometió esquivamente la señorita Douce.

—No, ahora —urgió Lenehan—. *Sonnez la cloche!* ¡Ande! No hay nadie.

Ella miró. Deprisa. La señ Kenn no oía, lejos. Inclinada de repente. Dos caras encendidas la observaron inclinarse.

Temblando los acordes se separaron de la melodía, la volvieron a encontrar, un acorde perdido, y la perdieron y encontraron, desmayando.

—¡Vamos allá! ¡Ea! *Sonnez!*

Inclinándose, ella pellizcó un pico de la falda sobre la rodilla. Se retardaba. Seguía haciéndoles rabiar, inclinándose, suspendiendo, con ojos maliciosos.

—*Sonnez!*

Chasquido. Dejó libre de pronto en rebote su elástica liga pellizcada calientechascante contra su chascable muslo de mujer en caliente media.

—*La cloche!* —gritó jubiloso Lenehan—. Amaestrada por la propietaria. Ahí no hay serrín.

Ella sonrió ufana desdeñosa (¡válgame Dios, qué hombres!), pero, deslizándose hacia la luz, sonrió benévola a Boylan.

—Es usted la esencia de la vulgaridad —dijo, al deslizarse.

Boylan observaba, observaba. Vertió su cáliz en gruesos labios, apuró el diminuto cáliz, chupando las últimas gruesas gotas violetas. Con ojos hipnotizados siguió su cabeza deslizándose por el bar a lo largo de espejos, arco dorado para la gaseosa, fulgurantes vasos de clarete y Rhin, una caracola con pinchos, donde se concertaba, se espejeaba bronce con bronce más soleado.

Sí, Bronce de cerca.

—¡… *Amor mío, adiós!*

—Me marcho —dijo Boylan con impaciencia.

Con gran viveza, alejó el cáliz resbalando, aferró el cambio.

—Espere un momento —rogó Lenehan, bebiendo deprisa—. Quería contarle. Tom Rochford…

—Váyase al cuerno —dijo Blazes Boylan, yéndose.

Lenehan apuró el vaso para irse.

—¿A dónde cuerno va? —dijo—. Espere. Me voy también.

Siguió los apresurados zapatos crujientes pero se echó a un lado ágilmente junto al umbral, figuras saludando, una voluminosa con una delgada.

—¿Cómo está usted, señor Dollard?

—¿Eh? ¿Cómo está? —contestó la vaga voz de bajo de Ben Dollard, apartándose un momento de la aflicción de Padre Cowley—. No te dará ninguna molestia, Bob. Alf Bergan hablará con el tío largo. Esta vez le mojaremos la oreja a ese Judas Iscariote.

Suspirando, el señor Dedalus atravesó el salón, frotándose un párpado con el dedo.

—Oh, oh, lo haremos —yodeleó jubilosamente Ben Dollard—. Vamos allá, Simon, una cancioncita. Hemos oído el piano.

El calvo Pat, fastidiado camarero, guardaba peticiones de bebida. Power para Richie. ¿Y Bloom? Vamos a ver. No le hagamos andar dos veces. Sus juanetes. Las cuatro horas. Qué calor da este negro. Claro los nervios un poco. Refracción (¿es eso?) del calor. Vamos a ver. Sidra. Sí, una botella de sidra.

—¿Qué es eso? —dijo el señor Dedalus—. Estaba sólo improvisando, hombre.

—Vamos, vamos —gritó Ben Dollard—. Alejaos de mí, sombríos cuidados. Vamos, Bob.

Dollard avanzó contoneándose, calzones enormes, ante ellos (sujeta a ese tipo de los: sujétale ahora) en el salón. Se desplomó, Dollard, en la banqueta. Sus dedos gotosos se desplomaron sobre acordes. Se desplomaron, se detuvieron de repente.

El calvo Pat en la entrada encontró a Oro sin té volviendo. Fastidiado quería Power y sidra. Bronce junto a la ventana observaba, bronce desde lejos.

Tintineó un tintineo de calesín.

Bloom oyó un tinc, un leve sonido. Se ha marchado. Leve sollozo de aliento. Bloom suspiró sobre las silenciosas flores de matiz azul. Tintineo. Se fue. Tintineo. Escucha.

—*Amor y guerra*, Ben —dijo el señor Dedalus—. ¡Vivan los buenos tiempos antiguos!

Los valientes ojos de la señorita Douce, inobservados, se volvieron desde las cortinillas, heridos por la luz del sol. Se fue. Pensativa (¿quién sabe?), herida (la luz hiriente) bajó la cortinilla con un cordón deslizante. Bajó pensativa (¿por qué se fue tan deprisa cuando yo?) por su bronce al otro lado de la barra donde Calvo estaba junto a su hermana Oro, contraste nada exquisito, contraste ni exquisito ni requisito, lenta fresca sombría verdemar deslizante profundidad de sombra, *eau de Nil*.

—El pobre viejo Goodwin era el pianista aquella noche —les recordó Padre Cowley—. Había una ligera diferencia de opinión entre él y el Collard de cola.

La había.

—Dominaba todo el convivio —dijo el señor Dedalus—. Ni el diablo le paraba. Se volvía un viejo insoportable en la fase primaria de la bebida.

—Dios mío, ¿os acordáis? —dijo Ben el gordo Dollard, volviéndose del castigado teclado—. Y, qué caray, yo no tenía el traje de bodas.

Se rieron los tres. No tenía el tra. Todo el trío se rio. Traje de boda.

—Nuestro amigo Bloom resultó muy útil aquella noche —dijo el señor Dedalus —. Por cierto, ¿dónde tengo la pipa?

Volvió incierto a la barra a la pipa acorde perdido. El calvo Pat llevaba dos bebidas para el comedor, Richie y Poldy. Y Padre Cowley se volvió a reír.

—Yo salvé la situación, Ben, me parece.

—Es verdad —confirmó Ben Dollard—. Me acuerdo de aquellos pantalones apretados, también. Fue una idea brillante, Bob.

Padre Cowley se ruborizó hasta los brillantes lóbulos purpúreos. Salvó la situa. Pantalones apre. Idea bri.

—Sabía que estaba a la cuarta pregunta —dijo—. La mujer tocaba el piano en el Palacio del Café los sábados por un honorario insignificante y no sé quién me sopló que andaba en el otro negocio. ¿Os acordáis? Tuvimos que buscar por toda la calle Holles para encontrarles hasta que el tío de Keogh nos dio el número. ¿Os acordáis?

Ben se acordaba, con su ancho rostro interrogativo.

—Por Dios que ella tenía allí unos pocos abrigos de teatro y cosas de lujo.

El señor Dedalus volvió, incierto, pipa en mano.

—Estilo Merrion Square. Trajes de baile, ya lo creo, y trajes de ceremonia. Y él no quería recibir dinero, tampoco. ¿Qué? Y qué cantidad de sombreros de tricornio y boleros y calzones anchos. ¿Eh?

—Eso, eso —asintió el señor Dedalus—. La señora Marion Bloom siempre se ha quitado de encima toda clase de trajes.

Tintineo de calesín por los muelles abajo. Boyles arrellanado sobre gomas rebotantes.

Hígado con tocino. Filete y pastel de riñones. Muy bien, señor. Muy bien, Pat.

La señora Marion métense cosas. Olor de quemado de Paul de Kock. Un nombre bonito que tiene.

—¿Cómo se llamaba ella? Una moza bien de carnes. ¿Marion…?

—Tweedy.

—Sí. ¿Sigue viva?

—Y coleando…

—Era hija de…

—Hija del regimiento.

—Ah sí, caramba. Me acuerdo del viejo tambor mayor.

El señor Dedalus frotó, chisqueó, encendió, exhaló sabroso hálito después.

—¿Irlandesa? No lo sé, palabra. ¿Es irlandesa, Simon?

Exhaló duro, un hálito, fuerte, sabroso, crujiente.

—El músculo buccinador está… ¿Cómo?… Un poco enmohecido… Ah, ella es… Ah, mi Molly de Irlanda.

Exhaló una picante exhalación en penacho.

—Del peñón de Gibraltar… nada menos.

Languidecían las dos en la profundidad de la sombra oceánica, Oro junto a la bomba de la cerveza, Bronce junto al marrasquino, pensativas las dos, Mina Kennedy, Lismore Terrace 4, Drumcondra, con Aydolores, una reina, Dolores, silenciosa.

Pat sirvió platos destapados. Leopold cortó tajadas de hígado. Como se dijo antes, comía con deleite los órganos interiores, las mollejas, de sabor a nuez, las huevas de

bacalao fritas, mientras Richie Goulding, Collis, Ward comía filete y riñón, filete y luego riñón, bocado tras bocado de pastel comía Bloom comía ellos comían.

Bloom con Goulding, casados en el silencio, comían. Menús dignos de un príncipe.

Por Bachelor's Walk, el Paseo del Soltero, tintineaba en vaivén de calesín Blazes Boylan, soltero, soleado, encelado, la reluciente anca de la yegua al trote, con sacudida de fusta, sobre gomas rebotantes: arrellanado, sentado en caliente, boylando de impaciencia, osadoasado. Cuerno. ¿A dónde? Cuerno. ¿A dónde? Cocuerno.

Por encima de sus voces Ben Dollard contrabajó al ataque, retumbando sobre bombardeantes acordes.

—*Cuando el amor absorbe mi alma ardiente*…

Un trueno de Benalmabenjamín tronó hasta la temblorosa claraboya vibrante de amor.

—¡Guerra! ¡Guerra! —gritó Padre Cowley—. Tú eres el guerrero.

—Sí que lo soy —se río Ben Guerrero—. Pensaba en tu casero. Ni amor ni dinero.

Se detuvo. Agitó enorme barba, enorme cara sobre su enorme error.

—Seguro que a ella le debes romper el tímpano, hombre —dijo el señor Dedalus entre aroma de humo—, con un órgano como el tuyo.

En barbada risa abundante, Dollard se agitó sobre el teclado. Sí por cierto.

—Para no mencionar otra membrana —añadió Padre Cowley—. Fin de la primera parte, Ben. *Amoroso ma non troppo*. Déjame a mí.

La señorita Kennedy sirvió a dos caballeros unos jarros de cerveza fresca. Hizo una observación. Efectivamente, dijo el caballero primero, tiempo hermoso. Bebieron cerveza fresca. ¿Sabía ella a dónde iba el Lord Lugarteniente? Y oyó cascos acerados cascos resonantes resonar. No, ella no sabía decir. Pero estaría en el periódico. Oh, no hacía falta que se molestara. No era molestia. Ella ondeó el *Independent* extendido, buscando, el Lord Lugarteniente, sus pináculos de pelo moviéndose lentamente, Lord Lugarte. Demasiada molestia, dijo el caballero primero. De ninguna manera. Cómo miraba aquel. Lord Lugarteniente. Oro junto a Bronce oyeron hierro acero.

—…… *mi alma ardiente*

no me impo-orta el mañana.

En salsa de hígado Bloom apuró puré de patata Amor y guerra hay uno que. El gran número de Ben Dollard. La noche que nos llegó corriendo a que le prestáramos un traje de etiqueta para aquel concierto. Los pantalones tensos como un tambor encima de él. Jamones musicales. Molly se río cuando él se marchó. Se tiró de espaldas en la cama, chillando, pataleando. Con todas sus pertenencias a la vista. ¡Ah, válgame Dios, estoy empapada! ¡Ah, las mujeres de la primera fila! ¡Ah, nunca me he reído tanto! Bueno, claro, eso es lo que le da el bajo barríltono. Por ejemplo los eunucos. No sé quién estará tocando. Buen toque. Debe ser Cowley. Sentido musical. Sabe qué nota es la que tocas. Mal aliento tiene, el pobre. Se paró.

La señorita Douce, invitante, Lydia Douce, se inclinó hacia el suave procurador, George Lidwell, un señor, que entraba. Buenas tardes. Ella entregó su húmeda mano, mano de señora, a su firme apretón. Buenas. Sí, había vuelto. Otra vez a la noria.

—Sus amigos están dentro, señor Lidwell.

Suave, procurado, George Lidwell la lidílica mano retuvo.

Tintineo.

Bloom comía híg como se dijo antes. Limpio aquí por lo menos. Aquel tipo del Burton, pegajoso de cartílagos. Nadie aquí: Goulding y yo. Limpias las mesas, flores, mitras de servilletas. Pat de acá para allá. El calvo Pat. Nada que hacer. Lo más arreglado de Dub.

El piano otra vez. Ahora es Cowley. La manera de sentarse delante, como de una pieza, comprensión mutua. Esos molestos rascatripas restregando violines, con el ojo en el extremo del arco, serrando el chelo, hacen pensar en un dolor de muelas. El roncar de ella, agudo y largo. La noche que estuvimos en el palco. El trombón abajo soplando como una marsopa, en los entreactos, otro tío del metal desatornillando, vaciando gargajos. Las piernas del director también, pantalones con bolsas, tacatán. Hacen bien en esconderlas.

Tacatán tintineante calesín tacatán.

Solamente el arpa. Hermosa luz difusa dorada. Una chica la tocaba. Popa de una hermosa. La salsa es digna de un. Nave dorada. Erín. El arpa que una vez o dos. Manos frías. Ben Howth, los rododendros. Somos sus arpas. Yo. Él. Viejo. Joven.

—Ah, yo no sabría, hombre —dijo el señor Dedalus, huraño, desganado.

Con energía.

—Vamos allá, maldita sea —gruñó Ben Dollard—. Desembúchalo poco a poco.

—*M'appari*, Simon —dijo Padre Cowley.

Hacia las candilejas avanzó unos pasos, grave, alto en su aflicción, con sus largos brazos extendidos. Roncamente su nuez roncó suavemente. Suavemente cantó hacia un polvoriento paisaje marino, enfrente: *Un último adiós*. Un promontorio, un barco, una vela sobre las ondas. Adiós. Una bella muchacha, su velo ondulante sobre el viento sobre el promontorio, el viento en torno.

Cowley cantó:

—*M'appari tutt'amor*.

Il mio sguardo l'incontr…

Ella ondeaba, sin oír a Cowley, su velo hacia uno que partía, amado, al viento, amor, vela fugitiva, regresa.

—Adelante, Simon.

—Ah, me parece que se han acabado mis días de juerga, Ben… Bueno…

El señor Dedalus dejó descansar la pipa junto al diapasón y, sentándose, tocó las obedientes teclas.

—No, Simon —dijo Padre Cowley volviéndose—. Tócalo en la versión original. Un bemol.

Las teclas, obedientes, subieron más, dijeron, vacilaron, confesaron, se confundieron.

Se alejó de las candilejas Padre Cowley.

—Vamos, Simon. Yo te acompañaré. Levántate.

Por delante de la roca de piña de Graham Lemon, por delante del elefante de Elvery, tacatán de calesín. Filete, riñón, hígado, puré de yantar digno de un príncipe, estaban sentados los príncipes Bloom y Goulding. Príncipes en yantar empinaban y bebían, Power y sidra.

La más hermosa aria de tenor jamás escrita, dijo Richie: *Sonnambula*. Se la oyó cantar una noche a Joe Maas. ¡Ah, qué MacGuckin! Sí. A su manera. Estilo de monaguillo. El bueno era Maas. Maas y mejor. Un tenor lírico, si usted quiere. Nunca olvidarlo. Nunca.

Tiernamente Bloom sobre el tocino sin hígado vio esforzarse las facciones tensas. Dolor de riñones él. Ojos malos del mal de Bright. El siguiente número del programa. Pagar la música. Píldoras, pan machacado, al precio de una guinea la caja. Aplazarlo un poco. También canta: *Allá abajo entre los muertos*. Apropiado. Pastel de riñones. Dulzuras a la. No se saca mucho de eso. Lo más arreglado en. Típico de él. Power. Exigente en la bebida. Una mota en el vaso, otra agua de Vartry. Arrambla con cerillas en los mostradores para ahorrar. Luego despilfarra una libra en tonterías. Y cuando hace falta, ni una perra. Borracho, se negaba a pagar al cochero.

Tipos curiosos.

Nunca olvidaría Richie esa noche. Mientras viviera, nunca. En el gallinero del viejo Royal con el pequeño Peake. Y cuando la primera nota.

Las palabras se detuvieron en los labios de Richie.

Saliendo ahora con un cuento. Rapsodias sobre cualquier cosa. Se cree sus propias mentiras. De veras. Embustero prodigioso. Pero hace falta buena memoria.

—¿Qué aria es esa? —preguntó Leopold Bloom.

—*Todo está perdido ya*.

Richie empujó los labios en hocico. Una nota baja incipiente dulce hada murmuraba todo. Un tordo. Un tordo cantor. Su aliento, dulce de ave, buenos dientes de que está orgulloso, flautearon con quejumbrosa aflicción. Está perdido. Sonido lleno. Dos notas en una ahí. El mirlo que oí en el valle del espino. Tomando mis melodías las entrelazaba y cambiaba. Todo clamor nuevo todo está perdido en todo. ¿Cómo se hace eso? Todo perdido ya. Fúnebre silbaba. Caída, rendición, caída.

Bloom aguzaba orejas de leopoldo, plegando una franja del centro de mesa bajo el vaso de flores. Orden. Sí, recuerdo. Deliciosa aria. Dormida se acercó a él. Inocencia a la luna. Sin embargo la sujeta. Valientes, no conocen su peligro. Llamar por el nombre. Tocar agua. Tintinear calesín. Demasiado tarde. Ella quería marcharse. Por eso es por lo que. Mujer. Más fácil sería parar el mar. Sí: todo está perdido.

—Una hermosa aria —dijo Bloom, leoperdido—. La conozco bien.

Nunca en su vida había Richie Goulding.

También él la conoce bien. O la siente. Siempre machacando con su hija. Sabe mucho la hija que conoce a su padre, dijo Dedalus. ¿A mí?

Bloom al soslayo sobre sin hígado vio. Cara del todo está perdido. En otros tiempos, el juerguista Richie. Chistes viejos y pasados ahora. Moviendo las orejas. El servilletero en el ojo. Ahora cartas pedigüeñas con que manda a su hijo. El bizco Walter señor yo he señor. No querría molestarle pero esperaba un dinero. Excusarse.

Otra vez el piano. Suena mejor que la última vez que lo oí. Probablemente afinado. Se detuvo otra vez.

Dollard y Cowley seguían apremiando al reacio cantor, desembuchar.

—Desembucha, Simon.

—Anda, Simon.

—Señoras y caballeros, me siento profundamente agradecido por su bondadosa solicitud.

—Anda, Simon.

—No tengo dinero, pero si me prestan un poco de atención intentaré cantarles sobre un corazón quebrantado.

Junto a la campana de los sándwiches en sombra protectora, Lydia con su bronce y rosa, gracia de gran señora, daba y se reservaba: como en fresca y glauca *eau de Nil*, Mina a los dos jarros sus pináculos de oro.

Se cerraron los acordes en arpegio del preludio. Un acorde prolongado, esperando, arrastró una voz.

—*La primera vez que vi esa forma seductora*…

Richie se volvió.

—La voz de Sim Dedalus —dijo.

Los sesos excitados, las mejillas tocadas de llama, escucharon sintiendo esa corriente seductora corriente sobre piel miembros corazón humano alma espinazo. Bloom hizo una señal a Pat, el calvo Pat es un sirviente duro de oído, de dejar entreabierta la puerta del bar. La puerta del bar. Eso. Así está bien. Pat, atendiendo, atendía atento a oír pues era duro de oído, junto a la puerta.

—… *la tristeza pareció alejarse de mí.*

A través del acallamiento del aire una voz cantaba para ellos, baja, no lluvia, no hojas en murmullo, como ninguna voz de cuerdas de lengüetas o comosellamen, dulcémeles, tocando sus quietos oídos con palabras, quietos corazones de sus sendas vidas recordadas. Bueno, bueno de oír: la tristeza pareció alejarse de ambos la primera vez que oyeron. La primera vez que vieron, el perdido Richie, Poldy, misericordia de belleza, oída de una persona que no se habrían esperado en absoluto, su primera palabra misericordiosa suave de amor tantas veces amada.

Amor que canta: vieja y dulce canción de amor. Bloom desenvolvió lentamente la tira elástica del paquete. Dulce y vieja de amor *sonnez la* oro. Bloom enlazó una madeja en torno a cuatro dedos en tenedor, la estiró, la aflojó y la ató en torno a su turbado doble, cuádruple, en octava y los ató fuerte.

—Lleno de esperanza y todo encantado…

Los tenores consiguen mujeres a docenas. Les aumenta la emisión. Echarle una flor a sus pies ¿cuándo nos encontraremos? Me hierve la. Tintineo todo encantado. Él no puede cantar delante de las chisteras. Le hierve la cabeza a uno. Perfumada para él. ¿Qué perfume usa tu mujer? Quiero saberlo. Tinc. Se acabó. Llama a la puerta. Última mirada al espejo ella siempre antes de abrir la puerta. El vestíbulo. ¿Hola? ¿Cómo va? Muy bien. ¿Eh? ¿Qué? ¿O si no? Estuche de golosinas, confites de beso, en su bolso. ¿Sí? Él le buscaba con las manos sus opulentas.

¡Ay! La voz subió, suspirando, cambió: sonora, llena, brillante, soberbia.

—Pero, ay, era un vano soñar…

Tiene todavía un timbre espléndido. El aire de Cork es más dulce, también su dialecto. ¡Qué estúpido! Podría haber ganado el dinero a mares. Equivoca las palabras al cantar. Consumió a su mujer: ahora canta. Pero es difícil decir. Sólo ellos dos mismos. Si es que él no se deshace. Al galope al cementerio. Canta también con las manos y los pies. La bebida. Los nervios excitados. Se debe ser abstemio para cantar. Sopa Jenny Lind: caldo, salvia, huevos crudos, media pinta de crema. La crema de la elegancia.

Ternura rebosaba: lenta, creciente. A todo latir. Así es la cosa. ¡Ah, dale! ¡Toma! Late, un latir, un pulsar orgulloso erecto.

¿Palabras? ¿Música? No: es lo que hay detrás.

Bloom enlazaba, desenlazaba, anudaba, desanudaba.

Bloom. Inundación de caliente jaleojalea lámelotodo secreto fluía para fluir afuera en música, en deseo, flujo oscuro para lamer, invasor. Tocarla toparla tentarla tirarla. A tope. Poros a dilatar dilatándose. Top. El gozo el tocar el calor el. Top. Derramar sobre compuertas chorros derramados. Inundación, chorro, flujo, chorro de gozo, latido top-top. ¡Ahora! Lenguaje de amor.

—… rayo de esperanza…

Radiante. Lydia para Lidwell bisbiseo apenas oído tan señorial la musa avistar un rayo de esperanza.

Es Martha. Qué coincidencia. Precisamente iba a escribir. El aria de Lionel. Qué nombre tan bonito tienes. No puedo escribir. Acepta mi pequeño reg. Tocar las cuerdas del corazón cordones de la bolsa también. Es una. Te llamé niño malo. Sin embargo el nombre: Martha. ¡Qué extraño! Hoy.

La voz de Lionel volvió, débil pero incansable. Volvía a cantar para Richie Poldy Lydia Lidwell también cantaba para Pat boca abierta oído atento atendiendo. Cómo la primera vez que vio esa forma seductora, cómo la tristeza pareció alejarse de él, cómo la mirada, figura, palabra le encantaron a él Gould Lidwell, conquistaron el corazón de Pat Bloom.

Me gustaría verle la cara, sin embargo. Se entiende mejor. Por eso el barbero de Drago siempre me miraba a la cara cuando yo hablaba hacia su cara en el espejo. Sin embargo se oye mejor aquí que en el bar aunque más lejos.

—*Cada mirada graciosa*…

La primera noche que la vi en casa de Mat Dillon, en Terenure. Encajes amarillos, negros llevaba. Las sillas musicales. Nosotros dos los últimos. El destino. Detrás de ella. El destino. Vueltas y vueltas despacio. Vueltas deprisa. Nosotros dos. Todos miraron. Alto. Ella se sentó. Todos los que perdieron miraban. Labios rientes. Rodillas amarillas.

—*Encantaba mis ojos*…

Cantando. Ella cantó *Esperando*. Yo le pasaba las hojas. Voz llena con perfume de qué perfume usa tu lilas. El pecho le veía, los dos llenos, la garganta gorjeando. La primera vez que vi. Me dio las gracias. ¿Por qué ella a mí? El destino. Ojos españolescos. Bajo un peral a solas un patio a esta hora en el viejo Madrid un lado en sombra Dolores Elladolores. A mí. Atrayendo. Ah, atracción.

—*¡Martha! ¡Ah, Martha!*

Abandonando toda languidez Lionel clamaba en su dolor, en grito de pasión dominante al amor para que regresara con más profundos pero con ascendentes acordes de armonía. En rugido de leonino lionel, para que ella supiera, Martha, lo tenía que sentir. Para ella sólo esperaba. ¿Dónde? Aquí allí probad allí aquí todos buscad dónde. En alguna parte.

—*Ven pe-erdida,*

Ven que-erida.

A solas. Un solo amor. Una sola esperanza. Un solo consuelo para mí. Martha, do de pecho, regresa.

—*¡Ven!*

Se cernía, ave, sostenía su vuelo, un veloz grito puro, cerniéndose esfera de plata, saltaba sereno, acelerando, sostenido, para que viniera, no prolongarlo demasiado largo aliento él alentando larga vida, cerniéndose alto, alto resplandeciente, inflamado, coronado, alto en la efulgencia simbolística, alto, del seno etéreo, alto de la alta vasta irradiación por todas partes todo cerniéndose todo alrededor en torno al todo, el infinitonitonitonito…

—*¡A mí!*

¡Simopold!

Consumido.

Ven. Bien cantado. Todos aplaudieron. Ella debería. Venir. A mí, a él, a ella, tú también, a mí, a nosotros.

—¡Bravo! Pla-pla. Estupendo, Simon. Plapiplaplá. ¡Bis! Pla-pli-pla. Como una campana. ¡Bravo, Simon! Pla-plo-pla. Bis, plip —dijeron, gritaron, aplaudieron todos, Ben Dollard, Lydia Douce, George Lidwell, Pat, Mina, dos caballeros con jarros de cerveza, Cowley, caballero primero con jarro, y bronce señorita Douce y oro señorita Mina.

Los elegantes zapatos claros de Blazes Boylan crujieron en el suelo del bar, como ya se dijo. Tintinear pasando ante monumentos de Sir John Gray, Horatio el manco

Nelson, el Reverendo Padre Theobald Matthew, en calesín como se dijo hace un momento. Al trote, encelado, sentado abrasado. *Cloche. Sonnez la. Cloche. Sonnez la.* Más despacio, la jaca subió la cuesta ante la Rotunda, Rutland Square. Demasiado lenta para Boylan, playboylan, impacienboylan, trotaba la jaca.

Un resón de los acordes de Cowley se cerró, murió en el aire enriquecido.

Y Richie Goulding se bebió su Power y Leopold Bloom su sidra se bebió, Lidwell su Guinness, el caballero segundo dijo que tomarían otros dos jarros si no le era molestia. La señorita Kennedy sonrió rígida, biserviendo, labios de coral, al primero, al segundo. No le era molestia.

—Siete días en la cárcel —dijo Ben Dollard— a pan y agua. Entonces Simon, cantarías como un tordo.

Lionel Simon, cantante, se rió. Padre Bob Cowley tocó. Mina Kennedy sirvió. El caballero segundo pagó. Tom Kernan entró pavoneándose; Lydia, admirada, admiró. Pero Bloom cantaba mudo.

Admirando.

Richie, admirado, decantaba la espléndida voz de ese hombre. Recordaba una noche hacía mucho. Nunca olvidaría esa noche. *Sim cantó Fue la gloria y la fama*: en casa de Ned Lambert era. Dios mío, en toda su vida oyó una nota como esa él *nunca entonces traidor debemos separarnos* tan clara tan buendios él nunca oyó decir *porque el amor no vive* una voz retumbante pregunte a Lambert él también le puede contar.

Goulding, un rubor luchando en su pálido, contaba al señor Bloom, cara de la noche, Sim en casa de Ned Lambert, en casa de Dedalus, cantó *Fue la gloria y la fama*.

Él, el señor Bloom, escuchaba mientras él, Richie Goulding, le contaba al señor Bloom de la noche que él, Richie, le oyó a él, Sim Dedalus, cantar *Fue la gloria y la fama* en su casa, de Ned Lambert.

Cuñados: parientes. Nunca nos hablamos cuando nos pasamos al lado. Grieta en la armonía, me parece. Le trata con desprecio. Mira. Le admira aún más por eso. Las noches que cantó Sim. La voz humana, dos diminutas cuerdas sedosas. Prodigioso, más que todo los demás.

Esa voz era un lamento. Más tranquila ahora. Es en el silencio cuando notas que oyes. Vibraciones. Ahora aire silencioso.

Bloom desenlazó sus manos entrecruzadas y con flojos dedos pulsó la delgada cuerda de tripa de gato. Tiró y pulsó. Zumbó, vibró. Mientras Goulding hablaba de la emisión de voz de Barraclough, mientras Tom Kernan, volviendo a machacar sobre una especie de reordenación retrospectiva, hablaba al atento Padre Cowley, que tocaba una improvisación, que asentía mientras tocaba. Mientras el gran Ben, el Big Ben Dollard hablaba con Simon Dedalus que encendía la pipa, que asentía mientras fumaba, que fumaba.

Oh tú perdida. Todos los cantos sobre ese tema. Sin embargo aún más Bloom estiraba la cuerda. Cruel parece eso. Dejar que la gente se tome cariño: atraerles a ello. Luego separarles, arrancarles unos de otros. Muerte. Explos. Golpe en la cabeza. Aldemoniofueradeahí. La vida humana. Dignam. Uf, ¡la cola de esa rata retorciéndose! Cinco chelines di. *Corpus paradisum*. Cuervo graznante, barriga como un cachorro envenenado. Se marchó. Ellos cantan. Olvidado. Yo también. Y un día ella con. La dejará: se cansará. Sufrir entonces. Lloriqueará. Grandes ojos españolescos mirando saltones al vacío. Su pelo ondulondulondulabundondulante sin peinar.

Sin embargo demasiada felicidad aburre. Estiró más, más. ¿No eres feliz en tu? Chanc. Se disparó.

Calesín tintineó en la calle Dorset.

La señorita Douce retiró su brazo de raso, reprochante, complacida.

—Ni la mitad de esas libertades —dijo— mientras no nos conozcamos más.

George Lidwell le decía que de veras y de verdad: pero ella no se lo creía.

El caballero primero le dijo a Mina que así era. Ella le preguntó si era así. Y el segundo jarro le dijo que sí. Que así era.

La señorita Douce, la señorita Lydia, no lo creía; la señorita Kennedy, Mina, no lo creía; George Lidwell, no; la señorita Dou no; el primero, el cab prim con jar: creer, no, no; no creía, la señ Kenn; Lidlydiawell; el jar.

Mejor escribir aquí. Las plumillas de la oficina de correos, masticadas y retorcidas.

El calvo Pat se acercó a una señal. Pluma y tinta. Se fue. Una carpeta. Se fue. Una carpeta con secante. Oyó, el sordo Pat.

—Sí —dijo el señor Bloom, atormentando la retorcida sutil tripa de gato—. Sí que es así. Unas pocas líneas bastarán. Mi regalito. Toda esa música italiana con florituras es. ¿Quién la escribió? Sabiendo el nombre se comprende mejor. Sacar hoja de papel, sobre: sin darle importancia. Es tan característica.

—El número más grandioso de toda la ópera —dijo Goulding.

—Sí que lo es —dijo Bloom.

Números es. Toda la música, si vamos a pensarlo. Dos multiplicado por dos dividido por la mitad es dos veces uno. Vibraciones: los acordes son eso. Uno más dos más seis es siete. Se hace lo que se quiera con cifras en juegos de manos. Siempre se encuentra que eso es igual a eso, simetría bajo una valla de cementerio. Él no ve que estoy de luto. Encallecido: todo para sus tripas. Musimatemáticas. Y te crees que escuchas las etéreas. Pero suponte que dijeras algo así como: Martha, siete por nueve menos *x* igual a treinta y cinco mil. Sería un fracaso. Es por causa de los sonidos, es lo que pasa.

Por ejemplo ahora está tocando ése. Improvisando. Podría ser lo que quisieras hasta que oyes las palabras. Hay que escuchar atentos. Oír bien. El comienzo muy bien; luego se oyen acordes un poco discordes; se siente uno un poco perdido.

Entrando y saliendo de sacos, por encima de barriles, a través de alambradas, carrera de obstáculos. El tiempo hace la melodía. Es cuestión del estado de ánimo que tengas. Sin embargo siempre es bonito de oír. Excepto las escalas subiendo y bajando, las chicas aprendiendo. Dos juntas, vecinas de al lado. Deberían inventar pianos mudos para eso. El *Blumenlied* que le compré. El nombre. Tocarlo despacio, una chica, la noche que llegué a casa, la chica. La puerta de las cuadras cerca de la calle Cecilia.

El calvo sordo Pat trajo carpeta muy lisa tinta. Pat puso con tinta pluma carpeta muy lisa. Pat quitó plato fuente cuchillo tenedor. Pat se fue.

Era el único lenguaje, el señor Dedalus decía a Ben. Les oyó de niño en Ringabella, Crosshaven, Ringabella, cantando sus barcarolas. El puerto de Queenstown lleno de barcos italianos. Andando, sabes, Ben, a la luz de la luna con esos sombreros de matones. Mezclando las voces. Dios mío, qué música, Ben. La oyó de niño. Cross Ringabella Haven luncarolas.

Quitada la acre pipa extendió una pantalla de mano delante de los labios que arrullaron una llamada nocturna bajo la luna, clara desde cerca, una llamada desde lejos, contestando.

Bajando sobre el margen de su batuta de *Freeman* el otro ojo de Bloom escudriñaba en busca de dónde he visto yo eso. Callan, Coleman, Dignam Patrick. ¡Ay-oh! ¡Ay-oh! Fawcett. ¡Ah! Precisamente estaba mirando.

Espera que no esté mirando, cotilla como un ratón. Extendió desenrollado su *Freeman*. No ve ahora. Acuérdate de escribir con es griegas. Bloom mojó la pluma, Bloo murm: muy señor mío. El querido Henry escribió: querida Mady. Recibí tu car y flo. Demonios ¿dónde la he echado? En algún bol. Pero es abs impos. Subrayar *impos*. Escribir hoy.

Qué fastidio. El fastidiado Bloom tamborileó suavemente con dedos de estoy reflexionando sobre la lisa carpeta que trajo Pat.

Adelante. Ya comprendes lo que quiero decir. No, cambia esa e. Acepta mi pobre reg adju. No le pides que cont. Espera. Cinco por Dignam. Dos por ahí. Un penique las gaviotas. Elías viene. Siete en Davy Byrne. Son cerca de ocho. Digamos media corona. Mi pobre reg: giro de dos con seis. Escríbeme una larga. ¿Desprecias? Tintineo, ¿a dónde cuerno va? Tan excitada. ¿Por qué me llamas niño ma? ¿Tú también mala? Ah, Mary perdió el alfiler de sus. Adiós por hoy. Sí, sí, ya te contaré. Quiero. Para sostenerlas en alto. Llámame eso otro. El otro mundo escribió. Mi paciencia se está agot. Para sostenerlas en alto. Debes creer. Creer. El jar. Es. Verdad.

¿Es una tontería que escriba? Los maridos no. Culpa del matrimonio, sus mujeres. Porque estoy alejado de. Supongamos. Pero ¿cómo? Ella debe. Conservarse joven. Si descubriese. La tarjeta en mi sombrero alta cal. No, no decirlo todo. Dolor inútil. Si no lo ven. Mujer. Bueno para una, bueno para todas.

Un coche de punto, número trescientos veinticuatro, cochero Barton James, domiciliado en Harmony Avenue número uno, Donnybrook, en el que iba sentado un pasajero, un caballero joven, vestido a la moda con un traje de sarga azul añil hecho

por George Robert Mesias, sastre y cortador, de Eden Quay número cinco, y tocado con un sombrero de paja muy elegante, comprado en John Plasto, calle Great Brunswick número 1, sombrerero. ¿Eh? Éste es el calesín del tintín y el tacatán. Ante la salchichería de Dlugacz con sus brillantes tubos de Agendath trotaba una jaca de galantes ancas.

—¿Contestando a un anuncio? —preguntaron a Bloom los agudos ojos de Richie.

—Sí —dijo el señor Bloom—. Corredor en plaza. Nada que hacer, me parece.

Bloom murm: las mejores referencias. Pero Henry escribió: me emocionará. Ya lo sabes. Deprisa. Henry. E griega. Mejor añadir una postdata. ¿Qué toca ése ahora? Improvisando. Intermezzo. P. D. Toron tontón. ¿Cómo me vas a cast? ¿Me castigarás? Falda torcida, a cada sacudida. Dime, quiero. Saber. Oh. Claro que si no no preguntaría. La la la re. Acaba ahí tristemente en menor. ¿Por qué el menor es triste? Firmar H. Les gusta una coda triste al final. P. P. D. La la la re. Me siento tan triste hoy. La re. Tan solo. Sol.

Secó deprisa en la carpeta de Pat. Sobre. Dirección. Basta copiarla del periódico. Murmuró: Callan, Coleman y Cía., Sociedad Anónima. Henry escribió:

Srta. Martha Clifford
Lista de Correos
Dolphin's Barn Lane
Dublín

Emborronar encima lo otro para que él no pueda leerlo. Muy bien. Una idea para un cuento de premio. Algo que leyó un detective en un papel secante. Pagado a razón de una guinea por columna. Matcham piensa a menudo en la risueña brujita. Pobre señora Purefoy. V. E.: ve.

Demasiado poético eso de lo triste. Culpa de la música. La música tiene encantos dijo Shakespeare. Citas para cada día del año. Ser o no ser. Sabiduría en conserva.

En la rosaleda de Gerard, Fetter Lane, él pasea, castañogris. Una vida lo es todo. Un cuerpo. Hazlo. Pero hazlo. Hecho, de todos modos. Giro postal sello. La oficina de correos un poco más abajo. Andar ahora. Basta. En Barney Kiernan he prometido reunirme con ellos. No me gusta ese trabajo. Casa de luto. Andar. ¡Pat! No oye. Sordo como una tapia.

El coche cerca de allí ahora. Hablar. Hablar. ¡Pat! No. Arreglando esas servilletas. Mucho camino debe hacer a lo largo del día. Pintarle una cara detrás y entonces sería dos. Me gustaría que cantaran más. Me distrae el ánimo.

El calvo Pat que está fastidiado ponía en mitra las servilletas. Pat es un camarero duro de oído. Pat es un sirviente que sirve a un servidor que observa. Ji ji ji ji. Sirve a un servidor. Ji. Ji. Es un sirviente. Ji ji ji ji. Sirve a un servidor. A un servidor que observa él sirve conserva. Ji ji ji ji. Oh. Servir a un servidor.

Douce ahora. Douce Lydia. Bronce y rosa.

Lo ha pasado estupendamente, de veras que estupendamente. Y mire qué bonita caracola trajo.

Al extremo de la barra para él trajo ella con ligereza el cuerno marino pinchoso y retorcido para que él, George Lidwell, procurador, pudiera oír.

—¡Escuche! —le pidió.

Bajo las palabras de Tom Kernan, calientes de ginebra, el acompañador tejía lenta música. Verdad auténtica. Cómo perdió la voz Walter Bapty. Bueno, señor mío, el marido le agarró por la garganta. *Canalla*, dijo él, *ya no cantarás más canciones de amor*. Así fue, señor Tom. Bob Cowley tejía. Los tenores consiguen muj. Cowley se echó atrás.

Ah, ahora oía él, ella sosteniéndola a su oído. ¡Oiga! Oía. Asombroso. Ella la sostuvo a su propio oído y a través de la cernida luz oro pálido se deslizó en contraste. Para oír.

Tac.

Bloom a través de la puerta del bar veía una caracola pegada a los oídos de ellos. Oía más débilmente que lo que ellos oían, cada cual para sí solo, luego cada cual para el otro, oyendo el chasquido de las olas, ruidosamente, silencioso estruendo.

Bronce junto a un fatigado oro, de cerca, de lejos, escuchaban.

Su oreja es también una caracola, el lóbulo asomando por allí. Ha estado en la playa. Esas bañistas tan guapas. La piel tostada en carne viva. Debería haberse dado crema primero para broncearla. Tostada con mantequilla. Ah, y esa loción, no tengo que olvidarme. Calentura boba junto a su boca. Te hierve cabeza. El pelo trenzado por encima: caracola con algas. ¿Por qué se esconden las orejas con pelo de algas? ¿Y las turcas la boca, por qué? Los ojos de ella sobre la sábana. *Yashmak*. Encontrar el camino para entrar. Una cueva. Prohibida la entrada excepto para asuntos de servicio.

El mar se creen que oyen. Cantando. Un estruendo. Es la sangre. Flujo en el oído a veces. Bueno, es un mar. Islas Glóbulos.

Asombroso realmente. Tan claro. Otra vez. George Lidwell sostenía su murmullo, oyendo: luego lo dejó a un lado, suavemente.

—¿Qué dicen las olas furiosas? —preguntó sonriendo.

Encantadora, marsonriendo y no contestando sonrió Lydia a Lidwell.

Tac.

Desde la abandonada caracola la señorita Mina se deslizó hasta su jarro en espera. No, no estaba tan sola, malignamente la cabeza de la señorita Douce hizo saber al señor Lidwell. Paseos a la luz de la luna junto al mar. No, no sola. ¿Con quién? Ella contestó noblemente: con un caballero amigo suyo.

Los dedos chispeantes de Bob Cowley volvieron a tocar en los agudos. El casero tiene preferen. John *el Largo*. El gran Ben, Big Ben. Con ligereza tocó un ligero claro chispeante ritmo para señoras danzantes, malignas y sonrientes, y para sus galanes, caballeros amigos suyos. Uno; uno, uno, uno, uno, uno; dos, uno, tres, cuatro.

Mar, viento, hojas, trueno, aguas, vacas mugiendo, el mercado de ganado, gallos, las gallinas no cantan, las serpientes sisssean. Hay música en todas partes. La puerta de Ruttledge: iii rechina. No, eso es ruido. El minueto de *Don Juan* está tocando ahora. Trajes de gala de todas clases bailando en salones de castillo. Desgracia. Los campesinos fuera. Caras verdes muertas de hambre comiendo hojas de acedera. Qué bonito. Mirad; mirad, mirad, mirad, mirad, mirad; nos miráis a nosotros.

Es alegre, lo noto. Nunca lo he escrito. ¿Por qué? Mi alegría es otra alegría. Pero las dos son alegrías. Sí, debe ser alegría. El mero hecho de la música demuestra que uno está. Muchas veces he creído que ella tenía murrias hasta que empezaba a canturrear. Entonces sabía.

La maleta de M'Coy. Mi mujer y tu mujer. Gata maullante. Como desgarrar seda. Cuando ella habla como el mango de un fuelle. No pueden arreglárselas para las duraciones de los hombres. Un agujero también en sus voces. Llename. Estoy caliente, oscura, abierta. Molly en el *Quis est homo*: Mercadante. Mi oreja contra la pared para oír. Hace falta una mujer que sepa cumplir.

Trota trot trotó se paró. Elegante zapato claro del elegante Boylan calcetines moteados azul celeste bajaron ligeros a la tierra.

¡Ah, mire estamos tan! Música de cámara. Original, orinal. Se podría hacer un juego de palabras con eso. Es una clase de música en que pienso muchas veces cuando ella. La acústica, es lo que pasa. Tintineo. Los cacharros vacíos son los que hacen más ruido. Porque la acústica, la resonancia cambia según que el peso del agua es igual a la ley de gravitación del agua. Como esas rapsodias de Liszt, húngaras, ojos gitanos. Perlas. Gotas. Lluvia. Plin plin plinplin plan plan plon plon plon. Ssss. Ahora. Quizá ahora. Antes.

Uno dio un toque a una puerta, uno tocó con un toque, toque toc Paul de Kock, con un ruidoso orgulloso con un tocón con un toc carracarracarra coc. Coccoc.

Tac.

—*Qui sdegno*, Ben —dijo Padre Cowley.

—No, Ben —intercaló Tom Kernan—, *El mozo rebelde*, nuestra habla natal.

—Sí, eso, Ben —dijo el señor Dedalus—. Hombres valientes y leales.

—Eso, eso —pidieron todos a una.

Me marcho. Vamos, Pat, vuelve. Ven. Vino, vino, no se quedó. A mí. ¿Cuánto?

—¿Qué tono? ¿Seis sostenidos?

—Fa sostenido mayor —dijo Ben Dollard.

Las garras extendidas de Bob Cowley aferraron los negros acordes de hondo sonido.

Tengo que marcharme, el príncipe Bloom dijo al príncipe Richie. No, dijo Richie. Sí, tengo. Con dinero por algún lado. Allá que va a correrse una juerga con su dolor de riñones. ¿Cuánto? Él oyeve lenguajedelabios. Uno con nueve. El penique para ti. Toma. Darle dos peniques de propina. Sordo, fastidiado. Pero quizá tiene mujer y

familia en reserva que observa si sirve. Ji ji ji ji. Sordo sirviente conserva a su caterva.

Pero espera. Pero oye. Acordes oscuros. Lúgugugubres. Bajos. En una caverna del oscuro centro de la tierra. Mineral en ganga. Música en bruto.

La voz de la edad oscura, del desamor, de la fatiga de la tierra se aproximaba gravemente y, dolorosa, llegaba desde lejos, desde encanecidas montañas, llamaba a los hombres valientes y leales. Al sacerdote buscaba, con él quería hablar unas palabras.

Tac.

La voz de barríltono de Ben Dollard. Haciendo todo lo que puede por decirlo. Graznar de vasto pantano sin hombre sin luna sin hembraluna. Otra bajada. En otros tiempos fue proveedor de marina mercante. Recuerdo: cordajes resinosos, faroles de barco. Quebró por el orden de diez mil libras. Ahora en el asilo Iveagh. Celda número tantos de tantos. La cerveza Bass Número Uno le trajo eso.

El sacerdote está en casa. El criado de un falso sacerdote le dio la bienvenida. Entre. El santo padre. Colas rizadas de acordes.

Arruinarles. Destrozar sus vidas. Luego construirles celdas de asilo en que acabar sus días. Ninanana. Nanita nana. Muere, perro. Muere, perrito.

La voz de amonestación, solemne amonestación, les dijo que el joven había entrado en un salón solitario, les dijo qué solemnemente resonaron sus pasos allí, les dijo de la sombría cámara, del sacerdote revestido sentado para confesar.

Un buen chico. Ahora un poco reblandecido. Cree que va a ganar el jeroglífico en verso de *Respuestas*. Le entregaremos un billete nuevo de cinco libras. Pájaro posado incubando en un nido. «El canto del último ministril», se creía que era. C, dos espacios, T, ¿qué animal doméstico? T guión R el más valiente navegante. Buena voz tiene todavía. No es un eunuco todavía con todas sus pertenencias.

Escucha. Bloom escuchaba. Richie Goulding escuchaba. Y junto a la puerta el sordo Pat, el calvo Pat, el apropinado Pat, escuchaba.

Los acordes hacían más lentos sus arpegios.

La voz de penitencia y de dolor llegaba lenta, embellecida, trémula. La barba contrita de Ben confesaba. *In nomine Domini*, en nombre de Dios. Se arrodilló. Se dio golpes de pecho, confesando: *mea culpa*.

Latín otra vez. Eso los sujeta como liga de pájaros. El sacerdote con el corpus de la comunión para aquellas mujeres. El tipo en la capilla funeraria, Malahide o Malamud, *ataúd*, *corpusnomine*. No sé dónde andará ahora esa rata. Escarba.

Tac.

Escuchaban. Los Jarros y la señorita Kennedy, George Lidwell lidiando adalid, raso de busto lleno. Kernan. Sim.

La suspirante voz de pena cantaba. Sus pecados. Desde Pascua había blasfemado tres veces. Hijo de. Y una vez a la hora de la misa se fue a jugar. Una vez que junto al cementerio pasó y por el alma de su madre no rezó. Un mozo. Mozo rebelde.

Bronce, escuchando junto a la bomba de la cerveza, miraba fijamente a lo lejos. Rebosante de alma. No se da cuenta de que yo. Molly es fenomenal para ver si alguien la mira.

Bronce miraba fijamente a lo lejos. Un espejo ahí. ¿Es ese el lado mejor de su cara? Ellas lo saben siempre. Toque a la puerta. Ultimo toquecito del tocado.

Toc carracarra.

¿En qué piensan cuando oyen música? Manera de cazar serpientes de cascabel. La noche que Michael Gunn nos dio el palco. Afinando, eso es lo que más le gustaba al sha de Persia. Le recuerda hogar dulce hogar. Se sonó la nariz también en una cortina. Costumbre de su país quizá. Eso es música también. No tan mal como suena. Trompeteo. Rebuznan metales animales a través de trompas levantadas. Contrabajos, inermes, tajos en los costados. Vientos madera vacas mugientes. El piano de media cola abierto cocodrilo la música tiene quijadas. Viento madera, *woodwind* como el nombre de Goodwin.

Ella estaba muy guapa. Llevaba el traje azafrán, escotado, pertenencias a la vista. A clavo le olía el aliento siempre cuando se inclinaba a hacer una pregunta. Le dije lo que dice Spinoza en aquel libro del pobre papá. Hipnotizada, escuchando. Unos ojos así. Se inclinaba. Aquel tío en la galería mirando abajo hacia ella con sus gemelos a más y mejor. La belleza de la música hay que oírla dos veces. La naturaleza y las mujeres, media mirada. Dios hizo el campo y el hombre la melodía. Métense cosas. Filosofía. ¡Ah, diablos!

Todos se fueron. Todos cayeron. En el sitio de Ross cayó su padre, en Gorey todos sus hermanos. A Wexford, somos los mozos de Wexford, él quería. Último de su nombre y su raza.

Yo también, último de mi raza. Milly, estudiantillo. Bueno, quizá es culpa mía. Ningún hijo. Rudy. Ya es tarde. ¿Y si no? ¿Si no? ¿Si todavía?

No sentía ningún odio.

Odio. Amor. Ésos son nombres. Rudy. Pronto seré viejo.

El Big Ben desplegaba su voz. Gran voz, dijo Richie Goulding, un rubor luchando en su pálido, a Bloom, pronto viejo. Pero ¿cuando era joven?

Irlanda viene ahora. Mi país por encima del rey. Ella escucha. ¿Quién teme hablar de mil novecientos cuatro? Es hora de marcharse. He mirado bastante.

—*Bendígame, padre* —gritó Dollard el rebelde—, *bendígame y déjeme marchar*.

Tac.

Bloom miró, no bendito para marcharse. Se arregla matadora: a dieciocho chelines por semana. Los tipos sueltan la mosca. Hay que andar siempre a lo que cae. Tan guapas y tan listas. Junto a las tristes olas del mar. El romance de una corista. Cartas leídas en el proceso por quebrantamiento de promesa. Del chichirrichín de su mamirricita. Risas en la sala de la audiencia. Henry. Yo nunca firmé eso. Qué nombre tan bonito tienes.

Caía la música, baja, melodía y palabras. Luego se apresuró. El falso sacerdote saliendo crujiente soldado de la sotana. Un capitán de la guardia. Se lo saben todo de memoria. El trino que les hace escalofriarse. Capitán de la gua.

Tac. Tac.

Escalofriada, ella escuchaba, inclinándose a oír con comprensión.

Cara vacía. Virgen diría yo: o sólo toqueteada. Escribir algo allí: página. Si no ¿qué se hace de ellas? Decaen, se desesperan. Las conserva jóvenes. Incluso se admiran a sí mismas. Veamos. Toquemos en ella. Labio, embocadura. Cuerpo de mujer blanca, una flauta viva. Soplar suave. Fuerte. Tres agujeros todas las mujeres. La diosa, no vi. Ellas lo quieren. No demasiada cortesía. Por eso las conquista él. Oro en tu bolsillo, metal duro en la cara. Los ojos en los ojos. Canciones sin palabras. Molly, aquel organillero. Ella sabía que él quería decir que el mono estaba enfermo. O porque es tan parecido al español. Entienden también los animales de esa manera. Salomón entendía. Don de la naturaleza.

Ventriloquio. Mis labios cerrados. Pienso en el estóm. ¿Qué?

¿Quieres? ¿Tú? Yo. Quiero. Que. Tú.

Con ronca furia ruda el capitán maldecía. Hinchándose en apoplético hijo de perra. Una buena idea, hijo, venir. Una hora te queda de vida, tu última hora.

Tac. Tac.

Escalofrío ahora. Compasión que sienten. Enjugarse una lágrima por los mártires. Por todas las cosas que mueren, que quieren morir, que mueren por morir. Para eso nacen todas las cosas. Pobre señora Purefoy. Espero que haya terminado. Porque sus vientres.

Un ojo líquido de vientre de mujer observaba por debajo de un seto de pestañas, tranquilamente, oyendo. Se ve la verdadera belleza del ojo cuando no habla ella. En el río allá lejos. A cada lenta ondulación del seno en raso palpitante (su palpitante opulen) rosa roja subía lentamente, se hundía rosa roja. Latecorazón su aliento: aliento que es vida. Y todos los diminutos rizos de helecho temblaban de pelo de doncellez.

Pero mira. Las claras estrellas se desvanecen. ¡Oh rosa! Castilla. El albor.

Ah Lidwell. Para él entonces, no para. Enfatuado. ¿Yo soy así? La veo desde aquí sin embargo. Tapones destapados, salpicaduras de espuma de cerveza, pilas de botellas vacías.

En el liso mango saliente de la bomba de la cerveza puso Lydia la mano, ligeramente, regordetamente, déjelo en mis manos. Toda perdida en compasión por el rebelde. De acá para allá: de acá para allá: sobre el pulido mango (conoce los ojos de él, los míos, los de ella) su pulgar y su índice pasaron con compasión: pasaron, volvieron a pasar y, tocando levemente, luego se deslizaron tan suavemente, lentamente, hacia abajo, una fresca firme blanca batuta esmaltada a través de su anillo deslizante.

Con un toc con un carra.

Tac. Tac. Tac.

Poseo esta casa. Amén. Rechinó los dientes furioso. Traidores a la horca.

Los acordes asintieron. Cosa muy triste. Pero tenía que ser.

Salir antes del final. Gracias, ha sido divino. Dónde tengo el sombrero. Pasar junto a ella. Puedo dejar este *Freeman*. La carta la tengo. ¿Y si fuera ella la? No. Anda, anda, anda. Como Cashel Boylo Connoro Coylo Tisdall Maurice Misdall Farrell. Aaaanda.

Bueno, tengo que. ¿Se va? Smtngquirsí. Blmslvntó. Sobre flor de centeno azul. Oh. Bloom se levantó. El jabón se nota más bien pegajoso atrás. Debo haber sudado: la música. La loción, acordarme. Bueno, hasta otra. Alta cali. La tarjeta dentro, sí.

Junto al calvo Pat en la entrada, esforzando el oído, pasó Bloom.

En el cuartel de Ginebra ese mozo murió. En Passage su cuerpo se sepultó. ¡Dolor! ¡Oh, éldolores! La voz del doliente cantor invitaba a dolorosa plegaria.

Junto a rosa, junto a seno en raso, junto a la mano acariciante, junto a fondillos de vasos, junto a botellas vacías, junto a tapones destaponados, saludando al irse, dejando atrás ojos y pelo de doncellez, bronce y pálido oro en profunda sombra de mar, pasó Bloom, suave Bloom, me siento tan solo Bloom.

Tac. Tac. Tac.

Rezad por él, rezaba el bajo de Dollard. Los que oís en paz. Exhalad una oración, verted una lágrima, buenos hombres, buena gente. Él fue el mozo rebelde.

Asustando al escuchante limpiabotas rebelde mozo limpiabotas Bloom en la entrada del Ormond oyó mugidos y rugidos de bravos, gruesas palmadas en la espalda, sus botas todas pisando, botas limpias no el limpiabotas. Coro general de echar un trago para hacerlo pasar. Me alegro de que evité.

—Vamos allá, Ben —dijo Simon Dedalus—. Válgame Dios, estás tan bueno como nunca.

—Mejor —dijo Tomgin Kernan—. La más incisiva interpretación de esa balada, por mi honor y mi alma que es así.

—Lablache —dijo Padre Cowley.

Ben Dollard voluminosamente avanzó en cachucha hacia la barra, poderosamente nutrido de alabanza y todo enorme y rosado, sobre pies de pesada pata, sus dedos gotosos chascando castañuelas en el aire.

El Big Benaben Dollard, Big Benben, Big Benben.

Rrr.

Y hondamente conmovidos todos, Simon trompeteando compasión por nariz de sirena marina, todos riendo, se le llevaron allá, a Ben Dollard, en gran júbilo.

—Tiene usted un aspecto rubicundo —dijo George Lidwell.

La señorita Douce se arregló la rosa para servir.

—Ben *machree* —dijo el señor Dedalus, palmeando la gruesa paletilla de Ben—. En forma como nadie, sólo que tiene un montón de tejido adiposo escondido alrededor de su persona.

Rrrrrrsss.

—La grasa de la muerte, Simon —gruñó Ben Dollard.

Richie grieta en el laúd estaba sentado solo: Goulding, Collis, Ward. Incierto esperaba. El no pagado Pat también.

Tac. Tac. Tac. Tac.

La señorita Mina Kennedy acercó los labios al oído de Jarro Uno.

—El señor Dollard —murmuraron en voz baja.

—Dollard —murmuró Jarro.

Jarro Uno creyó; a la señ Kenn cuando ella; que él era Doll; ella Doll; el jar.

Murmuró que conocía ese nombre. El nombre le era familiar, mejor dicho. Mejor dicho, había oído ese nombre Dollard, ¿no es verdad? Dollard, sí.

Sí, dijeron los labios de ella con más ruido, el señor Dollard. Él cantó esa canción deliciosamente, murmuró Mina. Y *La última rosa del verano* era una canción deliciosa. A Mina le encantaba esa canción. A Jarro le encantaba la canción que a Mina.

Ésta es la última rosa del verano Dollard marchado Bloom sintió viento retorciéndosele dentro.

Cosa de mucho gas esa sidra: astringente también. Espera. La oficina de Correos cerca de Reuben J. un chelín y ocho peniques también. Acabar con eso. Dar esquinazo por la calle Greek. Ojalá no hubiera prometido reunirme. Más libre al aire. La música. Le da a uno en los nervios. La bomba de la cerveza. Su mano que mece la cuna gobierna el. Ben Howth. Que gobierna el mundo.

Lejos. Lejos. Lejos. Lejos.

Tac. Tac. Tac. Tac.

Por el muelle arriba iba Lionelleopold, niño malo Henry con carta para Mady, con dulzuras del pecado con ropas interiores para Raoul con métense cosas iba Poldy adelante.

Tac el ciego caminaba tictaqueando al tacto el bordillo tictaqueando, toque a toque.

Cowley se aturde con eso: una especie de borrachera. Mejor ceder sólo a medias al modo de un hombre con una virgen. Por ejemplo los melómanos. Todos oídos. No perderse una semimínima de temblor. Ojos cerrados. La cabeza asintiendo a compás. Chochez. Uno no se atreve a moverse. Pensar estrictamente prohibido. Siempre hablando de su manía. Murgas sobre notas.

Toda clase de intentos de hablar. Desagradable cuando se para porque uno no sabe nunca exac. El órgano en la calle Gardiner. El viejo Glynn cincuenta pavos al año. Extraño allá arriba en la jaula solo con registros y botones y teclas. Sentado todo el día al órgano. Musitando horas y horas, hablando solo o con el otro que tira del fuelle. Gruñido furioso, luego chillido maldiciendo (quiere ponerse huata o no sé qué en su no no gritó ella), luego con suavidad de repente poquitito poquitito un vientecito de pito.

¡Puii! Un vientecito flauteó uiiii. A Bloom, en su pequeñito.

—¿Era él? —dijo el señor Dedalus, volviendo y trayendo la pipa—. Estuve con él esta mañana en lo del pobrecillo Paddy Dignam…

—Sí, el Señor tenga misericordia de él.

—Por cierto hay ahí un diapasón en el…

Tac. Tac. Tac. Tac.

—Su mujer tiene una bonita voz. O tenía, ¿eh? —preguntó Lidwell.

—Ah, debe ser el afinador —dijo, Lydia a Simonlionel la primera vez que vi—, se lo olvidó cuando estuvo aquí.

Era ciego, dijo ella a George Lidwell la segunda vez que vi. Y tocaba tan exquisitamente, una delicia oír. Contraste exquisito: broncelid, minaoro.

—¡Gritad! —gritó Ben Dollard, echando de beber—. ¡Desgañitaos!

—¡'asta! —gritó Padre Cowley. Rrrrrr.

Noto que necesito…

Tac. Tac. Tac. Tac. Tac.

—Mucho —dijo el señor Dedalus, mirando absorto una sardina descabezada.

Bajo la campana de los sándwiches yacía en un ataúd de pan una última, una solitaria, última sardina del verano. *Bloom*, florecer a solas.

—Mucho —miró absorto—. El registro bajo, con preferencia.

Tac. Tac. Tac. Tac. Tac. Tac. Tac. Tac.

Bloom pasaba por delante de Barry. Ojalá pudiera. Espera. Si tuviera a ese milagrero. Veinticuatro abogados en esa sola casa. Pleito. Amaos unos a otros. Montones de pergaminos. Los señores Saca y Perras tienen poderes notariales. Goulding, Collis, Ward.

Pero por ejemplo el tío que le da al bombo. Su vocación: la banda de Micky Rooney. No sé cómo se le ocurriría la primera vez. Sentado en casa después de tomar pies de cerdo con col digiriéndolo en la butaca. Ensayando su parte en la banda. Pom. Pomporrón. Divertido para su mujer. Pieles de burro. Se les zurra toda la vida, luego aporrearles después de muertos. Pom. Aporrear. Parece ser como se llame *yashmak* digo *kismet*. Destino.

Tac. Tac. Un muchacho, ciego, con un bastón toqueteante, pasó tictaqueando delante del escaparate de Daly donde una sirena, con el pelo todo al viento (pero él no podía ver), soplaba bocanadas de sirena (el ciego no podía), sirena, la bocanada más fresca de todas.

Instrumentos. Una brizna de hierba, concha de las manos de ella, luego soplar. Incluso peine y papel de seda se les puede sacar una melodía. Molly en camisón en la calle Lombard West, el pelo suelto. Supongo que cada clase de oficio ha hecho el suyo, ¿no ves? El cazador con un cuerno. Hoo. ¿A dónde cuerno? *Cloche. Sonnez la*. El pastor su flauta. El policía el silbato. ¡Llaves y cerraduras! ¡El deshollinador! ¡Las cuatro en punto y sereno! ¡A dormir! Todo está perdido ya. ¿Tambor? Porrompón. Espera, ya lo sé. Pregonero. Ejecutor de la justicia. John el largo. Despertar a los

muertos. Pon. Dignam. El pobrecillo *nominedomine*. Pon. Es música, quiero decir claro es todo pon pon pon eso que se llama *da capo*. Sin embargo se puede oír. Al marchar vamos marchando, vamos marchando. Pon.

De veras que debo. Fff. Anda que si lo hiciera en un banquete. Sólo es cuestión de costumbre el sha de Persia. Exhalar una oración, dejar caer una lágrima. De todos modos debía ser un poco estúpido para no ver que era un capitán de la gua. Embozado. No sé quién sería aquel tío junto a la tumba con el *macintosh* pardo. ¡Ah, la puta del callejón!

Una puta sucia con sombrero ladeado de paja negra de marinero salía a la luz con mirada vidriosa a lo largo del muelle hacia el señor Bloom. ¿La primera vez que vio esa forma seductora? Sí, eso es. Me siento tan solo. Noche húmeda en el callejón. Cuerno. ¿Quién tenía él? Jijo ella vio. Fuera de su ronda por aquí. ¿Ella qué es? Espero que ella. ¡Chsst! ¿Me daría ropa a lavar? Conocía a Molly. Me había localizado. La señora gruesa que está contigo con el traje marrón. Le deja a uno desconcertado. Esa cita que hicimos. Sabiendo que nunca nosotros, bueno casi nunca. Demasiado cara demasiado cerca de hogar dulce hogar. ¿Me ve, de veras? Parece un espantajo a la luz del día. Cara de sebo. ¡Maldita sea! Bueno, tiene que vivir como los demás. Miremos aquí dentro.

En el escaparate de las antigüedades de Lionel Mark el altanero Henry Lionel Leopold querido Henry Flower seriamente el señor Leopold Bloom se encaró con candelabro acordeón rezumantes fuelles mohosos. Ganga: seis pavos. Podría aprender a tocar. Barato. Dejarla pasar. Claro que todo es caro si no te hace falta. Ahí es donde están los buenos vendedores. Te hacen comprar lo que ellos quieren vender. El tío que me vendió la navaja sueca con que me afeitó. Ahora está pasando ella. Seis pavos.

Debe ser la sidra o quizá el borgoñ.

Cerca de Bronce de cerca cerca de Oro de lejos clinclineaban todos sus vasos clinclineantes, ojos brillantes y valientes, ante bronce Lydia tentadora última rosa del verano, rosa de Castilla. Primero Lid, De, Cow, Ker, Doll, una quinta: Lidwell, Sim Dedalus, Bob Cowley, Kernan y Big Ben Dollard.

Tac. Un joven entró en el desierto hall del Ormond.

Bloom observaba un valiente héroe retratado en el escaparate de Lionel Mark. Las últimas palabras de Robert Emmet. Las siete palabras. De Meyerbeer es.

—Hombres leales como vosotros hombres.

—Eso, eso, Ben.

—Levantarán su vaso con nosotros.

Lo levantaron.

Clinc. Clanc.

Tic. Un muchacho sin ver estaba en la puerta. No veía a Bronce. No veía a Oro. Ni a Ben ni a Bob ni a Tom ni a Sim ni a George ni a Jarros ni a Richie ni a Pat. Ji ji ji ji. No ve quién hay aquí.

Sientobloom, grasientobloom observaba las últimas palabras. Suavemente. *Cuando mi patria ocupe su lugar entre*.

Prrprr.

Debe ser el borg.

Fff. Uu. Rrprr.

Las naciones de la tierra. Nadie detrás. Ella ha pasado. Entonces y no hasta entonces. Tranvía cran cran cran. Buena oport. Viniendo. Crandlcrancran. Estoy seguro de que es el borgoñ. Sí. Una, dos. *Mi epitafio sea*. Carraaa. *Escrito*. He.

Pprrpffrrppfff.

Terminado.

[12]

Estaba yo echando una parrafada con el viejo Troy, el de la Policía Municipal, ahí en la esquina de Arbour Hill, y en esto, maldita sea, pasó un cabrón de deshollinador y casi me metió la herramienta en un ojo. Me doy la vuelta para echarle una buena encima cuando a quién veo vagueando por Stony Batter sino al mismísimo Joe Hynes.

—Eh, Joe —digo yo—. ¿Cómo anda el asunto? ¿Has visto a ese cabrón de deshollinador que casi me saca el ojo con el cepillo?

—El hollín da suerte —dice Joe—. ¿Quién es ese pesado que hablaba contigo?

—El viejo Troy —digo yo—, estaba en la policía. Casi estoy por denunciar a ese tío por estorbar la circulación con sus escobas y sus escaleras.

—¿Y tú qué andas haciendo por aquí? —dice Joe.

—Poca cosa —digo yo—. Hay un viejo zorro, un jodido ladrón allá junto a la iglesia del cuartel en la esquina de Chicken Lane —el viejo Troy me estaba contando algo de él— que se le ha llevado la mar de té y azúcar a pagar a tres chelines por semana, diciendo que tenía una granja en el condado de Down, a ese retaco que se llama Moses Herzog, ahí cerca en la calle Heytesbury.

—¿Un circuncidado? —dice Joe.

—Eso —digo yo—. Un tío un poco chalado. Un viejo fontanero llamado Geraghty. Llevo quince días encima de él y no le puedo sacar un penique.

—¿En eso andas ahora pringando? —dice Joe.

—Eso —digo yo—. ¡Cómo han caído los poderososos! Cobrador de deudas imposibles y dudosas. Pero el cabrón éste es el más famoso ladrón que se pueda encontrar por el mundo, con esa cara toda marcada de viruelas, que parece un colador. *Dígale*, dice, *que le desafío*, dice, *y le vuelvo a desafiar a que le mande a usted otra vez por aquí, y si lo hace*, dice, *le haré convocar ante el juzgado, sí que lo haré, por actividad comercial sin licencia*. ¡Y eso después de haberse hinchado hasta reventar! Qué demonio, me daba risa de ese judío bajito subiéndose por las paredes. *Él beber mis tés. El comer mis azúcares. ¿Por qué él no pagar mis dineros?*

Por mercancías no fungibles adquiridas a Moses Herzog, Parade Saint Kevin 13, distrito Wood Quay, del comercio, en lo sucesivo designado como el Vendedor, y vendidas y entregadas al señor Michael E. Geraghty, domiciliado en Arbour Hill 29, en la ciudad de Dublín, distrito Arran Quay, en lo sucesivo designado como el Comprador, a saber, cinco libras medida legal de té de primera calidad a tres chelines por libra medida legal y cuarenta y dos libras medida legal de azúcar molida cristalizada, a tres peniques la libra medida legal, el mencionado Comprador es deudor al mencionado Vendedor de una libra cinco chelines y seis peniques por la mercancía recibida cuya suma será pagada por dicho Comprador a dicho Vendedor en

plazos semanales cada siete días de calendario a razón de tres chelines cero peniques: y las mencionadas mercancías no serán empeñadas ni pignoradas ni enajenadas de ningún otro modo por el mencionado Comprador sino que serán y permanecerán y se considerarán como sola y exclusiva propiedad del mencionado Vendedor pudiendo éste disponer a su voluntad y placer de ellas hasta que la mencionada suma haya sido debidamente pagada en la forma establecida por la presente en el día de hoy en acuerdo por una parte entre el mencionado Vendedor, sus herederos, sucesores, apoderados y representantes, y por la otra parte el mencionado Comprador, sus herederos, sucesores, apoderados y representantes.

—¿Eres un abstemio riguroso? —dice Joe.

—No tomo nada entre tragos —digo yo.

—¿Y qué tal si presentáramos nuestros respetos al amigo? —dice Joe.

—¿Quién? —digo yo—. Seguro que ése está en San Juan de Dios, chiflado del todo, el pobre.

—¿De beberse lo suyo? —dice Joe.

—Eso —digo yo—. Whisky y agua en los sesos.

—Vamos a dar una vuelta por Barney Kiernan —dice Joe—. Quiero ver al Ciudadano.

—Vamos a ver al bueno de Barney —digo yo—. ¿Algo raro o notable, Joe?

—Ni hablar —dice Joe—. Estuve ahí, en esa reunión en el City Arms.

—¿Qué era eso, Joe? —digo yo.

—Tratantes de ganado —dice Joe—, por lo de la glosopeda. Quiero contarle algo de eso al Ciudadano.

Así que nos fuimos por el cuartel de Linenhall y por detrás del Juzgado charlando de unas cosas y otras. Un buen muchacho, ese Joe, cuando está en buena forma, pero seguro que eso no pasa nunca. Coño, no le podía sacar de lo de ese jodido del astuto Geraghty, ladrón en pleno día. Por comercio sin licencia, decía.

En la bella Inisfail se extienden unas tierras, las tierras del Venerable Michan. Allí se yergue una torre vigilante ante los ojos de cuantos moran en la lejanía. Allí duermen los poderosos difuntos como durmieron en vida, guerreros y príncipes de elevada fama. Una placentera tierra es ésa en verdad, con murmurantes aguas, con corrientes ricas en peces, donde juguetean el salmonete, el sollo, la carpa, el hipogloso, la merluza gibosa, el salmón, el róbalo, el mero, el lenguado, los peces comunes en mezcla general y otros ciudadanos del reino acuoso demasiado numerosos para ser enumerados. En las suaves brisas del oeste y del este, los altaneros árboles balancean en diferentes direcciones su follaje de primera clase, el balsámico sicomoro, el cedro del Líbano, el exaltado plátano, el eugénico eucalipto y otros ornamentos del mundo arbóreo de que está absolutamente bien provista esa región. Amables doncellas están sentadas en cercana proximidad a las raíces de los amables árboles cantando las más amables canciones mientras juegan con toda clase de amables objetos como por ejemplo áureos lingotes, argentinos peces, barriletes de

arenques, cajas de anguilas, bacalaos, cestos de estrellas de mar, violáceas gemas de mar y juguetones insectos. Y hay héroes que vienen desde lejos en expedición a cortejarlas, desde Elbana a Slievemargy, los impares príncipes del indomable Munster y de Connacht el justo y del suave y blando Leinster y de la tierra de Cruachan y de Armach la espléndida y del noble distrito de Boyle: príncipes hijos de rey.

Y allí se yergue un refulgente palacio cuyo chispeante techo cristalino es observado por los navegantes que atraviesan el ancho mar en embarcaciones construidas expresamente para ese fin, y allá acuden todas las manadas y las reses cebadas, y las primicias de esa tierra, pues O'Connell Fitzsimon recibe diezmos de ellas, caudillo descendiente de caudillos. Hacia allá llevan las enormes carretas mieses de los campos, cestos de coliflores, carretadas de espinacas, rodajas de piña, judías de Rangún, sartas de tomates, panes de higos, ristras de nabos suecos, esféricas patatas y gran variedad de iridiscentes coles, de York y de Saboya, y bateas de cebollas, perlas de la tierra, y cestillos de setas y calabazas amarillas y gruesas algarrobas y cebada y colza, y manzanas rojas verdes amarillas pardas bermejas dulces gordas amargas maduras y abultadas, y canastillos de fresas, y cestillos de grosellas pulposas y pelosas, y fresas dignas de príncipes y frambuesas en rama.

Le desafío, dice él, *y le vuelvo a desafiar*. ¡Sal acá fuera, jodido Geraghty, famoso salteador de caminos!

Y por la misma senda acuden los innumerables rebaños de carneros con cencerros y ovejas paridas y corderos recién esquilados y lechales y gansos de otoño y novillos y yeguas relinchantes y terneros descornados y ovejas de lana larga y ovejas de corral y becerros de primera de Cuffe y marranas y cerdas de vientre y cerdos cebados y las variadas y diferentes variedades de ganado porcino altamente distinguido y becerros de Angus y jóvenes toros de inmaculado árbol genealógico, juntamente con excelentes vacas de leche y bueyes ganadores de premios: y allí se oye siempre un pisotear, cacarear, rugir, mugir, balar, aullar, roncar, gruñir, rumiar, morder, mascar, de ovejas y cerdos y vacas de pesada pezuña, llegados de los pastos de Lush y Rush y Carrickmines y de los bien regados valles de Thomond, de los vapores de M'Gillicuddy y del inaccesible y señorial Shannon el insondable, y de los suaves declives del lugar de la raza de Kiar, con las ubres distendidas por la sobreabundancia de leche, y barricas de mantequilla y cuajos de queso y requesones y pechos de cordero y celemines de maíz y oblongos huevos, a centenares y centenares, variados en tamaño, el ágata con el ámbar.

Así que fuimos a parar a la taberna de Barney Kiernan y allí por supuesto que estaba el Ciudadano en el rincón, metido en conversación con él mismo y con su jodido chucho sarnoso, *Garryowen*, y esperando a que le lloviera del cielo algo de beber.

—Ahí está —digo yo—, en su agujero, con su jarro y su cargamento de papeles, trabajando por la causa.

El jodido chucho echó un gruñido como para poner carne de gallina. Sería una obra de misericordia corporal si alguien le quitase la vida a ese podrido perro. Me han asegurado que se le comió una buena parte de los calzones a un guardia de Santry que había venido una vez con un papel azul por una licencia.

—¿Quién vive? —dice él.

—Está bien, Ciudadano —dice Joe—. Amigos.

—Adelante, amigos —dice él.

Entonces se restriega la mano en el ojo, y dice:

—¿Qué piensan de cómo están los tiempos?

Haciéndose el perdonavidas y el rey de la montaña. Pero, caray, Joe estuvo a la altura de las circunstancias.

—Creo que el mercado está en alza —dice, deslizándose la mano entre las piernas.

Así que, coño, el Ciudadano se da una palmada con la zarpa en la rodilla y dice:

—Las guerras extranjeras tienen la culpa.

Y dice Joe, metiéndose el pulgar en el bolsillo:

—Son las ganas de tiranizar de los rusos.

—Venga, basta ya de joder con estupideces, Joe —digo yo—, tengo encima una sed que no la vendería por media corona.

—A ver qué va a ser, Ciudadano —dice Joe.

—Vino del país —dice él.

—¿Y tú?

—Ídem MacAnaspey —digo yo.

—Tres pintas, Terry —dice Joe—. ¿Y cómo está ese viejo corazón, ciudadano? —dice.

—Nunca mejor, *a chara* —dice él—. ¿Qué, Garry? ¿Vamos a ganar? ¿Eh?

Y con eso, agarró por la piel del cuello a su jodido viejo chucho y, coño, casi lo estranguló.

La figura sentada en una enorme roca al pie de una redonda torre era la de un héroe de anchos hombros de profundo pecho de recios miembros de ojos francos de pelo rojo de pecas abundantes de barba hirsuta de boca ancha de nariz grande de cabeza larga de voz profunda de rodillas desnudas de manos musculosas de piernas velludas de rostro bermejo de brazos nervudos. De hombro a hombro medía varias varas y sus rodillas montañosas y pétreas estaban cubiertas, como lo estaba igualmente el resto de su cuerpo donde quiera que era visible, por una recia espesura de punzante y fulvo pelo semejante en color y dureza al tojo de montaña (*Ulex europaeus*). Las narices de anchas aletas, de las cuales emergían briznas del mismo color fulvo, eran de tal capacidad que en su cavernosa oscuridad podría haber alojado fácilmente su nido la alondra campesina. Los ojos, en que una lágrima y una sonrisa luchaban perpetuamente por el predominio, tenían las dimensiones de unas coliflores de buen tamaño. Una poderosa corriente de cálido aliento surgía a intervalos

regulares de la profunda cavidad de su boca, mientras, en rítmica resonancia, los sonoros, recios y saludables retumbos de su tremendo corazón tronaban rumorosamente haciendo vibrar y temblar el suelo, la cima de la altiva torre y las aún más altivas paredes de la caverna.

Vestía un largo ropaje sin mangas de piel de buey recién desollado que le llegaba a las rodillas en amplia falda e iba ceñido en torno por un cinturón de paja y juncos trenzados. Debajo de eso llevaba bragas de piel de ciervo, toscamente cosidas con tripa. Sus extremidades inferiores iban enfundadas en altos borceguíes de Balbriggan teñidos con púrpura de liquen, estando sus pies calzados con abarcas de piel de vaca curtida con sal, enlazadas con tráqueas del mismo animal. De su cinturón pendía una fila de guijarros de mar que se balanceaban a cada movimiento de su prodigiosa figura, y en ellos estaban grabadas, con arte tosco pero impresionante, las imágenes tribales de numerosos héroes y heroínas de la antigüedad, Cuchulin, Conn el de las cien batallas, Niall el de los nueve rehenes, Brian de Kincora, el Ardri Malachi, Art MacMurragh, Shane O'Neill, el Padre John Murphy, Owen Roe, Patrick Sarsfield, Red Hugh O'Donnell, Red Jim MacDermott, Soggarth Eoghan O'Growney, Michael Dwyer, Francy Higgins, Henry Joy M'Cracken, Goliat, Horace Wheatley, Thomas Conneff, Peg Woffington, el Herrero de la Aldea, el Capitán Clarodeluna, el Capitán Boycott, Dante Alighieri, Cristóbal Colón, San Fursa, San Brandán, Marshall McMahon, Carlomagno, Theobald Wolfe Tone, la Madre de los Macabeos, el Último Mohicano, la Rosa de Castilla, el Representante de Galway, el Hombre que Hizo Saltar la Banca en Montecarlo, el Hombre en la Brecha, la Mujer que Dijo No, Benjamin Franklin, Napoleón Bonaparte, John L. Sullivan, Cleopatra, Savourneen Deelish, Julio César, Paracelso, Sir Thomas Lipton, Guillermo Tell, Miguel Ángel, Hayes, Mahoma, la Novia de Lammermoor, Pedro el Ermitaño, Pedro el Enredador, Rosaleen la Morena, Patrick W. Shakespeare, Brian Confucio, Murtagh Gutenberg, Patricio Velázquez, el Capitán Nemo, Tristán e Isolda, el primer Príncipe de Gales, Thomas Cook e Hijo, el Soldadito Valiente, Arrah na Pogue, Dick Turpin, Ludwig Beethoven, la Bella Irlandesita, Waddler Healy, Angus el Culdee, Dolly Mount, Sidney Parade, Ben Howth, Valentine Greatrakes, Adán y Eva, Arthur Wellesley, Boss Croker, Heródoto, Jack el Matagigantes, Gautama Buda, Lady Godiva, el Lirio de Killarney, Balor el del Mal de Ojo, la Reina de Saba, Acky Nagle, Joe Nagle, Alessandro Volta, Jeremiah O'Donovan Rossa, Don Philip O'Sullivan Beare. Una jabalina de granito aguzado descansaba tendida junto a él mientras a sus pies reposaba un salvaje animal de la tribu canina, cuyos jadeos estertorantes anunciaban que estaba sumido en inquieta somnolencia, suposición confirmada por roncos gruñidos y movimientos espasmódicos que su amo reprimía de vez en cuando mediante tranquilizadores golpes de un poderoso garrote toscamente formado con piedra paleolítica.

El caso es que Terry trajo las tres pintas a que invitaba Joe y coño casi me quedé ciego cuando le vi alargar una libra. Vaya, como que te lo estoy contando. Un

soberano de la mejor pinta.

—Y queda más en el sitio de donde he sacado éste —dice.

—¿Has robado el cepillo de los pobres, Joe? —digo yo.

—El sudor de mi frente —dice Joe—. Fue el prudente caballero quien me dio el consejo.

—Le vi antes de encontrarme contigo —digo yo—, dando vueltas por Pill Lane y la calle Greek, con sus ojos de besugo, pasando revista al detalle.

¿Quién viene a través de la tierra de Michan, revestido de armadura sable? O'Bloom, el hijo de Rory: él es. Inaccesible al miedo es el hijo de Rory, el del alma prudente.

—Por la vieja de la calle Prince —dice el Ciudadano—, el órgano subvencionado. El partido juramentado en la Cámara de Diputados. Y miren el maldito papelucho —dice—. Mírenlo —dice—. El *Irish Independent*, nada menos, fundado por Parnell para ser el amigo de los trabajadores. Escuchen los nacimientos y muertes en el *Irlandés, todo por Irlanda independiente*, y muchas gracias, y también las bodas.

Y empieza a leer en voz alta:

—Gordon, Barnfield Crescent, Exeter; Redmayne de Iffley, Saint Anne on Sea, esposa de William T. Redmayne, un niño. ¿Qué tal eso, eh? Wright y Flint, Vincent y Gillett, con Rotha Marion hija de Rosa y del difunto George Alfred Gillett, 179 Clapham Road, Stockwell, Playwood y Risdale en Saint Jude, Kensington, ante el muy reverendo Dr. Forrest, Deán de Worcester, ¿eh? Fallecimientos. Bristow, en Whitehall Lane, Londres; Carr, Stoke, Newington, de gastritis y fallo cardíaco; Cockburn, en Moat House, Chepstow…

—Conozco a ése —dije Joe—, por amarga experiencia.

—Cockburn. Dimsey, esposa de David Dimsey, que fue del Almirantazgo; Miller, Tottenham, a la edad de ochenta y cinco años; Welsh, 12 de junio, 35 Canning Street, Liverpool, Isabella Helen. ¿Qué tal está esto como prensa nacional, eh, hijito mío? ¿Qué le parece eso a Martin Murphy, el negociante de Bantry?

—Ah, bueno —dice Joe, pasando a la redonda los tragos—. Gracias a Dios que nos han dejado atrás. Bébete eso, Ciudadano.

—Muy bien —dice él—, honorable amigo.

—A la salud, Joe —digo yo—. Y liquidado.

¡Ah! ¡Oh! ¡No me hablen! Yo estaba que me moría de necesidad de ese trago. Como que me ve Dios que lo oí dar en el fondo de mi estómago con un chasquido.

Y he aquí que mientras ellos apuraban su cáliz de alegría, entró un mensajero divinal, radiante como el ojo del cielo, un joven apuesto, y tras de él pasó un anciano de nobles andares, llevando los sagrados rollos de la ley, y con él su noble esposa, dama de linaje impar, la más hermosa de su raza.

El pequeño Alf Bergan se metió de un salto por la puerta y se escondió en la trastienda de Barney, doblado en dos de la risa, y quién diréis que estaba allí sentado en el rincón, que no lo había visto yo, roncando borracho, ciego al mundo, nada

menos que Bob Doran. Yo no sabía qué pasaba y Alf seguía haciendo señales de mirar afuera. Y coño resulta que era el jodido viejo payaso de Denis Breen en sus pantuflas de baño con dos librotes metidos bajo el sobaco y la mujer al trote detrás de él, desgraciada mujer de pena, trotando como un perrito. Creí que Alf se partía.

—Mírale —dice—. Breen. Está dando vueltas por todo Dublín con una postal que le ha mandado alguien con V. E.: ve, y él va a armar un plei…

Y se doblaba.

—¿A armar qué?

—Un pleito por injuria —dice—, por diez mil libras.

—¡Qué mierda! —digo yo.

El jodido chucho empezó a gruñir que daba pánico viendo que pasaba algo pero el Ciudadano le dio una patada en las costillas.

—*Bi i dho husht* —dice.

—¿Quién? —dice Joe.

—Breen —dice Alf—. Estuvo con John Henry Menton y luego se fue a Collis y Ward y luego se le encontró Tom Rochford y le mandó a ver al ayudante del sheriff para gastarle una broma. Válgame Dios, me duele de reír. V. E.: ve. El tío largo le miró de arriba a abajo y ahora el viejo chiflado se ha ido a la calle Green a buscar un policía.

—¿Cuándo va a ahorcar John el largo a aquel tío en Mountjoy? —dice Joe.

—Bergan —dice Bob Doran, despertando— ¿Es Alf Bergan?

—Sí —dice Alf—. ¿A ahorcarle? Espera que te lo enseñe. Ea, Terry, échanos otro trago. ¡Ese viejo chocho! Diez mil libras. Tendríais que haber visto la cara con que le miró John el largo. V. E. …

Y se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —dice Bob Doran—. ¿Es Bergan?

—Date prisa, Terry querido —dice Alf.

Terence O'Ryan le oyó y al punto le trajo un cristalino cáliz rebosante de la espumosa cerveza de color ébano que los nobles mellizos Bungiveagh y Bungardilaun destilan eternamente en sus divinas barricas, astutos cual los hijos de la imperecedera Leda. Pues ellos reúnen las suculentas bayas del lúpulo y las amontonan y las aplastan y las hacen hervir y con ellas mezclan ácidos jugos y llevan el mosto al sagrado fuego y ni de día ni de noche cesan en su menester, esos astutos hermanos, señores del tonel.

Y entonces tú, oh caballeroso Terence, escanciaste, cual nacido para ello, el nectarado brebaje, y tú ofreciste el cristalino cáliz a aquel que sufría sed, alma de la caballería, semejante en belleza a los inmortales.

Pero él, el joven jefe de los O'Bergan, no sufrió ser vencido en generosas hazañas sino que al punto ofreció con gracioso gesto un tostón del más precioso bronce. En él, en relieve por excelente obra de forjador, se veía la imagen de una reina de majestuoso porte, retoño de la casa de Brunswick, Victoria por nombre, Su

Excelentísima Majestad por la gracia de Dios del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y de los dominios británicos allende el mar, Reina, Defensora de la Fe, Emperatriz de la India, ella, la misma que blandía el cetro, victoriosa sobre muchos pueblos, la bienamada, pues la conocían y la amaban desde el orto del sol hasta su ocaso, los pálidos, los oscuros, los rubicundos y los etíopes.

—¿Qué anda haciendo ese jodido masón —dice el Ciudadano—, de un lado para otro por la acera?

—¿Qué pasa? —dice Joe.

—Aquí tenéis —dice Alf, sacando la pasta—. Hablando de ahorcar. Os voy a enseñar algo que no habéis visto nunca. Cartas de verdugos. Mirad aquí.

Y sacó del bolsillo un fajo de jirones de cartas y sobres.

—No vengas con bromas —digo yo.

—Palabra —dice Alf—. Leedlas.

Y Joe cogió las cartas.

—¿De quién te ríes? —dice Bob Doran.

Conque vi que se iba a armar un poco de polvareda. Bob es un tío raro cuando se le sube el trago a la cabeza, así que digo yo, sólo para dar conversación:

—¿Qué hace ahora Willy Murray, Alf?

—No sé —dice Alf—. Le acabo de ver en la calle Capel con Paddy Dignam. Sólo que yo iba corriendo detrás de ése…

—¿Que tú qué? —dice Joe, tirando las cartas—. ¿Con quién?

—Con Dignam —dice Alf.

—¿Con Paddy? —dice Joe.

—Sí —dice Alf—. ¿Por qué?

—¿No sabes que se ha muerto? —dice Joe.

—¿Paddy Dignam se ha muerto? —dice Alf.

—Sí —dice Joe.

—Seguro que no hace cinco minutos que le he visto —dice Alf—, tan claro como el agua.

—¿Quién se ha muerto? —dice Bob Doran.

—Entonces has visto su espíritu —dice Joe—: Dios nos libre de mal.

—¿Cómo? —dice Alf—. Dios mío, hace cinco… ¿Cómo?… Y Willy Murray con él, los dos ahí cerca de como se llame… ¿Cómo? ¿Dignam se ha muerto?

—¿Qué pasa con Dignam? —dice Bob Doran—. ¿Quién habla de…?

—¡Muerto! —dice Alf—. No se ha muerto más que tú.

—A lo mejor —dice Joe—. En todo caso esta mañana se han tomado la libertad de enterrarle.

—¿A Paddy? —dice Alf.

—Sí —dice Joe—. Ha pagado su deuda a la naturaleza. Dios le haya perdonado.

—¡Válgame Dios! —dice Alf.

Coño, se quedó de verdad hecho polvo.

En la tiniebla se sintieron aletear manos de espíritus y cuando se hubo dirigido la oración según los tantras en la dirección conveniente, una leve pero creciente luminosidad de luz de rubí se hizo visible poco a poco, siendo particularmente realista la aparición del doble etéreo mediante la descarga de rayos jívicos desde la coronilla y la cara. Se estableció comunicación mediante la glándula pituitaria y también por medio de rayos de ardiente anaranjado y escarlata que emanaban de la región sacra y el plexo solar. Interrogado por su nombre terrenal en cuanto a su paradero en el mundo de los cielos aseveró que andaba ahora en la senda del prālāyā o retorno pero que todavía estaba sometido a juicio en manos de ciertas entidades sanguinarias en los niveles astrales inferiores. En respuesta a una pregunta sobre sus primeras sensaciones en la gran divisoria del más allá, aseveró que previamente había visto como en un espejo, oscuramente, pero que los que habían pasado más allá tenían cimeras posibilidades de desarrollo átmico abiertas ante ellos. Interrogado en cuanto a si la vida de allá se parecía a nuestra experiencia en la carne, afirmó que había oído decir de seres ahora más favorecidos en el espíritu que sus mansiones estaban equipadas con toda clase de comodidades domésticas tales como tālāfānā, āszānsār, āguācālāntā, wātārclāsāt, y que los más elevados adeptos estaban empapados en olas de voluptuosidad de la más pura naturaleza. Habiendo solicitado una taza de leche agria, se trajo y evidentemente produjo alivio. Preguntado si tenía algún mensaje para los vivos exhortó a todos los que todavía estaban en el lado de acá del Maya a que reconocieran la verdadera senda, pues se había oído decir en los círculos devánicos que Marte y Júpiter se disponían a producir desgracias en el ángulo oriental donde tiene poder el Carnero. Se interrogó entonces si había algunos deseos especiales por parte del difunto y la respuesta fue: *Os saludamos, oh amigos de la tierra que todavía estáis en el cuerpo. Cuidado con C. K. que no se aproveche demasiado*. Se comprobó que la referencia era al señor Cornelius Kelleher, gerente del conocido establecimiento funerario de los Sres. H. J. O'Neill, amigo personal del difunto, que había sido responsable de llevar a cabo la organización del entierro. Antes de partir solicitó que se le dijera a su querido hijo Patsy que la otra bota que había estado buscando se encontraba al presente bajo la cómoda del cuarto del descansillo y que había que mandar el par a Cullen a que le pusiera medias suelas solamente porque los tacones todavía estaban buenos. Afirmó que esto había perturbado grandemente su paz de ánimo en la otra región y solicitaba con empeño que se diera a conocer su deseo. Se dieron seguridades de que se prestaría atención al asunto y se obtuvo indicación de que esto había producido satisfacción.

Ha partido de las moradas de los mortales: O'Dignam, sol de nuestra mañana. Ligero era su pie en el brezal: Patrick el de la frente radiante. Gime, oh Banba, con tu viento: y gime tú, oh océano, con tu torbellino.

—Ya está ahí ése otra vez —dice el Ciudadano, mirando afuera con fijeza.

—¿Quién? —digo yo.

—Bloom —dice él—. Está ahí de guardia, de un lado para otro, desde hace diez minutos.

Y, coño, vi su jeta asomarse a atisbar dentro y luego escabullirse otra vez.

El pequeño Alf se había quedado de piedra. Palabra que sí.

—¡Válgame Dios! —dice—. Habría jurado que era él.

Y dice Bob Doran, con el sombrero echado atrás en la cholla, el peor chulo de Dublín cuando está tomado:

—¿Quién dijo que Cristo es bueno?

—¿Cómo, cómo? —dice Alf.

—¿Es bueno un Cristo —dice Bob Doran— que se lleva al pobrecillo Willy Dignam?

—Ah, bueno —dice Alf, tratando dejar correr—. Ya se han acabado sus penas.

Pero Bob Doran le arma una chillería.

—Es un jodido canalla —digo yo— por llevarse al pobrecillo Willy Dignam.

Terry se acercó y le guiñó el ojo para que se estuviera tranquilo, que no querían esa clase de conversación en un local respetable con todas las licencias. Y Bob Doran empieza a lloriquear por Paddy Dignam, tan verdad como que estás ahí.

—El hombre mejor que ha habido —dice, gimoteando—, el mejor carácter, el más puro.

Las jodidas lágrimas en el bolsillo. Diciendo majaderías. Más le valía irse a su casa con esa putilla callejera con que está casado, Mooney, la hija del ujier. La madre tenía una casa de putas en la calle Hardwicke donde andaba por el descansillo, que me lo contó Bantam Lyons que se había parado allí, a las dos de la mañana, como la parió su madre, enseñando su persona, entrada libre a todos, igualdad de oportunidades y no hay de qué.

—El más noble, el más leal —dice—. Y se ha ido, el pobrecillo Willy, el pobrecillo Paddy Dignam.

Y doliente y con el corazón oprimido lloraba la extinción de ese fulgor del cielo.

El viejo Garryowen empezó a gruñir otra vez a Bloom, que daba vueltas por la puerta.

—Entre, venga, que no le come —dice el Ciudadano.

Conque Bloom se escurre adentro con sus ojos de besugo en el perro y le pregunta a Terry si estaba Martin Cunningham.

—Ah, Cristo MacKeown —dice Joe, leyendo una de las cartas—. Oíd ésta, ¿queréis?

Y empieza a leer una en voz alta:

7, Hunter Street, Liverpool

Al Sheriff Jefe de Dublín, Dublín.

Respetable señor deseo ofrecer mis serbicios en el lamentable caso susodicho yo aorqué a Joe Gann en la cárcel de Bootle el 12 de febrero de 1900 y yo aorqué…

—Enséñanos, Joe —digo yo.

—*… al soldado Arthur Chace por el asesinato con agrabantes de Jessie Tilsit en la cárcel de Pentonville y fui ayudante cuando…*

—¡Jesús! —digo yo.

—*… Billington egecuto al terrible asesino Toad Smith…*

El Ciudadano echó mano a la carta.

—Espere un poco —dice Joe—: *tengo una abilidad especial para poner el lazo que cuando se mete ya no se puede escapar esperando ser favorecido quedo, respetable señor, mis onorarios es cinco guineas.*

H. Rumbold
Maestro Barbero

—Y un bárbaro con esas barbaridades es también ese barbero —dice el Ciudadano.

—Y qué garrapateos más sucios hace el desgraciado —dice Joe—. Ea, quítamelos de la vista, al demonio, Alf. Hola, Bloom —dice—, ¿qué va a tomar?

Así que empezaron a discutir la cosa, Bloom diciendo que no quería y no podía y que le excusara sin tomarlo a mal y todo eso y luego dijo bueno que tomaría un cigarro. Coño, es un tío prudente, no cabe duda.

—Danos uno de esos malolientes de primera, Terry —dice Joe.

Y Alf nos estaba contando que había un tío que había mandado una tarjeta de luto con el borde negro alrededor.

—Son todos barberos —dice—, que vienen de esa región tiznada, y ahorcarían a su padre por cinco pavos al contado y gastos de viaje.

Y nos contaba que hay dos tíos esperando abajo para tirarle de los talones cuando le dejan caer y estrangularle como es debido y luego cortan la cuerda en pedazos y venden los pedazos a unos pocos chelines por cabeza.

En la tierra oscura residen, los vengativos caballeros de la navaja de afeitar. Su mortal rollo de cuerda agarran: oh sí, y con él conducen al Erebo a cualquier ser humano que haya cometido acción de sangre pues de ninguna guisa lo he de sufrir así dijo el Señor.

Conque empiezan a hablar de la pena capital y naturalmente que Bloom sale con el porqué y el cómo y toda la cojonología del asunto y el viejo perro venga a olerle todo el tiempo que me han dicho que esos judíos tienen una especie de olor raro que echan para los perros a propósito de no sé qué efecto deterrente, y etcétera etcétera.

—Hay una cosa sobre la que no tiene efecto deterrente —dice Alf.

—¿Qué es? —dice Joe.

—El instrumento del pobre diablo que ahorcan —dice Alf.

—¿De veras? —dice Joe.

—Como que nos ve Dios —dice Alf—. Me lo contó el carcelero jefe que estaba en Kilmainham cuando ahorcaron a Joe Brady, el Invencible. Me dijo que cuando cortaron la cuerda después de dejarle caer, el instrumento seguía tieso como un asador delante de sus narices.

—La pasión dominante sigue siendo fuerte en la muerte —dice Joe—, como dijo alguien.

—Eso se puede explicar científicamente —dice Bloom—. Es sólo un fenómeno natural, comprenden, porque a causa de…

Y entonces empieza con sus trabalenguas sobre fenómeno y ciencia y este fenómeno y el otro fenómeno.

El distinguido científico Herr Professor Luitpold Blumenduft ofreció pruebas médicas demostrando que se podía calcular que la fractura instantánea de las vértebras cervicales y la consiguiente escisión de la médula espinal, conforme a las más acreditadas tradiciones de la ciencia médica, producirían inevitablemente en el sujeto humano un violento estímulo ganglionar de los centros nerviosos, dando lugar a que los poros de los *corpora cavernosa* se dilataran rápidamente de tal modo que se facilitaría instantáneamente el aflujo de la sangre a esa parte de la anatomía humana conocida como pene u órgano masculino, resultando en el fenómeno que los facultativos han denominado erección filo-progenitiva morbosa vertical-horizontal *in articulo mortis per diminutionem capitis.*

Así que claro el Ciudadano no esperaba más que esa consigna y empieza a darle al bla-bla a propósito de los Invencibles y la Vieja Guardia y los hombres del 67 y quién tiene miedo de hablar del 98, y Joe venga con él, a propósito de todos los tíos que fueron ahorcados, descuartizados y deportados por la causa en juicio sumarísimo y una nueva Irlanda y un nuevo esto y lo otro y lo de más allá. Hablando de nueva Irlanda, ya podía ir a buscarse un nuevo perro, de veras. Bicho costroso y comilón resoplando y olfateando por todas partes y rascándose la sarna y allá que va a Bob Doran que estaba invitando a Alf a una media pinta, a fastidiarle a ver qué puede sacar. Así que claro Bob Doran empieza a joder con estupideces con él:

—¡Dame la patita! ¡Dame la pata, perrito! ¡El viejo perrito, tan bueno! ¡Dame acá la pata! ¡Dame la patita!

¡Mierda! Al cuerno la pata que le pateaba, y Alf venga a tratar de sostenerle para que no se cayera de su jodido taburete encima del jodido perro viejo y venga de hablar de toda clase de majaderías sobre domesticar con bondad y el perro de raza y el perro inteligente: para vomitar. Luego empieza a rascar unos pocos pedazos de galleta vieja del fondo de una lata de Jacob que le dijo a Terry que trajera. Coño, se los engulló como unas botas viejas y con la lengua colgándole dos palmos. Casi se come la lata y todo, jodido chucho hambriento.

Y el Ciudadano y Bloom venga a discutir sobre el asunto, los hermanos Sheares y Wolfe Tone allá en Arbour Hill y Robert Emmet y morir por la patria, el toque de Tommy Moore a propósito de Sara Curran y ella está lejos del país. Y Bloom, por supuesto, con su cigarro de postín que tiraba de espaldas y su cara grasienta. ¡Fenómeno! El montón de manteca con que se casó él también es un buen fenómeno, de un trasero con una hendidura como un juego de la rana. En los tiempos en que estaban en el hotel City Arms Pisser Burke me dijo que había allí una vieja con un sobrino patas largas un poco chiflado y Bloom trataba de metérsela en el bolsillo bailándole el agua y jugando con ella a la brisca a ver si pescaba algo de la herencia y sin comer carne los viernes porque la vieja era una beata y venga de sacar de paseo al atontado. Y una vez le llevó a dar una vuelta por las tabernas de Dublín y, qué coño, no dijo ni pío hasta que él lo trajo a casa más borracho que una cuba y dijo que lo había hecho para enseñarle los perjuicios del alcohol y, qué diablos, por poco no le asan las tres mujeres, la vieja, la mujer de Bloom y la señora O'Dowd que llevaba el hotel. Joder, qué risa cuando Pisser Burke las imitaba cómo se le echaban encima y Bloom con su *¿pero no comprenden? y pero por otra parte*. Y claro, lo más divertido es el que el atontado me dijeron que se iba luego a la tienda de Power el representante de bebidas, en la esquina de la calle Cope, y volvía a casa en coche sin poder ni andar cinco veces por semana después de haber hecho un recorrido por todo el muestrario del jodido establecimiento. ¡Fenómeno!

—A la memoria de los caídos —dice el Ciudadano levantando su vaso de media pinta y mirando a Bloom con ojos llameantes.

—Eso, eso —dice Joe.

—No comprende usted lo que quiero decir —dice Bloom—. Lo que quiero decir es…

—*Sinn Fein!* —dice el Ciudadano—. *Sinn fein amhain!* Los amigos que amamos están a nuestro lado y los enemigos que odiamos están frente a nosotros.

La postrera despedida fue emotiva en extremo. Desde los campanarios, cercanos y lejanos, el fúnebre doblar resonaba incesantemente mientras en torno al triste recinto retumbaba la fatídica amonestación de cien tambores destemplados puntuada por el cavernoso retumbar de los cañones de ordenanza. Los ensordecedores chasquidos del trueno y los deslumbrantes destellos del relámpago iluminando la espectral escena daban testimonio de que la artillería del cielo había prestado su pompa sobrenatural al ya horrendo espectáculo. Una lluvia torrencial se vertía desde las compuertas de los cielos iracundos sobre las cabezas descubiertas de la multitud allí congregada, que comprendía, según los cálculos más bajos, quinientas mil personas. Un destacamento de la policía Metropolitana de Dublín a las órdenes del comisario jefe en persona mantenía el orden en la vasta turba, para la cual la banda de viento y metal de la calle York amenizaba los intervalos ejecutando admirablemente en sus instrumentos con crespones negros la incomparable melodía que la quejumbrosa musa de Speranza nos ha hecho cara desde la cuna. Rápidos trenes

especiales de excursión y carros de bancos almohadillados habían sido proporcionados para comodidad de nuestras parentelas campestres, de que había amplios contingentes. Causaron considerable diversión los cantores callejeros, favoritos de Dublín, L-n-h-n y M-ll-g-n, que cantaron *La noche antes de que Larry estirase la pata* con su acostumbrado estilo regocijante. Nuestros dos inimitables excéntricos hicieron un excelente negocio vendiendo ejemplares de la letra entre aficionados al elemento cómico y nadie que tenga un hueco en su corazón para la auténtica diversión irlandesa sin vulgaridad les verá con malos ojos esos peniques laboriosamente ganados. Los niños del Hospicio de Niños y Niñas Huérfanos agolpados en las ventanas que dominaban la escena fueron deleitados por esa inesperada adición a los entretenimientos del día: a una palabra de elogio son acreedoras las Hermanitas de los Pobres por su excelente idea de proporcionar a los pobres niños sin padre ni madre un recreo verdaderamente instructivo. Los invitados de los virreyes, que incluían muchas damas bien conocidas, fueron guiados por Sus Excelencias a los lugares más favorables de la tribuna de honor mientras la pintoresca delegación extranjera, denominada Amigos de la Isla de Esmeralda, quedó acomodada en una tribuna exactamente enfrente. La delegación, presente en su integridad, consistía en el Commendatore Bacibaci Beninobenone (el semiparalítico decano del grupo, a quien hubo que ayudar a sentarse en su puesto mediante una poderosa grúa de vapor), Monsieur Pierrepaul Petitépatant, el Grancuco Vladimiro Sparragof, el Archicuco Leopold Rudolph von Schwanzenbad-Hodenthaler, la Condesa Marha Virága Kisászony Putrápeshti, Hiram Y. Bomboost, Conde Athánatos Karamelópulos, Alí Babá Bakchich Rahat Lokum Effendi, Señor Hidalgo Caballero Don Pecadillo Palabras y Paternóster de la Malahora de la Malaria, Hokopoko Harakiri, Hi Hung Chang, Olaf Kobberkedelsen, Mynheer Trik van Trumps, Pan Poleaxe Paddyriski, Goosepond Přhklšř Kratchinabritchisitch, Herr Hurhausdirektorpräsident Hans Chuechli-Steuerli, Nazional-gymnasium-museum-sanatorium-und-suspensorium-sordinar-privatdozent-general-histori-espezial-professor-doktor Kriegfried Ueberallgemein. Todas las delegaciones sin excepción se expresaron en los más enérgicos y heterogéneos términos posibles en referencia a la innombrable barbaridad que se les había llamado a presenciar. Un vivo altercado (en que todos tomaron parte) tuvo lugar entre los Amigos de la Isla de Esmeralda en cuanto a si el ocho o el nueve de marzo era la fecha correcta del nacimiento del santo patrón de Irlanda. En el curso de la discusión se recurrió al uso de las bolas de cañón, paraguas, catapultas, rompecabezas, sacos de arena y lingotes de hierro dulce, intercambiándose golpes en abundancia. La mascota de la policía, McFadden, a quien se convocó desde Booterstown por mensajero especial, restableció rápidamente el orden y con fulgurante prontitud propuso el diecisiete del mes como solución equitativamente honrosa para ambas partes contendientes. La sugerencia del ingenioso gigantón sedujo inmediatamente a todos y se aceptó por unanimidad. El agente McFadden fue cordialmente felicitado por todos los A. D. L. I. D. E., algunos

de los cuales sangraban profusamente. Habiendo sido extraído de debajo de la silla presidencial el Commendatore Beninobenone, su asesor legal Avvocato Pagamimi explicó que los diversos artículos ocultos en sus treinta y dos bolsillos habían sido extraídos por él durante la refriega de los bolsillos de sus colegas más jóvenes con la esperanza de restituirles a su juicio. Los objetos (que incluían varios centenares de relojes de oro y plata de señora y caballero) fueron restituidos prontamente a sus legítimos poseedores y reinó sin discusión una armonía general.

Tranquilamente, sin presunción, Rumbold subió los escalones del patíbulo en impecable traje de luto y llevando en el ojal su flor predilecta, el *Gladiolus cruentus*. Anunció su presencia mediante esa suave tos rumboldiana que tantos han intentado (sin éxito) imitar: breve, meticulosa y, no obstante, tan característica de tal personaje. La llegada de ese verdugo de fama mundial fue saludada por un rugido de aclamación de la vasta concurrencia, agitando los pañuelos las damas del séquito virreinal mientras los aún más excitables delegados extranjeros aclamaban vociferantes en una algarabía de gritos, *hoch, banzai, eljen, zivio, chinchin, polla kronia, hip-hip, vive, Allah*, entre la cual se distinguía fácilmente el resonante *evviva* del delegado del país del canto (con un fa sobreagudo que recordaba las deliciosas notas penetrantes con que el eunuco Catalani embelesó a nuestras tatarabuelas). Eran exactamente las diecisiete en punto. Se dio entonces prontamente por megáfono la señal de la oración y en un momento todas las cabezas quedaron descubiertas, siéndole retirado al commendatore su sombrero patriarcal, en posesión de su familia desde la revolución de Rienzi, por su consejero médico acompañante, Doctor Pippi. El docto prelado que administraba los últimos consuelos de la santa religión al heroico mártir en trance de sufrir la pena de muerte, se arrodilló con el más cristiano espíritu en un charco de agua de lluvia, con la sotana sobre su canosa cabeza, y elevó al trono de la gracia fervientes plegarias de súplica. Al lado mismo del tajo se erguía la sombría figura del ejecutor, quedando oculto su rostro por una olla de diez galones con dos aberturas circulares perforadas a través de las cuales refulgían furiosamente sus ojos. En espera de la fatídica señal, probaba el filo de su horrible arma suavizándolo en su atezado antebrazo o decapitando en rápida sucesión un rebaño de ovejas proporcionado por los admiradores de su cruel pero necesario cargo. En una elegante mesa de caoba, cerca de él, estaban dispuestos en orden el cuchillo de descuartizar, los diversos instrumentos de fino temple para el destripado (proporcionados especialmente por la mundialmente famosa firma de cuchillería John Round e Hijos, Sheffield), una cazuela de barro para la recepción del duodeno, colon, intestino ciego, apéndice, etc., una vez extraídos con éxito, y dos amplias cacharras de leche destinadas a recibir la preciosísima sangre de la preciosísima víctima. El mayordomo general del Hogar Asociado para Gatos y Perros estaba presente para trasladar esas vasijas, una vez llenas, a dicha institución de beneficencia. Una excelente comida, consistente en huevos con tajadas de tocino, filete frito con cebollas, en su punto exacto, deliciosos panecillos calientes y reconfortante té, había sido proporcionada por la consideración

de las autoridades para su consumo por parte de la figura central de la tragedia, quien se hallaba de un ánimo excelente durante los preparativos para la muerte y manifestó el más agudo interés por las operaciones desde el principio hasta el final, pero, con abnegación rara en estos nuestros tiempos, se puso noblemente a la altura de las circunstancias y expresó su deseo final (inmediatamente otorgado) de que la comida se dividiera en partes alícuotas entre los miembros de la Asociación de Enfermos e Indigentes a Domicilio, como muestra de su consideración y estima. El *nec* y *non plus ultra* de la emoción se alcanzó cuando la ruborosa prometida se abrió paso bruscamente entre las apretadas filas de los circunstantes y se lanzó sobre el musculoso pecho de aquel que por su amor estaba a punto de ser lanzado a la eternidad. El héroe envolvió su figura de sauce en un amoroso abrazo murmurando tiernamente *Sheila, amor mío*. Estimulada por ese uso de su nombre de pila ella besó apasionadamente las diversas zonas apropiadas de la persona de él que las decencias del ropaje de la prisión permitían a su ardor alcanzar. Ella le juró, mientras mezclaban los salados ríos de sus lágrimas, que sin ninguna duda conservaría tiernamente su memoria, y que jamás olvidaría a su joven héroe que iba a la muerte con una canción en los labios como si fuese a un partido de hockey en el parque de Clonturk. Ella le hizo recordar los felices días de venturosa infancia, juntos en las orillas de Anna Liffey, cuando se habían entregado a los inocentes pasatiempos de la primera edad, y olvidando el terrible presente, ambos rieron de todo corazón, uniéndose todos los espectadores, incluido el venerable pastor, al júbilo general. El inmenso público se convulsionó verdaderamente de deleite. Pero al punto ellos se sintieron abrumados de dolor y entrelazaron las manos por última vez. Un nuevo torrente de lágrimas brotó de sus conductos lacrimales y la vasta concurrencia de gente, tocada en lo más hondo del corazón, prorrumpió en desgarradores sollozos, no siendo el menos afectado el propio anciano prebendado. Hombres grandes y forzudos, agentes de vigilancia y joviales gigantes de la Policía Real de Irlanda, hacían amplio uso de sus pañuelos, y no es arriesgado decir que no había unos ojos secos en aquella multitud sin precedentes. Un incidente muy romántico tuvo lugar cuando un joven y apuesto graduado de Oxford, famoso por su caballerosidad hacia el bello sexo, se adelantó y, presentando su tarjeta de visita, su talonario de cheques y su árbol genealógico, solicitó la mano de la desdichada damita, pidiéndole que fijara la fecha de la boda, y fue aceptado allí mismo. Todas las señoras del público fueron obsequiadas con un bello recuerdo del acto en forma de un broche con calavera y tibias cruzadas, oportuna y generosa iniciativa que provocó un nuevo acceso de emoción: y cuando el galante joven oxfordiano (portador, dicho sea de paso, de uno de los apellidos más aquilatados por el tiempo que haya en la historia de Albión) puso en el dedo de su ruborosa *fiancée* un precioso anillo de prometida con esmeraldas montadas en forma de trébol de cuatro hojas, la excitación no conoció límites. Sí, incluso el severo jefe de la gendarmería, teniente coronel Tomkin-Maxwell Frenchmullan Tomlinson, que presidía la triste solemnidad, aunque había hecho volar a un considerable número de

cipayos de la boca del cañón sin sentir vacilaciones, no pudo ahora contener su natural emoción. Con su guantelete de malla de hierro se enjugó una furtiva lágrima y los privilegiados ciudadanos que estaban casualmente en su inmediata cercanía le oyeron decir para sí en vacilante voz baja:

—Qué coño, no te mata esa fresca de putilla asquerosa. Qué coño, casi me dan ganas de llorar, joder que sí, cuando la veo, porque me recuerda a mi vieja vaca allá en Limehouse.

Así que entonces el Ciudadano empieza a hablar de la lengua irlandesa y la reunión del consejo municipal y todo lo demás y los anglófilos que no saben hablar su propia lengua y Joe metiendo baza porque le ha dado a alguien un sablazo de una guinea y Bloom metiendo la jeta con el caruncho de dos peniques que le había sacado a Joe y venga a hablar de la liga gaélica y de la liga contra convidar a beber y la bebida, la maldición de Irlanda. Contra los que convidan a beber, ése es el asunto. Coño, él te dejaría que le echaras toda clase de bebida por el gaznate adentro hasta que el Señor se lo llevara al otro barrio, pero ni por esas te enseñaría la espuma de una cerveza. Y una noche fui yo con un amigo a una de esas veladas musicales que tienen, canto y baile, con lo de Allá podía tumbarse en el heno Mi querida Maureen al sereno, y había un tipo con una insignia con la cinta azul de los abstemios, que andaba chamullando irlandés, y un montón de guapas vestidas de irlandesas que iban por ahí con bebidas no alcohólicas y vendiendo medallas y naranjas y limonada y unos cuantos vejestorios secos, coño, qué porquería de diversión, mejor no hablar. Y entonces un viejo empieza a soplar la gaita y todos aquellos imbéciles venga a restregar los pies al son con que se murió la vaca vieja. Y uno o dos de esos celestiales echando el ojo por ahí no fuera a haber algo con las hembras, golpes bajos y eso.

Así que conque, como iba diciendo, el viejo perro al ver que la lata estaba vacía empieza a husmear alrededor de Joe y de mí. Ya le domesticaría yo con bondad, ya lo creo, si fuera mi perro. Le daría de vez en cuando una buena patada como para que no se pudiera sentar.

—¿Tiene miedo de que le muerda? —dice el Ciudadano, con una mueca.

—No —digo yo—. Pero podría tomar mi pierna por un farol.

Así que él llama para allá al perro.

—¿Qué te pasa, *Garry*? —dice.

Entonces empieza a tirar de él y a darle metidas y a hablarle en irlandés y el viejo chucho venga a gruñir, haciendo su papel, como en un dúo en la ópera. Entre los dos armaban unos gruñidos como no se han oído jamás. Alguien que no tuviera cosa mejor que hacer debería escribir una carta a los periódicos *pro bono publico* sobre el reglamento de los bozales para perros como ése. Gruñendo y rugiendo y los ojos todos inyectados de sangre de la sed que tiene y la hidrofobia chorreándole de las quijadas.

Todos aquellos que estén interesados en la difusión de la cultura humana entre los animales inferiores (y su nombre es legión) deberían considerar un deber no perderse la realmente maravillosa exhibición de cinantropía ofrecida por el famoso setter perro-lobo irlandés rojo anteriormente conocido por el alias *Garryowen* y recientemente rebautizado *Owen Garry* por su amplio círculo de amigos y conocidos. La exhibición, que es resultado de años de entrenamiento por la bondad y por un sistema alimenticio cuidadosamente establecido, comprende, entre otros logros, la recitación de poesía. Nuestro mayor experto en fonética hoy viviente (¡por nada del mundo nos dejaríamos arrancar su nombre!) no ha perdonado esfuerzo para dilucidar y comparar las poesías recitadas y ha hallado que ostentan una semejanza *impresionante* (la cursiva es nuestra) con los ranns de los antiguos bardos celtas. No nos extenderemos tanto en esas deliciosas canciones de amor con que el escritor que oculta su identidad bajo el gracioso pseudónimo Dulce Ramita ha familiarizado al mundo de los amigos del libro, cuanto más bien (según subraya un colaborador; D. O. C., en un interesante comunicado publicado por un colega vespertino) en la nota más áspera y personal que cabe hallar en las efusiones satíricas del famoso Raftery y de Donald MacConsidine, para no hablar de un lírico más moderno actualmente muy presente en la atención del público. Ofrecemos una muestra que ha sido traducida al inglés por un eminente erudito cuyo nombre, por el momento, no nos sentimos libres para revelar, aunque creemos que nuestros lectores encontrarán que las alusiones locales son algo más que un indicio. El sistema métrico del original canino, que en sus intrincadas reglas aliterativas e isosilábicas hace pensar en el *englyn* galés, es infinitamente más complicado, pero creemos que nuestros lectores estarán de acuerdo en que el espíritu está bien captado. Quizá debería añadirse que el efecto se acrecienta considerablemente si se pronuncian los versos de Owen de modo algo lento e indistinto, en tono que sugiera un rencor reprimido.

Maldición de maldiciones
siete veces por semana
y siete jueves en seco
caigan sobre Barney Kiernan,
que no me da un poco de agua
que me refresque el valor
y estas tripas que me rugen
por zamparle el bofe a Lowry.

Así que le dijo a Terry que le trajera un poco de agua al perro y, coño, se le oía lamer a una milla. Y Joe le preguntó si tomaba otro.

—Muy bien —dice él—, *a chara*, para que se vea que no hay mal ánimo.

Coño, no es tan tonto como parece con esa cara de col. Arrastrando el culo de una taberna en otra, dejándolo a tu honor, con el perro del viejo Giltrap y zampando a costa de los contribuyentes. Diversión para el hombre y el animal. Y dice Joe:

—¿Se animaría con otra pinta?

—¿Sabría nadar un pato? —digo yo.

—Lo mismo otra vez, Terry —dice Joe—. ¿Seguro que no quiere tomar nada a modo de refrigerio liquido? —dice.

—No, gracias —dice Bloom—. En realidad, sólo quería encontrar a Martin Cunningham, comprenden, por lo del seguro del pobre Dignam. Ya ven, él, Dignam, quiero decir, no mandó dentro del plazo ninguna notificación de la hipoteca sobre la póliza a la compañía, y según los términos estrictos, el acreedor hipotecario no tiene derechos sobre la póliza.

—Demonios —dice Joe, riendo—, sería bueno que el viejo Shylock se quedase sin nada. ¿Así es la mujer la que sale ganando, no?

—Bueno, ese es un asunto para los admiradores de la mujer.

—¿Los admiradores de quién? —dice Joe.

—Los asesores de la mujer, mejor dicho —dice Bloom.

Entonces, todo enredado, empieza a armar un lío sobre la hipoteca conforme a la ley igual que si fuera el Lord Canciller sentenciando en el tribunal y los beneficios de la viuda y que se establece un fideicomiso pero por otra parte que Dignam le debía el dinero a Bridgeman y si ahora la mujer o la viuda ponía en tela de juicio el derecho del acreedor hipotecario hasta que casi me estallaba la cabeza con su acreedor hipotecario conforme a la ley. Él estaba bien a salvo, que no se había pillado los dedos él mismo conforme a la ley esta vez con antecedentes judiciales sin domicilio conocido sólo que tenía un amigo en el tribunal. Vendiendo billetes para una tómbola o como se llame una lotería con autorización de la Corona de Hungría. Tan verdad como que estamos aquí. ¡Vete a fiar de un israelita! Robo con autorización de la Corona de Hungría.

Así que Doran viene tambaleándose por ahí a pedir a Bloom que le dijera a la señora Dignam que la acompañaba en el sentimiento y que le dijera que lo decía él y todos los que le conocieron decían que nunca hubo nadie tan de verdad y tan bueno como el pobrecillo Willy que se ha muerto, que se lo dijera. Atragantándose de estupideces jodidas. Y dándole la mano a Bloom y haciendo el trágico para que se lo dijera a ella. Venga esa mano, hermano. Tú eres un granuja y yo soy otro que tal.

—Permítame —dijo—, sobre la base de nuestro conocimiento que, por superficial que parezca si se juzga por el patrón del simple tiempo, está fundado, según creo y espero, en un sentimiento de mutua estimación, tomarme la libertad de solicitar de usted este favor. Pero, en el caso de que haya transgredido los límites de la debida reserva, permita que la sinceridad de mis sentimientos sirva de excusa para mi atrevimiento.

—No —replicó el otro—, aprecio plenamente los motivos que orientan su conducta y pondré en ejecución la misión que usted me confía, reconfortado con la reflexión de que, aunque el mensaje sea penoso, esta prueba de su confianza endulza de alguna manera la amargura del cáliz.

—Entonces permítame estrechar su mano —dijo él—. La bondad de su corazón, estoy seguro, le dictará mejor que mis inadecuadas palabras las expresiones que resulten más apropiadas para transmitir una emoción cuya intensidad, si hubiera de dar salida a mis sentimientos, me privaría incluso del habla.

Y allá que se va afuera tratando de andar derecho. Borracho a las cinco. Una noche por poco no le meten en chirona si no es porque Paddy Leonard conocía al guardia, 14 A. Estaba que ni veía en una tasca en la calle Bride después de la hora de cerrar, jodiendo con dos guarras y el chulo de guardia, y bebiendo cerveza en tazas de té. Y él haciéndose el francés con las dos guarras, Joseph Manuo, y hablando contra la religión católica y él que era monaguillo en la iglesia de Adán y Eva cuando era pequeño con los ojos cerrados quién escribió el nuevo testamento y el antiguo testamento y abrazándolas y metiendo mano. Y las dos guarras muertas de risa, vaciándole los bolsillos al jodido imbécil y él vertiendo la cerveza por toda la cama y las dos guarras chillando y riendo entre ellas. *¿Qué tal está tu testamento? ¿Tienes un antiguo testamento?* Si no es que Paddy pasaba por allí, no te digo. Y luego verle el domingo con esa concubina de su mujercita, y ella contoneándose por el pasillo de la iglesia, con botas de charol, nada menos, y sus violetas, hecha una monada, una verdadera señora. La hermana de Jack Mooney. Y la vieja puta de la madre alquilando habitaciones a parejas de la calle. Coño, Jack le metió en un puño. Le dijo que si no arreglaba el asunto, le ponía las tripas al aire.

Así que Terry trajo las tres pintas.

—Aquí tienen —dice Joe, haciendo los honores—. Ea, Ciudadano.

—*Slan leat* —dice él.

—Buena suerte, Joe —digo yo—. A su salud, Ciudadano.

Coño, ya tenía la nariz dentro del vaso. Hace falta un dineral para que no tenga sed.

—¿Quién es el tío largo que se presenta para alcalde, Alf? —dice Joe.

—Un amigo tuyo —dice Alf.

—¿Nannan? —dice Joe—. ¿El concejal?

—No quiero dar nombres —dice Alf.

—Ya me lo suponía —dice Joe—. Le vi hace poco en esa reunión con William Field, el diputado, con los tratantes de ganado.

—El peludo Iopas —dice el Ciudadano—, ese volcán en erupción, el predilecto de todos los países y el ídolo del suyo.

Conque Joe empieza a contar al Ciudadano lo de la glosopeda y los tratantes de ganado y lo de emprender una acción sobre el asunto y el Ciudadano les manda a todos al cuerno y Bloom sale con su baño para la sarna de las ovejas y un jarabe para

la tos de los terneros y un remedio garantizado para la glositis bovina. Todo porque estuvo una temporada con un matarife. Andando por ahí con su cuaderno y lápiz la cabeza por delante y los talones atrás hasta que Joe Cuffe le dio la patada porque se insolentó con un ganadero. El señor Sabelotodo. Enséñale a tu abuela a ordeñar patos. Pisser Burke me contaba que en el hotel su mujer a veces se ponía hecha un mar de lágrimas con la señora O'Dowd que también lloraba a moco y baba con todo su colchón de grasa encima. No podía ella soltarse los malditos cordones del corsé sin que el viejo ojos de besugo le danzara alrededor enseñándole cómo se hacía. ¿Qué programa tienes hoy? Eso. Métodos humanitarios. Porque los pobres animales sufren y los expertos dicen y el mejor remedio conocido que no causa dolor al animal y administrarlo suavemente en la parte afectada. Coño, qué mano suave tendría debajo de una gallina.

Co Co Coroc. Cluc Cluc Cluc. La negra Liz es nuestra gallinita. Pone huevos para nosotros. Cuando pone el huevo está muy contenta. Coroc. Cluc Cluc Cluc. Entonces viene el buen tío Leo. Mete la mano debajo de la negra Liz y saca el huevo reciente. Co co co co Coroc. Cluc Cluc Cluc.

—De todos modos —dice Joe—, Field y Nannetti se marchan esta noche a Londres a hacer una interpelación sobre eso en la sesión de la Cámara de los Comunes.

—¿Está seguro —dice Bloom— de que va el concejal? Quería verle, da la casualidad.

—Bueno, se va en el barco correo —dice Joe—, esta noche.

—Cuánto lo siento —dice Bloom—. Necesitaba especialmente. Quizá sólo vaya el señor Field. No pude hablar por teléfono. No. ¿Está usted seguro?

—Nannan va también —dice Joe—. La Liga le dijo que hiciera una pregunta mañana sobre el comisario de policía que prohíbe los juegos irlandeses en el parque. ¿A usted qué le parece eso, Ciudadano? El *Sluagh na h-Eireann*.

Sr. Vaca Conacre (Multifarnham, Nac.): En relación con la interpelación de mi honorable amigo, el diputado por Shillelagh, ¿puedo preguntar a su honorable señoría si el Gobierno ha dado órdenes de que esos animales sean sacrificados aun no habiéndose presentado ningún informe médico sobre sus condiciones patológicas?

Sr. Cuatropatas (Tamoshant, Conc.): Los honorables diputados ya están en posesión de los informes presentados ante un comité de la totalidad de la cámara. No creo poder añadir nada interesante sobre este respecto. La respuesta a la pregunta del honorable diputado es afirmativa.

Sr. Orelli (Montenotte, Nac.): ¿Se han dado análogas órdenes para el sacrificio de los animales humanos que se atrevan a jugar juegos irlandeses en el parque Phoenix?

Sr. Cuatropatas: La respuesta es negativa.

Sr. Vaca Conacre: ¿El famoso telegrama del honorable diputado desde Mitchelstown ha inspirado la política de los caballeros del banco gubernamental? (*¡Oh! ¡Oh!*)

Sr. Cuatropatas: No he recibido nota de esa interpelación.

Sr. Bromapesada (Buncombe, Ind.): No vacilen en disparar. (Aplausos irónicos de la oposición).

El presidente: ¡Orden! ¡Orden! (Se levanta la sesión. Aplausos).

—Aquí está el hombre —dice Joe— que ha producido el resurgimiento de los deportes gaélicos. Aquí está sentado. El hombre que hizo escapar a James Stephens. El campeón de toda Irlanda en el lanzamiento del peso de dieciséis libras. ¿Cuál fue su mejor lanzamiento, Ciudadano?

—*Na bacleis* —dice el Ciudadano, haciéndose el modesto—. Hubo un tiempo en que yo era tan bueno como el mejor, de todos modos.

—Choque esa, Ciudadano —dice Joe—. Sí que lo era y mucho mejor.

—¿De veras? —dice Alf.

—Sí —dice Bloom—. Es bien sabido. ¿No lo sabe usted?

Conque allá que arrancaron con el deporte irlandés y los juegos anglófilos como el tenis, y lo del hockey irlandés y el lanzamiento del peso y el sabor de la tierruca y edificar una nación una vez más y todo eso. Y claro que Bloom tuvo que decir lo suyo también sobre que si uno tiene el corazón deformado el ejercicio violento es malo. Por lo más sagrado, que si uno recogiera una paja del jodido suelo y le dijera a Bloom: *Mira, Bloom. ¿Ves esta paja? Esto es una paja,* lo aseguro por mi abuela que sería capaz de hablar de eso durante una hora seguida sin acabar el tema.

Una interesantísima discusión tuvo lugar en el vetusto local de *Brian O'Ciarnain's en Sraid na Bretaine Bheag*, bajo los auspicios del *Sluagh na h-Eireann*, sobre el resurgimiento de los antiguos deportes irlandeses y la importancia de la cultura física, tal como se entendía en la antigua Roma y en la antigua Irlanda, para el desarrollo de la raza. El venerable presidente de esa noble orden presidía la sesión y la concurrencia era de notables dimensiones. Después de un instructivo discurso del presidente, magnífica pieza de oratoria pronunciada con elocuencia y energía, tuvo lugar una interesante e instructiva discusión, del acostumbrado alto nivel de excelencia, en cuanto a la deseabilidad de la resurgibilidad de los antiguos juegos y deportes de nuestros antiguos antepasados pancélticos. El conocidísimo y altamente respetado defensor de la causa de nuestra antigua lengua, señor Joseph MacCarthy Hynes, hizo una elocuente apelación en favor de la resurrección de los antiguos deportes y pasatiempos gaélicos, practicados mañana y tarde por Finn MacCool, en cuanto que apropiados para revivir las mejores tradiciones de energía y fuerza viril que nos han transmitido las épocas antiguas. L. Bloom, recibido con una mezcla de aplauso y siseos, adoptó la posición negativa, tras de lo cual el canoro presidente llevó a su término la discusión, en respuesta a repetidas solicitudes y cordiales aplausos desde todas partes de la rebosante sala, mediante una interpretación notablemente señalada de las nunca marchitadas estrofas del inmortal Thomas Osborne Davis (por fortuna de sobra familiares para necesitar ser recordadas aquí) *De nuevo una nación,* en cuya ejecución el veterano campeón del patriotismo cabe decir

sin miedo a contradicción que se superó a sí mismo en excelencia. El Caruso-Garibaldi irlandés estaba en forma superlativa y sus notas estentóreas se oyeron del modo más ventajoso en el ancestral himno, cantado como sólo nuestro ciudadano puede cantarlo. Su soberbia excelencia vocal, que con su supercalidad realzó grandemente su reputación ya internacional, fue ruidosamente aplaudida por el numeroso público, entre el cual se advertían muchos miembros prominentes del clero, así como representantes de la prensa y del foro y de otras doctas profesiones. La sesión terminó entonces.

Entre los miembros del clero allí presentes estaban el Revmo. William Delany, S. J., L. L. D.; el Muy Rvdo. Gerald Molloy, D. D.; el Rev. P. J. Kavanagh, C. S. Sp.; el Rev. T. Waters, C. C.; el Rev. John M. Ivers, P. P.; el Rev. P. J. Cleary, O. S. F.; el Rev. L. J. Hickey, O. P.; el Revmo. Fr. Nicholas, O. S. F. C.; el Revmo. B. Gorman, O. D. C.; el Rev. T. Maher, S. J.; el Revmo. James Murphy, S. J.; el Rev. John Lavery, V. F.; el Revmo. William Doherty, D. D.; el Rev. Peter Fagan, O. M.; el Rev. T. Brangan, O. S. A.; el Rev. J. Flavin, C. C.; el Rev. M. A. Hackett, C. C.; el Rev. W. Hurley, C. C.; el Muy Rev. Mons. MacManus, V. G.; el Rev. B. R. Slattery, O. M. I.; el Revmo. M. D. Scally, P. P.; el Rev. F. T. Purcell, O. P.; el Revmo. Canónigo Timothy Gorman, P. P.; el Rev. J. Flanagan, C. C. Entre los seglares estaban P. Fay, T. Quirke, etc., etc.

—Hablando de ejercicio violento —dice Alf—, ¿estuvieron en ese encuentro Keogh-Bennett?

—No —dice Joe.

—He oído decir que ese, como-se-llame, sacó su buen centenar de guineas con él —dice Alf.

—¿Quién? ¿Blazes? —dice Joe.

Y dice Bloom:

—Lo que quiero decir con el tenis, por ejemplo, es la agilidad y el entrenamiento de la vista.

—Eso, Blazes —dice Alf—. Hizo correr por ahí que Myler estaba dado a la cerveza, para hacer subir las apuestas, y el otro mientras tanto entrenándose.

—Ya le conocemos —dijo el Ciudadano—. El hijo del traidor. Sabemos cómo le entró oro inglés en el bolsillo.

—Muy bien dicho —dice Joe.

Y Bloom vuelve a intervenir con el tenis y la circulación de la sangre, preguntando a Alf:

—¿No le parece verdad, Bergan?

—Myler le hizo morder el polvo —dice Alf—. Heenan y Sayers no hicieron más que tontear, en comparación con eso. Le dio una paliza de no te menees. Había que ver a ese pequeñajo que no le llegaba al ombligo y el tío grande tirando directos. Vaya, le dio un golpe final en el vacío. Se lo hizo comer, el reglamento de Queensberry y todo.

Fue un encuentro histórico y grandioso, en el que se había anunciado que Myler y Percy se calzarían los guantes por una bolsa de cincuenta libras. Aun estando en desventaja por falta de peso, el corderillo predilecto de Dublín lo compensó con su habilidad superlativa en el arte pugilístico. La traca final fue una dura prueba para ambos campeones. El sargento mayor, peso welter, había dejado correr su poco de tinto en el precedente cuerpo a cuerpo en que Keogh cobró toda clase de derechazos e izquierdazos, mientras el artillero se trabajaba a fondo la nariz del predilecto, y Myler salía con cara de grogui. El soldado se puso a la tarea arrancando con un poderoso disparo con la izquierda a que el gladiador irlandés contraatacó disparando un directo muy bien apuntado a la mandíbula de Bennett. El casaca-roja se agachó pero el dublinés le levantó con un gancho con la izquierda, con enérgico trabajo sobre el cuerpo. Los hombres se agarraron de cerca. Myler rápidamente entró en acción dominando a su enemigo, hasta acabar el round con el más corpulento en las cuerdas, bajo el castigo de Myler. El inglés, con el ojo derecho casi cerrado, se refugió en su rincón, donde fue abundantemente empapado en agua y, cuando sonó el gong, salió animoso y rebosante de empuje, confiado en noquear al púgil eblanita en un periquete. Fue una pelea a fondo para no dejar más que al mejor. Los dos luchaban como tigres mientras subía la fiebre de la emoción. El árbitro amonestó dos veces a Percy el Pegador por agarrar, pero el predilecto era astuto y su juego de pies era cosa de ver. Después de un vivo intercambio de cortesías en que un seco uppercut del militar sacó abundante sangre a la boca de su adversario, el corderito se desencadenó entero sobre su enemigo colocando una tremenda izquierda en el estómago de Bennett el Batallador, dejándolo tumbado. Era un K.O. limpio y claro. Entre tensa expectación, le estaban contando al pegador de Portobello cuando el segundo de Bennett, Ole Pfotts Wettstein, tiró la toalla, y el muchacho de Santry fue declarado vencedor entre los frenéticos clamores del público, que irrumpió entre las cuerdas del ring y casi le linchó de entusiasmo.

—Ése sabe dónde le aprieta el zapato —dice Alf—. He oído decir que está organizando una gira de conciertos ahora, por el norte.

—Eso es —dice Joe—, ¿no es verdad?

—¿Quién? —dice Bloom—. Ah sí. Es verdad. Sí, una especie de gira de verano, ya comprenden. Sólo una vacación.

—La señora B. es la estrella más importante, ¿no? —dice Joe.

—¿Mi mujer? —dice Bloom—. Sí que canta, sí. Creo que será un éxito, además. Él es un organizador excelente. Excelente.

Oh oh, qué diablos me digo yo digo. Ahí está la madre del cordero, ahí está el quid. Blazes va a tocar su número de flauta. Gira de conciertos. El hijo del sucio Dan, el intermediario de Island Bridge, el que vendió dos veces los mismos caballos al gobierno para la guerra de los bóers. El viejo Quequé. Vengo por lo del impuesto de los pobres y del agua, señor Boylan. ¿Que qué? El impuesto del agua, señor Boylan.

¿Que qué? Ése es el jodido que te la va a organizar a ella, puedes estar tranquilo. Entre nosotros nada más, Nicolás.

Orgullo de la rocosa montaña de Calpe, la hija de Tweedy, la de cabellera corvina. Allá se crió ella hasta alcanzar impar belleza, donde almendro y caqui aroman el aire. Los jardines de la Alameda conocieron su paso: los olivares la conocían y se inclinaban. La casta esposa de Leopoldo ella es: Marion la de los generosos senos.

Y he aquí que en esto entró uno del clan de los O'Molloy, un apuesto héroe de rostro blanco si bien un poco encendido, consejero de Su Majestad, versado en leyes, y con él el príncipe y heredero del noble linaje de los Lambert.

—Hola, Ned.

—Hola, Alf.

—Hola, Jack.

—Hola, Joe.

—Dios les guarde —dice el Ciudadano.

—Igualmente a ustedes —dice J. J.—. ¿Qué va a ser, Ned?

—Una media —dice Ned.

Así que J. J. pidió las bebidas.

—¿Se ha dado una vuelta por el juzgado? —dice Joe.

—Sí —dice J. J.—. Ya arreglará eso, Ned, dice él.

—Ojalá —dice Ned.

Bueno ¿en qué andaban esos dos? J. J. le hace quitar de la lista de los jurados y el otro le echa una mano para sacarle de líos. Con su nombre en el Stubbs. Jugando a las cartas, codeándose con señorones de postín, de cristal en el ojo, bebiendo champán, y a todo esto medio ahogado en embargos y notificaciones. Empeñando el reloj de oro en Cummins, en la calle Francis, donde nadie le conoce, en la trastienda, cuando yo estaba allí con Pisser, que desempeñaba las botas. ¿Cómo se llama usted, caballero? Licky, dice él. Sí, y liquidado. Coño, un día de éstos va acabar a la sombra, me parece.

—¿Has visto por aquí a ese maldito loco de Breen? —dice Alf—. V. E. ve.

—Sí —dice J. J.—. Buscando un detective privado.

—Eso —dice Ned— y quería ir, por las buenas o por las malas, a dirigirse al tribunal si no es porque Corny Kelleher le paró los pies diciéndole que primero buscara un perito para examinar la letra.

—Diez mil libras —dice Alf riendo—. Caray, daría cualquier cosa por oírle delante de un juez y un jurado.

—¿Has sido tú, Alf? —dice Joe—. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, en nombre de Jimmy Johnson.

—¿Yo? —dice Alf—. No levantes calumnias contra mi nombre.

—Cualquier declaración que hagas —dice Joe— se hará constar en las pruebas contra ti.

—Claro que cabría una acción legal —dice J. J.—. Suponiendo que no sea *compos mentis*. V. E.: ve.

—¡Qué cuerno de *compos*! —dice Alf, riendo—. ¿No sabe que está chiflado? Mírenle la cabeza. ¿No saben que algunas mañanas se tiene que meter el sombrero con calzador?

—Sí —dice J. J.—, pero la verdad de una injuria no es excusa para una acusación por publicarla, a ojos de la ley.

—Ja, ja, Alf —dice Joe.

—Sin embargo —dice Bloom— en atención a esa pobre mujer, quiero decir, a su mujer…

—Hay que compadecerla —dice el Ciudadano—. Y a todas las mujeres que se casan con un medio medio.

—¿Cómo medio medio? —dice Bloom—. ¿Quiere decir que… ?

—Quiero decir medio medio —dice el Ciudadano—. Un tipo que no es ni carne ni pescado.

—Ni mojama —dice Joe.

—Eso es lo que quiero decir —dice el Ciudadano—. Un desgraciado, ya me entienden.

Coño, ya vi que se iba a armar lío. Y Bloom explicó que quería decir que era terrible para la mujer tener que ir por ahí detrás de ese viejo loco balbuceante. Una verdadera perrería dejar a aquel pobre miserable Breen a la intemperie con la barba en la boca, a ver si llueve. Y ella con la nariz tiesa después que se casó con él porque un primo de ese viejo le abría el banco de la iglesia al Papa. Un retrato de él en la pared con sus mostachos levantados, que lo tiraba todo. El Signor Brini de Summerhill, el italianini, zuavo pontificio del Santo Padre, ha dejado el Muelle y se ha mudado a la calle Moss. ¿Y quién era él, díganos? Un don nadie, dos cuartos traseros y entrada, a siete chelines por semana, y se cubría con toda clase de corazas para amenazar al mundo.

—Y además —dice J. J.— una tarjeta postal es publicación. Se consideró suficiente prueba de intención delictiva en el pleito Sandgrove-Hole, que sentó jurisprudencia. En mi opinión, podría admitirse una acción legal.

Seis chelines y ocho peniques, por favor. ¿Quién le ha pedido opinión? Vamos a bebernos nuestros tragos en paz. Coño, ni eso siquiera nos dejan.

—Bueno, a la salud, Jack —dice Ned.

—A la salud, Ned —dice J. J.

—Ya está ése otra vez —dice Joe.

—¿Dónde? —dice Alf.

Y ahí estaba, coño, pasando por delante de la puerta con los libros bajo el sobaco y la mujer al lado y Corny Kelleher con su ojo bizco, echando una ojeada adentro al pasar, venga a hablarle como un padre, a ver si le vendía un ataúd de segunda mano.

—¿Cómo resultó aquel asunto de la estafa del Canadá? —dice Joe.

—Se aplazó —dice J. J.

Uno de los de la hermandad de los narigudos fue, que usaba el nombre James Wought alias Saphiro alias Spark y Spiro, y puso un anuncio en los periódicos diciendo que daría un pasaje a Canadá por veinte chelines. ¿Cómo? ¿Que la cosa olía a podrido? Era una jodida estafa, claro. ¿Cómo? Los engañó a todos, criadas de servicio y paletos del condado de Meath, ya lo creo, y hasta alguno de los suyos también. J. J. nos contaba que había un viejo hebreo, Zaretsky o algo así, que lloraba prestando declaración con el sombrero puesto, jurando por el santo Moisés que le habían enganchado por un par de libras.

—¿Quién estaba en el tribunal? —dice Joe.

—El juez de lo criminal —dice Ned.

—Pobre viejo, Sir Frederick —dice Alf—, se le mete uno en el bolsillo como quiere.

—Tiene un corazón de oro —dice Ned—. Se le cuenta una historia de penas sobre atrasos en el alquiler y la mujer enferma y un montón de chiquillos, y se deshace en lágrimas en el sillón.

—Sí —dice Alf—. Reuben J. tuvo mucha suerte que no le metió a él en chirona el otro día por poner pleito al pobrecillo de Gumley, el guarda de la cantera municipal ahí cerca del puente de Butt.

Y empieza a imitar al viejo juez echándose a llorar:

—¡Es algo escandaloso! ¡A este pobre trabajador! ¿Cuántos chicos? ¿Diez, decía?

—Sí, señoría. ¡Y mi mujer tiene el tifus!

—¡Y una mujer con tifus! ¡Qué escándalo! Puede retirarse de la sala inmediatamente, señor. No, señor, no firmaré ninguna orden de pago. ¡Cómo se atreve usted, señor mío, a presentarse delante de mí a pedirme que dé esa orden! ¡Contra un pobre trabajador diligente! No hay lugar a la demanda.

Y he aquí que en el día decimosexto del mes de la diosa de ojos de vaca y en la tercera semana después de la festividad de la Santísima e Indivisible Trinidad, estando entonces en su primer cuarto la hija de los cielos, la virginal Luna, aconteció que esos doctos jueces acudieron al templo de la ley. Allí Maese Courtenay, asentado en su propia sala, pronunció su discurso, y el Maese Juez Andrews, en sesión sin jurado en el Tribunal de Probación, sopesaron bien y ponderaron los requerimientos del primer actor respecto a las propiedades en la cuestión del testamento en cuestión y la disposición testamentaria final *in re* los bienes reales y personales del difunto y llorado Jacob Halliday, vinatero, fallecido, contra Livingstone, menor de edad, débil mental, y otro. Y al solemne juzgado de la calle Green llegó Sir Frederick *el Halconero*. Y allí estuvo sentado hacia la hora de las cinco para administrar la ley de los antiguos magistrados en la comisión especial para todas y cada una de aquellas partes en él contenidas y para el condado de la ciudad de Dublín. Y allí se sentó con él el alto *sanedrín* de las doce tribus de Iar, un hombre por cada tribu, de la tribu de Patrick y de la tribu de Hugh y de la tribu de Owen y de la tribu de Conn y de la tribu

de Oscar y de la tribu de Fergus y de la tribu de Finn y de la tribu de Dermot y de la tribu de Cormac y de la tribu de Kevin y de la tribu de Caolte y de la tribu de Ossian, habiendo en total doce hombres buenos y leales. Y él les conjuró por Aquel que murió en cruz a que examinaran bien y rectamente y se pronunciaran fielmente en la cuestión ante ellos pendiente entre su señor soberano el rey y el prisionero en el banquillo y dieran fiel veredicto conforme a las pruebas, así les ayude Dios y besen el libro. Y ellos se levantaron de sus asientos, esos doce de Iar, y juraron por el nombre de Aquel que vive por los siglos de los siglos que actuarían conforme a Su justicia. Y al punto los ministros de la Ley sacaron de su mazmorra a uno a quien los sabuesos de la justicia habían aprehendido a consecuencia de información recibida. Y le encadenaron de pies y manos y no quisieron recibir de él ni fianza ni caución sino que pronunciaron acusación contra él pues era un malhechor.

—Buenos tipos son ésos —dice el Ciudadano—, viniendo acá a Irlanda a llenar de chinches el país.

Así que Bloom hace como si no hubiera oído nada y empieza a hablar con Joe diciéndole que no hacía falta que se molestara por aquel asuntillo hasta el primero de mes pero que si le quería decir unas palabras al señor Crawford. Y entonces Joe juró por lo más sagrado que haría cualquier cosa por él.

—Porque, ya comprende —dice Bloom—, para un anuncio hay que tener repetición. Ése es todo el secreto.

—Puede fiarse de mí —dice Joe.

—Estafando a los campesinos —dice el Ciudadano— y a los pobres de Irlanda. No queremos extraños en nuestra casa.

—Ah, estoy seguro de que todo saldrá bien con Hynes —dice Bloom—. Es sólo lo de Llavees, ya comprende.

—Puede darlo por hecho —dice Joe.

—Es usted muy amable —dice Bloom.

—Los extraños —dice el Ciudadano—. Es culpa nuestra. Les dejamos entrar. Les trajimos nosotros. La adúltera y su chulo trajeron aquí a los ladrones sajones.

—Veredicto provisional —dice J. J.

Y Bloom fingiendo estar terriblemente interesado en nada, una telaraña en el rincón detrás del barril, y el Ciudadano poniéndole caras feroces y el viejo perro a sus pies mirándole a ver a quién morder y cuándo.

—Una esposa deshonrada —dice el Ciudadano—: esa es la causa de todas nuestras desgracias.

—Y aquí está ella —dice Alf, que estaba risoteando con Terry por la *Police Gazette* en el mostrador—, con toda su pintura de guerra.

—Déjanos echarle una ojeada —digo yo.

Y no era más que una de esas suciedades de periódicos yanquis que Terry le pide prestados a Corny Kelleher. Secretos para desarrollar las partes íntimas. Extravíos de una belleza del gran mundo. Norman W. Tupper, acaudalado contratista de Chicago,

encuentra a su bella esposa infiel en el regazo del oficial Taylor. La bella en ropa interior extraviándose y su capricho buscándole las cosquillas y Norman W. Tupper entrando de un salto con su mataperros justo para llegar tarde después que ella ha retozado con el oficial Taylor.

—¡Ay guapa mía —dice Joe— qué camisita más corta llevas!

—Buen pelo, Joe —digo yo—. No estaría mal un solomillo de esa ternera, ¿eh?

Así que en esto entra John Wyse Nolan, y Lenehan con él, con una cara más larga que un día sin pan.

—Bueno —dice el Ciudadano—, ¿cuáles son las últimas noticias del teatro de acción? ¿Qué han decidido sobre la lengua irlandesa esos imbéciles del ayuntamiento en su reunión de comité?

O'Nolan, revestido de luciente armadura, inclinándose profundamente prestó homenaje al poderoso y alto y valiente de toda Erín y le dio a conocer cuanto había acaecido, cómo los graves ancianos de la más obediente ciudad, la segunda del reino, se habían reunido en el mesón, y allí, tras de las debidas plegarias a los dioses que moran en el éter supremo, habían celebrado solemne consejo a fin de que, si posible fuera, se volviera a dar honor una vez más entre los mortales a la alada lengua de la tierra gaélica dividida por el mar.

—Ya está en marcha —dice el Ciudadano—. Al demonio con esos jodidos sajones brutales y su *patois*.

Conque J. J. mete baza haciendo su papelito sobre que cada cual ve las cosas a su modo y que no hay que cerrar los ojos y la táctica de Nelson de poner el ojo ciego en el catalejo y redactar una acusación contra un país entero y Bloom intentando apoyar la moderación y joderación y sus colonias y su civilización.

—Su sifilización, querrá usted decir —dice el Ciudadano—. ¡Al demonio con ellos! ¡Que la maldición de ese Dios que no sirve para nada les caiga de medio lado a esos jodidos hijos de puta con sus orejas largas! No tienen música ni arte ni literatura que merezca tal nombre. Lo que tengan de civilización nos lo han robado a nosotros, esos hijos tartamudos de fantasmas de bastardos.

—La familia europea —dice J. J.—…

—Ésos no son europeos —dice el Ciudadano—. Yo he estado en Europa con Kevin Egan, en París. No se encuentra una huella de ellos ni de su lengua en toda Europa excepto en el *cabinet d'aisance*.

Y dice John Wyse:

—Muchas flores nacen para ruborizarse sin ser vistas.

Y dice Lenehan, que sabe un poco de la jerga:

—*Conspuez les Anglais! Perfide Albion!*

Dijo así y luego elevó en sus grandes, rudas y forzudas manos atezadas el búcaro de oscura y espumosa cerveza fuerte y, lanzando su grito de guerra tribal, *Lamh Dearg Abu*, bebió por la aniquilación de sus adversarios, raza de poderosos héroes

valientes, señores de las olas, que están sentados en tronos de alabastro, silenciosos cual los dioses libres de muerte.

—¿Qué te pasa? —le digo yo a Lenehan—. Pareces uno que hubiera perdido un chelín y encontrado seis peniques.

—La Copa de Oro —dice él.

—¿Quién ganó, señor Lenehan? —dice Terry.

—*Por ahí* —dice él—, a veinte a uno. *Un asqueroso outsider*. Y los demás como si nada.

—¿Y la yegua de Bass? —dice Terry.

—Todavía está corriendo —dice—. Estamos en el mismo bote. Boylan echó dos libras, por consejo mío, por *Cetro*, para él y una señora amiga.

—Yo tenía media corona —dice Terry— por *Zinfandel*, que me lo aconsejó el señor Flynn. El de Lord Howard de Walden.

—Veinte a uno —dice Lenehan—. Qué mierda de vida. *Por ahí*, dice él. Arrambla con todo y no deja ni migajas. Fragilidad, tu nombre es *Cetro*.

Conque se acerca a la lata de galletas que dejó Bob Doran a ver si quedaba algo que zampar con disimulo, y el viejo chucho detrás también a probar suerte con el hocico sarnoso levantado. La tía Clemencia se fue a la despensa.

—Aquí no, hijo mío —dice.

—Ánimo —dice Joe—. Ésa habría ganado el dinero si no fuera por el otro perro.

Y J. J. y el Ciudadano venga a discutir de derecho y de historia con Bloom metiendo de vez en cuando alguna palabra.

—Algunos —dice Bloom— ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el propio.

—*Raimeis* —dice el Ciudadano—. No hay peor ciego que el que no quiere ver, ya comprenden lo que quiero decir. ¿Dónde están los veinte millones de irlandeses que nos faltan, los que debería haber hoy en vez de cuatro, nuestras tribus perdidas? ¡Y nuestras cerámicas y textiles, lo mejor de todo el mundo! Y nuestra lana que se vendía en Roma en tiempos de Juvenal, y nuestro lino y nuestro damasco de los telares de Antrim y nuestro encaje de Limerick, nuestras tenerías y nuestro cristal blanco ahí en Ballybough y nuestro popelín hugonote, que lo tenemos desde Jacquard de Lyon, y nuestra seda tejida y nuestros paños de Foxford y el punto en relieve de marfil, del convento de Carmelitas de New Ross, que no hay nada semejante en todo el mundo. ¿Dónde están los mercaderes griegos que venían cruzando las columnas de Hércules, ese Gibraltar hoy arrebatado por el enemigo de la humanidad, con oro y púrpura de Tiro para venderlo en Wexford en la feria de Carmen? Lean a Tácito y a Ptolomeo, e incluso a Giraldus Cambrensis. Vinos, peletería, mármol de Connemara, plata de Tipperary, sin rival, nuestros caballos tan famosos hoy mismo, los caballitos irlandeses, con el rey Felipe de España ofreciendo pagar aduanas por el derecho de pesca en nuestras aguas. ¿Cuánto nos deben los amarillentos de Anglia por nuestro comercio arruinado y nuestros hogares arruinados? Y los cauces del Barrow y el

Shannon que no quieren ahondar, con millones de acres de pantano y turbera para hacernos morir a todos de tisis.

—Tan sin árboles como Portugal estaremos pronto —dice John Wyse—, o como Heligoland con su único árbol, si no se hace algo para repoblar los bosques del país. Los alerces, los abetos, todos los árboles de la familia conífera están desapareciendo deprisa. Estaba leyendo yo un informe de Lord Castletown…

—Salvadlos —dice el Ciudadano—, el fresno gigante de Galway y el gran olmo de Kildare con cuarenta pies de circunferencia y un acre de follaje. Salvad los árboles de Irlanda para los futuros hombres de Irlanda en las bellas colinas de Eire, ¡oh!

—Europa tiene los ojos en vosotros —dice Lenehan.

El mundo elegante internacional asistió en masa esta tarde a la boda del caballero Jean Wyse de Neaulan, gran maestro jefe de los Guardabosques Nacionales de Irlanda, con la señorita Piña Conífera de Valdepinos. Lady Silvestra Sombradeolmo, la señora Bárbara Abedul, la señora Laura Fresno, la señorita Acebo Ojosdeavellana, la señorita Dafne Laurel, la señorita Dorotea del Rosal, la señora Clyde Doceárboles, la señora Roberta Verde, la señora Elena de la Parra, la señorita Virginia Enredadera, la señorita Gladys Haya, la señorita Oliva del Campo, la señorita Blanca Arce, la señora Maud Ébano, la señorita Myra del Mirto, la señorita Priscilla Saúco, la señorita Abeja Madreselva, la señorita Gracia Chopo, la señorita O'Mimosa San, la señorita Rachel Fuentecedro, las señoritas Lilian y Violeta Lila, la señorita Timidez del Tiemblo, la señorita Cati Musgo de la Fuente, la señorita May Espino, la señorita Gloriana Palma, la señorita Liana del Bosque, la señora Arabella Selvanegra y la señora Norma de la Encina, de Encinar del Rey, agraciaron la ceremonia con su presencia. La novia, acompañada del padrino, su padre el señor Conífero de las Bellotas, estaba encantadora en un modelo realizado en seda mercerizada verde, modelado sobre un viso gris crepúsculo, con una faja de ancha esmeralda y rematado con un falbalá triple de franjas más oscuras, todo el conjunto animado por breteles e inserciones en las caderas de bronce bellota. Las doncellas de honor, señorita Alerce Conífera y señorita Ciparisa Conífera, hermanas de la novia, llevaban elegantes trajes del mismo tono, con un delicado motivo de pluma rosa en los pliegues, caprichosamente repetido en las tocas verde jade en forma de plumas de avutarda de coral rosa pálido. El senhor Enrique Flor actuó en el órgano con su conocida maestría, y en adición a los números prescritos para la misa nupcial, ejecutó un nuevo e impresionante arreglo de *Leñador, deja ese árbol* a la conclusión de la ceremonia. Al abandonar la iglesia de San Fiacre *in Horto*, tras la bendición pontificia, la feliz pareja fue sometida a un juguetón fuego cruzado de avellanas, nueces de haya, hojas de laurel, amentos de sauce, bayas de hiedra, bayas de acebo, ramitas de muérdago y yemas de fresno. Los nuevos señores de Wyse Conífero Neaulan pasarán una tranquila luna de miel en la Selva Negra.

—Y nuestros ojos están en Europa —dice el Ciudadano—. Teníamos nuestro comercio con España y los franceses y los flamencos antes de que esos chuchos

estuvieran destetados, cerveza española en Galway, las barcazas de vino en el canal oscuro como vino.

—Y volveremos a tenerlo —dice Joe.

—Y con la ayuda de la Santa Madre de Dios volveremos a tenerlo —dice el Ciudadano, palmeándose el muslo—. Nuestros puertos, que están vacíos, volverán a estar llenos, Queenstown, Kinsale, Galway, Blacksod Bay, Ventry en el reino de Kerry, Killybegs, el tercer puerto del mundo en amplitud, con una flota de mástiles de los Lynch de Galway y los O'Reilly de Cavan y los O'Kennedy de Dublín, cuando el conde de Desmond podía hacer un tratado con el mismo Emperador Carlos V. Y así volverá a ser —dice— cuando se vea el primer barco de guerra irlandés abriéndose paso por las olas con nuestra propia bandera enarbolada, nada de esas arpas de Enrique Tudor; no, la más antigua bandera que haya navegado, la bandera de la provincia de Desmond y Thomond, tres coronas en campo azul, los tres hijos de Milesio.

Y se engulló el último sorbo de la pinta, caray. Todo ventosidad y pis, como gato de tenería. Las vacas de Connacht tienen los cuernos largos. Por lo que valga su jodida pelleja, que baje a echarles todos esos elevados discursos a la multitud reunida en Shanagolden, donde no se atreve a enseñar la nariz, con los Molly Maguire que andan buscándole para dejarle hecho un colador por echar mano a la propiedad de un arrendatario desahuciado.

—Muy bien, muy bien por eso —dice John Wyse—. ¿Qué va a tomar?

—Una Guardia Imperial —dice Lenehan—, para celebrar la ocasión.

—Una media, Terry —dice John Wyse—, y un manosarriba. ¡Terry! ¿Estás dormido?

—Sí, señor —dice Terry—. Un whisky pequeño y una botella de Allsop. Muy bien, señor.

Echado encima del jodido periódico con Alf buscando cosas picantes en vez de atender al público en general. El dibujo de un encuentro a cabezazos, tratando de partirse los cráneos, un tío contra otro con la cabeza baja como un toro contra una puerta. Y otra: *Monstruo negro quemado en Omaha, Ga*. Un montón de bandidos del llano con sombrero ancho disparando contra un negrito atado en lo alto de un árbol con la lengua fuera y una hoguera debajo. Coño, deberían ahogarle luego en el mar y electrocutarle y crucificarle para estar bien seguros del asunto.

—Pero ¿qué hay de la marina de guerra —dice Ned— que mantiene a distancia a nuestros adversarios?

—Les diré lo que pasa —dice el Ciudadano—. Es el infierno en la tierra. Lean las revelaciones que salen en los periódicos sobre los latigazos en los barcos-escuela en Portsmouth. Las escribe un tío que firma *Un Asqueado*.

Así que empieza a hablarnos de castigo corporal y de la marinería y los oficiales y contraalmirantes muy elegantes con tricornio y el capellán con su Biblia protestante

para presenciar el castigo y un muchacho al que sacan, aullando por su mamá, y le atan a la culata de un cañón.

—Una docena en el trasero —dice el Ciudadano—, así es como lo llamaba el viejo bribón de Sir John Beresford, pero los modernos ingleses de Dios lo llaman corrección en el calzón.

Y dice John Wyse:

—Al calzón por la infracción.

Entonces nos cuenta que el maestro de armas llega con una vara larga y la saca y le azota el jodido trasero al pobre muchacho hasta que chilla que me matan.

—Ésa es la gloriosa armada británica —dice el Ciudadano— que tiraniza la tierra. Los tíos que nunca serán esclavos, con la única Cámara hereditaria que ha quedado en todo el santo mundo y su tierra en manos de una docena de cerdos cebados y de barones de la bala de algodón. Ése es el gran imperio de que presumen, un imperio de esclavos y siervos azotados.

—Sobre el cual nunca se levanta el sol —dice Joe.

—Y la tragedia de eso —dice el Ciudadano— es que ellos se lo creen. Esos desgraciados Yahoos se lo creen.

Creen en el bastón, azotador todopoderoso, creador del infierno en la tierra, y en Jack Marino, su ilegítimo hijo, que fue concebido por obra de un espíritu de espanto, y nació de la marina horrible, sufrió en pompa los palos, fue castigado, abierto y desollado, aulló como los demonios del infierno, y al tercer día se levantó de la litera, llegó al puerto y está sentado en sus posaderas hasta nueva orden, que vendrá a pringar ni vivo ni muerto.

—Pero —dice Bloom—, ¿no es la disciplina lo mismo en todas partes? Quiero decir, ¿no sería lo mismo aquí si se opusiera fuerza contra fuerza?

¿No os lo dije? Tan verdad como que estoy bebiendo esta cerveza, aunque estuviese echando el último aliento trataría de convenceros de que morir era vivir.

—Opondremos fuerza a la fuerza —dice el Ciudadano—. Tenemos nuestra Irlanda mayor más allá del mar. Les echaron de su casa y hogar en el negro año 47. Sus cabañas de barro y sus chozas junto al camino fueron derribadas por el ariete y el *Times* se frotó las manos y les dijo a esos sajones de hígado blanco que pronto habría tan pocos irlandeses en Irlanda como pieles rojas en América. Hasta el Gran Turco nos mandó sus piastras. Pero el sajón trató de matar de hambre a la nación en casa mientras el país estaba lleno de cosechas que las hienas británicas compraban para vender en Río de Janeiro. Sí, echaron a los campesinos en manadas. Veinte mil de ellos murieron en los barcos-ataúd. Pero los que llegaron a la tierra de los libres recuerdan la tierra de esclavitud. Y vendrán otra vez y para venganza, que no son unos cobardes, los hijos de Granuaile, los paladines de Kathleen ni Houlihan.

—Absolutamente cierto —dice Bloom—. Pero lo que yo quería decir era…

—Llevamos mucho tiempo esperando ese día, Ciudadano —dice Ned—. Desde que aquella pobre vieja nos dijo que los franceses se habían hecho a la mar y habían

desembarcado en Killala.

—Eso —dice John Wyse—. Luchamos por la dinastía real de los Stuart, que renegaron de nosotros por los de Guillermo III, y nos traicionaron. Recuerden Limerick y la piedra del tratado rota. Dimos nuestra mejor sangre a Francia y a España, nuestros patos salvajes. Fontenoy ¿eh? Y Sarsfield, y O'Donnell, Duque de Tetuán en España, y Ulysses Browne de Camus, que fue mariscal de campo de María Teresa. Pero ¿qué hemos recibido nunca por eso?

—¡Los franceses! —dice el Ciudadano—. ¡Pandilla de maestros de baile! ¿Se dan cuenta de lo que es? Nunca han valido un pedo podrido para Irlanda. ¿No están tratando ahora de hacer una entente cordiale con la pérfida Albión en ese banquete de T. P.? Los incendiarios de Europa, han sido siempre.

—*Conspuez les Français* —dice Lenehan, agarrando su cerveza.

—Y en cuanto a los prusianos y hanoverianos —dice Joe—, ¿no hemos tenido bastante de esos bastardos comedores de salchichas en el trono desde Jorge *el Elector* hasta el muchacho alemán y esa vieja perra flatulenta que ya se ha muerto?

Caray, me daba risa de ver cómo salía con eso de la vieja guiñando el ojo, borracha en el palacio real una noche tras otra, la vieja Vic, con su vasazo de whisky irlandés y el cochero cargando con todos sus huesos para meterla en la cama y ella tirándole de las patillas y cantándole viejos trozos de canciones como *Ehren en el Rhin* y *Ven acá donde el trago es más barato*.

—Bueno —dice J. J.—. Ahora tenemos a Eduardo el Pacificador.

—Cuénteselo a un idiota —dice el Ciudadano—. Tiene más cara de pez que de paz ese muchachito. ¡Edward Guelph-Wettin!

—¿Y qué piensan —dice Joe— de esos beatos, los curas y los obispos de Irlanda arreglándole el cuarto en Maynooth con los colores deportivos de Su Majestad Satánica, y pegando estampas de todos los caballos que han montado sus jockeys? El conde de Dublin, nada menos.

—Deberían haber pegado todas las mujeres que ha montado él —dice el pequeño Alf.

Y dice J. J:

—Consideraciones de espacio influyeron en la decisión de sus reverencias.

—¿Quiere probar con otra, Ciudadano? —dice Joe.

—Sí, señor —dice él—, muy bien.

—¿Y tú? —dice Joe.

—Muy agradecido, Joe —digo yo—. Que te aproveche.

—Repite esa dosis —dice Joe.

Bloom hablaba y hablaba con John Wyse, muy excitado, con su jeta de color de panza de burro y sus viejos ojos de ciruela dándole vueltas.

—Persecución —dice—, toda la historia del mundo está llena de eso. Perpetuando el odio nacional entre las naciones.

—Pero ¿sabe qué quiere decir una nación? —dice John Wyse.

—Sí —dice Bloom.

—¿Qué es? —dice John Wyse.

—¿Una nación? —dice Bloom—. Una nación es la misma gente viviendo en el mismo sitio.

—Vaya por Dios, entonces —dice Ned, riendo—, si eso es una nación yo soy una nación porque llevo cinco años viviendo en el mismo sitio.

Así que claro todos se rieron de Bloom y él dice, tratando de salir del lío:

—O también viviendo en diferentes sitios.

—Eso incluye mi caso —dice Joe.

—¿Cuál es su nación?, si me permite preguntarlo —dice el Ciudadano.

—Irlanda —dice Bloom—. Yo nací aquí. Irlanda.

El Ciudadano no dijo nada sino que sólo se aclaró la garganta y, chas, escupió una ostra Costa-Roja derecha al rincón.

—Allá va eso, Joe —dice, sacando el pañuelo para secarse.

—Aquí estamos, Ciudadano —dice Joe—. Tome eso en la mano derecha y repita conmigo las siguientes palabras.

El antiguo pañizuelo irlandés, tesoro de intrincados bordados, atribuida a Salomón de Droma y Manus Tomaltach og MacDonogh, autores del Libro de Ballymote, fue extraído entonces y produjo prolongada admiración. No hay necesidad de demorarse en la legendaria belleza de las esquinas, la cima del arte, donde cabe distinguir claramente a los cuatro evangelistas presentando a cada uno de los cuatro maestros su símbolo evangélico, un cetro de roble fósil, un puma norteamericano (un rey de los animales mucho más noble que su equivalente inglés, dicho sea de paso), un ternero de Kerry y un águila dorada de Carrantuohill. Las escenas representadas en el campo emuntorio, mostrando nuestras antiguas colinas y raths y cromlechs y grianauns y sedes de sabiduría y piedras de maldición, son tan maravillosamente hermosas y los pigmentos tan delicados como cuando los iluminadores de Sligo dieron rienda suelta a su fantasía artística, hace mucho tiempo, en la época de los Barmecidas: Glendalough, los deliciosos lagos de Killarney, las ruinas de Clonmacnois, Cang Abbey, Glen Inagh y los Doce Alfileres, el Ojo de Irlanda, las Colinas Verdes de Tallaght, Croagh Patrick, la fábrica de cerveza de los señores Arthur Guinness, Hijo y Compañía (S.L.), las orillas de Lough Neagh, el valle de Ovoca, la torre de Isolda, el obelisco de Mapas, el hospital de Sir Patrick Dun, el cabo Clear, el valle de Aherlow, el castillo de Lynch, la casa Scotch, el Asilo Nocturno Comunal de Loughlinstown, la cárcel de Tullamore, los rápidos de Castleconnel, Kilballymacshonakill, la cruz de Monasterboice, el hotel de Jury, el Purgatorio de San Patricio, el Salto del Salmón, el refectorio del colegio de Maynooth, el agujero de Curley, los tres lugares de nacimiento del primer duque de Wellington, la roca de Cashel, la turbera de Allen, el Almacén de la calle Henry, la Gruta de Fingal —todas esas emocionantes escenas siguen ahí para nosotros, aún más

hermoseadas por las aguas de la tristeza que han pasado sobre ellas y por las ricas incrustaciones del tiempo.

—Échanos para acá los vasos —digo yo—. ¿De quién es cada?

—Éste es mío —dice Joe—, como le dijo el diablo al policía muerto.

—Y yo pertenezco a una raza, también —dice Bloom—, que es odiada y perseguida. También ahora. En este mismo momento. En este mismo instante.

Coño, casi se quemaba los dedos con la colilla del caruncho.

—Una raza robada. Saqueada. Insultada. Perseguida. Quitándonos lo que es nuestro por derecho. En este mismo momento —dice, levantando el puño—, vendidos en subasta en Marruecos como esclavos o ganado.

—¿Habla usted de la nueva Jerusalén? —dice el Ciudadano.

—Hablo de la injusticia —dice Bloom.

—Muy bien —dice John Wyse—. Pues entonces opónganse a ella con la fuerza, como hombres.

Ahí tienes una buena estampa de almanaque. Un blanco para una bala dum-dum. El viejo cara grasienta al pie del cañón. Coño, iría mejor con una escoba, bastaría que se pusiera un delantal de niñera. Y en esto se derrumba de repente, retorciéndolo todo al revés, flojo como un trapo mojado.

—Pero no sirve para nada —dice—. Fuerza, odio, historia, todo eso. Ésa no es vida para hombres y mujeres, insultos y odio. Y todo el mundo sabe que eso es exactamente lo contrario de lo que es la verdadera vida.

—¿Qué? —dice Alf.

—El amor —dice Bloom—. Quiero decir lo contrario del odio. Tengo que marcharme ahora —le dice a John Wyse—. Nada más que a dar una vuelta por el juzgado a ver si está Martin. Si viene, basta que le digan que vuelvo dentro de un momento. Un momento nada más.

¿Quién te retiene? Y allá que sale disparado como un rayo engrasado.

—Un nuevo apóstol para los gentiles —dice el Ciudadano—. El amor universal.

—Bueno —dice John Wyse—, ¿no es eso lo que nos dicen? Ama a tu prójimo.

—¿Ese tío? —dice el Ciudadano—. Explota a tu prójimo. ¡Amar, sí, sí! Bonito ejemplo de Romeo y Julieta es ése.

El amor ama amar al amor. La enfermera ama al nuevo farmacéutico. El guardia 14A ama a Mary Kelly. Gerty MacDowell ama al muchacho que tiene la bicicleta. M. B. ama a un bello caballero. Li Chi Han amal dal besitos a Cha Pu Chow. Jumbo, el elefante, ama a Alice, la elefanta. El viejo señor Verschoyle con su trompetilla ama a la vieja señora Verschoyle con su ojo metido para dentro. El hombre del *macintosh* pardo ama a una señora que ha muerto. Su Majestad el Rey ama a Su Majestad la Reina. La señora Norman W. Tupper ama al oficial Taylor. Tú amas a cierta persona. Y esa persona ama a aquella otra persona porque todo el mundo ama a alguien pero Dios ama a todo el mundo.

—Bueno, Joe —digo yo—, a tu salud y mucho éxito. Más ánimos, Ciudadano.

—Hurra, venga allá —dice Joe.

—La bendición de Dios y la Virgen María y San Patricio sobre ustedes —dice el Ciudadano.

Y levanta la pinta para mojarse el gaznate.

—Ya conocemos a estos beatones —dice— que predican y te vacían el bolsillo. ¿Y qué me dicen del beato de Cromwell y sus Corazas de Hierro que pasaron a cuchillo a las mujeres de Drogheda con la cita de la Biblia *Dios es amor* pegada alrededor de la boca de los cañones? ¡La Biblia! ¿Han leído hoy esa broma en el *United Irishman* sobre el jefe zulú que está visitando Inglaterra?

—¿Qué es eso? —dice Joe.

Así que el Ciudadano saca uno de su montón de papelotes y empieza a leer en voz alta:

—Una delegación de los principales magnates algodoneros de Manchester fue presentada ayer a Su Majestad el Alaki de Abeakuta por el Primer Introductor de Matadores, Lord Anda Sobre Huevos, para expresar a Su Majestad el cordial agradecimiento de los comerciantes británicos por las facilidades que se les han concedido en sus dominios. La delegación fue obsequiada con un almuerzo a cuyos postres el moreno potentado, al final de un afortunado discurso, traducido libremente por el capellán británico, Reverendo Ananías Alabaadios Enloshuesos, expresó su más profundo agradecimiento a Lord Anda y subrayó las cordiales relaciones existentes entre Abeakuta y el Imperio Británico, afirmando que conservaba consigo como una de sus más preciosas posesiones una Biblia con miniaturas, el libro de la palabra de Dios y el secreto de la grandeza de Inglaterra, con que le había obsequiado graciosamente la gran mujer blanca, la gran *squaw* Victoria, con dedicatoria personal de la augusta mano de la Real Donante. El Alaki hizo luego la libación de la amistad con whisky de primera, brindando *Por el Negro y el Blanco,* en el cráneo de su inmediato predecesor en la dinastía Kakachakachak, por sobrenombre Cuarenta Verrugas, tras de lo cual visitó la principal fábrica de Algodonópolis y firmó con una cruz en el libro de visitantes, ejecutando a continuación una vieja danza de guerra abeakutiense, durante la cual se tragó varios cuchillos y tenedores, entre el regocijado aplauso de las obreras.

—La viuda —dice Ned—, no puede fallar. No sé si él habrá usado esa Biblia como la usaría yo.

—Lo mismo sólo que más —dice Lenehan—. Y desde entonces, en esa fructífera tierra, el mango de anchas hojas prosperó sin límites.

—¿Lo ha escrito Griffith? —dice John Wyse.

—No —dice el Ciudadano—. No está firmado Shanganagh. Tiene sólo una inicial: P.

—Y muy buena inicial, por cierto —dice Joe.

—Así han ido las cosas —dice el Ciudadano—. El comercio sigue a la bandera.

—Bueno —dice J. J.—, si son peores que esos belgas en el Estado Libre del Congo, tienen que ser malos. ¿Han leído la información de ése, como se llame?

—Casement —dice el Ciudadano—. Es irlandés.

—Sí, ése es —dice J. J.—. Violando a las mujeres y las chicas y azotando a los indígenas en la tripa para sacarles todo lo que pueden de ese caucho rojo.

—Ya sé a dónde ha ido —dice Lenehan, chascando los dedos.

—¿Quién? —digo yo.

—Bloom —dice—, lo del juzgado es una trampa. Había apostado unos cuantos chelines a *Por Ahí* y ha ido a cobrar la pasta.

—¿Ese cafre de ojos blancos? —dice el Ciudadano—, ése no ha apostado nunca por un caballo, ni borracho.

—A eso es a lo que ha ido —dice Lenehan—. Me encontré a Bantam Lyons que iba a apostar por ese caballo, sólo que yo se lo quité de la cabeza, y me dijo que Bloom se lo había aconsejado. Apuesto lo que quieran a que saca cien chelines por cinco. Es el único en Dublín que lo tenga. Un caballo desconocido.

—Él también es un caballo desconocido —dice Joe.

—Oye, Joe —digo yo—. Enséñame la entrada para que salga.

—Ahí está —dice Terry.

Adiós Irlanda que me voy a Gort. Así que me doy una vuelta al fondo del patio a hacer aguas y coño (cien chelines por cinco) mientras que estaba yo (*Por Ahí* veinte a) estaba yo descargando coño me digo yo ya me daba cuenta de que ése estaba nervioso (dos pintas a costa de Joe y una en Slattery) nervioso por escaparse a (cien chelines son cinco pavos) y cuando estaban en el (un caballo desconocido) Pisser Burke me estaba contando la partida de cartas y dejando caer que la niña estaba mala (coño, debo haber soltado como un galón) y la mujer de los mofletes colgantes que le decía por teléfono *está mejor o está* (¡uf!) todo un plan que iba a sacar adelante con el dinero si ganaba (caray, estaba hasta arriba) comerciar sin licencia (¡uf!) Irlanda es mi nación dice él (¡aj! ¡buah!) nunca sabe uno cómo hay que hacer con esos jodidos (se acabó) judíos (¡ah!).

Conque la cosa es que cuando volví estaban todos dándole vueltas a eso, John Wyse diciendo que fue Bloom quien le dio la idea del Sinn Fein a Griffith, que metiera en el periódico todas esas historias de trampas electorales, jurados comprados y evasiones de impuestos al Gobierno y lo de nombrar cónsules por todo el mundo para que anden por ahí vendiendo productos irlandeses. Desnudando a un santo para vestir a otro. Coño, es lo que nos faltaba, que ese jodido lacrimoso tenga que meterse en nuestro caldo. Que nos dejen en paz con nuestra mierda. Dios salve a Irlanda de gentes como ese jodido entremetido. El señor Bloom con su blablablá. Y su viejo, antes que él, organizando estafas, el viejo Matusalén Bloom, salteador de caminos, que se envenenó con ácido prúsico después de inundar el país con su bisutería y sus diamantes de culo de vaso. Préstamos por correo, cómodas condiciones. Cualquier cantidad de dinero prestada contra simple recibo. La distancia no es obstáculo. Sin

garantías. Coño, éste es como la cabra de Lanty MacHale, que hacía un poco de camino con todo el que se encontraba.

—Bueno, así es —dice John Wyse—. Y ahí está ahora el hombre que se lo puede contar todo, Martin Cunningham.

Vaya que sí, llegó el coche oficial con Martin dentro y Jack Power con él y un tío llamado Crofter o Crofton, pensionado de la oficina de Recaudación de Impuestos, un orangista que está a cuenta del registro y que se saca el sueldo —¿o Crawford?— haciéndose pasear por el país a costa de la Corona.

Nuestros viajeros alcanzaron el rústico hostal y descendieron de sus palafrenes.

—¡Ohé, mozo! —gritó aquel que por su compostura semejaba ser el principal del grupo—. ¡Pícaro rufián! ¡Venid acá!

Así diciendo, golpeó ruidosamente con el pomo de la espada en la abierta celosía.

El buen huésped acudió al requerimiento ciñéndose con su tabardo.

—Buenos días dé Dios a vuestras mercedes —dijo, con una obsequiosa reverencia.

—¡Llegad presto, buen hombre! —gritó el que había llamado—. Atended a nuestros corceles. Y en cuanto a nosotros, dadnos de lo mejor que tengáis, pues a fe que lo habemos menester.

—Ay de mí, buenos señores —dijo el huésped—, mi pobre casa no tiene sino una despensa vacía. No sé qué ofrecer a vuestras mercedes.

—¿Cómo es eso, amigo? —gritó el segundo del grupo, hombre de placentero continente—. ¿Así servís a los mensajeros del rey, Maese Pinchatonel?

Al instante las facciones del amo de la casa cambiaron por completo.

—Os demando excusas, caballeros —dijo humildemente—. Si sois mensajeros del rey (¡Dios guarde a Su Majestad!), no os ha de faltar nada. Los amigos del rey (¡Dios bendiga a Su Majestad!) no han de quedar ayunos en mi casa, así Dios me salve.

—¡A ello, entonces! —gritó el viajero que no había hablado, hombre dado a la buena mesa, por su aspecto—. ¿Tenéis algo que darnos?

El buen huésped volvió a dar respuesta:

—¿Qué diríais, mis buenos señores, de un pastel de pichones cebados, unas tajadas de venado, un lomo de ternera, una cerceta con tocino ahumado, una cabeza de jabalí con pistachos, un cuenco de cándidas natillas, un vaso de aguardiente de nísperos y una botella de vino añejo del Rhin?

—¡Pardiez! —gritó el último en hablar—. Eso me acomoda. ¡Pistachos!

—¡Ajá! —gritó el de placentero continente—. ¡Una pobre casa y una despensa vacía, decíais! Buen pícaro sois vos.

Conque entra Martin preguntando dónde estaba Bloom.

—¿Que dónde está? —dice Lenehan—. Estafando a viudas y huérfanos.

—¿No es verdad —dice John Wyse—, lo que le estaba contando yo al Ciudadano sobre Bloom y el Sinn Fein?

—Así es —dice Martin—. O por lo menos, eso alegan.

—¿Quién hace esos alegatos? —dice Alf.

—Yo —dice Joe—. Yo soy el alagartador.

—Y después de todo —dice John Wyse—, ¿por qué un judío no va a poder amar a su país como cualquier otro?

—¿Por qué no? —dice J. J.—, con tal de que esté bien seguro de cuál es su país.

—¿Es judío o gentil o apostólico romano o metodista o qué demonios es? —dice Ned—. ¿Y quién es? Sin ofender a nadie, Crofton.

—Aquí no le queremos —dice Crofter el organista o presbiteriano.

—¿Quién es Junius? —dice J. J.

—Es un judío renegado —dice Martin—, de no sé dónde en Hungría y fue él quien organizó todos los planes según el sistema húngaro. Lo sabemos muy bien, en el palacio.

—¿No es primo de Bloom el dentista? —dice Jack Power.

—De ningún modo —dice Martin—. Sólo es el mismo apellido. Se llamaba Virag. Ése era el apellido del padre, el que se envenenó. Se lo cambió con autorización judicial, el padre.

—¡Ése es el nuevo Mesías para Irlanda! —dice el Ciudadano—. ¡La isla de los santos y los sabios!

—Bueno, ellos todavía siguen esperando a su redentor —dice Martin—. Y si a eso vamos, igual que nosotros.

—Sí —dice J. J.—, y cada niño varón que nace piensan que puede ser su Mesías. Y creo que no hay judío que no se ponga terriblemente nervioso hasta saber si es padre o madre.

—Esperando que cualquier momento pueda ser el próximo —dice Lenehan.

—Válgame Dios —dice Ned—, tendrían que haber visto a Bloom antes que naciera ese hijo suyo que se murió. Le encontré un día en el Mercado Municipal del Sur comprando una lata de alimento Neave seis semanas antes de que su mujer diera a luz.

—*En ventre sa mère* —dice J. J.

—¿Y a eso llaman ustedes un hombre? —dice el Ciudadano.

—No sé si sabe dónde se lo guarda —dice Joe.

—Bueno, de todos modos, le han nacido dos chicos —dice Jack Power.

—¿Y de quién sospecha él? —dice el Ciudadano.

Coño, hablando en broma se dicen muchas verdades. Ése es uno de esos ni carne ni pescado. Se metía en cama en el hotel, me lo contaba Pisser, una vez al mes con dolor de cabeza como una muchachita con sus asuntos. ¿Sabéis lo que os digo? Sería justicia de Dios agarrar a un tío así y tirarle al mar. Homicidio justificable, eso sería. Luego escurriéndose con sus cinco pavos sin convidar a un trago como un hombre. Dios nos libre. Ni para mojarse los labios.

—Caridad con el prójimo —dice Martin—. Pero ¿dónde está? No podemos esperar.

—Un lobo con piel de oveja —dice el Ciudadano—. Eso es lo que es. ¡Virag, de Hungría! Ahasvero le llamo yo. Maldito de Dios.

—¿Tiene tiempo para una breve libación, Martin? —dice Ned.

—Sólo una —dice Martin—. Tenemos que darnos prisa. J. J. y S.

—¿Tú, Jack? ¿Crofton? Tres medias, Terry.

—Haría falta que desembarcara otra vez San Patricio en Ballykinlar para convertirnos —dice el Ciudadano—, después de permitir que cosas así contaminen nuestras orillas.

—Bueno —dice Martin, golpeando para pedir su vaso—. Dios bendiga a todos los presentes, ésa es mi oración.

—Amén —dice el Ciudadano.

—Estoy seguro de que así será —dice Joe.

Y, al sonido de la campanilla consagrada, llevando a la cabeza una cruz alzada con acólitos, turiferarios, portadores de navículas, lectores, ostiarios, diáconos y subdiáconos, avanzó la venerable comitiva de abades mitrados y priores y guardianes y monjes y frailes: los monjes de San Benito de Spoleto, Cartujos y Camaldulenses, Cistercienses y Olivetanos, Oratorianos y Valombrosianos, y los frailes de San Agustín, Brigitinos, Premonstratenses, Servitas, Trinitarios, y los Hijos de San Pedro Nolasco; y junto con ellos, desde el Monte Carmelo, los hijos del profeta Elías conducidos por el obispo San Alberto y por Santa Teresa de Ávila, Calzados y Descalzos; y frailes pardos y grises, hijos del pobrecillo Francisco, Capuchinos, Cordeleros, Mínimos y Observantes, y las hijas de Santa Clara: y los hijos de Santo Domingo, los Frailes Predicadores, y los hijos de San Vicente, y los monjes de San Wolstan; y de San Ignacio los hijos; y la Cofradía de los Hermanos Cristianos encabezada por el Reverendo Hermano Edmund Ignatius Rice. Y después venían todos los santos y mártires, vírgenes y confesores: San Ciro y San Isidro Labrador y Santiago el Menor y San Focas de Sinope y San Julián el Hospitalario y San Félix de Cantalejo y San Simeón Estilita y San Esteban Protomártir y San Juan de Dios y San Ferreol y San Leugardo y San Teodoto y San Vulmaro y San Ricardo y San Vicente de Paúl y San Martín de Todi y San Martín de Tours y San Alfredo y San José y San Dionisio y San Cornelio y San Leopoldo y San Bernardo y San Terencio y San Eduardo y San Owen Canículo y San Anónimo y San Epónimo y San Pseudónimo y San Homónimo y San Parónimo y San Sinónimo y San Lorenzo O'Toole y Santiago de Dingle y de Compostela y San Columcilo y Santa Columba y San Celestino y San Colmano y San Kevin y San Brendan y San Frigidíano y San Senano y San Fachtna y San Columbano y San Gallo y San Fursey y San Finta y San Fiacre y San Juan Nepomuceno y Santo Tomás de Aquino y San Ivo de Bretaña y San Michan y San Herman-Joseph y los tres patronos de la santa juventud San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka y San Juan Berchmans y los Santos Gervasio, Servasio y

Bonifacio, y San Bride y San Kieran y San Canice de Kilkenny y San Jarlath de Tuam y San Finbarr y San Pappin de Ballymun y el Hermano Aloysio Pacífico y el Hermano Luis Belicoso y las Santas Rosa de Lima y de Viterbo y Santa Marta de Betania y Santa-María Egipcíaca y Santa Lucía y Santa Brígida y Santa Attracta y Santa Dympna y Santa Ita y Santa Marion Calpense y la Beata Sor Teresa del Niño Jesús y Santa Bárbara y Santa Escolástica y Santa Úrsula con las once mil vírgenes. Y todos venían con nimbos y aureolas y glorias, portando palmas y arpas y espadas y coronas de olivo, con vestiduras en que estaban tejidos los sagrados símbolos de sus prerrogativas, tinteros, flechas, hogazas de pan, cántaros, grilletes, hachas, árboles, puentes, niñitos en bañeras, conchas, bolsas de dinero, tijeras de esquilador, llaves, dragones, lirios, postas de caza, barbas, cerdos, lámparas, fuelles, colmenas, cucharones de sopa, estrellas, serpientes, yunques, cajas de vaselina, campanas, muletas, fórceps, cuernos de ciervo, botas impermeables, halcones, piedras de molino, ojos en un plato, velas de cera, hisopos, unicornios. Y mientras doblaban pasando junto a la Columna de Nelson, por la calle Henry, por la calle Mary, por la calle Capel, por la calle Little Britain, entonando el introito *In Epiphania Domini* que comienza *Surge, illuminare* y a continuación, con la mayor dulzura, el gradual Omnes que dice *De Saba venient*, hacían milagros diversos tales como arrojar demonios, resucitar muertos, multiplicar peces, curar tullidos y ciegos, descubrir diversos objetos que se habían extraviado, interpretar y cumplir las Escrituras, bendecir y profetizar. Y finalmente, bajo un dosel de tejido de oro, venía el Reverendo O'Flynn acompañado por Malachi y Patrick. Y cuando los buenos padres hubieron alcanzado el lugar establecido, la casa de Bernard Kiernan y Cía., Sociedad Limitada, calle Little Britain 8, 9 y 10, comestibles al por mayor, comerciantes en vinos y aguardientes, autorizados para la venta de cerveza, vino y licores para consumición en el local, el celebrante bendijo la casa e incensó las ventanas en cruz y las aristas y las bóvedas y los resaltes y los capiteles y los basamentos y las cornisas y los arcos ornamentados y los campanarios y las cúpulas y asperjó los dinteles de todo ello con agua bendita y rogó que Dios bendijera la casa como había bendecido la casa de Abraham y de Isaac y de Jacob y que hiciera habitar en ella a los ángeles de Su Luz. Y al entrar bendijo las viandas y las bebidas, y la compañía de todos los Santos respondió a sus plegarias:

—*Adiutorium nostrum in nomine Domini*.

—*Qui fecit cœlum et terram*.

—*Dominus vobiscum*.

—*Et cum spiritu tuo*.

E impuso las manos sobre los santos y dio gracias y rezó y todos rezaron con él:

—*Deus, cuius verbo sanctificantur amnia, benedictionem tuam effunde super creaturas istas: et præsta ut quisquis eis secundum legem et voluntatem Tuam cum gratiarum actione usus fuerit per invocationem sanctissimi nominis Tui corporis sanitatem et animce tutelam Te auctore percipiat per Christum Dominum nostrum*.

—Lo mismo decimos todos nosotros —dice Jack.

—Mil veces al año, Lambert —dice Crofton o Crawford.

—Eso es —dice Ned, levantando su whisky John Jameson—. Y salud para verlo.

Estaba yo echando una ojeada alrededor a ver a quién se le ocurriría la buena idea cuando, coño, ahí que entra ése otra vez haciendo como si tuviera una prisa del demonio.

—Me había dado una vuelta por el juzgado —dice—, a buscarle. Espero que no…

—No —dice Martin—, estamos listos.

Qué juzgado ni nada, con los bolsillos colgándole de oro y plata. Jodido tacaño miserable. Convida a un trago. ¡Qué demonio de miedo! ¡Buen judío está hecho! Todo para su menda. Listo el tipo como una rata de alcantarilla. Cien a cinco.

—No se lo diga a nadie —dice el Ciudadano.

—¿Cómo dice? —dice él.

—Vamos, muchachos —dice Martin, viendo que se iba a armar lío—. Vamos para allá.

—No se lo diga a nadie —dice el Ciudadano, soltando un aullido—. Es un secreto.

Y el jodido perro se despertó y soltó un gruñido.

—Adiós a todos —dice Martin.

Y los sacó de allí tan deprisa como pudo, a Jack Power y a Crofton o como se llame, y él en medio haciendo como si estuviera en las nubes, y hala con ellos al maldito cochecito.

—Tire adelante —dice Martin al cochero.

El delfín de láctea blancura agitó sus crines, y subiendo a la áurea popa, el timonel desplegó la panzuda vela al viento y zarpó adelante a todo trapo, amuras a babor. Numerosas ninfas garridas se aproximaron a estribor y a babor, y aferrándose a los flancos del noble navío, entrelazaron sus fúlgidas formas como hace el hábil constructor de ruedas cuando ajusta al cubo de su rueda los equidistantes radios, cada uno de los cuales es hermano de otro, y los sujeta a todos con un cerco exterior y da así celeridad a los pies de los hombres, bien sea que se apresuren a la lid o bien que rivalicen por la sonrisa de las bellas damas. Así propiamente llegaban y se disponían, esas propicias ninfas, las hermanas inmortales. Y reían, jugueteando en un círculo de su espuma, y el navío hendía las olas.

Pero coño apenas había posado yo el culo del vaso cuando veo al Ciudadano levantarse tambaleándose hacia la puerta, venga a resoplar como si reventara de hidropesía, y echándole encima las maldiciones de Cromwell, campana, libro y vela en irlandés, escupiendo y echando espuma, y Joe y el pequeño Alf a su alrededor como sanguijuelas a ver si le calmaban.

—Dejadme solo —dice él.

Y como llega hasta la puerta y ellos venga a sujetarle y él gritando a más no poder:

—¡Tres vivas por Israel!

Ea, siéntate en el lado parlamentario del trasero, por los clavos de Cristo, y no armes esta exhibición en público. Jesús, siempre hay algún jodido payaso organizando el fin del mundo por cualquier mierda. Coño, como para estropearle a uno la cerveza en las tripas, de veras.

Y todos los rufianes y las puercas del país alrededor de la puerta y Martin diciendo al cochero que tirara adelante y el Ciudadano aullando y Alf y Joe venga a decirle que se callara y él hecho una furia con los judíos, y los vagos pidiendo un discurso, y Jack Power tratando de sentarle en el coche y de cerrarle el pico, y un vago con un parche en el ojo empieza a cantar *Si el hombre de la luna fuera judío, judío, judío*, y una fulana le grita:

—¡Oiga, señor, que lleva la bragueta abierta!

Y dice él:

—Mendelssohn era judío y Karl Marx y Mercadante y Spinoza. Y el Salvador era judío y su padre era judío. Vuestro Dios.

—No tenía padre —dice Martin—. Basta por ahora. Tire adelante.

—¿El Dios de quién? —dice el Ciudadano.

—Bueno, su tío era judío —dice él—. Vuestro Dios era judío. Cristo era judío como yo.

Coño, el Ciudadano se mete otra vez en la taberna.

—Por Cristo —dice—, le voy a abrir la cabeza a ese jodido judío por usar el santo nombre. Por Cristo, le voy a crucificar, ya verán. Dame esa caja de galletas.

—¡Quieto! ¡Quieto! —dice Joe.

Una amplia y admirativa multitud de amigos y conocidos de la metrópoli y alrededor de Dublín se reunió, en el orden de varios millares, para despedir a Nagyaságos *uram* Lipóti Virag, ex-colaborador de Alexander Thom y Cía., Impresores de Su Majestad, con ocasión de su marcha hacia las lejanas regiones de Százharminczbrojúgulyás-Dugulás (Pradera de las Aguas Murmurantes). La ceremonia, que se desarrolló con gran *éclat*, se caracterizó por la más emotiva cordialidad. Un rollo miniado de antiguo pergamino irlandés, obra de artistas irlandeses, le fue ofrecido al distinguido fenomenologista en nombre de una amplia sección de la comunidad, acompañado por el regalo de un estuche de plata, ejecutado con exquisito gusto según el estilo de la antigua ornamentación celta, obra que contribuye al prestigio de sus realizadores, los señores Jacob agus Jacob. El ilustre viajero fue objeto de una cordial ovación, conmoviéndose visiblemente muchos de los presentes cuando la selecta orquesta de gaitas irlandesas atacó los conocidos compases de *Vuelve a Erin*, seguidos inmediatamente por la *Marcha de Rakóczy*. Se encendieron barriles de alquitrán y hogueras a lo largo de la orilla de los cuatro mares en las cimas del Monte de Howth, la Montaña de las Tres Rocas, el Pan de Azúcar,

Brady Head, los montes de Mourne, los Galtees, los picos de Ox, Donegal y Sperrin, los Nagles y los Bograghs, las colinas de Connemara, los pantanos de Mac Gillicuddy, Slieve Aughty, Slieve Bernagh, y Slieve Bloom. Entre aclamaciones que desgarraban el éter, y a las que hacía eco una nutrida columna de forzudos en las distantes colinas cámbricas y caledonias, la mastodóntica embarcación de placer se alejó lentamente, saludada por un último tributo floreal de las representantes del bello sexo que estaban presentes en gran número, mientras, al avanzar río abajo, escoltada por una flotilla de embarcaciones, las banderas de la Capitanía del Puerto y la Aduana se desplegaban en su honor, así como las de la central eléctrica de la Pichonera. *Visszontlátásra, kedvés baráton! Visszontlátásra!* Partido pero no olvidado.

Coño, ni el demonio le sujetaba, hasta que agarró de todos modos la jodida caja de galletas y fuera otra vez con el pequeño Alf colgándole del codo y él venga a gritar como un cerdo pillado, igual que una función del Queen's Royal Theatre.

—¿Dónde está ése, que le mato?

Y Ned y J. J. que no se podían mover de la risa.

—¿No te mata? —digo yo—, a ver en qué queda esto.

Pero suerte que el cochero ya le había dado vuelta al jamelgo para el otro lado y arre con él.

—Quieto, Ciudadano —dice Joe—. ¡Basta!

Coño, él estiró la mano y tomó impulso y allá que va. Gracias a Dios, tenía el sol de frente, que si no, le deja muerto. Coño, casi lo manda hasta el condado Longford. El jodido jamelgo se espantó y el viejo chucho se echó detrás del coche como un demonio y toda la plebe venga a gritar y a reír y la vieja carraca traqueteando calle abajo.

La catástrofe fue terrible e instantánea en sus efectos. El observatorio de Dunsink registró en total once sacudidas, todas ellas de quinto grado en la escala de Mercalli, sin que se haya registrado semejante disturbio sísmico en nuestra isla desde el terremoto de 1534, en los años de la rebelión de Thomas *el Sedoso*. El epicentro parece haber estado en la parte de la metrópoli que constituye el distrito del Inn's Quay y la parroquia de San Michan, cubriendo una superficie de cuarenta y un acres, dos varas y un pie cuadrado. Todas las señoriales residencias cercanas al Palacio de Justicia quedaron demolidas y el noble edificio mismo, en que en el momento de la catástrofe estaban en curso importantes discusiones jurídicas, es literalmente un montón de ruinas bajo el cual es de temer que estén sepultados vivos todos los ocupantes. Por informes de testigos presenciales, parece ser que las ondas sísmicas fueron acompañadas por una violenta perturbación atmosférica de carácter ciclónico. Un cubrecabezas, que luego se ha comprobado que perteneciera al respetadísimo Canciller de la Corona, señor George Fottrell, y un paraguas de seda con puño de oro y las iniciales, escudo de armas y dirección del docto y venerable presidente de las audiencias trimestrales, Sir Frederick Falkiner, primer magistrado de Dublín, fueron descubiertos por brigadas de salvamento en partes remotas de la isla,

respectivamente, aquél en el tercer estrato basáltico de la Calzada de los Gigantes, y éste incrustado, hasta una profundidad de un pie y tres pulgadas, en la arenosa playa de la bahía de Holeopen junto al viejo cabo de Kinsale. Otros testigos de vista han declarado que observaron un objeto incandescente de enormes proporciones lanzado a través de la atmósfera con trayectoria en dirección oeste-sudoeste. Se reciben continuamente mensajes de condolencia y sentimiento de todas partes de los diversos continentes, y el Sumo Pontífice se ha dignado graciosamente decretar que se celebre simultáneamente una *misa pro defunctis* especial a cargo de los ordinarios de todas y cada una de las iglesias catedrales de todas las diócesis episcopales sujetas a la autoridad espiritual de la Santa Sede, en sufragio de las almas de los desaparecidos fieles que tan inesperadamente se han visto llamados a partir de entre nosotros. Los trabajos de salvamento, remoción de escombros, restos humanos, etc., se han confiado a las empresas Michael Meade e Hijo, calle Great Brunswick 159, y T. C. Martin, North Wall 77, 78, 79 y 80, con asistencia de los soldados y oficiales de la infantería ligera del Duque de Cornwall, bajo la supervisión general de Su Alteza Real el contraalmirante honorable Sir Hercules Hannibal Habeas Corpus Anderson, Caballero de la Orden de la Jarretera, Caballero de la Orden de San Patricio, Caballero de la Orden Templaria, Consejero Privado de Su Majestad, Comendador de la Orden del Baño, Diputado del Parlamento, Juez de Paz, Doctor en Medicina, Cruz del Mérito Civil, Diplomado en Inversiones, Maestro de Caza del Zorro, Miembro de la Academia Irlandesa, Doctor en Derecho, Doctor en Música, Administrador de la Asistencia a los Pobres, Profesor del Trinity College de Dublín, Miembro de la Real Universidad de Irlanda, Miembro de la Real Facultad de Medicina de Irlanda, y Miembro del Real Colegio de Cirugía de Irlanda.

Ni en todos los días de mi vida he visto cosa semejante. Coño, si le llega a dar en la cholla ese envío, se iba a acordar de la Copa de Oro, ya lo creo, pero, coño, al Ciudadano le habrían metido en chirona por agresión violenta, y también a Joe por complicidad y ayuda. El cochero salvó la vida tirando adelante a toda prisa, tan seguro como que estamos aquí. ¿Cómo? Que se las piró, ya lo creo. Y el otro persiguiéndole con una ristra de tacos.

—¿Le he matado o qué? —dice.

Y venga a gritar al jodido perro:

—¡Hala con él, *Garry*! ¡Hala con él, muchacho!

Y lo último que vimos fue el jodido coche dando la vuelta a la esquina y el viejo cara de borrego gesticulando y el chucho detrás con las orejas tiesas a ver si le hacía pedazos. ¡Cien a cinco! Caray, se lo ha hecho pagar bien, os lo aseguro.

Cuando he aquí que en torno a ellos se hizo una gran claridad y contemplaron cómo el carruaje en que iba Él ascendía a los cielos. Y le contemplaron en el carruaje, revestido con la gloria de la luz, cubierto de un manto como hecho de sol, hermoso como la luna, y tan aterrador que por temor no osaban mirarle. Y he aquí que salió una voz de los cielos que llamaba: *¡Elías! ¡Elías!* Y Él respondió con un gran grito:

¡Abba! ¡Adonai! Y le vieron, a Él, a Él en persona, Ben Bloom Elías, entre nubes de ángeles, ascender hacia la gloria de la claridad, con un ángulo de cuarenta y cinco grados, por encima de Donohoe, en la calle Little Green, como disparado de una paletada.

[13]

El atardecer estival había comenzado a envolver el mundo en su misterioso abrazo. Allá lejos, al oeste, se ponía el sol, y el último fulgor del, ay, demasiado fugaz día se demoraba amorosamente sobre el sol y la playa, sobre el altivo promontorio del querido y viejo Howth, perenne custodio de las aguas de la bahía, sobre las rocas cubiertas de algas, a lo largo de la orilla de Sandymount, y en último, pero no menos importante lugar, sobre la apacible iglesia de donde brotaba a veces, entre la calma, la voz de la plegaria a aquella que en su puro fulgor es faro sempiterno para el corazón del hombre, sacudido por las tormentas: María, estrella del mar.

Las tres amigas estaban sentadas en las rocas, disfrutando del espectáculo vespertino y del aire, que era fresco pero no demasiado frío. Más de una vez habían solido acudir allá, a ese rincón favorito, para charlar a gusto junto a las chispeantes ondas, comentando asuntillos femeninos, Cissy Caffrey y Edy Boardman con el nene en el cochecito, y con Tommy y Jacky Caffrey, dos chiquillos de cabeza rizada, vestidos de marinero con gorras haciendo juego y el nombre *H. M. S. Belleisle* en las dos. Pues Tommy y Jacky eran gemelos, y tenían apenas cuatro años, unos gemelos a veces muy revoltosos y consentidos, pero, sin embargo, niños riquísimos de caritas alegres, y con una gracia que conquistaba a todos. Estaban enredando en la arena con sus palitas y cubos, construyendo castillos, como les gusta a los niños, o jugando con su gran pelota de colores, todo el santo día felices. Y Edy Boardman mecía al nene regordete en su cochecito, de un lado para otro, mientras el caballerito se reía de gusto. No tenía más que once meses y nueve días, y aunque todavía andaba a gatas, empezaba ya a cecear sus primeras palabritas infantiles. Cissy Caffrey se inclinaba sobre él haciéndole cosquillas en la barriguita regordeta y en el delicioso hoyito de la barbilla.

—Ea, nene —decía Cissy Caffrey—. Dilo fuerte, fuerte: Quiero beber agua.

Y el nene la imitaba balbuceando:

—Teo bebé aba.

Cissy Caffrey dio un apretón al pequeñuelo, pues le gustaban enormemente los niños, y tenía mucha paciencia con los enfermitos, y a Tommy Caffrey nunca le podían hacer tomar su aceite de ricino si no era Cissy Caffrey quien le apretaba la nariz y le prometía la fina corteza de la hogaza de pan moreno con melaza dorada por encima. ¡Qué poder de persuasión tenía aquella chica! Pero claro que el niño era un pedazo de pan, una verdadera ricura, con su baberito nuevo de fantasía. Y Cissy Caffrey no era ninguna chica mimada, a lo Flora MacFlimsy. Una chica de corazón sincero como no se ha visto otra, siempre con risa en sus ojos gitanos y unas palabras de broma en sus labios rojos como cerezas maduras, una chica que se hacía querer de cualquiera. Y Edy Boardman se rio también del gracioso lenguaje de su hermanito.

Pero precisamente entonces hubo un ligero altercado entre el señorito Tommy y el señorito Jacky. Ya se sabe cómo son los niños, y nuestros gemelos no eran excepción a esa regla de oro. La manzana de la discordia era cierto castillo de arena que había construido el señorito Jacky y que el señorito Tommy —lo mejor es enemigo de lo bueno— se empeñaba en mejorar arquitectónicamente con un portón como el de la torre Martello. Pero si el señorito Tommy era terco, también el señorito Jacky era obstinado, y fiel a la máxima de que la casa de todo pequeño irlandés es su castillo, cayó sobre su odiado rival, pero de tal manera que al candidato a agresor le fue muy mal (¡lástima decirlo!) y lo mismo al codiciado castillo. No hay ni que decir que los gritos del derrotado señorito Tommy llamaron la atención de las amigas.

—Ven acá, Tommy —exclamó imperativamente su hermana—, ¡en seguida! Y tú, Jacky, ¡qué vergüenza, tirar al pobre Tommy por la arena sucia! Ya verás como te pille.

El señorito Tommy, con los ojos nublados de lágrimas sin verter, acudió a su llamada, pues la palabra de su hermana mayor era ley para los gemelos. Y en lamentable condición había quedado después de su desventura. Su gorrito de marinero y sus inmencionables estaban llenos de arena, pero Cissy tenía mano maestra en el arte de resolver los pequeños inconvenientes de la vida, y muy pronto no se vio ni una mota de arena en su elegante trajecito. Sin embargo, los azules ojos seguían brillando con cálidas lágrimas a punto de desbordarse, así que ella hizo desaparecer sus penas a fuerza de besos, y amenazó con la mano al culpable señorito Jacky, diciendo que como le tuviera a mano ya vería, mientras sus ojos se agitaban en amonestación.

—¡Jacky, insolente travieso! —gritó.

Rodeó con un brazo al marinerito y le halagó seductoramente:

—¿Me quieres mucho? Como la trucha al trucho.

—Dinos quién es tu novia —dijo Edy Boardman—. ¿Es Cissy tu novia?

—Nooo —dijo Tommy, lacrimoso.

—Ya lo sé yo —dijo Edy Boardman, no demasiado amablemente, y con una mirada maligna de sus ojos miopes—. Ya sé yo quién es la novia de Tommy: Gerty es la novia de Tommy.

—Nooo —dijo Tommy, al borde de las lágrimas.

El vivo instinto maternal de Cissy adivinó lo que ocurría y susurró a Edy Boardman que se le llevara detrás del cochecito donde no lo vieran los señores y que tuviera cuidado que no se mojara los zapatos claros nuevos.

Pero ¿quién era Gerty?

Gerty MacDowell, que estaba sentada junto a sus compañeras, sumergida en sus pensamientos, con la mirada perdida allá en lontananza, era, a decir verdad, un ejemplar del joven encanto irlandés tan bello como cupiera desear. Todos cuantos la conocían la declaraban hermosa, por más que, como solía decir la gente, era más una Giltrap que una MacDowell. Su tipo era esbelto y gracioso, inclinándose incluso a la

fragilidad, pero esas pastillas de hierro que venía tomando últimamente le habían sentado muchísimo mejor que las píldoras femeninas de la Viuda Welch y estaba muy mejorada de aquellas pérdidas que solía tener y aquella sensación de fatiga. La palidez cérea de su rostro era casi espiritual en su pureza marfileña, aunque su boca de capullo era un auténtico arco de Cupido, de perfección helénica. Sus manos eran de alabastro finamente veteado, con dedos afilados, y tan blancas como podían dejarlas el jugo de limón y la Reina de las Lociones, aunque no era cierto que se pusiera guantes de cabritilla para dormir ni que tomara pediluvios de leche. Bertha Supple se lo había dicho eso una vez a Edy Boardman, mentira desvergonzada, cuando andaba a matar con Gerty (aquellas amigas íntimas, por supuesto, tenían de vez en cuando sus pequeñas peleas como el resto de los mortales) y ella le dijo que no contara por ahí nada de lo que hiciera, que era ella quien se lo decía o si no que no volvería a hablar nunca con ella. No. A cada cual lo suyo. Gerty tenía un refinamiento innato, una lánguida *hauteur* de reina que se evidenciaba inconfundiblemente en sus delicadas manos y en el elevado arco de su pie. Sólo con que el hado benigno hubiera deseado hacerla nacer como dama de alto rango, en su lugar apropiado, y con que hubiera recibido, las ventajas de una buena educación, Gerty MacDowell podría fácilmente haberse codeado con cualquier dama del país y haberse visto exquisitamente ataviada con joyas en la frente y con nobles pretendientes a sus pies rivalizando en rendirle homenaje. Y quién sabe si era eso, ese amor que podría haber sido, lo que a veces prestaba a su rostro de suaves facciones un aire, con tensión de reprimido significado, que daba una extraña tendencia anhelante a sus hermosos ojos, un hechizo que pocos podían resistir. ¿Por qué tienen las mujeres tales ojos brujos? Los de Gerty eran del azul irlandés más azul, engastados en relucientes pestañas y en expresivas cejas oscuras. Un tiempo hubo en que esas cejas no eran tan sedosamente seductoras. Fue Madame Vera Verity, directora de la página «Mujer Bella» en la revista *Princesa*, la primera que le aconsejó probar la cejaleína, que daba a los ojos esa expresión penetrante, tan apropiada en las que orientaban la moda, y ella nunca lo había lamentado. También estaba el enrojecimiento curado científicamente y cómo ser alta aumente su estatura y usted tiene una cara bonita pero ¿y su nariz? Eso le iría bien a la señora Dignam porque la tenía en porra. Pero la gloria suprema de Gerty era su riqueza de prodigiosa cabellera. Era castaño oscuro con ondas naturales. Se había cortado las puntas esa misma mañana, porque era luna nueva, y le ondeaba en torno a su linda cabecita en profusión de abundantes rizos, y también se había arreglado las uñas, el jueves trae riqueza. Y ahora precisamente, ante las palabras de Edy, como quiera que un rubor delator, tan delicado como el más sutil pétalo de rosa, se insinuara en sus mejillas, tenía un aspecto tan delicioso en su dulce esquividad de muchacha, que de seguro que toda la bella Irlanda, esa tierra de Dios, no contenía quien se le igualara.

Por un instante quedó callada con los ojos bajos y tristes. Estuvo a punto de replicar, pero algo contuvo las palabras en su lengua. La inclinación le sugería hablar:

la dignidad le decía que callara. Sus lindos labios estuvieron un rato fruncidos, pero luego levantó los ojos y prorrumpió en una risita alegre que tenía en sí toda la frescura de una joven mañana de mayo. Sabía muy bien, quién mejor que ella, lo que le hacía decir eso a la bizca de Edy: era porque él estaba un poco frío en sus atenciones, aunque era simplemente una riña de enamorados. Como pasa siempre, alguien ponía mala cara porque aquel chico andaba siempre en bicicleta de un lado para otro delante de su ventana. Sólo que ahora su padre le hacía quedarse por la tarde en casa estudiando de firme para conseguir una beca que había para la escuela media y luego iría a Trinity College a estudiar medicina cuando acabara la escuela media como su hermano W. E. Wylie que corría en las carreras de bicicletas de la universidad en Trinity College. Poco le importaba quizá a él lo que ella sentía, ese sordo vacío doloroso en su corazón, algunas veces, traspasándolo hasta lo más íntimo. Pero él era joven y acaso llegaría a amarla con el tiempo. Eran protestantes, en su familia, y claro que Gerty sabía Quién venía primero y después de Él la Santísima Virgen y luego San José. Pero no se podía negar que era guapo, con esa nariz exquisita, y era la que parecía, un caballero de pies a cabeza, la forma de la cabeza también por detrás sin la gorra, que ella la reconocería en cualquier sitio tan fuera de lo corriente y la manera como giraba en la bicicleta alrededor del farol sin manos en el manillar y también el delicioso perfume de los cigarrillos buenos y además los dos eran de la misma estatura y por eso Edy Boardman se creía que sabía tanto porque él no iba de acá para allá en bicicleta por delante de su trocito de jardín.

Gerty iba vestida con sencillez pero con el buen gusto instintivo de una devota de Nuestra Señora la Moda, pues presentía que no era imposible que él anduviera por ahí. Una linda blusa de azul eléctrico, que había teñido ella misma con Tintes Dolly (porque en *La Ilustración Femenina* se esperaba que se iba a llevar el azul eléctrico), con un elegante escote en V bajando hasta la separación y un bolsillito para el pañuelo (en que ella llevaba siempre un poco de algodón mojado en su perfume favorito, porque el pañuelo estropeaba la línea) y una falda tres cuartos azul marino, no muy ancha, hacían resaltar a la perfección su graciosa figura esbelta. Llevaba una delicia de sombrerito coquetón de ala ancha, de paja marrón, con un contraste de *chenille* azul huevo, y a un lado un lazo de mariposa haciendo juego. Toda la tarde del martes pasado había andado por ahí buscando, para hacer juego con esa *chenille*, pero por fin encontró lo que buscaba en los saldos de verano de Clery, exactamente, un poco manchado de tienda pero nadie se daría cuenta, siete dedos, dos chelines y un penique. Lo había arreglado todo ella misma y ¡qué alegría tuvo cuando se lo probó luego, sonriendo a la deliciosa imagen que le devolvía el espejo! Y cuando lo encajó en el frasco del agua para conservar la forma, sabía que iba a dejar pálida a más de una que ella conocía. Sus zapatos eran la última novedad en calzado (Edy Boardman presumía de que ella era muy *petite* pero nunca había tenido un pie como el de Gerty MacDowell, un cinco, ni lo tendría, rabia rabiña) con punteras de charol y nada más que una hebilla muy elegante en su elevado arco del pie. Sus torneados tobillos

exhibían sus proporciones perfectas bajo la falda y la cantidad exacta y nada más de sus bien formadas piernas envueltas en finas medias con talones y puntas reforzados y con vueltas anchas para las ligas. En cuanto a la ropa interior, era el principal cuidado de Gerty; ¿quién que conozca las agitadas esperanzas y aprensiones de los dulces diecisiete años (aunque Gerty ya los había dejado atrás) tendría corazón para criticarla? Tenía cuatro lindas mudas, con unos bordados de lo más bonito, tres piezas y los camisones además, y cada juego con sus cintas pasadas, de colores diferentes, rosa, azul pálido, malva y verde guisante, y ella misma los ponía a secar y los metía en añil cuando volvían de lavar y los planchaba y tenía un ladrillo para poner la plancha porque no se fiaba de esas lavanderas que ya había visto ella cómo quemaban las cosas. Ahora llevaba el juego azul, esperando contra toda esperanza, su color preferido, y el color de suerte también para casarse que la novia tiene que llevar un poco de azul en alguna parte, porque el verde que llevaba hacía una semana le trajo mala suerte porque su padre le encerró a estudiar para la beca de la escuela media y porque ella pensaba que a lo mejor él andaba por ahí porque cuando se estaba vistiendo esa mañana casi se puso el par viejo al revés y eso era buena suerte y encuentro de enamorados si una se pone esas cosas del revés con tal que no sea viernes.

¡Y sin embargo, sin embargo! ¡Esa expresión tensa en su rostro! Hay en ella un dolor devorador que no cesa. Lleva el alma en los ojos y daría un mundo por estar en la intimidad de su acostumbrado cuartito, donde, dejando paso a las lágrimas, podría desahogarse llorando y dar suelta a sus sentimientos reprimidos. Aunque no demasiado porque ella sabía llorar de una manera muy bonita delante del espejo. Eres deliciosa, Gerty, decía el espejo. La pálida luz del atardecer cae sobre un rostro infinitamente triste y pensativo. Gerty MacDowell anhela en vano. Sí, había sabido desde el principio que ese sueño a ojos abiertos, de su boda que estaba arreglada, y de las campanas nupciales que sonaban por la señora Reggy Wylie T. C. D. (porque la que se case con el hermano mayor será señora Wylie) y en las crónicas de sociedad la recién señora Gertrude Wylie llevaba un suntuoso modelo en gris guarnecido de costosas pieles de zorro azul, no se realizaría. Él era demasiado joven para comprender. Él no creía en el amor, ese derecho de nacimiento de la mujer. La noche de la fiesta hace mucho en Stoers (él todavía iba de pantalones cortos) cuando se quedaron solos y él le pasó un brazo por la cintura, ella se puso blanca hasta los labios. La llamó pequeña con una voz extrañamente ronca y le arrebató medio beso (¡el primero!) pero fue sólo la punta de la nariz y luego salió deprisa del cuarto diciendo algo sobre los refrescos. ¡Qué impulsivo! La energía de carácter nunca había sido el punto fuerte de Reggy Wylie y el que cortejara y conquistara a Gerty MacDowell tenía que ser un hombre entre los hombres. Pero esperar, siempre esperar a que la pidieran y además era año bisiesto y pronto se pasaría. Su ideal de galán no es un príncipe azul que ponga a sus pies un amor raro y prodigioso, sino más bien un hombre muy hombre con cara enérgica y tranquila que no haya encontrado su ideal,

quizá el pelo ligeramente tocado de gris, y que comprenda, que la reciba en el refugio de sus brazos, que la atraiga a él, a toda la energía de su profunda naturaleza apasionada y que la consuele con un beso largo muy largo. Sería como el cielo. Por uno así siente anhelo en ese aromado atardecer estival. Con todo su corazón desea ella ser la única, la prometida, la desposada, para la riqueza o la pobreza, con enfermedad o con salud, hasta que la muerte nos separe, desde el día de hoy en adelante.

Y mientras Edy Boardman estaba con el pequeño Tommy detrás del cochecito ella pensaba precisamente si llegaría el día en que se pudiera llamar su futura mujercita. Entonces ya podrían hablar de ella hasta ponerse moradas, Bertha Supple también, y Edy, la maligna, porque cumplía los veintidós en noviembre. Ella cuidaría de él también en cosas materiales porque Gerty tenía mucho sentido femenino y sabía que no hay hombre al que no le guste la sensación de estar a gusto en casa. Sus tortitas bien tostadas de color dorado oscuro y su flan Reina Ana, deliciosamente cremoso, habían obtenido las mejores opiniones de todos porque tenía una mano afortunada también para encender el fuego, espolvorear la harina fina con su levadura y mover siempre en la misma dirección y luego descremar la leche y azúcar y batir bien la clara de los huevos aunque no le gustaba la parte de comérselo cuando había gente que la intimidaba y muchas veces se preguntaba por qué uno no podría comer algo poético como violetas o rosas y tendría una salita muy bien puesta con cuadros y grabados y la foto de aquel perro tan bonito del abuelo Giltrap, *Garryowen*, que casi hablaba, de tan humano, y fundas de chintz en las butacas y aquella rejilla de plata para tostar de la liquidación de verano de Clery igual que las de las casas de los ricos. Él sería alto con hombros anchos (siempre había admirado a los hombres altos para marido) con refulgentes dientes blancos bajo un ancho bigote bien cuidado y se irían al continente de viaje de bodas (¡tres semanas deliciosas!) y luego, cuando se establecieran en un encanto de casita, íntima y cómoda, tomarían el desayuno, sencillo pero servido a la perfección, bien solitos los dos y antes de que él se fuera a sus asuntos le daría a su querida mujercita un buen abrazo apretado y por un instante se contemplaría en lo hondo de sus ojos.

Edy Boardman preguntó a Tommy Caffrey si había terminado y él dijo que sí, así que ella le abrochó los bombachitos y le dijo que se fuera corriendo a jugar con Jacky y que fueran buenos ahora y no se pelearan. Pero Tommy dijo que quería la pelota y Edy le dijo que no que el nene estaba jugando con la pelota y que si se la quitaba iba a haber lío pero Tommy dijo que la pelota era suya y que quería su pelota y empezó a patalear, venga ya. ¡Qué genio! Ah, era ya un hombrecito sí que lo era el pequeño Tommy Caffrey desde que llevaba pantalones. Edy le dijo que no, que no y que se marchara, fuera de ahí, y le dijo a Cissy Caffrey que no cediera.

—Tú no eres mi hermana —dijo el travieso de Tommy—. La pelota es mía.

Pero Cissy Caffrey dijo al nene Boardman que mirara a lo alto, arriba, arriba donde su dedo y le arrebató la pelota rápidamente y la echó por la arena y Tommy

detrás a todo correr, habiéndose salido con la suya.

—Cualquier cosa por la tranquilidad —se rió Cissy.

Y le hizo cosquillas al bebé en los dos carrillos para hacerle olvidar y jugó a aquí viene el alcalde, aquí los dos caballos, aquí la carroza de bizcocho y aquí viene él andando, tintipitín, tintipitín, tintipitín tintán. Pero Edy se puso hecha una furia porque el otro se salía con la suya así y todo el mundo le tenía mimado.

—A mí me gustaría darle algo —dijo—, ya lo creo, no digo dónde.

—En el pompis —se rió Cissy, alegremente.

Gerty MacDowell inclinó la cabeza y se ruborizó de pensar que Cissy dijera en voz alta una cosa tan poco elegante que a ella le daría una vergüenza de morir, y se sofocó con un rojo rosado encendido, y Edy Boardman dijo que estaba segura de que aquel señor sentado enfrente había oído lo que dijo ella. Pero a Cissy le importaba un pito.

—¡Que lo oiga! —dijo, sacudiendo pícaramente la cabeza y arrugando la nariz en provocación—. Se lo doy también a él en el mismo sitio sin darle tiempo a rechistar.

Esa loca de Cissy con sus rizos de payaso. Había que reírse de ella a veces. Por ejemplo cuando te preguntaba si querías más té chino y frambelada de mermuesa y cuando se dibujaba esos jarros y esas caras de hombres en las uñas con tinta roja te partías de risa o cuando quería ir a ese sitio decía que quería ir corriendo a hacer una visita a la señorita Blanco. Así eran las cosas de la pequeña Cissy. Ah, y ¿quién puede olvidar la noche que se vistió con el traje de su padre y el sombrero y el bigote de corcho quemado y bajó por Tritonville Road fumando un cigarrillo? No había quien la igualara en graciosa. Pero era la sinceridad en persona, uno de los corazones más leales y valientes que ha hecho nunca el Cielo, nada de una de esas con dos caras, demasiado dulces para no empalagarte.

Y he aquí que entonces se elevaron por el aire el sonido de voces y las vibrantes armonías del órgano. Era el retiro para hombres de la sociedad antialcohólica dirigido por el misionero, el reverendo John Hughes, S. J., rosario, sermón y bendición con el Santísimo Sacramento. Se habían reunido allí, sin distinciones de clase social (y era un espectáculo bien edificante de ver) en aquel sencillo templo junto a las olas, tras las tormentas de este fatigoso mundo, arrodillados a los pies de la Inmaculada, rezando la letanía de Nuestra Señora de Loreto, rogándola que intercediera por ellos, Santa María, santa Virgen de las vírgenes. ¡Qué triste para los oídos de la pobre Gerty! Si su padre hubiera eludido las garras del demonio de la bebida, haciendo la promesa o con esos polvos del hábito de la bebida curado del semanario *Pearson's*, ella ahora andaría por ahí en coche, sin ceder a ninguna. Una vez y otra se lo había dicho eso mientras meditaba junto a los agonizantes rescoldos en un estudio oscuro sin lámpara porque le molestaba tener dos luces o a menudo mirando por la ventana con ojos soñadores horas y horas a la lluvia que caía en el cubo herrumbroso, pensando. Pero esa vil poción que ha arruinado tantos hogares y familias había proyectado su sombra sobre los días de su infancia. Más aún, en el círculo de su

hogar ella había sido testigo de escenas de violencia causadas por la intemperancia y había visto a su propio padre, presa de los vapores de la embriaguez, olvidarse completamente de sí mismo, pues si había una cosa entre todas las cosas que supiera Gerty era que el hombre que levanta la mano a una mujer salvo por vía de bondad merece ser marcado como el más bajo de los bajos.

Y seguían cantando las voces en súplica a la Virgen poderosísima, Virgen misericordiosísima. Y Gerty, envuelta en sus pensamientos, apenas veía u oía a sus compañeras ni a los gemelos en sus pueriles cabriolas ni al señor llegado de Sandymount Green al que Cissy Caffrey le llamaba ese hombre que se parecía tanto a su padre, andando por la playa para dar un paseíto. Sin embargo, nunca se le veía borracho, pero a pesar de todo a ella no le gustaría como padre porque era demasiado viejo o por no sabía qué o por causa de su cara (era un caso palpable de antipatía a simple vista) o su nariz forunculosa con sus verrugas y su bigote color arena un poco blando debajo de la nariz. ¡Pobre padre! Con todos sus defectos ella le seguía queriendo cuando cantaba *Dime, Mary, cómo quererte* o *Mi amor y mi casita junto a Rochelle* y tenían de cena berberechos guisados y lechuga con mayonesa en conserva Lazenby y cuando él cantaba *La luna ha salido* con el señor Dignam que se ha muerto de repente y le han enterrado, Dios tenga misericordia de él, de un ataque. El cumpleaños de su madre fue eso y Charley estaba en casa con vacaciones y Tom y el señor Dignam y la señora y Patsy y Freddy Dignam y les iban a hacer una foto en grupo. Nadie habría creído que el fin estuviera tan cerca. Ahora descansaba para siempre. Y su madre le dijo a él que eso debía servirle de aviso para el resto de sus días y él ni siquiera pudo ir al funeral por culpa de la gota y ella tuvo que ir al centro a traerle las cartas y las muestras de su oficina, por lo del linóleum de corcho Catesby, diseños artísticos patentados, digno de un palacio, gran resistencia al desgaste y siempre brillante y alegre en el hogar.

Una hija de oro puro era Gerty igual que una segunda madre en la casa, un ángel de la guarda también con un corazoncito que valía su peso en oro. Y cuando su madre tenía esos terribles dolores que le partían la cabeza quién sino Gerty le frotaba por la frente la barra de mentol aunque no le gustaba que su madre tomara pellizcos de rapé y eso era por lo único que habían tenido diferencias alguna vez, por lo del rapé. Todo el mundo la tenía en la más alta estimación por sus modales amables. Gerty era quien cerraba la llave principal del gas todas las noches y Gerty era quien había clavado en la pared de ese sitio donde nunca se olvidaba cada quince días el clorato de cal el almanaque de Navidad del señor Tunney el tendero la imagen de días alciónicos donde un joven caballero con el traje que solían llevar entonces con un sombrero de tres picos ofrecía un ramillete de flores a la dama de sus pensamientos con galantería de antaño a través de su ventana con celosía. Se veía que había detrás toda una historia. Los colores estaban hechos que era una delicia. Ella iba de blanco suavemente ajustado en una actitud estudiada y el caballero de color chocolate con aire de aristócrata completo. Ella les miraba muchas veces soñadora cuando estaba

allí por cierta razón y se tocaba los brazos que eran blancos y suaves igual que los de ella con las mangas remangadas y pensaba en aquellos tiempos porque había encontrado en el diccionario Walker de pronunciación que perteneció al abuelo Giltrap qué significaba eso de los días alciónicos.

Los gemelos jugaban ahora en la más aceptada de las maneras fraternales, hasta que por fin el señorito Jacky que era un verdadero cara dura no había modo con él dio una patada aposta a la pelota con todas sus fuerzas hacia allá abajo, a las rocas cubiertas de algas. Ni que decir tiene que el pobre Tommy no tardó en expresar su consternación pero afortunadamente el caballero de negro que estaba sentado allí acudió valientemente en auxilio e interceptó la pelota. Nuestros dos campeones reclamaron la pelota con vivaces gritos y para evitar problemas Cissy Caffrey gritó al caballero que se la tirara a ella por favor. El caballero apuntó a la pelota una vez o dos y luego la lanzó por la playa arriba hacia Cissy Caffrey pero bajó rodando por el declive y se detuvo debajo mismo de la falda de Gerty junto al charquito al lado de la roca. Los gemelos volvieron a gritar pidiéndola y Cissy le dijo que la tirara lejos de una patada y que dejara que se pelearan por ella así que Gerty tomó impulso con el pie pero habría preferido que esa estúpida pelota no bajara rodando hasta ella y dio una patada pero falló y Edy y Cissy se rieron.

—No hay que desanimarse —dijo Edy Boardman.

Gerty sonrió asintiendo y se mordió el labio. Un delicado rosa se insinuó en sus bonitas mejillas pero estaba decidida a que vieran así que se levantó la falda un poquito pero justo lo suficiente y apuntó bien y dio a la pelota una buena patada y la mandó lejísimos y los dos gemelos bajaron detrás de ella hacia la grava de la orilla. Puros celos claro no era nada más para llamar la atención teniendo en cuenta al caballero de enfrente que miraba. Ella sintió el cálido sofoco, siempre una señal de peligro en Gerty MacDowell, subiendo y ardiéndole en las mejillas. Hasta entonces sólo habían intercambiado ojeadas del modo más casual pero ahora bajo el ala de su sombrero nuevo ella se atrevió a mirarle y la cara que se ofreció a su mirada allí en el crepúsculo, consumida y extrañamente tensa, le pareció la más triste que había visto jamás.

A través de la ventana abierta de la iglesia se difundía el fragante incienso y con él los fragantes nombres de aquella que fue concebida sin mancha de pecado original, vaso espiritual, ruega por nosotros, vaso honorable, ruega por nosotros, vaso de devoción insigne, ruega por nosotros, rosa mística. Y había allí corazones afligidos y quienes se fatigaban por su pan de cada día y muchos que habían errado y vagado, los ojos húmedos de contrición pero a pesar de eso brillantes de esperanza pues el reverendo padre Hughes les había dicho lo que dijo el gran San Bernardo en su famosa oración a María, el poder de intercesión de la piadosísima Virgen que jamás se había oído decir que quien implorara su poderosa protección hubiera sido abandonado por ella.

Los gemelos jugaban otra vez alegremente pues los disgustos de la niñez son tan fugaces como chaparrones de verano. Cissy jugó con el nene Boardman hasta que le hizo cacarear de júbilo, palmoteando en el aire con sus manecitas. Cucú-tras, gritaba ella detrás de la capota del cochecito y Edy preguntaba dónde se había ido Cissy y entonces Cissy sacaba de repente la cabeza y gritaba ¡ah! y hay que ver cómo le gustaba eso al granujilla. Y luego le decía que dijera papá.

—Di papá, nene. Di pa pa pa pa pa pa.

Y el nene hacía lo mejor que podía por decirlo pues era muy inteligente para once meses todo el mundo lo decía y grande para el tiempo que tenía y la imagen de la salud, una ricura de niño, y seguro que llegaría a ser algo grande, decían.

—Haja ja ja haja.

Cissy le limpió la boquita con el babero y quiso que se sentara como era debido y dijera pa pa pa pero cuando le soltó la hebilla gritó, santo Dios, que estaba todo mojado y había que doblarle del otro lado la media manta que tenía debajo. Por supuesto que su majestad infantil armó un gran escándalo ante tales formalismos de limpieza y así se lo hizo saber a todos:

—Habaa baaahabaa baaaa.

Y dos grandes lagrimones deliciosos le corrieron por las mejillas. Y era inútil apaciguarle con no, nonó, nene, o hablarle del chuchú y dónde estaba el popó pero Cissy, siempre rápida de ingenio, le puso en la boca la boquilla del biberón y el joven pagano quedó prontamente apaciguado.

Gerty habría deseado por lo más sagrado que se llevaran a casa aquel llorón en vez de dejarle ahí poniéndola nerviosa no eran horas de estar fuera y a los trastos de los gemelos. Miró allá hacia el mar distante. Era como los cuadros que hacía aquel hombre en la acera con todas las tizas de colores y daba lástima también dejarlos ahí a que se borraran todos, el atardecer y las nubes saliendo y el faro Baily en el Howth y oír la música así y el perfume de ese incienso que quemaban en la iglesia como una especie de brisa. Sí, era ella a quien miraba él y su mirada quería decir muchas cosas. Sus ojos ardían en ella como si la explorara por dentro, toda, leyendo en su misma alma. Maravillosos ojos eran, espléndidamente expresivos, pero ¿se podía fiar una de ellos? La gente era muy rara. Vio en seguida por sus ojos oscuros y su pálido rostro intelectual que era un extranjero, la imagen de la foto que tenía de Martin Harvey, el ídolo de las *matinées*, salvo por el bigote que ella prefería porque no era una maniática del teatro como Winny Rippingham que quería que las dos se vistieran siempre lo mismo por una obra de teatro pero ella no veía si tenía nariz aguileña o un poco remangada desde donde estaba sentado. Iba de luto riguroso, ya lo veía, y en su rostro estaba escrita la historia de un dolor acosador. Habría dado cualquier cosa por saber qué era. Miraba tan atentamente, tan quieto y la vio dar la patada a la pelota y a lo mejor veía las brillantes hebillas de acero de sus zapatos si los balanceaba así pensativamente con la punta hacia abajo. Se alegró de que algo le hubiera sugerido

ponerse las medias transparentes pensando que Reggy Wylie podía andar por ahí pero eso estaba muy lejos.

Ahí estaba lo que ella había soñado tantas veces. Era él el que contaba y su rostro se llenó de alegría porque le quería porque sentía instintivamente que era diferente a todos. Su corazón mismo de mujer-muchacha salía al encuentro de él, su marido soñado, porque al instante supo que era él. Si él había sufrido, si habían pecado contra él más de lo que él había pecado, o incluso, incluso, si él mismo había sido un pecador, a ella no le importaba. Aunque fuera un protestante o un metodista ella le convertiría fácilmente si él la quería de verdad. Había heridas que necesitaban ser curadas con bálsamo de corazón. Ella era una mujer muy mujer no como otras chicas frívolas, nada femeninas, que había conocido, esas ciclistas enseñando lo que no tienen y ella anhelaba saberlo todo, perdonarlo todo si podía hacer que él se enamorara de ella, hacerle olvidar la memoria del pasado. Entonces quién sabe él la abrazaría tiernamente, como un hombre de verdad, apretando contra él su blanco cuerpo, y la amaría, la niña de su amor, sólo por ella misma.

Refugio de pecadores. Consoladora de los afligidos. *Ora pro nobis*. Bueno se ha dicho que quienquiera que le rece con fe y constancia nunca se verá perdido o rechazado: y con mucha razón es ella también un puerto de refugio para los afligidos por los siete dolores que le traspasaron el corazón. Gerty se imaginaba toda la escena en la iglesia, las vidrieras de las ventanas iluminadas, las velas, las flores y los pendones azules de la cofradía de la Santísima Virgen y el Padre Conroy ayudando al canónigo O'Hanlon en el altar, llevando cosas de un lado para otro con los ojos bajos. Él parecía casi un santo y su confesonario estaba tan silencioso y limpio y sus manos eran como de cera blanca y si alguna vez se hacía ella monja dominica con ese hábito blanco quizá él iría al convento para la novena de Santo Domingo. Él le dijo aquella vez cuando le contó aquello en la confesión enrojeciendo hasta la raíz del pelo de miedo de que él lo viera, que no se preocupara porque era sólo la voz de la naturaleza y todos estábamos sujetos a las leyes de la naturaleza, dijo, en esta vida y eso no era pecado porque eso venía de la naturaleza de la mujer instituida por Dios, dijo, y que la misma Santísima Virgen le dijo al arcángel Gabriel hágase en mí según tu voluntad. Era muy bondadoso y santo y muchas veces muchas veces ella pensaba y pensaba si podría hacerle un cubretetera con *ruches* con un dibujo de flores bordadas como regalo o un reloj pero ya tenían reloj se dio cuenta sobre la chimenea blanco y dorado con un canario que salía de una casita para decir la hora el día que fue allí por lo de las flores de la Adoración de las Cuarenta Horas porque era difícil saber qué clase de regalo hacer o quizás un álbum de vistas en color de Dublín o de algún sitio.

Esos desesperantes traviesos de los gemelos empezaron otra vez a pelearse y Jacky tiró fuera la pelota hacia el mar y los dos corrieron siguiéndola. Unos micos groseros como golfos. Alguien debería ocuparse de ellos y darles una buena para que se estuvieran en su sitio, a los dos. Y Cissy y Edy les gritaron que volvieran porque tenían miedo de que subiera la marea y se ahogaran.

—¡Jacky! ¡Tommy!

¡A buena parte! ¡Sí que hacían caso! Así que Cissy dijo que era la última vez que los sacaba. Se puso de pie de un salto y les llamó y bajó corriendo por el declive, pasando por delante de él, agitando el pelo por atrás, que no tenía mal color si hubiera sido más, pero con todos esos potingues que se estaba echando encima siempre no podía conseguir que le creciera largo porque no era natural por mucho que se molestara. Corría con grandes zancadas de pato que era extraño que no se le descosiera la falda por un lado que le estaba demasiado apretada porque Cissy Caffrey era muy chicote y bien que se lanzaba siempre que le parecía que tenía una buena oportunidad para lucirse y sólo porque era buena en correr corría así para que él viera los bajos de la enagua corriendo y sus zancas flacas todo lo más arriba posible. Le estaría bien empleado si hubiera tropezado en algo accidentalmente aposta con sus tacones altos y torcidos a la francesa que llevaba para parecer alta y se diera un buen revolcón. *Tableau!* Habría sido un bonito espectáculo para que lo presenciara un caballero así.

Reina de los ángeles, reina de los patriarcas, reina de los profetas, de todos los santos, rezaban, reina del santísimo rosario y entonces el Padre Conroy entregó el incensario al canónigo O'Hanlon y éste echó el incienso e incensó al Santísimo Sacramento y Cissy Caffrey agarró a los dos gemelos y buenas ganas tenía de darles unos cachetes ruidosos pero no lo hizo porque pensó que él podía estar mirando pero nunca en su vida cometió una equivocación mayor porque Gerty veía sin mirar que él no le quitaba los ojos de encima y entonces el canónigo O'Hanlon volvió a dar el incensario al Padre Conroy y se arrodilló levantando los ojos al Santísimo Sacramento y el coro empezó a cantar *Tantum ergo* y ella balanceó el pie adentro y afuera a compás mientras la música subía y bajaba con el *tantumer gosa cramen tum*. Tres con once había pagado por esas medias en Sparrow, en la calle George, el martes, no, el lunes antes de Pascua y no se les había hecho ninguna carrera y eso era lo que miraba él, transparentes, y no a esas otras insignificantes que no tenían forma ni figura (¡qué cara dura!) porque tenía ojos en la cara para ver él mismo la diferencia.

Cissy volvió a subir de la playa con los dos gemelos y la pelota con el sombrero de cualquier manera echado a un lado después de su carrera y parecía una bruja tirando de los dos chiquillos con esa blusa cursi que se había comprado sólo hacía quince días como un trapo encima y su poco de enagua colgando como una caricatura. Gerty se quitó un momento el sombrero para arreglarse el pelo y jamás se vio sobre los hombros de una muchacha una cabellera más linda, más delicada, con sus rizos castaños, una breve visión radiante, en verdad, casi enloquecedora de dulzura. Habríais de viajar muchas y muchas millas antes de encontrar una cabellera como esa. Casi pudo ver el rápido sofoco en respuesta admirativa de los ojos de él, que la hizo vibrar en todos sus nervios. Se puso el sombrero para poder mirar por debajo del ala y balanceó más rápido el zapato con hebilla pues se le cortó el aliento

al captar la expresión de sus ojos. Él la observaba como la serpiente observa a su víctima. Su instinto femenino le dijo que había provocado un tumulto en él y al pensarlo un ardiente escarlata la invadió desde el escote a la frente hasta que el delicioso color de su rostro se convirtió en un glorioso rosado.

Edy Boardman se daba cuenta también porque miraba de reojo a Gerty, medio sonriendo, con sus gafas, como una solterona, fingiendo arreglar al nene. Bicho malo que era y lo sería siempre y por eso nadie podía aguantarla, metiendo la nariz en lo que no le importaba. Y dijo ella a Gerty:

—Daría cualquier cosa por saber lo que piensas.

—¿Qué? —contestó Gerty con una sonrisa reforzada por los dientes más blancos del mundo—. Estaba pensando sólo si se hace tarde.

Porque tenía unas ganas terribles de que se llevaran a casa a esos gemelos mocosos y al nene y se acabara el asunto y por eso era por lo que había insinuado suavemente lo de que se hacía tarde. Y cuando llegó Cissy, Edy le preguntó qué hora era y la señorita Cissy, tan mala lengua como siempre, dijo que era la hora del beso y media y hora de besarse otra vez. Pero Edy quería saberlo porque les habían dicho que volvieran pronto.

—Espera —dijo Cissy—, le preguntaré ahí a mi tío Perico qué hora es por su artefacto.

Así que allá que fue y cuando él la vio le vio que se sacaba la mano del bolsillo, y se ponía nervioso, y empezaba a jugar con la cadena del reloj, mirando a la iglesia. Aunque de naturaleza apasionada Gerty vio que tenía un enorme dominio de sí mismo. Hacía un momento estaba allí fascinado por una delicia que le hacía mirar pasmado, y un momento después ya era el tranquilo caballero de grave rostro, con el dominio de sí mismo expresado en todas las líneas de su rostro distinguido.

Cissy dijo que perdonara que si le importaría decirle qué hora era y Gerty le vio que sacaba el reloj, se lo llevaba al oído y levantaba los ojos y se aclaraba la garganta y decía que lo sentía mucho que se le había parado el reloj pero que creía que debían ser más de las ocho porque se había puesto el sol. Su voz tenía un tono de hombre culto y aunque hablaba con mesurado acento había una sospecha de temblor en su suave entonación. Cissy dijo que gracias y volvió con la lengua fuera diciendo que su tío decía que su cacharro estaba estropeado.

Entonces cantaron la segunda estrofa del *Tantum ergo* y el canónigo O'Hanlon se volvió a levantar e incensó el Santísimo Sacramento y se arrodilló y le dijo al Padre Conroy que una de las velas iba a pegar fuego a las flores y el Padre Conroy se levantó y lo arregló todo y ella vio al caballero dando cuerda al reloj y oyendo si funcionaba y ella balanceó más la pierna entrando y saliendo a compás. Estaba oscureciendo pero él podía ver y miraba todo el tiempo mientras daba cuerda al reloj o lo que le estuviera haciendo y luego se lo volvió a guardar y se metió las manos otra vez en los bolsillos. Ella sintió una especie de sensación que la invadía y comprendió por cómo notaba la piel del pelo y esa irritación contra la faja que debía

venirle esa cosa porque la última vez fue también cuando se cortó las puntas del pelo porque tocaba lo de la luna. Los oscuros ojos de él se volvieron a fijar en ella, bebiendo todos sus perfiles, literalmente adorándola en su santuario. Si ha habido alguna vez una admiración sin disimulo en la apasionada mirada de un hombre, ahí se veía claramente, en el rostro de ese hombre. Es por ti, Gertrude MacDowell, y lo sabes muy bien.

Edy empezó a prepararse para marcharse y ya era hora para ella y Gerty se dio cuenta de que la pequeña sugerencia que lanzó había tenido el efecto deseado porque había un buen trecho por la playa hasta donde estaba el sitio por donde podía pasar el cochecito y Cissy les quitó las gorras a los gemelos y se arregló el pelo para ponerse atractiva claro y el canónigo O'Hanlon se irguió con la capa pluvial haciéndole un pico detrás del cuello y el Padre Conroy le entregó la oración para que la leyera y él leyó en voz alta *Panem de caelo praestitisti eis* y Edy y Cissy hablaban todo el tiempo de la hora y le preguntaron a Gerty pero Gerty les pudo pagar en su misma moneda y se limitó a contestar con fría cortesía cuando Edy le preguntó si tenía el corazón destrozado porque el preferido de su corazón la hubiera dejado plantada. Gerty se contrajo bruscamente. Un rápido fulgor frío brilló en sus ojos, expresando elocuentemente un inmenso desprecio. Le dolió: oh sí, le llegó muy hondo, porque Edy tenía su manera suave de decir cosas así que sabía que herirían, condenado bicho malo que era. Los labios de Gerty se abrieron rápidamente para pronunciar la palabra pero contuvo el sollozo que se elevaba en su garganta, tan delicada, tan impecable, tan hermosamente modelada que parecía haberla soñado un artista. Ella le había amado más de lo que él nunca imaginó. Frívolo engañador, voluble como todos los de su sexo, él jamás comprendería lo que había significado para ella, y por un instante en sus ojos azules hubo un vivo escozor de lágrimas. Ellas la miraban en inexorable escrutinio, pero, con un valeroso esfuerzo, Gerty volvió a chispear en respuesta comprensiva, lanzando una ojeada a su nueva conquista para que vieran.

—Ah —respondió Gerty, rápida como el rayo, riendo, y su altiva cabeza se irguió en un arrebato—, puedo arrojar el guante a cualquiera porque es año bisiesto.

Sus palabras resonaron cristalinas, más musicales que el arrullo de la torcaz, pero cortaron el silencio gélidamente. En su joven voz había algo que proclamaba que no era persona con quien se pudiera jugar a la ligera. En cuanto al señorito Reggy con todos sus aires y su poco de dinero, ella le podía dejar a un lado como si fuera una basura y jamás le volvería a dedicar un pensamiento y rompería su estúpida postal en mil pedazos. Y si se le ocurría jactarse alguna vez, ella le dejaría clavado en su sitio con una mirada de medido desprecio. A la pequeña señorita Edy se le puso una cara bastante larga y Gerty se dio cuenta al verla tan negra como un tizón de que estaba simplemente hecha una furia aunque lo disimulaba, la muy lagarta, porque la flecha le había dado en el blanco, en sus celos mezquinos, y las dos sabían muy bien que ella era algo diferente, que no era una de ellas y que había alguien más que lo sabía también y lo veía, así que ya podían darse por enteradas.

Edy arregló al nene Boardman para marcharse y Cissy recogió la pelota y las palas y cubos y ya era hora de marcharse porque le iba tocando quedarse duermes al señorito Boardman y Cissy le decía también que ya venía Fernandillo y el nene se iba a mimí y el nene estaba riquísimo riéndose con los ojos felices, y Cissy le dio una metida así jugando en la barriguita, y el nene, sin pedir permiso siquiera, disparó sus saludos en el babero nuevecito.

—¡Ay, ay! ¡Qué cochinillo! —protestó Cissy—. Se ha echado a perder el babero.

El leve contratiempo reclamó su atención pero en un abrir y cerrar de ojos arregló el asuntillo.

Gerty sofocó una exclamación reprimida y tosió nerviosamente y Edy preguntó qué pasaba y ella estuvo a punto de decirle que lo cazara al vuelo pero siempre era señorial en sus modales así que sencillamente lo dejó correr con tacto consumado diciendo que era la bendición porque precisamente entonces sonaba la campana en el campanario sobre la tranquila playa porque el canónigo O'Hanlon estaba erguido en el altar con el velo que le había puesto el Padre Conroy alrededor de los hombros dando la bendición con el Santísimo Sacramento.

Qué conmovedora escena aquella, en la creciente penumbra del atardecer, el último atisbo de Erín, el emocionante son de aquellas campanas vespertinas y al mismo tiempo un murciélago salía volando del campanario con hiedra, a través del oscurecer, de acá para allá, con un débil grito perdido. Y ella veía allá lejos las luces de los faros tan pintorescos que le hubiera gustado copiarlas con una caja de colores porque eran más fáciles de hacer que un hombre y pronto iría el farolero dando la vuelta por delante del terreno de la iglesia presbiteriana y por la umbrosa avenida Tritonville por donde paseaban las parejas y encendería el farol junto a su ventana donde Reggy Wylie solía dar vueltas a piñón libre mientras ella leía ese libro *El farolero,* de Miss Cummins, autora de *Mabel Vaughan* y otros relatos. Pues Gerty tenía sueños de que nadie sabía. Le gustaba leer poesía y cuando Bertha Supple le regaló de recuerdo ese delicioso álbum de confesiones de cubiertas rosa coral para que escribiera sus pensamientos, ella lo metió en el cajón de su tocador que, aunque no se excedía por el lado del lujo, estaba escrupulosamente limpio y arreglado. Allí era donde guardaba el escondite de sus tesoros de muchachita, las peinetas de tortuga, la medalla de Hija de María, el perfume rosa blanca, la cejaleína, el portaperfumes de alabastro, y las cintas para cambiar cuando le llegaban sus cosas de lavar y había algunos hermosos pensamientos escritos en el álbum con tinta violeta que compró en Hely, en la calle Dame, pues pensaba que ella también sería capaz de escribir poesía sólo con que supiera expresarse como esos versos que la impresionaron tanto que los copió del periódico que encontró una tarde envolviendo las hierbas para guisar. *¿Eres real tú, oh mi ideal?,* era el título, de Louis J. Walsh, Magherafelt, y luego había algo como *Crepúsculo, ¿jamás querrás?,* y más de una vez la belleza de la poesía, tan triste en su hermosura transitoria, le había nublado los ojos con lágrimas silenciosas por los años que se le iban escapando uno tras otro, y si no fuera por ese defecto que

ella sabía no tendría por qué temer a ninguna competidora y eso fue un accidente bajando la cuesta de Dalkey y siempre trataba de ocultarlo. Pero tenía que terminar, lo presentía. Si distinguía en los ojos de él esa mágica llamada, no habría nada que la sujetara. El amor se ríe de las rejas. Ella haría el gran sacrificio. Su único empeño sería compartir los pensamientos de él. Ella sería entonces para él más preciosa que el mundo entero y le doraría sus días a fuerza de felicidad. Había una cuestión de suprema importancia y ella se moría por saber si él era casado o si era un viudo que había perdido a su mujer o alguna tragedia así como el noble de nombre extranjero del país de la canción que la tuvo que encerrar en un manicomio, cruel sólo por ser bondadoso. Pero incluso si… ¿qué, entonces? ¿Importaría mucho? Ante todo lo que sonara a indelicado en lo más mínimo, su refinada naturaleza se echaba atrás instintivamente. Odiaba a esa clase de personas, las mujeres caídas que daban vueltas por la acera delante del Dodder y se iban con soldados y hombres groseros, sin respeto por el honor de una muchacha, degradando a su sexo y siendo llevadas a la comisaría de policía. No, no: eso no. Serían nada más buenos amigos como una hermana y su hermano mayor sin nada de todo lo demás, a pesar de las convenciones de la Sociedad con mayúscula. Quizá él estaría de luto por un viejo amor de los días que ya no se pueden rescatar. Ella creía entenderle. Trataría de entenderle porque los hombres eran tan diferentes. El viejo amor esperaba, esperaba con las blancas manecitas extendidas, con suplicantes ojos azules. ¡Corazón mío! Ella seguiría su sueño de amor, los dictados de su corazón que le decían que él lo era todo para ella, el único hombre en el mundo para ella, pues el amor era la guía suprema. No importaba nada más. Pasara lo que pasara ella sería indómita, libre, sin trabas.

El canónigo O'Hanlon volvió a dejar el Santísimo Sacramento en el tabernáculo y el coro cantó *Laudate Dominum omnes gentes* y luego cerró el tabernáculo porque se había acabado la bendición y el Padre Conroy le entregó el bonete para que se lo pusiera y la malvada de Edy le preguntó si no venía también pero Jacky Caffrey gritó:

—¡Eh, mira, Cissy!

Y todos miraron era un relámpago de calor pero Tommy lo vio también detrás de los árboles junto a la iglesia, azul y luego verde y violeta.

—Son fuegos artificiales —dijo Cissy Caffrey.

Y todos bajaron corriendo por la playa para ver más allá de las casas y la iglesia, haciendo jaleo, Edy con el cochecito con el nene Boardman dentro y Cissy sujetando de la mano a Tommy y Jacky para que no se cayeran al correr.

—Vamos allá, Gerty —gritó Cissy—. Son los fuegos artificiales de la tómbola.

Pero Gerty permaneció inexorable. No tenía intenciones de estar a su disposición. Si ellas querían correr como locas, ella podía seguir sentada así que dijo que veía muy bien desde donde estaba. Los ojos que estaban clavados en ella le hacían hormiguear las venas. Le miró un momento, encontrando su mirada, y una luz la invadió. En aquel rostro había pasión al rojo blanco, una pasión silenciosa como la tumba, que la había hecho suya. Al fin quedaban solos sin las otras que cotillearan y

comentaran y ella sabía que podía confiar en él hasta la muerte, constante, un hombre de ley, un hombre de honor inflexible hasta la punta de los dedos. A él le vibraban las manos y la cara: un temblor la invadió a ella. Gerty se echó muy atrás para mirar a lo alto los fuegos artificiales y se cogió la rodilla entre las manos para no caerse atrás al mirar y no había nadie que lo viera sino sólo él y cuando reveló así del todo sus graciosas piernas, tan hermosamente formadas, tan flexibles y delicadamente redondeadas, le pareció oír el jadeo de su corazón, el ronco respirar de él, porque conocía la pasión de hombres así, de sangre caliente, porque Bertha Supple se lo había contado una vez con mucho secreto y le había hecho jurar que nunca lo diría de aquel caballero el huésped que tenían en casa de la Dirección de Zonas Superpobladas que tenía ilustraciones recortadas de revistas con esas bailarinas de falditas cortas y patas por el aire y dijo que a veces hacía en la cama algo no muy bonito que ya se puede imaginar. Pero eso era completamente diferente de una cosa así porque había una completa diferencia porque ella casi sentía como él le atraía la cara a la de él y el primer contacto caliente de sus bellos labios. Además había absolución con tal de que no se hiciera lo otro antes de estar casados y debería haber mujeres curas que comprenderían sin que una lo dijera claro y Cissy Caffrey también a veces tenía en los ojos ese aire soñador de sueños así, así que ella también, vamos, y Winny Rippingham tan loca por las fotos de actores y además era por culpa de esa otra cosa que venía de esa manera.

Y Jacky Caffrey gritó que miraran, que había otro y ella se echó para atrás y las ligas eran azules haciendo juego por lo de la transparencia y todos lo vieron y gritaron mira, mira ahí está y ella se echó atrás todavía más para ver los fuegos artificiales y algo raro volaba por el aire, una cosa suave de acá para allá, oscura. Y ella vio una larga bengala que subía por encima de los árboles, arriba, arriba, y en el tenso silencio, todos estaban sin aliento de la emoción mientras subía más y más y ella tuvo que echarse todavía más y más atrás para seguirla con la mirada, arriba, arriba, casi perdiéndose de vista, y tenía la cara invadida de un divino sofoco arrebatador de esforzarse echándose atrás y él le vio también las otras cosas, bragas de batista, el tejido que acaricia la piel, mejor que esas otras de pantalón, las verdes, cuatro con once, porque eran blancas y ella le dejaba y vio que veía y luego subía tan alto que se perdió de vista por un momento y ella temblaba por todo el cuerpo de echarse tan atrás y él lo veía todo bien arriba por encima de la rodilla que nadie jamás ni siquiera en el columpio ni vadeando con los pies en el agua y a ella no le daba vergüenza y a él tampoco de mirar de ese modo sin modestia porque él no podía resistir la visión de la prodigiosa revelación ofrecida a medias como esas bailarinas de falditas cortas que se portaban tan sin modestia delante de los caballeros que miraban y él seguía mirando, mirando. Ella habría deseado gritar hacia él con voz sofocada, extender sus brazos níveos para que viniera, sentir sus labios en la blanca frente, el clamar de un amor de muchacha, un gritito ahogado, arrancado de ella, ese grito que corre a través de los siglos. Y entonces subió un cohete y pam un estallido

cegador y ¡Ah! luego estalló la bengala y hubo como un suspiro de ¡Ah! y todo el mundo gritó ¡Ah! ¡Ah! en arrebatos y se desbordó de ella un torrente de cabellos de oro en lluvia y se dispersaron y ¡Ah! eran todos como estrellas de rocío verdoso cayendo con doradas ¡Ah qué bonito! ¡Ah qué tierno, dulce, tierno!

Luego se disolvieron todos como rocío en el aire gris: todo quedó en silencio. ¡Ah! Ella le lanzó una ojeada al echarse adelante rápidamente, una pequeña ojeada patética de protesta lastimosa, de tímido reproche, bajo la cual él se ruborizó como una muchacha. Él estaba recostado contra la roca de detrás. Leopold Bloom (pues de él se trata) está quieto en silencio, con la cabeza inclinada ante esos jóvenes ojos sin malicia. ¡Qué bruto había sido! ¿Otra vez en eso? Le había llamado una hermosa alma inmaculada, a él, miserable, y ¿cómo había respondido? Había sido un verdadero infame. ¡Él, él precisamente! Pero había una infinita reserva de misericordia en aquellos ojos, una palabra de perdón también para él aunque había errado y pecado y se había extraviado. ¿Lo contaría eso una muchacha? No, mil veces no. Ése era el secreto entre los dos, sólo de ellos, solos en la media luz que se escondía y no había quien lo supiera ni lo contara sino el pequeño murciélago que volaba tan suavemente de acá para allá, y los pequeños murciélagos no hablan.

Cissy Caffrey silbó, imitando a los chicos en el fútbol para hacer ver qué persona más grande era; y luego gritó:

—¡Gerty, Gerty! Nos vamos. Ven acá. Se ve desde más arriba.

Gerty tuvo una idea, una de esas pequeñas astucias del amor. Deslizó una mano en el bolsillo del pecho y sacó el algodón y lo agitó en respuesta claro que sin dejarle ver a él y luego lo puso otra vez en su sitio. No sabía además si él estaba demasiado lejos. Se levantó. ¿Era el adiós? No. Tenía que irse pero se volverían a encontrar, allí, y ella lo soñaría hasta entonces, mañana, el sueño del día de ayer. Se incorporó en toda su estatura. Sus almas se unieron en una última ojeada demorada, y los ojos de él alcanzándole el corazón, llenos de un fulgor extraño, quedaron flotando en arrebato en torno a su dulce rostro floreal. Ella medio le sonrió pálidamente, una dulce sonrisa de perdón, una sonrisa al borde de las lágrimas, y luego se separaron.

Lentamente sin mirar atrás ella bajó por la playa desigual hacia Cissy, hacia Edy, hacia Jacky y Tommy Caffrey, hacia el nene Boardman. Ya estaba más oscuro y había piedras y pedazos de madera en la playa y algas resbalosas. Ella caminaba con una determinada dignidad tranquila muy característica suya pero con cuidado y muy despacio porque… Gerty MacDowell era…

¿Botines estrechos? No. ¡Es cojita! ¡Oh!

El señor Bloom la observó alejarse cojeando. ¡Pobre chica! Por eso la dejan plantada mientras las otras corrían tanto. Me parecía que debía haber algún problema por su aire. Belleza plantada. Un defecto es diez veces peor en una mujer. Pero las hace corteses. Me alegro de no haberlo sabido cuando se estaba exhibiendo. De todas maneras un diablillo caliente. No me importaría. Una curiosidad como una monja o una negra o una chica con gafas. Aquella bizca es delicada. Cerca de su mes,

imagino, las pone cosquillosas. Qué dolor de cabeza tengo hoy. ¿Dónde he metido la carta? Ah sí, muy bien. Toda clase de antojos raros. Lamer monedas. La chica del convento Tranquilla que me dijo aquella monja que le gustaba oler aceite mineral. Las vírgenes acaban por volverse locas supongo. ¿Hermana? ¿Cuántas mujeres lo tienen hoy en Dublín? Martha, ella. Algo en el aire. Es la luna. Pero entonces ¿por qué no menstrúan todas las mujeres al mismo tiempo con la misma luna, digo yo? Depende del momento en que nacieron, supongo. O empiezan todas a la vez y luego pierden el paso. A veces Molly y Milly juntas. De todos modos yo he sacado lo más que se podía. Me alegro muchísimo de no haberlo hecho esta mañana en el baño por su carta tonta te voy a castigar. Me ha compensado del tranviario de esta mañana. Ese pelmazo de M'Coy parándome para no decirme nada. Y su mujer contrato en provincias maleta, la voz como una piqueta. Agradecido por pequeñas bondades. Barato también. A disposición de cualquiera. Porque lo quieren ellas también. Su deseo natural. Manadas de ellas todos los anocheceres saliendo de las oficinas. Mejor con reserva. No lo quieres y te lo echan encima. Pescarlas vivas, oh. Lástima que no se puedan ver ellas mismas. Un sueño de medias bien rellenas. ¿Dónde era eso? Ah sí. Las vistas en el mutoscopio de la calle Capel: sólo para hombres. El ojo de la cerradura. El sombrero de Willy y lo que hicieron con él las chicas. ¿Fotografían de verdad a esas chicas o es todo un truco? Es todo la ropa interior. Palpó sus curvas dentro del *déshabillé*. También las excita cuando están. Estoy toda limpia ven a ensuciarme. Y les gusta vestirse unas a otras para el sacrificio. Milly encantada con la blusa nueva de Molly. Al principio. Se lo ponen todo para quitárselo todo. Molly. Por eso le compré las ligas violeta. También nosotros: la corbata que llevaba, sus calcetines tan bonitos y pantalones con vuelta. Llevaba botines la noche que nos conocimos. Su deliciosa camisa resplandecía bajo su ¿qué? de azabache. Dicen que una mujer pierde un poco de encanto con cada alfiler que se quita. Prendidas con alfileres. Oh Mary perdió el alfiler de sus. De veinticinco alfileres para alguno. La moda es parte de su encanto. Cambia precisamente cuando uno está en la pista del secreto. Excepto en Oriente: María, Marta, ahora como entonces. No se rechaza ninguna oferta razonable. Ella tampoco tenía prisa. Siempre van a buscar a algún tío cuando la tienen. Nunca se les olvida una cita. Había salido probablemente a ver qué se pesca. Creen en la suerte porque es como ellas. Y las demás dispuestas a meterse con ella si podían. Amigas en el colegio, con los brazos al cuello unas de otras o con los dedos entrelazados, besándose y cuchicheando secretos de nada en el jardín del convento. Las monjas con caras enjalbegadas, toca helada y los rosarios, de acá para allá, vengativas también por lo que ellas no pueden tener. Alambre de espino. No te olvides de escribirme. Ya te escribiré también. ¿De verdad? Molly y Josie Powell. Hasta que llega el hombre de sus sueños y entonces se ven de Pascuas a Ramos. *Tableau!* ¡Ay, mira quién está aquí, válgame Dios! ¿Cómo te va? ¿Qué ha sido de ti? Beso y cuánto me alegra, beso, verte. Buscándose defectos la una a la otra en el

aspecto. Tienes una pinta estupenda. Almas hermanas enseñándose los dientes unas a otras. ¿Cuántos te quedan? No se prestarían un puñado de sal la una a la otra.

¡Ah!

Demonios que son cuando les viene eso. Un aspecto sombrío de demonios. Molly me decía muchas veces que las cosas le pesaban una tonelada. Ráscame la planta del pie. ¡Ah, así! ¡Ah, así es estupendo! También yo lo noto. Es bueno descansar una vez de algún modo. No sé si es malo ir con ellas entonces. Seguro, en cierto modo. Estropea la leche, hace que se partan las cuerdas de violín. Algo sobre que marchita las plantas en un jardín, lo he leído. Además dicen que si se marchita la flor que lleva, es una coqueta. Todas lo son. Apuesto a que se dio cuenta de que yo. Cuando alguien se siente así muchas veces se encuentra con lo que siente. ¿Le gusté o qué? Al traje es a lo que miran. Siempre saben cuando uno les hace la corte: cuellos y puños. Bueno los gallos y los leones hacen lo mismo y los ciervos. Alguna vez podrían preferir una corbata deshecha o algo así. ¿Pantalones? ¿Y si yo cuando estaba? No. La suavidad es lo principal. No les gusta la dureza y el revolcón. Besar a oscuras y no contarlo. Vio algo en mí. No sé qué. Mejor tenerme a mí tal como soy que a algún poeta de esos con brillantina y el rizo matador bien pegado sobre la visual izquierda. Para ayudar a un caballero en trabajos literarios. Debería cuidar mi aspecto mi edad. No la dejé que me viera de perfil. Sin embargo, quién sabe. Chicas guapas que se casan con hombres feos. La bella y la bestia. Además no puedo ser así si Molly. Se quitó el sombrero para enseñar el pelo. Ala ancha comprada para esconder la cara, si encuentra alguien que la conozca, agachándose o llevando un ramillete de flores para oler. El pelo es fuerte en celo. Diez chelines me dieron por los que se le caían a Molly al peinarse cuando estábamos sin una perra en la calle Holles. ¿Por qué no? Supongamos que él le diera dinero. ¿Por qué no? Es todo un prejuicio. Ella vale diez, quince, más, una esterlina. ¿Qué? Así lo creo. Todo por nada. Caligrafía audaz. Señora Marion. ¿Me olvidé de poner el remite en esa carta como en la postal que le mandé a Flynn? Y el día que fui a Drimmie sin corbata. El disgusto con Molly que me había puesto fuera de mí. No, me acuerdo. Richie Goulding. Ése es otro. Se le ha quedado en el alma. Es gracioso que se me paró el reloj a las cuatro y media. Polvo. Aceite de hígado de tiburón usan para limpiar podría hacerlo yo mismo. Ahorrar. ¿Fue precisamente entonces cuando él, ella?

Ah, él sí lo hizo. Dentro de ella. Ella hizo. Hecho.

¡Ah!

El señor Bloom, con mano cuidadosa, volvió a poner en su sitio la camisa mojada. Ah Señor, esa diablilla cojeante. Empieza a notarse frío y pegajoso. Consecuencia nada agradable. Sin embargo de algún modo hay que quitárselo de encima. A ellas no les importa. Halagadas quizá. A casita a su panecito con leche y a rezar las oraciones de la noche con los niñitos. Bueno, sí que son unas. Verla como es lo estropea todo. Tiene que tener toda la puesta en escena, el colorete, la ropa, la posición, la música. El nombre también: Amours de actrices. Nell Gwynn, Mrs

Bracegirdle, Maud Branscombe. Se levanta el telón. Fulgor plateado de luna. Aparece una doncella de seno pensativo. Ven amorcito mío y dame un beso. Todavía noto. La fuerza que le da a un hombre. Ése es el secreto del asunto. Menos mal que me descargué ahí atrás saliendo de lo de Dignam. Era la sidra. De otro modo no habría podido. Le da a uno ganas de cantar después. *Lacaus esant taratará*. ¿Y si hubiera hablado con ella? ¿De qué? Mal plan sin embargo si uno no sabe cómo acabar la conversación. Les haces una pregunta y ellas te hacen otra. Buena idea si uno no sabe qué hacer. Ganar tiempo: pero entonces se mete uno en un lío. Estupendo clara si uno dice: buenas tardes, y se ve que ella está en plan: buenas tardes. Ah pero la tarde oscura en la Vía Apia cuando casi le hablé a la señora Clinch pensando que era. ¡Uf! La chica de la calle Meath aquella noche. Todas las porquerías que le hice decir todas equivocadas claro. El cubo lo llamaba. Es tan difícil encontrar una que. ¡Ahó! Si uno no contesta cuando ellas se ofrecen debe ser horrible para ellas hasta que se curten. Y me besó la mano cuando le di los dos chelines extra. Loros. Aprieta el botón y el pájaro chilla. Lástima que me llamó señor. ¡Ah, su boca en la oscuridad! ¡Y tú, un hombre casado, con una chica soltera! Eso es lo que disfrutan. Quitarle el hombre a otra mujer. O incluso oírlo decir. Es diferente conmigo. Me alegra quitarme de encima a la mujer de otro tío. Comer de las sobras de su plato. El tío de hoy en el Burton volviendo a escupir cartílagos masticados con las encías. Todavía llevo en la cartera el preservativo. Causa de la mitad del lío. Pero podría ocurrir alguna vez, no creo. Entre. Todo está preparado. Soñé. ¿Qué? Lo peor es empezar. Cómo cambian de música cuando no es lo que les gusta. Te preguntan te gustan las setas porque una vez conoció a un caballero que. O te preguntan lo que iba a decir alguien cuando cambió de idea y se detuvo. Sin embargo si yo llegara al fondo, decir: tengo ganas de, algo así. Porque tenía. Ella también. Ofenderla. Luego arreglarlo. Fingir necesitar algo terriblemente, luego renunciar por ella. Les halaga. Debía estar pensando en otro todo el tiempo. ¿Y qué tiene de malo? Debe ser él, él y él, desde que tiene uso de razón. El primer beso es el que lo hace todo. El momento propicio. Algo se dispara dentro de ellas. Ablandadas, se nota por sus ojos, a escondidas. Los primeros pensamientos son los mejores. Lo recuerdan hasta el día de su muerte. Molly, el teniente Mulvey que la besó debajo de la muralla mora junto a los jardines. A los quince me dijo. Pero tenía los pechos desarrollados. Luego se durmió. Después de la cena en Glencree fue eso cuando volvimos en coche a casa a la montaña del colchón de plumas. Rechinando los dientes en sueños. También el Lord Alcalde le echó el ojo. Val Dillon. Apoplético.

Ahí está con ellos ahí abajo mirando los fuegos. Mis fuegos. Subir como un cohete, bajar como un palo. Y los niños, gemelos deben ser, esperando a que pase algo. Quieren ser mayores. Vestidos con la ropa de mamá. Hay tiempo de sobra, comprender cómo es el mundo. Y la morena con esa cabeza de escoba y la boca de negra. Se veía que sabría silbar. Boca hecha para eso. Como Molly. ¿Por qué aquella puta de lujo en Jammet llevaba el velo sólo hasta la nariz? Por favor, ¿tendría la bondad de decirme la hora? Le diré la hora en una calleja oscura. Decir prudente y

prismas cuarenta veces todas las mañanas, cura para labios gordos. Acariciando al nene también. Los espectadores ven la mayor parte del juego. Claro que comprenden a los pájaros, a los animales, a los niñitos. Es su especialidad.

No se volvió a mirar cuando bajaba por la playa. No quiso dar esa satisfacción. Esas bañistas, esas bañistas, esas bañistas tan guapas y tan listas. Bonitos ojos tenía, y claros. Es el blanco del ojo lo que lo destaca, no la pupila. ¿Sabía lo que yo? Claro. Como el gato que se sienta a donde el perro no puede saltar. Las mujeres no le encuentran nunca a uno como a aquel Wilkins en la escuela secundaria dibujando una Venus y enseñándolo todo. ¿A eso se le llama inocencia? ¡Pobre idiota! Su mujer ya tiene tela cortada. Nunca se las ve sentadas en un banco con el letrero RECIÉN PINTADO. Tienen ojos por todas partes. Miran debajo de la cama a ver lo que no hay. Deseando que les den el susto de su vida. Listas como demonios son. Cuando le dije a Molly que el hombre de la esquina de la calle Cuffe era guapo, me parecía que le podía gustar, al momento ella guipó que tenía un brazo artificial. Y lo tenía. ¿De dónde sacan eso? La mecanógrafa subiendo las escaleras de Roger Greene de dos en dos para enseñar lo que se pudiera. Lo heredan de padre mejor dicho de madre a hija. Lo crían en los huesos. Milly por ejemplo secando el pañuelo en el espejo para ahorrarse plancharlo. El mejor sitio para un anuncio que llame la atención de una mujer es en el espejo. Y cuando la mandé a buscar el chal de Molly Paisley en Prescott, por cierto ese anuncio tengo que, se trajo a casa la vuelta en la media. Qué bichito listo. Nunca se lo dije. Una manera lista de llevar paquetes, también. Atraer a los hombres, tan pequeña. Levantando la mano, moviéndola, para que se le retirara la sangre cuando se le ponía colorada. ¿De quién has aprendido eso? De nadie. Algo que me enseñó el ama de cría. Ah ¿no saben? A los tres años ya se ponía delante del tocador de Molly antes mismo de que nos mudáramos de la calle Lombard West. *Tengo una carita bonita*. Mullingar. ¿Quién sabe? Así es el mundo. El joven estudiante. Bien derecha de piernas sin embargo no como la otra. Sin embargo, tenía mucho juego. Señor, estoy mojado. Qué diablillo eres. La curva de su pantorilla. Medias transparentes, tensas a punto de romperse. No como aquella bruja de hoy. A. E. Medias arrugadas. O la de la calle Grafton. Blancas. ¡Uh! Patas de elefante.

Reventó un cohete en remolino, deshaciéndose en petardos de relámpago. Trae, trae, trae, trae. Y Cissy y Tommy corrieron a ver y Edy detrás con el cochecito y luego Gerty más allá del saliente de las rocas. ¿Va a? ¡Fíjate, fíjate! ¡Mira! Se volvió a mirar. Ya ha caído. Guapa, te he visto las. Lo vi todo.

¡Señor!

Me ha sentado bien de todos modos. Estaba un poco desencajado después de lo de Kiernan y Dignam. Por este alivio, gracias a ti. Es de *Hamlet* eso. ¡Señor! Han sido todas las cosas reunidas. La excitación. Cuando se echó atrás sentí un dolor en la raíz de la lengua. Le hierve a uno la cabeza. Tiene razón. Sin embargo podría haber quedado peor aún. En vez de hablar de nada. Luego te lo contaré todo. Sin embargo, había una especie de lenguaje entre nosotros. ¿No podría ser? No, la llamaban Gerty.

Podría ser un nombre falso sin embargo como el mío y la dirección Dolphin's Barn era una trampa.

De soltera se llamaba Jemina Brown
y estaba con su madre en Irishtown.

El sitio me ha hecho pensar en eso supongo. Todas manchadas de pez con la misma brocha. Limpiándose las plumas en las medias. Pero la pelota bajó rodando hacia ella como si comprendiese. Cada bala tiene su blanco. Verdad es que yo nunca sabía tirar nada derecho en la escuela. Torcido como cuerno de carnero. Triste sin embargo porque sólo dura unos pocos años hasta que sientan la cabeza fregando los cacharros y los pantalones de papá pronto le vendrán a Willy y el polvo de licopodio para el nene cuando le ponen a que haga caca. No es un trabajo fácil. Las salva. Las pone fuera del alcance del mal. La naturaleza. Lavar niños, lavar cadáveres. Dignam. Las manos de los niños siempre alrededor de ellas. Cráneos como cocos, monos, ni siquiera cerrados al principio, leche agria en los pañales y cuajos manchados. No le debería haber dado a ese niño una boquilla vacía a chupar. Se llena de aire. La señora Beaufoy, Purefoy. Tengo que ir por el hospital. No sé si seguirá allí la enfermera Callan. Venía a echar una mirada a veces cuando Molly estaba en el Palacio del Café. Aquel joven médico O'Hare me di cuenta de que ella le cepillaba el abrigo. Y la señora Breen y la señora Dignam también así en otros tiempos, casaderas. Lo peor de todo por la noche, me dijo la señora Duggan en el City Arms. El marido llega rodando borracho, echando peste de taberna como un animal. Tener eso en la nariz en la oscuridad, hedor de trago pasado. Y luego preguntando por la mañana: ¿estuve borracho anoche? Mala política sin embargo echar la culpa al marido. Tirar piedras a su propio tejado. Están unidos como con cola. Quizá es también culpa de las mujeres. Ahí es donde Molly les da ciento y raya a todas. Es la sangre del Sur. Morisca. También las formas, la figura. Manos buscaron sus opulentas. Comparar simplemente por ejemplo esas otras. La mujer encerrada en casa, esqueleto en el armario. Permítame presentarle a mi. Y entonces te sacan afuera alguna especie de cosa borrosa, que uno no sabría cómo llamarla. Siempre se ve el punto flaco de un hombre en su mujer. Sin embargo, también es cosa del destino, el enamorarse. Tener sus propios secretos entre ellos. Tíos que se echarían a perder si no los tomara una mujer entre manos. Y luego unas niñitas de nada, como un chelín en calderilla de altas, con sus mariditos. Dios los crió y Dios los junta. A veces los hijos salen bastante bien. Cero más cero igual a uno. O un viejo rico de setenta años y la recién casada toda ruborosa. Casarse en mayo y arrepentirse en diciembre. Esta mojadura es muy desagradable. Pegada. Bueno el prepucio no ha vuelto a su sitio. Mejor separar.

¡Auh!

Por otra parte un larguirucho de seis pies con una mujercita hasta la cadena del reloj. La ele y la i. El grande y la chica. Qué raro lo de mi reloj. Los relojes de pulsera

siempre van mal. No sé si habrá alguna influencia magnética entre la persona porque era más o menos la hora cuando él. Sí, supongo que inmediatamente. Cuando el gato no está los ratones bailan. Recuerdo que lo miré en Pill Lane. También eso es magnetismo. El magnetismo está en el fondo de todo. La tierra por ejemplo atrayendo eso y siendo atraída. ¿Y el tiempo? Bueno es el tiempo que tarda el movimiento. Entonces si se parara una cosa todo el tinglado se pararía, poco a poco. Porque está arreglado. La aguja magnética le dice a uno lo que pasa en el sol, en las estrellas. Un pedacito de acero. Cuando se acerca el imán. Ven. Ven. Tac. La mujer y el hombre es eso. Imán y acero. Molly, él. Vestirse bien y mirar y sugerir y dejarle ver a uno y ver más y desafiarte si eres hombre a ver eso y, como cuando viene un estornudo, piernas, mira, mira y si tienes tripas. Tac. Tener que descargarse.

No sé cómo se sentirá ella en esa región. La vergüenza es algo que fingen cuando hay alguien delante. Más molestia por un agujero en la media. Molly, con la mandíbula sacada y la cabeza echada atrás, por el campesino con botas de montar y espuelas en la exposición de caballos. Y cuando estaban los pintores en la calle Lambard West. Bonita voz que tenía aquel tío. Así empezó Giuglini. Oled lo que he hecho, como las flores. Era eso. Las violetas. Probablemente venía de la trementina en la pintura. Lo aprovechan todo. Al mismo tiempo que lo hacía restregaba la pantufla en el suelo para que no oyeran ellos. Pero muchas de ellas no saben llegar al fondo, me parece. Siguen con ese asunto en suspenso durante horas. Una especie de algo general por todo alrededor y hasta la mitad de mi espalda.

Espera. Hum. Hum. Sí. Éste es su perfume. Por eso hizo señas con la mano. Te dejo esto para que pienses en mí cuando yo esté lejos en la almohada. ¿Qué es? ¿Heliotropo? No, ¿jacinto? Hum. Rosas, me parece. A ella le gustaría esta clase de olor. Dulce y barato: se echa a perder pronto. Por eso le gusta a Molly el opopánax. Le va bien con un poco de jazmín mezclado. Sus notas altas y bajas. En la noche del baile le conoció, la danza de las horas. El calor lo hacía notar. Ella llevaba su traje negro y tenía el perfume de la otra vez. Buen conductor, ¿no es verdad? ¿O malo? La luz también. Supongo que habrá alguna conexión. Por ejemplo si uno entra en un sótano cuando está oscuro. Cosa misteriosa también. ¿Por qué no lo he olido hasta ahora? Ha tardado su tiempo en llegar como ella, lenta pero segura. Supongo que es todos esos millones de granitos pequeños traídos acá por el viento. Sí, eso es. Porque esas islas de las especias, los cingaleses de esta mañana, las huelen a leguas. Le dicen a uno lo que es. Es como un velo fino o una telaraña por toda la piel, fina como cómo se llama hilos de la Virgen y siempre lo van soltando fuera en hilos, fina como lo que más, colores del arco iris sin saberlo. Se pega a todo lo que se quita. El pie de la media. Zapato caliente. Faja. Bragas: una patadita, al quitárselas. Adiós hasta la próxima. También a la gata le gusta olerle el camisón en la cama. Conoce su olor entre mil. También el agua del baño. Me recuerda las fresas con nata. No sé dónde es realmente. Ahí o en los sobacos o debajo del cuello. Porque se saca de todos los agujeros y rincones. El perfume de jacinto hecho de aceite o éter o no sé qué. La rata

almizclada. Bolsa debajo de la cola un grano lanza olor para años. Los perros unos a otros por detrás. Buenas tardes. Buenas. ¿Cómo huele usted? Hum. Hum. Muy bien, gracias. Los animales se guían por eso. Sí, ahora, mirarlo desde ese punto de vista. Somos iguales. Algunas mujeres por ejemplo te mantienen a distancia cuando están con el período. Acércate. Entonces te sueltan una peste que se masca. ¿Como qué? Arenques en conserva echados a perder o. ¡Puf! Se prohíbe pisar la hierba.

Quizá ellas nos notan un olor a hombre. Pero ¿qué? Guantes cigarrosos que tenía Long John en la mesa el otro. ¿Aliento? Lo que uno come y bebe lo da. No. Olor de hombre, quiero decir. Debe estar relacionado con eso porque los curas que se supone que son diferentes. Las mujeres zumban alrededor como moscas en torno a la melaza. Separadas del altar por una baranda se echan a ello a toda costa. El árbol del cura prohibido. Oh padre ¿desea? Permítame ser la primera en. Eso se difunde por todo el cuerpo, lo permea. Fuente de vida y es enormemente curioso el olor. Salsa de apio. Con permiso.

El señor Bloom metió la nariz. Hum. En la. Hum. Abertura del chaleco. Almendras o. No. A limones, es. Ah, no, es el jabón.

Ah por cierto aquella loción. Sabía que tenía que acordarme de algo. No volví y el jabón sin pagar. No me gusta llevar botellas como la bruja de esta mañana. Hynes me podría haber pagado los tres chelines. Podía haber nombrado a Meagher sólo para recordárselo. Sin embargo si se trabaja lo de ese entrefilet. Dos con nueve. Mala opinión de mí que tendrá. Iré por allí mañana. ¿Cuánto le debo? ¿Tres con nueve? Dos con nueve, caballero. Ah. A lo mejor otro juez no dará crédito. Así se pierden los clientes. En los bares pasa. Un tío deja que le crezca la cuenta en la pizarra y luego se escurre por ahí por las callejuelas a buscar otro sitio.

Ahí está ese noble que pasó antes. Lo ha traído el viento de la bahía. Sólo llegó hasta allí y vuelta atrás. Siempre en casa a la hora de la cena. Tiene la cara hinchada: ha debido atracarse. Disfrutando la naturaleza ahora. Acción de gracias después de las comidas. Después de cenar andar una milla. Seguro que tiene una cuentecita en el banco por ahí, funcionario del gob. Andar detrás de él ahora ponerle en ridículo como esos vendedores de periódicos hoy conmigo. Sin embargo se aprende algo. Vernos a nosotros mismos como nos ven los demás. Con tal que no se burlen las mujeres ¿qué importa? Así es como se averigua. Pregúntate a ti mismo ahora quién es él. *El hombre misterioso de la playa*, cuento premiado, por el señor Leopold Bloom. Pago a razón, de una guinea por columna. Y ese tipo de hoy junto a la tumba con su *macintosh* pardo. Callos en su horóscopo sin embargo. Sano quizá absorber todo él. El pito trae lluvia dicen. Debe estar en alguna parte. La sal en el Ormond estaba húmeda. El cuerpo siente la atmósfera. Las coyunturas de la vieja Betty la tienen atormentada. La profecía de la Madre Shipton que es sobre naves por ahí que vuelan en un instante. No. Señales de lluvia es eso. El Almanaque. Y las colinas lejanas parecen acercarse.

Howth. El faro de Bailey. Dos, cuatro, seis, ocho, nueve. Ves. Tiene que cambiar o creerían que es una casa. Los que viven de naufragios. Grace Darling. La gente tiene miedo a la oscuridad. También luciérnagas, ciclistas: hora de encender. Joyas diamantes resplandecen mejor. La luz da como tranquilidad. No te va a hacer daño. Mejor ahora claro que hace mucho tiempo. Caminos de campo. Te sacaban las tripas por nada. Sin embargo hay dos tipos que te salen al encuentro. Mala cara o sonrisa. ¡Perdón! Nada de eso. La mejor hora también para regar las plantas a la sombra después del poniente. Alguna luz todavía. Los rayos rojos son los más largos. Roygbiv Vance nos enseñó: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, índigo, violeta. Veo una estrella. ¿Venus? No sé decir todavía. Dos, cuando hay tres es de noche. ¿Estaban ahí todo el tiempo esas nubes negras? Parece un barco fantasma. No. Espera. Son árboles. Una ilusión óptica. Tierra del sol poniente, ésta. El sol de la autonomía se pone en el sudeste. Tierra mía natal, buenas noches.

Rocío cayendo. No te sentará bien, guapa, estar sentada en esa piedra. Da flujo blanco. Nunca tendrás un nenito luego a menos que sea grande y fuerte como para abrirse paso para arriba peleando. Podría darme almorranas a mí también. Se pega también como un catarro de verano, una pupa en el labio. Cortarse con hierba o papel lo peor. Fricción de la posición. Me gustaría ser la piedra en que ella se sentó. Ah guapina, no sabes qué mona estabas. Empiezan a gustarme de esa edad. Manzanas verdes. Echar mano a todo lo que se ofrece. Imagino que es la única vez que cruzamos las piernas, sentados. También en la biblioteca hoy: aquellas chicas graduadas. Felices las sillas debajo de ellas. Pero es el influjo del atardecer. Ellas notan todo eso. Abiertas como flores, saben sus horas, girasoles, alcachofas de Jerusalén, en salones de baile, arañas, alamedas bajo las farolas. Damas de noche en el jardín de Mat Dillon donde le besé el hombro. Me gustaría tener un retrato al óleo de ella entonces en tamaño natural. Junio era también cuando la cortejé. Vuelve el año. La historia se repite. Oh cumbres y montañas, con vosotras estoy de nuevo. Vida, amor, viaje en torno a tu propio mundillo. ¿Y ahora? Lástima que sea cojita claro pero hay que estar en guardia y no sentir demasiada compasión. Se aprovechan.

Todo tranquilo en el Howth ahora. Las colinas lejanas parecen. A donde nosotros. Los rododendros. Soy un tonto quizá. Él se lleva las ciruelas y yo los huesos. Es lo que me toca. Todo lo que ha visto esa vieja colina. Los nombres cambian: eso es todo. Amantes: ñam ñam.

Cansado me siento ahora. ¿Me levanto? Ah espera. Me ha vaciado toda la hombría de dentro, esa granujilla. Me besó. Mi juventud. Nunca más. Llega sólo una vez. O la suya. Tomar el tren mañana allí. No. Volver no es lo mismo. Como de pequeños la segunda visita a una casa. Lo nuevo quiero yo. Nada nuevo bajo el sol. Lista de Correos Dolphin's Barn. ¿No eres feliz en tu? Niño malo querido. En Dolphin's Barn, las charadas en casa de Luke Doyle. Mat Dillon y su enjambre de hijas: Tiny, Atty, Floey, Maimy, Louy, Hetty. Molly también. El ochenta y siete era. El año antes que nos. Y el viejo comandante apegado a su traguito de licor. Curioso

ella hija única yo hijo único. Así eso se repite. Crees que estás escapando y tropiezas contigo mismo. El rodeo más largo es el camino más corto a casa. Y precisamente cuando él y ella. Caballo de circo dando vueltas a la pista. Rip van Winkle hacíamos. Rip: *rip*, desgarrón en el gabán de Henny Doyle: Van: *van*, furgón del pan repartiendo. Winkle: *winkle*, conchas y moluscos. Luego yo hacía Rip van Winkle volviendo a casa. Ella apoyada en el aparador mirando. Ojos morunos. Veinte años dormido en la Cueva del Sueño. Todo cambiado. Olvidado. Los jóvenes son viejos. Su escopeta oxidada del rocío.

Mu. ¿Qué es lo que vuela por ahí? ¿Una golondrina? Murciélago probablemente. Se cree que soy un árbol, de tan ciego. ¿No tienen olfato los pájaros? Metempsicosis. Creían que alguien se podía convertir en árbol, de dolor. Sauce llorón. Mu. Ahí va. Mendiguito gracioso. No sé dónde vivirá. El campanario ahí arriba. Muy probable. Colgando de los talones en olor de santidad. La campana le hizo salir asustado, supongo. Parece que la misa ha terminado. Les oía a todos en ello. Ruega por nosotros. Y ruega por nosotros. Y ruega por nosotros. Buena idea la repetición. Lo mismo con los anuncios. Cómprenos a nosotros. Y cómprenos a nosotros. Sí, ahí está la luz en la casa del cura. Sus frugales comidas. Te acuerdas del error en la valoración cuando estaba con Thom. Veintiocho era. Dos casas tienen. El hermano de Gabriel Conroy es coadjutor. Mu. Otra vez. No sé por qué salen de noche como los ratones. Son una raza mezclada. Pájaros son, como ratones que saltan. ¿Qué les da miedo, la luz o el ruido? Mejor seguir quieto. Todo instinto como el pájaro en la sequía que sacó agua hasta la punta del cacharro echando dentro piedras. Como un hombrecito con capa es, con manitas. Huesecitos pequeños. Casi se les ve lucir en una especie de blanco azulado. Los colores dependen de la luz que uno ve. Mirando fijo al sol por ejemplo como el águila luego se mira a un zapato se ve un borrón una mancha amarillenta. Quiere dejar su marca registrada en todas partes. Por ejemplo, ese gato esta mañana en la escalera. Color de turba marrón. Dicen que nunca se ven de tres colores. No es verdad. Aquella gata atigrada blanca concha de tortuga en el City Arms con la letra M en la frente. El cuerpo de cincuenta colores diferentes. Howth hace un rato amatista. Cristal brillando. Así es como ese sabio como se llame con la lente de quemar. Luego los brezales se queman. No pueden ser las cerillas de los excursionistas. ¿Qué? Quizá los palos secos restregándose en el viento y la luz. O botellas rotas entre las matas hacen de lente de quemar al sol. Arquímedes. ¡Ya está! No tengo tan mala memoria.

Mu. Quién sabe qué buscarán siempre volando. ¿Insectos? Esa abeja la semana pasada que se metió en el cuarto jugando con su sombra en el techo. Podría ser la que me picó, volviendo a ver. Los pájaros también nunca se averigua qué dicen. Como nuestro charloteo. Y dice ella y dice él. Qué valor que tienen para volar sobre el mar y vuelta. Muchos de ellos deben morir en tormentas, cables de telégrafo. Vida terrible también la de los marineros. Esas bestias enormes de vapores transatlánticos tirando adelante en la oscuridad, mugiendo como vacas marinas. *Faugh a ballagh!* ¡Quita de

allí, maldita sea tu alma! Otros en barcos de vela, con una velita como un pañuelo, tirados de acá para allá como el rapé en un velorio cuando soplan fuerte los vientos de tormenta. Casados también. A veces lejos durante años en los confines de la tierra no sé dónde. No hay confines en realidad porque es redonda. Una mujer en cada puerto dicen. Ya tiene buen trabajo si se está quietecita hasta que su Johnny vuelve al hogar. Si es que vuelve. Oliendo las callejuelas de los puertos. ¿Cómo les puede gustar el mar? Y sin embargo les gusta. Se ha levado el ancla. Allá que navega con un escapulario o una medalla encima para darle suerte. Bueno. Y los tephilim no cómo se llama eso que tenía el padre del pobre papá en la puerta para tocarlo. Eso nos sacó de la tierra de Egipto trayéndonos a la casa de esclavitud. Hay algo en todas esas supersticiones porque cuando uno sale nunca se sabe qué peligros. Agarrado a una tabla o a horcajadas en una viga para salvar la perra vida, con el salvavidas a la cintura, tragando agua salada, y ése es el final de sus penas hasta que lo ven los tiburones. ¿Se marean los peces alguna vez?

Y luego viene una hermosa calma sin una nube, mar liso, plácido, la tripulación y la carga hechos picadillo, en el fondo de la mar. La luna mirando desde arriba. No es culpa mía, mi viejo.

Una larga bengala perdida subió errante por el cielo desde la tómbola Mirus a beneficio del hospital Mercer y estalló, cayendo, y dispersó un racimo de estrellas violetas menos una blanca. Flotaron, cayeron: se desvanecieron. La hora del pastor: la hora de los abrazos: la hora de la cita. De casa en casa, dando su doble aldabada siempre bienvenida, andaba el cartero de las nueve, la lámpara de luciérnaga en el cinturón fulgiendo acá y allá entre los setos de laurel. Y entre los cinco árboles jóvenes una vara de encender izada encendía el farol en Leahy's Terrace. Junto a celosías iluminadas de ventanas, junto a jardines todos iguales, pasaba una voz aguda gritando, gimiendo: *¡El* Evening Telegraph*, edición extraordinaria! ¡Los resultados de la Copa de Oro!*, y desde la puerta de la casa de Dignam un chico salió corriendo para llamarle. Tembloteando, el murciélago volaba por aquí, volaba por allá. Allá lejos sobre las arenas se deslizaba la rompiente subiendo, gris. El Howth se disponía al sueño, cansado de los días largos, de los rododendros yumyum (se hacía viejo) y se alegraba de notar que se levantaba la brisa nocturna desordenándole su vello de helechos. Sólo dejaba abierto un ojo rojo que no dormía, respirando hondo y lento, adormilado pero despierto. Y allá lejos en los bajos de Kish el barco faro, anclado, fulguraba guiñando el ojo al señor Bloom.

Vaya vida que deben tener esos tíos ahí fuera, sujetas en el mismo sitio. Dirección de Faros de Irlanda. Penitencia por sus pecados. También los guardacostas. Cohete y boya y barca de salvamento. El día que salimos al crucero de excursión en el *Erin's King*, echándoles encima el saco de papeles viejos. Los osos en el zoo. Una excursión sucia. Borrachos saliendo a remover el hígado. Vomitando sobre la borda para alimentar a los arenques. Náusea. Y las mujeres, el temor de Dios en la cara. Milly, ni señal de mareo. Con el chal azul al viento, riendo. No saben lo que es la muerte a esa

edad. Y además tienen limpio el estómago. Pero de perderse sí tienen miedo. Cuando nos escondimos detrás del árbol en Crumlin. Yo no quería. ¡Mamá, mamá! Niños en el bosque. Asustándoles también con caretas. Echándoles al aire para recogerles. Te voy a matar. ¿Es sólo a medias una broma? O los niños que juegan a la guerra. Muy en serio. ¿Cómo puede la gente apuntarse con fusiles unos a otros? A veces se disparan. Pobres chicos, Únicas molestias los sarpullidos y la urticaria. Una purga de calomelano le di a ella para eso. Después de sentirse mejor, dormida con Molly. Tiene los mismos dientes que ella. ¿Qué es lo que aman? ¿Otras ellas mismas? Pero la mañana que la perseguía con el paraguas. Quizá no como para hacerle daño. Le tomé el pulso. Palpitando. Una manita que era: ahora grande. Queridísimo papi. Todo lo que dice la mano cuando uno toca. Le encantaba contarme los botones del chaleco. Su primera faja me acuerdo. Me dio risa verlo. Pechitos para empezar. El izquierdo es más sensible, me parece. También el mío. Más cerca del corazón. Se forran de almohadillado si está de moda el grueso. Sus dolores de crecimiento por la noche, llamando, despertándome. Asustada que estaba la primera vez que le vino lo que era natural. ¡Pobre chica! También un momento extraño para la madre. Le trae otra vez cuando era muchacha. Gibraltar. Mirando desde Buena Vista. La torre de O'Hara. Las aves marinas chillando. El viejo mono de Berbería que se engulló a toda la familia. La puesta de sol, cañonazo para que se retiraran los soldados. Asomada mirando al mar me dijo ella. Una tarde como ésta, pero clara, sin nubes. Siempre creí que me casaría con un Lord o un caballero con un yate particular. Buenas noches, señorita. *El hombre ama la muchacha hermosa*. ¿Por qué a mí? Porque tú eras tan diferente de los demás.

Más vale no quedarme aquí plantado toda la noche como una lapa. Este tiempo le deja a uno atontado. Deben ser casi las nueve por la luz. A casa. Demasiado tarde para *Leah, el Lirio de Killarney*. No. Todavía podría estar levantada. Pasaré por el hospital a ver. Espero que ya haya acabado. He tenido un día muy largo. Martha, el baño, el entierro, la Casa de Llaves, el museo con esas diosas, la canción de Dedalus. Luego aquel matón en Barney Kiernan. Se lo canté bien claro. Esos bocazas borrachos. Lo que le dije de su Dios le hizo parpadear. Es un error devolver golpe por golpe. ¿O? No. Deberían irse a casa y reírse de ellos mismos. Siempre quieren estar bebiendo en compañía. Miedosos de estar solos como un niño de dos años. Y si me hubiera dado. Mirémoslo por el otro lado. No está tan mal. Quizá no tiraba a dar. Tres hurras por Israel. Tres hurras por la cuñada que arrastra por ahí, con tres colmillos en la boca. El mismo estilo de belleza. Gente especialmente agradable para una tacita de té. La hermana de la mujer del salvaje de Borneo ha llegado a la ciudad. Imagínatela de madrugada y de cerca. Cada cual a su gusto como dijo Morris cuando besó a la vaca. Pero lo de Dignam ha sido el remate. Las casas en duelo son muy deprimentes porque nunca se sabe. De todos modos ella necesita el dinero. Tengo que ir a ver a esas viudas escocesas como prometí. Nombre extraño. Dan por descontado que nosotros vamos a estirar la pata antes. Aquella viuda era el lunes delante de Cramer

que me miró. Enterró al pobre marido pero progresando favorablemente en lo del seguro. El óbolo de la viuda. ¿Bueno? ¿Qué esperas que haga? Tiene que salir adelante. A los viudos me fastidia verlos. Tienen un aire tan perdido. El pobre O'Connor con la mujer y cinco hijos envenenados por moluscos ahí. El alcantarillado. Sin esperanza. Alguna buena matrona con sombrero de olla que le haga de madre. Se le lleva a remolque, con su cara de plato y un gran delantal. Pantaloncitos grises de señora, de franela, a tres chelines, ganga asombrosa. Fea y amada, amada para siempre, dicen. Fea: ninguna mujer cree que lo es. Amar, mentir y estar guapa porque mañana moriremos. Verle a veces andando por ahí tratando de averiguar quién le gastó la broma. V.E.: ve. Es el destino. Él, no yo. También una tienda me he dado cuenta muchas veces. Una maldición parece perseguirlo. ¿Soñé anoche? Espera. Algo confuso. Ella llevaba babuchas rojas. Turca. Llevaba calzones. Y si fuera verdad. ¿Me gustaría en pijama? Es muy difícil contestar. Nannetti se ha ido. En el barco correo. Cerca de Holyhead a estas horas. Tengo que arreglar ese anuncio de Llavees. Trabajarme a Hynes y a Crawford. Enaguas para Molly. Tiene algo que meter en ellas. ¿Esto qué es? A lo mejor dinero.

El señor Bloom se inclinó y dio la vuelta a un trozo de papel en la playa. Se lo acercó a los ojos y lo escudriñó. ¿Carta? No. No puedo leerlo. Mejor me voy. Mejor. Estoy cansado para moverme. Una página de un cuaderno viejo. Todos esos hoyos y guijarros. ¿Quién podría contarlos? Nunca sabe uno lo que se encuentra. Una botella con la historia de un tesoro lanzada desde un barco naufragado. Paquete postal. Los niños siempre quieren tirar cosas al mar. ¿Confianza? Tirar pan al agua. ¿Esto qué es? Un palito.

¡Ah! Esa hembra me ha dejado agotado. Ya no soy tan joven. ¿Vendrá mañana aquí? Esperarla en algún sitio para siempre. Debe volver. Los asesinos vuelven. ¿Volveré yo?

El señor Bloom revolvió suavemente con el palo la arena a sus pies. Escribirle un mensaje. Podría durar. ¿Qué?

YO.

Algún pies planos lo pisará mañana. Inútil. Lo borrará el agua. La marea llega aquí un charco cerca de ella. Inclinarme, verme ahí la cara, espejo oscuro, echarle el aliento, se mueve. Todas esas rocas con líneas y cicatrices y letras. ¡Ah, esa transparencia! Además no saben. Cuál es el significado de ese otro mundo. Te llamé niño malo porque no me gusta.

SOY. S.

No hay sitio. Déjalo.

El señor Bloom borró las letras con su lenta bota. Cosa desesperanzada, la arena. No crece nada en ella. Todo se desvanece. No hay miedo aquí de que pasen grandes barcos. Excepto las gabarras de Guinness. Dan la vuelta al Kish en ochenta días. Hecho medio aposta.

Tiró lejos su pluma de madera. El palo cayó en arena de aluvión, se clavó. Bueno si uno tratara de hacerlo toda una semana no podría. Suerte. No volveremos a encontrarnos. Pero ha sido estupendo. Adiós, guapa. Gracias. Me ha hecho sentirme muy joven.

Un sueñecito ahora si lo echara. Deben ser cerca de las nueve. El barco de Liverpool se fue hace mucho. Ni el humo. Y ella puede hacer lo otro. Lo hizo. Y Belfast. Yo no iré. A la carrera allí, a la carrera de vuelta a Ennis. Déjale a él. Sólo cerrar los ojos un momento. Pero no voy a dormir. Medio sueño. Nunca vuelve un sueño. El murciélago otra vez. No hace daño. Sólo unos pocos.

Oh dulcísima toda tu blancurita de chica vi hasta arriba sucia braguita me hizo hacer el amor pegajoso nosotros dos niño malo Grace Darling ella a él a y media la cama metense cosas frivolidades para Raoul para perfume tu mujer pelo negro curvas bajo *embon señorita* ojos jóvenes Mulvey opulentas años sueños volver callejas Agendath desmayando amorcito me enseñó su año que viene en bragas en su que viene.

Un murciélago voló. Aquí. Ahí. Aquí. Lejos en lo gris repicó una campana. El señor Bloom con la boca abierta, la bota izquierda hundida en la arena de medio lado, se inclinó, respiró. Sólo unos pocos.

Cucú.

Cucú.

Cucú.

El reloj sobre la chimenea en casa del cura cantó mientras el canónigo O'Hanlon y el Padre Conroy y el reverendo John Hughes S. J. tomaban té con galletas con mantequilla y chuletas de cordero fritas con salsa de tomate y hablaban de

Cucú.

Cucú.

Cucú.

Porque era un pequeño canario lo que salía de su casita a decir la hora Gerty MacDowell se dio cuenta la vez que estuvo allí porque era rápida como nada en cosas así, sí que lo era Gerty MacDowell, y se dio cuenta en seguida de que ese caballero extranjero que estaba sentado en las rocas estaba

Cucú.

Cucú.

Cucú.

[14]

Deshil Holles Eamus. Deshil Holles Eamus. Deshil Holles Eamus.

Envíanos, tú luminoso, tú claro, Horhorn, fecundación y fruto del vientre. Envíanos, tú luminoso, tú claro, Horhorn, fecundación y fruto del vientre. Envíanos, tú luminoso, tú claro, Horhorn, fecundación y fruto del vientre.

¡Aúpa, es niñoniño, aúpa! ¡Aúpa, es niñoniño, aúpa! Aúpa, es niñoniño, aúpa.

Universalmente se estima el acumen de aquella persona muy poco perceptivo referente a cualquier asunto considerado como más provechoso de estudiar por mortales dotados de sapiencia si ignora eso que es lo más alto en doctrina erudita y ciertamente por razón de ese elevado ornamento de la mente en ellos merecedor de veneración constantemente cuando por consentimiento general afirman que en igualdad de las demás circunstancias por ningún esplendor exterior se asevera más eficazmente la prosperidad de una nación que por la medida de hasta qué punto haya progresado el tributo de su solicitud hacia esa proliferante continuación que de los males es el original si está ausente y si afortunadamente presente constituye el signo seguro de la incorrupta benefacción de la omnipolente naturaleza. Pues ¿quién hay habiendo adquirido alguna noción de cualquier importancia que no sea consciente de que tal esplendor exterior puede ser la superficie de una realidad lutulenta con tendencia a bajar o recíprocamente quién puede haber tan poco iluminado como para no percibir que puesto que ningún beneficio de la naturaleza puede rivalizar contra el beneficio de la multiplicación por tanto conviene a todo ciudadano justo convertirse en exhortador y amonestador de sus semejantes y temblar de miedo de que lo que en el pasado fue iniciado excelentemente por la nación pueda ser cumplido en el futuro sin análoga excelencia si hábitos inverecundos pervierten gradualmente las honorables costumbres legadas por los antepasados a tal nivel de bajeza que fuera excesivamente audaz quien tuviera el atrevimiento de levantarse a afirmar que no puede haber para nadie delito más odioso que consignar al descuido olvidadizo aquel evangélico mandato y a la vez promesa que a todos los mortales con profecía de abundancia o amenaza de mengua ha señalado irrevocablemente y para siempre esa sublime función reiteradamente propagativa?

Por consiguiente no es por eso por lo que nos hemos de asombrar si, como relatan los mejores historiadores, entre los celtas, a quienes no admiraba nada que no fuera admirable por naturaleza, el arte de la medicina fue altamente honrado. Para no hablar de hospitales, leproserías, cámaras de sudores, tumbas de epidemia, sus mayores médicos, los O'Shiel, los O'Hickey, los O'Lee, establecieron cuidadosamente los diversos métodos por los cuales los enfermos y los recaídos volvían a hallar salud, lo mismo si su enfermedad había sido el baile de San Vito, o la consunción o el flujo amarillo. Ciertamente en toda obra pública que contenga en sí alguna gravedad debe

haber preparación de importancia adecuada y por consiguiente se adoptó por ellos un plan (si por consideración previa o como maduración de experiencias, es difícil de decir ya que las opiniones discrepantes de subsiguientes investigadores no han llegado hasta el presente a ponerse de acuerdo como para hacerlo manifiesto) por el cual la maternidad quedó situada tan al margen de toda posibilidad accidental que cualquier cuidado que requiriera principalmente la paciente en esa la más difícil hora femenil y no solamente para las abundantemente pudientes sino también para quien no siendo suficientemente adinerada apenas y a menudo ni apenas pudiera subsistir se proporcionara válidamente y por un emolumento insignificante.

Para ella, nada ya entonces y en lo sucesivo era capaz en ningún modo de ser molesto pues esto era sentido primordialmente por todos los ciudadanos que excepto por prolíferas madres no podía haber prosperidad en absoluto y como habían recibido dioses la eternidad mortales la generación apropiada para ellos considerando, cuando llegaba el caso, a la parturienta en vehículo llevando allá un deseo inmenso entre todas una a la otra urgiéndola a ella a ser recibida en ese domicilio. Ah hecho de nación prudente no meramente en ser visto sino también al ser relatado digno de ser alabado que ellos por previsión a ella la iban viendo madre, en cuanto que ella repentinamente se sentía estar a punto de comenzar a ser mimada por ellos.

Aún no nacido niño nadaba en ventura. En vientre obtuvo veneración. Cuanto en ese caso impar se hace convenientemente se hizo. Una yacija atendida por comadronas con saludable alimento restaurador limpísimos pañales como si el parto fuera ya cumplido y por sabia previsión puestos: pero con esto no menos drogas según necesidad e instrumentos de cirugía que a su caso convienen sin omitir la visión de toda clase de espectáculos distrayentes en diversas latitudes ofrecidos por el orbe de la tierra junto con imágenes, divinas y humanas, cuya cogitación por fémina hospitalizada es conductiva a tumescencia o bien facilita la salida en el elevado soleado bien construido y hermoso hogar de las madres cuando, ostensiblemente adelantada y reproductiva, le es conveniente a ella allí yacer, llegada su hora.

Algún hombre que de camino iba se paró junto al umbral al caer la noche. Del pueblo de Israel era aquel hombre que errando por la tierra tanto había caminado. Pura bondad humana su sola misión le había llevado a él hasta esa casa.

De esa casa A. Horne es señor. Setenta camas tiene él allí donde las madres fecundas suelen acudir a yacer para sufrir y dar a luz retoños recios así el ángel de Dios anunció a María. Custodias son las que allí andan, blancas hermanas en insomne hospital. Escozores apaciguan suavizando enfermedad: en doce lunas tres veces ciento. Fidelísimas servidoras de lecho son todas a una, para Horne velando las velas con gran vigilancia.

En desvelada vela la vigilante oyendo venir a ese hombre de tierno corazón al punto erguida con monacal manto su puerta de par en par abrió. ¡Y he aquí que repentino relámpago relució en el rosicler del anochecer de Irlanda! Del todo temió ella que el Dios Justiciero a perder fuera a toda la humanidad con agua por sus malos

pecados. La señal de Cristo se hizo sobre el seno y le atrajo para que presto entrara bajo sus techos. Aquel hombre su voluntad conociendo como digna entró en la mansión de Horne.

Temeroso de entrar en las posadas de Horne quedose parado el buscador sosteniendo su sombrero. En casa de ella él antaño había vivido con esposa amada y linda hija aquel que después por tierra y sobre la mar por nueve años había errado. Una vez a ella encontrándola en el puerto de la villa a su saludo no se había destocado. Su perdón deseaba ahora él con buenas razones por ella concedido porque la faz de ella un momento vista por él tan joven le había parecido. Viva luz alumbró sus ojos, florecer de rubores por virtud de las palabras de él.

Como los ojos de ella entonces echaran de ver sus oscuras vestimentas temió tristeza por ende. Alegre estuvo luego tanto cuanto temerosa había estado antes. A ella le preguntó él si el Doctor O'Hare enviara nuevas desde la lejana costa y ella con doliente suspirar respondió que el Doctor O'Hare estaba en el cielo. Triste estuvo el hombre de oír esa palabra que tanto le pesaba en las entrañas. Todo le contó ella allí, llorando la muerte para tan joven amigo, maguer que por muy doliente nada dispuesta a discutir el buen juicio del Señor. Díjole ella que él había tenido una dulce y hermosa muerte por gracia de Dios con clérigo de misa que le confesara, la santa hostia y el óleo de los enfermos en sus miembros. El hombre entonces con gran empeño preguntó a la monja de qué muerte muriera el hombre muerto y la monja le respondió y dijo que había muerto en la isla de Mona de un cáncer de vientre tres años haría para las Navidades y ella rogaba a Dios Todopoderoso que tuviera su alma querida allá donde no hay muerte. Él oyó sus tristes palabras, mirando fijo con tristeza al sobredicho sombrero. Así quedaron allí los dos un tiempo en desconsuelo, afligiéndose el uno con el otro.

Así pues, hombre, quienquiera que seas, mira ese último fin que es tu muerte y el polvo que se adueña de todo hombre que haya nacido de mujer pues así como salió desnudo del vientre de su madre también desnudo volverá a marcharse como vino.

Entonces el hombre que había venido a la casa habló a la cuidadora y le preguntó qué acontecía con la mujer que allí yacía en lecho de parto. La cuidadora respondiole y dijo que esa mujer llevaba ya con dolores tres días enteros y que sería un duro nacimiento peligroso de sufrir pero que dentro de poco ya llegaría a cabo. Ella dijo asimismo que había visto muchos partos de mujer pero nunca uno tan duro como el parto de aquella mujer. Luego contó todo por espacio a aquel que un tiempo había vivido cerca de esa mansión. El hombre estuvo atento a sus palabras pues entendía con maravilla el dolor de las mujeres en su hora de sufrir que tienen al ser madres y se maravilló de mirarle al rostro que era un rostro de mocedad para cualquier hombre pero con todo había quedado sin casar después de largos años. Nueve veces doce flujos de sangre reprendiéndola por estar falta de hijos.

Y en tanto que hablaban abriose la puerta del castillo y al punto llegó hasta ellos un recio ruido como de muchos que allí estuvieran sentados en yantar. Y allí se entró

al sitio que estaban un joven caballero de estudios por nombre Dixon. Y el caminante Leopold le era amigo desde que había acontecido que tuvieron que ver uno con otro en la casa de misericordia donde ese caballero de estudios estaba por razón de que el caminante Leopold llegó allí a ser curado pues estaba dolientemente llagado en el pecho por un dardo con que un horrible y temeroso dragón le había herido por lo cual Dixon aguisó un ungüento de sal volátil y crisma tanto como fuera suficiente. Y díjole ahora que le estaría bien entrar a ese castillo a hacer fiesta con aquellos que allí estaban. Y el caminante Leopold dijo que él había de ir a otra parte pues era hombre de cautela y bien sutil. También la dama fue de su parecer y reprobó al caballero de estudios maguer echara de ver muy bien que el caminante había dicho cosa que era falsa por su sutileza. Pero el caballero de estudios no quiso oír decir que no ni cumplir lo que ella mandaba ni recibir nada contrario a su antojo y dijo cómo era un maravilloso castillo. Y el caminante Leopold entró en el castillo para tomar reposo durante una pieza estando fatigado de miembros tras de muchas marchas errando por diversas comarcas otrosí que a veces por el arte de Venus.

Y en el castillo estaba puesta una mesa que era del abedul de Finlandia y sosteníanla cuatro enanos de aquel país salvo que no osaban moverse más por encantamiento. Y sobre esa mesa había temibles espadas y cuchillos que están hechos en una gran caverna por fatigados demonios entre blancas llamas que engastan en cuernos de búfalos y ciervos que allí abundan que es maravilla. Y había vasijas que por encantamiento de Mahoma están hechas de arena del mar y de aire por un nigromante con su aliento que les sopla dentro como burbujas. Y muy hermosos y ricos manjares había en la mesa que nadie la podía haber imaginado más llena ni rica. Y había un tonel de plata que por artificio se movía para abrirse en que había extraños pescados sin cabeza maguer hombres incrédulos nieguen que esto sea cosa posible si no lo ven y con todo ello así es. Y esos pescados están en un agua aceitosa llevada allí de Portugal a causa de la sustancia grasa que hay en ella como los jugos de la prensa de olivas. Y también era maravilla ver en ese castillo cómo hacen por magia una mixtura de fecundos granos del trigo de Caldea que con la ayuda de ciertos violentos espíritus que meten en ellos se hincha prodigiosamente como una vasta montaña. Y enseñan a las sierpes de allá a entrelazarse ellas mismas en largos palos que suben de la tierra y de las escamas de esas serpientes sacan un brebaje semejante al hidromiel.

Y el caballero de estudios escanció a Don Leopold un trago y se lo sirvió en tanto todos los que estaban allí bebían cada cual. Y Don Leopold levantó su celada para complacerles y gustó abiertamente de ello por amistad pues él nunca bebía manera alguna de hidromiel que dejó a un lado y pronto muy a escondidas vació la mayor parte en el vaso de su vecino y su vecino no se apercibió de su maña. Y él se sentó con ellos en ese castillo para descansarse por un tiempo. Alabado sea Dios Todopoderoso.

En tanto esa buena hermana se acercó a la puerta y les rogó por reverencia a Jesús nuestro Señor Soberano que abandonaran su bullicio pues allá arriba había una gentil dama en dolores de parto cuyo momento se acercaba deprisa. Sir Leopold oyó altos gritos en el piso de arriba y se maravilló de qué grito era ése si de niño o mujer y me sorprende, dijo, que no haya llegado ya. A mi entender dura sobremanera. Y alzó los ojos y vio a un gentilhombre llamado Lenehan al otro lado de la mesa que era de más años que ningún otro y como eran ambas virtuosos caballeros en la misma empresa y asimismo porque él era el más viejo le habló con toda gentileza. Pero, dijo, no será dentro de mucho que ella parirá por la generosidad de Dios y tendrá gozo de tener hijo pues ha aguardado por un tiempo maravillosamente largo. Y el gentilhombre que había bebido dijo: Esperando que cualquier momento fuera el próximo. También tomó la copa que estaba ante él pues jamás le era menester que nadie se lo pidiera ni lo deseara de él para beber y así dijo: Ea bebamos, con todo deleite, y apuró toda lo que pudo a la salud de los dos pues era hombre cumplido en todas sus deseos. Y Sir Leopold que era el más digno compañero que jamás se sentó en los palacios de los estudiosos y que era el hombre más mesurado y más manso que jamás metió mano de labrador bajo gallina y que era el más leal caballero del mundo que jamás haya servido a dama gentil, le respondió cortésmente levantando la copa. Dolores de dama con demora meditando.

Ahora es menester hablar de aquella compañía que allí estaba con la intención de embriagarse si pudieran. A ambos lados de la mesa se sentaban los escolares, a saber, el llamado Dixon *junior* de Santa María Misericordiosa con otros compañeros suyos Lynch y Madden, escolares de medicina, y aquel gentilhombre que se llamaba Lenehan, y uno de Alba Longa, un tal Crotthers, y el joven Stephen que por el rostro parecía novicio y estaba a la cabecera de la mesa y Costello a quien los hombres llamaban Punch Costello por una hazaña cumplida por él tiempo atrás (y de todos ellos, quitado el joven Stephen, ése era el más borracho y seguía pidiendo más hidromiel) y a su lado el mesurado Sir Leopold. Pero aguardaban al joven Malachi pues él había prometido acudir y hubo quien por despecho contra él dijo que había quebrantado su voto. Y Sir Leopold siguió sentado con ellos pues tenía firme amistad con Sir Simon y con este hijo suyo el joven Stephen y pues su languidez le retenía allí después de larguísimo errar tanto más que le festejaban en la ocasión en la manera más honorable. Piedad le punzaba, amor le impulsaba adelante con afán de errar, reacio a marcharse.

Pues eran muy ingeniosos escolares. Y él les oía razonar a uno contra otro tocante a nacimiento y buen derecho, manteniendo el joven Madden que supuesto tal caso era duro que la esposa muriera (pues así había acontecido cosa de un año antes con una mujer de Eblana en la casa de Horne que ahora había partido de este mundo y la misma noche antes de su muerte todos los físicos y boticarios habían tenido consejo sobre su caso). Y dijeron todavía que ella debería vivir porque en el principio se dijo que la mujer ha de parir con dolor y por cuanto ellos participaban de esta mente

afirmaban que el joven Madden había dicho la verdad pues le remordía la conciencia de dejarla morir. Y no pocos y uno de ellos era el joven Lynch estaban en duda de si el mundo estaría ahora mal gobernado como nunca por más que el pueblo bajo lo creyera de otro modo pero ni la ley ni los jueces proveían remedio. El Señor nos libre. Apenas se dijo así cuando todos gritaron en una sola aclamación que no, por nuestra Virgen Madre, que la madre debe vivir y el niño morir. So color de lo cual se acaloraron sobre ese capítulo y parte por la discusión y parte por el beber el caso es que el gentilhombre Lenehan andaba pronto en escanciar de modo que al menos no faltara regocijo. Entonces el joven Madden mostró a todos todo el asunto y cuando dijo cómo había muerto ella y cómo por amor de la santa religión y por consejo de romero y de monje y por un voto que había hecho a San Ultan de Arbraccan su buen marido no quería permitir su muerte todos quedaron prodigiosamente afligidos. A lo cual el joven Stephen dijo las siguientes palabras: El murmurar, señores, es hallado a menudo entre legos. Tanto el niño como la que lo concibió ahora glorifican a su Hacedor, el uno en la sombra del limbo, la otra en el fuego purgativo. Pero, misericordia divina, ¿qué de esas almas posibilizadas por Dios a las que noche tras noche imposibilizamos, lo cual es el pecado contra el Espíritu Santo, Verdadero Dios, Señor y Dador de Vida? Pues, señores, dijo, nuestra lujuria es breve. Somos medios para esas pequeñas criaturas que hay en nosotros y la naturaleza tiene otros fines que nosotros. Entonces dijo Dixon junior a Punch Costello si sabía qué fines. Pero éste había bebido en exceso y lo más que le pudo sacar fue que él siempre deshonraría a una mujer tanto si fuera esposa o doncella o concubina si la fortuna se lo deparara con tal de descargarse de su ansia de lascivia. A lo cual Crotthers de Alba Longa cantó las alabanzas que el joven Malachi hizo de esa bestia el unicornio y cómo una vez en un milenio goza con su cuerno, siendo el otro todo ese tiempo punzado por las befas con que se burlaban de él, todos y cada uno dando testimonio por los atributos de San Jodino de que era capaz de hacer cualquier clase de cosa que al hombre cupiera hacer. Ante lo cual se rieron todos con gran jocundidad salvo el joven Stephen y Sir Leopold que jamás se atrevía a reír demasiado abiertamente por razón de un extraño humor a que no quería faltar y también porque le dolía de la que pariera quienquiera que fuera o donde estuviera. Entonces habló el joven Stephen orgullosamente de la Madre Iglesia que quería arrojarle de su seno, del derecho canónico, de Lilith, patrona de los abortos, de la preñez producida por el viento con semillas de esplendor o por potencia de vampiros boca a boca o, como dijo Virgilio, por el influjo del occidente o por el olor de la flor de luna o si ella yace con mujer con quien su marido acaba de yacer, *effectu secuto*, o por ventura en su baño según las opiniones de Averroes y Moisés Maimónides. Dijo también cómo al fin del segundo mes se infundía un alma humana y cómo en todos nuestra santa madre envuelve siempre almas para mayor gloria de Dios mientras que aquella madre terrenal que fue sólo una hembra para engendrar bestialmente debería morir por cánones pues así dice aquel que tiene el sello del pescador, ese mismo bienaventurado Pedro en cuya santa

piedra quedó la santa iglesia fundada por todos los siglos. Todos esos bachilleres entonces preguntaron a Sir Leopold si en tal caso pondría en peligro la persona de ella como riesgo de vida para salvar vida. Una discreción de mente iba él a responder como a todos convenía y, apoyando mano en mejilla, dijo disimulando, como era su costumbre, que, por lo que él estaba noticioso, habiendo amado siempre el arte de la física en cuanto a un lego le es posible, y también de acuerdo con su experiencia de un accidente tan raramente visto, que era bueno en cuanto que la Madre Iglesia de un solo tiro tenía el nacimiento y los dineros de la muerte, y en tal suerte escapó avisadamente a sus preguntas. Eso es verdad, pardiez, dijo Dixon, y, si no yerro, una razón pregnante. Oyendo lo cual el joven Stephen se alegró maravillosamente e hizo notar que quien robare al pobre presta al Señor pues era hombre de condición loca cuando estaba bebido y que en tal condición estaba no tardó en echarse de ver.

Pero Sir Leopold estaba sobremanera grave malgrado sus palabras a causa de que todavía tenía pena por el espantoso chillar de mujeres en sus dolores y se le remembró su buena señora Marion que le había dado un solo hijo varón que en su onceno día de vida había muerto y ningún hombre de artes pudo salvarle, tan negro es el destino. Y ella estuvo fuertemente lacerada de corazón por ese mal suceso y para su sepultura le hizo un bello corselete de lana de cordero, la flor de los rebaños, no fuera a perecer todo y yacer frío (pues era entonces la mitad del invierno) y ahora Sir Leopold que no tenía de sus lomos hijo varón por heredero miró ante él al hijo de su amigo y se cerró en dolor por la pasada dicha pero por triste que estuviera de que le faltara un hijo de tan gentil ánimo (pues todos le consideraban de buenas partes) en no menor medida le afligía el joven Stephen pues vivía crapulosamente con aquellos pródigos y disipaba sus bienes con rameras.

Para aquel tiempo el joven Stephen llenó todas las copas que estaban vacías de tal guisa que no habría quedado sino poco de no ser porque los más prudentes hubieron estorbado el acercamiento de aquel que tanto se esforzaba y que, rogando por las intenciones del Sumo Pontífice, les rogó que brindaran por el vicario de Cristo que también según dijo es vicario de Bray. Bebamos ahora, dijo él, de este pichel y apurad este hidromiel que ciertamente no es parte de mi cuerpo pero sí encarnación de mi alma. Dejad la fracción del pan para aquellos que viven sólo de pan. No tengáis miedo tampoco de ninguna necesidad pues esto os consolará más de lo que lo demás os desconsuele. Ved aquí. Y mostróles refulgentes monedas del tributo y billetes de aurífice por valor de dos libras y diecinueve chelines que había recibido, dijo, por una canción que escribiera. Todos se admiraron de ver las dichas riquezas con tanta carestía de dinero como había sufrido antes. Y sus palabras fueron entonces estas que siguen: Sabed los hombres todos, dijo, que las ruinas del tiempo edifican las mansiones de la eternidad. ¿Qué quiere decir esto? El viento del deseo asola al espino pero después en el lugar del matorral nace una rosa sobre la cruz del tiempo. Estadme atentos ahora. En vientre de mujer la palabra se hace carne pero en el espíritu del Hacedor toda carne que pasa se hace la palabra que no pasará. Ésa es la postcreación.

Omnis caro ad te veniet. No hay duda de que poderoso es el nombre de Aquella que tuvo en su vientre el amado cuerpo de nuestro Rescatador, Curador y Pastor, nuestra poderosa Madre, y Madre venerabilísima, y muy bien dice Bernardo que ella tiene una *omnipotentiam deiparae supplicem*, a saber, una omnipotencia de petición porque Ella es la segunda Eva y Ella nos ganó, dice también Agustín, mientras aquella otra, nuestra abuela, a la cual estamos vinculados por sucesiva anastomosis de cordones umbilicales, nos vendió a todos, semilla, prole y generación, por una fruta de a penique. Pero ahora viene el asunto. O ella, la segunda digo yo, le conocía y no era sino criatura, de su criatura, *vergine madre, figlia di tuo figlio,* o no le conocía y entonces se halla en la misma negación o ignorancia que Pedro Piscator que vive en la casa que construyó Juan y con José *el Carpintero* patrono de las felices disoluciones de todos los matrimonios desdichados *parce que M. Leó Taxil nous a dit que qui l'avait mise dans cette fichue position c'était le sacré pigeon, ventre de Dieu! Entweder* transustancialidad *oder* consustancialidad pero en ningún caso subsustancialidad. Y todos se escandalizaron ante aquellas desvergonzadas palabras. Una preñez sin goce, dijo él, un nacimiento sin dolores, un cuerpo sin mancha, un vientre sin hinchazón. Con fe y fervor venere el lascivo. Con fuerte tesón estaremos opuestos.

A lo cual Punch Costello hizo retumbar la mesa bajo el pecho y quiso cantar un estribillo deshonesto *Staboo Stabella* sobre una moza a la que le hizo la barriga un lindo galán en Alemania y empezó a atacar:

> *Los tres primeros meses no estuvo bien, Staboo,* cuando he ahí que la enfermera Quigley desde la puerta mandó airadamente que se callaran y se avergonzaran y no estaba fuera de lugar que lo dijera pues su voluntad era guardar el orden hasta que viniera el señor Andrew porque celosa estaba de que ningún importuno bullicio pudiera menoscabar el honor de su vigilancia. Era una anciana y triste matrona de sosegado aire y cristiano portamento, en oscuro hábito conveniente a sus males de cabeza y su arrugada faz, y no le faltó efecto a su exhortación pues al punto Punch Costello fue reprendido por todos ellos y se quejaron al jayán los unos con civil grosería y los otros con ásperas blandicias, todos dando en él, la cuartana le venga al animal, en qué diablos se mete, so villano, so miserable, so engendrado en la paja, so truhán, so tripas de infierno, so semilla de horca, so boca de sentina, so aborto, quita de ahí esa jeta borracha, mono maldito de Dios, también el buen Sir Leopold que tenía por divisa la flor de la quietud, la gentil mejorana, advirtiéndole que era la ocasión en todos los tiempos más sagrada y más digna de ser santificada. En la casa de Horne debía reinar la calma.

Para ser breves, apenas se estaba en ese paso cuando Maestre Dixon de Mary en Eccles, sonriendo inocentemente, preguntó al joven Stephen cuál era la razón de que

no se hubiera resuelto a tomar votos de fraile y él respondió obediencia en el vientre, castidad en la tumba, pero pobreza involuntaria todos sus días. Maestre Lenehan a esto replicó que él había oído de esos nefandos hechos y cómo, según había oído relatar sobre ello, él había mancillado la lilial virtud de una confiada fémina lo cual era corrupción de menores y todos ellos intervinieron también, poniéndose alegres y brindando por su paternidad. Pero él dijo muy entero que era bien contrariamente a lo que suponían pues era hijo eterno y siempre virgen. Ante lo cual creció en ellos más el bullicio y le recordaron su curioso rito nupcial para el desvestimiento y desfloración de esposas, según uso de los sacerdotes en la isla de Madagascar, ella en vestidura de blanco y azafrán, el novio en blanco y carmesí, con quema de nardos y cirios, en un lecho nupcial, mientras los clérigos cantaban kyries y la antífona *Ut novetur sexus omnis corporis mysterium* hasta que ella fuera desflorada. Dioles luego él una muy admirable mínima de himeneo compuesta por esos delicados poetas Maestre John Fletcher y Maestre Francis Beaumont que estaba en su *Tragedia de la doncella* y que había sido compuesta para un emparejamiento análogo de amantes: *A la cama, a la cama*, era el estribillo suyo, para ser tocado con armonía de acompañamiento en los virginales: exquisito y dulce epitalamio de persuasión ablandatoria para juveniles amatorios a quienes las odoríferas antorchas de los paraninfos han escoltado al cuadrupedal proscenio de la comunión connubial. Bien reunidos que estaban, dijo Maestre Dixon, gozoso, pero escuchad, joven señor, mejor se habrían llamado Beau Monta y Leches, pues, a fe mía, de tal juntamiento podría salir mucho. El joven Stephen dijo que en efecto, si él no recordaba mal, no tenían más que una misma fulana para todos y era una sacada de un burdel para solazarse en placeres amorosos pues en aquellos tiempos la vida estaba muy animada y tal era la usanza aprobada del país. Mayor amor que ése, dijo él, no tiene un hombre sino dar su querida por un amigo. Anda pues y haz lo mismo. Así, o palabras semejantes, habló Zaratustra, ex profesor real de condonología en la universidad de Oxte-ni-Moxte, y no ha alentado nunca allí hombre a quien la humanidad le deba más. Mete a un desconocido en tu torre y difícil será que no te quedes con la segunda cama. *Orate, fratres, pro memetipso*. Y todo el pueblo dirá, Amén. Recuerda, Erín, tus generaciones y tus días de antaño, y cómo me tuviste en poco a mí y a mi palabra y trajiste a un extraño a mis puertas para que cometiera fornicación ante mis ojos y engordara y retozara como Jeshurum. Por tanto tú has pecado contra la luz y me has hecho, oh señor, ser el esclavo de siervos. Vuelve, vuelve, Clan Milly: no me olvides, oh Milesio. ¿Por qué has cometido esta abominación ante mí despreciándome por un mercader de jalapa y me negaste ante el romano y el indio de oscura habla con quien yacieron tus hijas lujuriosamente? Alza los ojos allá, pueblo mío, a la tierra prometida, desde Horeb y desde Nebo y desde Pisgah y desde los Cuernos de Hatten, una tierra que mana leche y piel. Pero me has amamantado con amarga leche: mi luna y mi sol los has extinguido para siempre. Y me has dejado solo para siempre en los caminos oscuros de mi amargura: y con beso de ceniza has besado mi boca. Esta

tiniebla del interior, pasó a decir, no ha sido iluminada por el ingenio de los Setenta ni aun mencionada, pues el Oriente, que desde la altura rompió las puertas del infierno, ha visitado una tiniebla que era forastera. La saciedad aminora las atrocidades (como dijo Tulio de sus queridos estoicos) y el padre de Hamlet no muestra al príncipe ninguna llaga de combustión. Lo adiáfano en el mediodía de la vida es una plaga de Egipto que en las noches de prenatividad y postmortalidad es su más adecuado *ubi* y *quomodo*. Y como los fines y ultimidades de todas las cosas están en armonía de algún modo y medida con sus inicios y orígenes, esa misma concordancia multiplícita que orienta el crecimiento desde el nacimiento cumpliendo en metamorfosis retrogresiva esa mengua y ablación hacia el final que está en armonía con la naturaleza, así pasa con nuestro ser subsolar. Las ancianas hermanas nos traen a la vida: gemimos, engordamos, jugamos, nos abrazamos, nos conjuntamos, nos separamos, menguamos, morimos: sobre nosotros muertos se inclinan ellas. Primero salvado del agua del viejo Nilo, entre juncos, un lecho de mimbres entrelazados: al fin la cavidad de una montaña, un sepulcro ocultado entre la conclamación del gato salvaje y la oxífraga. Y como nadie conoce la ubicuidad de su túmulo ni a qué procesos seremos por él introducidos, ni si a Tofet o a Villa Edén, de semejante modo todo nos está escondido cuando querríamos ver detrás de nosotros de qué región de remotidad ha sacado su dedondeidad la quidditad de nuestra quienidad.

Ante lo cual Punch Costello rugió en alta voz *Étienne chanson* pero ruidosamente les pidió, mirad, la sabiduría se ha construido una casa, esta vasta bóveda majestuosa largamente establecida, el palacio cristalino del Creador todo cada cosa en su sitio, un penique a quien encuentre el guisante.

Ved ahí la mansión que edificó Juanito,
ved la cebada en tantos sacos, al infinito,
en el altivo circo del vivac del mocito.

Un negro chascar de ruido en la calle ahí, ay, aulló, en eco. Sonoro a la siniestra tronó Thor: en ira horrenda el lanzador de martillo. Llegaba ahora la tormenta que calmaba su corazón. Y Maestre Lynch le pidió que se cuidara de no jactarse y pavonearse pues el dios mismo estaba airado por su charlar infernal y su paganismo. Y el que antes tan desafiante estaba se puso pálido como harina según todos pudieron notar y se encogió y su jactancia que antes era tan altiva ahora de repente se humilló y su corazón se estremeció dentro de la jaula de su pecho mientras percibía el fragor de esa tormenta. Entonces algunos se burlaron y otros se befaron y Punch Costello volvió a caer duro sobre su cerveza y Maestre Lenehan juró que le imitaría y en verdad que fue dicho y hecho sin hacerse de rogar. Pero el jactancioso presumido gritó que algún viejo Donnadie estaba bebido y la cosa le era indiferente y que no se quedaría rezagado. Pero eso era sólo para teñir su desesperación mientras acobardado se acurrucaba en las salas de Horne. Bebió en efecto de un sorbo para reanimarse el corazón de algún

modo pues tronaba largo y ruidosamente por sobre todos los cielos de modo que Maestre Madden, siendo piadoso en ciertas ocasiones, se golpeó en las costillas ante tal estruendo de juicio final y Maestre Bloom, al lado del jactancioso, le habló palabras calmantes para adormecer su gran temor, dando a conocer cómo no era otra cosa sino confuso rumor lo que oía, la descarga de fluido de la fuente del trueno, vea, habiendo tenido lugar, y todo ello del orden de un fenómeno natural.

Pero ¿fue vencido el temor del joven Fanfarrón por las palabras de Calmador? No, pues tenía en su seno un dardo llamado Amargura que no podía disiparse con palabras. Y ¿no estuvo entonces tranquilo como el uno a piadoso como el otro? Ninguna de las dos cosas por cuanto habría querido estar lo uno y lo otro. Pero ¿no podría haberse esforzado por hallar otra vez en su juventud la botella Santidad de la cual había vivido hasta entonces? En verdad no, pues no estaba allí Gracia para hallar esa botella. ¿Oyó entonces en ese trueno la voz del Dios Creador o, lo que decía Calmador, una confusión de Fenómeno? ¿Oyó? Pues bien, él no podía menos de oír mientras no obstruyera el tubo Entendimiento (lo cual no había hecho). Entonces, a través de ese tubo vio que estaba en la tierra de Fenómeno donde debía de seguro morir algún día en cuanto que era, como el resto de los hombres, una apariencia pasajera. ¿Y no aceptaría morir como los demás y desaparecer? De ningún modo lo haría ni tampoco más de esas apariencias según hacen los hombres con sus mujeres como Fenómeno les ha mandado hacer por el libro Ley. Entonces ¿no tenía sospecha de esa otra tierra que se llama Cree-en-Mí, que es la tierra de la promesa que está asignada al rey Deleitoso y siempre lo estará donde no hay muerte ni nacimiento tampoco ni conyugamiento ni maternidad y a donde llegarán todos cuantos crean en ella? Sí, Piadoso le había hablado de esa tierra y Casto le había señalado el camino pero la cuestión era que por el camino cayó con una cierta puta de exterior placentero a los ojos cuyo nombre, dijo, es Pájaro-en-Mano y ella le atrajo por mala senda apartándole de la verdadera ruta con las lisonjas que le decía, como, Ea, hombre lindo, vuélvete acá y yo te mostraré un hermoso sitio, y ella se dio a él tan lisonjeramente que le tuvo consigo en su gruta que se llama Dos-en-las-Matas, o, por algunos doctos, Concupiscencia Carnal.

Eso era lo que toda aquella compañía sentada allí en la mesa de la Mansión de las Madres deseaba con más afán y si se encontraban con la puta Pájaro-en-Mano (que por dentro era toda sucia pestilencia, monstruos y un demonio maligno) se esforzarían hasta las últimas con tal de llegarse a ella y conocerla. Pues tocante a Cree-en-Mí decían que no era nada sino imaginación y que no podían concebirlo ni en pensamiento, pues, primero, Dos-en-las-Matas, a donde ella les atraía, era la más placentera gruta y allí había cuatro almohadas que tenían cuatro rótulos con estas palabras estampadas en ellos, Acaballo y Patasarriba y Metelengua y Mejillaconmejilla, y, segundo, porque esa mala peste, Omnisífilis, y los monstruos no se llegaban a ellos, pues Preservativo les había dado un robusto escudo de tripa de buey, y, en tercer lugar, porque no podían recibir daño ninguno tampoco de Progenie,

que era aquel maligno demonio, por virtud de ese mismo escudo, que se llamaba Mataniño. Así estaban todos en su ciega fantasía, el señor Casuista y el señor Antaño Piadoso, el señor Mono Tragacerveza, el señor Falso Franco, el señor Delicado Dixon, el Joven Fanfarrón y el señor Cauto Calmador. En lo cual, oh desdichada compañía, os engañáis todos, pues esa era la voz del Dios que estaba en una ira tan grave como para acabar por levantar el brazo y dispersar sus almas por sus abusos y las dispersiones hechas por ellos contrariamente a Su palabra, que nos engendrar enérgicamente aconseja.

Así jueves dieciséis de junio Patk. Dignam bajo tierra de apoplejía y tras dura sequía, gracias a Dios, llovió, un barquero llegando por agua de unas cincuenta millas más o menos con turba diciendo las semillas no brotarán, campos sedientos, color muy triste y hedía muy fuerte, pantanos y marismas también. Difícil respirar y los brotes jóvenes consumidos todos sin gota así mucho tiempo atrás que nadie recordaba estar sin. Las yemas rosadas todas pardas y extendidas en bultos y en las colinas nada sino juncos y hierbas secas que prenderían al primer fuego. Todo el mundo diciendo, por lo que sabían, el vendaval del último febrero del año pasado que asoló la tierra tan lamentablemente fue cosa pequeña al lado de esta sequía. Pero poco a poco, como se dijo, esta tarde después de ponerse el sol, el viento viniendo del Oeste, enormes nubes hinchadas vistas al aumentar la noche y los que predicen el tiempo mirándolas y algunos relámpagos por todo el cielo primero y luego, pasadas las diez, un gran rayo con un largo trueno y en un momento todos corriendo revueltos a casa por el humeante chaparrón, los hombres resguardándose los sombreros de paja con un paño o pañuelo, las mujeres escapando con faldas remangadas tan pronto como cayó el aguacero. En Ely Place, la calle Baggot, Duke's Lawn, y desde ahí por Merrion Green hasta la calle Holles, un torrente de agua corriendo donde antes estaba seco como piedra y ni un coche ni simón ni fiacre se veía por ahí pero ya no más descargas después de la primera. Enfrente a la puerta del Muy Hon. Sr. Juez Fitzgibbon (que ha de tratar con el señor Healy el abogado sobre los terrenos del colegio). Mal. Mulligan un caballero de verdad que acababa de llegar de ver al señor Moore el escritor (que era papista pero ahora, dicen las gentes, un buen orangista) se tropezó con Alec. Bannon con peluquín (que ahora están de moda con abrigos de baile verde Kendal) que estaba recién llegado en la ciudad desde Mullingar con la diligencia donde su primo y el hermano de Mal M se quedarán un mes hasta San Swithin y le pregunta qué andaba haciendo por allí, él camino de casa y el otro a Andrew Horne con intención de vaciar una copa de vino, así dijo, pero le quería contar de una becerrita caprichosa, grande para su edad y con buena pantorrilla y todo eso mientras caía un aguacero y así los dos juntos a Horne. Allí Leop. Bloom de la gaceta de Crawford sentado muy a gusto con una banda de gente alegre, jóvenes pendencieros, Dixon Jun., escolar en Nuestra Señora de la Misericordia, Vin. Lynch, un tipo escocés, Will. Madden, T. Lenehan, muy triste por un caballo de carreras que se le antojó y Stephen D. Leop. Bloom allí por un mal que había tenido pero ya mejor, habiendo soñado esa

noche una extraña fantasía de su consorte Mrs Moll con babuchas rojas y unos calzones turcos lo que se cree por los que entienden que significa algún cambio y Madama Purefoy allí, que entró alegando su barriga, y ahora en el lecho de dolor, pobre de ella dos días pasado su momento, las comadronas desesperadas en ello y sin poder dar a luz, ella nauseada por un cuenco de agua de arroz que es sutil desecadora de sus entrañas y su aliento muy pesado mucho más de lo conveniente y debería ser un mocito por los golpes, dicen, pero que Dios le dé su alivio. Ése es el noveno retoño que le vive, oigo decir, y el día de Nuestra Señora le royó las uñas al último chiquillo que tenía entonces un año y con otros tres todos criados al pecho que murieron apuntados con buena letra en la Biblia del Rey. Su marido de unos cincuenta años y metodista pero recibe el Sacramento y se le ve todos los días de precepto que hace bueno con un par de sus chicos por la bahía de Bullock pescando en el canal con su caña de molinete o en una chalupa que tiene en busca de lenguados y abadejos y logra un buen saco, he oído decir. En suma un aguacero infinito y todo refrescado y aumentará mucho la cosecha pero los que entienden dicen que después de viento y agua ha de venir fuego por un pronóstico del almanaque de Malachi (y he oído decir que el señor Russell ha sacado del Hindustán un oráculo profético del mismo sentido para su Gaceta del Labrador) porque no hay dos sin tres pero es una simple idea sin fondo de razón para viejas y niños y sin embargo a veces se encuentra que tienen razón con sus rarezas no se puede decir cómo.

En esto llegó Lenehan a los pies de la mesa a decir cómo la carta estaba en la gaceta de esa noche y fingió buscársela encima (pues aseguró con juramento que le había dolido) pero por persuasión de Stephen abandonó la búsqueda y le rogaron que se sentara al lado lo que él hizo al punto. Era una suerte de joven caballero burlón que tenía fama de jocoso y galante y que en todo lo que fuera mujeres, caballos o escándalos sabrosos, estaba como en su casa. A decir verdad sus fortunas andaban medianamente y casi siempre estaba por los cafés y tabernas bajas con agentes de enganche, mozos de cuadra, corredores de apuestas, alguaciles, galopines, aprendices, lacayos, damas del burdel y otros pícaros del mismo juego o con el primer merino o pregonero que encontrara, muchas noches hasta bien entrado el día, con los que sacaba mucho que decir entre trago y trago. Tomaba su ordinario en algún fondín y aunque sólo podía meterse dentro unas sobras o un plato de tripas con una sola moneda en la bolsa, siempre podía salir del apuro con la lengua, con algún dicho atrevido tomado de una bribona o cosa semejante que cualquier hijo de madre se partía las costillas riendo. El otro, esto es, Costello, oyendo sus palabras preguntó si era poesía o cuento. No, a fe, dice Frank (tal era su nombre), es por lo de las vacas de Kerry que las tienen que sacrificar por causa de la peste. Pues por mí que las ahorquen, dice con un guiño, con sus novillos y todo, la peste sobre ellas. En esta lata hay un pescado tan bueno como jamás salió de ella y muy familiarmente se dispuso a tomar unas anchoas saladas que había al lado y a las que había echado el ojo deseosamente en el ínterin encontrando el sitio que era propiamente el principal

intento de su embajada ya que estaba hambriento. *Mort aux vaches*, dice entonces Frank en lengua francesa, ya que había estado de aprendiz con un comerciante de aguardientes que tiene una tienda de vinos en Burdeos y hablaba francés como un caballero. Desde niño este Frank había sido un holgazán al que su padre, un alcalde de barrio, que mal podía retenerle en la escuela aprendiendo sus letras y el uso de las esferas, le matriculó en la universidad para que estudiara artes mecánicas, pero él tomó el freno entre los dientes como un potro bravo y se hizo más familiar con la justicia civil y parroquial que con sus volúmenes. Un día se le antojaba ser actor cómico, luego vivandero, o corredor de apuestas, luego nada le apartaba del reñidero de osos y gallos, luego le daba por el mar océano o por echarse a los caminos con los húngaros, secuestrando al heredero de un señor a favor de la luz de la luna o hurtando ropa blanca de doncella o estrangulando pollos detrás de un seto. Había estado por ahí tantas veces como vidas tiene un gato y otras tantas veces de vuelta con los bolsillos vacíos a casa de su padre el alcalde que derramaba una pinta de lágrimas en cuanto le veía. ¿Qué, dice el señor Leopold con las manos cruzadas, afanoso de saber a dónde iba a parar todo, van a sacrificarlas todas? Aseguro que las vi esta mañana camino de los barcos de Liverpool, dice. Apenas puedo creer que la cosa esté tan mal, dice. Y tenía en verdad experiencia de semejantes bestias de raza y de novillos, corderitos sebosos y carneros de lana, habiendo sido años antes actuario para el señor Joseph Cuffe, un digno corredor de ventas que hacía su comercio con ganado vivo y subastas de pastos al lado del terreno del señor Gavin Low en la calle Prussia. No estoy de acuerdo en eso, dice. Probablemente es más bien el hipo de la glositis bovina. El señor Stephen, algo afectado pero con mucha gracia, le dijo que no era tal cosa y que tenía despachos del Gran Hurgacolas del Emperador agradeciéndole la hospitalidad y enviándole acá al Doctor Rinderpest, el más renombrado cazavacas de toda la Moscovia, con algún que otro bolo de medicina para coger al toro por los cuernos. Vamos, vamos, dice el señor Vincent, hablemos claro. Se encontrará en los cuernos de un dilema si se enreda con un toro que sea irlandés, dice. Irlandés de nombre e irlandés de naturaleza, dice el señor Stephen, y pasó la cerveza dando la vuelta. Un toro inglés en una tienda de porcelana inglesa. Os entiendo, dice el señor Dixon. Es el mismo toro que envió a nuestra isla el ganadero Nicholas, el mejor criador de ganado de todos ellos, con un anillo de esmeralda en la nariz. Cierto es eso, dice el señor Vincent al otro lado de la mesa, y ciertos son los toros, dice, jamás ha estercolado en el trébol un toro más gordo y solemne. Abundancia de cuernos tenía, pelo dorado y un dulce aliento humeante saliéndole por las narices, tanto que las mujeres de nuestra isla, abandonando criadillas y morcillas, le siguieron, decorando con guirnaldas de margaritas su taurinidad. Y qué importa, dice el señor Dixon, pero si antes que pasara acá el granjero Nicholas que era eunuco le hizo castrar adecuadamente por un colegio de doctores que no valían más que él. Así que vamos allá, dice, y haz todo lo que te diga mi primo hermano Lord Harry y recibe la bendición de un ganadero, y con eso le palmeó rotundamente el trasero. Pero la

palmada y la bendición le dieron buena parte, dice el señor Vincent, pues para compensar le enseñó un truco que valía por dos de los otros de tal modo que doncella, esposa, abadesa o viuda afirman hasta el día de hoy que en cualquier momento prefieren susurrarle a la oreja en lo oscuro de un establo o recibir un lametón en la nuca de su larga y santa lengua antes que yacer con el más hermoso y gallardo joven violador en los cuatro campos de toda Irlanda. Otro entonces tomó la palabra. Y le adornaron, dice, con camisa de encajes y enaguas con cola y cinturón y puños de encaje y le cortaron el pelo de la frente y le frotaron todo por encima con aceite de espermaceti y le construyeron establos para él en todos los recodos del camino con un pesebre de oro en cada uno lleno del mejor heno del mercado de modo que pudiera sestear y estercolar a gusto de su corazón. Para entonces el padre de los fieles (pues así le llamaban) se había puesto tan pesado que apenas podía caminar hasta el prado. Para remediar lo cual nuestras astutas damas y damiselas le traían su forraje en el regazo de los delantales y tan pronto como tenía la barriga llena él se enderezaba en sus cuartos traseros para enseñar un misterio a sus señorías y mugir y resoplar en lenguaje taurino y todas detrás de él. Sí, dice otro, y tan mimado estaba que no consentía que creciera en la tierra nada sino verde hierba para él mismo (pues ése era el único color de su gusto) y en una colina en medio de esta isla había un letrero con un aviso impreso diciendo: Por orden de Lord Harry viva lo verde del valle. Y, dice el señor Dixon, si olfateaba alguna vez un cuatrero en Roscommon o en las soledades de Connemara o un ganadero en Sligo que estuviera sembrando ni un puñado de mostaza ni una bolsa de nabo silvestre, corría hecho una furia por medio país desarraigando con los cuernos cuanto estuviera plantado y todo ello por orden de Lord Harry. Hubo entre ellos mala sangre al principio, dice el señor Vincent, y Lord Harry mandó al diablo al granjero Nicholas y le llamó viejo patrón de burdel que tenía siete putas en casa y voy a tomar yo cartas en sus asuntos, dice. Le voy hacer oler infierno a ese animal, dice, con ayuda de la buena verga que me dejó mi padre. Pero una tarde, dice el señor Dixon, cuando Lord Harry estaba limpiándose la real pelambrera para ir a cenar después de ganar una regata (tenía remos de pala para él pero la primera regla de la carrera era que los demás tenían que remar con horcas) descubrió en sí mismo una prodigiosa semejanza con un toro y sacando un librillo bien sobado que guardaba en la despensa, halló con toda certidumbre que él era descendiente por la mano izquierda del famoso toro campeón de los romanos, *Bos Bovum*, lo que en buen latín macarrónico quiere decir el amo del cotarro. Después de eso, dice el señor Vincent, Lord Harry metió la cabeza en un bebedero de vacas en presencia de todos sus cortesanos y al sacarla otra vez les dijo su nuevo nombre. Luego, con el agua corriéndole por encima, se puso un viejo blusón y una falda que pertenecieron a su abuela y se compró una gramática de la lengua de los toros para estudiar, pero nunca pudo aprender una palabra de ella salvo el pronombre de primera persona que copió en letras grandes y se lo aprendió de memoria, y siempre que salía de paseo se llenaba los bolsillos de tiza para escribirlo en donde se le antojara, en el

costado de una piedra o en la mesa de una casa de té o una bala de algodón o un flotador de corcho. En una palabra, él y el toro de Irlanda pronto fueron tan íntimos amigos como un culo y una camisa. Lo fueron, dice el señor Stephen, y el final fue que los hombres de la isla, viendo que no había remedio, puesto que las ingratas mujeres eran todas de la misma opinión, construyeron una balsa de salvamento, se embarcaron a bordo ellos mismos con todos sus hatos de bienes muebles, pusieron los mástiles erectos, prepararon las vergas, tomaron la caña, se tiraron allá, tendieron todo trapo al viento, dieron cara entre viento y marea, izaron anclas, pusieron rumbo a babor, ondearon el pabellón de la calavera y los huesos, lanzaron tres veces tres hurras, largaron la bolina, se echaron a su gabarra y se hicieron a la mar para redescubrir América. Ésa fue la ocasión, dice el señor Vincent, en que un contramaestre compuso aquella balanceante canción

El Papa Pedro se orina en la cama.
Un hambre es hombre a pesar de todo.

Nuestro ilustre conocido, señor Malachi Mulligan, apareció entonces en el umbral cuando los estudiantes acababan su apólogo, acompañado por un amigo a quien acababa de volver a hallar, un joven caballero llamado Alec Bannon que estaba recién llegado a la ciudad con la intención de comprar un nombramiento de alférez o subteniente en la milicia territorial y alistarse para la guerra. El señor Mulligan tuvo la cortesía de expresar su complacencia ante todo ello tanto más cuanto que armonizaba con un proyecto suyo para la cura del mismo mal a que antes se había aludido. Por lo cual distribuyó al grupo un juego de tarjetas de cartulina que había hecho imprimir aquel día por el señor Quinnell con una inscripción compuesta en bella cursiva: *Señor Malachi Mulligan, Fertilizador e Incubador, Isla Lambay*. Su proyecto, como pasó a exponer, era retirarse del círculo de vanos placeres tales como los que forman la principal ocupación de Sir Pisaverde Papagayo y Sir Alfeñique Quidnunc de esta ciudad y dedicarse a la más noble tarea para que ha sido constituido nuestro organismo corporal. Bueno, oigamos qué es, mi buen amigo, dijo el señor Dixon. No tengo duda de que huele a ir de mozas. Vamos, siéntense los dos. No es más caro por sentarse. El señor Mulligan aceptó la invitación y, explicando su designio, dijo a sus oyentes que le había llevado a esa idea una consideración de las causas de la esterilidad, lo mismo la inhibitoria como la prohibitoria, tanto si la inhibición se debe a su vez a vejaciones conyugales o a una parsimonia del equilibrio, cuanto si la prohibición procede de defectos congénitos o de proclividades adquiridas. Le dolía gravemente, dijo, ver el tálamo nupcial defraudado de sus más queridas prendas: y el reflexionar sobre tantas hembras agradables de sustanciosas coyunturas, presa de los más viles bonzos, que escondían su antorcha bajo un celemín en un extraño claustro, perdiendo su floración mujeril en los abrazos de algún inexplicable villano cuando podrían multiplicar las entradas a la felicidad,

sacrificando la joya inestimable de su sexo cuando un centenar de lindos mozos estaban a mano para acariciar; eso, les seguró, hacía llorar a su corazón. Para superar ese inconveniente (que él consideraba debido a una supresión de calor latente), habiéndose asesorado con ciertos consejeros de dignidad e inspeccionado el asunto, había resuelto tomar en contrato perpetuo el feudo de la isla Lambay a su propietario, Talbot de Malahide, un caballero Tory no muy en el favor de nuestro partido dominante. Allí se proponía establecer una granja nacional de fertilización que se llamaría *Omphalos* con un obelisco cuya talla y erección se haría a la manera de Egipto, y ofrecer sus cumplidos servicios de gentilhombre para la fecundación de cualquier hembra de cualquier clase o calidad que se dirigiera a él con el deseo de cumplir las funciones de su naturaleza. El dinero no era su objetivo, dijo, ni recibiría un penique por sus esfuerzos. La más pobre moza de cocina no menos que la opulenta dama a la moda, si tales eran sus complexiones y si sus temperamentos eran cálidos persuasores para sus peticiones, encontrarían en él a su hombre. Para su nutrición mostró cómo se alimentaría exclusivamente allí con una dieta de sabrosos tubérculos y pescados y conejos, estando altamente recomendada la carne de estos prolíficos roedores para tal propósito, tanto cocida como guisada con un poco de nuez moscada y una vaina o dos de chiles. Tras esta homilía que pronunció con mucho calor de aseveración, el señor Mulligan en un instante quitó de su sombrero un pañuelo con que lo tenía escondido. Ambos, parece, habían sido alcanzados por la lluvia y por más que apretaron el paso, recibieron agua, como podía observarse por los calzones del señor Mulligan de un gris áspero ahora vuelto de color un tanto pío. Su proyecto mientras tanto fue muy favorablemente comentado por sus oyentes y obtuvo cordiales elogios de todos, aunque el señor Dixon de Mary objetó a él, preguntando con aire pedantesco si se proponía llevar agua a la fuente. El señor Mulligan sin embargo lisonjeó a los cultos con una apropiada cita de los clásicos que, tal como permanecía en su memoria, le parecía un sólido y elegante apoyo de su punto de vista: *Talis ac tanta depravatio hujus seculi, O quirites, ut matres familiarum nostrae lascivas cujuslibet semiviri libici titillationes testibus ponderosis atque excelsis erectionibus centurionum Romanorum magnopere anteponunt*, mientras que para los de más rudo ingenio insistió en su tesis mediante analogías del reino animal más apropiadas a sus estómagos, el ciervo y la cierva en el claro del bosque, el pato y la pata en la granja.

Prevaliéndose no poco de su elegancia, pues en efecto era hombre de persona atrayente, ese charlatán se dedicó entonces a su indumentaria con consideraciones un tanto acaloradas en cuanto al súbito capricho de la atmósfera mientras la compañía derrochaba sus encomios sobre el proyecto que había presentado. El joven caballero su amigo, aún rebosante de gozo por un lance que le había acontecido, no pudo menos de contárselo a su más próximo vecino. El señor Mulligan, observando ahora la mesa, preguntó para quién eran esos panes y, viendo al forastero, le hizo una cortés reverencia y dijo: Señor, si os place, ¿habéis menester de alguna asistencia

profesional que pudiéramos daros? El cual, ante esta oferta, le dio las gracias muy cordialmente, aunque manteniendo su distancia adecuada, y respondió que había llegado allí por una señora, ahora internada en la casa de Horne, que se hallaba en estado interesante, pobre señora, por los dolores de la maternidad (y allí lanzó un profundo suspiro), para saber si ya había tenido lugar su felicidad. El señor Dixon, para cambiar de tema, empezó a preguntar al propio señor Mulligan si su incipiente ventripotencia, por la que bienhumoradamente le reprendió, era señal de una gestación ovoblástica en el utrículo prostático o útero masculino, o bien si se debía, como en el caso del famoso médico señor Austin Meldon, a un lobo en el estómago. Como respuesta el señor Mulligan, en una tempestad de risas respecto a sus calzones, se golpeó valientemente bajo el diafragma, exclamando con una admirable imitación bufa de la Abuela Grogan (la más excelente criatura de su sexo aunque lástima que sea una puta): Aquí hay una barriga que nunca concibió un bastardo. Fue una salida tan feliz que renovó las tempestades de júbilo y lanzó a la sala entera a las más violentas convulsiones de regocijo. El alegre charlatán habría continuado en la misma vena de imitación de no ser por cierto desorden en la antecámara.

Aquí el que escuchaba, que no era otro que el estudiante escocés, un cabeza caliente, rubio como la estopa, se congratuló del modo más vivo con el joven caballero e interrumpiendo la narración en un punto saliente, tras de rogar a su *vis-à-vis* con una cortés inclinación que tuviera la amabilidad de pasarle un frasco de aguas cordiales a la vez que con una actitud interrogativa de la cabeza (todo un siglo de educación cortés no habría logrado un gesto tan refinado) a la que iba unido otro movimiento equivalente pero contrario de la cabeza, preguntó al narrador con la mayor claridad posible de palabras si podía servirle una copa de ello. *Mais bien sûr*, noble forastero, dijo él animadamente, *et mille compliments*. Sí que puede y muy oportunamente. No faltaba nada más que esta copa para coronar mi felicidad. Pero, bondadosos cielos, si me quedara sólo con una corteza en la bolsa y un vaso de agua del pozo, Dios mío, me satisfaría con ello y mi corazón me inspiraría que me arrodillara en el suelo y diera gracias a los poderes de lo alto por la felicidad que me otorgaba el Dador de todo lo bueno. Con esas palabras, aproximó la vasija a sus labios, tomó un generoso sorbo del cordial, se alisó el pelo y, abriendo su pecho, sacó de él un medallón que colgaba de una cinta de seda, la misma imagen que siempre había guardado como un tesoro desde que la mano de ella escribió allí. Observando esas facciones con todo un mundo de ternura, Ah Monsieur, dijo, si la hubierais visto como yo la vi con estos ojos en aquel instante conturbador con su delicada blusa y su sombrerito nuevo a la *coquette* (un regalo por el día de sus días, me dijo), en tal desorden ingenuo, de ternura tan conmovedora, sobre mi conciencia que incluso vos, Monsieur, habríais sido impulsado por la generosa naturaleza a entregaros por completo en manos de tal enemiga o a abandonar el campo para siempre. Os aseguro que en toda mi vida me he sentido tan afectado. ¡Oh Dios te doy gracias como Autor de mis días! Tres veces feliz será aquel a quien tan adorable criatura bendiga con sus

favores. Un suspiro de afecto prestó elocuencia a esas palabras y, tras de reponer el medallón en el pecho, se enjugó los ojos y volvió a suspirar. Benéfico Diseminador de bendiciones para todas tus criaturas, qué grande y universal ha de ser la más dulce de tus tiranías si puede sujetar en sus vínculos al libre y al siervo, al simple rústico y al pulido pisaverde, al amante en los días más altos de pasión desenfrenada y al marido en los más maduros años. Pero ciertamente, señor, me estoy alejando de mi asunto. ¡Cuán mezcladas e imperfectas son todas nuestras dichas sublunares! *Maledicite!* ¡Pluguiera a Dios que la previsión me hubiera recordado tomar conmigo mi capa! Estoy por llorar de pensarlo. Entonces, a pesar de todos los aguaceros, no lo habríamos sentido en nada. Pero desventurado de mí, exclamó, golpeándose la frente con la mano, mañana será otro día, y, mil truenos, conozco a un *marchand de capotes*, Monsieur Poyntz, de quien por una *livre* puedo obtener un capote a la moda francesa tan cómodo como el que mejor haya jamás defendido a una dama de mojarse. ¡Tate, tate!, gritó Le Fécondateur, entrando en escena, mi amigo Monsieur Moore, ese cumplidísimo viajero (acabo de vaciar media botella avec lui en un círculo de los mejores ingenios de esta ciudad) me ha asegurado que en el Cabo de Hornos, *ventre de biche*, tienen una lluvia que cala a través de cualquier capote, incluso el más recio. Una mojadura de tal violencia, me dice, *sans blague*, ha mandado en serio a más de un desdichado al otro mundo por la posta. ¡Bah! ¡Una *livre*! grita Monsieur Lynch. Esos torpes instrumentos no valen más de un *sou*. Un solo paraguas, aunque no fuera mayor que una seta de hadas, vale por diez de tales tapones. Ninguna mujer de ingenio usaría uno. Mi querida Kitty me dijo hoy que danzaría en un diluvio antes que morir de hambre en tal arca de salvación, pues, como me recordó (ruborizándose picantemente y susurrándome al oído, aunque no había nadie para captar sus palabras sino aturdidas mariposas), la señora Naturaleza, por la bendición divina, lo ha implantado en nuestro corazón y ha llegado a ser dicho proverbial que *il y a deux choses* para las cuales la inocencia de nuestra vestimenta original, en otras circunstancias un quebrantamiento de las conveniencias, es el atuendo más apropiado, e incluso el único. La primera, dijo (y aquí mi linda filósofa, mientras la ayudaba yo a subir al tílbury, tocó suavemente con la punta de la lengua al pabellón externo de mi oído), la primera es un baño… pero en este punto una campanilla que resonaba en el vestíbulo cortó un discurso que tantas promesas ofrecía para el enriquecimiento de nuestro caudal de saberes.

Entre la desbordada hilaridad general de la asamblea, resonó una campana y mientras todos conjeturaban cuál podría ser la causa, entró la señorita Callan y, habiendo dicho unas pocas palabras en voz baja al joven señor Dixon, se retiró con una profunda reverencia a toda la compañía. La presencia, incluso por un momento, entre una reunión de depravados, de una mujer dotada de todas las cualidades de la modestia y no menos severa que hermosa, refrenó las salidas de buen humor incluso de los más licenciosos, pero su partida fue la señal para una explosión de picardías. Que me maten, dijo Costello, un villano que había empinado demasiado el codo. ¡Un

monstruoso buen pedazo de vaca! Juraría que te ha dado una cita. ¿Qué, tú también, perro? ¿Cómo se te dan? ¡Pardiez! Así es y mucho más, dijo el señor Lynch. Los modales de cabecera son los que usan en el hospital Mater. Diantres, ¿no barbillea el doctor O'Gárgaras a las monjas? Como que espero salvarme que me lo dijo mi Kitty que ha cuidado enfermos aquí en estos siete meses. ¡Misericordia, doctor!, exclamó el mozuelo del chaleco prímula, fingiendo una sonrisa femenil y con inmodestas agitaciones de su cuerpo, ¡cómo sabéis chancearos de vuestra gente! ¡Peste de hombre! Válgame Dios, que estoy todo tembloroso. ¡A fe, sois tan malo como ese buen padrecito Cuántasveces, eso es la que sois! Que se me atragante este jarro de a cuartillo, exclamó Costello, si no está para ser madre. Conozco a la dama que está para hincharse en cuanto le pongo los ojos encima. El joven cirujano, no obstante, se levantó y rogó a la compañía que excusaran su marcha ya que la enfermera le acababa de informar que era necesario en el pabellón. A la misericordiosa providencia le había placido poner fin a los sufrimientos de la señora que estaba *enceinte*, la cual había parido con laudable fortaleza dando a luz a un vivaz niño. Paciencia me hace falta, dijo, con los que, sin ingenio para animar ni sabiduría para instruir, deshonran una ennoblecedora profesión que, salvando la reverencia debida a la Divinidad, es el mayor poder de felicidad que haya en la tierra. Estoy seguro cuando digo que si fuera necesario podría presentar una nube de testigos a favor de la excelencia de sus nobles ejercitaciones, que, lejos de ser objeto de escarnio, deberían ser un glorioso incentivo en el pecho humano. No puedo con ellos. ¿Qué? ¿Malignan a una así, la amable señorita Callan, que es el lustre de su sexo y el asombro del nuestro y en el instante más decisivo que le puede sobrevenir a una mísera criatura de barro? ¡Lejos de nosotros tal pensamiento! Me estremece pensar en el futuro de una raza en que se hayan sembrado las semillas de tal malicia y en que no se rinda la debida reverencia a la madre y la doncella en la casa de Horne. Habiéndose desahogado de esta reprimenda, saludó a los presentes en su retirada y se dirigió a la puerta. Un murmullo de aprobación se elevó de todos y algunos estaban dispuestos a expulsar sin más al vil embebedor, designio que se hubiera ejecutado, y no habría sido más que lo debido a sus estrictos méritos, de no ser porque él abrevió su transgresión afirmando con una hórrida imprecación (pues juraba de buena gana) que era tan buen hijo del verdadero rebaño como cualquier otro mortal. Sacadme las tripas, dijo, si no han sido siempre esos los sentimientos del honrado Frank Costello, educado concienzudamente por lo que toca al honrarás padre y madre la cual tenía la mejor mano para los buñuelos con mermelada o el flan con nata que siempre recuerdo con corazón amoroso.

Pero volvamos al señor Bloom, que, tras de su primera entrada, había sido consciente de algunas desvergonzadas burlas, las cuales, sin embargo, había soportado como frutos de esa edad a la que suele comúnmente acusarse de no conocer piedad. Los jóvenes pisaverdes, es cierto, estaban tan llenos de extravagancia como niños demasiado crecidos: las palabras de sus tumultuosas discusiones se

entendían dificultosamente y a menudo no eran nada delicadas: su salvajismo y sus insultantes mots eran tales que el intelecto del señor Bloom se echaba atrás horrorizado, y tampoco eran escrupulosamente sensibles al decoro por más que la abundancia de recios espíritus animales hablara en defensa de ellos. Pero la palabra del señor Costello era para él un lenguaje nada bienvenido pues le repugnaba ese miserable, que le parecía una criatura medio desorejada de abortada gibosidad nacido fuera de matrimonio y lanzado al mundo ya jorobado y dentudo y con los pies por delante, lo cual hacía verosímil la marca de las pinzas del cirujano en su cráneo, como para traerle a la mente ese eslabón ausente en la cadena de la creación, deseado por el ingenioso señor Darwin, de feliz memoria. Estaba ya más allá del trecho medio de los años que se nos otorgan, por él pasados a través de las mil vicisitudes de la existencia, y, siendo de linaje cauto y él mismo hombre de rara previsión, había ordenado siempre a su corazón reprimir todos los movimientos de cólera levantada y, interceptándolos con la más alerta precaución, nutrir en su pecho esa plenitud de paciencia de que se mofan las mentes bajas, que desprecian los juzgadores precipitados y que todos encuentran soportable pero sólo soportable. A los que se hacen pasar por ingenios a costa de la delicadeza femenina (un hábito de mente que él jamás tuvo), a esos, nunca les concedería él, ostentar el nombre ni heredar la tradición de una educación elevada, mientras que para aquellos que, habiendo perdido toda paciencia, ya no pueden perder más, quedaba el amargo antídoto de la experiencia para obligar a su insolencia a batirse en precipitada y deshonrosa retirada. No era que él no fuera capaz de participar de los sentimientos de la fogosa juventud, la cual, sin cuidado ninguno por los reproches de los vejancones ni los gruñidos de los severos, siempre está dispuesta (para seguir la casta fantasía del Sagrado Autor) a comer del árbol prohibido, pero no hasta el punto de transgredir los límites de la humanidad bajo ninguna condición hacia una noble dama cuando estaba en sus legítimas obligaciones. Para concluir, si bien, por las palabras de la hermana, había calculado un rápido parto, sin embargo, debe confesarse, se sintió no poco aliviado por la información de que el resultado tan auspiciado tras una prueba de tal rigor diera ahora testimonio tanto de la misericordia cuanto de la generosidad del Ser Supremo.

Consiguientemente hizo patente su pensamiento a su vecino diciendo que, para expresar su idea sobre el asunto, su opinión (aunque por ventura no debería expresar ninguna) era que había que tener un carácter frío y un genio gélido para no regocijarse por estas recientísimas noticias de la fruición de su gestación, ya que ella había sufrido tantos dolores sin ninguna culpa propia. El elegante mozalbete dijo que era su marido quien la había puesto en tal expectación o al menos así debía ser salvo que ella fuera otra matrona efesia. Debo darles a conocer, dijo el señor Crotthers, dando una palmada en la mesa como para provocar un resonante comentario de énfasis, que el viejo Glory Alleluyerum se dio una vuelta por aquí otra vez hoy, un hombre de edad con patillas, emitiendo por la nariz el ruego de hablar con Wilhelmina, mi vida, como la llama él. Yo le indiqué que estuviera preparado, pues el

acontecimiento se produciría en seguida. A fe mía, seré franco con ustedes. No puedo menos de alabar la potencia viril del viejo garañón que todavía le ha podido sacar a ella otro chico. Todos se dieron a alabarlo, cada cual a su manera, aunque el mencionado joven pisaverde mantuvo su anterior opinión de que otro que su cónyuge había sido el hombre en la brecha, un clérigo ordenado, un (virtuoso) portaantorchas o un vendedor ambulante de artículos necesarios en todo hogar. Notable, comentó el invitado consigo mismo, la admirablemente desigual facultad de metempsicosis que poseen éstos, de que el dormitorio puerperal y el anfiteatro de disecciones sean los seminarios de tal frivolidad, y que la mera adquisición de títulos académicos baste para transformar en un periquete a estos votarios de la frivolidad en ejemplares profesionales de un arte que la mayor parte de los hombres con alguna eminencia han considerado el más noble. Pero, añadió también, eso es por ventura para desahogar los reprimidos sentimientos que comúnmente les oprimen pues más de una vez he observado que dime con quién ríes y te diré quién eres.

Pero ¿con qué adecuación, sea lícito preguntarlo al noble señor su patrono, hace este extranjero, admitido a los derechos civiles por concesión de un gracioso príncipe, constituido en señor y juez de nuestra política interior? ¿Dónde está ahora esa gratitud que la lealtad le debería haber inspirado? Durante la reciente guerra, siempre que el enemigo tuvo una ventaja temporal con sus granadas, ¿no aprovechó ese momento este traidor a los suyos para descargar su arma contra el imperio de que él es inquilino tolerado mientras temblaba por la seguridad de sus cuatros por ciento? ¿Ha olvidado esto, igual que olvida todos los beneficios recibidos? ¿O es que, de ser engañador de otros, ha pasado a ser al fin su propia víctima, igual que ya es, si la fama no le calumnia, su propio y único gozador? Lejos quede de la franqueza violar la alcoba de una respetable dama, hija de un valiente comandante, o lanzar ni las más lejanas sombras sobre la virtud de ella, pero si nos desafía a que prestemos atención a ello (y ciertamente él habría tenido el más alto interés en no hacerlo), entonces sea así. Infeliz mujer, demasiado tiempo y con demasiada pertinacia se le ha negado la legítima prerrogativa de escuchar las quejas de este hombre con otros sentimientos que la irrisión de la desesperación. Es él quien lo dice, censor de la moral, un auténtico pelícano en su piedad, pero no tuvo escrúpulo, olvidando los lazos de la naturaleza, en intentar relaciones ilícitas con una doméstica extraída de los estratos más bajos de la sociedad. ¡Más aún, si la escoba de la moza no le hubiera servido de ángel tutelar, le habría ido tan mal como a Agar la egipcia! En la cuestión de los pastos, su atrabiliaria aspereza es notoria, y estando al alcance de los oídos del señor Cuffe atrajo sobre sí de un indignado ranchero una dura réplica envuelta en términos tan directos como bucólicos. Mal le conviene a él predicar ese evangelio. ¿Acaso no tiene más cerca de casa un campo de siembra que yace en barbecho por falta de arado? Un hábito reprensible en la pubertad se convierte en segunda naturaleza y en oprobio en mitad de la vida. Si debe esparcir su bálsamo de Judea en forma de panaceas y apotegmas de dudoso gusto para volver a la salud a una generación de

libertinos implumes, que su práctica sea más consistente con las doctrinas en que ahora está absorbido. Su pecho marital es depositario de secretos que el decoro se resiste a sacar a luz. Las lúbricas sugerencias de alguna ajada belleza pueden consolarle de una consorte descuidada y echada a perder pero este nuevo exponente de moral y curador de males es, en el mejor de los casos, un árbol exótico que en su nativo oriente prosperó y floreció y fue abundante en bálsamo pero, trasplantado a un clima más templado, sus raíces han perdido el vigor de antaño mientras que la materia que emana de él está dormida, ácida e inoperante.

La noticia fue impartida, con una circunspección que recordaba los usos ceremoniales de la Sublime Puerta, por la segunda enfermera al menos antiguo de los oficiales médicos en residencia, el cual a su vez anunció a la delegación que había nacido un heredero. Una vez que se trasladó al departamento de las mujeres para asistir a la ceremonia prescrita de las secundinas en presencia del secretario de estado para asuntos exteriores y los miembros del consejo privado, silenciosos en unánime agotamiento y aprobación, los delegados, impacientes por la longitud y solemnidad de su vigilia y con esperanza de que el gozoso suceso paliara una licenciosidad hecha más fácil por la simultánea ausencia de sirvienta y oficial, prorrumpieron al punto en una rivalidad de lenguas. En vano se oyó la voz del Agente de Publicidad señor Bloom esforzándose en apremiar, en suavizar, en refrenar. El momento era demasiado propicio para el desborde de esa discursividad que parecía ser el único vínculo de unión entre tan divergentes temperamentos. Todas las fases de la situación fueron desentrañadas una tras otra: la repugnancia prenatal de los hermanos uterinos, la sección cesárea, la postumidad respecto al padre, y, forma más rara, respecto a la madre, el caso de fratricidio conocido como el crimen Childs, hecho memorable por el apasionado alegato del abogado Bushe que logró la absolución del erróneamente acusado, los derechos de primogenitura y la generosidad real en cuanto a mellizos y trillizos, abortos e infanticidios, simulados y disimulados, el *fœtus in fœtu* acardíaco, la aprosopia debida a congestión, el agnatismo de cierto chino sin mentón (mencionado por el doctorando Mulligan) a consecuencia de la defectuosa reunión de los botones maxilares a lo largo de la línea media de modo que (así dijo) una oreja podía oír lo que decía la otra, las ventajas de la anestesia o sueño crepuscular, la prolongación de los dolores de parto en la gravidez avanzada a causa de presión en la vena, la descarga prematura del líquido amniótico (según lo ejemplificaba el caso actual) con el consiguiente peligro de sepsis para la matriz, la inseminación artificial por medio de jeringas, la involución del útero subsiguiente a la menopausia, el problema de la perpetuación de la especie en el caso de hembras preñadas por violación delictiva, ese terrible procedimiento de parto llamada por los brandenburgueses Sturzgeburt, los ejemplos registrados de nacimientos multigéminos bispermáticos y monstruosos concebidos durante el período cataménico o por progenitores consanguíneos —en una palabra, todos los casos de natalidad humana que ha clasificado Aristóteles en su obra maestra con ilustraciones cromolitográficas.

Los problemas más graves de obstetricia y medicina forense fueron examinados con tanta animación como las creencias más populares sobre el estado de embarazo, tales como el prohibir a una mujer gestante saltar sobre una tapia de campo no sea que, por su movimiento, el cordón umbilical estrangule a su criatura, y el mandato, en caso de un antojo mantenido ardientemente y sin efecto, de colocar la mano contra esa parte de su persona que el largo uso ha consagrado como sede del castigo. Las anormalidades de labio leporino, verruga de nacimiento, dedos supernumerarios, enfermedad azul, marca de fresa y mancha de vino fueron alegadas por uno como explicación natural *prima facie* e hipotética de los niños ocasionalmente nacidos con cabeza de cerdo (no se olvidó el caso de Madame Grissel Steevens) o con pelo de perro. La hipótesis de una memoria plásmica, sugerida por el delegado caledonio y digna de las tradiciones metafísicas del país que éste representaba, contemplaban en tales casos una detención del desarrollo embrionario en alguna fase antecedente a la humana. Un delegado extranjero opuso a estas dos teorías, con tal acaloramiento que casi logró infundir convicción, la teoría de la copulación entre mujeres y machos de animales, basándose según propia confesión en el apoyo de fábulas tales como la del Minotauro, que el genio del elegante poeta latino nos ha legado en las páginas de sus *Metamorfosis*. La impresión causada por sus palabras fue inmediata pero efímera. La borró, tan fácilmente como se había producido, una alocución del Doctorando señor Mulligan, en esa vena placentera que nadie mejor que él sabía cómo afectar, postulando, como el objeto supremo de deseo, un hermoso anciano bien limpio. Simultáneamente, habiéndose producido una acalorada discusión entre el Delegado señor Madden y el Doctorando señor Lynch en cuanto al dilema jurídico y teológico en el caso de que un hermano siamés premuera al otro, la dificultad, por común consentimiento, se remitió al Agente de Publicidad señor Bloom para su inmediata presentación ante el Diácono Coadjutor señor Dedalus. Éste, hasta entonces silencioso, bien para mejor mostrar por su preternatural gravedad la curiosa dignidad del hábito con que estaba investido, o bien por obediencia a una voz interior, pronunció con brevedad, y a juicio de algunos de modo rutinario, la ordenanza eclesiástica prohibiendo al hombre separar lo que Dios ha unido.

Pero el relato de Malaquías empezó a congelarles de horror. Conjuró la escena ante ellos. El panel secreto junto a la chimenea se deslizó lentamente y en el hueco apareció… ¡Haines! ¿Quién de nosotros no sintió que se le erizaba el pelo? Llevaba en una mano un portafolio lleno de literatura céltica, en la otra un frasquito rotulado *Veneno*. Sorpresa, horror, repugnancia se pintaron en todos los rostros mientras él les observaba a todos con una mueca espectral. Ya me esperaba yo semejante recepción, empezó, con una risa diabólica, de la que, al parecer, la culpa es de la historia. Sí, es cierto. Yo soy el asesino de Samuel Childs. ¡Y cómo soy castigado! El infierno no tiene terrores para mí. Esto es lo que se lee en mi rostro. Oh siglos, ¿cómo podría yo descansar de algún modo, murmuró con voz confusa, yo, mientras tanto vagabundeando por Dublín otra vez con mi porción de cantos, y él mismo en pos de

mí como un súcubo o un duende? Mi infierno, y el de Irlanda, está en esta vida. Esto es lo que he intentado por obliterar mi crimen. Distracciones, caza de cuervos, la lengua del Eire (recitó algo), el láudano (levantó el frasquito a los labios), dormir al aire libre. ¡En vano! Su espectro me persigue. La droga es mi única esperanza… ¡Ah! ¡Destrucción! ¡La pantera negra! Con un grito, se desvaneció súbitamente y el panel volvió a deslizarse en su sitio. Un instante después su cabeza asomó por la puerta de enfrente y dijo: ¡Id a encontrarme en la estación de Westland Row a las once y diez! ¡Se fue! Lágrimas brotaron de los ojos de la depravada hueste. El vidente levantó la mano al cielo, murmurando: ¡La venganza de Mananaán! El sabio repitió: *Lex talionis*. El sentimentalista es el que querría disfrutar sin incurrir en la inmensa deuda de la cosa hecha. Malaquías, abrumado por la emoción, calló. El misterio estaba desvelado. Haines era el tercer hermano. Su verdadero nombre era Childs. La pantera negra era ella misma el espectro de su propio padre. Bebía drogas para obliterar. Por este alivio muchas gracias. La casa solitaria junto al cementerio está deshabitada. Ni un alma viviría allí. La araña teje su red en la soledad. La rata nocturna atisba desde su agujero. Hay una maldición sobre ella. Está habitada por fantasmas. Propiedad del asesino.

¿Cuál es la edad del alma del hombre? Igual que tiene la virtud del camaleón de cambiar de matiz a cada nuevo encuentro, de ser alegre con los regocijados y triste con los abatidos, así también su edad es tan cambiante como su humor. Leopold, ahí sentado, rumiando, masticando el heno de la reminiscencia, ya no es el sosegado agente de publicidad y propietario de un modesto caudal en títulos. Es el joven Leopold, como en una reordenación retrospectiva, espejo dentro de un espejo (ea, dicho y hecho), se contempla a sí mismo. La joven figura de entonces se ve, precozmente viril, caminando en una fría mañana desde la vieja casa en la calle Clanbrassil hasta la escuela media, el saco de libros consigo en bandolera, y dentro de él un buen zoquete de hogaza de trigo, cuidado de su madre. O es la misma figura, pasado un año o más, con su primer sombrero duro (¡ah, qué día aquel!), ya por su camino, un viajante de veras para la empresa familiar, equipado con un cuaderno de pedidos, un pañuelo perfumado (no sólo para adorno), su maletín de reluciente bisutería (¡ay, ya cosa del pasado!), y todo un carcaj de sonrisas complacientes para tal cual ama de casa medio persuadida que echa las cuentas con los dedos o para una floreciente virgen tímidamente aceptando (pero ¿y el corazón? ¡dime!) sus estudiados besamanos. El aroma, la sonrisa, pero, más que esto, los ojos oscuros y los modales untuosos le permitían volver cada anochecer con más de una comisión junto al jefe de la empresa sentado con su pipa de Jacob después de análogas fatigas en el rincón paternal (un plato de fideos, podéis estar seguro, se está calentando), leyendo a través de redondas gafas de concha un periódico de Europa de hace un mes. Pero ah, en un instante, el espejo se empaña de aliento y el joven caballero errante se retira, se reduce a una diminuta mota entre la niebla. Ahora él a su vez es paternal y los que le rodean podrían ser sus hijos. ¿Quién puede decirlo? Mucho sabe el padre que conoce

a su hijo. Él piensa en una noche de llovizna en la calle Hatch, al lado de los almacenes, la primera. Juntos (ella es una pobre huérfana, una hija de la vergüenza, vuestra y mía y de todos por un simple chelín más el penique de la suerte), juntos oyen el pesado pisar de la guardia mientras dos sombras con capas de lluvia pasan ante la nueva universidad real. ¡Bridie! ¡Bridie Kelly! Nunca olvidará él su nombre, siempre recordará la noche, la primera noche, la noche nupcial. Están entrelazados en la más densa tiniebla, el deseante y la deseada, y en un momento (¡fiat!) la luz inundará el mundo. ¿Saltó el corazón al encuentro del corazón? No, bella lectora. En un momento se hizo pero… ¡alto! ¡Atrás! ¡No ha de ser! Aterrorizada, la pobre muchacha huye a través de la tiniebla. Es la esposa de la oscuridad, una hija de la noche. No se atreve a concebir el niño del día, áureo de sal. ¡No, Leopold! Ni nombre ni recuerdo te consuelan. Esa ilusión juvenil de tu energía se te quitó y en vano. Ningún hijo de tus lomos está a tu lado. Nadie hay ahora que sea para Leopold lo que Leopold fue para Rudolph.

Las voces se mezclan y funden en silencio nublado: silencio que es el infinito del espacio: y rápida; silenciosamente el alma es impulsada sobre regiones de ciclos de ciclos de generaciones que han vivido. Una región donde desciende siempre el gris crepúsculo, sin caer nunca, sobre anchos pastos verdeantes, dispersando su sombra, esparciendo un perenne rocío de estrellas. Ella sigue a su madre con pasos torpes, yegua que guía a su potrilla. Fantasmas crepusculares son esos, pero modelados con profética gracia de estructura, esbeltas ancas bien formadas, un flexible cuello nervudo, el manso cráneo temeroso. Se desvanecen, fantasmas tristes: todo desapareció. Agendath es una tierra baldía, hogar de los búhos y de la miope abubilla. ¡Huuuu! ¡Oye! ¡Huuuu! Paralaje les sigue y les aguijonea, los lancinantes relámpagos de su frente son escorpiones. El alce y el yak, los toros de Basán y de Babilonia, el mamut y el mastodonte, acuden en tropel al mar sumergido. *Lacus Mortis*. ¡Ominosa, vengativa hueste zodiacal! Gimen, pasando sobre las nubes, cornudos y capricornios, los trompudos con los colmilludos, los leonmelenados, los giganteastados, jetosos y reptantes, roedores, rumiantes y paquidermos, toda su móvil multitud gimiente, asesinos del sol.

Adelante hacia el Mar Muerto avanzan para beber, insaciados y con horribles engullidas, las saladas, somnolientas, inagotables olas de la mar. Y el portento equino vuelve a crecer, agigantado en los cielos abandonados, más aún, a la propia magnitud del cielo, hasta que sobresale, vasto, sobre la mansión de Virgo. Y he aquí, prodigio de metempsicosis, que es ella, la esposa eterna, anunciada del lucero matutino, la esposa siempre virgen. Es ella, Martha, tú, la perdida, Millicent, la joven, la querida, radiante. ¡Qué serena se eleva ahora ella, reina entre las Pléyades, en las penúltimas horas antelucanas, calzada con sandalias de claro oro, tocada con un velo de cómo se llama hilos de la Virgen! Flota, fluye en torno a su carne estelar y suelto corre, esmeralda, zafiro, malva y heliotropo, suspenso sobre corrientes de frío viento interestelar, retorciéndose, enroscándose, sencillamente revolviéndose,

contorsionándose en los cielos, una escritura misteriosa, hasta que después de una miríada de metamorfosis de símbolos, llamea, Alpha, rubí y signo triangular, sobre la frente de Taurus.

Francis le recordaba a Stephen años atrás cuando iban juntos a la escuela en tiempos de Conmee. Le preguntaba por Glaucón, Alcibíades, Pisístrato. ¿Dónde estaban ahora? Ninguno de los dos lo sabía. Has hablado del pasado y sus fantasmas, dijo Stephen. ¿Por qué pensar en ellos? Si les llamo a la vida al otro lado de las aguas del Leteo, ¿no se agolparán los pobres espíritus a mi llamada? ¿Quién lo supone? Yo, Bous Stephanoumenos, bardo bienhechor del buey, soy señor y dador de su vida. Ciñó sus crespos cabellos con una corona de hojas de vid, sonriendo a Vincent. Esa respuesta y esas hojas, le dijo Vincent, te adornarán más adecuadamente cuando algo más, y grandemente más, que un puñado de leves odas puedan llamar padre a tu genio. Todos los que te desean bien esperan esto para ti. Todos desean verte producir la obra que meditas. Te deseo de todo corazón que no les defraudes. Oh no, Vincent, dijo Lenehan, poniendo una mano en el hombro cercano a él, no temas. No podía dejar a su madre huérfana. El rostro del joven se oscureció. Todos veían qué duro era para él que le recordaran su promesa y su reciente pérdida. Se habría retirado de la fiesta de no ser porque el sonido de las voces mitigaba el doliente escozor. Madden había perdido cinco dracmas por *Cetro* por un antojo del nombre del jockey: Lenehan otro tanto. Les habló de la carrera. Bajó la bandera, ah, allá que van, se disparan, la yegua, fresca, corría montada por O. Madden. Iba a la cabeza: todos los corazones palpitaban. Ni siquiera Filis pudo contenerse. Ondeó su chal y gritó: ¡Hurra! ¡Gana *Cetro*! Pero en la recta final cuando todos iban en grupo apretado, el desconocido *Por Ahí* se puso a su altura, la alcanzó, la dejó atrás. Todo estaba perdido ya. Filis quedó silenciosa: sus ojos eran tristes anémonas. Juno, gritó, estoy perdida. Pero su amante la consoló y le trajo un brillante estuche de oro en que había varios confites de ciruela ovalados que ella probó. Cayó una lágrima: una sólo. Una estupenda fusta, ese W. Lane, dijo Lenehan. Cuatro ganadores ayer y tres hoy. ¿Qué jockey hay como él? Móntesele en el camello o en el tumultuoso búfalo y la victoria es suya en menos de un trote. Pero soportémoslo como era el uso antiguo. ¡Misericordia para los desafortunados! ¡Pobre *Cetro*! dijo con un leve suspiro. Ya no es la yegua que era. Nunca, por esta mano, veremos otra semejante. Pardiez, señor mío, una reina entre ellos. ¿La recuerdas, Vincent? Me gustaría que hubieras visto hoy a mi reina, dijo Vincent, qué joven estaba y qué radiante (Lálage apenas era linda a su lado) con sus zapatos amarillos y su falda de muselina, no sé cómo se llama exactamente. Los castaños que nos daban su sombra estaban en flor: el aire estaba cargado de su persuasivo aroma y el polen flotaba en torno nuestro. En los trechos soleados se podría fácilmente asar en una piedra una hornada de esos bollos rellenos de frutas de Corinto que vende Periplepómenos en su puesto junto al puente. Pero ella no tenía nada que morder sino el brazo con que yo la sostenía y en él mordisqueaba malignamente cuando yo la apretaba demasiado de cerca. Hacía una semana yacía

enferma, cuatro días en el lecho, pero hoy era libre, ágil, se burlaba del peligro. Es más seductora entonces. ¡Y sus ramilletes! Locuela como es, había recogido gran copia de ellos cuando estábamos reclinados juntos. Y te lo digo al oído, amigo mío, no imaginarás a quién nos encontramos al abandonar ese campo. ¡A Conmee en persona! Caminaba junto al seto, leyendo, me parece, un libro breviario, estoy seguro de que con una ingeniosa carta de Glicera o de Cloe dentro para marcar la página. La dulce criatura se puso de todos los colores en su confusión y fingió acomodar un ligero desorden en su atuendo: una ramita de la vegetación se le había prendido, pues los mismos árboles la adoran. Después que pasó Conmee ella lanzó una ojeada a su delicioso eco en ese espejito que lleva consigo. Pero él había sido bondadoso. Al pasar nos había bendecido. Los dioses también son siempre bondadosos, dijo Lenehan. Si tuve mala suerte con la yegua de Bass quizás este sorbo de su brebaje me será más propicio. Ponía la mano en una vasija de la bebida: Malachi lo vio y le refrenó en su ademán, señalando al forastero y a la etiqueta roja. Cautamente, Malachi susurró: Mantened un silencio druídico. Su alma está muy lejana. Quizás es tan penoso ser despertado de una visión como nacer. Cualquier objeto, intensamente observado, puede ser un pórtico de acceso al incorruptible eón de los dioses. ¿No lo crees así, Stephen? Así me lo dijo Teósofo, respondió Stephen, a quien en una existencia anterior los sacerdotes egipcios le iniciaron en los misterios de la ley del karma. Los señores de la luna, me dijo Teósofo, que llenaban una nave de llameante anaranjado procedente del planeta Alfa de la cadena lunar, no quisieron asumir los dobles etéricos y por consiguiente éstos fueron encarnados por el ego color rubí desde la segunda constelación.

Sin embargo, la realidad de los hechos no deja de resultar que, siendo la absurda suposición sobre él que se hallara en cierto tipo de marasmo o cosa semejante o hipnotizado, lo cual era enteramente debido a un malentendido del más superficial carácter, eso no era verdad en absoluto. El individuo cuyos órganos visuales, mientras tenía lugar lo anterior, estaban en esta coyuntura empezando a exhibir síntomas de animación, era tan astuto si no más astuto que ningún hombre viviente y cualquiera que conjeturara lo contrario habría encontrado con bastante rapidez que se hallaba en el lado del error. Durante los cuatro minutos anteriores, aproximadamente, había estado mirando fijamente una cierta dosis de cerveza Bass Número Uno embotellada por los Sres. Bass y Cía. en Burton-on-Trent, que por casualidad se hallaba situada entre una porción de otras enfrente mismo de donde se encontraba él y que había sido sin duda calculada para atraer la atención de cualquiera a causa de su aspecto escarlata. Él estaba, simple y solamente, como subsiguientemente se echó de ver por razones mejor conocidas por él mismo y que arrojaban una luz totalmente diferente sobre lo que acontecía, tras las observaciones de un momento antes sobre los días de la adolescencia y sobre las carreras de caballos, recordando dos o tres eventos personales suyos de que los otros dos eran tan juntamente inocentes como niños recién nacidos. Finalmente, sin embargo, los ojos de ambos se encontraron, y tan

pronto como a él empezó a hacérsele patente que el otro estaba intentando servirse de la cosa, involuntariamente determinó servirse a sí mismo y consiguientemente se apoderó del cristalino recipiente de tamaño medio que contenía el deseado liquido y practicó en él una considerable rebaja sirviéndose una buena porción con, al mismo tiempo y no obstante, un considerable grado de atención a fin de no volcar nada de la cerveza que había a su alrededor en aquel lugar.

El debate que tuvo lugar a continuación fue, en su alcance y desarrollo, un epítome del transcurso de la vida. Ni el lugar ni la concurrencia carecían de dignidad. Los debatidores eran los más agudos del país, el tema de que se ocupaban, el más elevado y el más vital. La alta sala de la casa de Horne jamás había observado una asamblea tan representativa y tan variada ni habían escuchado nunca las vigas de aquella construcción un lenguaje tan enciclopédico. Una soberbia escena era aquella en verdad. Allí estaba Crotthers a los pies de la mesa en su característico atuendo de *highlander*, con su faz resplandeciendo por los salados vientos del Mull de Galloway. Allí también, enfrente de él, estaba Lynch, cuyo rostro ostentaba ya los estigmas de la temprana depravación y la prematura sabiduría. Al lado del escocés estaba el lugar asignado a Costello, el excéntrico, mientras a su lado se sentaba en sólido reposo la rechoncha figura de Madden. La silla del residente de la mansión, en verdad, estaba vacía ante el hogar, pero a ambos flancos de ella, la figura de Bannon en vestimenta de explorador, con pantalones cortos de *tweed* y zapatones de vaca marina salada, contrastaba marcadamente con la elegancia prímula y los modales ciudadanos de Malachi Roland St. John Mulligan. Por último, a la cabecera de la mesa estaba el joven poeta que había hallado refugio, lejos de sus esfuerzos pedagógicos y su inquisición metafísica, en la atmósfera convivial de discusión socrática, mientras que a derecha e izquierda de él se acomodaban el frívolo pronosticador, recién llegado del hipódromo, y aquel vigil errante, manchado por el polvo de los viajes y los combates y ensuciado por el fango de un deshonor indeleble, pero de cuyo firme y constante corazón ni seducción ni peligro ni amenaza ni degradación podrían jamás borrar la imagen de aquella voluptuosa hermosura que el inspirado lápiz de Lafayette ha fijado para los siglos venideros.

Conviene hacer constar aquí y ahora en el comienzo que el pervertido transcendentalismo a que las aseveraciones del señor S. Dedalus (Theol. Scep.) parecían mostrarle lamentablemente adicto, está en total oposición a los métodos científicos aceptados. La ciencia, nunca se repetirá suficientemente, trata de fenómenos tangibles. El hombre de ciencia, como el hombre de la calle, tiene que enfrentarse con fenómenos palpables ante los que no cabe cerrar los ojos, para explicarlos lo mejor que le es dable. Puede haber, es cierto, algunas preguntas a que la ciencia no sea capaz de responder —por ahora— tales como el primer problema presentado por el señor L. Bloom (Ag. Publ.) en cuanto a la futura determinación del sexo. ¿Debemos aceptar la opinión de Empédocles de Trinacria de que el ovario derecho (el período postmenstrual, afirman otros) es responsable del nacimiento de

los varones, o son los tanto tiempo despreciados espermatozoos o nemaspermos los factores diferenciadores, o bien, como se inclinan a opinar la mayor parte de los embriologistas, tales como Culpepper, Spallanzani, Blumenbach, Lusk, Hertwig, Leopold y Valenti, se trata de una mezcla de ambas cosas? Eso equivaldría a una cooperación (uno de los recursos favoritos de la naturaleza) entre el *nisus formativus* del nemaspermo, por un lado, y por el otro, una posición felizmente elegida, *succubitus felix*, del elemento pasivo. El otro problema planteado por el mismo investigador no es apenas menos vital: la mortalidad infantil. Y es interesante porque, como él observa pertinentemente, todos hemos nacido del mismo modo pero todos morimos de diferentes modos. El señor M. Mulligan (Dr. Hig. y Eug.) culpa a las condiciones sanitarias en que nuestros ciudadanos de ennegrecidos pulmones contraen dolencias adenoidales y pulmonares, etc., inhalando las bacterias que acechan en el polvo. Esos factores alega, y los repugnantes espectáculos ofrecidos por nuestras calles, los feos carteles de publicidad, los ministros religiosos de todas las denominaciones, los soldados y marineros mutilados, los cocheros exhibiendo su escorbuto, las suspendidas carcasas de animales muertos, los solteros paranoicos y las dueñas sin fecundar —esos, dijo, son responsables de todas y cada una de las menguas en el calibre de la raza. La calipedia, profetizó, pronto se adoptaría universalmente y todas las gracias de la vida, la música verdaderamente buena, la literatura agradable, la filosofía ligera, las imágenes instructivas, las reproducciones en escayola de estatuas clásicas tales como Venus y Apolo, las fotografías artísticas coloreadas de niñitos premiados, todas esas pequeñas atenciones permitirían a las señoras que estuvieran en una determinada condición pasar los meses del intervalo del modo más placentero. El señor J. Crotthers (Disc. Bach.) atribuye algunos de estos fallecimientos a trauma anormal en el caso de trabajadoras sujetas a pesadas fatigas en el taller y a la disciplina marital en el hogar, pero la más amplia mayoría, con mucho, al descuido, privado u oficial, que culmina en el abandono de infantes recién nacidos, en la práctica del aborto delictivo o en el atroz crimen del infanticidio. Aunque el primero (nos referimos al descuido) es indudablemente más que cierto, el caso que cita de enfermeras que olvidan contar las esponjas en la cavidad peritoneal es demasiado raro para ser normativo. De hecho, si uno va a mirarlo bien, el milagro es que salgan bien tantos embarazos y partos como salen, considerándolo todo, y a pesar de nuestras insuficiencias humanas que a menudo tienden a frustrar a la naturaleza en sus intenciones. Una ingeniosa sugerencia es la lanzada por el señor V. Lynch (Bach. Arith.): que tanto la natalidad como la mortalidad, así como todos los demás fenómenos de evolución, movimientos de la marea, fases lunares, temperatura de la sangre, enfermedades en general, todo, en una palabra, cuanto hay en el vasto taller de la naturaleza, desde la extinción de algún remoto sol al florecimiento de una de las incontables flores que hermosean nuestros parques públicos, está sujeto a una ley de numeración no averiguada todavía. Sin embargo la sencilla cuestión directa de por qué un hijo de padres normalmente sanos, al parecer niño saludable y bien

cuidado, sucumbe inexplicablemente en la temprana niñez (mientras que otros del mismo matrimonio no), debe ciertamente, en las palabras del poeta, forzarnos a una pausa de meditación. La naturaleza, podemos quedar tranquilos, tiene sus propias buenas razones coagentes para hacer cualquier cosa que haga, y con toda probabilidad tales muertes se deben a alguna ley de previsión por la cual los organismos en que han establecido su residencia gérmenes morbosos (la ciencia moderna ha mostrado conclusivamente que sólo la sustancia plásmica puede llamarse inmortal) tienden a desaparecer en una fase cada vez más temprana de su desarrollo, arreglo que, aunque causante de dolor para algunos de nuestros sentimientos (notablemente el materno), sin embargo, según creemos algunos de nosotros, es a la larga benéfico para la raza en general asegurando así la supervivencia de los más fuertes. La observación (¿o deberíamos llamarla interrupción?) del señor S. Dedalus, de que un ser omnívoro que puede masticar, deglutir, y al parecer hacer pasar por el canal ordinario con pluscuamperfecta imperturbabilidad elementos tan heterogéneos que hembras cancerosas demacradas por la parturición, y corpulentos caballeros de carrera, para no hablar de biliosos políticos o monjas cloróticas, puedan encontrar solaz gástrico en una inocente colación de lechal, de *staggering bob*, revela, como nada podría hacerlo y bajo una luz muy poco placentera, la tendencia a que antes hemos aludido. Para ilustración de aquellos que no estén tan íntimamente familiarizados con las minucias del matadero municipal como este esteta de morbosa mentalidad y filósofo en embrión que, a pesar de su jactanciosa suficiencia en cosas de la ciencia apenas distingue un ácido de un álcali, presume de ser, quizá debería indicarse que staggering bob, en la vil jerga de los provistos de licencia para vender despojos entre nuestras clases bajas, designa la carne cocible y comible de un ternero recién desprendido de su madre. En reciente controversia pública con el señor L. Bloom (Ag. Publ.), que tuvo lugar en el salón general del Hospital Nacional de Maternidad, calle Holles 29, 30 y 31, cuyo cualificado y famoso superior es, como es bien sabido, el doctor A. Horne (Lic. Obst., M. F. M. L), testigos presenciales informan que afirmó que una vez que una mujer ha dejado entrar el gato en el cesto (una alusión estética, es de suponer, a uno de los procesos más complicados y maravillosos de la naturaleza, el acto de la conjunción sexual), debe dejarlo salir a su vez, esto es, darle vida, según él se expresó, para salvar la suya propia. A riesgo de la suya, fue la elocuente réplica de su interlocutor, no menos eficaz por el mesurado y moderado tono en que se pronunció.

Mientras tanto, la habilidad y la paciencia del facultativo había llevado a término un feliz *accouchement*. Había sido un intervalo fatigoso, muy fatigoso, tanto para la paciente como para el doctor. Todo lo que podía hacer la habilidad quirúrgica se hizo y la valiente mujer había ayudado virilmente. Sí que había. Había combatido el buen combate y ahora estaba feliz, muy feliz. Aquellos que nos han precedido, aquellos que se han ido por delante de nosotros, son felices también al contemplar desde lo alto, sonriendo sobre la conmovedora escena. Reverentemente miran hacia ella, allí

reclinada con la luz de la maternidad en los ojos, ese anheloso afán de unos deditos infantiles (¡qué bello espectáculo es verlo!), en la primera floración de su reciente maternidad, exhalando una silenciosa plegaria de acción de gracias al Ser de lo alto, al Marido Universal. Y mientras sus ojos amorosos observan a su niñito, ella sólo desea otra bendición más, tener allí con ella a su querido Doady para compartir su alegría, y poner en sus brazos ese pedacito del barro divino, el fruto de sus lícitos abrazos. Él ya va avanzando en años (lo podemos decir en voz baja entre nosotros) y está un tanto encorvado de hombros, pero con el rodar de los años una grave dignidad ha ido posándose sobre el concienzudo contable segundo del Banco del Ulster, sucursal College Green. ¡Ah, Doady, amado de antaño, fiel compañero de la vida ahora, nunca podrá volver aquel lejano tiempo de las rosas! Con el mismo antiguo sacudir de su linda cabeza, ella recuerda aquellos días. Oh Dios, ¡qué hermosos ahora a través de la niebla de los años! Pero sus hijos están agrupados en su imaginación junto a su lecho, los hijos de ella y de él, Charley, Mary Alice, Frederick Albert (si hubiera vivido), Mamy, Budgy (Victoria Frances), Tom, Violet Constance Louisa, el pequeñito Bobsy (a quien habían dado su nombre por el famoso héroe de la guerra de Sudáfrica, Lord Bobs de Waterford y Candahar), y ahora esta última prenda de su unión, un Purefoy como no hay otro, con la auténtica nariz Purefoy. Esa joven esperanza se bautizará como Mortimer Edward, por el influyente primo tercero del señor Purefoy en la oficina de la Tesorería del Gobierno, Dublin Castle. Y así pasa volando el tiempo: pero el padre Cronos aquí ha andado con mano ligera. No, no dejes escapar ningún suspiro de ese pecho, querida y dulce Mina. Y Doady, tú, sacude las cenizas de tu pipa, el aculotado brezo que todavía conservarás cuando suene por ti el toque de cubrefuego (¡ojalá esté lejos el día!), y extingue la luz a la que lees en el Sagrado Libro, pues el aceite se está agotando, así que a reposar con corazón tranquilo. Él sabe y te llamará en la hora apropiada. Tú también has combatido el buen combate y has desempeñado lealmente tu papel de hombre. Amigo, he aquí mi mano. ¡Bien hecho, tú siervo bueno y fiel!

Hay pecados o (llamémoslos como los llama el mundo) malos recuerdos que el hombre oculta en los lugares más sombríos del corazón, pero que permanecen allí aguardando. Él quizá permita que su memoria se oscurezca, los deje estar como si nunca hubieran sido y llegue a persuadirse de que no fueron o al menos de que fueron de otro modo. Sin embargo, una palabra casual los evocará repentinamente y se levantarán a encararse con él en las circunstancias más variadas, en visión o en sueño, o mientras el cémbalo y el arpa apacigüen sus sentidos o entre la fresca tranquilidad argentina del atardecer o en la fiesta a medianoche cuando ya esté lleno de vino. No para insultarle vendrá la visión, como a quien está bajo el peso de su ira, no por venganza, para separarle de los vivos, sino amortajada en la triste veste del pasado, silenciosa, remota, llena de reproche.

El forastero seguía considerando en el rostro que tenía delante una lenta retirada de esa falsa calma impuesta, al parecer, por hábito o por algún estudiado truco, sobre

palabras tan amargadas como para acusar en quien las pronunciaba algo malsano, un *flair* por las cosas más crudas de la vida. Una escena se delinea en la memoria del observador, evocada, se diría, por una palabra de familiaridad tan natural como si aquellos días siguieran realmente presentes ahí (como algunos pensaban) con sus placeres inmediatos. Un bien cuidado terreno con césped en un suave atardecer de mayo, el bien recordado bosquecillo de lilas en Roundtown, violeta y blanco, fragantes y esbeltas espectadoras del juego, pero con mucho interés auténtico en las bolas cuando ruedan lentamente por la hierba o chocan y se detienen, una junto a otra, con un breve golpe alerta. Y más allá, en torno a esa ánfora gris donde a veces fluye el agua en pensativo riego, se veía otra fragante hermandad, Floey, Atty, Tiny y su compañera más morena con no sé qué de fascinante en su actitud, Nuestra Señora de las Cerezas, una graciosa arracada de ellas pendiente de una oreja, haciendo contrastar tan delicadamente el exótico calor de la piel contra el fresco fruto ardiente. Un mozuelo de cuatro o cinco años vestido de bombasí (es la estación florida pero se estará a gusto junto al acogedor hogar cuando dentro de no mucho se recojan y enfunden las bolas) se ha erguido sobre el ánfora, sostenido por ese círculo de cariñosas manos doncelliles. Está un poco ceñudo, igual que ahora este joven, con un disfrute quizá demasiado consciente del peligro, pero no puede dejar de lanzar una ojeada de vez en cuando hacia donde su madre le vigila desde la *piazzetta* que da al parterre con una leve sombra de distanciamiento o de reproche *(alles Vergängliche)* en su alegre mirada.

Observad esto también y recordadlo. El fin llega de repente. Entrad en esa antecámara del nacimiento donde están reunidos esos estudiosos y fijaos en sus rostros. Nada, según parece, de precipitado o de violento en ellos. Más bien quietud de custodia, como conviene a sus dignidades en esa casa, la vigilante vela de pastores y de ángeles en torno a un pesebre en Belén de Judá hace mucho. Pero así como antes del relámpago las acumuladas nubes tempestuosas, cargadas de rebosante exceso de humedad, túrgidamente distendidas en hinchadas masas, abarcan tierra y cielo en un solo vasto dormitar, suspenso sobre campo reseco y agostada vegetación de matojos y verdura, hasta que en un instante un destello hiende su centro y con el retumbo del trueno el temporal vierte su torrente, así y no de otro modo fue la transformación, violenta e instantánea, al ser pronunciada la Palabra.

¡A Burke! Va en cabeza mi señor Stephen, lanzando el grito, y detrás de él una comitiva y turbamulta de todos ellos, el ganapán, el chimpancé, el gallito, el matasanos, el puntual Bloom pisándoles los talones, con una rebatiña general de monteras, bastones, espadines, jipijapas, tahalíes, alpenstocks de Zermatt y quién sabe qué más. Un dédalo de gallarda juventud, estudiantes, todos ellos nobles. La enfermera Callan, sorprendida en el pasillo, no puede detenerlos, ni el sonriente cirujano, bajando las escaleras con la noticia de la placentación terminada, una libra corrida. Le gritan atención. ¡La puerta! ¿Está abierta? ¡Ah! Salen fuera tumultuosamente, por piernas, a la carrera, todos valientemente a zancadas. Burke, en

la esquina de Denzille y Holles, es su meta ulterior. Dixon les sigue imprecándoles pero él también arroja un juramento y adelante. Bloom se queda con la enfermera un instante para enviar una afectuosa palabra a la feliz madre y al recién nacido, allá arriba. Doctor Dieta y Doctor Reposo. ¿No parece otra ahora ya? La historia de las noches en vela está escrita en su palidez desteñida. Habiéndose ido ya todos, con ayuda de un toque de ingenio natural, susurra de cerca al marchar: Señora mía, ¿cuándo vendrá para vos la cigüeña?

El aire, fuera, está impregnado de humedad de rocío de lluvia, celestial esencia de vida, reluciendo sobre la piedra de Dublín, allí, bajo *caelum* fúlgido de estrellas. El aire de Dios, el aire del Padre Universal, al aire chispeante cedible circumambiente. Aspíralo dentro de ti profundamente. Por los cielos, Theodore Purefoy, ¡habéis cumplido una alta tarea, sin chanza! Vos sois, a fe mía, el más notable progenitor, sin exceptuar a nadie en esta farragosa y omniincluyente crónica en desorden. ¡Asombroso! En ella yacía una preformada posibilidad, estructurada por Dios, dada por Dios, que tú has fructificado con tu porción de trabajo masculino. ¡Apégate a ella! ¡Sírvela! Sigue esforzándote, labora como un verdadero mulo y que se vayan al demonio sabihondos y malthusianos. Tú eres todos los papaítos de ellos, Theodore. ¿Te encorvas bajo la carga, abrumado por las cuentas del carnicero en el hogar y por los lingotes de oro (¡no vuestros!) en la casa de banca? ¡Alta la cabeza! Por cada nuevo engendrado recogerás tu celemín de trigo maduro. Mira, tu vellón está rociado. ¿Envidias a ese Filemón con su Baucis? Una urraca hipócrita y un chucho legañoso son toda su progenie. Puaf, te digo. Él es un mulo, un gasterópodo muerto, sin fuerza ni tripas, que no vale ni un ochavo partido. ¡Copulación sin población! ¡No, digo yo! La degollación de los inocentes de Herodes sería su nombre más verdadero. ¡Verduras, en verdad, y cohabitación estéril! ¡Dale filetes, rojos, crudos, sangrantes! Ésta es un canoso pandemonium de males, glándulas hinchadas, paperas, anginas, juanetes, fiebre del heno, llagas de la cama, impétigo, riñón flotante, bocio, verrugas, ataques biliosos, cálculos de vesícula, pies fríos, venas varicosas. Tregua a los trenos y a los trigésimos y a las jeremiadas y demás música congénitamente difuntiva. Veinte años de eso, no los eches de menos nunca. Contigo no fue como con muchos que quieren y querrían y esperan y nunca… hacen nada. Tú viste tu América, la tarea de tu vida, y cargaste para cubrir como el bisonte traspontino. ¿Cómo habló Zaratustra? *Deine Kuh Trübsal melkest Du. Nun trinkst Du die süsse Milch des Euters*. ¡Mira! Se desborda para ti en abundancia. ¡Bebe, hombre, toda una ubre! Leche de madre, Purefoy, la leche de la especie humana, leche también de esas estrellas que brotan allá arriba, rutilantes en fino vapor de lluvia, leche en ponche, tal como engullirán esos juerguistas en la caverna de empinar el codo, leche de locura, la leche y miel de la tierra de Canaán. El pezón de tu vaca estaba duro, ¿y qué? Sí, pero su leche es caliente y dulce y hace engordar. No es cerveza aguanosa ésta, sino espesa y sustanciosa leche mantecosa. ¡Por ella, viejo patriarca! ¡Teta! *Per deam Partulam et Pertundam nunc est bibendum!*

Todos allá a armar jaleo, del brazo, aullando por la calle abajo. Viajeros de buena fe. ¿Dónde durm anoch? Timothy el de la cholla cascada. A lo loco. ¿Paraguas viejos o chanclos en la casa? ¿Dónde se han metido el matasanos y el ropavejero? Siento mucho, yo nada saber. ¡Hurra ahí, Dix! Adelante a rienda suelta. ¿Dónde está Punch? Todo sereno. ¡Chico, mira el clérigo borracho saliendo del hostal de maternidad! *Benedicat vos omnipotens Deus, Pater et Filius*. Una perrita, caballero. Los golfos del callejón de Denzille. ¡Al demonio, malditos! Ahuecando. Eso, Isaacs, quítales de en medio a patadas. ¿Viene usté con nosotros, señor? No es intromisión en la vida privada. Sel muy buen señol. Tós iguales por ay. *En avant, mes enfants!* Pieza número uno, fuego. ¡A Burke! ¡A Burke! Desde allí avanzaron cinco parasangas. Infantería montada de Slattery, ¿dónde está ese cabrón de chupatintas? ¡Párroco Steve, el credo de los apóstatas! No, no. ¡Mulligan! ¡A popa, vosotros! Empujar adelante. No perder de vista el reloj. Hora de echar a la calle. ¡Mulli! ¿Qué te pasa? *Ma mère m'a mariée*. ¡Bienaventuranzas Británicas! *Ratamplan Digidi Bum Bum*. Ganan los votos a favor. Para ser impreso y encuadernado en la Druiddrum Press por dos señoras diseñadoras. Encuadernación de becerro verde pis. La última palabra en matices artísticos. El libro más bonito que ha salido en Irlanda en mis tiempos. *Silentium!* ¡Una metida! Tención. Avanzar a la bodega más próxima y requisar allí los depósitos de bebidas alcohólicas. ¡Mar! Porrom porrom porrom, los muchachos (¡el pecho fuera!) se mueren de sed. Bebida, buey, bufetes, Biblias, bulldogs, barcos de guerra, bujarrones, beaterías. Aun en el patíbulo. Bebidabuey pisotea las Biblias. Cuando por Irlanda her. Pisotea a los pisoteadores. ¡Puñeta! Seguir con el jodido paso milingtar. Nos caemos. El bar de bebidas del beato. ¡Alto! Arrimarse allá. Rugby. La *melée*. Sin tocar las patadas. ¡Ay, mis patitas! ¿Se ha hecho daño? ¡Lo siento enormemente!

Pregunta. ¿Quién paga aquí? Orgulloso posesor de todo el jodido mundo. Me declaro en indigencia. En las cuerdas. Yo no moni. Ni una perra la semana pasada. ¿Y tú? Hidromiel de nuestros antepasados para el *Übermensch*. Ídem de lienzo. Cinco Número Uno. ¿Y usted, caballero? Gaseosita. No te mata, el brebaje del cochero. Estimular el calórico. Dar cuerda a su patata. Se paró en seco para nunca volver a andar cuando el viejo. Ajenjo para mí, ¿entiende? *¡Caramba!* Tomar un ponche de huevo o una ostra con huevo. ¿Enemigo? Mi patatómetro está en el Monte. Menos diez. Muchísimas gracias. De nada. ¿trauma pectoral, no, Dix? *Pos fact*. Le pigó un abegorro guando se echó a dormir en su gardincito. Vive cerca del Mater. Anda encoñado. ¿Conoces a su doña? Pos claro, faltaría. Bien maciza. Verla en desevillé. Se desnuda que es una gloria. Una hermosa hermosura. Nada de esas flacuchas, ni hablar. Baja la persiana, amor. Dos Ardilauns. Lo mismo aquí. Deprisita. Si te caes no esperes para levantarte. Cinco, siete, nueve. ¡Vale! Tiene un buen par de delantera, no es broma. Y qué proa y qué popa. Hay que ver para creer. Tus ojos muertos de hambre y tu cuello enyesado me robaron el corazón, oh tarro de cola. ¿Caballero? ¿Patata contra el reuma? Todo monsergas, perdone que se lo diga. Para los *hoi polloi*.

Me paguece que tú seg idiota. ¿Y entonces, doctor? ¿De vuelta de Laponia? ¿Su corporosidad va sagatizando a modo? ¿Cómo andan la gachí y los churumbeles? ¿Una a punto de soltar un chaval? A desembuchar se ha dicho. Santo y seña. Eso sí que es pelo. Lo nuestro es la blanca muerte y el bermejo parto. ¡Hola! ¡Escupe al aire y te cae encima, jefe! Telegrama del payaso. Copiado de Meredith. ¡Jesuficado orquítico polipúcico jesuita! Mi tiíta escribe a papi, Kinch: Ese niño malo Stephen extravía a Malachi tan buenecito.

¡Hurraaa! Agarra el balón, chaval. Pasa acá el espumante. Aquí, Jack, el valiente de las Highlands, aquí tienes tu aguachirle. Por muchus añus eche humu tu chimenea y hierva tu pucheru. Mi trago. *Merci*. A la nuestra. ¿Qué tal eso? Jodida la entrepierna. No me manches los calzones nuevos. Un pellizco de pimienta, eh tú. Agárralo. El comino está en camino. A ver si me entiendes. Gritos de silencio. Cada fulano con su fulana. Venus Pandemos. *Les petites femmes*. Moza descarada del pueblo de Mullingar. Dile que yo preguntaba por ella. Agarrando a Sara por la panza. En el camino de Malahide. ¿Quién, yo? Si la que me sedujo me hubiera dejado por lo menos su nombre. ¿Qué quieres por nueve peniques? Machree, Macruiskeen. Molly la cochinilla para la danza del colchón. Y tira allá juntos. *Ex!*

¿Esperando, jefe? Cómo no. Puedes apostar el cuello. Atontado de ver que no cae ni cinco. ¿Ves por dónde va el asunto? Ése tiene pasta a tutiplén. Le vi casi como tres libras hace rato y decía que eran suyas. Aquí nosotros, vinimos porque nos has convidado, ¿eh? Así que a retratarse, macho. Fuera con la mosca. Dos pavos y pico. ¿Que aprendiste el truco de esos timadores franceses? Pues aquí no te vale de nada. Lo siento, guapo. Por aquí no nos chupamos el dedo. Ni que fuéramos idiotas. *Au reservoir, Mosiú. Tanquiú.*

Faltaría más. ¿Qué dice? En la taberna. Con una mona. Yyya lo vveo, shsheñor. Bantam, dos días abstemio. Sin tragar más que clarete. Ni hablar. Échale el ojo, venga. Coño, estoy acojonado. Y hasta se ha ido a pelar. Demasiado lleno para hablar. Con un maricón de ferroviario. ¿Cómo has hecho? ¿Le gustaría la ópera? *La Rosa de Castilla*. *Rows of cast*. ¡Policía! A ver, un poco de H_2O para un caballero desmayado. Mira las flores de Bantam. Ay mamá, que se pone a chillar. Bella irlandesita, bella muchachita. Venga, ya está, bien. Ciérrale con mano firme el sumidero. Tenía el ganador hoy hasta que le di yo el consejo seguro. Que el demonio le corte las orejas a ese Stephen Hand que me encajó ese jamelgo de mierda. Se le vino encima al repartidor de telégrafos con los telegramas de la carrera para el gordo Número Uno del depósito. Le untó la mano y guipó la noticia. Yegua en gran forma, apostar fuerte. Una guinea contra un ochavo. Tu tía. La fetén. ¿Interceptación delictiva? Creo que sí. Seguro que sí. Le meten en chirona como se chive el otro cabrón. La apuesta de Madden maddada a la miedda. Lujuria, nuestro refugio y fortaleza. Ahuecando. ¿Te tienes que ir? A casita con mamá. ¡Espera! Que alguien oculte mi rubor. Estoy fresco si me echa el ojo. Hogareño, nuestro Bantam. *Orrevuar, mong vieu*. No te olvides de las flores para ella. Faltaría más. ¿Quién te ha dado esa jaquita? Entre amigos.

Jannock. De John Thomas, cónyuge. No es coña, el viejo Leo. Por éstas, palabra. Que me caiga muerto si he. Vaya un pedazo de santo fraile. ¿Por qué no me cuentas? Boino, si ese no istá judío grasiento, boino, yo istoy misha mishinnah. Por pisto nuestro señor, amén.

¿Presentas una propuesta? Steve, chico, cómo empinas el codo. ¿Más bebercio de bebestibles? El inmensamente esplendífero invitador ¿permitirá a un invitado de la más extrema pobreza y de la más grandiciosa sed tamaño extra poner término a la costosa libación inaugurada? Permítenos un respiro. Hostelero, hostelero, ¿tenéis buen vino, por vuestra vida? Ea, compadre, venga otro traguito de ná. Corta y vuelve. ¡Bonífico Bonifacio! Ajenjo para todos. *Nos omnes biberimus viridum toxicum diabolus capiat posteriora nostra*. Hora de cerrar, caballeros. ¿Eh? Dar de lo bueno a ese desgraciado de Bloom. Oigo hablar de cebollas. ¿Bloo? ¿Agente de anuncios? El papi de la de las fotos, ¡fenómeno! Habla bajito, amigo. Escurrirse a la francesa. *Bonsair la compagnie*. Y los lazos del demonio sífilis. ¿Dónde está ese cabrón y el de la ambrosía? ¿Se las piraron? Esquinazo. Eso, cada mochuelo a su olivo. Jaque mate. Rey contra torre. Buenas almas tengan compasión de povre joben cullo amigo se quedó con la yabe del chalé y denle limosna para sitio donde dormir esta noche. Coño, qué mierda llevo. Que me lleven al infierno mish pecadosh shi eshta no esh la peor curda que he agarrado en mi vida. A ver, mozo, dos galletitas para este niño. ¡Ni hablar, qué puñetera mierda! ¿Ni un pedacito de quesito? Al demonio la sífilis y con ella todos los demás espíritus del vino. Hora. Que discurren por el mundo. A la salud de todos. *À la vôtre!*

Joder, ¿qué está tomando aquel tío del *macintosh*? Muerto de hambre. Echa el ojo a sus andrajos. ¡No me digas! ¿Qué come? Cordero de lo mejor. Bovril, chúpate ésa. Buena falta que le hace. ¿Conoces al de los calcetinitos? ¿Al chiflado harapiento del Richmond? ¡Ya lo creo! Creía tener un depósito de plomo en el pene. Demencia simulada. Corta-Corteza le llamamos. Ése, señor mío, fue en otro tiempo un próspero ciud. Hombre todo roto y andrajoso que se casó con una doncella desamparada. Mordió el anzuelo, y ella también. Aquí ven el amor perdido. MacIntosh el Caballero Errante de la Sierra Solitaria. A la cama y arroparse. Hora del horario. Las veintidós, el guardia. ¿Perdón? ¿Le ha visto hoy enterrando a un fiambre? ¿Un compadre tuyo estiró la pata? ¡Mala pata! ¡Pobres chavales! ¡No me digas, Pold! ¿Has llolado glandes laglimones polque a tu amiguito Padney se lo llevalon en una glan bolsa negla? Massa Pat era mu güeno pa pobes neguitos. Nunca se ha visto nadie como él desde que nací. *Tiens, tiens,* pero esto es muy triste, sí, a fe mía, sí que lo es. Ea, quita, marcha atrás en pendiente uno por nueve. Los ejes de la máquina están para chatarra. Te apuesto dos contra una a que Jenatzy le tumba por el suelo. ¿Los japonesitos? Tirar por elevación, ¡pum! Hundidos por corresponsales de guerra. Peor para él, dice él, ni un ruski. ¡Se va a cerrar! Hay once en total. Retírense. ¡De frente, tambaleantes empinadores! Buenas. Buenas. Que Alá *el Excelente* proteja poderosísimamente vuestra alma esta noche.

¡Atención, por favor! No estamos tan curdas. La policía del Leith nos pone en libertad. La lolicía del Peith. Cuidado señores con el tío que devuelve. Molestias en la región abominable. Yaaaj. Buenas. Mona, mi verdadero amor. Yaaaj. Mona, mi verdadero amor. Uuuc.

¡A ver! Cierren sus ebstrebtitosas. ¡Chac! ¡Chac! Está que arde. Ahí va eso. ¡Bomberos! Virar a babor. Por la calle Mount. Atajo. ¡Chac! Alalí. ¿Tú no vienes? Corramos, al trote, al galope. ¡Chac!

¡Lynch! ¿Eh? A bordo conmigo. Por aquí, calle Denzille. Transbordar ahí para Villaputas. Los dos, dijo ella, buscaremos el burdel donde está Mary la negra. Estupendo, cuando quieras. *Laetabuntur in cubilibus suis*. ¿Vienes para allá? En voz baja, ¿quién es el tiznado del demonio, el cabrón ése de negro? ¡Chisst! Pecó contra la luz y ahora mismo se acerca el día en que ha de venir a juzgar este mundo por el fuego. ¡Chaac! *Ut implerentur scripturae*. Entonad una balada. Entonces habló Dick estudiante de medicina a su camarada Davy estudiante de medicina. Me cago en diez, ¿quién es ese mierda de predicador amarillento en Merrion Hall? Elías viene, bañado en la sangre del Cordero. ¡Ánimo, vosotros, que no sois más que bebedores de vino, tragadores de ginebra, chupadores del alcohol! ¡Ánimo, vosotros, los echados a perros, los de cuello de toro, los de frente de escarabajo, los de jeta de cerdo, los de sesos de cacahuete, los de ojos de comadreja, nada más que falsas alarmas y exceso de equipaje! ¡Ánimo, vosotros, triple extracto de infamia! Alexander J. Cristo Dowie, que ha catapultado a la gloria más de la mitad de este planeta, desde Frisco Beach hasta Vladivostok. La Divinidad no es una función de perra gorda. Os lo aseguro yo, que el Señor pisa fuerte y es un negocio con un porvenir de primera. Es la cosa más fenomenal que ha habido nunca, metéroslo en la cabeza. Gritad: ¡La salvación en Cristo Rey! Mucho vas a tener que madrugar, pecador que me escuchas, si quieres jugársela a Dios Todopoderoso. ¡Caaaa! Ni hablar. Te tiene guardado en el bolsillo un jarabe para la tos que ya verás lo que es bueno, amigo mío. Pruébalo y ya verás.

[15]

(La entrada al barrio de los burdeles, por la calle Mabbot, ante la cual hay una extensión desempedrada de agujas de carriles de tranvías, con esqueletos de vías, fuegos fatuos rojos y verdes y señales de peligro. Hileras de casas endebles con puertas entreabiertas. Muy de vez en cuando, faroles con pantallas débilmente irisadas. Alrededor del carrito de helados de Rabaiotti, parado, se pelean hombres y mujeres raquíticas. Llevan agarrados barquillos entre los cuales hay cuñas de nieve color carbón y cobre. Chupando, se dispersan lentamente. Niños. La cresta, en cuello de cisne, del carrito, bien erguida, avanza entre la penumbra, blanca y azul bajo un faro. Unos silbidos llaman y responden).

LA LLAMADA: Espera, amor mío, que voy contigo.

LA RESPUESTA: Allá detrás de la cuadra.

(Un idiota sordomudo de ojos saltones, babeante la informe boca, pasa en sacudidas, agitado por el baile de San Vito. Una cadena de manos de niños le aprisiona).

LOS NIÑOS: ¡Zurdo! Saluda.

EL IDIOTA: *(levanta un brazo perlético y gorgotea)*. ¡Grj-aj-ut!

LOS NIÑOS: ¿Dónde está la gran luz?

EL IDIOTA: *(cloqueando)*. Guag-jag-jest.

(Le sueltan. Se va dando sacudidas. Una pigmea se balancea en una cuerda extendida entre las verjas, contando. Una figura recostada contra una lata de basura y oculta por su brazo y su sombrero, se mueve, gime, gruñe rechinando los dientes y vuelve a roncar. En un escalón, un gnomo que hurga en un montón de basuras se agacha para echarse al hombro un saco de trapos y huesos. A su lado, una vieja con una humeante lámpara de aceite le encaja de un golpe la última botella en el cuello del saco. Él levanta su botín, se encaja de medio lado la gorra de visera y se aleja cojeando en silencio. La vieja se vuelve a su madriguera balanceando la lámpara. Un niño zambo, encuclillado en el umbral con un volante de papel, gatea tras ella de medio lado, a golpes, se le agarra a la falda, y se incorpora con esfuerzo. Un peón caminero borracho se sujeta con las dos manos a las verjas de una casa, balanceándose pesadamente. En una esquina, dos guardias nocturnos con esclavinas, las manos en los tahalíes de las porras, se yerguen agrandados. Se rompe un plato; chilla una mujer; gime un niño. Los juramentos de un hombre rugen, murmuran, cesan. Hay figuras que yerran, acechan, atisban desde agujeros. En un cuarto alumbrado por una vela metida en el cuello de una botella, una mujer sucia le quita con un peine las costras del pelo a un niño escrofuloso. La voz de Cissy Caffrey, todavía joven, canta, aguda, desde un callejón).

CISSY CAFFREY:

Se la di a Molly
porque era tan guapa
la pata del pato.
la pata del pato.

(El Soldado Carr y el Soldado Compton, los bastoncitos bien apretados bajo el sobaco, avanzando vacilantes, dan media vuelta y lanzan a la vez por la boca una salva de pedos. Risas de hombres desde el callejón. Una marimacho ronca replica).

LA MARIMACHO: El mal de ojo sobre ti, culo peludo. ¡Viva la chica de Cavan!

CISSY CAFFREY: Más suerte para mí. Cavan, Cootehill y Belturbet. *(Canta).*

Se la di a Nelly,
se la meta en la panza
la pata del pato
la pata del pato.

(El Soldado Carr y el Soldado Compton se dan la vuelta y contrarreplican, las guerreras de vívido rojo sangre bajo el fulgor de un farol, los negros casquetes de las gorras en sus chollas rubio cobrizo. Stephen Dedalus y Lynch pasan a través de la multitud cercana a los casacas rojas).

SOLDADO COMPTON: *(agita el dedo).* ¡Paso al párroco!

SOLDADO CARR: *(se da la vuelta y llama).* ¡Eh, a ver, párroco!

CISSY CAFFREY: *(con su voz remontándose más alta).*

La tiene, la guarda,
donde se la mete
la pata del pato.

(Stephen, blandiendo el bastón de fresno en la mano izquierda, entona con gozo el Introito del tiempo pascual. Lynch, con su gorra de jockey bien calada por la frente, le acompaña, con una mueca de descontento arrugándole la cara).

STEPHEN: *Vidi aquam egredientem de templo a latere dextro. Alleluia. (Las garras de una vieja alcahueta salen por una puerta).*

LA ALCAHUETA: *(susurrando con voz ronca).* ¡Chsst! Ven aquí que te cuente. Una virginidad en el interior. ¡Chsst!

STEPHEN: *(altius aliquantulum). Et omnes ad quos pervenit aqua ista.*

LA ALCAHUETA: *(escupe tras ellos su chorro de veneno).* Estudiantes de medicina de Trinity. Trompa de Falopio. Todos polla y ni un penique. *(Edy Boardman, olfateando, acurrucada con Bertha Supple, se echa el chal por la nariz).*

EDY BOARDMAN: *(peleona).* Y dice ésa: Te he visto en Faithful Place con tu macho, el ferroviario grasiento, con su sombrero de vamosalacama. No me digas,

digo yo. No eres tú quién para decirlo, digo yo. Tú no me has visto nunca en plan con un escocés casado, digo yo. ¡Ésta es una de ésas! ¡Buena víbora está hecha! ¡Terca como una mula! Y anda por ahí con dos tíos a la vez, Kilbride el maquinista y Oliphant el cabo primera.

STEPHEN: *(triumphaliter). Salvi facti i sunt.*

(Blande su bastón de fresno haciendo pedazos la imagen del farol, pulverizando la luz sobre el mundo. Un podenco blanco y color hígado, a la busca de presa, se desliza detrás de él, gruñendo. Lynch lo espanta de un puntapié).

LYNCH: ¿Y ahora qué?

STEPHEN: *(mira atrás).* Ahora, el gesto, no la música, no los olores, sería un lenguaje universal, el don de lenguas haciendo visible no el sentido vulgar sino la entelequia primera, el ritmo estructural.

LYNCH: Filoteología pornosófica. ¡Metafísica en la calle Mecklenburg!

STEPHEN: Tenemos un Shakespeare cargado con una furia y un Sócrates dominado por una dominanta. Incluso el sabio de los sabios, el Estagirita, fue enfrenado, embridado y montado por una fulanilla.

LYNCH: ¡Bah!

STEPHEN: De todos modos, ¿quién necesita dos gestos para ilustrar una hogaza y un cántaro? Este movimiento ilustra la hogaza y el cántaro de pan y vino en Omar. Tenme el bastón.

LYNCH: Maldito sea tu jodido bastón. ¿A dónde vas?

STEPHEN: Lúbrico lince, a ver a *la belle dame sans merci*, Georgina Johnson, *ad deam qui laetificat juventutem meam.*

(Stephen le obliga a coger su bastón de fresno y extiende lentamente las manos, echando atrás la cabeza hasta que las manos están a un palmo del pecho, vueltas hacia abajo en planas intersecantes, los dedos a punto de abrirse, estando la izquierda más alta que la derecha).

LYNCH: ¿Cuál es el cántaro de pan? Poco importa. Esto o la aduana. Haz la merced de ilustrar. Toma aquí tu muleta y anda.

(Pasan. Tommy Caffrey gatea hasta un farol de gas y, agarrándolo, trepa en espasmos. Desde el último saliente se deja deslizar abajo. Jacky Caffrey se agarra para trepar. El peón caminero se topa con el farol. Los gemelos se escapan en la oscuridad. El peón, balanceándose, aprieta el índice contra una aleta de la nariz y dispara por el otro agujero un largo chorro líquido de moco. Echándose al hombro el farol, se marcha tambaleándose a través de la multitud con su antorcha llameante.

Serpientes de niebla de río se deslizan lentamente. De sumideros, grietas, pozos negros, montones de basura, se elevan por todas partes humos perezosos. Un fulgor relampaguea al sur más allá de la desembocadura del río. El peón, avanzando tambaleante, hiende la multitud y va tropezando hacia las agujas de los carriles. En el lado de allá, bajo el puente del ferrocarril, aparece Bloom, sofocado, jadeante, encajándose pan y chocolate en un bolsillo de la chaqueta. Desde el escaparate de la

peluquería de Gillen, un retrato compuesto le muestra la imagen del valiente Nelson. Un espejo cóncavo al lado le presenta al perdido de amor largamente extraviado lugubru Booloohoom. El grave Gladstone le mira a los ojos, Bloom como tal Bloom. Este pasa adelante, impresionado por la mirada fija del truculento Wellington, pero en el espejo convexo sonríen relajados las ojos bonachones y las gruesas chuletas de las mejillas de Oléoléopoldo triste rescoldo.

A la puerta de Antonio Rabaiotti, Bloom se detiene, sudado bajo los brillantes arcos voltaicos. Desaparece. Un momento después reaparece y avanza apresurado).

BLOOM: Pescado frito con patatas. Nada bueno. ¡Ah!

(Desaparece en la charcutería de Olhousen, bajo el cierre metálico que desciende. Un momento después sale por debajo del cierre, soplante Poldy, bufante Bloomhoom. En cada mano lleva un paquete, uno conteniendo un pie de cerdo tibio, el otro una pata de carnero fría, espolvoreados ambos de pimienta en grano. Jadea, quedándose erguido. Luego, inclinándose a un lado, se aprieta un paquete contra una costilla y gime).

BLOOM: Punzada en el costado. ¿Por qué corrí? *(Recobra aliento con cuidado y avanza lentamente hacia las agujas de los carriles con sus luces. El fulgor vuelve a relampaguear).*

BLOOM: ¿Eso qué es? ¿Un faro de destellos? Un proyector. *(Se queda en la esquina de Cormack, observando).*

BLOOM: ¿Aurora boreal o alto horno? Ah, los bomberos, claro. En el lado sur, de todos modos. Gran fulgor. Podría ser la casa de él. La guarida del lobo. Estamos seguros. *(Canturrea animadamente)*. ¡Londres se quema, Londres se quema! ¡Al fuego, al fuego! *(Observa al peón que avanza tropezando por entre la gente al otro lado de la calle Talbott)*. No le voy a encontrar. Corre. Deprisa. Mejor cruzar aquí.

(Cruza disparado la calle. Unos golfillos gritan).

LOS GOLFILLOS: ¡Cuidado, señor!

(Dos ciclistas, con farolillos de papel encendidos colgando, se deslizan a su lado rozándole, con los timbres repicando).

LOS TIMBRES: Altoaltoaltoahí.

BLOOM: *(se detiene, erguido, invadido por un espasmo)*. Ay.

(Mira alrededor, de repente sale disparado. A través de la niebla que se levanta, un monstruo de tranvía de obras, echando arena, en cauto avance, se desliza pesadamente hacia él, guiñando su enorme faro rojo y con el trole siseando en el cable. El conductor hace resonar su campanilla de pie).

LA CAMPANILLA: Bam Bam Bla Bac Blad Bog Bloo.

(El freno cruje violentamente. Bloom, levantando una mano de guardia enguantada de blanco, se aparta torpemente de la vía con piernas rígidas. El conductor, tirando adelante, con la nariz arrugada sobre el volante, le aúlla al pasar, sobre cadenas y engranajes).

EL CONDUCTOR: ¡Eh, calzones de mierda! ¿A qué estás jugando ahí?

(Bloom da un volatín hasta la acera y se vuelve a detener. Se sacude de la mejilla una mota de barro con una mano con paquete).

BLOOM: Se prohíbe el paso. Me afeitó casi, pero me curó la punzada. Tengo que volver a hacer la gimnasia de Sandow. Abajo, sobre las manos. Y asegurarme contra accidentes en la calle, también. En la Providential. *(Se toca el bolsillo del pantalón)*. La panacea de la pobre mamá. El tacón se encaja fácilmente en la vía o el cordón del zapato en una rueda. El día que la rueda del coche de la policía me desolló el zapato en la esquina de Leonard. A la tercera va la vencida. El truco del zapato. Conductor insolente. Debería denunciarle. La tensión les pone nerviosos. Podría ser el tío que esta mañana me fastidió con aquella mujer caballuna. El mismo estilo de belleza. Rápido ha estado él, de todos modos. El andar rígido. Palabras verdaderas dichas en broma. Aquel terrible espasmo en Lad Lane. Algo venenoso que comí. Señal de buena suerte. ¿Por qué? Probablemente ganado perdido. La marca de la Bestia. *(Cierra los ojos un momento)*. Un poco ligero de cabeza. Lo de todos los meses o efecto de lo otro. Cefalonebulalgia. Esta sensación de fatiga. Demasiado para mí ya. ¡Ay!

(Una figura siniestra con las piernas cruzadas se apoya en la pared de O'Beirne, un rostro desconocido, inyectado de oscuro mercurio. Por debajo de un sombrero de ala ancha, la figura le observa lanzándole el mal de ojo).

BLOOM: Buenas noches, señorita Blanca. ¿Qué calle es esta?

LA FIGURA: *(impasible, levanta un brazo como señal)*. Santo y seña. *Sraid Mabbot*.

BLOOM: Ah, vaya. *Merci*. Esperanto. *Slan leath (musita)*. Un espía de la liga gaélica, enviado por aquel tragafuego.

(Da un paso adelante. Un trapero, saco al hombro, le cierra el camino. Él se echa a la izquierda; el trapero del saco, a la izquierda).

(Brinca a la derecha, el trapero a la derecha).

BLOOM: Permiso.

(Se desvía, se escurre, se esquiva, se escapa por un lado y sigue adelante).

BLOOM: Llevar la derecha, la derecha, la derecha. Si hay un letrero indicador puesto por el Touring Club en Echateaunlado, ¿quién ha procurado ese beneficio público? Yo, que perdí el camino y colaboré en las columnas de *El Ciclista Irlandés* con la carta titulada *En las tinieblas de Echateaunlado*. Llevar la derecha, llevar, llevar la derecha. Trapos y huesos, a media noche. Un revendedor de cosas robadas, más probablemente. El primer sitio a donde van los asesinos. A lavar sus pecados del mundo.

(Jacky Caffrey, perseguido por Tommy Caffrey, corre a chocar de frente con Bloom).

BLOOM: ¡Oh!

(Desconcertado, se detiene, con los muslos temblorosos. Tommy y Jacky se desvanecen por acá y por allá. Bloom, con los paquetes en las manos, se palpa reloj,

bolsillo del chaleco, bolsillo del libro, bolsillo de la cartera, Dulzuras del Pecado, patatajabón).

BLOOM: Cuidado con los rateros. El viejo truco de esos señores. Chocar. Entonces quitarte la cartera.

(El sabueso se acerca olfateando, la nariz en el suelo. Una figura echada por el suelo estornuda. Una encorvada figura con barba aparece envuelta en el largo caftán de un anciano de Sión y con un casquete de andar por casa con borlas magenta. Unas gafas de concha le cuelgan hasta las aletas de la nariz. En la tensa cara hay amarillas vetas de veneno).

RUDOLPH: Segunda media corona dinero desperdiciado hoy. Te dije no ir nunca con *goy* borracho. Así no coges dinero.

BLOOM: *(esconde la pata de cerdo y la de carnero detrás de la espalda y, alicaído, palpa la carne tibia y fría). Ja, ich weiss, papachi*.

RUDOLPH: ¿Qué haces ahí en ese sitio? ¿No tienes alma? *(Con débiles garras de buitre palpa la cara silenciosa de Bloom)*. ¿No eres tú mi hijo Leopold, el nieto de Leopold? ¿No eres mi querido hijo Leopold que dejó la casa de su padre y dejó al Dios de sus padres Abraham y Jacob?

BLOOM: *(con precaución)*. Creo que sí, padre. Mosenthal. Esto es todo lo que queda de él.

RUDOLPH: *(severamente)*. Una noche te traen a casa borracho como perro después gastar tu buen dinero. ¿Cómo se llaman esos que corren?

BLOOM: *(en el elegante traje azul Oxford de sus años jóvenes, con trencillas blancas en el chaleco, hombreras estrechas, sombrero tirolés marrón, llevando un reloj Waterbury de caballero, plata de ley, sin llave y con doble cadena Albert con sello colgante, un lado de su persona cubierto de fango endurecido)*. Corredores de cross, padre. Sólo esa vez.

RUDOLPH: ¡Sólo esa vez! Fango de pies a cabeza. Cortada la mano abierta. Tétanos. Te dejan *kaput*, Leopoldleben. Cuidado con esos.

BLOOM: *(débilmente)*. Me desafiaron a una carrera. Estaba fangoso. Resbalé.

RUDOLPH: *(con desprecio). Goim nachez!* ¡Bonito espectáculo para tu pobre madre!

BLOOM: ¡Mamá!

ELLEN BLOOM: *(con la cofia de cintitas de una dama de pantomima, miriñaque y polisón, blusa a lo viuda Twankey, con mangas de mutón abotonadas por atrás, mitones grises y broche de camafeo, el pelo trenzado en una redecilla, se asoma sobre la baranda de la escalera, una vela torcida en la mano, y grita agudamente con alarma)*. ¡Oh Redentor bendito, qué le han hecho! ¡Mis sales de olor! *(Se levanta el borde de la falda y hurga con ansia en el bolsillito de su enagua cruda a rayas. Caen un frasquito, un Agnus Dei, una patata arrugada y una muñeca de celuloide)*. Sagrado Corazón de María, pero ¿dónde es posible que hayas estado?

(Bloom, musitando, con los ojos bajos, empieza a distribuir sus paquetes en los bolsillos ya llenos, pero desiste, murmurando).

UNA VOZ: *(agudamente)*. ¡Poldy!

BLOOM: ¿Quién? *(Se agacha y esquiva torpemente un golpe).* A sus órdenes.

(Levanta los ojos. Al lado de un espejismo de palmeras datileras, está delante de él una bella mujer en traje turco. Opulentas curvas llenan sus pantalones escarlata y su chaquetilla, acuchillados de oro. Una ancha faja amarilla la ciñe. Un yashmak blanco, violeta en la noche, le cubre el rostro, dejando al descubierto sólo sus grandes ojos oscuros y su pelo corvino).

BLOOM: ¡Molly!

MARION: ¿Qué hay? A partir de ahora, buen hombre, seré Mrs. Marion cuando me hables. *(Satíricamente)*. ¿Tiene los pies fríos el pobre maridito de esperar tanto tiempo?

BLOOM: *(cambiándose de un pie a otro)*. No, no. Ni pizca.

(Respira con profunda agitación, tragando sorbos de aire, preguntas, esperanzas, pies de cerdo para la cena de ella, cosas que contarle, excusas, deseo, hechizo. En la frente de ella resplandece una moneda. Lleva ajorcas enjoyadas en los pies. Sus tobillos están unidos por una leve cadenilla. A su lado, un camello, encapuchado con un turbante en torre, aguarda. Una escala de seda de innumerables peldaños trepa hasta su balanceante baldaquino. Patalea en torno con irritadas ancas. Ella, furiosamente, le golpea en un anca, con sus brazaletes de freno de oro tintirriñendo, regañándole en morisco).

MARION: ¡Nebrakada! ¡Feminimum!

(El camello, levantando una pata delantera, arranca de un árbol un gran mango, se lo ofrece a su dueña guiñando el ojo, con su pezuña hendida, luego deja caer la cabeza y, gruñendo, con el cuello erguido, se arrodilla a tientas. Bloom agacha la espalda como jugando a pídola).

BLOOM: Le puedo dar… quiero decir como empresario suyo… Mrs. Marion… si usted…

MARION: ¿Así que notas algún cambio? *(Se pasa las manos suavemente sobre su vientre enjoyado, con una lenta burla amistosa en los ojos)*. Ah Poldy, Poldy, eres una vieja calamidad. Vete a ver la vida. Mira el ancho mundo.

BLOOM: Precisamente iba a volver por esa loción de cera blanca y agua de azahar. La tienda cierra temprano los jueves. Pero por la mañana, antes que nada. *(Se palpa en diferentes bolsillos)*. Este riñón móvil. ¡Ah!

(Señala al sur, luego al este. Surge una pastilla de jabón al limón, nuevo y limpia, difundiendo luz y perfume).

EL JABÓN:

Bloom y yo somos una pareja de altos vuelos:
él da esplendor al mundo y yo limpio los cielos.

(Aparece la cara pecosa de Sweny, el farmacéutico, en el disco del soljabón).

SWENY: Tres y un penique, por favor.

BLOOM: Sí. Para mi mujer. Mrs. Marion. Receta especial.

MARION: *(suavemente)*. ¡Poldy!

BLOOM: ¿Qué, señora?

MARION: *Ti trema un poco il cuore?*

(Con desdén se aleja contoneándose, canturreando el dúo de Don Giovanni, pechugona pichona mimada paloma cebada).

BLOOM: ¿Estás segura sobre ese *Voglio*? Quiero decir la pronuncia…

(La sigue, seguido por el terrier olfateante. La vieja alcahueta le agarra de la manga, con las cerdas de su verruga en la barbilla reluciendo).

LA ALCAHUETA: Diez chelines la virginidad. Bien fresca, nadie la ha tocado. Quince años. No hay nadie dentro, sólo su viejo padre que está borracho como una cuba.

(Señala con el dedo. En la apertura de su cueva está, de pie, Bridie Kelly, furtiva, empapada de lluvia).

BRIDIE: Calle Hatch. ¿Qué quiere de bueno?

(Con un chillido, sacude su chal de murciélago y echa a correr. Un corpulento bruto la persigue dando zancadas con sus botas. Tropieza en los escalones, se incorpora, se sumerge en la sombra. Se oyen débiles chillidos de risa, más débiles).

LA ALCAHUETA: *(con sus ojos de loba brillando)*. Se está dando el gusto. No se encuentra una virgen en las casas autorizadas. Diez chelines. No te entretengas toda la noche no sea que nos vean los de la secreta. El sesenta y siete es un cabrón.

(Con un gesto de seducción, avanza cojeando Gerty MacDowell. Echando miradas tiernas, saca de detrás y enseña tímidamente su braga ensangrentada).

GERTY: Con todos mis bienes en este mundo yo para ti y tú… *(murmura)*. Lo hiciste tú. Te odio.

BLOOM: ¿Yo? ¿Cuándo? Usted sueña. Yo nunca la he visto.

LA ALCAHUETA: Deja en paz al caballero, enredona. Escribiendo al caballero cartas falsas. Andas por las calles buscando clientes. Más valdría que tu madre te atara a la pata de la cama y te diera con la correa, bribona, que no eres otra cosa.

GERTY: *(a Bloom)*. Cuando viste todos los secretos de mi cajoncito del fondo. *(Le acaricia la manga lloriqueando)*. ¡Casado asqueroso! Te quiero por lo que me has hecho.

(Se escapa deslizándose de medio lado. La señora Breen, en un grueso gabán de hombre con amplios bolsillos de fuelle, está quieta en medio de la calzada, los ojos pícaros bien abiertos, sonriendo con todos sus herbívoros dientes de cabra).

SEÑORA BREEN: Señor…

BLOOM: *(tose gravemente)*. Señora, la última vez que tuvimos el gusto por la nuestra de fecha de dieciséis de los corrientes…

SEÑORA BREEN: ¡Señor Bloom! ¡Usted por aquí, en los antros de perdición! ¡En buena le he pillado! ¡Sinvergüenza!

BLOOM: *(apresuradamente)*. No me llame tan alto por mi nombre. ¿Qué se imagina usted de mí? No me descubra. Las paredes oyen. ¿Cómo está usted? Hace siglos que no. Tiene usted muy buen aspecto. De veras. Hace un tiempo muy razonable para esta época del año. El negro refracta el calor. Un atajo a casa por aquí. Un barrio interesante. Rehabilitación de la mujer caída, Asilo Magdalen. Yo soy el secretario…

SEÑORA BREEN: *(levantando un dedo)*. ¡No me venga ahora con cuentos! Conozco a alguien a quien no le gustará esto. ¡Ah, espere a que vea yo a Molly! *(Maliciosamente)*. Déme explicaciones en persona ahora mismo o si no, ¡ay de usted!

BLOOM: *(mira atrás)*. Dijo muchas veces que a ella le gustaría visitarlos. Los barrios de mala fama. Lo exótico, ya comprende. Criados negros de librea también si tuviera dinero. Othello, negro brutal. Eugene Stratton. Hasta el que toca las castañuelas y el compadre de los cantantes negros Livermore. Los hermanos Bohee. El deshollinador, si a eso vamos.

(Tom y Sam Bohee, cantantes de color con trajes de tela de marinero blanca, calcetines escarlata, cuellos altos a lo Sambo muy almidonadas y grandes ásteres escarlata en el ojal. Los dos llevan banjos colgando. Sus manos negroides, más pálidas, rasguean las tintineantes cuerdas. Haciendo brillar blancos ojos cafres y colmillos, se lanzan a zapatear una jiga con torpes zuecos, rasgueando, cantando, espalda con espalda, punta y talón, talón y punta, con negroides labios gruesograsochasqueantes).

TOM Y SAM:

Hay alguno en casa con Dina,
hay alguno en casa, lo sé,
hay alguno en casa con Dina
tocándole el banjo, olé.

(Se arrancan las máscaras negras de sus caras regordetas y patatosas; luego, risoteando, cloqueando, tamborileando, tintineando, se alejan bailando tiquitán tiquitán el cakewalk).

BLOOM: *(con sonrisa tiernamente agria)*. ¿Un poquitín de frivolidad, vamos allá, si se siente de humor? A lo mejor le gustaría que la abrazara nada más que una fracción de segundo.

SEÑORA BREEN: *(chilla gozosamente)*. ¡Qué insolencia! ¡Debería mirarse a la cara!

BLOOM: Por mor del viejo amor. Quería decir yo simplemente una partida a cuatro bandas, un matrimonio mixto intermezclando nuestras conyugalidades. Ya

sabe que siempre he tenido debilidad por usted. *(Sombríamente)*. Soy yo quien le mandé aquella carta de San Valentín con lo de querida gacela.

SEÑORA BREEN: Santo Dios, ¡qué espectáculo! Sencillamente matador. *(Extiende la mano inquisitivamente)*. ¿Qué tiene escondido detrás de la espalda? Dígamelo, sea bueno.

BLOOM: *(le agarra la muñeca con su mano libre)*. Josie Powell la de otros tiempos, la chica más guapa de Dublín. ¡Cómo vuela el tiempo! ¿Se acuerda, volviendo atrás en reorganización retrospectiva, aquella Nochebuena en la inauguración de la casa de Georgina Simpson, cuando jugaban al juego de Irving Bishop, lo de encontrar el alfiler con los ojos vendados y leer el pensamiento? Problema: ¿qué hay en esta tabaquera?

SEÑORA BREEN: Usted fue el héroe de la fiesta con su recitado serio-cómico; el papel le iba muy bien. Siempre fue usted el favorito de las damas.

BLOOM: *(caballero de las damas, de smoking, con solapas de seda, distintivo masónico azul en el ojal, corbata negra de lazo, gemelos de madreperla, una copa prismática de champán inclinada en la mano)*. Señoras y caballeros, brindo por Irlanda, por el hogar y por la belleza.

SEÑORA BREEN: Esos días queridos han muerto y no volverán. La vieja y dulce canción de amor.

BLOOM: *(bajando la voz sugestivamente)*. Confieso que estoy hirviendo de curiosidad por saber si cierta cosa de cierta persona está hirviendo un poquito en este momento.

SEÑORA BREEN: *(expansiva)*. ¡Terriblemente hirviendo! Londres hierve y yo estoy toda hirviendo, sencillamente. *(Se restriega el costado contra él)*. Después de las adivinanzas de salón y los triquitraques del árbol nos sentamos en la otomana de la escalera. Bajo el muérdago. Dos es la mejor compañía.

BLOOM: *(llevando un sombrero violeta a lo Napoleón con una media luna ámbar: le pasa a ella lentamente los dedos por la palma de la mano, que ella le entrega suavemente)*. La hora embrujadora de la noche. Saqué la astilla de esta mano, con cuidado, despacio. *(Tiernamente, mientras le desliza en el dedo un anillo con rubí). Là ci darem la mano.*

SEÑORA BREEN: *(con traje de noche de una sola pieza, realizado en azul clarodeluna, una diadema de sílfide, de oropel, en la frente, con su carnet de baile caído junto a la chinela de raso azul clarodeluna, curva suavemente la palma de la mano, respirando de prisa). Voglio e non*… ¡Estás acalorado! ¡Estás abrasando! La mano izquierda es la más cercana al corazón.

BLOOM: Cuando elegiste al que hoy tienes dijeron que era la Bella y la Bestia. Eso no te lo puedo perdonar. *(Apretando el puño junto a la frente)*. Piensa lo que eso quiere decir. Todo lo que significaste entonces para mí. *(Roncamente)*. ¡Mujer, esto me destroza!

(Dennis Breen, con sombrero de copa blanco, como hombre-sándwich anunciador de Hely's, pasa por delante de ellos arrastrando sus pantuflas de lona, con su barba mortecina hacia delante, mascullando a derecha e izquierda. El pequeño Alf Bergan, envuelto en el manto del as de piques, le acosa a derecha e izquierda, doblado de risa).

ALF BERGAN: *(señalando burlón a los carteles del hombre-sándwich)*. V. E.: Ve.

SEÑORA BREEN: *(a Bloom)*. Retozos por todo lo alto debajo de las escaleras. *(Le guiña el ojo)*. ¿Por qué no me besaste el sitio para que se curara? Tenía ganas.

BLOOM: *(horrorizado)*. ¡La mejor amiga de Molly! ¿Cómo podías?

SEÑORA BREEN: *(con la pulposa lengua entre los labios, ofrece un beso de paloma)*. Hn-hn. La solución: Limón. ¿Tienes un regalito para mí ahí?

BLOOM: *(al desgaire)*. Kosher. Un tentempié para cena. El hogar sin carne en conserva está incompleto. Estuve en *Leah*, Mrs. Bandman Palmer. Incisiva intérprete de Shakespeare. Por desgracia tiré el programa. Por allí hay un sitio fenomenal para los pies de cerdo. Toca.

(Richie Goulding, con tres sombreros de señora prendidos en la cabeza, aparece echado a un lado por el peso de la bolsa negra de los documentos del bufete Collis y Ward, que lleva pintada una calavera y unos huesos con enjalbegado blanco. La abre y enseña que está llena de salchichas, arenques ahumados, eglefinos Findon y píldoras bien empaquetadas).

RICHIE: Por su precio, lo más arreglado de Dublín.

(El calvo Pat, fastidiado escarabajo, está parado en el bordillo, doblando la servilleta, para servir a servidores).

PAT: *(avanzando con un plato ladeado del que se sale salsa de carne)*. Filete y riñones. Botella de cerveza. Ji ji ji. Sirviendo un servidor.

RICHIE: Válgame Dios. Enmivi dahabíaco mido…

(Con la cabeza baja, avanza obstinadamente. El peón caminero, tambaleándose a su lado, le cornea con su horca llameante).

RICHIE: *(con un grito de dolor, la mano en la espalda)*. ¡Ay! ¡El mal de Bright! ¡El mal renal!

BLOOM: *(señalando al peón)*. Un espía. No llame la atención. Me fastidian las multitudes estúpidas. No me siento inclinado al placer. Estoy en un estado de ánimo serio.

SEÑORA BREEN: Como de costumbre, las hipocresías y los enredos de tus cuentos chinos.

BLOOM: Quiero contarte un secretito de cómo he venido a parar aquí. Pero no lo tienes que contar nunca. Ni a Molly. Tengo una razón muy especial.

SEÑORA BREEN: *(toda excitada)*. Por nada del mundo.

BLOOM: Vamos a andar un poco. ¿Te parece bien?

SEÑORA BREEN: Vamos.

(La alcahueta hace una señal no atendida. Bloom echa a andar con la señora Breen. Les sigue el terrier, gañendo lastimeramente y moviendo la cola).

LA ALCAHUETA: ¡Entrañas de judío!

BLOOM: *(con un traje sport color avena, una ramita de madreselva en el ojal, camisa cruda a la última, corbata escocesa con el plaid en cruz de San Andrés, botines blancos, trinchera flava al brazo, zapatos de golf rojo oscuro, gemelos en bandolera y un sombrero hongo gris).* ¿Recuerdas hace mucho mucho tiempo, hace años y años, precisamente después de destetar a Milly, a Marionette como la llamábamos, cuando fuimos todos juntos a las carreras de Fairyhouse, verdad?

SEÑORA BREEN: *(en elegante traje sastre azul verdosa, sombrero blanco de terciopelo y velo de tul ilusión).* A Leopardstown.

BLOOM: Eso quise decir, a Leopardstown. Y Molly ganó siete chelines con un caballo de tres años llamado *Nocontarlonunca* y al volver a casa por Foxrock en aquel viejo cochecillo desvencijado de cinco asientos entonces tú estabas en tu época más florida y llevabas ese sombrero nuevo de terciopelo blanco con guarnición de topo que te aconsejó comprar la señora Hayes porque estaba rebajado a diecinueve con once, un poco de alambre y un trapo viejo de pana, y te apuesto lo que quieras a que lo hizo aposta…

SEÑORA BREEN: ¡Sí que lo hizo, claro, esa gata! ¡No me lo digas! ¡Buenos consejos!

BLOOM: Porque no te sentaba ni la cuarta parte de bien que aquel otro gorrito de toca con un ala de ave del paraíso encima con que te admiraba tanto yo y de veras que estabas arrebatadora con él aunque era una lástima matarlo, tú, cruel criatura, aquel pobre animalito con un corazón como un punto.

SEÑORA BREEN: *(le aprieta el brazo, sonriendo fijamente).* ¡Qué mala y cruel era yo!

BLOOM: *(en voz baja, en secreto, cada vez más rápidamente).* Y Molly iba comiendo un bocadillo que sacó del cesto del almuerzo de la señora Joe Gallaher, de carne con especias. Francamente, aunque tenía sus asesores o admiradores, nunca me importó mucho su estilo. Era…

SEÑORA BREEN: Demasiado…

BLOOM: Sí. Y Molly se reía porque Rogers y Maggot O'Reilly imitaban el gallo al pasar delante de una granja y Marcus Tertius Moses, el comerciante de té, nos adelantó en un cochecito con su hija, Dancer Moses se llamaba, y el perrito de lanas que llevaba en el regazo se alborotó y me preguntaste si había oído decir o había leído o si sabía o si me había encontrado…

SEÑORA BREEN: *(ansiosamente).* Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

(Se desvanece de junto a él. Seguido por el perro que gañe, él avanza hacia las puertas del infierno. Bajo un pórtico, una mujer de pie, inclinada hacia delante, con los pies separados, orina como una vaca. Delante de una taberna cerrada, un grupo de vagos escuchan una historia que les cuenta roncamente, con áspero humor, su

contramaestre, de jeta aplastada. Dos de ellos, sin brazos, luchan, se pelean, en mutilada lucha juguetona de muñones).

EL CONTRAMAESTRE: *(acurrucado, con la voz retorcida en la jeta)*. Y cuando Cairns bajó del andamiaje en la calle Beaver, en dónde se lo fue a hacer sino en el cubo de cerveza que estaba ahí en medio de las virutas para los blanqueadores de Derwan.

LOS VAGOS: *(risotada con paladares hendidos)*. ¡Su padre!

(Se agitan sus sombreros salpicados de pintura. Manchados de cola y cal de sus alojamientos, dan saltitos mutilados a su alrededor).

BLOOM: Coincidencia también. Se creen que es gracioso. Cualquier cosa menos eso. En pleno día. Tratando de caminar. Menos mal que no hay mujeres por ahí.

LOS VAGOS: Coño, ésa sí que es buena. Sales purgantes. Coño, en la cerveza de los obreros.

(Pasa Bloom. Putas baratas, solas, en parejas, con chales, desgreñadas, llaman desde bocacalles, puertas, esquinas).

LAS PUTAS:

¿Vas muy lejos, muchachito?
¿Qué tal tu pierna de en medio?
¿Tendrías una cerilla?
Ven acá y te la restriego.

(Se abre paso a través de su ciénaga hacia la calle iluminada, más allá. Desde un abultamiento de cortinas de ventana, un gramófono levanta su trompa metálica abollada. En la sombra, la patrona de una taberna sin licencia regatea con el peón caminero y los dos casacas rojas).

EL PEÓN: *(eructando)*. ¿Dónde está la jodida taberna?

LA PATRONA: En la calle Purdon. A chelín la botella de cerveza. Una mujer respetable.

EL PEÓN: *(agarrando a los dos casacas rojas, avanza tambaleándose con ellos)*. ¡Adelante, ejército británico!

SOLDADO CARR: *(a sus espaldas)*. Le falta un tornillo.

SOLDADO COMPTON: *(riendo)*. ¡Y que lo digas!

SOLDADO CARR: *(al peón)*. En la cantina del cuartel de Portobello. Preguntas por Carr. Carr y basta.

EL PEÓN: *(grita)*. Somos los muchachos. De Wexford.

SOLDADO COMPTON: ¡Oye! ¿Qué te parece el sargento mayor?

SOLDADO CARR: ¿Bennett? Es compadre mío. Quiero mucho al viejo Bennett.

EL PEÓN: *(grita)*.

La pesada cadena

y liberar a nuestra patria.

(Avanza tambaleándose, arrastrándoles con él. Bloom se detiene, sin saber qué hacer. Se acerca el perro, con la lengua colgando, jadeante).

BLOOM: Esto es la caza del pato salvaje. Lugares de perdición. Dios sabe dónde se han metido. Los borrachos cubren la distancia al doble de velocidad. Bonita mescolanza. La escena en Westland Row. Luego saltar a primera clase con billete de tercera. Además demasiado lejos. El tren con la máquina detrás. Podía haberme llevado a Malahide o a un desvío para toda la noche o a un choque. El repetir la bebida es lo malo. Una vez es la buena dosis. ¿Para qué le sigo? Sin embargo, es el mejor de esa pandilla. Si no hubiera oído hablar de la señora Beaufoy Purefoy no habría ido y no me habría encontrado con Kismet. Perderá ese dinero. Aquí es la oficina de descarga. Buen trabajo para revendedores y organilleros. ¿Qué os falta? Como se viene, así se va. Podría haber perdido la vida también con ese hombretimbreruedavíatrolefaromastodonte si no es por mi presencia de ánimo. Pero no siempre le puede salvar a uno. Si hubiera pasado por delante de la ventana de Truelock aquel día me habrían pegado un tiro. Ausencia de cuerpo. Sin embargo si la bala sólo me hubiera agujereado la chaqueta indemnización por el shock nervioso, quinientas libras. ¿Quién era ése? Un presumido del club de la calle Kildare. Dios salve a su guarda de caza. *(Mira hacia adelante, leyendo en la pared un letrero garrapateado con tiza* Sueño Mojado *y un dibujo fálico)*. ¡Qué raro! Molly dibujando en el cristal empañado del compartimiento en Kingstown. ¿A qué se parece esto? *(Muñecas pintarrajeadas se balancean en los umbrales iluminados, en los huecos de las ventanas, fumando cigarrillos Birdseye. El olor de la hierba dulzona flota hacia él en lentas guirnaldas lentas y redondas).*

LAS GUIRNALDAS: Dulces son los dulces. Dulzuras del pecado.

BLOOM: Tengo el espinazo un poco dolorido. ¿Sigo o vuelvo? ¿Y estas cosas de comer? Comerlo y ponerme todo pringado. Qué absurdo soy. Desperdicio de dinero. Un chelín y ocho peniques de más. *(El sabueso le roza contra la mano su frío hocico baboso, agitando la cola)*. Qué extraño cómo les da por mí. Hasta ese bruto de hoy. Mejor hablarle primero. Como a las mujeres, les gustan los *rencontres*. Apesta como una mofeta. *Chacun son goût*. Podría estar rabioso. Leal. Inseguro en sus movimientos. ¡Buen chico! *¡Garryowen! (El perro lobo se tiende sobre el lomo, retorciéndose obscenamente con zarpas pedigüeñas, colgándole la lengua negra).* Influencia de su ambiente. Darle y acabar con esto. Con tal que nadie. *(Con palabras de estímulo se echa atrás con paso de cazador furtivo, acosado por el setter a un oscuro rincón hediondo. Desenvuelve un paquete y va a dejar caer el pie de cerdo suavemente pero lo retiene y palpa el de cordero)*. Buen tamaño, por tres peniques. Pero lo tengo en la mano izquierda. Requiere más esfuerzo. ¿Por qué? Más pequeña por falta de uso. Bueno, dejémoslo caer. Dos chelines con seis.

(De mala gana, deja resbalar las patas de cerdo y de cordero, desenvueltas. El mastín ataca torpemente el paquete y devora con gruñidora avidez, haciendo crujir los huesos. Dos guardias con esclavinas se acercan, silenciosos, vigilantes. Murmuran juntos).

LOS GUARDIAS: Bloom. De Bloom. Para Bloom. Bloom.

(Ambos ponen una mano en el hombro a Bloom).

GUARDIA PRIMERO: Sorprendido *in fraganti*. Prohibido tirar desperdicios.

BLOOM: *(tartamudea)*. Estoy haciendo el bien a los demás.

(Una bandada de gaviotas y de petreles de tormenta se levanta del fango del Liffey, hambrienta, llevando pasteles de Banbury en el pico).

LAS GAVIOTAS: Quié quió caqueque Cacuqui.

BLOOM: El amigo del hombre. Amaestrado por las buenas.

(Señala con el dedo. Bob Doran, dejándose caer desde un taburete alto de bar, se tambalea sobre el perro de aguas que masca).

BOB DORAN: Perrito. Dame la patita. Da esa pata.

(El bulldog gruñe, con los pelos del cuello erizados, y con una coyuntura de la pata de cerdo entre las muelas por donde gotea una salivaespuma de rabia. Bob Doran cae silenciosamente en la parte baja delante de un semisótano).

GUARDIA SEGUNDO: Protectores de animales.

BLOOM: *(entusiasmado)*. ¡Un noble trabajo! Regañé a aquel conductor de tranvía en el puente de Harold's Cross por maltratar al pobre caballo con la llaga debajo de las guarniciones. Buenos insultos recibí por mi trabajo. Claro que estaba helando y era el último tranvía. Todas esas historias de la vida del circo son altamente desmoralizadoras.

(El Signor Maffei, pálido de furor, en traje de domador de leones con botonadura de diamantes en la pechera, se adelanta llevando en la mano un aro de papel de circo, un ondulante látigo de cochero y un revólver con el que apunta al mastín, que se hincha de comer).

SIGNOR MAFFEI: *(con una sonrisa siniestra)*. Señoras y caballeros, mi galgo amaestrado. Fui yo quien domé a *Ayax*, el indomable potro, con mi silla de montar patentada, con puntas, para carnívoros. Dar latigazos bajo la tripa con una soga anudada. Un aparejo y una polea estranguladora podrán dominar a vuestro león, por rebelde que sea, incluso a este *Leo ferox*, el devorador libio de hombres. Una barra al rojo y un poco de frotación de linimento en la parte quemada produjo a Fritz de Ámsterdam, la hiena pensante. *(Sus ojos lanzan fulgores)*. Yo poseo el signo indio. El resplandor de mis ojos y estos relampagueos de mi pecho lo consiguen. *(Con una sonrisa embrujadora)*. Ahora les presento a Mademoiselle Ruby, el orgullo de la pista.

GUARDIA PRIMERO: Venga. Nombre y domicilio.

BLOOM: Se me ha olvidado en este momento. ¡Ah, sí! *(Se quita su sombrero alta calidad, saludando)*. Dr. Bloom, Leopold, cirujano dental. Ya habrán oído hablar

ustedes de Von Bloom Pacha. Incontables millones. *Donnerwetter!* Es dueño de media Austria. Egipto. Primos.

GUARDIA PRIMERO: Pruebas.

(Una tarjeta cae de dentro de la badana del sombrero de Bloom).

BLOOM: *(con fez rojo, manto de ceremonia de cadí con ancha faja verde, ostentando un distintivo falso de la Legión de Honor, recoge la tarjeta apresuradamente y la enseña)*. Permítanme. Mi club es el Junior Army and Navy. Mis abogados: John Henry Menton y Compañía, 27 Bachelor's Walk.

GUARDIA PRIMERO: *(lee)*. Henry Flower. Sin domicilio fijo. Vagabundeo ilegal y entorpecimiento del tráfico.

GUARDIA SEGUNDO: Una coartada. Queda usted notificado.

BLOOM: *(saca del bolsillo sobre el corazón una flor amarilla arrugada)*. Ésta es la flor de Flower. Me la entregó un desconocido. *(Persuasivo)*. Ya conocen el viejo chiste, la Rosa de Castilla. *Bloom*, floración. El cambio de apellido Virag. *(Murmura en tono privado y confidencial)*. Estamos prometidos, comprende, sargento. Hay una señora por en medio. Una complicación amorosa. *(Da una palmada en el hombro al Guardia Primero)*. Claro que, sin embargo, a veces uno se encuentra su Waterloo. Vénganse por casa una tarde de éstas a tomar un vasito de viejo borgoña. *(Al Guardia Segundo, alegremente)*. Se la presentaré, inspector. Tiene mucho juego. Se le dará bien en menos que canta un gallo.

(Aparece una oscura cara mercurializada, guiando a una figura con velo).

EL MERCURIO OSCURO: El Gobierno le busca. Fue degradado y expulsado del ejército.

MARTHA: *(con un espeso velo, un escapulario carmesí en torno al cuello, un ejemplar del* Irish Times *en la mano, en tono de reproche, señalando)*. ¡Henry! ¡Leopold! ¡Leopold! ¡Lionel, tú que te me perdiste! Lava mi honor.

GUARDIA PRIMERO: *(severamente)*. Venga a la comisaría.

BLOOM: *(asustado, se pone el sombrero, da un paso atrás y luego, llevándose la mano al corazón y levantando el antebrazo derecho en ángulo recto, hace el signo masónico de defensa y confraternidad)*. No, no, venerable maestro, luz del amor. Error de identidad. El correo de Lyon. Lesurques y Dubosc. Ya recuerda el asunto Childs, el fratricidio. Nosotros los de medicina. Matándole a hachazos. Se me acusa por error. Mejor que escape un culpable antes que condenar a noventa y nueve por error.

MARTHA: *(sollozando tras el velo)*. Quebrantamiento de promesa. Mi verdadero nombre es Peggy Griffin. Me escribió que era muy desgraciado. Ya le contaré de ti a mi hermano, el defensa del equipo Bective de rugby, ya verás, seductor sin entrañas.

BLOOM: *(cubriéndose la boca con la mano)*. Está borracha. Esta mujer está embriagada. *(Murmura vagamente el santo y seña de Efraín)*. Chist-volé.

GUARDIA SEGUNDO: *(con lágrimas en los ojos, a Bloom)*. Debería estar absolutamente avergonzado de usted mismo.

BLOOM: Señores del jurado, permítanme explicarles. Es una pura mixtificación. Yo soy un hombre incomprendido. Me han hecho el chivo expiatorio de esto. Soy un respetable hombre casado, sin una mancha en mi reputación. Vivo en la calle Eccles. Mi esposa es la hija de un distinguido jefe militar, un valiente y eminente hombre de honor, cómo se llama, el Comandante general Brian Tweedy, uno de los combatientes británicos que más han ayudado a ganar nuestras batallas. Ascendió a comandante por la heroica defensa de Rorke's Drift.

GUARDIA PRIMERO: ¿Qué regimiento?

BLOOM: *(volviéndose a la galería)*. El Royal Dublin, muchachos, la sal de la tierra, conocido en todo el mundo. Me parece ver ahí entre ustedes algunos viejos camaradas de armas. El R. D. F., junto con nuestra policía metropolitana, custodios de nuestros hogares, los mozos más valientes y el más hermoso cuerpo militar, por lo que toca al físico, al servicio de nuestro soberano.

UNA VOZ: ¡Chaquetero! ¡Vivan los bóers! ¿Quién abucheó a Joe Chamberlain?

BLOOM: *(con la mano en el hombro del Guardia Primero)*. Mi viejo papá también era juez de paz. Yo soy un británico tan sólido como pueda serlo usted, señor mío. Luché bajo la bandera por el Rey y la Patria en la guerra de los distraídos a las órdenes del General Gough en el parque y me dejaron inválido en Spion Kop y Bloemfontein; me citaron en partes especiales. Hice todo lo que podía hacer un hombre blanco. *(Con sentimiento contenido)*. Jim Bludso. Pon la proa contra la orilla.

GUARDIA PRIMERO: Profesión u oficio.

BLOOM: Bueno, me dedico a una actividad literaria. Escritor-periodista. Precisamente vamos a publicar ahora una colección de cuentos premiados de que yo soy el ideador, algo que es una orientación completamente nueva. Estoy relacionado con la Prensa británica e irlandesa. Si da un telefonazo…

(Se adelanta, a sacudidas, Myles Crawford, una pluma de ganso entre los dientes. Su pico escarlata refulge en la aureola de su sombrero de paja. Balancea en una mano una ristra de cebollas españolas y sostiene con la otra mano un auricular de teléfono junto a su oído).

MYLES CRAWFORD: *(con sus barbas de gallo temblándole)*. Aló, setenta y siete ocho cuatro. Aquí el *Orinal del Hombre Libre* y el *Limpiaculo Semanal*. Paralicen Europa. ¿Que usted qué? ¿Blu qué? ¿Quién escribe? ¿Es Bloom?

(El señor Philip Beaufoy, con rostro pálido, está de pie en la barra de los testigos, en impecable traje de mañana, el bolsillo en el pecho enseñando una punta de pañuelo, pantalones color lavanda con raya y botas de charol. Lleva una gran carpeta con la inscripción Golpes maestros de Matcham*).*

BEAUFOY: *(con voz arrastrada)*. No, usted no es. Ni de lejos, se lo digo yo. No lo veo así, eso es todo. Ningún caballero de nacimiento, nadie que tenga los más elementales instintos de un caballero se rebajaría a una conducta tan especialmente repugnante. Uno de ésos, señor presidente. Un plagiario. Un untuoso intruso disfrazado de *littérateur*. Está perfectamente claro que con su más personal bajeza ha

saqueado algunos de mis libros de más éxito, material realmente estupendo, una gema perfecta, unos pasajes amorosos que están por debajo de toda sospecha. Las Obras de Beaufoy, sobre el amor y el gran mundo, que sin duda a Su Señoría le son familiares, tienen fama en todo el reino.

BLOOM: *(murmura con mansedumbre de perro apaleado)*. Ese trozo sobre la risueña brujita, dándose la mano, yo objetaría, si se me permite…

BEAUFOY: *(arrugando el labio, sonríe desdeñosamente hacia el tribunal)*. ¡Burro ridículo, usted! ¡Es usted demasiado bestialmente absurdo para poder expresarlo! No creo que necesite usted molestarse excesivamente en ese sentido. Mi agente literario, señor J. B. Pinker, está aquí presente. Supongo, señor presidente, que recibiremos los usuales honorarios como testigos, ¿no? Estamos en considerables apuros por culpa de este asqueroso emborronador de papeluchos, este cuervo de Rheims, que ni siquiera ha pisado una universidad.

BLOOM: *(indistintamente)*. La universidad de la vida. Mal arte.

BEAUFOY: *(grita)*. Es una mentira repugnantemente sucia que demuestra la podredumbre moral de este hombre. *(Extiende su carpeta)*. Aquí tenemos pruebas incriminadoras, el cuerpo del delito, señor presidente, una muestra de mi arte más maduro desfigurado por la marca de la bestia.

UNA VOZ DESDE LA GALERÍA:

> *Moisés el profeta, el rey de Israel,*
> *se limpiaba el culo con el Daily Mail.*

BLOOM: *(valientemente)*. Cheque sin fondos.

BEAUFOY: ¡Vil bribón! ¡Deberían tirarle al bebedero de los caballos, so podrido! *(Al tribunal)*. ¡Ah, miren la vida privada de este hombre! ¡Lleva una cuádruple vida! Ángel en la calle y diablo en la casa. No se le debe nombrar en presencia de señoras. ¡El mayor intrigante de esta época!

BLOOM: *(al tribunal)*. Y él, que es soltero, cómo…

GUARDIA PRIMERO: Procedimiento de oficio contra Bloom. Llamen a la testigo Driscoll.

EL UJIER: ¡Mary Driscoll, fregona!

(Se acerca Mary Driscoll, una criadita en chancletas. Lleva un cubo en el brazo doblado y un escobón de fregar en la mano).

GUARDIA SEGUNDO: ¡Otra! ¿Pertenece usted a la clase desafortunada?

MARY DRISCOLL: *(indignada)*. No soy una de esas malas. Tengo buena fama y estuve cuatro meses en mi última casa. Era una buena casa, seis libras al año y lo que cayera, y salir los viernes, y tuve que marcharme debido a sus enredos.

GUARDIA PRIMERO: ¿De qué le acusa?

MARY DRISCOLL: Me hizo una proposición pero yo me respeto a mí misma más que eso, pobre como soy.

BLOOM: *(en chaqueta de casa de lana peinada, pantalones de franela, pantuflas sin tacón, sin afeitar, el pelo ligeramente desordenado)*. Te traté con guantes blancos. Te di recuerdos, elegantes ligas esmeraldas muy por encima de tu clase. Incautamente me puse de tu parte cuando fuiste acusada de hurtar. Hay un justo medio en todas las cosas. Juega sin hacer trampas.

MARY DRISCOLL: *(excitada)*. ¡Como que Dios me está viendo esta noche, que nunca he puesto la mano en esas ostras!

GUARDIA PRIMERO: ¿Y la infracción de que hay queja? ¿Ocurrió algo?

MARY DRISCOLL: Me sorprendió al fondo de las habitaciones, señoría, cuando la señora estaba de compras, una mañana, pidiéndome un imperdible. Me agarró y de resultas me quedé sin color en cuatro sitios. Y dos veces me enredó en la ropa.

BLOOM: Ella contraatacó.

MARY DRISCOLL: *(despreciativamente)*. Tenía yo más respeto por el escobón, de veras. Le protesté, señoría, y él dijo: ¡No lo cuentes!

(Risas generales).

GEORGES FOTTRELL: *(ujier del juzgado, con voz resonante)*. ¡Orden en la sala! El acusado hará ahora una declaración embustera.

(Bloom, declarándose inocente y sosteniendo en la mano un nenúfar bien abierto, empieza un largo discurso ininteligible. Iban a oír lo que tenía que decir el abogado en su conmovedor alegato a los jurados. Él era hombre acabado, pero, aunque marcado como oveja negra, si así podía decir, pensaba corregirse para rescatar el recuerdo del pasado de un modo puramente sororal y regresar a la naturaleza como animal puramente doméstico. Nacido sietemesino, le había criado y nutrido cuidadosamente un anciano progenitor enfermo en cama. Podría haber habido debilidades de un padre equivocado, pero él quería pasar la hoja y ahora, cuando en fin de fines se encontraba a la vista de la picota, llevar una vida casera en el crepúsculo de sus días, empapado del afectuoso ambiente del palpitante seno de la familia. Aclimatado como británico, ese atardecer de verano desde la plataforma de una locomotora de la compañía de circunvalación mientras la lluvia se resistía a caer, había visto, como si dijera, a través de las ventanas de amorosas familias de la ciudad de Dublín y su distrito urbano, atisbos de escenas verdaderamente rústicas de felicidad de la tierra prometida con papel de pared Dockrell a uno con nueve peniques la docena, inocentes chiquillos británicos de nacimiento ceceando oraciones al Santo Niñito, juveniles estudiosos habiéndoselas con sus deberes, jóvenes damitas ejemplares tocando el pianoforte o al punto con fervor rezando el rosario en familia en torno al chisporroteante leño de Navidad mientras por los caminos en hondón y por los verdes senderos las zagalas con sus zagales paseaban a los sones del acordeón Britannia de voces de órgano armadura de metal con cuatro registros activos y fuelles de doce pliegues, una ganga, la mejor ocasión que jamás… Risas renovadas. Él masculla incoherentemente. Los reporteros se quejan de que no se oye).

CALÍGRAFO Y TAQUÍGRAFO: *(sin levantar la vista de sus cuadernos).* Desátenle las botas.

EL PROFESOR MACHUGH: *(desde la mesa de la Prensa, tose y grita).* Desembucha, amigo. Échalo fuera poco a poco.

(Continúa el careo en referencia a Bloom y al cubo. Un gran cubo. El mismo Bloom. Dolor de tripas. En la calle Beaver. Retortijón, sí. Muy malo. Un cubo de blanquear. De andar con piernas rígidas. Sufrió dolores indecibles. Angustia mortal. Hacia mediodía. Amor o borgoña. Sí, un poco de espinacas. Momento crucial. No miró en el cubo. Nadie. Más bien en desorden. No del todo. Un número atrasado del Titbits. *Clamor y aullidos. Bloom, con levita desgarrada manchada de jalbegue, chistera abollada ladeada en la cabeza, una tira de esparadrapo en la nariz, habla inaudiblemente).*

J. J. O'MOLLOY: *(con peluca gris y toga de abogado, hablando con voz de dolorida protesta).* Éste no es lugar para ligerezas indecentes a expensas de un mortal que ha errado extraviado por la bebida. No estamos en un reñidero de osos ni en una carnavalada de Oxford ni es ésta una parodia de la justicia. Mi cliente es un niño pequeño, un pobre inmigrante extranjero que empezó desde la nada como polizón y que ahora trata de ganarse la vida honradamente. El presunto delito fue debido a una momentánea aberración hereditaria, provocada por una alucinación, ya que familiaridades tales como ese presunto hecho culpable son sobradamente permitidas en la tierra natal de mi cliente, la tierra de Faraón. *Prima facie,* sostengo ante ustedes que no hubo intento de conocimiento carnal. No tuvo lugar ninguna intimidad y la culpa de que acusa la Driscoll, que su virtud fue puesta a prueba, no se repitió. Yo desearía referirme en especial al atavismo. Ha habido casos de naufragio y de sonambulismo en la familia de mi cliente. Si el acusado pudiera hablar podría contar… una de las más extrañas historias que jamás se han narrado entre las tapas de un libro. Él mismo, señor presidente, está físicamente arruinado, por la tuberculosis de los zapateros. Su excusa es que es de origen mongólico e irresponsable de sus acciones. De hecho, no existe en absoluto.

BLOOM: *(descalzo, con pecho de pollo, chaleco y pantalón de marinero, los dedos gordos de los pies encogidos como pidiendo excusas, abre sus diminutos ojos de topo y mira a su alrededor deslumbrado, pasándose la mano lentamente por la frente. Luego se sube el cinturón, como los marineros, y con un encogimiento de hombros de obediencia al modo oriental, saluda al tribunal, señalando al cielo con un pulgar).* Lí haci mucho buena nochi. *(Empieza a canturrear con simpleza).*

Li li poblé nenito
tlae pata de celdo todas las nochis
paga do chelí…

(Le abruman a aullidos).

J. J. O'MOLLOY: *(acalorado, al populacho)*. Esta lucha es demasiado desigual. Por los dioses del Hades, que no voy a consentir que un cliente mío sea amordazado y acosado de este modo por una jauría de sucios perros y rientes hienas. El Código de Moisés ha superado la ley de la jungla. Digo esto y lo digo con todo énfasis, sin desear ni por un instante entorpecer el curso de la justicia, que el acusado no ha sido cómplice anterior al acto y que la querellante no ha sido molestada. Esa joven fue tratada por el acusado como si fuera su propia hija. *(Bloom toma la mano de J. J. O'Molloy y se la lleva a los labios)*. Requeriré testigos de defensa para probar a fondo que la mano oculta está otra vez en su viejo juego: En la duda, perseguir a Bloom. Mi cliente, hombre tímido por naturaleza, sería el último del mundo en hacer nada impropio de un caballero que pudiera parecer mal a la modestia ofendida ni lanzar una piedra contra una muchacha que se descarrió cuando un malvado, responsable de su estado, usó y abusó de ella a su gusto. Él quiere actuar sin desvíos. Yo le considero como el hombre más inmaculado que haya. Actualmente, está de mala suerte debido a haberse hipotecado sus extensas propiedades en Agendath Netaím en la remota Asia Menor, de que ahora se mostrarán unas diapositivas. *(A Bloom)*. Le aconsejo que ahora haga una oferta decente.

BLOOM: Un penique por libra.

(Se proyecta en la pared el espejismo del lago de Kinnereth con ganado borroso pastando en un halo plateado. Moses Dlugacz, albino de ojos de hurón, vestido de mono azul, está de pie en la galería teniendo en cada mano un limón y un riñón de cerdo).

DLUGACZ: *(roncamente)*. Bleibtreustrasse, Berlín, W. 13.

(J. J. O'Molloy sube a un pedestal bajo levantándose con solemnidad una solapa de la chaqueta. Se le alarga la cara y se le pone pálida y barbuda, con ojos hundidos, las manchas de tuberculoso y los pómulos héticos de John F. Taylor. Se lleva el pañuelo a la boca y escudriña la galopante marea de sangre rosada).

J. J. O'MOLLOY: *(casi sin voz)*. Perdonen ustedes, sufro un fuerte resfriado, acabo de levantarme de la cama. Unas pocas palabras bien elegidas. *(Asume la cabeza de ave, el bigote zorruno y la elocuencia proboscídea de Seymour Bushe)*. Cuando llegue a abrirse el libro de los ángeles, si hay algo anímicamente transfigurado o transfigurador emprendido por el seno pensativo que merezca vivir digo yo concédase al prisionero en el banquillo el sagrado beneficio de la duda.

(Se presenta al tribunal un papel con algo escrito en él).

BLOOM: *(en traje de corte)*. Puedo dar las mejores referencias. Los señores Callan, Coleman. El señor Wisdom Hely, juez de paz. Mi antiguo jefe Joe Cuffe. El señor V. B. Dillon, ex alcalde de Dublín. Me he movido en el encantado círculo de las más altas… Reinas de la Sociedad de Dublín. *(Al descuido)*. Precisamente esta tarde estaba yo charlando en la residencia del virrey, durante el *lever*, con mis viejos compadres, Sir Robert y Lady Ball, astrónomo real. Sir Bob, le decía yo…

SEÑORA YELVERTON BARRY: *(en traje de baile ópalo muy escotado, con guantes marfil hasta el codo, llevando una capita forrada color ladrillo, guarnecida de marta, una peineta con brillantes y un penacho de avestruz en el pelo)*. Deténgale, guardia. Me escribió una carta anónima con letra deformada cuando mi marido estaba en el distrito norte de Tipperary en la sesión de Munster, firmada James Lovebirch. Decía que había visto desde el paraíso mis impares esferas cuando yo estaba en un palco del Theatre Royal en una representación de gala de *La Cigale*. Yo le había inflamado profundamente, decía. Me hacía proposiciones impropias de que me condujera como no era debido a las cuatro y media de la tarde del jueves siguiente, hora de Dunsink. Ofrecía enviarme por correo una obra de ficción, por Monsieur Paul de Kock, titulada *La chica de los tres corsés*.

SEÑORA BELLINGHAM: *(con toca y mantilla de falsa foca, embozada hasta la nariz, desciende de su coche y escudriña a través de los impertinentes de concha que saca de su gran manguito de opossum)*. También a mí. Sí, creo que es la misma objetable persona. Porque me cerró la puerta del coche delante de la casa de Sir Thornley Stoker un día de nevisca durante la ola de frío de febrero del noventa y tres cuando hasta el tubo de desagüe y el flotador del depósito de mi baño se habían helado. Posteriormente me envió una flor de edelweiss cogida en las cumbres, según dijo, en mi honor. La hice examinar por un experto en botánica y obtuve la información de que era una flor de la planta de la patata doméstica sustraída de un invernadero de la granja modelo.

SEÑORA YELVERTON BARRY: ¡Qué vergüenza!

(Una turba de fulanas y bribones avanza en oleada).

LAS FULANAS Y BRIBONES: *(chillando)*. ¡Al ladrón! ¡Hurra ahí, Barba-Azul! ¡Una ovación por Isaac Mosí!

GUARDIA SEGUNDO: *(saca unas esposas)*. Aquí están las pulseras.

SEÑORA BELLINGHAM: Se me dirigió bajo diferentes caligrafías con repugnantes cumplimientos como a la Venus de las Pieles y alegó profunda compasión por mi aterido cochero Balmer aunque a continuación se manifestó envidioso de sus orejeras y sus pieles de cordero y de su afortunada proximidad a mi persona, de pie detrás de mi asiento ostentando mi librea con las armas de los Bellingham campo de sable con cabeza de ciervo cortada en oro. Elogiaba casi extravagantemente mis extremidades inferiores, mis curvas pantorrillas en medias de seda tensas hasta el límite, y elogiaba ardientemente mis otros tesoros escondidos en inestimable encaje que, decía, era capaz de conjurar ante sí. Me apremiaba (afirmando que sentía que su misión en la vida era apremiarme) a deshonrar el tálamo matrimonial, cometiendo adulterio en la más próxima oportunidad posible.

LA HONORABLE SEÑORA MERVYN TALBOYS: *(en traje de amazona, sombrero duro, botas altas con espuelas, chaleco bermellón, guantes de ante a la mosquetera con embocaduras bordadas, larga cola del traje al brazo y justa de caza con la que se azota constantemente las botas)*. También a mí. Porque me vio en el

campo de polo del Phoenix Park en el partido Nacional Irlanda contra Resto de Irlanda. Mis ojos, ya lo sé, brillaban divinamente mientras observaba al capitán de gastadores Dennehy, de los dragones de Innis, ganar el tiempo final en su potro favorito *Centauro*. Ese plebeyo Don Juan me observó desde detrás de un coche de alquiler y me envió bajo doble sobre una fotografía obscena, de esas que se venden por la noche en los bulevares de París, insultante para cualquier señora. Todavía la conservo. Representa una *señorita* parcialmente desnuda, frágil y linda (su mujer, me aseguraba solemnemente, tomada por él al natural), practicando ilícito coito con un musculoso *torero*, evidentemente un chulo. Me apremiaba a hacer lo mismo, a portarme mal, a pecar con oficiales de la guarnición. Me imploraba que manchara su carta de una manera inmencionable, a que le castigara como se merece de sobra, a saltarle encima y cabalgarle, a darle una violenta tanda de latigazos.

SEÑORA BELLINGHAM: A mí también.

SEÑORA YELVERTON BARRY: A mí también.

(Varias señoras altamente respetables de Dublín muestran cartas indecentes recibidas de Bloom).

LA HONORABLE SEÑORA MERVYN TALBOYS: *(patalea con sus espuelas resonantes en un ataque repentino de furia)*. Sí que lo haré, como que Dios nos ve. Azotaré a ese perro de hígado de paloma mientras pueda estar encima de él. Le desollaré vivo.

BLOOM: *(cerrando los ojos, se encoge en la expectativa)*. ¿Aquí? *(Se retuerce)*. ¡Más! *(Jadea agachándose)*. Me gusta el peligro.

LA HONORABLE SEÑORA MERVYN TALBOYS: ¡Ya lo creo! Se lo voy a dar en caliente. Le voy a hacer bailar una jiga para que vea.

SEÑORA BELLINGHAM: ¡Déle una buena azotaina a ese impostor! ¡Márquele las barras y estrellas!

SEÑORA YELVERTON BARRY: ¡Qué vergüenza! ¡No tiene excusa! ¡Un hombre casado!

BLOOM: Toda esta gente. Yo me refería sólo a la idea de los azotes. Un cálido cosquilleo encendido sin efusión de sangre. Un refinado vareo para estimular la circulación.

LA HONORABLE SEÑORA MERVYN TALBOYS: *(riendo despectivamente)*. Ah, ¿con que sí, amiguito? Bueno, como que nos ve Dios, le voy a dar ahora la sorpresa de su vida, créame, la desolladura más despiadada que nunca ha merecido un hombre. Usted ha despertado a latigazos a la tigresa que dormía en mi naturaleza.

SEÑORA BELLINGHAM: *(sacudiendo con aire vengativo el manguito y los impertinentes)*. Haz que le escueza, querida Hanna. Dale pimienta. Azota a este chucho hasta que agonice. El gato de nueve colas. Cástrale. Vivisecciónale.

BLOOM: *(estremeciéndose, encogiéndose, junta las manos con aire de perro apaleado)*. ¡Qué frío! ¡Qué tiritones! Fue su belleza ambrosial. Olvide, perdone. Kismet. Déjeme ir por esta vez.

(Ofrece la otra mejilla).

SEÑORA YELVERTON BARRY: *(severamente)*. ¡No le deje, se lo digo yo, señora Talboys! ¡Habría que darle una buena paliza!

LA HONORABLE SEÑORA MERVYN TALBOYS: *(desabotonándose un guante violentamente)*. No voy a dejarle en absoluto. ¡Cerdo sucio, que no ha sido otra cosa desde que le destetaron! ¡Atreverse a dirigirse a mí! Le voy a azotar en la vía pública hasta dejarle negro y azul. Le hundiré las espuelas hasta meterle las rodajas. Es un cornudo bien conocido. *(Hace chascar salvajemente en el aire su fusta de caza)*. Bájenle los pantalones sin perder tiempo. ¡Venga usted acá, señor! ¡Deprisa! ¿Preparado?

BLOOM: *(temblando, empieza a obedecer)*. Está haciendo tanto calor últimamente… *(Pasa Davy Stephens, el pelo en ricitos, con una pandilla de chicos descalzos vendiendo periódicos)*.

DAVY STEPHENS: *El Mensajero del Sagrado Corazón* y el *Evening Telegraph* con el Suplemento del Día de San Patricio. Conteniendo las nuevas direcciones de todos los cornudos de Dublín.

(El muy reverendo Canónigo O'Hanlon, con revestimientos bordados en oro, eleva y expone un reloj de repisa de chimenea. Ante él, el Padre Conroy y el reverendo John Hughes S. J. hacen una profunda inclinación).

EL RELOJ: *(abriendo la puertecita)*.

Cucú.
Cucú.
Cucú.

(Se oyen tintinear las arandelas de bronce de una cama).

LAS ARANDELAS: Tintín, tintirintín, tintín.

(Un panel de niebla se desliza a un lado rápidamente, revelando rápidamente en los bancos de los jurados los rostros de Martin Cunningham, presidente del jurado, con chistera, Jack Power, Simon Dedalus, Tom Kernan, Ned Lambert, John Henry Menton, Myles Crawford, Lenehan, Paddy Leonard, Nosey Flynn, M'Coy y el rostro sin facciones de un Innominado).

EL INNOMINADO: Cabalgar en pelo. Peso según edad. Coño, se la organizó bien a ella.

LOS JURADOS: *(volviendo todos la cara hacia su voz)*. ¿De veras?

EL INNOMINADO: *(con un gruñido)*. El culo para arriba. Cien chelines contra cinco.

LOS JURADOS: *(todos con la cabeza baja en asentimiento)*. Eso es lo que pensábamos la mayor parte de nosotros.

GUARDIA PRIMERO: Es un hombre marcado. Otra trenza cortada a una chica. Se busca: Jack el Destripador. Mil libras de recompensa.

GUARDIA SEGUNDO: *(impresionado, susurra)*. Y de negro. Un mormón. Anarquista.

EL UJIER: *(en voz alta)*. Resultando que Leopold Bloom sin domicilio fijo es un conocido dinamitero, falsificador, bígamo, alcahuete y cornudo y una molestia pública para los ciudadanos de Dublín y resultando que en esta sesión del juzgado el Muy Honorable…

(El Muy Honorable Sir Frederick Falkiner, Presidente de la Magistratura de Dublín, en atuendo judicial de piedra gris, se levanta de su asiento, con barba de piedra. Sostiene en sus brazos un cetro en forma de paraguas. De su frente se elevan rígidamente los cuernos de carnero de Moisés).

EL PRESIDENTE: Voy a poner fin a este tráfico de esclavas blancas y a librar a Dublín de esta odiosa pestilencia. ¡Qué escándalo! *(Se pone la toca negra)*. Que se le lleven, señor sub-sheriff, del banquillo donde está ahora y le retengan en prisión en la cárcel de Mountjoy hasta cuando decida Su Majestad y entonces sea colgado del cuello hasta que muera y sea cumplida esta orden bajo vuestra responsabilidad o si no el Señor tenga misericordia de vuestra alma. Lleváoslo.

(Un casquete negro desciende sobre su cabeza. Aparece el sub-sheriff Long John Fanning, fumando un oloroso Henry Clay).

LONG JOHN FANNING: *(frunce el ceño y grita con ricas «erres» rulantes)*. ¿Quién va a ahorcar a Judas Iscariote?

(H. Rumbold, maestro barbero, con jubón color sangre y delantal de curtidor, una cuerda enrollada al hombro, sube al tajo. Lleva colgando del cinturón un rompecabezas y una maza claveteada. Se frota sombríamente las manos, dispuestas a aferrar, reforzadas con defensas metálicas en los nudillos).

RUMBOLD: *(al Presidente, con siniestra familiaridad)*. Majestad, soy Harry el Ahorcador, el terror del Mersey. Cinco guineas por una yugular. El cuello o nada.

(Las campanas de la iglesia de San Jorge redoblan lentamente, sonoro hierro oscuro).

LAS CAMPANAS: ¡Ay-oh! ¡Ay-oh!

BLOOM: *(desesperadamente)*. Espere. Alto. Las gaviotas. Buen corazón. Yo vi. Inocencia. Chica ante la jaula de monos. Zoo. Sucios chimpancés. *(Sin aliento)*. La cavidad pélvica. Su rubor ingenuo me desarmó. *(Abrumado de emoción)*. Abandoné el recinto. *(Se vuelve hacia una figura en la multitud, en apelación)*. Hynes, ¿me permite dirigirme a usted? Usted me conoce. Esos tres chelines se los puede quedar. Si quiere un poco más…

HYNES: *(fríamente)*. No le conozco a usted en absoluto.

GUARDIA SEGUNDO: *(señala al rincón)*. Ahí está la bomba.

GUARDIA PRIMERO: Una máquina infernal con espoleta de relojería.

BLOOM: No, no. Una pata de cerdo. Estuve en un entierro.

GUARDIA PRIMERO: *(saca la porra)*. ¡Embustero!

(El sabueso levanta el hocico, mostrando la cara gris y escorbútica de Paddy Dignam. Lo ha roído todo. Exhala un pútrido aliento harto de carroña. Crece hasta tomar tamaño y forma humana. Su pelo de sabueso alemán se convierte en una mortaja parda. Sus ojos verdes centellean inyectados de sangre. La mitad de una oreja, toda la nariz y los dos pulgares se los han comido los vampiros).

PADDY DIGNAM: *(con voz hueca)*. Es verdad. Era mi entierro. El Doctor Finucane certificó mi fallecimiento cuando sucumbí a la enfermedad por causas naturales.

(Eleva hacia la luna su mutilada cara cenicienta y ladra lúgubremente).

BLOOM: *(en triunfo)*. ¿Oyen?

PADDY DIGNAM: Bloom, soy el espíritu de Paddy Dignam. ¡Escucha, escucha, oh escucha!

BLOOM: La voz es la voz de Esaú.

GUARDIA SEGUNDO: *(santiguándose)*. ¿Cómo es posible?

GUARDIA PRIMERO: Esto no está en el catecismo de a penique.

PADDY DIGNAM: Por metempsicosis. Espectros.

UNA VOZ: ¡Ah diablos!

PADDY DIGNAM: *(seriamente)*. En otro tiempo estuve empleado por el señor J. H. Menton, procurador, comisionado para declaraciones juradas y atestados, en Bachelor's Walk 27. Ahora estoy difunto, con la pared del corazón hipertrofiada. Mala pata. La pobre mujer se ha quedado hecha polvo. ¿Cómo lo lleva? No le dejen a mano esa botella de jerez. *(Mira a su alrededor)*. Un farol. Tengo que satisfacer una necesidad animal. Esa leche agria no me sentó bien.

(Se adelanta la robusta figura de John O'Connell, el administrador del cementerio, con un manojo de llaves atadas con crespón. A su lado está el Padre Malamud, capellán de panza de sapo, cuello torcido, con un roquete y un pañuelo de seda a modo de gorro de dormir, sosteniendo adormilado una vara de amapolas trenzadas).

PADRE MALAMUD: *(bostezando, luego salmodia con ronco croar)*. Namine. Mínobus. Bíscoch. Amén.

JOHN O'CONNELL: *(aúlla tempestuosamente por su megáfono como una sirena de barco)*. Dignam, Patrick T., fallecido.

PADDY DIGNAM: *(con las orejas aguzadas, se echa atrás)*. Armónicos. *(Avanza retorciéndose, pone una oreja en el suelo)*. ¡La voz de mi amo!

JOHN O'CONNELL: Registro de inhumación letra y número V. E. ochenta y cinco mil. Sección diecisiete. Casa de Llavees. Concesión ciento uno.

(Paddy Dignam escucha con visible esfuerzo, pensando, la cola rígida, las orejas tensas).

PADDY DIGNAM: Rogad por el descanso de su alma.

(Baja retorciéndose como un gusano por el agujero de una carbonera, con su hábito pardo arrastrando el cordón por guijarros resonantes. Detrás de él va

trotando una obesa rata abuela con patas fungoides de tortuga bajo caparazón gris. Se oye la voz de Dignam, amortiguada, ladrando bajo tierra: Dignam murió y ha descendido abajo. *Tom Rochford, pecho de petirrojo, con gorra y calzones cortos, salta de su máquina de dos columnas).*

TOM ROCHFORD: *(con una mano en el esternón, hace una reverencia)*. Reuben J. Un florín a que le encuentro. *(Observa fijamente el agujero de bajada con aire decidido)*. Ahora me toca a mí. Seguidme hasta Carlow.

(Ejecuta en el aire un salto mortal de salmón y es engullido por el agujero de la carbonera. Dos discos en las columnas oscilan ojos de ceros. Todo se desvanece. Bloom vuelve a avanzar con paso pesado. Se detiene delante de una casa iluminada, escuchando. Los besos, aleteando desde sus escondrijos, vuelan alrededor de él, piando, gorjeando, arrullando).

LOS BESOS: *(gorjeando)*. ¡Leo! *(Piando)*. ¡Muic lamic mic peguic para Leo! *(Arrullando)*. ¡Ruu ruurruu! ¡Ñamñam Ua-muam! *(Gorjeando)*. ¡Grande vengrande! ¡Piruetea! ¡Leopopold! *(Piando)*. ¡Liulí! *(Gorjeando)*. ¡Oh Leo!

(Le rozan, aletean sobre su ropa, se posan, brillantes motas enloquecidas, lentejuelas plateadas).

BLOOM: Toque de hombre. Música triste. Música de iglesia. Quizá aquí.

(Zoe Higgins, joven puta en combinación zafiro, cerrada con tres hebillas de bronce, una fina cinta negra de terciopelo alrededor del cuello, asiente con la cabeza, baja los escalones tropezando y se le acerca).

ZOE: ¿Busca usted a alguien? Está dentro con su amigo.

BLOOM: ¿Es aquí la señora Mack?

ZOE: No, en el ochenta y uno. Aquí es la señora Cohen. Si va más adelante le podría ir peor. La Mamá Chanclichanclo. *(Con familiaridad)*. Esta noche está de servicio ella misma con el veterinario, que la aconseja en las apuestas, y le da todos los ganadores y le paga por su hijo en Oxford. Horas extraordinarias, pero hoy anda de suerte. *(Suspicaz)*. ¿No será usted su padre, verdad?

BLOOM: ¡Yo, no!

ZOE: Los dos van de negro. ¿Tiene cosquillas esta noche el ratoncito?

(La piel de Bloom, alerta, nota que ella acerca las puntas de los dedos. Una mano se le desliza sobre el muslo izquierdo).

ZOE: ¿Cómo andan las pelotitas?

BLOOM: Al otro lado. Curioso que estén a la derecha. Más pesadas, supongo. Uno en un millón, dice mi sastre, Mesias.

ZOE: *(con alarma repentina)*. Tiene un chancro duro.

BLOOM: ¡Qué va!

ZOE: Lo noto.

(Ella le desliza la mano por el bolsillo izquierdo del pantalón y saca una patata negra, dura y encogida. Con mudos labios húmedos, ella la observa y observa a Bloom).

BLOOM: Un talismán. Herencia de familia.

ZOE: ¿Para mí? ¿Me la quedo? ¿Por ser tan simpática, eh?

(Se mete la patata codiciosamente en el bolsillo, luego le agarra del brazo, apretándosele con calor flexible. Él sonríe incómodo. Lentamente, nota a nota, se oye música oriental. Él mira fijamente el oscuro cristal de los ojos de ella, con kohol alrededor. Su sonrisa se ablanda).

ZOE: Me reconocerás la próxima vez.

BLOOM: *(abandonado)*. Nunca he amado a una dulce gacela sin que supiera que…

(Brincan gacelas, pastando en las montañas. Hay lagos cerca. En torno a sus orillas se alinean sombras negras de bosques de cedros. Se eleva un aroma, una fuerte cabellera de resina. El Oriente quema un cielo de zafiro, hendido por el vuelo broncíneo de las águilas. Bajo él se extiende la femineidad, desnuda, blanca, quieta, fresca, lujosa. Murmura una fuente entre rosas de Damasco. Mastodónticas rosas murmuran de uvas escarlata. Exuda un vino de vergüenza, lujuria, sangre, murmurando extrañamente).

ZOE: *(murmurando una cantilena con la música, sus labios de odalisca voluptuosamente ungidos de pomadas de grasa de cerdo y agua de rosas). Schorach ani wenowach, benoith Hierushaloim.*

BLOOM: *(fascinado)*. Ya pensaba yo que eras de buena clase por tu acento.

ZOE: ¿Y sabes lo que pasa por pensar?

(Le muerde la oreja suavemente con dientecitos con coronas de oro enviando sobre él un nauseabundo aliento de ajo pasado. Las rosas se abren, revelando un sepulcro del oro de los reyes con sus huesos deshaciéndose).

BLOOM: *(se echa atrás, acariciándole maquinalmente el pezón izquierdo con torpe mano plana)*. ¿Eres de Dublín?

ZOE: *(agarra hábilmente un pelo suelto y lo enrolla en un rizo)*. No hay miedo. Soy inglesa. ¿Tienes un pitillo?

BLOOM: *(como antes)*. Rara vez fumo, guapa. Algún cigarro de vez en cuando. Un recurso infantil. *(Indecente).* La boca se puede ocupar en cosas mejores que en un cilindro de hierba apestosa.

ZOE: Sigue adelante. Haz con eso un discurso electoral.

BLOOM: *(en mono de obrero, de pana, jersey negro con corbata roja al viento y gorra de apache)*. La humanidad es incorregible. Sir Walter Raleigh trajo del Nuevo Mundo la patata y esa hierba, la una, destructora de la pestilencia por absorción, la otra envenenadora del oído, del ojo, del corazón, de la memoria, de la voluntad, del entendimiento, de todo. Es decir, trajo el veneno cien años antes de que otra persona cuyo nombre no recuerdo trajera el alimento. Suicidio. Mentiras. Todas nuestras costumbres. Pues qué, ¡miren nuestra vida pública!

(Campanadas de la medianoche desde lejanos campanarios).

LAS CAMPANAS: ¡Vuelve, Leopold! ¡Lord alcalde de Dublín!

BLOOM: *(con toga y cadena de concejal).* Electores de Arran Quay, Inns Quay, Rotunda, Mountjoy y North Dock, sería mejor, digo yo, trazar una línea de tranvías desde el mercado de ganado hasta el río. Ésa es la música del futuro. Ése es mi programa. *Cui bono?* Pero nuestros piratas de Vanderdeckens en su nave fantasma de finanzas…

Un elector: ¡Tres veces tres hurras por nuestro futuro primer magistrado municipal!

(Salta al cielo la aurora boreal de la procesión de antorchas).

LOS PORTADORES DE ANTORCHAS: ¡Hurra!

(Varios prestigiosos burgueses, magnates de la ciudad y vecinos francos, estrechan la mano de Bloom y le felicitan, Timothy Harrington, que fue tres veces Lord Alcalde de Dublín, imponente en su púrpura de burgomaestre, cadena de oro y corbata blanca de seda, conversa con el concejal Lorcan Sherlock, alcalde accidental. Asienten vigorosamente en acuerdo).

ALCALDE SALIENTE HARRINGTON: *(en manto escarlata, con vara, cadena de oro de alcalde y amplio plastrón blanco de seda).* Que se imprima el discurso del concejal Sir Leo Bloom a expensas de los contribuyentes. Que la casa en que nació se ornamente con una lápida conmemorativa y que la vía pública conocida hasta ahora como calle de la Casa de la Vaca bocacalle de calle Cork sea denominada desde ahora Boulevard Bloom.

CONCEJAL LORCAN SHERLOCK: Se aprueba por unanimidad.

BLOOM: *(apasionadamente).* ¿Qué les importa a esos holandeses volantes u holandeses mangantes reclinados en sus almohadilladas popas, jugando a los dados? Máquinas, es su grito, su quimera, su panacea. Aparatos para ahorrar trabajo, usurpadores, espantajos, monstruos manufacturados para el asesinato mutuo, repugnantes fantasmas engendrados por una horda de lujurias capitalistas en nuestra prostituida mano de obra. El pobre muere de hambre mientras ellos ceban sus ciervos reales o cazan paisanos y perdices en su perniciosa pompa de pasta y poder. Pero su reino se ha racabado para riempre ramas ram… *(Aplausos prolongados. Surgen hacia lo alto mástiles venecianos, árboles de mayo y arcos de triunfo. Una pancarta ostentando las inscripciones* Cead Mile Failte *y* Mah Ttob Melek Israel *atraviesa la calle. Todas las ventanas están atestadas de observadores, principalmente damas. A lo largo de la ruta, los regimientos de Fusileros Reales de Dublín, Fronterizos Escoceses del Rey, Cameron Highlanders y Fusileros Galeses, en posición de firmes, contienen a la multitud. Hay muchachos de escuela encaramados en los faroles, postes del telégrafo, alféizares de ventanas, cornisas, canalones, chimeneas, barandillas, gárgolas, silbando y aclamando. Aparece la Columna de Nube. Se oyen en lontananza el pífano y el tambor tocando el* Kol Nidre. *Se acercan los gastadores con las águilas imperiales izadas, ondeando banderas y agitando palmas orientales. El estandarte crisoelefantino del Papa se eleva a lo alto, rodeado por pendones con los colores municipales. Aparece la cabecera de la procesión al frente de la cual van*

John Howard Parnell, maestro de ceremonias, en tabardo ajedrezado, el Heraldo de Athlone y el Rey de Armas del Ulster. Les siguen el Muy Honorable Joseph Hutchinson, alcalde de Dublín, el alcalde de Cork, sus señorías los alcaldes de Limerick, Galway, Sligo y Waterford, veintiocho Pares representativos de Irlanda, los sirdar, grandes y maharajás, con mantos de ceremonia, el Cuerpo de Bomberos de la Metrópoli de Dublín, el Cabildo de Santos de la Finanza, en orden plutocrático de precedencia, el obispo de Down y Connor, Su Eminencia Michael Cardenal Logue, arzobispo de Armagh, primado de toda Irlanda, Su Gracia el reverendísimo Dr. William Alexander, arzobispo de Armagh, primado de toda Irlanda, el rabino jefe, el moderador presbiteriano, los jefes de las iglesias baptista, anabaptista, metodista y moravia y el secretario honorario de la Sociedad de los Amigos. Tras ellos marchan los gremios y los sindicatos y las milicias con banderas al viento: toneleros, pajareros, constructores de molinos, agentes de publicidad para los periódicos, escribientes de abogado, masajistas, viñadores, fabricantes de bragueros, deshollinadores, productores de grasas alimenticias, tejedores de bengalina y popelín, herradores, almacenistas italianos, decoradores de iglesias, fabricantes de calzadores, enterradores, merceros en sedas, marmolistas, jefes de ventas, cortadores de tapones, asesores de pérdidas por incendios, teñidores y limpiadores, embotelladores para exportación, peleteros, impresores de etiquetas, grabadores de sellos heráldicos, mozos de picaderos, negociantes en metales preciosos, proveedores para cricket y tiro al arco, fabricantes de cedazos, representantes de huevos y patatas, medieros y guanteros, contratistas de fontanería. Tras ellos marchan los Gentilhombres de la Alcoba, de la Vara Negra, de la Jarretera, del Bastón de Oro, el Maestre de la Caballería, el Lord Gran Chambelán, el Gran Mariscal, el Gran Condestable, llevando la espada de justicia, la corona de hierro de San Esteban, el cáliz y la Biblia. Cuatro trompeteros de a pie tocan atención. Responden los Territoriales del Rey haciendo sonar clarines de bienvenida. Bajo un arco de triunfo, aparece Bloom, la cabeza descubierta, con un manto de terciopelo carmesí guarnecido de armiño, llevando la vara de San Eduardo, la esfera y el cetro con la paloma y la espada Curiana. Va cabalgando un caballo blanco como la leche, de larga y fluyente cola carmesí, ricamente enjaezado, con frontal de oro. Loca emoción. Las damas lanzan pétalos de rosa desde sus balcones. El aire está perfumado de esencias. Los hombres aclaman. Los pajes de Bloom corren entre los espectadores con ramas de blancoespino y matas de retama).

LOS PAJES DE BLOOM:

Reyezuelo, reyezuelo,
el rey de todas las aves,
el día de San Esteban
fue preso entre la retama.

UN HERRERO: *(murmurando)*. ¡Por el Honor de Dios! ¿Y éste es Bloom? Apenas representa treinta y un años.

UN PAVIMENTADOR Y COLOCADOR DE BALDOSAS: Ese de ahí es el famoso Bloom, el mayor reformador del mundo. ¡Fuera sombreros!

(Todos se descubren. Las mujeres cuchichean afanosas).

UNA MILLONARIA: *(ricamente)*. ¿No es realmente maravilloso?

UNA DAMA NOBLE: *(noblemente)*. ¡Cuánto habrá visto ese hombre!

UNA FEMINISTA: *(masculinamente)*. ¡Y hecho!

UN COLOCADOR DE CAMPANAS: ¡Qué rostro clásico! Tiene frente de pensador.

(Hace tiempo blumoso. Aparece una irrupción de sol al noroeste).

EL OBISPO DE DOWN Y CONNOR: Aquí os presento a vuestro legítimo emperador-presidente y rey-primer-ministro, el serenísimo y poderosísimo y potentísimo señor de este reino. ¡Dios salve a Leopoldo Primero!

TODOS: ¡Dios salve a Leopoldo Primero!

BLOOM: *(con dalmática y manto púrpura, al obispo de Down y Connor, con dignidad)*. Gracias, algo eminente señor.

WILLIAM, ARZOBISPO DE ARMAGH: *(con estola morada y sombrero de teja)*. ¿Hará vuestro poder que la ley y la misericordia se lleven a cabo en todas vuestras decisiones en Irlanda y territorios a ella pertenecientes?

BLOOM: *(poniéndose la mano derecha en los testículos, jura)*. Así haga conmigo el Creador. Todo eso prometo hacer.

MICHAEL, ARZOBISPO DE ARMAGH: *(vierte una alcuza de brillantina por la cabeza de Bloom) Gaudium magnum annuntio vobis. Habemus carneficem!* Leopoldo, Patricio, Andrés, David, Jorge, ¡sé ungido!

(Bloom asume un manto de tejido de oro y se pone un anillo con rubí. Asciende y queda de pie en la piedra del destino. Los Pares representativos se ponen al mismo tiempo sus veintiocho coronas. Campanas de gozo resuenan en la iglesia de Cristo, de San Patricio, de San Jorge y en la alegre Malahide. Los fuegos artificiales de la tómbola Mirus suben de todos los lados con dibujos simbólicos falopirotécnicos. Los Pares rinden homenaje, uno tras otro, acercándose y haciendo una genuflexión).

LOS PARES: Me declaro vuestro vasallo en vida y cuerpo para servicio en esta tierra.

(Bloom levanta la mano derecha, en que refulge el diamante Koh-i-Noor. Su palafrén relincha. Silencio inmediato. Hay transmisores sin hilos intercontinentales e interplanetarios preparados para la recepción del mensaje).

BLOOM: ¡Súbditos míos! Por la presente nombramos Gran Visir hereditario a nuestro fiel corcel *Cópula Félix*, y anunciamos que en el día de hoy hemos repudiado a nuestra anterior esposa y hemos concedido nuestra real mano a la princesa Selene, esplendor de la noche.

(La anterior esposa morganática de Bloom es retirada apresuradamente en el coche celular. La princesa Selene, con manto azul lunar, una media luna de plata en la cabeza, desciende de una silla de manos portada por dos gigantes. Explosión de aclamaciones).

JOHN HOWARD PARNELL: *(levanta el estandarte real)* ¡Ilustre Bloom! ¡Sucesor de mi famoso hermano!

BLOOM: *(abraza a John Howard Parnell)* Os damos gracias de corazón, John, por esta bienvenida verdaderamente regia a la verde Erín, la tierra prometida de nuestros comunes antepasados.

(Le ofrecen los fueros de la ciudad encarnados en un documento. Le dan las llaves de Dublín, cruzadas en un cojín carmesí. Él enseña a todos que lleva calcetines verdes).

TOM KERNAN: Sois merecedor de ello, Excelencia.

BLOOM: En tal día, hace veinte años, derrotamos al enemigo hereditario en Ladysmith. Nuestros obuses y nuestros cañones-revólver sobre camellos actuaron sobre sus líneas con efecto impresionante. ¡Media legua adelante! ¡Atacan! ¡Todo está perdido ya! ¿Nos rendimos? ¡No! ¡Nos lanzamos contra ellos a rienda suelta! ¡Ved! ¡Atacamos! Desplegada a la izquierda, nuestra caballería ligera barrió a través las alturas de Plevna y, lanzando su grito de guerra, *Bonafide Sabaoth*, sableó a los artilleros sarracenos hasta el último hombre.

LA ASOCIACIÓN DE TIPÓGRAFOS DEL *FREEMAN*: ¡Muy bien, muy bien!

JOHN WYSE NOLAN: Éste es el hombre que hizo escapar a James Stephens.

UN CHICO DEL HOSPICIO: ¡Bravo!

UN VIEJO CIUDADANO: Sois el orgullo de vuestro país, señor, eso es lo que sois.

BLOOM: Mis amados súbditos, una nueva era va a alborear. Yo, Bloom, os digo muy de veras que ya está muy cercana. Sí, palabra de Bloom, no tardaréis en entrar en la ciudad de oro que ha de venir, la nueva Bloomusalén en la Nueva Hibernia del futuro.

(Treinta y dos obreros con rosetas en el ojal, de todos los condados de Irlanda, construyen la nueva Bloomusalén, bajo la dirección de Derwan el constructor. Es un edificio colosal, con techo de cristal, construido en forma de un gran riñón de cerdo, conteniendo cuarenta mil habitaciones. A medida que se extiende, son demolidos varios edificios y monumentos. Oficinas del Gobierno se trasladan temporalmente a barracones del ferrocarril. Numerosas casas quedan arrasadas hasta el suelo. Sus habitantes se alojan en barriles y cajas, todos marcados en rojo con las letras L. B. Varios pobres caen de una escalera. Se derrumba una parte de las murallas de Dublín, cargadas de leales observadores).

LOS OBSERVADORES: *(expirando) Morituri te salutant. (mueren).*

(Un hombre con macintosh *pardo sale de un salto a través de una trampilla. Señala a Bloom con un largo dedo).*

EL HOMBRE DEL *MACINTOSH*: No crean ni una palabra de lo que diga. Ese hombre es Leopold M'Intosh, el famoso incendiario. Su verdadero nombre es Higgins.

BLOOM: ¡Disparad contra él! ¡Perro de cristiano! ¡Se acabó con M'Intosh! *(Un cañonazo. Desaparece el hombre del macintosh. Bloom con el cetro derriba amapolas. Se da noticia de las muertes inmediatas de muchos poderosos enemigos, ganaderos, diputados del Parlamento, miembros de comisiones permanentes. La guardia personal de Bloom distribuye limosnas de Jueves Santo, medallas conmemorativas, panes y peces, insignias de templanza, caros cigarros Henry Clay, huesos de vaca gratuitos para sopa, preservativos de goma, en sobres cerrados sellados con hilo de oro, caramelos blandos, roca de piña,* billets doux *en forma de tricornio, trajes de confección, sartenadas de tortillas con embutidos, botellas de desinfectante Jeyes, vales para compras, indulgencias de 40 días, monedas falsas, salchichas de cerdo cebado en granja, pases para el teatro, billetes de temporada válidos para todas las líneas de tranvías, cupones de la Lotería con privilegio real de Hungría, bonos para comidas de un penique, reimpresiones baratas de los Doce Peores Libros del Mundo:* Froggy y Fritz *(político),* Cuidado del Niño *(infantílico),* 50 Comidas por 7 Chelines y 6 Peniques *(culínico),* ¿Fue Jesús un Mito Solar? *(histórico),* Expulse ese Dolor *(médico),* Compendio Infantil del Universo *(cósmico),* A Carcajearse Todos *(hilárico),* Vademécum del Agente de Publicidad *(periodístico),* Cartas de Amor de la Madre Asistente *(erótico),* Quién es Quién en el Espacio *(ástrico),* Canciones que nos Llegaron al Corazón *(melódico),* Cómo Hacerse Rico, por el Doctor Tacaño *(parsimónico). Tumulto y rebatiña general. Mujeres se adelantan para tocar la orla del manto de Bloom. Lady Gwendolen Dubedat se abre paso a través de la turba, salta hasta el caballo y le besa en ambas mejillas entre grandes aclamaciones. Se toma una foto con fogonazo de magnesio. Se levantan en alto niñitos y lactantes).*

LAS MUJERES: ¡Padrecito! ¡Padrecito!

LOS NIÑITOS Y LACTANTES:

Palmas palmitas que Poldy vendrá,
y trae pastelitos a Leo na' más.

(Bloom, inclinándose, le da una suave metida en la tripa al Nene Boardman).

NENE BOARDMAN: *(hipando, con la leche cuajada saliéndole por la boca)* Ajojojó.

BLOOM: *(estrechando la mano a un muchacho ciego)* ¡Mi más que Hermano! *(Pone los brazos en los hombros de una anciana pareja).* ¡Mis queridos viejos amigos! *(Juega a las cuatro esquinas con niños y niñas andrajosos).* ¿Me da usté lumbre? *(Pasea a unos gemelos en un cochecito).* Aserrín aserrán las campanas de San Juan *(Realiza trucos de ilusionista, sacando de la boca pañuelos de seda rojos,*

naranja, amarillos, verdes, azules, índigo y violeta). Roygbiv, 32 pies por segundo. *(Consuela a una viuda).* La ausencia hace más joven al corazón. *(Danza la jiga escocesa con piruetas grotescas).* ¡Patas a lo alto, bribones! *(Besa las llagas de cama a un veterano paralítico).* ¡Honrosas heridas! *(Echa la zancadilla a un policía gordo).* V. E.: ve. *(Cuchichea al oído de una camarera ruborosa y se ríe bondadosamente).* ¡Ah, pillina, pillina! *(Se come un nabo crudo que le ofrece Maurice Butterfly, granjero).* ¡Muy bueno! ¡Espléndido! *(Rehúsa aceptar los tres chelines que le ofrecía Joseph Hynes, periodista).* ¡De ningún modo, querido compañero! *(Entrega su gabán a un mendigo).* Acéptelo por favor. *(Toma parte en una carrera sobre la tripa con ancianos tullidos de ambos sexos).* ¡Vamos allá, muchachos! ¡A retorcerse, chicas!

EL CIUDADANO: *(sofocado de la emoción, enjuga una lágrima con su bufanda verde)* ¡El buen Dios le bendiga!

(Suenan los cuernos de carnero imponiendo silencio. Se iza el estandarte de Sión).

BLOOM: *(se quita el manto majestuosamente, revelando obesidad, y desenrolla un papel que lee solemnemente)* Aleph Beth Ghimel Daleth Hagadah Tephilim Kosher Yom Kippur Hanukah Roschaschana Beni Brith Bar Mitzvah Mazzoth Askenazim Meshuggah Talith.

(Jimmy Henry, vicesecretario municipal, lee la traducción oficial).

JIMMY HENRY: Queda inaugurado ahora el Tribunal de Conciencia. Su Muy Católica Majestad administrará ahora justicia al aire libre. Asesoría médica y legal gratuita, solución de jeroglíficos y otros problemas. Todos cordialmente invitados. Dado en esta nuestra leal ciudad de Dublín en el año I de la Era Paradisíaca.

PADDY LEONARD: ¿Qué tengo que hacer con mis impuestos y tasas?

BLOOM: Pagarlos, amigo mío.

PADDY LEONARD: Gracias.

NOSEY FLYNN: ¿Puedo obtener una hipoteca sobre mi seguro de incendios?

BLOOM: *(inexorablemente)* Señor, tenga en cuenta que conforme a la ley de agravios queda usted condenado a pagar la suma de cinco libras en un término de seis meses bajo caución.

J. J. O'MOLLOY: ¿Un Daniel, dije? ¡No! ¡Un Peter O'Brien!

NOSEY FLYNN: ¿De dónde saco las cinco libras?

PISSER BURKE: ¿Para molestias de vejiga?

BLOOM:

Acid. nit. hydrochlor dil., 20 gotas.
Tinct. mix. vom., 5 gotas.
Extr. taraxel. lig., 30 gotas.
Aq. dis. ter in die.

CHRIS CALLINAN: ¿Cuál es la paralaje de la eclíptica subsolar de Aldebarán?

BLOOM: Encantado de tener noticias suyas, Chris. K. 11.

JOE HYNES: ¿Por qué no está de uniforme?

BLOOM: Cuando mi progenitor de santa memoria llevaba el uniforme del déspota austríaco en una húmeda prisión, ¿dónde estaba el tuyo?

BEN DOLLARD: ¿Pensamientos?

BLOOM: Embellecen (hermosean) jardines de las afueras.

BEN DOLLARD: ¿Y cuando nacen gemelos?

BLOOM: El padre (*pater*, papá) empieza a cavilar.

LARRY O'ROURKE: Una licencia de ocho días para mi nuevo local. Usted me recordará, Sir Leo, cuando estaba usted en el número siete. Le haré mandar una docena de cerveza negra para la señora.

BLOOM: *(fríamente)* No tengo el gusto. Lady Bloom no acepta regalos.

CROFTON: Ésta sí que es una fiesta.

BLOOM: *(solemnemente)* Usted la llama una fiesta. Yo la llamo un sacramento.

ALEXANDER LLAVEES: ¿Cuándo vamos a tener nuestra propia Casa de las Llaves?

BLOOM: Estoy a favor de la reforma de la moral municipal y a favor de los diez mandamientos puros y simples. Nuevos mundos en lugar de los viejos. Unión de todos, judíos, musulmanes y gentiles. Una hectárea y una vaca para todos los hijos de la naturaleza. Coches fúnebres modelo berlina. Trabajo manual obligatorio para todos. Todos los parques abiertos al público día y noche. Lavaplatos eléctricos. La tuberculosis, la locura, la guerra y la mendicidad deben cesar inmediatamente. Amnistía general, carnaval todas las semanas, con las licencias del enmascaramiento, gratificaciones para todos, esperanto, fraternidad universal. Se acabó el patriotismo de los políticos de taberna y de los impostores hidrópicos. Dinero libre, amor libre y una iglesia laica libre en un estado laico libre.

O'MADDEN BURKE: Zorro libre en gallinero libre.

DAVY BYRNE: *(bostezando)* ¡Iiiiiiiaaaaaaaj!

BLOOM: Razas mixtas y matrimonio mixto.

LENEHAN: ¿Y qué tal baños mixtos?

(Bloom explica a los que están cerca de él sus proyectos para la regeneración social. Todos están de acuerdo con él. Aparece el conservador del museo de la calle Kildare, tirando de un carro en que van las estatuas tambaleantes de diversas diosas desnudas, Venus Calipigia, Venus Pandemos, Venus Metempsicosis, y figuras de escayola, también desnudas, representando a las nuevas nueve musas, Comercio, Música de Ópera, Amor, Publicidad, Manufactura, Libertad de Expresión, Sufragio Universal, Gastronomía, Higiene Íntima, Conciertos Recreativos en la Playa, Parto sin Dolor y Astronomía para el Pueblo).

PADRE FARLEY: Es un episcopaliano, un agnóstico, un cualquiercosista que trata de subvertir nuestra santa fe.

SEÑORA RIORDAN: *(rompe su testamento)* ¡Me ha decepcionado usted! ¡Malvado!

ABUELA GROGAN: *(se quita una bota para tirársela a Bloom)* ¡Bestia! ¡Hombre abominable!

NOSEY FLYNN: A ver, Bloom, una melodía. Una de las dulces canciones viejas.

BLOOM: *(con humorismo contagioso)*

Juré que nunca la dejaría
y ella ha mostrado su gran falsía.
Con el tralará tralará tralará tralará.

HOLOGAN EL COJITO: ¡El buen viejo Bloom! No hay otro como él, después de todo.

PADDY LEONARD: ¡Irlandés de teatro!

BLOOM: ¿Qué ópera de carril se parece a una línea de tranvía en Gibraltar? La Rows de Casteela.

(Risas).

LENEHAN: ¡Plagiario! ¡Abajo Bloom!

LA SIBILA VELADA: *(entusiásticamente)* Yo soy bloomista y me glorio de ello. Creo en él a pesar de todo. Daría mi vida por él, el hombre más gracioso del mundo.

BLOOM: *(guiña el ojo a los circunstantes)* Apuesto a que es una chica como es debido.

THEODORE PUREFOY: *(con gorra de pescar y chaqueta impermeable)* Emplea un recurso mecánico para frustrar los sagrados objetivos de la naturaleza.

LA SIBILA VELADA: *(se apuñala)* ¡Mi héroe y dios! *(Muere).*

(Muchas mujeres muy atractivas y entusiastas se suicidan también apuñalándose, ahogándose, tomando ácido prúsico, acónito, arsénico, abriéndose las venas, rehusando el alimento, lanzándose bajo apisonadoras, desde lo alto de la Columna de Nelson, al gran tonel de la fábrica de cerveza Guinness, asfixiándose con la cabeza dentro de hornos de gas, colgándose de elegantes ligas, saltando por ventanas de diferentes pisos).

ALEXANDER J. DOWIE: *(con violencia)* Compañeros cristianos y antibloomistas, ese hombre llamado Bloom viene de las raíces del infierno, una deshonra para la cristiandad. Libertino demoníaco desde sus más tempranos años, este hediondo chivo de Mendes dio precoces señales de depravación infantil, que recordaban las ciudades de la llanura, con una anciana disoluta. Este vil hipócrita, endurecido en la infamia, es el toro blanco mencionado en el Apocalipsis. Adorador de la Mujer Escarlata, la intriga es el aire mismo que alientan sus narices. Los haces de leña de la pira y el caldero de agua hirviendo son para él. ¡Calibán!

LA MASA: ¡Linchadle! ¡Asadle! Es tan malo como Parnell. ¡Señor Zorro!

(La Abuela Grogan le tira el zapato a Bloom. Varios tenderos de la calle Dorset, alta y baja, tiran objetos de poco o ningún valor comercial, huesos de jamón, botes de leche condensada, coles invendibles, pan mohoso, colas de carnero, recortes de tocino).

BLOOM: *(con excitación)* Esta es locura de una noche de verano, alguna broma macabra, otra vez. ¡Por los cielos, soy tan inocente como la nieve no tocada por el sol! Fue mi hermano Henry. Es mi doble. Vive en Dolphin's Barn, número 2. La calumnia, esa víbora, me ha acusado erróneamente. Conciudadanos míos, *Sgeul i mbarr bata coisde gan capall*. Apelo a mi viejo amigo, Dr. Malachi Mulligan, especialista en sexología, para que preste testimonio médico a mi favor.

DR. MULLIGAN: *(con chaquetón de cuero y gafas verdes de automovilista en la frente)* El Dr. Bloom es bisexualmente anormal. Se ha escapado recientemente del asilo particular del Dr. Eustace para caballeros con enfermedades mentales. Hijo espúreo, ofrece epilepsia hereditaria, consecuencia de la lujuria sin riendas. Se han descubierto entre sus antepasados huellas de elefantiasis. También hay un ambidextrismo latente. Está prematuramente calvo por vicios solitarios, y, en consecuencia, es pervertidamente idealista, libertino arrepentido, y tiene dientes metálicos. A consecuencia de un complejo de familia, ha perdido temporalmente la memoria y creo que se ha pecado contra él más de lo que él ha pecado. He practicado un examen pervaginal, y previa aplicación de reactivo ácido a 5427 pelos anales, axilares, pectorales y púbicos le declaro *virgo intacta.*

(Bloom se tapa los órganos genitales con su sombrero alta calidad).

DR. MADDEN: También hay una marcada hipospadia. En interés de las generaciones venideras, aconsejo que las partes afectadas se conserven en espíritu de vino en el Museo Teratológico Nacional.

DR. CROTTHERS: He examinado la orina del paciente. Es albuminoidea. La salivación es insuficiente, el reflejo patelar es intermitente.

DR. PUNCH COSTELLO: El *fetor judaicus* es muy perceptible.

DR. DIXON: *(leyendo un informe médico)* El Profesor Bloom es un ejemplo acabado del nuevo hombre femenil. Su naturaleza moral es sencilla y amable. Muchos le han encontrado hombre excelente, una gran persona. En conjunto, es un tío bastante raro, tímido pero no débil de mente en sentido médico. Ha escrito una carta realmente hermosa, un poema en sí misma, al delegado judicial de la Sociedad Protectora de Curas Arrepentidos, que lo pone todo en claro. Es prácticamente un abstemio total y puedo afirmar que duerme en yacija de paja y come el alimento más espartano, guisantes secos en frío. Lleva una camisa de pelo, invierno y verano, y se azota todos los sábados. Tengo entendido que durante algún tiempo estuvo en el Reformatorio Glencree como delincuente de primera. Otro informe señala que fue hijo muy póstumo. Apelo a vuestra clemencia en nombre de la palabra más sagrada que nuestros órganos vocales hayan sido llamados jamás a pronunciar: Va a ser madre.

(Conmoción y compasión general. Hay mujeres que se desmayan. Un rico americano hace una colecta callejera a favor de Bloom. Rápidamente se recogen monedas de oro y plata, cheques bancarios, billetes, joyas, bonos del tesoro, letras de cambio a punto de vencer, pagarés, anillos matrimoniales, cadenas de reloj, medallones, collares y pulseras).

BLOOM: ¡Ah, tengo tantos deseos de ser madre!

SEÑORA THORTON: *(con bata de enfermera)* Abráceme fuerte. Sea valiente. Pronto habrá pasado. Fuerte, sin miedo.

(Bloom la abraza fuerte y da a luz ocho niños amarillos y blancos. Aparecen en una escalinata con alfombra roja adornada de plantas caras. Son todos muy guapos, con valiosas caras metálicas, bien formados, respetablemente vestidos y con buenos modales, hablando fluidamente cinco lenguas modernas e interesados en diversas artes y ciencias. Cada cual lleva su nombre estampado en letras bien legibles en la pechera de la camisa: Nasodoro, Goldfinger, Chrysóstomos, Maindorée, Silversmile, Silberselber, Vifargent, Panargyros. Inmediatamente son designados para puestos de alta responsabilidad pública en diversos países como directores técnicos de bancos, jefes de movimiento de compañías ferroviarias, presidentes de sociedades de responsabilidad limitada, vicepresidentes de cadenas hoteleras).

UNA VOZ: Bloom, ¿eres el Mesías Ben Josef o Ben David?

BLOOM: *(oscuramente)* Tú lo has dicho.

HERMANO ZUMBÓN: Entonces haz un milagro.

BANTAM LYONS: Profetiza quién ganará el premio Saint Leger.

(Bloom camina sobre una red, se cubre el ojo izquierdo con la oreja izquierda, atraviesa varias paredes, trepa a la Columna de Nelson, colgándose del borde superior por los párpados, se come doce docenas de ostras —conchas incluidas—, cura a diversos pacientes de escrófulas, contrae la cara hasta parecerse a diversos personajes históricos, Lord Beaconsfield, Lord Byron, Wat Tyler, Moisés de Egipto, Moisés Maimónides, Henry Irving, Rip van Winkle, Kossuth, Jean-Jacques Rousseau, el Barón Leopold Rothschild, Robinson Crusoe, Sherlock Holmes, Pasteur; vuelve ambos pies a la vez en diferentes direcciones, ordena a la marea volver atrás, eclipsa el sol extendiendo el meñique).

BRINI, NUNCIO PAPAL: *(con uniforme de zuavo pontificio, coraza de acero, brazales, quijotes, canilleras, grandes bigotes profanos y mitra de papel de estraza) Leopoldi autem generatio*. Moisés engendró a Noé y Noé engendró a Eunuco y Eunuco engendró a O'Halloran y O'Halloran engendró a Guggenheim y Guggenheim engendró a Agendath y Agendath engendró a Netaím y Netaím a Le Hirsch y Le Hirsch engendró a Jesurum y Jesurum engendró a MacKay y MacKay engendró a Ostrolopsky y Ostrolopsky engendró a Smerdoz y Smerdoz engendró a Weiss y Weiss engendró a Schwarz y Schwarz engendró a Adrianopoli y Adrianopoli engendró a Aranjuez y Aranjuez engendró a Lewy Lawson y Lewy Lawson engendró a Ichabudonosor e Ichabudonosor engendró a O'Donnell Magnus y O'Donnell

Magnus engendró a Christbaum y Christbaum engendró a Ben Maimun y Ben Maimun engendró a Dusty Rhodes y Dusty Rhodes engendró a Benamor y Benamor engendró a Jones-Smith y Jones-Smith engendró a Savorgnanovich y Savorgnanovich engendró a Jasperstone y Jasperstone engendró a Vingtetunieme y Vingtetunieme engendró a Szombathely y Szombathely engendró a Virag y Virag engendró a Bloom *et vocabitur nomen eius Emmanuel*.

UNA MANO DE MUERTO: *(escribe en la pared)* Bloom es un merluzo.

UNA LADILLA: *(vestida de guardabosques)* ¿Qué hacías en el cobertizo de ganado detrás de Kilbarrack?

UNA NIÑITA: *(sacudiendo un sonajero)* ¿Y debajo del puente de Ballybough?

UN ACEBO: ¿Y en el Barranco del Diablo?

BLOOM: *(enrojece furiosamente desde la frente a las nalgas, con tres lágrimas cayéndole del ojo izquierdo)* Dejad en paz mi pasado.

LOS APARCEROS IRLANDESES EXPULSADOS: *(con jubones, calzones hasta la rodilla y cachiporras de feria de Donnybrook)* ¡A latigazos con él!

(Bloom, con orejas de burro, se sienta en la picota con los brazos cruzados, los pies sobresaliendo. Silba Don Giovanni, a cenar teco. Algunos huérfanos de Artane, de la mano, dan vueltas en coro a su alrededor. Unas niñas de la Misión de Asistencia de Prisiones, de la mano, dan vueltas en corro en dirección opuesta).

LOS HUÉRFANOS DE ARTANE:

Puerco aquí, perro allá,
crees que todas te querrán.

LAS NIÑAS DE LA MISIÓN DE ASISTENCIA DE PRISIONES:

Si usted le ve
dígale que
si quiere té
se lo daré.

MATASIETE: *(con efod y gorra de caza, anuncia)* Y cargará sobre sí los pecados del pueblo y los llevará a Azazel, el espíritu que mora en el desierto, y a Lilith, la bruja de la noche. Y le lapidarán y le mancharán, en verdad, todos los de Agendath Netaím y los de Mizraím, la tierra de Cam.

(Todo el pueblo tira a Bloom piedras blandas de teatro. Muchos viajeros de buena fe y perros sin amo se acercan a él y le ensucian. Se aproximan Mastiansky y Citron, con gabardinas judías y largos rizos sobre las orejas. Agitan sus barbas hacia Bloom).

MASTIANSKY Y CITRON: ¡Belial! ¡Laemlein de Istria, Falso Mesías! ¡Abulafia! ¡Arrepiéntete!

(George S. Mesias, sastre de Bloom, con una plancha de sastrería bajo el brazo, aparece, presentando una factura).

MESIAS: Por arreglo de unos pantalones once chelines.

BLOOM: *(se frota las manos, animado)* Igual que en los viejos tiempos. ¡Pobre Bloom!

(Reuben J. Dodd, Iscariote de barba negra, mal pastor, llevando sobre los hombros el cadáver de su hijo ahogado, se acerca a la picota).

REUBEN J.: *(susurra roncamente)* Se fastidió todo. Algún chivato ha ido a buscar a los pies planos. Agarremos el primer tren.

LOS BOMBEROS: ¡Praaa!

HERMANO ZUMBÓN: *(inviste a Bloom de un hábito amarillo con bordados de llamas pintadas y un gorro alto en punta. Le cuelga al cuello una bolsa de pólvora y le entrega al brazo secular, diciendo)* Perdonadle sus pecados.

(El teniente Myers, del Cuerpo de Bomberos de Dublín, a petición general, prende fuego a Bloom. Lamentos).

EL CIUDADANO: ¡Gracias a Dios!

BLOOM: *(con túnica inconsútil marcada I. H. S., se yergue entre llamas de fénix)* No lloréis por mí, oh hijas de Erín. *(Muestra a los periodistas de Dublín huellas de quemaduras).*

(Las hijas de Erín, con ropajes negros, grandes libros de oraciones y largas velas encendidas en la mano, se arrodillan y rezan).

LAS HIJAS DE ERÍN:

Riñón de Bloom, ruega por nosotras.
Flor del Baño, ruega por nosotras.
Mentor de Menton, ruega por nosotras.
Agente del Freeman, ruega por nosotras.
Masón Caritativo, ruega por nosotras.
Jabón Errante, ruega por nosotras.
Dulzuras del Pecado, ruega por nosotras.
Música sin Palabras, ruega por nosotras.
Rechazador del Ciudadano, ruega por nosotras.
Amigo de las Ropas Interiores, ruega por nosotras.
Comadrona Misericordiosa, ruega por nosotras.
Patata Presentadora de la Peste y la Pelagra, ruega por nosotras.

(Un coro de seiscientas voces, dirigido por el señor Vincent O'Brien, canta el Alleluia, acompañado al órgano por Joseph Glynn. Bloom queda mudo, encogido, carbonizado).

ZOE: Habla y no pares hasta que se te ponga negra la cara.

BLOOM: *(con sombrero irlandés y pipa de barro metida en la faja, zapatones polvorientos, un hatillo de emigrante, envuelto en un pañuelo rojo, en la mano, tirando, con un cordel de esparto, de un cerdo color negro turba, una sonrisa en los ojos)* Permitidme marchar ahora, ama de la casa, pues, por todos los chivos de Connemara, que me van a echar una peluca de padre y muy señor mío. *(Con lágrimas en los ojos).* Locura todo. Patriotismo, dolor por los muertos, música, futuro de la raza. Ser o no ser. Se acabó el sueño de la vida. Acabarla en paz. Ellos pueden seguir viviendo. *(Mira a lo lejos tristemente).* Estoy destruido. Unas pocas pastillas de acónito. Las persianas bajadas. Una carta. Entonces tendedme a descansar. *(Respira suavemente).* Basta ya. He vivido. Adiós. Adiós para siempre.

ZOE: *(secamente, el dedo en la cinta al cuello)* ¿En serio? Hasta la próxima vez. *(Mueca burlona).* Imagino que te levantaste de la cama con mal pie o que te corriste antes de tiempo con tu mejor amiguita. Vamos, sé leerte el pensamiento.

BLOOM: *(con amargura)* Hombre y mujer, amor, ¿qué es? Un tapón y una botella. Estoy harto de esto. Que reviente todo.

ZOE: *(de morros, repentinamente)* No puedo aguantar a un vicioso hipócrita. Hay que jugar limpio con una jodida puta.

BLOOM: *(arrepentido)* Soy muy desagradable. Eres un mal necesario. ¿De dónde eres? ¿De Londres?

ZOE: *(charlatana)* De Norton's Hog, donde los cerdos tocan el órgano. He nacido en Yorkshire. *(Le agarra la mano que le palpa el pezón).* A ver, periquito hermanito. Deja eso, y empieza con algo peor. ¿Tienes dinero para uno rápido? ¿Diez chelines?

BLOOM: *(sonríe, asiente lentamente)* Más, hurí, más.

ZOE: ¿Y algo más que más? *(Le da golpecitos, desenvuelta, con zarpas de terciopelo).* ¿Vienes al salón de música a ver nuestra pianola nueva? Ven y me pongo en cueros.

BLOOM: *(tocándose el occipucio, dudoso, con el horrible aburrimiento de un vagabundo absorto en la visión de un bello ejemplo de simetría)* Alguien tendría muchos celos si lo supiera. El monstruo de ojos verdes. *(En serio).* Ya sabes qué difícil es. No necesito decírtelo.

ZOE: *(halagada)* Ojos que no ven corazón que no siente. *(Le da golpecitos).* ¡Ven!

BLOOM: ¡Risueña brujita! La mano que mece la cuna.

ZOE: ¡Nenito!

BLOOM: *(en pelele de niño y toquilla, cabezudo, con un casquete de pelo oscuro, fija unos grandes ojos en la fluida combinación de ella y le cuenta sus hebillas de bronce con un dedito regordete, babeando y balbuceando con su lengua húmeda)* Uno dos tles: tles dlos luno.

LAS HEBILLAS: Me quiere. No me quiere. Me quiere.

ZOE: El que calla otorga. *(Con pequeñas garras abiertas le captura la mano: su índice le da en la palma la contraseña de paso del enviado secreto, seduciéndole*

para su condenación). Manos calientes molleja fría.

(Él vacila, entre aromas, música, tentaciones. Ella le lleva hacia los escalones, atrayéndole con el olor de sus sobacos, el vicio de sus ojos pintados, el crujir de su combinación en cuyos pliegues sinuosos acecha el hedor leonino de todos los brutales machos que la han poseído).

LOS BRUTALES MACHOS: *(exhalando sulfuro de celo y de excremento y rampando por su leonera con leves rugidos, las cabezas drogadas balanceándose a un lado y a otro)* ¡Buena!

(Zoe y Bloom llegan al umbral, donde están sentadas dos compañeras putas. Ellas le examinan curiosamente por debajo de sus cejas de lápiz y sonríen a su apresurada inclinación. Él tropieza torpemente).

ZOE: *(su mano afortunada le salva al instante)* ¡Aupa! No te caigas escaleras arriba.

BLOOM: El justo cae siete veces. *(Se echa a un lado en el umbral).* Usted primero: eso es la buena educación.

ZOE: Las señoras primero, los caballeros después.

(Cruza el umbral. Él vacila. Ella se vuelve y, extendiendo las manos, le atrae adentro. Él da un brinco. En el perchero de cuernos de ciervo del vestíbulo, cuelgan un sombrero de hombre y un impermeable. Bloom se descubre pero, al verlos, frunce el ceño, luego sonríe, preocupado. Se abre de golpe una puerta en el descansillo del entresuelo. Un hombre de camisa violeta, pantalones grises y calcetines pardos, pasa, con andares de mono, levantando la cabeza calva y la barbita de chivo y agarrando un cántaro lleno de agua, con las dos colas de los tirantes negros colgándole hasta los talones. Volviendo la cara rápidamente, Bloom se inclina para examinar en la mesita de la entrada los ojos perrunos de un zorro a la carrera: luego, resoplando con la cabeza alta, sigue a Zoe al salón de música. Una pantalla de papel de seda malva atenúa la luz de la lámpara. Dando vueltas alrededor de ella, vuela una polilla, chocando, escapando. El suelo está cubierto de linóleum en mosaico de romboides, jade, azul celeste y cinabrio. Hay huellas marcadas en él, en todas direcciones, talón con talón, talón con arco, dedos con dedos, pies juntos, una danza morisca de pies chancleteantes sin fantasmas de cuerpos, todos en un enredo de ir y venir. Las paredes están revestidas de un papel con matas de tejo y claros abiertos. En la rejilla de la chimenea se extiende una pantalla de plumas de faisán. Está Lynch, acurrucado, con las piernas cruzadas, sobre el pelo enredado de la alfombra de delante de la chimenea, con la gorra lo de atrás delante. Con una varilla lleva el compás lentamente. Kitty Ricketts, una pálida puta huesuda en traje azul marino, guantes de cabritilla doblados para dejar ver un brazalete de coral, un bolso con cadena en la mano, está sentada, encaramada en el borde de la mesa, balanceando la pierna y echándose ojeadas en el espejo de marco dorado sobre la chimenea. Una punta del cordón del corsé le cuelga ligeramente por debajo de la chaqueta. Lynch señala burlonamente a la pareja al piano).

KITTY: *(tose detrás de una mano)* Ésa es un poco imbécil. *(Señala agitando el índice).* Blemblem. *(Lynch le levanta la falda y la enagua blanca con su varilla. Ella se las vuelve a bajar rápidamente).* Respétese a sí mismo. *(Hipa, luego se inclina deprisa el sombrero de marinero bajo el cual brilla su pelo, rojo de alheña).* ¡Ah, perdón!

ZOE: Más luz de candilejas, Charley. *(Va a la lámpara y abre el gas a tope).*

KITTY: *(observando el chorro de gas)* ¿Qué le ocurre esta noche?

LYNCH: *(con voz profunda)* Entran en escena un duende y gnomos.

ZOE: Una palmada en la espalda a Zoe.

(La vara en la mano de Lynch lanza chispas: un atizador de latón. Stephen está junto a la pianola, sobre la cual se extienden su sombrero y su bastón de fresno. Con dos dedos, repite una vez más la serie de quintas vacías. Florry Talbot, una puta rubia, débil y de carnes de ganso, con una bata deshilachada de color fresa enmohecida, está repantigada en la esquina del sofá, con su flojo antebrazo colgando sobre el cabezal, escuchando. Un pesado orzuelo le desborda sobre el párpado soñoliento).

KITTY: *(hipa otra vez, con una patada de su pie caballuno)* ¡Ah, perdón!

ZOE: *(prontamente)* Tu muchacho piensa en ti. Hazte un nudo en la camisa.

(Kitty Ricketts inclina la cabeza. Su boa se desenrolla, se desliza, se le resbala por el hombro, espalda, brazo, silla hasta el suelo. Lynch levanta en su varilla la rizada oruga. Ella serpentea el cuello, acomodándose como en un nido. Stephen lanza atrás ojeadas hacia la figura acurrucada con la gorra lo de atrás delante).

STEPHEN: En realidad no tiene importancia si Benedetto Marcello lo encontró o lo hizo. El rito es el reposo del poeta. Puede ser un viejo himno a Deméter o también ilustrar *Caela enarrant gloriam Domini*. Es susceptible de nodos o modos tan diversos entre sí como el hiperfrigio y el mixolidio y de textos tan divergentes como sacerdotes armando gresca alrededor del altar de David o sea de Circe o qué estoy diciendo de Ceres y la información de primerísima mano dada por David a su primer fagotista sobre su omnipotencia. *Mais nom de nom*, eso es harina de otro costal. *Jetez la gourme. Faut que jeunesse se passe*. *(Se detiene, señala a la gorra de Lynch, sonríe, ríe).* ¿En qué lado tienes el chichón del conocimiento?

LA GORRA: *(con esplín saturnino)* ¡Bah! Es así porque es así. Razonamiento de mujer. Judigriego es grieguijudío. Los extremos se tocan. La muerte es la forma más alta de la vida. ¡Bah!

STEPHEN: Tú recuerdas con bastante precisión todos mis errores, jactancias, equivocaciones. ¿Hasta cuándo seguiré cerrando mis ojos a la deslealtad? ¡Piedra de afilar!

LA GORRA: ¡Bah!

STEPHEN: Ahí te va otra. *(Frunce el ceño).* La razón es porque la tónica y la dominante están separadas por el mayor intervalo posible que…

LA GORRA: ¿Qué? Termina. No puedes.

STEPHEN: *(con un esfuerzo)* Intervalo que. Es la mayor posible. Correspondiente a. El retorno definitivo, va. Que.

LA GORRA: ¿Qué?

(Fuera, el gramófono empieza a trompetear La Ciudad Santa*).*

STEPHEN: *(bruscamente)* Lo que se fue hasta los confines del mundo para no atravesarse a sí mismo. Dios, el sol, Shakespeare, un viajante de comercio, habiéndose en realidad atravesado a sí mismo, llega a ser ese sí mismo. Espera un momento. Espera un segundo. Maldito ruido de ese tío en la calle. Ése sí mismo que ello mismo estaba ineluctablemente precondicionado para llegar a ser. *Ecco!*

LYNCH: *(con un relincho burlón de risa, hace una mueca a Bloom y Zoe Higgins)* Vaya un discurso sabio, ¿eh?

ZOE: *(vivamente)* Dios te ampare, éste sabe más de lo que tú has olvidado.

(Florry Talbot observa a Stephen con obesa estupidez).

FLORRY: Dicen que el fin del mundo vendrá este verano.

KITTY: ¡No!

ZOE: *(estalla en risa)* ¡Gran Dios injusto!

FLORRY: *(ofendida)* Bueno, lo decían los periódicos, lo del Anticristo. Ay, me pica el pie.

(Muchachos andrajosos vendiendo periódicos, tiran de una cometa de cola agitada, y pasan pataleando y chillando).

LOS VENDEDORES DE PERIÓDICOS: Edición extraordinaria. Resultado de las carreras de caballos de tío vivo. Serpiente marina en el canal real. Llegada del Anticristo sin novedad.

(Stephen se vuelve y ve a Bloom).

STEPHEN: Un tiempo, unos tiempos y medio tiempo.

(Reuben J. Anticristo, judío errante, una mano rapaz abierta sobre el espinazo, avanza cojeando. A través de los riñones le cuelga una alforja de peregrino de que sobresalen pagarés y letras protestadas. En lo alto, sobre el hombro, lleva un largo bichero de barca de cuyo gancho pende la masa informe y empapada de su único hijo, salvado de las aguas del Liffey, colgando por el fondillo de los pantalones. Un gnomo a imagen de Punch Costello, coxálgico, jorobado, hidrocefálico, prognático, con frente huidiza y nariz a lo Ally Sloper, se revuelca en volteretas a través de la oscuridad creciente).

TODOS: ¿Qué?

EL GNOMO: *(castañeteando las mandíbulas, brinca de un lado para otro, con los ojos saltones, chillando, dando saltos de canguro, extendiendo sus brazos aferrantes, y luego, de repente, se mete la cara sin labios por la ingle entre los muslos) Il vient! C'est moi! L'homme qui rit! L'homme primigène! (Da vueltas en remolino con aullidos de derviche). Sieurs et dames, faites vos jeux! (Se acurruca haciendo juegos de manos. Diminutos planetas-ruletas vuelan de sus manos). Les*

jeux sont faits! (Los planetas se precipitan a la vez, lanzando chasquidos crepitantes). Rien n'va plus.

(Los planetas, globos en suspenso, se hinchan y el viento se los lleva. Él da un salto al vacío).

FLORRY: *(hundiéndose en sopor, se santigua a escondidas)* ¡El fin del mundo!

(Se desprende de ella un tibio efluvio femenino. Una oscuridad nebulosa ocupa el espacio. Fuera, a través de la niebla a la deriva, el gramófono sigue estrepitando por encima de toses y roces de pies).

EL GRAMÓFONO:

¡Jerusalén!
Abre tus puertas y canta
Hosanna…

(Un cohete sube rápidamente al cielo y estalla. De él cae una estrella blanca, proclamando la consumación de todas las cosas y la segunda venida de Elías. A lo largo de una infinita cuerda invisible, tendida desde el cenit al nadir, el Fin del Mundo, un pulpo de dos cabezas con falda escocesa de gastador, gorro de pelo y filibeg de tartán, da vueltas a través de la bruma, patas arriba, en forma de las Tres Piernas del Hombre).

EL FIN DEL MUNDO: *(con acento escocés)* ¿Quién va a bailar la ronda, la ronda, la ronda?

(Por encima de la corriente a la deriva y de los sofocantes golpes de tos, estalla en lo alto la voz de Elías, áspera como graznido de cuervo. Se le ve, sudando en una amplia sobrepelliz de lino con mangas de embudo, con cara de sacristán, en lo alto de una tribuna drapeada con la bandera de las viejas glorias. Golpea con el puño el parapeto).

ELÍAS: Nada de rebuznos, por favor, en este local. Jake Crane, Creole Sue, Dave Campbell, Abe Kirschner, arreglároslas para toser con la boca cerrada. A ver, soy yo el que controlo todos los teléfonos de esta línea. Venga ya, muchachos. La hora de Dios es las 12 y 25. Decidle a mamá que estaréis allí. Haced vuestro pedido con urgencia y seguro que os sale el as. ¡Apuntarse aquí ahora mismo! Tomad billete para el enlace de la Eternidad, el viaje sin parada. Una palabra más. ¿Sois un dios o una mierda de perro? Si llega la Segunda Venida a Coney Island, ¿estamos preparados? Florry Cristo, Stephen Cristo, Zoe Cristo, Bloom Cristo, Kitty Cristo, Lynch Cristo, es asunto vuestro daros cuenta de esa fuerza cósmica. ¿Os da canguelo el cosmos? No. Estad del lado de los ángeles. Sed un prisma. Tenéis algo dentro, el yo superior. Podéis codearos con un Jesús, con un Gautama, con un Ingersoll. ¿Estáis todos en esta vibración? Seguro que sí. Una vez que lo diqueláis, hermanos míos, una excursión de domingo al paraíso es cosa de nada. A ver si me entendéis. Es un tónico para la vida, eso. La cosa más fenomenal. Es el pastel entero y bien relleno. Es lo más

sensacional que se ha lanzado al mercado. Restaura. Hace vibrar. Lo sé yo, que soy un buen vibrador. Sin bromas y yendo al grano, A. J. Cristo Dowie y su filosofía armonial, ¿lo habéis calado? Okey. Sesenta y siete West, calle sesenta y nueve. ¿Entendido? Eso es. Un solofonazo a la hora que os venga bien. Ahorraros los sellos, granujas. *(Grita).* Y ahora, nuestro cántico de gloria. Uniros todos de corazón al canto. ¡Bis! *(Canta).* Jeru…

EL GRAMÓFONO: *(ahogando su voz)* Jodusalenabretusssrrsrrss… *(El disco raspa y araña contra la aguja).*

LAS TRES PUTAS: *(tapándose los oídos, chillan)* ¡Ahhjk!

ELÍAS: *(en mangas de camisa remangadas, negro de cara, grita a todo pulmón, con los brazos levantados)* Gran Hermano de allá arriba, Señor Presidente, ya has escuchao lo que acabo de decirte. Claro que creo la mar en ti, Señor Presidente. Claro que estoy convencido de que la señorita Higgins y la señorita Ricketts tienen ahora religión muy en lo hondo de ellas. Claro que creo que nunca he visto mujer más asustada de lo que estaba usté, señorita Florry, como la he visto hace un momentito ná más. Señor Presidente, ven acá y ayúdame a salvar a nuestras queridas hermanas. *(Guiña el ojo a su público).* Este nuestro Señor Presidente, lo cala tó y no dice ni mú.

KITTY-KATE: Me he olvidado de mí misma. Erré en un momento de debilidad y entonces hice lo que hice en Constitution Hill. Me confirmó el obispo. La hermana de mi madre se casó con un Montmorency. Fue un fontanero quien me echó a perder cuando yo era pura.

ZOE-FANNY: Yo le dejé que me la metiera dentro por puro gusto.

FLORRY-TERESA: Fue a consecuencia del vino de oporto que bebí después de un Hennessy tres estrellas que me hice culpable cuando se me metió en la cama.

STEPHEN: En el principio era la palabra, en el final el mundo sin fin. Benditas sean las ocho bienaventuranzas.

(Las Bienaventuranzas, Dixon, Madden, Crotthers, Costello, Lenehan, Bannon, Mulligan y Lynch, con batas blancas de estudiantes de cirugía, de cuatro en fondo, marcando el paso de la oca, pasan a rápidas zancadas en ruidoso marchar).

LAS BIENAVENTURANZAS: (Incoherentemente) Bebida buey barco bulldog bufetum barnum bujarronum beatorum.

LYSTER: *(en calzones grises de cuáquero y sombrero de ala ancha dice discretamente)* Es nuestro amigo. No hace falta que diga nombres. Busca tú la luz.

(Pasa bailando courante. Entra Best con bata de peluquero, refulgentemente lavada, los rizos en papillotes. Hace entrar a John Eglinton que lleva un kimono de mandarín de amarillo Nankín, con letras lagartiformes, y un alto gorro en pagoda).

BEST: *(sonriendo, se levanta el sombrero y exhibe una cholla afeitada en cuya coronilla se eriza un tupé de coleta atado con un gran nudo naranja)* Precisamente le estaba yo hermoseando, ya ven. Una cosa de belleza, ya ven. Yeats lo dice, o mejor dicho, Keats lo dice.

JOHN EGLINTON: *(saca una linterna sorda con tapa verde y lanza con ella un destello hacia un rincón: con acento capcioso)* La estética y la cosmética son para el *boudoir*. Yo voy en busca de la verdad. Sencilla verdad para un hombre sencillo. Tanderagee quiere los hechos y va en serio a conseguirlos.

(En el cono del reflector, detrás del cubo de carbón, el sabio de Irlanda, con ojos huecos, Mananaan MacLir, barbuda figura, medita con la barbilla en las rodillas. Se levanta lentamente. Un frío viento marino sopla desde su manto druida. En torno a su cabeza se retuercen anguilas y congrios. En la mano derecha sostiene una bomba de bicicleta. En la mano izquierda agarra una gran langosta por las dos pinzas).

MANANAÁN MACLIR: *(con voz de olas)* ¡Aum! ¡Hek! ¡Wal! ¡Ak! ¡Lub! ¡Mor! ¡Ma! Blancos yoghi de los Dioses. Oculto pimandro de Hermes Trismegistos. *(Con voz de viento marino silbante).* ¡Punaijanam patsypunjaub! No quiero que me tomen el pelo. Lo ha dicho alguien: cuidado a la izquierda, el culto de Shakti. *(Con un grito de pájaros de tormenta).* ¡Shakti, Shiva! ¡Oscuro Padre escondido! *(Golpea con la bomba de bicicleta la langosta que tiene en la mano izquierda. En su cuadrante servicial, refulgen los doce signos del zodíaco. Gime con la vehemencia del océano).* ¡Aum! ¡Baum! ¡Pyjaum! Yo soy la luz del hogar, yo soy la manteca cremosa sueñosa.

(Una esquelética mano de Judas estrangula la luz. La luz verde se esfuma en malva. El chorro de gas gime silbando).

EL CHORRO DE GAS: ¡Puuah! ¡Pfuiiiii!

(Zoe corre a la lámpara y, doblando la pierna, le ajusta el manguito).

ZOE: ¿Quién tiene un pitillo, ya que estoy por aquí?

LYNCH: *(lanzando un cigarrillo a la mesa)* Ahí va.

ZOE: *(con la cabeza echada a un lado en fingido orgullo)* ¿Es ésa la manera de darle el asunto a una señora? *(Se estira hacia arriba para encender el cigarrillo en la llama, dándole vuelta despacio, enseñando los oscuros matojos de los sobacos. Lynch con el atizador le levanta descaradamente un lado de la combinación. Desnuda desde las ligas, su carne bajo el zafiro aparece de un verde de ondina. Ella da chupadas tranquilamente a su cigarrillo).* ¿Ves el lunar que tengo en el trasero?

LYNCH: No miro.

ZOE: *(poniendo ojos tiernos)* ¿No? Claro que no harías tal cosa. ¿No te dice nada esto?

(Bizqueando de fingida vergüenza, lanza una ojeada significativa de medio lado hacia Bloom, luego se tuerce hacia él, dando un tirón para librar la combinación del atizador. El fluido azul vuelve a correr sobre su piel. Bloom se pone de pie, sonriendo deseoso, haciendo girar los pulgares. Kitty Ricketts se moja de saliva el dedo medio y, mirando al espejo, se alisa las cejas. Lipoti Virag, basilicográmata, cae resbalando por dentro de la campana de la chimenea y se contonea dando dos pasos a la izquierda sobre torpes zancas rosa. Va embutido en varios gabanes y lleva un macintosh pardo bajo el cual sostiene un rollo de pergamino. En el ojo izquierdo le reluce el monóculo de Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell. En su

cabeza está posado un pshent egipcio. Dos plumas de ganso le salen por detrás de las orejas).

VIRAG: *(talones unidos, hace una reverencia)* Me llamo Virag Lipoti, de Szombathely. *(Tose pensativamente, con sequedad).* La desnudez promiscua resulta muy evidente por estas inmediaciones, ¿no? Inadvertidamente su visión posterior reveló el hecho de que ella no lleva esas prendas más bien íntimas de que tú eres particularmente devoto. Espero que te dieras cuenta de la señal de la inyección en el muslo, ¿no? Muy bien.

BLOOM: Granpapachi, pero…

VIRAG: El número dos del otro lado, la del colorete cereza y la peinadora blanca, cuyo pelo debe no poco a nuestro elixir tribal de ciprés, está en traje de paseo y ajustadamente encorsetada a juzgar por cómo se sienta, diría yo. Corrígeme si me equivoco, pero siempre he pensado que el acto así realizado por alocadas personas con atisbos de ropa interior te atrajera en virtud de su exhibicionisticicismo. En una palabra: Hipogrifo. ¿Tengo razón?

BLOOM: Está más bien flaca.

VIRAG: *(no sin amabilidad)* ¡Ya lo creo! Bien observado: y esos bolsillos en cesto de la falda y ese efecto ligeramente acampanado tienen la finalidad de sugerir rotundidad de caderas. Una nueva adquisición en algún saldo monstruo, por la cual algún panoli ha pagado el pato. Meretricia elegancia para engañar a los ojos. Observa el cuidado de los detalles hasta lo más menudo. Nunca te pongas mañana lo que puedas vestir hoy. ¡Paralaje! *(Con una sacudida nerviosa de la cabeza).* ¿Has oído ese chasquido de mi cerebro? ¡Polisilabaje!

BLOOM: *(con un codo apoyado en una mano, un índice en la mejilla)* Ella parece triste.

VIRAG: *(cínicamente, con sus dientes de comadreja descubiertos en amarillo, se baja el ojo izquierdo con el dedo y ladra roncamente)* ¡Impostura! Cuidado con las niñitas con trenzas y las falsas enlutadas. Lirio de la calle. Todas poseen el capullo del soltero descubierto por Rualdus Columbus. Revuélcala. Colúmbiala. Camaleón. *(De mejor humor).* Bueno, entonces, permíteme llamar tu atención hacia la número tres. Hay mucho de ella visible a simple vista. Observa la masa de materia vegetal oxigenada sobre su cráneo. ¡Ahí va, se arrima! El patito feo del grupo, mal equilibrado y pesado de quilla.

BLOOM: *(lamentándolo)* Cuando uno sale sin escopeta.

VIRAG: Tenemos todas las marcas, suave, media y fuerte. Paguen su dinero, elijan lo que se van a llevar. Qué feliz podrías ser con cualquiera de las dos…

BLOOM: ¿Con…?

VIRAG: *(retorciendo la lengua)* ¡Ñam! Mira. Está bien construida. Está revestida de una capa de grasa bastante considerable. Obviamente mamífera en cantidad de pecho, observas que tiene delante bien avanzadas dos protuberancias de dimensiones muy respetables, inclinadas a caer en el plato de sopa del mediodía, mientras que en

la parte posterior a nivel inferior hay otras dos protuberancias que sugieren un potente recto y son tumescentes a la palpación sin dejar nada que desear salvo en lo compacto. Tales partes carnosas son producto de una cuidadosa nutrición. Cuando se ceban en corral sus hígados alcanzan un tamaño elefantino. Bolitas de pan fresco con hinojo y benjuí hechas bajar con pociones de té verde, las dotan durante su breve existencia de unos acericos naturales de colosal grasa cetácea. ¿Eso te va a modo, eh? Las ollas de carne de Egipto, para hacerte la boca agua. Revuélcate en ello. *(Se le contrae la garganta).* ¡Patapán! Ahí va ése otra vez.

BLOOM: No me gusta el orzuelo.

VIRAG: *(enarca las cejas)* Tocarlo con un anillo de oro, dicen. *Argumentum ad feminam*, como decíamos en la vieja Roma y en la antigua Grecia durante el consulado de Diplodocus y de Ictiosauros. Para lo demás el remedio soberano de Eva. No está en venta. Se alquila sólo. Hugonote. *(Se contrae).* Es un ruido curioso. *(Tose estimulantemente).* Pero es posible que sea sólo una verruga. Supongo que te habrás acordado de lo que te había enseñado sobre ese asunto: harina de trigo con miel y nuez moscada.

BLOOM: *(reflexionando)* Harina de trigo con licopodio y silabaje. Este interrogatorio agotador. Ha sido un día desacostumbradamente fatigoso, una serie de accidentes. Espera. Quiero decir, sangre de verrugas extiende las verrugas, decías…

VIRAG: *(severamente, con la nariz muy en caballete, el ojo guiñando a un lado)* Deja de dar vueltas a los pulgares y piensa y cavila un poco. Ya ves, te has olvidado. Ejercita tu mnemotecnia. *La causa è santa*. Tara. Tara. *(Aparte).* Seguro que se acuerda.

BLOOM: Del romero también te he oído hablar o de la fuerza de voluntad sobre los tejidos paralíticos. Y además, no, no, tengo un barrunto. El toque de una mano de muerto, cura. ¿Mnemo?

VIRAG: *(excitado)* Eso es. Eso es. Exactamente. Técnica. *(Golpea enérgicamente su rollo de pergamino).* Este libro te dice cómo actuar, con todos los detalles descriptivos. Consúltese el índice, para la fobia delirante del acónito, la fobia melancólica del ácido muriático, la fiebre priápica de la pulsatilla. Virag va a hablarles de amputación. Nuestro viejo amigo el cáustico. Hay que matarlas de hambre. Hacerlas saltar con una crin de caballo en el cuello fistuloso. Pero, para cambiar el debate hacia los búlgaros y los vascos, ¿has decidido si te gustan o no te gustan las mujeres en vestimenta masculina? *(Con una seca risita).* Pensabas dedicar un año entero al estudio del problema religioso y los meses de verano de 1822 a cuadrar el círculo y a ganar ese millón. ¡Naranjas! De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso. ¿En pijama, digamos? ¿O en culots de ganchillo a media pierna, cerrados? ¿O, supongamos, en esas complicadas combinaciones, camiculots? *(Canta como un gallo, con desprecio).* ¡Quiquiriquí!

(Bloom observa con incertidumbre a las tres putas, luego mira a la luz malva velada, oyendo la polilla que vuela sin cesar).

BLOOM: Entonces quería haber concluido ahora. Camisón de dormir nunca fue. Después esto. Pero mañana será otro día. El pasado era es, hoy. Lo que ahora es será entonces mañana como ahora es pasado ayer.

VIRAG: *(le apunta al oído en cuchicheo)* Los insectos de un día pasan su breve existencia en reiterado coito, seducidos por el olor de la hembra inferiormente pulcritudinosa por su posesión de una extensificada vitalidad pudendal en la región dorsal. ¡Lorito real! *(Su pico de loro amarillo charlotea nasalmente).* Tienen un refrán en los Cárpatos en o alrededor del año cinco mil quinientos cincuenta de nuestra era: Una cucharadita de miel atrae el oso pardo más que media docena de barriles de vinagre de vino de primera clase. El zumbido del oso espanta a las abejas. Pero de eso, aparte. En otro momento podemos reanudarlo. Estábamos muy complacidos, por nuestra parte. *(Tose y, inclinando la frente, se restriega la nariz, pensativo, con mano en cuchara).* Encontrarás que estos insectos nocturnos siguen la luz. Una ilusión, porque acuérdate de sus ojos complejos no adaptables. Para todos estos puntos espinosos, mira el libro diecisiete de mis *Fundamentos de Sexología* o *La Pasión del Amor*, que el doctor L. B. dice que es el libro más sensacional del año. Algunos, por ejemplo, hay también cuyos movimientos son automáticos. Observa. Éste es su sol apropiado. Ave nocturna sol nocturno barrio nocturno. ¡Persígueme, Charley! *(Sopla en el oído de Bloom).* ¡Zumba!

BLOOM: Abeja o abejorro también el otro día batiendo contra la sombra en la pared se aturdió entonces yo erré aturdido camisa abajo suerte que yo…

VIRAG: *(con la cara impasible, ríe con rica tonalidad femenina)* ¡Espléndido! Una cantárida en la bragueta o una cataplasma de mostaza en el instrumento. *(Balbucea glotonamente con barbas y moco de pavo).* ¡Blublubú, blublubú! ¿Dónde estamos? ¡Ábrete, sésamo! ¡Resucita! *(Desarrolla rápidamente el pergamino y lee, con su nariz de luciérnaga corriendo hacia atrás por las letras que marca con su garra).* Espera, buen amigo. Te ofrezco tu respuesta. Las ostras del Red Bank estarán en seguida con nosotros. Soy el supercocinero. Esos suculentos bivalvos pueden venirnos bien, y las trufas del Périgord, tubérculos desalojados mediante el señor puerco omnívoro, no tenían rival en casos de debilidad nerviosa o viraguitis. Aunque hieden sin embargo punzan. *(Agita la cabeza con cacareante sorna).* Bromista. Con mi monóculo en mi ocular. *(Estornuda).* ¡Amén!

BLOOM: *(ausente)* A simple vista el caso bivalvo de la mujer es peor. Siempre sésamo abierto. El sexo hendido. Por eso tienen miedo de bichos, de cosas que se arrastran. Sin embargo Eva y la serpiente lo contradicen. No es un hecho histórico. Evidente analogía con mi idea. Las serpientes también son golosas de la leche de mujer. Se abren camino retorciéndose por millas de bosque omnívoro para suculentisuccionarles el pecho hasta dejárselo seco. Como esas ubrebromistas matronas romanas de que uno lee en la Elephantuliasis.

VIRAG: *(con la boca proyectada en arrugas duras, los ojos pétreamente abandonados y cerrados, salmodia en exótica cantilena)* Que las vacas con esas

ubres distendidas que tienen que se ha sabido que ellas…

BLOOM: Voy a chillar. Con perdón. ¿Ah? Eso. *(Repite).* Espontáneamente a buscar la madriguera del saurio para confiar sus tetas a su ávida succión. La hormiga ordeña al pulgón. *(Profundamente).* El instinto rige el mundo. En la vida. En la muerte.

VIRAG: *(la cabeza de medio lado, enarca la espalda y agobiando sus hombros-alas, observa la polilla con legañosos ojos abultados, señala con una garra córnea y grita)* ¿Quién es Ger Ger? ¿Quién es el querido Gerald? Oh, mucho temo yo que se queme de mala manera. Pog favog ¿quiegue alguna pegsona ahoga impedig catástgofe *mit* agitación de segvilleta de pguimega clase? *(Maúlla).* ¡Mis mis mis mis mis! *(Suspira, se echa atrás y mira fijamente abajo, de medio lado, con la mandíbula caída).* Bueno, bueno. Él descansa agora. *(Da una súbita dentellada al aire).*

LA POLILLA:

Soy una cosa hechicera
que vuela en la primavera
y baila en ronda ligera.
Una reina yo antes era
y hoy ando de esta manera:
Volar y volar quisiera:
¡Fuera!

(Se precipita contra la pantalla malva aleteando ruidosamente). Bonitas bonitas bonitas bonitas bonitas bonitas enagüitas.

(Por la entrada al fondo a la izquierda, con dos pasos deslizantes, avanza Henry Flower, hacia la izquierda del primer término. Viste un manto oscuro y un ancho sombrero inclinado con penacho de plumas. Lleva un dulcémer de cuerdas de plata, con incrustaciones, y una larga pipa de Jacob, de tubo de bambú, con la cazoleta de barro en forma de cabeza de mujer. Va en calzón corto de terciopelo oscuro y escarpines de hebilla de plata. Tiene la cara romántica del Salvador, con rizos fluyentes, fina barba y mostacho. Sus flacas zancas y pies de gorrión son los del tenor Mario, príncipe de Candía. Se acomoda los puños de encaje plisado y se humedece los labios pasando su amorosa lengua).

HENRY: *(en voz baja de dulzaina, tocando las cuerdas de su guitarra)* Hay una flor que florece.

(Virag, truculento, la mandíbula apretada, mira fijo a la lámpara. El grave Bloom observa el cuello de Zoe. Henry el galante vuelve su sotabarba colgante hacia el piano).

STEPHEN: *(para sí)* Tocar con los ojos cerrados. Imitar a papá. Llenándome la barriga con cortezas de cerdo. Demasiado de esto. Me levantaré e iré a. Es de esperar que esto sea. Steve, estás en camino perloso. Tengo que visitar al viejo Deasy o

telegrafiarle. Nuestra entrevista de esta mañana ha dejado en mí una profunda impresión. Aunque nuestras edades. Le escribiré mañana del todo. Estoy en parte borracho, a propósito. *(Vuelve a tocar las teclas).* El acorde en menor viene ahora. Sí. No mucho sin embargo.

(Almidano Artifoni sostiene una batuta de rollo de música con vigoroso movimiento de bigotes).

ARTIFONI: *Ci rifletta. Lei rovina tutto.*

FLORRY: Cántanos algo. La dulce y vieja canción de amor.

STEPHEN: No tengo voz. Soy un artista completamente acabado. Lynch, ¿te enseñé la carta sobre el laúd?

FLORRY: *(con sonrisa tonta)* El pájaro que sabe cantar y no quiere.

(Los hermanos siameses, Philip Borracho y Philip Lúcido, dos profesores de Oxford, aparecen en el hueco de la ventana con segadoras de césped. Los dos están enmascarados con la cara de Matthew Arnold).

PHILIP LÚCIDO: Acepta la opinión de un tonto. No todo está bien. Desarróllalo con una colilla de lápiz, como un buen joven idiota. Tres libras con doce es lo que tienes, dos billetes, un soberano, dos coronas, si la juventud supiera. Mooney-en-ville, Mooney-sur-mer, el Moira, en Larchet, en el hospital de la calle Holles, en Burke. ¿Eh? Te vigilo.

PHILIP BORRACHO: *(impaciente)* Ah, bobadas, hombre. ¡Vete al infierno! He pagado siempre. Si por lo menos lograse averiguar lo de las octavas. Reduplicación de personalidad. ¿Quién fue quien me dijo su nombre? *(Su segadora empieza a ronronear).* Ah, sí. *Zoe mou sas agapó*. Tengo la impresión de que ya he estado antes aquí. ¿Cuándo fue?, no Atkinson, su tarjeta la tengo por algún sitio. Mac no sé qué. Unmack, ya lo tengo. Me habló de, espera, Swinburne, era eso, ¿no?

FLORRY: ¿Y la canción?

STEPHEN: El espíritu está pronto pero la carne es débil.

FLORRY: ¿Usted no es de Maynooth? Se parece a alguien que conocía.

STEPHEN: Ahora he salido de eso. *(Para sí).* Listo.

PHILIP BORRACHO Y PHILIP LÚCIDO: *(con las segadoras ronroneando en un rigodón de briznas de hierba)* Listo, visto. Salido de eso. Salido de eso. A propósito, ¿tienes el libro, la cosa, el bastón? Sí, ahí está, sí. Listo, visto, salido de eso ya. Consérvate en forma. Haz como nosotros.

ZOE: Estuvo aquí un cura hace dos noches haciendo sus cositas con la chaqueta abotonada hasta arriba. No es necesario que intente esconderlo, le digo yo. Sé que lleva alzacuello.

VIRAG: Perfectamente lógico desde su punto de vista. La caída del hombre. *(Ásperamente, con las pupilas dilatadas).* ¡Al demonio con el Papa! No hay nada nuevo bajo el sol. Yo soy el Virag que descubrió los secretos sexuales de monjes y doncellas. Por qué dejé la Iglesia de Roma. Lean El Cura, la Mujer y el Confesionario. Penrose, Flipperty Jippert. *(Se retuerce).* La Mujer, desciñéndose con

dulce pudor su cinturón de juncos, ofrece su yoni de suprema humedad a la lingam del Hombre. Poco después, el Hombre obsequia a la Mujer con trozos de carne de jungla. La Mujer muestra alegría y se cubre con mantos de plumas. El Hombre le ama su yoni salvajemente con gran lingam, la tiesa. *(Grita). Coactus volui*. Después la frívola Mujer se quiere ir por ahí. El fuerte Hombre agarra a la Mujer por la muñeca. La Mujer chilla, muerde, echa espumarajos. El Hombre, ahora salvajemente furioso, golpea el grueso yadgana de la Mujer. *(Se persigue la cola).* ¡Pif-paf! ¡Pompom! *(Se detiene, estornuda).* ¡Atchís! *(Se manosea la punta).* ¡Prrrrt!

LYNCH: Espero que le pondrías una penitencia al buen padre. Nueve glorias por disparar contra un obispo.

ZOE: *(lanza humo de marsopa por las narices)* No pudo conseguir comunicación. Sólo la sensación, ya comprendes. A palo seco.

BLOOM: ¡Pobre hombre!

ZOE: *(con descuido)* Sólo por lo que le ocurrió.

BLOOM: ¿Cómo?

VIRAG: *(un rictus diabólico de luminosidad le contrae el rostro mientras tiende adelante el cuello descarnado. Levanta un hocico de becerro monstruoso y aúlla) Verfluchte Goim!* Tenía un padre, cuarenta padres. Nunca existió. ¡Cochino Dios! Tenía dos pies izquierdos. Era Judas Yaquías, un eunuco libio, el bastardo del Papa. *(Se inclina hacia delante sobre atormentadas patas anteriores, los codos inclinados con rigidez, los ojos agonizantes en su liso cuello y cráneo, ladrando sobre el mundo mudo).* El hijo de una prostituta. Apocalipsis.

KITTY: Y Mary Shortall que estaba en el hospital con la sífilis que había pillado de Jimmy Pidgeon el de la gorra azul tuvo un hijo de él que no podía tragar y quedó ahogado con las convulsiones en el colchón y todos nos subscribimos para el entierro.

PHILIP BORRACHO: *(gravemente) Qui vous a mis dans cette fichue position, Philippe?*

PHILIP LÚCIDO: *(alegremente) C'était le sacré pigeon, Philippe.*

(Kitty se quita el alfiler del sombrero y lo deja a un lado con calma, dándose golpecitos en su pelo de alheña. Y jamás se vio una cabellera más linda y más delicada, de rizos seductores, sobre los hombros de una puta. Lynch se pone el sombrero de Kitty. Ella se lo arranca de un tirón).

LYNCH: *(se ríe)* Y para tales placeres ha inoculado Metchnikoff monos antropoides.

FLORRY: *(asintiendo)* Ataxia locomotriz.

ZOE: *(alegremente)* A ver, mi diccionario.

LYNCH: Tres vírgenes prudentes.

VIRAG: *(sacudido de tercianas, abundante baba amarilla espumeando en sus huesudos labios epilépticos)* Ella vendía filtros de amor, cera blanca, flor de azahar. Pantera, el centurión romano, la polucionó con sus genitorios. *(Saca una lengua de escorpión, vibrante y fosforescente, con la mano en la ingle).* ¡Mesías! Le rompió el

tímpano a ella. *(Con gritos balbucientes de babuino sacude las caderas en el cínico espasmo).* ¡Hic! ¡Hec! ¡Hac! ¡Hoc! ¡Huc! ¡Coc! ¡Cuc!

(Ben Jumbo Dollard, rubicundo, musculoso, con pelos saliéndole por las narices, gran barba, orejas de repollo, pecho velloso, melena hirsuta, tetillas gordas, se adelanta, con los lomos y los genitales apretados en un pantaloncito de baño).

BEN DOLLARD: *(tocando castañuelas de hueso en sus grandes zarpas almohadilladas, canta en jovial yódel con voz de bajo barríltono)* Cuando el amor absorbe mi alma ardiente.

(Las vírgenes, Hermana Callan y Hermana Quigley, se abren paso precipitadamente por entre las cuerdas y los segundos del ring y le abruman cayendo sobre él con los brazos abiertos).

LAS VÍRGENES: *(desbordadas)* ¡Big Ben! ¡Ben mi Chree!

UNA VOZ: ¡Sujetad a ese de los calzones!

BEN DOLLARD: *(se da un golpe en el muslo con abundante risa)* ¡A ver, agarradle ya!

HENRY: *(acariciando sobre su pecho una cabeza cortada de mujer, murmura)* Corazón tuyo, amor mío. *(Pulsa las cuerdas del laúd).* La primera vez que vi…

VIRAG: *(cambiando de piel y pelechando su multitudinario plumaje)* ¡Canallas! *(Bosteza, enseñando una garganta negra como carbón y se cierra las mandíbulas dando un empujón hacia arriba con su rollo de pergamino).* Dicho lo cual, emprendí mi retirada. Hasta más ver. Adiós para siempre. *Dreck!*

(Henry Flower se peina rápidamente bigote y barba con un peine de bolsillo y se da en el pelo una alisada con saliva. Siguiendo el rumbo de su estoque, se desliza hacia la puerta, su arpa bárbara en bandolera. Virag alcanza la puerta en dos torpes saltos de zancuda, la cola erguida, y prende diestramente en la pared, ladeado, un volante amarillo-pus, pegándolo de un cabezazo).

EL VOLANTE: K 11. córteselo. Estrictamente confidencial. Dr. Hy Franks.

HENRY: Todo está perdido ya.

(Virag se desatornilla la cabeza en un periquete y la sujeta bajo el brazo).

LA CABEZA DE VIRAG: ¡Curandero! ¡Cuac!

(Hacen mutis por separado).

STEPHEN: *(por encima del hombro, a Zoe)* Habrías preferido el batallador párroco que fundó el error protestante. Pero cuidado con Antístenes, el sabio perruno, y el modo como acabó Arrio el Heresiarca. La agonía en el retrete.

LYNCH: Para ella todo es uno y el mismo Dios.

STEPHEN: *(devotamente)* Y Señor soberano de todas las cosas.

FLORRY: *(a Stephen)* Estoy segura de que eres un cura que ha colgado la sotana. O un fraile.

LYNCH: Lo es. Es hijo de un cardenal.

STEPHEN: Pecado cardinal. Frailes del sacacorchos.

(Aparece en la puerta Su Eminencia Simon Stephen Cardenal Dedalus, Primado de toda Irlanda, vestido con sotana, sandalias y calcetines rojos. Le llevan la cola siete acólitos enanos y simiescos, también de rojo, los pecados cardinales, atisbando por debajo. Él lleva una chistera abollada en la cabeza, ladeada. Tiene los pulgares metidos por los sobacos con las palmas extendidas. En torno al cuello le cuelga un rosario de corchos que termina sobre el pecho en un sacacorchos en cruz. Dejando libres los pulgares, invoca la gracia de lo alto con grandes gestos ondeantes y proclama con hinchada pompa:)

EL CARDENAL:

Conservio yace en prisión.
Está en la más profunda mazmorra
con grillos y cadenas en pies y manos
que pesan más de tres toneladas.

(Mira a todos por un momento, con el ojo derecho cerrado fuerte, la mejilla izquierda hinchada. Luego, incapaz de contener su regocijo, se balancea de un lado a otro, con los brazos en jarras, y canta con desbordante humor contagioso).

Ah, el pobrecillo
las pa las pa las pa las patas de amarillo
era grueso, carnoso, vivo como una anguila, y bien gordito,
pero algún jodido bribón
para comérsele el blanco riñón
le asesinó a Nell Flaherty su querido patito.

(Una multitud de mosquitos le hormiguea por el manto. Se rasca las costillas con los brazos cruzados, haciendo muecas, y exclama:)

Sufro la angustia de los condenados. Por el santo violín, gracias sean dadas a Jesús de que estos graciosos pequeñitos no son unánimes. Si lo fueran, me barrerían de la faz del jodido mundo.

(Con la cabeza ladeada, bendice sumariamente con los dedos índice y medio, impartiendo el beso pascual, y se retira cómicamente en pasodoble, balanceando el sombrero de un lado a otro y encogiéndose rápidamente hasta el tamaño de los que le llevan la cola. Los acólitos enanos, risoteando, atisbando, dándose codazos, lanzándose ojeadas, dándose el beso de Pascua, zigzaguean detrás de él. Se oye su voz suavemente desde lejos, misericordiosa, masculina, melodiosa).

Te llevará mi corazón
te llevará mi corazón
y el aliento de la noche perfumada

(El pestillo de la puerta gira como por un truco).

EL PESTILLO: Teeee.

ZOE: El diablo está en esa puerta.

(Una figura masculina desciende por la crujiente escalera y se le oye tomar del perchero el impermeable y el sombrero. Bloom se adelanta involuntariamente en sobresalto y, medio cerrando la puerta al pasar, saca del bolsillo el chocolate y se lo ofrece nerviosamente a Zoe).

ZOE: *(le restriega el pelo vivamente)* ¡Humm! Gracias a tu madre por los conejos. Me encantan de veras las cosas que me gustan.

BLOOM: *(oyendo una voz masculina que habla con las putas en el umbral, aguza las orejas)* ¿Y si fuera él? ¿Después? ¿O porque no? ¿O por partida doble?

ZOE: *(desgarra el papel de estaño)* Los dedos se hicieron antes que los tenedores. *(Parte y roe un pedazo, da otro a Kitty Ricketts y luego se vuelve como una gatita a Lynch).* ¿No te parece mal una tableta de laxante? *(Él asiente. Ella le toma el pelo).* ¿La tomas ahora o esperas a cogerla? *(Él abre la boca, la cabeza echada atrás. Ella da vueltas al premio a la izquierda. Él lo sigue con la cabeza. Ella le da vueltas a la derecha. Él la observa).* ¡Coge!

(Ella le lanza un trozo. Con hábil agarre, él lo caza el vuelo y lo parte de un mordisco con un crujido).

KITTY: *(masticando)* El ingeniero con que estaba yo en la tómbola los tiene deliciosos. Llenos de los mejores licores. Y el Virrey estaba allí con su señora. Qué bien lo pasamos en los caballitos de Toft. Todavía estoy mareada.

BLOOM: *(con abrigo de pieles a lo Svengali, los brazos cruzados y rizo en la frente a lo Napoleón, frunce el ceño en exorcismo ventriloquial con penetrante mirada de águila hacia la puerta. Luego, rígido, con el pie izquierdo adelantado, en rápido gesto, con dedos imperativos, hace la señal del Gran Maestre y deja caer el brazo derecho del hombro izquierdo)* ¡Ve, ve, ve, te conjuro, quienquiera que seas!

(Se oye pasar a través de la niebla de fuera una tos y unos pasos de hombre. Las facciones de Bloom se relajan. Se pone una mano en el chaleco, tomando una actitud tranquila. Zoe le ofrece chocolate).

BLOOM: *(solemnemente)* Gracias.

ZOE: Haz como te mandan. Aquí.

(Se oye un firme taconazo en las escaleras).

BLOOM: *(tomando el chocolate)* ¿Afrodisíaco? Pero me lo suponía. ¿La vainilla calma o no? Mnemo. La luz confusa confunde la memoria. El rojo influye sobre el lupus. Los colores afectan al carácter de las mujeres, suponiendo que lo tengan. Este negro me pone triste. Come y alégrate porque mañana. *(Come).* Influye también en el sabor, el violeta. Pero hace tanto tiempo que yo no. Parece nuevo. Afro. Ese cura. Tiene que venir. Más vale tarde que nunca. Probar las trufas en Andrews.

(Se abre la puerta. Entra Bella Cohen, una maciza patrona de putas. Va vestida con un traje tres cuartos marfil, con el borde adornado de borlas: se refresca agitando un abanico negro de cuerno como Minnie Hauck en Carmen. *Lleva en la mano izquierda un anillo de matrimonio y una sortija de seguridad. Los ojos abundantemente sombreados de carbón. Tiene un principio de bigotillo. Su cara aceitunada es pesada, ligeramente sudada y con gran nariz, las aletas teñidas de naranja. Lleva grandes pendientes con colgantes de berilo).*

BELLA: ¡Palabra! Estoy deshecha en sudor.

(Lanza una ojeada alrededor a las parejas. Luego posa los ojos con dura insistencia en Bloom. Su gran abanico cierne viento hacia su cara acalorada, su cuello y su gordura. Relampaguean sus ojos de halcón).

EL ABANICO: *(revoloteando deprisa, luego despacio)* Casado, ya veo.

BLOOM: Sí… En parte, he extraviado…

EL ABANICO: *(medio abriéndose, luego cerrándose)* Y la señora es la dueña. Gobiernan las faldas.

BLOOM: *(baja los ojos con sonrisa de oveja)* Así es.

EL ABANICO: *(cerrándose del todo, se apoya contra el pendiente)* ¿Me has olvidado?

BLOOM: Ní. So.

EL ABANICO: *(plegado en jarras contra su cintura)* ¿Soy yo la que soñaste un día? ¿Era entonces ella él tú nosotros después conocidos? ¿Soy todos ellos y lo mismo ahora nosotros?

(Bella se acerca, dando suaves golpecitos con el abanico).

BLOOM: *(estremeciéndose)* Poderoso ser. En mis ojos lee ese sopor que encanta a las mujeres.

EL ABANICO: *(golpeando)* Nos hemos encontrado. Eres mío. Es el destino.

BLOOM: *(acobardado)* Hembra exuberante. Enormemente deseo yo tu dominación. Estoy agotado, abandonado, ya nada joven. Me he quedado, por decirlo así, con una carta sin echar llevando el sello de la recogida especial delante del buzón de alcance de la oficina central de correos de la vida humana. La puerta y la ventana abiertas en ángulo recto producen una corriente de treinta y dos pies por segundo conforme a la ley de la caída de los cuerpos. He sentido en este momento una punzada de ciática en mi músculo glúteo izquierdo. Viene de familia. El pobrecillo papá, viudo, era como un verdadero barómetro en esto. Creía en el calor animal. Tenía el chaleco de invierno forrado de piel de gato. Hacia el final, recordando al rey David y la Sunamita, compartía la cama con Athos, fiel más allá de la muerte. La baba del perro, como probablemente habrás… *(Se estremece).* ¡Ah!

RICHIE GOULDING: *(cargado con una bolsa, pasa el umbral)* El cazador cazado. Lo más arreglado de Dublín por ese pre. Digno de un príncipe hígado y riñón.

EL ABANICO: *(golpeando)* Todas las cosas terminan. Sé mío. Ahora.

BLOOM: *(sin decidirse)* ¿Ahora mismo? No debería haberme separado de mi talismán. La lluvia, quedar al relente en las rocas de la playa, un pecadillo a mi edad. Todo fenómeno tiene una causa natural.

EL ABANICO: *(señalando hacia abajo lentamente)* Puedes.

BLOOM: *(baja los ojos y se da cuenta de que ella lleva el botín desatado)* Nos observan.

EL ABANICO: *(señalando abajo rápidamente)* Debes.

BLOOM: *(con deseo, con reluctancia)* Sé hacer un verdadero nudo de marinero. Lo aprendí cuando hacía mi aprendizaje trabajando en el servicio de envíos por correo en Kellet. Mano experta. Un nudo ahorra mucho. Permíteme. Es cortesía. Ya me he arrodillado otra vez hoy. ¡Ah!

(Bella se levanta ligeramente la falda y, tomando una actitud fija, sube hasta el borde de una silla una gruesa pata con botín y una pantorrilla bien llena, con media de seda. Bloom, rígido de piernas, envejeciendo, se inclina sobre esa pata y con dedos suaves le saca y mete el cordón).

BLOOM: *(murmura amorosamente)* Ser dependiente de zapatería en Mansfield era mi sueño de amor de juventud, los deliciosos goces del abotonar, de atar cordones entrecruzados hasta la rodilla en los elegantes botines de cabritilla con forro de raso, tan increíblemente pequeños, de las señoras de Clyde Road. Incluso el maniquí de cera, Raymonde, que visitaba yo todos los días para admirar las medias de telaraña y el dedo gordo del pie como un tallo de ruibarbo a la moda de París.

LA PATA: Huele mi piel de cabra caliente. Nota mi regio peso.

BLOOM: *(cruzando los cordones)* ¿Demasiado apretado?

LA PATA: Como te armes un lío, guapo mío, te doy una patada en alguna pelota.

BLOOM: Cuidado con equivocarme de agujero para el cordón, como hice la noche del baile de la tómbola. Mala suerte. El agujero que no era en otro sitio de su… la persona que mencionabas. Esa noche ella se encontró… ¡Ya!

(Anuda el cordón. Bella pone el pie en el suelo. Bloom levanta la cabeza. La cara pesada y los ojos de ella le golpean en plena frente. Los ojos de Bloom se velan, más oscuros y con bolsas, su nariz se hace más gruesa).

BLOOM: *(masculla)* En espera de sus gratas órdenes, caballeros, quedamos…

BELLO: *(con dura mirada de basilisco y voz de barítono)* ¡Perro deshonroso!

BLOOM: *(extasiado)* ¡Emperatriz!

BELLO: *(con masculinas mejillas-chuletas colgándole pesadamente)* ¡Adorador del trasero adulterino!

BLOOM: *(quejosamente)* ¡Grandeza!

BELLO: ¡Devorador de estiércol!

BLOOM: *(con los tendones semiflexionados)* ¡Magnificencia!

BELLO: ¡Abajo! *(La golpea en el hombro con su abanico).* ¡Inclínate con los pies por delante! Desliza el pie izquierdo un paso atrás. Te caerás. Te estás cayendo. ¡Abajo, sobre las manos!

BLOOM: *(sus ojos femeniles, elevados en admiración, se entrecierran)* ¡Trufas!

(Con penetrante grito de epiléptica, se desploma a cuatro patas, gruñendo, olfateando, escarbando a los pies de él, luego se tiende, haciéndose la muerta con los ojos bien cerrados, párpados temblorosos, inclinada hacia el suelo como ante su Excelentísimo Dueño y Señor).

BELLO: *(con el pelo a lo hombruno, agallas violáceas, gruesos anillos de bigote en torno a la boca bien afeitada, con polainas de montañero, chaqueta verde con botones de plata, camisa deportiva y sombrero alpino con pluma de urogallo, las manos bien metidas en los bolsillos de los calzones, le pone a ella el tacón en el cuello y se lo incrusta)* ¡Escabel! Nota todo mi peso. Inclínate, esclava y sierva, ante el trono de los gloriosos tacones de tu déspota, tan resplandecientes en su orgullosa erección.

BLOOM: *(fascinada, balando)* Prometo no desobedecer nunca.

BELLO: *(se ríe ruidosamente)* ¡Por San Apapucio! Bien poco sabes lo que te espera. Yo soy el bárbaro que te va a arreglar las cuentas y te va a leer la cartilla. Convido a beber a todos si no te saco del cuerpo la malicia, criatura. Levanta la cresta, si te atreves. Si lo haces, tiembla esperando la disciplina de tacón que se te va a propinar en traje de gimnasia.

(Bloom se desliza bajo el sofá y atisba afuera a través de los flecos).

ZOE: *(desplegando la combinación para taparla)* Aquí no está ésa.

BLOOM: *(cerrando los ojos)* Aquí no está ésa.

FLORRY: *(escondiéndola con la falda)* Ella no lo hizo en serio, señor Bello. Va a ser buena, señor.

KITTY: No sea muy dura con ella, señor Bello. ¿Verdad que no, señor-señora?

BELLO: *(con dulzura)* Ven, patita mía. Quiero decirte unas palabritas, guapa, sólo para corregirte un poco. Nada más que una pequeña conversación íntima, monina. *(Bloom saca la cabeza, tímida).* Así me gustan las niñas buenas. *(Bello la agarra violentamente por el pelo y la saca a rastras).* Sólo quiero castigarte por tu bien en un sitio blando y sin peligro. ¿Qué tal ese tierno trasero? Ah, iré suavecito, guapa. Empieza a prepararte.

BLOOM: *(desmayándose)* No me rompas las…

BELLO: *(ferozmente)* El anillo en la nariz, las pinzas, los estacazos, el gancho de colgar, el knut, todo eso te voy a hacer besar mientras tocan las flautas, como a la esclava nubia de antaño. ¡Esta vez te toca a ti! Te vas a acordar de mí para el resto de tu vida natural. *(Con las venas de la frente hinchadas, y la cara congestionada).* Me voy a sentar todas las mañanas en tu grupa ensillada a la otomana después de engullir mi buen desayuno de tajadas de jamón con tocino Matterson y una botella de cerveza Guinness. *(Eructa).* Y chupando mi buen cigarro de bolsista mientras leo la *Gaceta de los Establecimientos de Alimentación*. Muy posiblemente te haré sacrificar en mi cuadra poniéndote en brochetas para disfrutar una tajada tuya con chicharrones

crujientes recién salidos del horno, y asada con mantequilla como un cochinillo con arroz y limón o salsa de grosellas. Te hará daño.

(Le retuerce el brazo. Bloom lanza chillidos, revolviéndose boca arriba como tortuga).

BLOOM: ¡No seas cruel, tata! ¡No!

BELLO: *(retorciendo)* ¡Otra!

BLOOM: *(grita)* ¡Ah, esto es el mismo infierno! ¡Me duelen todos los nervios del cuerpo como locos!

BELLO: *(grita)* ¡Muy bien, por cien mil de a caballo! Ésa es la mejor noticia que he recibido desde hace seis semanas. Ea, no me tengas esperando, maldita seas. *(La abofetea).*

BLOOM: *(lloriquea)* Me quieres pegar. Se lo diré a…

BELLO: Sujetadle, chicas, que le patee a éste.

ZOE: Sí. ¡Písale bien! Yo también.

FLORRY: Yo también. No seas avariciosa.

KITTY: No, yo. Prestádmele a mí.

(La cocinera del burdel, señora Keogh, arrugada, barbuda y cana, con delantal grasiento, calcetines grises y verdes y zapatones de hombre, espolvoreada de harina, con un rodillo de amasar con masa cruda incrustado en su mano y brazo desnudo y rojo, aparece en la puerta).

SEÑORA KEOGH: *(ferozmente)* ¿Puedo ayudar?

(Sujetan y dejan inmóvil a Bloom).

BELLO: *(se pone en cuclillas, con un gruñido, sobre la cara de Bloom boca arriba, lanzando humo de cigarrillo, acariciándose una gruesa pierna)* Ya veo que Keating Clay ha sido elegido director del Asilo de Richmond y a propósito las acciones preferentes de Guinness están a dieciséis y tres cuartos. Qué imbécil he sido de no comprar ese paquete que me dijeron Craig y Gardner. Mi suerte infernal, maldita sea. Y ese condenado intruso de *Por Ahí* a veinte por una. *(Con ira, apaga el cigarro en la oreja de Bloom).* ¿Dónde está ese jodido cenicero maldito?

BLOOM: *(punzado, ahogado de nalgas)* ¡Oh, oh! ¡Monstruos! ¡Cruel!

BELLO: Pídelo cada diez minutos. Implora, reza por ello como no has rezado nunca. *(Le mete un puño haciendo la higa y el inmundo cigarro).* Ea, besa esto. Las dos cosas. Besa. *(Se pone a horcajadas sobre Bloom, y, apretando con rodillas de jinete, grita con voz dura).* ¡Arre! Arre, caballito, vamos a Belén. Le voy a montar en el gran premio Eclipse. *(Se inclina a un lado y le aprieta ásperamente los testículos a su montura, gritando).* ¡Eh, allá vamos! Te voy a mimar como es debido. *(Cabalga como en un caballito de balancín, brincando en la silla).* La señora al paso al paso el cochero al trote al trote el señor al galope al galope al galope.

FLORRY: *(tira de la manga a Bello)* Déjame ahora sobre él. Ya has tenido bastante. Lo había pedido yo antes.

ZOE: *(tira de la manga a Florry)* A mí. A mí. ¿No has terminado todavía con él, mamona?

BLOOM: *(ahogándose)* No puedo más.

BELLO: Todavía no. Esperad. *(Retiene el aliento).* Maldita sea. Ahí va. El tapón está a punto de saltar. *(Se descorcha por atrás y, retorciendo las facciones, lanza un ruidoso pedo).* ¡Ahí os va eso! *(Se retapona).* Sí, qué caray, dieciséis y tres cuartos.

BLOOM: *(cubriéndose de sudor)* No hombre. *(Olfatea).* Mujer.

BELLO: *(se pone de pie)* Basta de soplar frío y caliente. Lo que deseabas se ha cumplido. De ahora en adelante quedas desvirilizado y eres mío en serio, criatura bajo el yugo. Ahora, tu vestidura de castigo. Te despojarás de tus ropas masculinas ¿entendido, Ruby Cohen? Y te encajarás por la cabeza y los hombros la seda de lujoso frufrú. ¡Y además deprisa!

BLOOM: *(se encoge)* ¡Seda, dijo la señora! ¡Ah crujiente, cresposa! ¿Debo tocarla con la punta de las uñas?

BELLO: *(señala a sus putas)* Tal como son ahora éstas, así serás tú, empelucada, permanentada, rociada de perfume, empolvada de arroz, con sobacos afeitados. Se te tomarán las medidas con cinta sobre la piel desnuda. Se te encajará con cruel fuerza en corsés como pinzas con tornillo, de suave cutí de paloma, con varillas de ballena, hasta la pelvis tallada en diamante, el absoluto borde exterior, mientras tu figura, más metida en carnes que cuando andabas suelta, será encerrada en vestidos apretados como redes, lindas enaguas de dos onzas, y orlas y cositas, por supuesto estampadas con la bandera de mi casa, creaciones de linda lencería para Alice y un buen perfume para Alice. Alice sentirá también sus mases y sus menos. Martha y Mary al principio tendrán un poco de frío en tan delicada envoltura de muslos pero la suave ligereza de encaje en torno a tus rodillas desnudas te recordará…

BLOOM: *(encantadora vicetiple con mejillas pintadas, pelo de mostaza, grandes manos y nariz de hombre y boca en mueca burlona)* Me probé las cosas de ella sólo una vez, por hacer una bromita, en la calle Holles. Cuando andábamos en estrecheces las lavaba yo para ahorrar de lavandera. Les daba vuelta a mis camisas. Era el más puro y simple ahorro.

BELLO: *(sarcásticamente)* Trabajitos para contentar a mamá, ¿eh? Y te exhibías en tu dominó ante el espejo con las cortinas echadas enseñando tus muslos sin faldas y ubres de macho cabrío en diversas posturas de entrega, ¿eh? ¡Jo, jo! ¡Es para reírse! Aquella enagua negra de ocasión, tan fenomenal, una camisa de baile con braguitas a medio muslo que se habían abierto por las costuras en la última violación de la señora Miriam Dandrade que te las vendió en el Hotel Shelbourne, ¿eh?

BLOOM: Miriam. De negro. *Demimondaine*.

BELLO: *(con una risotada)* Dios todopoderoso, ¡eso sí que es gracioso! Eras una bella Miriam cuando te cortabas los pelos de la puerta falsa y te echabas en la cama en desmayo como la señora Dandrade a punto de ser violada por el Teniente Smythe-Smythe; por el señor Philip Augustus Blockwell, diputado del Parlamento; por el

Signore Laci Daremo, robusto tenor; por Bert de los ojos azules, chico del ascensor; por Henry Fleury, famoso por la Gordon Bennet; por Sheridan, el Creso mulato, remero número ocho del equipo de la vieja Trinity; por *Ponto*, su espléndido terranova; y por Bobs, duquesa viuda de Manorhamilton. *(Otra risotada).* Caray, ¿no haría reír esto a un gato siamés?

BLOOM: *(agitando manos y facciones)* Fue Gerald quien me convirtió en amante de veras de los corsés cuando yo hacía un papel femenino en la escuela en la comedia *Vice Versa*. Fue mi querido Gerald. A él le había dado por ahí fascinado por el corsé de su hermana. Ahora el queridísimo Gerald usa pomada color rosa y se dora los párpados. El culto a la belleza.

BELLO: *(con maligno júbilo)* ¡La belleza! ¡Déjanos respirar un poco! Cuando te sentabas con cuidado mujeril, levantando los volantes ondulados, sobre el trono reluciente por el uso…

BLOOM: Ciencia. Comparar los diversos goces que experimentamos cada cual. *(En serio).* Y realmente es mejor la posición… porque muchas veces yo mojaba…

BELLO: *(severamente)* Nada de insubordinación. Ahí tienes el serrín en el rincón. Te he dado instrucciones rigurosas, ¿no? ¡Hazlo de pie, señor mío! ¡Ya te enseñaré yo a portarte como un cagallero! Como te pille una huella en los pañales… ¡Ajá! Por todos los demonios, vas a ver quién soy yo. Los pecados de tu vida pasada se levantan contra ti. Muchos. Centenares.

LOS PECADOS DE LA VIDA PASADA: *(en una algarabía de voces)* Ha contraído cierta forma de matrimonio clandestino por lo menos con una mujer a la sombra de la Iglesia Negra. Ha telefoneado mentalmente mensajes impronunciables a la señorita Dunn en cierta dirección de la calle D'Olier mientras se exhibía indecentemente ante el aparato de la cabina. Con palabras y acciones estimuló a una bribona nocturna a que depositara materia fecal y de otro tipo en una caseta nada higiénica unida a unos locales vacíos. En cinco urinarios públicos escribió mensajes a lápiz ofreciendo su compañera nupcial a todos los machos de fuerte miembro. Y ¿no pasaba noche tras noche junto a la fábrica de molesto olor a vitriolo cerca de las parejas en amoroso cortejo a ver si y qué y cuánto podía ver? ¿No yacía en la cama, grosero jabalí, deleitándose en un nauseabundo fragmento de papel higiénico muy usado con que le había obsequiado una sucia ramera, estimulada por pan de jengibre y un giro postal?

BELLO: *(silba ruidosamente)* ¡A ver! ¿Cuál ha sido la obscenidad más repugnante de toda tu carrera delictiva? Llega al fondo. ¡Desembucha! Sé sincero de una vez para todas.

(Mudas caras inhumanas se agolpan avanzando, haciendo muecas, desvaneciéndose, armando guirigay; Booloohoom, Poldy Kock, Cordones de zapato a penique, el muchacho ciego, Larry Rinoceronte, la muchacha, la mujer, la puta, la otra, la…)

BLOOM: No me preguntes a mí: nuestro juramento recíproco. Calle Pleasants. Yo no pensaba más que la mitad de… Juro por lo más sagrado…

BELLO: *(perentoriamente)* Contesta. ¡Granuja repugnante! Insisto en saber. ¡Cuéntame algo que me divierta, algo sucio o una jodida historia de fantasmas o unos versos, deprisa, deprisa, deprisa! ¿Dónde? ¿Cómo? ¿En qué momento? ¿Con cuántas personas? Te doy tres segundos nada más. ¡Uno! ¡Dos! ¡Tr…!

BLOOM: *(dócil, gorgotea)* Yo rererepugnaricé en rererererepugnante…

BELLO: *(imperiosamente)* ¡Ea márchate, bestia maloliente! ¡Alto la lengua! Habla sólo cuando te hablen.

BLOOM: *(se inclina)* ¡Amo! ¡Ama! ¡Domadora de hombres!

(Levanta los brazos. Se le caen los brazaletes).

BELLO: *(en tono satírico)* Por el día, pondrás a remojar y restregarás nuestra olorosa ropa interior, también cuando nosotras las señoras no nos encontramos bien, y fregarás nuestros retretes con el traje recogido y una bayeta atada a la cola. Qué bonito será, ¿no es verdad? *(Le pone un anillo con rubí en el dedo).* ¡Ya está! Con este anillo tomo posesión de ti. Di, gracias, ama.

BLOOM: Gracias, ama.

BELLO: Harás las camas, me prepararás la bañera, vaciarás los orinales de todos los cuartos, incluido el de la vieja señora Keogh, la cocinera, uno de color naranja. Sí, y los enjuagarás bien los siete, fíjate, o si no te los vas a sorber como champán. Te me los vas a beber calientes de abrasar. ¡Aupa! A servir como un clavo, o si no, te voy a sermonear sobre tus malas acciones, Miss Ruby, y te voy a dar buenos azotes a culito descubierto, señorita, con el cepillo del pelo. Se te enseñará lo errado de tus caminos. Por la noche, tus manos bien locionadas y con brazaletes se pondrán guantes de cuarenta y tres botones recién empolvados con talco y con las puntas de los dedos delicadamente perfumadas. Por prendas así, los caballeros de antaño ponían en juego sus vidas. *(Risotada).* Mis muchachos estarán encantadísimos de verte tan hecha una señora, sobre todo el coronel; cuando vengan aquí la noche antes de casarse a hacer cariñitos a mi nueva atracción en tacones dorados. Primero, yo mismo te voy a hacer una prueba. Uno del hipódromo que conozco, que se llama Charles Alberta Marsh (acabo de estar en la cama con él y con otro caballero del Despacho de Bolsas y Canastos) anda buscando una muchacha para todo que tomar en seguida. Hincha el pecho. Sonríe. Baja los hombros. ¿Qué ofrecen? *(Señala).* Por este artículo, amaestrado por el propietario para ir a buscar y traer, con la cesta en la boca. *(Se desnuda un brazo y lo sumerge hasta el codo en la vulva de Bloom).* ¡Aquí sí que tienen una buena profundidad! ¿Qué, muchachos? ¿Os la pone dura? *(Le mete el brazo en la cara a un postor).* ¡Ea, a baldear la cubierta y a dejarla bien limpia!

UN POSTOR: ¡Un florín!

(El portero de Dillon toca su campanilla).

UNA VOZ: Un chelín y ocho peniques de más.

EL PORTERO: ¡Talán!

CHARLES ALBERTA MARSH: Debe ser virgen. Buen aliento. Limpia.

BELLO: *(da un golpe con el martillo)* Dos chelines. Es una cifra mínima, barata a ese precio. Catorce manos de altura. Tocadle y examinadle sus cualidades. Manejadle. Esta piel de plumón, estos músculos blandos, esta carne tierna. ¡Lástima no tener aquí mi punzón de oro! Y muy fácil de ordeñar. Tres galones al día, bien frescos. Un animal de reproducción de primera, que pondrá su huevo dentro de una hora. El record de leche de su padre fue mil galones de leche entera en cuarenta semanas. ¡A ver, tesoro mío! ¡Lúcete! ¡A ver! *(Hierra la grupa de Bloom con su inicial C).* ¡Ea! ¡Un Cohen garantizado! ¿Quién da más de dos chelines, caballeros?

UN HOMBRE DE ROSTRO OSCURO: *(con acento disfrazado)* Sien librras esterrlinas.

VOCES: *(por lo bajo)* Para el Califa Harún Al Raschid.

BELLO: *(alegremente)* Muy bien. Adelante todos. La breve falda, atrevidamente corta, subiendo por encima de la rodilla para mostrar un atisbo de braguita blanca, es un arma poderosa, y las medias transparentes, con ligas esmeralda, con esas largas costuras derechas que se prolongan más allá de la rodilla, apelan a los mejores instintos del hombre de mundo blasé. Aprende el fluido paso menudo sobre tacones Luis XV de cuatro pulgadas, el ladeo griego con provocadora grupa, los muslos fluyentes, las rodillas besándose modestamente. Lanza sobre ellos todo tu poder de fascinación. Alcahuetea a todos sus vicios gomorreos.

BLOOM: *(se mete la cara ruborosa bajo el sobaco y sonríe bobamente con el índice en la boca)* ¡Ah, ya sé a qué quiere aludir ahora!

BELLO: ¿Para qué otra cosa sirves, criatura impotente que eres? *(Se agacha y, observando, da una brutal metida con su abanico por debajo de los gruesos pliegues de sebo de las ancas de Bloom).* ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Gato sin cola! ¿Qué tenemos ahí? ¿A dónde ha ido a parar tu mango retorcido, o quién te lo ha cortado, mamoncillo? Canta, pajarito, canta. Está tan flojo como el de un niño de seis años haciendo pipí detrás del cochecito. Cómprate un cubo o vende la bomba. *(En alta voz).* ¿Eres capaz de hacer lo de un hombre?

BLOOM: En la calle Eccles…

BELLO: *(sarcásticamente)* No querría herir tus sentimientos por nada del mundo pero allí hay un hombre bien macho en posesión del terreno. ¡La cosa se ha vuelto del revés, mi alegre amiguito! Ése es algo así como un hombre de tamaño natural, criado al aire libre. No te iría mal, desgraciado, si tuvieras esa arma toda con nudos y bultos y verrugas por encima. Ha echado el cerrojo, te lo digo yo. Pies con pies, rodillas con rodillas, tripa con tripa, tetas con pecho. No es ningún eunuco. Le sale por detrás un mechón de pelo rojizo como una mata de tojo. ¡Espera nueve meses, muchacho! ¡Válgame Dios, ya está dando patadas y tosiendo de arriba para abajo en las tripas de ella! Eso te da rabia, ¿no? ¿Te toca el punto sensible? *(Escupe con desprecio).* ¡Escupidera!

BLOOM: Se me ha tratado de un modo indecente, yo… informaré a la policía. Cien libras. Incalificable. Yo…

BELLO: Querrías si pudieras, patito cojo. Un aguacero es lo que nos hace falta, no tus cuatro gotas.

BLOOM: ¡Para volverme loco! ¡Moll! ¡Se me olvidó! ¡Perdona! ¡Moll! Nosotros… Todavía…

BELLO: *(inexorable)* No, Leopold Bloom, todo está cambiado por voluntad de mujer desde que dormiste horizontal en el Valle del Sueño tu noche de veinte años. Vuelve y verás.

(El Viejo Valle del Sueño llama por encima de la llanura).

VALLE DEL SUEÑO: ¡Rip van Winkle! ¡Rip van Winkle!

BLOOM: *(con mocasines desgarrados y una escopeta enmohecida, de puntillas, a tientas, su descolorida cara, huesuda y barbuda, atisba a través de los cristales emplomados, y grita fuerte)* ¡La veo! ¡Es ella! ¡La primera noche en casa de Mat Dillon! ¡Pero ese vestido, el verde! Y tiene el pelo teñido de oro y él…

BELLO: *(ríe burlón)* Esa es tu hija, lechuzo, con un estudiante de Mullingar.

(Milly Bloom, pelo rubio, falda verde, sandalias ligeras, con su chal azul al viento marino dando vueltas, se desprende de los brazos de su amante y llama, con sus ojos jóvenes muy abiertos de asombro).

MILLY: ¡Cómo! ¡Es Papi! Pero… Oh Papi, ¡qué viejo te has puesto!

BELLO: Cambiado, ¿eh? Nuestra rinconera, nuestra escribanía donde nunca escribimos, la butaca de la tía Hegarty, nuestras reproducciones clásicas de maestros antiguos. Un hombre y sus amigos están viviendo ahí muy a gusto. *¡El nidito del Cocú!* ¿Por qué no? ¿Cuántas mujeres has tenido tú, di? Siguiéndolas por calles oscuras, pies planos, excitándolas con tus gruñidos sofocados. ¿Qué, so prostituto? Virtuosas damas con paquetes de comestibles. Ahora te toca a ti. A cada cerdo le llega su San Martín.

BLOOM: Ellos… yo…

BELLO: *(tajante)* Las huellas de sus tacones se marcarán en la alfombra de falso Bruselas que compraste en la subasta de Wren. En sus trotes con la jaca Moll, buscándole la pulga en las bragas, mutilarán la estatuilla que llevaste a casa bajo la lluvia por amor al arte por el arte. Violarán los secretos de tu cajoncito. Se arrancarán hojas de tu manual de astronomía para limpiar las pipas. Y escupirán en tu guardafuego de bronce de diez chelines de Hampton Leedom.

BLOOM: Diez con seis. Una acción de viles bribones. Déjame marchar: Volveré. Demostraré.

UNA VOZ: ¡Jura!

(Bloom aprieta el puño y avanza reptando, con un cuchillo de monte entre los dientes).

BELLO: ¿Como huésped de pago o como hombre mantenido? Demasiado tarde. Has hecho tu segunda cama y otros deben acostarse en ella. Tu epitafio está escrito.

Estás liquidado, no lo olvides, viejito.

BLOOM: ¡Justicia! ¡Toda Irlanda contra uno solo! ¿Nadie tiene…? *(Se muerde el pulgar).*

BELLO: Muérete y condénate si tienes el menor sentido de decencia o de gracia. Te puedo dar un raro vino viejo que te mandará disparado al infierno y de vuelta. ¡Haz testamento y déjanos el dinero suelto que tengas! Si no lo tienes ¡más vale que te lo busques, que lo robes, que lo mangues! Te enterraremos en nuestro retrete del jardín, donde estarás muerto y podrido con el viejo Cuck Cohen, mi sobrinastro con quien me casé, el puñetero del viejo procurador, gotoso y sodomita, con el cuello torcido, y mis otros diez u once maridos, no me acuerdo cómo se llamaban esos maricones, ahogados en el mismo pozo negro. *(Explota en una ruidosa risa con flemas).* ¡Te vamos a estercolar, señor Flower! *(Pía burlonamente).* ¡Adiós, Poldy! ¡Adiós, Papi!

BLOOM: *(se agarra la cabeza)* ¡Mi fuerza de voluntad! ¡La memoria! ¡He pecado! He suf… *(Llora sin lágrimas).*

BELLO: *(burlón)* ¡Llorón! ¡Lágrimas de cocodrilo!

(Bloom, abatido, espesamente velado para el sacrificio, solloza, con la cara en tierra. Se oye la campana de difuntos. Las figuras, en velos negros, de los circuncidados, están de pie ante el Muro de las Lamentaciones: M. Shulomowitz, Joseph Goldwater, Moses Herzog, Harris Rosenberg, M. Moisel, J. Citron, Minnie Watchman, O. Mastiansky, el Reverendo Leopold Abramowitz, Chazen. Con brazos balanceantes, se lamentan en pneuma por el renegado Bloom).

LOS CIRCUNCIDADOS: *(en una oscura salmodia gutural, lanzando sobre él frutos del Mar Muerto, sin flores) Shema Israel Adonai Elohenu Adonai Echad.*

VOCES: *(suspirando)* Así que se fue. Ah, sí. Sí, claro. ¿Bloom? Nunca he oído hablar de él. ¿No? Tío raro. Ahí está la viuda. ¿Conque sí? Ah, sí.

(De la pira india de la viuda se eleva la llama de resina de alcanfor. El palio de humo de incienso la recubre y se dispersa. Saliendo de su marco de roble, una ninfa con el pelo desatado, vestida ligeramente en colores artísticos pardo-té, desciende de su gruta y, pasando bajo tejos entrelazados, se sitúa sobre Bloom).

LOS TEJOS: *(con sus hojas susurrando)* Hermana. Nuestra hermana. Chsst.

LA NINFA: *(suavemente)* ¡Mortal! *(Benignamente).* No, en verdad no debierais llorar.

BLOOM: *(avanza reptando gelatinosamente bajo las ramas, veteado por la luz del sol, con dignidad)* Esta postura. Me pareció que se esperaba de mí. La fuerza de la costumbre.

LA NINFA: ¡Mortal! Me has hallado en malas compañías, bailarinas de patas por alto, juerguistas domingueros, boxeadores, generales famosos, actores inmorales de pantomima en mallas ajustadas y las frívolas que bailan el *shimmy*, La Aurora y Karini, espectáculo musical, el éxito del siglo. Yo estaba escondida en barato papel rosado que olía a aceite mineral. Me rodeaba la obscenidad trasnochada de los

hombres de los clubs, relatos para turbar a la tierna juventud, anuncios de transparencias, dados trucados, almohadillados para el busto, artículos especiales y por qué llevar braguero, con testimonio de un caballero herniado. Consejos útiles a los casados.

BLOOM: *(eleva una cabeza de tortuga hacia el regazo de ella)* Nos hemos conocido ya antes. En otra estrella.

LA NINFA: *(tristemente)* Artículos de goma. Irrompibles. La marca preferida de la aristocracia. Corsés para hombres. Curo las convulsiones o se reembolsa el dinero. Testimonios no solicitados a favor del maravilloso pectógeno del Profesor Waldmann. Mi busto se desarrolló cuatro pulgadas en tres semanas, informa la señora Gus Rublin con foto.

BLOOM: ¿Quieres decir *Photo Bits*?

LA NINFA: Eso es. Tú te me llevaste, enmarcada en roble y oropel, me pusiste sobre tu lecho matrimonial. Sin ser visto, un atardecer estival, me besaste en cuatro sitios. Y con lápiz amoroso sombreaste mis ojos, mi seno y mis vergüenzas.

BLOOM: *(besando humildemente su largo pelo)* Tus curvas clásicas, bella inmortal. Me alegraba mirarte, alabarte, oh cosa de belleza, casi rezarte.

LA NINFA: Durante largas noches te oí alabarme.

BLOOM: *(rápidamente)* Sí, sí. Quieres decir que yo… El sueño revela el lado peor de cada cual, quizá con excepción de los niños. Sé que me caí de la cama o más bien que me empujaron. Se dice que el vino ferruginoso cura el roncar. Por lo demás está ese invento inglés, del que recibí un folleto el otro día, con la dirección equivocada. Asegura procurar un escape inofensivo y sin ruido. *(Suspira).* Siempre ha sido así. Fragilidad, tu nombre es matrimonio.

LA NINFA: *(con los dedos en los oídos)* Y palabras. No están en mi diccionario.

BLOOM: ¿Las comprendías?

LOS TEJOS: ¡Chsss!

LA NINFA: *(se tapa la cara con la mano)* ¿Qué no he visto en ese cuarto? ¿Qué deben mis ojos seguir mirando?

BLOOM: *(excusándose)* Ya sé. Ropa interior manchada, puesta cuidadosamente del revés. Las arandelas están sueltas. De Gibraltar por larga mar, hace mucho.

LA NINFA: *(inclina la cabeza)* ¡Peor! ¡Peor!

BLOOM: *(reflexiona cautamente)* Esa cómoda anticuada. No era para su peso. Ella no pesaba entonces nada más que setenta kilos. Ganó nueve libras después del destete. Estaba agrietada y no tenía cola. ¿Eh? Y ese absurdo utensilio con greca naranja que tiene sólo un mango.

(Se oye el ruido de una catarata, en clara cascada).

LA CATARATA:

Poulaphouca Poulaphouca
Poulaphouca Poulaphouca.

LOS TEJOS: *(mezclando sus ramas)* Escucha. Susurra. Tiene razón, nuestra hermana. Crecimos junto a la catarata de Poulaphouca. Dábamos sombra en lánguidos días de verano.

JOHN WYSE NOLAN: *(al fondo, en uniforme de Guardia Forestal Nacional de Irlanda, se levanta el sombrero emplumado)* ¡Prosperad! ¡Dad sombra en días lánguidos, árboles de Irlanda!

LOS TEJOS: *(murmurando)* ¿Quién vino a Poulaphouca con la excursión de escuela media? ¿Quién dejó a sus compañeros buscando nueces para buscar nuestra sombra?

BLOOM: *(pecho de pollo, hombros de botella, con hombreras rellenas, en borroso traje juvenil gris y negro a rayas, demasiado pequeño para él, zapatos blancos de tenis, calcetines ribeteados dados vuelta y una gorra roja de escuela, con emblema)* Yo era un muchachito, en pleno crecimiento. Poco bastaba entonces, el traqueteo de un coche, los olores mezclados del guardarropas y el lavabo de señoras, la multitud apretada en las escalinatas del viejo Royal (pues les gustan los apretones, los instintos del rebaño, y el oscuro teatro oliente a sexo desencadena el vicio). Incluso una lista de precios de medias de ellas. Y luego el calor. Ese verano había manchas solares. Fin de curso. Y el bizcocho borracho. Días alciónicos.

(Los Días Alciónicos, muchachos de escuela media con jerseys de fútbol azul y blanco y pantalones cortos, Señorito Donald Turnbull, Señorito Abraham Chatterton, Señorito Owen Goldberg, Señorito Jack Meredith, Señorito Percy Apjohn, se detienen en un claro de los árboles y gritan al Señorito Leopold Bloom).

LOS DÍAS ALCIÓNICOS: ¡Merluzo! ¡A ver si resucitas! ¡Hurra! *(Aclaman).*

BLOOM: *(muchachote torpe, de guantes calientes y bufanda de mamá, atontado de bolas de nieve sin fuerza, se esfuerza por levantarse)* ¡Otra vez! ¡Siento que tengo dieciséis años! ¡Qué juerga! Vamos a tocar todas las campanillas de la calle Montague. *(Aclama débilmente).* ¡Hurra por los de la Escuela!

EL ECO: ¡Tu abuela!

LOS TEJOS: *(rozando sus ramas)* Tiene razón nuestra hermana. Susurrad. *(Se oyen en el bosque besos susurrados. Caras de hamadríadas asoman de los troncos y entre las hojas y se abren bloomifloreciendo).* ¿Quién profanó nuestra sombra silenciosa?

LA NINFA: *(tímidamente a través de los dedos medio separados)* ¡Ahí! ¿Al aire libre?

LOS TEJOS: *(inclinándose abajo)* Hermana, sí. Y en nuestro césped virgen.

LA CATARATA:

Poulaphouca Poulaphouca
Phoucaphouca Phoucaphouca.

LA NINFA: *(con los dedos abiertos)* ¡Oh! ¡Infamia!

BLOOM: Yo era precoz. La juventud. Los faunos. Sacrifiqué al dios de la floresta. Las flores que florecen en la primavera. Era la época de aparearse. La atracción capilar es un fenómeno natural. Lotty Clarke, la de cabellos de lino, la vi en sus arreglos nocturnos a través de cortinas mal cerradas, con los gemelos del pobre papá. La muy loca comía hierba salvajemente. Se dejó rodar abajo en el puente de Rialto para tentarme con su efluvio de espíritus animales. Trepó a aquel árbol retorcido y yo… Un santo no lo podría resistir. El demonio me poseyó. Además, ¿quién lo vio?

*(*Staggering Bob*, un ternero recién nacido, de testuz blanca, asoma su cabeza rumiante, con narices húmedas, a través del follaje).*

STAGGERING BOB: Yo. Yo ver.

BLOOM: Simplemente satisfaciendo una necesidad. *(Con patetismo).* Ninguna chica quería cuando yo iba buscando chicas. Demasiado feo. No querían seguir el juego…

(Allá arriba en Ben Howth, a través de rododendros, pasa una cabrita, de ubres hinchadas, rabo mocho, dejando caer sus pasas).

LA CABRITA: (Bala) ¡Beeg-eg-ageeegg! ¡Caaaabr!

BLOOM: *(sin sombrero, sofocado, cubierto de arrancamoños de cardos y brezos)* Comprometidos seriamente. Las circunstancias alteran los casos. *(Mira hacia abajo, atentamente, al agua).* Treinta y dos vueltas de campana por segundo. Pesadilla periodística. Elías con vértigo. Caída de una escollera. Triste final de empleado de la Imprenta del Gobierno.

(A través del aire veraniego silencioso en plata, el maniquí de Bloom, envuelto como una momia, baja rodando desde la escollera de Lion's Head a las violáceas aguas en espera).

EL MOMIMANIQUÍ: ¡Bbbbbllllbbblblodschbg!

(Allá lejos, al largo de la bahía, entre los faros de Bailey y Kish, navega el Erin's King*, lanzando un ensanchado penacho de humo de carbón por la chimenea, hacia tierra).*

EL CONCEJAL NANNETTI: *(solo en la cubierta, de alpaca oscura, cara amarilla de milano, la mano en la abertura del chaleco, declama)* Cuando mi país ocupe su lugar entre las naciones de la tierra, entonces, y sólo entonces, sea escrito mi epitafio. He…

BLOOM: Terminado. ¡Prff!

LA NINFA: *(altanera)* Nosotras las inmortales, como has visto hoy, no tenemos tal sitio, ni tampoco pelo ahí. Somos frías como la piedra y puras. Comemos luz eléctrica. *(Enarca el cuerpo en crispación lasciva, metiéndose el índice en la boca).* Me habló. Lo oí por atrás. ¿Cómo pudiste entonces…?

BLOOM: *(dando zancadas por la llanura, abyecto)* Ah, he sido un perfecto cerdo. También lavativas he administrado. Un tercio de pinta de cuasia, añadiendo

una cucharadita de sal gema. Por la base arriba. Con la jeringa Hamilton Long, la amiga de las señoras.

LA NINFA: En mi presencia. La borla de los polvos. *(Se ruboriza y hace una reverencia).* ¡Y lo demás!

BLOOM: *(abatido)* Sí. *Peccavi!* He rendido homenaje en ese altar vivo donde la espalda cambia de nombre. *(Con súbito fervor).* Pues ¿por qué debería esa mano enjoyada, delicadamente perfumada, la mano que rige…?

(Pasan unas figuras serpenteando en lento diseño boscoso en torno a los troncos de los árboles, arrullando).

LA VOZ DE KITTY: *(en la espesura)* Enséñanos uno de esos cojines.

LA VOZ DE FLORRY: Aquí está.

(Un gallo de bosque aletea torpemente a través del monte bajo).

LA VOZ DE LYNCH: *(en la espesura)* ¡Uf! ¡Caliente que abrasa!

LA VOZ DE ZOE: *(desde la espesura)* Salió de un sitio caliente.

LA VOZ DE VIRAG: *(jefe piel roja, con vetas azules y plumas en su atuendo de guerra, con su azagaya, atraviesa a zancadas un crujiente cañaveral pisando hayucos y bellotas)* ¡Caliente! ¡Caliente! ¡Cuidado con Toro Sentado!

BLOOM: Puede más que yo. La cálida huella de su cálida forma. Incluso sentarme donde se ha sentado una mujer, especialmente con muslos abiertos, como para conceder el favor supremo, muy especialmente con los faldones de raso de la chaqueta previamente bien levantados. Tan femeninamente llena. Me llena plenamente.

LA CATARATA:

Philallena Poulaphouca
Poulaphouca Poulaphouca.

LOS TEJOS: ¡Chsst! ¡Hermana, habla!

LA NINFA: *(sin ojos, en hábito blanco de monja, cofia y toca de anchas alas, suavemente, con remota mirada)* Convento Tranquilla. Sor Ágata. Monte Carmelo, las apariciones de Knock y Lourdes. Ya no más deseos. *(Reclina la cabeza, suspirando).* Sólo lo etéreo. Donde la sueñosa cremosa gaviota sobre el agua turbia flota.

(Bloom se levanta a medias. El botón del bolsillo de atrás le salta).

EL BOTÓN: ¡Bip!

(Dos fulanas del Coombe pasan bailando bajo la lluvia, con chales, aullando sordamente).

LAS FULANAS:

Oh Leopold perdió el alfiler de las bragas
no sabía qué hacer

para sostenerlas en alto
para sostenerlas en alto.

BLOOM: *(fríamente)* Habéis roto el hechizo. La gota de agua que rebosa. Si no hubiera más que lo etéreo, ¿dónde estaríais todas, postulantes y novicias? Tímida pero deseosa, como un burro que orina.

LOS TEJOS: *(precipitando el papel de plata de sus hojas, con los flacos brazos envejeciendo y vacilando)* ¡Caedizamente!

LA NINFA: *(con sus rasgos endureciéndose, busca a tientas en los pliegues de su hábito)* ¡Qué sacrilegio! ¡Atentar contra mi virtud! *(Aparece en su túnica una gran mancha mojada).* ¡Manchar mi inocencia! No eres digno de tocar la vestidura de una mujer pura. *(Se aprieta la túnica).* Espera, Satán. No cantarás más canciones de amor. Amén. Amén. Amén. Amén. *(Saca un puñal y, revestida de la cota de malla de un caballero elegido entre nueve, le hiere en los lomos). Nekum!*

BLOOM: *(poniéndose en pie de un salto, le agarra la mano)* ¡Eh! ¡Nebrakada! ¡Gata de siete vidas! Juego limpio, señora. Nada de cuchillo de podar. La zorra y las uvas, ¿no? ¿Qué tenemos de malo, para vuestro alambre de espino? ¿No es bastante grueso el crucifijo? *(Le agarra el velo).* ¿Un santo abad es lo que necesitas, o Brophy, el jardinero cojo, o la estatua sin pitorro del aguador, o la buena Madre Alphonsus, eh lagarta?

LA NINFA: *(con un grito, se escapa de él sin velo, su envoltura de escayola agrietándosele, con una nube de hedor escapando por las grietas)* ¡Poli…!

BLOOM: *(le grita siguiéndola)* Como si vosotras no lo recibierais por partida doble, vosotras mismas. Sin sacudidas ni mucosidades múltiples por todas partes. Yo lo probé. Vuestra fuerza es nuestra debilidad. ¿Cuál es nuestro honorario de garañones? ¿Qué nos vais a pagar a tocateja? He leído que alquiláis bailarines en la Riviera. *(La ninfa fugitiva da altos gritos).* ¡Eh! Yo tengo detrás de mí dieciséis años de trabajo de negros. ¿Y me daría un jurado mañana cinco chelines por alimentos, eh? Engaña a otro, no a mí. *(Olfatea).* Pero. Cebollas. Rancio. Azufre. Grasa.

(La figura de Bella Cohen se yergue ante él).

BELLA: La próxima vez te acordarás de mí.

BLOOM: *(compuesto, la observa) Passée*. Carnero disfrazado de lechal. Dientes largos y vello superfluo. Una cebolla cruda para terminar por la noche le sentaría bien a su tez. Y algunos ejercicios para rebajar papada. Tus ojos están tan vaporosos como los ojos de cristal de tu zorro disecado. Tienen las dimensiones de tus otras facciones, eso es todo. Yo no soy un torpedo de tres hélices.

BELLA: *(con desprecio)* Tú no estás para nada, en realidad. *(Su cono de fulana ladra).* ¡Fbhracht!

BLOOM: *(con desprecio)* Límpiate primero el dedo medio sin uña; el jugo frío de tu chulo te está goteando de tu cresta de gallo. Toma un puñado de heno y límpiate.

BELLA: ¡Te conozco, agente de publicidad! ¡Besugo muerto!

BLOOM: ¡Yo le vi, madama de putas! ¡Revendedora de sífilis y purgaciones!

BELLA: *(se vuelve al piano)* ¿Quién de vosotras tocaba la marcha fúnebre de Saúl?

ZOE: Yo. Ocúpate de tus juanetes. *(Va disparada al piano y golpea acordes en él con los brazos cruzados).* El paseo del gato por las escorias. *(Echa una ojeada atrás).* ¿Eh? ¿Quién hace el amor con mis nenitas? *(Vuelve disparada a la mesa).* Lo que es tuyo es mío y lo que es mío es tuyo.

(Kitty, desconcertada, se recubre los dientes con el papel de plata. Bloom se acerca a Zoe).

BLOOM: *(amablemente)* Devuélveme esa patata, ¿quieres?

ZOE: Prenda perdida: cosa fina y cosa más que fina.

BLOOM: *(con sentimiento)* No es nada, pero no deja de ser una reliquia de la pobre mamá.

ZOE:

Si reclamas lo que diste
Dios pregunta dónde está:
si dices que no lo sabes
al fuego te mandará.

BLOOM: Hay recuerdos unidos a ella. Me gustaría tenerla.

STEPHEN: Tener o no tener, esa es la cuestión.

ZOE: Aquí está. *(Se levanta el borde de la combinación, mostrando el muslo desnudo y desenvuelve la patata de lo alto de la media).* Quien esconde sabe dónde encontrar.

BELLA: *(frunce el ceño)* Ea. Esto no es una barraca de exhibiciones. Y tú no destroces ese piano. ¿Quién paga aquí?

(Va hacia la pianola. Stephen hurga en el bolsillo, y, sacando un billete por una esquina, se lo entrega).

STEPHEN: *(con exagerada cortesía)* Esta bolsa de seda la he sacado de la oreja de la cerda del público. Señora, me excuso. Si me lo permite. *(Indica vagamente a Lynch y a Bloom).* Estamos todos en el mismo juego, Kinch y Lynch. *Dans ce bordel où tenons nostre état.*

LYNCH: *(llama desde junto a la chimenea)* ¡Dedalus! Dale tu bendición por mí.

STEPHEN: *(entrega a Bella una moneda)* Oro. Ella lo tiene.

BELLA: *(mira al dinero, y luego a Zoe, Florry y Kitty)* ¿Quiere tres chicas? Son diez chelines aquí.

STEPHEN: *(complacido)* Cien mil excusas. *(Vuele a hurgar en el bolsillo y saca y le entrega dos coronas).* Permítame, brevi manu, tengo la vista algo trastornada.

(Bella va a la mesa y cuenta el dinero mientras Stephen habla consigo mismo en monosílabos. Zoe da un salto hasta la mesa. Kitty se inclina sobre el cuello de Zoe.

Lynch se levanta, se endereza la gorra, y, agarrando a Kitty por la cintura, añade su cabeza al grupo).

FLORRY: *(golpea pesadamente para levantarse)* ¡Au! Se me ha dormido el pie.

(Cojea hasta la mesa. Bloom se acerca).

BELLA, ZOE, KITTY, LYNCH, BLOOM: *(charlando y peleándose)* El caballero… diez chelines… paga por los tres… permítame un momento… este caballero paga aparte… ¿quién lo toca?… ay… cuidado a quién pellizca… ¿se quedan toda la noche o un rato?… ¿quién fue?… perdone, es usted un embustero… el caballero ha pagado como un caballero… beber… son mucho más de las once.

STEPHEN: *(a la pianola, hace un gesto de aborrecimiento)* ¡Nada de botellas! ¿Cómo, las once? Adivina adivinanza.

ZOE: *(levantándose la enagua y doblando medio soberano en lo alto de la media)* Ganado trabajando duro con el sudor de mi espalda.

LYNCH: *(levantando a Kitty de la mesa)* ¡Ven!

KITTY: Espera. *(Agarra las dos coronas).*

LYNCH: ¡Aupa!

(La levanta, se la lleva y la deja caer en el sofá).

STEPHEN:

El zorro cantó, los gallos volaban,
las campanas del cielo
las once daban.
Es hora de que su pobre alma
salga del cielo.

BLOOM: *(tranquilamente deja medio soberano en la mesa, entre Bella y Florry)* Aquí tienen. Permítanme. *(Recoge el billete de una libra).* Tres por diez. Estamos en paz.

BELLA: *(con admiración)* Qué astuto eres, viejo loro. Casi estoy por darte un beso.

ZOE: *(señalándole)* ¿Hm? Profundo como un pozo.

(Lynch echa a Kitty hacia atrás en el sofá y la besa. Bloom va con el billete de libra hacia Stephen).

BLOOM: Esto es tuyo.

STEPHEN: ¿Cómo es eso? *Le distrait* o el mendigo distraído. *(Vuelve a hurgarse en el bolsillo y saca un puñado de monedas. Cae un objeto).* Se ha caído eso.

BLOOM: *(agachándose, recoge y entrega una caja de cerillas)* Esto.

STEPHEN: Fósforos. Gracias.

BLOOM: Más valdría que me entregara ese dinero a mí para que lo cuidara. ¿Por qué pagar más?

STEPHEN: *(le entrega todas sus monedas)* Sea justo antes de ser generoso.

BLOOM: Sí, pero ¿es prudente? *(Cuenta).* Uno, siete, once, y cinco. Seis. Once. No respondo de lo que haya perdido.

STEPHEN: ¿Por qué daban las once? Proparoxítono. El momento antes del siguiente, dice Lessing. Zorro sediento. *(Se ríe ruidosamente).* Enterrando a su abuela. Probablemente la mató.

BLOOM: Son una libra seis chelines y once peniques. Una libra con siete chelines, digamos.

STEPHEN: No me importa un pito.

BLOOM: No, pero…

STEPHEN: *(se acerca a la mesa)* Un cigarrillo, por favor. *(Lynch lanza un cigarrillo desde el sofá a la mesa).* Así que Georgina Johnson está muerta y casada. *(Aparece un cigarrillo en la mesa. Stephen lo mira).* Milagro. Magia de salón. Casada. Humm. *(Enciende una cerilla y se pone a dar lumbre al cigarrillo con enigmática melancolía).*

LYNCH: *(observándole)* Tendrías más probabilidades de dar lumbre si acercaras más la cerilla.

STEPHEN: *(acerca más la cerilla al ojo)* Ojo de lince. Tengo que buscarme unas gafas. Las rompí ayer. Hace dieciséis años. La distancia. El ojo lo ve todo plano. *(Aleja la cerilla. Se apaga).* El cerebro piensa. Cerca: lejos. Ineluctable modalidad de lo visible. *(Frunce el ceño misteriosamente).* Humm. La esfinge. La bestia que tiene dos espaldas a medianoche. Casada.

ZOE: Fue un viajante de comercio que se casó con ella y se la llevó.

FLORRY: *(asiente)* El señor Cordero, de Londres.

STEPHEN: Cordero de Londres, que quitas los pecados del mundo.

LYNCH: *(abrazando a Kitty en el sofá, salmodia con voz profunda) Dona nobis pacem.*

(El cigarrillo resbala de los dedos de Stephen. Bloom lo recoge y lo tira a la chimenea).

BLOOM: No fume. Debería comer. Maldito ese perro que me encontré. *(A Zoe).* ¿No tienes nada?

ZOE: ¿Tiene hambre éste?

STEPHEN: *(extiende la mano hacia la sonrisa de ella y entona con la melodía del pacto de sangre del Crepúsculo de los Dioses).*

Hangende Hunger,
Fragende Frau,
Macht uns alie kaputt.

ZOE: *(trágicamente)* ¡Hamlet, soy la barrena de tu padre! *(Le toma la mano).* Belleza de ojos azules, te voy a leer la mano. *(Le señala a la frente).* Ni ingenio ni

arrugas. *(Cuenta).* Dos, tres, Marte, eso es valentía. *(Stephen mueve la cabeza).* No eres un chiquillo.

LYNCH: Valentía de trueno. El muchacho que no sabía lo que era miedo. *(A Zoe).* ¿Quién te enseñó quiromancia?

ZOE: *(se vuelve)* Pregúntaselo a las pelotas que no tengo. *(A Stephen).* Te lo veo en la cara. Los ojos, así. *(Frunce el ceño con la cabeza baja).*

LYNCH: *(riendo, da un par de azotes a Kitty)* Así. Doña Palmeta.

(Por dos veces, con ruido, chasca una palmeta: el féretro de la pianola se abre de golpe, y salta fuera la cabecita calva, de muñeco de sorpresa, del Padre Dolan).

PADRE DOLAN: ¿Algún chico necesita palmetazos? ¿Que se le rompieron las gafas? Perezosillo intrigante, vago. Te lo veo en los ojos.

(Suave, benigno, rectoral, reprobador, la cabeza de Don John Conmee sale del féretro de la pianola).

DON JOHN CONMEE: ¡Vamos, Padre Dolan! Vamos. Estoy seguro de que Stephen es un chico muy bueno.

ZOE: *(examinando la palma de Stephen)* Mano de mujer.

STEPHEN: *(murmura)* Sigue. Miente. Agárrame la mano. Acaríciame. Nunca he sabido leer Su letra excepto Su delincuente huella digital en el róbalo.

ZOE: ¿Qué día naciste?

STEPHEN: Jueves. Hoy.

ZOE: El nacido en jueves llegará muy lejos. *(Traza líneas en la mano).* Línea del destino. Amigos influyentes.

FLORRY: *(señalando)* Imaginación.

ZOE: Montaña de la luna. Encontrarás una… *(De repente se pone a escudriñar la mano).* No te diré lo que no sea bueno para ti. ¿O quieres saberlo?

BLOOM: *(le desprende los dedos y ofrece su palma)* Más de malo que de bueno. Toma. Léeme la mía.

BELLA: Enseña. *(Le da la vuelta a la mano de Bloom).* Ya me lo imaginaba. Nudillos nudosos, bueno para las mujeres.

ZOE: *(escudriñando la palma de Bloom)* Rejilla. Viajes cruzando el mar y casamiento con dinero.

BLOOM: Te equivocas.

ZOE: *(rápidamente)* Ah, ya veo. Meñique corto. Marido cornudo. ¿Equivocado esto?

*(*Lisa la Negra, *una enorme gallina, poniendo, en un círculo de tiza, extiende las alas y cacarea).*

LISA LA NEGRA: Carac, cluc, cluc, cluc. *(Se aparta del huevo apenas puesto y se va contoneándose).*

BLOOM: *(se señala la mano)* Esa señal de ahí es un accidente. Me caí y me corté hace veintidós años. Tenía yo dieciséis.

ZOE: Ya veo, dice el ciego. Dinos algo nuevo.

STEPHEN: ¿Ves? Avanza a una sola gran meta. Yo también tengo veintidós años. Hace dieciséis yo con veintidós me caí, hace veintidós él con dieciséis se cayó de su caballito de madera. *(Mueca dolorosa).* Me he hecho daño en la mano no sé dónde. Tengo que ir al dentista. ¿Dinero?

(Zoe susurra a Florry. Risotean. Bloom deja suelta la mano y escribe ociosamente en la mesa de atrás adelante, trazando a lápiz lentas curvas).

FLORRY: ¿Qué?

(Pasa al trote un coche de punto, número trescientos veinticuatro, con una jaca de hermosas ancas, conducido por James Barton, avenida Harmony, Donnybrook. Blazes Boylan y Lenehan se bambolean repantigados en los asientos laterales. El botones del Ormond está acurrucado detrás, sobre el eje. Lydia Douce y Mina Kennedy observan tristemente por encima de la cortina).

EL BOTONES: *(traqueteado, se burla de ellas con el pulgar y agitados dedos de gusano)* Je, je ¿os pican los cuernos?

(Bronce junto a Oro, susurran).

ZOE: *(a Florry)* Susurra. *(Vuelven a susurrar).*

(Blazes Boylan se inclina hacia el pescante, ladeado el sombrero de paja de remero, una flor roja en la boca. Lenehan, con gorra de yachtsman y zapatos blancos, le quita servicialmente a Blazes Boylan un pelo del hombro de la chaqueta).

LENEHAN: ¡Ahí va! ¿Qué veo aquí? ¿Les has cepillado las telarañas a unas cuantas pájaras?

BOYLAN: *(sentado, sonríe)* Desplumando una pava.

LENEHAN: Buen trabajo para una noche.

BOYLAN: *(levantando cuatro dedos de uñas romas, guiña el ojo)* ¡La nena de Blazes! Conforme a la muestra o se devuelve el dinero. *(Levanta el índice).* Huele esto.

LENEHAN: *(huele con júbilo)* ¡Ah! Langosta con mayonesa.

ZOE Y FLORRY: *(ríen juntas)* Ja ja ja ja.

BOYLAN: *(baja de un salto, seguro, del coche y grita en alto para que oigan todos)* ¡Hola, Bloom! ¿Está levantada ya la señora Bloom?

BLOOM: *(con chaqueta de lacayo de pana color ciruela y calzones cortos, medias color gamuza y peluca empolvada)* Me temo que no, señor; los últimos artículos…

BOYLAN: *(le lanza seis peniques)* Toma, ahí tienes para tomarte una ginebra con gaseosa. *(Cuelga con desenvoltura el sombrero en un pico de la cabeza de Bloom con cuernos de ciervo).* Enséñame el camino. Tengo un pequeño asunto privado con tu mujer. ¿Entiendes?

BLOOM: Gracias, señor. Sí, señor, la señora Tweedy está en el baño, señor.

MARION: Debería sentir que es un alto honor para él. *(Salta fuera del agua, salpicando acá y allá).* Raoul, querido, ven a secarme. Estoy en cueros. Sólo mi sombrero nuevo y una esponja de cochero.

BOYLAN: *(con un alegre chispear en los ojos)* ¡Fenomenal!

BELLA: ¿Qué? ¿Qué es eso?

(Zoe le susurra).

MARION: ¡Que mire si quiere, ese desgraciado! ¡Alcahuete! ¡Y que se dé azotes! Escribiré a una poderosa prostituta o a Bartholomona, la mujer barbuda, para que le levante ampollas de una pulgada de gordas y que le haga traerme un recibo firmado y sellado.

BOYLAN: *(apretándose fuerte)* Vamos, no puedo retener por mucho más tiempo un asuntito. *(Se aparta a zancadas con rígidas piernas de caballería).*

BELLA: *(riendo)* Jo jo jo jo.

BOYLAN: *(a Bloom, por encima del hombro)* Puedes aplicar el ojo a la cerradura y jugar contigo mismo mientras yo paso por ella unas cuantas veces.

BLOOM: Gracias, señor; sí, señor. ¿Me permite traer dos compadres para ser testigos del hecho y tomar una instantánea? *(Tiene en la mano un tarro de pomada).* ¿Vaselina, señor? ¿Azahar?… ¿Agua tibia?…

KITTY: *(desde el sofá)* Cuéntanos, Florry. Cuéntanos. Qué.

(Florry le susurra. Susurrantes palabras de amor murmuran labiolamiendo sonoras, salpichapoteando amapolisísmicamente).

MINA KENNEDY: *(con los ojos en alto)* ¡Oh, debe ser como el aroma de los geranios y de los deliciosos melocotones! ¡Oh, él sencillamente idolatra hasta el último pedacito de ella! ¡Pegados juntos! ¡Cubiertos de besos!

LYDIA DOUCE: *(abriendo la boca)* Ñamñam. ¡Oh, él la lleva dando vueltas por el cuarto mientras se lo hace! Al trote, al trote, al galope. Se les oiría en París y en Nueva York. Como bocados de fresas con nata.

KITTY: *(riendo)* Ji ji ji.

LA VOZ DE BOYLAN: *(dulcemente, roncamente, por la boca del estómago)* ¡Aj! ¡Bueblazcracbrucarchkracht!

LA VOZ DE MARION: *(roncamente, dulcemente subiéndole a la garganta)* ¡Oh! ¿Uiichuachtbesisimpuisznapuuhuc?

BLOOM: *(los ojos locamente dilatados, se agarra a sí mismo)* ¡Enseña! ¡Esconde! ¡Enseña! ¡Árala! ¡Más! ¡Dispara!

BELLA, ZOE, FLORRY, KITTY: ¡Jo jo! ¡Ja ja! ¡Ji ji!

LYNCH: *(señala)* El espejo presentado a la naturaleza. *(Ríe).* Ju ju ju ju ju ju.

(Stephen y Bloom observan en el espejo. Aparece en él la cara de William Shakespeare, sin barba, rígido en parálisis facial, coronado por el reflejo del perchero con cuernos de ciervo que hay en el vestíbulo).

SHAKESPEARE: *(en ventrilocuismo con dignidad)* En la risa ruidosa echase de ver la mente vacía. *(A Bloom).* Creíaste tú cual si invisible fueras. Observa. *(Canta con risotada de capón negro).* ¡Yagogo! ¡Cómo estrangurriló mi Olbello a su Desdeñomomia! ¡Yagogogo!

BLOOM: *(sonríe en amarillo a las putas)* ¿Cuándo voy a oír el chiste?

ZOE: Antes que seas dos veces casado y una vez viudo.

BLOOM: Los deslices se perdonan. Incluso el gran Napoleón, cuando le tomaron las medidas desnudo después de su muerte…

(La señora Dignam, esposa y viuda, la nariz remangada y las mejillas sofocadas de tanto hablar de muerte, de las lágrimas y el jerez tostado de Tunny, llega apresuradamente en sus lutos, el sombrero ladeado, empolvándose y dándose colorete en mejillas, labios y nariz, cisne madre llevando por delante su camada de patitos. Por debajo de la falda le asoman los pantalones de estar en casa de su difunto marido y sus botas de puntera para arriba, número cuarenta y cinco. Lleva en la mano una póliza de seguros de la Viuda Escocesa y una amplia sombrilla-marquesina bajo la cual sus pequeños corren con ella; Patsy cojeando con un pie más corto, el cuello de la camisa abierto, una ristra de chuletas de cerdo colgando; Freddy gimoteando; Susy con morros de merluza llorona; Alice luchando con el nene. Ella les echa adelante a golpes, con sus velos flotando al viento).

FREDDY: ¡Ay, mamá, me llevas a rastras!

SUSY: ¡Mamá, que se sale el caldo!

SHAKESPEARE: *(con cólera paralítica)* Case cosegu quienmato prime.

(La cara de Martin Cunningham, con barba, se modela sobre la cara sin barba de Shakespeare. La sombrilla-marquesina se balancea ebriamente, los chicos se apartan corriendo. Bajo la sombrilla aparece la señora Cunningham con sombrero de Viuda Alegre y un kimono. Se desliza a los lados y hace reverencias, retorciéndose japonesitamente).

SEÑORA CUNNINGHAM: *(canta)*

¡Y me llaman la joya de Asia!

MARTIN CUNNINGHAM: *(la observa impasible)* ¡Enorme! ¡Jodidísima horrible mediospelos!

STEPHEN: *Et exaltabuntur cornua iusti*. Reinas yacieron con toros premiados. Recordad a Pasífae para cuya lujuria mi tataratatarabuelo construyó el primer confesonario. No olvidéis a Madame Grissel Steevens ni a los retoños porcinos de la familia de Lambert. Y Noé se embriagó de vino. Y su arca estaba abierta.

BELLA: Nada de eso aquí. Te equivocas de tienda.

LYNCH: Déjale en paz. Ha vuelto de París.

ZOE: *(corre a Stephen y le da el brazo)* ¡Anda, vamos! Danos un poco de parlevú. *(Stephen se encaja el sombrero en la cabeza y salta hacia la chimenea, donde queda parado, con los hombros encogidos, las manos extendidas como aletas, una sonrisa pintada en la cara).*

LYNCH: *(tamborileando en el sofá)* Trrrm Trrrm Trrrm Trrrrrmmmmm.

STEPHEN: *(charlotea, con sacudidas de marioneta)* Mil lugares diversión para pasar noches con deliciosas damas que venden guantes y otras cosas quizá su corazón

cervecería establecimiento perfecto a la moda muy excéntrico donde montones de cocottes bellamente vestidas casi princesas como bailando cancán y paseando allí payasadas parisinas extra locas para solteros extranjeros lo mismo si hablan mal inglés qué listas son en cosas amor y voluptuosas sensaciones. Míster muy selecto para su placer debe visitar cielo e infierno espectáculo con velas fúnebres y llorar lágrimas plata que ocurre cada noche. Perfectamente chocante tremenda de cosas de religión burla vista en todo el universo. Todas mujeres chic lo cual llegan llenas de modestia luego desnudan y chillan fuerte de ver hombre vampiro violar monja muy fresca joven con *dessous troublants*. *(Chasca fuerte la lengua). Ho, là là! Ce pif qu'il a!*

LYNCH: *Vive le vampire!*

Las putas: ¡Bravo! ¡Parlevú!

STEPHEN: *(con la cara para atrás, ríe fuerte, aplaudiéndose a sí mismo haciendo muecas)* Gran éxito de risa. Ángeles mucho gustar prostitutas y santos apóstoles grandes condenados de chulos. Demimondaines muy guapas resplandeciendo de diamantes muy amablemente vestidas. ¿O usted ser más gustoso de lo que toca placeres esos modernos vicios de viejos? *(Señala a su alrededor con gestos grotescos, a que replican Lynch y las putas).* Estatua de mujer de caucho reversible o tamaño natural mirones vírgenes desnudeces muy lesbianas el beso cinco diez veces. Pasen caballeros a ver en espejos todas posiciones trapecios toda esa maquinaria además también si desear acto terriblemente bestial mozo de carnicero fornica en hígado de buey caliente o tortilla en la tripa *pièce de Shakespeare*.

BELLA: *(golpeándose en el vientre, se deja caer en el sofá con un grito de risa)* Una tortilla en el… ¡Jo, jo, jo, jo!… Tortilla en el…

STEPHEN: *(cursi)* Te amo, querido Sir. Hablar usted lengua inglés para *double entente cordiale*. Ah sí, *mon loup*. ¿Cuánto costar? Waterloo. Watercloset. *(Se interrumpe de pronto y levanta un índice).*

BELLA: *(riendo)* Tortilla…

STEPHEN: Háganme caso. He soñado con una sandía.

ZOE: Vete al extranjero y ama a una señora extranjera.

LYNCH: A través del mundo en busca de mujer.

FLORRY: Los sueños van por contrarios.

STEPHEN: *(extendiendo los brazos)* Fue aquí. Calle de putas. En Serpentine Avenue, me la enseñó Belcebú, una viuda regordeta. ¿Dónde está extendida la alfombra roja?

BLOOM: *(acercándose a Stephen)* Mira…

STEPHEN: No, yo volé. Mis enemigos a mis pies. Por los siglos de los siglos. Mundo sin fin. *(Grita). Pater!* ¡Libre!

BLOOM: Vamos, escucha…

STEPHEN: ¿Quiere domeñar mi espíritu? *O merde alors! (Grita, con sus garras de buitre aguzadas).* ¡Olá! ¡Hi-ho!

(La voz de Simon Dedalus responde en hi-hó, algo soñolienta pero dispuesta).

SIMON: Está bien. *(se cierne, incierto, por el aire, dando Vueltas, lanzando gritos de estímulo, sobre fuertes y pesadas alas de águila ratonera)* ¡Eh, muchacho! ¿Vas a ganar? ¡Huup! ¡Pschatt! ¡En la cuadra con esos bastardos! Yo no les dejaría acercarse ni a rebuzno de asno. ¡La cabeza alta! ¡En alto ondeando la bandera! Águila en gules volando desplegada en campo de plata. ¡Rey de armas del Ulster! ¡Hey huup! *(Imita la llamada del sabueso dando a la lengua).* ¡Bulbul! ¡Burblblbrurblbl! ¡Eh, muchacho!

(Las frondas y los claros del papel de la pared corren rápidamente a través del campo. Un grueso zorro, sacado de su escondite, cola tiesa, habiendo enterrado a su abuela, corre velozmente hacia lo abierto, con ojos brillantes, buscando una madriguera de tejón, bajo las hojas. Le sigue la jauría de sabuesos, nariz en el suelo, olfateando la presa, ladrabuesando, ladrbuesrdrando para agrarbrdrar la presa. Cazadores y cazadoras de la Ward Union se unen a ellos, acalorados por matar. Desde Six Mile Point, Flathouse, Nine Mile Stone, les siguen los de a pie con garrotes nudosos, arpones de salmones, lazos; mayorales de ganado con látigos, cazadores de osos con tantanes, toreros con estoques, negros agrisados blandiendo antorchas. Aulla la turba de fulleros, de jugadores de brisca, de rufianes, de tahúres. Apostadores, soplones, agentes de apuestas, roncos, con gorros altos de mago, clamorean ensordecedoramente).

LA MULTITUD:

Programa de las carreras. ¡Programa oficial!
¡Diez a uno el colocado!
¡El fijo de la tarde! ¡El que se pasea!
¡Diez a uno todos menos uno! ¡Diez a uno todos menos uno!
¡Prueben suerte en los caballitos!
¡Diez a uno todos menos uno!
¡Vender el mono, muchachos! ¡Vender el mono!
¡Doy diez a uno!
¡Diez a uno todos menos uno!

(Un caballo desconocido, sin jockey, se dispara como un fantasma más allá del poste de llegada, la melena espumosa de luna, las esferas de los ojos como estrellas. Le sigue el pelotón, un montón de monturas remontadas: caballos en esqueleto, Cetro, Máximo Segundo, Zinfandel, Disparado del Duque de Westminster, Repulsa, Ceylán del Duque de Beaufort, Prix de París. *Los cabalgan enanos, con enmohecidas armaduras, brincando y brincando en las sillas. En último lugar, entre una llovizna, en un rocín amarillento sin aliento,* Gallo del Norte, *el favorito, gorra color miel, chaquetilla verde, mangas naranjas, el jockey Garren Deasy, agarrando las riendas,*

un palo de hockey preparado. Su rocín, tropezando con sus patas con defensas blancas, va al trote corto por el camino pedregoso).

LAS LOGIAS ORANGISTAS: *(con ironía)* Bájese a empujar, caballero. ¡Última vuelta! ¡Va a llegar a casa de noche!

GARRETT DEASY: *(muy derecho, con la cara arañada emplastada de sellos de correo, blande su palo de hockey, con ojos azules que chispean en el prisma de la lámpara mientras su montura pasa a un galope de escuela) Per vias rectas!*

(Una pértiga con dos cubos cae, como un leopardo, toda por encima de él y de su encabritado rocín; un torrente de caldo de cordero con monedas danzantes de zanahorias, cebada, cebollas, nabos, patatas).

LAS LOGIAS VERDES: ¡Hermoso día, Sir John! ¡Hermoso día, Su Honor! *(El Soldado Carr, el Soldado Compton y Cissy Caffrey pasan al pie de las ventanas, cantando desacordes).*

STEPHEN: ¡Oíd! Amigo nuestro, ¡ruido en la calle!

ZOE: *(levanta la mano)* ¡Alto!

SOLDADO CARR, SOLDADO COMPTON y CISSY CAFFREY:

Siento un gran querer
por mi rosa de Yorkshire…

ZOE: Ésa soy yo. *(da una palmada)* ¡Bailad! ¡Bailad! *(Corre a la pianola).* ¿Quién tiene dos peniques?

BLOOM: ¿Quién va a…?

LYNCH: (Entregándole monedas) Aquí están.

STEPHEN: *(chascando los dedos con impaciencia)* ¡Deprisa! ¡Deprisa! ¿Dónde está mi vara de augur? *(Corre al piano y toma el bastón de fresno, golpeando con el pie en danza sacerdotal).*

ZOE: *(da vueltas a la manivela)* Ya está.

(Deja caer dos peniques en la ranura. Se encienden luces doradas rosas y violetas. Gira el cilindro ronroneando un vals con sorda vacilación. El Profesor Goodwin, en peluca con coleta, traje de ceremonia, llevando una manchada capa con cuello vuelto, doblado en dos por su increíble ancianidad, avanza vacilante por el cuarto, con las manos temblando. Se sienta, diminuto, en la banqueta del piano y golpea palillos de brazos sin manos contra el teclado, inclinando la cabeza con gracia de damisela, la coleta subiendo y bajando).

ZOE: *(gira sobre sí misma, golpeando con el tacón)* Bailad. ¿Nadie me saca? ¿Quién quiere bailar?

(La pianola, con luces cambiantes, toca en compás de vals el preludio de Mi chiquilla es de Yorkshire. *Stephen tira en la mesa su bastón y agarra a Zoe por la cintura. Florry y Bella empujan la mesa hacia la chimenea. Stephen, moviendo entre los brazos a Zoe con gracia exagerada, empieza a valsar con ella dando vueltas por*

el cuarto. La manga de Zoe, caída de su brazo agraciado, revela una blanca flor carnosa de vacuna. Bloom está de pie a un lado. Entre las cortinas, el Profesor Maginni inserta una pierna en cuya punta del dedo del pie da vueltas una chistera. Con un diestro puntapié, lo envía dando vueltas hasta su coronilla y entra en escena patinando chisterochistoso. Lleva una levita pizarra con solapas de seda color clarete, alzacuello de tul crema, chaleco verde muy abierto, cuello duro con plastrón blanco, pantalones ajustados color lavanda, escarpines de charol y guantes canario. En el ojal lleva una dalia. Da vueltas en direcciones opuestas a un bastón ondulado, y luego se lo encaja apretado en el sobaco. Se pone una mano flojamente en el esternón, hace una reverencia y se acaricia la flor y los botones).

MAGINNI: La poesía del movimiento, el arte de la calisténica. Ninguna relación con la escuela de la señora Legget Byrne o la de Levinstone. Se organizan bailes de máscaras. Lecciones de buen porte. Los pasos de Katty Lanner. Así. ¡Mírenme! Mis habilidades terpsicóreas. *(Avanza tres pasos en minuet sobre menudas patitas de abeja). Tout le monde en avant! Révérence! Tout le mond en place!*

(Acaba el preludio. El Profesor Goodwin, agitando vagamente los brazos, se empequeñece, se encoge, con su capa viva cayendo alrededor de la banqueta. Tamborilea la melodía, en tiempo de vals más firme. Stephen y Zoe dan vueltas libremente. Las luces cambian, fulgen, se desvanecen, doradas, rosas, violetas).

LA PIANOLA:

Dos muchachos hablaban de sus chicas,
las novias que quedaron allá lejos…

(Desde un rincón, salen corriendo las Horas de la Mañana, con pelo de oro, esbeltas, en azul juvenil, cintura de avispa, manos inocentes. Ágilmente bailan, haciendo girar sus combas de saltar. Les siguen las Horas del Mediodía en ámbar dorado. Riendo enlazadas, con altas peinetas relucientes, captan el sol en espejos burlones, levantando los brazos).

MAGINNI: *(palmipalmotea manos silencienguantadas) Carré! Avant deux!* ¡Respiren por igual! *Balance!*

(Las Horas de la Mañana y del Mediodía valsan en sus lugares, volviéndose, avanzando unas hacia otras, modelando sus curvas, haciéndose reverencias mutuamente. Detrás de ellas, sus caballeros enarcan y suspenden los brazos, con las manos bajando, tocando, levantándose de sus hombros).

HORAS: Puedes tocarme el…

CABALLEROS: ¿Puedo tocarte el?

HORAS: ¡Ah, pero ligeramente!

CABALLEROS: ¡Ah, y tan ligeramente!

LA PIANOLA:

Mi niña esquiva tiene una cintura.

(Zoe y Stephen dan vueltas impetuosamente, con brío más suelto. Avanzan las Horas del Crepúsculo, desde largas sombras de tierra, dispersas, demorándose, lánguidas de ojos, con mejillas delicadas de polvos y de falsa floración sutil. Van de gasa gris con oscuras mangas de murciélago que aletean en la brisa de tierra).

MAGINNI: *Avant! huit! Traversé! Salut! Cours de mains! Croisé!*

(Las Horas de la Noche se deslizan furtivamente al último lugar. Las Horas de la Mañana, del Mediodía y del Crepúsculo se retiran ante ellas. Van enmascaradas, con puñales en el pelo y brazaletes de campanillas de ruido sordo. Fatigadas, velivolublean bajo velos).

LOS BRAZALETES: ¡Ay-oh! ¡Ay-oh!

ZOE: *(retorciéndose, con una mano en la frente)* ¡Oh!

MAGINNI: *Les tiroirs! Chaîne de dames! La corbeille! Dos à dos!*

(En fatigados arabescos, tejen una figura en el suelo, tejiendo, destejiendo, haciendo reverencias, retorciendo, hasta que les hierve la cabeza).

ZOE: Me hierve la cabeza.

(Se desprende, se deja caer en una silla; Stephen agarra a Florry y da vueltas con ella).

MAGINNI: *Boulangère! Les ronds! Les ponts! Chevaux de bois! Escargots!*

(Emparejándose, retirándose, con manos intercambiantes, las Horas de la Noche se enlazan, cada cual con brazos en arco, en un mosaico de movimientos. Stephen y Florry dan vueltas pesadamente).

MAGINNI: *Dansez avec vos dames! Changez des domes! Donnez le petit bouquet à votre dame! Remerciez!*

LA PIANOLA:

La mejor, la mejor de todas
¡porrompón!

KITTY: *(se pone de pie de un salto)* ¡Ah, eso lo tocaban en los caballitos de la tómbola Mirus!

(Corre hacia Stephen. Él deja bruscamente a Florry y agarra a Kitty. Chilla un áspero silbido agudo de estridente alcaraván. El mastodóntico tiovivo Toft gimiengruñiengorgoteando hace girar despacio el cuarto alrededor del cuarto).

LA PIANOLA:

Mi chiquilla es de Yorkshire.

ZOE: De Yorkshire de verdad. ¡Vamos allá todos!

(Agarra a Florry y valsa con ella).

STEPHEN: *Pas seul!*

(Envía dando vueltas a Kitty a los brazos de Lynch, agarra el bastón de la mesa y dirige el baile. Todos giran, dan vueltas, valsan, remolinean. Bloombella, Kittylynch, Florryzoe, mujeres chupachupis. Stephen con su bastón de fresno salta rana en medio pies por alto pataleando al cielo boca cerrada mano agarra parte bajo muslo, con clanclán tintín martillopilón alalí cuernocazar relámpagos azul verde amarillo. El mastodóntico de Toft gira con jinetes de caballitos de madera colgando de serpientes doradas, tripas en fandango saltando golpea suelo pie y cae otra vez).

LA PIANOLA:

Aunque sea una chica de taller
y no tenga vestidos elegantes.

(Agarrados estrecho deprisa más deprisa con fulgorresplandorestentor se deslizan ellos dispararresbalacarreran pasando en pesadesplomar. ¡Porrompón!)

TUTTI: ¡Otra vez! ¡Bis! ¡Bravo! ¡Otra vez!

SIMON: ¡Piensa en la familia de tu madre!

STEPHEN: La danza de la muerte.

(Tan bis talán tan de campanilla de portero, caballo, rocín, novillo, lechones, Conmee en el asno de Cristo cojo muleta y pierna marinero en chalupa cruzado de brazos tiracables izando patear danza marinerashire de verdad, ¡Porrompón! En rocines, cerdos, caballos con cascabeles, cerdos gadarenos, Corny en el ataúd. Acero tiburón piedra manco Nelson, dos enredonas Frauenzimmer manchadas de ciruela de cochecito de niño cayendo aullando. Caray, es un campeón. Azulespoleta atisbar desde barril Rev. Angelus Love en calesín tacatán Blazes cortina ciclistas doblados como pescadillas Dilly con merengue sin vestidos elegantes. Luego en último girogiratrás pesadesplomando arriba y abajo chocar destrozabañera especie de virrey y reina saborear pesadobañera rosa del chocshire. ¡Porrompón!)

(Las parejas se separan. Stephen gira con vértigo. El cuarto gira hacia atrás. Él se tambalea, con los ojos cerrados. Raíles rojos vuelan hacia el espacio. Estrellas en torno a soles giran a la redonda. Luminosos mosquitos bailan en la pared. Él se detiene en seco).

STEPHEN: ¡Oh!

(La madre de Stephen, macilenta, se levanta rígida a través del suelo en gris de lepra con una guirnalda de azahar marchito y un velo de novia desgarrado, la cara gastada y sin nariz, verde de moho de la tumba. Su pelo es escaso y lacio. Fija en Stephen sus órbitas huecas rodeadas de azul y abre la boca sin dientes lanzando una palabra silenciosa. Un coro de vírgenes y confesores canta sin voz).

EL CORO:

Liliata rutilantium te confessorum…

(Desde lo alto de una torre Buck Mulligan, en traje multicolor de bufón, pulga y amarillo, y gorro de payaso con cascabel, se la queda mirando con la boca abierta, teniendo en la mano, partido, un scone *humeante y con mantequilla).*

BUCK MULLIGAN: Se ha muerto como una bestia. ¡Qué lástima! Mulligan se encuentra con la afligida madre. *(Eleva los ojos).* Mercurial Malachi.

LA MADRE: *(con la sutil sonrisa de la locura de la muerte)* En otros tiempos fui la bella May Goulding. Estoy muerta.

STEPHEN: *(abrumado de horror)* ¿Quién eres, lémur? ¿Qué truco del coco es éste?

BUCK MULLIGAN: *(agita su gorro con cascabel)* ¡Qué burla! Kinch mató a su cuerpodeperro de cuerpodeperra. Ella estiró la pata. *(Lágrimas de mantequilla derretida caen de sus ojos al scone).* ¡Nuestra gran madre dulce! *Epi oinopa ponton*.

LA MADRE: *(se acerca, respirando suavemente sobre él su aliento de cenizas mojadas)* Todos tienen que pasar por ello, Stephen. Más mujeres que hombres en el mundo. Tú también. Llegará la hora.

STEPHEN: *(sofocado de terror, remordimiento y horror)* Dijeron que yo te maté, madre. Él ofendió tu memoria. Fue el cáncer, yo no. El destino.

LA MADRE: *(un verde arroyuelo de bilis escurriéndole de un lado de la boca)* Me cantaste esa canción a mí. *El amargo misterio del amor*.

STEPHEN: *(ansiosamente)* Dime la palabra, madre, si la sabes ahora. La palabra conocida por todos los hombres.

LA MADRE: ¿Quién te salvó la noche que saltaste al tren en Dalkey con Paddy Lee? ¿Quién tuvo compasión de ti cuando estabas triste entre los extraños? La oración es todopoderosa. La oración por las almas en pena en el manual de las ursulinas, y cuarenta días de indulgencia. Arrepiéntete, Stephen.

STEPHEN: ¡El vampiro! ¡Hiena!

LA MADRE: Rezo por ti en mi otro mundo, Dile a Dilly que te haga todas las noches ese arroz hervido después de tu trabajo de cabeza. Años y años te he querido, oh hijo mío, mi primogénito, cuando estabas en mi vientre.

ZOE: *(abanicándose con el soplillo de la chimenea)* ¡Me estoy derritiendo!

FLORRY: *(señalando a Stephen)* ¡Mira! Está blanco.

BLOOM: *(va a la ventana para abrirla más)* Mareado.

LA MADRE: *(con ojos como ascuas)* ¡Arrepiéntete! ¡Ah, el fuego del infierno!

STEPHEN: *(jadeando)* ¡La masticadora de cadáveres! Cabeza en carne viva y huesos sangrientos.

LA MADRE: *(su cara acercándose cada vez más, lanzando un aliento de cenizas)* ¡Cuidado! *(Levanta su brazo derecho ennegrecido y marchito hacia el pecho de Stephen con los dedos extendidos).* ¡Cuidado! ¡La mano de Dios!

(Un cangrejo verde de malignos ojos rojos clava profundamente sus pinzas en mueca en el corazón de Stephen).

STEPHEN: *(estrangulado de cólera, sus rasgos se ponen tensos y grises y viejos).* ¡Mierda!

BLOOM: *(en la ventana)* ¿Qué?

STEPHEN: *Ah non, par exemple!* ¡La imaginación intelectual! Conmigo todo o nada en absoluto. *Non serviam!*

FLORRY: Dadle agua fría. Esperad. *(Sale deprisa).*

LA MADRE: *(se retuerce las manos lentamente, gimiendo con desesperación)* ¡Oh Sagrado Corazón de Jesús, ten misericordia de él! ¡Sálvale del infierno, oh Sagrado Corazón divino!

STEPHEN: ¡No! ¡No! ¡No! ¡Domeñad mi espíritu todos vosotros si sois capaces! ¡Os puedo poner a todos bajo mis pies!

LA MADRE: *(en la agonía de los estertores de muerte)* ¡Ten misericordia de Stephen, Señor, por amor mío! Mi sufrimiento fue indecible al expirar con amor, dolor y angustia en el Monte Calvario.

STEPHEN: *Nothung!*

(Levanta en alto el bastón con las dos manos y destroza la lámpara. La lívida llama final del tiempo da un salto y, en la oscuridad subsiguiente, ruina de todo el espacio, cristal destrozado y mampostería que se derrumba).

EL CHORRO DE GAS: ¡Ppfungg!

BLOOM: ¡Alto!

LYNCH: *(se precipita adelante y le agarra la mano a Stephen)* ¡Ea! ¡Basta! ¡No haga el loco!

BELLA: ¡Policía!

(Stephen, abandonado su bastón, la cabeza y los brazos rígidos hacia atrás, da patadas en el suelo y huye del cuarto pasando ante las putas a la puerta).

BELLA: *(chilla)* ¡Detrás de él!

(Las dos putas se precipitan a la puerta de entrada. Lynch y Kitty y Zoe salen de estampía del cuarto. Hablan excitados. Bloom les sigue, y regresa).

LAS PUTAS: *(agolpadas en la puerta, señalando)* Ahí abajo.

ZOE: *(señalando)* Ahí. Ahí pasa algo.

BELLA: ¿Quién paga la lámpara? *(Agarra a Bloom por los faldones de la chaqueta).* A ver. Usted venía con él. Se ha roto la lámpara.

BLOOM: *(se precipita al vestíbulo y vuelve precipitado)* ¿Qué lámpara, mujer?

UNA PUTA: Le ha roto la chaqueta.

BELLA: *(los ojos duros de cólera y codicia, señala)* ¿Quién va a pagar eso? Diez chelines. Usted es testigo.

BLOOM: *(agarra el bastón de Stephen)* ¿Yo? ¿Diez chelines? ¿No le ha sacado bastante a él? ¿No ha…?

BELLA: *(en voz alta)* A ver, nada de bromas. Esto no es un burdel. Es una casa de diez chelines.

BLOOM: *(la mano bajo la lámpara, tira de la cadena. Al tirar, el chorro de gas ilumina una pantalla malva destrozada. Él levanta el bastón)* Se ha roto sólo el manguito. Esto es todo lo que él…

BELLA: *(se echa atrás chillando)* ¡No por Dios! ¡No!

BLOOM: *(parando un golpe)* Para enseñarle cómo dio en el papel. No hay ni seis peniques de destrozo. ¡Diez chelines!

FLORRY: *(entrando con un vaso de agua)* ¿Dónde está ése?

BELLA: ¿Quiere que llame a la policía?

BLOOM: Ah, ya sé. El perro guardián en la casa. Pero es un estudiante de Trinity. Clientes de su establecimiento. Caballeros que pagan su renta. *(Hace un signo masónico).* ¿Sabe lo que quiero decir? Sobrino del vicecanciller. Usted no querrá un escándalo.

BELLA: *(iracunda)* ¡Trinity! Bajan aquí armando escándalo después de las regatas y no pagan nada. ¿Es usted mi jefe aquí? ¿Dónde está ése? Le denunciaré. Le voy a hundir, de veras. *(Grita).* ¡Zoe! ¡Zoe!

BLOOM: *(apremiante)* ¡Y si fuera su propio hijo en Oxford! *(Amonestando).* Lo sé todo.

BELLA: *(casi sin habla)* ¿Quién es usted… incóg…?

ZOE: *(en la puerta)* Ahí hay una pelea.

BLOOM: ¿Qué? ¿Dónde? *(Echa un chelín en la mesa y grita).* Esto es por el manguito. ¿Dónde? Necesito aire de montaña.

(Sale deprisa por el vestíbulo. Las putas señalan con el dedo. Florry le sigue, vertiendo agua de su vaso inclinado. En el umbral, todas las putas, agolpadas, hablan volublemente señalando a la derecha, donde se ha levantado la niebla. Llega de la izquierda un coche de punto tintineante. Se va deteniendo delante de la casa. Bloom en la entrada observa a Corny Kelleher a punto de desmontar del coche con dos silenciosos libertinos. Vuelve la cara. Bella desde dentro del vestíbulo empieza a apremiar a sus putas. Estas soplan besos damelamepegamenñamñam. Corny responde con una fantasmal sonrisa lujuriosa. Los libertinos silenciosos se vuelven para pagar al cochero. Zoe y Kitty siguen señalando a la derecha. Bloom, apartándolas rápidamente, se echa sobre los ojos su capucha de califa y su poncho y baja deprisa los escalones con la cara ladeada. Harún Al Raschid de incógnito, pasa como una ráfaga detrás de los silenciosos libertinos y sigue deprisa junto a las verjas con ágil paso de leopardo que esparce sus huellas tras de sí, sobres rotos empapados en anisete. El bastón señala su zancada. Una jauría de sabuesos, guiada por Matasiete de Trinity, blandiendo una fusta de perros, con gorra de cazador a caballo y unos viejos pantalones grises, le sigue desde lejos, olfateándole el rastro, más cerca, ladrando, jadeando, perdiendo la pista, dispersándose, con la lengua fuera, mordiéndole los talones, saltando a su cola. Bloom anda, corre, zigzaguea, galopa,

las orejas echadas atrás. Le tiran encima grava, tronchos de col, cajas de galletas, huevos, patatas, bacalao muerto, chanclichancletas de mujer. Detrás de él, recién descubierto, la clamorosa turbamulta zigzaguea galopa en persecución acalorada en fila india: guardias nocturnos 65 C y 66 C, John Henry Menton, Wisdom Hely, V. B. Dillon, el Concejal Nannetti, Alexander Llavees, Larry O'Rourke, Joe Cuffe, la señora O'Dowd, Pisser Burke, el Innominado, la señora Riordan, el Ciudadano, Garryowen, Comosellame, Caraextraña, Elqueseparece, Lehevistoantes, Elquevacon, Chris Callinan, Sir Charles Cameron, Benjamín Dollard, Lenehan, Bartell d'Arcy, Joe Hynes, el rojo Murray, el director de periódico Brayden, T. M. Healy, el señor Juez Fitzgibbon, John Howard Parnell, el Reverendo Salmon Enlata, el Profesor Joly, la señora Breen, Dennis Breen, Theodore Purefoy, Mina Purefoy, la empleada de correos de Westland Row, C. P. M'Coy, el amigo de Lyons, el Cojito Holohan, el hombre de la calle, el otro hombre de la calle, Botasdefútbol, el conductor de nariz arrugada, la señora protestante rica, Davy Byrne, la señora Ellen M'Guinness, la señora Joe Gallaher, George Lidwell, Jimmy Henry con sus callos, el Superintendente Laracy, Padre Cowley, Crofton el de la Oficina de Impuestos, Dan Dawson, el cirujano dental Bloom con sus tenazas, la señora Bob Doran, la señora Kennefick, la señora Wyse Nolan, John Wyse Nolan, la guapa-casada-que-él-se-restregó-contra-su-ancho-trasero-en-el-tranvía-a-Clonskea, el librero de Dulzuras del Pecado, la señorita Dubedotyaceptótcómonot, las señoras Gerald y Stanislaus Moran de Roebuck, el director de los almacenes Drimmie, el coronel Hayes, Mastiansky, Citron, Penrose, Aaron Figatner, Moses Herzog, Michael E. Geraghty, el Inspector Troy, la señora Galbraith, el guardia en la esquina de la calle Eccles, el viejo doctor Brady con estetoscopio, el hombre misterioso de la playa, un perro de caza, la señora Miriam Dandrade y todos sus amantes).

LA TURBAMULTA: *(en revoltijostrepitajaleolío)* ¡Ése es Bloom! ¡Detened a Bloom! ¡Altobloom! ¡Al ladrón! ¡Eh! ¡Eh! ¡Paradle en la esquina!

(En la esquina de la calle Beaver, bajo el andamiaje, Bloom se detiene sin aliento al borde del ruidoso nudo de la pelea, y jadea sin idea de qué sea y qué jalea ese ¡eh! ¡eh! que riñe y se enreda en torno al quienqué en todaluchalavez).

STEPHEN: *(con gestos rebuscados, respirando hondo y despacio)* Sois mis huéspedes. Los no invitados. En virtud del quinto de los Jorges y el séptimo de los Eduardos. La historia tiene la culpa. Fabulada por las madres de la memoria.

SOLDADO CARR: *(a Cissy Caffrey)* ¿Te estaba insultando?

STEPHEN: Me dirigí a ella en vocativo femenino. Probablemente neutro. Ingenitivo.

VOCES: No, nada de eso. La chica cuenta mentiras. Él estaba en casa de la Cohen. ¿Qué pasa? Soldados y paisanos.

CISSY CAFFREY: Yo estaba en compañía de los soldados y ellos me dejaron para ir a hacer… ya saben y el joven corrió siguiéndome. Pero yo soy fiel al hombre que me invita aunque sólo soy una puta de a chelín.

VOCES: Es fielalhombre.

STEPHEN: *(observa las cabezas de Kitty y Lynch)* Salve, Sísifo. *(Se señala a sí mismo y a los demás).* Poético. Neopoético.

CISSY CAFFREY: Sí, para ir con él. Y yo iba con un amigo soldado.

SOLDADO COMPTON: Me parece que éste tiene ganas de que le partan la cara. Dale una buena, Harry.

SOLDADO CARR: *(a Cissy)* ¿Te ofendió mientras que yo y éste estábamos meando?

LORD TENNYSON: *(caballero con chaqueta de sport con la bandera británica y pantalones de cricket, cabeza descubierta, barba fluyente)* No les es menester mucho razonar por qué.

SOLDADO COMPTON: Dale fuerte, Harry.

STEPHEN: *(al Soldado Compton)* No sé cómo se llama usted pero tiene mucha razón. El doctor Swift dice que un solo hombre con armadura puede derrotar a diez hombres en camisa. Camisa es una sinécdoque. La parte por el todo.

CISSY CAFFREY: *(a la multitud)* No, yo estaba con el soldado.

STEPHEN: *(amablemente)* ¿Por qué no? El valiente soldadito. En mi opinión toda señora por ejemplo…

SOLDADO CARR: *(la gorra ladeada, avanzando hacia Stephen)* A ver, jefe, ¿qué le parecería que le partiera la boca?

STEPHEN: *(levanta los ojos al cielo)* ¿Qué? Muy desagradable. El noble arte de la autopretensión. Personalmente, detesto la acción. *(Agita la mano).* La mano me hace un poco de daño. Enfin, ce sont vos oignons. *(A Cissy Caffrey).* Aquí hay algún problema. ¿Qué ocurre, exactamente?

DOLLY GRAY: *(desde su balcón, agita el pañuelo, haciendo la señal de la heroína de Jericó)* Rahab. Hijo de cocinera, adiós. Regresa a salvo junto a tu Dolly. Sueña con la chica que dejaste allá lejos y ella soñará contigo.

(Los soldados revuelven los ojos aguanosos).

BLOOM: *(a codazos entre la multitud, tira de la manga vigorosamente a Stephen)* Vamos allá, profesor, el cochero está esperando.

STEPHEN: *(se vuelve)* ¿Eh? *(Se desprende).* ¿Por qué no voy a hablar con él o con cualquier ser humano que ande en dos pies sobre esta naranja oblonga? *(Señala con el dedo).* No tengo miedo de a quién hablo con tal que le vea los ojos. Conservando la perpendicular. *(Da un paso atrás vacilante).*

BLOOM: *(apuntalándole)* Conserve la suya.

STEPHEN: *(ríe vacuamente)* Mi centro de gravedad está desplazado. He olvidado el truco. Sentémonos en algún sitio a discutirlo. La lucha por la vida es la ley de la existencia pero los modernos filirenistas, especialmente el zar y el rey de Inglaterra, han inventado el arbitraje. *(Se golpea en la frente).* Pero aquí dentro es donde debo matar al cura y al rey.

BIDDY LA PURGACIONES: ¿Han oído lo que ha dicho el profesor? Es un profesor de la Universidad.

KATE LA COÑI: Sí. Ya lo he oído.

BIDDY LA PURGACIONES: Se expresa con marcado refinamiento de fraseología.

KATE LA COÑI: Ya lo creo. Y al mismo tiempo con tan apropósita incisividad.

SOLDADO CARR: *(se suelta de un tirón y avanza)* ¿Qué es lo que dice de mi rey?

(Aparece Eduardo Séptimo bajo un arco. Viste un jersey blanco en que está cosida una imagen del Sagrado Corazón, con la insignia de la Jarretera y el Cardo, del Toisón de Oro, del Elefante de Dinamarca, del regimiento de caballería Skinner y Probyn, de abogado de Lincoln's Inn y de la antigua y honorable compañía de artillería de Massachusetts. Chupa un chupachup rojo. Lleva manto de gran maestre electo perfecto y sublime de la masonería con llana y mandil, marcados Made in Germany. En la mano izquierda tiene un cubo de enjalbegador en que está impreso: Défense d'uriner. *Un rugido de bienvenida le saluda).*

EDUARDO SÉPTIMO: *(lento y solemne pero con voz confusa)* Paz, paz perfecta. Para identificación, cubo en mano. A vuestra salud, muchachos. Hemos venido aquí para ser testigos de una pelea limpia y justa y deseamos cordialmente a ambos hombres la mejor suerte. Mahak makar a back. *(Da la mano al Soldado Carr, al Soldado Compton, a Stephen, a Bloom y a Lynch. Aplauso general. Eduardo Séptimo levanta el cubo graciosamente en agradecimiento).*

SOLDADO CARR: *(a Stephen)* Repítalo.

STEPHEN: *(nervioso, amistoso, conteniéndose)* Comprendo su punto de vista, aunque yo mismo no tenga rey por el momento. Vivimos en la época de los específicos. Una discusión aquí es difícil. Pero el punto es éste. Usted muere por su patria, supongo. *(Pone el brazo en la manga del Soldado Carr).* No es que yo se lo desee. Pero yo digo: Que mi patria muera por mí. Hasta ahora lo ha hecho así. Yo no quiero que muera. Maldita sea la muerte. ¡Viva la vida!

EDUARDO SÉPTIMO: *(levita sobre montones de muertos en muerte violenta, y con el halo del Jovial Jesús, una yuyuba blanca en su cara fosforescente)*

Mis métodos son muy nuevos y a algunos les dan enojos:
Para dar vista a los ciegos les echo tierra en los ojos.

STEPHEN: ¡Reyes y unicornios! *(se echa atrás un paso)* Venga a algún sitio y vamos a… ¿Qué decía esa chica?

SOLDADO COMPTON: Eh, Harry, dale un puntapié en el trasero. Patéale el culo.

BLOOM: *(a los soldados, suavemente)* No sabe lo que dice. Ha estado bebiendo un poco más de lo conveniente. El ajenjo, el monstruo de ojos verdes. Le conozco. Es

un caballero, un poeta. Está bien ya.

STEPHEN: *(asiente, sonriendo y riendo)* Caballero, patriota, erudito y juez de impostores.

SOLDADO CARR: No me importa un pito quién sea.

SOLDADO COMPTON: No nos importa un pito quién sea.

STEPHEN: Parece que les molesto. Trapo verde para un toro.

(Kevin Egan de París, con camisa negra española con borlas y sombrero de rebelde irlandés, hace una señal a Stephen).

KEVIN EGAN: Hola. *Bonjour!* La *vieille ogresse* con los *dents jaunes*.

(Patrice Egan atisba desde atrás, su cara de conejo mordisqueando una hoja de melocotonero).

PATRICE: *Socialiste!*

DON EMILE PATRIZIO FRANZ RUPERT POPE HENNESSY: *(en cota de malla medieval, en el yelmo dos gansos salvajes con alas extendidas, con noble indignación, alarga una mano enmallada hacia los soldados)*. ¡Werf esos ocos al fusboden, grandísimos porcos de anglófilos *todos* cubiertos de salsa!

BLOOM: *(a Stephen)* Vamos a casa. Te vas a meter en un lío.

STEPHEN: *(balanceándose)* No lo evito. Éste provoca a mi inteligencia.

BIDDY LA PURGACIONES: Uno observa inmediatamente que es de linaje patricio.

LA MARIMACHO: Verde sobre el rojo, dice. Wolfe Tone.

LA ALCAHUETA: El rojo es tan bueno como el verde, y mejor. ¡Arriba los soldados! ¡Arriba el rey Eduardo!

UN CHULO: *(ríe)* ¡Eso! Manos arriba, rendirse a De Wet.

EL CIUDADANO: *(con una gran bufanda esmeralda y un garrote irlandés grita)*

Así quiera el Dios del cielo
maridar acá abajo un fulano
de dientes agudos como navajas
a cortarles la garganta
a los perros ingleses
que colgaron a nuestros jefes irlandeses.

EL MOZO REBELDE IRLANDÉS: *(el lazo de cuerda en torno al cuello, trata de volverse a meter con las dos manos las tripas que se le salen)*

Yo no odio a ningún ser de buena ley
pero amo a mi país aún más que al rey.

RUMBOLD, BARBERO DEMONIO: *(acompañado por dos asistentes con máscaras negras, avanza con una cartera de mano, que abre)* Señoras y caballeros,

la cuchilla adquirida por la señora Pearcy para matar a Mogg. El cuchillo con que Voisin descuartizó a la mujer de un compatriota y escondió los restos en una sábana en el sótano, siendo cortada la garganta de la infortunada mujer de oreja a oreja. La ampolla que contiene arsénico obtenido del cuerpo de la señorita Barrow, y que mandó a Seddon a la horca.

(Da un tirón de la cuerda, los ayudantes saltan a las piernas de la víctima y tiran de él para abajo, dando gruñidos: la lengua del joven rebelde irlandés se le sale violentamente).

EL MOZO REBELDE IRLANDÉS:

Joljidé jezar jor ej jescjanso je mji jmajdre.

(Entrega el espíritu. Una violenta erección del ahorcado envía gotas de esperma chorreando a través de sus ropas mortuorias hasta las piedras del pavimento. La señora Bellingham, la señora Yelverton Barry y la Honorable señora Mervyn Talboys se adelantan precipitadamente para empaparlo en sus pañuelos).

RUMBOLD: Yo también estoy cerca de eso. *(Deshace el nudo corredizo).* La cuerda que ahorcó al terrible rebelde. Diez chelines por cada vez, según lo solicitado a Su Alteza Real. *(Hunde la cabeza en la tripa abierta del ahorcado y la vuelve a sacar encuajaronada de entrañas enroscadas y humeantes).* Mi penoso deber ya está cumplido. ¡Dios salve al rey!

EDUARDO SÉPTIMO: *(baila lentamente, repiqueteando en el cubo y cantando con suave satisfacción)*

En la ocasión de la Coronación,
en la ocasión de la Coronación,
ah qué día, qué día divino,
bebiendo whisky, cerveza y vino.

SOLDADO CARR: Bueno. ¿Qué dice usted de mi rey?

STEPHEN: *(levanta las manos)* ¡Oh, esto es demasiado monótono! Nada. Él necesita mi dinero y mi vida, aunque la necesidad tenga que hacerse dueña de él, para no sé qué sucio imperio suyo. Dinero no tengo. *(Se busca vagamente en los bolsillos).* Se lo he dado a alguien.

SOLDADO CARR: ¿Quién necesita su jodido dinero?

STEPHEN: *(trata de marcharse)* ¿Tiene alguien la bondad de decirme dónde es menos probable que encuentre esos males necesarios? *Ça se voit aussi à París*. No es que yo… Pero ¡por San Patricio!

(Las cabezas de las mujeres se funden en una. La vieja Abuela Sindientes con sombrero en pan de azúcar aparece sentada en una seta venenosa, con la mortífera flor de la peste de la patata en el pecho).

STEPHEN: ¡Ajá! ¡Te conozco, abuelita! ¡Hamlet, venganza! ¡La vieja cerda que se come su lechigada!

VIEJA ABUELA SINDIENTES: *(meciéndose de un lado para otro)* La novia de Irlanda, la hija del rey de España, *alanna*. ¡Extraños en mi casa, mala peste les caiga! *(Se lamenta con aflicción de hada anunciadora de muertes).* ¡Ochone! ¡Ochone! Seda de las vacadas. *(Gime).* Has conocido a la pobre vieja Irlanda, y ¿cómo se aguanta?

STEPHEN: ¿Cómo te aguanto yo a ti? ¡El truco del sombrero! ¿Dónde está la tercera persona de la Santísima Trinidad? ¡Soggarth Aroon! El reverendo Carroña Cuervo.

CISSY CAFFREY: *(chillona)* ¡No dejen que se peguen!

UN CHULO: Nuestros hombres se han retirado.

SOLDADO CARR: *(dándose un tirón del cinturón)* Yo le voy a retorcer el pescuezo al maricón que diga una palabra contra mi puñetero rey.

BLOOM: *(aterrado)* Él no ha dicho nada. Ni palabra. Un puro malentendido.

SOLDADO COMPTON: Anda allá, Harry. Dale una en el ojo. Está a favor de los bóers.

STEPHEN: ¿Ah sí? ¿Cuándo?

BLOOM: *(a los casacas rojas)* Combatimos por vosotros en Sudáfrica, tropas de choque irlandesas. ¿No es eso historia? Los Fusileros Reales de Dublín. Honrados por nuestro monarca.

EL PEÓN: *(pasa tambaleándose)* ¡Ah, sí! ¡Ah sí! ¡Ah, haz la kguerra kte akterra! ¡Ah! ¡Buh!

(Alabarderos con casco y coraza proyectan adelante una muralla de puntas de lanzas con tripas colgando. El Comandante Tweedy, con mostachos como Turko el Terrible, gorro alto de pelo con penacho, y uniforme de gala, charreteras y galones de oro y estuche en bandolera, el pecho brillante de medallas, se alinea para el ataque. Hace la señal del guerrero peregrino de los caballeros templarios).

COMANDANTE TWEEDY: *(refunfuña ásperamente)* ¡Rorke's Drift! ¡Arriba, guardias, y a ellos! Mahal shalal hashbaz.

EL CIUDADANO: *Erin go bragh!*

(El Comandante Tweedy y el Ciudadano se exhiben mutuamente medallas, condecoraciones, trofeos de guerra, heridas. Los dos se saludan militarmente con feroz hostilidad).

SOLDADO CARR: Le voy a sacudir.

SOLDADO COMPTON: *(echa atrás a la multitud agitando los brazos)* Juego limpio aquí. Va a dejar a este maricón hecho una jodida carnicería.

(Bandas de música reunidas ejecutan Garryowen y Dios salve al Rey).

CISSY CAFFREY: Se van a pelear. ¡Por mí!

KATE LA COÑI: Los valientes y las hermosas.

BIDDY LA PURGACIONES: Paréceme que aquel caballero de las armas en sable ha de justar de la mejor guisa.

KATE LA COÑI: *(ruborizándose profundamente)* No a fe mía, señora. ¡Para mí el jubón de gules y el alegre San Jorge!

STEPHEN:

De la ramera el grito, por las calles,
teje el sudario de la vieja Irlanda.

SOLDADO CARR: *(aflojándose el cinturón, grita)* Le voy a retorcer el pescuezo al primer jodido hijodeputa que diga una palabra contra el puñetero cabrón de mi rey.

BLOOM: *(sacude a Cissy Caffrey por los hombros)* ¡Habla, tú! ¿Te has quedado muda? Tú eres el eslabón entre naciones y generaciones. ¡Habla, mujer, sagrada dadora de vida!

CISSY CAFFREY: *(alarmada, agarra al Soldado Carr por la manga)* ¿No estoy contigo? ¿No soy tu chica? Cissy, tu chica. *(Grita).* ¡Policía!

STEPHEN: *(extáticamente, a Cissy Caffrey)*

Blancas tus patas, roja tu jeta,
y tus magras son bien duras.

VOCES: ¡Policía!

VOCES LEJANAS: ¡Dublín está ardiendo! ¡Dublín está ardiendo! ¡Fuego, fuego!

(Surgen llamas de azufre. Densas nubes pasan rodando. Retumban pesados cañones-revólver. Pandemónium. Se despliegan tropas. Cascos al galope. Artillería. Roncas órdenes. Resuenan campanas. Gritan apostadores. Vociferan borrachos. Chillan putas. Sirenas de barco ululan. Gritos de valentía. Aullidos de agonizantes. Picas chocan en corazas. Ladrones roban a los caídos. Aves de presa, volando desde el mar, levantando el vuelo desde tierras pantanosas, cayendo desde sus nidos en riscos, se ciernen gritando; ocas, cormoranes, buitres, azores, chochas trepadoras, peregrinos, esmerejones, chachalacas negras, águilas marinas, gaviotas, albatros, ocas de percebes. Se oscurece el sol de medianoche. Tiembla la tierra. Los muertos de Dublín, de los cementerios Prospect y Mount Jerome, con gabanes blancos de piel de oveja y capas negras de piel de cabra, resucitan y se aparecen a muchos. Se abre un abismo con un bostezo sin ruido. Tom Rochford, el ganador, en camiseta y calzón de atleta, llega a la cabeza de la carrera de vallas handicap nacional y salta al vacío. Le sigue un pelotón de corredores y saltadores, que saltan desde el borde, en actitudes frenéticas. Sus cuerpos se desploman. Chicas de taller con vestidos elegantes lanzan porrombombas de Yorkshire al rojo vivo. Señoras de alta sociedad se levantan las faldas por la cabeza para protegerse. Risueñas brujitas con cortas falditas rojas cabalgan por el aire en escobas. El cuáquero míster Lyster administra

un clister. Llueven dientes de dragón. Héroes armados nacen de surcos. Intercambian en señal de amistad el signo de los caballeros de la Cruz Roja y combaten duelos con sables de caballería; Wolfe Tone contra Henry Grattan, Smith O'Brien contra Daniel O'Connell, Michael Davitt contra Isaac Butt, Justin M'Carthy contra Parnell, Arthur Griffith contra John Redmond, John O'Leary contra Lear O'Johnny, Lord Edward Fitzgerald contra Lord Gerald Fitzedward, Los O'Donoghue de los Glens contra Los Glens del Donoghue. En una altura, el centro de la tierra, se eleva el altar de campaña de Santa Bárbara. Velas negras se levantan en sus lados, el del evangelio y el de la epístola. Desde las altas troneras de la torre caen dos lanzadas de luz sobre la piedra del altar cubierta de un palio de humo. Sobre la piedra del altar, la señora Mina Purefoy, diosa de la sinrazón, yace desnuda, encadenada, con un cáliz descansando en su vientre hinchado. El Padre Malachi O'Flynn, en larga enagua y casulla del revés, sus dos pies izquierdos lo de delante atrás, celebra misa de campaña. El Reverendo señor Hugh G. Haines Love, M. A., con sotana simple y birrete académico, sostiene un paraguas abierto sobre la cabeza del celebrante).

PADRE MALACHI O'FLYNN: *Introibo ad altare diaboli*.

EL REVERENDO SEÑOR HAINES LOVE: Al diablo que es la alegría de mi juventud.

PADRE MALACHI O'FLYNN: *(saca del cáliz y eleva una hostia goteando sangre) Corpus Meum*.

EL REVERENDO SEÑOR HAINES LOVE: *(levanta muy en alto las enaguas del celebrante, mostrando sus nalgas desnudas grises y peludas, entre las cuales está encajada una zanahoria)* Mi cuerpo.

LA VOZ DE TODOS LOS CONDENADOS: ¡Osoredopodot Soid Roñes le anier seup, Ayulela!

(Desde lo alto grita la voz de Adonai).

ADONAI: ¡Soooooooooooid!

LA VOZ DE TODOS LOS BIENAVENTURADOS: ¡Aleluya, pues reina el Señor Dios Todopoderoso!

(Desde lo alto grita la voz de Adonai).

ADONAI: ¡Dioooooooooooos!

(En discordancia estridente, campesinos y ciudadanos de las facciones Orangista y Verde cantan Fuera el Papa a patadas *y* Cada día, cada día, cantemos a María*).*

SOLDADO CARR: *(silabeando con ferocidad)* ¡Le voy a liquidar, así me ayude el puñetero Cristo! ¡Le voy a retorcer el jodido gañote a ese cabrón hijoputa!

(El sabueso, olfateando alrededor de la multitud, ladra ruidosamente).

BLOOM: *(corre a Lynch)* ¿No se le puede llevar de aquí?

LYNCH: Le gusta la dialéctica, el lenguaje universal. ¡Kitty! *(A Bloom).* Llévesele usted. A mí no me hace caso.

(Se lleva arrastrando a Kitty).

STEPHEN: *(señala) Exit Judas. Et laqueo se suspendit*.

BLOOM: *(corre hacia Stephen)* Vente conmigo antes que ocurra algo peor. Aquí tienes tu bastón.

STEPHEN: El bastón, no. La razón. Esta fiesta de la razón pura.

VIEJA ABUELA SINDIENTES: *(alarga un puñal hacia la mano de Stephen)* Quítale de en medio, *acushla*. A las 8.35 de la mañana estarás en el paraíso e Irlanda será libre. *(Reza).* ¡Oh buen Dios, llévale contigo!

CISSY CAFFREY: *(tirando del Soldado Carr)* Vamos allá, estás bebido. Me insultó pero yo le perdono. *(Gritándole al oído).* Le perdono por insultarme.

BLOOM: *(sobre el hombro de Stephen)* Sí, váyase. Ya ve que está incapaz.

SOLDADO CARR: *(se desprende)* Yo le voy a insultar.

(Se precipita hacia Stephen, con los puños extendidos, y le golpea en la cara. Stephen, vacila, se desploma, cae aturdido. Queda tumbado boca arriba, cara al cielo, el sombrero rodando a la pared. Bloom lo sigue y lo recoge).

COMANDANTE TWEEDY: *(en voz alta)* ¡Armas al hombro! ¡Alto el fuego! ¡Saluden!

EL SABUESO: *(ladrando furiosamente)* Ut ut ut ut ut ut ut.

LA MULTITUD: ¡Déjele levantarse! ¡No le pegue cuando está caído! ¡Aire! ¿Quién? El soldado le pegó. Es un profesor. ¿Se ha hecho daño? ¡No le maltrate! ¡Se ha desmayado!

UNA BRUJA: ¿Con qué derecho le pegó al caballero ese casaca roja, y estando bebido? ¡Que se vayan a luchar con los bóers!

LA ALCAHUETA: ¡Miren quién habla! ¿No tiene derecho el soldado a ir con su chica? El otro le atacó a traición.

(Se agarran del pelo una a otra, arañándose y escupiéndose).

EL SABUESO: *(ladrando)* Uau uau uau.

BLOOM: *(echándolas atrás, en voz alta)* ¡Atrás, échense atrás!

SOLDADO COMPTON: *(tirando de su camarada)* Ea Harry, arreando. Ahí vienen los guardias.

(Dos guardias con capas impermeables, altos, se detienen entre el grupo).

GUARDIA PRIMERO: ¿Qué pasa aquí?

SOLDADO COMPTON: Estábamos con aquí esta señorita y él nos insultó y atacó a mi compañero. *(El sabueso ladra).* ¿Quién es el amo de este jodido chucho?

CISSY CAFFREY: *(con expectación)* ¡Está sangrando!

UN HOMBRE: *(que estaba de rodillas, levantándose)* No. Se desmayó. Volverá en sí.

BLOOM: *(lanza una brusca ojeada al hombre)* Déjemele a mí. Yo puedo fácilmente…

GUARDIA SEGUNDO: ¿Quién es usted? ¿Le conoce?

SOLDADO CARR: *(avanza tambaleándose hacia los guardias)* Insultó a esta señorita amiga mía.

BLOOM: *(colérico)* Usted le golpeó sin provocación. Yo soy testigo. Guardia, tome su número en el regimiento.

GUARDIA SEGUNDO: No necesito sus instrucciones para el cumplimiento de mi deber.

SOLDADO COMPTON: *(tirando de su camarada)* Vamos, arreando, Harry. O si no, Bennett te mete en el calabozo.

SOLDADO CARR: *(tambaleándose mientras tiran de él)* ¡Me la trae floja el viejo Bennett! Es un maricón de culo blanco. Me importa una mierda.

GUARDIA PRIMERO: *(sacando su bloc)* ¿Cómo se llama?

BLOOM: *(mirando por encima de la multitud)* Precisamente veo ahí un coche. Si me echa una mano un momento, sargento…

GUARDIA PRIMERO: Nombre y dirección.

(Corny Kelleher, crespón negro en torno al sombrero, corona fúnebre en la mano, aparece entre los circunstantes).

BLOOM: *(rápidamente)* ¡Ah, el que hacía falta! *(Susurra).* El hijo de Simon Dedalus. Un poco bebido. Haga que estos guardias pongan en marcha a estos mirones.

GUARDIA SEGUNDO: Buenas, señor Kelleher.

CORNY KELLEHER: *(al Guardia, con ojos soñolientos)* Todo está bien. Le conozco. Ha ganado un poquito en las carreras. La Copa de Oro. *Por ahí. (Se ríe).* Veinte a uno. ¿Me entiende?

GUARDIA PRIMERO: (Se vuelve a la multitud) Vamos ¿qué miran ahí pasmados? Fuera de aquí, circulen.

(La multitud se dispersa lentamente, murmurando, por el callejón abajo).

CORNY KELLEHER: Déjemelo a mí, sargento. Todo se arreglará. *(Se ríe, moviendo la cabeza).* Muchas veces también nosotros nos hemos portado mal, ya lo creo, y aún peor. ¿No? ¿No, eh?

GUARDIA PRIMERO: *(se ríe)* Imagino que sí.

CORNY KELLEHER: *(da un codazo al Guardia Segundo)* Vamos, borrón y cuenta nueva. *(Canturrea, balanceando la cabeza).* Con el tralará tralará tralará. ¿Qué, me entiende, no?

GUARDIA SEGUNDO: *(con simpatía)* Ah, claro, también en nuestros tiempos.

CORNY KELLEHER: *(guiñando el ojo)* La juventud es la juventud. Tengo un coche aquí a la vuelta.

GUARDIA SEGUNDO: Muy bien, señor Kelleher. Buenas noches.

CORNY KELLEHER: Ya me ocupo yo de esto.

BLOOM: *(da la mano a los dos guardias sucesivamente)* Muchas gracias, caballeros, gracias. *(Musita confidencialmente).* Más vale que no haya ningún escándalo, ya comprenden. El padre es un ciudadano muy conocido, altamente respetado. Locurillas de juventud, ya comprenden.

GUARDIA PRIMERO: Ah, ya comprendo, señor.

GUARDIA SEGUNDO: Está bien, señor.

GUARDIA PRIMERO: Era solamente en caso de lesiones corporales cuando tendríamos que dar parte en la comisaría.

BLOOM: *(asiente rápidamente)* Naturalmente. Muy bien. Solamente su deber profesional.

GUARDIA SEGUNDO: Es nuestro deber.

CORNY KELLEHER: Buenas noches, muchachos.

LOS GUARDIAS: *(saludando a la vez)* Buenas, caballeros.

(Se alejan con paso lento y pesado).

BLOOM: *(respirando)* Providencial su llegada a la escena. ¿Tiene un coche?…

CORNY KELLEHER: *(ríe, señalando con el pulgar por encima del hombro derecho hacia el coche parado junto al andamiaje)* Dos viajantes de comercio que convidaban a champán en Jammet. Como príncipes, de veras. Uno de ellos perdió dos pavos en la carrera. Ahogando su dolor; y luego iban a probar con las niñas alegres. Así que les cargué en el coche de Behan y les descargué en el barrio éste.

BLOOM: Yo iba a casa simplemente por la calle Gardiner cuando por casualidad…

CORNY KELLEHER: *(ríe)* Claro que querían que me metiera con ellos con las furcias. No, por Dios, digo yo. No para veteranos como usted y como yo. *(Se vuelve a reír y mira burlón con ojos opacos).* Gracias a Dios lo tenemos en casa; ¿qué, me comprende, no? ¡Ja, ja, ja!

BLOOM: *(trata de reír)* ¡Je, je, je! Sí. En realidad yo venía a visitar a un viejo amigo de por aquí, Virag, usted no le conoce (el pobrecillo lleva una semana en cama) y tomamos un trago juntos y yo me marchaba ya para casa…

(El caballo relincha).

EL CABALLO: ¡Cahahahahaha! ¡Cahaaaaahasa!

CORNY KELLEHER: En realidad fue Behan, nuestro cochero, ahí, que me lo dijo después que dejamos a los dos viajantes en casa de la Cohen y yo le dije que parara y me apeé a ver. *(Ríe).* Cocheros fúnebres abstemios, es mi especialidad. ¿Le llevo a éste a casa? ¿Por dónde vive? Por ahí por Cabra, ¿no?

BLOOM: No, en Sandycove, me parece, por lo que dejó caer.

(Stephen, boca arriba, respira hacia las estrellas. Corny Kelleher, mirándole de soslayo, gruñe algo al caballo. Bloom sombrío contempla el suelo).

CORNY KELLEHER: *(se rasca la nuca)* ¡Sandycove! *(Se inclina y llama a Stephen).* ¡Eh! *(Vuelve a llamarle).* ¡Eh! Está cubierto de virutas, de todos modos. Tenga cuidado no le hayan mangado algo.

BLOOM: No, no. Tengo aquí su dinero y su sombrero.

CORNY KELLEHER: Ah, bueno, se le pasará. No hay huesos rotos. Bueno, me las piro. *(Ríe).* Tengo una cita por la mañana. Enterrar a los muertos. ¡A casa a salvo!

EL CABALLO: *(relincha)* Cahahahahasa.

BLOOM: Buenas noches. Yo esperaré un poco y me le llevaré dentro de…

(Corny Kelleher vuelve al coche y sube. Tintinean los aparejos del caballo).

CORNY KELLEHER: *(desde el coche, de pie)* Buenas.

BLOOM: Buenas.

(El cochero sacude las riendas y levanta el látigo estimulando. El coche y el caballo retroceden lenta, torpemente y giran. Corny Kelleher en el asiento lateral mueve la cabeza de un lado para otro en señal de regocijo por la situación de Bloom. El cochero le acompaña en mudo regocijo pantomímico desde su más lejano asiento. Bloom mueve la cabeza en muda respuesta regocijada. Con pulgar y palma Corny Kelleher le tranquiliza de que los dos guardias le dejarán seguir durmiendo, porque qué otra cosa hay que hacer. Con lento asentimiento de cabeza Bloom transmite su gratitud en cuanto que eso es exactamente lo que necesita Stephen. El coche tintinea tralará volviendo la esquina del callejón tralará. Corny Kelleher vuelve a tranquilitralará con la mano. Bloom con la mano aseguralará a Corny Kelleher que está tranquilitralarado. Los repiqueteantes cascos y los tintineantes aparejos se van haciendo más débiles en su tralaralarirear. Bloom, sosteniendo en la mano el sombrero de Stephen festoneado de virutas y el bastón, se queda indeciso. Luego se inclina hacia él y le sacude por él hombro).

BLOOM: ¡Eh! ¡Ho! *(No hay respuesta: se inclina otra vez).* ¡Señor Dedalus! *(No hay respuesta).* El nombre de pila si se llama. Sonámbulo. *(Se inclina otra vez y, vacilando, acerca la boca a la cara de la figura postrada).* ¡Stephen! *(No hay respuesta. Llama otra vez).* ¡Stephen!

STEPHEN: *(gime)* ¿Quién? Pantera negra. Vampiro. *(Suspira y se estira, luego murmura estropajosamente arrastrando las vocales).*

¿Quién… guía… Fergus ahora
y penetra… la entretejida sombra del bosque?…

(Se vuelve a la izquierda, suspirando, doblándose).

BLOOM: Poesía. Bien instruido. Lástima. *(Se vuelve a inclinar y le desabrocha a Stephen los botones del chaleco).* Que respire. *(Le quita las virutas del traje a Stephen con manos y dedos ligeros).* Una libra siete chelines. No se ha hecho daño sin embargo. *(Escucha).* ¡Caramba!

STEPHEN: *(murmura)*

…sombras… los bosques…
…blanco pecho… oscuro…

(Extiende los brazos, vuelve a suspirar y encoge el cuerpo. Bloom sigue erguido sosteniéndole el sombrero y el bastón. Un perro ladra a lo lejos. Bloom se tensa y afloja la mano con que agarra el bastón. Baja los ojos a la cara y la figura de Stephen).

BLOOM: *(en comunión con la noche)* La cara me recuerda a su pobre madre. En el bosque sombreado. El hondo blanco pecho. Ferguson me parece que le entendí. Una chica. Alguna chica. Lo mejor que le podría ocurrir… *(murmura).*… juro que siempre reconoceré, siempre ocultaré, jamás revelaré, parte o partes, arte o artes… *(murmura).*…en las ásperas arenas del mar… a un cable de distancia de la orilla… donde la marea refluye… y sube…

(Silencioso, pensativo, alerta, está en guardia, los dedos en los labios, en la actitud de maestre secreto. Contra la pared oscura, aparece lentamente una figura, un niño de once años, marcado por las hadas, cambiado por otro, raptado, vestido con traje Eton con zapatos de cristal y un pequeño casco de bronce, llevando un libro en la mano. Lee de derecha a izquierda inaudiblemente, sonriendo, besando la página).

BLOOM: *(abrumado de asombro, le llama inaudiblemente)* ¡Rudy!

(Rudy mira fijamente, sin ver, a los ojos de Bloom y sigue leyendo, besando, sonriendo. Tiene una delicada cara malva. En el traje lleva botones de diamante y rubí. En su mano izquierda, libre, tiene un fino bastón de marfil con un lazo violeta. Un borreguito blanco le asoma por el bolsillo del chaleco).

3

[16]

Como preliminar a cualquier otra cosa, el señor Bloom le sacudió de encima a Stephen el grueso principal de las virutas, le alargó el sombrero y el bastón, y, en general, le adecentó de la manera más ortodoxamente samaritana, lo que le hacía buena falta. Su mente (la de Stephen) no estaba exactamente lo que se llama extraviada, pero sí un poco insegura, y ante su expresado deseo de algo que beber, el señor Bloom, en vista de la hora que era y no habiendo allí a mano bombas de agua de Vartry para sus abluciones, cuanto más para finalidades de bebida, dio con un recurso sugiriendo, por las buenas, la adecuación del Refugio del Cochero, según se le llamaba, apenas a un tiro de piedra, cerca del puente Butt, donde podrían hallar algún artículo potable en forma de leche con seltz o de agua mineral. Pero el problema estaba en cómo llegar allí. Por el momento se hallaba un tanto desconcertado, pero como quiera que el deber le imponía claramente tomar algunas medidas sobre el particular, consideró medios y maneras adecuados, en tanto que Stephen bostezaba repetidamente. En la medida en que él podía verlo, Stephen estaba más bien pálido de cara, así que se le ocurrió que sería altamente aconsejable obtener algún vehículo de cualquier tipo que respondiera a la situación en que se hallaban, estando ambos, particularmente Stephen, fuera de quicio, siempre en la hipótesis de que se pudiera encontrar tal cosa. En consecuencia, tras de unos pocos preliminares semejantes, tal como, a pesar de haber olvidado recoger su más bien jabonoso pañuelo tras de sus leales servicios en materia de afeitado, un buen despolvoreamiento, ambos caminaron juntos por la calle Beaver, o, más propiamente, por el callejón Beaver, hasta la altura de la herrería y de la atmósfera sensiblemente fétida de las cuadras en la esquina de la calle Montgomery, donde pusieron rumbo a la izquierda desembocando de allí a la calle Amiens, y doblando la esquina de Dan Bergin. Pero, según él preveía con certidumbre, no había señal de auriga ofreciéndose en alquiler por parte alguna, excepto por lo que toca a una victoria, probablemente comprometida por algunos juerguistas en el interior, a la puerta del Hotel Estrella del Norte, y que no ostentó síntoma de que se fuera a mover ni un cuarto de pulgada cuando el señor Bloom, que era cualquier cosa menos un silbador profesional, intentó reclamarla emitiendo una suerte de silbido, mientras sostenía los brazos en arco sobre la cabeza, por dos veces.

Era una situación sin salida, pero, aplicando el sentido común a ella, no había evidentemente nada que hacer sino poner buena cara y apechugar con todo, lo que consiguientemente hicieron. Así pues, dando la vuelta por Mullet y Signal House, que alcanzaron en breve, continuaron forzosamente en dirección de la estación terminal de la calle Amiens, estando el señor Bloom en desventaja por la circunstancia de que uno de los botones posteriores de sus pantalones, para adaptar el adagio acreditado

por la tradición, había sufrido el destino común de todos los botones, aunque él, identificándose por completo con el espíritu de la cosa, se adaptara sin más a la desventura. Así, dado que ninguno de los dos estaba especialmente apremiado en cuando al tiempo, según era el caso, y habiendo refrescado la temperatura desde que aclaró tras la reciente visitación de Júpiter Pluvius, avanzaron flaneando por delante de donde el vacío vehículo aguardaba sin pasajero ni cochero. Como aconteciera que un vehículo de obras de la Compañía Unida de Tranvías de Dublín estuviera entonces regresando, el de más edad de los dos discurrió con su compañero *à propos* del incidente de su verdaderamente milagroso escape de poco antes. Pasaron ante la entrada principal de la estación ferroviaria Great Northern, punto de partida para Belfast, donde, por supuesto, todo tráfico estaba suspendido a tan tardía hora, y, dejando atrás la puerta trasera del depósito de cadáveres (un lugar no muy atractivo, para no decir tétrico hasta cierto punto, y más especialmente de noche), acabaron por alcanzar la Dock Tavern y, en su momento, entraron en la calle Store, famosa por su comisaría de policía, sección C. Entre este punto y los altos almacenes, en ese momento sin iluminar, de Beresford Place, Stephen se puso a pensar en Ibsen, asociándolo, no se sabe cómo, en su mente, con Baird el marmolista, situado en Talbot Place, primero doblando a la derecha, mientras el otro, que actuaba como su *fidus Achates*, inhalaba con íntima satisfacción el olor de la Panadería Ciudadana de James Rourke, situada en gran proximidad a donde estaban, el olor realmente apetitoso del pan nuestro de cada día, la más primaria y más indispensable para el público entre todas las mercancías. Pan, sustento de la vida, ganad el pan. Ah, decid, ¿dónde está el pan de fantasía? Ya es sabido que en Rourke, en su panadería.

En route, a su taciturno, y para no ponerlo demasiado de relieve, a su todavía no completamente lúcido compañero, el señor Bloom, quien, en todo caso, estaba en completa posesión de sus facultades, y más que nunca, e incluso repugnantemente, sobrio, le dirigió unas palabras de cautela en cuanto a los peligros de los barrios nocturnos, las mujeres de mala fama y los granujas de alto bordo, todo lo cual, si apenas permisible una vez de tanto en tanto, ya que no como práctica habitual, adquiría caracteres de auténtica trampa mortal para jóvenes de su edad especialmente si habían adquirido hábitos de bebida bajo el influjo del alcohol, a no ser que se supiera un poco de jiujitsu para cualquier contingencia ya que incluso un tipo de espaldas en el suelo puede propinar una maligna patada si el otro no mira. Altamente providencial había sido la aparición en escena de Corny Kelleher cuando Stephen estaba en bienaventurada inconsciencia ya que, de no ser por aquel hombre en la brecha que se presentaba en la undécima hora, el desenlace podría haber sido que resultara candidato a la casa de socorro, o, en ausencia de esto, la comisaría y una comparecencia ante el juzgado al día siguiente ante el señor Tobias o, siendo éste procurador, más bien ante el viejo Wall, quería decir, a Malony, lo que significaba simplemente la ruina para un individuo cuando la cosa se llegara a saber. La razón por la que mencionaba el asunto era que un montón de esos guardias, a los que

detestaba cordialmente, eran reconocidamente poco escrupulosos en el servicio a la Corona y, como indicó el señor Bloom, recordando algún que otro caso en la Sección A de la calle Clanbrassil, estaban dispuestos a jurar que era de día cuando era de noche. Nunca en su sitio cuando hacían falta, sin embargo, en zonas tranquilas de la ciudad, por ejemplo, Pembroke Road, los custodios de la ley estaban muy en evidencia, siendo la razón obvia que se les pagaba para proteger a las clases superiores. Otra cosa que discutió fue el equipar a los soldados con armas de fuego largas o cortas de cualquier tipo, capaces de dispararse en cualquier momento, lo que era equivalente a incitarles contra la población civil en cualquier circunstancia en que se pelearan por algo. Uno echaba a perder el tiempo, afirmó muy sensatamente, y la salud y además la buena fama, aparte de lo cual estaba el aspecto derroche del asunto, las mujeres alegres del *demimonde* que se marchaban con un montón de libras, chelines y peniques, por añadidura, y el mayor peligro de todo era con quién se emborrachaba uno, por más que, tocante a la discutida cuestión de los estimulantes, a él le encantaba un vasito de vino viejo selecto y en su punto, en cuanto nutritivo y reconstituyente de la sangre y dotado de virtudes aperitivas (especialmente un buen borgoña de que él era firme partidario), sin embargo nunca más allá de cierto punto donde no dejaba de trazar la línea ya que simplemente se metía uno en toda clase de líos para no decir nada de que uno quedaba a la compasiva merced de los demás, prácticamente. Sobre todo comentó con reprobación la deserción de Stephen por parte de sus *confrères* frecuentadores de tabernas, excepto uno, notorio caso de traición, desde cualquier punto de vista, por parte de sus cofrades estudiosos de la medicina.

—Y ese uno era Judas —dijo Stephen, que hasta entonces no había dicho nada en absoluto.

Comentando éstos y análogos temas, avanzaban en línea recta por detrás de la Aduana y pasaban bajo el puente de la línea de circunvalación, cuando un brasero de coke que ardía frente a una garita o cosa análoga, atrajo sus más bien arrastrados pasos. Stephen, por su propia iniciativa, se detuvo sin razón especial ante el montón de baldíos adoquines y a la luz que emanaba del brasero pudo apenas entrever la figura del guarda municipal, aún más oscura dentro de la sombra de la garita. Empezaba a recordar que algo había ocurrido, o que se había mencionado que había ocurrido antes, pero no le costó poco esfuerzo a su memoria reconocer en el centinela a un ex amigo de su padre, Gumley. Para evitar un encuentro se acercó a las pilastras del puente de las vías.

—Alguien le ha saludado —dijo el señor Bloom.

Una figura de altura media, evidentemente alerta, bajo los arcos, volvió a saludar, gritando:

—¡Buenas!

Stephen, naturalmente, se sobresaltó un tanto aturdidamente y se detuvo para devolver el cumplimiento. El señor Bloom, inspirado por motivos de delicadeza

innata, en cuanto que era partidario de que cada cual no se metiera más que en sus propios asuntos, se echó a un lado, aunque no obstante permaneció en estado de alarma con un leve toque de ansiedad aunque en absoluto sin llegar a canguelo. Aunque desacostumbrado en el área de Dublín, sabía que no era en absoluto inaudito que desesperados que no tenían apenas de qué vivir anduvieran por ahí atracando y en general aterrorizando a los pacíficos peatones poniéndoles una pistola en la cabeza en algún punto apartado fuera de la ciudad propiamente dicha, y famélicos vagabundos de la categoría de los de las orillas del Támesis podían andar dando vueltas por allí, o simplemente merodeadores dispuestos a desaparecer con cualquier botín a que echaran mano en un instante, la bolsa o la vida, dejándole a uno allí para ilustrar una lección, amordazado y atado.

Stephen, esto es, cuando la figura sobrevenida llegó a su cercanía, por más que no estuviera él mismo en ningún estado de lucidez, reconoció que el aliento de Corley trascendía a jugo de maíz fermentado. Lord John Corley, le llamaban algunos, y su genealogía resultaba ser de esta guisa. Era el hijo mayor del Inspector Corley de la Sección G, recientemente fallecido, el cual se había casado con una tal Katherine Brophy, hija de un agricultor de Louth. Su abuelo, Patrick Michael Corley, de New Ross, se había casado con la viuda de un tabernero cuyo nombre de soltera había sido Katherine —también— Talbot. Según rumores, aunque no confirmados, ella descendía de la casa de los Lord Talbot de Malahide en cuya mansión, realmente una residencia indiscutiblemente selecta en su género y muy digna de verse, su madre o su tía o alguna pariente había disfrutado de la distinción de estar de servicio en la pila de fregar. Ésta, por consiguiente, era la razón por la que el aún relativamente joven pero disoluto individuo que ahora se dirigía a Stephen era designado por algunos inclinados a la facecia como Lord John Corley.

Tomando a un lado a Stephen, hubo de contarle la acostumbrada elegía lastimosa. Ni unas monedas con que obtener alojamiento nocturno. Sus amigos le habían abandonado todos. Además, se había peleado con Lenehan y, ante Stephen, le llamó asqueroso cerdo jodido con una rociada de otras expresiones no solicitadas. Estaba sin trabajo e imploraba a Stephen que le dijera dónde demonios podía conseguir algo que hacer, algo, lo que fuera. No, no, era la hija de la madre fregona la que era hermana de leche del heredero de la casa, o si no, estaban relacionados a través de la madre de alguna manera, teniendo lugar ambos casos al mismo tiempo si es que todo el asunto no era una invención completa de pies a cabeza. Sea como sea, él estaba hundido.

—No se lo pediría, solamente —prosiguió—, se lo juro solemnemente y bien lo sabe Dios, que estoy de malas.

—Habrá un empleo mañana o pasado —le dijo Stephen— en la escuela de niños de Dalkey, como inspector. El señor Garret Deasy. Pruebe a ver. Puede mencionar mi nombre.

—Ah, Dios mío —contestó Corley—, seguro que no sabría enseñar en una escuela, hombre. Nunca he sido uno de los listos como vosotros —añadió, medio riendo—. Dos veces me catearon en la elemental en los Hermanos Cristianos.

—Yo tampoco tengo dónde dormir —le informó Stephen.

Corley, a las primeras del cambio, se inclinó a sospechar que tendría algo que ver con que a Stephen le habrían echado de la madriguera por haber metido alguna jodida fulana de la calle. Había un tabuco en la calle Marlborough, señora Maloney, pero no era más que un agujero de perra gorda y lleno de indeseables pero M'Conachie le había dicho que se podía encontrar un arreglo decente en La Cabeza de Bronce ahí en la calle Winetavern (lo que sugirió lejanamente a Fray Bacon a la persona interpelada) por un chelín. También se estaba muriendo de hambre aunque no había dicho ni palabra de ello.

Aunque este tipo de cosa se repetía una noche sí y otra no o poco menos, los sentimientos de Stephen pudieron con él en cierto sentido aunque sabía que la flamante retahíla de Corley, a la altura de las demás, apenas merecía crédito. Sin embargo, *haud ignarus malorum miseris succurrere disco etcetera*, como observa el poeta latino, especialmente ahora que por suerte le pagaban sus dineros al cabo de cada medio mes el dieciséis que era el día del mes en realidad aunque un buen poco del asunto se había liquidado. Pero la gracia del chiste estaba en que nadie le quitaría de la cabeza a Corley que él vivía en la opulencia y no tenía otra cosa que hacer sino socorrer a los necesitados; cuando en realidad. Sin embargo se metió la mano en el bolsillo, no con idea de encontrar allí nada de comer, sino pensando que en vez de eso le podría prestar algo hasta un chelín o cosa así de manera que pudiera intentar en todo caso buscarse algo suficiente para comer. Pero el resultado fue negativo pues, para su consternación, encontró que le faltaba su dinero en efectivo. Unas pocas galletas rotas fueron todo el resultado de su investigación. Intentó lo mejor que pudo recordar por el momento si lo había perdido, como bien podía haber sido, o se lo había dejado, porque tal contingencia no era ninguna perspectiva grata, sino más bien al contrario, de hecho. En conjunto, estaba demasiado atontado todavía para emprender una búsqueda a fondo aunque al tratar de recordar sobre las galletas tuvo un vago recuerdo. ¿Quién, entonces, exactamente, se las había dado, o dónde fue, o si las compró? Sin embargo, en otro bolsillo tropezó con lo que supuso en lo oscuro que eran peniques, erróneamente, sin embargo, según resultó.

—Ésas son medias coronas, hombre —le corrigió Corley.

Y así resultaron ser en la realidad. Stephen le prestó una de ellas.

—Gracias —contestó Corley—. Es usted un caballero. Le pagaré algún día. ¿Quién es el que va con usted? Le he visto varias veces en el Bleeding Horse, en la calle Camden, con Boylan, el pegador de carteles. Podría recomendarme usted a ver si me toman allí. Yo llevaría anuncios de hombre-sándwich sólo que la chica de la oficina me dijo que están completos para las tres semanas que vienen, caray. Válgame

Dios, hay que apuntarse por adelantado, caray, ni que fuera para los de Carl Rosa. De todos modos me importa un pito con tal de tener un trabajo aunque sea de barrendero.

A continuación, no estando ya tan en mala situación después de los dos y medio chelines recibidos, informó a Stephen sobre un tipo llamado Bags Comisky que decía que Stephen conocía bien, el contable de Fullam el proveedor de marina, que solía andar en el reservado de Nagle con O'Mara y uno pequeño, que tartamudeaba, llamado Tighe. En todo caso, se le habían llevado la otra noche y le habían encajado diez chelines por embriaguez y alteración del orden y resistencia a la fuerza pública.

El señor Bloom mientras tanto seguía dando vueltas en las inmediaciones de los adoquines junto al brasero de coke delante de la garita del guarda municipal, quien, evidentemente ávido de trabajar, a su juicio, descabezaba un tranquilo sueñecito por su cuenta y riesgo, a todo efecto y propósito, mientras Dublín dormía. Al mismo tiempo, de vez en cuando lanzaba una ojeada al interlocutor de Stephen, de atuendo cualquier cosa menos inmaculado, como si hubiera visto en alguna parte a aquel hidalgo aunque no estaba en condiciones de afirmar con verdad dónde ni tenía la más remota idea de cuándo. Siendo hombre de mentalidad equilibrada, capaz de dar ciento y raya a no pocos en punto de astuta observación, también echó de ver su estropeadísimo sombrero y su indumentaria echada a perder, testimonios de impecuniosidad crónica. Probablemente era uno de esos parásitos, pero en cuanto a esto, era cuestión meramente de que cada uno explota al vecino de al lado, y éste lo mismo, por decirlo así, a pillo pillo y medio y en este asunto si el hombre de la calle se encontrara él mismo en el banquillo, los trabajos forzados, con o sin opción a multa, sería una muy *rara avis* en verdad. En cualquier caso tenía una buena cantidad de frescura y tranquilidad para interceptar a la gente a esas horas de la noche o de la mañana. Buena cara dura, ciertamente.

La pareja se separó y Stephen volvió a reunirse con el señor Bloom quien, con su ojo experto, no dejó de percibir que aquél había sucumbido a la blandilocuencia del otro parásito. Aludiendo al encuentro, dijo —esto es, Stephen—, risueñamente:

—Anda mal de suerte. Me ha pedido que le pidiera a usted que pidiera a un tal Boylan, un pegador de carteles, que le diera un trabajo como hombre-sándwich.

Ante esta información, por la que evidenció al parecer poco interés, el señor Bloom se quedó mirando abstraídamente por espacio de alrededor de medio segundo en dirección a una draga, que gozaba del ilustre nombre de Eblana, amarrada junto al muelle de la Aduana y posiblemente incapaz de reparación, tras lo cual observó evasivamente:

—Cada cual recibe su ración de suerte, dicen. Ahora que lo dice, su cara me resultaba conocida. Pero dejando esto por el momento, ¿de cuánto se ha desprendido usted —interrogó—, si no soy demasiado inquisitivo?

—Media corona —respondió Stephen—. Estoy seguro de que lo necesita para dormir en algún sitio.

—Lo necesita —exclamó el señor Bloom, sin manifestar ninguna sorpresa ante la información—: puedo dar crédito a la aserción y garantizo que siempre lo necesita. Cada cual conforme a sus necesidades y cada cual conforme a sus acciones. Pero hablando de las cosas en general —añadió con una sonrisa—, ¿dónde va a dormir usted mismo? Ir andando a Sandycove queda fuera de consideración, y, aun suponiendo que lo hiciera, no podrá entrar después de lo ocurrido en la estación de Westland Row. Se agotaría por nada. No tengo intención de dictarle nada en absoluto, pero ¿por qué ha dejado la casa de su padre?

—Para buscar la desgracia —fue la respuesta de Stephen.

—He encontrado a su respetado padre en una ocasión reciente —replicó diplomáticamente el señor Bloom—. Hoy, en realidad, o, para ser estrictamente exacto, ayer. ¿Dónde vive él ahora? Por el transcurso de la conversación inferí que se ha mudado.

—Creo que está en Dublín no sé dónde —contestó Stephen sin darse por aludido —. ¿Por qué?

—Un hombre dotado —dijo el señor Bloom sobre el señor Dedalus *senior*—, en más de un aspecto, y un *raconteur* de nacimiento como hay pocos. Quizá podría usted volver —arriesgó, aún pensando en la desagradabilísima escena en la estación de Westland Row en que se hizo perfectamente evidente que los otros dos, esto es, Mulligan, y aquel amigo suyo, el turista inglés, que acabaron por engañar al tercer compañero, estaban intentando visiblemente, como si la maldita estación entera les perteneciera, dar esquinazo a Stephen en la confusión.

No hubo respuesta consiguiente a la sugerencia, sin embargo, en realidad estando demasiado atareadamente ocupados los ojos de la imaginación de Stephen en pintarse el hogar familiar la última vez que lo vio, con su hermana, Dilly, sentada junto a la lumbre, el pelo caído, esperando a que se hiciera un cacao flojo de Trinidad que estaba en el puchero manchado de hollín para poderlo tomar con caldo de avena en vez de leche después de los arenques del viernes que habían comido a dos por penique, con un huevo por cabeza para Maggy, Boody y Katey, mientras que el gato bajo la calandria devoraba una masa de cáscaras de huevo y cabezas chamuscadas de pescado y huesos en un trozo de papel de estraza de acuerdo con el tercer mandamiento de la Iglesia de ayunar y guardar abstinencia en los días de precepto, siendo entonces las témporas o, si no, miércoles de ceniza o algo así.

—No —repitió el señor Bloom—, yo personalmente no pondría mucha confianza en ese jovial compañero suyo que aporta el elemento humorístico, el doctor Mulligan, como guía, filósofo y amigo, si estuviera en su pellejo. Él sabe dónde le aprieta el zapato aunque con toda probabilidad nunca se ha dado cuenta de lo que es estar privado de las comidas a sus horas. Claro que usted no se fijó tanto como yo pero no me produciría la menor sorpresa enterarme de que había en su bebida un pellizco de tabaco o de algún narcótico, echado con algún objetivo posterior.

Comprendía, sin embargo, por cuanto había oído, que el doctor Mulligan era hombre versátil y universal, de ningún modo limitado a la medicina solamente, que se iba abriendo paso rápidamente al primer plano en su especialidad y, si los informes se confirmaban, se disponía a disfrutar en un futuro no demasiado lejano de una próspera actividad como médico de gran tono en ejercicio, en adición a cuyo rango profesional, su salvamento de aquel hombre de cierto ahogamiento mediante la respiración artificial y lo que llaman auxilios de urgencia en Skerries ¿o era en Malahide? fue, estaba obligado a admitirlo, una acción enormemente valiente que él no sabría elogiar demasiado alto, de modo que francamente le resultaba difícil sondear qué diablos de razón podría haber en el fondo de todo aquello a no ser que se atribuyera a mera malignidad o a celos, puros y simples.

—A no ser que se reduzca simplemente a una cosa y es a lo que llaman robar las ideas —se aventuró a lanzar.

La cauta ojeada, medio de solicitud, medio de curiosidad, aumentada por la amistosidad, que lanzó a la expresión de facciones de Stephen, entonces morosa, no arrojó un raudal de luz, ni ninguna en absoluto, en realidad, sobre el problema de si se había dejado tomar el pelo por las buenas, a juzgar por dos o tres observaciones deprimidas que dejó caer, o, en sentido contrario, si había visto claro todo el asunto, y por alguna razón que sólo él conocía, había dejado correr la cosa más o menos… La pobreza abrumadora tenía ese efecto y para él era algo más que una conjetura que, por altas capacidades educativas que tuviera, experimentaba no pocas dificultades para llegar a fin de mes.

Adyacente al urinario público de hombres, percibió un carrito de helados en torno al cual un grupo presumiblemente de italianos en acalorado altercado se desahogaba en volubles expresiones en su vivida lengua de un modo particularmente animado, habiendo unas pequeñas diferencias entre las partes.

—Puttana madonna, che ci dia i quattrini! Ho ragione? Culo rotto!

—Intendiamoci. Mezzo sovrano più…

—Dice lui, però!

—Farabutto! Mortacci sui!

—Ma ascolta! Cinque la testa più…

El señor Bloom y Stephen entraron en el Refugio del Cochero, una construcción de madera sin pretensiones, donde, en anterioridad, rara vez, o nunca, habían estado, habiendo el primero previamente susurrado al segundo unas pocas alusiones referentes a su custodio, que se decía ser el antaño famoso Desuellacabras. Fitzharris, el Invencible, aunque no respondería de la realidad de los hechos, en que muy posiblemente no había ni un vestigio de verdad. Unos pocos momentos después vieron a nuestros dos noctámbulos sentados a salvo en un discreto rincón, sólo para ser saludados por miradas de la colección realmente miscelánea de abandonados y vagabundos y otros borrosos ejemplares del género *Homo*, ya ocupados allí en comer

y beber, diversificados por la conversación, y para quienes ellos al parecer constituían un objeto de señalada curiosidad.

—Ahora, en cuanto a una taza de café —se aventuró el señor Bloom plausiblemente a sugerir para romper el hielo—, pienso que debería usted probar algo en forma de alimento sólido, digamos un panecillo de alguna clase.

En consecuencia su primer acto fue, con su característica sangre fría, encargar tranquilamente esas mercancías. Los *hoi polloi* de cocheros y estibadores, o lo que fueran, tras un examen superficial, apartaron los ojos, al parecer decepcionados, aunque un individuo de barba roja y un tanto bebido, con una porción del pelo ya medio gris, probablemente un marinero, siguió mirando fijamente durante un rato apreciable antes de trasladar su arrebatada atención al suelo.

El señor Bloom, haciendo uso del derecho de libre expresión, y teniendo un ligero conocimiento de la lengua en la discusión por más que, ciertamente, en perplejidad en cuanto a voglio, hizo observar a su *protégé* en tono inaudible de voz, *à propos* de la batalla campal que aún seguía viva y furiosa en la calle:

—Una hermosa lengua. Quiero decir, para propósitos de cantar. ¿Por qué no escribe usted su poesía en esa lengua? *Bella Poetria!* Es tan melodiosa y llena. *Belladonna. Voglio*.

Stephen, que hacía lo posible por bostezar si podía, sufriendo en general de una laxitud mortal, contestó:

—Para llenarle las orejas a una elefanta. Se peleaban por dinero.

—¿Ah sí? —preguntó el señor Bloom—. Claro —añadió pensativo, reflexionando interiormente que habiendo para empezar más lenguas de las que son absolutamente necesarias, quizá sea sólo la fascinación meridional que la rodea.

El cuidador del refugio, en medio de este *tête-à-tête*, puso en la mesa una taza hirviente, rebosante de un selecto cocimiento rotulado café y un tipo más bien antediluviano de panecillo, o algo que lo parecía, tras lo cual se batió en retirada a su mostrador, mientras el señor Bloom decidía fijarse en él bien despacio después para no parecer que… por cuya razón animó a Stephen, con una mirada, a empezar, mientras él hacía los honores empujando subrepticiamente cada vez más cerca de él la taza de lo que temporalmente había de llamarse café.

—Los sonidos son imposturas —dijo Stephen tras un rato de pausa—. Como los nombres, Cicerón, Podmore, Napoleón, Mr Goodbody, Jesús, Mr Doyle. Los Shakespeares eran tan corrientes como los Murphy. ¿Qué hay en un nombre?

—Sí, claro —asintió el señor Bloom sin afectación—. Por supuesto. Nuestro nombre también se cambió —añadió, empujando al otro lado el llamado panecillo.

El marinero de barba roja, que tenía fijo en los recién llegados su ojo de vigía, abordó a Stephen, a quien había elegido para su particular atención, y le preguntó por las buenas:

—¿Y su nombre cuál podría ser?

Antes que fuera tarde el señor Bloom le tocó la bota a su compañero, pero Stephen, al parecer sin hacer caso de la tibia presión desde un lado inesperado, contestó:

—Dedalus.

El marinero le miraba fijamente con unos ojos turbios con bolsas, más bien hinchados del excesivo uso del trago, con preferencia el buen viejo Hollands con agua.

—¿Conoce usted a Simon Dedalus? —preguntó por fin.

—He oído hablar de él —dijo Stephen.

El señor Bloom se sintió por un momento azorado, al ver que los demás evidentemente también tendían la oreja.

—Es irlandés —afirmó decididamente el marinero, mirando fijo del mismo modo y asintiendo con la cabeza—. Irlandés del todo.

—Demasiado irlandés —confirmó Stephen.

En cuanto al señor Bloom, no entendía ni pizca del asunto y se empezaba a preguntar qué posible conexión habría, cuando el marinero, por su propia iniciativa, se volvió a los demás ocupantes del refugio con la observación:

—Le he visto romper dos huevos en dos botellas disparando por encima del hombro a cincuenta yardas. No falla con la mano izquierda.

Aunque ligeramente estorbado por un tartamudeo ocasional y aun siendo sus gestos tan torpes como eran sin embargo hacía lo mejor que podía por explicarse.

—Una botella ahí, digamos. Cincuenta yardas medidas. Huevos en las botellas. Echa la escopeta sobre el hombro. Apunta.

Se volvió a medias, cerró el ojo derecho completamente, luego retorció sus facciones levantándolas de cierto modo de lado y miró fulgurantemente hacia la noche, afuera, con una desagradable actitud en el rostro.

—Pom —gritó luego una vez.

El público entero aguardó, esperando una detonación adicional, ya que había aún otro huevo.

—Pom —gritó por segunda vez.

Evidentemente demolidos los dos huevos, asintió con la cabeza y guiñó el ojo, añadiendo sanguinariamente:

—Buffalo Bill tira a matar,
nunca erró y nunca ha de errar.

Siguió un silencio hasta que el señor Bloom en obsequio a la amabilidad se sintió inclinado a preguntarle si era en una competición de tiro al blanco como la de Bisley.

—¿Cómo dice? —dijo el marinero.

—¿Hace mucho? —prosiguió el señor Bloom, sin desviarse ni un pelo.

—Bueno —contestó el marinero, ablandándose hasta cierto punto bajo la mágica influencia de que «diamante corta diamante»—, podría ser hace cosa de diez años. Daba la vuelta al mundo con el Circo Real de Hengler. Se lo vi hacer en Estocolmo.

—Curiosa coincidencia —confió el señor Bloom a Stephen, marginalmente.

—Me llamo Murphy —continuó el marinero—, D. B. Murphy, de Carrigaloe. ¿Saben dónde es?

—En Queenstown Harbour —contestó Stephen.

—Eso es —dijo el marinero—. Fort Camden y Fort Carlisle. De allí es de donde soy. Mi mujercita está allí. Me espera, lo sé. *Por Inglaterra, el hogar y la belleza*. Es mi legítima esposa, a la que hace siete años que no veo, navegando por ahí.

El señor Bloom podía representarse fácilmente su llegada a esa escena —el retorno del marinero a su hogar junto al camino después de haber dejado con un palmo de narices a papá Neptuno— una noche lluviosa con la luna cubierta. A través del mundo en busca de esposa. Había muchos relatos sobre ese tema particular, sobre Alice Ben Bolt, Enoch Arden y Rip van Winkle, y ¿no se acuerda nadie por aquí de Caoc O'Leary, una pieza favorita de declamación, sumamente difícil, por cierto, del pobre John Casey, y, aun en su estilo menor, un ejemplo de poesía perfecta? Nunca es sobre una esposa escapada que regresa, por más que encariñada con el querido ausente. ¡El rostro en la ventana! Júzguese su asombro cuando por fin llegó a la meta y se empezó a hacer luz en él sobre la terrible verdad referente a su media naranja, naufragada en su afecto. Bien poco que me esperabas pero he venido para quedarme y para empezar desde el principio. Ahí está sentada, viuda postiza, en el mismísimo hogar. Me cree muerto. Mecido en la cuna del abismo. Y ahí está sentado el tío Chubb o Tomkin, según sea el caso, el tabernero de La Corona y el Ancla, en mangas de camisa, comiendo filete con cebollas. No hay silla para el padre. ¡Buu! ¡El viento! El último llegado está en sus rodillas, hijo *post mortem*. ¡Con el tra, con el la, y con el tralaralaralá, oh! Inclinarse ante lo inevitable. Sonreír y aguantarlo. Con sincero afecto quedo de ti tu consternado esposo, D. B. Murphy.

El marinero, que no parecía apenas ser residente de Dublín, se volvió a uno de los cocheros con la petición:

—¿No tendría por casualidad algo así como una mascada de sobra, eh?

El cochero interpelado, según resultó, no la tenía pero el encargado sacó un dado de tabaco prensado de su buen chaquetón colgado de un clavo y el objeto deseado pasó de mano en mano.

—Gracias —dijo el marinero.

Depositó la mascada en su jeta y, mascando, y con algunos lentos tartamudeos, continuó:

—Llegamos esta mañana a las once. El *Rosevean*, de tres palos, con una carga de ladrillos, de Bridgewater. Me embarqué para pasar al otro lado. Me han pagado esta tarde. Aquí está mi hoja de licencia. ¿Ven? W. B. Murphy, marinero registrado.

En confirmación de la cual afirmación extricó de un bolsillo interior y alargó a sus vecinos un documento doblado de aspecto no muy limpio.

—Debe usted haber visto una buena porción del mundo —observó el encargado, apoyándose en el mostrador.

—Vaya —respondió el marinero, después de reflexionar sobre ello—, he circunnavegado un poco desde la primera vez que me enrolé. Estuve en el Mar Rojo. Estuve en China y en Norteamérica y en Sudamérica. He visto muchos icebergs, de los que hacen ruido. Estuve en Estocolmo y en el Mar Negro, en los Dardanelos, a las órdenes del Capitán Dalton, el cabrón más valiente que ha mandado nunca a pique su barco. He visto Rusia. *Gospodi pomilyou*. Así es como rezan los rusos.

—Habrá visto cosas raras, no diga que no —interpuso un cochero.

—Vaya —dijo el marinero, desplazando el tabaco parcialmente mascado—. He visto cosas raras, buenas y malas. He visto a un cocodrilo morder la punta de un ancla igual que yo masco este tabaco.

Se sacó de la boca la pulposa mascada y, poniéndosela entre los dientes, mordió ferozmente.

—¡Jaam! Así. Y he visto caníbales en el Perú que se comen los cadáveres y los hígados de los caballos. Miren aquí. Aquí están. Me lo mandó un amigo.

Tras de palparse, sacó una postal ilustrada del bolsillo interior, que parecía ser a su manera una especie de trastero, y la empujó a lo largo de la mesa. Lo impreso en ella afirmaba: *Choza de Indios. Beni, Bolivia*.

Todos concentraron su atención sobre la escena exhibida, un grupo de mujeres salvajes en taparrabos rayados, en cuclillas, haciendo guiños, amamantando, frunciendo el ceño, durmiendo, entre un enjambre de niñitos (debía haber una veintena de ellos) delante de unas primitivas cabañas de ramas de sauce.

—Mascan coca todo el santo día —añadió el comunicativo lobo de mar—. Tienen los estómagos como ralladores de pan. Se cortan las tetitas cuando ya no pueden tener más hijos. Ahí las ven en pelota comiéndose crudo el hígado de un caballo muerto.

La postal resultó ser un centro de atracción para los inexpertos caballeros durante varios minutos, si no más.

—¿Saben cómo se les tiene a distancia? —preguntó con simpatía.

No arriesgándose nadie a una afirmación, hizo un guiño y dijo:

—Con cristal. Eso les atonta. Cristal.

El señor Bloom, sin evidenciar sorpresa, dio la vuelta a la postal con disimulo para leer la dirección parcialmente borrada y el matasellos. Decían como sigue: *Tarjeta Postal. Señor A. Boudin, Galería Becche, Santiago, Chile*. No había mensaje, evidentemente, según observó de modo particular.

Aunque sin ser implícito creyente en el atroz relato narrado (ni, puestos a hablar de eso, en la cuestión de los huevos como blanco, a pesar de Guillermo Tell y del incidente Lazarillo y Don César de Bazán descrito en *Maritana* en cuya ocasión la bala del primero atravesó el sombrero de este último), habiendo detectado una

discrepancia entre su nombre (suponiendo que fuera la persona que afirmaba ser y no navegara bajo falsa bandera después de haber chaqueteado a escondidas en algún sitio) y el ficticio destinatario de la misiva que le hizo abrigar algunas: sospechas sobre la *bona fides* de nuestro amigo, sin embargo ello le recordó sin saber cómo un plan largamente acariciado que pensaba realizar algún día, algún miércoles o sábado, de ir a Londres por vía marítima lo que no es decir que hubiera viajado nunca por extenso pero sí era en su corazón un aventurero de nacimiento aunque por crueldad del destino no había dejado nunca de ser un lobo de tierra salvo lo que se llama ir a Holyhead que fue su viaje más largo. Martin Cunningham decía frecuentemente que le conseguiría un pase por medio de Egan pero eternamente surgía algún endemoniado inconveniente con el resultado práctico de que se malograban los planes. Pero aun en el caso de tener que llegar a aflojar la mosca destrozándole el corazón a Boyd, no era tan caro, si la bolsa lo permitía, unas pocas guineas como mucho considerando el trayecto a Mullingar a donde calculaba que salía por cinco con seis ida y vuelta. El viaje le beneficiaría en su salud teniendo en cuenta el ozono que fortalece y sería placentero en todos los aspectos, especialmente para uno que tenía el hígado averiado, el ver los diferentes sitios a lo largo de la ruta, Plymouth, Falmouth, Southampton y demás, culminando en una gira instructiva de los puntos más espectaculares de la gran metrópoli, el espectáculo de nuestra moderna Babilonia, donde sin duda vería las mayores mejoras, renovando su conocimiento con la torre, la abadía y toda la riqueza de Park Lane. Otra cosa que se le ocurrió como una idea nada mala era que podría echar una mirada alrededor para ver si intentaba hacer arreglos para una gira de conciertos estivales comprendiendo los lugares de veraneo más sobresalientes, Margate con sus baños mixtos y sus termas y balnearios de primera, Eastbourne, Scarborough, Margate y demás, la hermosa Bournemouth, las Islas del Canal y semejantes joyas de lugares, que podría resultar altamente remunerativo. No, claro, con una compañía rebañada de cualquier manera y con señoras aficionadas locales, por ejemplo tipo señora C. P. M'Coy —présteme su maleta y le mandaré por correo la entrada. No, algo de postín, una compañía de grandes estrellas de Irlanda, la gran compañía de ópera Tweedy-Flower con su propia consorte legítima como primera dama a modo de réplica a los Elster Grimes y Moody-Manners, un asunto perfectamente sencillo y él era muy optimista sobre el éxito con tal que el darle bombo en los periódicos locales lo pudiera arreglar algún tío con un poco de empuje que tirara de los hilos indispensables combinando así el negocio con el placer. Pero ¿quién? Ahí estaba el problema.

También, sin estar de hecho seguro, se le ocurrió que se iba a ofrecer un vasto campo por lo que toca a abrir nuevas rutas para mantenerse a la altura de los tiempos en relación con la ruta Fishguard-Rosslare que, según se corría por ahí, estaba una vez más sobre el tapete en los departamentos de circunlocución con la acostumbrada dosis de papeleo y de dilaciones por parte de los eunucos de la burocracia y demás necios en general. Cierto que había una gran oportunidad para promotores y

emprendedores que saliesen al encuentro de las necesidades viajeras del público en general, el hombre medio, esto es, Brown, Robinson y Cía.

Era tema de lamentación y no menos absurdo a simple vista y no pequeña culpa de nuestra alabada sociedad que el hombre de la calle, cuando el organismo realmente necesitaba tonificarse, por cuestión de asunto de un par de miserables libras, quedara privado de ver algo más del mundo en que se vivía en vez de estar siempre en el gallinero desde que mi viejo tarugo me tomó por mujer. Después de todo, al demonio con ello, habían tenido más de once meses de monotonía y merecían un cambio radical de *venue* después de la agitación de la vida ciudadana en verano, de preferencia cuando la Madre Naturaleza está en su momento más espectacular, lo que constituye nada menos que un nuevo suplemento de vida. Había oportunidades igualmente excelentes para veraneantes en la isla patria, deliciosos lugares silvanos para rejuvenecimiento, ofreciendo una plétora de atracciones así como un tónico fortalecedor para el organismo en y en torno a Dublín y sus pintorescos alrededores, incluso, Poulaphouca, a donde había un tranvía de vapor, pero también más allá, lejos de la enloquecida multitud, en Wicklow, justamente denominada el jardín de Irlanda, un ambiente ideal para velocipedistas maduros, en tanto que no se eche a perder, y en las soledades de Donegal, donde si decía verdad la fama, el *coup d'oeil* era realmente grandioso, por más que la recién nombrada localidad no fuera fácilmente accesible de modo que el aflujo de visitantes no era todavía todo lo que podía ser considerando los señalados beneficios a obtener de ello, mientras que Howth con sus recuerdos históricos y de otro tipo, Thomas *el Sedoso*, Grace O'Malley, Jorge IV, los rododendros a varios centenares de pies sobre el nivel del mar era lugar favorito para todas clases y especies de hombres, especialmente en primavera cuando la fantasía de la juventud, aunque ya había obtenido su tributo de muertes por caída desde escolleras, intencional o accidental, habitualmente, por cierto, sobre la pierna izquierda, a sólo tres cuartos de hora de la columna. Porque por supuesto el viaje de turismo en su sentido actual estaba todavía meramente en pañales, por decirlo así, y el acomodo dejaba mucho que desear. Interesante de sondear, le parecía, por motivos de pura y simple curiosidad, si era el tráfico el que creaba la ruta o viceversa o las dos cosas en realidad. Volvió la postal del otro lado y se la pasó a Stephen.

—Vi una vez un chino —relataba el brioso narrador— que tenía unas pildoritas como de masilla y las echaba en agua y se abrían y cada píldora era algo diferente. Una era un barco, otra era una casa, otra era una flor. Guisan ratas en la sopa —añadió, con aire estimulante del apetito—, los chinos hacen eso.

Posiblemente percibiendo una expresión de duda en sus rostros, el *globe-trotter* siguió adhiriéndose a sus aventuras.

—Y vi un hombre en Trieste que lo mató un italiano. Una navaja en la espalda. Una navaja así.

Mientras hablaba sacó una navaja de peligroso aspecto, muy en armonía con su persona, y la mantuvo en posición de herir.

—Era en una casa de putas a causa de un lío entre dos contrabandistas Un tío se escondió detrás de una puerta y saltó por detrás de él. Así. *Prepárate a encontrarte con tu Dios*, dice. ¡Chac! Le entró por la espalda hasta el mango.

Su pesada mirada, vagando soñolienta en torno, parecía desafiarles a más preguntas si por casualidad tenían ganas de hacérselas.

—Éste sí que es un buen trozo de acero —repetía, examinando su temible *stiletto*.

Tras de ese escalofriante *dénouement*, suficiente para horrorizar a los más robustos, cerró la hoja y guardó el arma en cuestión como antes en su cámara de los horrores, por otro nombre bolsillo.

—Les da mucho por el arma blanca —dijo, en beneficio de todos, alguien que estaba evidentemente a oscuras—. Por eso creían que los crímenes de los Invencibles en el parque eran cosa de extranjeros, porque usaban cuchillos.

Ante esta observación, obviamente ofrecida en el espíritu de que donde hay ignorancia hay felicidad, el señor Bloom y Stephen, cada cual a su manera particular, intercambiaron instintivamente miradas significativas, en un religioso silencio de la más pura índole de *entre nous*, sin embargo, hacia donde Desuellacabras, *alias* el encargado, extraía chorros de líquido de su utensilio de hervir. Su rostro inescrutable, que era realmente una obra de arte, daba la impresión de que no entendía ni jota de lo que sucedía. Gracioso, mucho.

Entonces tuvo lugar una pausa algo prolongada. Un hombre leía, a tirones, un diario de la tarde manchado de café; otro, la postal con la *choza* de indígenas; otro, la licencia del marinero. El señor Bloom, en la medida en que le concernía personalmente, estaba simplemente cavilando en pensativo estado de ánimo. Recordaba de modo vivido cuando el aludido suceso tuvo lugar, como si fuera ayer, hacía unos veinte años, en los días de las agitaciones campesinas, cuando aquello cayó sobre el mundo civilizado como una bomba, para hablar figurativamente, a principios de los años ochenta, el ochenta y uno para ser exactos, cuando acababa de cumplir quince años.

—Ea, jefe —intervino el marinero—. Devuélvame esos papeles.

Cumplida la solicitud, les echó la garra de un zarpazo. —¿Ha visto usted el Peñón de Gibraltar? —inquirió el señor Bloom.

El marinero hizo una mueca, mascando, de un modo que podía interpretarse como sí, ya lo creo, o no.

—Ah, también ha tocado allí —dijo el señor Bloom—, la punta de Europa —pensando que sí, en la esperanza de que el vagabundo pudiera con algunas reminiscencias… pero no lo hizo así, dejando simplemente escapar un chorro de saliva hacia el serrín, y movió la cabeza con una suerte de perezoso desprecio.

—¿Hacia qué año sería? —intercaló el señor Bloom—. ¿Recuerda usted los barcos?

Nuestro sedicente marinero mordió pesadamente un rato, hambriento, antes de contestar.

—Estoy cansado de todas esas peñas en el mar —dijo—, y barcos y naves. Carne salada todo el tiempo.

Cansado, al parecer, calló. Su interrogador, percibiendo que no tenía grandes probabilidades de obtener muchos resultados con aquel viejo astuto, se entregó a nebulosas especulaciones sobre las enormes dimensiones del agua sobre el globo terráqueo. Baste decir que, como revelaba una ojeada casual al mapa, cubría plenamente sus tres cuartas partes y él se daba cuenta plenamente, en consecuencia, de lo que significaba dominar las olas. En más de una ocasión, una docena por lo menos, cerca del North Bull en Dollymount, él había observado a un añoso lobo de mar, evidentemente abandonado, sentado de modo habitual cerca del no especialmente bienoliente muro sobre el mar, mirando en olvido al mar mientras el mar le miraba a él, soñando con frescos bosques y prados intactos, como canta no sé quién no sé dónde. Y eso le dejaba preguntándose por qué. Acaso ése había tratado de averiguar el secreto por sí mismo, zarandeado de acá para allá hasta las antípodas y todas esas cosas y de arriba para abajo, bueno, no exactamente para abajo, tentando al destino. Y se podía apostar veinte contra nada a que realmente no había ningún secreto en absoluto en ello. Sin embargo, sin entrar en las *minutiae* del asunto, el hecho elocuente seguía siendo que el mar estaba ahí en toda su gloria y en el transcurso natural de las cosas alguien tenía que navegar por él y desafiar a la Providencia aun cuando ello fuera a parar meramente en mostrar cómo se las arregla la gente para cargar esa clase de peso sobre los demás, como la idea del infierno y la lotería y los seguros, que se han organizado idénticamente según las mismas líneas, de modo que por esa misma razón, si no por otra, el Domingo de la Barca de Salvamento era una institución muy laudable hacia la que el público en general, no importa dónde viviera, tierra adentro o en la costa, según fuera el caso, una vez que se le presentaba así a su atención, debería ofrecer su gratitud así como a los capitanes de puerto y el servicio de vigilancia de costas que tenían que aparejar y zarpar haciendo frente a los elementos, en cualquier época del año, cuando el deber les llamaba *Irlanda espera que cada cual* y así sucesivamente, y a veces lo pasaban muy mal en invierno sin olvidar los fuegos flotantes, el Kish y los demás, expuestos a zozobrar en cualquier momento, en torno al cual él una vez con su hija había experimentado un mar notablemente picado, por no decir tormentoso.

—Había uno que navegaba conmigo en el *Vagabundo* —continuó el viejo lobo de mar, vagabundo también él—. Vuelto a tierra, tomó un trabajo cómodo, como criado de caballero a seis libras al mes. Estos pantalones son suyos, los que llevo puestos, y me dio un impermeable y esta navaja. Yo serviría para ese trabajo, barba y pelo. No me gusta andar vagabundeando por ahí. Ahí está ahora mi hijo, Danny, que se ha escapado a la mar y su madre le había buscado un sitio con un pañero en Cork donde podía ganar dinero fácil.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó un oyente, que, por cierto, visto de lado, ofrecía un remoto parecido con Henry Campbell, el secretario municipal, lejano de

los abrumadores cuidados de su cargo, sin lavar, por supuesto, y con desastrada vestimenta y una fuerte sospecha de color en torno al apéndice nasal.

—Bueno —respondió el marinero con lenta pronunciación desconcertada—. ¿Mi hijo Danny? Debe andar por los dieciocho ahora, según mis cuentas.

Tras de lo cual aquel padre de Skibbereen se abrió con las dos manos de un tirón su camisa gris o en todo caso nada limpia y se empezó a rascar el pecho en lo que se vio que era una imagen tatuada con tinta china azul, intentando representar un ancla.

—Había piojos en aquella hamaca en Bridgewater —observó—. Como un clavo. Tengo que darme un lavado mañana o pasado. Son esos negros lo que me molesta. Me revientan esos maricones. Le chupan a uno la sangre, de veras.

Viendo que todos le miraban al pecho, amablemente tiró de la camisa para abrirla más, de modo que, encima del largamente acreditado símbolo de la esperanza y el reposo del marinero, obtuvieron una vista completa de la cifra 16 y de una cara de joven de perfil con aire más bien ceñudo.

—Un tatuaje —explicó el exhibidor—. Me lo hicieron cuando estábamos en una calma chicha en aguas de Odessa en el Mar Negro con el capitán Dalton. Un tipo que se llamaba Antonio lo hizo. Ese de ahí es él mismo, un griego.

—¿No le hizo mucho daño? —preguntó uno al marinero.

Aquel ilustre, sin embargo, estaba diligentemente ocupado en recoger algo alrededor del no sé qué en su. Apretando o.

—Vean aquí —dijo, enseñando a Antonio—. Ahí está, maldiciendo al segundo de a bordo. Y ahora ahí está —añadió—. El mismo tío —tirando de la piel con los dedos, algún truco especial evidentemente—, y riéndose de algún cuento.

Y en efecto la lívida cara del joven llamado Antonio parecía de veras sonreír forzadamente, curioso efecto que provocó la admiración sin reservas de todo el mundo, incluyendo a Desuellacabras, que esta vez se estiró hacia allá.

—Eso, eso —suspiró el marinero, bajando los ojos hacia su viril pecho—. También él se fue. Se lo comieron los tiburones después. Eso, eso.

Dejó ir la piel de modo que el perfil volvió a asumir la expresión normal de antes.

—Bonito trabajo —dijo el descargador número uno.

—¿Y para qué es el número? —interrogó el vago número dos.

—¿Se lo comieron vivo? —preguntó un tercero al marinero.

—Eso, eso —volvió a suspirar el recién mencionado personaje, esta vez más animadamente, con una especie de media sonrisa, sólo de breve duración, en dirección al que preguntaba sobre el número—. Lo comieron. Era un griego.

Y luego añadió, con humor más bien macabro, considerando su presunto fin:

—Malo como él viejo Antonio
que me ha mandado al demonio.

El rostro de una corretona, vidrioso y extraviado bajo un sombrero negro de paja, atisbó al soslayo por la puerta del refugio, palpablemente explorando por su cuenta con el objetivo de llevar más agua a su molino. El señor Bloom, no sabiendo apenas a qué lado mirar, volvió la cara al momento, agitado pero exteriormente tranquilo, y recogiendo de la mesa el papel rosa del periódico de la calle Abbey que el cochero, si es que lo era aquél, había puesto a un lado, lo levantó y miró al rosa del papel aunque ¿por qué rosa? Su motivo para obrar así fue que reconoció al momento al otro lado de la puerta la misma cara de que había captado un atisbo fugitivo esa misma tarde en el Ormond Quay, aquella hembra parcialmente idiotizada, a saber, la del callejón, que sabía que la señora del vestido marrón es tu señora (la señora B.), y le pidió la oportunidad del lavado. También ¿por qué lavado, que parecía más bien vago? Tu lavado. Sin embargo, la franqueza le obligaba a admitir que él había lavado la ropa interior de su esposa cuando estaba sucia en la calle Holles y las mujeres querían hacerlo y lo hacían con análogas ropas de hombres con iniciales en tinta de marcar Bewley y Draper (las de ella, esto es) si realmente le amaban a él, es decir. Quien me quiere a mí, quiere a mi camisa sucia. Sin embargo, precisamente entonces, estando en ascuas, deseaba más la ausencia que la presencia de esa mujer, así que fue para él un auténtico alivio cuando el encargado le hizo una grosera señal a ella para que se quitara de ahí. Por encima del borde del *Evening Telegraph* captó apenas un atisbo fugitivo de su cara más allá del lado de la puerta con una suerte de demencial sonrisa vidriosa que mostraba que no estaba exactamente en sí misma, observando con evidente diversión al grupo de mirones en torno al náutico pecho del patrón Murphy, y luego no hubo más de ella.

—La cañonera —dijo el encargado.

—Me pasma —confió el señor Bloom a Stephen—, hablo desde un punto de vista médico, cómo una desgraciada criatura como ésa, salida de la cuarentena del hospital, rezumando enfermedad, puede ser tan descarada como para solicitar, ni cómo un hombre en su juicio, si estima en lo más mínimo su salud… ¡Criatura desgraciada! Claro, supongo que algún hombre es responsable en definitiva de su situación. Sin embargo cualquiera que sea la causa…

Stephen no la había advertido y se encogió de hombros, observando meramente:

—En este país la gente vende mucho más de lo que ella ha tenido nunca y hacen muy buen negocio. No tengáis miedo de los que venden el cuerpo pero no tienen poder para comprar el alma. Ésa es una mala comerciante. Compra caro y vende barato.

El hombre de más edad, aun no siendo en modo alguno una solterona ni una beata, dijo que era ni más ni menos que un escándalo intolerable a que habría que poner fin *instanter*, es decir que mujeres de tal cuño (muy al margen de cualquier escrupulosidad de solterona sobre ese tema), un mal necesario, no estuvieran licenciadas e inspeccionadas médicamente por las autoridades competentes, cosa sobre la que con toda verdad podía afirmar que él, en cuanto *paterfamilias*, había

abogado firmemente desde el primerísimo principio. Quienquiera que emprendiera una política de esa índole, dijo, y ventilara la cuestión a fondo otorgaría un beneficio duradero a cuantos estuvieran concernidos.

—Usted, como buen católico —observó—, hablando de cuerpo y alma, cree en el alma. ¿O se refiere usted a la inteligencia, a la fuerza cerebral en cuanto tal, distinta de cualquier objeto exterior, la mesa, digamos, esa taza? Yo también creo en eso porque personas competentes lo han explicado como las circunvoluciones de la materia gris. De otro modo nunca tendríamos inventos tales como los rayos X, por ejemplo. ¿No cree?

Así acorralado, Stephen tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano de memoria para intentar concentrarse y recordar antes de poder decir:

—Me dicen, según las mejores autoridades, que es una sustancia simple y por tanto incorruptible. Sería inmortal, entiendo, a no ser por la posibilidad de su aniquilación por su Causa Primera, que, según he oído decir, es muy capaz de añadir ésa al número de sus demás bromas pesadas, ya que la *corruptio per se* y la *corruptio per accidens* quedan ambas excluidas por la etiqueta de corte.

El señor Bloom asintió por completo a la sustancia general de esto aunque la *finesse* mística implícita en ello estaba un tanto fuera de su alcance sublunar y sin embargo se sintió obligado a presentar una objeción en cuanto al capítulo de ese «simple», añadiendo prontamente:

—¿Simple? Yo no diría que esa es la palabra justa. Claro, le concedo, por hacerle una concesión, que uno se tropieza con un alma simple de Pascuas a Ramos. Pero a lo que estoy deseoso de llegar es que una cosa es por ejemplo inventar esos rayos como Rontgen, o el telescopio como Edison, aunque creo que fue antes de sus tiempos, Galileo fue, quiero decir. Lo mismo se aplica a las leyes, por ejemplo, de un fenómeno natural de tan amplio alcance como la electricidad pero es harina de otro costal decir que uno cree en la existencia de un Dios sobrenatural.

—Ah, eso —postuló Stephen— está probado definitivamente por varios de los más famosos pasajes de la Sagrada Escritura, aparte de las pruebas circunstanciales.

Sobre este punto espinoso, sin embargo, entraron en conflicto las opiniones de la pareja, estando como estaban ellos en polos opuestos, tanto en instrucción como en todo lo demás, junto con la señalada diferencia de sus respectivas edades.

—¿Está probado? —objetó el más experto de los dos, sujetándose a su punto original—. No estoy tan seguro de eso. Es asunto para la opinión de cada cual y sin caer en el lado sectario del asunto, me permito discrepar con usted ahí *in toto*. Mi creencia es, para decirle la verdad sinceramente, que esos trozos fueron todos ellos auténticas falsificaciones intercaladas por los monjes muy probablemente o es una vez más la cuestión de nuestro poeta nacional, quién precisamente los escribió, como *Hamlet* y Bacon, como a usted que conoce su Shakespeare infinitamente mejor que yo, claro que no hace falta que se lo diga. A propósito, ¿no se puede tomar ese café? Permítame removerlo y tomar un trozo del panecillo. Es como uno de los ladrillos de

ese patrón, disfrazado. Sin embargo, nadie puede dar lo que no tiene. Pruebe un pedacito.

—No podría —se las arregló Stephen para pronunciar, negándose sus órganos mentales por el momento a dictarle más.

Como el poner inconvenientes es proverbialmente un mal oficio, el señor Bloom se ocupó muy bien de remover, o intentarlo, el azúcar encostrado en el fondo y reflexionó con algo próximo a la acritud sobre el Palacio del Café y su obra de temperancia (y su lucro). Claro que era un objetivo legítimo y sin lugar a discusión hacía mucho bien. Se organizaban refugios como el presente, con criterios abstemios, para los vagabundos noctámbulos, así como conciertos, veladas dramáticas y conferencias útiles (entrada gratuita) por personas cualificadas, para las clases inferiores. Por otra parte, él tenía un claro y doloroso recuerdo de que a su mujer, Madam Marion Tweedy, que estuvo en activa relación con ellos durante algún tiempo, le pagaron una remuneración realmente modestísima por sus colaboraciones al piano. La idea, se inclinaba fuertemente a creer, era hacer el bien y embolsarse un beneficio, no habiendo competencia digna de tal nombre. Veneno de sulfato de cobre, SO_4 o algo así en los guisantes secos recordaba haber leído que había en una casa barata de comidas en alguna parte, pero no podía recordar cuándo fue ni dónde. En todo caso, la inspección, la inspección médica de todos los comestibles le parecía más necesaria que nunca lo que quizás explicara la moda del Vi-Cacao del Dr. Tibble a causa del análisis médico que suponía.

—Tome un sorbo de él ahora —se atrevió a decir sobre el café después que estuvo removido.

Así persuadido al menos a probarlo, Stephen levantó el pesado tazón de su charco marrón —chasqueó al despegarse cuando fue levantado— por el asa y tomó un sorbo del ofensivo brebaje.

—Sin embargo, es alimento sólido —apremió su genio bueno—, yo soy un fanático del alimento sólido —siendo su sola y única razón no la golosinería sino las comidas a sus horas como la condición *sine qua non* para cualquier tipo de trabajo decente, mental o manual—. Debería usted comer más alimento sólido. Se sentiría otro hombre.

—Líquidos sí puedo comer —dijo Stephen—. Pero tenga la bondad de apartar ese cuchillo. No puedo mirarle la punta. Me recuerda la historia de Roma.

El señor Bloom hizo prontamente lo sugerido y apartó el objeto incriminado, un cuchillo corriente romo, con mango de cuerno, sin nada especialmente de romano ni de antigüedad para ojos legos, haciendo observar que la punta era el punto menos saliente en él.

—Las historias de nuestro común amigo son como él mismo —*à propos* de cuchillos observó el señor Bloom a su confidente *sotto voce*—. ¿Cree usted que son auténticas? Sería capaz de contar tales cuentos horas y horas seguidas toda la noche y mentir como un sacamuelas. Mírele.

Y sin embargo, aunque sus ojos estaban espesos de sueño y de aire marino, la vida estaba llena de una multitud de cosas y coincidencias de naturaleza terrible y quedaba muy dentro de los límites de lo posible que no fuera una invención completa aunque a simple vista no había mucha verosimilitud intrínseca de que todos los camelos que desembuchaba fueran estrictamente el evangelio.

Mientras tanto él había estado tomándole las medidas al individuo que tenía delante y sherlockholmesizándolo de arriba a abajo, desde el primer instante en que le puso los ojos encima. Aunque hombre bien conservado y de no poca vitalidad, si bien un poco inclinado a la calvicie, había algo espúreo en su corte y su aire que sugería su procedencia de la penitenciaría y no era preciso un violento esfuerzo de imaginación para asociar a un ejemplar de tan peculiar aspecto con la hermandad del sol entre rejas. Quizás incluso podía haber quitado de en medio a su hombre, suponiendo que fuera suyo el caso de que había hablado, como a menudo hacía la gente hablando de otros, es decir, que él mismo le hubiera matado y hubiera cumplido sus buenos cuatro o cinco años a la sombra para no hablar de ese personaje Antonio (sin relación con el personaje dramático de idéntico nombre que surgió de la pluma de nuestro poeta nacional) que expió sus delitos de la melodramática manera descrita más arriba. Por otro lado podría estar sólo tirándose un farol, una debilidad comprensible, porque el conocer a tales inconfundibles papanatas, vecinos de Dublín, como aquellos cocheros ansiosos de noticias del extranjero, tentaría a cualquier anciano marinero que navegue por los océanos a inventar hermosos cuentos sobre el schooner *Hesperus*, etcétera. Y dígase lo que se quiera, las mentiras que uno diga sobre sí mismo no pueden llegar a la proverbial suela del zapato de los camelos al por mayor que otros acuñen sobre él.

—Entiéndame, no es que yo diga que todo eso es pura invención —continuó—. Escenas parecidas se encuentran alguna vez, aunque no a menudo. Los gigantes, sin embargo, no se ven más que si acaso de Pascuas a Ramos. Marcella, la reina de los enanos. En esas figuras de cera de la calle Henry yo mismo vi unos aztecas, como les llaman, sentados en cuclillas. No podrían enderezar las piernas aunque les pagaran porque los músculos de aquí, ya ve —continuó, trazando sobre su compañero un rápido contorno de los tendones, o como se los quiera llamar, detrás de la rodilla derecha—, estaban completamente sin fuerzas de tanto tiempo sentados en contracción, recibiendo adoración como dioses. Ahí tiene otro ejemplo de almas simples.

Sin embargo, para volver al amigo Simbad y a sus horripilantes aventuras (que le recordaban un poco a Ludwig, alias Ledwidge, cuando ocupaban las tablas en el Gaiety, cuando Michael Gunn formaba parte de la dirección en *El holandés errante*, un éxito fenomenal, y su hueste de admiradores acudía en grandes números, todos sencillamente en manada a escucharle aunque los barcos de cualquier tipo, fantasmas o lo contrario, solían resultar más bien mal en escena, lo mismo que los trenes), no había en ello nada intrínsecamente incompatible, lo concedía. Al contrario, el toque de la puñalada por la espalda quedaba muy en armonía con esos italianos, aunque

puestos a ser sinceros él también estaba muy dispuesto a admitir que aquellos heladeros y freidores de pescado, para no hablar de los dedicados a las patatas fritas y demás, de la Pequeña Italia de ahí cerca del Coombe, eran unos tipos sobrios, ahorrativos y trabajadores, salvo que quizás un poco demasiado dados a la persecución nocturna del innocuo animal necesario de carácter felino, propiedad ajena, con vistas a disfrutar a costa de él, o de ella, al día siguiente, de un buen guisado suculento con el tradicional ajo *de rigueur*, a escondidas, y añadía él, por lo barato.

—Los españoles, por ejemplo —continuó—, siendo temperamentos apasionados, impetuosos como Satanás, son dados a tomarse la justicia por su mano y a liquidarle a uno en un santiamén con esos puñales que llevan en el abdomen. Eso procede del gran calor, el clima en general. Mi mujer es, por decirlo así, española, a medias, mejor dicho. En realidad podría reclamar la nacionalidad española si quisiera, habiendo nacido (técnicamente) en España, esto es, en Gibraltar. Tiene tipo español. Más bien oscura, una auténtica morena, pelo negro. Yo, por mi parte, sin duda que creo que el clima explica el carácter. Por eso le preguntaba si usted escribe sus poesías en italiano.

—Esos temperamentos de ahí a la puerta —intercaló Stephen— estaban muy apasionados por diez chelines. *Roberto ruba roba sua*.

—Eso es —coreó el señor Bloom.

—Entonces —dijo Stephen, mirando al vacío y continuando sus divagaciones como para sí o para algún desconocido oyente no se sabía dónde—, tenemos la impetuosidad de Dante y el triángulo isósceles, la señorita Portinari, de quien él se enamoró y Leonardo y San Tommaso Mastino.

—Está en la sangre —admitió inmediatamente el señor Bloom—. Todos están lavados en la sangre del sol. Qué coincidencia, por casualidad estaba yo hoy en el museo de la calle Kildare, poco antes de nuestro encuentro, si así puedo llamarlo, mirando esas estatuas antiguas que hay allí. Espléndidas proporciones de caderas, de pecho. Sencillamente, hoy día no se tropieza uno con esa clase de mujeres. Una excepción de vez en cuando. Guapas, sí, bonitas a su manera sí se encuentran, pero lo que yo quiero decir es la forma femenina. Además, tienen muy poco gusto en el vestir, la mayor parte de ellas, cosa que realza grandemente la belleza natural de la mujer, dígase lo que se quiera. Las medias arrugadas, quizá sea acaso una manía mía, pero sin embargo es algo que sencillamente me fastidia ver.

El interés, sin embargo, empezaba a decaer en torno y los demás se pusieron a hablar de accidentes en el mar, barcos perdidos en la niebla, colisiones con icebergs, y toda esa clase de cosas. Por supuesto que Iza-el-Ancla tenía lo suyo que decir. Había doblado el Cabo unas pocas veces y había hecho frente a un monzón, una clase de viento, en los mares de la China y a través de todos esos peligros en el abismo había una sola cosa, declaró, que siempre estuvo de su parte, o palabras análogas: una piadosa medalla que le había salvado.

Así pues, tras de eso, derivaron al naufragio de la roca de Daunt, el naufragio de aquella malhadada embarcación noruega —nadie se acordaba de su nombre durante un rato hasta que el cochero que se parecía realmente mucho a Henry Campbell lo recordó, *Palme*, en la playa de Booterstown, aquello fue el tema de conversación de la ciudad ese año (Albert William Quill escribió una hermosa composición en originales versos de sobresaliente mérito sobre ese tema en el *Irish Times*) las rompientes cayendo sobre ella y multitudes y multitudes en la orilla conmocionadas y petrificadas de horror. Entonces alguien dijo algo sobre el caso del velero *Lady Cairns* de Swansea, pasado por ojo por el *Mona*, que iba en rumbo opuesto en tiempo más bien brumoso, y que se perdió con toda la tripulación en cubierta. No se prestó ayuda. El capitán, el del *Mona*, dijo que temía que sus compartimentos estancos cedieran con el choque. Parece ser que no tenía agua en la sentina.

En este punto tuvo lugar un incidente. Habiéndosele hecho necesario aflojar un rizo, él marinero dejó vacante su asiento.

—Permítame cruzarle por la proa —dijo a su vecino, que precisamente estaba entrando con suavidad en pacífico sopor.

Puso rumbo con pesada lentitud y con una suerte de andares culibajos hacia la puerta, bajó pesadamente por el escalón que había en la salida y viró hacia la izquierda. Mientras se disponía a orientarse, el señor Bloom, quien, cuando se incorporó, notó que llevaba dos frascos, seguramente de ron de mar, saliéndole por ambos bolsillos, para consumo particular de sus ardientes entrañas, le vio sacar una de las botellas, descorcharla o desenroscarla, y, aplicando el pico a los labios, tomarse un buen trago deleitable con ruido de gorgoteo. El irreprimible Bloom, que también tenía una astuta sospecha de que el viejo comediante saliera de maniobras en seguimiento de la contraatracción en forma de una hembra, que, sin embargo, había desaparecido a todo efecto y propósito, pudo, esforzándose, divisarle apenas cuando, debidamente reforzado por su episodio con el ponche al ron, levantaba la mirada hacia las pilastras y vigas de la línea de circunvalación, más bien a oscuras, ya que por supuesto desde su última visita aquello había cambiado radicalmente con grandes mejoras. Alguna persona o personas invisibles le dirigieron hacia el urinario masculino erigido con ese objeto en aquellas inmediaciones por el Comité de Higiene, pero, tras un breve intervalo de tiempo en que reinó el silencio sin rival, el marinero, evidentemente pasando al largo de él, se desahogó en su inmediata proximidad, con el subsiguiente ruido del agua de su sentina salpicando en el suelo donde al parecer despertó a un caballo de la parada de coches. En todo caso, un casco hirió el suelo en busca de una nueva posición de sustento y unos aparejos tintinearon. Levemente intranquilizado en su garita junto al brasero de ascuas de coke, el guarda municipal, que aunque ya de malas y rápidamente hundiéndose, no era otro, en estricta verdad, que el susodicho Gumley, ahora prácticamente a cargo de la beneficencia parroquial, y a quien con toda probabilidad verosímil le había dado ese trabajo interino Pat Tobin por consideraciones humanitarias, conociéndole de sobra se

removió y se agitó en su garita antes de volver a reordenar sus miembros en brazos de Morfeo. Un ejemplo verdaderamente impresionante de ruina en su forma más virulenta, caída sobre una persona con las más respetables relaciones y acostumbrada toda su vida a las decentes comodidades de un hogar y con sus buenas 100 libras al año de renta en otros tiempos que por supuesto ese burro de siete suelas tiró en seguida por la ventana. Y ahí estaba sin tener dónde caerse muerto después de haberla armado buena muchas veces por la ciudad, sin un céntimo encima. Ni que decir tiene que bebía, y una vez más la cosa podía servir de escarmiento y de enseñanza moral, cuando muy bien podía estar tranquilamente metido en negocios por todo lo alto si —un «si» muy grave, sin embargo— se las hubiera arreglado para curarse de esa determinada inclinación.

Todos, mientras tanto, lamentaban la decadencia de la navegación irlandesa, de cabotaje y al extranjero, lo que era parte integrante del mismo asunto. Se había botado un barco de Palgrave Murphy en el Muelle Alexandra, la única botadura de ese año. Y era mucha verdad que había puertos, sólo que ningún barco los visitaba.

Había naufragios y naufragios, dijo el encargado, lo cual evidentemente era *au fait*.

Lo que él quería averiguar era por qué ese barco había ido a chocar contra el único escollo de la bahía de Galway cuando un tal señor Worthington o algo así puso en tela de juicio el proyecto del puerto de Galway, ¿eh? Pregúntenle a su capitán, les aconsejó, con cuánto le untó la mano el Gobierno Británico por su trabajo de ese día. El capitán John Lever, de la Lever Line.

—¿No tengo razón, patrón? —preguntó al marinero que volvía ya después de sus libaciones particulares y demás actividades.

Aquel digno hombre, cazando al vuelo la cola de la canción o de la letra, gruñó en lo que quería ser música, pero con ímpetu, una suerte de canturreo en segundas o terceras. Los agudos oídos del señor Bloom le oyeron entonces expectorar probablemente la mascada de tabaco (y así era), de modo que debía haberla alojado provisionalmente en el puño mientras que se ocupaba de las tareas de beber y hacer aguas y la había encontrado un tanto agriada después del fuego líquido aludido. En todo caso entró bamboleándose después de su feliz libación-cum-potación, introduciendo una atmósfera de taberna en la *soirée*, y aullando estrepitosamente como auténtico hijo de la mar:

—La galleta estaba dura como un mulo,
la cecina tan salada como el culo
de la mujer de Lot, ¡oh Johnny leave her, oh,
oh Johnny leave her, oh!

Tras de la cual efusión, el temible ejemplar volvió a entrar en escena como es debido, y, llegando otra vez a su asiento, se hundió más bien que se sentó pesadamente en el banco.

Desuellacabras, suponiendo que lo fuera, evidentemente con una cuenta que saldar, estaba poniendo de manifiesto sus agravios en una filípica tan esforzada como decaída en referencia a los recursos naturales, o algo parecido, de Irlanda, que él describía en su prolija disertación como el más rico de los países, sin exceptuar a ninguno, sobre la faz de toda la santa tierra, muy superior y por encima de Inglaterra, con carbón en grandes cantidades, seis millones de esterlinas de carne de cerdo exportadas al año, diez millones entre mantequilla y huevos, y todas las riquezas que le chupaba Inglaterra poniendo impuestos a los pobres que siempre pagaban a tocateja, y devorando la mejor carne en venta, y un montón más de exceso de vapor en la misma vena. En consecuencia la conversación se hizo general y todos estuvieron de acuerdo en que esa era la realidad. En la tierra de Irlanda se podía cultivar cualquier cosa del mundo, afirmó, y ahí en Cavan estaba el coronel Everard cultivando tabaco. ¿Dónde se podía encontrar nada semejante al tocino irlandés? Pero a la poderosa Inglaterra le estaba reservado, afirmó *in crescendo* con voz nada vacilante, un día de rendición de cuentas por sus delitos, a pesar del poderío de su metal. Habría una caída, la caída más grande de la historia. Los alemanes y los japonesitos iban a salirse con la suya, afirmó. Los bóers eran el principio del fin. La pretenciosa Inglaterra ya se estaba derrumbando y su ruina sería Irlanda, su talón de Aquiles, lo cual les explicó como el punto vulnerable de Aquiles, el héroe griego, un punto que sus oyentes captaron en seguida ya que él se hizo dueño de completo de su atención señalándoles el aludido tendón en la bota. Su consejo a todos los irlandeses era: quedaos en la tierra donde nacisteis y trabajad por Irlanda y vivid para Irlanda. Irlanda, ya dijo Parnell, no podía prescindir de uno solo de sus hijos.

Un silencio general señaló la terminación de su *finale*. El impertérrito navegante había oído esas terribles nuevas sin consternación.

—Se dice pronto, jefe —replicó ese diamante en bruto palpablemente un poco provocado en reacción a la precedente perogrullada.

A cuya ducha fría, aludiendo a la caída y esas cosas, el encargado asintió, ateniéndose no obstante a lo sustancial de su opinión.

—¿Cuáles son las mejores tropas en el ejército? —interrogó airadamente el encanecido veterano—. ¿Y los mejores en salto y carreras? ¿Y los mejores almirantes y generales que tenemos? Díganmelo.

—Los irlandeses, puestos a elegir —replicó el cochero parecido a Campbell, manchas faciales aparte.

—Eso es —corroboró el viejo lobo de mar—. El campesino católico irlandés. Él es la columna vertebral de nuestro imperio. ¿Conocen a Jem Mullins?

Aun respetándole sus opiniones personales, como a cada cual, el encargado añadió que no le importaba nada ningún imperio, el nuestro o el suyo, y consideraba

que un irlandés que lo sirviera no merecía tal nombre. Entonces empezaron a cruzar unas pocas palabras irascibles, y la cosa se fue acalorando, ambos, ni que decir tiene, apelando a los oyentes, que seguían aquel paso de armas con interés en la medida en que no se entregaran a recriminaciones ni llegaran a las manos.

Por informaciones íntimas que se extendían a través de una serie de años, el señor Bloom más bien se inclinaba a tirar al cesto la sugerencia como absoluta majadería, pues, en tanto tuviera lugar aquella consumación, lo mismo si había de ser fervientemente deseada como si no, él tenía plena conciencia del hecho de que sus vecinos de al otro lado del Canal, a no ser que fueran mucho más estúpidos de lo que él suponía, más bien ocultaban su fuerza en vez de lo contrario. Ello estaba en concordancia con la quijotesca idea de ciertos círculos de que dentro de un centenar de millones de años el carbón de la isla hermana se agotaría y si, con el correr del tiempo, por ahí resultaba por donde saltaba la liebre, lo único que él podía decir personalmente sobre la cuestión era que, como hasta entonces podrían suceder un sinnúmero de contingencias igualmente importantes para el asunto, resultaba altamente aconsejable en el ínterin tratar de sacar el mayor partido posible de ambos países, por más que diametralmente opuestos. Otra pequeña cuestión de interés, los devaneos de las putas con los quintos, para decirlo en términos vulgares, le recordaba que los soldados irlandeses habían combatido a favor de Inglaterra con no menor frecuencia que contra ella, e incluso más, de hecho. Y ahora, ¿por qué? Así la escena entre esa pareja, el concesionario del lugar, de quien se rumoreaba que era o había sido Fitzharris, el famoso Invencible, y el otro, obviamente un impostor, le obligaba a pensar en el truco de los dos compadres, es decir, en la suposición de que estaban previamente de acuerdo; siendo el observador un estudioso del alma humana como pocos, mientras que los demás no veían bien el juego. Y en cuanto al gerente o encargado, que probablemente no era en absoluto aquella otra persona, él (B.) no podía menos de opinar, y con mucha razón, que era mejor mantenerse a distancia de gente así a no ser que uno fuera absolutamente un idiota sin remedio y negarse a tener que ver con ellos y con semejantes granujas como regla de oro en la vida privada, habiendo siempre una probabilidad de que alguno de esos bandidos se presentara a declarar a favor del fiscal de la reina, o ahora del rey, como Dennis o Peter Carey, idea que él repudiaba por completo. Muy aparte de eso, a él le desagradaban por principio esas carreras de delito y crimen. Sin embargo, aunque tales inclinaciones delictivas nunca se habían albergado en su pecho bajo ninguna forma o condición, ciertamente sí que sentía, sin que cupiera negarlo (aunque interiormente siguiera siendo lo que era) cierta especie de admiración por un hombre que realmente había blandido un cuchillo, el frío acero, con la valentía de sus convicciones políticas, aunque, personalmente, él nunca tomaría parte en cosas semejantes, que corren parejas con esas *vendettas* de amor en el Sur —conseguirla o hacerse ahorcar por ella — cuando el marido frecuentemente, tras unas palabras entre los dos en referencia a las relaciones de ella con el otro feliz mortal (habiendo hecho vigilar el marido a la

pareja), infligía fatales lesiones a su adorada como resultado de una *liaison* postnupcial alternativa clavándole el cuchillo a ella, hasta que cayó en la cuenta de que Fitz, alias Desuellacabras, no había hecho más que conducir el coche para los efectivos perpetradores del ultraje, lo cual, en realidad, fue el punto gracias al cual le salvó el pellejo cierta lumbrera jurídica. En cualquier caso todo eso era ya historia muy antigua y en cuanto a nuestro amigo, el falso Desuellaetcétera, evidentemente había sobrevivido ya a su gloria. Debería haber muerto de modo natural o en lo alto del patíbulo. Como las actrices, siempre despedidas, absolutamente última actuación y luego reaparecen sonriendo. Generosas hasta el exceso, por supuesto, temperamentales, sin ahorrar y sin idea de nada por el estilo, siempre tomando el hueso por la sombra. De modo análogo tenía él una muy sutil sospecha de que el señor Johnny Lever se había desprendido de algún efectivo en el curso de sus deambulaciones por los muelles en la atmósfera congenial de la taberna *Old Ireland*, vuelve a Erín y demás. Luego, en cuanto a los demás, no hacía mucho que había oído la mismísima jerga idéntica, según contó a Stephen cómo había hecho callar al ofensor, de modo sencillo pero eficaz.

—Tomó a mal no sé qué cosa —dijo ese personaje tan ofendido pero en conjunto de tan buen carácter—, que se me había escapado. Me llamó judío, y de un modo acalorado, con ofensa. Entonces yo, sin desviarme en lo más mínimo de la simple realidad, le dije que su Dios, o sea Cristo, era también judío, y toda su familia, como yo, aunque en realidad yo no lo soy. Eso le dejó parado. Una respuesta suave desvía la ira. No tuvo una palabra que decir a su favor, como todo el mundo vio claramente. ¿No tengo razón?

Volvió hacia Stephen una larga mirada de no-tienes-razón con temeroso orgullo oscuro en su blanda acusación, con otra mirada también de súplica, pues le parecía entrever de algún modo que no era así exactamente.

—*Ex quibus* —murmuró Stephen en tono de no comprometerse, con sus dos o sus cuatro ojos conversando—, *Christus* o Bloom se llama, o, después de todo, de cualquier otra manera, *secundum carnem*.

—Por supuesto —continuó estipulando el señor Bloom—, hay que mirar los dos lados de la cuestión. Es difícil establecer reglas firmes y fijas en cuanto a la razón y la sinrazón, pero cierto que hay mucho margen para mejoras por todas partes aunque cada país, dicen, incluido el desventurado nuestro, tenga el gobierno que se merece. Pero con un poco de buena voluntad por parte de todos… Está muy bien presumir de superioridad mutua pero ¿y qué de la igualdad mutua? Aborrezco la violencia y la intolerancia en cualquier forma o manera. Nunca consigue nada ni impide nada. Una revolución tiene que establecerse a plazos. Es un absurdo patente que salta a los ojos odiar a otros porque viven a la vuelta de la esquina o porque hablan otra lengua vernácula, en la casa de al lado como quien dice.

—La memorable batalla sangrienta del puente, la guerra de los siete minutos, entre el callejón de Skinner y el mercado de Ormond.

—Sí —asintió el señor Bloom, respaldando enteramente la observación; aquello era absolutamente cierto y el mundo entero estaba absolutamente lleno de esa clase de cosas.

—Me ha quitado las palabras de la boca —dijo—. Un guirigay de declaraciones contradictorias que, con toda sinceridad, uno no podría ni remotamente…

Todas aquellas míseras disputas, en su humilde opinión, provocando malas voluntades —por el bulto craneal de la combatividad o alguna glándula de esa especie, erróneamente atribuidas a un puntillo de honor y una bandera— eran en buena medida una cuestión de dinero, cuestión que estaba en el fondo de todo, codicia y celos, sin que la gente sepa dónde detenerse.

—Acusan —hizo observar audiblemente.

Se volvió de espalda a los demás, que probablemente… y habló más cerca, de modo que los demás… en caso de que…

—A los judíos —comunicó en un soplo al oído de Stephen—, se les acusa de causar ruina. No hay ni vestigio de verdad en eso, puedo decirlo sin temor. La historia ¿le sorprende saberlo? demuestra hasta la saciedad que España decayó cuando la Inquisición echó fuera a los judíos mientras que Inglaterra prosperó cuando les importó Cromwell, un bribón extraordinariamente capaz que, en otros aspectos, tiene mucho de que responder. ¿Por qué? Porque son gente práctica y han demostrado serlo. Yo no quiero extenderme en… porque usted ya conoce las obras básicas sobre el tema, y además, siendo ortodoxo como es usted… Pero en economía, sin tocar a la religión, el cura significa pobreza. España, también, ya lo vio en la guerra, comparada con la progresiva América. para los turcos, está en el dogma. Porque si no creyeran que van derechos al cielo cuando mueren tratarían de vivir mejor… por lo menos, eso me parece. Ésos son los juegos de manos con que los curas arman su tinglado bajo falsas pretensiones. Yo —continuó— soy tan buen irlandés como ese grosero de que le hablaba al principio y quiero ver a cada cual —concluyó—, todos los credos y clases a prorrateo recibiendo una cómoda renta de un tamaño decentito, y sin tacañerías tampoco, algo como alrededor de 300 libras al año. Ésa es la cuestión vital en juego, y es factible, y daría lugar a mejores relaciones de amistad entre hombre y hombre. Por lo menos, esa es mi idea por lo que pueda valer. Yo a eso lo llamo patriotismo. *Ubi patria*, como aprendimos en aquel poco de barniz de estudios clásicos en la *Alma Mater, vita bene*. Donde uno puede vivir bien, ése es el sentido, si uno trabaja.

Por encima de su improbable sustitución de taza de café, oyendo esa sinopsis de las cosas en general, Stephen miraba pasmado hacia nada en particular. Oía, desde luego, toda clase de palabras cambiando de color como aquellos cangrejos por Ringsend por la mañana, hurgando rápidamente en todos los colores de diferentes clases de la misma arena donde tenían su refugio por algún sitio allá abajo o parecían tenerlo. Luego levantó los ojos y vio los ojos que decían o no decían las palabras que decía la voz que oía —si uno trabaja.

—No cuente conmigo —se las arregló para decir, aludiendo al trabajo.

Los ojos se sorprendieron ante esta observación porque él, como observó la persona que era su propietario interino, o mejor dicho la voz que hablaba observo: Todos deben trabajar, tienen que hacerlo, juntos.

—Me refiero, claro —se apresuró a afirmar el otro—, a trabajar en el sentido más amplio posible. También el esfuerzo literario, no por la mera gloria de la cosa. Escribir para los periódicos, que es hoy día el conducto más a mano. Eso es trabajo también. Trabajo importante. Al fin y al cabo, por lo poco que sé de usted, después de todo el dinero que se ha gastado en su educación, usted tiene derecho a recuperarse y a fijar su precio. Tiene tanto derecho, por completo, a vivir de su pluma la búsqueda de su filosofía como pueda tenerlo el campesino. ¿Cómo? Ambos pertenecen a Irlanda, el cerebro y el músculo. Ambos son igualmente importantes.

—Usted sospecha —replicó Stephen con una especie de media risa— que yo sea importante porque pertenezco al *faubourg Saint-Patrice* llamado Irlanda en obsequio a la brevedad.

—Yo iría aún más allá —insinuó el señor Bloom.

—Pero yo sospecho —interrumpió Stephen— que Irlanda debe ser importante porque me pertenece a mí.

—¿Qué pertenece? —preguntó el señor Bloom, echándose adelante, antojándosele que quizá había entendido mal—. Perdone. Por desgracia se me ha escapado la segunda parte. ¿Qué es lo que usted…?

Stephen, visiblemente malhumorado, lo repitió y echó a un lado sin demasiada cortesía el tazón de café o como quiera que se lo desee llamar, añadiendo:

—No podemos cambiar de país. Cambiemos de tema.

Ante esta impertinente sugerencia, de cambiar de tema, el señor Bloom bajó los ojos, pero con perplejidad, pues no sabía exactamente qué interpretación dar a ese «pertenece» que parecía no venir a cuento. El rechazo, de un tipo o de otro, estaba más claro que lo demás. Ni que decir tiene, los vapores de su reciente orgía hablaban entonces con cierta aspereza, de un modo curiosamente agrio, ajeno a su condición cuando no bebido. Probablemente la vida del hogar, a que el señor Bloom atribuía la más alta importancia, no había sido todo lo que era necesario o no se había familiarizado con la clase apropiada de gente. Con un toque de temor por el joven de al lado, a quien escudriñaba furtivamente con aire de cierta consternación recordando que acababa de volver de París, los ojos, sobre todo, recordándole más intensamente a su padre y su hermana, pero sin poder arrojar mucha luz sobres el tema, sin embargo, evocó en su mente ejemplos de personas cultas que prometían tan brillantemente, malogradas en el capullo de la decadencia prematura, sin poder echar la culpa más que a ellos mismos. Por ejemplo, estaba el caso de O'Callaghan, por mencionar uno, el maniático medio loco, de respetable parentela pero de medios insuficientes, con sus fantasías dementes, entre cuyas demás caprichosas ocurrencias, cuando estaba ya echado a perder y se había convertido en una molestia para todos

los que le rodeaban, tenía la costumbre de exhibir ostentosamente en público un traje de papel de estraza (hecho auténtico). Y luego el acostumbrado desenlace, en cuanto dejaron de reírle la gracia, de buenas a primeras se encontró metido en un laberinto hasta el cuello y tuvieron que hacerle poner tierra por medio unos cuantos amigos —después de una seria advertencia, porque no hay peor sordo que el que no quiere oír, por parte de John Mallon, de la policía del Gobierno regional, para no quedar sujeto a la sección dos de los Decretos Adicionales al Código Penal, habiendo sido notificados pero no divulgados ciertos nombres de los requeridos a juicio, por razones que se le pueden ocurrir a cualquiera que tenga dos dedos de frente. En una palabra, echando las cuentas, ese seis dieciséis a que señaladamente hizo oídos de mercader, Antonio y compañía, los jockeys y los estetas y el tatuaje que hacía furor en los años setenta más o menos, incluso en la Cámara de los Lores, porque aún en sus verdes años el ocupante del trono, entonces príncipe heredero, y los otros miembros de los diez de arriba y otros altos personajes sencillamente siguiendo las huellas del jefe del Estado, él reflexionaba sobre los errores de los famosos y las testas coronadas yendo a contrapelo de la moralidad tal como en la causa Cornwall hacía unos cuantos años por debajo de su barniz de un modo no muy de acuerdo con los designios de la naturaleza, cosa terriblemente mal vista por Doña Opinión Pública conforme a las leyes, aunque no por la razón que probablemente se imaginaban, cualquiera que fuera, excepto las mujeres sobre todo, que siempre andaban cortándose un traje unas a otras, siendo sobre todo cuestión de ropas y lo demás. Las señoras a quienes les gusta la ropa interior distinguida deberían, y todo hombre bien vestido debe, tratar de ensanchar más el intervalo entre ellos mediante insinuaciones y dar más auténtico sabor a los actos de indecencia entre ambos, ella le desabotonó el y entonces él le desató el, cuidado con el alfiler, mientras que los salvajes en las islas caníbales, digamos, a noventa grados a la sombra, se ponen el mundo por montera. Sin embargo, volviendo al punto de partida, había por otra parte otros que se habían abierto paso a la fuerza hasta la cumbre desde los más bajos estratos, a fuerza de codos. Pura fuerza de genio de nacimiento, eso. Cuestión de cabeza, señor mío.

Por la cual y ulteriores razones él sentía que entraba en su interés e incluso en su obligación seguir insistiendo y aprovechar la ocasión imprevista, aunque no sabría decir exactamente por qué, habiéndose desprendido, como lo había hecho, de varios chelines, sin podérselo echar en cara a nadie más. Sin embargo, cultivar el conocimiento de alguien de calibre nada común que podía proporcionar pasto a la reflexión compensaría de sobra cualquier pequeño… El estímulo intelectual en cuanto tal, le parecía a él, de vez en cuando, un tónico de primera para la mente. A lo cual se añadía la coincidencia del encuentro, la discusión, el baile, la riña, el viejo marinero, del tipo de si te he visto no me acuerdo, vagabundos nocturnos, toda la galaxia de acontecimientos, todo ello iba a constituir un camafeo en miniatura del mundo en que vivimos, especialmente en cuanto que las vidas de la décima parte sumergida, esto es, mineros de carbón, buzos, hombres de las alcantarillas, etc.,

estaban últimamente muy bajo el microscopio. Para mejorar esa fúlgida hora se preguntaba si podría encontrar algo que se pareciera a la suerte del señor Philip Beaufoy si lo ponía por escrito. Supongamos que redactara algo fuera del camino trillado (como pensaba decididamente hacer) a razón de una guinea por columna, *Mis experiencias*, digamos, *en un Refugio del Cochero*.

La edición rosa, extra de deportes, del *Telegraph*, el Te Le Agarro, estaba, por suerte, junto a su codo y mientras se ponía otra vez a cavilar, nada convencido, sobre un país que le perteneciera a él y todo el jeroglífico de antes, el barco venía de Bridgewater y la postal estaba dirigida a A. Boudin, encontrar la edad del capitán, sus ojos erraban sin objetivo sobre los titulares correspondientes que quedaban en su dominio especial, la omnicomprensiva la prensa nuestra de cada día dánosla hoy. Primero tuvo una especie de sobresalto pero resultó ser sólo algo sobre uno llamado H. du Boyes, representante de máquinas de escribir o algo así. Gran batalla Tokyo. Enredo amoroso en irlandés 200 libras indemnización. Gordon Bennett. Estafa de emigración. Carta de Su Gracia William †. Reunión de Ascot, la Copa de Oro. Victoria del inesperado *Por Ahí* recuerda el Derby del 92 cuando el caballo desconocido del capitán Marshall *Sir Hugo* conquistó la cinta azul contra toda previsión. Desastre en Nueva York, mil vidas perdidas. Glosopeda. Entierro del difunto señor Patrick Dignam.

Así para cambiar de tema leyó sobre Dignam, R. I. P., lo cual, reflexionó, no era precisamente un comienzo alegre. O un cambio de domicilio en todo caso.

—*Esta mañana* (lo ha metido Hynes, claro) *los restos del difunto señor Patrick Dignam fueron retirados de su residencia en el nº 9 de Newbridge Avenue, Sandymount, para su sepelio en Glasnevin. El fallecido caballero era una personalidad muy conocida y simpática en la vida de la ciudad y su pérdida, tras breve enfermedad, ha causado gran impresión a los ciudadanos de todas las clases, los cuales lamentan vivamente su desaparición. Las exequias, en que estuvieron presentes muchos amigos del difunto, tuvieron lugar a cargo* (seguro que Hynes lo escribió con un soplo de Corny) *de la empresa H. J. O'Neill & Hijo, 164 North Strand Road. Entre el duelo figuraban: Patk. Dignam (hijo), Bernard Corrigan (cuñado), John Henry Menton, procur., Martin Cunningham, John Power comerdph 1/8 ador dorador douradora* (debe ser cuando llamó a Monks el cronista jefe por lo del anuncio de Llavees), *Thomas Kernan, Simon Dedalus, Stephen Dedalus, B. A., Edward J. Lambert, Cornelius Kelleher, Joseph M'C. Hynes, L. Boom, C. P. M'Coy, MacIntosh y otros varios.*

No poco picado por *L. Boom* (como incorrectamente estaba puesto) y la línea de tipografía echada a perder, pero al mismo tiempo cosquilleado hasta morir por C. P. M'Coy y Stephen Dedalus, B. A., quienes, ni que decir tiene, habían brillado por su ausencia (para no hablar de MacIntosh), L. Boom se lo señaló a su compañero B. A., ocupado en sofocar otro bostezo, medio de nerviosismo, sin olvidar la acostumbrada cosecha de erratas idiotas.

—¿Está ahí esa Primera Epístola a los Hebreos? —preguntó éste, tan pronto como se lo permitió la mandíbula inferior—. Texto: Abre la boca y métete el pie dentro.

—Está, realmente —dijo el señor Bloom (aunque primero se le antojó que aludía al arzobispo hasta que añadió lo del pie y la boca, la glosopeda, con que no podría haber relación posible), muy contento de quedar tranquilo en su ánimo y un poco desconcertado de que Myles Crawford, al fin y al cabo, se las hubiera arreglado para meter ahí la cosa.

Mientras el otro lo leía en la página dos, Boom (para darle por el momento su nuevo mal nombre) dejó pasar unos pocos momentos de ocio a trancas y barrancas con la información sobre la tercera carrera en Ascot en página tres, premio 1000 soberanos con 3000 soberanos en especie por todos los potros y potrillas: 1.º: *Por Ahí* del señor F. Alexander, c.b. de *Rightaway-Thrale*, 5 años, peso 60, montado por W. Lane, ganador. 2.º: *Zinfandel*, de Lord Howard de Walden (M. Cannon). 3.º: *Cetro*, del Sr. W. Bass. Apuestas 5 a 4 por *Zinfandel*, 20 a 1 por *Por Ahí* (fuera). *Por Ahí* y *Zinfandel* cabeza con cabeza. No cabían previsiones, luego el caballo desconocido tomó la vanguardia y se puso a la cabeza, a distancia, dejando atrás al potro castaño de Lord Howard de Walden y a la yegua baya del Sr. W. Bass, *Cetro*, en un recorrido de 2 millas y media. El ganador entrenado por Braine, de modo que la versión de Lenehan sobre el asunto era puro cuento. Se aseguró el veredicto hábilmente por un largo 1000 soberanos con 3000 en especie. No colocado *Máximo II* (el caballo francés por el que Bantam Lyons andaba preguntando afanosamente todavía no llegó pero se espera en cualquier momento) de J. de Bremond. Diferentes maneras de dar el golpe. Indemnización por hacer el amor. Aunque ese chiflado de Lyons se salió por la tangente en su ímpetu porque le dejaran fuera. Claro, el juego se presta muy especialmente a esa clase de cosas aunque, tal como resultó la cosa, el pobre idiota no tenía muchos motivos para felicitarse por su elección, esa esperanza perdida. En definitiva, todo se reducía a adivinar.

—Todas las indicaciones eran de que llegarían a eso —dijo *él*, Bloom.

—¿Quién? —dijo el otro, que, por cierto, se había hecho daño en la mano.

Una mañana uno abriría el periódico, afirmó el cochero, y leería: *Parnell ha vuelto*. Les apostaba lo que quisieran. Un fusilero de Dublín estuvo en ese refugio una noche y dijo que le había visto en Sudáfrica. El orgullo fue lo que le mató. Debía haberse quitado de en medio él mismo o esconderse algún tiempo después de lo del Comité N.º 15 hasta que hubiera vuelto a ser el de antes sin que nadie le pudiera señalar con el dedo. Entonces todos como un solo hombre se habrían puesto de rodillas para rogarle que regresara cuando volviera en sí. Muerto no estaba. Sencillamente oculto en algún sitio. El ataúd que trajeron estaba lleno de piedras. Cambió su nombre por De Wet, el general bóer. Cometió un error en enfrentarse con los curas. Etcétera etcétera.

Con todo eso, Bloom (propiamente así denominado) estaba más bien sorprendido de la buena memoria de aquéllos, pues en nueve casos de cada diez se trataba de un

bulo, y no aislado sino por millares, y luego olvido completo porque hacía ya sus buenos veinte años. Altamente improbable, por supuesto, que hubiera ni sombra de verdad en sus historias y, aun suponiéndolo, consideraba muy desaconsejable el regreso, teniéndolo todo en cuenta. Evidentemente había algo en su muerte que les irritaba. O bien se había desvanecido demasiado mansamente de una pneumonía aguda precisamente cuando sus variados y diferentes arreglos estaban aproximándose a su objetivo o bien se llegó a saber que debía su muerte a haber descuidado cambiarse de calzado y ropa tras una mojadura de lo cual resultó un resfriado y sin consultar a un especialista quedándose simplemente en cama hasta que se murió de eso antes de una quincena o muy posiblemente les trastornaba encontrar que les habían quitado el asunto de las manos. Claro que no conociendo nadie sus movimientos desde hacía tiempo, no había en absoluto ninguna clave en cuanto a su paradero que era decididamente como en *Alice, ¿dónde estás?* incluso antes de que empezara a andar bajo alias diferentes como Fox y Stewart, así que la observación procedente del amigo cochero podría caber en los límites de lo posible. Naturalmente, entonces, esto se le haría una espina en el corazón a aquel capitán de hombres por naturaleza, como indudablemente lo era, una figura dominante, con sus seis pies de altura o en todo caso cinco pies y diez pulgadas u once sin zapatos, mientras que ciertos caballeros, aunque no le llegaban a la cintura, se habían hecho los amos del cotarro, a pesar de que tuvieran muy poco de recomendables. Esto ciertamente ofrecía una lección, la del ídolo con pies de barro. Y además setenta y dos de sus fieles acólitos echándosele encima y tirándose fango unos a otros. Y lo mismo con los asesinos. Tenía uno que volver. Esa sensación obsesiva como si tirara de uno. Enseñar al sustituto cómo se hace de protagonista. Él le vio una vez en la ocasión sonada en que destrozaron los tipos de imprenta en el *Insuprimible* ¿o era en *Irlanda Unida*?, un privilegio que él agradeció profundamente, y, de hecho, le alargó la chistera cuando se la derribaron y él dijo Gracias, excitado como sin duda estaba bajo su expresión fría, a pesar de la pequeña desventura que le había ocurrido en las últimas del cambio: lo que se lleva en la sangre. Sin embargo, por lo que hace al regresar, hay que ser un bicho con suerte para que no le echen a uno los perros encima en cuanto vuelve. Luego ocurren un montón de tiras y aflojas. Fulano está a favor y Mengano y Zutano en contra. Y, entonces, de buenas a primeras, te encuentras con el que está a cargo de la cosa y tienes que presentar las credenciales, como el pretendiente de la herencia Tichborne. Roger Charles Tichborne, *Bella* era el nombre del barco por lo que él podía recordar en que se hundió el heredero, como demostraron las pruebas, y había un tatuaje en tinta china, ¿Lord Bellew, no? Le habría sido muy fácil enterarse de los detalles por algún compañero de a bordo y luego, una vez cuadrara con la descripción dada, presentarse diciendo *Perdone, me llamo fulano de tal* o cualquier otra observación corriente. Una línea de conducta más prudente, dijo el señor Bloom al no demasiado expansivo personaje de al lado, en

realidad parecido al distinguido personaje en discusión, habría sido sondear primero si había moros en la costa.

—Esa perra, esa puta inglesa acabó con él —comentó el dueño del tinglado—. Clavó el primer clavo en su ataúd.

—Buen pedazo de mujer, sin embargo —observó el sedicente secretario municipal, Campbell—, y abundante. He visto su retrato en la barbería. Su marido era un capitán o un oficial.

—Eso —añadió, divertido, Desuellacabras—. Lo era, de balas de algodón.

Esa contribución gratuita de carácter humorístico ocasionó una decente dosis de risas entre su *entourage*. Por lo que toca a Bloom, éste, sin la menor sospecha de sonrisa, se limitó a mirar hacia la puerta y reflexionó sobre aquel relato histórico que había provocado extraordinario interés en su tiempo, cuando los hechos, para más desgracia, se hicieron públicos, con las inevitables cartas amorosas intercambiadas, llenas de dulces naderías. Primero, era estrictamente platónico, hasta que intervino la naturaleza y surgió un vínculo entre ellos, y poco a poco las cosas llegaron a su apogeo y el asunto se hizo la comidilla de la ciudad hasta que llegó el golpe de gracia que sin embargo fue noticia bienvenida para no pocos malintencionados, que estaban decididos a contribuir a su ruina, por más que la cosa era de dominio público hacía tiempo aunque no en el grado sensacional que luego llegó a alcanzar. Puesto que sus nombres estaban emparejados, sin embargo, puesto que ella era su favorita reconocida, qué necesidad había de proclamarlo a voz en cuello ante tirios y troyanos, esto es, concretamente, el hecho de que él había compartido su alcoba, lo cual salió a relucir en las declaraciones ante el tribunal, cuando un escalofrío atravesó la atestada sala electrizando literalmente a todos en forma de testigos jurando haberle observado a él en tal o cual fecha determinada en el momento de escabullirse de un apartamento en el piso de arriba con ayuda de una escalerilla en indumentaria nocturna, habiendo obtenido entrada del mismo modo, un hecho con el que los semanarios, un poco adictos de lo lúbrico, ganaron dinero a carretadas. Cuando la simple verdad del asunto era sencillamente un caso de un marido que no está a la altura de las circunstancias y sin nada en común entre ellos más que el nombre y entonces un hombre de verdad que entra en escena, fuerte hasta el borde de la debilidad, siendo víctima de sus encantos de sirena y olvidando los vínculos del hogar. La acostumbrada consecuencia, vivir a la sombra de las sonrisas de la amada. Ni que decir tiene que se puso sobre el tapete la eterna cuestión de la vida conyugal. ¿Puede existir un amor de verdad entre casados, suponiendo que haya otro sujeto en el asunto? Aunque no era asunto de la incumbencia de ellos si él la miraba con afecto, arrastrado por una ráfaga de locura. Un espléndido ejemplar de masculinidad era él en verdad, realzado por dones de elevada condición si se comparaba con el otro, el comparsa militar, esto es (que era simplemente el acostumbrado tipo de *Adiós, mi valiente capitán*, en la caballería ligera, el 18.º de húsares para ser exactos), y sin duda inflamable (o sea, el jefe caído, no el otro) a su manera peculiar, que ella, claro,

mujer al cabo, se dio cuenta en seguida de que tenía grandes probabilidades de esculpirse un camino hacia la fama, lo que ya estaba a punto de hacer en el momento en que los curas y ministros del evangelio en conjunto, sus firmes partidarios de antaño y sus amados aparceros desposeídos a favor de los cuales había prestado leales servicios en las regiones rurales del país batiéndose el cobre por ellos de un modo que superaba a sus más optimistas previsiones, con mucha eficacia le guisaron un pastel matrimonial, poniéndole así entre la espada y la pared, de modo muy parecido a la coz de la mula de la fábula. Volviendo atrás la mirada en una suerte de reorganización retrospectiva, todo eso parecía algo como un sueño. Y el regreso era lo peor que se podía hacer porque, ni que decir tenía, que uno se sentiría fuera de su sitio ya que las cosas siempre cambian con los tiempos. Incluso, ahora que lo pensaba, Irishtown Strand, una localidad donde no había estado hacía unos pocos años, tenía un aire diferente, no se sabe cómo, desde que, como ocurría, había ido a residir en la parte norte. Norte o sur, sin embargo, era simplemente el bien conocido caso de pasión acalorada, pura y simple, mandándolo todo a paseo, y eso no hacía más que confirmar lo mismo que estaba diciendo, como ella también era española o a medias, gente que no hace las cosas a medias, la apasionada entrega del sur, echando al agua hasta la última brizna de decencia.

—Eso simplemente confirma lo que estaba diciendo —dijo a Stephen el del refulgente seno—. Y, si no estoy muy equivocado, ella era española también.

—La hija del rey de España —contestó Stephen, añadiendo algo bastante confuso sobre adiós para siempre cebollas de España y esa primera tierra fue llamada el Muerto y desde a Ramshead a Scilly había tantas y tantas…

—¿De veras? —exclamó Bloom con sorpresa pero no estupefacto de ningún modo—. Nunca había oído ese rumor. Es posible, tanto más cuanto que lo había cuando ella vivía allí. Eso, España.

Cuidadosamente evitando en su bolsillo un libro *Dulzuras del*, que por cierto le recordó ese libro de fecha vencida en la biblioteca de la calle Capel, sacó su cartera, y pasando rápidamente revista a su contenido, finalmente…

—Por cierto, ¿no considera usted —dijo, seleccionando reflexivamente una foto que puso sobre la mesa— que ése es un tipo español?

Stephen, obviamente interpelado, miró la foto, que representaba una señora de gran tamaño, con sus encantos carnales en evidencia de manera patente, pues estaba en plena madurez de su feminidad, en traje de noche ostentosamente escotado para la ocasión ofreciendo una generosa exhibición de seno, con algo más que un atisbo de pechos, los labios carnosos entreabiertos, y unos dientes perfectos, con visible seriedad, de pie junto a un piano en cuyo atril estaba *En el viejo Madrid*, una romanza, bonita a su manera, que entonces estaba muy de moda. Sus ojos (los de la dama), oscuros, grandes, miraban a Stephen, a punto de sonreír sobre algo digno de admiración, siendo responsable de la ejecución estética Lafayette de la calle Westmoreland, primer fotógrafo artístico de Dublín.

—La señora Bloom, mi mujer, la *prima donna*, Madam Marion Tweedy —indicó Bloom—. Tomada hace unos cuantos años. En el 96 o por ahí. Muy como era ella entonces.

Al lado del joven, él también miraba la foto de la señora ahora su legítima esposa, quien, como indicó, era la bien dotada hija del Comandante Brian Tweedy y desde edad temprana había mostrado notables disposiciones para el canto habiendo hecho su debut ante el público cuando apenas contaba los dulces diecisiete años. En cuanto a la cara, estaba hablando por lo que toca a la expresión pero no hacía justicia a su figura que solía hacerse notar mucho y que no acababa de resultar bien con esa *toilette*. Sin dificultad, dijo él, podría haber posado de cuerpo entero, para no extenderse en ciertas opulentas curvas del… Se extendió, teniendo algo de artista en sus ratos libres, sobre la figura femenina en general en cuanto a su desarrollo porque, daba la casualidad, esa tarde sin ir más lejos, había estado viendo esas estatuas griegas, perfectamente desarrolladas como obras de arte, en el Museo Nacional. El mármol era capaz de dar el original, hombros, lo de atrás, toda la simetría, todo lo demás. Sí, puritanismo. Mientras que ninguna foto es capaz, porque simplemente no era arte, en una palabra.

Movido por el espíritu, le habría gustado mucho seguir el buen ejemplo del lobo de mar y dejar la imagen allí unos cuantos minutos para que hablara por sí misma con el pretexto de que él… para que el otro pudiera absorber por sí mismo la belleza, ya que su presencia en escena era, francamente, un regalo por sí misma a que la cámara no podía hacer justicia en absoluto. Pero no era precisamente etiqueta profesional, así que aunque era una noche más bien tibia y agradable ahora pero estupendamente fresca para la época del año, pues después de la tormenta sale el sol. Y sentía una determinada necesidad allí mismo que poner en práctica como una suerte de voz interior y satisfacer una posible necesidad poniéndose en movimiento. Sin embargo, se quedó sentado, nada más que observando la foto ligeramente manchada con surcos de opulentas curvas, no empeorada por el uso, sin embargo, y apartó los ojos, pensativo, con la intención de no aumentar más la posible cohibición del otro calibrando su simetría de palpitante opulencia. En realidad, las leves manchas más bien aumentaban el encanto, como en el caso de la ropa interior ligeramente manchada, tan buena como nueva, mucho mejor, de hecho, ya sin el almidonado. ¿Y si ella se hubiera ido cuando él…? Busqué la luz que ella me dijo, se le vino a la mente, pero meramente como un capricho pasajero suyo porque entonces se acordó de la cama de por la mañana llena de desperdicios etcétera y el libro sobre Ruby con métense cosas *(sic)* dentro que debía haberse caído de modo muy adecuado al lado del orinal doméstico con excusas para Lindley Murray.

Ciertamente disfrutaba de la vecindad del joven, educado, distinguido e impulsivo por si fuera poco, con mucho la flor y nata de sus iguales, aunque uno no pensaría que tuviera dentro… pero sí que lo tenía. Además decía que el retrato era bonito lo cual, dígase lo que se quiera, era verdad, aunque en este momento ella había

engordado decididamente. ¿Y por qué no? Andaban por ahí un montón de mentiras sobre ese tipo de cosas que daban lugar a un enfangamiento para toda la vida con las acostumbradas salpicaduras de las crónicas sensacionales sobre el mismo viejo enredo matrimonial alegando una relación ilícita con jugador profesional de golf o el más reciente favorito de la escena, en vez de ser honrados y tratar todo el asunto con altura. Cómo era su destino encontrarse y un afecto surgió entre los dos de modo que sus nombres quedaban emparejados ante los ojos del público, se contaba ante el tribunal con cartas que contenían las habituales expresiones sensibleras y comprometedoras, sin dejar resquicio, demostrando que cohabitaban patentemente dos o tres veces por semana en algún conocido hotel de playa, y sus relaciones, una vez que las cosas entraron por su cauce natural, llegaron a ser íntimas en un momento dado. Entonces la sentencia judicial tras requisitoria del Procurador del Rey, y no habiendo podido él oponerse, la sentencia se hacía firme. Pero en cuanto a eso, los dos delincuentes, tan ampliamente absorbidos como estaban el uno en el otro, podían permitirse tranquilamente no hacer caso, como efectivamente ocurría en buena medida, hasta que el asunto se ponía en manos de un procurador, que presentaba una querella en momento oportuno en nombre de la parte ofendida. Él, Bloom, disfrutó de la distinción de estar cerca del rey sin corona de Erín en carne y hueso cuando ocurrió la cosa en aquel histórico escándalo en que los fieles acólitos del jefe caído, quien notoriamente se mantuvo en sus trece hasta la última gota aun después de revestido de la librea del adulterio, los fieles acólitos, en número de diez o doce o quizá incluso más, penetraron en la tipografía del *Insuprimible* o ¿no era *Irlanda Unida*? (por cierto, una denominación nada apropiada) y destrozaron las cajas con martillos o algo así por culpa de algunas efusiones de mal gusto por parte de las fáciles plumas de los escribas O'Brienistas en su acostumbrada tarea de lanzar fango, a propósito de la moral privada del ex tribuno. Aunque palpablemente fuera ya un hombre radicalmente alterado, seguía siendo una figura dominante, por más que de indumentaria descuidada como de costumbre, con ese aire de propósito decidido que impresionaba mucho a los indecisos hasta que descubrieron que su ídolo tenía pies de barro, después de ponerle en un pedestal, lo cual, sin embargo, ella fue la primera en percibir. Como los tiempos en general estaban bastante tormentosos, en la confusión general Bloom sufrió una lesión secundaria por la maligna metida del codo de un individuo de la multitud que por supuesto se congregó, no lejos de la boca del estómago, afortunadamente sin carácter grave. Su sombrero (el de Parnell) fue derribado inadvertidamente y, como materia estrictamente histórica, Bloom fue el hombre que lo recogió en la apretura después de presenciar el suceso con intención de devolvérselo (y sí que se lo devolvió con la mayor celeridad) a él, que jadeando y sin sombrero y con sus pensamientos a muchas millas del sombrero en ese momento, siendo un caballero por nacimiento con intereses en el país, pues él, en realidad había entrado en ello más por la gloria del asunto que por otra cosa, lo que se lleva en la sangre, instilado en él en su niñez sobre las rodillas de su madre en forma de saber lo

que eran buenas formas, se echó de ver al momento, porque se volvió hacia el donador y le dio las gracias con perfecto aplomo, diciendo: *Gracias, señor*, aunque en un tono de voz muy diferente del de aquel ornamento de la profesión legal cuyo cubrecabezas había enderezado Bloom en una hora anterior del día, ya que la historia se repite pero con diferencias, tras el sepelio de un común amigo cuando le dejaron solo en su gloria después de la triste tarea de encomendar sus restos a la tumba.

Por otra parte lo que más le irritaba en su interior eran las desaforadas bromas de los cocheros y demás gente, que lo echaban todo a broma, riendo sin medida, fingiendo comprenderlo todo, el porqué y el para qué, y en realidad sin saber ni qué pensaban, tratándose de un asunto sólo para las dos partes interesadas a no ser que como resultado el legítimo marido llegara a estar al corriente de ello debido a alguna carta anónima del acostumbrado Fulanito que por casualidad se había tropezado con ellos en el momento crucial en posición amatoria enlazados el uno en brazos de la otra y que llamaba la atención sobre sus ilícitas actividades dando lugar a una tempestad doméstica con la bella extraviada pidiendo de rodillas el perdón de su dueño y señor y prometiendo cortar la relación y no recibir más sus visitas con tal de que el ofendido marido pasara por alto el asunto y dejara lo pasado pasado, con lágrimas en los ojos, aunque posiblemente al mismo tiempo con la lengua en la bella mejilla, ya que posiblemente habría varios otros. Él, personalmente, siendo propenso al escepticismo, creía, y no se andaba con chiquitas tampoco en decirlo, que algún hombre, u hombres en plural, siempre andaban rondando en la lista de espera en torno a una dama, aun suponiendo que ella fuera la mejor esposa del mundo y se llevasen los dos muy bien en amor y compaña, hasta que ella, descuidando sus deberes, decidía cansarse de la vida matrimonial, y concederse una pequeña emoción de depravación elegante atrayendo las atenciones de ellos con intenciones indebidas, siendo el saldo final que su afecto se centraba en otro, causa de muchas *liaisons* entre mujeres casadas aún atractivas frisando en sus buenos cuarenta y hombres más jóvenes, como sin duda probaban hasta la saciedad diversos casos famosos de infatuación femenina.

Era una lástima, mil veces, que un joven dotado de tan buena porción de inteligencia como era obviamente su vecino, desperdiciara su valioso tiempo con mujeres echadas a perder que podrían obsequiarle con un bonito regalo que le durara toda la vida. Siguiendo la naturaleza de la bienaventurada soltería él tomaría algún día para sí una esposa cuando entrara en escena la mujer de sus sueños pero en el ínterin la compañía femenina era una condición *sine qua non* aunque él tenía las más graves dudas, no porque quisiera en lo más mínimo sondear a Stephen sobre esa señorita Ferguson (quien muy posiblemente era el astro tutelar que le había atraído a Irishtown a tan tempranas horas de la madrugada) en cuanto a si él encontraría mucha satisfacción solazándose en la idea de un cortejamiento haciendo manitas y la compañía de alguna sonriente señorita sin un penique dos o tres veces por semana con el preliminar jugueteo ortodoxo de rendir cumplimientos y dar esos paseítos que

llevan a tiernos cariñitos de enamorados, y flores y bombones. Pensarle sin casa ni hogar, a merced de cualquier patrona peor que una madrastra, era realmente demasiado malo para su edad. Las rarezas con que salía de repente atraían al hombre de más edad, el cual le llevaba varios años o podía ser su padre. Pero tenía que comer algo sustancioso, aunque sólo fuera un ponche de huevo hecho a base del alimento maternal sin adulterar, o, a falta de eso, el doméstico huevo duro.

—¿A qué hora ha comido? —preguntó al de la delgada figura y de fatigado aunque no arrugado rostro.

—Ayer no sé a qué hora —dijo Stephen.

—Ayer —exclamó Bloom, hasta que se acordó de que ya era mañana, viernes—. ¡Ah, quiere decir que ya son más de las doce!

—Anteayer —dijo Stephen, corrigiéndose.

Literalmente atónito ante esa información, Bloom reflexionó.

Aunque no fueran uña y carne en todo, había cierta analogía, no se sabe cómo, en cuanto que sus mentes viajaban, por decirlo así, siguiendo el mismo tren de pensamientos. A la edad de él, cuando enredaba en política, aproximadamente hacía unos veinte años, siendo *quasi* aspirante a los honores parlamentarios en los tiempos de Buckshot Foster, también él, recordaba retrospectivamente (lo cual por sí mismo era una fuente de profunda satisfacción), sentía un respeto furtivo hacia aquellas mismas ideas radicales. Por ejemplo, cuando la cuestión de los aparceros desposeídos, entonces en sus primeros comienzos, empezó a abrirse paso en la mente de la gente, aunque, ni que decir tiene, sin contribuir ni con una perra ni tomar como artículo de fe en absoluto aquellos principios, algunos de los cuales no se sostenían en absoluto de pie, él inicialmente y en principio, en todo caso, se sintió en plena simpatía con la posesión de los campesinos, una inclinación, sin embargo, de que, al darse cuenta de su error, se curó luego parcialmente, e incluso se le reprochó ir un paso más allá que Michael Davitt en las sorprendentes teorías que durante algún tiempo preconizó en favor de un retorno a la tierra, lo cual era una razón por la que ofendió intensamente la insinuación vertida sobre él de un modo tan descarado en la reunión de los clanes en Barney Kiernan de modo que, aunque a menudo considerablemente malentendido y el menos polémico de los mortales, nunca se repetirá bastante, se apartó de su habitual costumbre para darle (metafóricamente) una en los morros aunque, en la medida en que se refería a la política misma, se daba cuenta sobradamente de los destrozos producidos inevitablemente por la propaganda y las demostraciones de animosidad mutua y toda la desgracia y sufrimiento que ello entrañaba como resultado implícito en excelentes jóvenes, principalmente, en una palabra, la destrucción de los más capaces.

En todo caso, tras de pesar los pros y los contras, estando ya para dar la una, era más que hora de retirarse a descansar. El punto crítico era que resultaba un poco arriesgado llevársele a casa en cuanto que podrían ocurrir ciertas eventualidades (dado el humor a veces agresivo de cierta señora) y echarse a perder el asunto por

completo como aquella noche en que temerariamente llevó a casa un perro (raza desconocida) con una pata herida, no es que los casos fueran idénticos ni lo contrario, en Ontario Terrace, como recordaba muy claramente, igual que si lo viera, como quien dice. Por otra parte era ya demasiado tarde para la idea de Sandymount o Sandycove de modo que estaba un tanto perplejo en cuanto a cuál de las dos alternativas… Todo apuntaba a la realidad de que le tocaba valerse al máximo de la oportunidad, considerándolo todo. Su impresión inicial era que el otro era un poco distanciado o no demasiado efusivo pero eso no se sabe cómo le iba atrayendo más. Por ejemplo, él podría muy bien haberse lanzado sobre la idea, una vez que se le planteaba, y lo que más le preocupaba era que no sabía cómo ir a parar a ella o formularla exactamente, suponiendo que el otro admitiera la propuesta, ya que a él le produciría el mayor placer personal si le fuera posible ayudarle a dar con algún dinero o prenda de vestir, si viniera a mano. En todo caso, terminó por concluir, eludiendo por el momento las fórmulas habituales, una taza de cacao Epps y un sitio donde echarse por la noche más el uso de un par de mantas y un abrigo doblado a modo de almohada. Por lo menos estaría en buenas manos y calentito como un pájaro en el nido. No veía por qué debía haber ninguna dosis importante de perjuicio en aquello siempre con la condición de que no se armara ninguna clase de follón. Había que tomar una determinación porque aquel viejo bromista, el viudo alegre en cuestión, que parecía estar pegado al sitio, no parecía tener prisa especial de poner rumbo a su casa, hacia su querida y amada Queenstown, y había muchas probabilidades de que la patrona sacacuartos de alguna mala casa de bellezas enclaustradas junto a la calle baja Sheriff sería la mejor referencia durante los próximos días en cuanto al paradero de aquel equívoco personaje, unas veces hiriendo sus sentimientos (los de las sirenas) con anécdotas de revólver de seis tiros rayanas en lo tropical y capaces de helar la médula en los huesos a cualquiera y otras veces maltratando a ratos sus encantos de tamaño extra con ásperos y gustosos revolcones, todo ello acompañado de amplios tragos de whisky irlandés y los acostumbrados camelos sobre sí mismo pues en cuanto a quién era él en realidad llamemos X y X a mi verdadero nombre y dirección como señala la señora Álgebra passim. Al mismo tiempo se reía para adentro a propósito de su réplica a aquel campeón en nombre de todo lo divino con lo de que su Dios era judío. La gente podía aguantar que les mordiera un lobo pero lo que verdaderamente les reventaba era que les mordiera un cordero. El punto más vulnerable también de la ternilla del tierno Aquiles, vuestro Dios era judío, porque muchos parece que se imaginan que era de Carrick-on-Shannon o de algún sitio del condado de Sligo.

—Propongo —sugirió por fin nuestro héroe, tras madura reflexión, mientras se embolsaba prudentemente la foto de ella—, como aquí el aire está muy cargado, que se venga usted conmigo simplemente y hablemos de estas cosas. Por aquí cerca, en el barrio, es donde vivo yo. No es usted capaz de beberse eso. Espere, yo pagaré todo esto.

Siendo claramente el mejor plan quitarse de en medio, tras de lo cual todo iría sobre ruedas, hizo una señal, mientras se embolsaba prudentemente la foto de ella, al encargado de la barraca, quien no pareció…

—Sí, eso es lo mejor —aseguró a Stephen, para quien, por lo que toca a aquello, la Cabeza de Bronce o la casa de Bloom o cualquier otro sitio le era más o menos…

Toda clase de planes utópicos relampagueaban por su atareado cerebro (el de B.). Educación (de clase genuina), literatura, periodismo, relatos premiados del *Titbits*, publicidad a la moda, balnearios y giras de conciertos en lugares de playa ingleses abundantes en teatros, entradas agotadas, dúos en italiano con acento absolutamente fiel a la realidad, sin necesidad por supuesto de pregonarlo a los cuatro vientos, sólo un poco de suerte. Una oportunidad era lo único que necesitaba. Porque él sospechaba que el otro tenía la voz de su padre en que fundar sus esperanzas lo cual era más que probable así que se podía contar con ello, nada se perdía con probar, orientando la conversación en dirección a esa determinada utopía.

El cochero leyó en el periódico de que se había apoderado que el ex-virrey, Conde de Cadogan, había presidido el banquete de la asociación de cocheros en alguna parte de Londres. El silencio más uno o dos bostezos acompañaron a ese emocionante anuncio. Luego el viejo ejemplar del rincón, a quien parecía quedarle alguna chispa de vitalidad, leyó en voz alta que Sir Anthony MacDonnell había dejado Euston dirigiéndose a la residencia del jefe de gabinete o algo por el estilo. Ante la cual absorbente información, el eco respondió por qué.

—Déjeme echar una ojeada a esa literatura, abuelo —intervino el anciano marinero, manifestando alguna impaciencia natural.

—No faltaba más —respondió el anciano personaje así interpelado.

El marinero sacó de un estuche que llevaba un par de gafas verdosas que se enganchó muy lentamente sobre la nariz y orejas.

—¿Tiene los ojos malos? —interrogó el comprensivo personaje parecido al secretario municipal.

—Bueno —contestó el navegante con barba de tartán, que al parecer tenía algo de literato a su modo y en pequeño, mirando a través de unas portas verdemar, como bien podrían describirse— yo gasto gafas para leer. La arena del Mar Rojo tiene la culpa. En otros tiempos podía leer un libro a oscuras, como quien dice. *Las mil y una noches* eran lo que más me gustaba, y *Roja como una rosa es ella*.

Tras de lo cual abrió el periódico de un zarpazo y escudriñó Dios sabe qué, encontrado ahogado o las hazañas del rey del cricket, Iremonger de los Notts que había marcado ciento y pico en el segundo wicket, sin un fallo, durante cuyo tiempo el encargado (completamente sin atención hacia Ire) estaba intensamente ocupado en aflojarse una bota al parecer nueva o de segunda mano que por lo que se ve le apretaba, mientras mascullaba contra quien se la hubiera vendido, mientras que todos los que estaban suficientemente despiertos como para ser reconocidos por sus

expresiones faciales, como suele decirse, o bien simplemente miraban con aire sombrío o dejaban caer una observación trivial.

Para abreviar lo más posible, Bloom, dándose cuenta de la situación, fue el primero en ponerse de pie como para no hacerse pesado, habiendo tomado primero la precaución prudente, como hombre de palabra en cuanto a que se haría cargo de la cuenta en esa ocasión, de hacer un gesto disimulado al anfitrión como maniobra de despedida, una señal apenas perceptible cuando los demás no miraban, en sentido de que la suma debida estaba a su disposición, por una suma total de cuatro peniques (la cual cantidad él depositó sin ostentación en cuatro monedas de cobre, literalmente los últimos mohicanos) habiendo previamente localizado en la lista de precios impresa para todos los que desearan verla enfrente de él las cifras inconfundibles, café 2 peniques, panecillo id., y honradamente valiendo el doble de ese dinero por una vez, como solía decir Wetherup.

—Vamos —aconsejó, para levantar la sesión.

Viendo que funcionaba el truco y no había moros en la costa, dejaron el refugio o caseta así como a la selecta sociedad de impermeable y compañía a quien nada que no fuera un terremoto sacaría de su *dolce far niente*. Stephen, que confesó sentirse aún mal y fuera de quicio, se detuvo en la, por un momento, la puerta para…

—Una cosa que no he entendido nunca —dijo, siguiendo la inspiración del momento— es por qué ponen las mesas patas arriba por la noche, quiero decir, las sillas patas arriba sobre las mesas en los cafés.

A cuya ocurrencia el infalible Bloom replicó sin vacilar un momento, diciendo a bocajarro:

—Para barrer el suelo por la mañana.

Así diciendo, dio saltitos alrededor, considerando con franqueza a la vez que pidiendo excusas, si ponerse a la derecha de su compañero, una costumbre suya, por cierto, siendo la derecha, en la locución clásica, su tendón de Aquiles. El aire de la noche era ahora ciertamente una delicia de respirar aunque Stephen andaba un poco flojo de remos.

—Le sentará bien, el aire —dijo Bloom, queriendo decir también el caminar—, dentro de un momento. No hay cosa como caminar y se siente uno otro hombre. No es lejos. Apóyese en mí.

En consecuencia pasó su brazo izquierdo por el derecho de Stephen y le guió en consecuencia.

—Sí —dijo Stephen con incertidumbre, porque le parecía notar una extraña especie de carne de un hombre diferente acercándosele, sin tendones y floja y todo eso.

En todo caso, dejaron atrás la garita con las piedras, brasero, etcétera, donde el interino municipal, el ex Gumley, seguía a todo efecto en brazos de Murphy, o Morfeo, como dice el proverbio, soñando en campos nuevos y praderas recientes. Y a propósito de ataúd lleno de piedras, la analogía no estaba del todo mal, pues en efecto

le habían apedreado hasta matarle aquellas setenta y dos de las ochenta circunscripciones que le traicionaron en el momento de la escisión y sobre todo la decantada clase campesina, probablemente los mismísimos aparceros desposeídos a quienes él había repuesto en sus tierras.

Así pasaron a charlar sobre música, una forma de arte hacia la cual Bloom, como puro amateur, sentía el mayor amor, mientras avanzaban del brazo a través de Beresford Place. La música wagneriana, aunque reconocidamente grandiosa a su manera, era un poco pesada para Bloom y difícil de seguir de buenas a primeras pero la música de *Los hugonotes* de Mercadante, de *Las siete palabras en la cruz* de Meyerbeer, y de la *Duodécima Misa* de Mozart, sencillamente le encantaba, siendo el *Gloria* de ésta, a su juicio, la cima de la música de primera clase en cuanto tal, dejando todo lo demás literalmente en el cesto de la basura. Prefería infinitamente la música sacra de la iglesia católica a todo lo que pudieran ofrecer en esa línea los de la acera de enfrente, como esos himnos de Moody y Sankey o *Mándame vivir y viviré, tu protestante para ser*. Tampoco cedía a nadie en admirar el *Stabat Mater* de Rossini, obra sencillamente rebosante de números inmortales, en que su esposa, Madam Marion Tweedy, dio el golpe, algo verdaderamente sensacional, podía decir sin peligro, que añadía mucho a sus laureles previos y dejaba totalmente en la sombra a las demás, en la iglesia de los padres jesuitas de la calle Upper Gardiner, estando el sagrado edificio atestado hasta las ventanas de virtuosos, o mejor dicho *virtuosi*, para escucharla. La opinión unánime fue que nadie llegaba a su altura, y baste decir que, en un lugar de culto y con música de carácter sacro, hubo deseo general, expresado en voz alta, de un bis. En conjunto, aunque prefiriendo la ópera ligera del tipo *Don Giovanni*, y *Martha*, una joya en su género, tenía un *penchant*, aunque sólo con un conocimiento superficial, hacia la severa escuela clásica como Mendelssohn. Y hablando de eso, y dando por supuesto que él lo sabría todo sobre esas viejas piezas favoritas, mencionó *par excellence* el aria de Lionel en *Martha*, *M'appari*, que curiosamente había oído, en realidad entreoído, ayer mismo, y, privilegio que estimaba altamente, de labios del respetado padre de Stephen, cantado a la perfección, un verdadero estudio de esa pieza, que dejaba a todos los demás en segunda fila. Stephen, en respuesta a una pregunta formulada cortésmente, dijo que no la conocía pero se lanzó a alabar las canciones de Shakespeare, o por lo menos de su época o alrededor, el laudista Dowland que vivió en Fetter Lane cerca del herborista Gerard, que *annos ludendo hausi*, *Doulandus*, un instrumento que pensaba adquirir al señor Arnold Dolmetsch, de quien Bloom no se acordaba exactamente, aunque el nombre le resultaba sin duda conocido, por sesenta y cinco guineas, y Farnaby e hijo con sus conceptos sobre dux y *comes*, y Byrd (William) que tocaba el virginal, dijo, en la Capilla de la Reina, o donde quiera que los encontrara y un tal Tomkins que hacía divertimentos o arias, y John Bull.

En la calle pavimentada a que se acercaban sin dejar de hablar, más allá de las cadenas colgantes, un caballo, uncido a una barredora, avanzaba sobre los adoquines,

levantando una larga cinta de porquería, de modo que con el ruido Bloom no estuvo completamente seguro de si había oído bien la alusión a las sesenta y cinco guineas y a John Bull. Preguntó si John Bull era la celebridad política de tal nombre, ya que le llamaban la atención los dos nombres idénticos, como coincidencia chocante.

Junto a la cadena, el caballo torció lentamente para volver, al percibir lo cual, Bloom, que se mantenía alerta como de costumbre, tiró suavemente de la manga al otro, observando jocosamente:

—Nuestras vidas están en peligro esta noche. Cuidado con la apisonadora.

Ante lo cual se detuvieron. Bloom miró a la cabeza del caballo, que no valía en absoluto sesenta y cinco guineas, repentinamente en evidencia en la sombra, muy cerca, de modo que parecía nuevo, un agrupamiento diferente de huesos e incluso carne, porque palpablemente era un cuadrupedante, un sacudeancas, un negronalgado, un sacudecolas, un cuelgacabeza, avanzando la pata trasera mientras el señor de su creación estaba encaramado allá arriba, ocupado en sus pensamientos. Pero un pobre bruto tan bueno, sentía mucho no tener un terrón de azúcar, pero, como reflexionó juiciosamente, difícilmente se podía estar preparado para toda emergencia que pudiera presentarse. No era más que un gran caballo estúpido nervioso de cabeza balanceante, sin pensar nada dos veces. Pero incluso un perro, reflexionó, por ejemplo ese chucho en Barney Kiernan, del mismo tamaño, sería un horror de encararse con él. Pero no era culpa de ningún animal en particular el estar construido de esa manera, como el camello, nave del desierto, destilando uvas en la joroba hasta hacerlas whisky irlandés. Nueve décimas partes de todos ellos podían enjaularse o domesticarse, nada más allá del arte del hombre excepto las abejas: la ballena, con un arpón pin pon; el caimán, hacerle cosquillas en la cola y sigue la broma; trazar un círculo de tiza para el gallo; el tigre, mi ojo de águila. Esas oportunas reflexiones respecto a los brutos del campo ocupaban su mente, algo distraída de las palabras de Stephen, mientras la nave de la calle maniobraba y Stephen seguía hablando de aquellas interesantísimas viejas…

—¿Qué es lo que iba diciendo? ¡Ah, sí! Mi mujer —indicó, lanzándose *in medias res*— tendría el mayor placer en conocerle, ya que es apasionadamente aficionada a toda clase de música.

Miraba de medio lado de modo amistoso al perfil de Stephen, imagen de su madre, que no era nada parecido al acostumbrado tipo de chulo al que sin duda persiguen todas, porque quizá no había nacido para eso.

Sin embargo, suponiendo que tuviera el don de su padre, como él más que sospechaba, eso abría nuevas perspectivas a su mente, tales como el concierto de Lady Fingall a beneficio de la industria, el lunes anterior, y la aristocracia en general.

Él iba ahora trazando exquisitas variaciones sobre un aria *La juventud acaba aquí* de Jans Pieter Sweelinck, un holandés de Ámsterdam, de donde son las *frow*. Aún más le gustaba una vieja canción alemana de Johannes Jeep sobre el mar claro y las

voces de las sirenas, dulces asesinas de los hombres, lo que desconcertó un poco a Bloom:

Von der Sirenen Listigkeit
Tun die Poeten Dichten.

Esos compases de entrada cantó y tradujo *ex tempore*. Bloom, asintiendo, dijo que comprendía perfectamente y le rogó que siguiera adelante sin falta.

Una voz de tenor tan fenomenalmente hermosa como ésa, el más raro de los dones, que Bloom apreció desde la primera nota que emitió, fácilmente podría, si la manejara adecuadamente alguna autoridad reconocida en emisión vocal, tal como Barraclough, y por añadidura sabiendo leer música, fijar su propio precio donde los barítonos andaban a diez el penique, y obtenerle a su afortunado poseedor, en un próximo futuro, la entrada en casas elegantes en los mejores barrios residenciales, de magnates financieros metidos en grandes negocios y gente con título, donde, con su título universitario de licenciado en letras (una buena publicidad a su manera) y sus modales de caballero para reforzar la buena impresión, sin falta obtendría un éxito marcado, disfrutando de una inteligencia que también podía utilizarse para el propósito, así como otros requisitos, si se tuviera apropiado cuidado de su ropa, para abrirse paso mejor en las buenas gracias de ellos, ya que él, juvenil aprendiz en las minucias sartoriales de la sociedad, apenas comprendía cómo una cosita así podía militar contra uno. En efecto, era sólo cuestión de meses, y podía prever fácilmente que participaría en sus conversaciones musicales y artísticas, durante las festividades de la época navideña, preferentemente, causando un leve escalofrío entre los palomares del bello sexo y siendo llevado a las nubes por las señoras en busca de sensaciones, casos que, como a él mismo le constaba, se habían dado, de hecho, sin necesidad de presumir, él mismo en otros tiempos, si hubiera querido, podría fácilmente haber… Añadido a lo cual, por supuesto, estaría el emolumento pecuniario, nada como para hacerle ascos, corriendo parejas con sus honorarios de enseñanza. No es que, entre paréntesis, en obsequio al sucio lucro hubiera necesariamente de abrazar la carrera lírica como camino en la vida por un prolongado espacio de tiempo, pero sí que era un paso en la dirección apropiada, no cabe, discusión, y tanto en lo monetario como en lo mental no implicaba ningún desdoro para su dignidad en lo más mínimo y muchas veces resultaba extraordinariamente conveniente recibir un cheque en un momento de necesidad cuando cualquier pequeñez ayuda. Además, aunque el gusto se había echado a perder recientemente hasta cierto punto, una música original como ésa, diferente del sendero trillado, rápidamente encontraría gran éxito, ya que sería una decidida novedad para el mundo musical de Dublín después de la acostumbrada serie rutinaria de pegadizos solos de tenor propinados al benévolo público por Ivan St. Austell y Hilton St. Just y su *genus omne*. Sí, sin sombra de duda, con todas las cartas en la mano, sí podía, y tenía una

oportunidad capital de hacerse un nombre y obtener un elevado lugar en la estima de la ciudad, donde podría exigir una cifra ambiciosa y, con reservas anticipadas, dar un concierto solemne para los frecuentadores del salón de la calle King, si había un promotor, si aparecía alguien para darle una patada escaleras arriba, como quien dice, un gran «si», sin embargo, con algún impulso de allá-va-eso para obviar la inevitable procrastinación en que a menudo tropieza un benjamín mimado por la gloria, y no era necesario que eso disminuyera ni una jota de lo demás ya que, siendo dueño y señor de sí mismo, tendría montones de tiempo en que practicar la literatura en sus momentos libres cuando deseara hacerlo así sin que eso interfiriera con su carrera vocal ni contuviera en absoluto nada derogatorio, ya que el asunto era de su sola incumbencia. En realidad, la iniciativa estaba en sus manos y ésa era la razón precisa por la que el otro, dotado de una nariz extraordinariamente capaz de oler por donde soplaba el viento, se le aferraba como una lapa.

El caballo precisamente entonces estaba… y después, en oportunidad propicia se proponía (él, Bloom), sin entrometerse de ningún modo en sus asuntos particulares bajo el principio de que *los locos se aventuran allá donde los ángeles*, le aconsejaba que cortara su conexión con cierto facultativo en ciernes, quien, según advertía, era propenso a denigrarle, e incluso, en cierta ligera medida, con cualquier pretexto jocoso, no estando presente, a deprecarle o como se quisiera llamarlo, lo cual, en la humilde opinión de Bloom, arrojaba una luz negativa sobre ese lado en sombra del carácter de una persona, sin ánimo de hacer un juego de palabras.

El caballo, habiendo llegado al punto de quemar su último cartucho, como quien dice, se detuvo, y levantando en alto una orgullosa cola empenachada, contribuyó con su cuota dejando caer en el suelo, que la barredora pronto cepillaría y limpiaría, tres humeantes esferas de boñigas. Lentamente, tres veces, una tras otra, desde su rebosante grupa, soltó su inmundicia. Y su conductor, humanitario, aguardó hasta que él (o ella) acabara, paciente en su carro falcado.

Bloom, aprovechando ese *contretemps*, emparejado con Stephen, pasó por la abertura de las cadenas, dividida por una barra, y, saltando por encima de una playa de suciedad, cruzó hacia la calle Lower Gardiner, ahora cantando Stephen, más animadamente, pero no en voz alta, el final de la balada:

Und alle Schiffe brücken.

El conductor no dijo palabra, ni buena ni mala ni indiferente. Simplemente observó las dos figuras, *sentado en su carretela*, las dos negras, una maciza, otra flaca, andando hacia el puente de la vía férrea, *a que los casara el Padre Maher, tralará*. Andando, a veces se paraban y echaban a andar otra vez, mientras seguían su *tête-à-tête* (del que, por supuesto, él estaba completamente al margen), sobre sirenas, enemigas de la razón del hombre, mezcladas con otros temas de la misma categoría, usurpadores, casos históricos de esa especie, mientras que el hombre de la barredera o

igual se podría llamar dormidera, no podía oírles porque simplemente estaban muy lejos, y simplemente él seguía sentado en su asiento cerca del final de la calle Lower Gardiner y *seguía con la mirada su carretela, tralará*.

[17]

¿Qué caminos paralelos siguieron Bloom y Stephen al volver?

Arrancando juntos los dos, a paso normal de camino, desde Beresford Place, siguieron, en este orden, las calles Lower Gardiner y Middle Gardiner, y Mountjoy Square, al oeste: entonces, a paso reducido, ambos doblando a la izquierda, Gardiner Place, por inadvertencia, hasta la esquina de allá de la calle Temple, al norte: luego, a paso reducido por interrupciones de altos, doblando a la derecha, por la calle Temple, al norte, hasta Hardwicke Place. Acercándose, separados, a cómodo paso de camino, cruzaron ambos la plaza redonda delante de la iglesia de San Jorge, siguiendo un diámetro, ya que en cualquier círculo la cuerda es menor que el arco que subtiende.

¿De qué deliberó el duunvirato durante su itinerario?

Música, literatura, Irlanda, Dublín, París, la amistad, la mujer, la prostitución, la alimentación, la influencia de la luz de gas o la luz de arco voltaico en el crecimiento de los paraheliotrópicos árboles adyacentes, la exhibición de cubos de basura municipales para emergencias, la Iglesia Católica Romana, el celibato eclesiástico, la nación irlandesa, la educación jesuítica, las carreras, el estudio de la medicina, el día de ayer, el maléfico influjo de la víspera de fiesta, el desmayo de Stephen.

¿Descubrió Bloom factores comunes de semejanza entre sus respectivas reacciones, parecidas y diferentes, ante la experiencia?

Ambos eran sensibles a las impresiones artísticas, las musicales con preferencia a las plásticas o pictóricas. Ambos preferían una manera de vida continental a otra insular, un lugar de residencia cisatlántico a un lugar transatlántico. Ambos, endurecidos por la temprana educación doméstica y por una heredada tenacidad de resistencia heterodoxa, profesaban su incredulidad en diversas ortodoxas doctrinas religiosas, nacionales, sociales y éticas. Ambos admitían la influencia, alternativamente estimulante y obtundente, del magnetismo heterosexual.

¿Eran divergentes sus opiniones en algunos puntos?

Stephen disentía abiertamente de las opiniones de Bloom sobre la importancia de la autosuficiencia alimenticia y cívica mientras que Bloom disentía tácitamente de las opiniones de Stephen sobre la eterna afirmación del espíritu del hombre en la

literatura. Bloom asentía ocultamente a la rectificación, por Stephen, del anacronismo implicado en asignar la fecha de la conversión de la nación irlandesa del druidismo al cristianismo, por Patricio, hijo de Calporno, hijo de Potito, hijo de Odisso, enviado por el papa Celestino I el año 432 durante el reinado de Leary, desplazándola al año 260 aproximadamente durante el reinado de Cormac MacArt († 266 D. C.) que se ahogó por imperfecta deglución de alimentos en Sletty y fue inhumado en Rossnaree. El desmayo que Bloom atribuía a inanición gástrica y a ciertos compuestos químicos de diversos grados de adulteración y de fuerza alcohólica, acelerados por el ejercicio mental y la velocidad del rápido movimiento circular en una atmósfera relajante, Stephen lo atribuía a la reaparición de una nube matutina (percibida por ambos desde dos puntos diferentes de observación, Sandycove y Dublín) al principio no mayor que una mano de mujer.

¿Hubo un punto en que sus opiniones fueran iguales y negativas?

La influencia de la luz de gas o luz eléctrica en el crecimiento de los paraheliotrópicos árboles adyacentes.

¿Había discutido Bloom temas semejantes durante perambulaciones nocturnas en el pasado?

En 1884 con Owen Goldberg y Cecil Turnbull de noche en vías públicas entre Longwood Avenue y Leonard's Corner, y Leonard's Corner y la calle Synge, y la calle Synge y Bloomfield Avenue. En 1885 con Percy Apjohn, en los anocheceres, apoyados contra la pared entre Gibraltar Villa y Bloomfield House en Crumlin, baronía de Uppercross. En 1886 ocasionalmente con conocidos casuales y posibles compradores, en umbrales de puertas, salitas de recibir, y coches ferroviarios de tercera clase de líneas suburbanas. En 1888 frecuentemente con el comandante Brian Tweedy y su hija la señorita Marion Tweedy juntos y por separado en el diván de la casa de Matthew Dillon en Roundtown. Una vez en 1892 y otra vez en 1893 con Julius (Juda) Mastiansky, en ambas ocasiones en la salita de su casa (la de Bloom) en la calle Lombard West.

¿Qué reflexión referente a la sucesión irregular de las fechas 1884, 1885,1886, 1888, 1892, 1893, 1904, hizo Bloom antes de que llegaran a su destino?

Reflexionó que la progresiva extensión del campo de desarrollo y de experiencia del individuo iba regresivamente acompañada por una restricción en el recíproco terreno de las relaciones interindividuales.

¿Cómo en qué sentidos?

De la inexistencia a la existencia, él llegó a muchos y fue recibido como uno: existencia entre existencias, era con cada cual como cada cual con cada cual: de existencia a no existencia pasado, sería por todos percibido como ninguno.

¿Qué acción realizó Bloom a la llegada a su destino?

En los escalones de entrada del cuarto número impar equidiferente, el 7 de la calle Eccles, insertó la mano maquinalmente en el bolsillo trasero de sus pantalones para sacar la llave de casa.

¿Estaba allí?

Estaba en el bolsillo homólogo de los pantalones que se había puesto el día precedente al anterior.

¿Por qué se irritó doblemente?

Porque se había olvidado y porque recordaba que se había recordado a sí mismo dos veces no olvidarse.

¿Cuáles eran entonces las alternativas ante la pareja, respectivamente con premeditación y sin advertencia, sin llaves?

Entrar o no entrar. Llamar o no llamar.

¿La decisión de Bloom?

Una estratagema. Apoyando los pies en la enana tapia, trepó sobre las verjas de los semisótanos, se encajó el sombrero en la cabeza, se agarró a dos puntos en la unión inferior de las barras horizontales y las verticales, descendió el cuerpo gradualmente en su longitud de cinco pies y nueve pulgadas hasta dos pies y diez pulgadas del suelo de delante de los semisótanos, y permitió que su cuerpo se moviera libremente en el espacio al separarse de las barras horizontales y encogiéndose en preparación para el impacto de la caída.

¿Cayó?

Con el conocido peso de su cuerpo, ciento cincuenta y ocho libras en medida *avoirdupois* según lo había certificado la máquina graduada para pesarse a sí mismo periódicamente en el establecimiento de Francis Froedman, químico farmacéutico, en

el 19 de la calle Frederick North, en la última fiesta de la Ascensión, a saber, el día doce de mayo del año bisiesto mil novecientos cuatro de la era cristiana (era judía cinco mil seiscientos sesenta y cuatro, era mahometana mil trescientos veintidós), número áureo 5, epacta 13, ciclo solar 9, letras dominicales CB, indicción romana 2, período juliano 6617, MXMIV.

¿Se levantó no lesionado por contusión?

Recuperando nuevo equilibrio estable se levantó no lesionado aunque contundido por el impacto, levantó el pestillo de la puerta del semisótano aplicando fuerza en su pestaña libremente móvil y mediante palanca de primer orden aplicada en su fulcro obtuvo acceso retardado a la cocina a través de la despensa subadyacente, prendió un fósforo mediante fricción, dejó libre gas inflamable de carbón haciendo girar la llave, encendió una alta llama que, regulándola, redujo a quiescente incandescencia, y finalmente encendió una vela portátil.

¿Qué sucesión discreta de imágenes percibió mientras tanto Stephen?

Apoyado en las verjas de los semisótanos percibió a través de los cristales transparentes de la cocina un hombre regulando una llama de gas de 14 bujías, un hombre encendiendo una vela, un hombre quitándose las botas una tras otra, un hombre dejando la cocina sosteniendo una vela de 1 bujía.

¿Reapareció el hombre en otro lugar?

Tras un lapso de cuatro minutos se hizo discernible el fulgor de su vela a través del montante de cristal semicircular semitrasparente sobre la puerta del vestíbulo. La puerta del vestíbulo giró gradualmente sobre sus goznes. En el espacio abierto de la puerta reapareció el hombre sin el sombrero, con su vela.

¿Obedeció Stephen a su señal?

Sí, entrando suavemente, ayudó a cerrar y echar la cadena a la puerta y siguió suavemente por el vestíbulo la espalda del hombre y sus pies afieltrados y su vela encendida dejando atrás una rendija luminosa de puerta a la izquierda y bajando cuidadosamente una escalera curva de más de cinco escalones hasta la cocina de la casa de Bloom.

¿Qué hizo Bloom?

Apagó la vela mediante una brusca expiración de aliento en su llama, acercó al fogón dos sillas de pino de asiento en cuchara, una para Stephen de espaldas a la ventana semienterrada, la otra para él mismo cuando fuera necesaria, se arrodilló sobre una rodilla, organizó en la rejilla una pira cruzada de astillas mojadas en resina y diversos papeles de colores y polígonos irregulares del mejor carbón Abram a veintiún chelines la tonelada de la empresa Flower y M'Donald de la calle D'Olier, 14, prendida en tres puntas salientes de papel con un fósforo encendido, desprendiendo de ese modo la energía potencial contenida en el combustible al permitir que sus elementos carbono e hidrógeno entraran en libre unión con el oxígeno del aire.

¿En qué apariciones semejantes pensó Stephen?

En otros, en otros lugares, en otros tiempos que, arrodillándose sobre una rodilla o sobre las dos, habían prendido fuegos para él, el Hermano Michael en la enfermería del colegio de la Compañía de Jesús en Clongowes Wood, Sallins, en el condado de Kildare; su padre, Simon Dedalus, en un cuarto sin amueblar en su primera residencia en Dublín, calle Fitzgibbon número trece; su madrina señorita Kate Morkan en casa de su hermana agonizante señorita Julia Morkan en Usher's Island 15; su tía Sa, esposa de Richie (Richard) Goulding, en la cocina de su domicilio de la calle Clanbrassil 62; su madre Mary, esposa de Simon Dedalus, en la cocina del número doce de la calle North Richmond, la mañana del día de San Francisco Javier de 1898: el decano de estudios, Padre Butt, en el anfiteatro de física de la Universidad, 16 Stephen's Green North: su hermana Dilly (Delia) en casa de su padre en Cabra.

¿Qué vio Stephen al levantar la mirada a la altura de una yarda desde el fuego hacia la pared de enfrente?

Bajo una fila de cinco campanillas con resortes de muelle, una cuerda curvilínea, extendida entre dos ganchos al sesgo cruzando el hueco al lado de la subida de la chimenea, de la cual colgaban cuatro pañuelos cuadrados de tamaño pequeño doblados por separado uno tras de otro en rectángulos adyacentes y un par de medias grises de señora con refuerzos de hilo de Lisle en lo de arriba y los pies en su posición habitual agarradas por tres pinzas de madera erectas, dos en sus extremos de fuera y la tercera en su punto de unión.

¿Qué vio Bloom en el fogón?

A la derecha en el hueco más pequeño una cacerola azul esmaltada: a la izquierda en el hueco más grande un cacharro de hervir agua de hierro negro.

¿Qué hizo Bloom en el fogón?

Desplazó la cacerola al hueco izquierdo, se levantó y llevó el cacharro del agua a la pila para hacer uso de la corriente girando el grifo para dejarla correr.

¿Corrió?

Sí. Desde el embalse de Roundwood en el condado de Wicklow de una capacidad cúbica de 2400 millones de galones, pasando a través de un acueducto subterráneo de canales de filtrado de tubería simple y doble construidos a un coste inicial de instalación de 5 libras la yarda, atravesando el Dargle, Rathdown, el Glen de los Downs, y Callowhill hasta el depósito de 26 acres en Stillorgan, a una distancia de 22 millas legales, y desde ahí, a través de un sistema de cisternas auxiliares, con una pendiente de 250 pies hasta el término municipal en el puente Eustace, calle Upper Leeson, aunque por la prolongada sequía veraniega y el consumo diario de 12 millones y medio de galones el agua había descendido por debajo del nivel de las compuertas de rebose por cuya razón el inspector del distrito e ingeniero hidráulico, señor Spencer Harty, C. E., siguiendo instrucciones de la comisión de suministro de aguas, había prohibido el uso de las aguas municipales para propósitos que no fueran los del consumo (considerando la posibilidad de recurrir a las aguas no potables de los canales Grand y Royal como en 1893) especialmente dado que los empleados del Asilo South Dublin, a pesar de su ración de 15 galones por día y por asilado, proporcionada a través de un contador de seis pulgadas, habían resultado responsables de un desperdicio de 20 000 galones por noche según lectura de su contador bajo declaración del representante legal del municipio, señor Ignatius Rice, abogado, actuando así en detrimento de otra parte del público, contribuyentes independientes y de sana solvencia.

¿Qué admiraba en el agua Bloom, amador del agua, sacador de agua, portador de agua volviendo al fogón?

Su universalidad; su igualdad democrática y su fidelidad a su naturaleza buscando su propio nivel; su vastedad en el océano de la proyección de Mercator; su profundidad no sondeada en la fosa de Sundam en el Pacífico excediendo las 8000 brazas; la inquietud de sus olas y partículas superficiales visitando uno tras otros todos los puntos de su litoral; la independencia de sus unidades: la variabilidad de estados del mar; su quiescencia hidrostática en calma; su turgidez hidrocinética en las aguas muertas y en las mareas vivas; su apaciguamiento después de la devastación; su esterilidad en los casquetes circumpolares, ártico y antártico; su importancia climática y comercial: su preponderancia de 3 a 1 sobre la tierra seca en el globo; su indisputable hegemonía en extensión en leguas cuadradas por toda la zona por debajo

del trópico subecuatorial de Capricornio; la estabilidad multisecular de su fosa original; su lecho lúteofulvo; su capacidad para disolver y contener en solución todas las sustancias solubles incluyendo millones de toneladas de los metales más preciosos; sus lentas erosiones de penínsulas y promontorios con tendencia a bajar, sus depósitos aluviales; su peso y volumen y densidad: su imperturbabilidad en lagos y lagunas de meseta; su gradación de colores en las zonas tórrida y templada y frígida; sus ramificaciones vehiculares en corrientes continentales en cuencas lacustres y ríos confluyentes y fluyentes al mar con sus tributarios y las corrientes oceánicas, corriente del Golfo, con sus ramas nordecuatorial y sudecuatorial; su violencia en maremotos, trombas marinas, pozos artesianos, erupciones, torrentes, remolinos, desbordamientos, avenidas, olas de fondo, divisorias de aguas, géiseres, cataratas, torbellinos, maelstroms, inundaciones, diluvios, aguaceros: su vasta curva ahorizontal circumterrestre; su secreto en los manantiales y la humedad latente, revelada por instrumentos rabdománticos o higrométricos y ejemplificada por el agujero en la pared en Ashtown Gate, la saturación del aire, la destilación del rocío; la sencillez de su composición, dos partes constitutivas de hidrógeno por una parte constitutiva de oxígeno; sus virtudes curativas; su capacidad de hacer flotar en las aguas del Mar Muerto; su perseverante penetratividad en arroyuelos, canales, diques insuficientes, vías de agua en barcos; sus propiedades para limpiar, apagar la sed y el fuego, alimentar la vegetación; su infalibilidad como paradigma y parangón; sus metamorfosis como vapor, niebla, nube, lluvia, nevisca, nieve, granizo; su fuerza en las mangueras rígidas; su variedad de formas en lagos y bahías y golfos y calas y ensenadas y lagunas y atolones y archipiélagos y estrechos y fiords y minches y estuarios y brazos de mar; su solidez en glaciares, icebergs, témpanos; su docilidad en hacer funcionar ruedas hidráulicas, turbinas, dínamos, plantas hidroeléctricas, lavaderos, tenerías, fábricas textiles; su utilidad en canales, en ríos, si navegables, en diques flotantes y secos; su potencialidad derivable de mareas embridadas o cursos de agua cayendo de un nivel a otro nivel; su fauna y flora submarinas (anacústica, fotofóbica), numéricamente, si no literalmente, los habitantes del globo; su ubicuidad al constituir el 90% del cuerpo humano; la nocividad de sus efluvios en marismas lacustres, pantanos pestilentes, agua de macetas echada a perder, charcos estancados bajo la luna menguante.

Habiendo puesto el cacharro de agua medio lleno sobre los carbones ahora ardiendo, ¿por qué volvió al grifo aún fluyente?

Para lavarse las manchadas manos con una pastilla a medio gastar de jabón Barrington con aroma de limón, a la que todavía se adhería papel (comprada trece horas antes por cuatro peniques y aún no pagada), en agua fresca inmutable y siempre mudable, y secárselas, cara y manos, en un largo trapo de holanda con borde rojo echado sobre un rodillo giratorio de madera.

¿Qué razón dio Stephen para declinar la oferta de Bloom?

Que era hidrófobo, odiando el contacto parcial por inmersión o total por sumersión en agua fría (habiendo tenido lugar su último baño en el mes de octubre del año precedente), detestando las sustancias acuosas como vidrio y cristal y desconfiando de las aguanosidades en pensamiento y lenguaje.

¿Qué impidió a Bloom dar a Stephen consejos de higiene y profilaxis a los que deberían añadirse sugerencias referentes a un mojado preliminar de la cabeza y contracción de los músculos con rápido salpicado de cara y cuello y región torácica y epigástrica en caso de baño en mar o río, siendo las partes de la anatomía humana más sensibles al frío la nuca, el estómago y el tenar o planta del pie?

La incompatibilidad de la aguanosidad con la errática originalidad del genio.

¿Qué adicionales consejos didácticos reprimió igualmente?

Dietéticos: referentes a los respectivos porcentajes de proteínas y energía calórica en el tocino, bacalao salado y mantequilla, la ausencia de las primeras en el nombrado en último lugar y la abundancia de la segunda en el nombrado en primer lugar.

¿Cuáles le parecían al anfitrión las cualidades predominantes de su invitado?

Confianza en sí mismo, una capacidad igual y opuesta de abandono y recuperación.

¿Qué fenómeno concomitante tuvo lugar en la vasija de líquido por efecto del fuego?

El fenómeno de la ebullición. Atizada por una constante corriente ascendente de ventilación entre la cocina y el tubo de la chimenea, se comunicó la ignición desde los manojos de material precombustible a las masas poliédricas de carbón bituminoso, conteniendo en forma mineral comprimida los residuos foliados fosilizados de bosques originales que a su vez habían derivado su existencia vegetativa del sol, fuente prístina de calor (radiante) transmitido a través del omnipresente luminífero y diatérmico éter. El calor (conveccionado), un modo de movimiento desarrollado por tal combustión, fue constante y crecientemente transmitido desde la fuente de calorificación al líquido contenido en el recipiente, siendo irradiado a través de la superficie oscura desigual y sin pulir del metal hierro,

en parte reflejado, en parte absorbido, en parte transmitido, elevando gradualmente la temperatura expresable como resultado de un consumo de 72 unidades térmicas necesarias para elevar una libra de agua desde 50° a 212° grados Fahrenheit.

¿Qué anunció el cumplimiento de esa elevación de temperatura?

Una doble eyección falciforme de vapor de agua por debajo de la tapa del cacharro por ambos lados a la vez.

¿Para qué utilidad personal podía haber aplicado Bloom el agua así hervida?

Para afeitarse.

¿Qué ventajas acompañaban al afeitado de noche?

Una barba más blanda: una brocha más blanda si se le permitía intencionalmente permanecer de afeitado en afeitado en su espuma aglutinada: una piel más blanda si inesperadamente se encontraban personas conocidas femeninas en lugares remotos a horas desacostumbradas: tranquilas reflexiones sobre el transcurso del día: una sensación más limpia al despertarse después de un sueño más reparador dado que los ruidos matutinos, las premoniciones y perturbaciones matutinas, una cacharra de leche golpeada, el doble aldabonazo del cartero, un periódico leído, releído mientras enjabonando y volviendo a enjabonar el mismo sitio, un golpe, una explosión palpitación del corazón con suspensión pero sin ton ni son podría dar lugar a una mayor velocidad en el afeitado y un corte en que un tafetán cortado con precisión y humedecido y aplicado se adhiriese como era menester hacer.

¿Por qué la ausencia de luz le molestaba menos que la presencia de ruido?

Por la seguridad del sentido del tacto en su mano firme llena masculina femenina pasiva activa.

¿Qué cualidad poseía (su mano) pero con qué influencia contradictoria?

La cualidad operativa quirúrgica, salvo que él era reacio a derramar sangre humana incluso cuando el fin justificaba los medios, prefiriendo, en su orden natural, la helioterapia, la psicofisioterapéutica y la cirugía osteopática.

¿Qué había de manifiesto en los estantes inferior, medio y superior del aparador de cocina abierto por Bloom?

En el estante inferior cinco platos de desayuno verticales, seis platillos de desayuno horizontales sobre los que descansaban tazas de desayuno invertidas, una taza con bigotera, con platillo, de porcelana Crown Derby, cuatro hueveras blancas con borde dorado, un bolso de gamuza abierto mostrando unas monedas, principalmente de cobre, y una cajita de confites aromáticos de violeta. En el estante medio, una huevera agrietada conteniendo pimienta, un tarro de sal de mesa, cuatro aceitunas negras conglomeradas en un papel grasiento, un tarro vacío de carne en conserva Ciruelo, un cestillo ovalado de mimbre con fondo de fibra conteniendo una pera de Jersey, una botella medio vacía de oporto para inválidos, de la casa William Gilbey & Co., medio despojada de su envoltura de papel de seda rosa coral, un paquete de cacao soluble Epps, cinco onzas de té selecto Anne Lynch a dos chelines la libra en una bolsa arrugada de papel de estaño, un estuche cilíndrico conteniendo el mejor azúcar cristalizado en terrones, dos cebollas, una, la mayor, española, la otra, más pequeña, irlandesa, biseccionada, con más superficie y más olor, un tarro de nata Lechería Modelo Irlandesa, un jarrito de porcelana oscura conteniendo tres octavos de pinta de leche adulterada agriada, convertida por el calor en agua, suero acídulo y cuajo semisolidificado, que, añadida a la cantidad sustraída para los desayunos del señor Bloom y la señora Fleming, hacía una pinta imperial, la cantidad total entregada originalmente, dos clavos de especia, un medio penique y un platito conteniendo una tajada de chuleta fresca. En el estante de arriba, una batería de tarros de mermelada de diversos tamaños y procedencias.

¿Qué atrajo su atención en el saliente del aparador?

Cuatro fragmentos poligonales de dos tíquets de apuestas escarlata, desgarrados, con los números 8 87, 88 6.

¿Qué reminiscencias arrugaron temporalmente su frente?

Reminiscencias de coincidencias, la verdad más extraña que la ficción, preindicativas del resultado de la Copa de Oro handicap liso, cuyo resultado oficial y definitivo había leído él en el *Evening Telegraph*, edición última rosa, en el Refugio del Cochero, en el puente de Butt.

¿Dónde habían sido recibidas por él previas intimaciones del resultado, efectivo o proyectado?

En el establecimiento autorizado para bebidas de Bernard Kiernan, calle Little Britain, 8, 9 y 10: en el establecimiento autorizado para bebidas de David Byrne, calle Duke, 14: en la calle O'Connell baja, delante de Graham Lemon, cuando un hombre oscuro le puso en la mano un prospecto de los que se tiran por ahí

(subsiguientemente tirado por ahí), anunciando a Elías, restaurador de la iglesia en Sión: en Lincoln Place delante del local de F. W. Sweny y Cía. (Limitada), farmacéuticos, cuando Frederick M. (Bantam) Lyons rápida y sucesivamente había requerido, leído y restituido el ejemplar del número último del *Freeman's Journal and National Press* que él había estado a punto de tirar por ahí (subsiguientemente tirado por ahí), y había avanzado hacia el edificio oriental de los Baños Calientes y Turcos, calle Leinster, 11, con la luz de la inspiración refulgiendo en su rostro y llevando en sus brazos el secreto de la raza, grabado en la lengua de la inspiración.

¿Qué consideraciones modificadoras atenuaban sus perturbaciones?

Las dificultades de interpretación ya que la significación de cualquier acontecimiento seguía a su acontecer tan variablemente como el fenómeno acústico seguía a la descarga eléctrica, y de contraestimación en cuanto a una pérdida efectiva, por fallo en interpretar la suma total de pérdidas posibles derivadas originalmente de una interpretación con éxito.

¿Su estado de ánimo?

No había arriesgado, no esperaba, no había quedado decepcionado, estaba satisfecho.

¿Qué le satisfacía?

No haber sufrido pérdida positiva. Haber producido una ganancia positiva a otros. Luz para los gentiles.

¿Cómo preparó Bloom una colación para un gentil?

Echó en dos tazas dos cucharadas rasas, con un total de cuatro, de cacao soluble Epps y procedió conforme a las instrucciones para el uso impresas en la etiqueta, añadiendo a cada cual tras suficiente tiempo los ingredientes prescritos para su difusión en el modo y la cantidad prescritas.

¿Qué señales supererogatorias de hospitalidad especial mostró el anfitrión hacia su invitado?

Renunciando a sus derechos simposiarcales a la taza con bigotera de Crown Derby imitación, que le había regalado su única hija, Millicent (Milly), puso en su lugar una taza idéntica a la de su invitado y sirvió, extraordinariamente a su invitado

y en medida reducida a sí mismo, la viscosa nata ordinariamente reservada para el desayuno de su esposa Marion (Molly).

¿Fue consciente el invitado y reconoció esas señales de hospitalidad?

Su atención fue reclamada hacia ellas jocosamente por su anfitrión y él las aceptó seriamente mientras bebían en silencio jocoserio el producto de Epps para las masas, esa criatura que es el cacao.

¿Hubo señales de hospitalidad que consideró pero reprimió, reservándolas para otra persona y para sí mismo en futuras ocasiones a fin de completar el acto comenzado?

La reparación de un desgarrón de una y media pulgadas de longitud en el lado derecho de la chaqueta de su invitado. Un regalo a su invitado de uno de los cuatro pañuelos de señora, si y cuando se comprobara que estaban en condiciones presentables.

¿Quién bebió con mayor rapidez?

Bloom, teniendo la ventaja de diez segundos en el comienzo y tomando, de la superficie cóncava de una cuchara a lo largo de cuyo mango se conducía un flujo constante de calor, tres sorbos por cada uno de su oponente, seis contra dos, nueve contra tres.

¿Qué cerebración acompañó su acto frecuentativo?

Deduciendo por inspección, pero erróneamente, que su silencioso compañero estaba entregado a la composición mental, reflexionó sobre los placeres derivados de la literatura de instrucción más bien que de entretenimiento ya que él mismo había recurrido más de una vez a las obras de William Shakespeare para la solución de problemas difíciles en la vida real o imaginaria.

¿Les había encontrado solución?

A pesar de una cuidadosa y repetida lectura de ciertos pasajes clásicos, ayudada por un glosario, había obtenido del texto una convicción imperfecta, no correspondiendo las respuestas a todos los puntos.

¿Qué versos concluían su primera composición de verso original escrita por él, poeta en potencia, a la edad de 11 años en 1877 en ocasión de que el *Shamrock*, una publicación semanal, ofreció tres premios de 10, 5 y 2 ½ chelines, respectivamente?

Soñando que vería
en su revista impresa mi poesía
les mando esta modesta pieza mía.
Si me hacen tal honor,
pónganla con la firma, por favor,
de L. Bloom, su seguro servidor.

¿Encontró cuatro fuerzas separadoras entre su invitado temporal y él?

Nombre, edad, raza, religión.
¿Qué anagramas había hecho con su nombre en su juventud?

Leopol Bloom
Ellpodbomool
Molldopeloob
Bollopedoom
Oíd Ollebo, M. P.

¿Qué acróstico sobre la abreviación de su nombre de pila había enviado él (poeta cinético) a la señorita Marion Tweedy el 14 de febrero de 1888?

Poetas hubo antaño en noble rima
Ofrendando al amor que nos anima
Loas de la belleza en su alta cima.
Dándote a ti la palma, por encima,
Yo así te canto ¡oh tú, mujer divina!

¿Qué le había impedido acabar una canción de circunstancias (música de R. G. Johnston) sobre los acontecimientos del pasado, o características de los años actuales, titulada *Si Brian Boru volviera a ver ahora la vieja Dublín*, encargada por Michael Gunn, concesionario del teatro Gaiety, calle South King, 46, 47, 48, 49, para ser presentada en la sexta escena, el valle de los diamantes, en la segunda edición (30 de enero de 1893) de la gran pantomima anual de Navidad *Simbad el Marinero* (texto de Greenleaf Whittier, decorados de George A. Jackson y Cecil Hicks, trajes de la señora y la señorita Whelan, puesta en escena por R. Shelton el 26 de diciembre de 1892 bajo la supervisión personal de la señora Michael Gunn, ballets por Jessie Noir,

número de arlequinada por Thomas Otto) y cantada por la protagonista Nelly Bouverist?

En primer lugar, una oscilación entre acontecimientos de interés imperial y local, el anticipado jubileo de diamante de la Reina Victoria (nacida en 1820, entronizada en 1837) y la aplazada inauguración del nuevo mercado municipal de pescado: en segundo lugar, temor a la oposición de círculos extremistas en las cuestiones de las respectivas visitas de Sus Altezas Reales, el duque y la duquesa de York (real), y de Su Majestad el Rey Brian Boru (imaginaria): en tercer lugar, un conflicto entre la etiqueta profesional y la emulación profesional en cuanto a las erecciones del Grand Lyric Hall en Burgh Quay y el Theatre Royal en la calle Hawkins: en cuarto lugar, la confusión derivada de la compasión por la expresión del rostro de Nelly Bouverist, nada intelectual, nada política, nada de actualidad, y la concupiscencia causada por las revelaciones de Nelly Bouverist de ropa interior, nada intelectual, nada política, nada de actualidad, mientras ella (Nelly Bouverist) se encontraba en esas prendas: en quinto lugar, las dificultades de selección de música apropiada y alusiones humorísticas del *Libro de los chistes para todos* (1000 páginas con una carcajada en cada una): en sexto lugar, las rimas, homófonas y cacófonas, asociadas a los nombres del nuevo alcalde, Daniel Tallón, el nuevo jefe de policía, Thomas Pile, y el nuevo procurador general, Dunbar Plunket Barton.

¿Qué relación existía entre sus edades?

Hacía 16 años, en 1888, cuando Bloom tenía la edad actual de Stephen, Stephen tenía 6 años. 16 años después en 1920 cuando Stephen tuviera la edad actual de Bloom, Bloom tendría 54. En 1936 cuando Bloom tuviera 70 años y Stephen 54, sus edades, inicialmente en razón de 16 a 0, serían como 17 1/2 a 13 1/2, aumentando la proporción y disminuyendo la disparidad según se añadieran arbitrarios años futuros, pues si la proporción que existía en 1883 hubiera seguido inmutable, suponiendo que eso fuera posible, hasta entonces, en 1904, cuando Stephen tenía 22 años, Bloom tendría 374, y en 1920 Stephen tendría 38 años, como tenía entonces Bloom, Bloom tendría 646, mientras que en 1952, cuando Stephen hubiera alcanzado la edad máxima postdiluviana de 70 años, Bloom, llevando en vida 1190 años y habiendo nacido el año 714, habría sobrepasado en 221 años la edad máxima antediluviana, la de Matusalén, 969 años, mientras que, si Stephen siguiera viviendo hasta alcanzar esa edad el año 3072 D. C., Bloom habría estado obligado a llevar viviendo 83 300 años, y habría estado obligado a nacer el año 81 396 antes de Cristo.

¿Qué acontecimientos podrían anular esos cálculos?

La cesación de existencia de ambos o de uno de ellos, la inauguración de una nueva era o calendario, la aniquilación del mundo y consiguiente exterminación de la especie humana, inevitable pero impredecible.

¿Cuántos encuentros previos probaban su conocimiento preexistente?

Dos. El primero en el jardín de las lilas de la casa de Matthew Dillon, Medina Villa, Kimmage Road, Roundtown, en 1887, en compañía de la madre de Stephen, teniendo entonces Stephen 5 años de edad y estando reacio a dar la mano en saludo. El segundo en el café del Hotel Breslin, un domingo lluvioso de enero de 1892, en compañía del padre de Stephen y del tío abuelo de Stephen, teniendo entonces Stephen 5 años más.

¿Aceptó Bloom la invitación a comer hecha entonces por el hijo y secundada luego por el padre?

Muy agradecido, con agradecida estimación, con sincera estimación agradecida, con estimativa agradecida sinceridad lamentándolo mucho, declinó.

¿Reveló su conversación sobre el tema de esas reminiscencias un tercer vínculo de conexión entre ellos?

La señora Riordan (Dante), una viuda con medios independientes, había residido en casa de los padres de Stephen desde el 1 de septiembre de 1888 hasta el 19 de diciembre de 1891 y también había residido durante los años 1892, 1893 y 1894 en el Hotel City Arms, propiedad de Elizabeth O'Dowd en la calle Prussia 54, donde, durante partes de los años 1893 y 1894, había sido constante informadora de Bloom quien también residía en el mismo hotel, siendo en aquella época un empleado al servicio de Joseph Cuffe, Smithfield 5, para la superintendencia de ventas en el adyacente mercado de ganado de Dublín, en la avenida de circunvalación norte.

¿Había realizado alguna especial obra de misericordia corporal para ella?

A veces la había empujado, en cálidos atardeceres de verano, viuda inválida de medios independientes, aunque limitados, en su cochecito de convaleciente, con lentos giros de sus ruedas, hasta la esquina de la avenida de circunvalación norte enfrente de los locales de negocios del señor Gavin Low donde ella había permanecido durante cierto tiempo escudriñando, a través de sus gemelos de campaña de lente única, ciudadanos irreconocibles en tranvías, bicicletas de turismo, equipadas con neumáticos inflados, coches de punto, tándems, landós particulares y

de alquiler, calesas, carretelas y breaks pasando desde la ciudad a Phoenix Park y *vice versa*.

¿Por qué pudo entonces él soportar su vigilia con mayor ecuanimidad?

Porque en su adolescencia muchas veces se había quedado sentado observando a través de un redondel biselado de una vidriera multicolor el espectáculo ofrecido por los continuos cambios de calle allá fuera, peatones, cuadrúpedos, velocípedos, vehículos, pasando lentamente, rápidamente, regularmente, en torno y en torno y en torno al borde de un redondo globo en precipitación.

¿Qué claros recuerdos diferentes tenía cada uno de ella, fallecida hacía ocho años?

El de más edad, sus cartas de bezique y sus fichas, su terrier Skye, su supuesta riqueza, sus fallos en responsividad y su incipiente sordera catarral; el más joven, su lámpara de aceite de colza delante de la estatua de la Inmaculada Concepción, sus cepillos verdes y marrones, por Charles Stewart Parnell y por Michael Davitt, sus papeles de seda.

¿No le quedaban en absoluto medios de conseguir el rejuvenecimiento que esas reminiscencias divulgadas a un acompañante más joven hacían aún más deseable?

La gimnasia en casa, antes practicada intermitentemente, subsiguientemente abandonada, prescrita en *La fuerza física: Cómo obtenerla*, de Eugene Sandow, que, especialmente preparada para hombres de comercio ocupados en actividades sedentarias, había de hacerse con concentración mental enfrente de un espejo de manera que entraran en juego las diversas familias de músculos y se produjera sucesivamente un placentero relajamiento y la más placentera repristinación de la agilidad juvenil.

¿Había poseído alguna especial agilidad en su primera juventud?

Aunque el levantamiento de pesos había estado más allá de su fuerza y el giro circular completo más allá de su valentía, sin embargo, siendo estudiante de Escuela Media, se había distinguido en su estable y prolongada ejecución del movimiento de media elevación en las barras paralelas a consecuencia de sus músculos abdominales anormalmente desarrollados.

¿Aludió alguno de ellos abiertamente a su diferencia racial?

Ninguno de los dos.

¿Cuáles, reducidos a su forma recíproca más sencilla, eran los pensamientos de Bloom sobre los pensamientos de Stephen sobre Bloom y los pensamientos de Bloom sobre los pensamientos de Stephen sobre los pensamientos de Bloom sobre Stephen?

Él pensaba que él pensaba que él era judío mientras que él sabía que él sabía que él sabía que no lo era.

¿Cuáles, dejando a un lado las barreras de la reticencia, eran sus respectivas filiaciones?

Bloom, único hijo varón transubstancial heredero de Rudolf Virag (subsiguientemente Rudolf Bloom) de Szombathely, Viena, Budapest, Milán, Londres y Dublín, y de Ellen Higgins, hija segunda de Julius Higgins (nacido Karoly) y Fanny Higgins (nacida Hegarty); Stephen, hijo mayor sobreviviente varón heredero consubstancial de Simon Dedalus, de Cork y Dublín, y de Mary, hija de Richard y Christina Goulding (nacida Brier).

¿Habían sido bautizados Bloom y Stephen, y dónde y por quién, clérigo o lego?

Bloom (tres veces) por el reverendo señor Gilmer Johnston M. A., solo, en la iglesia protestante de San Nicolás de Afuera, Coombe; por James O'Connor, Philip Gilligan y James Fitzpatrick, juntos, bajo una bomba en la aldea de Swords; y por el reverendo Charles Malone C. C, solo, en la iglesia de los Tres Patrones, Rathgar. Stephen (una vez) por el reverendo Charles Malone C. C, solo, en la iglesia de los Tres Patrones, Rathgar.

¿Encontraban semejantes sus carreras educacionales?

Poniendo a Stephen en el lugar de Bloom, Stoom habría pasado sucesivamente por una escuela privada y la escuela media. Poniendo a Bloom en el lugar de Stephen, Blephen habría pasado sucesivamente por la preparatoria, elemental, media y grados superiores de la intermedia y a través de la matriculación, primero de letras, segundo de letras y curso de graduación en letras de la Real Universidad.

¿Por qué Bloom se contuvo de afirmar que había frecuentado la universidad de la vida?

Por su fluctuante incertidumbre sobre si esa observación había o no sido hecha ya por él a Stephen o por Stephen a él.

¿Qué dos temperamentos representaban individualmente?

El científico. El artístico.

¿Qué pruebas adujo Bloom para probar que su tendencia era hacia la ciencia aplicada más bien que hacia la pura?

Ciertas posibles invenciones sobre las que había cogitado en posición reclinada en estado de repleción supina para ayudar a la digestión, estimulado por su reconocimento de la importancia de inventos ahora comunes pero en otro tiempo revolucionarios por ejemplo, el paracaídas aeronáutico, el telescopio de reflexión, el sacacorchos espiral, el imperdible, el sifón de agua mineral, la esclusa de canal con compuertas mecánicas, la bomba de succión.

¿Estaban esos inventos principalmente pensados para un proyecto perfeccionado de *kindergarten*?

Sí, dejando anticuadas las pistolas de aire comprimido, los globos elásticos, los juegos de azar, los tiradores. Comprendían caleidoscopios astronómicos exhibiendo las doce constelaciones del zodíaco desde Aries a Piscis, planetarios mecánicos en miniatura, caramelos aritméticos de gelatina, galletas geométricas para corresponder con otras zoológicas, pelotas mapamundi para jugar, muñecas con indumentaria histórica.

¿Qué le estimulaba también en sus cogitaciones?

El éxito financiero conseguido por Ephraim Marks y Charles A. James, aquél con su bazar de a penique en la calle George 42, Sur, el otro con su tienda de a seis peniques y medio y su feria universal de fantasías y exposición de figuras de cera en calle Henry 30, entrada 2 peniques, niños 1 penique: y las infinitas posibilidades hasta entonces sin explotar del moderno arte de la publicidad si se condensara en símbolos triliterales monoideales, verticalmente de máxima visibilidad (adivinada), horizontalmente de máxima legibilidad (descifrada) y de magnética eficacia para retener involuntariamente la atención, para interesar, convencer, decidir.

¿Tales como?
K. 11. Kino's 11 - Pantalones.

Casa de las Llaves. Alexander J. Llavees.

¿Tales como no?

Mire esta larga bujía. Calcule cuándo se consume y recibirá gratis 1 par de nuestras botas especiales de auténtico cuero, garantizadas brillo de 1 bujía. Dirección: Barclay & Cook, calle Talbot 18.

Matabacil (Polvo insecticida).

Supermejor (Crema para el calzado).

Lehacefalta (Navaja combinada de doble filo con sacacorchos, lima de uñas y limpiapipas).

¿Tales como jamás?

¿Qué es el hogar que no tiene carne en conserva Ciruelo?

Incompleto.

Y cuando viene, una antesala del cielo.

Manufacturada por G. Ciruelo, Merchants'Quay 23, Dublín, en recipientes de 4 onzas, y publicada por el Concejal Joseph P. Nannetti, diputado por Rotunda, calle Hardwicke 19, bajo las necrologías y los aniversarios de fallecimientos. El nombre en la etiqueta es Ciruelo. Un ciruelo es olla de carne, marca registrada. Cuidado con las imitaciones. Conse en carnerva. Liruezo. Cornerva. Cerulo.

¿Qué ejemplo adujo para inducir a Stephen a deducir que la originalidad, aunque produciendo su propia recompensa, no siempre conduce al éxito?

Su propio proyecto, ideado y rechazado, de un carro de exhibición iluminado, arrastrado por una bestia de tiro, en que dos chicas elegantes estarían sentadas escribiendo.

¿Qué escena sugerida fue construida entonces por Stephen?

Hotel solitario en paso de montañas. Otoño. Crepúsculo. Fuego encendido. En rincón oscuro, hombre joven sentado. Entra mujer joven. Inquieta. Solitaria. Se sienta. Va a la ventana. Se queda de pie. Se sienta. Escribe. Suspira. Ruedas y cascos de caballos. Sale apresurada. Él sale de su rincón oscuro. Se apodera del papel solitario. Lo acerca al fuego. Lee. Solitario.

¿Qué?

En letra inclinada, derecha, al revés: Queen's Hotel, Queen's Hotel, Queen's Ho…

¿Qué escena sugerida fue reconstruida entonces por Bloom?

El Queen's Hotel, en Ennis, condado de Clare, donde Rudolph Bloom (Rudolf Virag) murió en la tarde del 27 de junio de 1886, a cierta hora no fijada, a consecuencia de una dosis excesiva de matalobo (acónito) autoadministrado en forma de linimento neurálgico, compuesto de dos partes de linimento de acónito por una de linimento de cloroformo (adquirido por él a las 10 y 20 de la mañana del 27 de junio de 1886 en la farmacia de Francis Dennehy, calle Church 17, Ennis) tras haber, aunque no a consecuencia de haber, adquirido a las 3 y 15 de la tarde del 27 de junio de 1886 un sombrero nuevo de paja, canotier, de elegancia extra (tras haber, aunque no a consecuencia de haber, adquirido en la hora y lugar susodichos, el susodicho tóxico), en el gran almacén de vestimenta de James Cullen, calle Main 4, Ennis.

¿Atribuyó él esa homonimidad a información o a coincidencia o a intuición?

A coincidencia.

¿Pintó la escena verbalmente para que la viera su invitado?

Prefirió por su parte ver la cara del otro y escuchar las palabras del otro por las cuales se realizaba una narración potencial y se desahogaba su temperamento cinético.

¿Vio sólo una segunda coincidencia en la segunda escena que se le narraba, descrita por el narrador como *Vista de Palestina desde el Pisgah o La parábola de las ciruelas*?

Ésta, con la escena precedente y con otras no narradas pero existentes por implicación, a las que hay que añadir ensayos sobre diversos temas o apotegmas morales (por ejemplo, *Mi héroe favorito* o *No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy*) compuestos durante los años escolares, le parecía contener en sí misma y en conjunción con la ecuación personal, ciertas posibilidades de éxito financiero, social, personal y sexual, bien sea que especialmente se recogieran y seleccionaran como temas pedagógicos modelo (de un cien por cien de mérito) para uso de los estudiantes de los cursos preparatorios y elementales, o bien se aportaran en forma impresa, siguiendo el precedente de Philip Beaufoy o el Doctor Dick o los *Estudios en azul* de Heblon, en una publicación de circulación y solvencia verificadas, o bien se emplearan verbalmente como estímulo intelectual para oyentes comprensivos, tácitamente apreciadores de la narrativa lograda y confiadamente auguradores de feliz éxito, durante las noches cada vez más largas que seguían gradualmente al solsticio

de verano en el día siguiente más tres, a saber, el martes, 21 de junio (San Luis Gonzaga), el sol sale a las 3.33 de la mañana, se pone a las 8.29 de la tarde.

¿Qué problema doméstico ocupaba su mente tan frecuentemente como cualquier otro, si es que no más?

Qué hacer con nuestras mujeres.

¿Cuáles habían sido sus singulares soluciones hipotéticas?

Juegos de salón (dominó, ludo, salto de la pulga, varillas chinas, taza y bola, solitario de Napoleón, *écarté*, *bezique*, treinta y cuarenta, damas, ajedrez o chaquete): bordado, zurcido o punto para la Sociedad del Ropero de la Policía: dúos musicales, mandolina y guitarra, piano y flauta, guitarra y piano: copia de documentos legales o direcciones en sobres: visitas bisemanales a espectáculos de variedad: actividades comerciales en cuanto gratamente ordenante y gratamente obedecida señora y propietaria en una fresca lechería o en un caliente café para fumadores: satisfacción clandestina de la irritación erótica en burdeles masculinos, inspeccionados por el Estado y con control médico: visitas sociales, a intervalos regulares, infrecuentes y prevenidas, y con vigilancia regular, frecuente y preventiva, a y de conocimientos femeninos de reconocida respetabilidad en la vecindad: cursos de instrucción nocturna especialmente preparados para hacer agradable la instrucción liberal.

¿Qué ejemplos de deficiente desarrollo mental en su mujer le inclinaban a favor de la última (novena) de las soluciones mencionadas?

En momentos desocupados, más de una vez, ella había cubierto una hoja de papel de signos y jeroglíficos que afirmó que eran caracteres griegos e irlandeses y hebreos. Había interrogado constantemente a intervalos variados sobre el método correcto de escribir la mayúscula inicial del nombre de una ciudad del Canadá, Quebec. Entendía poco de las complicaciones internas, políticas, o del equilibrio de potencias, externo. Al calcular la suma de las cuentas frecuentemente recurría a la ayuda digital. Tras realizar lacónicas composiciones epistolares abandonaba el instrumento de la caligrafía en el pigmento cáustico, expuesto a la acción corrosiva de la caparrosa, el vitriolo verde y la agalla. Los polisílabos de origen extranjero los interpretaba fonéticamente o por falsa analogía o por ambas cosas: metempsicosis (métense cosas), alias (una persona mentirosa mencionada en la Sagrada Escritura).

¿Qué compensaba, en la falseada balanza de su inteligencia, estas y análogas deficiencias de juicio respecto a personas, lugares y cosas?

El falso paralelismo aparente de todos los brazos perpendiculares de todas las balanzas, demostrado verdadero por construcción. El contrapeso de su eficacia de juicio respecto a una persona, demostrado verdadero por experimento.

¿Cómo había intentado él remediar ese estado de relativa ignorancia?

De diversos modos. Dejando en lugar visible cierto libro abierto en cierta página: suponiendo en ella, en alusión explicatoria, un conocimiento latente: ridiculizando abiertamente en su presencia el lapso ignorante de alguna persona ausente.

¿Con qué éxito había intentado la instrucción directa?

Ella no seguía el todo, sino una parte del todo, prestaba atención con interés, comprendía con sorpresa, con cuidado repetía, con mayor dificultad recordaba, olvidaba con facilidad, con sospecha recordaba, volvía a repetir con error.

¿Qué sistema se había demostrado más eficaz?

La sugestión indirecta que implicara interés personal.

¿Ejemplo?

A ella le molestaba paraguas con lluvia, a él le gustaba mujer con paraguas, a ella le molestaba sombrero nuevo con lluvia, a él le gustaba mujer con sombrero nuevo, él compró sombrero nuevo con lluvia, ella llevó paraguas con sombrero nuevo.

Aceptando la analogía implicada en la parábola de su invitado, ¿qué ejemplos de eminencia postexiliar adujo?

Tres buscadores de la verdad pura, Moisés de Egipto, Moisés Maimónides, autor de *More Neubkim* (Guía de los Perplejos) y Moisés Mendelssohn, de tal eminencia que desde Moisés (de Egipto) a Moisés (Mendelssohn) no surgió nadie como Moisés (Maimónides).

¿Qué afirmación se hizo, sujeta a corrección, por Bloom, en referencia a un cuarto buscador de la verdad pura, llamado Aristóteles, mencionado, bajo permiso, por Stephen?

Que el mencionado buscador había sido discípulo de un filósofo rabínico, de nombre incierto.

¿Fueron mencionados otros anapócrifos hijos ilustres de la ley y retoños de una raza selecta o rechazada?

Félix Bartholdy Mendelssohn (compositor), Baruch Spinoza (filósofo), Mendoza (pugilista), Ferdinand Lassalle (reformador, duelista).

¿Qué fragmentos poéticos de las lenguas hebrea antigua e irlandesa antigua se citaron con modulaciones de voz y traducción de textos por el anfitrión al invitado y por el invitado al anfitrión?

Por Stephen: *suil, suil, suil arun, suil go siocair agus, suil go cuin* (anda, anda, anda por tu camino, anda seguro, anda con cuidado).

Por Bloom: *Kifeloch, harimon rakatejch m'baad l'zamatejeh* (tu sien entre tu pelo es como un gajo de granada).

¿Cómo se estableció una comparación glífica de los símbolos fónicos de ambas lenguas en corroboración de la comparación oral?

En la penúltima guarda de un libro de estilo literario inferior, titulado *Dulzuras del pecado* (sacado por Bloom y manipulado de tal modo que su tapa superior estuviera en contacto con la superficie de la mesa) con un lápiz (proporcionado por Stephen) Stephen escribió los caracteres irlandeses correspondientes a G, E, D, M, simples y modificados, y Bloom a su vez escribió los caracteres hebreos ghimel, aleph, daleth y (en ausencia de mem) un goph como sustitución, explicando sus valores aritméticos como números ordinales y cardinales, a saber, 3, 1, 4 y 100.

¿Era teórico o práctico el conocimiento que cada uno de los dos poseía de estas lenguas, la extinguida y la revivida?

Teórico, estando limitado a ciertas reglas gramaticales de accidente y sintaxis y excluyendo prácticamente el vocabulario.

¿Qué puntos de contacto existían entre esas lenguas y entre los pueblos que las hablaban?

La presencia de sonidos guturales, aspiraciones diacríticas y letras epentéticas y serviles en ambas lenguas: su antigüedad, habiendo sido ambas enseñadas en la llanura de Shinar 242 años antes del diluvio en el seminario instituido por Fenius. Farsaigh, descendiente de Noé y ascendiente de Heber y Heremon, progenitores de Irlanda: sus literaturas arqueológicas, genealógicas, hagiográficas, exegéticas, homilécticas, toponomásticas, históricas y religiosas, comprendiendo las obras de

rabíes y culdees, la Torah, el Talmud (Mischna y Ghemara) la Massora, el Pentateuco, el Libro de la Vaca Pía, el Libro de Ballymote, la Guirnalda de Howth, el Libro de Kells: su dispersión, persecución, supervivencia y reviviscencia: el aislamiento de sus ritos sinagógicos y eclesiásticos en el ghetto (Abadía de Santa María) y la casa de la misa (Taberna de Adán y Eva): la proscripción de sus vestimentas nacionales en leyes penales y en los decretos sobre ropas de los judíos: la restauración de David de Sión en Canaán y la posibilidad para Irlanda de autonomía política o devolución.

¿Qué himno salmodió Bloom en parte, previendo esa múltiple consumación, étnicamente irreductible?

Kolod balejwaw pnimah
Nefesch, jehudi, homijah.

¿Por qué se detuvo el salmodiar a la conclusión de ese primer dístico?

A consecuencia de una deficiente mnemotecnia.

¿Cómo compensó esa deficiencia el salmodiador?

Con una versión perifrástica del texto general.

¿En qué estudio común convergieron sus reflexiones mutuas?

La creciente simplificación observable desde los jeroglíficos epigráficos egipcios hasta los alfabetos griego y romano y la anticipación del moderno código estenográfico y telegráfico en las inscripciones cuneiformes (semíticas) y la escritura virgular quinquecostada ogham (céltica).

¿Asintió el invitado a la petición de su anfitrión?

Doblemente, poniendo su firma en caracteres irlandeses y romanos.

¿Cuál fue la sensación auditiva de Stephen?

Oyó en una profunda antigua melodía masculina nada familiar la acumulación del pasado.

¿Cuál fue la sensación visual de Bloom?

Vio en una vivaz forma joven masculina familiar la predestinación de un futuro.

¿Cuáles fueron en Stephen y en Bloom las cuasisimultáneas cuasisensaciones volicionales de identidades ocultas?

Visualmente, de Stephen: La tradicional figura de la hipóstasis, descrita por San Juan Damasceno, Lentulus Romanus y Epiphanius Moachus como leucodérmica, sesquipedal y de pelo oscurovinoso.

Auditivamente, de Bloom: El tradicional acento del éxtasis de la catástrofe.

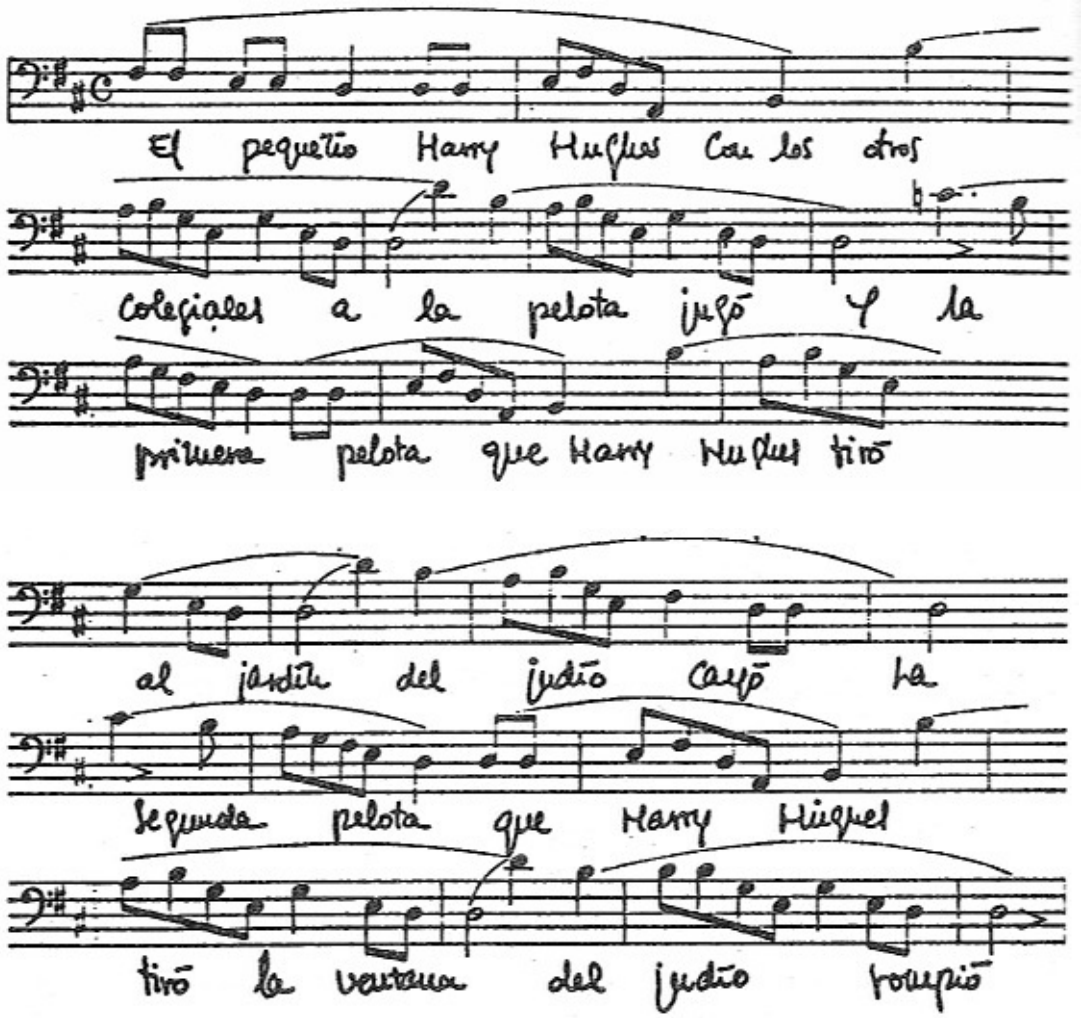
¿Qué carreras futuras habían sido posibles para Bloom en el pasado y con qué modelos?

En la iglesia, católica, anglicana o no conformista: modelos, el muy Reverendo John Conmee, S. J., el Reverendo T. Salmon, D. D., preboste de Trinity College, el Dr. Alexander J. Dowie. En el foro, inglés o irlandés: modelos, Seymour Bushe, K. C, Rufus Isaacs, K. C. En la escena, moderna o shakespeariana: modelos, Charles Wyndham, alta comedia, Osmond Tearle († 1901), intérprete de Shakespeare.

¿Animó el anfitrión a su invitado a entonar en voz modulada una leyenda extraña sobre un tema afín?

Dándole confianza, ya que su lugar, donde nadie les podía oír hablar, era apartado, y tomando confianza, ya que los brebajes decocidos, dejando a un lado el sedimiento subsólido residual de una mezcla mecánica, agua más azúcar más crema más cacao, habían sido consumidos.

Recítese la primera (mayor) parte de esta leyenda cantada.

El pequeño Harry Hughes con los otros
colegiales a la pelota jugó.
Y la primera pelota que Harry Hughes tiró
al jardín del judío cayó.
La segunda pelota que Harry Hughes tiró
la ventana del judío rompió.

¿Cómo recibió esta primera parte el hijo de Rudolph?

Con sentimientos nada mezclados. Sonriendo, judío, oyó con placer y vio la ventana de la cocina sin romper.

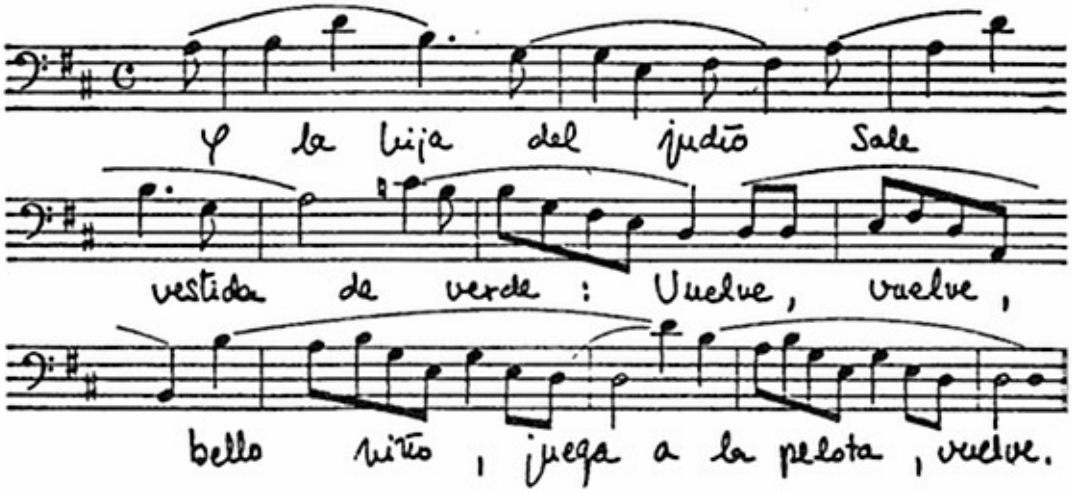
Recítese la segunda parte (menor) de la leyenda.

Y la hija del judío sale,
vestida de verde:
«Vuelve, vuelve, bello niño,
juega a la pelota, vuelve».

«No puedo volver, no quiero
de mis amigos perderme,
me costaría muy caro
si el maestro lo supiese».

Le ofreció su blanca mano,

dentro de casa le mete
y se le lleva hasta un cuarto
donde ninguno les siente.

Allí saca un cortaplumas,
le corta el cuello, ¡ay qué muerte!
Ya no juega a la pelota,
con los muertos está siempre.

¿Cómo recibió esta segunda parte el padre de Millicent?

Con sentimientos mezclados. Sin sonreír, oyó y vio con asombro una hija de judío, toda vestida de verde.

Condénsese el comentario de Stephen.

Uno entre todos, el menor de todos, es la víctima predestinada. Una vez por descuido, la segunda vez por propósito, desafía a su destino. Éste llega cuando él queda abandonado y le desafía reluctante y, como una aparición de esperanza y juventud, le aferra sin resistencia. Le lleva a una extraña habitación, a una secreta estancia infiel, y allí, implacable, le inmola, consentidor.

¿Por qué estaba triste el anfitrión (víctima predestinada)?

Deseaba que se narrara el relato de un hecho de un hecho no hecho por él no debería ser narrado por él.

¿Por qué estaba el anfitrión quieto (reluctante, sin resistir)?

De acuerdo con la ley de la conservación de la energía.

¿Por qué estaba el anfitrión silencioso (secreto, infiel)?

Sopesaba las posibles pruebas a favor y en contra del crimen ritual: la incitación de la jerarquía, la superstición del populacho, la propagación de rumores en continuada disolución de veracidad, la envidia de la opulencia, la influencia de la represalia, la reaparición esporádica de la delincuencia atávica, las circunstancias atenuantes del fanatismo, la sugestión hipnótica y el sonambulismo.

¿De cuál (si de alguno) de estos desórdenes mentales o físicos no estaba él totalmente inmune?

De la sugestión hipnótica: una vez, al despertar, no había reconocido la habitación en que dormía: más de una vez, al despertar había estado, durante un tiempo indefinido, incapaz de moverse o lanzar sonidos. Del sonambulismo: una vez, durmiendo, su cuerpo se había levantado, agachado y arrastrado en dirección a un fuego sin calor y, habiendo alcanzado su destino, allí, acurrucado, sin calentar, había yacido en atuendo nocturno, durmiendo.

¿Se había declarado este último fenómeno o alguno semejante en algún miembro de la familia?

Dos veces, en la calle Holles y en Ontario Terrace, su hija Millicent (Milly), a las edades de 6 y 8 años, había lanzado en sueños una exclamación de terror y había contestado a las interrogaciones de dos figuras en atuendo nocturno con una expresión muda y vacía.

¿Qué otros recuerdos infantiles tenía él de ella?

15 de junio de 1889. Un quejumbroso ser recién nacido, de sexo femenino, llorando hasta causar y disminuir la congestión. Una niña rebautizada Padney Porucha que lucha y achucha su hucha: contaba sus tres peniques de botones sueltos uno, dlos, tles: una muñeca, un niño, un marinero, los tiró lejos: rubia, nacida de dos morenos, tenía linaje rubio, remoto, una violación, Herr Hauptmann Hainau, ejército austríaco, próximo, una alucinación, teniente Mulvey, Armada Británica.

¿Qué características endémicas estaban presentes?

Recíprocamente la formación nasal y frontal derivaba de una línea directa de descendencia que, aunque interrumpida, continuaría a intervalos distantes hasta sus más distantes intervalos.

¿Qué recuerdos tenía él de su adolescencia?

Ella relegó a un rincón su aro y su cuerda de saltar. En el Duke's Lawn, invitada por un viajero inglés, rehusó permitirle que tomase y se llevase su imagen fotográfica (objeción no indicada). En la avenida de circunvalación sur, en compañía de Elsa Potter, seguida por un individuo de aspecto siniestro, bajó hasta la mitad de la calle Stamer y se volvió atrás de repente (razón del cambio no indicada). En la víspera del 15.º aniversario de su nacimiento escribió una carta desde Mullingar, condado de Westmeath, haciendo una breve alusión a un estudiante (facultad y año no indicados).

¿Le afligía esa primera separación, anunciando una segunda separación?

Menos de lo que había imaginado, más de lo que él había tenido esperanza.

¿Qué segunda separación fue percibida por él a la vez de modo semejante aunque diferente?

Una desaparición temporal de su gata.

¿Por qué de modo semejante, por qué de modo diferente?

De modo semejante, porque movidas por un secreto propósito de búsqueda de un nuevo macho (estudiante de Mullingar) o de una hierba curativa (valeriana). De modo diferente, por diferentes posibles retornos a los habitantes o a la habitación.

En otros aspectos, ¿eran semejantes sus diferencias?

En pasividad, en economía, en el instinto de la tradición, en imprevisibilidad.

¿En cuanto qué?

En cuanto que ella, inclinándose, se sostenía el pelo rubio para que él se lo atara con una cinta (compárese gata con el cuello arqueado). Además, en la libre superficie del lago, en Stephen's Green, entre reflejos invertidos de árboles, su escupitajo no comentado, describiendo círculos concéntricos de anillos de agua, indicaba por la constancia de su permanencia la localización de un pez postrado en somnolencia (compárese gata observando ratón). También, para recordar la fecha, los

combatientes, resultado y consecuencias de una acción militar famosa, ella se sacaba una trenza del pelo (compárese gata lavándose oreja). Además, Milly fililí, soñaba haber tenido una conversación no dicha ni recordada con un caballo que se llamaba *Joseph* a quien (al que) había ofrecido un vaso de limonada que él (el caballo) había parecido aceptar (compárese gata soñando junto al hogar). Por consiguiente en pasividad, en economía, en el instinto de tradición, en imprevisibilidad, sus diferencias eran semejantes.

¿De qué modo había él utilizado regalos dados como augurios matrimoniales, 1) un búho, 2) un reloj, para interesarla e instruirla?

Como lecciones de cosas para explicar: 1) la naturaleza y costumbres de los animales ovíparos, la posibilidad de la navegación aérea, ciertas anormalidades de visión, el proceso secular del embalsamamiento; 2) el principio del péndulo, ejemplificado en balancín, rueda catalina y escape, la traducción a términos de regulación humana o social, de las diversas posiciones, en el sentido de las horas, de indicadores móviles sobre una esfera inmóvil, la exactitud de la repetición por hora de un instante en cada hora, cuando el indicador largo y el corto estaban en el mismo ángulo de inclinación, a saber, 5 5/11 minutos después de cada hora por hora en progresión aritmética.

¿De qué manera correspondió ella?

Ella recordaba: en el 27.º aniversario de su nacimiento le regaló una taza de desayuno con bigotera de porcelana imitación Crown Derby. Ella proveía: al cumplirse los trimestres, más o menos, si o cuando se habían hecho compras por él no para ella, ella se mostraba atenta a las necesidades de él, adivinando sus deseos. Ella admiraba: habiendo sido explicado un fenómeno natural por él no para ella, ella expresaba el deseo inmediato de poseer sin adquisición gradual una fracción de su ciencia, la mitad, la cuarta parte, una milésima parte.

¿Qué propuesta hizo Bloom, diámbulo, padre de Milly, sonámbula, a Stephen, noctámbulo?

Pasar en reposo las horas intervinentes entre el jueves (propiamente dicho) y el viernes (normal) en un improvisado cubículo en el local inmediatamente encima de la cocina e inmediatamente adyacente al local de dormir de su anfitrión y anfitriona.

¿Qué diversas ventajas habrían o podrían haber resultado de una prolongación de tal improvisación?

Para el invitado: seguridad de domicilio y reclusión para el estudio. Para el anfitrión: rejuvenecimiento de la inteligencia, satisfacción por vía de sustitución. Para la anfitriona: desintegración de obsesión, adquisición de una pronunciación italiana correcta.

¿Por qué esas diversas contingencias provisionales entre un invitado y una anfitriona no habrían necesariamente impedido ni sido impedidas por una eventualidad permanente de unión reconciliatoria entre un estudiante y la hija de un judío?

Porque el camino hacia la hija pasaba por la madre, el camino a la madre, por la hija.

¿A qué inconsecuente pregunta polisilábica de su anfitrión respondió el invitado con una respuesta negativa monosilábica?

Si había conocido a la difunta señora Emily Sinico, muerta en accidente en la estación ferroviaria Sydney Parade, el 14 de octubre de 1903.

¿Qué incipiente afirmación corolaria fue suprimida consiguientemente por el anfitrión?

Una declaración explicatoria de su ausencia en la ocasión de la inhumación de la señora Mary Dedalus (nacida Goulding), el 26 de junio de 1903, víspera del aniversario del fallecimiento de Rudolph Bloom (nacido Virag).

¿Fue aceptada la propuesta de asilo?

Prontamente, inexplicablemente, con amistosidad, con gratitud, fue declinada.

¿Qué intercambio de dinero tuvo lugar entre anfitrión e invitado?

El primero devolvió al segundo, sin intereses, una suma de dinero (1 libra, 7 chelines, 0 peniques), adelantada por el segundo al primero.

¿Qué contrapropuestas, alternativamente, se ofrecieron, se aceptaron, se modificaron, se declinaron, se reafirmaron en otros términos, se reaceptaron, se ratificaron, se reconfirmaron?

Inaugurar un preorganizado curso de enseñanza del italiano, lugar, la residencia de la instruida. Inaugurar un curso de enseñanza vocal, lugar, la residencia de la

instructora. Inaugurar una serie de diálogos intelectuales estáticos, semiestáticos y peripatéticos, lugares de residencia de ambos interlocutores (si ambos interlocutores residían en el mismo lugar), el hotel y bar Ship, calle Lower Abbey 6 (propietarios, W. y E. Connery), la Biblioteca Nacional de Irlanda, calle Kildare 10, el Hospital Nacional de Maternidad, calle Holles 29, 30 y 31, un parque público, las cercanías de un lugar de culto, una conjunción de dos o más vías públicas, el punto de bisección de una línea recta trazada entre sus residencias (si ambos interlocutores residían en diferentes lugares).

¿Qué hacía problemática para Bloom la realización de esas proposiciones mutuamente autoexcluyentes?

La irreparabilidad del pasado: una vez, en una representación del circo Albert Hengler en la Rotunda, Rutland Square, Dublín, un intuitivo payaso multicolor en busca de paternidad había penetrado desde la pista hasta un lugar entre el auditorio donde estaba sentado Bloom, solitario, y había declarado en voz alta a un público exhilarado que él (Bloom) era su papá (del payaso). La imprevisibilidad del futuro: una vez en el verano de 1898 él (Bloom) había marcado un florín (2 chelines) con tres mellas en el cordón del canto y lo había entregado en pago de una cuenta debida a y recibida por J. y T. Davy, comestibles con servicio a domicilio, Charlemont Mall 1, Grand Canal, para su circulación en las aguas de la finanza cívica, para su posible regreso, indirecto o directo.

¿Era hijo de Bloom el payaso?

No.

¿Había regresado la moneda de Bloom?

Nunca.

¿Por qué un fracaso repetido le deprimiría aún más?

Porque en el viraje crítico de la existencia humana deseaba enmendar muchas condiciones sociales, producto de la desigualdad y la avaricia y la animosidad internacional.

¿Creía él entonces que la vida humana era infinitamente perfectible, eliminándose esas condiciones?

Quedaban las condiciones genéricas impuestas por la ley natural, en cuanto distinta de la ley humana, como partes integrantes de la totalidad humana: la necesidad de destrucción para procurarse sustento alimenticio; el carácter doloroso de las funciones últimas de la existencia individual, los sufrimientos del nacimiento y la muerte; la monótona menstruación de las hembras simiescas y (especialmente) humanas extendiéndose desde la edad de la pubertad hasta la menopausia: los inevitables accidentes en el mar, en las minas y fábricas; ciertas enfermedades muy dolorosas y sus consecuentes operaciones quirúrgicas, la locura hereditaria y la delincuencia congénita; las diezmadoras epidemias: los cataclismos catastróficos que hacen del terror la base de la mentalidad humana: los trastornos sísmicos cuyos epicentros están situados en zonas densamente pobladas: el hecho del crecimiento vital, a través de convulsiones de metamorfosis desde la niñez a través de la madurez hasta la decadencia.

¿Por qué desistió de la especulación?

Porque era una tarea para una inteligencia superior poner otros fenómenos más aceptables en sustitución de los menos aceptables fenómenos a suprimir.

¿Participó Stephen en su desánimo?

Afirmó su importancia como animal consciente racional que avanza silogísticamente desde lo conocido a lo desconocido y como reagente consciente racional entre un microcosmos y un macrocosmos ineluctablemente construidos sobre la incertidumbre del vacío.

¿Fue comprendida esta afirmación por Bloom?

No verbalmente. Sustancialmente.

¿Qué le consoló en su incomprensión?

Que como competente ciudadano sin llave él había avanzado enérgicamente desde lo desconocido a lo conocido a través de la incertidumbre del vacío.

¿En qué orden de precedencia, con qué ceremonia de acompañamiento tuvo lugar el éxodo desde la casa de servidumbre al desierto de la inhabitación?

Vela Encendida en Candelero
portada por
BLOOM

Sombrero Diaconal en Bastón de Fresno
portado por

STEPHEN.

¿Con qué entonación secreto de qué salmo conmemorativo?

El 113, *modus peregrinus: In exitu Israel de Egypto: domus Jacob de populo barbara*.

¿Qué hizo cada cual en la puerta de egreso?

Bloom dejó el candelero en el suelo. Stephen se puso el sombrero en la cabeza.

¿Para qué criatura fue la puerta de egreso una puerta de ingreso?

Para una gata.

¿Qué espectáculo se les puso delante cuando, primero el anfitrión, luego el invitado, emergieron silenciosamente, doblemente en tinieblas, desde la obscuridad por un pasadizo desde la parte trasera de la casa a la penumbra del jardín?

El árbol celeste de estrellas cargado de húmedos frutos nocheazulados.

¿Con qué meditaciones acompañó Bloom su demostración, a su acompañante, de diversas constelaciones?

Meditaciones sobre la evolución crecientemente más vasta: sobre la luna invisible en su incipiente lunación, acercándose al perigeo: sobre la infinita lactiginosa centelleante incondensada Vía Láctea, discernible a la luz del día por un observador situado en el extremo inferior de un pozo cilíndrico vertical hundido a 5000 pies de la superficie hacia el centro de la tierra: sobre Sirio (alpha del Can Mayor) a 10 años-luz (57 000 000 000 000 millas) de distancia y en volumen 900 veces el tamaño de nuestro planeta: sobre Arturo: sobre la precesión de los equinoccios: sobre Orion con su cinturón y sol séxtuple Theta y su nebulosa en que podrían contenerse 100 de nuestros sistemas solares: de las estrellas moribundas y nacientes tales como la Nova de 1901: sobre nuestro sistema que se hunde hacia la constelación de Hércules: sobre el paralaje o derivación paraláctica de las llamadas estrellas fijas, en realidad siempre móviles desde eones inconmensurablemente remotos hacia futuros infinitamente remotos en comparación con los cuales los años; tres veintenas más diez, otorgados a la vida humana, formaban un paréntesis de infinitesimal brevedad.

¿Hubo meditaciones inversas sobre involución crecientemente menos vasta?

Sobre los eones de los períodos geológicos registrados en la estratificación de la tierra: sobre las miríadas de existencias orgánicas entomológicas ocultas en cavidades de la tierra, bajo piedras removibles, en colmenas y montículos, de microbios, gérmenes, bacterias, bacilos, espermatozoos: sobre los incalculables trillones de billones de millones de moléculas imperceptibles contenidas por cohesión de afinidad molecular en una sola cabeza de alfiler: sobre el universo del suero humano constelado de corpúsculos rojos y blancos, a su vez universos de espacio vacío constelado de otros cuerpos, cada cual siendo, en continuidad, su universo de cuerpos componentes divisibles, cada uno de los cuales a su vez volvía a ser divisible en divisiones de cuerpos componentes redivisibles, disminuyendo cada vez más los dividendos y divisores sin división efectiva hasta que, si se llevara suficientemente adelante el proceso, no se llegaría a nada en ningún sitio.

¿Por qué no elaboró esos cálculos hasta un resultado más preciso?

Porque unos años antes en 1886 cuando se ocupaba del problema de la cuadratura del círculo, había llegado a saber de la existencia de un número calculado hasta un grado relativo de exactitud como de tal magnitud y de tantas cifras, por ejemplo, la novena potencia de la novena potencia de 9, que, obtenido el resultado, 33 volúmenes de letra apretada cada cual con 1000 páginas de innumerables pliegos y resmas de papel biblia tendrían que ser requeridos para contener la cuenta completa de sus enteros impresos en unidades, decenas, centenas, millares, decenas de millares, centenas de millares, millones, decenas de millones, centenas de millones, billones, conteniendo sucintamente el núcleo de la nebulosa de cada cifra de cada serie la posibilidad de ser elevada a la máxima elaboración cinética de cualquier potencia de cualquiera de sus potencias.

¿Encontraba más fácil de solución el problema de la habitabilidad de los planetas y sus satélites por una raza, dada en especies, y de la posible redención social y moral de dicha raza por un redentor?

De un orden diferente de dificultad. Consciente de que el organismo humano, normalmente capaz de resistir una presión atmosférica de 19 toneladas, una vez elevado a una altitud considerable en la atmósfera terrestre, sufría, en progresión aritmética de intensidad, al aproximarse a la línea de demarcación entre troposfera y estratosfera, hemorragias nasales, dificultades de respiración y vértigo, al proponer este problema para su solución, había conjeturado, como hipótesis de trabajo que no podía ser demostrada como imposible, que una raza de seres más adaptable y de

diferente construcción anatómica podría subsistir de otro modo bajo suficientes y equivalentes condiciones marcianas, mercuriales, venusinas, jupiterinas, neptunianas y uránicas, aunque una humanidad apogeica de seres creados en formas variadas con diferencias finitas resultando similares al conjunto y entre sí, probablemente, aquí como allí, permanecería inalterable e inalienablemente apegada a las vanidades, a las vanidades de vanidades y a todo lo que es vanidad.

¿Y el problema de la posible redención?

La menor se demostraba por la mayor.

¿Qué diversas características de las constelaciones se consideraron sucesivamente?

Los diversos colores indicando diversos grados de vitalidad (blanco, amarillo, carmesí, bermellón, cinabrio); sus grados de brillantez; sus magnitudes reveladas hasta la 7.ª inclusive; sus posiciones; la estrella del Cochero; el camino de Walsingham; el carro de David; los cinturones anulares de Saturno; la condensación de nebulosas espirales en soles; las revoluciones interdependientes de los soles dobles; los descubrimientos sincrónicos e independientes de Galileo, Simon Marius, Piazzi, Le Verrier, Herschel, Galle; la sistematización intentada por Bode y Kepler de los cubos de las distancias y los cuadrados de los tiempos de revolución; la casi infinita compresibilidad de los cometas hirsutos y sus vastas órbitas elípticas salientes y entrantes desde el perihelio al afelio; el origen sideral de las piedras meteóricas; las inundaciones líbicas en Marte en torno al período del nacimiento del más joven de los dos astroscopistas; la repetición anual de lluvias meteóricas alrededor del período de la fiesta de San Lorenzo (mártir, 10 de agosto); la repetición mensual conocida como luna nueva con la luna vieja en sus brazos; el supuesto influjo de los cuerpos celestes sobre los humanos; la aparición de una estrella (1.ª magnitud) de sobresaliente brillantez dominando de noche y de día (un nuevo sol luminoso engendrado por la colisión y amalgamación en incandescencia de dos exsoles no luminosos) alrededor del período del nacimiento de William Shakespeare sobre la delta de la constelación reclinada y nunca oculta de Casiopea, y de una estrella (2.ª magnitud) de origen semejante pero menor brillantez que había aparecido y desaparecido de la constelación de la Corona Septentrional hacia el período del nacimiento de Leopold Bloom, y de otras estrellas (presumiblemente) de origen semejante que (de hecho o presumiblemente) habían aparecido y desaparecido en la constelación de Andrómeda hacia el período del nacimiento de Stephen Dedalus, y en la constelación del Cochero unos años después con el nacimiento y muerte de Rudolph Bloom, junior, y en otras constelaciones unos años antes o después del nacimiento o muerte de otras personas; los fenómenos acompañatorios de eclipses, solares y lunares, de inmersión a

emersión, suspensión del viento, tránsito de la sombra, taciturnidad de las criaturas aladas, emergencia de los animales nocturnos o crepusculares, persistencia de la luz infernal, obscuridad de las aguas terrestres, palidez de los seres humanos.

¿Su conclusión lógica (de Bloom), habiendo sopesado el asunto y dejando un margen de posible error?

Que no era un árbol celeste, ni un antro celeste, ni un animal celeste, ni un hombre celeste. Que era una Utopía, no habiendo método conocido desde lo conocido hasta lo desconocido: una infinitud, transformable igualmente en finita por la aposición supositivamente verosímil de uno o más cuerpos igualmente de la misma y de diversas magnitudes: una movilidad de formas ilusorias inmovilizadas en el espacio, removilizadas en el aire: un pasado que posiblemente había dejado de existir como presente antes que sus futuros espectadores hubieran entrado en la efectiva existencia presente.

¿Estaba más convencido del valor estético del espectáculo?

Indudablemente a consecuencia de los ejemplos reiterados de poetas que en el delirio del frenesí de apego o en la humillación del rechazo invocan a las comprensivas constelaciones ardientes o a la frigidez del satélite de su planeta.

¿Aceptaba entonces como artículo de fe la teoría de las influencias astrológicas sobre los desastres sublunares?

Le parecía tan susceptible de prueba como de refutación, y la nomenclatura usada en sus cartas selenográficas tan igualmente atribuible a intuición verificable como a falaz analogía: el lago de los sueños, el mar de las lluvias, el golfo de los rocíos, el océano de la fecundidad.

¿Qué especiales afinidades le parecía haber entre la luna y la mujer?

Su antigüedad en preceder y sobrevivir a sucesivas generaciones telúricas; su predominio nocturno; su dependencia satelítica; su reflexión luminar; su constancia bajo todas las fases, elevándose y poniéndose a sus horas fijadas, creciendo y menguando; la forzosa invariabilidad de su aspecto; su respuesta indeterminada a la interrogación inafirmativa; su poder sobre las aguas afluentes y confluentes: su capacidad de enamorar, de mortificar, de revestir de belleza, de enloquecer, de incitar y ayudar a la delincuencia; la tranquila inescrutabilidad de su rostro; la terribilidad de su proximidad aislada dominante implacable resplandeciente; sus presagios de tempestad y de calma; el estímulo de su luz, su movimiento y su presencia; la

admonición de sus cráteres, sus áridos mares, su silencio: su esplendor, cuando visible; su atracción, cuando invisible.

¿Qué signo luminoso visible atrajo la mirada de Bloom, quien atrajo la de Stephen?

En el segundo piso (detrás) de su casa (la de Bloom) la luz de una lámpara de parafina con pantalla oblicua proyectada en una pantalla de cortinilla enrollable proporcionada por Frank O'Hara, fabricante de cortinillas y persianas, varillas y cierres metálicos, calle Aungier 16.

¿Cómo elucidó el misterio de una persona invisible, su mujer Marion (Molly) Bloom, denotado por un resplandeciente signo visible, una lámpara?

Con alusiones o afirmaciones verbales directas e indirectas: con contenido afecto y admiración: con descripción: con impedimento: con sugerencia.

¿Quedaron entonces silenciosos los dos?

Silenciosos, cada cual contemplando al otro en los dos espejos de la recíproca carne de susdelotronosuspropias caras semejantes.

¿Quedaron indefinidamente inactivos?

Por sugerencia de Stephen, por instigación de Bloom, ambos, primero Stephen, luego Bloom, en la penumbra orinaron, sus costados contiguos, sus órganos de micción hechos recíprocamente invisibles por circumposición manual, sus miradas, primero la de Bloom, luego la de Stephen, elevadas a la proyectada sombra luminosa y semiluminosa.

¿De modo semejante?

Las trayectorias de sus micciones, primero sucesivas, luego simultáneas, fueron desemejantes: la de Bloom más larga, menos impetuosa, en la incompleta forma de la bifurcada letra penúltima del alfabeto, él que en su último año en la escuela media (1880) había sido capaz de alcanzar el punto de mayor altura contra toda la fuerza aliada de la institución, 210 estudiantes: la de Stephen más alta, más sibilante, él que en las horas finales del día anterior había aumentado por consumo diurético una insistente presión vesical.

¿Qué diferentes problemas se presentaban a cada cual respecto al invisible audible órgano colateral del otro?

A Bloom: el problema de la irritabilidad, tumescencia, rigidez, reactividad, dimensión, higiene, pelosidad.

A Stephen: el problema de la integridad sacerdotal de Jesús circuncidado (1 de enero, fiesta de precepto de oír misa y abstenerse de trabajo servil innecesario) y el problema de si el divino prepucio, el anillo carnal de matrimonio de la santa Iglesia católica apostólica romana, conservado en Calcata, merecía la hiperdulía simple o el cuarto grado de latría concedido a la abscisión de tales excrecencias divinas como pelo y uñas de los pies.

¿Qué signo celestial fue observado simultáneamente por ambos?

Una estrella precipitada con gran velocidad aparente a través del firmamento desde Vega en la Lira por encima del cénit más allá del grupo estelar de la Cabellera de Berenice hacia el signo zodiacal de Leo.

¿Cómo el centrípeto que se quedaba facilitó el regreso del centrífugo que se marchaba?

Insertando el tubo de una herrumbrosa llave macho en el agujero de una inestable cerradura hembra, obteniendo un punto de apoyo en el caño de la llave y haciendo girar su paletón de derecha a izquierda, retirando así una barba del pestillo, tirando espasmódicamente hacia dentro de una obsolescente puerta desquiciada y mostrando una apertura para libre egreso y libre ingreso.

¿Cómo se despidieron, uno del otro, en la separación?

Permaneciendo perpendiculares a dicha puerta y a diferentes lados de su base, las líneas de sus brazos valedictorios encontrándose en un punto cualquiera y formando cualquier ángulo menor que la suma de dos ángulos rectos.

¿Qué sonido acompañó la unión de su tangente, la desunión de sus manos respectivamente centrífuga y centrípeta?

El sonido del toque de la hora de la noche por el son de las campanas en la iglesia de San Jorge.

¿Qué ecos de ese sonido fueron oídos por cada uno de ellos?

Por Stephen:

Liliata rutilantium. Turma circumdet.
Iubilantium te virginum. Chorus excipiat.

Por Bloom:

Ay-oh, ay-oh,
ay-oh, ay-oh.

¿Dónde estaban los diversos miembros del grupo con que Bloom aquel día a la llamada de aquel toque había viajado desde Sandymount en el sur hasta Glasnevin en el norte?

Martin Cunningham (en la cama), Jack Power (en la cama), Simon Dedalus (en la cama), Tom Kernan (en la cama), Ned Lambert (en la cama), Joe Hynes (en la cama), John Henry Menton (en la cama), Bernard Corrigan (en la cama), Patsy Dignam (en la cama), Paddy Dignam (en la tumba).

Una vez solo, ¿qué oyó Bloom?

La doble reverberación de pies en retirada en la tierra sustentada por los cielos, la doble vibración de un arpa de judío en el resonante callejón.

Una vez solo, ¿qué sintió Bloom?

El frío del espacio interestelar, miles de grados bajo el punto de congelación o cero absoluto de Fahrenheit, Centígrado o Réaumur: las incipientes intimaciones de la aurora que se aproximaba.

¿Qué le recordaron toque de campana, apretón de mano, pisadas y frío de soledad?

Compañeros ahora difuntos de variadas maneras en diferentes sitios: Percy Apjohn (muerto en combate, Modder River), Philip Gilligan (tisis, hospital de la calle Jervis), Matthew F. Kane (ahogado accidentalmente, Bahía de Dublín), Philip Moisel (piemia, calle Heytesbury), Michael Hart (tisis, hospital Mater Misericordiæ), Patrick Dignam (apoplejía, Sandymount).

¿Qué perspectiva de qué fenómenos le inclinaba a quedarse?

La desaparición de tres estrellas finales, la difusión del amanecer, la aparición de un nuevo disco solar.

¿Había sido alguna vez espectador de esos fenómenos?

Una vez, en 1887, tras una prolongada ejecución de charadas en casa de Luke Doyle, en Kimmage, había aguardado con paciencia la aparición del fenómeno diurno, sentado en una tapia, la mirada vuelta en dirección a Mizrach, al este.

¿Recordaba los parafenómenos iniciales?

Aire más activo, un lejano gallo matutino, relojes eclesiásticos en diversos puntos, música aviar, el pisar aislado de un caminante tempranero, la visible difusión de la luz de un invisible cuerpo luminoso, el primer dorado miembro del sol resurgente perceptible bajo en el horizonte.

¿Se quedó?

Con profunda inspiración regresó, volviendo a atravesar el jardín, volviendo a entrar en el pasadizo, volviendo a cerrar la puerta. Con breve suspiro volvió a tomar la vela, volvió a ascender las escaleras, volvió a acercarse a la puerta del cuarto de delante, en el piso de la entrada, y volvió a entrar.

¿Qué detuvo súbitamente su ingreso?

El lóbulo temporal derecho de la cavidad esférica de su cráneo entró en contacto con un sólido ángulo de madera donde, una infinitesimal pero sensible fracción de segundo después, se localizó una sensación dolorosa a consecuencia de sensaciones antecedentes transmitidas y registradas.

Descríbanse las alteraciones efectuadas en la disposición de los artículos de mobiliario.

Un sofá tapizado en peluche ciruela había sido translocado desde enfrente de la puerta hasta el rincón junto a la chimenea cerca de la enrollada bandera británica (una alteración que él había pensado frecuentemente ejecutar): la mesa cubierta de azulejos de incrustaciones ajedrezadas azules y blancas había sido colocada frente a la puerta en el lugar dejado vacante por el sofá de peluche ciruela: el aparador de nogal (un ángulo saliente del cual había detenido momentáneamente su ingreso) había sido trasladado desde su posición junto a la puerta a una posición más ventajosa pero más peligrosa frente a la puerta: dos butacas habían sido trasladadas desde la

derecha y la izquierda de la chimenea a la posición originalmente ocupada por la mesa cubierta de azulejos de incrustaciones azules y blancas.

Descríbaselas.

Una: una butaca baja, rellena, con robustos brazos extendidos, e inclinada hacia atrás, que, repelida en retroceso, había levantado entonces una franja irregular de una alfombra rectangular y ahora exhibía en su asiento ampliamente tapizado una descoloración centralizada difundiéndose y disminuyendo. La otra: una esbelta silla de patas vueltas hacia fuera, con brillantes curvas de mimbre, colocada enfrente mismo de la primera, con su armazón, desde arriba al asiento y desde el asiento a la base, barnizada en marrón oscuro, siendo su asiento un círculo claro de blanco mimbre trenzado.

¿Qué significados se adherían a esas dos butacas?

Significados de semejanza, de postura, de simbolismo, de prueba circunstancial, de supermanencia testimonial.

¿Qué ocupaba la posición originaria del aparador?

Un piano vertical (Cadby) con el teclado descubierto, sosteniendo sobre su cerrado ataúd un par de guantes largos de señora, amarillos, y un cenicero esmeralda que contenía cuatro cerillas gastadas, un cigarrillo parcialmente consumido y dos descoloridas colillas, teniendo en el atril la música en clave de sol natural para voz y piano de *Vieja y dulce canción de amor* (letra de G. Clifton Bingham, música de J. L. Molloy, cantada por Madam Antoinette Sterling) abierta en la última página con las indicaciones finales *ad libitum*, *forte*, pedal, *animato*, sostenido, pedal, *ritirando*, fin.

¿Con qué sensaciones contempló Bloom en rotación esos objetos?

Con esfuerzo, elevando un candelero: con dolor, sintiendo en su sien derecha una tumescencia contusa: con atención, enfocando su mirada en algo grande opaco pasivo y algo ligero claro activo: con diversión, recordando la teoría de los colores del Dr. Malachi Mulligan incluida la gama del verde: con placer, repitiendo las palabras y el acto precedente y percibiendo por medio de diversos canales de sensibilidad interna la consiguiente y concomitante difusión tibia y grata de la gradual descoloración.

¿Su siguiente acto?

De una caja abierta en la mesa cubierta de azulejos extrajo un diminuto cono negro, de una pulgada de altura, lo puso sobre su base circular en un platillo de estaño, colocó su candelero en el lado derecho de la repisa de la chimenea, sacó del chaleco una hoja doblada de prospecto (ilustrado) titulado Agendath Netaím, desdobló la misma, la examinó superficialmente, la enrolló en un fino cilindro, encendió éste en la llama de la vela, lo aplicó una vez encendido al extremo del cono hasta que éste alcanzó la fase de la rutilancia, y colocó el cilindro en el cuenco del candelero disponiendo su parte sin consumir la manera que facilitara la combustión total.

¿Qué siguió a esta operación?

Esa cima del cráter troncocónico del diminuto volcán emitió un humo vertical y serpentino oloroso a incienso aromático oriental.

¿Qué objetos homotéticos, además del candelero, había en la repisa de la chimenea?

Un reloj de mármol veteado de Connemara, detenido a las 4 y 46 de la mañana del 21 de marzo de 1896, regalo de boda de Matthew Dillon: un árbol enano de arborescencia glacial bajo un fanal transparente, regalo de bodas de Luke y Caroline Doyle: un búho embalsamado, regalo de bodas del concejal John Hooper.

¿Qué intercambio de miradas tuvo lugar entre esos tres objetos y Bloom?

En el espejo de marco dorado sobre la chimenea la no decorada espalda del árbol enano observaba la erguida espalda del búho embalsamado. Ante el espejo el regalo de bodas del concejal John Hooper con una clara melancólica sabia brillante inmóvil compasiva mirada observaba a Bloom mientras que Bloom con una obscura tranquila profunda inmóvil compasiva mirada observaba el regalo de bodas de Luke y Caroline Doyle.

¿Qué imagen compuesta asimétrica en el espejo atrajo entonces su atención?

La imagen de un hombre solitario (autorrelativo) mudable (heterorrelativo).

¿Por qué solitario (autorrelativo)?

Ni hermanos ni hermanas
tenía pero su padre era hijo de su abuelo.

¿Por qué mudable (heterorrelativo)?

De la infancia a la madurez se había parecido a su procreadora materna. De la madurez a la senilidad se parecería cada vez más a su creador paterno.

¿Qué impresión visual final le fue comunicada por el espejo?

El reflejo óptico de varios volúmenes invertidos impropiamente dispuestos y no en el orden de sus letras comunes con títulos refulgentes en los dos estantes de enfrente.

Catalóguense esos libros.

Guía Thom de la Oficina de Correos de Dublín, 1886.

Denis Florence M'Carthy, *Obras poéticas* (registro en forma de hoja de abedul en pág. 5).

Shakespeare, *Obras* (tafilete carmesí oscuro estampado en seco en oro).

Cálculo útil y rápido (tela marrón).

Historia secreta de la Corte de Carlos II (tela roja, estampada en seco).

Guía del niño (tela azul).

Cuando éramos muchachos, por William O'Brien, M. P. (tela verde, ligeramente descolorida, sobre como registro en la p. 217).

Pensamientos de Spinoza (piel marrón).

La historia de los cielos, por Sir Robert Ball (tela azul).

Tres viajes a Madagascar, de Ellis (tela marrón).

Epistolario Stark-Munro, por A. Conan Doyle, propiedad de la Biblioteca Pública de Dublín, calle Capel 106, prestado el 21 de mayo (víspera de Pentecostés) de 1904, a devolver en 4 de junio de 1904, 13 días de retraso (encuadernado en tela negra, ostentando etiqueta blanca con signatura).

Viajes por China, por «Viator» (forrado con papel de estraza, título en tinta roja).

Filosofía del Talmud (folleto).

Vida de Napoleón, de Lockhart (sin cubierta, anotaciones al margen, minimizando las victorias y aumentando las derrotas del protagonista).

Soll und Haben, de Gustav Freytad (cartoné negro, tipos góticos, cupón de cigarrillos como señal en p. 24).

Historia de la Guerra Ruso-Turca, de Hozier (tela marrón, 2 volúmenes, con etiqueta pegada, Biblioteca Garrison, Governor's Parade, Gibraltar, en el revés de la tapa).

Laurence Bloomfield en Irlanda, por William Allingham (segunda edición, tela verde, diseño con trébol dorado, borrado el nombre del anterior propietario en el anverso de la guarda).

Manual de Astronomía (cubierta piel marrón, desprendida, 5 láminas, tipos antiguos en entredós, las notas del autor en nonpareil, las indicaciones al margen en breviario, los titulillos en lectura chica).

La vida oculta de Cristo (cartoné negro).

Tras las huellas del Sol (tela amarilla, portada perdida, título repetido en todas las páginas).

La fuerza física: Cómo obtenerla, por Eugene Sandow (tela roja).

Elementos breves pero sencillos de Geometría, escritos en francés por F. Ignat. Pardies y trasladados al inglés por John Harris D. D. Londres, impreso por R. Knaplock en Bifhop's Head MDCCXI, con epístola dedicatoria a su ilustre amigo Charles Cox, *esquire*, Miembro del Parlamento por el burgo de Southwark, y teniendo una declaración caligrafiada en tinta en la guarda certificando que el libro era propiedad de Michael Gallagher, fecha hoy 10 de mayo de 1822 y solicitando a la persona que lo encontrara, si el libro se perdía o extraviaba, devolvérselo a Michael Gallagher, carpintero, Dufery Gate, Enniscorthy, condado de Wicklow, el lugar más hermoso del mundo.

¿Qué reflexiones ocuparon su mente durante el proceso de reversión de los volúmenes invertidos?

La necesidad de orden, un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio: la deficiente apreciación de la literatura que poseían las mujeres: la incongruencia de una manzana encajada en un vaso y de un paraguas metido en una taza de retrete: la inseguridad de esconder ningún documento secreto detrás, debajo o entre las páginas de un libro.

¿Qué volumen era mayor en tamaño?

La historia de la Guerra Ruso-Turca, de Hozier.

¿Qué datos, entre otros, contenía el segundo volumen de la obra en cuestión?

El nombre de una decisiva batalla (olvidada), frecuentemente recordada por un decisivo oficial, el comandante Brian Cooper Tweedy (recordado).

¿Por qué, en primero y segundo lugar, no consultó la obra en cuestión?

En primer lugar, para ejercitar la mnemotecnia: en segundo lugar, porque tras un intervalo de amnesia, cuando estaba sentado en la mesa central, a punto de consultar

la obra en cuestión, recordó por mnemotecnia el nombre de esa acción militar, Plevna.

¿Qué le produjo consuelo en su postura sentada?

El candor, desnudez, actitud, tranquilidad, juventud, gracia, sexo y consejo de una estatua erguida en el centro de la mesa, una imagen de Narciso adquirida en subasta de P. A. Wren, Bachelor's Walk 9.

¿Qué le produjo irritación en su postura sentada?

Presión inhibitoria del cuello de la camisa (talla 17) y chaleco (5 botones), dos artículos de indumentaria superfluos en la vestimenta de los varones de edad madura e inelásticos a alteraciones de masa por expansión.

¿Cómo se alivió la irritación?

Se quitó el cuello de la camisa, que contenía corbata negra y botones móviles, dejándolo en cierto lugar a la izquierda de la mesa. Se desabrochó sucesivamente en orden inverso chaleco, pantalones, camisa y camiseta siguiendo la línea media de encrespado pelo negro irregular extendido en convergencia triangular desde la cavidad pélvica sobre la circunferencia del abdomen y el foso umbilical a lo largo de la línea media de las articulaciones hasta la intersección de las seis vértebras dorsales y desde ahí extendiéndose a ambos lados en ángulos rectos y terminando en círculos descritos en torno a dos puntos equidistantes, a la derecha y a la izquierda, en las cimas de las prominencias mamarias. Soltó sucesivamente cada uno de los seis menos uno botones de los tirantes, dispuestos en pares, de los cuales uno incompleto.

¿Qué acciones involuntarias siguieron a eso?

Apretó entre 2 dedos la carne circunyacente a la cicatriz de la región infracostal izquierda bajo el diafragma resultante de una picadura de aguijón infligida 2 semanas y 3 días antes (23 de mayo de 1904) por una abeja. Se rascó vagamente con la mano derecha, aunque insensible de picazón, diversos puntos y superficies de su piel parcialmente descubierta, enteramente ablucionada. Insertó la mano izquierda en el bolsillo izquierdo inferior del chaleco y extrajo una moneda de plata (1 chelín) colocada allí (presumiblemente) en ocasión (17 de octubre de 1903) de la inhumación de la señora Emily Sínico, Sydney Parade.

Compílense las entradas y salidas del 16 de junio de 1904.

Debe		£	s.	d.	*Haber*	£	s.	d.
1	riñón de cerdo	0	0	3	En efectivo	0	4	9
1	ejemplar del *Freeman's*	0	0	1	Comisión recibida del *Freeman's*	1	7	6
1	baño y gratificación	0	1	6	Préstamo (Stephen Dedalus)	1	7	0
	tranvía	0	0	1				
1	in memoriam Patrick Dignam	0	5	0				
2	pasteles Banbury	0	0	1				
1	almuerzo	0	0	7				
1	renovación abono por libro	0	1	0				

Debe		£	s.	d.	*Haber*	£	s.	d.
1	paquete papel de cartas y sobres	0	0	2				
1	comida y gratificación	0	2	0				
1	giro postal y sello	0	2	8				
	tranvía	0	0	1				
1	mano de cerdo	0	0	4				
1	pie de cordero	0	0	3				
1	tableta de chocolate Fry	0	1	0				
1	pan de soda	0	0	4				
1	café y panecillo	0	0	4				
	préstamo (Stephen Dedalus) devuelto	1	7	0				
	SALDO	0	16	6				
	£	2	19	3	£	2	19	3

¿Continuó el proceso de desvestimiento?

Percibiendo un benigno dolor persistente en las plantas de los pies extendió un pie a un lado y observó los pliegues, protuberancias y puntos salientes causados por presión del pie en el transcurso de caminar repetidamente en varias direcciones diferentes, entonces, se inclinó, se desanudó los cordones de los zapatos, los desprendió y aflojó, se quitó ambas botas por segunda vez, despegó el calcetín derecho parcialmente humedecido a través de cuya parte anterior la uña de su dedo gordo había efractado otra vez, levantó el pie derecho y, habiendo soltado una liga elástica violeta, se quitó el calcetín derecho, colocó su descubierto pie derecho en el borde del asiento de su silla, agarró y suavemente arrancó la parte saliente de la uña de su dedo gordo, se llevó a las narices la parte arrancada e inhaló el olor de lo vivo, y luego con satisfacción tiró el fragmento ungular arrancado.

¿Por qué con satisfacción?

Porque el olor inhalado correspondía a otros olores inhalados de otros fragmentos ungulares, agarrados y arrancados por el señorito Bloom, alumno de la escuela de la señora Ellis, pacientemente todas las noches en el acto de breve genuflexión y oración nocturna y meditación ambiciosa.

¿En qué definitiva ambición se habían fundido ahora todas las concurrentes y consecutivas ambiciones?

No heredar por derecho de primogenitura, partición por igual o derecho inglés del último nacido, ni poseer a perpetuidad una extensa propiedad de suficiente número de acres, varas y brazas, medida agraria legal (valoración £ 42), de turberas de pasto en torno a una residencia baronial con casa de portero y avenida de entrada, ni, por otra parte, una casa a la italiana o villa semiindependiente, denominada *Rus in Urbe o Qui si Sana*, sino adquirir por contrato privado con pleno usufructo una casa residencial con techo de bálago en forma de bungalow, de dos pisos, orientada hacia el sur, coronada por veleta y pararrayos, conectado con tierra, con el porche cubierto de plantas trepadoras (yedra o vid americana), puerta del vestíbulo verdeolivo, con elegante acabado de carrocería y brillantes dorados en la puerta, fachada de estuco con molduras doradas en los aleros y el abuhardillado, elevándose, si era posible, sobre una suave cuesta con agradable perspectiva desde terraza con balaustrada de pilares de piedra sobre prados interyacentes, inocupados e inocupables, en medio de 5 ó 6 acres de terreno propio, a tal distancia de la más próxima vía pública como para hacer visibles las luces de la casa de noche y a través de un seto vivo de carpe cortado según las reglas de la topiaria, situada en un punto dado a no menos de 1 milla legal

desde la periferia de la metrópoli, dentro de un límite de tiempo no mayor de 5 minutos de una línea de tranvía o de tren (por ejemplo, Dundrum, al sur, o Sutton, al norte, teniéndose informes por experiencia de que ambas localidades se parecían a los polos terrestres en ser climas favorables para personas tísicas), bienes raíces a ocupar, por arrendamiento enfiteútico, por una duración de 999 años, consistiendo la casa y dependencias en 1 salón con ventanal en mirador (2 arcos), termómetro adherido, 1 salita, 4 alcobas, 2 cuartos de servidumbre, cocina con azulejos con horno y despensa, antecocina con armarios roperos en la pared, librería de estanterías abiertas de roble ahumado conteniendo la *Encyclopaedia Britannica* y el *New Century Dictionary*, panoplias de armas antiguas medievales y orientales, gong para las comidas, lámpara de alabastro, de cuenco, colgada, aparato automático de teléfono de vulcanita con guía adyacente, alfombra Axminster de nudo con fondo color crema y orla entrelazada, mesita de juego con pata central y garras, chimenea con instrumentos macizos de latón y reloj cronómetro de bronce dorado sobre la repisa de la chimenea, hora garantizada con carillón de catedral, barómetro con carta higrográfica, cómodos divanes y rinconeras tapizados en peluche rubí con buenos muelles y centro hundido, tres biombos japoneses y escupideras (estilo club, cuero brillante color vino, brillo renovable con un mínimo de trabajo usando aceite de mostaza y vinagre) y araña piramidal de prismas, en el centro, percha de madera curvada con un loro tan manso como para subirse al dedo (lenguaje expurgado), papel de pared con relieve a 10 chelines la docena con franjas transversales de diseño floral en carmín y friso de remate en lo alto, escalera con tres tramos seguidos en ángulos rectos sucesivos, de roble barnizado en fondo claro, peldaños y contrapeldaños, balaustrada y pasamanos con revestimiento de paneles, tratado con cera alcanforada, cuarto de baño provisto de agua caliente y fría, bañera y ducha: retretes a medio piso provistos de ventana opaca oblonga, asiento levantable, lámpara de pared, palanca de la cadena de latón, apoyos para los brazos, taburete para los pies y oleografía artística en la cara interior de la puerta: ídem, sencillo: habitaciones de la servidumbre con instalaciones sanitarias e higiénicas separadas, para cocinera, criada para todo y ayudante (salario, subiendo por incrementos bienales automáticos de £ 2, con cuota anual de seguro comprehensivo de fidelidad de £ 1 y cotización de retiro basada en el sistema de los 65 años después de 30 años de servicio), recocina, bodega, despensa, fresquera, dependencias, carbonera y leñera, con estantes para el vino (espumoso y no espumoso) para invitados distinguidos, si se les invitaba a cenar (de etiqueta), instalación de gas de monóxido de carbono.

¿Qué atracciones adicionales podría contener la finca?

Como añadido, un campo de tenis y frontón, un vivero, un invernadero con palmeras tropicales, equipadas de la mejor manera botánica, una gruta de rocas con chorro de agua, una colmena dispuesta según principios humanos, macizos ovales de

flores en extensiones rectangulares de césped con elipses excéntricas de tulipanes escarlata y cromo, escilas azules, crocus, primaveras, diantos, alverjillas, guisantes de olor, lirio del valle (bulbos obtenibles de Sir James W. MacKay Limited, comerciante al por mayor y menor de semillas y bulbos, viveros, agente de abonos químicos, calle Upper Sackville 23) un vergel de frutales, un huerto y una viña, protegidos contra intrusos ilegales mediante tapias de ladrillo rematadas con cristales, barracón con candado para diversos instrumentos inventariados.

¿Tales como?

Trampas para anguilas, nasas para langostas, cañas de pescar, hacha, romana, piedra de afilar, desterrenador, guadaña, agavilladora, escalera telescópica, rastrillo de 10 dientes, zuecos para lavado, horca de heno, tridente, podadera, bote de pintura, brocha, azada, etcétera.

¿Qué mejoras podrían introducirse posteriormente?

Una conejera y un gallinero, un palomar, un invernadero botánico, 2 hamacas (de señora y de caballero), un reloj de sol sombreado y protegido por árboles de citisos y lilas, una campanilla japonesa exótica y armónicamente acordada sujeta al poste lateral izquierdo de entrada, un amplio depósito de agua, una segadora de hierba con descarga lateral y caja de recogida, un aparato de regar el césped con tubo hidráulico.

¿Qué facilidades de comunicación eran de desear?

Si en dirección a la ciudad, frecuentes conexiones por tren o tranvía desde su respectiva estación o terminal intermedio. Si en dirección al campo, velocípedos, una bicicleta sin cadena de rueda libre con cochecito lateral con cesto, o vehículo de tiro, un burro con carruaje de mimbre o un elegante faetón con corcel solidúngulo que trabajara bien (castrado ruano, 14 palmos de marca).

¿Cuál podría ser el nombre de esa residencia erigida o erigible?

Bloom Cottage. Saint Leopold's. Flowerville.

¿Podía el Bloom de calle Eccles 7 prever al Bloom de Flowerville?

En desahogadas ropas de lana pura con gorra de tweed Harris, precio 8 chelines 6 peniques, y útiles botas de jardín con elásticos, una regadera, plantando jóvenes tejos alineados, regando, podando, poniendo rodrigones, echando semilla de césped, empujando una carretilla cargada de hierbajos sin excesiva fatiga al atardecer entre el

aroma de la hierba recién cortada, mejorando el suelo, multiplicando la sabiduría, alcanzando la longevidad.

¿Qué programa de dedicaciones intelectuales era simultáneamente posible?

Fotografía instantánea, estudio comparativo de las religiones, folklore relativo a diversas prácticas amatorias y supersticiosas, contemplación de las constelaciones celestes.

¿Qué recreos más ligeros?

Al aire libre: trabajo en el jardín y en el campo, ciclismo en calzadas horizontales bien pavimentadas, ascenso de cuestas de moderada altura, natación en agua dulce apartada y navegación en barca por tranquilos ríos en segura chalana o ligero chinchorro con anclote, en brazos de agua libres de barras y rápidos (período estival), perambulación vespertina o circumprocesión ecuestre con inspección de paisaje estéril y, en agradable contraste, fuegos en los caseríos de humeantes bloques de turba (período invernal). En el interior: discusión en tibia seguridad de problemas históricos y criminales no resueltos: lectura de exóticas obras maestras eróticas sin expurgar: carpintería doméstica con caja de herramientas conteniendo martillo, lezna, clavos, tornillos, tachuelas, berbiquí, alicates, cepillo y destornillador.

¿Podría llegar a ser un caballero rural, cosechero y ganadero?

No era imposible, con 1 ó 2 vacas de mucha leche, 1 pajar de heno de monte y los necesarios instrumentos rurales, por ejemplo, una desnatadora horizontal, un molino de nabos, etcétera.

¿Cuáles serían sus funciones cívicas y su rango social entre las familias del condado y los hidalgos terratenientes?

Ordenados sucesivamente en poderes ascendentes de orden jerárquico, los de jardinero, horticultor, cultivador, criador, y en el cénit de su carrera, magistrado local o juez de paz con blasón familiar y escudo de armas y lema clásico apropiado *(Semper paratus)*, debidamente registrado en el anuario de la Corte (Bloom, Leopold P., M. P., P. C, K. P., L. L. D. *honoris causa*, Bloomville, Dundrum) y mencionado en los ecos de la Corte y de la vida elegante (el señor y la señora Leopold Bloom han salido de Kingston para Inglaterra).

¿Qué línea de conducta se trazaba a sí mismo en tal capacidad?

Una línea que estaba entre la indebida clemencia y el excesivo rigor: el dispensar, en una sociedad heterogénea de clases arbitrarias, incesantemente reordenadas en términos de mayor y menor desigualdad social, una justicia sin desviación, homogénea e indiscutible, templada con mitigaciones de la latitud más ancha posible, pero exigible hasta el último ochavo con la confiscación de propiedad, raíz y personal, para la Corona. Leal al más alto poder constituido en el país, movido por un amor innato a la rectitud, su objetivo sería la estricta preservación del orden público, la represión de muchos abusos, aunque no de todos simultáneamente (ya que cada medida de reforma o de restricción es una solución que ha de quedar contenida, por afluencia, en la solución final), la defensa de la letra de la ley (común, legislativa y derecho mercantil) contra todos los quebrantadores en colusión y todos los que contravinieren a leyes locales y reglamentos, todos los que resucitaren (en cuestión de paso no autorizado y hurto menor de ramoneo) derechos feudales, obsoletos por desuso, todos los elocuentes instigadores a la persecución internacional, todos los perpetuadores de animosidades internacionales, todos los serviles atentadores contra la convivialidad doméstica, todos los recalcitrantes violadores de la connubialidad doméstica.

Pruébese que había amado la rectitud desde su más temprana juventud.

Al señorito Percy Apjohn, en la escuela media en 1880, le había dado a conocer su incredulidad sobre las doctrinas de la iglesia irlandesa (protestante) a la cual su padre Rudolf Virag, luego Rudolph Bloom, había sido convertido de la fe y comunión israelita en 1865 por la Sociedad para la Promoción del Cristianismo entre los Judíos, subsiguientemente abjurada por él a favor del catolicismo en la época de, y con vistas a, su matrimonio en 1888. A Daniel Magrane y Francis Wade en 1882 durante una juvenil amistad (concluida por la prematura emigración del primero) les había defendido durante perambulaciones nocturnas la teoría política de la expansión colonial (por ejemplo, en Canadá) y las teorías evolucionistas de Charles Darwin, expuestas en *El origen del hombre* y *El origen de las especies*. En 1885 había expresado públicamente su adhesión al programa económico colectivo y nacional propugnado por James Fintan Lalor, John Fisher Murray, John Mitchel, J. F. X. O'Brien y otros, la política agraria de Michael Davitt, la agitación constitucional de Charles Stewart Parnell (diputado por la ciudad de Cork), el programa de paz, restricción y reforma de William Ewart Gladstone (diputado por Midlothian, N. B.) y, en apoyo de sus convicciones políticas, había trepado a una segura posición entre las ramificaciones de un árbol en Northumberland Road para ver la entrada (2 de febrero de 1888) en la capital de una procesión demostrativa con antorchas de 20 000, divididos en 120 corporaciones laborales, llevando 2000 antorchas, en escolta del Marqués de Ripon y John Morley.

¿Cuánto y cómo se proponía pagar por su residencia de campo?

Según el prospecto de la Sociedad de Construcción Industriosa Extranjera Aclimatada Nacionalizada Amistosa Subvencionada por el Estado (fundada en 1874), un máximo de £ 60 al año, siendo esto 1/6 de una renta asegurada, derivada de títulos de primer orden, representando el 5% de interés simple sobre un capital de £ 1200 (estimación del precio a pagar en 20 años) 1/3 del cual pagadero a la adquisición y el resto en forma de renta anual, a saber £ 800 más 2 1/2% de interés sobre lo mismo, pagable trimestralmente en plazos anuales iguales hasta extinción por amortización del préstamo adelantado para la adquisición dentro de un período de 20 años, por un total de una renta anual de £ 64, incluido el alquiler, debiendo quedar los títulos de propiedad en posesión del prestatario o prestatarios con una cláusula de garantía en previsión de venta forzosa, juicio hipotecario y mutua compensación en caso de prolongada falta de pago de las cantidades previstas, salvando lo cual la finca y anexos se convertiría en propiedad absoluta del arrendatario ocupante al expirar el período de años estipulados.

¿Qué medios rápidos pero inseguros de acceso a la opulencia podrían facilitar la adquisición inmediata?

Un telégrafo sin hilos particular que transmitiera por código Morse el resultado de un handicap ecuestre nacional (liso o con obstáculos) de una o más millas y octavos de milla ganado por un *outsider* cotizado 50 a 1 a las 3 horas 8 minutos de la tarde en Ascot (hora de Greenwich), siendo recibido el mensaje, disponible con fines de apuestas, en Dublín a las 2 y 59 de la tarde (hora de Dunsink). El inesperado descubrimiento de un objeto de gran valor monetario: piedra preciosa, valiosos sellos de correo adhesivos o estampillados (7 chelines, malva, sin perforar, Hamburg, 1866: 4 peniques, rosa, papel azul perforado, Gran Bretaña, 1855: 1 franco, azulado, oficial, roleteado, sobrecarga diagonal, Luxemburgo, 1878): antiguo anillo dinástico, reliquia única en insólito receptáculo o por insólitos medios: caído del aire (dejado caer por un águila en vuelo), por fuego (entre los restos carbonizados de un edificio incendiado), en el mar (entre restos flotantes, residuos lanzados, yacentes, abandonados en el fondo), sobre la tierra (en el buche de un ave comestible). La donación por parte de un prisionero español de un lejano tesoro de objetos de valor o en especie o en lingotes confiado a una corporación bancaria solvente 100 años antes al 5% de interés compuesto por un valor total de £ 5 000 000 (cinco millones de libras esterlinas). Un contrato con un contrayente desconsiderado para la entrega de 32 partidas de alguna mercancía dada en razón de un pago al contado a la entrega con una tasa inicial de 1/4 de penique a aumentar constantemente en progresión geométrica de 2 (1/4, 1/2, 1 penique, 2 peniques, 4 peniques, 8 peniques, 1 chelín 4 peniques, 2 chelines 8 peniques, hasta 32 términos). Un proyecto bien preparado a

base del estudio de las leyes de probabilidad para hacer saltar la banca en Montecarlo. Una solución del secular problema de la cuadratura del círculo, con premio del gobierno por £ 1 000 000 esterlinas.

¿Había vasta riqueza obtenible por procedimientos industriales?

El beneficiar *dunams* de suelo baldío arenoso, propuesto por el prospecto de Agendath Netaím, Bleibtreustrasse, Berlín W. 15, mediante el cultivo de plantaciones de naranjos y melonares y repoblación forestal. La utilización de desperdicios de papel, pieles de roedores de alcantarilla, excrementos humanos, abundantes en propiedades químicas, en vista de la vasta producción del primero, el vasto número de los segundos y la inmensa cantidad del tercero, ya que cada ser humano normal, con vitalidad y apetito medios, produce anualmente, dejando aparte los subproductos del agua, una cantidad total de 80 libras (alimentación mixta animal y vegetal), a multiplicar por 4 386 035, la población total de Irlanda según las cifras de censo de 1901.

¿Había proyectos de más amplio alcance?

Un proyecto a formular y a someter a la aprobación de la comisión portuaria para la explotación de la hulla blanca (fuerza hidráulica), obtenida mediante una instalación hidroeléctrica en la marea alta en la barra de Dublín o en las cascadas de Poulaphouca o Powerscourt o embalses de captación de las principales corrientes para producir económicamente 500 000 HP de electricidad. Un proyecto para rodear con diques el delta peninsular del North Bull en Dollymount y erigir en el espacio de esa punta de tierra, usada para campos de golf y campos de tiro, una explanada asfaltada para casinos, barracas, galerías de tiro al blanco, hoteles, pensiones, salas de lectura, establecimientos para baños de ambos sexos. Un proyecto para uso de carros de perros y cabras para el reparto de leche por la mañana. Un proyecto para la promoción del tráfico turístico en Irlanda en y alrededor de Dublín por medio de barcos fluviales con motor de petróleo, de servicio en la vía fluvial entre Island Bridge y Ringsend, ómnibus descubiertos, ferrocarriles locales de vía estrecha y vapores de placer para navegación costera (10 chelines por persona por día, incluido guía trilingüe). Un proyecto para la reanudación del tráfico de pasajeros y mercancías por las vías fluviales irlandesas, una vez libres de los fondos de algas. Un proyecto para enlazar por línea tranviaria el Mercado del Ganado (avenida norte de circunvalación y calle Prussia) con los muelles (calle Lower Sheriff, y East Wall), paralela a la línea ferroviaria de enlace que va (en conjunción con las líneas Great Southern y Western) entre el parque del ganado, enlace del Liffey, y el arranque del ferrocarril Midland Great Western, North Wall 43 a 45, en proximidad a las estaciones terminales de las ramas de Dublín del Great Central Railway, Midland

Railway, inglesa, Sociedad de Navegación a Vapor de la Ciudad de Dublín, Lancashire Yorkshire Railway Company, Compañía de Navegación a Vapor Dublín y Londonderry (línea Laird), Compañía de Navegación a Vapor Británica e Irlandesa, Vapores Dublín y Morecambe, London and North Western Railway Company, Almacenes de Descarga de la Comisión de Puerto y Muelles de Dublín, y Almacenes de Tránsito de Palgrave, Murphy y Compañía, armadores, agentes de líneas del Mediterráneo, España, Portugal, Francia, Bélgica y Holanda y para el transporte de animales y de líneas férreas adicionales a cargo de la Dublin United Tramways Company, Limited, para cubrirse con los derechos de pasto.

¿Estableciendo qué prótasis llegaría a ser una apódosis natural y necesaria la contratación de tales proyectos?

Dada una garantía igual a la suma buscada, el apoyo, por documento de donación y títulos de transferencia durante la vida del donador o por legado tras la extinción indolora del donador, de eminentes financieros (Blum Pasha, Rothschild, Guggenheim, Hirsch, Montefiore, Morgan, Rockefeller) poseedores de fortunas en 6 cifras, amasadas durante una vida de éxito, y si se uniera el capital con la oportunidad, la cosa requerida estaría hecha.

¿Qué es lo que en definitiva le haría independiente de tal riqueza?

El descubrimiento independiente de un filón de oro de inagotable mineral.

¿Por qué razón meditaba sobre proyectos tan difíciles de realizarse?

Era uno de sus axiomas que semejantes meditaciones o el relatarse automáticamente a sí mismo una narración referente a sí mismo o el tranquilo recuerdo del pasado cuando se practicaba habitualmente antes de retirarse a dormir aliviaba la fatiga y producía como resultado un sano reposo y una renovada vitalidad.

¿Sus justificaciones?

Como físico había llegado a saber que de los 70 años de la vida humana completa por lo menos 2/7, esto es, 20 años, se pasaban en dormir. Como filósofo sabía que al terminarse la vida asignada a cualquiera sólo se había realizado una infinitésima parte de sus deseos. Como fisiólogo creía en el aplacamiento artificial de agentes malignos que actúan principalmente durante el sueño.

¿Qué temía?

Cometer homicidio o suicidio durante el sueño por una aberración de la luz de la razón, esa inconmensurable inteligencia categórica situada en las circunvoluciones cerebrales.

¿Cuáles eran habitualmente sus meditaciones finales?

Sobre algún anuncio, solo y único, que hiciera detenerse asombrados a los transeúntes, un cartel de novedad, excluidos todos los aditamentos extraños, reducido a sus términos más sencillos y eficaces sin exceder el alcance de la visión casual y en armonía con la velocidad de la vida moderna.

¿Qué contenía el primer cajón que abrió?

Un cuaderno de caligrafía Vere Foster, propiedad de Milly (Millicent) Bloom, algunas páginas del cual tenían dibujos diagramáticos marcados Papi, que mostraban una gran cabeza esférica con 5 pelos tiesos, 2 ojos de perfil, el tronco completamente de frente con 3 grandes botones, 1 pie triangular: 2 fotografías descoloridas de la reina Alejandra de Inglaterra y de Maud Branscombe, actriz y belleza profesional: una felicitación de Navidad, mostrando una representación pictórica de una planta parásita, el rótulo *Mizpah*, la fecha Navidad 1892, el nombre de los remitentes, del señor y la señora M. Comerford, y la aleluya *Ojalá esta Navidad te traiga felicidad*: un cabo de lacre rojo parcialmente liquefacto, obtenido de los almacenes de la empresa Hely's Limited, calle Dame 89, 90 y 91: una caja que contenía el resto de una gruesa de plumillas «J», obtenidas del mismo departamento de la misma empresa: un viejo reloj de arena que se volcaba conteniendo arena que se volcaba: una profecía sellada (nunca abierta) escrita por Leopold Bloom en 1886 sobre las consecuencias de la aprobación del proyecto de Ley de Autonomía de William Ewart Gladstone, en 1886 (nunca aprobado como ley): un tíquet de tómbola N.º 2004, de la Feria de Beneficencia de San Kevin, precio 6 peniques, 100 premios: una epístola infantil, fechada lunes 1 minúscula, que decía: P mayúscula Papi coma ce mayúscula Como estas signo de interrogación y griega mayúscula Yo muy bien punto y aparte empezar párrafo firma con rúbrica eme mayúscula Milly sin punto: un broche de camafeo, propiedad de Ellen Bloom (nacida Higgins), fallecida: 3 cartas a máquina, dirigidas a Henry Flower, Lista de Correos Dolphin's Barn: el nombre transliterado y la dirección de la remitente de las tres cartas en criptograma reservado alfabético boustrofedóntico puntuado cuatrilinear (suprimidas las vocales) N. IGS./ WI.UU.OX/W. OKS. MH/ Y. IM: un recorte de prensa de un semanario inglés *Modern Society*, tema el castigo corporal en las escuelas de niñas: una cinta rosa que había festoneado un huevo de Pascua el año 1899: dos preservativos de goma parcialmente desenrollados con bolsa de reserva, adquiridos por correo de Apartado 32, Lista de Correos, Charing Cross, Londres W. C: 1 paquete de 1 docena de sobres

color crema y papel de cartas ligeramente rayado, con filigrana, ahora reducidos a 3: algunas monedas austrohúngaras variadas: 2 cupones de la Lotería con Privilegio Real de Hungría: una lente de aumento de baja potencia: 2 postales fotográficas eróticas representando: *a)* coito bucal entre *señorita* desnuda (presentación posterior, posición superior) y *torero* desnudo (presentación anterior, posición inferior): *b)* violación anal por religioso masculino (completamente vestido, ojos bajos) de religiosa femenina (parcialmente vestida, ojos directos), adquiridas por correo de Apartado 32, Charing Cross, Londres, W. C: un recorte de periódico de receta para la renovación de viejos zapatos claros: un sello adhesivo de 1 penique, lavanda, del reinado de la Reina Victoria: una tabla de medidas de Leopold Bloom compilada antes, durante y después de 2 meses de uso consecutivo del ejercitador de poleas Sandow-Whiteley (para hombres 15 chelines, para atletas 20 chelines), a saber, pecho 28 pulgadas y 29 1/2 pulgadas, bíceps 9 pulgadas y 10 pulgadas, antebrazo 8 1/2 y 9, muslo 10 pulgadas y 12 pulgadas, pantorrilla 11 pulgadas y 12 pulgadas: un prospecto del Milagroso, el mejor remedio del mundo para dolencias rectales, directamente del Milagroso, Coventry House, South Place, Londres E. C, dirigido a la Sra. L. Bloom con breve nota de acompañamiento que comenzaba: Querida Señora.

Cítense los términos textuales en que el prospecto afirmaba las ventajas de ese remedio taumatúrgico.

Cura y suaviza mientras usted duerme, en caso de dificultad de emisión de ventosidades, ayuda a la naturaleza del modo más formidable, asegurando instantáneo alivio en la descarga de gases, manteniendo limpias las partes con libre acción natural, una inversión inicial de 7 chelines y 6 peniques hará de usted un hombre nuevo y su vida digna de vivirse. Las señoras encuentran especialmente útil el Milagroso, una grata sorpresa cuando advierten el delicioso resultado como un fresco sorbo de agua de manantial en un bochornoso día de verano. Recomiéndeselo a las señoras y señores de su amistad, dura toda una vida. Insértese por el lado redondo largo. Milagroso.

¿Había testimonios?

Numerosos. De eclesiástico, oficial de la armada británica, escritor famoso, hombre de negocios, enfermera de hospital, señora, madre de cinco, mendigo distraído.

¿Cómo concluía el testimonio conclusivo del mendigo distraído?

¡Qué lástima que el Gobierno no proveyera a nuestros hombres con Milagrosos durante la campaña sudafricana! ¡Qué alivio habría sido!

¿Qué objeto añadió Bloom a esta colección de objetos?

Una cuarta carta a máquina recibida por Henry Flower (supongamos que H. F. sea L. B.) de Martha Clifford (averígüese M. C).

¿Qué grata reflexión acompañó esta acción?

La reflexión de que, aparte de la carta en cuestión, el magnetismo de su cara, figura y modo de presentarse había sido favorablemente recibido durante el transcurso del día anterior por una esposa (señora Josephine Breen, nacida Josie Powell), una enfermera, señorita Callan (nombre de pila desconocido), una muchachita, Gertrude (Gerty, apellido desconocido).

¿Qué posibilidad se sugería por sí misma?

La posibilidad de ejercer un viril poder de fascinación en el futuro más inmediato tras lujoso banquete en habitación reservada en compañía de elegante cortesana, de belleza corporal, moderadamente mercenaria, diversamente instruida, una señora por su origen.

¿Qué contenía el segundo cajón?

Documentos: el certificado de nacimiento de Leopold Paula Bloom: una póliza de seguro dotal de £ 500 en la Sociedad de Seguros La Viuda Escocesa a nombre de Millicent (Milly) Bloom, entrando en vigor a los 25 años con beneficios de £ 430, £ 462-10-0 o £ 500 a los 60 años y fallecimiento, 65 años y fallecimiento y fallecimiento respectivamente, o como póliza con beneficio (completamente pagada) de £ 299-10-0 junto con pago en efectivo de £ 133-10-0, como opción: una libreta de depósito bancario emitido por el Ulster Bank, sucursal College Green, mostrando declaración de cuenta para el semestre terminado el 31 de diciembre de 1903, saldo a favor del depositario: £ 18-14-6 (dieciocho libras catorce chelines y seis peniques), haber líquido: certificado de propiedad de títulos canadienses del Gobierno (nominales) al 4% por £ 900 (exentos de timbre): cédulas de la Comisión de Cementerios Católicos (Glasnevin) en relación con un terreno para sepulturas adquirido: un recorte de un periódico local referente a un cambio de nombre por acta unilateral.

Cítense los términos textuales de este aviso.

Yo, Rudolf Virag, ahora residente en la calle Clanbrassil n.º 52, Dublín, antes de Szombathely en el reino de Hungría, notifico por la presente que he asumido y me propongo en lo sucesivo en toda ocasión y en todo momento ser conocido por el nombre de Rudolph Bloom.

¿Qué otros objetos referentes a Rudolph Bloom (nacido Virag) había en el segundo cajón?

Un confuso daguerrotipo de Rudolph Virag y su padre Leopold Virag ejecutado el año 1852 en el taller de retratos de su (respectivamente) primo y sobrino segundo, Stefan Virag de Szesfehervar, Hungría. Un antiguo libro de la Hagadah en que unas gafas convexas de montura de concha señalaban el pasaje de acción de gracias en las oraciones rituales del Pessach (Pascua): una postal fotográfica del Queen's Hotel, Ennis, propietario, Rudolph Bloom: un sobre dirigido *A mi querido hijo Leopold*.

¿Qué fragmentos de frases evocó la lectura de esas cinco palabras enteras?

Mañana hará una semana que recibí… no sirve Leopold ser… con tu querida madre… esto no se aguanta más… para ella… todo ha terminado para mí… sé bueno con *Athos,* Leopold… querido hijo mío… siempre… en mí… *das Herz*… *Gott*… *dein*…

¿Qué reminiscencias de un ser humano sufriendo melancolía progresiva evocaron esos objetos en Bloom?

Un viejo viudo, pelo desordenado, en la cama, con la cabeza cubierta, suspirando: un perro inválido, Athos: acónito, utilizado en crecientes dosis de granos y escrúpulos como paliativo de una neuralgia recrudecida: la cara tras la muerte de un septuagenario suicida por veneno.

¿Por qué experimentó Bloom un sentimiento de remordimiento?

Porque con impaciencia inmadura había tratado con poco respeto ciertas creencias y prácticas.

¿Tales como?

La prohibición del uso de la carne y la leche en la misma comida, el simposio hebdomadario de excompatriotas excorreligionarios incoordinadamente abstractos, fervorosamente concretos en lo mercantil: la circuncisión de los niños varones: el

carácter sobrenatural de las escrituras judaicas: la infalibilidad del tetragrámmaton: la santidad del sábado.

¿Cómo le parecían ahora estas creencias y prácticas?

No más racionales de lo que entonces le habían parecido, no menos racionales de lo que ahora le parecían otras creencias y prácticas.

¿Qué primera reminiscencia tenía él de Rudolph Bloom (fallecido)?

Rudolph Bloom (fallecido) narraba a su hijo Leopold Bloom (edad 6 años) una reordenación retrospectiva de emigraciones y asentamientos en y entre Dublín, Londres, Florencia, Milán, Viena, Budapest y Szombathely, con expresiones de satisfacción (habiendo visto su abuelo a María Teresa, emperatriz de Austria, reina de Hungría), con consejos comerciales (habiendo cuidado el penique, las libras esterlinas se habían cuidado de sí mismas). Leopold Bloom (edad 6 años) había acompañado esas narraciones con una constante consulta de un mapa geográfico de Europa (político) y con sugerencias de establecer sucursales de negocios en los diversos centros mencionados.

¿Había borrado el tiempo igualmente pero de modo diverso el recuerdo de esas emigraciones en el narrador y el oyente?

En el narrador, por la acumulación de los años y a consecuencia del uso de la toxina narcótica: en el oyente, por la acumulación de los años y a consecuencia de la acción de la distracción en experiencias en cabeza ajena.

¿Qué idiosincrasias del narrador eran productos concomitantes de la amnesia?

Ocasionalmente comía sin haberse quitado previamente el sombrero. Ocasionalmente tomaba vorazmente el jugo de las fresas con nata del plato inclinado. Ocasionalmente se quitaba de los labios los restos de alimento por medio de un sobre roto u otro fragmento accesible de papel.

¿Qué dos fenómenos seniles eran más frecuentes?

El miópico cálculo digital de monedas, la eructación subsiguiente a la repleción.

¿Qué ofrecía consuelo parcial para esos recuerdos?

La póliza dotal, la libreta de depósito bancario, el certificado de propiedad de los títulos.

Redúzcase a Bloom, mediante multiplicación cruzada de reveses de fortuna, de que esos sostenes le defendían, y mediante eliminación de todos los valores positivos, a una cantidad despreciable negativa irracional irreal.

Sucesivamente, en orden descendente de ilotismo: Pobreza: la del vendedor ambulante de bisutería, el cobrador de deudas dudosas, el exactor del impuesto de beneficencia y de sanidad. Mendicidad: la del quebrado fraudulento con bienes despreciables que paga 1 chelín y 4 peniques por libra, hombre-sándwich, distribuidor de prospectos por ahí, vagabundo nocturno, adulador entrometido, marinero mutilado, muchacho ciego, ayudante superfluo de jefe de policía, aguafiestas, lameplatos, latoso, pícaro, excéntrico hazmerreír público sentado en un banco del parque público bajo un paraguas agujereado sacado de la basura. Abandono: el asilado en el Hogar de Ancianos (Royal Hospital), Kilmainham, el asilado en el Hospital Simpson para caballeros venidos a menos pero respetables incapacitados permanentemente por la gota o la falta de vista. Nadir de la desgracia: el anciano indigente inválido sin derechos sustentado por la beneficencia moribundo lunático.

¿Con qué acompañamiento de indignidades?

La indiferencia sin compasión de hembras previamente amables, el desprecio de los varones musculosos, la aceptación de fragmentos de pan, la simulada ignorancia de conocidos casuales, el ladrido de perros ilegítimos y sin licencia, el lanzamiento infantil de proyectiles vegetales descompuestos, por valor de nada o menos que nada.

¿Con qué podría evitarse tal situación?

Con el fallecimiento (cambio de estado), por la partida (cambio de lugar).

¿Cuál, preferiblemente?

Lo segundo, por la línea de menor resistencia.

¿Qué consideraciones hacían esto no enteramente indeseable?

La constante cohabitación que impedía la mutua tolerancia de defectos personales. El hábito de adquisición independiente cada vez más cultivado. La

necesidad de compensar con la residencia no permanente la permanencia de la detención.

¿Qué consideraciones lo hacían no irracional?

Las partes en cuestión, unidas, se habían aumentado y multiplicado, una vez hecho lo cual, producida posteridad y educada hasta la madurez, esas partes, si ahora desunidas, estaban obligadas a volverse a unir para aumento y multiplicación, lo que era absurdo, o a formar por nueva unión la pareja original de las partes a unir, lo que era imposible.

¿Qué consideraciones lo hacían deseable?

El atractivo carácter de ciertas localidades de Irlanda y el extranjero, según se representaban en mapas geográficos generales de polícromo diseño o en cartas especiales militares con empleo de numerales y líneas en escala.

¿En Irlanda?

Las escolleras de Moher, las ventosas llanuras de Connemara, el lago Neagh con su ciudad sumergida y petrificada, la Calzada de los Gigantes, Fort Camden y Fort Carlisle, el Valle de Oro de Tipperary, las islas de Aran, las praderas del regio Meath, el olmo de Brigia en Kildare, el astillero de Queen's Island en Belfast, el Salto del Salmón, los lagos de Killarney.

¿En el extranjero?

Ceilán (con jardines de especias que proporcionan té a Thomas Kernan, representante de Pulbrook, Robertson y Compañía, Mincing Lane 2, Londres E. C; calle Dame 5, Dublín), Jerusalén, la ciudad santa (con mezquita de Omar y puerta de Damasco, meta de aspiración), el estrecho de Gibraltar (incomparable lugar de nacimiento de Marion Tweedy), el Partenón (conteniendo estatuas, divinidades helénicas desnudas), el mercado financiero de Wall Street (que controlaba la finanza internacional), la Plaza de Toros de La Línea, España (donde O'Hara de los Camerons mató el toro), el Niágara (sobre el cual no ha pasado ningún ser humano con impunidad), la tierra de los esquimales (comedores de jabón), el país prohibido del Tibet (del que no regresa ningún viajero), la bahía de Nápoles (ver la cual y después morir), el Mar Muerto.

¿Bajo qué guía, siguiendo qué signos?

En el mar, al septentrión, de noche, la estrella polar, localizada en el punto de intersección de la línea recta desde beta a alfa en la Osa Mayor prolongada y cortada exteriormente en omega, con la hipotenusa del triángulo rectángulo formado por la línea alfa omega así prolongada y la línea alfa delta de la Osa Mayor. En tierra, a mediodía, una luna biesférica, revelada en imperfectas fases variables de lunación a través del intersticio posterior de la falda imperfectamente cerrada de una carnosa y negligente hembra perambulante, una columna de nube de día.

¿Qué anuncio público divulgaría la ocultación del ausentado?

Recompensa de 5 libras, caballero ausente, perdido, robado o extraviado de su residencia en calle Eccles 7, alrededor de 40 años, atiende por el nombre de Bloom, Leopold (Poldy), altura 5 pies 9 1/2 pulgadas, robusto, piel aceitunada, puede haberse dejado la barba desde entonces, vestía traje negro la última vez que se le vio. La cantidad mencionada se pagará por información que permita su hallazgo.

¿Qué universales denominaciones binómicas serían las suyas en cuanto entidad y no-entidad?

Asumidas por cualquiera o no conocidas de nadie. Todoquisque o Nadie.

¿Qué tributos los suyos?

Honores y dones de extranjeros, los amigos de Todoquisque. Una ninfa inmortal, la belleza, la esposa de Nadie.

El ausentado, ¿no reaparecería nunca en ningún lugar de ningún modo?

Para siempre erraría, impulsado por sí mismo, hasta el límite extremo de su órbita cometaria, más allá de las estrellas fijas y los soles variables y los planetas telescópicos, huérfanos y vagabundos astronómicos, hasta la frontera extrema del espacio, pasando de país en país, entre pueblos, entre acontecimientos. En algún lugar imperceptiblemente oiría y de algún modo, reluctantemente, compelido por el sol, obedecería a los requerimientos de retorno. A partir de lo cual, desapareciendo de la constelación de la Corona Boreal, reaparecería de alguna manera renacido sobre delta en la constelación de Casiopea y tras incalculables eones de peregrinación, retornaría, vengador erradicado, imponedor de justicia sobre malhechores, oscuro cruzado, durmiente despertado, con recursos financieros (por hipótesis) que sobrepasarían a los de Rothschild o los del rey de la plata.

¿Qué haría irracional tal regreso?

Una insatisfactoria ecuación entre un éxodo y regreso en el tiempo a través del espacio reversible, y un éxodo y regreso en el espacio a través del tiempo irreversible.

¿Qué juego de fuerzas, induciendo inercia, hacía indeseable la partida?

Lo tardío de la hora, produciendo procrastinación: la obscuridad de la noche, produciendo invisibilidad: la incertidumbre de los caminos, produciendo peligro: la necesidad de reposo, evitando el movimiento: la proximidad de un lecho ocupado, evitando la búsqueda: la previsión del calor (humano) templado por frescura (sábanas), evitando el deseo y produciendo deseabilidad: la estatua de Narciso, sonido sin eco, deseado deseo.

¿Qué ventajas poseía un lecho ocupado, a diferencia de uno no ocupado?

La supresión de la soledad nocturna, la superior calidad de la calefacción humana (hembra madura) respecto a la inhumana (botella de agua caliente), la estimulación del contacto matutino, la economía del planchado ejecutado a domicilio en el caso de pantalones exactamente doblados y colocados a lo largo entre el colchón de muelles (listado) y el colchón de lana (a cuadros marrón claro).

¿Qué pasadas causas consecutivas, aprehendidas previamente antes de levantarse, de fatiga acumulada, recapituló silenciosamente Bloom, antes de levantarse?

La preparación del desayuno (sacrificio quemado): la congestión intestinal y defecación premeditativa (sancta sanctorum): el baño (rito de Juan): el entierro (rito de Samuel): el anuncio de Alexander Llavees (Urim y Thummin): el almuerzo insubstancial (rito de Melquisedec): la visita al museo y Biblioteca Nacional (santo lugar): la búsqueda del libro a lo largo de Bedford Row, Merchants' Arch, Wellington Quay (Simchath Torah): la música en el Hotel Ormond (Shira Shirim): el altercado con un truculento troglodita en los locales de Bernard Kiernan (holocausto): un período vacío que incluía un trayecto en coche, una visita a la casa de luto, una despedida (desierto): el erotismo producido por el exhibicionismo femenino (rito de Onán): el prolongado parto de la señora Mina Purefoy (oblación): la visita a la irregular casa de la señora Bella Cohen, calle Lower Tyrone 82, y subsiguiente riña y pelea fortuita en la calle Beaver (Armageddon): perambulación nocturna hacia y desde el Refugio del Cochero, puente Butt (expiación).

¿Qué enigma autoimpuesto percibió Bloom a punto de levantarse para irse con el fin de concluir no fuera que concluyera involuntariamente?

La causa de un crujido breve seco imprevisto oído sonoro solitario emitido por el insensible material de una tabla de madera de vetas en tensión.

¿Qué enigma autoimplicado no comprendió Bloom, al levantarse, irse y reunir vestimentas multicolores multiformes multitudinosas, percibiéndolo voluntariamente?

¿Quién era M'Intosh?

¿Qué enigma autoevidente, ponderado con intermitente constancia durante 30 años, comprendió Bloom ahora, habiendo producido obscuridad natural por la extinción de luz artificial, silenciosa y repentinamente?

¿Dónde estaba Moisés cuando se apagó la vela?

¿Qué imperfecciones en un día perfecto enumeró Bloom, andando, cargado con reunidos artículos de indumentaria masculina recientemente desvestida, silenciosa y sucesivamente?

Un fracaso provisional en obtener renovación de un anuncio, en obtener cierta cantidad de té de Thomas Kernan (representante de Pulbrook, Robertson y Compañía, calle Dame 5, Dublín y Mincing Lane 2, Londres, E. C), en certificar la presencia o ausencia de orificio rectal posterior en el caso de las divinidades femeninas helénicas, en obtener entrada (gratuita o de pago) a la representación de *Leah* por la señora Bandman Palmer en el Gaiety Theatre, calle South King 46, 47, 48, 49.

¿Qué impresión de una cara ausente recordó Bloom, detenido, silenciosamente?

La cara del padre de ella, el difunto comandante Brian Cooper Tweedy, Fusileros Reales de Dublín, de Gibraltar y Rehoboth, Dolphin's Barn.

¿Qué impresiones recurrentes del mismo eran posibles por hipótesis?

Retirándose, en la estación terminal del Great Northern Railway, calle Amiens, con aceleración constantemente uniforme, siguiendo líneas paralelas que se encontraban en el infinito, si se prolongaban: siguiendo líneas paralelas, vueltas a prolongar desde el infinito, con retardación constantemente uniforme, en la estación terminal del Great Northern Railway, calle Amiens, regresando.

¿Qué efectos misceláneos de ropa interior femenina fueron percibidos?

Un par de medias nuevas de señora, inodoras, negras, de símil seda, un par de ligas nuevas violeta, un par de bragas de señora, tamaño extra, de muselina india, cortadas según líneas generosas, olorosas a opopanax, jazmín y cigarrillos turcos Muratti y conteniendo un largo imperdible brillante de acero, cerrado curvilinearmente, una blusa de batista con fina orla de encaje, una enagua de acordeón, de moaré de seda azul, todos los cuales objetos estaban dispuestos irregularmente encima de un baúl rectangular, con refuerzos cuádruples, esquinas rematadas, y etiquetas multicolores, ostentando en su cara delantera las iniciales en blanco B. C. T. (Brian Cooper Tweedy).

¿Qué objetos no personales fueron percibidos?

Una cómoda, con una pata rota, totalmente cubierta por un cuadrado de cretona con adornos de manzanas sobre el cual descansaba un sombrero de paja de señora, negro. Un juego de tocador con fileteado naranja, comprado en Henry Price, cestería, artículos de fantasía, porcelana y quincalla, calle Moore 21, 22, 23, dispuesto irregularmente en el lavabo y el suelo, y consistiendo en palangana, jabonera y bandeja de cepillos (en el lavabo, juntos), jarro y bacinilla (en el suelo, separados).

¿Los actos de Bloom?

Depositó las prendas de vestir en un silla, se quitó las restantes prendas de vestir, sacó de debajo del cabezal, a la cabecera de la cama, un camisón doblado, largo, blanco, metió la cabeza y los brazos en las aberturas adecuadas del camisón, desplazó una almohada desde la cabecera a los pies de la cama, preparó las sábanas adecuadamente y se metió en la cama.

¿Cómo?

Con circunspección, como siempre que entraba en una residencia (suya o no suya): con solicitud, siendo viejos los muelles de espiral serpentina del colchón, estando sueltas las arandelas de latón y los colgantes radios viperinos temblando bajo esfuerzo y presión: prudentemente, como entrando en una madriguera o emboscada de lujuria o áspid: ligeramente, para estorbar menos: reverentemente, en el lecho de la concepción y el nacimiento, de la consumación del matrimonio y del quebrantamiento del matrimonio, del sueño y de la muerte.

¿Qué encontraron sus miembros, al extenderse gradualmente?

Sábanas nuevas y limpias, olores adicionales, la presencia de una forma humana, femenina, la de ella, la huella de una forma humana, masculina, no la de él, algunas

migas, algunos fragmentos de carne en conserva, vuelta a guisar, que él apartó.

Si hubiera sonreído, ¿por qué habría sonreído?

Por reflexionar que cada cual que entra se imagina ser el primero en entrar siendo así que siempre es el último término de una serie precedente aunque el primer término de otra sucesiva, imaginando cada cual ser el primero, último, solo y único, siendo así que no es ni el primero ni el último ni solo ni único en una serie que se origina en y se repite hasta el infinito.

¿Qué serie precedente?

Suponiendo que Mulvey fuera el primer término de su serie, Penrose, Bartell d'Arcy, el profesor Goodwin, Julius Mastiansky, John Henry Menton, el padre Bernard Corrigan, un granjero de la Exposición de la Real Sociedad Hípica de Dublín, Maggot O'Reilly, Matthew Dillon, Valentine Blake Dillon (Alcalde de Dublín), Christopher Callinan, Lenehan, un organillero italiano, un caballero desconocido del Gaiety Theatre, Benjamín Dollard, Simon Dedalus, Andrew (Pisser) Burke, Joseph Cuffe, Wisdom Hely, el concejal John Hooper, el doctor Francis Brady, el padre Sebastian de Mount Argus, un limpiabotas de la Oficina Central de Correos, Hugh E. (Blazes) Boylan y así cada cual y así sucesivamente sin término último.

¿Cuáles eran sus reflexiones sobre el último miembro de esta serie y ocupante anterior de la cama?

Reflexiones sobre su vigor (un calavera), su proporción corporal (un pegacarteles), su capacidad comercial (un faroleador), su impresionabilidad (un fanfarrón).

¿Por qué, para el observador, impresionabilidad en adición a vigor, proporción corporal y capacidad comercial?

Porque había observado con creciente frecuencia en los precedentes miembros de la misma serie la misma concupiscencia, inflamablemente transmitida al principio con alarma, luego con comprensión, luego con deseo, finalmente con fatiga, con síntomas alternantes de comprensión y aprensión epicenas.

¿De qué sentimientos antagónicos estuvieron afectadas sus reflexiones subsiguientes?

Envidia, celos, abnegación, ecuanimidad.

¿Envidia?

De un organismo masculino corporal y mental especialmente adaptado para la postura superincumbente de la enérgica copulación humana y el enérgico movimiento de pistón y cilindro necesario para la completa satisfacción de una concupiscencia constante pero no aguda residente en un organismo femenino corporal y mental, pasivo pero no obtuso.

¿Celos?

Porque una naturaleza sólida y volátil en su estado libre era alternativamente el agente(s) y reagente(s) de atracción. Porque la acción entre agentes y reagentes variaba en cada instante, en proporción inversa de crecimiento y decrecimiento, con incesante extensión circular y reingreso radial. Porque la controlada contemplación de la fluctuación producía, si se deseaba, una fluctuación de placer.

¿Abnegación?

En virtud de *a*) conocimiento iniciado en septiembre de 1903 en el establecimiento de George Mesias, sastre y camisero, Eden Quay 5, *b*) hospitalidad ofrecida y recibida en especie, reciprocada y hecha propia en persona, *c*) relativa juventud, sujeta a impulsos de ambición y magnanimidad, altruismo colegal y egoísmo amoroso, *d*) atracción extrarracial, inhibición intrarracial, prerrogativa suprarracial, *e*) una inminente gira musical por provincias, gastos efectivos en común, beneficios netos a dividir.

¿Ecuanimidad?

En cuanto natural como cualquier y todo acto natural de naturaleza expresada o entendida en la naturaleza naturada por criaturas naturales de acuerdo con las naturalezas naturadas de él, de ella y de ellos, de similaridad desimilar. En cuanto no tan calamitoso como la aniquilación cataclísmica del planeta a consecuencia de colisión con un sol oscuro. En cuanto menos reprensible que hurto, salteamiento de caminos, crueldad con niños y animales, obtención de dinero bajo falsas pretensiones, falsificación, malversación, apropiación de fondos públicos, quebrantamiento de confianza pública, simulación de enfermedades, mutilación voluntaria, corrupción de menores, calumnia criminal, chantaje, desprecio al tribunal, incendio con dolo, traición, delito de mayor cuantía, motín en alta mar, violación de propiedad, robo con fractura, evasión de penitenciaría, práctica de vicios antinaturales, deserción de fuerzas armadas en campaña, perjuicio, caza furtiva, usura, entendimiento con

enemigos del rey, impostura, agresión criminal, homicidio, asesinato deliberado y premeditado. En cuanto que no más anormal que todos los demás procesos alterados de adaptación a condiciones alteradas de existencia, resultantes en un equilibrio recíproco entre el organismo corporal y sus circunstancias contingentes, alimentos, bebidas, costumbres adquiridas, inclinaciones consentidas, enfermedad típica. En cuanto más que inevitable, irreparable.

¿Por qué más abnegación que celos, menos envidia que ecuanimidad?

De ultraje (matrimonio) a ultraje (adulterio) no surgía nada más que ultraje (copulación) y sin embargo el violador matrimonial de la violada matrimonialmente no había sido ultrajado por el violador adulterino de la adulterinamente violada.

¿Qué represalia, si la había?

Asesinato, nunca, ya que dos males no hacían un bien. Duelo armado, no. Divorcio, ahora no. Puesta de manifiesto mediante artificio mecánico (cama automática) o testimonio individual (testigo de vista escondido) todavía no. Pleito por daños por vía legal o simulación de agresión con pruebas de lesiones sufridas (autoinfligidas), no era imposible. Si había, positivamente, connivencia, introducir la emulación (material, una próspera agencia rival de publicidad: moral, un agente rival con éxito en la intimidad), depreciación, alienación, humillación, separación protegiendo a la separada del otro, protegiendo al separador de ambos.

¿Por qué reflexiones él, reaccionando conscientemente ante la vacía incertidumbre, se justificaba a sí mismo sus sentimientos?

La fragilidad preordenada del himen, la intangibilidad presupuesta de la cosa en sí; la incongruencia y desproporción entre la tensión autoprolongadora de la cosa a hacer y la relajación autoabreviadora de la cosa hecha; la falazmente inferida debilidad de la hembra, la musculosidad del macho; las variaciones de los códigos éticos; la natural transición gramatical por inversión, sin implicar alteración de sentido, de una proposición de aoristo pretérito (analizada como sujeto masculino, verbo transitivo monosilábico onomatopéyico con complemento directo femenino) desde la voz activa a su correlativa proposición de aoristo pretérito (analizado como sujeto femenino, verbo auxiliar y participio de pretérito cuasimonosilábico onomatopéyico con agente complementario masculino) en la voz pasiva; la continuada producción de inseminadores por generación; la futilidad del triunfo o la protesta o la vindicación; la inanidad de la virtud decantada; la letargia de la materia insipiente; la apatía de las estrellas.

¿En qué satisfacción final convergieron esos sentimientos y reflexiones antagónicos, reducidos a sus formas más simples?

Satisfacción ante la ubicuidad, en los hemisferios terrestres oriental y occidental, en todas las tierras e islas habitables exploradas o inexploradas (la tierra del sol de medianoche, las islas de los bienaventurados, las islas de Grecia, la tierra de promisión) de adiposos hemisferios posteriores femeninos, aromados de leche y miel y de tibieza excretoria sanguínea y seminal, reminiscentes de seculares familias de curvas de amplitud, no susceptibles de estados de ánimo de impresión o de contrariedades de expresión, expresivos de muda inmutable madura animalidad.

¿Signos visibles de presatisfacción?

Una erección aproximativa: una aproximación solícita: una elevación gradual: una revelación intentada: una contemplación silenciosa.

¿Y luego?

Besó los gruesos blandos amarillos aromáticos melones de su trasero, en cada grueso hemisferio melonoso, en su blando amarillo surco, con oscura prolongada provocativa melonaromática osculación.

¿Signos visibles de postsatisfacción?

Una contemplación silenciosa: una velación intentada: un gradual descenso: un apartamiento solícito: una erección próxima.

¿Qué siguió a esta silenciosa acción?

Invocación somnolente, reconocimiento menos somnolente, excitación incipiente, interrogación catequética.

¿Con qué modificaciones respondió el narrador a esta interrogación?

Negativas: omitió mencionar la correspondencia clandestina entre Martha Clifford y Henry Flower, el altercado público junto a, en y cerca del local con licencia para bebidas de Bernard Kiernan y Compañía, calle Little Britain 8, 9 y 10, la provocación erótica y respuesta a ella causada por el exhibicionismo de Gertrude (Gerty), apellido desconocido. Positivas: incluyó la mención de una interpretación por la señora Bandman Palmer de *Leah* en el Gaiety Theatre, calle South King 46, 47, 48, 49, una invitación a cenar en el Hotel Wynn's (Murphy's), calle Lower Abbey 35,

36 y 37, un volumen de tendencia pecaminosa pornográfica titulado *Dulzuras del pecado*, anónimo, autor un caballero a la moda, una contusión temporal causada por un movimiento falsamente calculado en el curso de una demostración gimnástica tras la cena, siendo la víctima (después completamente recobrado) Stephen Dedalus, profesor y autor, hijo mayor sobreviviente de Simon Dedalus, sin ocupación fija, una proeza aeronáutica ejecutada por él (narrador) en presencia de un testigo, el profesor y autor susodicho, con prontitud de decisión y flexibilidad gimnástica.

¿Fue la narración por lo demás inalterada por modificaciones?

Absolutamente.

¿Qué acontecimiento o persona emergió como el punto sobresaliente de su narración?

Stephen Dedalus, profesor y autor.

¿Qué limitaciones de actividad e inhibiciones de derechos conyugales fueron percibidas por oyente y narrador respecto a ellos mismos durante el curso de esta narración intermitente y cada vez más lacónica?

Por parte de la oyente una limitación de fertilidad en cuanto que habiéndose celebrado el matrimonio un mes de calendario después del 18.º aniversario de su nacimiento (8 de septiembre de 1870), esto es el 8 de octubre, y consumado en la misma fecha, con progenie de sexo femenino nacida el 15 de junio de 1889, habiendo sido anticipadamente consumado el 10 de septiembre del mismo año, y habiendo tenido lugar por última vez el comercio carnal completo, con eyaculación de semen dentro del órgano natural femenino, 5 semanas, esto es, el 27 de noviembre de 1893, antes del nacimiento, el 29 de diciembre de 1893, del segundo (y único varón) engendrado, fallecido el 9 de enero de 1894, de edad de 11 días, quedaba un período de 10 años, 5 meses y 18 días durante el cual el comercio carnal había sido incompleto, sin eyaculación de semen dentro del órgano natural femenino. Por el narrador, una limitación de actividad, mental y corporal, en cuanto que el comercio mental completo entre él mismo y la oyente no había tenido lugar desde la consumación de la pubertad, indicada por hemorragia cataménica, de la progenia femenina del narrador y la oyente, 15 de septiembre de 1903, quedando un período de 9 meses y 1 día durante el cual a consecuencia de una preestablecida comprensión natural e incomprensión entre las hembras consumadas (oyente y progenie femenina), la completa libertad corporal de acción había quedado circunscrita.

¿Cómo?

Por variada y reiterada interrogación femenina concerniente al objetivo masculino a dónde, lugar dónde, hora en que, duración por la cual, objeto con cual, en el caso de ausencias temporales, proyectadas o realizadas.

¿Qué se movía visiblemente por encima de los invisibles pensamientos de la oyente y el narrador?

La proyección hacia arriba de una lámpara y pantalla, una serie inconstante de círculos concéntricos de variables gradaciones de luz y sombra.

¿En qué direcciones estaban tendidos oyente y narrador?

Oyente, E-SE; Narrador, O-NO; en el paralelo 53 de latitud N y meridiano 6 de longitud O; a un ángulo de 45° respecto al ecuador terrestre.

¿En qué estado de reposo o movimiento?

En reposo en relación consigo mismos y entre sí. En movimiento, siendo arrastrados ambos y cada uno hacia el oeste, de frente y de espaldas respectivamente, por el propio movimiento perpetuo de la tierra a través de senderos siempre cambiantes en el espacio nunca cambiante.

¿En qué postura?

Oyente: reclinada semilateralmente, a la izquierda, la mano izquierda bajo la cabeza, pierna derecha extendida en línea recta, y descansando en la pierna izquierda, doblada, en la actitud de Gea-Tellus, saciada, recumbente, cargada de semilla. Narrador: reclinado lateralmente, a la izquierda, con las piernas derecha e izquierda flexionadas, el dedo índice y pulgar de la mano derecha descansando en el puente de la nariz, en la actitud representada en una fotografía instantánea hecha por Percy Apjohn, el hombre-niño cansado, el niño-hombre en el vientre.

¿Vientre? ¿Cansado?

Descansa. Ha viajado.

¿Con?

Simbad el Marinero y Mimbad el Salinero y Timbad el Timbalero y Himbad el Harinero y Kimbad el Kaminero y Rimbad el Ratonero y Bimbad el Barullero y

Vimbad el Verdadero y Pimbad el Panadero y Limbad el Limonero y Guimbad el Guitarrero y Fimbad el Farolero y Jimbad el Jaranero y Cimbad el Cimbalero y Ximbad el Xilofonero.

¿Cuándo?

Entrando en una cama oscura había un cuadrado en redondo en torno a Simbad el Marinero huevo de roc de alca en la noche de la cama de todas las alcas de los rocs de Oscurimbad el Claridiero.

¿Dónde?

[18]

Sí porque él nunca había hecho tal cosa como pedir el desayuno en la cama con un par de huevos desde el Hotel City Arms cuando solía hacer que estaba malo en voz de enfermo como un rey para hacerse el interesante con esa vieja bruja de la señora Riordan que él se imaginaba que la tenía en el bote y no nos dejó ni un ochavo todo en misas para ella sola y su alma grandísima tacaña como no se ha visto otra con miedo a sacar cuatro peniques para su alcohol metílico contándome todos los achaques tenía demasiado que desembuchar sobre política y terremotos y el fin del mundo vamos a divertirnos primero un poco Dios salve al mundo si todas las mujeres fueran así venga que si trajes de baño y escotes claro que nadie quería que ella se los pusiera imagino que era devota porque ningún hombre la miraría dos veces espero no llegar a ser nunca como ella milagro que no quisiera que nos tapáramos la cara pero era una mujer bien educada y toda su cháchara con el señor Riordan por aquí y el señor Riordan por allá supongo que él se alegró de perderla de vista y el perro oliéndome las pieles y siempre entremetiéndose para subírseme por debajo de las enaguas especialmente entonces sin embargo eso me gusta de él amable con las viejas así y los camareros y los mendigos también no es orgulloso por nada pero no siempre si alguna vez le pasa algo serio de verdad es mejor que se vayan al hospital donde todo está limpio pero supongo que tendría que machacárselo durante un mes sí y entonces tendríamos en seguida en el asunto una enfermera del hospital y él se quedaría hasta que le echaran o una monja a lo mejor como la de la foto indecente que tiene él es tan monja como yo sí porque son tan débiles y quejumbrosos cuando se ponen malos quieren una mujer para ponerse buenos si les sangra la nariz se creería que era eso oh tragedia y esos ojos de moribundo bajando por la circunvalación sur cuando se torció el pie en la fiesta del coro de Monte Pandeazúcar el día que estrené aquel traje la señorita Stack le llevó las flores las peores y más viejas que encontró en el fondo del cesto cualquier cosa con tal de meterse en la alcoba de un hombre con su voz de solterona tratando de imaginarse que él estaba a morir por culpa de ella no volver a ver jamás tu rostro aunque él tenía más cara de hombre con la barba un poco crecida en la cama papá era lo mismo además me fastidia vendar y dar medicinas cuando se cortó el dedo del pie con la navaja de afeitar cortándose los callos con miedo de un envenenamiento de la sangre pero si la cosa fuera que yo estuviera mala ya veríamos entonces qué atenciones solamente claro que la mujer lo esconde para no dar toda la molestia como ellos sí él lo ha hecho en algún sitio estoy segura por ese apetito de todos modos no es amor o si no no comería pensando en ella así que o ha sido con una de esas mujeres de por la noche si es que realmente ha estado allá abajo y el cuento del hotel que inventó un montón de mentiras para esconderlo me entretuvo Hynes a quién me encontré ah sí

me encontré a te acuerdas de Menton y a quién más quién vamos a ver esa cara grande de niñito yo le vi y no hacía mucho que se había casado coqueteando con una chica joven en el Myriorama de Pooles y le volví la espalda cuando se escapaba con cara de darse mucha cuenta de qué mal hacía pero tuvo la desvergüenza de hacerme la corte una vez le está bien empleado boca irresistible y esos ojos de pescado hervido de todos los mayores imbéciles que he conocido y a eso lo llaman un procurador solamente que a mí me fastidia tener una discusión larga en la cama o si no es eso habrá sido cualquier putilla con la que se ha enredado en algún sitio o la ha pescado a escondidas si le conocieran tan bien como yo sí porque anteayer estaba garrapateando algo como una carta cuando yo entré en la salita a por cerillas para enseñarle lo de la muerte de Dignam en el periódico como si algo me lo hubiera dicho y él lo tapó con el secante haciendo como que pensaba en negocios así que muy probablemente eso era para alguna que se imagina que le ha conquistado porque todos los hombres se ponen un poco así a su edad especialmente para los cuarenta como él ya va ahora con vistas a sacarle todo el dinero que pueda no hay tonto como un tonto viejo y luego el acostumbrado beso en el culo para esconderlo no es que me importe un pito con quién lo hace ni a quién había conocido antes así aunque me gustaría averiguarlo con tal de que no los tenga a los dos delante de las narices todo el tiempo como aquella sinvergüenza la Mary que tuvimos en Ontario Terrace poniéndose rellenos falsos en el trasero para excitarle ya está mal sentir cómo echa él el olor de esas mujeres pintadas una vez o dos tuve sospechas al hacerle que se me acercara cuando le encontré el pelo largo en la chaqueta sin contar la vez que entré en la cocina y él haciendo como que bebía agua 1 mujer no les basta fue todo culpa de él claro echando a perder a las criadas y luego proponiendo que la dejáramos comer a nuestra mesa en Navidad por favor oh no gracias no en mi casa robándome las patatas y las ostras a 2 chelines 6 peniques la docena saliendo a ver a su tía por favor robo vulgar era eso pero yo estaba segura de que él tenía algo que ver con ella soy buena yo para descubrir una cosa así él decía no tienes pruebas ella era la prueba ah sí a su tía le gustaban mucho las ostras pero yo le dije lo que pensaba de ella insinuándome que saliera para quedarse solo con ella yo no me iba a rebajar a espiarles las ligas que le encontré a ella en su cuarto el viernes que salía eso fue bastante para mí ya era demasiado vi también que se le hinchaba la cara de rabia cuando la despedí más vale pasarse sin ellas en absoluto los cuartos los hago yo más deprisa sólo por el maldito guisar y echar fuera toda la suciedad de todos modos lo puse en manos de él o ella o yo sale de esta casa yo no le podía ni tocar de pensar que andaba con una asquerosa embustera descarada una sucia como esa negándomelo en la cara y cantando por todas partes también en el retrete porque sabía que estaba demasiado bien instalada sí porque él no podría pasarse sin eso tanto tiempo así que él tenía que hacerlo por algún sitio y la última vez que se me desahogó en el culo fue la noche que Boylan me dio un gran apretón en la mano yendo por el Tolka en mi mano se me desliza otra mano yo nada más que le apreté el dorso de la suya así con el pulgar para devolverle

el apretón cantando la joven luna de mayo refulge de amor porque él tiene alguna idea de que entre él y yo no es tan tonto dijo ceno fuera y voy al Gaiety aunque no voy a darle la satisfacción en todo caso bien sabe Dios que él es muy diferente no sé cómo no estar por los siglos de los siglos llevando el mismo sombrero viejo a no ser que yo pagara a algún muchacho guapo para hacerlo porque no puedo hacerlo yo sola yo le gustaría a uno joven le aturdiría un poco a solas con él si estuviéramos le enseñaría las ligas las nuevas y le haría ponerse colorado mirándole seduciéndole yo sé lo que sienten los muchachos con ese vello en los carrillos siempre enredándose y tirándose de la cosa pregunta y respuesta harías esto eso y lo otro con el carbonero sí con un obispo sí lo haría porque le conté de aquel Deán u Obispo que estaba sentado a mi lado en los jardines del templo de los judíos cuando yo hacía punto aquella cosa de lana forastero en Dublín qué sitio era y así venga con los monumentos y me hartó con las estatuas animándole haciéndole peor de lo que es en quién estás pensando ahora dime en quién piensas quién es dime cómo se llama quién es el Emperador de Alemania sí imagina que yo soy él piensa en él puedes notarle tratando de hacer de mí una puta eso no lo hará nunca debería renunciar a esta edad de su vida sencillamente la ruina de cualquier mujer y no hay satisfacción en eso fingiendo disfrutar hasta que se corre él y entonces lo termino yo misma de cualquier manera y le deja pálidos los labios no sé por qué ahora se ha terminado de una vez para todas con todas las maravillas que dice la gente es sólo la primera vez después es nada más lo corriente hazlo y no lo pienses más por qué no se puede besar a un hombre sin ir primero y casarse con él a veces a una le encanta como una loca cuando una se siente de esa manera tan buena por todo el cuerpo que no se puede resistir me gustaría que algún hombre cualquiera me cogiese alguna vez cuando él está aquí y me besase entre sus brazos no hay cosa como un beso largo y caliente que te baja por el alma casi te paraliza además me fastidia eso de la confesión cuando iba al Padre Corrigan me tocó padre y qué tiene de malo si me tocó dónde y yo dije en la orilla del canal como una tonta pero en qué sitio de tu persona hija mía en la pierna detrás arriba era sí bastante arriba donde uno se sienta sí oh Señor no podría empezar por decir culo y terminar de una vez y qué tenía que ver con eso y también has como lo dijera se me ha olvidado no padre y yo siempre pienso en el padre de verdad qué necesidad tenía de saber cuando yo lo había confesado ya a Dios él tenía una bonita mano gorda la palma siempre húmeda no me importaría tocarla ni a él tampoco diría yo por el cuello de toro en su collera de caballo no sé si me reconoció en el confesonario yo le veía la cara él no podía verme la mía claro él nunca se volvía ni dejaba notar nada sin embargo tenía los ojos rojos cuando se murió su padre están perdidos para una mujer claro debe ser terrible cuando llora un hombre cuanto más ellos a mí me gustaría que me abrazara uno con sus vestiduras y echando ese olor de incienso como el Papa además no hay peligro con un cura si una está casada él tiene cuidado de sobra por él mismo luego dar algo a S. S. el Papa como penitencia no sé si él quedó satisfecho de mí lo único que no me gustó fue la palmada detrás al marcharse con tanta

familiaridad en el recibidor aunque me reí no soy un caballo ni un burro digo yo supongo que pensaba en su padre no sé si estará despierto pensando en mí o soñando que yo estoy ahí quién le dio esa flor él dijo que la compró él olía a cierta clase de bebida no whisky ni cerveza negra o quizá esa especie de cola dulzona con que pegan los carteles con algún licor que a mí me gustaría sorber esas bebidas caras que parecen espesas verdes y amarillas que beben los presumidos de los teatros con sus chisteras yo probé una metiendo el dedo en el vaso de ese americano que tenía la ardilla y hablaba de sellos con papá le costaba mucho trabajo no quedarse dormido después de la última vez tomamos el oporto y la carne en conserva tenía un buen sabor salado sí porque me sentía deliciosamente y también cansada y me quedé dormida como un lirón en el momento en que me metí en la cama hasta que me despertó ese trueno como si se fuera a acabar el mundo Dios tenga misericordia de nosotros creí que se caía el cielo para castigarnos cuando me santigüé y dije un avemaría como esos truenos terribles en Gibraltar y vienen ésos con que no hay Dios qué se podía hacer si se metiera y corriera por ahí nada sino hacer un acto de contrición la vela que puse esa noche en la capilla de la calle Whitefriars por el mes de mayo ves ha traído suerte aunque él se burlaría si lo oyera porque nunca va a misa ni a las reuniones dice que tu alma no tienes alma dentro sólo materia gris porque él no sabe lo que es tener alma sí cuando encendí la lámpara sí porque él debió venir 3 ó 4 veces con esa tremenda cosa grande roja y brutal que tiene yo creí que la vena o como demonios se llame le iba a estallar aunque no tiene la nariz tan grande después que me lo quité todo con las cortinas echadas después de tantas horas arreglándome y perfumándome y peinándome eso como hierro o como alguna especie de barra gorda de pie todo el tiempo debía haber comido ostras creo que varias docenas estaba muy en voz para cantar no nunca en toda mi vida he notado ninguno que tuviera una de ese tamaño para hacerla a una sentirse llena debía haberse comido una oveja entera qué ocurrencia hacernos así con ese gran agujero en medio de nosotras como un garañón metiéndotelo dentro porque eso es lo único que quieren de una con esa mirada decidida y maligna en los ojos tuve que entornar los ojos sin embargo no tiene una cantidad tan tremenda de esperma dentro cuando se la hice sacar y hacérmelo encima teniendo en cuenta lo grande que es tanto mejor en caso de que un poco de eso no quedara lavado como es debido la última vez le dejé terminarlo dentro bonita invención que hicieron para las mujeres de que él se lleve todo el gusto pero si alguien les diera un poco de eso a ellos también sabrían lo que pasé con Milly nadie lo creería también cuando echó los dientes y el marido de Mina Purefoy dame una metida con tus patillas cargándola con un niño o con gemelos una vez al año tan fijo como el reloj siempre con un olor a niños encima de ella el que llamaban mustafá o algo así como un negro con un mechón de pelo encima Jesús bendito el niño es negrito la última vez que estuve allí había un pelotón de ellos cayéndose unos encima de otros y aullando que no se oía una misma dicen que es sano no están contentos hasta que nos han hinchado como elefantas o no sé qué supongamos que me

arriesgara a tener otro no de él aunque sin embargo si él estuviera casado estoy segura de que tendría un niño fuerte y sano pero no sé Poldy tiene más jugo dentro sí eso sería divertido imagino que fue el encuentro con Josie Powell y el entierro y el pensar en mí y en Boylan lo que le ha excitado bueno ya puede imaginarse lo que le parezca bien ahora si eso le sienta bien sí que se magreaban un poco cuando yo aparecí en escena él bailaba con ella y se pasó la noche sentado a su lado cuando la inauguración de la casa de Georgina Simpson y luego quería hacerme tragar que era porque no le gustaba verla plantada en el rincón por eso fue por lo que tuvimos la agarrada por política él empezó no yo cuando dijo lo de que Nuestro Señor siendo carpintero acabó por hacerme llorar claro una mujer es muy sensible en todo yo estaba luego furiosa conmigo misma por haber cedido pues sabía que había perdido la cabeza por mí y el primer socialista dijo fue Él me molestó mucho porque no pude hacerle perder los estribos sin embargo sabe la mar de cosas mezcladas especialmente sobre el cuerpo y lo de dentro yo muchas veces quise estudiármelo esto también lo que tenemos dentro de nosotras en ese Médico de la Familia siempre oía su voz hablando cuando el cuarto estaba lleno de gente y observarle después que hice como si estuviera un poco fría con ella por causa de él porque él solía ser un poco dado a los celos siempre preguntaba a dónde vas y yo decía a casa de Floey y él me regaló las poesías de Lord Byron y los tres pares de guantes así que acabó con que pude conseguir fácilmente hacer las paces en cualquier momento yo sé cómo aun suponiendo que él volviese a entenderse con ella y fuera a verla en algún sitio yo lo sabría si se negaba a comer cebolla yo sé muchas maneras pedirle que me arreglara el cuello de la blusa o tocarle con mi velo y mis guantes al salir 1 beso entonces les haría andar de coronilla a todas ellas sin embargo muy bien bueno veremos entonces que vaya él a verla desde luego que ella estaría encantada de hacer como si estuviera loca de amor por él eso a mí no me importaría mucho yo nada más que iría a verla y le preguntaría le quieres y la miraría cara a cara para que no pudiera engañarme pero él podría imaginarse que sí y declarársele a ella con ese estilo de nunca acabar el blablabla como hizo conmigo aunque a mí me costó un trabajo endemoniado sacárselo aunque me gustaba eso en él porque demostraba que era capaz de contenerse y que no era tan fácil de conquistar él estuvo a punto de declarárseme a mí también la noche en la cocina cuando yo estaba haciendo la torta de patata hay algo que tengo que decirle sólo que yo le tapé la boca haciendo como si estuviera irritada con las manos y los brazos llenos de masa de harina en todo caso yo había cedido demasiado la noche antes hablando de sueños así que no quería dejarle saber más de lo que le era necesario ella siempre me estaba abrazando cuando estaba él allí queriendo decir a él claro comiéndome con los ojos y cuando dije que yo me lavaba de arriba a abajo todo lo posible preguntándome te lavaste lo posible las mujeres siempre tratan de ir a parar a eso y a insistir en ello cuando él está allí saben por sus ojos maliciosos guiñando un poco haciéndose el indiferente cuando ellas salen con algo semejante que eso es lo que le echa a perder no me extraña nada porque era muy

guapo en esos tiempos tratando de parecerse a Lord Byron dije que me gustaba aunque era demasiado hermoso para un hombre y fue un poco antes de que nos hiciéramos novios después sin embargo a ella no le gustaba tanto el día que yo me caía de risa que no podía parar las carcajadas por todas las horquillas que se me caían una detrás de otra con la mata de pelo que tenía yo siempre estás de buen humor dijo ella sí porque le chinchaba porque sabía lo que eso quería decir porque yo le solía contar un buen poco de lo que pasaba entre nosotros no todo sino justo lo suficiente para que se le hiciera la boca agua pero no era culpa mía si no volvió a poner apenas los pies en casa después que nos casamos no sé qué tal estará ahora después de vivir con ese marido chiflado que tiene la cara se le empezaba a estirar y a estropear la última vez que la vi debía ser precisamente después de una pelea con él porque al momento vi que trataba de llevar la conversación a los maridos y hablar de él para ponerle por los suelos qué fue lo que me dijo ah sí que algunas veces él se acostaba con las botas embarradas puestas cuando le da por ahí imagínate tener que acostarse con un ser así que podría asesinarte en cualquier momento qué hombre bueno no todos se vuelven locos de la misma manera Poldy en todo caso cualquier cosa que haga siempre se restriega los pies en la esterilla cuando entra haga sol o llueva y siempre se embetuna las botas él mismo también y siempre se quita el sombrero cuando se encuentra con una por la calle así y ahora ése anda por ahí en pantuflas pidiendo mil esterlinas por una postal ve ve oh querida mía del alma una cosa así sería como para llevarla a una a la tumba en realidad demasiado estúpido incluso para quitarse las botas ahora qué podría hacer una con un hombre así yo preferiría morirme 20 veces seguidas antes que casarme con otro de su sexo claro él nunca encontraría otra mujer como yo que le aguantara como yo ven a dormir conmigo sí y él lo sabe también en el fondo de su alma ahí tienes a esa señora Maybrick que envenenó a su marido qué sé yo por qué enamorada de otro hombre sí se lo averiguaron acaso no era una miserable completa por ir y hacer una cosa así claro algunos hombres pueden ser terriblemente irritantes le vuelven a una loca y siempre las peores palabras del mundo para qué nos piden que nos casemos con ellos si somos tan malas como todo eso sí porque no saben arreglárselas sin nosotras arsénico blanco le puso en el té cogido del papel matamoscas verdad que sí no sé por qué se llama así si se lo preguntara a él diría que viene del griego dejándola a una tan en blanco como antes ella debía estar locamente enamorada del otro para correr el riesgo de que la ahorcaran ah no le importó si era su naturaleza qué podía hacer ella además no serán tan brutos como para ir y ahorcar a una mujer seguramente los hombres los hombres son todos tan diferentes Boylan hablando de la forma de mi pie se dio cuenta en seguida incluso antes de que me lopresentaran cuando estaba yo en el D. B. C. con Poldy riendo y tratando de oír yo movía el pie los dos pedimos 2 tés y pan corriente con mantequilla le vi mirando con sus dos hermanas solteronas cuando me puse de pie y le pregunté a la chica dónde estaba el eso qué me importaba se me empezaba a salir en gotas y esas bragas negras cerradas que me hizo comprar él le lleva a una

media hora bajárselas mojándome toda siempre con alguna manía flamante una semana sí y otra no tan largo que me olvidé los guantes de ante detrás del asiento que nunca los recuperé alguna ladrona de mujer y él quería que yo lo pusiera en el *Irish Times* perdido en lavabo de señoras D. B. C. calle Dame devolver a señora Marion Bloom y le vi los ojos en mis pies cuando salía por la puerta giratoria él miraba cuando yo miré atrás y fui allí a tomar el té 2 días después con la esperanza pero no estaba entonces cómo le excitó eso porque yo los cruzaba cuando estábamos en el otro cuarto primero quería decir los zapatos que están demasiado estrechos para andar con ellos mi mano es así de bonita sólo con que tuviera un anillo con la piedra de mi mes una bonita aguamarina yo le haré que me dé uno y una pulsera de oro no me gusta mi pie tanto sin embargo le hice disfrutar una vez con mi pie la noche después del fracaso del concierto de Goodwin tan frío y con tanto viento fue una suerte que tuviéramos ese ron en casa para hacer un ponche y el fuego no se había apagado del todo cuando me pidió que me quitara las medias tumbada en la alfombra delante de la chimenea en la calle Lombard bueno y otra vez fueron mis botas embarradas él quería que fuera andando por todo el estiércol de caballo que pudiera encontrar pero claro que él no es normal como todo el mundo que yo qué decía él yo podía darle 9 puntos sobre 10 a Katty Lanner y ganarla qué quiere decir eso le pregunté no me acuerdo de lo que dijo porque pasó entonces el periódico de última hora y el hombre del pelo rizado de la lechería Lucan que es tan bien educado creo que había visto su cara ya en otra parte me di cuenta de él cuando probaba la mantequilla así que me lo tomé con tiempo también Bartell d'Arcy del que él se solía burlar cuando empezó a besarme en las escalerillas del coro después que canté el *Ave María* de Gounod a qué estamos esperando oh mi corazón bésame en seguida en la frente y ese sitio que es mi sitio moreno él estaba muy caliente a pesar de su voz de pito también mis notas bajas siempre le volvían loco de creerle a él me gustaba la manera como usaba la boca cantando entonces él dijo si no era terrible hacerlo allí en un sitio así yo no le veo nada de terrible se lo contaré algún día no ahora para sorprenderle eso y le llevaré allí y le enseñaré el mismísimo sitio también lo hicimos ahora ahí tienes o lo tomas o lo dejas él cree que no puede pasar nada sin que lo sepa él no tenía ni idea de mi madre hasta que nos hicimos novios si no no me habría conseguido tan fácilmente él era 10 veces peor de todos modos pidiéndome que le diera un pedacito pequeño cortado de mis bragas eso fue la tarde que veníamos por Kenilworth Square me besó en el ojal del guante y tuve que quitármelo preguntándome se permite preguntar la forma de mi alcoba así que dejé que se lo quedara como si me lo olvidara para pensar en mí cuando le vi deslizárselo en el bolsillo claro que está loco en el asunto de las bragas se ve claramente siempre echando el ojo a esas descaradas en bicicleta con las faldas levantadas por el viento hasta el ombligo incluso cuando Milly y yo salimos con él en el festival al aire libre aquella de muselina crema que estaba de pie a contraluz del sol para que él pudiera ver hasta el último átomo que llevaba puesto cuando él me veía por detrás siguiéndome en la lluvia yo le vi antes que me viera sin embargo parado en

la esquina de la encrucijada de Harold con un impermeable nuevo encima con la bufanda de colores gitanos para lucir su tez y el sombrero marrón con su cara de malicia como de costumbre qué hacía él allí donde no le importaba nada ellos pueden ir y sacar lo que se les antoje de cualquier cosa con faldas y nosotras no podemos hacer preguntas pero ellos necesitan saber dónde estabas dónde vas yo le noté que me venía siguiendo con disimulo los ojos en mi nuca había estado lejos de la casa se dio cuenta de que la cosa se le ponía demasiado difícil así que medio me volví y me paré entonces empezó a darme la tabarra para que dijera que sí hasta que me quité el guante despacio mirándole él dijo que mis mangas caladas eran demasiado frescas para la lluvia cualquier cosa como excusa para poner la mano cerca de mis bragas bragas todo el santo día hasta que le prometí darle las de mi muñeca para que las llevara en el bolsillo del chaleco *O María Santissima* qué aire tan idiota chorreando en la lluvia espléndida dentadura me había dado hambre de mirarla y me pidió que me levantara la enagua naranja que llevaba con plisados de rayo de sol que no había nadie dijo se arrodillaría en lo mojado si yo no lo hacía tan empeñado que lo haría de verdad y echaría a perder su impermeable nuevo nunca se sabe qué locura les entra a solas con una se ponen tan salvajes por eso si hubiera pasado alguien yo me las levanté un poco y le toqué los pantalones por fuera como le hacía a Gardner después con la mano izquierda para impedirle que hiciera algo peor donde había demasiada gente me moría por averiguar si estaba circuncidado él temblaba como una jalea por todo el cuerpo ellos lo quieren hacer todo demasiado deprisa le quita todo el gusto a eso y papá mientras tanto esperando la cena él me dijo que dijera me olvidé el bolso en la carnicería y tuve que volver a buscarlo qué engañador luego me escribió aquella carta con todas esas palabras cómo podía tener cara con cualquier mujer después sus modales de buena educación haciéndolo tan vergonzoso después cuando nos reunimos preguntando la he ofendido con los ojos bajos claro él vio que no él tenía su poco de cabeza no como el otro idiota Henry Doyle que siempre estaba partiendo o rompiendo algo en las charadas me molestan los hombres con desgracia y si sabía lo que que quería decir eso claro tuve que decir que no por cuestión de formas no le entiendo dije y no era natural acaso sí que lo era claro solía estar escrito con un dibujo de una mujer en aquella pared en Gibraltar con esa palabra que no pude encontrar en ningún sitio sólo para que los niños la vean demasiado pequeños luego escribiendo una carta todas las mañanas a veces dos veces al día me gustaba el modo como hacía el amor además sabía cómo conquistar a una mujer cuando me mandó las 8 amapolas grandes porque mi cumpleaños era el 8 luego escribí la noche que me besó el corazón en Dolphins Barn no sabría describirlo sencillamente le hace a una sentirse como nada de este mundo pero él nunca sabía abrazar bien como Gardner espero que vendrá él el lunes como dijo a la misma hora las cuatro me molesta la gente que llega a cualquier hora contestar a la puerta una cree que es el verdulero y entonces es alguien y una sin vestir o la puerta de la cocina sucia cochina se abre con el aire el día que el viejo cara helada de Goodwin vino por lo del concierto de la calle

Lombard y yo acababa de comer y toda sofocada y desgreñada de guisar el estofado de siempre no me mire profesor tuve que decir estoy hecha un horror sí pero era un caballero de verdad a su manera era imposible ser más respetuoso nadie para decir que no estás hay que atisbar por la cortinilla como el chico de recados hoy creí que era un plantón primero mandando él el oporto y los melocotones primero y ya estaba empezando a bostezar de los nervios pensando que trataba de dejarme en ridículo cuando reconocí su carracarratac en la puerta debe habérsele hecho un poco tarde porque eran las 3 y 1/4 cuando vi a las 2 niñas Dedalus viniendo de la escuela nunca sé la hora también ese reloj que me dio él nunca parece que va bien me gustaría que lo miraran cuando le eché el penique a ese marinero mutilado por Inglaterra el hogar y la belleza cuando yo silbaba hay una muchacha encantadora que yo quiero y ni siquiera me había puesto la combinación limpia ni me había dado polvos ni nada entonces de hoy en ocho días tenemos que ir a Belfast está muy bien que él tenga que ir a Ennis el aniversario de su padre el 27 no sería agradable que él supongamos que nuestros cuartos en el hotel estuvieran juntos y se armara cualquier tontería en la cama nueva no podría decirle que parara y no me fastidiara con él en el cuarto de al lado o quizá algún pastor protestante con tos dando golpes en la pared entonces no creería al día siguiente que no habíamos hecho algo está muy bien con un marido pero no se puede engañar a un amante después que le he dicho que nosotros nunca hacíamos nada claro que no me creyó no es mejor que él se vaya a donde va además siempre ocurre algo con él la vez que fuimos al concierto Mallow en Maryborough pidió sopa muy caliente para los dos entonces sonó la campana allá que sale por el andén con la sopa salpicando tomando cucharadas de ella vaya cara dura y el camarero detrás de él organizando un espectáculo con nosotros chillidos y jaleo para que arrancara la máquina pero él no quería pagar antes de terminarla los dos caballeros del vagón de tercera dijeron que tenía mucha razón y la tenía también es tan terco a veces cuando se le mete una cosa en la cabeza suerte que fue capaz de abrir la portezuela del vagón con su navaja o nos habrían llevado hasta Cork imagino que lo hicieron para vengarse de él ah me encanta el traqueteo en un tren o un coche con almohadones blandos deliciosos tomará él primera clase para mí podría quererlo hacer en el tren dando una propina al revisor bueno ah supongo que habrá esos hombres idiotas de siempre mirándonos pasmados con los ojos más estúpidos del mundo era un hombre excepcional ese trabajador corriente que nos dejó solos en el vagón aquel día yendo a Howth me gustaría averiguar algo de él 1 ó 2 túneles quizá luego hay que mirar por la ventanilla más bonito luego a la vuelta suponiendo que no volviera nunca qué dirían escapada con él eso la lanza a una en el teatro el último concierto en que canté dónde es hace cerca de un año cuándo fue en la sala Santa Teresa calle Clarendon birrias de señoritingas que tienen ahora cantando Kathleen Kearney y otras así por culpa de que papá estaba en el ejército y canté lo del mendigo distraído y llevaba un broche para Lord Roberts cuando yo tenía el mapa de todo eso y Poldy no era bastante irlandés fue él quien lo organizó esa vez yo no pondría las

manos en el fuego como cuando me hizo cantar en el *Stabat Mater* a fuerza de ir por ahí diciendo que estaba poniendo música a *Guíame Amable Luz* yo se lo metí en la cabeza hasta que los jesuitas averiguaron que era masón aporreando el piano *Guíame Tú* copiado de alguna ópera vieja sí y andaba por ahí con algunos de esos Sinner Fein hace poco o como demonios se llamen diciendo las bobadas de siempre y tonterías él dice que ese hombrecito que me enseñó sin cuello es muy inteligente el hombre del porvenir Griffith se llama bueno no lo parece eso es lo único que puedo decir sin embargo debía ser él él sabía que había un boicot me fastidia que se hable de política después de la guerra esa Pretoria y Ladysmith y Bloemfontein donde Gardner teniente Stanley G 8.º Bat 2.º Reg Lanceros Lancashire East de fiebre disentérica era un chico estupendo de caqui y precisamente de la altura justa por encima de mí estoy segura de que era muy valiente también él dijo que yo era deliciosa la noche que nos besamos despidiéndonos junto a la esclusa del canal mi belleza irlandesa él estaba pálido de emoción por lo de marcharse o porque nos verían desde el camino él no podía estar bien de pie y yo más caliente que nunca podrían haber hecho su paz al principio o el viejo Oom Paul y todos los demás viejos Krugers ir a peleárselo entre ellos en vez de tirar adelante años y años matando a todos los hombres guapos que había con sus fiebres si por lo menos le hubieran pegado un tiro decentemente no habría estado tan mal me gusta ver un regimiento pasando revista la primera vez que vi la caballería española en La Roque fue estupendo después mirando a través de la bahía desde Algeciras todas las luces del peñón como luciérnagas o esas batallas de mentira en los 15 acres la Guardia Negra con sus faldas escocesas a compás en la marcha por delante del 10.º de húsares el del Príncipe de Gales o los lanceros ah los lanceros son maravillosos o los de Dublín que conquistaron Tugela su padre hizo su dinero vendiendo los caballos para la caballería bueno me podría comprar un bonito regalo en Belfast después de lo que le di allí tienen ropa blanca deliciosa o uno de esos bonitos kimonos tengo que comprar naftalina como tenía antes para poner en el cajón con eso sería emocionante ir por ahí con él de tiendas comprando esas cosas en una ciudad nueva mejor dejar aquí este anillo hace falta darle vueltas y vueltas para pasarlo por la coyuntura o podrían pregonarlo por toda la ciudad en sus papeles o contarle a la policía de mí pero creerían que estábamos casados ah que se vayan todos al cuerno a mí que me importa él tiene mucho dinero y no es hombre de casarse así que mejor que alguna le saque un poco si yo pudiera averiguar si le gusto yo estaba un poco desmadejada claro cuando me miré de cerca en el espejo de mano empolvándome un espejo nunca te da la expresión además aplastándome así todo el tiempo con los enormes huesos de las caderas pesa mucho también con su pecho peludo para este calor siempre teniendo que tumbarse para ellos mejor que él me lo meta por detrás del modo como la señora Mastiansky me dijo que le hacía hacer su marido como los perros y sacar la lengua todo lo que podía y él tan tranquilo y manso con su cetra tirirín nunca se sabe bastante con los hombres la manera como les agarra bonita tela con ese traje azul que llevaba y la corbata de moda y los calcetines con las

cosas de seda azul celeste bordadas encima seguro que está bien de medios lo sé por cómo están cortados sus trajes y su reloj tan pesado pero se puso hecho un demonio completamente durante unos minutos después que volvió con el periódico de última hora rompiendo los tickets y jurando como un carretero porque había perdido 20 chelines dijo que había perdido por ese desconocido que ganó y la mitad lo había puesto por mí por culpa del consejo de Lenehan mandándole al diablo ese sacacuartos se tomaba libertades conmigo después del banquete de Glencree volviendo ese revolcón por el monte del colchón después el Lord alcalde mirándome con sus ojos cochinos Val Dillon ese salvaje gordo me di cuenta de él por primera vez en el postre cuando yo partía las nueces con los dientes con ganas de haber podido chupar todos los pedazos de ese pollo con los dedos estaba tan sabroso y tostado y tierno como nada sólo que no quería comer todo lo que tenía en el plato esos tenedores y palas de pescado eran de plata de marca también me gustaría tener unos podía fácilmente haberme metido un par en el manguito cuando jugaba con ellos luego siempre dependiendo de ellos para el dinero en un restaurante por el bocado que nos metemos entre pecho y espalda tenemos que estar agradecidas por nuestra miserable taza de té incluso como un gran cumplimiento hay que darse cuenta cómo está repartido el mundo en todo caso si esto va a seguir adelante necesito por lo menos otras dos buenas camisas para empezar pero no sé qué clase de bragas le gustan ninguna en absoluto creo verdad que lo dijo sí y la mitad de las chicas de Gibraltar no las llevaban nunca o desnudas como las hizo Dios esa andaluza que cantaba su Manola no andaba con muchos secretos de lo que no tenía sí y el segundo par de similseda tiene carreras después de llevarlo un día podría haberlo devuelto en Lewers esta mañana y armarles un jaleo y hacer que me las cambiaran sólo por no agitarme y no correr el riesgo de encontrarme con él y echarlo a perder todo y uno de esos corsés que se ajustan como un guante me gustaría anunciados baratos en La Dama Elegante con franjas elásticas en las caderas él arregló el único que tengo pero no sirve qué decían dan una deliciosa línea a su figura 11/6 evitando esa desagradable impresión de anchura en la parte inferior de la espalda para reducir las carnes tengo la tripa un poco demasiado gorda tendré que quitarme la cerveza en la comida o me estoy aficionando demasiado a ella la última vez que mandaron de O'Rourke estaba tan floja como aguachirle hace dinero con facilidad Larry le llaman el regalo miserable que mandó por Navidad un pastel de pueblo y una botella de agua de fregar que trataba de encajar como clarete que no podía conseguir que bebiera nadie Dios le ahorre la saliva no sea que se muera de sed o tengo que hacer algunos ejercicios respiratorios no sé si ese adelgazador sirve para algo podría exagerar las flacas no están muy de moda ahora por lo que toca a ligas tengo el par violeta que llevaba hoy eso es todo lo que él me compró con el cheque que cobró el primero ah no fue la loción facial que se me terminó ayer que me ponía la piel como nueva se lo dije y se lo repetí que me la mandara hacer en el mismo sitio y no se olvidara Dios sabe si lo hizo después de todo lo que le dije lo sabré por la botella en todo caso si no supongo

que no tendré más que lavarme en mi pis como caldo gordo o sopa de pollo con ese opopanax con violeta que me pareció que empezaba a ponerse áspera o vieja un poco la piel de debajo es mucho más fina donde se ha desollado aquí en el dedo después de la quemadura lástima que no sea toda igual y los cuatro miserables pañuelos cerca de 6 chelines en total verdad que una no puede salir adelante en este mundo sin estilo todo se va en comer y alquiler cuando yo lo tenga lo voy a tirar por ahí te lo digo con gran estilo siempre quiero echar un puñado de té al puchero al medir él midiendo y desmenuzando si me compro un par de zapatones viejos te gustan estos zapatos nuevos sí cuanto han costado no tengo ropa en absoluto el traje marrón y la falda y la chaqueta y el que está a limpiar 3 eso qué es para ninguna mujer cortando ese sombrero viejo y poniéndole un parche al otro los hombres no te miran y las mujeres intentan pasarte por encima porque saben que una no tiene un hombre luego con todas las cosas poniéndose más caras cada día para los 4 años más que me quedan que vivir hasta los 35 no tengo cuántos tengo tendré 33 en septiembre verdad cómo ah bueno mira a esa señora Galbraith es mucho más vieja que yo la vi cuando salí la semana pasada su belleza está decayendo era una mujer muy guapa un pelo magnífico cayéndole hasta la cintura echándoselo atrás así como Kitty O'Shea la de la calle Grantham lo primero que hacía yo todas las mañanas era mirarla ahí enfrente peinándoselo como si la enamorara y lo disfrutara lástima que sólo la conocí el día antes de marcharnos y esa señora Langtry el Lirio de Jersey que el príncipe de Gales se había enamorado de ella imagino que él es como el primero que llega salvo por el nombre de rey todos ellos están hechos igual sólo lo de un negro me gustaría probarlo una belleza hasta qué edad tenía 45 había alguna historia rara del viejo marido celoso qué era todo eso y un cuchillo de ostras él iba no él la hacía llevar a ella una especie de cosa de lata alrededor y el príncipe de Gales sí él tenía el cuchillo de ostras no puede ser verdad una cosa así como algunos de esos libros que él me trae las obras de Master François nosécuántos que decían que era cura sobre un niño que le nació por la oreja porque se le había caído el trasero una palabra bonita para que la escriba ningún cura y su c-o como si ningún idiota no supiera lo que quería decir eso me molesta todo eso de andar fingiendo con esa cara de viejo depravado encima que cualquiera ve que no es verdad y eso de *Ruby y las Bellas Tiranas* que me trajo dos veces me acuerdo cuando llegué a la página 50 la parte donde ella le cuelga de un gancho con una cuerda para flagelar seguro que no hay nada que interese a una mujer en toda esa invención armada con lo de que él bebía champán en el chapín de ella después que terminó el baile como el Niño Jesús del nacimiento de Inchicore en brazos de la Santísima Virgen seguro que a ninguna mujer le podrían sacar de dentro un niño tan grande y yo creía al principio que le salió por el costado porque cómo podía ella sentarse a hacer sus necesidades y ella es una señora rica claro le parecía un gran honor S. A. R. estuvo en Gibraltar el año que nací yo apuesto a que también allí encontró lirios podía haberme plantado a mí si hubiera llegado un poco antes entonces yo no estaría aquí como estoy él debería dejar ese *Freeman* para los pocos

chelines miserables que le saca y meterse en una oficina o algo así donde le dieran un sueldo fijo o en un banco donde le pondrían en un trono a contar el dinero todo el día claro que él prefiere andar enredando por la casa así que una no se puede mover con él sin tenerlo encima qué programa tienes hoy me gustaría incluso que fumara en pipa como papá para tener el olor de un hombre o fingiendo zascandilear en busca de anuncios cuando podía haber estado con el señor Cuffe si no fuera por lo que hizo y luego mandándome a mí a intentar arreglarlo yo podría haber hecho que le ascendieran allí hasta gerente él me lanzó una gran *mirada* una vez o dos primero estaba duro como una piedra la pura verdad señora Bloom sólo que yo me sentía hecha una desgraciada con aquel viejo andrajo de traje que se me perdieron los plomos del dobladillo tan mal cortado pero vuelven a estar de moda otra vez yo lo compré simplemente para darle gusto sabía que no valía nada por los remates cambié de idea de ir a Todd y Burns como dije y no a Lee que era igual que la tienda liquidación un montón de porquerías me fastidian esas tiendas ricas me dan en los nervios no hay nada que me afee del todo sólo que él se imagina que sabe mucho sobre ropa de mujer y cocina arramblando con todo lo que puede echar abajo de las estanterías si me guiara por su consejo cualquier maldito sombrero que me pruebo me está bien sí llévatelo está muy bien aquel como un pastel de boda a varias millas de alto sobre la cabeza él dijo que me venía bien o el de tapa de cazuela que me bajaba por la espalda y él en ascuas por la dependienta en aquel sitio en la calle Grafton a donde tuve la mala suerte de meterle y ella lo más insolente posible con su sonrisita y él diciendo me temo que le estamos dando demasiada molestia para qué está ahí ella pero yo me la quedé mirando hasta que se lo quité sí él estaba terriblemente rígido y no me extraña pero cambió a la segunda vez que me miró Poldy terco como de costumbre como una mula pero yo le vi mirarme fijo al pecho cuando se levantó para abrirme la puerta estuvo bonito por su parte acompañarme a la salida en todo caso lamento muchísimo señora Bloom créame sin insistir demasiado la primera vez después de que él había sido insultado y a mí me consideraban su mujer yo nada más que sonreí a medias sé que mi pecho sobresalía de esta manera en la puerta cuando él dijo lo lamento muchísimo y estoy segura que es verdad sí creo que él me los ha puesto un poco más firmes a fuerza de chuparlos así tanto tiempo que me daba sed tetitas los llama yo me echaba a reír sí éste en todo caso duro se pone el pezón por lo más mínimo yo le haré que lo conserve así y tomaré esos huevos batidos con marsala para engordarlos para él qué son todas esas venas y cosas curioso cómo está hecho 2 lo mismo en caso de gemelos dicen que representan la belleza puestos ahí en alto como esas estatuas del museo una de ellas fingiendo taparlo con la mano son tan hermosos desde luego en comparación con el aspecto de un hombre con sus dos bolsas llenas y su otra cosa saliéndole colgada para abajo o apuntando para arriba contra una como una percha no es extraño que lo escondan con una hoja de col la mujer es belleza por supuesto eso está reconocido cuando dijo él que yo podía posar para un cuadro desnuda para algún tío rico de la calle Holles cuando perdió el empleo

en Hely y yo vendía los vestidos y aporreaba el piano en el Palacio de Café sería yo como ese baño de la ninfa con el pelo caído sí sólo que ella es más joven o yo soy un poco como esa cochina puta de la foto española que tiene él las ninfas iban por ahí así le pregunté ese asqueroso Cameron el escocés detrás del mercado de la carne o ese otro desgraciado de pelo rojo detrás del árbol donde estaba la estatua del pez cuando yo pasaba hacía como que orinaba sacándola fuera para que yo la viera con sus falditas de niño levantadas a un lado los del regimiento de la Reina eran unas buenas piezas suerte que los relevaron los Surreys siempre tratando de enseñártela cada vez que pasaba cerca del urinario junto a la estación de la calle Harcourt sólo por probar algunos tratando de llamar mi atención como si fuese 1 de las 7 maravillas del mundo ah y el hedor de esos sitios asquerosos por la noche volviendo a casa con Poldy después de la reunión con los Comerfords naranjas y limonada hasta dejarla a una toda aguanosa me metí en 1 de ellos hacía un frío de pelar que no podía aguantarme más cuándo fue en el 93 el canal se heló sí fue unos pocos meses después lástima que no había allí un par de Camerons para verme en cuclillas en el sitio de los hombres meadero yo traté de hacer un dibujo de eso antes de arrancarlo como una salchicha o algo así no sé cómo no tienen miedo yendo por ahí de recibir ahí una patada o un golpe o algo y esa palabra mete noséqué con cosas y él salió con algún trabalenguas sobre la encarnación nunca puede explicar una cosa por las buenas de modo que una pueda entender luego va y quema el fondo de la sartén y todo por su riñón este no tanto ahí está la señal de sus dientes todavía cuando trató de morderme el pezón tuve que chillar no son tremendos tratando de hacerle daño a una yo tenía el pecho lleno de leche con Milly bastante para dos cuál era la razón de eso él decía que yo podía haber ganado una libra por semana como ama de cría toda hinchada por la mañana aquel estudiante de aspecto delicado que paraba en el número 28 con los Citron Penrose casi me pilló lavándome por la ventana sólo que yo me eché la toalla por encima de la cara así es como estudiaba él me hacían daño al destetarla hasta que él hizo que el doctor Brady me diera la receta de belladona tuve que hacer que él me los chupara estaban tan duros él dijo que era más dulce y espesa que la de vaca luego quería ordeñarme en el té bueno él es capaz de todo aseguro que alguien debería ponerle en los papeles lástima no me acordara de la mitad de las cosas y escribir un libro con eso las obras de Maestro Poldy sí y es tanto más suave la piel más de una hora estuvo con ellos estoy segura de reloj como una especie de niñito grande que tuviera chupándome ellos lo quieren todo en la boca todo el gusto que esos hombres sacan de una mujer todavía noto su boca oh Señor tengo que estirarme me gustaría que estuviera aquí él o alguno para dejarme ir con él y volver a disfrutar así siento todo fuego por dentro de mí o si pudiera soñarlo cuando me hizo gozar la segunda vez cosquilleándome por detrás con el dedo yo disfruté como unos 5 minutos con mis piernas alrededor de él tuve que abrazarle después oh Señor yo quería gritar toda clase de cosas joder o mierda o cualquier cosa sólo para no parecer fea o esas arrugas de la fatiga quién sabe cómo lo tomaría él hace falta explorar el terreno con un

hombre no son todos iguales que él gracias a Dios algunos quieren que una sea delicada en eso me di cuenta del contraste él lo hace y no habla yo le di a mis ojos esa expresión con el pelo un poco revuelto del revolcón y la lengua entre los labios subiendo hacia él el salvaje bruto jueves viernes uno sábado dos domingo tres oh Señor no puedo esperar hasta el lunes frsiiiiiinifronnnng tren pitando por alguna parte la fuerza que tienen dentro esas máquinas como gigantes enormes y el agua hirviéndoles por todas partes y saliéndoles por todos lados como el final La vieja y dulce canción de amoor los pobres hombres que tienen que andar fuera toda la noche lejos de sus mujeres y familias en esas máquinas asadas sofocantes fue hoy me alegro de haber quemado la mitad de esos recortes viejos del *Freeman* y *Photo Bits* dejando cosas así tiradas por ahí se está volviendo muy descuidado y tiré todas las demás por el W. C. le haré que me los corte mañana en vez de tenerlos ahí hasta el año que viene para sacar unos pocos peniques por ellos dónde está el periódico de enero pasado y todos esos gabanes viejos que saqué en un lío del recibidor dando al sitio más calor del que tiene la lluvia fue estupenda precisamente después de mi primer sueño creía que iba a ponerse como Gibraltar Dios mío qué calor allí antes que llegara el levante negro como la noche y el reflejo del peñón levantándose en él como un gigante enorme comparado con su montaña de las 3 rocas que se creen que es tan grande con los centinelas de rojo acá y allá los chopos y todos al rojo blanco y los mosquiteros y el olor del agua de lluvia en esos aljibes mirando al sol todo el tiempo que te cae encima descolorido todo aquel trajecito tan mono que la amiga de papá la señora Stanhope me mandó desde el B Marche París qué vergüenza mi queridísima Perrillita escribía ella sobre que era muy amable que cuál era su otro nombre que tenía sólo C P para decirte que te he mandado el regalito acabo de darme un buen baño caliente y me siento como un perrito *muy* limpio ahora me ha dado mucho gusto corazoncito ella le llamaba corazoncito daría cualquier cosa por estar otra vez en Gib y oírte cantar *En el viejo Madrid* o *Espera Concone* es el nombre de esos ejercicios que él me compró uno de esos nuevos alguna palabra que yo no podía entender tales cosas divertidas pero que se rompen por cualquier cosa sin embargo son deliciosos no es verdad siempre me acordaré de esos deliciosos tés que tomábamos juntos estupendos bollitos con pasas y frambuesas con barquillos que adoro bueno ahora queridísima Perrillita no dejes de escribirme pronto afectuosos se le olvidó saludos a tu padre y también al capitán Grove con cariño tuya affma x x x x x no parecía nada casada sólo como una muchacha él era años mayor que ella corazoncito me quería muchísimo cuando bajó el alambre con el pie para que yo pasara por encima a la corrida en La Línea cuando le dieron la oreja a aquel matador Gómez las ropas que tenemos que ponernos quién las inventaría esperando que una suba por la cuesta de Killiney luego por ejemplo en ese pícnic toda encorsetada no se podía hacer maldita la cosa así en una multitud correr o saltar para quitarse de en medio por eso tenía miedo yo cuando ese otro viejo toro feroz empezó a atacar a los *banderilleros* con las fajas y las 2 cosas en los gorros y esos brutos de hombres gritando *bravo toro* claro que las

mujeres eran iguales de malas con sus bonitas mantillas blancas destripando todas las entrañas a esos pobres caballos en mi vida había oído tal cosa sí él se partía de risa cuando yo imitaba al perro que ladraba en el callejón pobre bicho y también enfermo qué se hizo de ellos supongo que han muerto hace mucho los 2 es como todo a través de una niebla le hace a una sentirse tan vieja yo hacía los bollitos claro yo lo tenía todo para mí sola luego una chica Hester solíamos comparar nuestro pelo el mío era más espeso que el suyo ella me enseñó cómo sujetarlo atrás cuando lo llevaba alto y qué otra cosa cómo hacer un nudo en una cuerda con una sola mano éramos como primas qué edad tenía yo entonces la noche de la tormenta yo dormí en su cama ella tenía los brazos alrededor de mí luego nos peleamos por la mañana con las almohadas qué divertido él me miraba mucho siempre que tenía una ocasión en la banda en la explanada de la Alameda cuando yo iba con papá y el capitán Grove yo miraba primero a lo alto de la iglesia y luego a las ventanas y luego abajo y nuestros ojos se encontraban yo sentía que algo me atravesaba toda como agujas los ojos me bailaban recuerdo después cuando me miré en el espejo apenas me reconocí qué cambio yo tenía una piel espléndida por el sol y la emoción como una rosa no pegué un ojo habría sido muy bonito por ella pero podría yo haberlo parado a tiempo ella me dio a leer la *Piedra de la Luna* que fue lo primero que leí de Wilkie Collins leí *East Lynne* y la *Sombra de Ashlydyat* la señora Henry Wood Henry Dunbar por aquella mujer se la presté a él después con la foto de Mulvey dentro para que viera que no me faltaba alguien y *Eugene Aram* de Lord Lytton ella me dio *Molly Bawn* por la señora Hungerford a causa del nombre no me gustan los libros que tienen una Molly como aquél me trajo él sobre una de Flandes una puta siempre robando en las tiendas todo lo que podía tela y paños y yardas de eso esta manta es demasiado pesada para mí así está mejor no tengo ni siquiera un camisón decente esta cosa se enrolla toda debajo aparte de él y sus tonterías así está mejor entonces estaba como en un baño de vapor en el calor la camisa empapada de sudor se me pegaba en los mofletes del culo en la silla cuando me ponía de pie estaban tan gordos y firmes para ver con las faldas subidas y los bichos toneladas de ellos por la noche y los mosquiteros yo no sabía leer ni una línea Señor cuánto tiempo hace parecen siglos claro nunca vuelven y ella no puso bien la dirección o quizá es que se dio cuenta de que su corazoncito la gente siempre se marchaba y nosotros nunca me acuerdo de aquel día con las olas y los barcos con las chimeneas altas balanceándose y el cabecear del barco aquellos uniformes de oficiales con permiso para desembarcar me mareaban él no dijo nada él era muy serio yo llevaba los botines altos abotonados y la falda se me hinchaba al viento ella me besó seis o siete veces no lloré sí creo que sí o casi me temblaban los labios cuando le dije adiós ella llevaba una capa estupenda de un color azul que le sentaba muy bien especialmente para el viaje hecha de un modo muy raro como hacia un lado y hacía muy bonito resultó aburridísimo después que se marcharon yo casi estaba planeando escaparme como una loca lejos de allí a cualquier sitio no estamos nunca cómodos donde estamos papá o la tía o una boda siempre esperando que él

lleeeegue hasta míííií con su veloz pieeeee sus malditos cañones reventando y retumbando por todas partes la tienda especialmente el cumpleaños de la Reina y tirándolo todo en todas direcciones si una no abría las ventanas cuando el general Ulysses Grant quienquiera que fuera o hiciera decían que era un gran hombre desembarcó y el viejo Sprague el cónsul que estaba allí desde antes del diluvio se vistió de gala el pobre hombre y él de luto por su hijo luego la diana de siempre por la mañana y los tambores retumbando y los pobres diablos de los desgraciados soldados andando por ahí con sus platos de lata apestando por todo el sitio más que los viejos judíos barbudos con sus caftanes y la reunión de los levitas y el alto el fuego y el cañonazo de la retreta de los soldados y el preboste andando con sus llaves a cerrar las puertas y las gaitas y sólo el capitán Groves y papá hablando de Rorke's Drift y Plevna y Sir Garnet Wolseley y Gordon en Khartum encendiéndoles yo las pipas cada vez que se apagaban viejo borrachón con el ponche en el alféizar no había modo de que se dejara ni gota hurgándose la nariz tratando de acordarse de algún otro cuento sucio para contar en un rincón pero nunca perdía el dominio cuando yo estaba allí mandándome fuera de la habitación con cualquier excusa idiota presentando sus respetos el whisky Bushmills que le hacía hablar claro pero haría lo mismo con cualquier otra mujer que se presentara supongo que se moriría de alcoholismo galopante hace siglos los días como años ni una carta de nadie en el mundo salvo las que me mandaba a mí misma con pedazos de papel dentro tan aburrida a veces que habría arañado a alguien oyendo a aquel viejo árabe tuerto y su instrumento que rebuznaba cantando hiah hiah ahiah todos mis cumplimientos por su jaleo de rebuzno tan mal como ahora cruzada de brazos mirando por la ventana a ver si había algún chico guapo por lo menos en la casa de enfrente aquel estudiante de medicina de la calle Holles que le perseguía la enfermera cuando me puse los guantes y el sombrero en la ventana para hacer ver que salía no tenía idea de qué quería decir son unos estúpidos nunca entienden lo que dice una aunque se les ponga en letras de molde en un cartel grande ni siquiera si les das la mano dos veces con la izquierda él no me reconoció tampoco cuando medio le fruncí el ceño delante de la capilla de Westland Row dónde está la gran inteligencia de ellos me gustaría saberlo materia gris lo tienen todo en su cosa si quieren que lo diga aquellos paletos del City Arms inteligencia tenían mucho menos que los toros y las vacas que vendían y la campana del carbonero ese maricón estrepitoso tratando de estafarme con la cuenta equivocada que sacó del sombrero con su par de patazas y quién tiene pucheros y sartenes y calderas que apañar botellas rotas para un pobre hoy y no hay visitas ni correo nunca excepto sus cheques o algún anuncio como ese Milagroso que le mandaron dirigido Querida Señora sólo esta carta y la postal de Milly esta mañana ya ves le ha escrito una carta a él de quién recibí yo la última de ah la señora Dwenn pero por qué se le metió en la cabeza escribir después de tantos años para saber la receta que tenía yo del *pisto madrileño* Floey Dillon desde que escribió para decir que se había casado con un arquitecto muy rico si una fuera a creer todo lo que oye con un chalet con

ocho habitaciones su padre era un hombre muy simpático andaba cerca de los setenta de buen humor bueno ahora señorita Tweedy o señorita Gillespie aquí está el piaaano era un servicio de café de plata maciza lo que tenía él también el aparador de caoba luego muriéndose tan lejos me fastidia la gente que tiene siempre una historia de desgracias todo el mundo tiene sus preocupaciones esa pobre Nancy Blake se murió hace un mes de pulmonía aguda bueno yo no la conocía mucho era más amiga de Floey que mía es un fastidio tener que contestar él siempre me dice las cosas equivocadas y sin puntos para hablar como haciendo un discurso su dolorosa pérdida acompañar en el sentimiento yo siempre hago la misma equivocación y sovrino con v espero que él me escribirá una carta más larga la próxima vez si es cosa de que realmente le gusto ah gracias a Dios de veras que tengo alguien que me dé lo que tanta falta me hacía para darme un poco de ánimo una no tiene ninguna oportunidad en este sitio como ocurría hacía mucho me gustaría que alguien me escribiera una carta de amor la suya no fue mucho y le dije que podía escribir lo que quisiera tuyo siempre Hugh Boylan en Viejo Madrid las estúpidas mujeres creen que el amor es suspirar me muero pero si él me escribiera supongo que habría alguna verdad en ello verdad o no le llena a una el día entero y la vida siempre algo en que pensar a cada momento y verlo todo alrededor de una como un mundo nuevo podría escribirle la contestación en la cama para hacerle imaginarme corto sólo unas pocas palabras no esas largas cartas cruzadas que escribía Atty Dillon al tipo que era no sé qué en el tribunal que la dejó plantada después copiadas del *Epistolario de las Damas* cuando le dije que dijera unas pocas palabras sencillas que él les podría dar vueltas como se le antojara no actuar con precip precipitación con igual franqueza la mayor felicidad en este mundo respuesta a la propuesta de un caballero afirmativamente válgame Dios no hay más que hacer está muy bien todo eso para ellos pero cuando una es mujer en cuanto una es vieja igual da que la tiren a una al fondo del cubo de la basura la de Mulvey fue la primera cuando yo estaba en la cama aquella mañana y la trajo la señora Rubio con el café se quedó allí plantada cuando le pedí que me la diera y yo señalándole a esas cosas no podía encontrar la palabra para abrirla con una ah *horquilla* vieja antipática y yo mirándola a la cara con su mechón de pelo falso encima y presumida de su aspecto fea como era cerca de los 80 o los 100 la cara un montón de arrugas con toda su religión dominadora porque nunca había podido tragar lo de la flota del Atlántico viniendo la mitad de los barcos del mundo y la bandera británica ondeando con todos sus *carabineros* porque 4 marineros ingleses borrachos les quitaron a ellos todo el peñón y porque yo no iba bastante a menudo a misa en Santa María para su gusto con su chal por encima excepto cuando había una boda con todos sus milagros de los santos y su Santísima Virgen negra con el traje de plata y el sol bailando 3 veces el domingo de Pascua por la mañana y cuando pasaba el cura con la campanilla a llevarles el vaticano a los agonizantes santiguándose por su *Majestad* un admirador lo firmaba yo no cabía en el pellejo me habían dado ganas de cogerle del brazo cuando vi que me seguía por la Calle Real en el escaparate luego

me tocó un poco al pasar nunca creí que escribiría dándome una cita la tenía dentro del canesú de la enagua todo el día leyéndola en todos los rincones y agujeros mientras papá estaba haciendo la instrucción para averiguar por la letra o el lenguaje de los sellos cantando recuerdo me pondré una rosa blanca y quería adelantar el estúpido reloj viejo cerca de la hora él fue el primer hombre que me besó debajo de la muralla mora mi novio era un muchacho nunca se me había ocurrido lo que quería decir besar hasta que me metió la lengua en la boca su boca era dulce joven yo levanté la rodilla contra él varias veces para aprender la manera qué le dije en broma que estaba comprometida con el hijo de un noble español llamado Don Miguel de la Flora y él creyó que me iba a casar con él dentro de 3 años muchas veces se dice la verdad hablando en broma hay una flor que florece unas pocas cosas le dije de verdad sobre mí sólo para que él se hiciera ilusiones no le gustaban las chicas españolas imagino que una de ellas no le había querido yo le excitaba me aplastó en el pecho todas las flores que me trajo no sabía contar las *pesetas* y las *perras gordas* hasta que le enseñé decía que era de Cappoquin junto al Blackwater pero fue demasiado corto luego el día antes de marcharse en mayo sí era mayo cuando nació el rey niño de España siempre estoy así en primavera me gustaría un hombre nuevo cada año arriba en la cumbre bajo los cañones del peñón cerca de la torre O'Hara le dije que le había caído un rayo y todo lo de los monos de Berbería que mandaron a Clapham sin cola echando carreras cada uno subido encima del otro decía la señora Rubio que eran un verdadero escorpión de las rocas robando los pollos en la granja de Inces y tirándole piedras a una si se acercaba él me miraba yo llevaba esa blusa blanca abierta por delante para animarle todo lo que pudiera no demasiado abiertamente empezaban a ponérseme redondos dije que estaba cansada nos tumbamos cerca del barranco de los abetos un sitio salvaje imagino que debe ser el peñón más alto que exista las galerías y casamatas y esas rocas terribles y la cueva de San Miguel con los carámbanos o como se llamen colgando para abajo y escalerillas todo el barro manchándome los zapatos estoy segura de que ése es el pasadizo subterráneo por donde bajan los monos a África cuando se mueren los barcos allá lejos como astillitas ése era el barco a Malta que pasaba sí el mar y el cielo se podía hacer lo que se quisiera tumbarse allí para siempre él me los acarició por fuera a ellos les gusta hacer eso es la redondez ahí yo estaba apoyada en él con mi sombrero blanco de paja de arroz para que se le quitara lo nuevo mi lado izquierdo de la cara es el mejor mi blusa abierta para su último día una especie de camisa transparente que él llevaba yo le veía el pecho rosa él quiso tocar el mío con el suyo un momento pero yo no le dejé él al principio se quedó muy fastidiado por miedo nunca se sabe tuberculosis o dejarme con un niño embarazada aquella criada vieja Inés me dijo que una sola gota incluso si se te metía dentro probé después con el plátano pero tenía miedo de que se rompiera y se me perdiera por dentro por algún sitio sí porque una vez le sacaron de dentro a una mujer algo que tenía hacía años cubierto de sales de cal todos están locos por meterse ahí de donde salen parece que nunca pueden llegar bastante alto y luego acaban con una así

hasta la próxima vez sí porque hay una sensación estupenda ahí todo el tiempo tan tierno cómo lo terminamos sí ah sí yo se lo hice verter en mi pañuelo haciendo como si no estuviera emocionada pero abrí las piernas no le dejé que me tocara dentro de la enagua yo llevaba una falda con abertura por un lado le atormenté de muerte primero haciéndole cosquillas me gustaba excitar a ese perro del hotel rrssst auokuocauoc él cerró los ojos y un pájaro volaba por debajo de nosotros él estaba avergonzado sin embargo me gustaba como esa mañana que le hice ponerse un poco colorado cuando me eché encima de él de ese modo cuando le desabroché y se la saqué y le eché atrás la piel tenía una especie de ojo en medio los hombres son todos botones hasta abajo por en medio puestos al revés Molly guapa me llamaba cómo se llamaba Jack Joe Harry Mulvey era sí me parece teniente era más bien rubio tenía una voz como riendo entonces fui ahí por el comosellame todo era comosellame bigote tenía decía que volvería Señor parece que fue ayer para mí y si estuviera casada me lo habría hecho a mí y yo le prometí sí fielmente que le dejaría entrar ahora volando quizá ha muerto o le han matado o es capitán o almirante hace casi 20 años si yo dijera barranco de los abetos él comprendería si apareciera detrás de mí y me pusiera las manos en los ojos para adivinar quién yo le podría reconocer todavía es joven alrededor de los 40 quizá se ha casado con alguna chica del Blackwater y ha cambiado mucho todos cambian ellos no tienen ni la mitad de carácter que una mujer bien poco sabe ella lo que yo hice con su amado esposo antes de que él ni soñara con ella también a plena luz del día a la vista del mundo entero podría decirse podrían haber hecho un artículo sobre eso en la *Chronicle* yo estaba luego un poco loca cuando inflé la vieja bolsa donde habían estado las galletas de Benady Bros, y la hice estallar Señor qué explosión todas las perdices y palomas chillando volviendo por el mismo camino por donde vinimos por mitad de la cuesta dando la vuelta al viejo puesto de guardia y el cementerio de los judíos fingiendo que entendía el hebreo encima quise disparar su pistola él dijo que no la tenía él no sabía qué pensar de mí con su gorra de visera que siempre llevaba ladeada por más que yo se la enderezaba *H. M. S. Calypso* balanceando mi sombrero ese viejo obispo que habló desde el altar su sermón largo sobre las más altas funciones de la mujer sobre las más altas funciones de la mujer sobre las chicas que ahora montaban en bicicleta y llevaban gorras de visera y los nuevos pantalones de mujer *bloomers* Dios le conceda cabeza y a mí más dinero supongo que los llaman así por él nunca pensé que mi apellido sería Bloom cuando lo escribía en letras de molde para ver qué tal hacía en una tarjeta de visita o entrenándome para el carnicero y saludos M Bloom estás *blooming* floreciente decía Josie después que me casé con él bueno está mejor que Breen o Briggs de abrigo o esos horribles nombres que acaban en *bottom* señora Ramsbottom o alguna otra especie de *bottom* Mulvey no me volvería loca tampoco o imagina que me divorciara de él señora Boylan mi madre quienquiera que fuera me podía haber dado un nombre más bonito bien sabe Dios con el que tenía tan precioso Lunita Laredo lo que nos divertimos corriendo por Willis Road hasta Punta Europa dando vueltas a un lado y a

otro del Jersey se me agitaban y bailaban en la blusa como los de Milly pequeños ahora cuando sube corriendo las escaleras me gustaba mirármelos subía de un salto a los árboles de la pimienta y los chopos blancos arrancando las hojas y tirándoselas a él se fue a la India iba a escribir los viajes que esos hombres tienen que hacer al fin del mundo y vuelta lo menos que pueden hacer es dar algún que otro apretón a una mujer mientras puedan yendo a ahogarse o a saltar por el aire en cualquier sitio yo subí por la cuesta del molino de viento hasta el llano ese domingo por la mañana con el catalejo del capitán Rubio que había muerto como el que tenía el centinela él dijo que tendría uno o dos de a bordo yo llevaba ese traje del B Marche Paris y el collar de coral el estrecho brillaba yo veía hasta Marruecos casi la bahía de Tánger blanca y las montañas del Atlas con nieve encima y el estrecho como un río tan claro Harry Molly guapa yo pensaba en él navegando todo el tiempo después en misa cuando se me empezó a resbalar la enagua en la elevación semanas y semanas guardé el pañuelo debajo de la almohada por el olor que tenía no se podía encontrar un perfume decente en ese Gibraltar sólo ese *peau d'Espagne* barato que se pasaba y dejaba un hedor encima más que otra cosa yo quería darle un recuerdo él me dio ese feo anillo Claddagh de buena suerte que le di a Gardner cuando se fue a Sudáfrica donde le mataron esos bóers con su guerra y su fiebre pero les vencieron de todos modos como si eso hubiera llevado su mala suerte encima como un ópalo o una perla debía ser oro puro de 18 quilates porque era muy pesado todavía veo su cara bien afeitada frsiiiiiiiiiiiiiíííííífrong ese tren otra vez tono de llorar cuando en los días pasaaados que no volverán cerrar los ojos respirar mis labios adelante besar triste mirada ojos abiertos piano antes que sobre el mundo caigan las nieblas me fastidia ese iceberg viene dulce canción de amoooooor eso lo soltaré con todo el aliento cuando me ponga delante de las candilejas otra vez Kathleen Kearney y su pandilla de maullantes señoritas Esto señorita Aquello señorita Lootro pandilla de peditos de gorrión revoloteando por ahí hablando de política que entienden de eso tanto como mi trasero cualquier cosa en el mundo con tal de echárselas de interesantes como sea bellezas caseras irlandesas hija de soldado soy yo sí y de quién sois vosotras zapateros y taberneros perdone carreta creí que era una carretilla se caerían muertas de gusto si tuvieran jamás una ocasión de pasear por la Alameda del brazo de un oficial como yo en la noche de la banda los ojos me chispean el busto mío que no tienen ellas pasión Dios las ampare pobrecitas yo sabía de los hombres y la vida a mis 15 años más de lo que ellas sepan a los 50 no saben cantar una canción así Gardner dijo que ningún hombre podía mirarme a la boca y los dientes sonriendo así sin pensar en ello yo tenía miedo de que no le gustara mi acento en primer lugar él es tan inglés todo lo que me dejó papá a pesar de sus sellos tengo los ojos de mi madre y la figura en todo caso él decía siempre que los hay tan sucios entre esos paletos él no era nada así se moría por mis labios que se encuentren primero un marido y que sea de buen ver y una hija como la mía y a ver si pueden si pueden excitar a un fulano con dinero que puede buscar y elegir donde se le antoja como Boylan para que lo haga 4 ó 5 veces

bien abrazados o la voz también yo podía haber sido una *prima donna* sólo que me casé con él viene de amoooor la vieja voz profunda abajo la barbilla atrás no demasiado hacerlo doble *La Glorieta de mi Dama* es demasiado largo para un bis en la vieja granja en el crepúsculo y los salones en bóveda sí cantaré *Vientos que soplan del sur* que él me dio después del asunto de las escaleras del coro le cambiaré ese encaje a mi traje negro para lucir mis pechos y sí ya lo creo haré arreglar ese abanico grande para hacerlas reventar de envidia me pica el agujero siempre cuando pienso en él necesito noto que tengo aire dentro mejor con cuidado no despertarle y que empiece otra vez a babearme después de que me lavé toda entera espalda y tripa y costados si tuviéramos un baño o mi cuarto sólo para mí de todas maneras me gustaría que él durmiera en una cama solo con sus pies fríos encima de mí nos daría sitio siquiera para soltar un pedo Dios mío o hacer la menor cosa mejor sí aguantarlo así un poco de costado piano duuuul ceahí está ese tren lejos pianissimo iiiiiiii una canción más ha sido un alivio donde quiera que se esté dejar salir el aire quién sabe si esa chuleta de cerdo que tomé con la taza de té después estaba bien con el calor yo no olí nada malo estoy segura de que ese hombre de cara rara de la salchichería es un gran sinvergüenza espero que esa lámpara no esté echando humo me llena la nariz de porquería mejor que hacer que él me deje el gas abierto toda la noche yo no podía descansar cómoda en mi cama en Gibraltar me levantaba incluso para ver por qué estoy tan nerviosa por eso aunque me gusta en invierno se está más acompañada oh Señor hacía un frío terrible también aquel invierno cuando yo tenía nada más que unos diez años tenía sí yo tenía la muñeca grande con todos los trajes graciosos vistiéndola y desnudándola, ese viento helado que baja resbalando a través de esas montañas la no sé qué Nevada Sierra Nevada de pie junto al fuego con ese poquito de camisa corta que tenía para calentarme me gustaba bailar por ahí con ella y luego volver corriendo a la cama estoy segura de que el tipo de enfrente estaba todo el tiempo mirando con la luz apagada en verano y yo en cueros dando brincos por ahí yo me enamoraba de mí misma luego me desnudaba ante el lavabo me daba con la esponja y la crema sólo cuando llegaba al asunto de la bacinilla también apagaba la luz así entonces éramos 2 adiós a mi sueño por esta noche en todo caso espero que no vaya a enredarse con esos estudiantes de medicina que le extravíen imaginando que es joven otra vez para venir a las 4 de la mañana que debían ser si no eran más sin embargo él tuvo las buenas maneras de no despertarme cómo encuentran de qué charlar toda la noche derrochando dinero y emborrachándose cada vez más no podrían beber agua luego sale dándome sus órdenes de huevos y té y caballa ahumada y tostadas calientes con mantequilla supongo que le tendremos ahí sentado en la cama como el rey del país metiendo y sacando la cucharilla al revés en el huevo de dónde habrá aprendido eso y me gusta oírle subir a tropezones por la escalera por la mañana con las tazas traqueteando en la bandeja y luego jugar con la gata se te restriega encima por su gusto no sé si tendrá pulgas es tan mala como una mujer siempre lamiendo y chupando pero me fastidian sus zarpas no sé si ven algo que

nosotros no vemos con la mirada fija así cuando se sienta en lo alto de las escaleras tanto tiempo y escucha mientras yo espero siempre qué ladrona también ese hermoso sollo fresco que compré creo que mañana pondré pescado o mejor dicho hoy es viernes sí lo haré con crema blanca con mermelada de grosellas negras como hace mucho no esos tarros de 2 libras de ciruelas y manzanas mezcladas del London & Newcastle William & Woods cunde el doble sólo por las espinas me fastidian esas anguilas bacalao sí buscaré un buen pedazo de bacalao siempre me sale bastante para 3 me olvido de todos modos estoy harta de esa eterna carne de la carnicería de Buckley chuletas de lomo y filete de pierna y filete de costilla y paletilla de cordero y despojos de ternera ya el nombre es bastante o un pícnic suponiendo que cada cual diera 5 chelines o hacerle pagar a él y invitar a alguna otra mujer para él quién la señora Fleming y salir en coche al Furry Glen o a los campos de fresa le tendríamos examinando todas las uñas de los caballos primero como hace con las cartas no no con Boylan allí sí con unos bocadillos de ternera fiambre y jamón mezclados hay casitas abajo en el fondo de la orilla allí, a propósito pero hace un calor infernal dice él no un día de fiesta en todo caso me fastidian esas bandadas de marmotas con el día libre el Lunes de Pentecostés es también un día maldito no me extraña que esa abeja le picara mejor a la orilla del mar jamás en mi vida me volvería a meter en una barca con él después que él en Bray diciéndoles a los de las barcas que sabía remar si se lo pedía alguien sabría correr el *steeplechase* de la Copa de Oro él diría que sí entonces la cosa se puso fuerte el viejo trasto torciéndose y el peso todo de mi lado diciéndome que tirara de las guías de la derecha ahora tira a la izquierda y las olas entrando en inundaciones por todas partes y a través del fondo y el remo resbalándosele del estribo es un milagro que no nos ahogamos todos él sabe nadar desde luego conmigo no no hay peligro ninguno no pierdas la calma con sus pantalones de franela me habría gustado arrancárselos a pedazos delante de todo el mundo y darle lo que ese otro llama flagelar hasta dejarle negro y azul le sentaría muy bien sólo por ese tipo de nariz larga no sé quién es con esa otra belleza Burke el del hotel City Arms estaba allí espiando como de costumbre siempre en el embarcadero donde nadie le llamaba por si había una pelea una cara para vomitar no es que nos quisiéramos mucho eso es un consuelo no sé qué clase de libro me trajo *Dulzuras del pecado* por un hombre de mundo algún otro Mr de Kock imagino que la gente le puso ese apodo por ir por ahí con su cosa de una mujer en otra ni siquiera me pude cambiar los zapatos blancos nuevos todos echados a perder con el agua de mar y el sombrero que llevaba con esa pluma toda al viento y sacudida encima qué fastidio y qué desesperación porque el olor del mar me excitaba claro las sardinas y los sargos en la playa de los Catalanes por detrás del revés de la roca eran estupendas todas plata en los cestos de los pescadores el viejo Luigi casi cien años decían que era de Génova y el viejo alto con los anillos en las orejas no me gusta un hombre al que hay que trepar para agarrarle imagino que todos están muertos y podridos hace mucho además no me gusta estar sola en este sitio un cuartelón de noche me figuro que tendré que aguantarme con él

no me traje un poco de sal siquiera cuando nos mudamos en la confusión la academia musical que iba a poner en el piso de abajo en la salita con una placa de metal o Pensión Particular Bloom sugirió que se vaya a arruinar por su cuenta como su padre ahí en Ennis como todas las cosas que decía a papá que iba a hacer y a mí pero yo le calaba hablándome de todos los sitios bonitos a donde podíamos ir en la luna de miel Venecia a la luz de la luna con las góndolas y el lago de Como tenía una foto recortada de algún periódico y mandolinas y linternas oh qué bonito decía yo todo lo que me gustaba él lo iba a hacer inmediatamente si no antes si quieres ser mi marido haz todo lo que te pido deberían darle una medalla de cuero con orla de masilla por todos los planes que inventa luego dejándome aquí todo el día nunca se sabe qué viejo mendigo a la puerta pidiendo un mendrugo con su larga historia podría ser un vagabundo y meter el pie en la puerta para impedirme que la cerrara como ese retrato del criminal encallecido le llamaban en el *Lloyds Weekly News* 20 años de cárcel luego sale y mata a una vieja por su dinero imagínate su pobre mujer o madre o quien sea ella semejante cara como para echar a correr a mil millas yo no podía descansar tranquila hasta que eché el cerrojo a todas las puertas y ventanas para estar segura pero también es peor estar encerrada como en una prisión o un manicomio deberían fusilarles a todos o el gato de nueve colas un bestia como ése capaz de atacar a una pobre vieja para matarla en la cama yo se los cortaría sí que lo haría él no serviría para mucho sin embargo mejor que nada la noche que estaba segura que oí ladrones en la cocina y él bajó en camisa con una vela y un asador como si buscara un ratón tan blanco como una sábana loco de miedo haciendo todo el ruido que podía para beneficio de los ladrones no hay mucho que robar desde luego bien sabe Dios sin embargo es la sensación especialmente ahora que Milly está fuera qué idea la de él mandar a la chica allá a aprender a sacar fotografías por causa del abuelo de él en vez de mandarla a la academia de Skerry donde podría aprender no como yo que lo recibí todo en la escuela sólo que él tenía que hacer una cosa así de todos modos por causa de mí y Boylan por eso lo hizo estoy segura el modo cómo lo organiza y planea todo yo no podía revolverme por casa con ella por aquí últimamente a no ser que echara el cerrojo a la puerta primero me ponía nerviosa entrando sin llamar primero cuando puse la silla contra la puerta sólo mientras me lavaba ahí abajo con el guante le pone a una nerviosa luego haciéndose la señorona todo el día ponerla en un fanal con dos a la vez para mirarla si supiera él que ella le rompió la mano a esa estatuilla barata con su torpeza y su descuido antes de que se marchara que yo le hice arreglar a ese muchachito italiano de modo que no se ve la juntura por 2 chelines ni siquiera quería verterle a una el agua de las patatas claro tiene razón para no estropearse las manos me di cuenta de que últimamente él siempre hablaba con ella en la mesa explicando cosas del periódico y ella fingía entender astuta claro eso le viene por el lado de él y ayudándola a ponerse el abrigo pero si había algo de ella que no estaba bien me decía que no se lo dijera a él no puede decir él que le miento que no soy demasiado sincera en realidad imagino que él se cree que yo estoy terminada y metida en un armario

bueno pues no no ni cosa semejante bueno mira bueno mira ahora ella se ha metido a flirtear también con los dos hijos de Tom Devan me imitaba silbando con esas estrepitosas de las chicas Murray que la llamaban puede salir Milly por favor está muy solicitada para sacarle todo lo que puedan dando una vuelta por la calle Nelson montada en la bicicleta de Harry Devan por la noche más vale que él la haya mandado a donde está se estaba saliendo de quicio queriendo ir a la pista de patinar y fumándoles los cigarrillos por la nariz se lo olí en el vestido cuando cortaba con los dientes el hilo del botón que le cosí en el bajo de la chaqueta ella no me podía esconder mucho a mí te lo digo yo sólo que no se lo debía haber cosido y luego encima de ella eso quiere decir una separación y el último pastel de ciruela también partido en 2 mitades ves sale así no importa lo que digan tiene una lengua demasiado larga para mi gusto llevas la blusa demasiado escotada me dice dijo la sartén al cazo y yo tenía que decirle que no echara las piernas para arriba enseñándolas así sentada en la ventana delante de toda la gente que pasaba todos la miran como a mí a su edad claro cualquier trapo viejo te sienta bien y luego de mirameynometoques también a su manera en el Gran Sacrificio en el Teatro Real quita el pie de ahí no puedo aguantar que la gente me toque con un miedo mortal de que le arrugase la falda plisada mucho de ese toqueteo debe haber en el teatro en los apretones en lo oscuro siempre están tratando de restregarse con una aquel tipo del patio en el patio del Gaiety para Beerbohm Tree en Trilby la última vez que voy ahí para que me aplasten así ni por todos los Trilby del mundo a cada dos minutos tocándome ahí y mirando para el otro lado está un poco chiflado creo que le vi después tratando de acercarse a dos señoras muy a la moda delante del escaparate de Switzer en el mismo jueguecito le reconocí al momento la cara y todo pero él no me recordaba y ella no quiso ni que la besara en Broadstone cuando se marchaba bueno espero que encuentre alguien que le baile el agua como hice yo cuando estaba en cama con paperas las glándulas hinchadas dónde está eso dónde está lo otro claro ella todavía no es capaz de sentir nada bien hondo yo nunca disfruté como es debido hasta que tenía 22 años más o menos siempre eso terminaba donde no era las tonterías de siempre de las chicas y las risitas ese Conny Connolly escribiéndola en tinta blanca sobre papel negro cerrado con lacre aunque ella aplaudió cuando bajó el telón porque él estaba tan guapo luego tuvimos a Martin Harvey a desayunar comer y cenar yo pensaba para mí después debe ser amor de verdad si un hombre sacrifica su vida por ella de ese modo por nada me figuro que quedan pocos hombres así es difícil creerlo a no ser que de verdad me pasara a mí la mayoría de ellos sin una partícula de amor en su naturaleza encontrar dos personas así hoy día absorbidos uno en otro que sientan lo mismo que una generalmente están un poco tocados de la cabeza el padre debía ser un poco raro ir y envenenarse después que ella pobre viejo me figuro que él siempre se ha sentido perdido haciendo el amor a mis cosas también los pocos trapos viejos que tengo ella quería subirse el pelo a los 15 años mis polvos también sólo estropearle la piel tiene tiempo de sobra para eso toda la vida por delante claro ella está inquieta sabiendo que es bonita con

los labios tan colorados lástima que no se quedan así yo también lo era pero no sirve ir por las buenas con esa criatura replicándome como una verdulera cuando le pedí que fuera a buscar media medida de patatas el día que nos encontramos con la señora Joe Gallaher en las carreras al trote y ella fingió no vernos en aquel cochecito suyo con Friery el procurador no éramos bastante importantes hasta que le di 2 buenas tortas en la cara toma eso por replicarme así y por tu desvergüenza me había hecho perder los estribos claro contradiciéndome yo también estaba de mal humor porque qué pasaba había alguna hierba en el té o no había dormido la noche antes el queso que comí era y se lo dije y se lo repetí de sobra que no dejara los cuchillos cruzados así porque no tiene nadie que la mande bueno si él no la corrige bueno entonces yo la corregiré esa fue la última vez que le dio al grifo de las lágrimas yo también era igual no se atrevía nadie a mandarme en casa es culpa de él claro tenernos a las dos aquí hechas unas esclavas en vez de llamar a una mujer hace tanto tiempo voy a volver a tener alguna vez una criada como es debido claro ella vería entonces que él le iba detrás yo tendría que advertirla o se me vengaría ella qué molestia esas mujeres la vieja señora Fleming hay que andar dando vueltas detrás de ella poniéndole las cosas en las manos estornudando y tirándose pedos en los pucheros bueno claro es vieja no lo puede remediar suerte que encontré ese trapo de fregar viejo oliendo a podrido que se perdió detrás del aparador sabía que había algo y abría la ventana para que saliera el olor él metiendo a sus amigos para convidarles como la noche en que llegó a casa con un perro por favor podría estar rabioso especialmente el hijo de Simon Dedalus el padre tan criticón con las gafas con la chistera encima en la partida de cricket y un gran agujero en el calcetín riéndose del otro y su hijo que ganó todos esos premios por lo que fuera que los ganó en la escuela media figúrate trepando sobre la verja si le viera alguien que nos conociera no sé si se habrá hecho un buen agujero en sus pantalones de lujo del entierro como si el que le dio la naturaleza no fuera bastante meterle de matute bajándole a la vieja cocina sucia bueno está bien de la cabeza pregunto yo lástima que no fuera día de lavar mis bragas viejas podían haber estado colgadas también en la cuerda exhibiéndose por lo poco que le importaría a él con la marca de la plancha que esa vieja idiota las quemó podría creer que era otra cosa y ella nunca ha derretido la grasa como le dije y ahora vuelve a estar como siempre por culpa de que su marido paralizado está peor siempre tienen algo que no va bien enfermedad o tendrían que operarles o si no es eso es la bebida y él la pega tendré que echarme a buscar por ahí otra vez alguna todos los días cuando me levanto pasa siempre algo nuevo Dios mío bueno cuando estire la pata y esté en la tumba me figuro que tendré alguna tranquilidad necesito levantarme un momento y si estoy espera ay Señor espera ya me viene eso ahora no te fastidia claro con todo ese hurgar y escarbar y arar que él se me trajo dentro ahora qué voy a hacer viernes sábado domingo es como para desesperar a cualquiera a no ser que a él le guste a algunos hombres les gusta sabe Dios siempre hay algo que no marcha en nosotras 5 días cada 3 ó 4 semanas la liquidación mensual de costumbre no es sencillamente un asco

aquella noche me vino así la única vez que estábamos en un palco que le dio Michael Gunn para ver a la señora Kendall y a su marido en el Gaiety algo de seguros que hizo por él en Drimmie yo estaba para que me envolvieran pero no quería ceder con aquel caballero a la moda mirándome desde arriba con gemelos y él al otro lado hablando de Spinoza y de su alma que ha muerto me figuro hace millones de años yo sonreía lo mejor que podía encharcada inclinándome adelante como si me interesara teniendo que seguir allí sentada hasta la última frase no se me olvidará aquella mujer de Scarli con prisa decían que era una obra atrevida sobre adulterio aquel idiota de la galería silbando a la mujer adúltera gritó me figuro que salió a buscar una mujer en el callejón de más cerca para hacerlo todo a la carrera para compensar me gustaría que él tuviera lo que yo tenía entonces aullaría apuesto a que la gata misma se las arregla mejor que nosotras tenemos demasiada sangre dentro o qué es ah santa paciencia se me está desbordando como el mar en todo caso no me dejó embarazada tan grande como es él no quiero echar a perder las sábanas limpias también lo ha traído la ropa limpia que me puse maldita sea maldita sea y ellos siempre quieren ver una mancha en la cama para saber que una es virgen para ellos eso es lo único que les preocupa son tan idiotas también una podría ser viuda o divorciada 40 veces serviría una manchita de tinta roja o jugo de moras no eso es demasiado morado ay Jesús salirme de esto puaf dulzuras del pecado a quienquiera que se le ocurriera este asunto para las mujeres que si la ropa que si guisar que si los niños esta maldita cama vieja también tintineando como el diablo me figuro que podrían oírnos desde el otro lado del parque hasta que se me ocurrió poner el edredón en el suelo con la almohada debajo de mi trasero no sé si es más bonito de día me parece que sí despacito creo que me voy a cortar todo este pelo ahí dándome calor podría parecer una niña se quedaría pasmado él la próxima vez que me levantara las faldas daría cualquier cosa por verle la cara dónde ha ido a parar la bacinilla despacito tengo un santo terror a que se me rompa debajo después de lo de esa cómoda vieja no sé si pesaba demasiado sentada en su rodilla le hice sentarse en la butaca a propósito cuando me quité primero sólo la blusa y la falda en el otro cuarto él estaba tan ocupado donde no debía que ni me sintió espero que mi aliento estuviera perfumado después de esos confites de beso despacito Dios mío me acuerdo de otros tiempos cuando podía echarlo fuera derecho silbando como un hombre casi despacito oh Señor cuánto ruido espero que tenga burbujas significa una pila de dinero de alguien tendré que perfumármelo por la mañana no olvidarme apuesto a que él nunca ha visto unos muslos mejores que éstos mira qué blancos son el sitio más liso es ahí mismo entre este poquito de ahí liso como un melocotón despacito Dios mío no me importaría ser hombre y montar a una bonita mujer ay Señor qué ruido estás armando como el lirio de Jersey despacito oh cómo bajan las aguas por Lahore quién sabe si me pasa algo por dentro o si tengo algo que me crece dentro que me viene eso así cada semana cuándo fue la última vez que yo Lunes de Pentecostés sí hace sólo unas 3 semanas debería ir al médico sólo que sería como antes de casarme con él cuando tenía aquella cosa blanca que me salía y Floey

me hizo ir a aquel viejo palo seco Dr. Collins para enfermedades de la mujer en Pembroke Road su vagina lo llamó me figuro que así es como tiene todos los espejos dorados y alfombras enredando a esas ricas de Stephen Green a que corran a verle a cada tontería de su vagina y su cochinchina tienen dinero claro así que tienen razón yo no me casaría con él ni aunque fuera el último hombre en el mundo además hay algo raro en sus niños siempre olfateando por todas partes a esas sucias cochinas preguntándome si lo que echaba tenía un olor molesto qué quería que echara sino eso a lo mejor oro vaya pregunta si se lo untase por toda esa vieja cara arrugada con todos mis cumplimientos imagino que entonces sabría y podría usted pasarlo fácilmente pasarlo qué yo creí que hablaba del peñón de Gibraltar la manera cómo lo dice esa una invención muy bonita también por cierto sólo que a mí me gusta después dejarme ir hasta el fondo por el agujero hasta donde pueda apretar y tirar de la cadena luego para regarlo bien alfilerazos frescos sin embargo tiene sus ventajas me figuro que siempre sabía por lo de Milly cuando era pequeña si tenía lombrices o no de todos modos pagarle por eso cuánto es doctor una guinea por favor y preguntándome si tenía omisiones frecuentes de dónde sacan esos viejos todas las palabras que tienen omisiones con sus ojos miopes encima de mí echados a un lado no me fiaría demasiado de él darme cloroformo o sabe Dios qué otra cosa sin embargo me gustó cuando se sentó a escribir la cosa frunciendo tan severamente la nariz así de inteligente vete al diablo embustera ah cualquier cosa no importa quién menos un idiota él era lo bastante listo como para darse cuenta de eso claro eso era todo el pensar en él y sus cartas locas y chifladas Preciosísima mía todo lo relacionado con tu espléndido Cuerpo todo subrayado lo que viene de él es una cosa de belleza y de gozo para siempre algo que sacó de algún libro estúpido yo siempre haciéndomelo a veces 4 ó 5 veces al día y dije que no lo hacía está usted segura ah sí dije estoy muy segura de un modo que le tapé la boca sabía lo que iba a venir después sólo debilidad natural eso era él me excitó no sé cómo la primera noche misma que nos conocimos cuando yo vivía en Rehoboth Terrace nos quedamos mirándonos durante unos 10 minutos como si nos hubiéramos conocido en algún sitio me figuro que por causa de que yo era judía porque he salido a mamá él solía divertirme las cosas que decía con esa sonrisa indolente y todos los Doyles decían que iba a presentarse para diputado en el Parlamento ah yo no era tonta de nacimiento para creerme todas sus chácharas sobre la autonomía y la unión nacional lanzándome ese aburrimiento de canción de los hugonotes que se canta en francés *O beau pays de la Touraine* que yo nunca he cantado ni una vez explicando y enredando sobre religión y persecuciones no le dejaba a una disfrutar nada naturalmente luego podría él como un gran favor la primerísima oportunidad que tuvo ocasión en Brighton Square metiéndoseme en la alcoba como si se hubiera manchado las manos de tinta para lavárselas con la Leche de Albión y el jabón de azufre que yo usaba con la gelatina todavía alrededor ah yo me puse mala de reírme de él aquel día más vale que no convierta este asunto en una sentada para toda la noche encima de este trasto deberían hacer bacinillas de tamaño

natural para que una mujer se pudiera sentar encima como es debido él se arrodilla para hacerlo me figuro que no hay en toda la creación otro hombre con las costumbres que tiene él mira de qué manera está durmiendo ahora a los pies de la cama cómo podrá sin una almohada dura menos mal que no da patadas o si no me partiría los dientes respirando con la mano en la nariz como ese dios indio que me llevó a ver un domingo que llovía en la calle Kildare todo amarillo con un delantal tumbado de lado sobre la mano con los diez dedos de los pies saliéndole que él dijo que era una religión más grande que las de los judíos y la de Nuestro Señor juntas las dos por toda Asia imitándole como siempre está imitando a alguien me figuro que él también dormía a los pies de la cama con sus grandes pies cuadrados junto a la boca de su mujer maldita sea esta cosa apestosa de todos modos dónde están esos esos paños ah sí ya sé espero que el viejo armario no rechine ah lo sabía él duerme bien lo ha pasado bien en algún sitio sin embargo ella debe haberle dado mucho de bueno por su dinero claro que él tiene que pagarlo lo que recibe de ella ah qué cosa tan molesta espero que tendrán algo mejor para nosotras en el otro mundo atándonos todas hasta arriba si Dios quiere ya está bien por esta noche ahora la vieja cama tintineante con sus bultos siempre me recuerda al viejo Cohen me figuro que se rascó de sobra aquí dentro y él cree que papá se la compró a Lord Napier al que yo admiraba cuando era niña porque le dije despacito piano ah me gusta la cama Dios mío aquí estamos tan mal como de costumbre al cabo de 16 años en cuántas casas hemos estado en total Raymond Terrace y Ontario Terrace y calle Lombard y calle Holles y él se va por ahí silbando cada vez que nos mudamos otra vez sus hugonotes o la marcha de las ranas fingiendo ayudar a los hombres con nuestros 4 palos de muebles y luego el Hotel City Arms peor cada vez dice Warden Daly ese sitio encantador en el descansillo siempre alguien dentro rezando luego dejando todas sus pestes detrás de ellos siempre se sabe quién ha sido el último que estuvo allí cada vez que nos empieza a ir bien pasa algo o mete la pata en Thoms y Hely y el señor Cuffe y Drimmie o le van a meter en la cárcel por sus viejos billetes de lotería que iba a ser toda nuestra salvación o va y se pone insolente ya le veremos volver a casa despedido pronto del *Freeman* también como con los demás por culpa de esos Sinner Fein o los masones entonces veremos si ese hombrecito que me enseñó chorreando agua bajo la lluvia y solo al doblar Coady Lane le dará mucho consuelo que él dice que es tan capaz y tan sinceramente irlandés sí que lo es a juzgar por la sinceridad de los pantalones que le he visto encima espera ahí está la campana de la iglesia de San Jorge espera 3 cuartos la hora espera las 2 bueno es una bonita hora de la noche para que él vuelva a casa para que nadie se descuelgue detrás de la verja si le viera alguien mañana le voy a sacudir de encima esa costumbrita lo primero le miraré la camisa para ver o veré si tiene todavía ese preservativo en la cartera me figuro que se cree que yo no sé todos los hombres engañando todos sus 20 bolsillos no les bastan para sus mentiras entonces por qué tendríamos que decírselo aunque sea verdad ellos no la creen a una luego arropado en la cama como esos bebés de la *Obra Maestra* de Aristócrates que me trajo otra vez

como si no tuviéramos bastante de eso en la vida de verdad sin ningún viejo Aristócrates o como se llame dando más asco con esas sucias estampas niños con dos cabezas y sin piernas que es la clase de maldad que siempre están soñando sin otra cosa en sus cabezas vacías deberían darles veneno lento a la mitad de ellos y luego té con tostadas para él untadas por los dos lados y huevos frescos me figuro que ya no soy nada cuando no le dejé que me lamiera en la calle Holles una noche hombre hombre tirano como siempre para empezar durmió en el suelo media noche desnudo como hacían los judíos cuando muere alguien que les pertenecía y no quería desayunar ni decir palabra queriendo mimos así que pensé que ya había sido bastante dura por una vez y se lo dejé hacer lo hace todo mal también pensando sólo en su propio gusto tiene la lengua demasiado lisa o no sé qué se le olvida que nosotras yo no yo se lo haré hacer otra vez si no tiene cuidado y le encierro a dormir en la carbonera con las cucarachas no sé si sería ella Josie de puro contenta con mis ropas de desecho él es tan embustero de nacimiento también no él nunca tendría el valor con una mujer casada por eso quiere que yo y Boylan aunque en cuanto a su Denis como ella le llama ese espectáculo de desolación que no se le podría llamar marido sí ha sido con alguna putilla con quien ha estado también aquel día que yo estaba con él y con Milly en las carreras de la Universidad aquel matasiete con la gorra de niño en lo alto de la coronilla nos dejó entrar por la puerta falsa de atrás él le estaba poniendo ojos de carnero a aquellas dos que andaban moviendo las faldas de un lado para otro yo traté de hacerle una señal al principio inútil claro y así es como se le va el dinero son los frutos del señor Paddy Dignam sí todos estaban en gran estilo en el solemne entierro en el periódico que trajo Boylan tendrían que ver el entierro de un verdadero oficial eso sí que sería algo armas a la funerala tambores destemplados el pobre caballo andando detrás de negro L. Bloom y Tom Kernan ese hombrecillo borracho que parece un barril que se cortó la lengua cayéndose del retrete de hombres borracho en no sé qué sitio y Martin Cunningham y los dos Dedalus y el marido de Fanny MCoy cabeza de repollo blanco flaco con los ojos torcidos tratando de cantar mis canciones a ella le haría falta nacer otra vez con su viejo traje verde escotado que ya no los puede atraer de otro modo una voz como para que llueva ya lo veo claro ahora todo eso y a eso lo llaman amistad matarse y luego enterrarse los unos a los otros y todos con sus mujeres y familias en casa más especialmente Jack Power que mantiene a esa camarera de un bar que claro que lo hace su mujer siempre está enferma o poniéndose enferma o mejorándose nada más y él es un hombre guapo aunque empieza a tener canas en las sienes son una buena pandilla todos ellos bueno no van a pillar otra vez a mi marido en sus garras si puedo remediarlo yo burlándose de él a sus espaldas sé muy bien cuándo se mete en esas idioteces porque tiene bastante sentido común como para no derrochar hasta el último penique que gana echándoselo por sus gaznates y cuida de su mujer y familia que no sirven para nada pobre Paddy Dignam de todos modos lo siento en cierto modo por él qué van a hacer su mujer y sus 5 chicos a no ser que estuviera asegurado monigote ridículo siempre metido en el

rincón de alguna taberna y ella o su hijo esperando Bill Bailey no vienes a casa por favor los lutos de viuda no la van a mejorar de aspecto sientan estupendamente si una es guapa qué hombres él no estaba sí que estaba en el banquete de Glencree y el bajo barríltono de Ben Dollard la noche que pidió prestado el frac para cantar con él en la calle Holles apretado y aplastado dentro y sonriendo con su carota de muñeco como el culito de un niño con sus buenos azotes qué cara de gilipollas ya lo creo que debía ser un espectáculo en escena hay que imaginarse pagar 5 chelines los asientos de preferencia para ver eso y Simon Dedalus también se presentaba siempre medio borracho cantando la segunda estrofa antes que la primera el viejo amor es el nuevo era una de las suyas tan dulces cantaba la doncella del espino blanco siempre estaba dispuesto a coquetear también cuando yo canté *Maritana* con él en la ópera privada de Freddy Mayer tenía una voz estupenda y deliciosa oh Phoebe dulcísima adiós es mi mal la mujer él cantaba siempre no como Bartell d'Arcy es mi mala mujer adiós claro él tenía el don de la voz así que no había arte en eso te llenaba toda como una ducha caliente Oh Maritana flor silvestre del bosque cantamos espléndidamente aunque era un poco demasiado alto para mi registro incluso transportado y estaba casado entonces con May Goulding luego decía o hacía algo para estropearlo todo está viudo ahora no sé cómo es su hijo dice que es un autor y va a ser un profesor de universidad de italiano y yo voy a tomar lecciones qué pretende ahora enseñándole mi foto no es buena debería habérmela hecho tomar en drapeado que nunca se pasa de moda sin embargo parezco joven ahí no sé si se la regalaría del todo y a mí también detrás de todo por qué no le vi bajando en coche a la estación de Kingsbridge con su padre y su madre yo estaba de luto esto es hace 11 años ahora sí él tendría 11 años aunque qué necesidad había de ponerse de luto por uno que no era ni una cosa ni otra claro él se empeñó él se pondría de luto por la gata me figuro que ya es un hombre a estas horas entonces era un niño inocente y muy guapito en su traje Lord Fauntleroy y el pelo con rizos como un príncipe de teatro cuando le vi en casa de Mat Dillon yo también le gusté me acuerdo a todos les gusto caramba espera sí espera sí aguarda él salió en las cartas esta mañana cuando eché el horóscopo unión con un joven forastero ni moreno ni rubio que conociste antes yo pensé que quería decir él pero no es tan pollito ni forastero tampoco además yo tenía la cara vuelta del otro lado qué era la séptima carta después del 10 de piques por un viaje por tierra luego había una carta que iba a llegar y escándalos también las 3 reinas y el 8 de diamantes por una subida en la sociedad sí espera todo eso resultó y los 2 ochos rojos por trajes nuevos mira eso y no soñé yo algo también sí había algo de poesía dentro espero que no tenga pelo largo y grasiento colgándole por encima de los ojos o tieso como un piel roja para qué andan por ahí así sólo para hacer que se rían de ellos y de su poesía siempre me gustó la poesía cuando era niña primero creí que él era un poeta como Byron y no tenía ni pizca de eso en su ser creí que era muy diferente no sé si será demasiado joven tiene cerca de espera el 88 me casé el 88 Milly cumplió 15 ayer el 89 cuántos años tiene él entonces en casa de los Dillon 5 ó 6 hacia el 88 imagino que

tiene 20 años o más no soy demasiado vieja para él si tiene 23 o 24 años espero que no sea ese tipo de estudiante de universidad con pretensiones no si no no habría ido a sentarse con él en la vieja cocina tomando cacao Epps y hablando claro él hacía como si lo entendiera todo probablemente le dijo que era de Trinity College es muy joven para ser un profesor espero que no sea un profesor como Goodwin ése era un profesor diplomado en empinar el codo todos ellos escriben sobre una mujer en sus poesías bueno me figuro que no encontrará muchas como yo donde dulce suspira de amor la leve guitarra donde la poesía está en el aire el mar azul y la luna brillando tan hermosa volviendo en el barco de por la noche desde Tarifa el faro en Punta Europa la guitarra que tocaba aquel tipo era tan expresiva nunca volveré más allí todas caras nuevas unos ojos atisbando una celosía escondidos se la cantaré a él son mis ojos si él tiene algo de poeta unos ojos de oscuro fulgor como la estrella del amor qué bonitas esas palabras como la joven estrella del amor eso será un cambio bien sabe Dios tener una persona inteligente con quien hablar de una misma no siempre oyéndole a él y el anuncio de Billy Prescott y el anuncio de Llaveess y el del demonio en persona luego si algo les va mal en sus negocios nosotras tenemos que sufrir estoy segura de que él es muy distinguido me gustaría encontrar a un hombre así Dios mío no como esos otros burros además es joven aquellos chicos jóvenes tan finos que yo veía en el sitio de bañarse en la playa de Margate desde el lado de la roca de pie al sol desnudos como un dios o algo así y luego zambulléndose en el mar con ellos por qué no son así todos los hombres eso sería un buen consuelo para una mujer así la bonita estatuilla que compró él yo la podía mirar todo el día la cabeza con rizos largos y los hombros el dedo levantado para que una escuchara eso sí que es belleza de verdad y poesía muchas veces me daban ganas de besarlo por todas partes también su cosa tan joven y tan bonita ahí sencillamente no me importaría metérmela en la boca si nadie mirara como si ello mismo te pidiera que lo chuparas tan limpio y blanco parecía él con su cara de niño y bien que lo haría yo en 1/2 minuto aunque se me fuera para abajo un poco como qué es sólo como sémola o rocío no hay peligro además estaría tan limpio comparado con esos cerdos de hombres me figuro que nunca se les ocurre lavársela de un año para otro la mayor parte de ellos nada más que eso es lo que hace que les salgan bigotes a las mujeres estoy segura será estupendo si puedo ponerme con un guapo poeta joven a mi edad lo primero por la mañana voy a echar las cartas a ver si sale él leeré y estudiaré todo lo que pueda o me aprenderé un poco de memoria si supiera yo quién le gusta para que no me crea estúpida si cree que todas las mujeres son lo mismo y le puedo enseñar el otro papel, le haré que lo sienta por todo el cuerpo hasta que medio se desmaye debajo de mí luego escribirá sobre mí amante y amada en público también con nuestras 2 fotos por todos los periódicos cuando él sea famoso ah pero entonces qué voy a hacer con el otro sin embargo no esa no es manera para él no tiene modales no ni refinamiento ni nada en su naturaleza dándome una palmada en el trasero así porque no le llamé Hugh ese ignorante que no distingue una poesía de una lechuga eso es lo que saca una por no mantenerles en su sitio

quitándose los zapatos y pantalones ahí en la butaca delante de mí tan descarado sin pedir permiso siquiera y la cosa saliendo de ese modo tan vulgar en la media camisa que llevan para que se les admire como un cura o un carnicero o esos viejos hipócritas de los tiempos de Julio César claro tiene bastante razón a su manera para pasar el tiempo como una broma claro igual daría que una se metiera en la cama con qué con un león Dios mío estoy segura de que tendría algo mejor que decir por su parte un viejo León serviría ah bueno me figuro que es porque estaban tan gordas y tentadoras en mi enagua corta él no podía resistir me excitan a mí misma a veces está bien para los hombres la cantidad de gusto que sacan del cuerpo de una mujer estamos tan redondas y tan blancas para ellos siempre tuve ganas de ser yo también uno de ellos por cambiar sólo por probar con esa cosa que tienen hinchándosele encima a una tan dura y al mismo tiempo tan blanda cuando la tocas el tío Arturo lo tiene muy duro oí cantar a aquellos chicos de la esquina de Marrowbone la tía Consuelo lo tiene con pelo porque estaba oscuro y sabían que pasaba una chica no me puse colorada por qué iba a ponerme es sólo lo natural y él mete la cosa dura dentro de lo de la tía Consuelo etcétera y resulta que es que se pone el mango a una escoba los hombres también por todas partes pueden buscar y elegir lo que les gusta una casada o una viuda alegre o una chica para sus diferentes gustos como esas casas a la vuelta de la calle Irish no pero nosotras siempre tenemos que estar encadenadas a mí no me van a encadenar no hay miedo no una vez que empiece te lo digo de verdad a pesar de los celos de un marido estúpido por qué no podemos seguir siendo amigos en vez de pelearnos por eso su marido descubrió lo que hacían juntos bueno naturalmente y si lo hizo ya no tiene remedio es un cornudo de todos modos haga lo que haga y luego él pasa al otro extremo de la locura sobre la mujer en las *Bellas Tiranas* claro el hombre no piensa 2 veces en el marido o la esposa tampoco es la mujer lo que quiere y la consigue para qué otra cosa nos han dado estos deseos me gustaría saberlo no lo puedo remediar si todavía soy joven no puedo milagro que no soy una vieja bruja arrugada antes de tiempo viviendo con él tan frío sin abrazarme nunca excepto a veces mientras duerme por el lado del revés mío sin darse cuenta supongo con quién está cualquier hombre capaz de besarle el culo a una mujer yo no daría nada por él después de eso él es capaz de besar cualquier cosa nada natural donde no tenemos ni 1 átomo de ninguna clase de expresión en nosotras todas nosotras lo mismo 2 bultos de grasa antes de que se lo hiciera yo eso a un hombre puah esos sucios animales sólo de pensarlo es bastante beso sus pies *señorita* eso tiene cierto sentido no besó nuestra puerta de entrada sí que lo hizo qué loco nadie entiende sus ideas chifladas sino yo sin embargo claro una mujer necesita que la abracen 20 veces al día casi para tener aspecto joven no importa quién con tal de estar enamorada o amada por alguno si el hombre que una necesita no está ahí a veces válgame Dios a veces pensaba yo que me iría por ahí por los muelles algún anochecer oscuro donde nadie me conociera a buscar un marinero recién desembarcado que estuviera caliente para hacerlo sin importarle un pito de quién era yo hacerlo en un

portón en algún sitio o uno de esos gitanos de cara salvaje de Rathfarnham que tenían el campamento armado cerca de la lavandería Bloomfield para tratar de robar nuestras cosas si podían yo sólo mandé las mías allí unas pocas veces por el nombre lavandería modelo me devolvían una vez y otra las medias viejas de alguna vieja aquel tipo de cara de chulo con ojos tan bonitos afilando un palo atacarme en la oscuridad y montarme contra una tapia sin decir palabra o un asesino cualquiera que ellos mismos lo hacen los caballeros elegantes con chisteras ese abogado importante que vive por estos barrios saliendo de Hardwicke Lane la noche que nos dio la cena con pescado porque había ganado mucho en ese combate de boxeo claro que era por mí que lo dio le conocí por las polainas y los andares y cuando me volví un momento después para ver había una mujer saliendo de allí alguna puta sucia luego se va a su casa con su mujer después de eso me figuro que la mitad de esos marineros están podridos también de enfermedades eh echa allá esa enorme carcasa quita de ahí por todos los diablos hay que oírle los vientos que llevan mis suspiros hacia ti él sabe dormir y suspirar el gran Ilusionista Don Poldo de la Flora si supiera cómo salió en las cartas esta mañana tendría de qué suspirar un hombre moreno en cierta perplejidad entre 2 7 también en la cárcel por sabe Dios qué hace él que yo no sé y debería descolgarme a chancletear por la cocina para darle el desayuno a su señoría mientras él está embozado como una momia sí de veras me has visto correr alguna vez ya me gustaría verme en ello les prestas atención y te tratan como a una basura no me importa lo que diga nadie sería mucho mejor que el mundo estuviera gobernado por las mujeres que hay en él no se vería a las mujeres yendo a matarse unas a otras y armando carnicerías cuándo se ha visto a las mujeres rodando por ahí borrachas como ellos o jugándose hasta el último penique que tengan y perdiéndolo a los caballos sí porque una mujer cualquier cosa que haga sabe dónde pararse seguro que no estarían en el mundo siquiera si no fuera por nosotras ellos no saben lo que es ser una mujer y una madre cómo podrían dónde estarían todos ellos si no tuvieran una madre que les cuidara lo que nunca tuve yo por eso me figuro anda por ahí corriendo como un loco ahora de noche lejos de sus libros y estudios y sin vivir en casa por culpa de las peleas de siempre en casa me figuro bueno es un triste caso que los que tienen un hijo tan bueno como ése no estén contentos y yo ninguno él no fue capaz de hacer uno no fue culpa mía nos juntamos cuando yo miraba esos dos perros él encima de ella por detrás en medio de la santa calle que me desanimó del todo me figuro que no debería haberle enterrado en esa chaquetita de lana que le hice llorando como estaba sino dársela a algún niño pobre pero sabía muy bien que nunca tendría otro nuestra primera muerte también fue nunca fuimos los mismos desde entonces ah no voy a ponerme triste a fuerza de pensar en eso nunca más no sé por qué no se querría quedar a pasar la noche desde el principio me di cuenta de que era alguien extraño que había traído a casa en vez de vagabundear por la ciudad encontrándose sabe Dios quién fulanas y ladrones a su pobre madre no le gustaría eso si viviera echándose a perder para toda la vida quizá sin embargo es una hora deliciosa tan silenciosa me

gustaba volver a casa después de los bailes el aire de la noche ellos tienen amigos con que pueden hablar nosotras no tenemos ninguno o él quiere lo que no va a conseguir o es alguna mujer dispuesta a darte una puñalada me fastidia eso en las mujeres no es extraño que nos traten como nos tratan ellos somos un montón terrible de perras me figuro que es todos los problemas que tenemos lo que nos pone tan nerviosas yo no soy así él podía haber dormido fácilmente aquí en el sofá del otro cuarto me figuro que era tan tímido como un niño siendo tan joven apenas 20 años en el cuarto de al lado mío él me habría oído en la bacinilla vaya qué tiene de malo Dedalus no sé si es como esos nombres que tenían en Gibraltar Delapaz Delagracia demonios de nombres raros allí padre Vial Plana de Santa María que me dio el rosario Rosales y O'Reilly en la Calle las Siete Revueltas y Pisimbo y señora Opisso en Governor Street ah vaya nombre yo me tiraría al agua en el primer río si me llamara así ah Dios mío y todos esos pedazos de calle rampa del Paraíso y rampa Bedlam y rampa Rodgers y rampa Crutchett y la escalera del paso del diablo bueno no es culpa mía si estoy chiflada que ya sé que lo estoy un poco bien sabe Dios no me siento ni un día más vieja que entonces no sé si sabría soltarme la lengua con un poco de español *cómo está usted muy bien gracias y usted* no se me ha olvidado todo creí que sí salvo por la gramática un sustantivo es el nombre de una persona lugar o cosa nunca intenté leer esa novela que me prestó la gruñona de la señora Rubio de Valera con los signos de interrogación todos patas arriba las dos maneras sabía siempre que acabaríamos por marcharnos yo puedo decirle el español y él puede decirme el italiano entonces verá que no soy tan ignorante lástima que no se quedó estoy segura de que el pobre estaba muerto de cansancio y le hacía mucha falta dormir bien yo le podría haber llevado el desayuno a la cama con unas tostadas con tal que no usara el cuchillo trae mala suerte o si hubiera pasado la que vende los berros y algo bueno y sabroso hay unas pocas aceitunas en la cocina a lo mejor le gustarían yo nunca pude ni verlas cuando estaba en Abrines yo podría hacer de criada el cuarto tiene buen aspecto desde que lo cambié de la otra manera ya ves algo me lo decía todo el tiempo tendría que presentarme yo misma no conociéndome él ni por parte de Adán muy divertido sería soy su mujer o hacer como si estuviéramos en España con él medio dormido sin la menor idea de dónde estaba *dos huevos estrellados señor* Señor qué chifladuras se me ocurren a veces sería muy divertido suponiendo que se quedara con nosotros por qué no el cuarto de arriba está vacío y la cama de Milly en el cuarto de atrás él podría hacer sus escrituras y estudios en la mesa que hay allí para lo que él garrapatea en ella y si quiere leer en la cama por la mañana como yo ya que él hace el desayuno para 1 igual puede hacerlo para 2 estoy segura no voy a tomar de huésped al primero que llega por su gusto porque él alquile un cuartelón de casa como ésta me gustaría tener una larga conversación con una persona inteligente y educada me gustaría tener un bonito par de pantuflas rojas como vendían esos turcos del fez rojo o amarillas o una bonita bata semitransparente que me está haciendo mucha falta o una mañanita color de melocotón como la de hace mucho en Walpole sólo 8/6 ó 18/6 ya le daré otra

oportunidad madrugaré por la mañana estoy harta de esta vieja cama de Cohen en todo caso podría ir al mercado a ver todas las verduras y coles y tomates y zanahorias y toda clase de frutas espléndidas que vienen todas frescas y deliciosas quién sabe quién sería el primer hombre que me encontrara salen por ahí a buscarlo por la mañana solía decir Mamy Dillon y por la noche también esa era su salida a misa me gustaría una pera grande y jugosa ahora que se me deshiciera en la boca como cuando tenía los antojos entonces le tiraría encima sus huevos y el té en la taza con bigotera que le regaló ella me figuro que para hacerle la boca más grande a él también le gustaría mi buena crema también ya sé lo que voy a hacer voy a dar vueltas por ahí bastante alegre no demasiado cantando alegre de vez en cuando *mi fa pietà Masetto* luego empezaré a vestirme para salir *non son più forte* me pondré mi mejor camisa y bragas que él se dé una buena ración de vista con eso para que se le ponga de pie su cosita le haré saber si eso es lo que quería que su mujer se deja joder sí y bien jodida casi hasta el cuello y no por él 5 ó 6 veces sin bajarse ahí está la señal de su esperma en la sábana limpia no me molestaría siquiera en quitarla con la plancha con eso tendría que quedar convencido si no me crees tócame la tripa a no ser que le hiciera ponerse ahí de pie metérmelo dentro me dan ganas de contárselo con pelos y señales y hacérselo hacer delante de mí le está bien empleado es todo culpa suya si soy una adúltera como decía ese de la galería ah cuánto jaleo si fuera eso todo lo malo que hiciéramos en este valle de lágrimas sabe Dios que no es mucho acaso no lo hace todo el mundo sólo que lo esconden me figuro que eso es para lo que se imaginan que está hecha una mujer o si no Él no nos habría hecho tal como nos hizo tan atractivas para los hombres entonces si me quiere besar el culo le abro las bragas y se lo encajo en la cara de tamaño natural ya me puede meter la lengua 7 millas para arriba por el agujero donde tengo lo negro y luego le diré que necesito 1 libra o quizá 30 chelines le diré que me hace falta comprar ropa interior entonces si me lo da bueno no será tan malo yo no quiero sonsacárselo todo como otras mujeres muchas veces podía haber hecho un bonito cheque yo sola y firmarlo con su nombre por un par de libras unas pocas veces que se olvidó de echar la llave además él no lo gasta le dejaré que me lo suelte por detrás con tal que no me manche las bragas buenas ah me figuro que no tiene remedio me haré la indiferente 1 ó 2 preguntas sabré por las respuestas cuando está sí no puede reservarse nada le conozco todas las vueltos apretaré bien el culo y soltaré unas cuantas palabras cochinas hueleculo o lamemelamierda o la primera locura que se me pase por la cabeza y luego le insinuaré que sí ah espera ahora me toca a mí el turno hijito me pondré alegre y amable para la ocasión ah pero se me olvidaba este asunto maldito de la sangre puaf una no sabría si reír o llorar somos tal mezcla de ciruela y manzana no me tendré que poner las cosas viejas tanto mejor así estará más claro él no sabrá nunca si lo hizo o no ea ya está bastante bien para ti cualquier cosa vieja y luego me le limpiaré de encima como un asunto cualquiera su omisión luego saldré le dejaré mirando al techo dónde se ha ido ahora ella hacerle que me necesite ese es el único modo un cuarto después de qué hora absurda me

figuro que ahora se estarán levantando en China a peinarse la coleta para el día bueno pronto tendremos a las monjas tocando el ángelus no tienen a nadie que vaya de noche a echarles a perder el sueño salvo algún cura que otro para su oficio nocturno el despertador de al lado al primer canto del gallo armando un estrépito de volverse loco vamos a ver si puedo echar un sueño 1 2 3 4 5 qué clase de flores son esas que han inventado como las estrellas el papel de la pared en la calle Lombard era mucho más bonito el delantal que me dio él era así sólo que yo me lo puse sólo dos veces mejor bajar esa lámpara y volver a intentar a ver si me puedo levantar pronto iré a Lambe ahí junto a Findlater a hacer que me manden unas flores que poner por aquí por si acaso él le trae a casa mañana hoy quiero decir no no el viernes es día de mala suerte primero quiero arreglar la casa de algún modo creo el polvo crece mientras estoy dormida entonces podemos tener música y cigarrillos puedo acompañarle primero tengo que limpiar las teclas del piano con leche qué me voy a poner me pondré una rosa blanca o esas magdalenas de Lipton me gusta el olor de una tienda grande y rica a 7 y 1/2 la libra o las otras con cerezas encima y el azúcar rosado 11 chelines un par de libras claro una bonita planta en medio de la mesa yo lo sacaría más barato espera dónde fue que las vi no hace mucho me gustan las flores me encantaría tener toda la casa nadando en rosas Dios del cielo no hay cosa como la naturaleza las montañas salvajes y luego el mar y las olas lanzándose y luego el campo tan bonito con campos de avena y trigo y toda clase de cosas y todo el buen ganado por ahí que se le ensancha a una el alma de verlo ríos y lagos y flores toda clase de formas y olores y colores saliendo hasta en las zanjas prímulas y violetas la naturaleza es así en cuanto a esos que dicen que no hay Dios yo no daría un pito por toda su sabiduría por qué no van y crean algo muchas veces le he preguntado a él los ateos o como se llamen que vayan primero a desengrasarse luego piden a gritos el cura cuando se mueren y por qué por qué porque tienen miedo del infierno por culpa de su mala conciencia ah sí les conozco muy bien quién fue la primera persona del universo antes de que hubiera nadie que lo hizo todo quién ah eso no lo saben tampoco lo sé yo ahí estamos daría lo mismo que intentaran parar el sol para que no saliera mañana el sol brilla para ti dijo él el día que estábamos tumbados entre los rododendros en Howth Head con su traje gris de tweed y su sombrero de paja yo le hice que se me declarara sí primero le di el pedazo de galleta de anís sacándomelo de la boca y era año bisiesto como ahora sí ahora hace 16 años Dios mío después de ese beso largo casi perdí el aliento sí dijo que yo era una flor de la montaña sí eso somos todas flores un cuerpo de mujer sí ésa fue la única verdad que dijo en su vida y el sol brilla para ti hoy sí eso fue lo que me gustó porque vi que entendía o sentía lo que es una mujer y yo sabía que siempre haría de él lo que quisiera y le di todo el gusto que pude animándole hasta que me lo pidió para decir sí y al principio yo no quise contestar sólo miré a lo lejos al mar y al cielo estaba pensando en tantas cosas que él no sabía que Mulvey y el señor Stanhope y Hester y papá y el viejo capitán Groves y los marineros jugando a los pájaros volando y a la pídola como lo llamaban ellos en

el muelle y el centinela delante de la casa del gobernador con la cosa alrededor del casco blando pobre diablo medio asado y las chicas españolas riéndose con sus mantillas y sus peinetas altas y las subastas por la mañana los griegos y los judíos y los árabes y no sé quién demonios más de todos los extremos de Europa y Duke Street y el mercado de aves todas cacareando junto a Larby Sharon y los pobres burros resbalando medio dormidos y los vagos con sus capas dormidos a la sombra de las escaleras y las grandes ruedas de los carros de los toros y el viejo castillo de miles de años sí y esos moros tan guapos todos de blanco y los turbantes como reyes pidiéndote que te sentaras un momento en su poco de tienda y Ronda con las viejas ventanas de las posadas ojos atisbando una celosía escondidos para que su amante besara las rejas y las tabernas medio abiertas de noche y las castañuelas y la noche que perdimos el barco en Algeciras el vigilante dando vueltas por ahí *sereno* con su farol y ah ese tremendo torrente allá en lo hondo ah y el mar el mar carmesí a veces como fuego y las estupendas puestas de sol y las higueras en los jardines de la Alameda sí y todas esas callejuelas raras y casas rosas y azules y amarillas y las rosaledas y el jazmín y los geranios y los cactus y Gibraltar de niña donde yo era una Flor de la montaña sí cuando me ponía la rosa en el pelo como las chicas andaluzas o me pongo una roja sí y cómo me besó al pie de la muralla mora y yo pensé bueno igual da él que otro y luego le pedí con los ojos que lo volviera a pedir sí y entonces me pidió si quería yo decir sí mi flor de la montaña y primero le rodeé con los brazos sí y le atraje encima de mí para que él me pudiera sentir los pechos todos perfume sí y el corazón le corría como loco y sí dije sí quiero Sí.

Trieste-Zurich-París, 1914-1921

Apéndice

EL ESQUEMA DE INTERPRETACIÓN DE *ULISES*

El 21 de septiembre de 1920, James Joyce escribía —en italiano— a su amigo Carlo Linati, enviándole un esquema interpretativo para su aún no terminado *Ulises*. En la carta a que acompañaba el esquema, Joyce decía, entre otras cosas:

> *En vista del enorme volumen y de la más que enorme complejidad de mi maldita novela-monstruo, es mejor mandar… una especie de resumen-clave-esqueleto-esquema (para uso doméstico solamente)…*
>
> *He dado sólo palabras-clave (*Schlagworte*) en mi esquema pero creo que lo entenderá de todos modos. Es una epopeya de dos razas (israelita-irlandesa) y al mismo tiempo el ciclo del cuerpo humano, así como una pequeña historia de un día (vida). El personaje Ulises me fascinó siempre —incluso de niño—. ¡Imagínese, hace quince años empecé a escribirlo como un relato breve para* Dublineses*! Durante siete años he trabajado en este libro —¡maldito sea!— También es una especie de enciclopedia. Mi intención es transponer el mito* sub specie temporis nostri*. Cada aventura (esto es, cada hora, cada órgano, cada arte, al estar interconectados e interrelacionados en el esquema estructural del conjunto) no sólo debía condicionar sino incluso crear su propia técnica. Cada aventura, por decirlo así, es una persona, aunque esté compuesta de personas —como dice Aquino sobre las huestes angélicas.*

En noviembre de 1921, Joyce prestó el esquema corregido a Valéry-Larbaud, cuando éste preparaba la gran conferencia de lanzamiento de *Ulises* en París, antes de su publicación; después volvió a prestarlo a Benoîst-Méchin, que preparaba la traducción de unos capítulos de *Ulises*. El esquema, algo aumentado y cambiado, pasó luego a ser conocido por Gorman, Stuart Gilbert y otros amigos, siempre bajo palabra de honor de que no lo harían público. En 1930, al publicar Stuart Gilbert su

libro sobre *Ulises* (*James Joyce's «Ulysses»: A Study*, Nueva York: Knopf, 1930), Joyce le autorizó a usarlo y citarlo parcialmente, con la advertencia de que «los paralelos clásicos-modernos deberían situarse en el marco de la exégesis de Gilbert más bien que como parte del plan del autor». En 1960 fue cuando el esquema se hizo público, al cuidado de H. K. Croessmann, en *J. J. Miscellany*, Second Series.

En la introducción ya hemos expuesto nuestra opinión de que este esquema resulta ajeno al libro mismo, con el que se conecta apenas en el título (la palabra «Ulises» aparece sólo cuatro veces en la novela, y eso en forma periférica), creemos, por consiguiente, que para leer *Ulises* lo mejor sería prescindir de todo este añadido de simbolismos. Pero, en el contexto de la cultura actual, para bien o para mal, no es posible ignorar esa lectura interpretativa propuesta por el propio Joyce —aunque sólo a sus amigos y en secreto—, y hecha «oficial» por T. S. Eliot. Por tanto, ponemos aquí en manos del lector este material, con la esperanza de que no lo tome muy en serio, y simplemente por cumplir una obligación informativa. El mismo Joyce era consciente de que no le convenía revelar tal esquema, según escribió irónicamente a Benoîst-Méchin, resistiéndose a prestárselo:

> *Si lo revelara todo inmediatamente, perdería mi inmortalidad. He metido [en* Ulises*] tantos enigmas y rompecabezas que tendrá atareados a los profesores durante siglos discutiendo sobre lo que quise decir, y ése es el único modo de asegurarse la inmortalidad.*

Pero tal vez el mejor modo de conjurar ese equívoco hechizo de *Ulises* como rompecabezas sea precisamente ofrecer todas las claves para que se vea qué triviales y pegadizas son: entonces se puede disfrutar —y/o sufrir— *Ulises* en su auténtica realidad.

ESQUEMA LINATI

I. ALBA

[1] TELÉMACO

HORA: 8-9
COLOR: oro, blanco

Personas: Telémaco, Antínoo, Mentor, Palas, Los pretendientes, Penélope (Madre)
Técnica: Diálogo de 3 y 4 personas, Narración, Soliloquio
Ciencia, Arte: Teología
Sentido (Significado): El hijo desposeído en la lucha
Órgano: Telémaco no soporta todavía el cuerpo
Símbolo: Hamlet, Irlanda, Stephen

[2] Néstor

Hora: 9-10
Color: marrón
Personas: Néstor, Telémaco, Pisístrato, Elena
Técnica: Diálogo de 2 personas, Narración, Soliloquio
Ciencia, Arte: Historia
Sentido (Significado): La sabiduría del mundo antiguo
Órgano: Telémaco no soporta todavía el cuerpo
Símbolo: Ulster, Mujer, Sentido práctico

[3] Proteo

Hora: 10-11
Color: azul
Personas: Proteo, Menelao, Helena, Megapentes, Telémaco
Técnica: Soliloquio
Ciencia, Arte: Filología
Sentido (Significado): La Materia Primera [πρωτεγε]
Órgano: Telémaco no soporta todavía el cuerpo
Símbolo: Palabra, Marea, Luna, Evolución, Metamorfosis

II. MAÑANA

[4] Calipso

Hora: 8-9
Color: anaranjado
Personas: Calipso, Penélope (Esposa), Ulises, Calídiques
Técnica: Diálogo de 2 personas, Soliloquio

Ciencia, Arte: Mitología
Sentido (Significado): El viajero que parte
Órgano: Riñones
Símbolo: Vagina, Destierro, Ninfa, Israel en esclavitud

[5] Los Lotófagos

Hora: 9-10
Color: pardo
Personas: Euríloco, Polites, Ulises, Nausícaa (2)
Técnica: Diálogo, Soliloquio, Rezo
Ciencia, Arte: Química
Sentido (Significado): La seducción de la Fe
Órgano: Piel
Símbolo: Hostia, Pene en el baño, Espuma, Flor, Drogas, Castración, Avena

[6] Hades

Hora: 11-12
Color: negro-blanco
Personas: Ulises, Elpenor, Áyax, Agamenón, Hércules, Erifile, Sísifo, Orión, Laertes, etc. Prometeo, Cerbero, Tiresias, Hades, Proserpina, Telémaco, Antínoo
Técnica: Narración, Diálogos
Ciencia, Arte: —
Sentido (Significado): Descenso a la Nada
Órgano: Corazón
Símbolo: Cementerio, Sagrado Corazón, El Pasado, El Desconocido, El Inconsciente, Defecto cardíaco, Reliquias, Fallo cardíaco

[7] Eolo

Hora: 12-1
Color: rojo
Personas: Eolo, Hijos, Telémaco, Mentor, Ulises (2)
Técnica: Slmboleutiké [oratoria deliberativa], Dikaniké [oratoria forense], Epideíctica [oratoria pública], Tropos

Ciencia, Arte: Retórica
Sentido (Significado): La Irrisión de la Victoria
Órgano: Pulmones
Símbolo: Máquinas, Viento, Hambre, Cometa, Destinos fracasados, Prensa, Mutabilidad

[8] Los Lestrigones

Hora: 1-2
Color: color sangre
Personas: Antifates, La hija seductora, Ulises
Técnica: Prosa peristáltica
Ciencia, Arte: Arquitectura
Sentido (Significado): Abatimiento
Órgano: Esófago
Símbolo: Sacrificio cruento, Alimentos, Vergüenza

[9] Escila y Caribdis

Hora: 2-3
Color: —
Personas: Escila y Caribdis, Ulises, Telémaco, Antínoo
Técnica: Remolinos
Ciencia, Arte: Literatura
Sentido (Significado): Dilema de dos filos
Órgano: Cerebro
Símbolo: Hamlet, Shakespeare, Cristo, Sócrates, Londres y Stratford, Escolástica y Mística, Platón y Aristóteles, Juventud y Madurez

DÍA

(Punto central - El ombligo)

[10] Las Rocas Errantes

Hora: 3-4
Color: arco iris
Personas: Objetos, Lugares, Fuerzas, Ulises
Técnica: Laberinto móvil entre dos orillas

Ciencia, Arte: Mecánica
Sentido (Significado): El ambiente hostil
Órgano: Sangre
Símbolo: Cristo y César, Errores Homónimos, Sincronizaciones, Semejanzas

[11] Las Sirenas

Hora: 4-5
Color: coral
Personas: Leucotea, Parténope, Ulises, Orfeo, Menelao, Los Argonautas
Técnica: Fuga per canonem
Ciencia, Arte: Música
Sentido (Significado): El dulce engaño
Órgano: Oído
Símbolo: Promesas, Mujer, Sonidos, Embellecimientos

[12] El Cíclope

Hora: 5-6
Color: verde
Personas: Prometeo, Nadie (I), Ulises, Galatea
Técnica: Asimetría alternante
Ciencia, Arte: Cirugía
Sentido (Significado): El terror egocida
Órgano: (1) Músculos, (2) Huesos
Símbolo: Nación, Estado, Religión, Dinastía, Idealismo, Exageración, Fanatismo, Colectividad

[13] Nausícaa

Hora: 8-9
Color: gris
Personas: Nausícaa, Doncellas, Alcínoo, Arete, Ulises
Técnica: Progresión retrogresiva
Ciencia, Arte: Pintura
Sentido (Significado): El Espejismo Proyectado
Órgano: Ojo, Nariz

Símbolo: Onanismo: Femenino, Hipocresía

[14] Los Bueyes del Sol

Hora: 10-11
Color: blanco Júpiter
Personas: Lampecia, Faetusa, Helios, Hiperión, Júpiter, Ulises
Técnica: Prosa (Embrión-Feto-Parto)
Ciencia, Arte: Física
Sentido (Significado): Las mandas eternas
Órgano: Matriz, Útero
Símbolo: Fecundación, fraudes, partenogénesis

[15] Circe

Hora: 11-12
Color: violeta
Personas: Circe, Animales, Telémaco, Ulises, Hermes
Técnica: Visión animada hasta el estallido
Ciencia, Arte: Danza
Sentido (Significado): La Ogra Antropófoba
Órgano: Aparato locomotor, Esqueleto
Símbolo: Zoología, Personificación, Panteísmo, Magia, Veneno, Antídoto, Giro vertiginoso

III. MEDIANOCHE

(Fusión de Bloom y Stephen = Ulises y Telémaco)

[16] Eumeo

Hora: 12-1
Color: —
Personas: Eumeo, Ulises, Telémaco, El Mal Pastor, Ulises, Seudángelo
Técnica: Prosa relajada
Ciencia, Arte: —
Sentido (Significado): La Emboscada Indígena
Órgano: Nervios
Símbolo: —

[17] Ítaca

Hora: 1-2
Color: estelar lácteo
Personas: Ulises, Telémaco, Euriclea, Los Pretendientes
Técnica: Diálogo, Estilo sosegado, Fusión
Ciencia, Arte: —
Sentido (Significado): La Esperanza Armada
Órgano: Jugos
Símbolo: —

[18] Penélope

Hora: infinito
Color: estelar lácteo [luego:] nuevo amanecer
Personas: Laertes, Ulises, Penélope
Técnica: Monólogo, Estilo resignado
Ciencia, Arte: —
Sentido (Significado): El pasado duerme
Órgano: Grasa
Símbolo: —

Esquema Gilbert-Gorman

---

[1] Telémaco

Escena: Torre
Hora: 8 A.M.
Órgano: —
Color: oro, blanco
Arte: Teología
Símbolo: El Heredero
Técnica: Narrativa (joven)
Correspondencia: Stephen-Telémaco-Hamlet; Buck Mulligan-Antínoo; Lechera-Mentor

[2] Néstor

Escena: Colegio
Hora: 10 A.M.
Órgano: —
Color: marrón
Arte: Historia
Símbolo: Caballo
Técnica: Catecismo (personal)
Correspondencia: Deasy-Néstor; Pisístrato-Sargent; Elena-Sra. O'Shea

[3] Proteo

Escena: Playa
Hora: 11 A.M.
Órgano: —
Color: verde
Arte: Filología
Símbolo: Marea
Técnica: Monólogo (masculino)
Correspondencia: Proteo-Materia Primera; Kevin Egan-Menelao; Megapentes-Buscadores de berberechos

[4] Calipso

Escena: Casa
Hora: 8 A.M.
Órgano: Riñones
Color: anaranjado
Arte: Economía
Símbolo: Ninfa
Técnica: Narrativa (madura)
Correspondencia: Calipso-Ninfa; Dlugacz-Retorno; Sión-Ítaca

[5] Los Lotófagos

Escena: Baño
Hora: 10 A.M.

Órgano: Genitales
Color: —
Arte: Botánica, Química
Símbolo: Eucaristía
Técnica: Narcisismo
Correspondencia: Lotófagos-Caballos de coches, Comulgantes, Soldados, Eunuco, Bañista, Espectadores de cricket

[6] Hades

Escena: Cementerio
Hora: 11 A.M.
Órgano: Corazón
Color: negro-blanco
Arte: Religión
Símbolo: Administrador
Técnica: Incubismo
Correspondencia: Dodder, Canales Grand y Roya, Liffey-Los Cuatro Ríos; Cunningham-Sísifo; P. Malamud-Cerbero; Administrador-Hades; O'Connell-Hércules; Dignam-Elpenor; Parnell-Agamenón; Menton-Áyax

[7] Eolo

Escena: Periódico
Hora: 12 Mediodía
Órgano: Pulmones
Color: rojo
Arte: Retórica
Símbolo: Director
Técnica: Entimémica
Correspondencia: Crawford-Eolo; Incesto-Periodismo; Isla Flotante-Prensa

[8] Los Lestrigones

Escena: Almuerzo
Hora: 1 P.M.
Órgano: Esófago

Color: —
Arte: Arquitectura
Símbolo: Guardias
Técnica: Prosa peristáltica
Correspondencia: Antífates-Hambre; El Señuelo-Alimento; Lestrigones-Dientes

[9] Escila y Caribdis

Escena: Biblioteca
Hora: 2 P.M.
Órgano: Cerebro
Color: —
Arte: Literatura
Símbolo: Stratford-Londres
Técnica: Dialéctica
Correspondencia: La Roca-Aristóteles, Dogma, Stratford; Remolino-Platón, Mística, Londres; Ulises-Sócrates, Jesús, Shakespeare

[10] Las Rocas Errantes

Escena: Calles
Hora: 3 P.M.
Órgano: Sangre
Color: —
Arte: Mecánica
Símbolo: Ciudadanos
Técnica: Laberinto
Correspondencia: Bósforo-Liffey; Orilla Europea-Virrey; Orilla Asiática-Conmee; Simplegades-Grupos de ciudadanos

[11] Las Sirenas

Escena: Sala de conciertos
Hora: 4 P.M.
Órgano: Oído
Color: —
Arte: Música

Símbolo: Camareras
Técnica: Fuga per canonem
Correspondencia: Sirenas-Camareras; Isla-Bar

[12] El Cíclope

Escena: Taberna
Hora: 5 P.M.
Órgano: Músculo
Color: —
Arte: Política
Símbolo: Feniano
Técnica: Gigantismo
Correspondencia: Nadie-Yo; Estaca-Cigarro; Desafío-Apoteosis

[13] Nausícaa

Escena: Rocas
Hora: 8 P.M.
Órgano: Ojo, Nariz
Color: gris, azul
Arte: Pintura
Símbolo: Virgen
Técnica: Tumescencia, Destumescencia
Correspondencia: Feacia-Estrella del Mar; Gerty-Nausícaa

[14] Los Bueyes del Sol

Escena: Hospital
Hora: 10 P.M.
Órgano: Útero
Color: blanco
Arte: Medicina
Símbolo: Madres
Técnica: Desarrollo embriónico
Correspondencia: Hospital-Trinacria; Lampecia, Faetusa-Enfermeras; Helios-Horne; Bueyes-Fertilidad; Crimen-Fraude

[15] Circe

Escena: Burdel
Hora: 12 Medianoche
Órgano: Aparato locomotor
Color: —
Arte: Magia
Símbolo: Puta
Técnica: Alucinación
Correspondencia: Circe-Bella

[16] Eumeo

Escena: Refugio
Hora: 1 A.M.
Órgano: Nervios
Color: —
Arte: Navegación
Símbolo: Marineros
Técnica: Narrativa (vieja)
Correspondencia: Eumeo-Desuellacabras; Marinero-Ulises; Seudángelo, Melantio-Corley

[17] Ítaca

Escena: Casa
Hora: 2 A.M.
Órgano: Esqueleto
Color: —
Arte: Ciencia
Símbolo: Cometas
Técnica: Catecismo (impersonal)
Correspondencia: Eurímaco-Boylan; Pretendientes-Escrúpulos; Arco-Razón

[18] Penélope

Escena: Cama

Hora: —
Órgano: Grasa
Color: —
Arte: —
Símbolo: Tierra
Técnica: Monólogo (femenino)
Correspondencia: Penélope-Tierra; Red-Movimiento

JAMES JOYCE (Dublín, Irlanda, 2 de febrero de 1882 - Zúrich, Suiza, 13 de enero de 1941). Escritor irlandés, reconocido mundialmente como uno de los más importantes e influyentes del siglo XX. Joyce es representante destacado de la corriente literaria de vanguardia denominada modernismo anglosajón, junto a autores como T. S. Eliot, Virginia Woolf, Ezra Pound o Wallace Stevens.

Joyce cursa estudios secundarios en el internado de los jesuitas, experiencia que dejará una huella indeleble en su obra literaria. Posteriormente ingresa en la Facultad de Filosofía del University College de Dublín, que abandona en 1902 para trasladarse a París. Tras regresar a Dublín, para asistir a la muerte de su madre, en 1904 vuelve definitivamente al continente, acompañado de Nora Barnacle, con quien contraerá matrimonio en 1931.

Hasta su muerte en Zürich reside sucesivamente en Roma, Trieste y París, dando clases de inglés y dedicado a la creación de su obra, que consta de dos libros de poemas, *Chamber Music* (1904) y *Poems Penyeach* (1927), el drama *Exiliados* (1914), un libro de relatos, *Dublineses* (1914), y las novelas, *Retrato del artista adolescente* (1916), *Ulises* (1922) y *Finnegans Wake* (1939).

Índice de contenido

Cubierta

Ulises

Prólogo

Nota del traductor (1988)

Esquema de capítulos

1
- [1]
- [2]
- [3]

2
- [4]
- [5]
- [6]
- [7]
- [8]
- [9]
- [10]
- [11]
- [12]
- [13]
- [14]
- [15]

3
- [16]
- [17]
- [18]

Apéndice

Sobre el autor

ULISES

James Joyce